DESTINOS

DEL MUNDO

PIERRE LÉVÊQUE

LA AVENTURA GRIEGA

EDITORIAL
LABOR, S.A.

PIERRE LÉVÊQUE

La aventura griega

La evolución política, cultural y religiosa de Grecia, desde sus primitivos pobladores hasta el último período de la época helenística, constituye el contenido de este libro.

El mundo y el espíritu griegos representan un tema de constante y perenne actualidad. El gradual perfeccionamiento de los métodos históricos permite abarcar zonas más amplias de investigación y deducir resultados y consecuencias más acordes con la forma real en que se produjeron los acontecimientos.

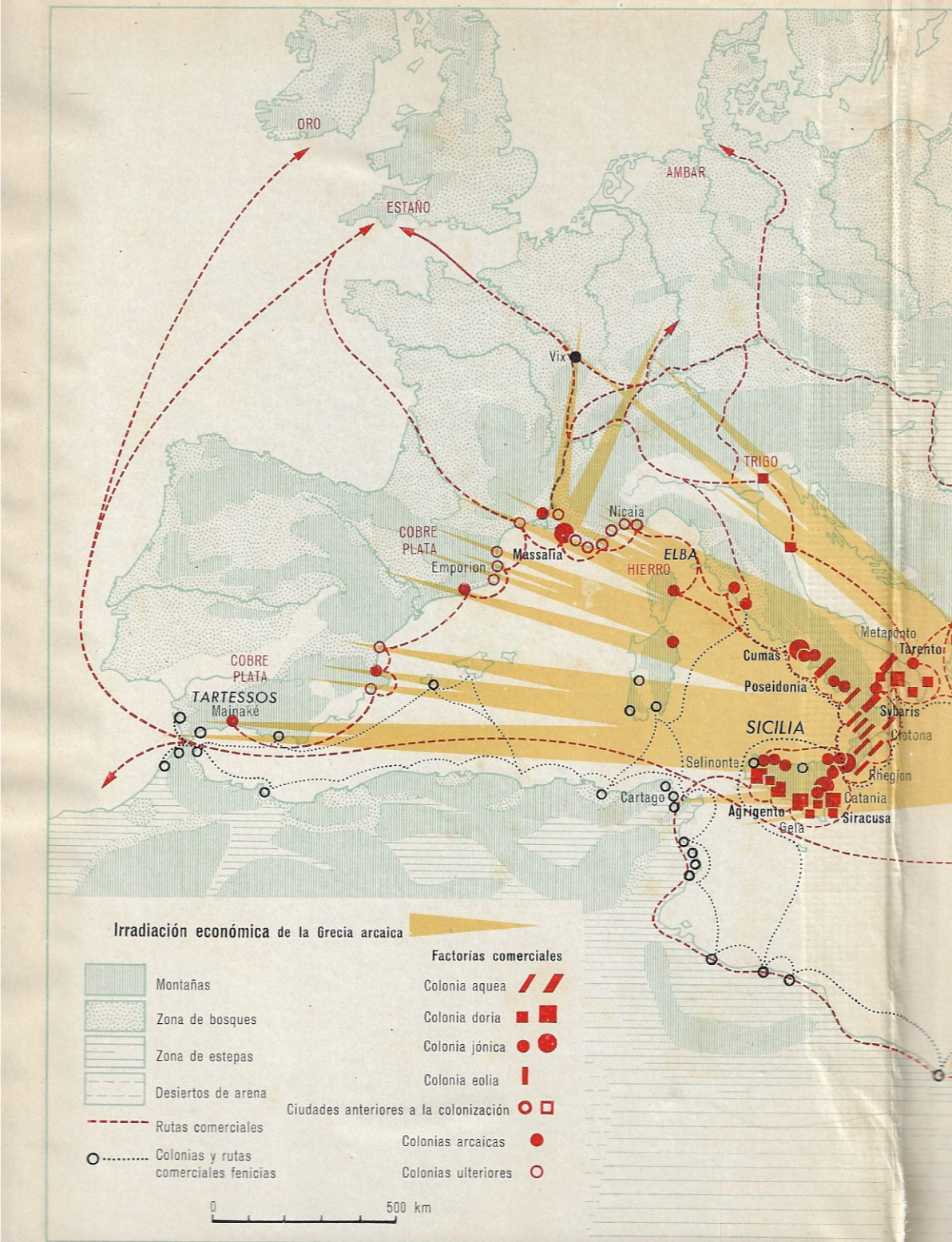
Prodigiosa aventura, en expresión de Pierre Lévêque, la emprendida por el pueblo griego. Las tendencias artísticas y culturales de las civilizaciones de aquel tiempo respondían a un signo completamente opuesto al que imprimirá Grecia a su evolución y progreso. El pueblo heleno da forma y sentido al pensamiento y la reflexión filosófica, encauza y dirige el arte hacia nuevas y asombrosas modalidades expresivas y considera el diálogo y la pública discusión de las cuestiones que afectan a la colectividad, como uno de los principios decisivos mediante los que alcanza su madurez política.

En estos largos siglos de historia se fragua y moldea una concepción del hombre y del mundo, de la que somos herederos directos. La importancia de la obra estriba en comunicar al lector una visión del mundo griego coherente y armónica, en la que se asigna a los diversos hechos y acontecimientos su valor exacto, ya sea aisladamente considerados, ya en la proyección futura que muchos de ellos han alcanzado.

DESTINOS
DEL MUNDO

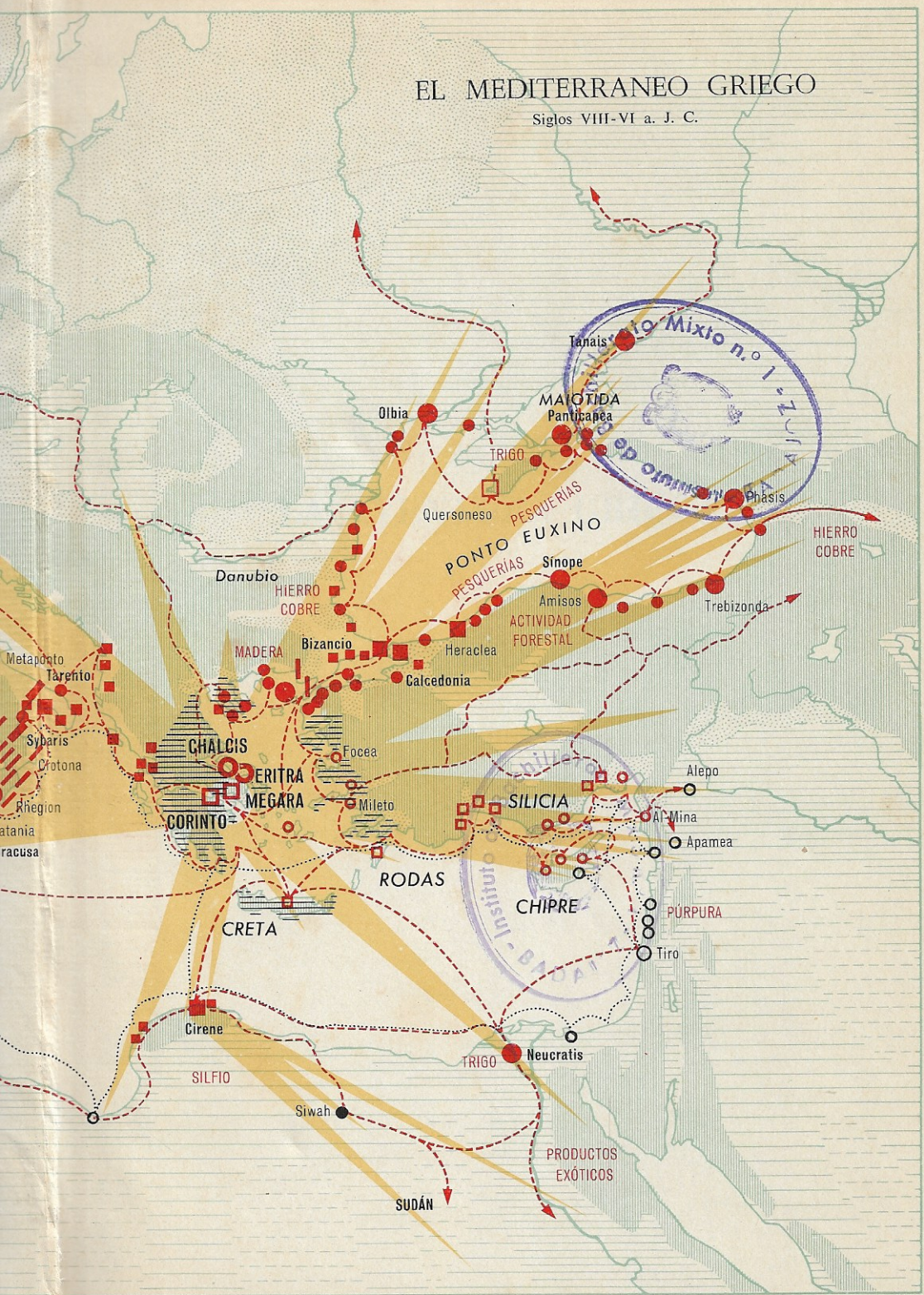
Pierre Lévêque

LA AVENTURA GRIEGA


ORO
ESTAÑO
AMBAR
Vix
TRIGO
Nicaia
COBRE
PLATA
Massalia
Emporion
ELBA
HIERRO
Metaponto
Tarento
Cumas
Poseidonia
COBRE
PLATA
TARTESSOS
Mainaké
Sybaris
Crotona
SICILIA
Selinonte
Rhegion
Catania
Cartago
Agrigento
Gela
Siracusa
Irradiación económica de la Grecia arcaica
Factorias comerciales
Montañas
Zona de bosques
Zona de estepas
Desiertos de arena
Rutas comerciales
Colonias y rutas comerciales fenicias
Colonia aquea
Colonia doria
Colonia jónica
Colonia eolia
Ciudades anteriores a la colonización
Colonias arcaicas
Colonias ulteriores
0
500 km

EL MEDITERRANEO GRIEGO

Siglos VIII-VI a. J. C.



LA AVENTURA GRIEGA

Pierre Lévêque

Antiguo miembro de la Escuela de Atenas
Profesor en la Facultad de Letras y Ciencias humanas
de Besançon

LA AVENTURA GRIEGA

Con 8 láminas en color
32 ilustraciones en negro, 90 figuras, 22 mapas
Cartografía de Serge BONIN

EDITORIAL LABOR, S. A.
BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES - BOGOTÁ - CARACAS
LISBOA - RIO DE JANEIRO - MÉXICO - MONTEVIDEO
1968

TRADUCCIÓN

POR

PEDRO MULET

Licenciado en Lenguas clásicas

Título de la obra original:
Pierre Lévêque, L'AVENTURE GRECQUE
Editada por LIBRAIRIE ARMAND COLIN, París
© Editorial Labor, S. A.: Calabria, 235-239. Barcelona-15
Depósito Legal : B. 28 080 - 1968. PRINTED IN SPAIN
Talleres Gráficos Ibero-Americanos, S. A., Provenza, 86. Barcelona-15

Introducción

Grecia es la más pobre de las grandes penínsulas del Mediterráneo. La aspereza de su suelo, los caprichos de su clima son particularmente desfavorables para la agricultura, base de los primeros asentamientos humanos. Pero incluso en esta pobreza encuentra un saludable apremio un pueblo animoso: esta desgracia innata no le permite adormecerse en una vida fácil. Sujeto a una tierra ingrata, se afana por valorizarla, roturando el bosque y cubriendo de bancales las laderas de las colinas. Más adelante habría de ingeniárselas para allegar otros recursos con que subsistir.

El país griego

El rasgo más sobresaliente de esta avanzadilla de los Balcanes en el Mediterráneo es el predominio de la montaña, que ocupa el 80 % del suelo.

Los recientes plegamientos de los Dináridas, que afectan a importantes series sedimentarias, sobre todo calcáreas, se amoldan a un conjunto de viejas tierras cristalinas, fragmentadas, sumergidas en parte hacia el Este, en el Mar Egeo. Los violentos plegamientos, inclinados hacia el Oeste, son de acarreo en toda su parte central y van acompañados por intrusiones eruptivas de diorita. La margen Oeste, desde el Epiro hasta Mesenia, forma la zona externa de la cadena, con pliegues más suaves y sinclinales rellenados con formaciones detríticas de gres y pizarras. Todo este conjunto ha sido atacado por movimientos tectónicos que se han sucedido hasta el Cuaternario, y los seísmos que devastan periódicamente estas regiones producen la impresión de suelos aún mal consolidados.

Al Norte y al Este, las roturas que afectan a la plataforma antigua han dado origen a unidades regionales de dimensión bastante considerable: los *horsts* del Olimpo, del Ossa y del Pelión dominan desde sus masas compactas las llanuras hundidas de Macedonia y de Tesalia. Además, las complicaciones de la tectónica, la naturaleza de las rocas

y la fuerza de la erosión han contribuido a fragmentar el relieve en pequeñas llanuras, dominadas por abruptas alturas, mal encadenadas entre sí, condición eminentemente favorable para el fraccionamiento político.

El mar, que se encuentra por doquier, penetra profundamente en las tierras, las cuales terminan con frecuencia en costas recortadas en las que abundan los buenos puertos. Es la auténtica vía de comunicación, pues la división del suelo dificulta las relaciones por tierra —y, de hecho, Grecia no tendrá una verdadera red de caminos hasta el período romano—. Y ello supone una tentación tanto más fuerte cuanto que la Hélade está rodeada por todas partes de islas cuyas cimas son balizas, y las ensenadas, escalas para el navegante. Al Oeste, las islas jónicas se yerguen frente a la costa cual gigantesca mole. Al Este, tres grandes arcos de circunferencia dividen en cuencas el Egeo: las Esporadas del Norte constituyen la prolongación de los montes de Tesalia; las Cícladas son el afloramiento de un continente primario sumergido; Citera, Creta y las Esporadas del Sur prolongan los plegamientos peloponesios. Digamos, finalmente, que en este mar, bautizado por los griegos con el nombre indoeuropeo de *ponto (pontos)*, menudean los peligros: es agitado por turbulentos oleajes durante el invierno, barrido por el viento del Norte en el verano, y en cualquier momento sorprende al marino con sus furiosos ataques inesperados.

El clima, mediterráneo en su conjunto, es casi continental en muchos puntos debido a la importancia de la estructura montañosa. Ofrece contrastes más claros de lo que a veces podemos imaginar. Los inviernos son crudos; los veranos, calurosos. En Atenas, la diferencia media es de 19°, con máximas de 38°. Tesalia y Beocia son, en verano, ardientes estepas donde el viento levanta tolvaneras. Ática y las islas registran temperaturas más soportables gracias a los vientos etesios.

La pluviosidad decrece de Norte a Sur y de Oeste a Este —por ejemplo, 1300 mm anuales en Corfú, frente a 390 en Atenas—. En la vertiente jónica de la Grecia continental hay hermosos bosques de encinas, ojaranzos, castaños y robles hasta los 1200 m de altura, y, más arriba, pinos, abetos y hayas. Los relieves del Peloponeso occidental están bien irrigados, lo cual explica la fuerza de las corrientes de agua. Al este del Pindo, sólo las altas montañas reciben importantes precipitaciones —el Olimpo está cubierto de abetos y de castaños, y el Parnaso presenta cimas nevadas hasta junio—; en cambio, las regiones bajas están sometidas a una larga y cruel sequía, pues en ellas apenas llueve de junio a septiembre.

Los vientos contribuyen a la dureza del clima. En verano las bajas presiones del Mediterráneo atraen el aire de los Balcanes, lo cual desencadena los vientos del Norte, que arrasan los sembrados, baten el Mar Egeo y alternan a veces con sirocos abrasadores. En invierno, violentos vendavales enfrían bruscamente la atmósfera.

Lo angosto de las llanuras y los contrastes del clima son poco favorables para la agricultura. Las tierras menos estériles dan cereales —con predominio de la cebada sobre el trigo, especialmente en Ática—; los suelos pedregosos, la viña y el olivo. La montaña, desmontada en gran parte ya desde la Antigüedad —Platón comprueba que en su tiempo no se encuentran ya grandes maderos como en las casas antiguas—, no ofrece un medio complementario propicio al hombre; las vertientes arroyadas, apenas proporcionan más que pastos de verano. Entre ambos, pobres landas cubiertas de matas, jaras, mirtos, asfódelos y jacintos, salpicadas de algunas encinas: es el dominio predilecto de corderos y de cabras.

Las riquezas mineras no son más importantes. Algunos pequeños yacimientos de hierro y cobre. Plomo argentífero en el Sunión, «fuente de plata» (Esquilo). Bancos de arcilla muy fina que proporciona una excelente cerámica.

Diferencias y contrastes

Esta visión general debe matizarse, ya que la diversidad regional es grande. Destacan dos contrastes claros: uno, Norte-Sur entre una Grecia balcánica y una Grecia mediterránea; otro, Oeste-Este, el de la humedad relativa y de la sequía. Precisando más, se distinguen regiones geográficas de clara individualidad y que veremos confirmada por la evolución histórica.

La Grecia continental se apoya en una gran espina dorsal, el Pindo, que culmina en el monte Boios. Al Norte, el Epiro y Macedonia forman unas gradas fronterizas cuya población no fue reconocida como griega durante mucho tiempo. El Epiro está formado por montañas quebradas de plegamientos paralelos, donde las comunicaciones se hacen muy difíciles. El Aractos lo recorre en toda su extensión antes de desembocar en el golfo de Ambracia (Arta). Macedonia, irrigada por el Axios —que ofrece una fácil vía de comunicación con los afluentes del Danubio— y por el Haliacmón, está constituida por un alto país montañoso y una llanura esteparia bastante apta para la ganadería. Más al Sur, Tesalia es una vasta llanura rodeada por doquier de montañas, entre ellas, el Olimpo que culmina a 2985 m. En ella abunda la caza y se crían caballos, y por su suelo discurre el más bello de los ríos griegos, el Peneo, que ha de abrirse un difícil camino a través de las calcáreas del Olimpo, por el delicioso valle del Tempe. Pero el invierno lo transforma en una ciénaga fangosa y el verano en un polvoriento desierto. No tiene salidas al mar, excepto por el profundo golfo Pagasético (golfo de Volo).

Las comunicaciones entre las dos vertientes septentrionales del Pindo son difíciles: el mejor de los pasos, el de Metsovo, bien merece

su nombre actual de Puerto de la Maldición. No resultan más fáciles las comunicaciones entre la Grecia del Norte y la Grecia Central. De ahí la importancia histórica de los dos únicos pasos que ofrecen una relativa comodidad: las Termópilas, al Este, y al Oeste, el desfiladero de Limnaia, que bordea el golfo de Ambracia. La Grecia Central presenta violentos contrastes. Su parte occidental, atravesada por un gran río, el Aqueloo —divinizado por los griegos a causa de su importancia—, es el dominio de la montaña impenetrable y, a veces, elevada (el Parnaso culmina a 2457 m): en ella se distinguen los rudos cantones de Acarnania, Etolia, las dos Lócridas, Fócida. Al Este, Beocia es una llanura legamosa, insalubre a causa de los pantanos que la cubrían en la Antigüedad durante una parte del año (alrededor del vasto lago Copais), y que a duras penas logra avenar el Asopos. Los caracteres mediterráneos son más acusados en la península del Ática, donde el predominio de la montaña deja minúsculas llanuras que no son más que terrazas de acarreo.

Unido por un estrecho pedúnculo a la Grecia continental, el Peloponeso, donde, según las épocas, se ve una hoja de plátano o una hoja de moral, concluye la península balcánica prolongando atrevidamente sus cuatro dedos en el mar. Se divide en cierto número de regiones naturales, entre las cuales son difíciles las comunicaciones terrestres. La montaña es dueña y señora, aunque también hay fértiles llanuras, especialmente los valles paralelos del Eurotas (Laconia) y del Pamisos (Mesenia) y la llanura de Argos. La costa norte, junto al golfo de Corinto, que se extiende como un lago en calma, está formada apenas por algo más que estériles escombros. La costa occidental es generalmente llana, arenosa, con franjas de lagunas. La única comarca realmente continental, la Arcadia, que gracias a su aislamiento ha servido siempre de refugio, está dividida entre la montaña —el Liceo tiene la suficiente nobleza como para ser considerado morada de Zeus— y cuencas interiores que, a excepción de la de Megalópolis avenada por el Alfeo, sólo permiten la circulación del agua por simas (o cataratas), obstruidas a menudo, que convierten el país en ciénagas pestilentes.

La Grecia insular no ofrece menor variedad. Al Oeste, las islas jónicas, la mayor de las cuales, Corcira (Corfú), es un verdadero vergel. Al Sur, Creta, de clima a veces africano, presenta violentos contrastes entre una montaña desolada, llena de anfractuosidades, repleta de desigualdades, y llanuras cubiertas de viñedos y olivares. El mar Egeo está sembrado de islas que unen Grecia y Anatolia en tres arcos de cierto paralelismo. Sólo Eubea tiene una superficie considerable. Las otras son picos rocosos, casi desprovistos de arbolado, donde el cultivo sólo es posible en terrazas escalonadas. Únicamente Tera (Santorín), con sus suelos volcánicos, es realmente fértil. De las dos grandes islas del mar de Tracia, Tasos y Samotracia, sólo la primera es apta para el cultivo.

Una doble aventura

Pese a esta diversidad encontramos una pobreza general y unas condiciones físicas desfavorables en el mejor de los casos, en contraste con las que ofrecieran a las primeras civilizaciones imperiales los valles del Nilo, del Tigris, del Éufrates y del Indo. Si durante el Neolítico Grecia cuenta todavía con una densidad bastante baja, las grandes migraciones de los milenios III y II aumentan hasta tal punto su población que la expansión se convierte para los griegos en una necesidad absoluta y en la ley fundamental que en lo sucesivo regirá su destino.

La expansión adopta casi siempre una doble forma, militar y comercial, aunque según las épocas predomina una u otra. En el segundo milenio, los aqueos imponen su dominio en una parte del Mediterráneo oriental, pero los productos de su industria penetran mucho más lejos, hasta tierras que conservan una independencia total. Al cabo de dos milenios, grandes migraciones permiten a los griegos conquistar la rica franja costera de Anatolia. El arcaísmo vio cómo se desarrollaba un poderoso movimiento de colonización cuyas consecuencias son, por una parte, la ocupación de nuevas tierras, y, por otra, la apertura de mercados en el mundo bárbaro. La época clásica coincide con una pausa en este progreso desde el punto de vista político, si bien la ampliación del comercio abre al helenismo un campo de penetración cada vez más profundo en algunas regiones. En el momento en que estos cambios vitales disminuyen y en que Grecia parece amenazada de asfixia, el genio de Alejandro conquista el Oriente aqueménida.

Desde sus mismos principios la historia griega se nos muestra no como un desarrollo continuado —contrariamente a lo observado en el progresivo ascenso del poderío romano— sino como una sucesión de pulsaciones en las que se revela un imperialismo ora político ora comercial. Bajo la aparente improvisación descubrimos una constante: la estricta obligación, para el ingenio de los hombres, de suplir la falta de recursos naturales, de inventar nuevos medios para evitar la autarquía generadora de muerte. La aventura griega es hija del hambre.

Podemos, pues, casi desde los primeros establecimientos de griegos en el suelo de la Hélade, distinguir, incluso en los momentos más sombríos, Grecia y el mundo griego, que no coinciden jamás. Dentro de este mundo griego hay que considerar, por un lado, los reinos en que los griegos se asientan como conquistadores, y las colonias, ya próximas, ya totalmente aisladas en tierra bárbara, y, por otro, en un sentido más amplio, las comarcas en que penetra el helenismo siguiendo un proceso constante, es decir, por medio del comercio. Aunque evidentemente prefigura el Imperio romano, que fue su directo sucesor y se aprovechó de la unidad mediterránea creada por la helenización, difiere radicalmente del mismo sobre todo por la debilidad de los lazos políticos que le unen a una Grecia también dividida.

Así, escribir la historia del pueblo griego obliga con frecuencia a ampliar el horizonte lejos del reducto de Micenas —de las orillas del Eurotas o de la colina sagrada de Palas, donde, en sus diversos aspectos, la civilización antigua vivió sus períodos de apogeo—, hacia un mundo periférico que, con frecuencia consciente y deliberadamente, se impregna de helenismo. No debe sorprendernos la poderosa impresión de diversidad que se desprende de ello. Por naturaleza, los griegos detestaban ya la uniformidad: jamás construyeron dos templos o dos copas semejantes entre sí. La historia de Atenas difiere sensiblemente de la de Esparta o de Corinto, pese a distar de éstas sólo algunas decenas de kilómetros. Con mucha mayor razón, es evidente que el helenismo desarrollado en Anatolia no puede ser el mismo que el de Egipto, o el de la Galia, o el de la India. Aun a riesgo de cansar al lector, señalaremos para cada período distinciones regionales, que son algo bien distinto de los matices.

Una expansión de tal índole, por vital que haya sido, supone una perseverancia poco común en la búsqueda de los medios más apropiados para paliar lo reducido del suelo y la mediocridad de los recursos en la propia Grecia. Como su héroe preferido, Ulises, ducho en astucias, el pueblo griego sólo pudo sobrevivir desplegando un perpetuo genio de inventiva. Por ello, ¿qué tiene de extraño que la aventura de los conquistadores o de los mercaderes no tarde en ir acompañada de una aventura espiritual?

Durante largo tiempo, en general durante todo el segundo milenio, sólo el mito puede responder de manera adecuada a los interrogantes que angustian al hombre. Los mitos de los griegos forman el conjunto más delicado y sutil, y no es por puro azar el que todavía sigan alimentando el pensamiento de dramaturgos o de psicoanalistas. Más adelante, en un súbito despertar, cuyo equivalente no ha conocido ningún pueblo de Oriente, aparece el pensamiento racional, madre de la política, de la filosofía y de la ciencia. Desde entonces se va formando esa deslumbrante legión de seres anónimos que forjan nuevas maneras, más equitativas y menos opresivas, de vivir en sociedad, pero también de «amantes de la sabiduría» (tal es el sentido exacto de la palabra filósofo), que asignan al hombre su lugar en el *kosmos* o exponen las reglas de la ética, y de sabios apasionados de la belleza de los números o exégetas de la armonía de las esferas celestes. La literatura y las artes, más que cualquier otra actividad íntimamente comprometida en la acción y tras repudiar la indigna frivolidad, se entregan a las mismas pesquisas y nos dan la pintura más profunda y matizada del hombre. Si buscan la belleza es porque lo consideran como un imperativo de la razón, puesto que, según las enseñanzas de Platón, constituye la meta suprema de la dialéctica.

En el alma griega se conjuga todo en una indisoluble unidad, que es el sello de su verdadera grandeza. ¿No afirma la tradición que ni

siquiera Tales y Platón descuidaban las ventajas del comercio? ¿No fue elegido Sófocles estratega porque había hecho representar *Antígona*? Profundamente enamorado de la vida, que tiene tanto mayor valor por cuanto es efímera, el griego no descuida ningún medio para hacerla soportable y embellecerla. Es lo que hizo Heracles, quien, situado, según Heráclito, en la encrucijada de dos caminos, escogió el *ponos*, el esfuerzo doloroso y creador. Asumió su destino de hombre, prefirió ayudarse a sí mismo, a esperar la ayuda de los olímpicos, detestó el abandono y la sumisión. Tal es el secreto de un éxito único. Tal es el secreto de esa juventud que descubrimos en todas sus creaciones, como la reconocía Plutarco en los monumentos de la Acrópolis al escribir (*Pericles*, 27): «Cada una de las obras realizadas por Pericles, desde el momento que fue concluida, revelaba ya su antigüedad en cuanto a la belleza; y, sin embargo, en cuanto a gracia y vigor, todavía en la actualidad parece que acaba de ser hecha y terminada; posee un no sé qué de floreciente novedad que impide que la injuria del tiempo empeore su contemplación como si cada una de dichas obras encerrara dentro de sí un espíritu en continuo rejuvenecimiento y un alma que jamás envejeciese y que las mantuviese siempre lozanas.»

Índice de materias

Págs.

INTRODUCCIÓN v

LIBRO I. **PREHELENOS Y HELENOS HASTA FINALES DEL SEGUNDO MILENIO** 1

Cap. I. **El despertar de Grecia (hasta 1580)** 3
1. Grecia antes de los griegos 3
2. Los primeros griegos en Grecia: el Heládico medio (1950-1580) 10
3. La Creta minoica 19

Cap. II. **Elaboración de un mundo aqueo (1580-1200)** ... 33
1. Los reinos aqueos 36
2. Expansión militar de los aqueos..... 45
3. Una civilización del escriba 50

Cap. III. **La vida en los reinos aqueos** 55
1. Dinamismo de la economía estatal 55
2. Una sociedad trifuncional 59
3. El mundo artístico de los palacios 62
4. El sincretismo religioso 67

Cap. IV. **Las invasiones dóricas** 75
1. Heráclidas y dorios: mito e historia..... 75
2. Rutas y cronología de las invasiones dóricas.... 78
3. Consecuencias de la invasión dórica 81

LIBRO II. **CREACIONES DEL HELENISMO ARCAICO** 89

Cap. I. **Transiciones e innovaciones: la época geométrica (1100-750)** 91

Cap. II. **Evolución de las ciudades** 109
1. De la monarquía a la aristocracia 110
2. El nacimiento de la economía mercantil..... 113
3. Crisis del régimen aristocrático 121
4. La tiranía 127

Págs.

Cap. III. **El mundo antiguo: Anatolia y la Grecia propiamente dicha** 135
1. Las islas del Egeo y Anatolia..... 137
2. Grecia propiamente dicha y Creta..... 149
3. Esparta 166
4. Una democracia en gestación: Atenas 177

Cap. IV. **El nuevo mundo de la colonización**..... 189
1. Aventureros y traficantes 189
2. La nueva Grecia: Italia y Sicilia 193
3. El Eldorado del Extremo Occidente 199
4. Dos jalones en tierra de África 201
5. Seducciones del Norte 205
6. Consecuencias de la gran aventura 212

Cap. V. **Innovaciones espirituales** 215
1. Lirismo, drama y racionalismo arcaicos..... 215
2. Renacimiento del arte 225
3. En busca de un equilibrio religioso 238

LIBRO III. **EXPANSIÓN DEL CLASICISMO GRIEGO** 245

Cap. I. **Atenas, dueña del Egeo** 247
1. Griegos y bárbaros: luchas por la independencia (499-478) 247
2. Autonomías e imperialismo 253
3. La democracia triunfante 258
4. El irreductible mundo griego 268
5. Guerra del Peloponeso (431-404) 276

Cap. II. **El siglo de Pericles o el siglo de las luces**..... 283
1. La generación de los combatientes de Maratón y la severidad del preclasicismo 284
2. La generación de Pericles y la euritmia del clasicismo 292
3. La generación de la guerra del Peloponeso y la crisis de la conciencia griega..... 305

Cap. III. **La era de las hegemonías (404-323)** 323
1. Cincuenta años de locuras fratricidas (404-355).. 323
2. Filipo y Grecia (356-336) 329
3. Crisis del siglo IV..... 336
4. La epopeya de un joven dios (336-323) 342
5. La Grecia colonial 350

Cap. IV. **El siglo de Platón, o el advenimiento del misticismo**. 359
1. La literatura y la acción 360
2. De la Academia al Liceo 367

Págs.

3. Estremecimientos del arte 377
4. La angustia de las conciencias 390

LIBRO IV. **RENACIMIENTO DE LA ÉPOCA HELENÍSTICA** 397

Cap. I. **Estados helenísticos** 399
1. Ocaso de la Grecia independiente 400
2. Los reinos nórdicos 407
3. Renuncia del Occidente 411
4. Los reinos de Oriente 413
5. Monarquía helenística 422

Cap. II. **El mundo de la conquista: la explotación de los reinos** 425
1. La urbanización 425
2. Mercantilismo capitalista y dirección estatal 434
3. Una sociedad colonial 441
4. El mundo de los soldados 450

Cap. III. **Última mutación del helenismo espiritual** 455
1. Sensibilidad e intelectualismo en las letras 456
2. La impasibilidad del sabio y las apetencias del erudito 464
3. Un arte humano 471
4. Fermentación religiosa 484

Cap. IV. **Más allá de las fronteras políticas** 495
1. La Europa bárbara 496
2. El Mediterráneo Medio 510
3. África y Arabia 518
4. Los reinos Bactrianos, India y China 522

CONCLUSIÓN GENERAL 537

BIBLIOGRAFÍA 541

GLOSARIO TERMINOLÓGICO 547

CUADROS CRONOLÓGICOS 553

ÍNDICES Y FUENTES DE LAS ILUSTRACIONES 583

ÍNDICE DE MAPAS 591

ÍNDICE ALFABÉTICO 593

libro primero

PREHELENOS Y HELENOS HASTA FINALES DEL SEGUNDO MILENIO

capítulo primero

El despertar de Grecia (hasta 1580)

El desarrollo de las sociedades humanas en el territorio de la Hélade es lento y débil si lo comparamos con los magníficos logros de la Protohistoria en Egipto o Mesopotamia. Las excavaciones efectuadas desde comienzos de nuestro siglo nos permiten deducir las líneas fundamentales de una ininterrumpida evolución, desde el Paleolítico hasta el apogeo —hacia el 1580 aproximadamente [1]— de una civilización de indudable originalidad y brillantez: la civilización micénica.

1. GRECIA ANTES DE LOS GRIEGOS

Los asentamientos paleolíticos en Grecia son poco numerosos y de mediocre importancia; pero desde el Neolítico se desarrolla una civilización sobre la cual conviene que fijemos nuestra atención.

El Neolítico en Grecia

Una serie de asentamientos neolíticos, que aparecen entre 4500 y 4000, cubre el suelo de Grecia, desde el valle del Axios hasta la

[1] Salvo indicación contraria, las fechas señaladas en la presente obra se entiende que son siempre antes de Jesucristo.

Arcadia. Las poblaciones que los llevaron a cabo eran, al parecer, originarias del Próximo Oriente asiático. Fue la primera edad neolítica, a la que siguió, poco antes del 3000, el Neolítico II. El tránsito de una a otra fase viene determinado por la llegada de unos invasores cuyo origen ha promovido muchas discusiones. Algunos eruditos, extrañados por la enorme diferencia que existe entre el Neolítico del continente y el de Creta, buscan la cuna de esos pueblos en el país de las «tierras negras» de la Rusia Meridional, de Besarabia y de Transilvania; más recientemente se ha hecho hincapié en las semejanzas entre el Neolítico reciente de Grecia y las culturas de la Edad del Bronce de la altiplanicie del Halis, en el Asia Menor, e incluso con las del Creciente Fértil de Siria. Ante tales incertidumbres, hemos de reconocer que el

SINCRONISMOS DEL MEDITERRÁNEO ORIENTAL

CRETA	CONTINENTE GRIEGO	TROYA
Neolítico	Neolítico	
2700		2700
MA I [1]	2600	
2500		I
MA II	Arcadia HA	2400
2200		II
MA III		2150
2000	1950	
MM	HM	III-V
1580	1580	1850-1750
MR	HR	VI
1200	1200	1200

[1] Siglas: págs. 6 y 19. *(Según F. Schachermeyr)*

Para la cronología de Troya, F. Schachermeyr se aparta mucho de la propuesta por los arqueólogos americanos, que es la siguiente:

Troya I	3200-2600
II	2600-2300
III-V	2300-1900
VI	1900-1275
VII *a*	1275-1225
b	1225-1100
VIII	después de 720

problema no está aún maduro. Por otra parte, es necesario señalar que las nuevas aportaciones de los invasores fueron, al parecer, muy escasas, y el fondo de la población se mantuvo sin grandes cambios. Así, pues, podemos estudiar el Neolítico en su conjunto.

El lugar mejor conocido es el de Dimini, en Tesalia, que corresponde al Neolítico II. Es ya una ciudad fortificada, fenómeno bastante raro en esta época, y cuenta con unas notables fortificaciones: seis filas de murallas concéntricas, sin torres, coronan la cumbre de una colina, siguiendo una curiosa disposición que, sin duda, tenía por objeto proteger las sucesivas hileras de arqueros o de honderos. El reducto central, de forma más o menos rectangular, contiene un *mégaron*, que sugiere una organización monárquica. Aquí, sin exageración, se ha podido ver el primer hecho importante en la historia política de Europa.

La civilización desarrollada en los lugares neolíticos fue esencialmente agrícola y ganadera. Los instrumentos eran muy primitivos: azadones de piedra, hoces de sílex o de obsidiana, con mango de madera. No se conocía el arado: los neolíticos eran, pues, horticultores, pero no labradores; no trabajaban grandes campos, sino pequeños huertos, en los que reservaban algunos surcos para los cereales. Los cultivos eran: cebada, trigo, mijo (utilizados en la elaboración de gachas), lentejas y arveja. En Beocia y Tesalia, zonas relativamente ricas, la densidad de población era mayor, pese a lo cual cultivaba sólo una pequeña parte de las llanuras. El bosque penetraba bastante en los valles; predominaban los pinos, los castaños y las encinas —cuyas bellotas, convertidas en harina, servían también para la alimentación—, aunque ya se conocían también la higuera y el almendro.

Los corderos, las cabras y los cerdos eran los animales domésticos más corrientes. Estos últimos desempeñaban un papel de mayor importancia que en la Grecia Ulterior, gracias a la extensión de los bosques. Los bueyes eran aún escasos. La caza, que durante el Paleolítico era la actividad fundamental de los hombres, se realizaba sólo como actividad complementaria.

Hemos de ser cautos al tratar de la organización de la sociedad neolítica. En general, puede afirmarse, al parecer, que los hombres se dedicaban a la ganadería, mientras que la agricultura, que no exigía un gran despliegue de fuerzas por desconocerse el arado, estaba reservada a las mujeres. Entre muchos pueblos primitivos se halla extendida la creencia de que la fecundidad femenina ejerce una benéfica influencia sobre la fertilidad de las plantas. El factor religioso parece ser ya el predominante. Los ídolos neolíticos del continente griego, semejantes a los del mundo cretense, representan a diosas —ora sentadas, ora en pie— de formas opulentas: son distintas representaciones de la Madre Tierra, con esteatopigia, nutricias, que fertilizan el suelo, a la vez que hacen fecundos a los animales y a los hombres.

Todo lo restante permanece y permanecerá desconocido: no conocemos la lengua de los neolíticos ni los topónimos que empleaban, y los esfuerzos desplegados por algunos eruditos para deducir su psicología —como los de W. Blegen, el cual distingue en ellos una mentalidad supersticiosa, un humor burdo y una vulgaridad innata— se hallan condenados al fracaso.

Principios de la Edad del Bronce: el Heládico antiguo

En una fecha sobre la cual no existe unanimidad (entre 3100 y 2400), se produce un profundo cambio en la población de la Hélade. Coincide con la llegada de nuevos invasores, al parecer en número

considerable, procedentes de Anatolia. Por lo general, hay un corte arqueológico muy claro. Sin embargo, la conquista del país debió de ser progresiva: la montañosa e inaccesible Arcadia fue ocupada sólo tardíamente (hacia el año 2300). Algunos lugares apartados o poco importantes, como Berbati, en la Argólida, no muestran indicio alguno de la llegada de los anatolios.

GRECIA ANTES DE LAS INVASIONES DÓRICAS

I. GRECIA ANTES DE LOS GRIEGOS

A. NEOLÍTICO I..... 4500-3000
II 3000-2600

B. BRONCE ANTIGUO (o HELÁDICO ANTIGUO) 2600-1950

——→ Hacia 1950: primeras invasiones griegas en Grecia ←——

II. LA GRECIA DE LOS PRIMEROS GRIEGOS

A. BRONCE MEDIO (o HELÁDICO MEDIO) 1950-1580

——→ Hacia 1580: nuevas invasiones griegas: aqueos y (??) eolios ←——

B. BRONCE RECIENTE (o HELÁDICO RECIENTE o PERÍODO MICÉNICO) 1580-1100

——→ Desde 1200: invasiones dóricas ←——

En este cuadro hemos procurado conciliar los distintos sistemas cronológicos propuestos por los especialistas. Hemos redondeado las fechas que deben considerarse con un gran margen de error, sobre todo para los períodos más primitivos.

El período que se inicia de esta forma en la historia de Grecia representa el comienzo de la Edad del Bronce, que, en Grecia, recibe el nombre convencional de *Heládico*. Se divide en tres fases: Heládico antiguo, medio y reciente —que se abrevian, respectivamente, HA, HM, HR—. La primera corresponde a la civilización anatolia que desarrollaron los recién llegados, los cuales, a su vez, serán eliminados, hacia 1950, por otros invasores.

Partiendo básicamente del estudio de los topónimos, se ha podido determinar la extensión de la civilización anatolia en Grecia. En efecto, cierto número de nombres de lugar, que se utilizaron continuamente durante el primer milenio a. de J. C., y algunos de ellos hasta nuestros días, presentan sufijos inexplicables en griego y que, por tanto, deben de representar un substrato lingüístico anterior. Es grande su área de distribución en el continente, en Creta y en las islas del Egeo, pero también son numerosos en el Asia Menor. Así, por ejemplo, los sufijos en *-nthos* (Corinto, Tirinto, el Erimanto, Zacinto...) o en *-ss-* o *-tt-*, simplificado a veces en *-s-* o *-t-* (Cnosos, Amnisos, Tilisos, Ialisos, Parnaso, Himeto...), que también se encuentran en nombres de Anatolia, como Labraundos, Halicarnaso, Asos.

El tercer milenio representa, pues, el momento en que montes, ríos y ciudades recibieron nombres, que se impusieron pese a las invasiones posteriores. Estos nombres, que durante mucho tiempo fueron designados con la cómoda denominación de *prehelénicos* o *egeos*, son interpretados hoy como específicamente anatolios. Nos permiten seguir sobre el terreno estas importantes migraciones que fueron la base de una repoblación de la Grecia continental, de las islas —especialmente, las Cícladas— y de Creta. Gracias a ellas, el Mediterráneo egeo adquiere, a lo largo del tercer milenio, una nueva fisonomía: la Grecia continental no está ya aislada, como durante el período neolítico; participa de una civilización única, originaria de Asia Menor, que se extiende desde Macedonia hasta Creta.

De momento pasaremos por alto las formas que revistió esta civilización en Creta, donde tuvo un magnífico desarrollo, que exige un estudio especial; nos limitaremos a recordar el que alcanzó en Grecia, que fue mucho más modesto.

Civilización del Heládico antiguo

El progreso, innegable comparado con el Neolítico, atestigua las benéficas influencias llegadas de una Anatolia muy avanzada si se parangona con Grecia, debido, sobre todo, a sus contactos con las brillantes culturas del Oriente Medio. Su manifestación esencial es la introducción del bronce, que marca, con razón, el comienzo de una nueva era. Se observa una vida más intensa, la cual se expande en todos los dominios.

En conjunto persiste la civilización agrícola y ganadera, y como tal se mantendrá en Grecia durante largos siglos. Las actividades esenciales siguen siendo la explotación de una parte cada vez más importante del suelo, gracias al crecimiento demográfico derivado de las invasiones, y la cría de animales, cuya domesticación se inicia ya en el período anterior. Pero los progresos no se demuestran sólo por la mayor extensión de los cultivos —consecuencia y causa, a la vez, del aumento de la población—. La introducción del arado —por lo menos, de uno muy modesto, sin juego delantero, que escarba la tierra sin removerla, pero que resulta más que suficiente para los suelos ligeros de la Hélade— significa una verdadera revolución: al horticultor neolítico sigue el labrador; el hombre, el único capaz de manejar el arado, se encarga de un trabajo que, hasta este momento, estaba reservado posiblemente a la mujer. Por otra parte, los cultivos se diversifican y aparecen el olivo y la vid, que en adelante constituirán la base de la alimentación para Grecia.

¡Qué diferencias también en el habitat humano! Las ciudades —¿no sería mejor hablar de aldeas?— se multiplican. Son de modestas dimensiones, pero numerosas, y en ellas podemos ver, ya desde este período, uno de los rasgos más peregrinos de la Grecia posterior. Raras veces son fortificadas, lo cual nos da un buen testimonio de la paz que reinaba normalmente. La actividad artesana se desarrolla, de manera especial la cerámica —es la época de las vasijas, admirablemente

barnizadas, que se conoce con el nombre alemán de *Urfiniss*—, así como el trabajo del metal, relacionado con la introducción de la metalurgia del bronce. El comercio empieza a dar señales de vida, y, desde este punto de vista, constituye un factor importante la unidad de población del Mediterráneo Oriental. Esta Grecia, que aún no es griega, sino pregriega, presenta ya muchos rasgos de lo que será Grecia después de la llegada de los griegos.

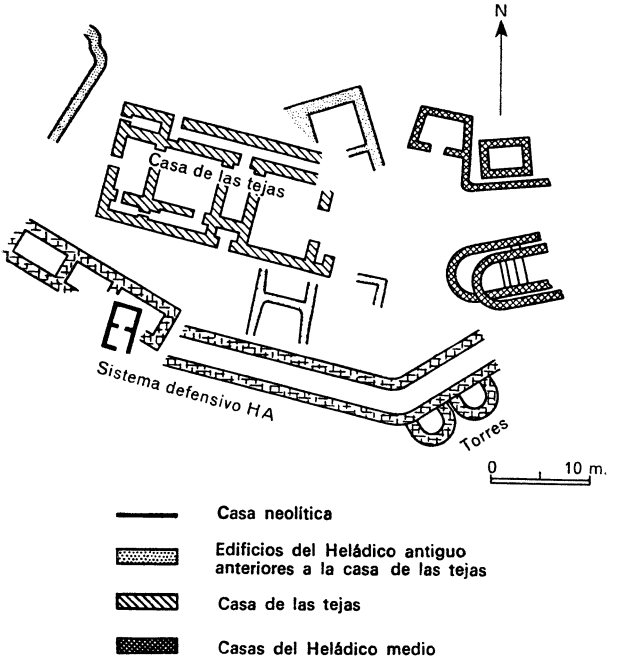


FIG. 1. Plano de Lerna *(según Caskey)*

Una ciudad que, al parecer, destacó con un esplendor particular fue Lerna, situada en el fondo del golfo de Nauplia, en una región pantanosa, cuyo recuerdo conservará la leyenda de Heracles. Había allí un asentamiento neolítico, con dos fases sucesivas, sobre el cual se levantó, con una división muy clara entre ambos, un asentamiento del Heládico antiguo, que, a su vez, presenta dos fases. La primera ciudad fue fortificada en dos etapas, al principio, de una manera simple, después doble, maciza, reforzada con torres: en el centro se erguía una imponente construcción, que debió de ser el palacio. Más tarde, la fortificación fue demolida y se levantó una nueva ciudad, con un gran palacio que descubrieron los arqueólogos americanos y bautizaron con el nombre de «Casa de las tejas» (fig. 1). Es una bella y poderosa construcción, la más importante de los pueblos anatolios en Grecia, y que dignamente puede compararse con los palacios de los mismos anatolios en Creta.

Al parecer, Lerna vivió una gran prosperidad en esta época. Ello se explica, en gran parte, por su situación geográfica, que le permitía realizar fructíferos intercambios con el mundo mediterráneo: así, pues, la Argólida posee ya la situación privilegiada que conservará después de la llegada de los griegos. Sin embargo, esta riqueza debió de ser la causa de sus desgracias: bruscamente, la ciudad fue destruida y ya no volvió a rehacerse. Se contentaron con recoger los restos del palacio y enterrarlos bajo un túmulo de poca altura, circular, que señalaba el carácter sagrado del lugar.

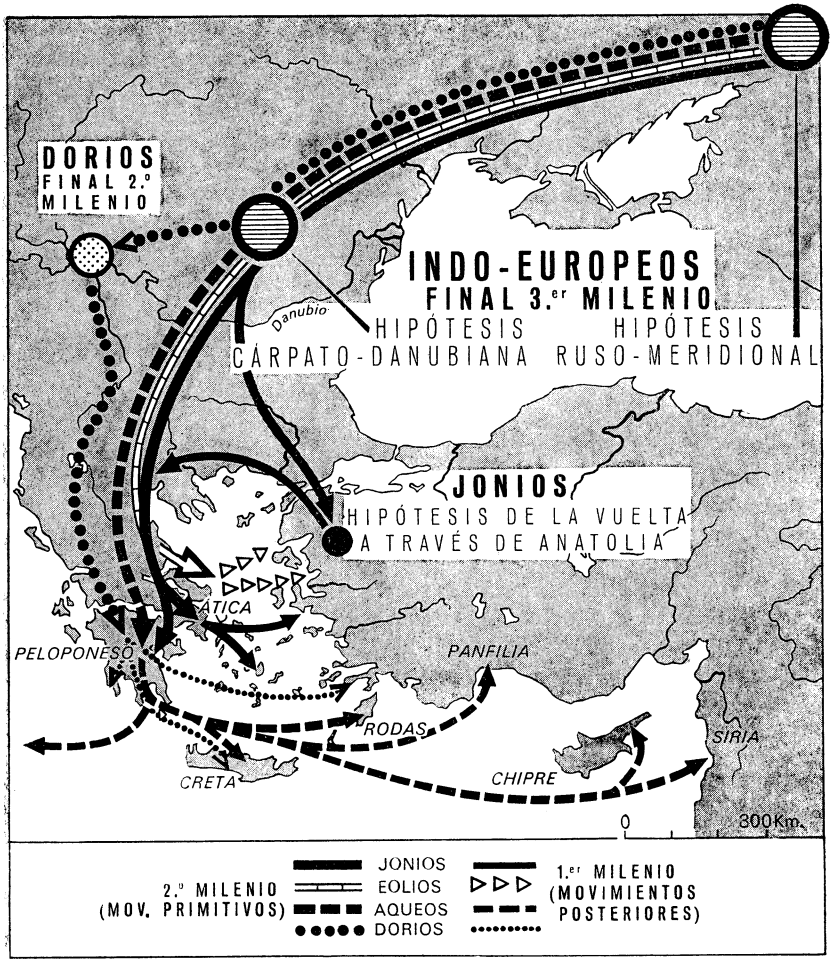
La caída de Lerna no se explica por una invasión extranjera, ya que los invasores no se hubiesen preocupado de salvar de esta forma los vestigios de un tiempo pasado; por otra parte, las nuevas construcciones de Lerna, ahora mucho más modestas, no señalan cambio alguno en las costumbres. Por ello, sólo podemos pensar en un ataque victorioso llevado a cabo por una ciudad rival o por una coalición de ciudades, envidiosas de la más floreciente de las ciudades del Peloponeso. Subrayemos, finalmente, que Lerna, tanto por su poderío como por sus desventuras, constituye, al parecer, una excepción en medio de la civilización, generalmente modesta y pacífica, del Heládico antiguo.

Por lo que respecta a las formas superiores de la civilización, conviene andar con cautela. Sin embargo, hay un punto que no ofrece duda: la existencia de palacios, a veces ya fortificados (Lerna, Egina), revela una sólida organización monárquica. Cada uno de estos reinos debía de ser independiente de sus vecinos: también aquí se encuentra ya el desmenuzamiento de la Grecia posterior.

La lengua de los anatolios, aunque sólo fuera por los topónimos, no nos es totalmente desconocida. Sin duda guardaba un estrecho parentesco con el cretense, del cual tendremos ocasión de tratar nuevamente.

No sabemos gran cosa de sus creencias espirituales. Se conservan numerosos ídolos femeninos esteatopigios, y los de las Cícladas, que adoptan a veces la forma estilizada de un violín, se han hecho justamente famosos. Demuestran la persistencia del culto a una gran diosa matronal, dispensadora de fertilidad y fecundidad. Conocemos bastante bien los ritos funerarios de esta época, mientras que los del Neolítico se nos escapan casi por completo: las necrópolis se encuentran situadas fuera de los lugares habitados por los hombres; las tumbas están excavadas en la roca o construidas en forma de cista; las ofrendas son numerosas, lo cual atestigua una bien fundada creencia en la supervivencia del muerto. Es muy posible que en esta época se crease toda una mitología. La epopeya homérica cuenta, entre sus héroes más importantes, con príncipes cuyos nombres, extraños al griego, presentan una terminación prehelénica en *-eus* (Odiseus = Ulises, Aquileus = = Aquiles...). Sin caer en la arbitrariedad, podemos suponer que representan un viejo fondo mítico, que se remonta al Heládico antiguo y que los griegos adoptaron y utilizaron para sus propios fines.

A finales del segundo milenio, en una fecha que los especialistas sitúan entre el 2000 y el 1950, la civilización anatolia de la Hélade se hundió bajo los golpes de unos nuevos invasores, los griegos, que de esta forma, hicieron su primera aparición en la historia de Grecia (mapa 1).



MAPA 1. Los griegos en marcha

Este mapa sólo puede dar un esquema muy general (para las migraciones dorias, cf. mapa 4). Se han distinguido los *movimientos primitivos,* que poblaron Grecia de griegos, y los *movimientos posteriores,* que indican una expansión ulterior a partir de Grecia y se asientan, en general, en el primer milenio (salvo los aqueos, cuya expansión data del período micénico)

2. LOS PRIMEROS GRIEGOS EN GRECIA: EL HELÁDICO MEDIO (1950-1580)

Los griegos constituyen una rama arrancada de un vasto conjunto de pueblos designados con el nombre convencional de *indoeuropeos.*

Los indoeuropeos

Hoy no se piensa ya, como en otro tiempo, que los indoeuropeos fueran, en su origen, una raza única, y ni siquiera que tuviesen una civilización material común. De hecho, la arqueología no ha conseguido encontrar su cuna, a pesar de que lo viene intentando desde hace un siglo y en muchas direcciones. Los indoeuropeos serían más bien unos agregados o cristalizaciones de pueblos, seguramente ya muy entremezclados; en una fecha muy lejana —entre el quinto y el cuarto milenios— se produciría en ellos una innovación lingüística capital, quizá semejante a las mutaciones en el mundo vegetal: la lengua básica de la Europa mesolítica, aún muy fluida —lengua aglutinante que debía de servir de substrato al grupo indoeuropeo, así como a otros grupos que la conservan fielmente: grupo ugrofinés, vasco...— se habría transformado en una lengua de flexión: el indoeuropeo.

Este importantísimo fenómeno se desarrollaría en dos regiones relativamente alejadas entre sí: por una parte, en las estepas de la Rusia meridional, junto a las orillas del Mar Negro; por otra, en los confines cárpato-danubianos. De estos dos grupos —póntico-caucásico y cárpato-danubiano— pudo haber surgido la diferenciación que se observa en las lenguas indoeuropeas en dos conjuntos designados con el nombre correspondiente al número cien en sánscrito y en latín: el grupo *satem* (o grupo oriental) y el grupo *centum* (o grupo occidental, al que corresponde el griego).

Sea como fuere, antes del año 2000 se rompe la unidad de los indoeuropeos, sin duda poco compacta; inicióse entonces una serie de migraciones que los fragmentó en muchos grupos, los cuales evolucionarían en adelante independientemente (tocarios, indoiranios, hititas, armenios, griegos, itálicos, celtas, baltoeslavos, germanos). Estas migraciones, a lo largo de los tres milenios siguientes, garantizarían la población de Europa y de parte de Asia. Sin ningún género de duda, representan uno de los fenómenos más importantes de la historia mundial.

El método más antiguo para reconstruir la civilización de los indoeuropeos, con sus fraccionamientos, es el análisis del vocabulario común a las diferentes lenguas del dominio indoeuropeo. Son muy raras las palabras que se conservan en todos los grupos lingüísticos, pero la concordancia de tres lenguas y, en algunos casos privilegiados, incluso de dos, es considerada como suficiente por los especialistas. De esta forma podemos elaborar un cuadro en el que se incluye esencialmente lo que es posible conocer de la primitiva civilización indoeuropea.

Es lo que hemos intentado hacer con ayuda de los trabajos de A. Meillet:

Términos de parentesco

Padre, madre, hermano, hermana, hijo, hija.

En la familia del hombre, todos los grados de parentesco son designados con términos precisos, mientras que para la familia de la mujer todo resulta vago.

Grupos sociales

Casa. Jefe de la casa.
Aldea. Jefe de la aldea.
Raza, tribu. Rey.
Lugar fortificado (palabra que, en muchas lenguas, tiene el significado de ciudad).

Actividades humanas

Fabricar.
Dar una forma a la tierra, de donde deriva, según las lenguas, fabricar cerámica o levantar una muralla.
Hilar, tejer, coser.
Labrar.
Ir en carro.
Comprar (es decir, intercambiar)
Conducir, de donde deriva casarse.
Llevar, de donde deriva estar encinta.

Animales

Rebaño, buey y vaca, cordero y oveja, macho cabrío y cabra, cerdo y cerda, caballo y yegua, ganso, pato, abeja, perro y perra.
Leche, manteca, nata, ordeñar. Lana. Miel.
Ciervo, oso, ratón, grulla, serpiente, mosca, abejón, avispa.

Vegetales

Haya, abedul, sauce, encina, bellota.
Cereales (sin que sea posible precisar cuáles), paja, grano, labrar, moler, muela.

Nombres religiosos

Dios (voz emparentada con la raíz que significa brillante).
Sacerdote.

Nombres de objetos

Hacha.
Rueda, carro, ir en carro, eje de una rueda, yugo.
Embarcación, remo.
Cobre, oro, plata (pero de ninguna manera hierro).

Nombres de las principales partes del cuerpo

Nombres de números

Sistema decimal con nombres distintos para los diez primeros números, nombres de las decenas, la palabra cien (pero no mil).

El método de la filología comparada nos permite de esta forma trazar el esquema de una sociedad patriarcal sensiblemente organizada, cuya principal fuente de recursos es la ganadería, si bien no desconoce el cultivo de los cereales y cuenta ya con cierto número de actividades artesanas bien atestiguadas.

El análisis lingüístico resulta bastante estéril en el terreno religioso. Son muy raros los nombres de dioses que coinciden en muchos dominios indoeuropeos. Sólo podemos citar los siguientes:

GRIEGO	LATÍN	SÁNSCRITO
Zeus	Iupiter (genitivo, Iovis)	Dyauh
Uranos		Varuna
Centauros		Gandharvah

Pero el método de la mitología comparada, aplicado de manera especial en los admirables trabajos de G. Dumézil, ha obtenido resultados más substanciales. Nos revela que la sociedad divina de los indoeuropeos se basaba en una distinción tripartita y trifuncional, que también se encontraba en la sociedad humana. A las tres clases que formaban los sacerdotes, los guerreros y los campesinos, les correspondían tres tipos divinos, los cuales encarnaban las nociones de soberanía, fuerza y fecundidad. De ahí procede la existencia de tríadas como las que encontramos en diversos pueblos de origen indoeuropeo:

Pueblos	Soberanía	Fuerza	Fecundidad
Indoiranios	Varuna y Mitra	Indra	Nasatya
Escandinavos	Odín y Tyr	Tor	Freyr
Romanos	Júpiter	Marte	Quirino

Éste fue el bagaje de civilización que los griegos —los cuales fueron, con los hititas, de los primeros en desgajarse del tronco indoeuropeo común— llevaron consigo al emprender la migración que había de conducirles a ocupar el suelo de la Hélade.

Ocupación de Grecia por los primeros griegos

Divergen las opiniones respecto a si partieron de las estepas que bordean la costa septentrional del Mar Negro o de la región cárpato-danubiana, pero nadie duda de que descendieron hasta Grecia a través de los Balcanes. La teoría clásica, que corresponde a la idea más simple que se puede elaborar de su migración, los presenta en un progresivo avance de Norte a Sur, hasta ocupar toda Grecia.

No obstante, algunos indicios parecen demostrar que el fenómeno fue más complejo. Desde su llegada a Grecia, se encuentran en posesión de una refinada técnica en el arte de la cerámica, la de la cerámica *minia*, de la que volveremos a tratar más adelante. Los vasos *minios* se encuentran sólo en Troya VI y, al parecer, derivan de unos prototipos metálicos anatolios. Por otra parte, encontramos determinadas costumbres funerarias, practicadas por los griegos desde que se instalaron en su nueva tierra, especialmente la inhumación de los muertos dentro de los poblados y no en necrópolis exteriores a los núcleos urbanos, de las que sólo tenemos testimonios en el Asia Menor.

Nuestra atención se dirige, pues, a técnicas y costumbres que los primeros griegos sólo pudieron aprender en Asia. De ahí surge la teoría, en apariencia paradójica, que se ha sostenido recientemente (Hencken): después de franquear los Balcanes, los griegos habrían pasado los estrechos para ocupar el norte del Asia Menor; puestos en contacto con

formas de civilización mucho más evolucionadas, habrían quedado marcados con su sello; posteriormente llegarían a Grecia —¿volviendo a pasar los estrechos, o por vía marítima?—, tal vez presionados por otros invasores: los *hititas cuneiformes*.

Efectivamente, hemos de advertir que la migración de los primeros griegos se explica sólo combinada con un movimiento de pueblos mucho más amplio: es el momento en que se instalan en la Tróade los fundadores de una nueva ciudad, Troya VI, que interrumpen brutalmente el curso, hasta ahora sin cortes bruscos, de la historia troyana; coincide también con la ocupación de la región central del Asia Menor por parte de los hititas, que fundarán un poderoso imperio algunos siglos más tarde. De esta forma, la simultánea llegada de los indoeuropeos a ambas orillas del Egeo causa un grave trastorno en Anatolia y Grecia. Es uno de los grandes hitos de la historia del Mediterráneo, una de las fechas memorables de la Historia.

Prudentemente nos hemos servido de un término vago para referirnos a los invasores de la Hélade: los primeros griegos. Y es porque no existe certeza alguna acerca de su nombre exacto. Lo único que con toda seguridad podemos afirmar es que aún no recibían el nombre de *helenos*, con el que son conocidos en el milenio siguiente, y mucho menos el de *griegos*, que hemos heredado de los romanos. El vocablo *minio*, con el que se los designa algunas veces, es puramente convencional. Los minios fueron, según Homero, los primeros habitantes de Orcómenes de Beocia, donde por primera vez se encontró la cerámica a la que se dio el nombre de *minia;* sin embargo, muy pronto se echó de ver que era común a toda la Grecia de principios del segundo milenio.

Nos queda el nombre de *aqueos*, que, sin discusión alguna, vale para los griegos de la segunda mitad de este milenio, según el testimonio de la epopeya homérica y los textos egipcios o hititas. Pero, ¿son estos aqueos los mismos invasores del año 1950? Algunos afirman que sí: según éstos, no hubo una nueva invasión griega entre 1950 y la llegada de los últimos griegos, los dorios, a fines del segundo milenio.

Sin embargo, es preciso matizar un poco nuestro examen. Los primeros griegos fueron los jonios, que veneraban como antepasado epónimo a Ion, dios fluvial de virtudes curativas, cuyo carácter impetuoso —la palabra *jonio* significaría ardoroso— habrían conservado ellos. Los cuadros sociales —división en cuatro tribus—, que en adelante van a ser su marca distintiva, se remontan, con toda probabilidad, por lo menos hasta su instalación en Grecia. Ocuparon —sin duda de manera bastante blanda— la totalidad de la Grecia continental y del Peloponeso, posiblemente sin imponer una servidumbre demasiado dura a los prehelenos que tenían sometidos. Son indiscutibles las huellas de su primitiva ocupación del Peloponeso, recogidas no ha mucho en la convincente demostración de M. P. Nilsson. Sobre todo el mito ha conservado el recuerdo del establecimiento de Ion en Acaya, denominada entonces *Egialos;* él y sus descendientes reinaron allí hasta la llegada de los dorios. Por otra parte, son significativas las pruebas aportadas a este respecto por la toponimia: el primer nombre del río mayor del Peloponeso, el Alfeo, parece que fue Ion. Por consiguiente, los jonios fueron desalojados de parte de sus posesiones por los nuevos visitantes, los aqueos (hacia 1580) y los eolios (en una fecha que consideramos imposible determinar).

La civilización material durante el Heládico medio

No cabe duda de que las bandas jónicas ocuparon violentamente Grecia. La población anatolia, que se había instalado de la misma forma, quedó arruinada y sometida a esclavitud. La sección arqueológica es muy clara casi en todas partes, y son rarísimos los lugares, como Lerna, en los que encontramos una continuidad entre los períodos inmediatamente anterior y posterior al año 1950.

Entonces se abre un nuevo período, que corresponde a la instalación de los griegos en un territorio que conservaron hasta nuestros días. Es la Edad del Bronce medio, o Heládico medio, que se prolongará por espacio de cuatro siglos (hasta el 1580 aproximadamente). Nuestro conocimiento de este período es muy limitado, por cuanto sólo podemos contar con la documentación arqueológica procedente de las excavaciones. Nos encontramos todavía en la Protohistoria, y no entraremos en la Historia, en el sentido estricto de la palabra, hasta el período posterior, el Heládico reciente, que verá la introducción de la escritura en Grecia.

Las innovaciones en el campo de la agricultura debieron de ser muy limitadas en comparación con el período anterior. Evidentemente, los recién llegados tuvieron que adaptarse al tipo de agricultura mediterránea. Es cierto que conocían los cereales, pero no los árboles cuyo cultivo es característico de Grecia desde esta fecha: olivo, vid, higuera. Se ha observado que la mayoría de palabras griegas en este dominio son inexplicables por el griego —es decir, no tienen homólogos indoeuropeos—. He aquí algunos ejemplos típicos:

sitos, el trigo;
pisos, el guisante; *erebinthos*, el garbanzo;
sikyos, el cohombro; *kolokyntha*, la calabaza;
seris, la achicoria; *sisaron*, el rapónchigo;
oiné, la vid; *élaia*, el olivo; *olynthos*, el higo;
sykon, el higo paso; *botrys*, el racimo de uvas; *side*, la granada;
oinos, el vino; *élaion*, el aceite;
leirion, el lirio; *sisyrinkhion*, el iris; *rodon*, la rosa; *hyakinthos*, el jacinto; *narkissos*, el narciso; *sampsykhon*, la mejorana;

(Tomado de G. Glotz, *La civilisation égéenne*, pág. 441)

Es muy posible que los griegos hayan tomado todas estas voces de la lengua «pelásgica» —de Pelasgos, nombre que los griegos daban a los primeros pobladores de su país—, lengua que debió de ser común para los anatolios de Grecia y para los de Creta. Nos ilustran acerca de lo que aprendieron los griegos de los pueblos que acababan de someter.

En cuanto a la ganadería, parece ser que el único hecho nuevo, aunque fundamental, fue la aparición del caballo, conocido desde fechas muy remotas por los nómadas indoeuropeos, y que los griegos

introdujeron entonces en Grecia; en esto coincidieron con sus parientes, los fundadores de Troya VI, que lo introdujeron en la Tróade.

En el terreno de la artesanía se siguió cultivando la metalurgia del bronce, lo mismo que en el Heládico antiguo. La novedad esencial se produce en la cerámica con la aparición de una cerámica nueva: la alfarería *minia*. Muy refinada, presupone el empleo del torno, que, por fin, aparece en Grecia, cuando ya hacía muchos años que se conocía en Creta, y muchos más aún, en el Oriente Medio. Se fabricó partiendo de una fina y muy purificada arcilla micácea; su aspecto, mate, se contraponía claramente a las creaciones barnizadas de la época anterior (estilo del *Urfiniss*). Por regla general, los vasos eran grises —minio gris—, aunque también se desarrolló un minio amarillo en el Peloponeso y luego en Beocia.

La alfarería minia plantea a los especialistas problemas de difícil resolución. Algunos (F. Schachermeyr) consideran que nació en Macedonia o en Grecia después de la invasión. En cambio, otros (D. Page) opinan que los griegos la importaron a Grecia después de haberla aprendido o inventado en otra parte, posiblemente en Asia Menor, para lo cual se basan en un persuasivo argumento: aparece en los lugares ocupados por los invasores inmediatamente después de su instalación —salvo en algunos casos, muy contados, como los de Tirinto y Egina, en que es algo posterior—. Sea como fuere, constituye una notable innovación y la primera manifestación del genio artístico griego.

Con las invasiones griegas desaparece el comercio mediterráneo que caracterizaba al Heládico antiguo. Se rompe la unidad de población del Mar Egeo: en la Grecia continental los griegos se superpusieron a las poblaciones anatolias, mientras que Creta no fue alcanzada todavía por sus invasiones, y las islas continuaron su vida dentro de la órbita cretense. No desconocían por completo las rutas del Mediterráneo, a las que quizá tuvieron que recurrir para llegar a Grecia, si es cierto que primero pasaron por Anatolia. Es más, muy pronto los encontramos en las Cícladas, en Melos, adonde iban a buscar la obsidiana y se pusieron en contacto con los cretenses. Uno de los hechos más importantes del Heládico medio es esta primera iniciación de los griegos —pueblo hasta entonces exclusivamente terrestre— en el mundo del mar.

Sea como fuere, es innegable que en el intervalo entre dos períodos —HA y HR— de amplia apertura al Mediterráneo, los primeros siglos del segundo milenio fueron una época en que Grecia vivió replegada sobre sí misma, cerrada, en líneas generales, a las fecundas influencias procedentes de ultramar.

Sociedad y religión del Heládico medio

Sólo podemos formular hipótesis acerca del estado social de Grecia en esta época, respecto a otras sociedades indoeuropeas primitivas que conocemos mejor. Los recién llegados eran guerreros con una organización social de tipo militar, en la que se ha pretendido ver, con evidente exageración, una anticipada imagen del feudalismo. Reconocían la autoridad de unos jefes, que pronto se instalaron en palacios, quizá para imitar a los reyes del Heládico antiguo. El pueblo llevaba una vida igualitaria, y tenemos motivos para pensar que el sistema agrario, del que tenemos testimonios para el Heládico reciente, con una tierra común repartida en lotes iguales entre los jefes de familia, se remonta a las primeras invasiones griegas.

También son hipotéticos una considerable parte de nuestros conocimientos de la religión. Los ídolos femeninos, encarnaciones de distintas Madres Tierras mediterráneas, desaparecen casi por completo. Como contrapartida, nos hallamos con santuarios levantados en acrópolis, por ejemplo, el de Egina. Parece evidente que la religión urania de los indoeuropeos se implantó en Grecia; sin embargo, todavía no alcanzó, como sucederá después, la enorme influencia de los cultos ctónicos del Mediterráneo. Asimismo, se introdujeron profundos cambios en las costumbres funerarias. Suprimiéronse las necrópolis construidas aparte, los muertos empezaron a ser enterrados en los poblados, en tumbas en forma de cista. Las ofrendas, inexistentes al principio y raras en el período siguiente, revelan un eclipse de la creencia en una vida ultraterrena.

Puede afirmarse que no hubo arte en esta época. Las invasiones griegas, con toda su secuela de violencias, sumergieron, pues, a la Hélade en la barbarie. Pero este período, cuyo desconocimiento es absoluto, influyó sin duda poderosamente en la historia del segundo milenio. Mucho era lo que los griegos habían aprendido de su contacto con las poblaciones que acababan de someter: las técnicas de la agricultura mediterránea, tal vez las de la navegación, y con toda certeza el fondo del folklore y de mitos prehelénicos, al que ya nos hemos referido y que mostrará una extraordinaria vitalidad en épocas posteriores. Por lo demás, ya hemos trazado los rasgos fundamentales de la vida política y social de la Grecia aquea. Sólo nos quedan por matizar la idea de que los jonios de los primeros siglos eran bárbaros. Para ello nos ilustra el estudio de los yacimientos del Heládico medio.

Un yacimiento del Heládico medio: Dorion-Malti

Se ha excavado un número relativamente importante de yacimientos del Heládico medio. Muchos, como Egina, Micenas y Tirinto, estaban fortificados, lo cual demuestra que no se perdió la técnica de la

fortificación heredada de algunas ciudades del Heládico antiguo —como ejemplo podemos tomar Egina, pero no Lerna, cuya fortaleza hacía ya muchos años que no existía al llegar los griegos—. Sin embargo, en ningún lugar se erigen todavía los burgos de impresionantes murallas que serán característicos del período siguiente (HR). El arte de la construcción sigue siendo muy rudimentario, especialmente para las casas particulares, en las que la planta con uno de sus extremos en ábside es sustituida a menudo por la planta rectangular del Heládico antiguo.

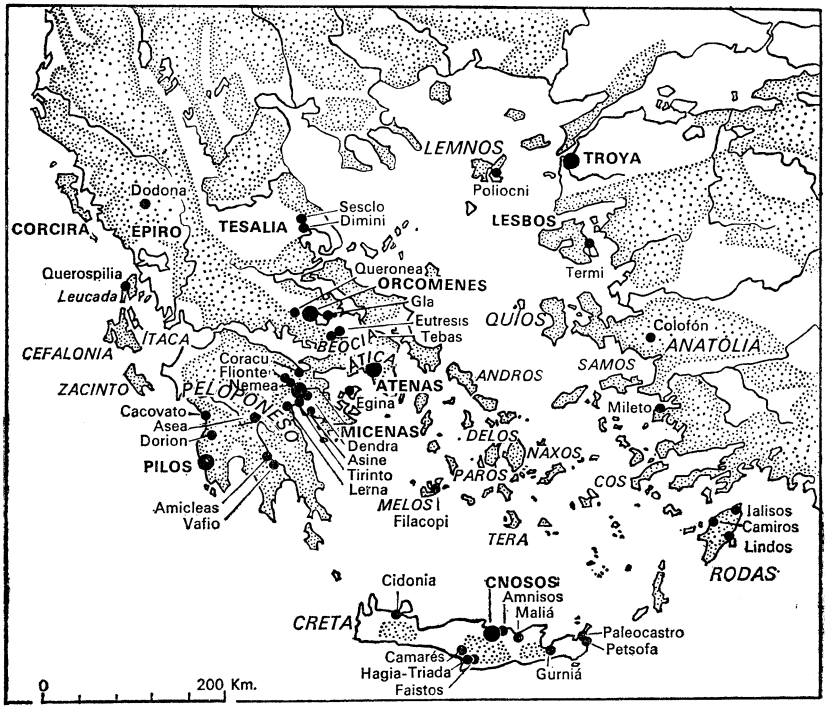
Un yacimiento, en el que los arqueólogos suecos han realizado magníficas excavaciones, nos permite evocar una ciudad del Heládico medio; se trata de Malti, en Mesenia, al noroeste del Itome, que, sin duda, es la ciudad antigua de Dorion. Consiste en una acrópolis que domina el camino que desciende por la llanura del Pamiso; las instalaciones humanas en este lugar se remontan al Neolítico. El asentamiento del HA fue destruido e incendiado por los invasores jónicos, los cuales reconstruyeron después una ciudad que, como las precedentes, carecía de defensas. Luego, a mediados del HM, se vieron obligados a fortificarla. Levantaron una poderosa muralla con estrechas puertas de entrada y reforzada con torres. En el interior encontramos 320 casas que no ocupan toda el área, sino que dejan espacios vacíos, tal vez ocupados por mercados o utilizados como redil, donde se reunía el ganado en caso de peligro. En el lado oeste de la muralla había unos almacenes especiales.

La cumbre de la colina estaba fortificada con una muralla interior, reducto que encerraba el palacio, construido sin ostentación ni lujo, algo mayor que las casas particulares, agrupado con otros edificios y sin disposición central: a duras penas se distingue un altar en una pieza algo más espaciosa que las demás. Estamos aún lejos de los admirables palacios de la época aquea. Se hallaba completamente rodeado de tiendas y establecimientos en los que trabajaban herreros, carpinteros y alfareros. Esta ciudad nueva es Dorion IV.

Dorion nos ofrece un claro ejemplo de la evolución del Heládico medio. Tras un período de confusión y desórdenes, los griegos levantaron allí una ciudad prudentemente fortificada, y en ella, alrededor de un palacio —revelador de la autoridad soberana de un monarca— concentraron los talleres, los almacenes y las instalaciones militares que afianzaban el poderío del rey. Coincidiendo con los momentos en que los espléndidos palacios de Creta exhibían su lujo sin ninguna protección de murallas, los griegos del continente, de acuerdo con unas técnicas heredadas de un pasado muy remoto (Neolítico y Heládico antiguo), construyen ya ciudades fortificadas, bárbaras si se quiere —puesto que carecen de los refinamientos de la comodidad y del arte cretense— pero que, por lo menos, testimonian una innegable prosperidad económica. Dorion IV, al igual que los yacimientos contemporáneos análogos, son ya, en muchos aspectos, una imagen anticipada de lo que serán Micenas y Tirinto en la época siguiente.

Durante mucho tiempo, los primeros griegos carecieron de algo que, hacia 1580, les permitiría levantarse por encima de esta rudimentaria civilización y llegar al apogeo de la época micénica.

Antes de seguirlos en su camino ascendente conviene que dirijamos nuestra atención hacia Creta, a la que no habían llegado aún los griegos, y donde sobrevivía, con incomparable esplendor, la civilización anatolia, que las invasiones jónicas de 1950 hicieron desaparecer de la Grecia continental (mapa 2).



MAPA 2. El mundo griego durante el segundo milenio

3. LA CRETA MINOICA

La evolución había sido mucho más rápida en Creta que en el continente. La tierra era rica, especialmente en la llanura de la Mesarra, los yacimientos de cobre ofrecían un mineral indispensable, y la isla se hallaba abierta al Mediterráneo, hacia Grecia, las islas, el Próximo Oriente y Egipto. En 2700 se inicia el final del Neolítico y el comienzo del período minoico, caracterizado por la invasión de los anatolios. La isla no tuvo que soportar las migraciones que ensangrentaron la Hélade a principios del segundo milenio, y se mantuvo independiente hasta el año 1400.

Esta paz tan dilatada le permitió desarrollar una civilización próspera y brillante que se denomina, indiferentemente, *minoica, egea* o *cretense,* y en la que los especialistas distinguen varias fases sucesivas:

Minoico antiguo (MA)	2700-2000
Minoico medio (MM)	2000-1580
Minoico reciente (MR).....	1580-1200

	CRETA			*GRECIA CONTINENTAL*	
	NEOLÍTICO			NEOLÍTICO	
CRETA ANATOLIA	Ocupación de Creta por los pueblos anatolios.	2700	2600	Ocupación de Grecia por los pueblos anatolios.	GRECIA ANATOLIA
CRETA ANATOLIA	Primeras incursiones de los griegos (destrucción de los primeros palacios).	1700	1950	Primera oleada de invasores griegos (jónicos).	CRETA GRIEGA
			1580	Segunda oleada de invasores griegos (aqueos).	
GRECIA GRIEGA	Conquista de Creta por los griegos.	1400			

Hegemonía y prosperidad de Creta

Hacia el año 2000 se sitúa la aparición de los «primeros palacios», signo evidente de la instauración de un fuerte poder central, por lo menos en tres lugares: Cnosos, Festos y Malia. Hacia el 1700, estos palacios fueron destruidos por un cataclismo general, en el que se ha pretendido ver un terremoto, pero que más bien consistiría en una invasión de pueblos que procedían del continente, para saquear y dedicarse al pillaje: después de devastarlo todo se retiraron estos griegos, que no se establecieron allí, pues no se observan cambios notables en la civilización cretense. Este azote fue un pretexto para reconstruir unos palacios más amplios y hermosos: es la época de los «segundos palacios» (1700-1400), durante la cual se restauraron Malia, Festos y, sobre todo, Cnosos. El rey de Cnosos no tardó en alcanzar la preeminencia sobre sus vecinos: destruyó Malia y obligó al príncipe de Festos a someterse a su soberanía. Fue el triunfo de Cnosos, que, aprovechando su posición central, unificó Creta y construyó una red de caminos para fortalecer su hegemonía.

La existencia de una poderosa monarquía queda suficientemente demostrada por las dimensiones y el refinado lujo de los palacios. Es

tan grande la importancia de la institución real, que los griegos tomarán de los cretenses el nombre con que designarán al rey *(basileus)*, a pesar de que el indoeuropeo tenía ya una palabra para ello. Con toda seguridad, el rey de Cnosos llevaba el nombre de *minos*, tal vez un antiguo nombre propio que los griegos recordarán en la persona del cretense Minos, uno de los tres jueces infernales.

Esta monarquía era burocrática, a semejanza de las de Oriente. Conocía la escritura, y se han podido fijar muchas etapas sucesivas en la historia de los *scripta Minoa:* al principio, una ideografía tosca, que

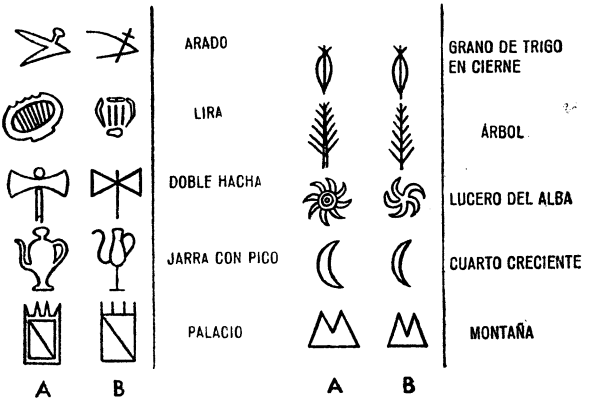


FIG. 2. Jeroglíficos cretenses A y B *(según J. Février)*

luego se simplifica en dos sistemas jeroglíficos, cuyos signos son cada vez más convencionales. De estos jeroglíficos se deriva, al final, una escritura lineal, denominada *lineal A*, que conocemos especialmente gracias a un importante conjunto de tablillas de Hagia Triada, pero que se extendió hasta Melos y Tera. Ninguna de estas escrituras ha sido descifrada, por lo cual la civilización cretense se nos muestra con frecuencia como un admirable libro de imágenes cuyas leyendas no comprendemos (fig. 2).

Fue tal el poderío de *minos*, que rebasó ampliamente el área de Creta. Existía una verdadera talasocracia minoica, cuyo recuerdo conservará Tucídides (1, 4): «Minos es el más antiguo personaje conocido por la tradición, que poseyó una flota y conquistó el señorío de la porción más importante del mar que actualmente es griego; impuso su dominio sobre las Cícladas, en la mayoría de las cuales fundó las primeras colonias». Era un imperio marítimo, asentado básicamente en las islas y en las costas del Egeo, precedente del imperio ateniense del siglo v. Los minoicos se establecieron en muchos puntos de menor im-

portancia, donde fundaron ciudades que conservarán el nombre de Minos: pequeñas estaciones dotadas, seguramente, de una guarnición, en las que comerciaban y percibían un tributo. En los yacimientos más favorables se convirtieron en verdaderas colonias: Filacopi (Melos), Ialisos (Rodas), Samos, Mileto, Claros.

Al no haber flota que pudiera competir con la suya, los cretenses pudieron dedicarse a la explotación del Mar Egeo, donde monopolizaron el comercio e impusieron contribuciones. El mito de Teseo —si

FIG. 3. Peso patrón de pórfido con un pulpo esculpido (altura 0,41 m). Palacio de Cnosos, Minoico reciente I

es que se refiere a la Creta minoica, cosa discutible— conservará el recuerdo de algunas de sus violencias y, en especial, del tributo de los jóvenes y muchachas que se cobraba cada año en Atenas, y del cual liberó a su patria el joven héroe.

La actividad económica se desarrolló en todos los dominios. La prosperidad de la agricultura fue grande: produjo abundante trigo y cebada, legumbres secas (guisantes, áfacas, lentejas y habas), cucurbitáceas; se generalizaron el olivo, la vid, la higuera, la palmera-datilera y el membrillero. La ganadería alcanzó una importancia semejante a la de la agricultura: bovinos, ganado menor, abejas; en cambio, el caballo siguió siendo prácticamente desconocido hasta el Minoico reciente III. La caza, y más aún la pesca, sirvieron para complementar los productos de la ganadería: los pescados y productos del mar eran muy apreciados, y a menudo los encontramos en las representaciones artísticas.

La industria se practica tanto en los talleres palatinos como en las ciudades. Hemos tenido la suerte de descubrir en Gurnia todo un pueblo industrial, con sus almazaras, sus fraguas y sus carpinterías. Eran florecientes las industrias alimentarias y textiles; sin embargo, conocemos mucho mejor las manufacturas de cerámica, cuyos productos han llegado hasta nosotros, y los trabajos artísticos, en los cuales eran los minoicos unos maestros incomparables.

El comercio era activo no sólo con las Cícladas, que se hallaban bajo el dominio directo de los cretenses, sino también con Egipto, Chipre, Siria, Asia Menor y Grecia (fig. 3). Los vasos minoicos se extendieron por todo el Mediterráneo oriental. Las relaciones mejor conocidas son las que sostuvieron con Egipto, gracias a los objetos encontrados en las excavaciones y a las citas de los *Keftiu* (cretenses) en los textos egipcios, que a veces los presentan —con más énfasis que verdad— como vasallos del faraón.

Palacios minoicos

La riqueza de Creta permitió el desarrollo de un magnífico arte, cuya mejor expresión la tenemos en los palacios. Son unos vastos conjuntos no fortificados dispuestos en torno a un patio central. Los techos, escalonados en terrazas, eran sostenidos por columnatas que, debido a su frecuente colocación central, obligaban al empleo de puertas laterales. La luz penetraba a través de numerosas ventanas y pequeños patios interiores, que eran otros tantos tragaluces. Se tenían buenos conocimientos de hidráulica: las cloacas avenaban el agua de las lluvias torrenciales, lo mismo que las aguas muertas; el agua de las fuentes era canalizada hasta los palacios para el abastecimiento de las numerosas salas de baño y los depósitos de agua. No había un hogar fijo, y, eventualmente, se utilizaban braseros.

Lo que sorprende es la perfecta adaptación al clima mediterráneo, la preocupación por la comodidad y un profundo sentido de la belleza, que se satisfacía tanto con la búsqueda del detalle refinado como con las entradas monumentales, las terrazas superpuestas, las panorámicas dirigidas hacia amplios paisajes, eso que Gustav Glotz denomina «un auténtico gusto por lo teatral y pintoresco».

El logro más acabado es, indudablemente, Cnosos, rescatado, desde principios de siglo, por A. Evans. El palacio se levanta sobre una prominencia que domina el valle del Ceratos. El arquitecto aprovechó el declive del terreno para distribuir el conjunto en dos planos: el ala oriental se halla a un nivel inferior con respecto al patio central y el resto del edificio. Al oeste del amplio patio —de unos 60×29 m.— se levantaban los santuarios y las salas de recepción, especialmente el salón del trono, precedido por un estaque para las purificaciones; se-

guían luego, separados por un largo pasillo de dirección Norte-Sur, los almacenes, en los que guardaban los *minos* sus riquezas en enormes *pithoi*. Al Este, a ambos lados de un corredor Este-Oeste, se levantaban los talleres y los departamentos privados —gran sala de las dobles hachas y dependencias de la Reina—. Al Sur, las dependencias de los sirvientes; al Norte, los cercados y el teatro, que Homero aún evoca en dos versos de la *Ilíada* (18, 591-2): «La plaza de baile, que, en la anchurosa Cnosos, tiempo ha construyó el arte de Dédalo para Ariadna, la de hermosas trenzas».

El conjunto es de una gran complejidad, por la multitud de habitaciones, corredores, pequeños patios y escaleras que conducen a los pisos. El nombre de *laberinto*, que quizá se refiriese a este «palacio de la doble hacha», y el de Dédalo, su mítico arquitecto, han quedado como símbolo de este extraño edificio, del que Teseo, según la leyenda griega, sólo pudo salir gracias al amor y astucia de Ariadna.

A poca distancia del palacio se levantaban el Pequeño palacio y la Villa real, en la que encontramos una gran sala, sostenida por una doble hilera de columnas, que puede considerarse como el modelo de las basílicas griegas y romanas.

En Festos, las excavaciones italianas han puesto al descubierto un palacio levantado sobre una acrópolis en cuatro niveles, que permite magníficos efectos de perspectiva por encima de los olivares de la Mesara. Gran número de amplias escaleras ponen en comunicación los distintos planos. Los elementos esenciales son los mismos que en Cnosos: salas de recepción, dependencias privadas, almacenes, talleres y despensas. En lo más alto, un balcón permitía al rey abarcar con la mirada el conjunto de la mansión y el espléndido paisaje. No lejos de allí, la villa de Hagia Triada, que posteriormente fue transformada en un verdadero palacio, es uno de los más lujosos edificios que nos ha legado Creta.

Finalmente, el palacio de Malia, excavado por la escuela francesa, se levanta en una llanura, a poca distancia del mar. También aquí todo el conjunto se distribuye en torno a un vasto patio central. El cuartel oeste, el más importante, era atravesado por un largo corredor Norte-Sur, que separaba los almacenes de los santuarios y de los departamentos oficiales —cuya pieza más notable era una habitación enlosada, sostenida por dos pilares, decorados con signos—. El ala oriental la ocupaban los almacenes, angostas celdas que daban a un pasillo. El cuartel norte, agrupado alrededor de un patio más modesto, destacaba por una hermosa sala hipóstila y un baño.

Florecimiento artístico

No basta describir la arquitectura de los palacios, ya que con ello pasaríamos por alto el extraordinario lujo de sus decoración interior. Las paredes estaban cubiertas de grandes frescos, realizados al temple sobre una capa de estuco todavía humeda, lo cual daba a todas sus obras unas notables cualidades de vida y animación. Podemos seguir la evolución del arte pictórico, especialmente en Cnosos. Al comienzo, un exuberante naturalismo —que siente interés por todo, ya sean plantas, animales u hombres—: son los manojos de cañas sobre una alfom-

bra de lirios blancos, o los delfines nadando en medio de los peces de la dependencia de la reina, o el toro sobre el cual realiza el torero un peligroso salto, ante una multitud bulliciosa y entusiasmada.

Sigue luego un auténtico clasicismo, que se recrea de manera casi exclusiva en el cuerpo humano: el mejor ejemplo lo tenemos en la adorable «Parisiense» de rostro delicado, oculto bajo los ojos; la nariz abultada, la pícara boca, el largo cuello y la rebelde e inquieta cabellera.

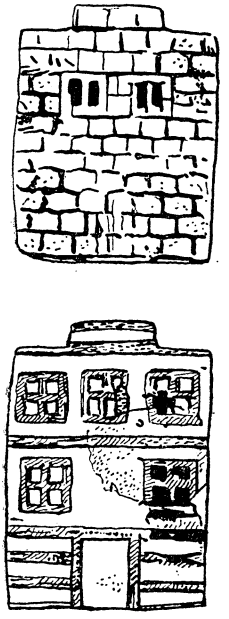
FIG. 4. Cobertera de píxide en esteatita con un perro esculpido. Moclos, Minoico antiguo II *(según Ch. Zervos)*

Finalmente, la pintura se estiliza. Más alejada de la vida, produce aún admirables frescos, como la hierática procesión de los portadores de vasos y, sobre todo, la sorprendente composición de los toreros: un hombre salta, atrevidamente, por encima de un toro en plena embestida, hacia una muchacha que le tiende los brazos, mientras otro mantiene cogidos los largos cuernos del animal y, al parecer, intenta ponerse vertical.

Como última etapa surge un arte mixto, el bajorrelieve de estuco pintado, que produce verdaderas obras maestras: el Rey con la flor de lis o una cabeza de toro animada de prodigiosa vida.

Seguramente los pintores minoicos obedecen determinados acuerdos tácitos, que recuerdan los de la pintura egipcia: diferentes colores para distinguir los personajes masculinos y femeninos, ojos vistos de frente en un rostro de perfil, ausencia de sombras y de auténtica perspectiva.

Pero, ¿cómo dejar de admirar su sentido del color, su habilidad para representar el movimiento instantáneo, su predilección por el individuo? ¡Cuánta gracia alada, qué riqueza decorativa, qué arrebatos y qué alegría de vivir! Estas cualidades serán frecuentemente ignoradas por Grecia, más cerebral e intelectual.



En Creta, la escultura no se desarrolló tanto como la pintura. Se desconocía el modelado de grandes figuras; no se encuentra escultura monumental, ni estatuas cultuales, sino sólo pequeñas estatuillas (figura 4 y lámina 2). Los materiales que se trabajaban básicamente eran la esteatita, la mayólica, el marfil y el bronce, lo mismo que la arcilla. La obra más famosa es la Diosa de las Serpientes de Cnosos: vestida con una falda de volantes y un delantal, tocada con una alta tiara, el pecho desnudo y oferente, la cabeza y el busto rodeados de tres reptiles, es la gran divinidad cretense de la Tierra.

El relieve se representa en placas de porcelana, destinadas tal vez a paneles decorativos (fig. 5). En una de ellas vemos una cabra amamantando a sus pequeños; en otra, un cangrejo tan perfecto, que los excavadores de Cnosos lo tomaron al principio por un fósil (admirable ejemplo del talento de los cretenses en la representación animal). Tres hermosos vasos de esteatita estaban adornados también con relieves: un homenaje al rey, unos juegos gímnicos y una procesión campestre. Encontramos aquí el mismo naturalismo que en la pintura, cuyas producciones ejercieron, al parecer, una gran influencia sobre el arte del relieve, y, por lo menos en este último, un humor y una fantasía que revelan mucho el temperamento cretense.

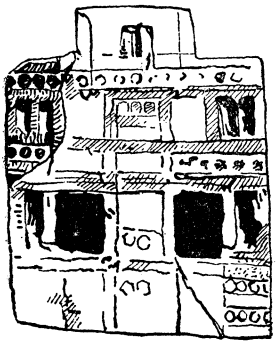


FIG. 5. Placas de porcelana que representan fachadas de casas. Cnosos, Minoico medio II

(según Ch. Zervos)

Pero es sobre todo en las artes menores donde se nos muestra el genio artístico de los cretenses. Creta, considerada por los griegos como la patria del ingenioso Dédalo, había alcanzado una extraordinaria perfección en el trabajo de los metales y las piedras preciosas. En los frescos, tanto los hombres como las mujeres llevan siempre joyas. Las tumbas han proporcionado muchos collares y pendientes, como el admirable dije de oro descubierto en la necrópolis real de Malia, en Crisolacos, que presenta dos avispas enfrentadas. La técnica de la incrustación, quizá de origen oriental, se conocía perfectamente. En Cnosos se encontró la caja del lapidario sorprendido por la llegada de los invasores. Algunos objetos salidos de su taller nos informan acerca de lo que sabía realizar: por

ejemplo, una mesa con 72 margaritas incrustadas, que debía de servir para una especie de juego de ajedrez, en la que se combinaban el marfil, el cristal de roca, el oro, la plata y una piedra azul: el *kyanos*.

En cuanto a la glíptica, crearon innumerables sellos que desempeñaron un importante cometido tanto en la administración como en los actos privados. Difieren sensiblemente unos de otros por su forma, su materia y las representaciones que contienen. Su evolución puede ser estudiada partiendo de los primitivos ideogramas, pasando por los jeroglíficos decorativos, hasta llegar al naturalismo, que se complace en la representación de la vida cretense en sus más variadas formas: paisajes, plantas, animales —especialmente animales marinos y toros—, escenas humanas en las que —excepto la guerra— desfilan todas las ocupaciones del hombre e imágenes divinas.

La cerámica, la más utilitaria de las artes menores, experimentó un verdadero desarrollo artístico (láms. I y 4). Desde el Minoico antiguo se conoce el torno, y el alfarero aprende a construir un horno cuya temperatura es lo suficientemente elevada para producir excelentes efectos de vitrificación. La decoración consiste tan sólo en elementos geométricos —líneas rectas, círculos, espirales—. En el Minoico medio, la invención de un torno de rotación lenta permite obtener vasos cuyas paredes tienen un espesor no mucho mayor que el de una cáscara de huevo, y que son una maravilla técnica. Se introduce una variada policromía. Los motivos siguen siendo a veces lineales, aunque predominan los vegetales o animales. Líneas y colores se combinan, de acuerdo con una estilización del más logrado efecto decorativo. Es el denominado *estilo de Camarés,* por el lugar de los primeros hallazgos. Finalmente, el Minoico reciente abandona, al principio, la estilización por el naturalismo: horrorosos pulpos enrollan sus tentáculos en los costados de los vasos. Luego se vuelve a un estilo decorativo, el *estilo del palacio,* que sabe adaptar al contorno de las cerámicas las molduras entrelazadas de motivos lineales y vegetales, en los que se recrea. No existe una ilustración mejor de la extraordinaria fuerza decorativa de los cretenses que estos humildes recipientes de barro.

Religión de los cretenses

Al carecer de documentos escritos que puedan descifrarse, es deficiente nuestro conocimiento de la religión de estos cretenses, cuyo sentido de la belleza era muy agudo. Por ello adivinamos que debía de ser optimista, que invitaba a comulgar con las fuerzas íntimas de la vida y que abría a sus fieles venturosas esperanzas. Durante mucho tiempo se ha hablado de un fetichismo primitivo y, de hecho, la piedra sagrada, el pilar, la doble hacha (o *labrys*), el escudo bilobulado y los

árboles o animales sagrados son numerosos en las representaciones del culto, testimonios de un tiempo en que se adoraban las formas elementales de la naturaleza y el valor mágico de las armas. Pero es muy posible que, más tarde, todos estos objetos fueran sólo el símbolo de las divinidades.

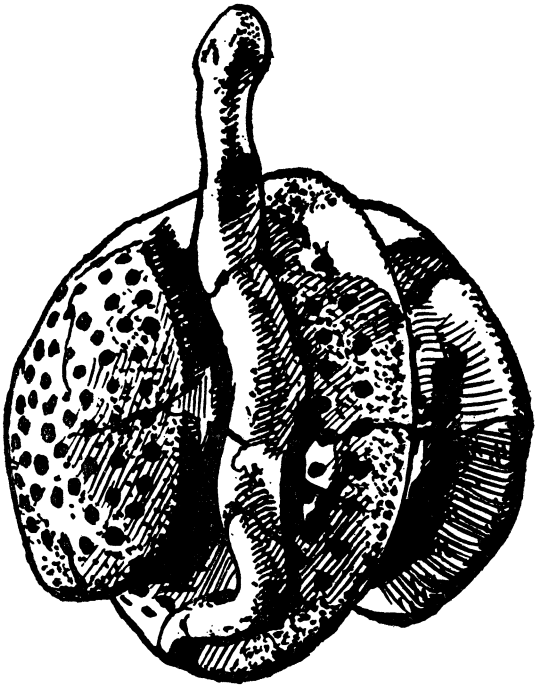


FIG. 6. Vasija de terracota destinada al alimento de las serpientes sagradas. Palacio de Cnosos, Minoico reciente I

Estas divinidades suelen ser representaciones antropomórficas, aunque tampoco faltan los seres híbridos: hombres con cabeza de cabra, mujeres con cabeza de pájaro. Las diosas desempeñaban un papel más importante que los dioses. Eran representadas bajo el árbol sagrado, en la cumbre de montañas, en una embarcación o agitando la cabellera; las acompañaban grandes venados o pájaros —especialmente palomas—. Son distintas formas dadas a la Madre Tierra originaria, que encarna el aliento vital y extiende su dominio sobre los vegetales, los animales y los hombres. Los dioses aparecen con mucha menos frecuencia: hijos o amantes, actúan como divinidades asociadas a la Gran Diosa, sin llegar a igualarla ni en tamaño en las representaciones, ni en poder: supervivencia, con toda seguridad, de un primitivo matriarcado y de las profundas creencias de las primitivas civilizaciones en el lazo fundamental que une a la mujer con las potencias de la vida.

Algunos se inclinan a creer que reinaba un verdadero monoteísmo, y que una divinidad femenina única vivificaba el Universo y recibía las honras de los cretenses.

Hay buenas razones para creer que no es así y que el politeísmo de los griegos hunde sus profundas raíces en el politeísmo de los cretenses. Se bosquejan ya algunas agrupaciones, como la de la Gran Madre con un «hijo-dios», o la de dos diosas, madre e hija.

Estos dioses no tenían templos, sino pequeños santuarios, seguramente erigidos al principio en plena naturaleza: las innumerables grutas, recientemente exploradas de una forma metódica, eran lugares sagrados, muchos de los cuales conservaron su fama en el mito griego —gruta de Ilitia en Amnisos, gruta de Zeus niño en el Ida, etcétera—; además, una piedra tallada en hueco de Cnosos muestra a un fiel adorando, en la cima de una montaña, a una *Potnia theron* flanqueada por sus dos leones. En el palacio había pequeñas salas reservadas al culto; generalmente, en una banqueta dispuesta en el fondo se depositaban las ofrendas. Los «cuernos de consagración» santificaban estos lugares y les daban un carácter sobrenatural.

Las pomposas ceremonias comprendían más procesiones que sacrificios sangrientos. Se hacían libaciones; las ofrendas a la divinidad de los frutos de la Tierra tenían como objeto invocar sobre ellos la protección divina, y de ahí la utilización de estas tablas o vasos votivos con múltiples compartimientos *(kernoi)*, de las que tenemos muchos ejemplares gracias a las excavaciones. La serpiente, animal ctónico por excelencia —puesto que se arrastra bajo tierra y allí tiene su cubil—, era objeto de una especial predilección (fig. 6). También el toro era un animal sagrado; por ello surgen las innumerables representaciones tauromáquicas de los grandes frescos o de las artes menores, así como los ritones automorfos, que tal vez sirvieran para libaciones de sangre de toro.

El mundo de los muertos está, por esencia, próximo al de los dioses. De aquí que en Creta los muertos fuesen cuidadosamente enterrados y provistos de ofrendas que, sin duda, suponen la creencia en el más allá. ¿Cuál debía ser su idea de ese más allá admitido por ellos? Sería temerario pretender precisarlo demasiado. Sin embargo, observemos que entre los griegos, la entrada en los Campos Elíseos —donde reinaba una diosa cretense, Perséfone— estaba subordinada al juicio de dos cretenses, Minos y Radamanto. Por otra parte, los cultos a misterios del mundo griego, que proporcionaban a los iniciados esperanzadoras perspectivas sobre la vida eterna, parece que se remontan al más lejano pasado cretense. También es de origen cretense el nombre de *heros*, con el que los griegos designaban a muertos ilustres honrados con un culto particular (fig. 7).

Existen, pues, abundantes pruebas que permiten atribuir a los cretenses unas creencias precisas en un más allá benéfico, en el que algunos muertos, igualados a los dioses por la heroización, disfrutaban de la felicidad eterna bajo la protección, continuada después de la muerte, de la compasiva Madre Tierra.

No nos cansaremos de insistir sobre la importancia histórica de la religión cretense, que, por intermedio de la aquea, tantos elementos dio a la religión griega del primer milenio. Y no se trata tan sólo de la supervivencia de algunos nombres de dioses: Britomartis —la Buena Virgen—, Dictina, Ilitia, Velcanos —el dios del gallo, que los griegos convertirán en un Zeus Velcanos—, o de algunos nombres de heroínas: Ariadna, Europa. Vemos aquí toda la atmósfera de los cultos egeos, que subsistirá en los cultos subterráneos y místicos del mundo helénico; su espiritualidad, su optimismo, sus preocupaciones de ultratumba, las encontraremos constantemente en nuestro estudio de la religión griega.

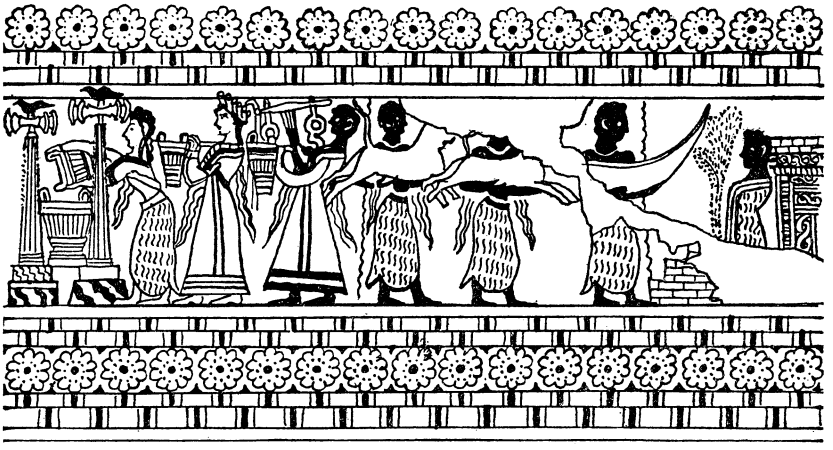


FIG. 7. El sarcófago de Hagia Triada. Museo de Heracleion

Es imposible que podamos hacer revivir, con una evocación tan sucinta, el mundo glorioso de los minoicos. Paz, prosperidad, armonía de la organización social, amor a la vida, pasión por la belleza y, más particularmente, por la gracia: tales son sus características más notorias. En resumen, un gran éxito humano para un pueblo pequeño, cuyas creaciones consiguen equilibrar en nuestro espíritu las de las civilizaciones, en tantos aspectos inhumanas, de Egipto o del Oriente.

El problema de sus orígenes es muy enojoso para el historiador, que no se contenta con repetir que procedían de Anatolia y desearía remontarse más en su pasado. Se han hecho tentativas para escudriñar los pocos vestigios de su lengua (el cretense), conocida también con el nombre convencional de *pelásgico*. Basándose en el método de los residuos y segregando del vocabulario griego las palabras que no pueden ser explicadas por el mismo, se ha podido reconstruir un substrato cretense, al que se añaden numerosos topónimos. En contradicción con la creencia corriente, según la cual el cretense representaba el substrato mediterráneo anterior a la llegada de los indoeuropeos, los estudios recientes han intentado probar que el *pelásgico* guardaba cierto parentesco con las lenguas indoeuropeas —especialmente con las de Asia Menor, luvita e hitita—. Los cretenses serían, pues, protoindoeuropeos, primos de los griegos, podríamos decir, separados antes que ellos del tronco indoeuropeo común.

Hacia el año 1400, unos griegos procedentes del Peloponeso saquearon los palacios y destruyeron el poderío minoico. Contrariamente a sus antepasados del 1700, ocuparon el país: Creta perdió su independencia y se fue debilitando hasta finales del Minoico reciente, hacia 1200.

Ha llegado, pues, el momento de volver a la Grecia continental, que hemos dejado en los comienzos del Heládico reciente. Pero, ¿acaso es algo inútil recalcar que Creta no desapareció de la historia con la ruina de Cnosos? Mucho antes de ser vencida, había «vencido ya a su fiero vencedor». Desde hacía casi dos siglos, era la levadura que haría fermentar la pasta, hasta entonces amorfa, del helenismo. Ésta es su influencia, que encontraremos a cada paso al estudiar el mundo aqueo.

capítulo II

Elaboración de un mundo aqueo (1580-1200)

Hacia 1600-1580 se perfila una profunda transformación en la civilización de Grecia: para emplear la terminología de los arqueólogos, es el tránsito del Heládico medio al Heládico reciente. Este último período, que se prolonga hasta el año 1100 aproximadamente, recibe también el nombre de *período micénico*, denominación formada sobre el nombre del yacimiento más importante de la Argólida.

Los trabajos de los ceramólogos han permitido dividir el período micénico en determinado número de fases. He aquí la más reciente y completa de las cronologías (A. Furumark):

Heládico reciente	I	.....	1550-1500
Heládico reciente	II	A	1500-1450
		B	1450-1425
Heráldico reciente	III	A	1425-1300
		B	1300-1230
		C	1230-1100

Heládico reciente

Esta transformación no viene señalada por un profundo corte arqueológico como el que, a principios del segundo milenio, corresponde a la llegada de los griegos, o como el de las invasiones dóricas, a finales

del mismo milenio. En realidad no se produjo una invasión masiva de nuevas poblaciones. Más bien se trató de una evolución rápida e incluso brutal, que podría compararse a la que motivó en Grecia el paso del arcaísmo al clasicismo hacia el año 500. Al apagado mundo del Heládico medio, sin grandes contactos con el Mediterráneo, siguió el deslumbrante mundo del Heládico reciente, que se abrió plenamente hacia Creta y hacia el Oriente. Todo parece indicar que fue la influencia de la Creta minoica la que sacó a Grecia de su letargo. Según

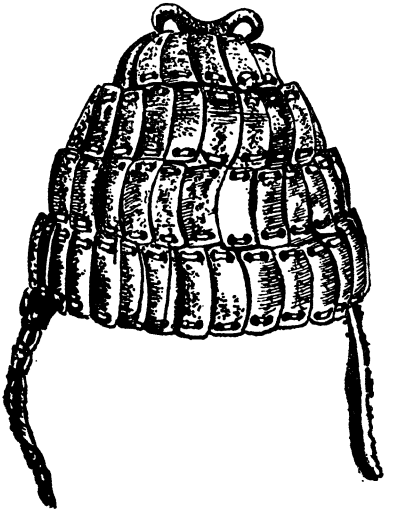


FIG. 8. Casco con decoración de dientes de jabalí descubierto en Micenas en el interior de una tumba con cámara

A. Evans, hubo, por parte de Creta, una conquista del continente, mas esta teoría está hoy totalmente abandonada. Gracias a las relaciones diplomáticas y al comercio, así como a causa de algunos choques militares, Grecia se inició en la civilización mediterránea de los cretenses, importó objetos minoicos y los imitó, se atrajo artistas de Creta y adoptó las crencias de una religión muy distinta de la suya. Fue seducida, seducción que la transformó en todos los dominios.

Para algunos eruditos (M. P. Nilsson), la influencia de Creta en Grecia no sería suficiente para explicar este súbito florecimiento de una nueva civilización. Asimismo, en Grecia, se habrían sentido influencias nórdicas, visibles, sobre todo, en su apasionada admiración por el ámbar, materia preciosa traída de las orillas del Báltico y casi completamente despreciada por los cretenses, o en las comprobadas preferencias por los cascos decorados con dientes de jabalí (fig. 8). Estas dos modas aparecieron a principios del Heládico reciente, y no tardaron en desaparecer. Corresponderían a

la llegada de nuevos griegos, procedentes de los Balcanes, que sin duda son los aqueos. Se les encuentran en Tesalia —aqueos ftiótidas—, pero se instalarán, sobre todo, en el Peloponeso, de donde rechazarán a los jonios, que sólo se mantendrán en algunos puntos de la costa: en Cinuria, donde los jonios autóctonos se dorizaron posteriormente, según el testimonio de Heródoto; en Epidauro, donde reinaba Pitíreo, hijo de Ion, en el momento de la invasión dórica; en Pilos, de donde embarcaron los Neleidas para emprender la colonización de la Jonia.

Es preciso volver a insistir en el hecho de que los invasores aqueos fueron relativamente poco numerosos: no hay corte arqueológico en el Peloponeso a principios del Heládico reciente. Los invasores de esta región fueron grupos numéricamente débiles pero decididos, que se impusieron por la fuerza y conquistaron sin duda el poder, sin que el fondo de la población sufriese transformación alguna. Por otra parte, los estudios arqueológicos más recientes parecen demostrar que su dialecto, el aqueo (tal como puede conocerse según las tablillas en lineal B), era pariente del jónico hasta el punto que se les puede incluir en un mismo grupo (el «griego meridional»). Este parentesco supone, en una fecha no demasiado lejana (fines del III milenio), un habitad común (¿en los Balcanes?), en donde los aqueos permanecerían más tiempo mientras que los jonios invadían antes la Hélade.

¿Fue éste el momento en que otros griegos, los eolios, aparecieron en Grecia? Los encontramos instalados en el Heládico reciente, mucho antes, por tanto, de las invasiones dóricas, sin que sea posible, a nuestro entender, precisar más y fechar su invasión relacionándola con la de los aqueos. Ocuparon sólidamente las futuras Tesalia y Beocia —Tucídides supone que bajaron hasta Corinto—, y desalojaron a los jonios, que se vieron obligados a retirarse hacia el Ática y Eubea, lugares en cuya densidad experimentó un considerable aumento. Sus orígenes siguen siendo misteriosos: su mismo nombre de *eolios* (abigarrados) nos autoriza a considerarlos como una población híbrida. Con ellos introdujeron su dialecto, el eólico, claramente diferenciado de los dialectos del grupo meridional (jónico y aqueo).

Esta afluencia de nuevas poblaciones ejerció una benéfica influencia. Seguramente sirve para explicar en buena parte el dinamismo de que Grecia dará muestras en el transcurso del Heládico reciente. Digamos, por fin, que se encuentran definitivamente trazados algunos rasgos étnicos de la Grecia posterior: los jonios, acorralados en el extremo sur de la Grecia continental —Ática y Eubea—, y los eolios, como población de Tesalia y Beocia. Con la ocupación del Peloponeso por los aqueos, Grecia registra —mucho antes de que la acrecienten las invasiones dóricas— una extraordinaria mezcolanza étnica. Sin embargo, es tanta la importancia de los aqueos, que Homero designa con este nombre a todos los griegos que combatieron contra Troya. También nosotros emplearemos esta cómoda denominación al referirnos a los griegos del Heládico reciente.

Fuentes de la historia aquea

Las fuentes que nos permiten reconstruir la historia del período micénico son mucho más numerosas que en la época anterior. Ante todo, hemos de citar las excavaciones realizadas en los yacimientos micénicos. Desde 1874, los trabajos de un genial arqueólogo, el alemán Schliemann —al cual se debía ya el descubrimiento de Troya—, desenterraron lentamente a «Micenas, rica en oro»; siguieron después las excavaciones cuyo resultado fue el descubrimiento de la civilización de los minios de Beocia, y a continuación, las de Tirinto. Así iba triunfando paulatinamente la idea de que los poemas homéricos no habían surgido de la imaginación de un maravilloso poeta, sino que pintaban

un mundo de existencia histórica. El movimiento de investigación se intensificó durante el siglo XX, y los resultados no fueron decepcionantes: Coracu —cerca de Corinto—, Asina y Midea —en la Argólida—, Malti —en Mesenia—, Amicleas —en Laconia— e Ítaca proporcionaron una rica cosecha de objetos micénicos. Más recientemente aún, Micenas atraía de nuevo la atención de los arqueólogos gracias al segundo círculo de tumbas, descubierto al pie de la acrópolis, y el yacimiento de «la arenosa Pilos» brindaba un nuevo gran palacio, rival de los de la Argólida, que sólo puede ser el del viejo y prudente Néstor. En resumen, una enorme documentación arqueológica, que desborda el área propiamente griega, puesto que los objetos micénicos se han encontrado poco menos que en todas las orillas del Mediterráneo.

Muchos de estos yacimientos habían proporcionado tablillas inscritas en una curiosa escritura, llamada *lineal B*. Durante mucho tiempo fueron letra muerta para el historiador, hasta el desciframiento propuesto por M. Ventris y J. Chadwick en 1953. Desde esta fecha se han multiplicado los trabajos relacionados con las tablillas, y, pese a que las inscripciones aqueas siguen planteando incontables problemas de lectura o de interpretación, puede afirmarse que se ha dado un paso decisivo. Más adelante analizaremos lo que nuestro conocimiento del mundo aqueo debe a estos archivos palatinos.

Asimismo, las dos epopeyas homéricas, que relatan acontecimientos situados a finales del período aqueo, pueden ser aducidas a menudo como testimonio, si bien hay que estar prevenidos contra su naturaleza equívoca. Son textos que, en algunas de sus partes, se remontan hasta la época aquea; pero siguió después la profunda deformación de una tradición puramente oral, innumerables alteraciones y adiciones y la definitiva «composición», realizada por poetas de los siglos IX u VIII. Es cierto que las excavaciones han demostrado de una manera incontrovertible la veracidad de muchos detalles; pero no lo es menos el que jamás se podrá fechar exactamente un episodio o una indicación concreta. La *Ilíada* y la *Odisea* están demasiado elaboradas para que el historiador aborde su estudio sin un buen acopio de cautela.

1. LOS REINOS AQUEOS

Vamos a tomar nuestra descripción de la Grecia aquea de un texto de la *Ilíada*, que actualmente se considera muy antiguo y que, en lo fundamental, se remonta a la época micénica. El *Catálogo de las embarcaciones*, incluido en el canto 2, nos da el censo de las naves que participaron en la expedición contra Troya, con los nombres de los jefes. Grecia se nos muestra fraccionada en cierto número de principados. La enumeración comienza por la Grecia Central, continúa por Eubea, Atenas y Salamina; sigue después el Peloponeso, con los

dos reinos argivos de Diomedes y Agamenón, Lacedemonia, Pilos, Arcadia, la Élida; a continuación, las islas jónicas y Etolia; después, Creta y las islas del Egeo; finalmente, la Grecia del Norte. Las fuerzas navales, por lo general, oscilaban entre 30 y 50 navíos; de 28 reinos, tan sólo 7 no llegaban a los 30; 6 superaban los 50. Estos últimos eran los grandes Estados de la Grecia aquea:

Micenas	100	navíos
Argos y Tirinto	90	»
Pilos	90	»
Creta	80	»
Lacedemonia	60	»
Arcadia	60	»

Es característico que, exceptuando Creta, todos ellos sean Estados del Peloponeso. Micenas encabeza la lista con 100 navíos. Aún debemos advertir que su rey, Agamenón, prestó 60 naves a los arcadios, «que hasta entonces no se habían preocupado de los trabajos del mar».

Hegemonía de Micenas

Un difícil problema se nos plantea en estos términos: ¿Eran independientes estos principados, o formaban un imperio unificado, cuyo centro no podía ser otro que Micenas, la más importante y opulenta de las fortalezas aqueas? Las tablillas de Pilos y de Cnosos parecen corresponder a archivos de dos Estados soberanos; en ninguna ocasión hablan de relaciones de vasallaje con el rey de Micenas, ni de tributos que debieran pagarle. Al mismo tiempo, algunos documentos hititas se refieren a un reino de Acaya (Akhkhijawa), que debe de ser Rodas o Panfilia, cuyo monarca, con poder suficiente para ejercer una activa y ambiciosa política en las costas de Asia, no dependía, evidentemente, de ningún soberano.

Por otra parte, ciertas empresas militares no podían llevarse a buen término sin la cooperación de todas las fuerzas aqueas. Tal fue el caso de la conquista de Creta, para la cual no disponemos de ningún documento escrito; y también el caso de la conquista de Troya, donde el testimonio de Homero es inequívoco: todos los jefes aqueos admiten la hegemonía de Agamenón, rey de Micenas, cuya autoridad se impone en todo momento, a pesar de ser zaherida por la violencia de otros héroes como Aquiles. También la muralla, construida al final de la época micénica, para proteger el istmo de Corinto contra eventuales invasiones procedentes del Norte, debió de ser el resultado de la unión de todos los pobladores del Peloponeso.

No resulta imposible conciliar estas dos tesis. Evidentemente, no se puede hablar de un imperio en el sentido estricto de la palabra.

Los distintos reinos aqueos son independientes, en buena medida, unos de otros. Sin embargo, ligados por intereses comunes, poseídos por unas mismas ansias de poder que exigen su coalición, de buen o mal grado aceptan, en caso de necesidad, la autoridad de un solo rey, el de Micenas, que tendría la categoría de un *primus inter pares*. Así, encontramos en germen, en la Grecia aquea, el fraccionamiento político de la Grecia del primer milenio, a la vez que estas confederaciones que unen a muchos Estados ante un enemigo común.

La ciudadela de Micenas

Lo más tangible que nos queda de estos reinos aqueos son las fortalezas en que los jefes concentraban su poder. La más impresionante de todas es la de Micenas: verdadero nido de águilas en lo alto de una

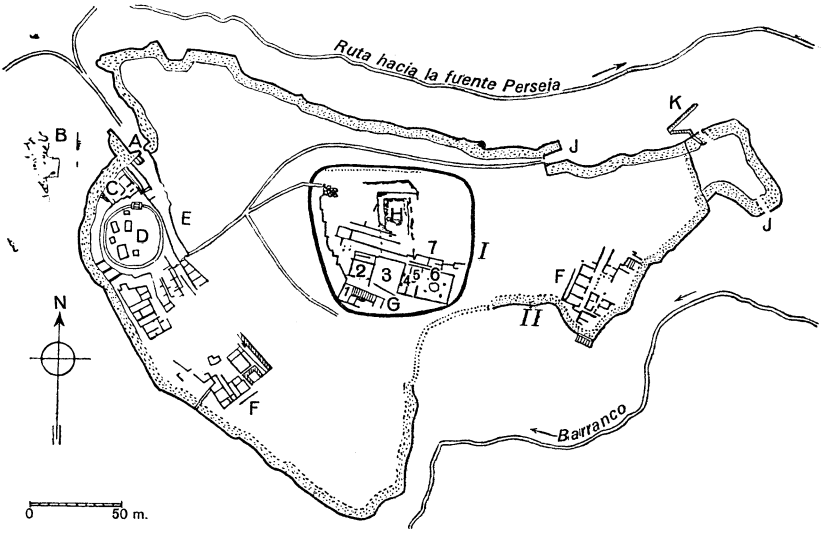


FIG. 9. La ciudadela de Micenas *(según A. J. B. Wace)*

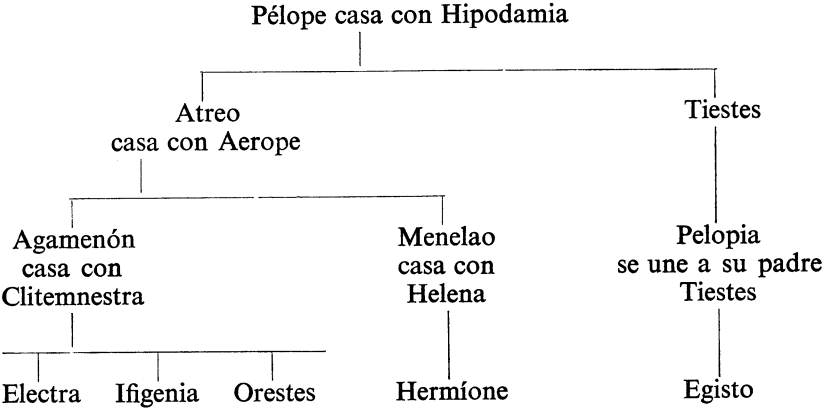
I, Primer recinto (¿siglo XVII?); II, Murallas ciclópeas (mitad del siglo XIV). *A*, Puerta de los leones; *B*, Cementerio prehistórico fuera de las murallas; *C*, Granero; *D*, Círculo de las tumbas de Schliemann; *E*, Rampa; *F*, Casas micénicas; *G*, Palacio (1, Gran escalinata; 2, Salón del trono; 3, Patio central; 4, *Prothyron;* 5, *Prodomos;* 6, *Mégaron;* 7, Dependencias para sirvientes); *H*, Templo dórico arcaico; *J*, Poternas; *K*, Cisterna

acrópolis, triangular a grandes rasgos, que culmina a 278 m. y está delimitada, a excepción de uno de sus flancos, por abruptos barrancos; áridas y pedregosas alturas dominan este espolón, circundado de bravías cortaduras, oculto, inaccesible, invisible desde el mar, pese a estar

sólo a 15 km. de distancia. Un lugar siniestro, de perfecto acuerdo con las siniestras leyendas que los griegos localizaron en él (fig. 9 y lám. 5).

Según la leyenda, los Perseidas fueron los primeros que reinaron sobre la Argólida en general y sobre Micenas en particular: Micenas, fundada por Perseo, fue gobernada después por su hijo Estenelo y su nieto Euristeo. Después, el poder pasó a los Pelópidas —llamados también Átridas—. Los hijos de Pélope, Atreo y Tiestes, empujados por la maldición paterna, se refugiaron en Micenas. Los micénicos, muerto su rey Euristeo sin dejar descendencia, les confiaron el trono, dando crédito a un oráculo. Atreo fue el escogido, y de él derivan los odios y maldiciones inexpiables que pasaron de generación en generación. Entre las familias malditas de la mitología griega, la de los Átridas es, sin duda alguna, la más sangrienta, la que ofrece los ejemplos más extraordinarios de estupros, adulterios, incestos y asesinatos. Basta recordar el cuadro genealógico de los descendientes de Pélope para comprender las pasiones, violencias y dramas que representan:

Los Pelópidas



Pero, la fortaleza de los Átridas es hoy algo más que la visión de oro y sangre que quedó viva en la conciencia de los griegos y que Esquilo plasmó en sus admirables versos de la *Orestíada*. Las excavaciones realizadas después de Schliemann han dado como resultado el hallazgo de las ruinas de la acrópolis de Micenas, donde las edificaciones se sucedieron a lo largo del segundo milenio, pero, sobre todo, durante el Heládico reciente. En su estado definitivo es un recinto de 900 m. de perímetro, con poderosas fortificaciones de muros ciclópeos, abierto al Oeste por una puerta —la Puerta de los Leones— encuadrada en un sólido baluarte, y al Norte, por una poterna secreta.

En el interior se encuentran los almacenes, algunas casas y, fundamentalmente, el palacio, que se yergue en el punto más elevado. Levantado en un terreno desigual, comprende un salón del trono, un santuario y, como elemento básico, un *mégaron* (o gran sala), cons-

tituido por tres elementos: un vestíbulo exterior *(aithusa)*, embaldosado con losas de yeso; un vestíbulo interior *(prodomos)* y la pieza principal (el *mégaron* propiamente dicho), con un hogar en el centro, encuadrado por cuatro columnas que sostienen una claraboya para expulsar el humo.

Este palacio, cuya disposición esencial volvemos a encontrar en Tirinto o en Pilos, representa un tipo arquitectónico que difiere sensiblemente del cretense. Al laberinto minoico se opone un conjunto de clara ordenación; al tejado en terrazas escalonadas, un tejado de doble vertiente; a la columnata central, que trae aparejada una división bipartita de la fachada, una columnata doble con una división tripartita; a una mansión ancha y sin profundidad, abierta al aire y al sol, una vivienda más profunda que ancha, con entrada única en un pequeño lado; al brasero móvil, un hogar central fijo. En muchos de estos detalles —techo de doble vertiente, habitación cerrada, hogar fijo—, el palacio micénico evoca los países nórdicos, fríos y húmedos, de donde procede seguramente, aunque también pudo ser originario de Anatolia. Es radical su oposición al palacio cretense, que representa el palacio específicamente mediterráneo.

La ciudad baja y las tumbas de Micenas

La acrópolis era tan sólo la morada del rey y, quizá, de algunos señores de su séquito. La verdadera aglomeración humana era una ciudad baja, al sudoeste de la fortaleza. Aquí se encontraron casas interesantes: la «casa del comerciante en vinos», con 8 grandes jarras y unos cincuenta vasos con asas, que, en realidad, es la bodega de una casa cuya parte superior fue destruida; la «casa del comerciante en aceite», en la que se desenterraron una serie de *pithoi* que contuvieron aceite, y tablillas que tal vez constituyeran la contabilidad de un comerciante.

No se olvidaba a los muertos. Las tumbas de los monarcas y de los magnates figuran entre los más calificados vestigios de la Micenas aquea. Al parecer, se sucedieron tres tipos principales: al principio tenemos las tumbas con foso de dos círculos, el de la planicie, recientemente descubierto al lado de la «tumba de Clitemnestra» (círculo B), y el de la acrópolis, joya de las excavaciones de Schliemann (círculo A), que es algo posterior al primero (fig. 10). El segundo círculo fue rodeado de un cerco de losas enderezadas, muchos siglos después de la excavación de las tumbas, cuando se quiso delimitar claramente en la fortaleza el dominio de los vivos del de los muertos; en cambio, en el primer círculo, el cercado es contemporáneo de las tumbas. Los muertos eran provistos de un ajuar funerario —máscaras, lujosas armas, vasos, joyas—, que ha proporcionado algunos de los más brillantes objetos del arte micénico.

A continuación, las tumbas con foso son sustituidas por las de habitación: un corredor *(dromos)* da acceso a una habitación excavada en la roca, que, por lo menos en las tumbas principescas, está recubierta con un lujo extraordinario.

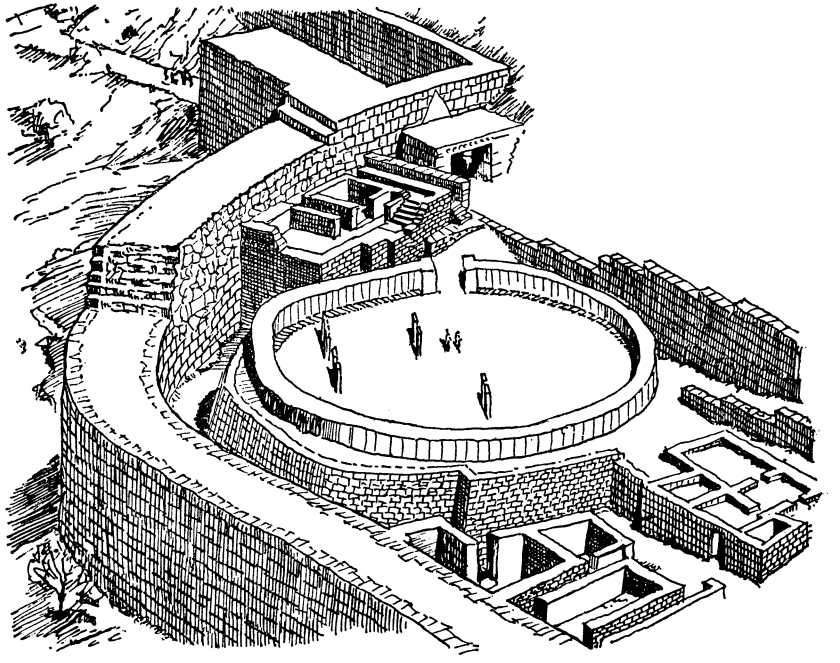


FIG. 10. Micenas. Intento de restauración del círculo superior de las tumbas, por Piet de Jong

Finalmente, el tipo más refinado lo constituye la tumba de cúpula (o *tholos*), donde el *dromos* conduce a una estancia circular con bóveda voladiza. En Micenas hay 9 *tholoi*, a los cuales, desde su descubrimiento, se les dio nombres convencionales: «tumbas de Clitemnestra, de Egisto...». La más célebre es el pretendido «tesoro de Atreo», que representa la más hermosa sala abovedada sin sostén interior que la Antigüedad construyó con anterioridad al Panteón de Adriano; tiene la particularidad de llevar una salita anexa, que tal vez fuese un osario.

Yacimientos aqueos del Peloponeso

Por su ciudadela, por su palacio, por la riqueza de sus tumbas, aun en ruinas, Micenas causa una profunda impresión. Pero dista mucho de ser la única: otros yacimientos aqueos muestran el poderío de otros reyes, poseedores de imponentes palacios y señores de opulentas ciudades. Nos limitaremos a dar algunos ejemplos característicos.

El Peloponeso es la región más rica en vestigios aqueos, lo cual concuerda plenamente con la importancia que el *Catálogo de las embarcaciones* reconoce a sus príncipes. Coracu, en el istmo de Corinto, ha permitido establecer, gracias a sus 11 niveles,

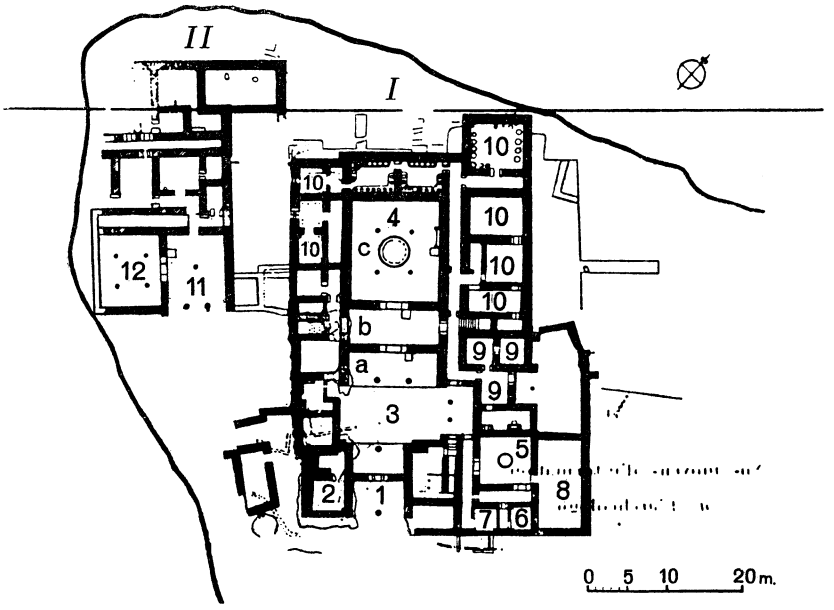


FIG. 11. Palacio de Pilos de Mesenia. El palacio de Pilos comprende dos conjuntos:

I. Palacio nuevo (Heládico reciente III B): 1, Propileo; 2, Archivo; 3, Patio; 4, *Mégaron* (*a, prothyron; b, prodomos; c, mégaron* propiamente dicho con trono); 5, Departamento de la reina: gran sala; 6, Camarín; 7, Tocador; 8, Patio de la reina; 9, Salas de los huéspedes; 10, Almacenes.

II. Palacio antiguo (Heládico reciente III A): 11, Sala del Estado; 12, Salón del trono

una rigurosa estratigrafía del Heládico. En la Argólida podemos indicar Berbati con sus casas, Dendra-Midea, con su ciudadela de muros ciclópeos, al pie de la cual se ha excavado una necrópolis bastante rica, y el puerto de Asina, con su acrópolis fortificada, sus viviendas y sus tumbas. En Laconia, Amicleas fue construida en torno al santuario de Jacinto, joven dios de la vegetación, cuya excavación ha dado a conocer numerosos ídolos micénicos; las tumbas de Vafio han proporcionado admirables

vasos tallados. Pero hay dos yacimientos que merecen una mención especial: Tirinto y Pilos.

Tirinto, vecina de Micenas, pertenece, en la *Ilíada,* a Diomedes, mientras que Micenas forma parte del reino de Agamenón. Sus ruinas, más próximas al mar, son mucho menos impresionantes: el palacio se levanta sobre un cerro alargado y de una altura de 26 m. escasos. Los muros del recinto están más cuidados aún: con un espesor de 6 m., contienen, además, galerías y casernas, excavadas en la muralla y de cubierta abovedada, que no existen en Micenas. En su forma definitiva, la fortificación es triple: la superior encierra el palacio, la central el pueblo en general, y la inferior podía servir de campo atrincherado para la reunión de los hombres y de los rebaños.

El palacio se conserva mejor que el de Micenas. Con sus almacenes, sus talleres y sus tiendas, constituye un imponente complejo, distribuido alrededor de una serie de patios: el gran patio, al que se entra por el gran propileo, seguido de un patio de menor importancia, cuya entrada la forma el pequeño propileo. A este patio da la habitación señorial propiamente dicha, el *mégaron,* construido con la misma distribución tripartita que en Micenas. Finalmente, un segundo patio da acceso a un segundo *mégaron,* el «*mégaron* de las mujeres», según la denominación tradicional y convencional, que, en realidad, debió de ser una dependencia más antigua, que se conservó pese a la construcción de un departamento de mayores dimensiones y más lujoso. Al lado del *mégaron* principal podemos señalar la existencia de una sala de baños con restos de una bañera de barro. Esta pieza, que, según parece, no existía en Micenas, estaba seguramente destinada a las purificaciones de los huéspedes, costumbre de la que se nos habla ya en los poemas homéricos.

Pilos de Mesenia, recientemente desenterrada por las excavaciones grecoamericanas, presenta un palacio del mismo tipo: un propileo constituye la entrada a un patio, sobre el cual se abre el *mégaron* con sus tres piezas sucesivas, la última de las cuales, sostenida por cuatro columnas, que forman el encuadre de un hogar, contiene el trono. En su construcción definitiva, contrariamente a los de Micenas y Tirinto, el palacio de Pilos no estaba fortificado. El elemento original está representado por la sala de los archivos, a la izquierda del propileo, que ha proporcionado más de 1000 tablillas en escritura lineal B. En las dependencias vecinas al departamento real se han encontrado más de 8000 vasos, que permiten llegar a la conclusión de la probable existencia de una fábrica real. En torno a Pilos se encuentra una serie de tumbas de habitación y de cúpula, al igual que en Micenas. A pesar de las numerosas controversias, puede muy bien pensarse que este yacimiento es la Pilos de Homero, la de Neleo y de Néstor (fig. 11).

Palacios de Ática y de Beocia

Hemos de referirnos, por lo menos, a algunos yacimientos micénicos que se hallan fuera del Peloponeso. En Atenas, la Acrópolis estaba fortificada con un formidable muro, del cual quedan todavía algunos vestigios (el llamado *muro pelásgico*). Encerraba un palacio que, sin duda, se levantaba en el emplazamiento del futuro Erecteion y donde ya se veneraba a Atenea, si damos crédito a Homero, el cual, en la *Ilíada* (2, 546), evoca a «Atenas, la hermosa ciudad, pueblo de Erecteo, el de corazón magnánimo, que, tiempo ha, fundó Atenea, hija de Zeus, y después se instaló en Atenas en su rico santuario». Por otra parte, las excavaciones americanas pusieron al descubierto, al oeste de la Acrópolis, una rica necrópolis micénica. Es tan sólida la unidad del mundo griego, que, por lo menos en apariencia, nada distingue al reino jónico de Atenas de los reinos aqueos del Peloponeso.

También son dignos de mención los yacimientos beocios. Orcómenes, cuyos tesoros ensalza la *Ilíada,* era la capital de los minios. En ella se ha encontrado toda una ciudad, con sus casas y sus tumbas, entre las cuales destaca una soberbia tumba de cúpula, que Pausanias describe como «el tesoro de Minias», el legendario antepasado de los minios. Tebas, cuya fundación se atribuía tradicionalmente al fenicio Cadmos, posee vestigios bastante borrosos de un palacio micénico, en el que se descubrió gran número de vasos. Finalmente, la isla de Gla, en el centro del lago Copais, está coronada por un palacio fortificado, tan impresionante como los de la Argólida. El reducto, de 3 km. de perímetro, se adapta a las sinuosidades de las rocas; el interior está dividido, por muros transversales, en cuatro recintos. En uno de ellos se alza el palacio, integrado por dos alas en ángulo recto que miran a un patio: cada una de las alas incluye un *mégaron* y una serie de pequeñas habitaciones, comunicadas por un largo corredor, que eran, sin duda, las dependencias privadas.

La dignidad real entre los aqueos

Todas estas fortalezas, semejantes entre sí, irradian la idea de un poder real fuerte, que concentra sus riquezas al abrigo de enormes murallas —los griegos, que no podían admitir que fuesen obra del hombre, las atribuían a los Cíclopes—, en lo alto de acrópolis protegidas ya por la naturaleza. Por lo general, no son ciudades fortificadas, sino palacios fortificados. Salta a la vista el aspecto militar de esta civilización, sobre todo si comparamos estos poderosos y amenazantes burgos con las pacíficas moradas de los príncipes cretenses. Basta con releer a Homero para imaginarse la dura vida de algaradas, de saqueos y de expediciones a tierras lejanas, que llevaban los príncipes que tenían allí su morada y sus tesoros.

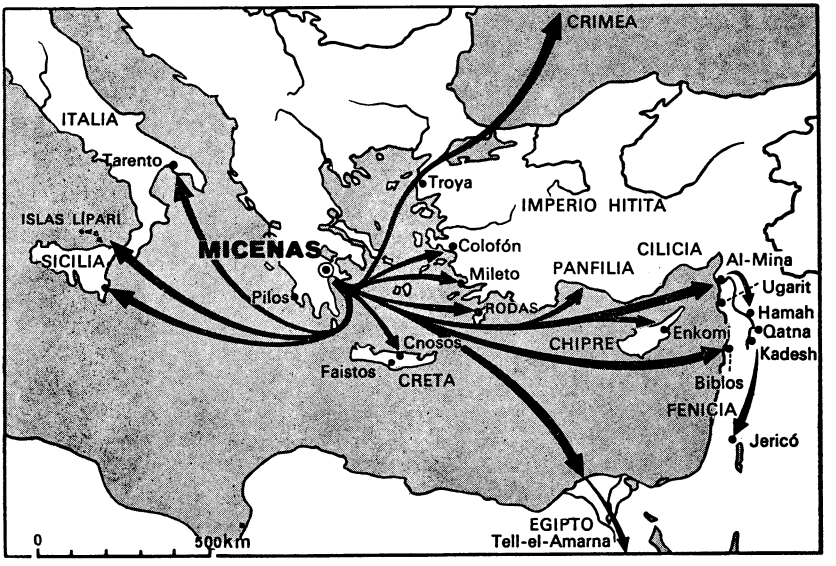
Pero las tablillas en escritura lineal B nos permiten precisar y matizar lo que podríamos adivinar por los palacios y las epopeyas homéricas acerca del poder real en las monarquías aqueas. El príncipe tenía el título de *wanax* —y no el de *basileus,* como en Homero—. Era ayudado por un funcionario de rango muy elevado, el *lawagetas,* que no mencionan los poemas. El significado de esta palabra no está claro: algunos lo interpretan como «conductor del pueblo»; otros, como «conductor del ejército». No es posible todavía decidir si se trataba de un gran visir o de un comandante en jefe. *Wanax* y *lawagetas,* que son los dos personajes más importantes del Estado, son dueños de grandes propiedades, o *temene,* cuyo recuerdo subsiste aún en la epopeya de Homero. Tienen bajo sus órdenes una numerosa y eficaz burocracia, cuyos resortes fundamentales tendremos ocasión de estudiar.

Por tanto, la Grecia aquea se nos muestra como fragmentada en cierto número de reinos autónomos, cada uno de ellos agrupado en

torno a un palacio fortificado. Pero no podemos limitar nuestra atención a la Grecia propiamente dicha. Los aqueos se nos muestran como devorados por el apetito de poder. Muy pronto su ambición los arrastró a otras regiones, en las cuales fundaron reinos que, en lo esencial, eran semejantes a los del Peloponeso o de Beocia. Como si, desde el principio, encontrásemos ya arraigada una de las características fundamentales del helenismo posterior, que jamás supo ni quiso confinarse a los límites de lo que es Grecia, desde el punto de vista geográfico.

2. EXPANSIÓN MILITAR DE LOS AQUEOS

El fenómeno de las invasiones peninsulares había de repetirse en la Grecia aquea. Los aqueos, que habían conquistado toda Grecia, no tardarían en considerarse poco holgados en su conquista, y se lanzarían al mar en busca de nuevas tierras (mapa 3).



MAPA 3. La expansión aquea en el Mediterráneo

Conquista de Creta

Conocemos bien una de sus primeras conquistas por las ruinas que nos dejó: la de Creta. Los aqueos estaban ya en contacto con los cretenses, cuya talasocracia se extendía sobre una parte del Mediterráneo egeo y cuya cultura, que ejercía sobre ellos una poderosa atracción,

se había difundido parcialmente por el Peloponeso. Cansados de pagar tributos y envidiar las riquezas de los cretenses, desembarcaron en Cnosos un día de abril, hacia el año 1400, según el testimonio de la arqueología. Su victoria fue rápida y total: los cretenses se habían ejercitado poco en la guerra, y seguramente bastó una sola batalla para que los civilizados acabaran con sus civilizadores, como más tarde hiciera Filipo con los griegos en Queronea. El palacio de Cnosos fue saqueado —lo cual explica que los arqueólogos ingleses encontraran pocos objetos de valor— y luego, pasto de las llamas.

Las consecuencias de esta conquista fueron muy importantes. En primer lugar, ello representó la destrucción del mundo minoico, que había creado una civilización original y desarrollado un vasto imperio marítimo y que había conseguido, con medios muy pobres si los comparamos con los de las grandes monarquías de Oriente, imponerse como una de las naciones más poderosas del Mediterráneo oriental. Representó también la creación de un Estado aqueo en Creta, bien conocido gracias a los archivos palatinos (de hacia 1200) del *wanax* griego de Cnosos, Estado que, al parecer, se independizó por completo de los reinos del continente. Representó, finalmente, el enriquecimiento de los reyes del Peloponeso que habían planeado y llevado a cabo la expedición, con toda seguridad, bajo la dirección del rey de Micenas: la opulencia de Micenas en el siglo XIV puede explicarse por el considerable botín que debió conseguirse en Creta.

Sin embargo, la ruina del mundo minoico no supondría la extición de su influencia sobre los aqueos: en la invención de la escritura aquea tenemos un ejemplo de la pervivencia del papel civilizador de Creta.

Los principados aqueos en el Mediterráneo oriental

La instalación de los aqueos en la parte oriental del mundo mediterráneo ofrece tan pocas dudas como su conquista de Creta, aunque resulta más difícil fecharla con exactitud; además, no siempre resulta fácil distinguir entre la ocupación de nuevas tierras, que es un anticipo de la colonización de la época arcaica, y el establecimiento de simples factorías comerciales, que estudiaremos en el próximo capítulo. Los puntos que siguen podemos darlos como seguros:

En Rodas, los tres yacimientos de Camiros, Lindos y, sobre todo, Ialisos, han proporcionado cerámica micénica en cantidad impresionante, junto con bellas armas en las tumbas de cúpula. La única explicación que podemos dar es la de una ocupación fija de la isla por parte de los aqueos. Por otra parte, las tablillas hititas de Boghaz-Koei mencionan unas veinte veces el reino de Acaya —Akhkhijawa—, reino marítimo que mantiene estrechas relaciones con monarcas hititas como Mursil II y Tuthalijas IV. Es tan importante como para que este último, en una primera redacción de uno de sus textos, borrada luego por el escriba, lo compare con Egipto, con Babilonia y con Asiria. Han surgido controversias acerca de la localización de este

reino de aqueos: unos lo buscan en la costa de Asia Menor —especialmente en Panfilia—; otros, en el Peloponeso. De acuerdo con el contexto geográfico de las tablillas, muy bien podríamos situarlo en Rodas. De esta forma, el testimonio de la epigrafía de las tablillas confirmaría el de la arqueología y nos permitiría hacer conjeturas acerca de la importancia del principado aqueo de Rodas.

También Chipre, esa tabla giratoria del Mediterráneo oriental, fue sólidamente ocupada por los aqueos. La gran isla aparece a menudo, en los textos hititas y egipcios, con el nombre de Alasiya, lo cual atestigua la importancia de las relaciones diplomáticas y comerciales entre los tres países. Enkomi da la impresión de ser uno de los principales establecimientos: una temible muralla —siglos XIV-XII— nos recuerda las fortalezas de la Argólida; abundan en él los vasos micénicos. Allí se elaboró un alfabeto silábico, derivado, lo mismo que el lineal B de los aqueos de Grecia, del lineal A de los cretenses: es el lineal chipriota, llamado también *cipriominoico*, que será empleado hasta la destrucción de Enkomi (en 1050). Aunque todavía no ha sido descifrado, puede adelantarse, con toda certeza, que sirvió para anotar el lenguaje aqueo de la isla, lenguaje que pudo mantenerse incluso en pleno primer milenio, dado que Chipre no fue alcanzada por las invasiones dóricas: es el dialecto chipriota, atestiguado por una serie de inscripciones grabadas en una nueva escritura, derivada de la anterior, el clásico alfabeto silábico chipriota, que aparece, sin duda, en el siglo IX.

Este mismo fenómeno de la supervivencia de un dialecto aqueo en pleno primer milenio se encuentra en el Sur de Asia Menor, en Panfilia, y la explicación debe de ser la misma para el panfilio que para el chipriota: también en este lugar los aqueos estarían sólidamente establecidos, como lo estaban en la vecina provincia de Cilicia, donde han sido muy numerosos los descubrimientos de objetos micénicos. Los aqueos tuvieron dificultades para instalarse en la franja costera occidental de Anatolia, que algunos siglos después ofrecería al helenismo uno de sus más extraordinarios campos de expansión. Sin embargo, es seguro que Mileto y Colofón fueron fundadas a partir del siglo XIV.

Guerra de Troya

En el norte de Anatolia, cerca de los estrechos, se encuentra Troya, cuya suerte, en nuestro espíritu, va indisolublemente ligada a la de los aqueos, tres mil años después de que Homero cantara su ruina bajo los ataques de los mismos. Las excavaciones efectuadas en el yacimiento de Hissarlik permitieron encontrar 8 ciudades sucesivas. Troya VI fue erigida hacia el año 1900 por un pueblo llegado recientemente, que cultivaba la cerámica «minia» y tenía un probable parentesco con los primeros griegos. Esta ciudad, fortificada con una magnífica muralla, vivió, al parecer, una excepcional opulencia. Su prosperidad se basaba en la explotación de un terreno muy rico y en la ganadería, de manera particular, la del cordero y el caballo —Homero llama siempre a los troyanos «domadores de caballos»—; mantenía permanentes relaciones comerciales con el mundo aqueo, que tendremos ocasión de estudiar. Hacia 1275 fue destruida por un temblor de tierra, aunque no tardó en ser reconstruida, si bien con menos opulencia: se trata de la Troya VII *a*, que, según todas las apariencias, es la ciudad de Príamo.

La *Ilíada* refiere un episodio que se ha hecho famoso entre todos los de la lucha que alzó al mundo aqueo, bajo la dirección de Aga-

menón, contra Troya: la cólera de Aquiles, el cual, después de retirarse de la lucha por su disputa con Agamenón a causa de la esclava Briseida, regresó a ella enloquecido de dolor, cuando su amigo Patroclo cayó en la lucha, y vengó su muerte con la de Héctor. La *Odisea* relata el peligroso e interminable «regreso» del héroe después de un sitio de diez años, que concluyó con la caída y el saqueo de la ciudad. No podemos considerar estos relatos —como se hacía antes del descubrimiento de las ruinas de Troya y de Micenas— como pura fantasía de un poeta genial. Una realidad histórica yace debajo del mito, aunque glorificada por la epopeya aquea y profundamente transformada y alterada por varios siglos de tradición oral, que precedieron a la «composición» definitiva, realizada por Homero (siglos IX-VIII), y a la fijación por escrito de los textos homéricos (siglo VI).

Orígenes del conflicto

Es aventurado tratar de distinguir el meollo histórico en textos tan famosos. Se ve claro el peligro desde el momento en que se plantea la pregunta: ¿cuáles fueron los orígenes del conflicto? Aparentemente, no cabe la duda cuando se lee a Homero: la guerra estalló a causa de Helena, mujer de Menelao y, por tanto, cuñada del poderoso Agamenón, la cual fue raptada por el hermoso Paris, uno de los hijos del viejo Príamo. Pero se discute incluso la historicidad del personaje de Helena: según unos, este rapto nos sitúa dentro del ambiente de violencia y robos del segundo milenio aqueo y, por consiguiente, es muy posible que sea histórico; según otros, nos hallamos ante un tema folklórico —el de la hermosa y voluble princesa que desencadena una guerra y sirve de pretexto para maravillosas proezas—, demasiado extendido para no sospechar que fue introducido posteriormente en una historia primitiva, en la que faltaba el elemento novelesco.

La desconfianza es lógica, pues hay muchos indicios que nos invitan a ver en Helena a una antigua divinidad ctónica y, como tal, una víctima predestinada al rapto —no está fuera de lugar recordar que, de niña, Helena había sido raptada ya por Teseo y recuperada, con muchas dificultades, por sus hermanos, los Dióscuros—: nos encontraríamos entonces en el caso, bien conocido, de una diosa que cae en el olvido y, poco a poco, es rebajada al rango de heroína, lo cual nos llevaría a no dar mucho crédito a la aventura que le atribuye el viejo poeta.

Sea como fuere, el rapto de la hermosa Helena, histórico o fabuloso, sólo pudo ser un pretexto, que aprovecharían los aqueos para justificar una expedición militar. ¿Cuáles eran sus verdaderas intenciones? Una teoría, brillante y admitida durante mucho tiempo, recordaba la proximidad de Troya a los estrechos: la ciudad habría sido un puerto de desembarque y embarque de las mercancías que se transportaban por tierra desde el Mediterráneo al Mar Negro, para eludir el difícil paso del Helesponto, y explicarían su riqueza los peajes percibidos por el tránsito. Esta tesis es insos-

tenible. Evidentemente, las relaciones con el interior serían poco menos que imposibles, ya que la ciudad estaba aislada por una barrera montañosa, y jamás hubo un camino desde Troya hasta el Ponto Euxino. Hay que renunciar a la idea de que Príamo era una especie de rey de Dinamarca que vigilaba a las orillas del Sund y que obtenía con ello incalculables ganancias.

Más recientemente, D. Page pretendió haber encontrado en los documentos hititas el secreto del desencadenamiento del conflicto. En efecto, Troya e Ilión tal vez aparezcan, en un texto que data del reinado de Tuthalijas IV (1250-1220), formando parte de una vasta coalición. Este conjunto de 22 ciudades se agruparía en torno al príncipe de Asuwa, cuyo reino, que coincide más o menos con la futura Jonia, parece que escapó por completo al comercio aqueo. Otros documentos nos muestran la turbulencia de los príncipes de Akhkhijawa, que trataban de asegurarse el dominio del continente aprovechándose de la descomposición del imperio hitita. Por tanto, la idea de la guerra de Troya nació de las ambiciones de los aqueos, deseosos de extender su comercio al norte de la costa de Anatolia, tras vencer la resistencia del poderoso soberano de Asuwa y de sus aliados.

Semejante teoría no resiste un minucioso examen. El reino de Akhkhijawa de los textos hititas es, sin duda, Rodas; en cambio, básicamente son los aqueos del continente quienes se dirigen contra Troya. Por otra parte, destruir la única ciudad de la costa norte de Anatolia que mantenía un comercio regular con el mundo griego habría sido una curiosa forma de desarrollar el comercio aqueo.

Es preciso pensar en una explicación mucho más sencilla. Troya despertó la envidia de los aqueos a causa de las inmensas riquezas que los reyes habían acumulado en sus palacios durante siglos de paz y prosperidad. Justificada o no por el deseo de devolver a Helena a su abandonado hogar, se acordó enviar una expedición, que movilizaría todas las fuerzas vivas del mundo aqueo. Tuvo éxito: se tomó la ciudad, que fue sistemáticamente saqueada, y luego los griegos se retiraron a su respectivo país, llevando consigo incalculables riquezas. En ningún momento afirma Homero que los aqueos se instalaran en la ciudad conquistada, y la arqueología confirma que el yacimiento no fue ocupado por los griegos. La toma de Troya no es, pues, en el fondo, sino el último episodio de una gigantesca operación de pillaje, que representa una muy dura jornada dentro de las costumbres militares de la época y que sólo debió de sobrevivir en el recuerdo por la importancia de los medios puestos en práctica y por la genialidad de los aedas que la inmortalizaron.

Fecha de la toma de Troya

En la Antigüedad no existía acuerdo en lo relativo a la fecha en que fue tomada Troya. La fecha más generalmente admitida es la que nos anticipaba Eratóstenes: 1183; pero no resulta fácil admitirla, sobre todo porque en este momento el mundo aqueo se encontraba ya muy desquiciado por las primeras invasiones dóricas, y difícilmente pudo unirse a nadie para una empresa tan lejana y peligrosa. J. Bérard, en una atrevida argumentación que tal vez peque de sistemática, ha sugerido que quizá se remonta hasta dos siglos antes la caída de Troya,

o sea, hacia 1380. Parece mucho más razonable situar el conflicto en el siglo XIII, quizás entre 1230-1225 —fecha que los excavadores americanos proponen para la destrucción de la Troya VII *a*—, mientras que otros se deciden por el 1280, fecha que propone Herodoto.

Por consiguiente, la toma de Troya sería algo así como el canto del cisne del poderío aqueo, la última expedición en la que estos osados y valientes saqueadores habrían coordinado sus fuerzas para imponerse y enriquecerse en el Mediterráneo oriental. Seguramente no pasaría de ser una de tantas hazañas, pero la epopeya la dignificó hasta el punto de convertirse en el símbolo de ese mundo de violencias e intrepidez en que se movían los señores aqueos. Nada sabemos de los que partieron hacia Creta, hacia Rodas, hacia Chipre, como no sea por los descubrimientos arqueológicos; en cambio, la cólera de Aquiles, la bravura de Patroclo, la hermosura de Helena, la prudencia de Néstor estimularon una y otra vez la imaginación durante la Antigüedad y en los tiempos modernos, gracias a la magia de las epopeyas homéricas.

Un ejemplo concreto nos permitirá ver cuán peligroso sería pretender estudiar el mundo aqueo exclusivamente a través de la poesía épica: se trata de la escritura, que parece extraña a la civilización pintada por Homero y que, en realidad, desempeñaba un papel importantísimo en los reinos aqueos.

3. UNA CIVILIZACIÓN DEL ESCRIBA

Conocíanse tablillas de arcilla en muchos yacimientos aqueos, principalmente en Pilos y Cnosos, donde se habían descubierto importantes fragmentos de los archivos palatinos, y, en menor medida, también en Micenas. Dichas tablillas estaban cubiertas de unos signos, claramente derivados del lineal A cretense, que se designaban con el nombre convencional de *escritura lineal B* —más de la mitad de los signos eran comunes a ambas escrituras—. Se habían realizado numerosos intentos para descifrarlos, pero siempre se tropezaba con la doble dificultad que representa una lengua y una grafía desconocidas. Corresponde a dos eruditos ingleses, M. Ventris y J. Chadwick, el mérito de haber presentado, en 1953, una interpretación de la mayoría de los signos micénicos, basándose en procedimientos de criptografía empleados en los Estados mayores y partiendo de una hipótesis de trabajo que fue fecunda en resultados, a saber, que las tablillas micénicas servían para escribir griego. Su descubrimiento es uno de los más notables en el dominio de los estudios micénicos después de la excavación de los palacios de la Argólida (fig. 12).

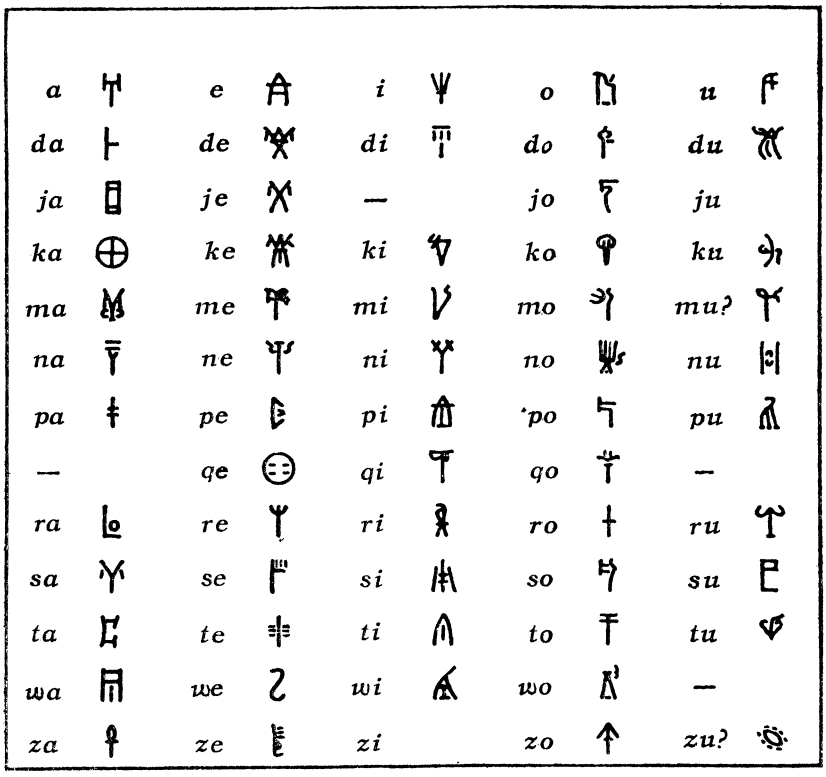


FIG. 12. El alfabeto silábico aqueo, llamado lineal B *(según M. Ventris y J. Chadwick)*

La escritura silábica aquea y su origen

La escritura así descifrada no es una escritura alfabética, sino silábica, con unos 84 u 87 signos. Su adaptación al griego es bastante deficiente: entre las oclusivas no se distingue la sorda de la sonora, salvo en el caso de las dentales; las dos líquidas (*l* y *r*) se han confundido; no se señala la aspiración, ni la cantidad de las vocales, ni los diptongos —con excepción de los diptongos en *a*—; las consonantes finales y los grupos de consonantes desaparecen casi por completo. Presenta, además, inexplicables dobletes. No obstante, todas estas dificultades, que tan incómoda hacen la lectura de los textos micénicos para los eruditos modernos, existían en igual medida para los escribas aqueos. ¿A qué se debe, pues, un sistema tan molesto? A que los aqueos adaptaron, mal que bien, el sistema de escritura de los cretenses (lineal A),

ideado para escribir una lengua cuya fonética era distinta de la del griego.

No se puede responder con precisión a los dos problemas que lógicamente se plantean al espíritu: ¿dónde y cuándo se inventó la escritura micénica? La adaptación de la escritura lineal A sólo la pudieron realizar los mismos escribas minoicos, ya en Creta —hipótesis más probable—, ya en Micenas. En cuanto a la fecha, sabemos que los textos conservados de los archivos de Pilos y de Cnosos sólo datan de finales del siglo XIII, lo cual ofrece un *terminus ante quem*. Un *terminus post quem* lo representa la conquista de Creta a finales del siglo XV. Nuestra duda se sitúa, pues, entre los siglos XIV y XIII. Debemos inclinarnos por la fecha más antigua, pues los aqueos debieron mostrarse muy sensibles a las ventajas que representaba para la administración la escritura; por otra parte, en los textos conocidos, el sistema de sílabas parece que está perfectamente fijado, como si ya tuviera tras él una larga historia.

Enseñanzas de las tablillas

La primera enseñanza de las tablillas, y no la menos importante, es la de remontar hasta fines del siglo XIII nuestro conocimiento del griego, o, mejor dicho, de un dialecto griego, el aqueo. Hasta su desciframiento, los primeros textos griegos eran las epopeyas homéricas, que no pueden situarse en fecha anterior a los siglos IX-VIII. Sin embargo, los historiadores se han beneficiado en la misma medida que los filólogos de la lectura de los documentos aqueos.

Antes de ser descifradas, se habían forjado muchas ilusiones acerca del contenido de las tablillas: se pensaba encontrar en ellas textos religiosos y literarios, quizás una *Ilíada* o una *Odisea* primitivas. Pero estos sueños resultaron fallidos. Las tablillas son únicamente documentos administrativos, listas e inventarios. Su minuciosidad es una característica digna de especial mención: se anota el peso del bronce que se ha distribuido para fabricar 500 000 puntas de flecha o 2300 espadas, así como el número de herreros que trabajan en cada pueblo, la cantidad de cerdos que un distrito debía aportar, el trigo que se destinaba para sembrar las diferentes clases de tierra, el número de ruedas depositadas en los almacenes de Cnosos, la ración de trigo y de higos otorgada a las 37 sirvientas del baño de Pilos. Los detalles más personales tampoco escapan a la curiosidad de la administración: un tal Pesero tiene una mujer y dos hijos; otro posee dos esclavos, hombre y mujer; en un paraje hay dos carros, uno de los cuales no se usa...

Quedamos maravillados ante el extraordinario esfuerzo desplegado para inventariar los hombres y los bienes en el interior del reino. Y aun

debemos advertir que, tanto en Pilos como en Cnosos, tenemos posiblemente sólo una parte de las tablillas de un año, el del incendio del palacio, que endureció las tablillas de arcilla cruda, lo cual aseguró su conservación.

Las monarquías aqueas se nos muestran cimentadas sobre una burocracia poderosa y omnisciente, como las del Oriente Medio, en Ugarit o Alalakh, por ejemplo. Y éste es uno de los descubrimientos más importantes del desciframiento de las tablillas. Nada de esto reaparecerá en Homero, para quien los reyes no son más que jefes guerreros, dignos de mención sólo por sus riquezas y sus proezas bélicas. En realidad figuraban a la cabeza de una administración tan compleja como enredosa, que descubrió su medio de acción fundamental en la invención de la escritura. La civilización aquea era una civilización del escriba, como las de Egipto, de Babilonia o de Fenicia. Descendiendo hasta el detalle, las tablillas nos ofrecen incontables noticias acerca de las instituciones, la vida económica y social y la onomástica, que tendremos ocasión de ver en el capítulo siguiente. No les exijamos más de lo que nos pueden dar: hay dominios enteros que les son extraños; por otra parte, no nos permiten seguir una evolución, puesto que todas las que se han conservado pertenecen a una misma época.

Difusión y desaparición de la escritura

En la propia Grecia es general la difusión de la escritura silábica en todos los reinos aqueos: las tablillas aparecieron no sólo en Creta y el Peloponeso, sino también en Atenas y en Beocia. Los signos que las componen son los mismos en todas partes, lo cual atestigua la existencia de una *koiné* en la escritura, como la que existía en la lengua y en la civilización.

En el mundo de la expansión aquea, la escritura tenía también una amplia difusión. El caso de Chipre es algo especial: allí se elaboró —ya lo observamos antes— un sistema silábico —llamado *cipriominoico*— que deriva del lineal A y no carece de analogías con el lineal B de los micénicos. Pero en Occidente se difunde el lineal B: se han encontrado letras de lineal B en vasos de las islas Lípari. De esta forma se confirmaría una tradición mítica relativa a la aparición de la escritura en Italia: la habría implantado el arcadio Evandro, mucho antes de que un corintio introdujera —en el siglo VII— la escritura alfabética de los griegos.

No se sabe cuándo desapareció la escritura micénica. Sin embargo, podemos advertir que, al parecer, no existen tablillas tardías —submicénicas o protogeométricas—. La escritura, instrumento de administración y no de civilización, debió de desaparecer con los palacios que albergaban a los escribas, bajo los ataques de los dorios. Tendremos que aguardar muchos siglos para que los griegos aprendan a es-

cribir de nuevo e inventen una nueva escritura, imitación de las grafías fenicias, mucho más perfeccionada, puesto que reflejará no sólo las sílabas, sino las consonantes y las vocales, lo cual significará un gran progreso en el análisis de los sonidos.

* * *

Comprendemos la aportación que el desciframiento de las tablillas representó para el conocimiento de la civilización aquea cuando lo relacionamos con lo que nos enseñaban las ruinas de los palacios y lo que Homero dejaba entrever. El cuadro que vamos a esbozar de esta civilización es mucho más preciso de lo que habría podido ser hace unos diez años.

capítulo III

La vida en los reinos aqueos

La brillante expansión de los reinos aqueos fue acompañada por una excepcional vitalidad en el dominio de la economía y de la vida social y espiritual. Especialmente para la Argólida, e incluso para Beocia, representa el primer apogeo del mundo griego, tan deslumbrante como el de Atenas en el siglo v.

1. DINAMISMO DE UNA ECONOMÍA ESTATAL

La base del poderío micénico era una floreciente economía, que subvenía las exigencias locales en abastecimiento y artículos de primera necesidad, a la vez que permitía un fructífero comercio con las comarcas más alejadas.

Vida rural y régimen de la tierra

Se ha hablado de condiciones climáticas favorables, que habrían permitido el desarrollo de la agricultura, gracias a una atemperación

del clima durante la Edad del Bronce; pero tales hipótesis quizá no sean muy fidedignas.

Sea como fuere, la agricultura era próspera y se basaba esencialmente en los cereales y en los cultivos arbustivos, que, al parecer, se intensificaron. Algunas regiones, como la «hundida Lacedemonia» —es decir, Laconia—, debieron de experimentar un especial proceso de revalorización. Telémaco, en la *Odisea* (4,602 ss.), admira la riqueza del valle del Eurotas durante su visita a Menelao, y lo contrapone a la aridez del suelo de Ítaca: «Como regalo, si lo deseas, te acepto la joya, mas no puedo llevar caballos a Ítaca; es un lujo que prefiero dejarte aquí; pues tu reino es una vasta llanura que produce en abundancia el trébol, la juncia, la espelta, el trigo y la gran cebada blanca».

La ganadería era también floreciente. Los señores de los palacios poseían inmensos rebaños de ganado mayor o menor. Los poemas homéricos están llenos de evocaciones pastoriles. Ulises poseía, tanto en el continente como en Ítaca, varios miles de cabezas de ganado, perfectamente organizado gracias a un competente personal de boyeros, pastores y porquerizos. Para quien haya leído la *Odisea* es inolvidable la figura de su capataz de porqueros, Eumeo.

Las tablillas de Pilos y de Cnosos nos han permitido ver con una nueva claridad el régimen de la tierra, que, según parece, fue de una extraordinaria complejidad. El rey y el *lawagetas* poseían vastos dominios, o *temene*. Los grandes oficiales o funcionarios usufructuaban tierras cedidas, de superficie menor, a cambio de los servicios que prestaban al rey o del cargo que desempeñaban: era el *kitimena kotona* (o tierra adquirida). También se reservó a los dioses importantes propiedades, o *etonija*, que debieron ser causa, a veces, de litigios con el pueblo. Una tablilla de Pilos nos habla de uno de ellos: «La sacerdotisa Erita proclama que tiene un *etonijo* para el dios, pero el pueblo declara que posee un *onato* de tierras comunales».

El resto de la tierra pertenece al *damos* (pueblo). Subsiste en este hecho un recuerdo de la conquista, sin embargo ya muy lejana a finales del siglo XIII, fecha de las tablillas. A su llegada a Grecia, los primeros griegos eliminaron a sus ocupantes anteriores y se apropiaron de la totalidad de la tierra cultivable, que constituía la tierra común, o *kekemena kotona*. Vemos aquí el principio igualitario de las sociedades indoeuropeas. A cada jefe de familia se le otorga un lote, que nunca pasaba a ser de su absoluta propiedad, y que cultivaba de acuerdo con el sistema del *open field*. Es uno de los descubrimientos más importantes conseguidos con el reciente desciframiento de las tablillas, ya que nos confirma la existencia de una propiedad comunal de la tierra en la época aquea; la perspicacia de algunos eruditos había creído ya poder inferir este hecho de una alusión de Homero a la «tierra común».

Pero una evolución modificó después el primitivo sistema. En las tablillas, hacia 1200, se mencionan tierras tomadas de la *kekemena ko-*

tona, que se adjudican a particulares, ya a título oneroso, contra el pago de un censo *(onata)*, ya como gracia *(anona)*. Las *anona* se conceden sólo a personajes muy importantes, que de esta forma ven recompensados, sin duda, relevantes servicios. Las enajenaciones definitivas constituyen un rudo golpe para la comunidad de las tierras y preparan, en escasa medida, la propiedad individual, que no se desarrollará hasta el milenio siguiente. Pero las *onata* son a veces de extensión muy modesta y pueden estar en manos de simples ciudadanos. Su multiplicación se ha relacionado, no sin motivos justificados, con el desarrollo de cultivos arbustivos (vid, olivo, higuera), que suponen unas inversiones y que difícilmente pueden conciliarse con el sistema de la tierra comunal.

Industria y expansión comercial

El alto grado de evolución alcanzado por la sociedad micénica se refleja en la especialización de los artesanos que se citan en las tablillas. Desfilan todas las industrias: textil, cerámica, metalurgia, armería, orfebrería, trabajo del marfil, del cuerno... La más importante parece ser la cerámica, que proporciona enormes contingentes para la exportación y que no se limita a producir objetos utilitarios, como bañeras, sino también los bellos vasos micénicos, cuyo hallazgo en casi todas las costas del Mediterráneo, ha permitido establecer una rigurosa cronología del período a través de las transformaciones impuestas por los caprichos de la moda. Por otra parte, esta producción cerámica es de una asombrosa unidad en todos los yacimientos: por doquier se encuentran las mismas formas, como el vaso con asa, e idénticos motivos decorativos, como el pulpo, heredado del arte cretense. También el metal tiene una importancia destacadísima: la época micénica corresponde a la Edad del Bronce reciente; el único metal que se conoce y se utiliza copiosamente es el bronce, con el cual se fabrican todas las armas, de extraordinaria importancia dentro de la civilización guerrera de los aqueos. Desde este punto de vista, Grecia se encuentra sensiblemente retrasada respecto a Anatolia, donde los hititas conocían desde hacía siglos la metalurgia del hierro, cuyo monopolio guardaban celosamente.

El gran número de objetos micénicos que las excavaciones han desenterrado en las orillas del Mediterráneo, nos ilustra acerca de un aspecto esencial: la expansión comercial de un mundo en plena vitalidad. Sin duda, los asentamientos micénicos en el Mediterráneo oriental, consecuencia de la conquista, facilitarían el desarrollo del comercio, pero los *businessmen* aqueos frecuentaron, además, algunas regiones que quedaban políticamente fuera de la órbita de influencia aquea. Las rutas que siguieron eran casi siempre las mismas que habían trazado los marinos cretenses. Y, así, las relaciones entre Egipto y los

«habitantes de las islas» —nombre con el que designaban los egipcios a los aqueos— están atestiguadas por abundantes descubrimientos: en los siglos XIV y XIII, los objetos egipcios abundan en toda Grecia, por ejemplo, una cartela de Amenofis III en Micenas; sobre todo los vasos micénicos son numerosos en Egipto, de manera especial en Tell-el-Amarna, la efímera capital del herético soberano Amenofis IV.

Los productos aqueos se introdujeron también en Siro-Fenicia, repartida entre las influencias hitita y egipcia, y donde se elaboró entonces una civilización mixta, en la que confluyeron la Grecia aquea y el Oriente. Los vasos y los marfiles micénicos encontrados en Ugarit (Ras-Shamra) constituyen un vivo documento de la actividad de los comerciantes aqueos con el gran puerto levantino. Idéntica conclusión se impone para otros yacimientos, como, por ejemplo, Al-Mina, en la desembocadura del Orontes, o Biblos. Lo que más llama la atención —pues en este aspecto es radical la diferencia con los cretenses, sus predecesores en estas regiones— es el hecho de que los aqueos introdujeran sus productos hasta el interior: por el valle del Orontes subieron hasta Hamah, Qatna y Kadesh, en el recodo del Orontes; Alalakh, importante centro aqueo, era para ellos la puerta de acceso al Éufrates y Mesopotamia; más al Sur, llegaron hasta el Jordán en Jericó. Egipto y Siria —especialmente Ugarit— eran los dos caminos para el transporte del oro, procedente de Nubia, que los micénicos necesitaban para su producción artística.

En cambio, en Asia Menor chocaron con el imperio hitita y el reino vasallo de Asuwa, los cuales no estaban dispuestos a que penetraran los aqueos, instalados, por lo menos, en dos puntos —Mileto y Colofón— y que, sobre todo, contaban con un importante cliente: Troya. Los troyanos compraban armas —puñales de bronce, puntas de flecha—, mármol, objetos de marfil, huevos de avestruz importados de remotas regiones por las embarcaciones aqueas, y, principalmente, vasos —que eran copas, o sea, vasos para beber, muy estimados por su valor estético y no como recipientes—. Más dificultoso resulta decidir lo que los aqueos obtenían en el trueque: sin duda, tejidos y caballos.

Por consiguiente, los aqueos no se conformaron con ocupar las grandes islas —Creta, Rodas, Chipre—; se instalaron en establecimientos comerciales, semejantes a los futuros *emporia* de la época arcaica, en todas las costas del Mediterráneo oriental, desde la Tróade hasta Egipto, con una sola laguna, y aún parcial, en Anatolia. Pero sus miras eran mucho más amplias. Está comprobado que los barcos micénicos abordaron con frecuencia las costas de Occidente: algunas tumbas de los alrededores de Siracusa y de Tarento han proporcionado vasos micénicos; las recientes excavaciones efectuadas en Panarea, una de las islas Lípari, han desenterrado numerosas tejoletas micénicas, algunas de las cuales presentaban signos derivados del lineal B. Incluso se ha llegado a pensar que tal vez llegaron hasta la lejana Iberia:

Estrabón ha conservado el recuerdo de los héroes aqueos contemporáneos de Agamenón, que se habrían instalado allí, pero la total ausencia de objetos micénicos en España hace que esta hipótesis resulte muy dudosa.

La primera condición para una expansión de este tipo era, evidentemente, la existencia de un imperio marítimo. Conocemos bien las embarcaciones micénicas gracias a las representaciones de las piedras grabadas en hueco y a algunos modelos reducidos hallados en las tumbas —especialmente, uno de Micenas—. El tipo más corriente es un navío de remos —por lo general, de 5 pares, aunque había embarcaciones mucho mayores, de 15 pares de remos: en una triecóntera de este tipo emprendió Teseo su viaje desde Creta—; pero llevaba también un mástil, lo cual le permitía conjugar la fuerza del viento con el esfuerzo de los remeros. Sin embargo, en algunas embarcaciones la cubierta se extiende a lo largo de todo el casco e impide el empleo de los remos: se trata de los grandes buques de vela, aparejados para remotas expediciones, que son los únicos atestiguados en las civilizaciones prehistóricas o protohistóricas del Mar Egeo.

Este poderoso arranque de la vida económica en todos sus aspectos se explica sólo partiendo de una sólida estructura de la sociedad en los reinos aqueos.

2. UNA SOCIEDAD TRIFUNCIONAL

Las tablillas en escritura lineal B han supuesto un importante complemento a los conocimientos que teníamos, gracias al equívoco testimonio de Homero. La sociedad aquea se hallaba notablemente jerarquizada.

Rey, dignatarios y sacerdotes

A la cabeza se encontraba el rey *(wanax)*, asistido por un comandante en jefe, o gran visir *(lawagetas)*. En un grado inferior, una serie de grandes funcionarios, cuyos nombres conocemos mejor que sus funciones reales: los *telestai*, concesionarios de tierras infeudadas; los *hequetai*, los *basileis*, los *koretere*... Una teoría (L. Palmer), posiblemente más brillante que sólida, pretendió demostrar que había en germen todos los elementos de una sociedad feudal de tipo indoeuropeo, semejante a las existentes entre los hititas o entre los germanos: el *lawagetas* sería el duque; los *telestai* —cuya traducción, propuesta por el autor, es «los hombres del sistema feudal»—, los barones; los *hequetai* —literalmente, los «seguidores», los «camaradas»—, los condes. No

obstante, se han opuesto justificadas dudas: es poco seguro que el *lawagetas* fuese un jefe militar; en cuanto a los *telestai,* la etimología permite considerarlos sólo como hombres investidos de un *telos,* es decir, de un cargo, de un oficio, y de los textos se deduce que a veces cumplen funciones religiosas. No sería, pues, razonable pretender encontrar, cueste lo que cueste, el feudalismo medieval entre los aqueos, por lo menos en el actual estado de nuestra documentación.

Persisten muchas incertidumbres en cuanto a los otros dignatarios, como los *koretere,* cuyo nombre podría traducirse por «nutricio», o por «heraldo», o por «jefe militar». Esta última solución parece ser la más probable. En Pilos, donde son relativamente bien conocidos, había 9, cada uno de los cuales estaba encargado del mando de las tropas en una de las 9 circunscripciones en que se dividía el reino; sus ayudantes eran los vice-*koretere (prorokoretere).* Los *basileis* (reyes) desempeñaban muy posiblemente un papel bastante secundario, aunque su nombre, en el milenio siguiente, pasaría a significar realidades mucho más nobles: no puede descartarse que representaran el poder civil en las circunscripciones provinciales. Digamos, finalmente, que con frecuencia se citan en las tablillas sacerdotes y sacerdotisas, de acuerdo con la importante posición que ocupan en la sociedad.

El damos y los esclavos

Por debajo de los privilegiados se hallaba el *damos* (pueblo), para el cual se disponía una sistemática división del trabajo. En las inscripciones se mencionan profesiones liberales, médico o mensajero por ejemplo, y burocráticas —existe toda una serie de escribas, entre los cuales no es fácil establecer una jerarquía—; se citan, sobre todo, muchos artesanos: panaderos, herreros, carpinteros, empleados en construcciones navales, alfareros, tejedores... A veces la especialización se halla mucho más detallada, como cuando se habla de fabricantes de arcos, destiladores de ungüento o sirvientas de baño. Todos estos artesanos pueden estar al servicio del monarca o del *lawagetas,* o bien establecidos por su propia cuenta, agrupados a veces en gremios. En cuanto a la masa de campesinos, aparece citada con menos frecuencia en los archivos de palacio, en los que, sin embargo, no son raras las menciones de diversos tipos de colonos.

En el último peldaño de la escala social tenemos a los esclavos, que pueden pertenecer a los dioses, al rey, a los magnates, o bien a simples particulares —se cita, por ejemplo, al esclavo de un herrero—. Muchos esclavos eran «prisioneros de botín», y sus gentilicios —milesio, cnidio, lemnio— indican el lugar en que fueron capturados.

En resumen, una sociedad en la que se pueden buscar, todavía bien conservados, los cuadros de la sociedad trifuncional de los indo-

europeos: dos clases de privilegiados, nobles y sacerdotes, dirigían y explotaban la clase productora del *damos*.

La vida cotidiana

El testimonio de las tablillas y de Homero, así como las enseñanzas que nos dan las excavaciones, permiten formarnos una idea relativamente exacta acerca de los gustos y quehaceres de esta sociedad, por lo menos en lo que concierne a las clases superiores.

Y, así, vemos a «los príncipes de las islas que están en medio de la Gran Verde (el Mediterráneo)» en los frescos de la tumba de Rekhmiré, primer ministro de Tutmosis III, y en numerosas representaciones aqueas, especialmente en las famosas máscaras de oro de Micenas, que nos han conservado los enérgicos rasgos de reyes barbudos. La indumentaria masculina es ora el calzón, importado de Creta, ora la

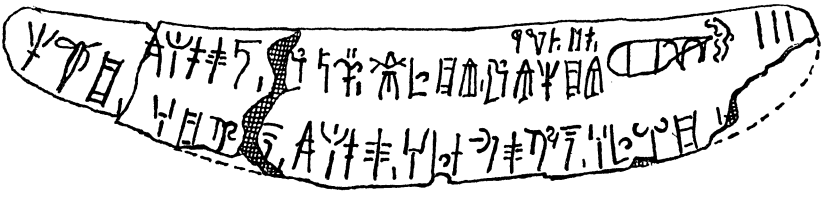


FIG. 13. Tablilla en lineal B encontrada en Cnosos *(según M. Ventris y J. Chadwick)*.

Traducción: «Tres carros sin ruedas, con incrustaciones de marfil, provistos de todas sus piezas, equipados de bridas con correas adornadas de marfil y frenos de asta. Ofrenda feudal de Cálcidas»

blusa corta y la capa, que seguramente era el vestido tradicional de los primeros griegos. Por su parte, las mujeres adoptaron como norma general la moda cretense: falda larga y jubón muy escotado, o traje recto con mangas. Las ricas joyas, e incluso los oropeles, eran muy estimados, y esta afición a los adornos aparece también en las armas de lujo, con las cuales, a menudo, quisieron ser enterrados los jefes.

Efectivamente, conocemos bien el armamento. Los cascos son de cuero, decorados con colmillos de jabalí o con revestimiento de chapas metálicas; la coraza, también de cuero, se compone de dos partes, bien ensambladas entre sí; las piernas se protegían con grebas, que Homero evocará al referirse a los «aqueos de hermosas cnémidas»; el escudo reviste sucesivamente muchas formas; desde el enorme pavés en forma de torre o de ocho (lám. 6), que protege todo el cuerpo, hasta el escudo redondo, que deja libre la mano derecha para el ataque. Entre las armas ofensivas, el arco, que los cretenses utilizaban sólo para la caza y que ahora servía también para la guerra; el venablo y la lanza; la espada, mucho más perfeccionada que la cretense, ya que podía herir por la punta y por el filo. La importancia de las armas se ve claramente en la riqueza de vocabulario que sirve para designarlas en el lineal B. Lo mismo puede decirse de los carros, que tienen extraordinaria importancia tanto en la caza como en la guerra: existen en Cnosos ricos inventarios de carros o de

ruedas de cuatro radios, de los cuales se deduce que el rey de Cnosos disponía de más de 400 carros (fig. 13).

Ya nos hemos referido anteriormente al poderoso palacio donde vivía el *wanax*, rodeado de su familia y sus dignatarios. Una parte considerable de su tiempo lo absorbería la administración de un Estado centralizado y burocrático, aunque sus ocupaciones favoritas eran la caza y la guerra. El predominio de los temas cinegéticos o bélicos en el arte micénico es característico del sentido en que se orientaba aquella civilización.

3. EL MUNDO ARTÍSTICO DE LOS PALACIOS

Tendríamos una idea muy parcial de los señores aqueos si los imagináramos tan sólo en sus cacerías, sus algaradas y sus expediciones a puntos lejanos. Su inimitable vida transcurría entre los tesoros de un arte que tomó de Creta muchos elementos prestados, en suntuosas festividades, en medio de las cuales los aedas cantaban versos épicos; además, era sostenida por un cuerpo de creencias religiosas y protegida por los dioses y los héroes. El extremado refinamiento de la vida espiritual en las ciudadelas de la Argólida contrastaba vivamente con la brutalidad militar de las costumbres que reinaban en ellas.

Nacimiento de la epopeya

Es muy expuesto tratar de la literatura aquea, pues no ha llegado ningún texto hasta nosotros, y es seguro que la escritura fue sólo un medio de administración, y jamás sirvió para el desarrollo de una literatura escrita.

Pero el análisis de las obras de Homero nos confirma en la idea de que hubo epopeyas ya desde el período aqueo, las cuales, transmitidas por vía oral incluso en los momentos más sombríos, fueron el núcleo original en torno al cual los poetas jónicos dieron forma a las monumentales creaciones de la *Ilíada* y la *Odisea*. Así se explicarían las formas arcadias y eólicas, insustituibles por formas jónicas, que se encuentran en ellas en número considerable, como restos de elementos primitivos de la epopeya del primer milenio. Así se explicaría también la mención de objetos específicamente micénicos, como el casco con dientes de jabalí descrito en el canto 10 de la *Ilíada*, cuando un casco de este tipo, que estuvo muy en boga durante los siglos XVI y XV, desaparece por completo en los siguientes. Esta poesía era exclusivamente oral y empleaba muchísimas formas estereotipadas —en particular, los famosos *epítetos homéricos*—, que facilitaban la tarea del poeta tanto en la composición como en el recitado. Los temas preferidos eran, al principio, las hazañas guerreras, aunque tampoco se desdeñaban las peligrosas aventuras en el «vinoso mar». El arte con-

temporáneo nos ilustra acerca de esta predilección: tres ritones de plata de Micenas representan, respectivamente, el asedio de una ciudad, una escena de una batalla y unos náufragos que se salvan a nado. Constituyen ya un anticipo de los temas de la *Ilíada* y de la *Odisea.*

En la *Ilíada* encontramos las más claras reliquias micénicas. El tema de la guerra de Troya parece que fue explotado inmediatamente después de los sucesos. El *Catálogo de las embarcaciones,* del canto 2, se considera como uno de los fragmentos más antiguos y menos retocados por los poetas posteriores: nos traza un cuadro de la Grecia aquea en el momento del conflicto que la unificaría bajo la eventual autoridad del rey de Micenas. En esta primera elaboración, la epopeya debió de crearse en la Grecia Central en torno a un héroe del lugar, Aquiles, pues a su lado la figura del principal de los héroes del Peloponeso, Agamenón, es harto mezquina. Pero es probable que muchas otras composiciones hubieran precedido a esta *Ilíada* primitiva, y, según las investigaciones más recientes, los primeros ensayos épicos podrían remontarse por lo menos al siglo XV. En este terreno, como en tantos otros, la influencia cretense pudo ser decisiva: A. Meillet ha llamado la atención sobre el hecho de que el verso homérico, el hexámetro dactílico, no tiene correspondencia alguna en el dominio indoeuropeo, y, por otra parte, se adapta bastante mal a la estructura de la lengua griega; por consiguiente, podemos suponer que se trata de un metro cretense que los aqueos se habrían apropiado. La epopeya sería, en este caso, una característica creación de la época micénica: minoica por la forma, aquea por su inspiración guerrera.

Con toda seguridad hubo otros temas, aparte el de Ilión, que fueron explotados por los aedas. Las epopeyas cíclicas ulteriores, las *Argonáuticas* y la *Tebaida,* pudieron basarse en ensayos de la época micénica. Las *Argonáuticas* cantaban la gesta de unos atrevidos navegantes minoicos, que embarcaron en Iolcos a la búsqueda de un mágico talismán: el vellocino de oro; la *Tebaida* celebraba los combates que enfrentaron, ante Tebas la de las siete puertas, a los argivos contra los tebanos, tal vez un recuerdo de luchas intestinas entre príncipes de la Argólida y de Beocia. En este caso nos veríamos obligados a asignar una capital importancia a Beocia en el nacimiento de la epopeya

La pintura y la escultura

Cuando abordamos el dominio del arte, nos encontramos en un terreno mucho más sólido, por la gran cantidad de documentos conservados. Aquí se manifiesta la influencia cretense en todo su esplendor. En efecto, los aqueos decoraron sus palacios y fabricaron los enseres de su vida cotidiana basándose, desde el principio, en las técnicas y el buen gusto cretenses.

La gran pintura fue protagonista de un desarrollo tan importante como en Creta. Los muros de los palacios están cubiertos de frescos que mantienen la tradición minoica, aunque con una cierta simplificación en el dibujo y algo de menosprecio por el naturalismo en los colores, motivos que han inducido a hablar de decadencia (lám. II). Algunos temas recuerdan tanto los cretenses, que llegan a confundirse: así ocurre con una de las obras maestras del arte pictórico, el fresco de la procesión del palacio de Tirinto, que reproduce dos desfiles de mujeres ataviadas con elegante traje de ceremonia, que van al encuentro el uno del otro en los muros del *mégaron.* Otros temas, tratados

también según las técnicas minoicas, responden mejor a los gustos continentales: en Micenas, guerreros y caballos se apiñan en un friso; en Tirinto, dos nobles que parten para la caza con un par de venablos a la espalda.

Los micénicos cultivaron muy poco la escultura de bulto redondo, tal vez porque este difícil arte desapareció en Creta mucho antes que los demás. Por ello, en este dominio sólo podemos registrar algunos ensayos, entre los cuales los hay muy logrados, como una hermosa cabeza en piedra calcárea, con curiosos tatuajes, hallada en Micenas (lámina 6). En cambio, el gran relieve en piedra fue protagonista de un desarrollo desconocido en Creta, que preludia la escultura decorativa de la Grecia del primer milenio. A la entrada de la acrópolis de Micenas, sobre el dintel de la puerta, el vacío dejado por el triángulo de descarga quedaba disimulado por un relieve que representa dos leones heráldicos enfrentados, con las patas anteriores levantadas sobre dos pequeños altares de tipo cretense, coronados por una columna muy parecida a las del «tesoro de Atreo». Es la más antigua escultura monumental de Grecia y una de las más expresivas: los grandes leones —animales familiares de la *Potnia theron,* que velaba por el palacio y garantizaba a la vez su seguridad y la firmeza de su construcción— están representados con una pasmosa filelidad, testimonio de la imitación de modelos orientales. Ningún detalle inútil, sino una noble y expresiva simplicidad, que armoniza con el severo carácter del bastión fortificado que precede a la entrada (lám. 5).

Las artes menores

Entre las artes menores, ya nos hemos referido a la cerámica, cuya cantidad tiende a reemplazar la calidad. Técnicamente, los vasos son muy cuidados (fig. 14), con toda una gama de variadas formas, las más apreciadas de las cuales son el «vaso con asas», la «calabaza de peregrino», la «copa de champaña». Pero la decoración, al principio directamente inspirada en la cerámica cretense, se estiliza en extremo y, al final del período micénico, se reduce a bandas horizontales y a monótonas rosetas. Es como la agonía de un arte que se había industrializado en exceso.

¡Qué contraste con la orfebrería, la toréutica y el damasquinado, en las que el genio micénico dio su plena medida, en incomparables obras maestras que, a menudo, es muy difícil distinguir de las obras cretenses que les sirvieron de modelo! Todo el esplendor de «Micenas rica en oro» estalla a nuestra vista en la gran sala micénica del Museo nacional de Atenas, donde se han reunido las piezas más hermosas. Las curiosas máscaras de oro de las tumbas del círculo superior (círculo A) fueron consideradas durante mucho tiempo como groseros

estampados realizados por los aqueos siguiendo antiquísimas costumbres. Aunque es cierto que no pudieron encontrar sus modelos en Creta, ahora que conocemos mejor la influencia egipcia en las costumbres funerarias del mundo aqueo, se tiende a buscar su origen en el Valle del Nilo. Los ejemplares más notables del arte cretomicénico —a veces

FIG. 14. Ánfora hallada en Micenas en la « tumba de Egisto » (estilo del palacio del Heládico reciente II). (Reconstrucción *según A. J. B. Wace*)

resulta difícil decidir si son importados de Creta o elaborados *in situ* por artistas formados en la escuela de Creta— provienen del círculo superior de Micenas, y, especialmente, de la cuarta tumba, de Midea y de Vafio.

En Micenas tenemos los ya mencionados ritones de plata, que nos ilustran por anticipado acerca de las epopeyas homéricas, o la copa de oro en la cual dos palomas, posadas en las asas, humedecen su pico. ¿No es el *depas* del viejo Néstor, tal como lo evoca la *Ilíada* (11, 633): «La espléndida copa está adornada con clavos de oro. Tiene cuatro asas y, al lado de cada una, dos palomas de oro picoteando y un doble soporte debajo»? En Midea, una copa de oro representa un rico paisaje

submarino, típicamente minoico, mientras que unos patos alzan el vuelo en los medallones cuadrilobulados de un cubilete.

Mas, posiblemente, son los dos cubiletes de Vafio los que representan el apogeo de la toréutica micénica con un firme sentido de la composición y una claridad lógica muy alejados de los principios estéticos de los cretenses, y en los cuales descubrimos una de las primeras manifestaciones del espíritu griego. Uno de ellos ilustra, en un paisaje montañoso, la vida de un toro salvaje: un espléndido animal ha quedado prisionero en la red, mientras que otros dos embisten, enfurecidos. En el otro, una escena en un llano: dos toros domesticados, uno de ellos conducido por el cabestro, y el otro, retozando con una vaca.

Igualmente notorias son las armas de lujo que acompañaban en la muerte a los príncipes aqueos. También aquí los artistas cretenses enseñaron a forjar, cincelar y engastar los materiales preciosos. Una de las piezas más bellas es el puñal de bronce de Micenas cuya guarnición, incrustada de plata y oro, representa escenas de inspiración oriental, cacería de un león y un león cazando.

Tenemos, finalmente, una gran cantidad de pequeñas obras maestras dentro de las producciones de la glíptica, inspiradas también directamente en el arte cretense. Abundan las escenas tomadas de la vida diaria, que nos recuerdan de nuevo la viva inclinación de los aqueos por la guerra —duelos, salidas en carro, robos de mujeres o de ganado— y por la caza. Pero la abundancia de las representaciones de cacerías de leones demuestra que, a menudo, se trata de motivos convencionales, heredados del Oriente por intermedio de Creta. Con mucha frecuencia, los asuntos son religiosos, y entonces no es posible distinguirlos de los correspondientes temas cretenses: se han podido reconstruir las varias etapas estacionales de los cultos de la vegetación. De hecho, hay gran número de representaciones de la Gran diosa, ya sola, ya acompañada por divinidades de su séquito. En una hermosísima sortija de oro, procedente de una tumba de Tirinto, vemos una pareja que rema, en una lujosa embarcación, hacia un palacio, simbolizado por unos propileos, ante los cuales les esperan otras dos parejas. ¿Se trata del viaje anual, hacia los Infiernos, de la Madre Tierra y del joven dios de la vegetación, o más bien de una escena de rapto, como las que la mitología griega recordará de Ariadna o de Helena, o de la navegación de una pareja principesca, liberada de las miserias de la vida, hacia los Campos Elíseos, hacia la inmortalidad de los Bienaventurados? Resulta difícil contestar, aunque es probable el valor religioso de una representación de este tipo, y no podemos dejar de admirar la destreza del artista al concentrar en un sello esta larga composición.

Si añadimos a ello las grandes realizaciones de la arquitectura palatina y funeraria estudiadas en el capítulo anterior, no podemos por menos de quedar absortos ante la variedad de este arte que creó con la misma maestría las sólidas murallas de la Argólida o el desnudo

relieve de la Puerta de los Leones, que estas preciosas obras maestras de la decoración que constituyen, a menudo, los vasos, las espadas o los sellos micénicos. Nos sentimos acongojados ante el nido de águilas que era Micenas, lleno aún del horror de los crímenes perpetrados allí, y seducidos por la gracia de un pájaro en el costado de un cubilete. Esta variedad se explica, en parte, por el carácter híbrido de un arte que tomó prestadas de Creta sus técnicas y la base de su inspiración, sin repudiar por ello algunas tradiciones nórdicas y, sobre todo, un estado espiritual que purificaba y ordenaba la herencia minoica.

Estas lecciones no se perderán, pese al largo desastre de las invasiones dóricas, en las que se abismarán todas las producciones de uno de los artes más vivos que Grecia conoció a lo largo de su historia.

4. EL SINCRETISMO RELIGIOSO

A similares conclusiones nos lleva el estudio de la religión, que debe hacerse con una extraordinaria prudencia. En efecto, son pocas las enseñanzas que pueden sacarse de las tablillas; el testimonio de Homero es mucho más peligroso en este campo, debido a las adiciones posteriores; los monumentos artísticos, no muy numerosos, pueden ser siempre objeto de interpretaciones divergentes. Para colmo, durante mucho tiempo se confundió la religión cretense con la micénica, y sólo recientemente, los agudos trabajos de M. P. Nilsson y de Ch. Picard permitieron diferenciarlas.

Esta religión tiene como carácter fundamental el haber realizado una síntesis de elementos nórdicos y mediterráneos. Los indoeuropeos llevaron a Grecia su religión, que adoraba divinidades uranias y pastoriles, pero entraron en contacto con poblaciones anatolias de Creta, que veneraban a dioses ctónicos y agrícolas. Por un lado, un panteón esencialmente masculino; por otro, un panteón en el que las diosas superan ampliamente a los dioses, en el que una divinidad matronal, una Madre Tierra análoga a las de Oriente, ocupa el primer puesto y dispensa la vida en todas sus formas: fertilidad, fecundidad, eternidad. De un estricto sincretismo entre dos tipos de religiosidad, entre «Padre Nuestro que estás en los cielos» y «Nuestra Señora la subterránea» —como bellamente se ha dicho al referirse a un dominio vecino—, nació la religión micénica. Sobre estos dos factores fundamentales se introdujeron otras influencias, especialmente la de Egipto, importante en las costumbres funerarias, y tal vez la de Oriente, menos perceptible en el estado de nuestros actuales conocimientos.

Las divinidades

No se descarta que los antepasados de los aqueos hubieran adorado, como los primitivos romanos, estas fuerzas difusas y mal personificadas que habitualmente se designan con el nombre polinésico de *mana*, mejor que con el de *divinidades personales*. De este primer estado quedarían vestigios en las tablillas micénicas e incluso en la obra de Hesíodo, donde aparecen unos cultos oscuros tributados a dioses o grupos de dioses sin individualidad, a menudo sin nombre ni mito. Pero sería arriesgado insistir en este detalle, que no tardó en borrarse. El mundo divino de la época aquea estaba organizado en torno a personas divinas, con un nombre, una personalidad y unos complicados mitos. Se asemejaba al mundo humano, en el cual el papel de los jefes era predominante.

Las tablillas de Pilos y de Cnosos recogen los nombres de cierto número de dioses: Zeus, con una contrapartida femenina, Diwia; Poseidón, asociado a una diosa, Posidaeja; Hermes, Hera (emparejada ya con Zeus), Atenea (denominada Potnia, Señora, como en Homero), Artemis, Ilitia, Erinis, tal vez Deméter. No aparecen Ares ni Apolo, pero sí Enialo y Payeón, dos dioses con los que posteriormente serán identificados. Hefesto y Dionisos no están atestiguados con seguridad, ni tampoco Afrodita. Se tributa también culto a una diosa paloma (Peleia), a los vientos y a «todos los dioses», como el que encontramos en la India védica y como el que volveremos a encontrar en Grecia, aunque sólo en la época helenística.

Algunos ejemplos confirman el carácter claramente compuesto de estas divinidades, en las que se fundieron elementos griegos y cretenses, en una síntesis siempre original. Zeus, que tiene sus homólogos tanto en el Dyauh de los indios védicos como en el Júpiter de los romanos, es la gran divinidad que trajeron consigo las poblaciones de raza helénica. Es un dios de la bóveda luminosa del cielo, de las precipitaciones atmosféricas y del rayo, pero también el dios rey cuyo imperio se extiende sobre el Olimpo y sobre los hombres. No obstante, se le insertaron elementos netamente cretenses a este dios básicamente indoeuropeo, y el mito posterior conservó rasgos inequívocos: afirmaban que había nacido en Creta, en el monte Ida, y que en este lugar su madre, Rea, tras haber ofrecido a su voraz esposo, Cronos, una piedra envuelta en pañales, que él se tragó, lo hizo criar por una cabra o ninfa, Amaltea, seguramente hipóstasis de una Gran Madre minoica, mientras que los Curetes ejecutaban en torno al mismo una danza guerrera. Los griegos racionalistas creían que el objeto de esta danza era el de ocultar los lloriqueos del pequeño; en realidad era una mímica de estos genios de la fertilidad y de la fecundidad para excitar las fuerzas subterráneas. De esta forma, Zeus se nos muestra como uno de esos «niños divinos», tan caros a los cretenses. Incluso en plena época arcaica se representa como un adolescente imberbe, muy distinto del

hombre barbudo y majestuoso, en el esplendor de la edad, que es su representación esencial, y un himno tardío, descubierto en Palaiocastro (Creta), lo evocará como un joven danzante, «el mayor de los Curetes». El señor del Olimpo y el joven dios de los misterios del Ida son totalmente distintos y, no obstante, se fusionaron en una sola personalidad.

El caso de Hermes es semejante e incluso más claro por lo que se refiere a los elementos cretenses. Su mismo nombre deriva de una voz cretense, que seguramente designaba el ritual montón de piedras que bordea el camino. Su afinidad con la piedra seguirá siendo un rasgo fundamental de su personalidad: será el dios de la piedra sepulcral, del umbral y de los hermes. No podemos evitar la evocación de los monumentos minoicos, en los que se ven ofrecimientos de libaciones sobre hacinamientos de piedras, como recuerdo de la importancia del pilar (betilo) en las religiones de Oriente. También será el señor de los grandes leones, el robador de rebaños —como vemos en el precioso *Himno homérico,* que cuenta su robo de las terneras de Apolo—, el matador de perros (Argifontes). Su atributo familiar, el caduceo, es una varita mágica, formada por una rama de árbol, a la que se enrollan dos serpientes. Es, finalmente, el Psicopompo sin el cual las almas no pueden alcanzar la eterna felicidad que la religión cretense prometía a los iniciados. Estos caracteres minoicos se yuxtaponen a los rasgos de origen indoeuropeo: dios pastoril, protector de los rebaños, nacido junto al Cilene, en Arcadia, era, por excelencia, el dios de esta sociedad pastoril, de la sociedad aquea. Por otra parte, su leyenda va ligada a la del morueco del vellocino de oro, talismán de las realezas aqueas y garantía de fecundidad.

No es extraño que los rasgos minoicos sean más transparentes aún en las diosas. Todas las diosas aqueas son herederas de diosas prehelénicas. Así, Hera, cuyo nombre es cretense —Hera es el femenino de héroe, o sea, la Señora—, es una dominadora de leones, y su culto conservará en Delos un evidente simbolismo sexual; pero, a la vez, se presenta como la protectora de una institución tan fundamental en la sociedad aquea como es el matrimonio. Atenea, de nombre también cretense, está asociada de un modo directo a la serpiente y al árbol, muy frecuentes en la imaginería minoica. Es una virgen guerrera, representada con armas, tal como aparece en una medalla de estuco pintado, encontrada en Micenas, con un enorme escudo, en forma de ocho, que la cubre por completo y rodeada de dioses que la veneran. Ambas son las protectoras genuinas de las acrópolis donde se levantan los palacios micénicos: así, la Odisea nos muestra a Atenea recuperando «las largas calles de Atenas y, dentro de sus gruesos muros, el hogar de Erecteo»; en Atenas, como en Tirinto, su santuario se levantará sobre las ruinas del palacio micénico. Al lado de Zeus, el esposo y el padre, representan a la esposa (la matronal Hera) y a la hija (la virginal Atenea).

La pareja formada por Deméter y Coré nos ofrece la asociación, corriente en Creta, de una diosa madre y una diosa hija. El episodio principal que constituirá su mito, el rapto de Coré por el dios de los Infiernos y el angustioso deambular de Deméter en busca de su joven hija, evoca las escenas de raptos, tan frecuentes en los cultos egeos de la vegetación. En cuanto a los misterios, que seguirán asociándose a sus personas tanto en Eleusis como en Arcadia, tienen sus orígenes en el más remoto pasado de Creta. Sin embargo, su nombre es griego: Deméter es la Madre Tierra o la madre del trigo; Coré, la Virgen. Pero Coré tiene otro nombre, Perséfone, inexplicable por el griego y que, por tanto, debe de ser cretense. Nunca fue perfecta la fusión entre la bienhechora Coré, diosa de los sembrados, y la lúgubre Perséfone, que reina en el mundo infernal, y, no obstante, forman una misma persona divina.

Huelga multiplicar los ejemplos. Todos los dioses aqueos tienen una doble personalidad, pues son semigriegos y semiegeos. Bajo un nombre griego (Zeus, Deméter) o bajo un nombre minoico (Hermes, Hera, Atenea), e incluso bajo un doble nombre (Coré y Perséfone, Palas y Atenea), tienen una compleja personalidad, híbrida, en la que se

han fundido elementos heterogéneos y, a veces, contradictorios. No hubo una yuxtaposición de dos series de dioses en un panteón único, sino que extrañas síntesis llevaron a la creación de divinidades que no eran ni indoeuropeas ni minoicas, sino aqueas.

Sólo es posible, pues, estudiar el panteón aqueo buscando tanto sus elementos nórdicos como sus elementos mediterráneos. Desde esta época, la religión griega es muy distinta de las otras religiones indoeuropeas —las de la India, de Roma o de los germanos—, las cuales, si bien conocidas en fecha más tardía, conservaron mejor el patrimonio primitivo de los tiempos de la comunidad indoeuropea, y, en especial, la organización tripartita y trifuncional de la jerarquía divina. La razón de esta originalidad es evidente: se debe a los importantes préstamos tomados en un medio religioso profundamente distinto: el medio egeo. Sin embargo, el panteón aqueo y el panteón cretense se mantienen distintos: en Grecia, los dioses tienen una importancia real que, más o menos, equilibra el de las diosas, mientras que en Creta las diosas, desde antiguo, predominan sobre los dioses; por otra parte, las divinidades parecen estar ya organizadas en una sociedad jerarquizada y feudal, ideada a imitación de la sociedad humana; en ella, Zeus tiene, entre los dioses, una importancia que, como se ha subrayado repetidas veces, recuerda la de Agamenón entre los hombres, según se refleja en la *Ilíada.*

Culto a los dioses

La influencia de Creta, considerable ya en la elaboración de las figuras divinas, fue, al parecer, mucho mayor aún en el dominio del culto. Los sacerdotes son citados con frecuencia en las tablillas. Su misión esencial era la de consagrar las ofrendas, que podían ser tanto las primicias de las cosechas como sacrificios sangrientos. Un texto de Pilos menciona trigo, vino, un toro, quesos, miel, 4 cabras, aceite, harina y 2 pieles de cordero, que habían de ser sacrificados a los dioses. Estas pieles eran seguramente la vestidura litúrgica de un sacerdote de rango inferior, conocido a través de numerosas tablillas: el *diptera-poro,* es decir, el «portador de una vestidura de piel», que encontramos también en numerosas tallas cretenses y en el sarcófago de Hagia Triada, en Creta, que data del Minoico reciente III.

Igual que en Creta, los lugares del culto se hallan estrechamente relacionados con la vivienda humana. Conocemos bien los santuarios palatinos de Micenas y de Asina. En el de Micenas se encontró un marfil que representa a dos diosas, bien enlazadas con un mismo mantón, con un niño a sus pies, representación de Deméter y Coré con el «niño divino» Triptolemo (fig. 15). El de Asina —sala rectangular de 7 × 5 m., con una banqueta en un ángulo conforme a la costumbre

cretense— proporcionó ricos hallazgos, en especial, ídolos de terracota, el más famoso de los cuales es el «Lord de Asina», considerado durante mucho tiempo como un Zeus o un Poseidón y que, al parecer, se trata de una diosa. Incluso las casas particulares tenían un lugar reservado al culto, como lo demuestra, por ejemplo, el barrio de los alfareros excavado en Berbati (Argólida). Se comprueba asimismo que en los palacios se tributaba un culto doméstico al hogar, el cual se instalaba,

FIG. 15. Las « dos diosas » y el niño divino, grupo en marfil procedente del santuario palatino de Micenas, Atenas, Museo nacional

tanto en Micenas como en Tirinto, en el centro del *mégaron*. Finalmente, un altar —en general hueco y, por tanto, precedente del *bothros* griego— se levanta en el patio, sobre todo en Tirinto.

En todos los yacimientos micénicos se encuentra gran cantidad de ídolos, por lo general, de terracota. Básicamente son ídolos femeninos, con vestido a la usanza cretense, casi siempre de pie, aunque los hay sentados; hay también algunos ídolos masculinos, muy poco frecuentes, que representan a un joven dios desnudo. Todas estas estatuillas, tan próximas a las cretenses, representan, al parecer, divinidades. Hay que interpretarlas como ofrendas a los dioses, y no como estatuas de culto que no aparecerán hasta el período siguiente.

Las costumbres funerarias y el culto a los héroes

Conocemos relativamente bien las costumbres funerarias, gracias al descubrimiento de numerosas tumbas. Al parecer, experimentaron variaciones en el transcurso del segundo milenio, aunque siempre se mantuvo una característica esencial: el muerto era inhumado, no incinerado. En el Heládico medio no se construyeron cementerios aparte, sino que los muertos eran enterrados en medio de las viviendas humanas; las tumbas tenían la forma de una cista y, por lo general, no se depositaban ofrendas en ellas. En el Heládico reciente aparecen necrópolis separadas de los lugares habitados, que normalmente se construían al oeste de las aglomeraciones, tal vez imitando una costumbre de Egipto, donde se consideraba que Occidente era el dominio de los difuntos. Las tumbas eran, al principio, simples fosas, derivadas de las tumbas en forma de cista, para transformarse luego en tumbas de una habitación, las cuales dieron origen, en una última etapa, a los *tholoi.* Los cuerpos, contrariamente a lo que se creía, eran colocados en ataúdes, y se han encontrado, en los corredores de acceso a los *tholoi (dromoi),* unas ranuras que servían para deslizarlos, según la costumbre egipcia. Se los proveía de un riquísimo ajuar funerario, constituido, en las tumbas de príncipes, por armas, joyas y vasos. Mención aparte merece una tumba de Midea, en la que no se descubrió ningún cadáver y que, por tanto, era una tumba-cenotafio, muy posiblemente destinada a encerrar el alma de los muertos en apartadas regiones: su lugar estaba ocupado por dos bloques de piedra con unas cavidades. Se quemaban algunas ofrendas sobre la tumba en una fosa, lo que preludia, en cierta forma, la costumbre de la incineración del cuerpo, atestiguada con un solo ejemplo en la época aquea y que se extenderá con la invasión dórica. Es evidente que las costumbres funerarias se desarrollaron de un modo notable en el Heládico reciente, bajo la combinada influencia de Creta y Egipto. Sea como fuere, testimonian una firme confianza en la supervivencia.

Aunque todos los muertos eran objeto de un culto, algunos disfrutaban en el otro mundo de un suerte especial: se trata de los antiguos dueños de los palacios, designados con el nombre cretense de *heros* (que, muy posiblemente, significaba señor). Su culto revestía una extraordinaria brillantez y, en el círculo superior de Micenas, se mantuvo hasta el final de la época micénica. Era un culto a los antepasados, tributado por la familia reinante, al cual debía asociarse la colectividad entera. Seguramente es de origen minoico esta creencia en los héroes, es decir, en los grandes muertos divinizados, que de esta forma se convertían en potencias sobrenaturales, intermediarias entre los hombres y los dioses. Se perpetuará hasta el primer milenio, más allá del eclipse de las invasiones dóricas, y no nos cansaremos de insistir sobre la importancia de su génesis en el medio aristocrático de los palacios micénicos.

También en la época micénica apareció la mitología heroica, que sobreviviría a la civilización que vio su nacimiento. M. P. Nilsson ha demostrado que el mapa de los yacimientos a los cuales se refieren las leyendas heroicas de Grecia —sobre todo en el Peloponeso y en Beocia—, coincide con el de los yacimientos aqueos, lo cual no presupone, evidentemente, que sean aqueos todos los elementos de esta mitología. Otros elementos de distinta naturaleza debieron de entrar en juego, entre ellos, las

influencias egipcias, bien visibles en el mito de Io, cuyo hijo Épafos nació en Egipto. Sin embargo, el núcleo principal lo constituyen las leyendas prehelénicas que se amalgamaron con las leyendas griegas: Teseo, Aquiles, Ulises son nombres terminados en *eus* (Theseus, Akhilleus, Odysseus) que no son griegos, contrariamente a los de sus hijos Demofonte, Neoptólemo y Telémaco.

Vemos, pues, en el caso de los héroes, lo mismo que en el de los dioses, atrevidas y arbitrarias síntesis, de las que nació una parte, la más importante, de la mitología posterior.

La religión es uno de los dominios que mejor revela la riqueza de la Grecia aquea, penetrada por influencias mediterráneas, aunque sin renunciar por ello a las tradiciones indoeuropeas. Ya hemos señalado, tanto para los dioses como para los héroes, los rasgos fundamentales de la religión de la Grecia posterior. Es cierto que sufrirán profundas modificaciones con la llegada de los dorios y con la renovada influencia del Oriente; pero Zeus, Hermes, Hera o Atenea, tienen bien definidos los rasgos esenciales de su personalidad, y Agamenón, Ulises o Helena, no dejarán de fecundar la imaginación helénica.

Tal es el fastuoso mundo que va a hundirse en el espacio de un siglo bajo los golpes de los dorios.

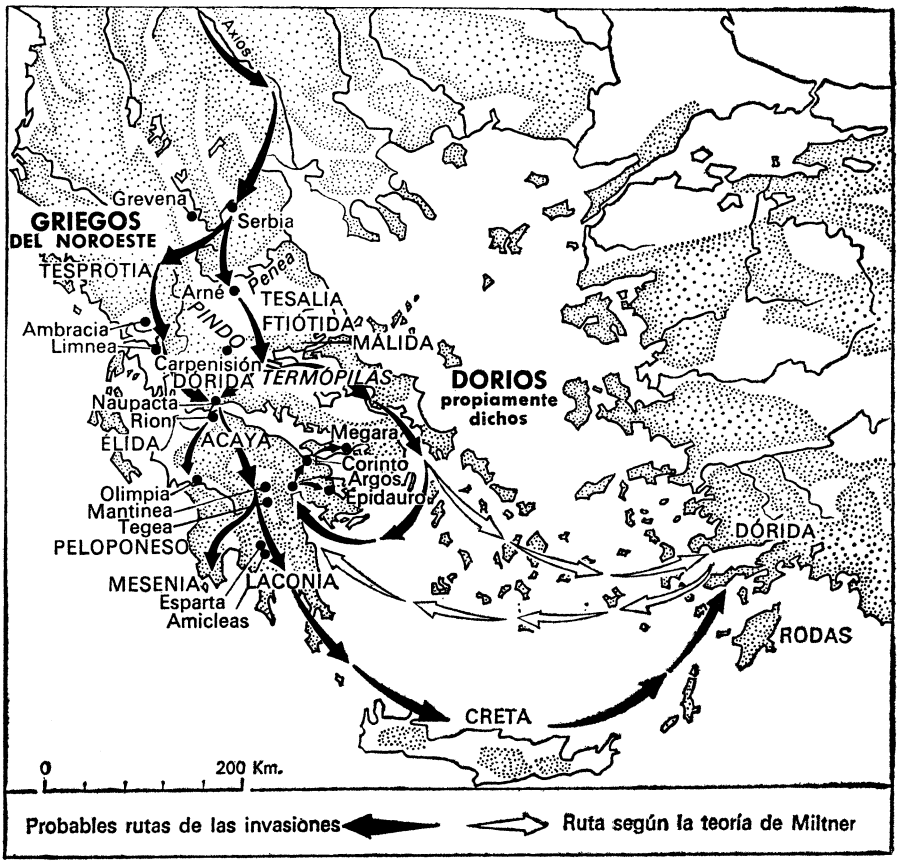
capítulo IV

Las invasiones dóricas

A finales del segundo milenio, la Hélade aquea queda sumergida bajo una nueva oleada de invasores griegos. Solemos darles el nombre, en parte convencional, de *dorios* (mapa 4).

1. HERÁCLIDAS Y DORIOS: MITO E HISTORIA

En el mito del retorno de los Heráclidas, es decir, de los hijos y descendientes de Heracles, se había conservado un recuerdo muy vivo de este amplio movimiento de pueblos. Decíase que, después de la muerte del héroe —muerte lamentable y gloriosa—, sus hijos tuvieron que huir del Peloponeso por temor a su primo, el cruel Euristeo, que les había impuesto los doce trabajos. Se refugiaron en el Ática, donde encontraron la mejor acogida por parte del rey. Euristeo atacó a los atenienses por haberse aliado con los Heráclidas; pero fue derrotado, perdió a todos sus hijos y él mismo halló la muerte en la retirada. Entonces, los Heráclidas pudieron apoderarse a placer del Peloponeso; mas, al cabo de un año, se declaró una peste y hubieron de retirarse para escapar a la cólera divina. Su jefe, Hilo, consultó el oráculo de Delfos, el cual lo conminó a que probase fortuna «después de la tercera



MAPA 4. Las invasiones dóricas

cosecha». Tres años más tarde, atacaron a los del Peloponeso y, de común acuerdo, se decidió confiar la suerte de las armas a un singular combate entre los dos jefes. Hilo fue muerto por el rey de Tegea, Equemos.

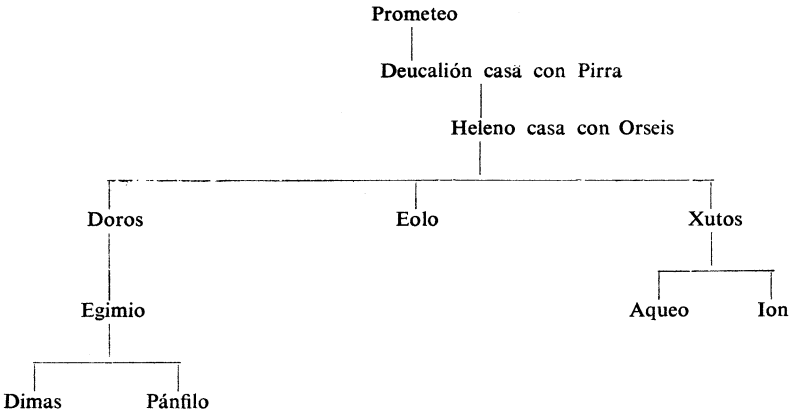
LOS HERÁCLIDAS

Heracles
|
Hilo
|
Cleodeo
|
Aristómaco
|
Temeno

Dos generaciones más tarde, Aristómaco, nieto de Hilo, consultó de nuevo el oráculo, el cual le aconsejó que invadiera el Peloponeso «por el camino estrecho». Por consiguiente, atacó por el istmo de Corinto, pero fue rechazado y muerto. Su hijo Temeno hizo un nuevo intento; construyó una flota en Naupacta para franquear el golfo de Corinto por el punto más angosto; después, como el oráculo le había advertido que debía hacerse guiar por un ser de tres ojos, se alió con un rey de la Élida desterrado a causa de una muerte involuntaria, el etolio Oxilos, un tuerto que se le presentó montado en un caballo. Esta vez la victoria de los Heráclidas fue total: se repartieron los tres reinos de Argólida, Laconia y Mesenia, repusieron a Oxilos en la Élida y sólo la Arcadia se dejó para los primitivos habitantes del país. Aproximadamente un siglo después de la muerte de Heracles, los Heráclidas recuperaron el Peloponeso. Es cierto que durante mucho tiempo habían interpretado mal el sentido de los oráculos, ambiguos por naturaleza: «la tercera cosecha» se refería a la tercera generación y no al tercer año, y el «camino estrecho», al punto en que se estrecha el golfo de Corinto y no al istmo. Sin embargo, el dios Apolo les había ayudado con su constante asistencia.

La tradición consideraba a los Heráclidas como jefes de unos invasores nórdicos, los dorios (incluso a veces, en épocas tardías, se les identificaba).

DESCENDENCIA DE HELENO: DORIOS, EOLIOS, AQUEOS Y JONIOS



Un mito posterior —¿finales del siglo VIII?— hacía descender a los dorios de un antepasado epónimo, Doros, cuyo hijo Egimio repartió su reino entre sus dos hijos —Dimas y Pánfilo— e Hilo, hijo de Heracles, para agradecer al héroe la ayuda que poco antes le había prestado: *aition* (causa), según el modo de ver de los griegos, de los nombres de las tres tribus étnicas en que se distribuían los dorios —dímanos, pánfilos e híleos—, pero recuerdo también de este período confuso de las invasiones en el que los recién llegados habían encontrado guías y jefes entre los Heráclidas, un clan aqueo en el exilio.

La realidad latente en el mito

Se ha llegado a dudar de que hubiese una realidad subyacente en este mito, y que el retorno de los Heráclidas simbolizara la conquista del Peloponeso por unos nuevos invasores. Así, incluso el gran Beloch negaba la historicidad de las invasiones dorias. Actualmente no caben tales dudas críticas. Por una parte, la lingüística comprueba que se superpuso a los dialectos aqueos una nueva amalgama lingüística: la de los dialectos dóricos. Por otra, la arqueología demuestra que, en el período de un siglo —entre 1200 y 1100—, todos los yacimientos aqueos del Peloponeso fueron violentamente destruidos, y la única explicación de este hecho es la llegada de otras bandas, numerosas y aguerridas.

Por lo demás, a medida que se perfila mejor la historia del Mediterráneo oriental, se comprueba que las invasiones dóricas se extienden sobre un área muy vasta. En estos momentos, Asia Menor es el teatro de violentos remolinos, a causa de la llegada de pueblos procedentes de la región del Danubio o de Iliria: frigios, teucros, dardanios, filisteos. El imperio hitita, amenazado, acaba por sucumbir. Incluso Egipto fue atacado por los «pueblos del mar», heteróclita coalición de invasores nórdicos y poblaciones asiáticas que huían delante de ellos; con muchas dificultades, Mineptah y su sucesor, Ramsés III, consiguieron rechazarlos, aunque fuera a costa de una gran conmoción del poderío faraónico.

Esta «migración egea» (Schachermeyr) distó mucho de afectar exclusivamente a Grecia, puesto que la inestabilidad reinaba en todas los orillas del Mediterráneo oriental, y eliminó a la vez el imperio hitita y las monarquías aqueas. Este dilatado movimiento recuerda, con evidentes discrepancias, el que se produjo casi un milenio antes. Hacia el año 2000, poblaciones indoeuropeas descendieron de las regiones cárpato-danubianas, se dividieron en dos ramas y ocuparon Grecia —primeros griegos— y el Asia Menor —fundadores de Troya VI, hititas...—; en los siglos XIII-XII, otras bandas procedentes de las mismas regiones sembraron el terror y la desolación en la Hélade y en Anatolia antes de instalarse en estos lugares y elaborar una nueva civilización (mapa 4).

2. RUTAS Y CRONOLOGÍA DE LAS INVASIONES DÓRICAS

Es indudable que los dorios procedían del valle del Danubio, y que bajaron por los valles de la Morava y del Axios (Vardar), jalonados por sus cementerios.

Las vías de invasión

Menos seguridad tenemos cuando se trata de fijar la ruta que siguieron para atravesar la Grecia continental y desembocar en el Peloponeso. Es probable que sus bandas se dividieran en dos.

El primer grupo —llamado *griegos del Noroeste*— pasó el Pindo a la altura del recodo del Haliacmón y descendió a través del Epiro. Los beocios —llegados del Epiro, donde se encuentra el monte Boyos, parte norte del Pindo, que fue su epónimo—, franqueando de nuevo la cadena, se instalaron en Tesalia, en la región de Arné, y conquistaron Beocia, donde, según Tucídides, se encontraban ya algunos de ellos en el momento de la guerra de Troya, los mismos que participaron en la expedición.

Pero los tesalios, que habían abandonado el Epiro y, a grandes rasgos, habían seguido la misma ruta, expulsaron a los beocios de Arné, los cuales no tuvieron más remedio que descender más al Sur, hasta Beocia, a la que dieron su nombre definitivo. Aquéllos ocuparon la Tesaliótida y, después, toda Tesalia, y ambas tomaron de ellos su nombre.

Otros pueblos prosiguieron su ruta por la vertiente occidental, ocuparon Acarnania, Etolia, Lócrida y Fócida —tomando el nombre de las regiones en que se establecían—, mientras los más osados atravesaban el golfo de Corinto en Naupacta y se asentaban en Élida y, parcialmente, en Acaya.

La unidad de origen de estos distintos pueblos está demostrada por el hecho de que todos hablaran, en el milenio siguiente, dialectos emparentados entre sí —que se agrupan bajo el nombre convencional de *hablas del Noroeste*—, con excepción de los tesalios y los beocios. En efecto, estos dos últimos adoptaron paulatinamente el lenguaje de los griegos que los habían precedido y que ellos sometieron: los eolios: tesalio o beocio son dos formas dialectales del eolio, pero los especialistas distinguen algunos rasgos que indican la influencia de las hablas del Noroeste (especialmente en Tesaliótida).

Los invasores del segundo grupo —los dorios propiamente dichos—, que hablaban dialectos muy emparentados, los dialectos dóricos, permanecieron al este del Pindo y atajaron a través de la Tesalia, retrocediendo por el valle del Enipeo, hasta Esperqueo y el golfo Malíaco. Llegados aquí, se dividieron. Unos, por vía terrestre, penetraron en la Grecia central, donde dieron su nombre a la Dórida; pasaron también el golfo cerca de Naupacta, aunque, dirigiéndose más al este que los anteriores, por en medio de Acaya y la depresión central de la Arcadia, llegaron a Laconia y Mesenia y las ocuparon sólidamente.

Los otros, tentados por la aventura marítima, se embarcaron en el golfo Malíaco, avanzaron por el canal de Eubea, costearon el Ática, para desembarcar junto a Nauplia: entonces conquistaron la Argólida, se instalaron sobre todo en Argos, donde se fragmentaron y se encaminaron hacia Epidauro y Egina o hacia Corinto y Megara, término de su emigración.

Una teoría (Miltner), paradójica en apariencia, que cuenta con el apoyo de varios mitos, admite que la Argólida fue ocupada, pero más tarde, después que los dorios, seducidos por el mar, hubieron conquistado la Dórida de Asia y las islas (sobre todo Creta).

El esquema que acabamos de trazar es muy general. Dudamos en muchos detalles, algunos de importancia. Es posible que todos los dorios hubieran franqueado el Pindo y hubiesen permanecido largo tiempo en Epiro, en una comarca que —aparte Dodona— había sido alcanzada sólo ligeramente por la civilización aquea: Píndaro (*Píticas*, 1, 61 s.), que evoca a los dorios «procedentes del Pindo, los cuales establecieron su próspero reino en Amicleas», y también Herodoto,

conservaron el recuerdo de este paso, que sería confirmado por la arqueología.

Sea como fuere, hay algunos rasgos clarísimos. Los dorios tuvieron menos temor al mar de lo que antes se pensaba: algunos se dieron a una larga navegación antes de alcanzar las orillas de la Argólida; todos los demás tuvieron que franquear el golfo de Corinto —para lo cual eran suficientes simples balsas—, puesto que es un hecho averiguado que el istmo no sirvió como vía de invasión Norte-Sur, y que sólo fue utilizada en el sentido Sur-Norte por los dorios que retrocedían desde la Argólida hacia la Megárida.

Fecha de las invasiones dóricas

No debemos dejarnos arrastrar por Tucídides, quien sitúa la vuelta de los Heráclidas ochenta años después de la guerra de Troya, lo que supone la fecha de 1150 si consideramos que la toma de Troya se produjo en 1230. En efecto, no es posible localizar en el tiempo con tanta precisión un movimiento que se desarrolló lentamente y a lo largo de muchos siglos. Lo mismo que las invasiones anteriores, la de los dorios adoptó la forma de periódicos movimientos sucesivos. Podemos imaginarlos, a la manera de los valacos de la Edad Media, arreando sus rebaños y deteniéndose durante una estación para sembrar y recoger la cosecha. Sería importantísimo poder señalar las distintas etapas de sus migraciones: para ello, la tradición literaria y la arqueología nos ofrecen cierto número de jalones que no son de despreciar.

En la Grecia septentrional y central, las invasiones dóricas —en el amplio sentido de la palabra— se inician desde antes de la guerra de Troya. Ya hemos recordado el texto de Tucídides (1, 11), el cual señala que los beocios estaban establecidos ya en Beocia y participaron en la expedición. Estas invasiones se prolongan de una manera regular en los decenios siguientes. Cuando los beocios son expulsados de Arné y van a reforzar la población de Beocia, sesenta años después de la toma de Troya según el mismo Tucídides (tal vez hacia 1170), cortan por la mitad a los locrios, lo cual demuestra que éstos se habían instalado ya.

En el Peloponeso y en Ática, los asaltos fueron algo más tardíos. A finales del siglo XIII encontramos inequívocos indicios de una amenaza latente: no puede ser otra que la de los dorios, que devastaron y ocuparon entonces la Grecia continental. En el Peloponeso fueron reparadas y reforzadas las fortificaciones: en Tirinto se construyó una muralla baja para permitir a los campesinos refugiarse allí con el ganado en caso de alarma; en Micenas se restauró la fortificación de la entrada, en la parte oriental se añadió un bastión, se edificó un amplio granero, mientras que se dispuso un acceso a una derivación de

la fuente Perseya. Parece ser que hubo incluso una colaboración de los diversos reinos aqueos del Peloponeso, ya que en esta época se construyó el muro ciclópeo que cerraba el istmo y cuyos vestigios han sido descubiertos recientemente. La misma observación podría hacerse para Atenas, donde se amplió la fortificación y se protegió un acceso directo hasta el agua.

Las primeras empresas contra las ciudades aqueas del Peloponeso podrían situarse a finales del siglo. Hacia 1200, Pilos fue destruida. Quizá subsista en las tablillas del palacio un vestigio de las medidas defensivas tomadas en los meses que precedieron inmediatamente al ataque. Pero no surtieron efecto, ya que el palacio no estaba fortificado. De esta forma, Pilos desapareció brutalmente de la historia. Las ciudadelas de la Argólida no estuvieron al abrigo de los asaltos de las primeras bandas dóridas, pero sus murallas les permitieron resistir: sin embargo, en Micenas, las casas exteriores al recinto fueron sensiblemente destruidas en el mismo momento que Pilos.

Pero los ataques de los dorios se hicieron cada vez más brutales, y sus bandas, progresivamente más numerosas. Una tras otra, todas las fortalezas cayeron en el transcurso del siglo XII. Según todas las probabilidades, Micenas resistió más que las otras, y tan sólo hacia 1150, o quizá hacia 1100, fue aniquilada. La invasión respetó sólo algunas tierras en el Peloponeso, donde únicamente Arcadia siguió en manos de sus antiguos propietarios; pero, en cambio, dejó indemne al Ática, sin que podamos precisar si Atenas no fue atacada o resistió victoriosamente. Seguirían nuevas invasiones en los períodos posteriores a los primeros dorios, y sólo en el siglo XI, o tal vez en el X, finalizó esta marejada alta que había sumergido a todo el Peloponeso.

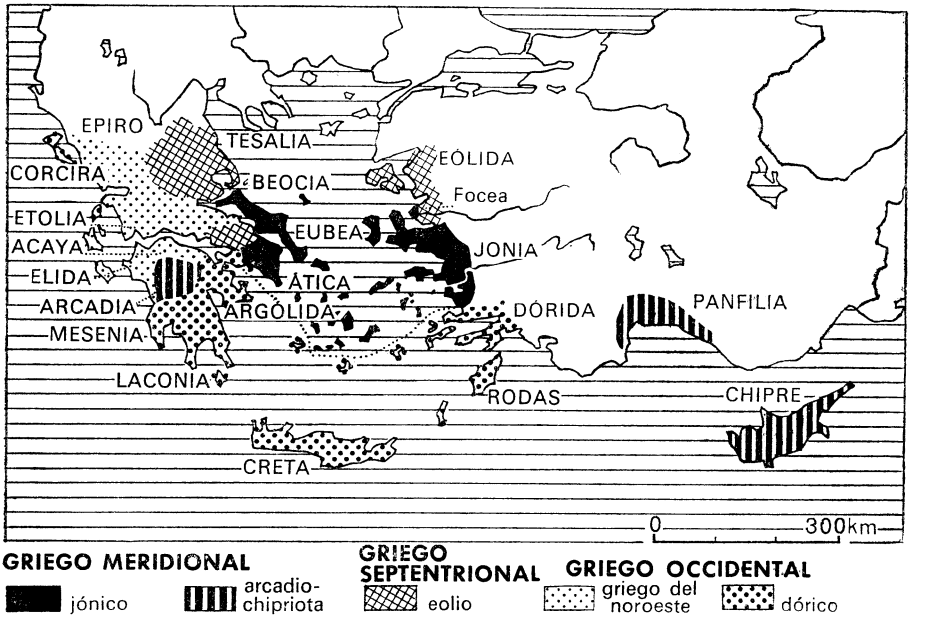
3. CONSECUENCIAS DE LA INVASIÓN DÓRICA

La consecuencia más visible de las invasiones fue la destrucción casi absoluta de la civilización micénica. En el espacio de un siglo, las altivas construcciones de los arquitectos aqueos, palacios y fortalezas, quedaron reducidas a ruinas. Y, simultáneamente, desaparecieron la monarquía burocrática, la escritura —que apenas era más que una técnica de administración—, y todas las creaciones artísticas debidas al mecenazgo de los príncipes. Gran parte de Grecia, pasada a sangre y fuego, cayó de nuevo en plena barbarie. No encontramos un desastre más total y más siniestro en toda la historia de la Hélade.

No cabe duda de que sobrevivieron algunos elementos de civilización: el arte arcaico se acordará de la columna micénica, incluso del *mégaron;* en especial la religión del primer milenio practicará ampliamente los cultos cretomicénicos. Pero no podemos olvidar el horrible asesinato de un pueblo floreciente.

La población definitiva de la Hélade y de Anatolia

Entre las aportaciones positivas, tan débiles, de las migraciones de finales del segundo milenio, debemos subrayar una afluencia de pueblos nuevos que refuerzan considerablemente la población de Grecia, que adquiere entonces su aspecto definitivo. Las tres grandes razas, —jonios, eolios y dorios— se distribuyen en una extraordinaria mescolanza, que atestigua la intensa confusión del período de las invasiones (mapa 5).



MAPA 5. Dialectos griegos en el primer milenio

En la Grecia continental, la base de la población está formada por los jonios, relegados en Ática y Eubea, y por la amplia amalgama de los pueblos del Noroeste —epirotas, acarnanios, etolios, locrios, focidios—. Los tesalios y beocios pertenecen a este último grupo, pero se entremezclaron profundamente con los elementos eolios anteriores, de los cuales tomaron sus dialectos. Este cuadro, ya muy complejo de por sí, debería matizarse: persisten los aqueos en la Acaya Ftiótida, y la reducida comarca de la Dórida queda poblada por dorios.

En el Peloponeso, los dorios se impusieron casi en todas partes, pero el estudio de los dialectos permite distinguir dos grupos claramente diferenciados, que corresponden a las dos principales oleadas

de invasores. La Élida, la única alcanzada por los primeros, hablaba un dialecto (el eleo) directamente emparentado con los dialectos de la Grecia del Noroeste: encontramos aquí una sola amalgama de pueblos, que descendieron a lo largo del flanco occidental del Pindo y cuya última avanzadilla más allá del golfo de Corinto está representada por la Élida (y, en parte, por la Acaya). La segunda oleada, la de los dorios propiamente dichos, ocupó Argólida, Laconia y, sin duda, en una medida más limitada, Mesenia, lugares en los que se hablaban dialectos dóricos muy afines entre sí.

LOS DIALECTOS EN GRECIA ANTES Y DESPUÉS DE LAS INVASIONES DE FINALES DEL SEGUNDO MILENIO

	I		II	III
II milenio	Griego meridional		Eolio	
	1. *Jónico*	2. *Aqueo*		

	Griego meridional		Eolio	Griego occidental
I milenio	1. *Jónico* *a*) Jónico *b*) Ático	2. *Arcadio-chipriota* *a*) Arcadio *b*) Chipriota *c*) Panfilio	1. *Tesalio* 2. *Beocio* 3. *Eolio de Asia*	1. *Dialectos del Noroeste* *a*) Dialectos de Epiro, Acarnania, Etolia, Lócrida, Fócida *b*) Eleo 2. *Dórico*

Pero el centro montañoso y aislado de la península, Arcadia, respetada por los dorios, continuó con una población aquea y siguió, incluso en pleno primer milenio, hablando el arcadio, que, con el chipriota y el panfilio, es uno de los tres pobres restos del aqueo, que tanta difusión tuviera en el segundo milenio. La Acaya, que bordea el golfo, fue poblada por los aqueos procedentes de la Acaya Ftiótida y, sin duda, también de los reinos aqueos del Peloponeso, pero las infiltraciones de griegos del Noroeste debieron de ser muy importantes, ya que su lengua pertenece a este grupo.

Finalmente, entre las islas jónicas, Corcira y Léucada son dóricas, mientras que Cefalonia y Zacinto se relacionan con los pueblos noroccidentales, lo mismo que la vecina Élida.

No es fácil comprender lo que debió de suceder con las antiguas poblaciones del Peloponeso. Las hubo que perecieron en medio de las violencias desencadenadas por

la invasión; otras quedaron esclavizadas (probablemente éste es el principal origen de los ilotas de Laconia). Otras, sobre todo en las regiones de menor influencia dórica, procuraron instalarse en otro sitio: los pilios de Pilos de Mesenia fundaron sin duda, hacia 1200, más al Norte, la Pilos de Trifilia. Otras se refugiaron fuera del poderío dórico, en Arcadia y quizás en Acaya. Finalmente, otras consideraron que la huida era su única tabla de salvación y acudieron al Ática —en donde tenemos testimonios de esta época sobre una importante afluencia de población—, antes de dejarse seducir por una emigración más lejana hacia las costas de Anatolia.

En efecto, la superpoblación motivada por las invasiones dóricas determinó una migración hacia el Asia Menor, que constituye uno de los hechos más importantes de la historia griega. Este movimiento era, en ciertas partes, claramente anterior a las postrimerías del milenio —desde las primeras decenas del siglo XIV encontramos a los griegos instalados en Mileto y en Colofón—, y, al parecer, se prolongó hasta el año 800 aproximadamente. El detalle de las migraciones se muestra extremadamente complejo, como es natural en épocas de grandes trastornos, pero el esquema del conjunto es sencillo. Se perfilan tres zonas de población: al Norte, Eólida, con la isla de Lesbos; al centro, Jonia, con Quíos y Samos; al Sur, Dórida, con Rodas; cada una de estas zonas corresponde a una gran grupo dialectal (pág. 92). Como es natural. éstas son las antiguas poblaciones que formaron la base de los inmigrantes, pero otros recién llegados no dudaron en concluir en las rutas marítimas la larga ruta terrestre que habían recorrido a través de los Balcanes.

Civilización dórica

Es indudable que griegos del Noroeste y dorios, a juzgar por el importantísimo testimonio de sus dialectos, representaban pueblos muy afines unos de otros por sus orígenes. Sin embargo, su evolución posterior fue bastante distinta: los dorios desplegaron un extraordinario dinamismo, especialmente en el terreno de la colonización, mientras que los griegos del Noroeste se quedaron muy atrasados, salvo los tesalios y los beocios, tan mezclados con elementos eolios. Por lo demás, son tan pobres nuestros conocimientos de la civilización noroccidental, que sería muy arriesgado hablar de ella. Por tanto, nos limitaremos a tratar de los dorios, para señalar eventualmente, de pasada, las discrepancias que pudieran existir entre los dos grupos.

Coincidiendo con la llegada de los dorios, se producen en Grecia indiscutibles trastornos, que se ha tendido quizás con demasiada rapidez a atribuírseles. Desde la aparición de la gran obra de K. O. Müller (1844) reinó un prejuicio favorable a los dorios, consistente en asignárseles numerosas e importantes aportaciones al helenismo. El examen objetivo de los hechos nos lleva, en casi todos los dominios, a una conclusión opuesta.

En el dominio material, durante mucho tiempo se ha dicho que habían introducido dos novedades de capital importancia: la metalurgia del hierro y la cerámica geométrica. Concretamente, se explicaba su conquista del Peloponeso por la superioridad de su armamento de hierro sobre las armas de bronce de los aqueos. Mas ahora parece incontrovertible que fue primero en Anatolia donde se conoció el trabajo

del hierro, cuyo monopolio tuvieron los hititas durante mucho tiempo. Tras la ruina del imperio hitita, hacia 1200, el hierro se extiende por Palestina y Creta, y después, seguramente, por Grecia. Y fue en Grecia donde los dorios debieron de familiarizarse con el nuevo metal (fig. 16).

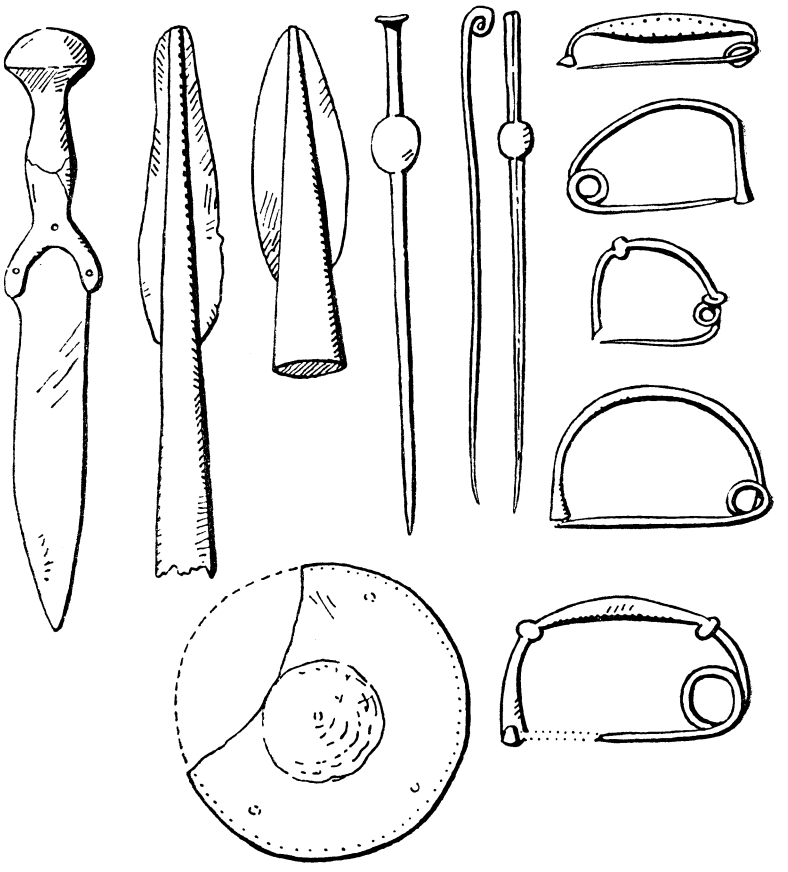


FIG. 16. Armas, alfileres y fíbulas de los dorios *(según V. Milojčic)*

Un proceso semejante puede admitirse en lo tocante a la cerámica geométrica, que predomina en Grecia desde 1100 hasta 750. Este nuevo arte, que ya no podemos considerar bárbaro, surgió, en realidad, del arte micénico, sobre el cual actuaron influencias orientales. Por otra parte, alcanzó sus más brillantes manifestaciones en tierras que no

habían sido afectadas por la invasión dórica, en Chipre y, sobre todo, en Atenas. Incluso en esto, los dorios fueron discípulos y no maestros. Con gran flexibilidad, adoptaron formas técnicas o artísticas que entonces se abrían paso en Grecia, casi siempre bajo la influencia de Oriente; pero no fueron sus creadores. La aportación material de los dorios fue, pues, nula, o, por lo menos, se redujo a ínfimas innovaciones, como la introducción de una nueva forma de fíbula, la *fíbula de media luna.*

Es en el terreno social donde encontramos las aportaciones dóricas. Sus bandas se hallaban poderosamente organizadas en torno a jefes militares, como en las primitivas sociedades indoeuropeas. El hombre poseía una superioridad indiscutible sobre la mujer, debida a su función primordial, que era la de guerrero. En este punto diose un vuelco espectacular, si se compara la situación en los reinos aqueos, que se habían dejado influir sensiblemente por el matriarcado cretense.

De esta época procedan tal vez ciertas características fundamentales de las costumbres del helenismo, tales como la desnudez del atleta o la pederastia. En efecto, los hombres vivían en comunidad, unidos por una camaradería guerrera que, en la vida cotidiana, era una prolongación de la camaradería del combate y que debía degenerar fácilmente en relaciones sexuales. Estrabón (10, 483) evoca costumbres cretenses que debían perpetuar costumbres dóricas: el adolescente, en el momento de entrar en la clase de los hombres formados, es raptado por un mayor, con el cual se marcha al campo durante dos meses; a su regreso recibe una armadura de su amante, en cuyo escudero se convierte, y es admitido definitivamente en el «club de los hombres» *(andreion).* Se trasluce en esto una mentalidad que se desarrolla en todas las cofradías guerreras, tanto entre los templarios como entre la *Hitlerjugend* o en la juventud fascista.

Pero lo esencial no radica en esto, sino, principalmente, en el ideal caballeresco de esta sociedad, que exalta las virtudes viriles, la fuerza, el valor, la fidelidad. Encontraremos muchos de estos rasgos en las sociedades dóricas menos evolucionadas, por ejemplo, en Esparta.

La sociedad de los dorios era profundamente igualitaria. Al parecer, repartiéronse la tierra en lotes más o menos iguales —sistema que subsistirá, sobre todo, en Esparta—, tal vez contrariamente a lo que sucedió en la Grecia del Noroeste. Por doquier establecieron una dura ley sobre las poblaciones sometidas: la esclavitud se instauró en el Peloponeso y en Creta, lo mismo que en muchas de las colonias que fundaron. Mencionemos, de paso, un extraño detalle: los tesalios también tuvieron esclavos, lo cual no parece que sucediera entre los noroccidentales. Se ha pretendido explicar este hecho recordando que habían tenido a Heráclidas como jefes, a semejanza de los dorios. Sin embargo, en muchas comarcas los dorios encontraron una fuerte resistencia de parte de los predorios, y los admitieron en el cuerpo cívico, con lo cual se creó, al lado de las tres tribus tradicionales —otra cos-

tumbre específicamente dórica y extraña a la Grecia del Noroeste—, una cuarta tribu que estaba reservada a ellos.

En el plano de la religión, las transformaciones también fueron profundas. Entre los aqueos, los dioses casi igualaban en importancia a las diosas; en adelante, las superarían ampliamente, lo cual dio origen a la instauración de una sociedad divina de tipo patriarcal, concebida a semejanza de la sociedad humana. Es el momento en que, casi en todas partes, dos divinidades masculinas, Zeus y Apolo, afirman su hegemonía a expensas de las Madre Tierra o de jóvenes dioses adolescentes. Dodona y Olimpia, que jalonan, en tierra griega, la marcha de los dorios, pasan a ser dominio de Zeus, mientras que, al parecer, en estos lugares se veneraban diosas antes que ellos. Apolo, al ser instalado en Delfos, desposee también a una divinidad matronal, cuyo animal era la serpiente Pitón, que Apolo viose obligado a matar tras un duro combate; en Amicleas, cerca de Esparta, suplanta a Jacinto, joven héroe prehelénico de la vegetación.

En el aspecto de las costumbres funerarias, se registra con los dorios un profundo cambio, del que es lógico pensar que fueron los iniciadores: a la inhumación, universalmente extendida en la época anterior, sigue la cremación, que poco a poco conquista Grecia e incluso el Ática jónica.

* * *

La aportación de los dorios no debe, pues, sobrestimarse. Lo que más nos llama la atención son las ruinas que a su paso sembraron por doquier y la total destrucción del mundo aqueo. No obstante, a consecuencia de sus invasiones, Grecia y el Asia griega reciben su definitiva población. Y vemos cómo se afianza, en el transcurso de dos milenios, una antítesis fundamental, que va a dominar la historia de Grecia: la de los dorios y de los jónicos. No caigamos en el error de considerar estas dos fracciones del pueblo griego como dos entidades étnicas distintas por completo, pero es evidente que existió una civilización dórica, austera y rígida, y una civilización jónica, amable y gentil, que se opusieron, según expresión de los antiguos, como el hombre a la mujer. La fuerza del helenismo radicará en esta doble riqueza de la gravedad dórica y la sonrisa jónica.

libro II

CREACIONES DEL HELENISMO ARCAICO

capítulo primero

Transiciones e innovaciones: la época geométrica (1100-750)

A duras penas, «tras largo tiempo, Grecia encontró, en medio de la tranquilidad, la estabilización y el fin de las migraciones» (TUCÍDIDES, 1, 12). En efecto, durante siglos, la mayor parte de Grecia, pasada a sangre y fuego por los invasores dóricos, fue sólo ruina y confusión. Es lo que se denomina, sirviéndose de diversas comparaciones, *los años sombríos (Dark ages)* o *la edad media helénica.*

El protogeométrico (hacia 1100-900)

No obstante, en las regiones respetadas por la invasión se abren paso ya algunos elementos nuevos. De una manera especial el Ática es protagonista de un notorio progreso, gracias a la afluencia de poblaciones expulsadas del Peloponeso. Las excavaciones del cementerio del Cerámico muestran la sustitución, hacia 1075, del Submicénico —Micénico tardío, que ya utiliza el hierro— por el Protogeométrico, carac-

terizado por un nuevo estilo de cerámica. La cronología aproximada es la siguiente:

Submicénico	1125-1075
Protogeométrico	1075-950
Geométrico	950-710

También en Chipre experimentó el Protogeométrico un extraordinario desarrollo. En estas dos comarcas, la influencia del arte geométrico oriental, especialmente el de la Siria del Norte, es manifiesto, aunque no debemos olvidar que la herencia del Micénico desempeñó un importante papel en la creación de la cerámica protogeométrica. Realmente no es un estilo nuevo, sino una simple evolución del Micénico, en que todas las formas se geometrizan. En las costumbres funerarias se comprueba una modificación simultánea: la cremación sucede a la inhumación.

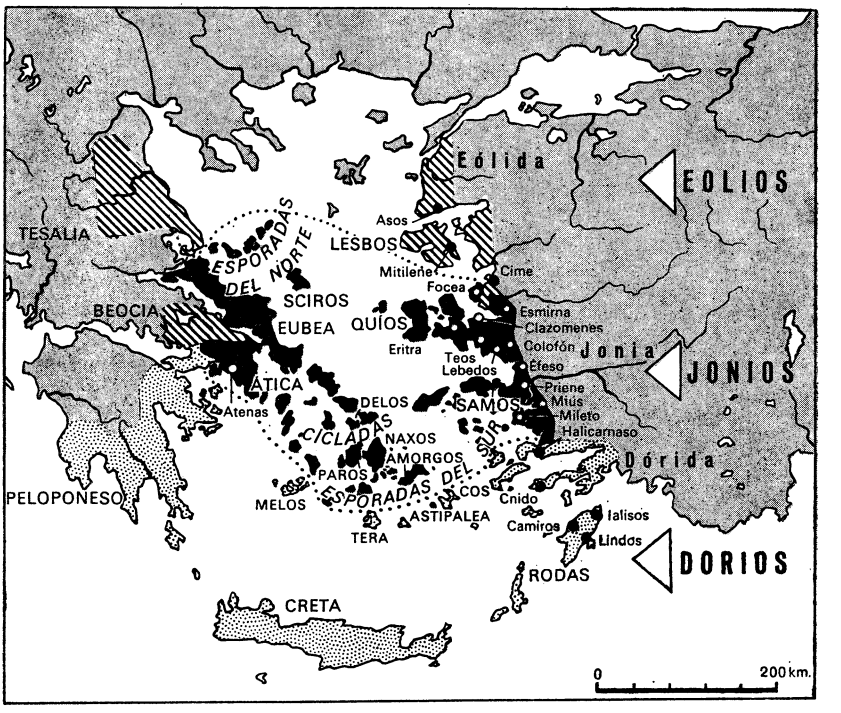
Desde principios del siglo x, con los colonos jónicos procedentes de Atenas, la cerámica protogeométrica se difunde por todo el mar Egeo, y, de una manera especial, en las Cícladas, en el Dodecaneso, en las costas de Caria y Jonia. Se capta a Creta no en los lugares apartados, como Vrocastro, donde se perpetúa el submicénico, soñoliento en el inmovilismo de formas pasadas, sino en grandes centros, como Cnosos. Los vasos, recubiertos de un barniz mate, están decorados especialmente en una franja central. Los adornos, todos ellos geométricos, son muy simples: círculos y semicírculos concéntricos, triángulos sombreados. Beocia, Tesalia, Grecia central, el Peloponeso y las islas jónicas adoptan asimismo la nueva cerámica. Pero los ejemplares atenienses son, con mucho, los más hermosos, y constituyen una muestra de la importancia que tendrá en adelante el Ática dentro del mundo griego.

Los griegos en Asia (1100-800)

La difusión del Protogeométrico ático no se comprende si no se tienen presentes las importantes migraciones que empujaron a los griegos a colonizar la franja costera del Asia Menor, ocupada anteriormente por varios pueblos: lelegos, carios, misios, lidios... Este movimiento, iniciado ya en el siglo xiv con la fundación de Mileto y de Colofón, se intensifica a finales del segundo milenio —colonización de Samos, Quíos, Esmirna y Éfeso—, y, más aún, a principios del primero; se prolonga hasta el 800 aproximadamente, fecha en que es ya griega toda la costa anatolia (mapa 6).

De las tres grandes regiones de población griega, la central, o sea, Jonia, es la que desempeña el papel principal. Las inmigraciones procedían de Beocia, de Argólida y de Corinto, así como también, aunque en menor medida, de Ática, Eubea, Tesalia y Arcadia. Los atenienses,

equipados ya con una poderosa escuadra, favorecieron sus proyectos, lo cual explica sus posteriores pretensiones a un patronato sobre los jonios. Entre los jefes destaca, de manera especial, una familia, la de los Neleidas, originarios de Mesenia y descendientes de Néstor. Desde finales del siglo x, los jonios están sólidamente establecidos en 12 ciuda-



MAPA 6. Expansión griega en el Archipiélago y en Anatolia

des, que más tarde integrarán la dodecápolis jónica: 10 en el continente (Mileto, Mius, Priene, Éfeso, Colofón, Lébedos, Teos, Clazomenes, Eritra, Focea) y 2 en las grandes islas vecinas (Quíos y Samos).

El orgullo de los colonos implantados a viva fuerza en las costas de Asia resuena todavía en un poema de Mimnermo: «Nosotros somos quienes abandonamos la escarpada Pilos, la ciudad de Neleo, y en nuestras embarcaciones llegamos a la encantadora Asia; con una indomable fuerza nos instalamos en la acogedora Colofón, precursores de la impetuosa violencia, y desde allí, con la ayuda de los dioses, nos apoderamos de la eolia Esmirna» (fragmento 9).

Por muy grande que fuere la diversidad de origen de los inmigrantes, la civilización que desarrollaron fue relativamente unitaria: com-

partían numerosas costumbres religiosas, de manera especial la fiesta de las Apaturias, durante la cual, en la mayoría de ciudades jónicas, lo mismo que en Atenas, se celebraba la admisión de los jóvenes en la fratría.

El Norte de la costa anatolia y las islas vecinas, Ténedos y Lesbos, formaban la Eólida, colonizada por eolios procedentes de Tesalia y de Beocia. Según opinión de Herodoto, estaba integrada por tres grupos de ciudades: al sur, las 12 ciudades de los «viejos eolios», la más importante de las cuales era Cime; las ciudades insulares de Ténedos y de Lesbos —la principal ciudad de Lesbos era Mitilene—; las ciudades de la Tróade, de fundación más tardía y de las que tan sólo Asos es digna de mención.

Al sur de la Jonia, la Dórida asiática aportaba esencialmente una hexápolis: las tres ciudades de Rodas —Lindos, Ialisos y Camiros—, la isla de Cos y las dos ciudades de Cnido y Halicarnaso en el continente.

Estas grandes migraciones reforzaron también la población de las islas del mar Egeo. Los jonios colonizaron las Cícladas del Norte, frente a Eubea y el Ática: Ceos, Citnos, Serifos, Sifnos, Andros, Tenos, Naxos, Paros, Amorgos... Estas islas trazan una especie de círculo —y de ahí su nombre— en torno a Delos, donde Apolo, en calidad de señor, se instala hacia el año 1000 y que les sirve de santuario común. Los dorios ocuparon las Cícladas del Sur y las Esporadas meridionales (Melos, Tera, Anafe, Astipalea, Calimna, Cos, Nisiros, Teyos, Rodas, Cárpatos, Casos) y más tarde Citera y Creta.

De esta manera se perfilan tres grandes franjas, en cierta forma paralelas, que, desde Grecia hasta Anatolia, pasando por el mundo insular, correspondían a las tres razas de eolios, jonios y dorios. Una gran parte de la historia posterior de Grecia se explica por este poblamiento, que hizo del mar Egeo un mar griego. De manera especial, comprobaremos que el renacimiento más notorio del helenismo, que comienza a partir del siglo IX, se debió, sobre todo, a la influencia del Oriente, facilitada por la instalación de los griegos en el Asia Menor.

El Geométrico (hacia 900-750): el resurgir del Arte

Una evolución interna transforma, hacia el 900, el arte cerámico: el tránsito del Protogeométrico al Geométrico. También en Atenas, en la necrópolis del Cerámico, vecina a la puerta Dípilon, se encontraron los más bellos ejemplares (fig. 17 y láms. 7 y 8). La ornamentación es más variada: a los motivos geométricos ya en uso se añaden el meandro y la cruz gamada; luego aparecen animales y hombres —pero no

vegetales—. Los personajes, que se representan siempre desnudos, son muy estilizados: la cabeza es un círculo; el busto, un triángulo; las piernas, unos palotes. En los vasos más grandes, colocados en las tumbas a manera de estela, vemos complicadas escenas: exposiciones fúnebres o entierros, desfiles de carros o de guerreros, coros de danza, embarcaciones, combates navales. Estas grandiosas composiciones, en las que se combina el buen gusto de la narración con un sentido muy intelectual y esquematizado de la belleza, son testimonio de la riqueza de Atenas y de la existencia de una gran aristocracia, cuya vida se evoca.

FIG. 17. Píxide geométrica de Atenas, siglo VIII. Berlín, Staatliche Museen

Las otras comarcas del mundo griego son también protagonistas del desarrollo del Geométrico. En Beocia existe un estilo local bastante primitivo —que se ha calificado de campesino—, pero que pronto experimentó la influencia del arte ático. En las Cícladas, en Tera, la decoración sigue siendo estrictamente lineal —círculos, meandros y triángulos— y desconoce la representación humana: las grandes ánforas son modelos de una decoración sobria, cuyo único objetivo es el de hacer resaltar la forma y el contorno de la vasija.

Entre 850 y 750 aparecen también los primeros templos. Estos ensayos arquitectónicos todavía son muy elementales. En Peracora, cerca de Corinto, el templo de Hera Acraya tiene un plano «en horquilla», forma que se encuentra en un modelo de terracota desenterrado en el mismo santuario. Pero ya se desarrolla la planta que va a imponerse, la de un edificio rectangular, con un techo de doble vertiente,

provisto en la parte anterior de un pórtico: lo encontramos especialmente en un exvoto del Heraion de Argos, que representa un templo cuadrangular, con techo de doble vertiente, precedido por un pórtico de techo plano, que aún no está bien incorporado al resto del edificio, exvoto que pertenece a finales del período geométrico. En muchos otros yacimientos, los santuarios no presentan aún templos: así, Artemis Ortia es venerada en Esparta en un recinto a cielo abierto que contiene sólo un altar.

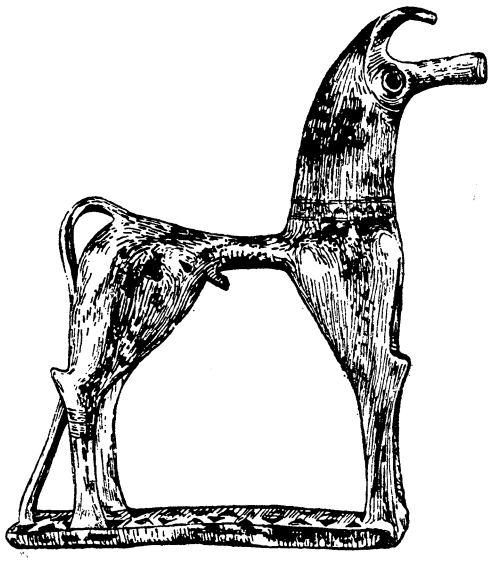


FIG. 18. Caballo geométrico de bronce, hacia el 750. Berlín, Staatliche Museen

No es menos humilde el resurgir de la escultura. En Creta, patria de Dédalo y de los Dedálidas —a los cuales atribuían los griegos las primeras creaciones de la plástica—, se descubrió, en la cueva del Ida, una serie de «escudos» —en realidad, tímpanos rituales de un culto de Curetes— que se escalonan de los siglos IX al VII: revelan claros recuerdos micénicos o influencias orientales, especialmente asirias. El trabajo del marfil aparece en época más tardía, no anterior al siglo VII, en las Artemisia de Esparta o de Éfeso. Señalemos, finalmente, desde el siglo VIII, algunos bronces geométricos (fig. 18 y lám. 8): animales, hombres —entre los cuales predominan los guerreros— y sólo algunas mujeres. En resumen, muy poca cosa. El arte de la época geométrica —salvo, quizás, en el dominio de la cerámica— se halla en sus balbuceos, mientras que la literatura produce ya admirables obras maestras.

La epopeya jónica: Homero

La epopeya aquea había seguido propagándose a pesar de las invasiones. Se iba enriqueciendo con nuevos episodios, según el grado de la fantasía de los aedas, llamados también *rapsodas* —es decir, «zurcidores», porque combinaban diversos fragmentos originariamente independientes, según los caprichos de sus recitadores—. El final de las «edades sombrías» asistió a un florecimiento del genio poético: los viejos poemas épicos fueron proseguidos y desarrollados con un nuevo espíritu y en una nueva lengua. De entre todos los poetas que dieron entonces forma moderna a la materia tradicional sólo nos queda el nombre de Homero, a quien los antiguos consideraban unánimemente como el autor de la *Ilíada* y de la *Odisea*.

Desde el siglo XVIII, la «cuestión homérica» mantiene dividido al mundo científico. ¿Son realmente obra de un solo poeta las dos epopeyas? ¿Tiene cada una de ellas una unidad interna, o están constituidas por piezas y fragmentos de inspiración y época diferentes? La crítica actual tiende a una solución moderada de estos dos problemas. No es posible sostener que las dos epopeyas hayan sido compuestas por un mismo hombre. Difieren en el vocabulario, en el estilo, en las realidades que pintan: tomando un solo ejemplo entre muchos, digamos que el poeta de la *Ilíada* ignora muy a menudo el hierro, y que el de la *Odisea* lo menciona con frecuencia. Todas estas divergencias no pueden explicarse sólo por la diferencia de los temas y de la inspiración, poesía histórica de una parte, folklore y hechicería de otra. Es de opinión general que entrañan una diferencia de fecha, ya que la *Ilíada* es anterior a la *Odisea*. Pero al intentar sustituir esta cronología relativa por una cronología absoluta, se tropieza con tales dificultades, que no es posible llegar a un acuerdo entre los especialistas. Gustosamente admitiríamos un intervalo de unos cincuenta años entre los dos textos, con lo cual la composición de la *Ilíada* se situaría a finales del siglo IX, y la de la *Odisea*, a mitad del VIII.

¿Qué hemos de pensar de cada uno de los poemas tomados por separado? Es evidente su unidad interna. La *Ilíada* se nos muestra como una admirable máquina, montada alrededor del tema de la cólera de Aquiles: el dolor que causa a Aquiles ver cómo Agamenón rapta a su cautiva Briseida, le impulsa a retirarse a su tienda. A partir de este momento, los aqueos sufren derrota tras derrota; pero el retorno de Aquiles al combate, después de la muerte de su íntimo amigo Patroclo, da un vuelco a la suerte de las armas. Evidentemente, la *Odisea* es más compleja, pero se distinguen en ella tres grandes núcleos de interés, los cuales, por otra parte, están hábilmente unidos entre sí: el viaje de Telémaco, las aventuras de Ulises, la muerte de los pretendientes. Ambos poemas revelan la maestría de un poeta genial; dominando a la perfección la rica materia épica heredada del pasado, la ordena en un conjunto que, a pesar de muchas contradicciones inevitables en una

poesía oral, satisface plenamente al espíritu. En un texto tan fluido, si la palabra composición tiene un sentido, indica el esfuerzo realizado para cantar una historia que tuvo un comienzo, unas peripecias y un final.

Entre los innumerables rapsodas que, aprovechándose de los cantares creados en el transcurso de cuatro siglos, por lo menos, sobre el tema de la guerra de Troya y los regresos, podemos dar el nombre de Homero a los dos poetas que transformaron el cambiante hábito de Arlequín en un manto deslumbrador, el mosaico abigarrado, en una obra de arte.

La lengua de las epopeyas «homéricas» es una mescolanza única de formas dialectales tomadas básicamente del jónico, pero también del eólico y del arcadio. Es cierto que fueron «compuestas» en el mundo jónico, donde tantos inmigrantes, expulsados de su patria por las invasiones dóricas, deseaban oír cantar las gloriosas hazañas del pasado de los aqueos. Al parecer, podemos aventurarnos incluso a precisar más: la *Ilíada* sería la obra de un poeta de la costa anatólica; la *Odisea,* de un poeta insular. Así, la *Odisea,* aunque sea posterior a la *Ilíada,* puede no aludir a ella en ningún momento y parece ignorarla por completo. Pero las formas extrañas e irreductibles al jónico mantienen el recuerdo de las epopeyas primitivas (el eolio y el arcadio surgieron directamente de los dialectos hablados durante el segundo milenio: en la Grecia Septentrional, el primero; en la Meridional, el segundo).

La larga historia de las epopeyas homéricas prosigue después de «Homero». Se transmiten oralmente hasta el siglo VI, durante el cual, sobre todo en Atenas, con los Pisistrátidas, quedarán definitivamente fijadas por medio de la escritura. Numerosas interpolaciones alargaron el texto homérico, que, con frecuencia, era sólo una amalgama de fragmentos anteriores; muy difícil resulta la tarea del historiador deseoso de distinguir las sucesivas estratificaciones.

Por su parte, los griegos permanecieron insensibles a todo cuanto la erudición moderna denuncia como heteróclito en la *Ilíada* y la *Odisea.* Textos fundamentales en los que el niño aprendía a leer y el adolescente a pensar, se convirtieron en una inagotable reserva de mitos, una fuente inextinguible de belleza. No existe libro alguno, exceptuando la Biblia, que haya modelado en tal medida los espíritus y las almas.

Un campesino-poeta: Hesiodo

Poco después de la «composición» de las epopeyas homéricas, quizás hacia mediados del siglo VIII, nacía en Ascra (Beocia) un gran poeta: Hesiodo, al cual considera Herodoto contemporáneo de Homero. Era un campesino que roturaba laboriosamente un pequeño terreno en la vertiente sur del Helicón, cerca del santuario de las Musas. Por su

parte, Hesiodo atribuía a las Musas del Helicón la inspiración que trocó al rudo campesino en un poeta: «Ellas le enseñaron un hermoso canto, mientras se dedicaba a apacentar sus corderos al pie del divino Helicón» (*Teogonía*, 22-23).

Del conjunto de su obra subsisten, como núcleo principal, la *Teogonía* y los *Trabajos*. La *Teogonía* es una extensa composición que canta las generaciones de los dioses a partir de «la Tierra, la de anchos costados», inspirándose a veces en cosmogonías orientales. Puede esquematizarse en un inmenso árbol que muestra las relaciones genealógicas de los inmortales, con lo cual atestigua un esfuerzo tendente a racionalizar el mundo divino mediante el establecimiento de una jerarquía entre las múltiples divinidades heredadas de un remoto pasado. Desde el punto de vista de la historia de las religiones, este esfuerzo es absurdo. Veamos un ejemplo entre mil: Hesiodo asigna a Hera tres hijos: Hebe, que es una abstracción; Ares, un tracio introducido tardíamente en el panteón griego, e Ilitía, una vieja diosa prehelénica del parto. Pero esto interesaba poco a los contemporáneos de Hesiodo, que sentían la intensa necesidad de ver a sus innumerables dioses sintetizados en un conjunto de apariencia racional. La influencia de Hesiodo fue determinante, más que por el hecho de haber sido el primero en comprometerse en este camino, porque la belleza y la coherencia de la *Teogonía* hicieron de ella una base segura y respetada por cuantos se preocupaban de los mitos divinos.

Los trabajos y los días nos devuelven de nuevo al mundo de los hombres. Se trata de una larga reflexión que Hesiodo dirige a su hermano Perses, a fin de incitarlo a la práctica de la justicia y del trabajo. Por ser aún la agricultura la actividad primordial, la mayor parte del poema está consagrada a los trabajos del campo, enumerados de acuerdo con el ciclo de las estaciones, desde las siembras hasta la vendimia; pero tampoco se descuida la navegación, otra fuente de riqueza. La obra se cierra con unos consejos morales y un calendario de los días fastos y nefastos. Hesiodo no es un agrónomo que escribe un manual de agricultura; estamos ante un campesino que habla a otros campesinos para interesarlos en su disputa con su hermano, y que evoca ante ellos unos temas que conocen tan bien como él. Por eso su enseñanza raras veces es precisa, salvo cuando trata el problema de los instrumentos agrícolas.

No obstante, los *Trabajos* proporcionan un testimonio importantísimo acerca de la vida en el campo: nos pinta a los grandes propietarios —los «reyes», como dice el poeta—, cuyo corazón rebosa inmoderación y que se ensañan con las gentes humildes, al igual que los gavilanes con los ruiseñores; se dejan entrever los trabajadores del campo y los esclavos. Sin embargo, el personaje que más interesa a Hesiodo es el pequeño propietario. Su vida es dura, sometida a la ley del trabajo sin descanso; él mismo se fabrica su arado, sus vestidos de piel de cabra, su calzado; vive con la perpetua obsesión de que puede

morir de hambre durante el invierno, cuya rudeza está descrita de forma sobrecogedora; debe pensar exclusivamente en el trabajo, a fin de arrancar a una tierra bastante ingrata los recursos para subvenir a sus necesidades; todo esparcimiento le está prohibido, incluso una simple visita a la ciudad vecina, donde corre el riesgo de perder su tiempo. No existe evocación más vigorosa del mundo de los humildes, evocación que tan raramente vemos en las epopeyas homéricas.

Las nuevas formas religiosas

Los textos literarios del período geométrico atestiguan la importancia de los factores religiosos. Homero presenta dos sociedades paralelas, la de los dioses y la de los hombres, cuyas interferencias son constantes. La *Teogonía* nos proporciona una metódica exposición de las genealogías divinas, y los *Trabajos* nos permiten evocar la religión de un campesino beocio supersticioso, que no sembrará sin haber invocado antes a «Zeus Infernal y a la pura Deméter» (verso 465), y que tendrá mucho cuidado en casarse el cuarto día del mes «después de haber consultado a los pájaros más idóneos para aconsejarle» (verso 801).

La vida religiosa experimentó una profunda renovación después del período micénico. Ante todo, porque los dorios reforzaron la importancia de los dioses en relación con las diosas (pág. 87). En segundo lugar, porque el naciente racionalismo procura poner orden en un confuso panteón, no sólo reuniendo unas divinidades con otras, sino, además, disminuyendo el número de los dioses. Los más importantes engloban, en su avasalladora personalidad, a dioses secundarios o héroes, que así se convierten en simples epiclesis divinos: tal es el caso de Zeus Agamenón o Anfiaraos, de Artemis Ifigenia o de Poseidón Erecteo. Finalmente, y de manera muy especial, porque nuevas divinidades, originarias de Oriente, se introdujeron en el mundo griego, fenómeno facilitado por la ocupación griega de la franja costera de Anatolia y de las islas del Mediterráneo oriental, especialmente Chipre, con lo cual se tendía un puente entre Asia y la Grecia europea.

El ejemplo más típico lo constituye, sin duda, el de la tríada de los Letoidas. Leto es una licia —su nombre ha sido relacionado con el licio *lada*, la señora—; Artemis tiene su correspondencia exacta en la Artimuš de las inscripciones lidias; Apolo —armado siempre del arco, al que tan aficionados eran los asiáticos, y que, en la *Ilíada*, combate del lado de los troyanos contra los griegos— es también un asiático; más concretamente, un licio —el epíteto Lykeios, licio, quedó ligado a él—. Los griegos adoptaron a los tres, y con ellos formaron una familia compuesta de una madre y dos hijos gemelos. Pero estos préstamos no debieron de ser simultáneos: Artemis es mencionada ya en

FIG. 19. La Gran Madre, Señora de los animales, en un vaso beocio. Atenas, Museo nacional

las tablillas micénicas, que desconocen a Leto y Apolo. Hacia el año 1000, Apolo había conquistado Delos, lugar en el que hasta entonces reinaban divinidades femeninas y del cual los griegos hicieron su lugar de nacimiento. En Homero es ya uno de los dioses fundamentales del panteón helénico. Su éxito avasallador dentro del mundo griego tal vez pueda explicarse por el paralelo que se había hecho entre este dios asiánico —bien atestiguado entre los licios, los hititas y los futuros etruscos— con un dios pastoril de los dorios, Apellon, el dios de la *apella*, es decir, del recinto para el ganado.

Afrodita, que desempeña también un papel destacado en la epopeya, podría ofrecernos otro ejemplo de una divinidad llegada de Oriente; pero es una semita. Partiendo de la costa fenicia, su migración de Este a Oeste pasa por Chipre —donde la leyenda sitúa su nacimiento— y por Citera, donde —según afirmación de Pausanias— se construyó su primer templo en tierra griega. Por otra parte, su caso registra la complejidad de estos fenómenos de importaciones divinas: a pesar de que representa exactamente a la Astarté de los fenicios, lleva un nombre que intrigaba ya a los griegos —en vano intentaban explicarlo por un juego de palabras: la que nació de la espuma, *aphros*— y que no es derivado del de Astarté; tal vez se trate de la síntesis del nombre de dos divinidades prehelénicas del mar. De hecho, las influencias orientales sólo han reforzado con frecuencia las influencias egeas, tan importantes durante el milenio anterior.

Al principio, divinidades femeninas eran veneradas en Delfos, Olimpia, Delos: la Tierra, potencia de los oráculos, en Delfos; Hera, en Olimpia; Artemis y Leto, en Delos. El cambio del centro de gravedad de la religión griega hacia el año 1000 llevó al desposeimiento de las antiguas potencias ctónicas por dioses, Apolo en los casos primero y tercero, y Zeus en el segundo. Pero esta suplantación no llegó a ser

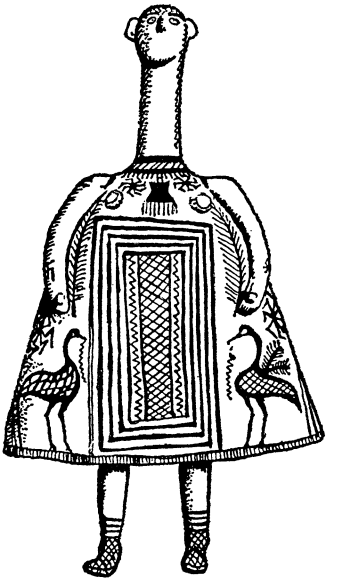


FIG. 20. La Señora de los animales. Estatuilla de terracota, de procedencia beocia del siglo VIII. Animales afrontados, palmas y discos solares decoran el vestido. Museo del Louvre

completa, y una parte de los santuarios se mantuvo consagrada a sus antiguas señoras divinas (figs. 19 y 20). En Delfos, la Tierra y las Musas conservan un *témenos*, vecino de la roca de la Sibila, que tal vez fue la primera morada de la mántica. En Olimpia, todo el norte del Altis estaba dedicado a diosas: principalmente Hera, que tuvo allí un templo desde el siglos VIII, dos siglos y medio antes que Zeus; Deméter Camine, honrada en el estadio vecino; más tarde, Cibeles. En Delos, Artemis conserva su propio *hierón* en el interior del *hierón* de su her-

mano, mientras que su madre era adorada en el Letoon, situado muy cerca.

Invención de la escritura

El alfabeto silábico aqueo había desaparecido entre las ruinas de la invasión dórica. Siglos más tarde, una nueva escritura hacía su aparición en el mundo griego. Se trataba de un alfabeto de 24 signos, derivado de la escritura fenicia. La derivación no puede ponerse en duda, tanto por la forma de las letras como por el orden en que se presentan, idéntico en ambos sistemas. Los propios griegos tenían conciencia de ello: Herodoto (5, 58) afirma que «los fenicios llegados con Cadmos introdujeron entre los griegos muchos conocimientos, entre otros, el de las letras, que los griegos, en mi opinión, no poseían con anterioridad; las dieron a conocer bajo el nombre de *phoinikeia* (signos fenicios)». Mas para este préstamo se requirieron sutiles adaptaciones: el alfabeto fenicio anota sólo las consonantes. Ahora bien, si es posible escribir sin vocales una lengua semítica gracias a la importancia que tienen las consonantes en la raíz, no hay que pensar en hacer lo mismo con una lengua indoeuropea como el griego: a causa de la gran libertad de la construcción, una frase es comprensible sólo en caso de que se puedan leer las desinencias vocálicas. Los griegos aprovecharon el hecho de que el fenicio es rico en consonantes —especialmente en guturales y sibilantes—, desconocidas en griego: utilizaron los signos inútiles, que servían de esta forma para señalar las aspiradas, que el fenicio no posee, y, sobre todo, las vocales (fig. 21).

Este hecho supone un considerable progreso —por primera vez, los sonidos estaban descompuestos por completo en consonantes y vocales— y de grandes consecuencias, ya que el alfabeto latino, como casi todos los alfabetos modernos de Europa, derivan del griego. En este ejemplo concreto se puede captar a lo vivo el mecanismo de las creaciones del helenismo, que supo tomar prestado de los fenicios —sus grandes rivales en el comercio de aquel entonces— este incomparable medio que es la escritura, aunque le dieron su pleno valor y su cabal desarrollo.

Descendiendo al detalle, el alfabeto griego se presenta bajo muchas formas bastante diferentes, que se caracterizan por la ausencia o presencia de los signos Φ, X, Ψ y por el valor que se les atribuye. La repartición de los alfabetos no coincide con la de los dialectos y es puramente topográfica. Se distinguen tres grupos:

1. *Alfabetos arcaicos:* Tera y Melos.
2. *Alfabetos orientales:*

a) Alfabetos del Asia Menor, de las islas orientales del mar Egeo y del nordeste del Peloponeso (Argos, Corinto, Megara).

b) Alfabetos de las islas nordorientales del Egeo y del Ática.

3. *Alfabetos occidentales:* Laconia y Arcadia; Beocia y Fócida; Eubea; colonias de Occidente.

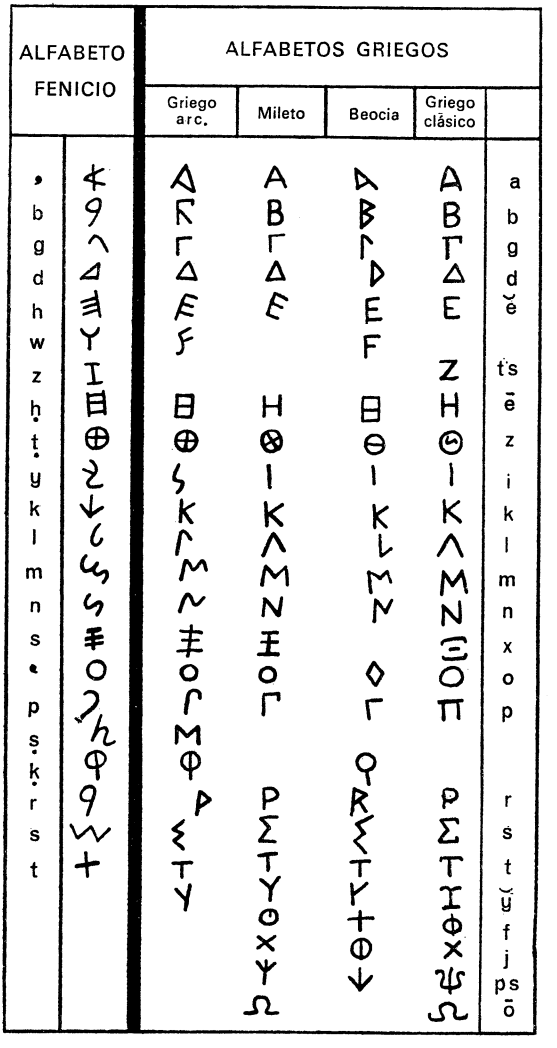


FIG. 21. El alfabeto fenicio y los alfabetos griegos *(según Ch. Higounet)*

No existe unanimidad en lo relativo a la fecha de la invención del alfabeto. Algunas tejuelas geométricas de Corinto, de los alrededores del 750, presentan ya letras muy evolucionadas; lo mismo puede

decirse de ciertos vasos geométricos áticos procedentes del Himeto, que también datan de los años 750. Habida cuenta de los inevitables tan-

Grupos	Sonidos			
	ph	kh	ps	ks
1	ΠΗ	ΚΗ	ΠΣ	ΚΣ
2, *a*	Φ	Χ o +	Ψ	Ξ
2, *b*	Φ	Χ o +	ΦΣ	ΧΣ
3	Φ	Ψ	ΠΣ o ΦΣ	Χ

teos, podríamos pensar en los alrededores del 900 para los primeros ensayos.

Nacimiento de la ciudad

Desde el punto de vista del arte, de la literatura, de la religión y de la escritura, el mundo griego de la época geométrica presenta, pues, una indiscutible unidad, pese a su diversidad geográfica. Y, en cambio, políticamente hablando, se observa un verdadero desmenuzamiento. Los reinos, relativamente extensos, de la época micénica, desaparecieron con la tempestad dórica. Asistimos a la aparición de un tipo mucho más restringido de agrupamiento humano: la ciudad *(polis)*, que será característica de la civilización griega hasta las conquistas de los reyes de Macedonia.

Como es natural por tratarse de tiempos antiguos y confusos, los orígenes de esta forma política están rodeados del mayor misterio. Ha llegado a hablarse de un determinismo geográfico: Grecia, que presenta pocas llanuras de extensión considerable, se divide en pequeños cantones, relativamente aislados unos de otros. Por otra parte, se ha sostenido que, con anterioridad a los reinos aqueos, puede considerarse que «el individualismo de las pequeñas ciudades de Grecia hunde sus raíces en los tiempos neolíticos» (Wace-Blegen, *Klio*, 1939).

No obstante, factores realmente explicativos son los de comienzos del primer milenio. Los grupos de invasores dorios eran independientes

unos de otros y formaron una comunidad en todos los lugares en que se detuvieron; lo mismo sucedía con los inmigrantes griegos que poblaron la costa asiática. El elemento militar debió de desempeñar, al principio, un papel preponderante: la misma palabra *polis* designaba originariamente una ciudadela, antes de adquirir su sentido posterior de ciudad-Estado; principalmente entre los dorios, los primeros dirigentes fueron los jefes de las bandas armadas. Poco a poco se impusieron otros factores: los primeros establecimientos fueron, evidentemente, aldeas; después, en muchos casos privilegiados, tales como los de Esparta y Atenas, vemos que aldeas vecinas forman una ciudad, por un fenómeno que los griegos denominaban *sinesismo* (habitación común); por consiguiente, el poblado engendra la ciudad, o sea, una organización política común.

En tales creaciones se adivina la importancia de los elementos espirituales, tales como el sentimiento de la comunidad de origen y de la pertenencia a una misma raza y, sobre todo, la existencia de cultos comunes, que podían proporcionar una sólida base religiosa a los primeros estados embrionarios. Pero la mera vecindad crea también ciertos lazos: los habitantes se encuentran en un mercado único *(ágora)* para realizar intercambios aún rudimentarios, y asistimos a la aparición de agrupaciones profesionales cuyo recuerdo, según algunos, habrían conservado de una manera especial las tribus jónicas.

Todas estas razones simultáneas debieron de favorecer agrupamientos más amplios que las familias y que las aldeas, las cuales, según la famosa teoría de Aristóteles en la *Política,* fueron el origen de las ciudades. Nunca se insistirá demasiado sobre la importancia histórica de este fenómeno: las agrupaciones así constituidas se mantendrán idénticas en su conjunto hasta que Grecia pierde su independencia. Reúnen un número limitado de ciudadanos que, normalmente, pueden participar en la administración de los asuntos públicos. Pero el número de ciudades era excesivamente elevado, y entre ellas debían de producirse choques inevitables: toda la historia de la Grecia arcaica y clásica, que es la de hermanos enemistados, se halla en germen desde esta época.

Las mismas dificultades se presentan a la hora de fechar la aparición de las *poleis.* Sin embargo, observamos que si la *Ilíada* no ofrece vestigio alguno de semejante organización política, la *Odisea* ya la conoce. Por otra parte, la expansión comercial, que se inicia hacia 775 y que desembocará en la creación de nuevas *poleis,* presupone, sin duda, que las metrópolis ya estaban políticamente organizadas. Finalmente, un texto fundamental como la *Gran Rhetra* de Esparta (página 169) —que, al parecer, pertenece a la primera mitad del siglo VIII—, ofrece todos los resortes de una ciudad ya constituida, con sus reyes, su consejo, su asamblea del pueblo. Si fechamos hacia el año 800 la creación del sistema de las ciudades, el margen de error será pequeño.

El nacimiento de las ciudades redujo la importancia de los clanes *(gene)* en que estaban subdivididas las tribus. Un fenómeno concomitante actuó en el mismo sentido: la evolución de la propiedad rústica, única fuente de riqueza en aquel entonces. En todos los sitios a los que habían llegado las invasiones, es decir, casi en toda Grecia, las *gene* se apropiaron definitivamente del suelo. Mas, pronto se produjo un doble movimiento: de una parte se introdujo la propiedad individual, al principio para los bienes muebles y para las casas, y luego para las tierras lindantes (la *eskhatie* de Homero), que revalorizaban hombres enérgicos. De otra parte, el *genos* tendió a fraccionarse en familias (en el sentido estricto del vocablo), entre las cuales fueron

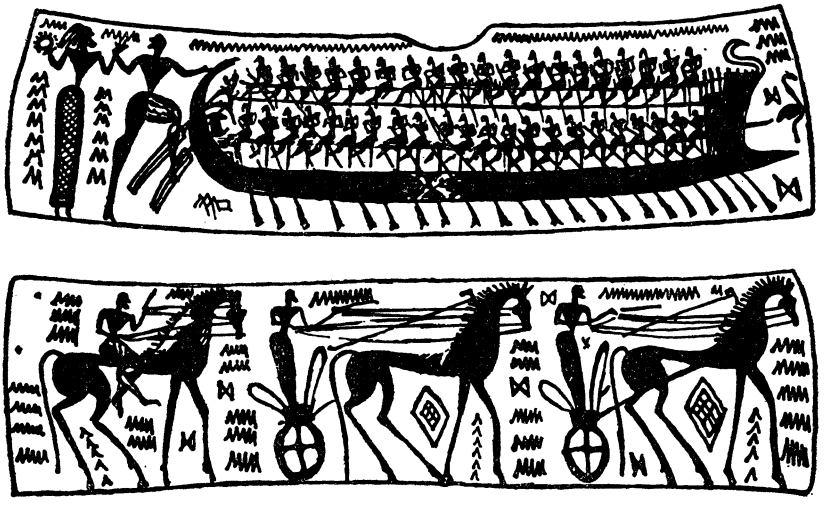


FIG. 22. Dos decoraciones de vasijas geométricas áticas del Dípilon: *arriba*, embarcación; *abajo*, jinete y carros

Dos aspectos complementarios de las *poleis* geométricas: los inicios del comercio marítimo; una aristocracia poderosa, que en sentido propio es una caballería

divididos los dominios. Desde los tiempos de Hesiodo, la propiedad colectiva del *genos* desapareció ante la propiedad familiar, que se repartía igualmente entre los hijos en cada herencia y que ya se revela cesible en un famoso texto de *Los trabajos y los dias*. Y, así, al final de la época geométrica, reina una gran desigualdad entre las familias, desigualdad que es el resultado no sólo de la disparidad de los lotes que los jefes de los clanes se habían apropiado en un principio, de acuerdo con su poder y su combatividad, sino también de las iniciativas individuales y del nuevo juego de mecanismos socioeconómicos.

* * *

De esta forma, en los años 750, cuando acaba la época geométrica, hace tiempo que se han superado las «edades sombrías». Han aparecido un arte y una literatura, que no hacen caso omiso del pasado micénico; la religión está definitivamente constituida y racionalizada;

se ha creado un instrumento incomparable tanto para el comercio como para la vida del espíritu: la escritura. El desorden que siguió a las invasiones y a las migraciones fue sustituido por la organización constitucional de las *poleis* (fig. 22). Buena parte de este progreso fue posible sólo gracias a la reanudación del comercio a través del mar Egeo. En la *Odisea* se manifiestan unos intermediarios muy activos. A partir del 850, aparecen en Creta, en Esparta y en Atenas objetos de arte fenicios o sirios, y marfiles anatolios en Corinto. Un rico tesoro de bisutería oriental, descubierto en Egina, muestra claramente la importancia del tráfico fenicio con Grecia hacia el 800, en un centro privilegiado.

Pero se trata sólo de los comienzos de un movimiento que irá aumentando en el período siguiente. La intensificación de los intercambios, el desarrollo de un comercio verdaderamente helénico, traerá como consecuencia contactos más prolongados con el Oriente, lo cual dará origen a un nuevo progreso, iniciado en los años 750, con la época arcaica propiamente dicha.

capítulo II

Evolución de las ciudades

Había reinado tal confusión durante las «edades sombrías», que los griegos habían olvidado incluso el nombre con el que eran designados. En el siglo VII asistimos a la aparición de un nuevo vocablo, que se aplica a todos los griegos, sin distinción de etnias: el de helenos. Las primeras manifestaciones las encontramos en Arquíloco, el cual habla de panhelenos (todos los griegos), y en una interpolación de la *Ilíada*, que debe de ser contemporánea; por otra parte, desde finales del siglo VII se mencionan en Olimpia los Helanódices (jueces de los griegos).

Este nombre es antiguo, puesto que consta ya en una parte primitiva de la *Ilíada*, si bien referido a los habitantes de una pequeña región de Tesalia, vecino de la Acaya Ftiótida, que se encontraba bajo la dependencia de Aquiles.

En un texto bastante reciente de la Telemaquia (*Odisea*, 15, 9-42), la Hélade designa probablemente el norte del Peloponeso, lo que será más tarde la Acaya; este cambio de un sentido a otro podría explicarse por las migraciones de aqueos procedentes de la Acaya Ftiótida al Peloponeso Septentrional.

Más tarde se encuentra el nombre de Hélade en la curiosa expresión Magna Hélade (la Magna Grecia de los romanos), es decir, la parte sur de Italia donde se habían instalado tantas prósperas colonias griegas, especialmente aqueas (acerca del posible doble sentido de esta palabra, véase pág. 193). Los indígenas del país vecino que no distinguían bien las diferentes razas, habrían denominado helenos no sólo a los colonos aqueos, sino a todos los griegos de Italia. Y los mismos griegos habrían aceptado esta designación, que aplicaron a los griegos de Grecia y de Anatolia. Ésta

sería la complicada historia de un nombre que el azar de las migraciones habría ido extendiendo desde la limitadísima área que tenía al principio, hasta todos aquellos que, siguiendo el ejemplo de los romanos, nosotros llamamos griegos.

Otro indicio de esta conciencia de la unidad helénica, aparecido en Grecia desde principios del arcaísmo: la creación, a finales del siglo VIII, de ese árbol genealógico (página 177) que atribuye a Heleno tres hijos: Doros, Eolos y Xutos, este último, padre de Aqueo y de Ion. Dorios, eolios, aqueos y jonios se sienten hermanos y traducen esta realidad en la ficción de un antepasado común.

De hecho, la unidad del helenismo arcaico es una realidad, y, sin pecar de arbitrarios, podemos intentar distinguir sus rasgos esenciales, desde el doble punto de vista de la evolución de las ciudades y de las creaciones espirituales. Sin embargo, encierra una diversidad fundamental, motivada por la diversidad de población y por la instalación geográfica de las conquistas, por lo cual deberemos estudiar las distintas formas locales que revistió.

1. DE LA MONARQUÍA A LA ARISTOCRACIA

La monarquía

Parece ser que la primera forma de gobierno fue en todas partes la monarquía. El rey *(basileus)* dirigía la ciudad, conducía el ejército, juzgaba en materia civil (la justicia criminal estaba reservada, al parecer, a la venganza de los clanes), ofrecía los sacrificios públicos. Su autoridad se basa, a la vez, en la nobleza de sus orígenes, siempre considerados divinos, y en la riqueza que saca de la explotación de sus propios dominios y del *témenos*, recibido de la comunidad a título de donación. Pero su poder dista mucho de ser absoluto: está asistido por un consejo, integrado por los jefes de las familias nobles, con el cual está obligado a transigir. Si, en la *Ilíada*, el rey se parece mucho al *wanax* de la época micénica, la realeza de la *Odisea* da ya la impresión de que se trata de una institución nueva, cuya misión es la de moderar la presencia de una poderosa aristocracia.

Estos nobles son, en esencia, grandes terratenientes que acapararon los campos más fértiles. Su condición social y moral se halla tan próxima a la del rey, que Hesiodo puede llamarles reyes. Critica el orgullo insolente y la rapacidad de estos «reyes devoradores de regalos» (*Trabajos*, 264), que se proclaman a sí mismos los mejores *(aristoi)*.

En un nivel inferior se encuentran los plebeyos, la mayoría de los cuales se dedican a la agricultura. Son pequeños propietarios, que a duras penas se ganan la vida cultivando sus tierras, u obreros agrícolas *(thetes)*, que trabajan al servicio del rey o de los grandes. Junto a los campesinos, los demiurgos —literalmente, los que trabajan para el pueblo— tienen una importancia muy secundaria: dejando aparte los heraldos, adivinos, aedas y médicos —que, según el testimonio de

la *Odisea*, disfrutan de cierta consideración— son, en su mayoría, artesanos cuya existencia es tanto más miserable por cuanto cada familia procura producir por sí misma cuantos objetos manufacturados necesita.

La economía se mantiene, pues, rudimentaria, reducida casi exclusivamente a la agricultura —cultivos arbustivos y, esencialmente, cereales— y a la cría de ganado mayor y menor. El comercio tiene forzosamente muchas limitaciones, ya que la base es el trueque, dada la inexistencia de la moneda. Al principio se trata de un comercio local, que permite el intercambio de productos de consumo en el mercado de la ciudad. No obstante, el gran comercio mediterráneo se reanudó a finales de las «edades sombrías», pese a la muy difícil competencia de los fenicios, y a menudo no se distingue claramente de la simple piratería. Hesiodo aconseja al pequeño campesino cuya tierra no le resulta suficiente, que dirija sus miras al mar.

El régimen aristocrático

Luego, una progresiva evolución, en la mayoría de las ciudades, pone fin a la monarquía que cede su sitio a la aristocracia. Al parecer, este movimiento se inició en Jonia, desde principios del siglo VIII. La oligarquía se apodera del gobierno. Pero las violencias no fueron frecuentes: los reyes tuvieron que ceder ante la presión de los aristócratas, algunas veces después de un período de transición durante el cual la monarquía se hizo electiva o se vio limitada en su duración. Por otra parte, el título de rey subsiste a menudo para designar una magistratura (Argos, Atenas, Corinto) o un sacerdocio (Éfeso, Mileto). En adelante, la realeza sólo existe en los márgenes del helenismo, en regiones en las cuales el sistema de las ciudades no se había desarrollado (Macedonia, Epiro) o en ciudades muy tradicionalistas (Esparta y Tera y sus colonias, especialmente Tarento y Cirene).

El órgano esencial del gobierno aristocrático es el consejo *(bulé* o *gerusia)*, continuación del consejo del rey de la época precedente. Está compuesto por miembros designados, generalmente con carácter vitalicio, según sistemas que varían en cada ciudad: consejeros elegidos en Esparta, jefes de una gran familia en Corinto, antiguos magistrados que habían cesado en su cargo en Atenas. Él es quien realmente dirige la ciudad, vigilando y, a menudo, nombrando los magistrados y administrando justicia. Los magistrados, emanación directa del consejo, llevan diferentes títulos: arcontes (Atenas, Beocia), éforos (Esparta), prítanos (Mileto)... Pero casi en todas partes forman un colegio y cambian cada año, lo cual descarta el riesgo de que un hombre de extraordinarias condiciones se haga con el poder personal.

El papel de la asamblea del pueblo es muy borroso. Con frecuencia es muy reducido, ya que los ciudadanos activos jamás forman el conjunto de la población. En algunas ciudades tiene el derecho de elegir a los magistrados; en todas partes le es sometida la aprobación de las decisiones importantes, pero no hace más que ratificar lo que se le propone, ya que sus intereses no difieren de los de sus dirigentes, sobre

todo en las ciudades dóricas, donde deben unirse para oprimir a las poblaciones anteriores reducidas a la esclavitud.

Se puede, pues, hablar de oligarquía en un doble sentido: en primer lugar, porque el *demos* comprende sólo un número restringido de privilegiados, y, en segundo, porque todo el poder efectivo está concentrado en manos de un grupo selecto aún más limitado.

El poderío de esta aristocracia se basa, ante todo, en el prestigio de su origen, que se considera divino, aunque también en una considerable riqueza, que fundamentalmente es de bienes raíces: los nobles son grandes propietarios y grandes ganaderos, sobre todo de caballos. Los títulos con que se les designa en ciertas ciudades son muy carac-

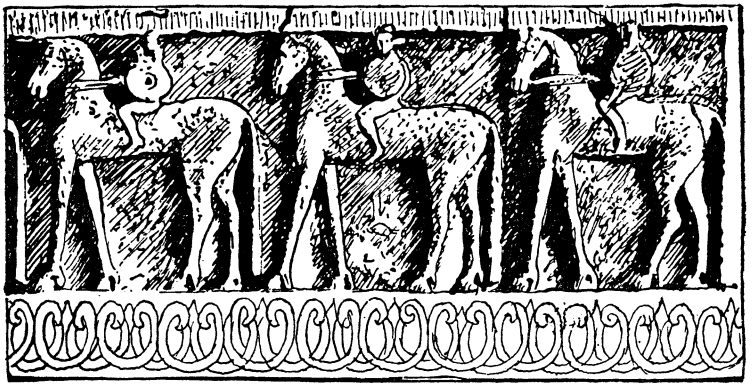


FIG. 23. Friso del templo de Prinias (Creta): procesión de jinetes doríforos. Hacia el 625

terísticos de esta situación real: *gamores* (los que se reparten la tierra), en Siracusa; *hippobotes* (criadores de caballos), en Eubea. Sus nombres propios derivan con mucha frecuencia de *hippos* (caballo). Efectivamente, son los únicos que tienen propiedades lo bastante extensas y recursos suficientes para dedicarse a esta ganadería —que les permite lo mismo servir como caballeros, que participar en las carreras de Olimpia—, de la que Aristóteles dirá que se encuentra íntimamente ligada al régimen aristocrático (fig. 23).

Pero a medida que se abría el horizonte del mundo griego, los aristócratas supieron adaptarse a las nuevas condiciones. Muchos de ellos desempeñaron un importante papel en la colonización, por ejemplo, los corintios Arquias y Quersícrates, fundadores de Siracusa y de Corcira, ambos miembros de la familia dirigente de los Bacquiadas. Muchos se interesaron también por el comercio y acumularon importantes fortunas muebles. Así, Caraxos, el hermano de la poetisa Safo, trafica en Egipto, amasa dinero en cantidad suficiente para libertar

allí a la hermosa cortesana Rodopis y, a su regreso, se hace acreedor de las crueles burlas de su hermana.

Llevan una vida cómoda. Son los únicos que pueden comer todos los días hasta saciarse, y ya Hesiodo los llamaba «los gordos». Son aficionados a los festines, en los que los aedas cantan siempre las epopeyas aristocráticas de Homero y donde el vino corre a ríos. A Alceo, que pertenece a una gran familia de Mitilene, todo le sirve de pretexto para llenar su copa: «No abandonemos nuestros corazones a la calamidad; la tristeza no va a curarnos, Baco; el mejor remedio es traer vino y emborracharse» (fragmento 35). Pero también se embriagan de gloria, y nada hay más preciado para su corazón que la victoria de sus bigas o de sus corceles en el hipódromo de Olimpia.

Todo un ideal moral yace bajo su concepción de la existencia, y nadie mejor que Teognis de Megara lo expresó en las *Elegías* dirigidas a su joven amigo Cirnos. En ellas se descubre el ardiente amor por la justicia y la importancia de la amistad entre hombres de la misma casta: «Guárdate de frecuentar a los malos, aproxímate siempre a los buenos, complace a aquellos que disfrutan de gran poder, pues de las gentes virtuosas podrás aprender la virtud» (versos 30 ss.). Naturalmente, habría que matizar este cuadro: en país dórico, el acento recae sobre el equilibrio físico, el valor guerrero y la camaradería viril; en Jonia, el lujo, los placeres e incluso una cierta molicie es la característica de los poderosos: Jenófanes de Colofón los describe cuando «se presentan en el ágora, revestidos de púrpura, en número superior a los mil, jactanciosos, orgullosos de su graciosa cabellera, untados con finos perfumes» (fragmento 20). Mas por doquier el mismo orgullo les separa de los otros ciudadanos, orgullo que se ostenta hasta en los cortejos fúnebres, tal como se ve en los costados de los vasos.

2. NACIMIENTO DE UNA ECONOMÍA MERCANTIL

En el transcurso del siglo VII, una crisis, que no es local, pues afecta a la mayoría de ciudades del mundo griego, perturba el armonioso equilibrio del régimen aristocrático. En la base de todo se encuentra una revolución económica que entraña importantes transformaciones sociales.

Introducción de la moneda

Hasta el siglo VII, tanto en Grecia como en todo el Oriente, los intercambios se basaban exclusivamente en el trueque. Al parecer, entre los griegos como entre los demás pueblos indoeuropeos —latín *pecunia,*

germánico *feo* = ganado, luego dinero—, el ganado fue el primer instrumento de trueque. No serían sólo las necesidades económicas, sino las consideraciones religiosas, las que habrían contribuido a la noción de intercambio, debido a un tránsito de la idea de buey para el sacrificio, a la idea de buey-moneda. Pero el metal, en razón de su relativa inalterabilidad y de su peso limitado para un valor considerable, se utilizaba ya en Oriente en forma de lingotes marcados, especialmente en Asiria y en el imperio hitita, desde el segundo milenio.

Acerca de los orígenes de la moneda propiamente dicha, es decir, de un signo mucho más manejable que el lingote y de peso contrastado, las tradiciones referidas por los griegos son confusas y contradictorias. Generalmente existía el acuerdo de

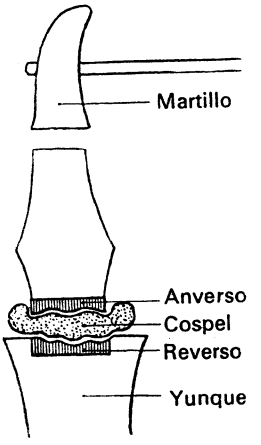


FIG. 24. La acuñación de una moneda griega *(según Ch. Seltman)*

atribuir la invención de la moneda a Giges (687-652?), rey de esta Lidia en la cual se encontraba en abundancia el electrón, aleación natural de oro y de plata, y donde corre el Pactolo, cuyo nombre ha quedado como sinónimo de riqueza. Sus sucesores, Aliato (610-561) y, sobre todo, Creso (561-546), el cual emitió estateras de oro puro y otras de plata pura, continuaron acuñando moneda en abundancia (los creseidos se acumulaban en los cofres de Creso). La invención, que puede fecharse hacia el 680, fue adoptada inmediatamente (hacia 670) por las aristocracias mercantiles de las ciudades de la costa: Mileto, Éfeso, Focea, luego Quíos y Samos, acuñaron el electrón, y pronto, por lo que se refiere a estas últimas, la plata pura (fig. 24).

Las monedas de las distintas ciudades se repartían en dos grupos, según siguieran el patrón de Mileto, es decir, el de Lidia, o el patrón de Focea, adoptado por Quíos después de una ligera reducción. Al principio llevaban una marca en hueco —de donde su nombre de monedas *incusas*—, después una marca en relieve, que generalmente es el escudo de la ciudad: el león en Mileto, el ciervo o la abeja en

Éfeso, la foca en Focea, la esfinge en Quíos, el toro en Samos... El valor relativo de los metales era el siguiente:

Oro/plata.	13 1/3 /1
Oro/electrón.	1 1/3 /1
Electrón/plata	10 /1

En la Grecia propiamente dicha, donde no había oro ni electrón, la situación era distinta. Al principio se usó como patrón el hierro en forma de asadores *(obeloi)*, y seis asadores unidos en un puñado for-

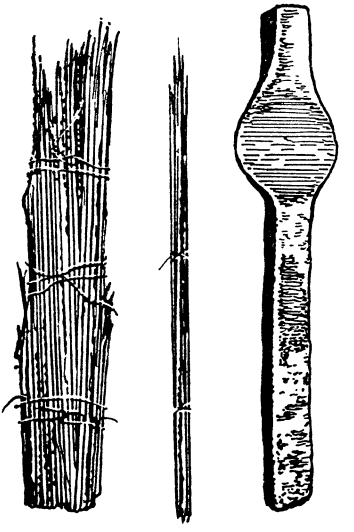


FIG. 25. Lanzaderas y lingote de hierro descubiertos en el Heraion de Argos *(según Ch. Seltman)*

maban 1 dracma. La introducción de la moneda solía atribuirse al rey de Argos Fidón, aunque no siempre se concedía crédito a esta tradición. Fidón habría ligado su nombre a una devaluación del sistema ponderal, que se situaría cerca del 630 (?). En el Heraion de Argos se han encontrado unos cuantos asadores de hierro y un patrón, que serían las nuevas medidas consagradas a la diosa protectora de la ciudad (fig. 25). Otras excavaciones, en especial las efectuadas recientemente en las tumbas de Argos, han puesto al descubierto algunos *obeloi* casi intactos, los cuales, más pesados, debían de pertenecer al sistema anterior a Fidón.

Es en Egina —gran centro comercial dependiente de Argos y donde la plata podía importarse fácilmente desde Sifnos— donde está atestiguada la primera acuñación de moneda en la Grecia propiamente

dicha: son las famosas tortugas de plata, cuyas primeras emisiones no deben ser anteriores a los últimos decenios del siglo VII —otros especialistas admiten una fecha más antigua: Seltman, 665—. Los nombres de las piezas se tomaron del antiguo sistema de los asadores: el óbolo (forma doble del *obelós*) y el dracma.

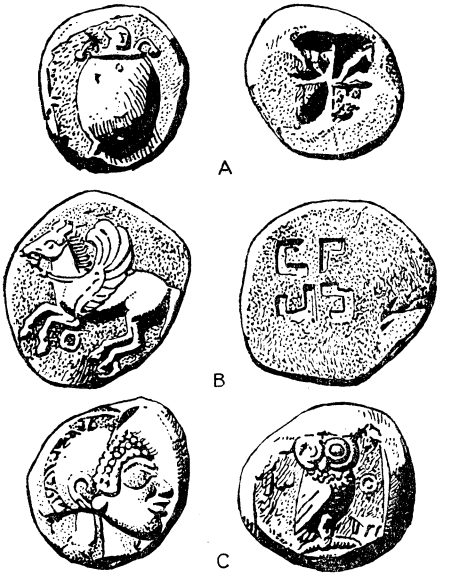


FIG. 26. Monedas griegas arcaicas. *A*. Moneda de Egina: tortuga. R/Punzón estrellado. *B*. Moneda de Corinto (en tiempos de Periandro): Pegaso. R/Svástica. *C*. Moneda de Atenas (en tiempos de Pisístrato): Atenea. R/Lechuza, ramo de olivo. Leyenda: Ate[nea]

Poco a poco, la nueva invención conquista todas las ciudades comerciales. Sólo hay un rasgo común: el monometalismo plata. Pero la multiplicidad de economías locales es muy característica del fraccionamiento político del mundo griego. En líneas generales, se pueden distinguir dos grandes patrones monetarios: el eginético y el euboico.

El primer sistema era utilizado en Egina, en el Peloponeso (salvo en Corinto), en Megara, en Atenas hasta tiempos de Solón, en Beocia y en la Grecia del Norte, en las islas del Egeo meridional, en la costa sur de Anatolia. Al segundo sistema estaban adheridas, aparte las ciudades de Eubea (Calcis, Eretria), Corinto, Atenas después de Solón, Samos, Cirene. Mientras el primero es irreductible al patrón lidio —que, con muchas variantes, era el de Lidia, de Mileto, de Éfeso y de Focea—, el segundo admitía conversiones relativamente fáciles con los sistemas orientales y eginético.

SISTEMAS DE PESOS Y MONEDAS DE LA GRECIA PROPIAMENTE DICHA

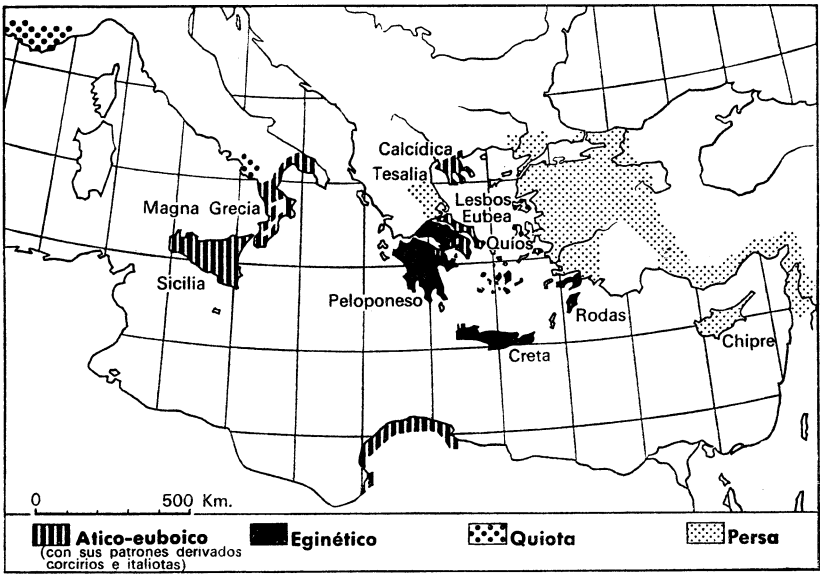
EQUIVALENCIAS	SISTEMA EGINÉTICO	SISTEMA EUBOICO
1 talento = 60 minas	37,7 kg	26,2 kg
1 mina = 50 estateras ó 100 dracmas ...	628 g	436 g
1 estatera (o didracma)	12,57 g	8,73 g
1 dracma = 6 óbolos	6,28 g	4,36 g
1 óbolo.....	1,04 g	0,73 g

Los sistemas ponderales de los griegos se inspiraron en Oriente. En Mesopotamia existía un sistema sexagesimal (1 talento = 60 minas = 3600 siclos), que se extendió mucho por todo el Medio Oriente. Los griegos idearon un sistema de compromiso, como uno que existía en Egipto, entre el sistema sexagesimal y el sistema decimal, puesto que la mina, 1/60 del talento, sólo tiene 50 siclos o estateras, o sea, 100 dracmas.

En el nuevo mundo de Occidente, la moneda se extendió con rapidez, tanto más cuanto que podían procurarse fácilmente plata en España. Coexistían muchos patrones especiales —el de Corcira (deseosa de subrayar sus distancias con su metrópoli Corinto) y el de Himera, Selinonte, Zancle y Naxos— con el patrón euboico de Corinto, que se extendió mucho gracias al importante tráfico corintio hacia Occidente (por ejemplo, hacia Tarento, Síbaris o Region) (mapa 7).

Este movimiento ganará paulatinamente, durante el siglo v, todas las ciudades griegas, y, en prueba de ello, independencia y acuñación de moneda se hallarán íntimamente ligados en la conciencia helénica. De momento quedó limitado a las ciudades mercantiles y a sus filiales. Algunas ciudades la rechazaron voluntariamente, como Creta y Esparta, que se mantuvieron fieles a su vieja e incómoda moneda de hierro. Esto se debe a que la acuñación afectaba sólo, en realidad, al comercio transmediterráneo: nació en Asia, zona de intercambios muy activos, y conquistó Egina, Corinto, Eubea, el Occidente, es decir, todas las regiones de intensa vida de relación; el caso de Atenas, que no acuñó moneda hasta principios del siglo VI, coincidiendo con los momentos en que empezó a desarrollarse su comercio, es muy significativo (fig. 26). El pequeño negocio al por menor se hallaba poco afectado por la moneda, como lo demuestra la rareza de las piezas fraccionarias.

De esta forma nació la moneda, νόμισμα —el vocablo, de aparición tardía, quizá designó el valor de la pieza, su curso, antes de de-



MAPA 7. Los sistemas monetarios del mundo griego a fines del arcaísmo (*según* Ch. Seltman)

signar la pieza misma—. Es uno de los cortes más claros en la historia del mundo antiguo, el advenimiento de una economía monetaria, que algunos, abusando de las palabras, denominan ya *capitalista:* es la crematística de los griegos, que Platón definirá como «el arte que libra de la pobreza» (Gorgias, 477 e).

CORRESPONDENCIAS ENTRE EL SISTEMA EUBOICO Y LOS OTROS SISTEMAS MONETARIOS

100 dracmas euboicos de	4,25 g.	425 g.
70 dracmas eginéticos de	6,07 g.	425 g.
60 dracmas lidomilesianos de	7,08 g.	425 g.
26 tetradracmas foceos de	16,35 g.	425 g.
54 didracmas quiotas de	7,87 g.	425 g.

(Según CH. SELTMAN, *Greek coins* ², pág. 41)

No se extrañe el lector de que las cifras indicadas para las piezas no sean exactamente las mismas que propusimos (pág. 117). Existe un margen de incertidumbre para fijar estos valores, pues se trata de monedas cuyo peso no era rigurosamente constante.

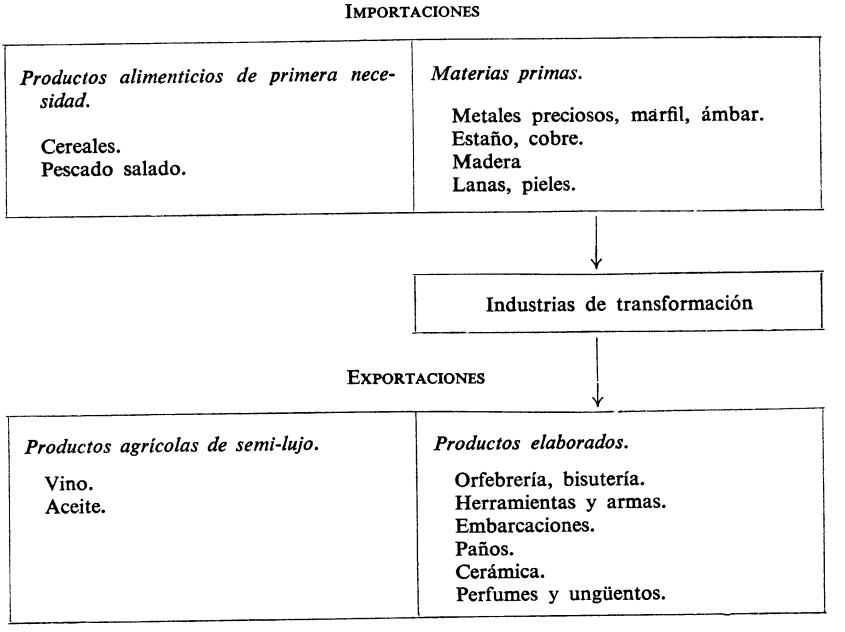
Ciertamente que la misma diversidad de patrones monetarios —nuevo símbolo de la diversidad fundamental del mundo griego— exigía difíciles operaciones de cambio y constituía un serio obstáculo para la libertad de intercambios. No obstante, los griegos, al perfeccionar la invención de los reyes de Lidia, se proveyeron de un precioso

instrumento, indispensable para el desarrollo del gran comercio mediterráneo. Gracias a la moneda, audaces negociantes amasarían enormes fortunas que, por primera vez, eran muebles, no inmuebles. Algunos de ellos eran nobles, pero la mayoría eran simples labradores cuyo enriquecimiento, en los planos político y social, planteará difíciles problemas.

Desarrollo del gran comercio griego en el Mediterráneo

El nacimiento de la moneda es sólo uno de los factores del extraordinario desarrollo económico que conocerá el mundo griego en la época arcaica. Conviene reflexionar unos instantes sobre las condiciones impuestas por los recursos naturales de Grecia. El suelo era pobre y, a menudo, inaprovechable para los cereales; los bosques, importantes al principio, disminuían con el desmonte de nuevas tierras, explotadas para la agricultura y para la ganadería; finalmente, los minerales eran poco abundantes. Como contrapartida, los cultivos arbustivos, que se daban bien, aumentaban sin cesar y ofrecían excedentes de vino y de aceite; y la habilidad artesana, unida al refinado gusto de los griegos, les permitía crear obras maestras, de manera especial en el dominio de la cerámica y de la armería.

EL COMERCIO EN LA ÉPOCA ARCAICA



La colonización por los griegos de una parte del Occidente y de las costas del Ponto Euxino —fenómeno importantísimo cuya evolución tendremos oportunidad de estudiar— modificaría profundamente la vida económica. Por una parte, era fácil procurarse trigo o pescado salado en la Magna Grecia, en Sicilia o en el Ponto; los bosques de Tracia ofrecían abundantes bosques para los carpinteros y los astilleros navales; y en Occidente abundaban los minerales. Por otra parte, las nuevas ciudades, y sobre todo los pueblos bárbaros con los cuales mantenían estrechas relaciones, suponían una clientela ideal para el vino y el aceite, considerados entonces como productos de semilujo, y para los productos manufacturados en los cuales el mundo griego tradicional —la Grecia propia y Anatolia— había conseguido una decisiva delantera.

Todos los elementos del gran comercio intramediterráneo estaban entonces reunidos, y Grecia, incapaz de vivir en régimen de autarquía como no fuera una vida miserable, se abría gustosamente de todos lados. Y el movimiento llevaba en sí una indefinida fuerza de expansión: de esta forma, cuanto más trigo se importaba, menor era la necesidad de producirlo y se podía cultivar más la vid y el olivo, con el consiguiente aumento de la exportación de vino y aceite —y de los recipientes para transportarlo—; la madera de importación permitía construir embarcaciones cada vez más numerosas, instrumento necesario para un comercio exclusivamente marítimo; los minerales que afluían de Occidente proporcionaban la indispensable materia prima a las industrias utilitarias y a las industrias artísticas, de donde resultaba un acrecentamiento de las exportaciones hacia el nuevo mundo. La industria y la agricultura experimentaban un simultáneo estímulo, y el comercio se convertía en la base de una vida económica en continuo progreso. Grecia y Anatolia se enriquecían con el incesante cruce de navíos que iban a regiones remotas a cambiar por víveres y metales sus productos agrícolas e industriales elaborados.

Por otra parte, estos navíos se aprovechaban de importantísimos progresos técnicos. Conocemos bien las embarcaciones de la época, gracias a las numerosas representaciones grabadas en los vasos. Más alargados que en el período geométrico, van aparejados con un importante velamen, y, desde el siglo VII, están provistos de anclas. Los navegantes extreman su audacia: viajan de noche, no temen tanto apartarse de las costas y sólo sacan del agua sus embarcaciones durante los cuatro meses del invierno. A la vez que la náutica, se desarrolla el arte de equipar los puertos: el dique de Samos, de 2 estadios de longitud, es mencionado por Herodoto (3, 60) como una obra maestra de técnica; es dragado el canal de Leucada, que se llenaba de arena; y Periandro proyectaba incluso horadar el istmo de Corinto.

Añadamos a esto que las nuevas condiciones políticas favorecían el desarrollo del comercio griego. En 677, Sidón fue tomada por los asirios, y en 573, Tiro por los babilonios. Los griegos sacaron partido

de estas desgracias de los fenicios, hasta entonces sus principales rivales. Pero no todas las regiones del mundo griego despertaron a la vez al tráfico mediterráneo. Tuvieron ventaja los Estados dóricos, especialmente Creta, Tera y Rodas, que jalonaron la gran ruta central del Mediterráneo; Sicione, Corinto y Megara debían su importancia a su emplazamiento, vecino al istmo; Egina dominaba las rutas del golfo Sarónico. Entre las ciudades jónicas, Mileto monopolizó muy pronto el comercio con la Propóntide y el Ponto Euxino; las Cícladas tomaron parte rápidamente en la vida de relación, lo mismo que Calcis en Eubea.

No obstante, a finales del siglo VII el centro de gravedad se desplazó: se abrieron nuevos mercados en Anatolia, Egipto y Occidente, que los comerciantes de Jonia, especialmente los de Mileto, supieron aprovechar. El papel de intermediarios entre el Asia Anterior y el Mediterráneo, que habían desempeñado los fenicios, quedó entonces en sus manos. Jonia se enriqueció y se convirtió en la región más próspera del mundo griego. Y esta prosperidad no se debió tan sólo a una favorable situación geográfica, sino que fue también el fruto del espíritu de iniciativa y de aventura de un pequeño pueblo de atrevidos navegantes.

Para quien dirige la mirada hacia atrás, al período geométrico, Grecia se ha transformado hasta llegar a ser irreconocible. Ya no es un agregado de ciudades esencialmente agrícolas y pastoriles, sino el renacimiento del gran comercio mediterráneo, como el del tiempo de los aqueos. Podemos afirmar, sin temor a pecar de exagerados, que, con la economía mercantil, acababa de nacer el mundo moderno. Una transformación de este tipo había de ir forzosamente acompañada de una evolución social, a veces muy brutal.

3. CRISIS DEL RÉGIMEN ARISTOCRÁTICO

Muchos factores concomitantes, aunque independientes, iban a motivar una notable disminución del poder de la aristocracia. Señalemos, ante todo, una transformación en el arte militar.

Aparición de la infantería pesada y de la marina de guerra

Aun en el siglo VIII, el combate era una lucha de caballería. Hacia el 700, y principalmente en el Peloponeso, se consolida la preponderante importancia de la infantería pesada. El «hombre de armas» por excelencia fue, en adelante, el *hoplita* —tal es el sentido del vocablo—, que, con frecuencia, aparece representado en los vasos a partir de 675,

especialmente en el vaso Chigi (fig. 27). Lleva una armadura completa que le cubre el pecho y el vientre, un escudo y una lanza. En adelante, el combate sólo es posible en formación cerrada: para el guerrero no se trata ya de hacer ostentaciones de su valor personal en grandes proezas, sino de mantener su sitio entre sus dos vecinos, blandiendo su

FIG. 27. Hoplitas marchando al combate al son de la flauta. Vaso Chigi. Proto-corintio. 650-640. Roma, Villa Giulia

lanza con la mano derecha y protegiéndose con el escudo sostenido por la izquierda. La batalla consiste en el choque de dos falanges, la más sólida y coherente de las cuales hace ceder a la otra.

Un nuevo ideal sustituye al ideal caballeresco del período precedente: la virtud esencial del soldado no es ya el valor insensato, engendrador de hazañas individuales, sino el respeto a la disciplina y la firme voluntad de aguantar en las filas, en el sitio que se le ha asignado, junto a sus camaradas, que lo apoyan y a los que él apoya a su vez. Se desarrolla de manera especial en la gimnasia, que aparece aproximadamente en estos momentos y en la cual se forja el alma común de los combatientes.

Esta transformación táctica implica importantes transformaciones sociales, que Aristóteles subrayaba ya en la *Política* (1297 b) al advertir

que la sustitución de la caballería por la infantería suponía la nueva preponderancia de la clase media sobre la aristocracia. Tan sólo los ricos podían poseer y mantener un caballo, mientras que la armadura completa del hoplita, cuyo coste era bastante elevado, por lo menos resultaba accesible a un mayor número de ciudadanos.

En el dominio marítimo se perfila una evolución semejante. Las embarcaciones de guerra aparecen a finales del siglo IX, y se diferencian de los barcos mercantes por una forma más estilizada, que les permite una mayor rapidez. Los progresos se aceleran: invención del espolón, que transforma la técnica del combate naval; superposición de muchas hileras de remeros, que aumenta la celeridad del navío y, como consecuencia, su poder ofensivo. Desde el siglo VII se distinguen dos modelos principales, según el número de remeros: pentecóntora (50 remeros) y triecóntora (30 remeros). Al principio se ven, indistintamente, embarcaciones con puente y sin él, pero pronto tiende a predominar el segundo tipo. Entre 550 y 525 aparece la triera, navío estrecho y alargado, sin puente, movido por tres hileras de remeros superpuestas —en total 150 remeros—, un crucero elegante y muy rápido que Polícrates fue quizás el primero en utilizar sistemáticamente y al que deberán los griegos, en el siglo siguiente, su indiscutible señorío del mar.

En Corinto nacieron las nuevas formas de las embarcaciones, según el testimonio de Tucídides (1, 13). Sus astilleros navales gozaban de fama, y, a finales del siglo VII, los samios les hacían un pedido de 4 navíos.

Para formar la tripulación, cada vez más numerosa, y para los infantes armados que se embarcaban, hubo que apelar a los thetes, es decir, a los ciudadanos de menor fortuna. La creación de una marina de guerra en las principales ciudades del mundo griego tuvo, pues, importantes consecuencias sociales.

De esta forma, hoplitas y marineros se convirtieron en las defensas más sólidas de las ciudades: así, la clase media y los pobres quitaban el sitio a los caballeros de la aristocracia. Ahora bien, para los griegos, el lazo que unía la defensa de la patria y la participación en la vida política era muy estrecho. La ineludible consecuencia de ello fue la aparición de reivindicaciones en las clases que hasta entonces habían sido mantenidas prácticamente alejadas del poder. Y ello ocurría en el mismo momento en que se planteaba el problema social con una particularísima agudeza.

La crisis social

En el transcurso del siglo VII, los ricos se enriquecen y los pobres se empobrecen. Estos dos fenómenos correlativos revisten una extraordinaria gravedad dentro de una sociedad aristocrática que, por definición, se basa ya en la desigualdad de fortunas. El mecanismo, idén-

tico en todas partes, fue, al parecer, el siguiente: al presentarse malas cosechas, los pequeños propietarios se veían obligados a pedir préstamos, con intereses usurarios, a los nobles vecinos; no podían pagar y, por tanto, habían de ceder su tierra para saldar sus deudas; reducidos entonces al estado de colonos, cultivaban en provecho de otro su antigua propiedad, a menos que, en un último estadio de la evolución, fuesen vendidos como esclavos.

El fenómeno es bien conocido en Atenas, donde volveremos a encontrarlo: muchas gentes humildes no tuvieron más remedio que aceptar la condición de hectemoros, es decir, propietarios de una sexta parte (entregaban los 5/6 de la cosecha y sólo se quedaban para ellos 1/6). Pero afectó a la totalidad del mundo griego, y por doquier desembocó en la creación de un proletariado agrícola miserable, cuyo recurso principal era la migración, muy azarosa, hacia la ciudad, donde los esclavos, cada vez más numerosos, les hacían una fuerte competencia.

Como último recurso les quedaba la aventura a tierras lejanas, lo cual no convenía a todos: algunos participaban en la fundación de colonias, otros se alistaban como mercenarios entre los príncipes de Asia o de Egipto, que apreciaban mucho a aquellos «hombres de bronce», enteramente recubiertos por una pesada armadura, que combatían con mucho valor.

El genio de un poeta nos ha dejado una terrible pintura de la miserable suerte del que no poseía nada y era expulsado de todas partes por la pobreza: se trata de Arquíloco, del cual Píndaro (*Píticas*, 2, 99) afirmaba que «sólo engordaba con amargos rencores». Es cierto que Arquíloco, por sus orígenes, no era un proletario, e incluso parece que perteneció a una gran familia de Paros. Pero, después de una ruina cuyas causas desconocemos, arrastró una existencia que debió de ser la de numerosos contemporáneos suyos. Abandonó Paros y pasó a Tasos; pero sólo encontró disgustos en esta isla donde, como dice irónicamente, «la miseria de Grecia entera se había dado cita» (fragmento 52). Al parecer, este perpetuo vagabundo buscó su oportunidad en Siris (en la Magna Grecia) y en Eubea. Su único recurso fue el de alistarse como mercenario. En adelante, su único medio de ganarse la vida fue su lanza: «En la punta de la lanza, las buenas galletas bien amasadas; en la punta de la lanza, el buen vino de Ismaros; para beber, me apoyo en mi lanza» (fragmento 2). Y encontrará la muerte en un combate, en un oscuro choque entre los habitantes de Paros y los de Naxos.

No hay fenómeno más evidente que la crisis social del siglo VII; y tampoco ninguno más difícil de explicar. Se ha intentado justificarlo por la revolución agraria que sustituyó, un poco, en todas partes, los cereales por los cultivos arbustivos: sólo los ricos podían realizar esta provechosa sustitución y aguardar la decena de años necesarios para

que las plantaciones de olivos o de vid empezaran a rendir; los pobres tenían necesidad de una cosecha anual y, por consiguiente, se veían obligados a sembrar trigo o cebada, que, generalmente, no se desarrollaba bien. Si se considera sólo el rendimiento, e independientemente de todas las demás cuestiones de superficie y de fertilidad —que debían de actuar en favor de los ricos—, los grandes propietarios obtenían así sólo beneficio, y los pequeños, sólo pérdidas.

Por otra parte, se ha aducido la dura competencia de los trigos coloniales, insostenible para los que a duras penas producía el suelo pobre de Grecia: el pequeño campesino, condenado al cultivo cerealista, sacaba muy poco provecho, ya que los trigos del Ponto o de Occidente se vendían a precio bajísimo en el mercado.

Sin embargo, estas razones, en modo alguno despreciables, no llegan a dar una explicación satisfactoria de la ruina del pequeño propietario, anterior al momento en que empezaron a actuar; si bien consumaron esta ruina, no la provocaron. Hesiodo, en los *Trabajos* (394 ss.), se refiere ya a las deudas del campesino: en una época en que la economía monetaria no existe, se trata, sin lugar a dudas, de préstamos en especies. Ahora bien, por este ejemplo de Hesiodo se ve que en la base de todo se hallaba el nuevo derecho sucesorio, con el reparto de la tierra entre los hijos. A cada generación la propiedad disminuía de superficie. Y llegó un momento —que podemos situarlo, con bastante exactitud, a principios del siglo VII— en que el proceso alcanzó un punto crítico: las sucesivas particiones redujeron hasta tal punto los lotes, que no bastaban ya ni para alimentar a una familia.

Fue entonces cuando los pequeños propietarios recurrieron al préstamo, práctica inmemorial, es cierto, pero que en aquel momento se generalizó como única solución en caso de hambre. Solución deplorable, que inevitablemente entrañaba la desposesión del deudor y luego su reducción al estado de obrero agrícola, e incluso de esclavo. La aparición de la moneda, a finales de siglo, agravó aún más la situación, al agudizar el problema de las deudas, aunque no fue, pese a lo que se haya dicho, la raíz de un mal bastante anterior a ella.

La tierra se concentró de esta forma en manos de una oligarquía cada vez más rica y, por tanto, cada vez más poderosa. Frente a ella, el *demos* se empobrecía, precisamente cuando la nueva participación en la defensa de la ciudad le llevó a una toma de conciencia política. Ello degeneró en una crisis de extremada violencia, que por doquier se tradujo en los odios más encarnizados y en la aparición de un programa extremista: los pobres reclamaban la abolición de las deudas y la repartición de la tierra. Incluso en plena época helenística, ésta será, en Grecia, la doble reivindicación del pobre exasperado por la miseria.

El nacimiento, entre el bajo pueblo y los aristócratas, de una clase media enriquecida con el comercio y la industria es, ya lo hemos subrayado, uno de los fenómenos más notables de la época. Seguramente se establecían estrechas relaciones, dentro de muchas ciudades, entre

nobleza y nueva burguesía. Muchos nobles no vacilaban en remozar su blasón, lo cual provocó la indignación de Teognis: «Un hombre bien nacido no siente escrúpulos en casarse con la hija de un villano, si ello le reporta muchas ganancias; tampoco una mujer se niega a unirse a un villano, si él tiene fortuna; la riqueza, y no las cualidades del novio, es lo que la tienta. Existe un verdadero culto por el dinero; el dinero bastardea la raza» (185 ss.). Especialmente en las grandes ciudades comerciales de Jonia, la aristocracia tuvo muchas veces la inteligencia de asociar la burguesía al poder. Pero no siempre se daba este caso y, en el resto, el desarrollo de la industria y el comercio había engendrado no sólo una opulenta burguesía, sino, además, una clase media de artesanos o de tenderos, cuyas condiciones de vida, así como sus intereses, eran bastante afines a los de los campesinos. Frente a una oligarquía egoísta y acaparadora, reclamaban la participación en el gobierno y la publicación de las leyes.

Primeros legisladores

Las leyes se transmitían oralmente en las grandes familias, cuyos jefes administraban justicia con arbitrariedad y corrupción: Hesiodo se lamentaba ya «de los tortuosos juicios de los reyes corrompidos» (*Trabajos*, 221), estado de cosas que, a la fuerza, había empeorado con la crisis social. Una de las reivindicaciones más importantes de los descontentos era la publicación de leyes válidas indistintamente para todos. Muchas ciudades entraron en esta vía reformista, designando, para la redacción del código, a legisladores que recibieron distintos nombres, según las ciudades: *tesmotetes* en Atenas, *esimnetes* en Asia. Elegidos por acuerdo de las diferentes clases sociales, a veces vitalicios, pero generalmente por un tiempo determinado, disfrutaron de unos poderes tan absolutos, que Aristóteles llegó a calificar su cargo de «tiranía electiva» (*Política*, 3, 9, 5).

Fue en las ciudades coloniales de Occidente —en las que la fuerza de la tradición era evidentemente menor— donde aparecieron los primeros legisladores: Zaleucos en Locres (hacia 660), y Carondas en Catania (una generación más tarde). Nuestro conocimiento de sus leyes es muy imperfecto, como sucede con las de Fidón en Argos y las de Dracón en Atenas, algo posteriores. Más documentados son los informes sobre sus sucesores de principios del siglo VI: Solón (al cual volveremos a encontrar al referirnos a Atenas) y Pítaco de Mitilene. Este último, elegido por diez años para poner fin a las discordias civiles que siguieron a la muerte del tirano Melancros, obró con mucha energía y no dudó en desterrar a toda una pandilla, a la que pertenecía el poeta Alceo, que persiguió con sus versos vindicadores e injustos «al miserable Pítaco, nombrado tirano en medio de un concierto de elogios, en una ciudad dividida y desgraciada» (fragmento 37).

Vemos, pues, cuán difícil resulta reducir a la unidad la obra de los legisladores, que se escalonaron a lo largo de un siglo y que ejercieron su cargo en ciudades muy diferentes por su evolución social. Sin embargo, se pueden sacar algunos rasgos generales, que aclaran bastante los problemas cruciales de la época. El punto fundamental se refiere a la administración de justicia. En adelante, se administrará conforme a las leyes escritas y sin la arbitrariedad de los aristócratas. En algunos casos se organizaron verdaderos jurados: Carondas estableció una multa, variable según la fortuna, para el ciudadano que se negara a actuar como juez; Solón creó el tribunal popular del Helieo. Zaleucos previó la apelación ante la asamblea de los Mil: el magistrado y el demandante comparecían con la cuerda al cuello, y el que perdía era colgado en el campo, para asegurar el respeto a la justicia.

La legislación relativa a las muertes fue objeto de un cuidado especial. Aquí se operó un gran cambio en la historia del Derecho: hasta entonces sólo contaba la venganza privada de las familias, que a menudo, como una reacción en cadena, entrañaba una serie de nuevas muertes; en adelante, el Estado será el que intervenga, con el doble cuidado de evitar el derramamiento inútil de sangre y la mancha que podía alcanzar a la ciudad entera. La consecuencia de ello fue la extraordinaria severidad de las penas, encaminadas a reprimir la muerte y las violencias: Zaleucos implantó la Ley del talión («ojo por ojo»); Dracón hizo méritos para pasar a la posteridad por el rigor de su legislación («leyes draconianas»).

Respecto a la evolución del Derecho civil, estaba al orden del día el problema de la propiedad. Pero resulta evidente la oposición entre los legisladores del siglo VII y los del VI. Zaleucos prohibió la enajenación del lote de tierra *(kleros)*, a cuya posesión iba ligado el título de ciudadano. Proscribía cualquier intermediario entre el productor y el consumidor, mientras que Carondas no admitía ninguna acción judicial motivada por las ventas a crédito. De momento no se encontraban aún desligados de la propiedad familiar inalienable, y el comercio no se había desarrollado aún por completo. Solón, por el contrario, admitía, en algunos casos especiales, la enajenación del *kleros*, y enfocaba la actividad de los ciudadanos hacia el negocio; su contemporáneo Pítaco reguló los contratos. De esta forma, poco tiempo después del nacimiento del gran comercio, el Estado intervenía e imponía su soberanía en este nuevo dominio.

Administración de la justicia, Derecho criminal, Derecho civil: en todas partes se afirma a la vez la autoridad del Estado en detrimento de los intereses de la aristocracia o de los prejuicios tradicionales. La obra de los grandes legisladores marca un hito en la historia del Derecho y garantiza el primer triunfo del *demos* sobre los nobles. Faltará precisar los derechos del individuo frente al Estado. Pero aunque esta preocupación no sea extraña por entero a Dracón, generalmente deberemos esperar hasta el siglo V para ver cómo se traduce en hechos.

4. LA TIRANÍA

Las reformas propuestas por los legisladores representaban casi siempre un compromiso entre los intereses conservadores de los aristócratas y las reivindicaciones del pueblo. No obstante, se manifestaron impotentes para poner fin a la crisis social, que, en ocasiones, llegó a una solución provisional con el establecimiento, por la violencia, del poder único, régimen que los griegos denominaron *tiranía*.

Implantación de la tiranía

El que se apodera del poder y lo conserva por la fuerza se distingue del Rey (dueño de una autoridad legítima porque es hereditaria) y del legislador (que se impone con el consentimiento de la mayoría de los ciudadanos). En todas las ciudades en que se instaura este régimen político durante los siglos VII y VI, se designa al jefe con el nuevo nombre de *tirano*.

Se discuten los orígenes de esta palabra. Puede asegurarse que no es griega. Al parecer se tomó del lidio, opinión que ya compartía Euforión: aparece por primera vez en Arquíloco, que la emplea refiriéndose al rey de Lidia Giges, un usurpador al igual que los tiranos. Por otra parte, se ha subrayado su posible parentesco con el etrusco *turan* —señor o señora— o con nombres propios de origen etrusco —el rey Turno, la diosa Juturna—; ahora bien, los etruscos eran de Anatolia. Aunque recientemente haya sido negado (Mazzarino), provienen de Asia Menor tanto la palabra como la realidad que bajo ella se esconde. Observemos que durante mucho tiempo no tuvo el sentido peyorativo que nosotros le atribuimos y que se le da, desde el siglo IV, en los textos de pensadores políticos influidos por la nueva forma de la tiranía, mucho más violenta y desenfrenada, que aparece a principios de este siglo.

Este fenómeno político se comprueba en tres regiones muy distintas del mundo griego. Al principio, en Anatolia y en las islas. El siglo VII asiste al nacimiento de la tiranía, favorecida, sin duda, por el ejemplo de la cercana Lidia y luego por el sostén y las alianzas matrimoniales de los reyes lidios, los Mermnadas. Aunque conocemos muchos nombres de tiranos, poca cosa sabemos de ellos. No obstante, tres merecen una mención especial. Trasíbulo, que toma el poder en Mileto a finales del siglo VII, después de haber ejercido el cargo de pritano, mantiene buenas relaciones con Periandro de Corinto y el soberano de Lidia, Aliato. Ligdamis ejerce la tiranía en Naxos durante unos veinte años (aproximadamente 545-524). El más famoso es Polícrates de Samos, héroe de múltiples anécdotas y que, en unos diez años de gobierno (532-522), supo dar a su patria un rango de primera clase.

Segundo dominio: los alrededores del istmo de Corinto. En Sicione, Ortágoras se hace con el poder y su dinastía durará un siglo. En Corinto, Cipselos y sus descendientes fundan una tiranía de extraordinario esplendor, que va a durar algo menos (hacia 657-584). Procles de Epidauro y Teágenes de Megara pertenecen a finales del siglo VII. Finalmente, el contagio de la tiranía alcanza a Atenas, aunque en época más tardía, con Pisístrato y los Pisistrátidas (561-510).

La implantación de este régimen en el occidente griego es posterior. Los primeros tiranos son Panetios de Leontinoi (finales del siglo VII) y Falaris de Agrigento (565-549?), cuya leyenda nos lo presenta como un monstruo de crueldad, que asaba vivos a sus enemigos dentro de un toro de bronce. Una nueva ola de tiranos se hace con el poder ya en las postrimerías del siglo VI; pero hemos de esperar a los primeros decenios del V para encontrar los nombres más famosos: Dinoménides de Siracusa, Gelón y Hierón.

Se impone, pues, la certeza de que el régimen tiránico es un hecho exclusivo de las ciudades muy evolucionadas desde el punto de vista político, económico y social. Ya Tucídides (1, 13) insistía en la influencia de este factor: «Como Grecia trataba con mayor afán que antes de adquirir riquezas, viose cómo las tiranías iban estableciéndose en

las ciudades a medida que aumentaban los ingresos pecuniarios». La tiranía suplantó a la aristocracia, que en todas partes reinaba como señora absoluta. Bastaba que un hombre ambicioso —mucho más a menudo, un aristócrata que un aventurero— que aspirase al poder personal pudiera apoyarse sobre una burguesía rica y descontenta. Pero, aún más, bastaba que pudiera contar con el apoyo del *demos,* exasperado por la nueva insolencia de los aristócratas, enriquecidos a costa de la miseria de los pobres. En suma, la tiranía apareció principalmente a causa de la grave crisis social.

Influyeron también otras fuerzas, muy variables según los lugares: en Argos, la importancia recientemente conseguida por los hoplitas habría sido la causa determinante del acceso al poder absoluto de Fidón, rey al que Herodoto y Aristóteles consideran un tirano; en el norte del Peloponeso, la tiranía pudo aprovecharse de la oposición entre la aristocracia dórica y las poblaciones predóricas esclavizadas; en Occidente, la amenazadora presencia de los bárbaros en las puertas de las ciudades griegas, impondría la necesidad de un gobierno fuerte; en Oriente, después de la conquista persa, los tiranos no fueron a menudo más que gobernadores a las órdenes del Gran Rey.

Únicamente hemos de añadir que, en esencia, la tiranía fue hija de las reivindicaciones de la nueva burguesía, de la miseria del pueblo, de la audacia de individuos sedientos de poder y resueltos a todo para conseguirlo.

La vida política y social bajo los tiranos

Sólo con el riesgo de caer en arbitrariedades se puede esbozar un cuadro general de la tiranía arcaica. Sin embargo, están atestiguados algunos rasgos, independientemente de lugares, tiempos y personas.

El tirano no cambia la constitución establecida. Se continúan proveyendo las antiguas magistraturas, especialmente a base de hombres que le son leales. El consejo y la asamblea, en los lugares en que existe, ratifican la nueva política. Pero sólo es una fachada: todo el poder se halla en manos del tirano, que, generalmente, reside en la ciudadela y se hace acompañar de este cuerpo de guardia en el que los pensadores del siglo IV pretendieron ver el signo exterior más sobresaliente de la tiranía. Son numerosas las anécdotas que insisten sobre la arbitrariedad y las violencias de los tiranos: así, Periandro, autor involuntario de la muerte de su esposa, enemistado con su madre y con su hijo, ofrecía a los moralistas un bello ejemplo de las desgracias que engendra la inmoderación. En este asunto hemos de conservar un espíritu crítico: la mayoría de los tiranos eran demasiado cuidadosos de sus propios intereses para dejarse arrastrar a inútiles excesos, que habrían hecho más peligrosa aún su situación.

9. LÉVÊQUE: La aventura griega.

Los diferentes partidos, que desgarraban las ciudades antes del acceso al poder del tirano, reaccionaron de formas muy distintas ante el nuevo régimen. La aristocracia, en su conjunto, fue perseguida. Se recuerda la parábola de las espigas, tal como Trasíbulo la enseña a Periandro: «Es preciso cortar las espigas que sobresalen», o sea, librarse de todos los aristócratas peligrosos por su personalidad. En Megara, Teágenes se granjea las simpatías del pueblo con un acto simbólico: mata los ricos rebaños de los oligarcas, reunidos en el abrevadero. En Corinto, Cipselos confisca las tierras de los nobles para distribuirlas al pueblo. Es cierto que no faltan algunas reposiciones individuales, como la momentánea de los Alcmeónidas o de los Cimónidas en Atenas, en tiempo de los Pisistrátidas. Pero la mayoría de los oligarcas se arruinan, y muchos han de marchar al destierro.

El mejor testimonio de los encarnizados odios de los aristócratas hacia la tiranía lo tenemos en las *Elegías*, de Teognis de Megara.

«[La ciudad] en la que, tomando por ley la violencia, los males corrompen al pueblo y consagran el derecho de la injusticia, a fin de sacar provecho y poder para sí mismos —aunque ahora descanse en una sólida paz—, pierde toda esperanza de conocer un largo período de tranquilidad, puesto que los malos se aficionaron a estas viles ventajas, presagios de desgracias públicas, ya que de ellos sólo resultan sediciones, matanzas entre ciudadanos, monarquía» (versos 43 ss.).

El pueblo ve en parte aliviada su miseria. Furioso, Teognis clama (versos 54 ss.): «Éstos que en otro tiempo no conocían ni derecho, ni leyes; que sólo servían para ceñir sus costados con pieles de cabras y apacentarse fuera de las murallas como ciervos, éstos son ahora los buenos; las gentes honradas de otro tiempo se han convertido en mequetrefes. ¿Quién sería capaz de soportar este espectáculo?». Las grandes construcciones iniciadas en las ciudades proporcionan trabajo; a menudo, especialmente en Corinto con los Cipsélidas, la reanudación de la expansión comercial permite a los proletarios más desheredados ir en busca de fortuna a otro sitio.

Los campesinos eran especial objeto de la solicitud de los nuevos dirigentes: en Corinto se les distribuyeron tierras confiscadas; en Atenas, Pisístrato concedió préstamos a los pequeños propietarios, para permitirles convertir sus tierras en viñedos y olivares. Pero las gentes del campo no podían tener excesivas pretensiones. Los tiranos no deseaban verlos en la ciudad: Periandro les prohibió que fueran a ella; Pisístrato instituyó jueces itinerantes para que los demandantes no tuvieran que acudir a Atenas.

A pesar de todo, la tiranía hizo a menudo más soportable la miseria de los humildes y, de manera especial, aseguró a los pequeños propietarios una existencia menos precaria y más independiente de la aristocracia.

¿Podemos anticiparnos y presentar la tiranía, en tierra dórica, como un desquite de los predorios esclavizados? Algunos indicios permitirían interpretarlo así: Clístenes despojó de su culto al héroe argivo

Adrasto en provecho del tebano Melanipo y del dios Dionisos, cuyas liturgias agrarias eran muy del agrado del pueblo; sustituyó los nombres tradicionales de las tribus dóricas —hileos, dimanos, pánfilos— por remoquetes humorísticos —cochinardos, asnardos, cerdardos—, mientras que bautizó a su propia tribu, la de los no-dorios, como «jefes del pueblo». De hecho, parece que no se tomó ninguna medida para trastornar el orden social basado en la preeminencia de los dorios poseedores de los lotes de tierra *(kleroi):* en Corinto, los tiranos no concedieron la libertad a los periecos; en Megara, Teágenes no debió de derrocar el orden establecido, ya que no hay ninguna alusión directa a él en Teognis; incluso en Sicione aparece una categoría de siervos expulsados de las ciudades: los catonacóforos (portadores de anguarina).

La política de prestigio de los tiranos

Los tiranos, expuestos a la hostilidad latente de los aristócratas decepcionados, procuraron asegurarse su autoridad por medio de una política de prestigio. Esto se observó, ante todo, en las ciudades mediante numerosas y magníficas construcciones que, por otra parte, tenían la ventaja de dar ocupación a las clases trabajadoras.

Pero ante todo, trabajos de utilidad pública: Periandro hizo trazar una ruta (el *diolkos*) a través del istmo de Corinto para facilitar el transporte de embarcaciones de un mar a otro; Teágenes y Pisístrato construyeron acueductos, en lo cual fueron imitados por Polícrates, cuyos ingenieros abrieron una canalización en túnel, maravilla de la técnica. Además, Pisístrato instaló una fuente monumental de nueve caños, la Enneacrunos, que rivalizaba con las fuentes de Corinto.

Pero concentraron sus cuidados, de una manera especial, en los edificios religiosos. Levantaron grandes templos en su patria e hicieron ostentación de su piedad: Polícrates edificó el Heraion, y Pisístrato inició el Olimpeion. Poblaron con sus exvotos los santuarios panhelénicos, donde procuraron darse a conocer —especialmente Clístenes—: Cipselos ofreció en Olimpia un pequeño cofre, labrado en madera de cedro, con incrustaciones de marfil y oro, que todavía despertaba la admiración en tiempos de Pausanias; en Delfos o en Olimpia, los tesoros de Sicione, de Corinto, de Megara son obra suya (como demuestra la inscripción del tesoro de Sicione en Olimpia, dedicado por el Ortagórida Mirón I: «Mirón y el pueblo de Sicione»).

Efectivamente, la religión ocupaba el primer plano en sus preocupaciones, o, para ser más exactos, en su propaganda. Periandro y Pisístrato, defensores del culto popular de Dionisos, lo entronizaron en Corinto y Atenas. Instituyeron brillantes fiestas, doble ocasión para hacer admirar a los extranjeros el lujo de su ciudad y adormecer al bajo pueblo con piadosas distracciones: Periandro reorganizó con pompa

los concursos ístmicos; Clístenes fundó en Sicione unos juegos en honor de Apolo Pitio; Pisístrato realzó el esplendor de las Panateneas y creó las Grandes Dionisíacas. Por encima de todo, se preocuparon mucho de la consideración que proporcionaba el apoyo del oráculo de Delfos: el usurpador Cipselos se hizo reconocer rey *(basileus)* por la Pitia; Clístenes defendió activamente a los Anfictiones durante la guerra sagrada. Ello no impidió que Apolo los desautorizara con oráculos despectivos después de su caída, e incluso en vida.

También les gustaba rodearse de artistas o de poetas. Clístenes llamó de Creta a dos escultores célebres: Dipoinos y Escilis. La relación entre el último desarrollo del lirismo y la tiranía no fue fortuita. Sus cortes se convirtieron expresamente en cenáculos, donde los poetas eran bien acogidos, a cambio de que cantaran su gloria: Arión era el protegido de Periandro; los Pisistrátidas privaron a Polícrates de Anacreonte, se atrajeron a Simónides y establecieron la primera edición de los poemas homéricos. Aunque fuese interesado, no puede pasarse por alto el impulso que los tiranos supieron dar a la vida del espíritu.

Finalmente, dentro del complicado mundo de las ciudades-Estado, existía otro medio para asegurar su prestigio: practicar una activa diplomacia. Es cierto que los tiranos fueron, por lo general, poco belicosos, a excepción de Polícrates de Samos y de los tiranos de Sicilia. No podían exigir demasiado de los ciudadanos, a los que arrancaban ya elevadas contribuciones —Cipselos puso como impuesto a sus súbditos una décima parte de sus ingresos, y Pisístrato, una quinta— y hubiera sido peligroso proporcionarles armas. Pero, en distintas formas, favorecieron la expansión comercial, los Cipsélidas a gran escala, Pisístrato más modestamente, por la ruta de los Estrechos, de vital importancia para el abastecimiento de Atenas.

Sobre todo trataban de emparentar con las más ilustres familias griegas o extranjeras: Periandro era el yerno de Procles, tirano de Epidauro, que, a su vez, tenía por suegro al rey de Orcomenes; Teágenes casó a su hija con el ateniense Cilón; Clístenes invitó a Sicione a los más nobles pretendientes de toda Grecia para que cortejaran a su hija Agariste, que casó con Megacles, de la gloriosa familia ateniense de los Alcmeónidas; el último de los Cipsélidas, Psamético, había nacido —su nombre nos permite asegurarlo— de una princesa egipcia; Melas de Éfeso desposó a una hija de Aliato de Lidia. Por otra parte, los tiranos eran hábiles en procurarse amistades útiles: testigo de ello fue Periandro, aliado de Trasíbulo y amigo de Atenas, de Lidia y de Egipto. Y, por encima de todo, se sostenían unos a otros, conscientes de que la tiranía formaba un bloque que, si resultaba ligeramente herido en un sitio, cedería en todas partes: Teágenes apoyó a su yerno Cilón en su tentativa, fallida, de apoderarse de Atenas; Pisístrato secundó las aspiraciones a la tiranía de Ligdamis, el cual, a su vez, ayudó a Polícrates a hacerse con el poder. Dentro del dividido mundo de Grecia existía una indiscutible solidaridad de los tiranos.

Caída de la tiranía

Siguiendo la naturaleza de las cosas, era lógico que la tiranía procurase convertirse en hereditaria, y, en realidad, llegó a serlo en muchas ciudades. Pero las cualidades de energía y de audacia que hacían el buen tirano no duraban mucho. Por ello, la tiranía fue un fenómeno bastante limitado en el tiempo. Los Ortagóridas, que se sostuvieron un siglo en el poder, son una excepción. La tiranía de las ciudades del Istmo había desaparecido desde 550. En Atenas y en Asia duró algún tiempo más, pero sólo en Occidente —a causa de las particulares condiciones que representaba la presencia del enemigo cartaginés— subsistió en plena época clásica, hasta alrededor del año 465.

El derrocamiento del tirano se hizo, por lo general, sin violencia: era poco frecuente que fuese asesinado; casi siempre se veía obligado a exiliarse, bajo la presión de una insurrección, que nunca era obra del *demos*. Tucídides insistió en el papel de Esparta en esta expulsión de la tiranía. Es cierto que la gran ciudad aristocrática no sentía simpatías por los tiranos, y a veces emprendió expediciones encaminadas a desalojarlos, por ejemplo, en Sicione, en Naxos, en Atenas. Pero no se debe exagerar la influencia de Esparta al explicar un movimiento que alcanzó a todas las ciudades gobernadas tiránicamente. De hecho, los odios suscitados por el régimen tuvieron, en muchísimos casos, una importancia decisiva.

En un plano más general, la tiranía llevaba en sí misma su propia ruina, en la medida en que sus reformas contribuían a resolver la crisis social que había determinado su nacimiento: todos los ciudadanos deseaban entonces el retorno a un gobierno regular, donde el ejercicio del poder no estuviera limitado a un solo hombre.

Desearíamos conocer con precisión los regímenes que siguieron a la expulsión de los tiranos, pero la diversidad de soluciones impide, como con tanta frecuencia sucede en el mundo griego, toda conclusión general. En la mayoría de casos, la aristocracia volvió a conseguir la hegemonía, tanto más fácilmente cuanto que los tiranos poco hicieron por quebrantar el sistema de la propiedad territorial: así sucedió en Sicilia después de la caída de los primeros tiranos —fines del siglo VII o principios del VI— y en Epidauro, donde los magistrados (*artynoi*, directores) fueron elegidos dentro de un consejo restringido de 160 miembros.

En cambio, en Corinto, la aristocracia pareció sacar enseñanzas de la crisis: los Bacquíadas no volvieron al poder y se instauró una moderada oligarquía, donde la riqueza contaba tanto como la cuna —para ser exactos, una timocracia—. En Megara, a la tiranía siguió la aristocracia, y a la aristocracia, la democracia, que decidió la remisión, por lo menos parcial, de las deudas. En Mileto, una vez caídos los primeros tiranos, siguió un período de trastornos civiles, entre dos

bandos: el de los ricos y el de los pobres: la Plutis y la Quirómaca —literalmente, la que no tiene más armas que sus manos—. Finalmente, en Atenas —si bien es un caso limitado, a causa de toda la evolución anterior— la oligarquía restablecida por Esparta no puede sostenerse, y Clístenes hizo que el Estado diera el paso decisivo hacia la democracia.

Emitir un juicio sobre la tiranía resulta una empresa delicada y expuesta. Los autores antiguos, obcecados a menudo por la decepcionante experiencia de las tiranías posteriores, insistieron básicamente en los excesos y faltas morales de los tiranos. Desde el punto de vista político, es evidente que su único principio rector fue el egoísmo y el ansia de poder; pero, obligados a luchar contra los ancestrales privilegios de la aristocracia, contribuyeron a desatar la asfixiante opresión que ejercía sobre el Estado y sobre las clases inferiores: según la valiente expresión de J. Burckhardt, la tiranía fue, muchas veces, «una democracia anticipada». No debemos olvidar el enérgico impulso que los tiranos dieron a las artes y a las letras. Si el interés personal era, como para los nobles, el único motor de su acción, desempeñaron un afortunado e importante papel en la evolución de las ciudades, y el juicio de la posteridad, que no quiso conservar el recuerdo de los tiranóctonos, no es del todo justo.

* * *

Según Aristóteles, la evolución normal de la ciudad es la que la hizo pasar de la monarquía a la aristocracia, después a la tiranía y, finalmente, a la democracia. Este esquema, válido en líneas generales, no explica la diversidad de casos particulares, cuya superabundancia caracteriza el arcaísmo griego. De hecho, muchas ciudades, y no las menos importantes —Esparta y Egina, por ejemplo, para limitarnos a la Grecia propiamente dicha— no conocieron la tiranía. Muy pocas, a finales del siglo VI, hicieron partícipe al *demos* en los asuntos públicos: apenas podemos citar más que a Quíos y Atenas. En Quíos se encuentra, desde el segundo cuarto del siglo VI, una asamblea, que elige un consejo de 50 miembros por tribu, así como magistrados *(demarkhoi);* la justicia se administraba siguiendo principios democráticos. En Atenas, la democracia se impuso más lentamente en el transcurso del siglo, desde Solón hasta Clístenes. Y en todas partes, la aristocracia, intransigente o moderada, se mantuvo en el poder.

Será preciso un acontecimiento exterior a la vida de las *poleis,* las guerras médicas —que colocarán en primer plano a Atenas, cuyo Estado político y social era el más evolucionado—, para que el mundo griego se libere de las estructuras aristocráticas del arcaísmo.

capítulo III

El mundo antiguo: Anatolia y la Grecia propiamente dicha

En el mundo griego arcaico predominaba la diversidad. Si no se quiere caer en generalizaciones fáciles y abusivas, es absolutamente indispensable un estudio por regiones. Ante todo, conviene distinguir las tierras ocupadas desde tiempos remotos por los griegos, de las que conquistaron desde el siglo VIII. Dentro del primer grupo, dos grandes masas geográficas: a la Grecia propiamente dicha, cuya helenización comenzó hacia 1950, se opone la franja costera de Anatolia, definitivamente ocupada con las migraciones que se produjeron al concluir el segundo milenio.

En la Grecia asiática, lo mismo que en la europea, la ciudad constituye generalmente la unidad política: sólo los Estados retrógrados de la Grecia del Norte pasan lentamente de la noción de raza *(ethnos)* a la de ciudad *(polis)*. Por otra parte, estas ciudades raramente dominaban un territorio de gran extensión: es el caso de Esparta, que englobaba Laconia y Mesenia, o el de Atenas, que correspondía a toda el Ática. Lo más frecuente era que una misma región, como Beocia o Acaya, comprendiera muchas ciudades, de dimensiones restringidas y rivales entre sí por naturaleza.

Fraccionamiento político que no dejaba de tener sus graves inconvenientes, en la medida que engendraba la guerra como mal endémico

y, sobre todo en Asia, debilitaba a los griegos frente a los bárbaros, organizados en reinos fuertes y centralizados. Tampoco debemos olvidar los esfuerzos unitarios intentados, en el transcurso del arcaísmo, por dos caminos diferentes.

El primer factor de unión podía ser la religión. En torno a algunos santuarios se organizaron anfictionías. El mismo nombre —literalmente, los que habitan alrededor— sugiere un agrupamiento geográfico, aunque también pudieron influir consideraciones étnicas, e incluso intereses comerciales.

La dodecápolis jónica formaba una anfictionía, cuyo fundamento era a la vez étnico y regional. La anfictionía pileodélfica era, al principio, la reunión de pueblos vecinos de las Termópilas, que administraban en común el santuario de Antela; pero su ocupación de Delfos le abrió horizontes más vastos y admitió en su seno a pueblos más alejados, jonios de Atenas o dorios del Peloponeso. Fue la única que manifestó —con evidentes restricciones, que señalaremos más adelante— una vocación panhelénica. La anfictionía de Clauria agrupaba ciudades diferentes por la población y distantes en el espacio, pero unidas por idénticos intereses económicos. Su historia, mal conocida, es siempre la de un fracaso: malograron la obra de unificación que parecía constituir su destino.

Un segundo factor de unidad lo representaba la población. Grecia estaba dividida en cierto número de regiones —nos vemos obligados a emplear esta palabra vaga, ya que queda excluido el término provincia— que tenían una unidad étnica y comprendían múltiples ciudades: así, tebanos, tanagrios y orcomenios se sentían beocios antes que griegos. En la época arcaica surgían confederaciones *(koiná)* en la mayoría de estas regiones. Su organización, federada muchas veces, se nos escapa, salvo en Tesalia, donde son conocidos sus rasgos fundamentales. Sea como fuere, era bastante laxa y se hallaba falta de cohesión interna, ya que las ciudades sentían una innata repugnancia a renunciar a su autonomía y enajenar sus derechos, incluso en beneficio de agrupaciones más amplias, que les habrían permitido defenderse mejor en el plano internacional. Las desconfianzas despertadas en Beocia por la *koinón* beocia, en la que Tebas consiguió una clara hegemonía, nos ilustran bien sobre este punto.

Estos dos tipos de organizaciones supraestatales eran, al menos en un principio, libres. Conviene distinguir cuidadosamente las tentativas de los Estados poderosos y unificados para asegurarse a viva fuerza un Imperio. El caso más claro nos lo ofrece Esparta, que, en el siglo VI, reunió en torno a ella, en una simmaquia (alianza), a la mayoría de Estados del Peloponeso: alianza voluntaria, es cierto, puesto que estaba sancionada por un tratado de cada participante con Esparta, pero que dejaba a la ciudad hegemónica la dirección absoluta de la política exterior y la conducción de las operaciones militares. A finales del siglo VI, con sus miras imperialistas, Atenas representaba otro

ejemplo: la instalación de colonias militares (cleruquias) en algunos puntos privilegiados preludia su imperio del siglo siguiente.

1. LAS ISLAS DEL EGEO Y ANATOLIA

Hasta los alrededores del 550, el mundo de la polinesia egea y de Anatolia conoció un desarrollo rápido y brillante, que hizo de él un afortunado rival de la Grecia propiamente dicha. Dos factores históricos explican esta prosperidad material y este esplendor espiritual: las invasiones dóricas lo alcanzaron de rechazo, aunque sólo en sus últimas oleadas; la proximidad de Estados orientales poseedores de una civilización antigua le proporcionaron fructíferos contactos. Si las islas tuvieron una población griega relativamente homogénea, en Asia Menor se entremezclaron prehelenos, asiánicos, orientales y griegos. Herodoto (1, 146) observa que en las filas jónicas se introdujeron grandes contingentes de abantos, minios, cadmeos, driopes, focidios, molosos, pelasgos y dorios, y que muchos de ellos casaron con mujeres de Caria.

Pero las condiciones geográficas influyeron también de modo decisivo. En Asia, los griegos ocuparon la costa, con puertos, a menudo excelentes, en la desembocadura de valles fluviales, que permitían remontarse hasta muy lejos en el interior —Meandro, Caístro, Hermos, Caico—. Se presentan, pues, junto con los fenicios, situados más al Sur, como los intermediarios naturales y obligados entre el mundo del Asia Menor, antiguo y próspero, y el mundo mediterráneo, cuyos horizontes acababa de ampliar la colonización hacia Occidente. La situación de las islas no era menos favorable por naturaleza: Chipre tiende dos de sus extremidades hacia la Siro-Fenicia, especialmente hacia la cercana Ugarit, y una hacia Creta y Grecia; Cícladas y Esporadas, los restos de un continente desaparecido, vienen a ser las piedras de un vado que une las dos orillas pobladas de griegos.

Cícladas y Esporadas

Diferentes por su población —jónica al Norte y dórica al Sur—, las pequeñas islas del Egeo se asemejan por su suelo esquelético, apropiado, sobre todo, para la vid y el olivo. Sólo Tera cuenta con una próspera agricultura, debida a la fertilidad de su tierra de descomposición volcánica; más rica que las otras, conoció un precoz desarrollo de su civilización, del cual son testimonio la introducción, en fecha muy temprana, de la escritura fenicia, la creación de una original cerámica, su participación en la fundación de Cirene. Algunas disponían de recursos naturales: plata, en Sifnos; mármol, en Paros y Naxos. Todas

se dedicaban a la pesca y al comercio. En ellas se vivía parcamente —lo demuestra el ejemplo de Arquíloco—, aunque sin sentir el poderoso aliciente de la colonización.

Faltos de documentos, nos encontraríamos con grandes dificultades para escribir la historia de las Cícladas y de las Esporadas. Tan sólo Naxos, la mayor de las Cícladas y una de las más próximas a la costa, tiene, a nuestros ojos, un cierto relieve. Abundaba en ella el mármol,

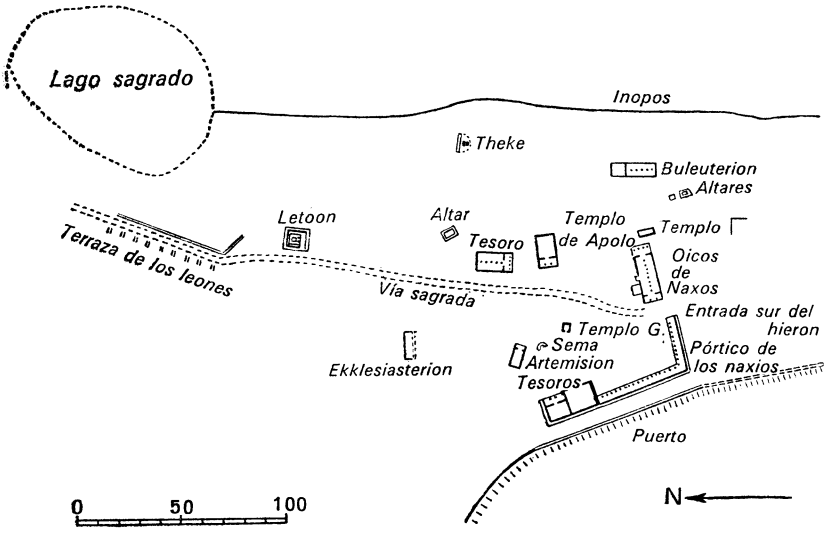


FIG. 28. Delos hacia el año 500 (ver pág. 139 la cronología de los edificios) *(según H. Gallet de Santerre)*

aunque era mucho más basto que el de su vecina Paros. La vid se cultivaba bien, y Dionisos recibía allí un culto especial. En ella se localizaba uno de los episodios más antiguos de su mito: su matrimonio con Ariadna. Desde 700 a 550, la isla ejerció una verdadera hegemonía sobre las Cícladas, hegemonía que se tradujo en prestigiosos exvotos en Delos. Incluso es posible que participara en la fundación de Naxos de Sicilia, realizada por los calcídicos. Su vitalidad era extraordinaria, y prueba de ello es la orgullosa Esfinge en lo alto de una columna —sin duda el escudo de la ciudad—, que ofreció a Apolo tanto en Delfos como en Delos. Registró una tardía experiencia de la tiranía con el aventurero Ligdamis; su derrocamiento por los Esparciatas fue seguido de duras luchas, en las que triunfaron sucesivamente los «gordos» de la aristocracia y los demócratas. En vísperas de las guerras médicas era, al decir de Herodoto (5, 31), «una hermosa y fértil isla, que contenía muchas riquezas y esclavos».

En el centro del Archipiélago, la minúscula y rocosa Delos ocupaba una posición única, como cuna de los Letoidas. Después de la definitiva instalación de Apolo hacia el año 1000, el *hierón* no cesó de desarrollarse, y, desde principios del arcaísmo, de acoger nuevas ofrendas (fig. 28). Al principio, Naxos ejercía una indiscutible preeminencia, pero desde el siglo VI, Atenas, muy satisfecha de recordar, para las necesidades de su política, sus orígenes jónicos, se interesó por la isla santa. Pisístrato estableció en ella una especie de protectorado y mandó purificarla transportando a la vecina Renea los huesos de todas las tumbas que en ella se encuentren. De hecho, Delos fue, durante el arcaísmo, el santuario común de los jonios insulares. Allí se reunían en magníficas panegirias, cantadas ya, hacia el 700, en el *Himno homérico a Apolo* (versos 145 ss.):

«Cuando tu corazón, Febo, encuentra el máximo de bienestar en Delos, es cuando los jonios de rozagantes túnicas se reúnen en tus atrios, con sus hijos y sus castas esposas. Piadosamente se entregan, para complacerte, al pugilato, a la danza y a los cantos, mientras instituyen sus juegos. Quien llegara en el momento en que los jonios se hallan reunidos, los creería inmortales y exentos para siempre de la vejez: vería en todo su gracia, y su corazón quedaría hechizado al contemplar a los hombres, a las mujeres de hermosa cintura, a las ligeras embarcaciones con todas sus riquezas».

Comentario de la figura 28.

Época micénica	Primer Artemisión; templo Γ *(plinthinos oikos)*; tumbas *(theke* y *sema)* de las Vírgenes hiperbóreas.
Hacia 700	Nuevo Artemisión; templo G.
700-550	Preponderancia de Naxos en el santuario.
550-500	Preponderancia ateniense. Letoon; conclusión del templo de Apolo *(porinos naos)*; tesoros; edificios cívicos *(Buleuterion* y *Ekklesiasterion)*.

Principalmente entre 700 y 550, Naxos desempeña un primerísimo papel, como se ve por las ofrendas de Naxos descubiertas por las excavaciones francesas.

Época geométrica	Pre-*oikos*, en el emplazamiento del futuro *oikos* de Naxos que quizá fuera ya consagración de la propia Naxos.
650	Artemis de Nicandro, una de las más antiguas estatuas griegas.
Fines siglo VII	*Kuros* dedicado por Euticártides.
Fines VII y VI	Numerosos *kuroi* y corés.
600	Coloso de Naxos; instalación de la terraza de los leones que conduce al santuario de Leto; *oikos* de Naxos, edificio de planta oblonga.
570	Adición de un pórtico al *oikos*.
550-540	Comienzo del templo de Apolo *(porinos naos)* que será concluido por Pisístrato; pórtico de Naxos.
540-535	Esfinge.

La situación de las Cícladas explica su influencia en el renacimiento del helenismo. Sus escuelas de escultura, favorecidas por las canteras de mármol, no tardaron en contarse entre las más célebres del mundo griego. En Delos, museo a cielo abierto, donde los exvotos afluían desde todas las islas, no es difícil para el especialista distinguir unas de otras. Los de Sifnos, enriquecidos por la explotación de sus minas, ofrecieron también al dios de Delfos un tesoro, de un estilo sobrecargado y barroco. En líneas generales, el arte de Jonia, felizmente templado por una gracia insular, ejercía allí una poderosa influencia.

Tampoco fue olvidada la poesía lírica: Paros fue la cuna del amargado Arquíloco; Ceos, del amable Simónides y de su sobrino Baquílides. Y Ferecides, autor de una *Teogonía* órfica en prosa, nació en Siros.

Chipre, costa sur de Anatolia y Siria Septentrional

En Chipre, los griegos estaban instalados desde la época aquea, aunque no habían podido impedir que los fenicios conquistaran toda la costa Sur. Las ciudades seguían siendo gobernadas por reyes, algunas de cuyas dinastías conocemos: los Téucridas en Salamina, los Ciniradas en Pafos. Los reyes tuvieron que someterse a Asiria —Asurbanipal les impuso tributos y les exigió servicios para los trabajos de su capital—, y, después de la caída de Nínive (612), a Egipto.

Los recuerdos de la época micénica se mantenían vivos en esta isla, que ya habían respetado los dorios: hacia el siglo IX apareció una nueva escritura, el alfabeto silábico chipriota clásico, derivado del viejo lineal chipriota del segundo milenio, que se mantendrá en uso hasta el siglo III antes de nuestra era.

No obstante, la influencia de los fenicios, tan próximos a la vez en la isla y en la costa asiática, fue considerable en el dominio religioso: en Pafos se localizaba el nacimiento de Afrodita, versión helénica de la Astarté fenicia.

En la costa meridional de Anatolia —Licia, Panfilia, Cilicia—, los griegos habían retrocedido bastante después del período micénico. A pesar de la llegada de nuevos inmigrantes, no conservaban más que cierto número de ciudades aisladas, enclavadas en tierra extranjera, que generalmente sufrieron el yugo de Asiria: Faselis —una de las más poderosas, situada en el Helenion de Naucratis—, Perga, Side, Aspendos, Celenderis.

Más al Sur, los griegos poseían un establecimiento en Al-Mina, en las bocas del Orontes, que les facilitaba el acceso al Creciente Fértil por Alepo y Apamea. Los aqueos se habían instalado ya allí a finales del Heládico reciente; hacia 800, griegos de las Cícladas fundaron la ciudad de Posideion. Las excavaciones han puesto al descubierto importantes depósitos de cerámica, que arrojan luz sobre la magnitud del tráfico y su evolución (fig. 29):

800-700: cerámica de las Cícladas (y algo de Rodas).
700-580: cerámica chipriota y rodia. A partir del 650, claro predominio de la cerámica rodia. Algunos vasos protocorintios y corintios hasta el 600.
580-520: corte (¿accidental?).
520-430: cerámica ática.

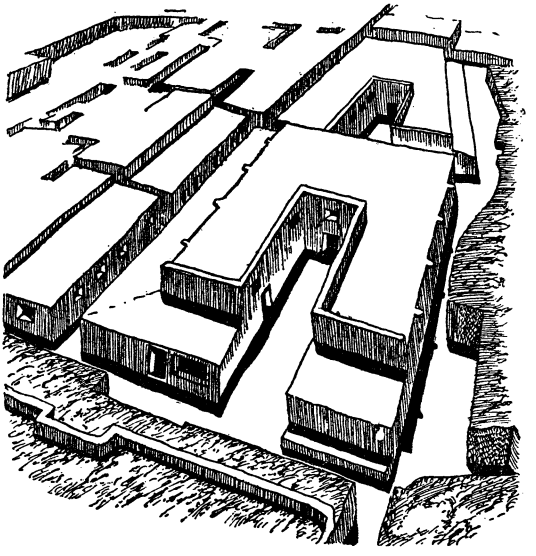


FIG. 29. Reconstrucción de un almacén de Al-Mina *(según C. L. Wooley)*

Así, a lo largo de todo el arcaísmo, gentes griegas —no siempre las mismas— jamás dejaron de ir a Al-Mina a cambiar sus vasos por productos orientales, sin utilizar la mediación de chipriotas o fenicios. Este era su *emporion* más meridional, ya que no se ha descubierto ningún objeto helénico en Fenicia.

La Dórida

Continental e insular a la vez, la Dórida comprendía, básicamente, la *hexápolis* (pág. 94), que, en el cabo Triopion, celebraba el culto a Apolo, a Posidón y a las Musas. Los productos principales, vino (Cos) y cerámica (Rodas, Cos, Cnido), junto con las producciones de Oriente, ofrecían material para un importante comercio: Rodas, que participaba activamente en la colonización, traficaba con Creta, Cirene y el Occidente, según el testimonio de la *Crónica* del templo de Lindos, y preludia el papel de intermediaria que desempeñará en la época helenística, Rodas, Cnido y Halicarnaso están representadas en el Helenion de Naucratis. En resumen, una región próspera, pero cuya contribución al helenismo fue pequeña.

En el campo literario, apenas podemos citar más que a Timocreonte de Rodas, famoso como atleta y como poeta lírico. En cuanto al dominio artístico, sólo la producción cerámica es original. El hermoso tesoro que ofrecía Cnido en Delfos estaba inspirado en el arte jónico y constituía un símbolo de la fuerza de las influencias jónicas, muy intensificadas en Halicarnaso, que, por haber adoptado el dialecto jónico, en adelante se vio excluida de la hexápolis, que, de esta forma, se redujo a una pentápolis.

La Eólida

En el extremo norte de Anatolia, la Eólida quedaba más desdibujada aún por el esplendor de Jonia. Por lo demás, era un país fértil, más fértil que Jonia, según Herodoto (1, 149), aunque de clima menos benigno. Después que los jonios se anexionaron Esmirna, la única ciudad importante del continente era Cimé, donde algunos veían la patria de Homero y de donde embarcó el padre de Hesiodo al marchar a Beocia: pero despreciará las ventajas que habría podido ofrecerle la vía marítima y se obstinará, hasta la época de Aristóteles, «en leyes arcaicas, de una simplicidad rayana en la barbarie» (*Política,* 2, 5, 12).

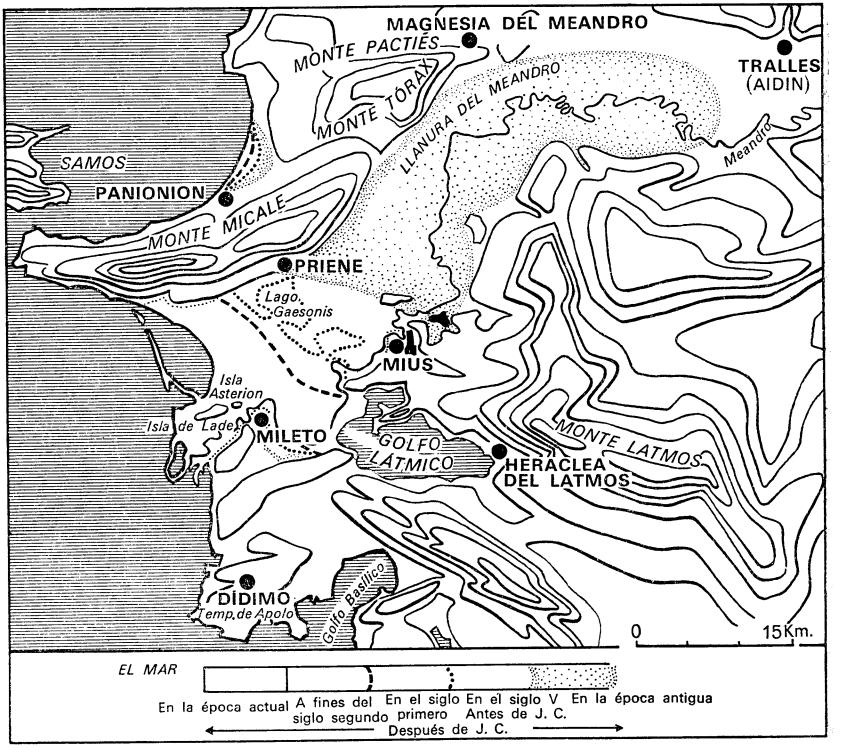
La gran isla de Lesbos, fértil en famosos viñedos, tenía seis ciudades, de las cuales, Mitilene era la única de las ciudades eólicas que podía rivalizar con las aglomeraciones de Jonia, tanto por sus riquezas como por el esplendor de su civilización. En ella, las luchas políticas eran encarnizadas: testimonio de ello es Pítaco, el legislador encargado de restaurar el orden en la ciudad desgarrada por los partidos y que se retiró una vez concluido su trabajo, por lo cual mereció ser incluido en el número de los siete sabios. El vino y los finos paños salidos de los telares locales se vendían bien, ya en Egipto —donde Mitilene participó en la fundación del Helenion de Naucratis—, ya en Tróade y en Tracia, donde instaló colonos, no sin chocar con las pretensiones atenienses sobre Sigea.

En medio del refinamiento que originaba la prosperidad, florecía la poesía: Terpandro y Arión, nativos de Lesbos, embelesarán a los esparciatas y a los corintios; pero los verdaderos poetas de Mitilene fueron Alceo y Safo, cuyas composiciones, a la vez delicadas y apasionadas, constituyen la primera expresión sincera del lirismo personal dentro de la literatura griega. Nada los dejaba indiferentes: «Deseo y me abraso», exclama Safo (fragmento 35). Su alma delicada se extasía ante la naturaleza, se embriaga con el vino o con sabios amores, se abandona por un instante a una melancolía, que sólo llega para dar un toque de color a su esencial alegría de vivir. Y todo ello en metros simples y perfectos a un tiempo, que marcaron para siempre con su sello el lirismo antiguo. Ambas merecieron hacer de su patria el símbolo

de un mundo en el que el abandono a la sensualidad más voluptuosa no excluía la búsqueda de la sabiduría.

Las ciudades jónicas

Entre la Dórida y la Eólida, las doce ciudades de Jonia (pág. 93) practicaban en común, en el monte Micale, el culto a Poseidón Heliconios, en el santuario de todos los jonios (Panionion). Su anfictionía, que debe de remontarse a principios del siglo VII, es fundamental desde



MAPA 8. Mileto y el golfo Látmico

el punto de vista religioso —al parecer, fue la que elaboró la noción, que se impuso en Grecia como luego en Roma, de los doce dioses del Olimpo—, pero fue incapaz de impedir las rivalidades políticas y comerciales.

No obstante, Jonia podía contar con poderosos factores de unidad: «El más bello cielo y el mejor clima que existen entre los hombres»,

según expresión de Herodoto (1, 142), un suelo fértil, un estímulo a la vida de relación, dada su situación en una costa a la que afluían los productos de Oriente, un dialecto que en todas partes era el mismo, con algunas diferencias que señala Herodoto, y unas instituciones afines, por lo general, a causa de su origen común —todas, salvo Colofón y Éfeso, donde la población estaba más mezclada, celebraban la fiesta jónica de las Apaturias—. Y, a pesar de todo esto, nada, normalmente, pudo evitar que se desgarrasen entre sí, pese a la inquietante proximidad de los bárbaros.

La más importante era la más meridional, Mileto, a la entrada del golfo Látmico, que el Meandro no había cubierto aún de arena. Explotaba un rico territorio, tejía la lana de los corderos del interior del país —eran famosas sus lanas y sus tapices de abigarradas pinturas—, fabricaba hermosos vasos. El comercio de sus cuatro puertos era próspero: en Egipto compraba perfumes, marfil, ébano; en el Ponto —donde, sin dejarse abatir por un primer fracaso, fundó de nuevo una cadena de florecientes colonias— se procuraba trigo, pescado, sal, ámbar y esclavos; en Occidente, Síbaris le servía de almacén para sus mercancías, que luego conquistarán toda Italia —la destrucción de Síbaris por Crotona en 511 será un duelo nacional para Mileto—; finalmente, redistribuía en Grecia los productos del Oriente o del mar Negro (mapa 8).

Su prosperidad era igualada sólo por el prestigio que le proporcionaban sus sabios, sus pensadores y sus escritores: dio al mundo griego su primer historiador (Cadmos), su primer geógrafo (Hecateo) y su primer filósofo (Tales). Las excavaciones han encontrado pocos restos de la ciudad arcaica, cuyo emplazamiento exacto no es del todo seguro. Pero conocemos el Didimeion, el gran santuario de Apolo, situado a 15 km de Mileto, administrado por la poderosa familia sacerdotal de los Bránquidas, y uno de los más famosos de la Grecia asiática.

Mileto era, según opinión de Herodoto, «el ornato de la Jonia». No obstante, muchas ciudades rivalizaban con ella en prosperidad y esplendor. Éfeso, en el bajo valle del Caistro, dominaba la desembocadura de la ruta de Lidia y Mesopotamia: es la única explicación lógica a su riqueza. El santuario de la Efesia, una divinidad heredada de Anatolia, con supuesta procedencia del Oriente semítico, e identificada con la Artemis griega, constituía un verdadero Estado teocrático, dirigido por un gran sacerdote eunuco, el Megabizo, asistido por un inmenso clero en el que se distinguían las sacerdotisas, denominadas *melissai* (abejas).

Colofón, la lujosa y noble Colofón —que consiguió anexionarse por sorpresa a la eolia Esmirna—, se enorgullecía a la vez de su puerto de Notion y del vecino oráculo de Apolo Clarios. Focea repartía por igual su interés en el Helesponto y en Occidente, donde fundó Marsella.

Las dos ciudades insulares, ambas famosas por su metalurgia (en Quíos había inventado Glauco la soldadura del hierro) no eran menos notables. Samos, la gran rival de Mileto, participaba en la colonización de los Estrechos y de Occidente: un samio, Colaios, fue el primero en franquear las columnas de Hércules. Su templo de Hera fue el mayor del mundo griego, junto con el Artemisión de Éfeso. El material arqueológico encontrado allí muestra la ininterrumpida influencia de Siria, Chipre, Anatolia y las Cícladas (fig. 30). Finalmente, Quíos, que poseía tierras en el continente, exportaba vinos famosos en el mundo entero, como los de Maronea, su colonia tracia, citados ya en la *Odisea*.

Esplendor de la civilización jónica

Al principio nos sentimos admirados en Jonia por el desarrollo de la vida urbana. Mientras muchos poblados de Grecia siguen siendo aldeas, los de Jonia son ya grandes ciudades. Hacia el 500, el conjunto

de la población griega de Jonia se elevaría a unos 320 000 hombres, de los cuales, 65 000 correspondían a Mileto, y 80 000, a Quíos.

Todas las formas de vida política fueron ensayadas simultánea o sucesivamente. Mileto asistió a muchas reposiciones de la tiranía, antes de ser desgarrada por las facciones. La oligarquía era poderosa en Colofón (los Mil) o en Eritra (donde se confundía con la familia real

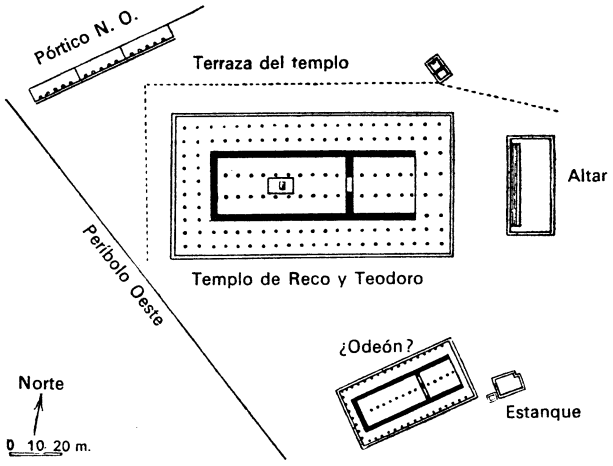


FIG. 30. El santuario de Hera en Samos hacia la mitad del siglo VI *(según E. Buschor)*

Comentario de la figura 30:

Conocemos mal la ciudad arcaica de Samos. Al principio se estableció seguramente sobre el promontorio donde se instalará en la Edad Media la fortaleza bizantina, después se extendió por las laderas de una acrópolis fortificada y por la cresta que, por encargo de Polícrates, Eupalinos atravesará con su famoso túnel. Conocemos mejor, gracias a las excavaciones alemanas, el Heraion situado, a 6 km de la ciudad, en uno de los brazos del Imbrasos, en el lugar donde, según la tradición, unos campesinos habían descubierto una rudimentaria estatua de Hera. La cronología de los edificios que se sucedieron allí podría ser la siguiente:
Época geométrica: Hecatompedon de planta oblonga con columnata central de madera. — *Siglo VII:* Engrandecimiento del Hecatompedon —la columnata axial desaparece, reemplazada por pilastras en los muros laterales—. Construcción de un pórtico de dos naves al Sur del santuario. — *Mitad del siglo VI:* El curso del río es desviado 200 metros al Oeste y los antiguos edificios son destruidos para dar paso a una reorganización general del santuario. Los arquitectos Reco y Teodoro levantan un templo díptero en *poros*, precedido de un altar. Al Norte, se construye un templo tripartito de una sola nave y al Sur un períptero de dos naves —que sin duda es el Odeón mencionado en textos posteriores—. El peribolo está constituido, por lo menos en la parte Oeste, por un cercado de pilastras. El templo de Reco y Teodoro, destruido por un incendio, fue reconstruido por Polícrates según el mismo plano, pero con un ligero desplazamiento hacia el Oeste y hacia el Sur. Nunca llegó a terminarse, aunque se prosiguiesen las obras en época helenística.

de los Basílidas). Samos fue gobernada por los nobles *geomoros* —los que se reparten el suelo—, antes de abandonarse a la tiranía de Polícrates. Y Quíos fue, sin duda, la primera ciudad griega que se aventuró por el camino de la democracia (pág. 134).

Por otra parte, poco importaban las formas políticas. Lo que constituía la verdadera unidad de Jonia, su riqueza y la vitalidad de sus ciudades, era el comercio. Puramente local hasta el 700, desde entonces se fue extendiendo en forma progresiva; en 625 inicióse la gran expansión a tierras lejanas, hacia el Norte, el Oeste y el Sur. Mantenía estrechísimas relaciones con Egipto: Mileto y Samos tenían en Naucratis un santuario particular; Quíos, Teos, Focea y Clazomenes, en el Helenion. Pero los productos del Helesponto, del Ponto Euxino, del Occidente e incluso del Extremo Occidente, se acumulaban de esta forma en los almacenes de sus puertos.

Esta riqueza se traducía en el vestido y la ornamentación: los jonios sentían debilidad por las hermosas telas tejidas de oro, las largas cabelleras sabiamente arregladas —tanto para los hombres como para las mujeres—, las joyas, los perfumes. Languidecían en interminables banquetes, que Jenófanes evoca con su gracia costumbrista:

«Las manos son limpias; las copas, relucientes; uno ofrece coronas a los invitados; otro, en una copa, presenta un agradable perfume. Se alza la crátera, fuente de alegría. El incienso llena el aire con suaves efluvios. La mesa del festín está rebosante de quesos y miel. Toda la morada resuena de cantos y regocijo» (fragmento 21).

Les gustan los callejeos errantes por el ágora, las conversaciones con cortesanas, más famosas que en cualquier otro sitio. En Colofón, flautistas y citaristas, durante todo el día, daban conciertos a cargo del Estado. Los griegos de la Grecia pobre tenían sobrados motivos para reprocharles la molicie de una vida de excesivo amor a los placeres, aquella *tryphe* que habían heredado de los orientales, con sus largos vestidos rozagantes o su ansia de placeres.

Sin embargo, en estas ciudades rebosantes de prosperidad, que a menudo se han parangonado con las comunas de la Italia del *Quattrocento*, la vida del espíritu era fundamental. Después de la restauración de la epopeya con Homero, asistimos al nacimiento del lirismo, favorecido con la adopción de instrumentos de música orientales: Mimnermo de Colofón canta su amor por la bella Nanno; Focílides de Mileto sabe encontrar felices fórmulas, bien acuñadas; Anacreonte de Teos, que sucesivamente se expatriará a Abdera, a Samos y a Atenas, celebra un Eros chancero, que anuncia ya el de Alejandría. La prosa no es menos floreciente. Esopo adaptó al griego las fábulas de los orientales. Los logógrafos eran, a un tiempo, los antepasados de los historiadores y de los geógrafos: los más célebres fueron Cadmos y Hecateo, dos milesios.

Nace una nueva arquitectura: la jónica, cuyos logros más bellos fueron el Artemisión de Éfeso y el Heraion de Samos, templos gigan-

tescos, verdaderos bosques de columnas a imitación de las salas hipóstilas de Oriente. La escultura experimentó progresos decisivos gracias al ejemplo de técnicas orientales: trabajos de marfil (estatuas criselefantinas) y del bronce (los «inventores» de la fundición en hueco fueron dos samios, Reco y Teodoro). Y la misma cerámica, con su inclinación hacia el colorido y la suntuosidad de su decoración, atestigua un mundo risueño (fig. 31).

En el dominio del pensamiento, Tales, Anaximandro y Anaxímenes ennoblecieron sucesivamente la «escuela de Mileto»; y Pitágoras, cuya

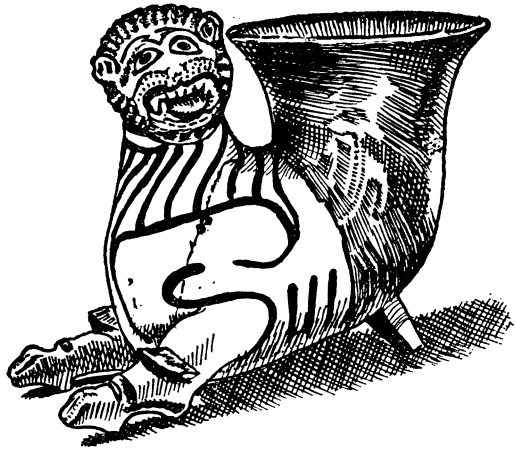


FIG. 31. Vasija plástica para beber en forma de león. Obra jónica del siglo VII. Berlín, Staatliche Museen

enseñanza despertará tantos ecos en Occidente, adonde deberá marchar desterrado, era originario de Samos.

La efesvescencia se manifestaba en todas partes. La poesía sonreía, con unos suaves tintes de inevitable melancolía. La prosa y la filosofía planteaban, con incansable curiosidad, los problemas del hombre y del universo. El arte no cesaba de crear, con una exuberancia, prolijidad y colosal suntuosidad, síntomas irrefutables de vitalidad. La nueva cuna del helenismo, después de los balbuceos del Geométrico, se halla indiscutiblemente en Jonia. En sus grandes puertos —especialmente en Mileto, que, de todas las ciudades del mundo griego, era entonces la más floreciente y prestigiosa— se establecieron fáciles contactos con un Oriente milenario, hasta tal punto, que no se distinguen claramente los helenos orientalizados de los orientales helenizados. Así se explican el nacimiento y el rápido desarrollo, en dos siglos, de una civilización levantina: *Lux ex Oriente*.

La influencia helénica penetró en Frigia, en Lidia y en Licia. Aparecieron allí alfabetos claramente derivados de la escritura griega, bien directamente (alfabeto frigio), bien con adición de nuevos signos (alfabetos lidio y licio). En el siglo VIII se fabricaron con retraso vasos geométricos Frigia desarrolló en el siglo VI una escultura, que mezclaba motivos griegos e hititas, tanto en estelas religiosas (Cibeles de Ankara o de Gordion) como en las tumbas rupestres, decoradas con relieves que recuerdan modelos griegos (leones, guerreros cubiertos con un casco corintio). Lidia ofrecía estatuaria y frisos de terracota que revelan claras aportaciones jónicas o eólicas. Licia preludió su importante arquitectura funeraria del siglo siguiente con la admirable torre de Xantos, llamada Monumento de las Harpías, adornada con escenas de ofrendas infernales que denotan su raíz jónica en la pesadez de las formas, el lujo de los ropajes y la coquetería de lo pintoresco.

Los griegos de Asia frente a Lidia y Persia

Pero también de Asia les llegaría a los griegos asiáticos la esclavitud, preludio de un largo aniquilamiento. Pese a todo, durante mucho tiempo no fueron malas las relaciones entre los griegos de la costa y los bárbaros, mientras subsistió el reino de Lidia, que, en torno a su capital (Sardes), se extendía por las llanuras del interior.

Una dinastía muy inteligente, la de los Mermnadas (los Halcones), acrecentó el poderío y la prosperidad de Lidia (hacia 685-546), aun sabiendo reconocer, cuando era preciso, la soberanía de Asiria. Se sucedieron grandes soberanos: Giges y, después de dos reyes poco conocidos, Aliato y Creso. Sintieron interés por las ricas ciudades del litoral, pero fueron lo bastante prudentes para respetar su autonomía, tan querida por ellos. Les impusieron tributos, no dudaron en organizar contra ellas expediciones militares —a veces, con el apoyo de Éfeso, en contra de Mileto— y, en ocasiones, favorecieron la instalación de tiranos adictos. Pero no mantenían guarniciones, a menudo se casaban con griegas —Aliato desposó a una jonia y escogió por yerno al efesio Melas el Joven—, encontraban recursos en las bancas jónicas —Giges y Creso consiguieron fondos en Éfeso—, llenaban los santuarios de ofrendas y a los griegos de atenciones. Creso proporcionó a los esparciatas oro suficiente para recubrir al Apolo de Amicleas; el Artemisión de Éfeso y el Didimeion rebosaban de consagraciones suyas; la lista de sus ofrendas de oro a Delfos, tal como nos la transmite Herodoto (1, 50), es impresionante. Todos profesaban el filohelenismo, consultaban gustosamente los oráculos de Delfos o de Claros, se rodeaban de artistas griegos. Política ciertamente interesada, pero de una extraordinaria habilidad y que poco a poco conquistaba para el helenismo la Anatolia interior.

A la inversa, la influencia de Lidia sobre Jonia fue notoria: la tiranía y la moneda son invenciones lidias, de las que los griegos supieron sacar provecho. Herodoto señala (1, 94) que los griegos tomaron también de los lidios sus juegos, con la única excepción del juego de damas, hecho que confirman los lingüistas, sensibles a la presencia, en

el nombre de muchos de ellos, del grupo —*nd*—, considerado de origen asiánico.

Pero este acuerdo armonioso, del que sacaban grandes ventajas tanto los reyes bárbaros como las ciudades griegas, desapareció con las desgracias de Creso, víctima del irresistible avance de los persas. La victoria del persa Ciro (546) fue una sorpresa total para los griegos de Asia, los cuales, con la excepción de los milesios, habían despreciado sus avances y ofrecido contingentes al rey de Lidia. Después de la captura de Creso intentaron resistir, pero las ciudades cayeron una tras otra. Los foceos fueron los únicos que prefirieron abandonar su patria: se embarcaron en masa, para instalarse en Córcega. Todos los demás, salvo los samios, se habían visto obligados, desde 540, a aceptar la soberanía del Gran Rey. Samos vivió entonces el brillante intermedio de la tiranía de Polícrates, pero fue conquistada por Darío.

En tiempo de Ciro y de su sucesor Cambises, no se modificó el trato que habían recibido los griegos por parte de los reyes de Lidia. Pero Darío tenía otra concepción del Estado. Agravó su dominio sobre las ciudades, les impuso guarniciones, hizo más pesado el tributo, sostuvo tiranos a sueldo. Es cierto que la riqueza de Jonia no fue atacada: por más que se haya dicho, Darío no favoreció a los fenicios en detrimento suyo. La conquista estimuló la actividad de Éfeso y de Mileto, haciendo más estrechas sus relaciones con el interior y enfocándolas todavía más hacia Occidente y Tracia. Del mismo modo, la vida intelectual se mantuvo floreciente: es la época en que se dieron a conocer en Mileto Anaximandro y Hecateo. Pero la servidumbre era cada vez más pesada para las ciudades jónicas. Pronto se desencadenará la tempestad: el alzamiento de Jonia va a ser la causa directa de las guerras médicas.

2. GRECIA PROPIAMENTE DICHA Y CRETA

En su conjunto, la Grecia propiamente dicha presenta un aspecto muy mezquino en comparación con la Grecia de Asia. Salvo en algunos centros, situados frente a Jonia o en la ruta del Istmo, sigue siendo rural, y su contribución al helenismo es escasa. Sus límites hacia el Norte son borrosos: dos fronteras, Macedonia al Este y Epiro al Oeste, están habitadas por pueblos cuya cualidad de griegos actualmente es difícil de impugnar, pero que entonces eran considerados bárbaros. Macedonia estaba unificada desde el siglo VII por la dinastía de los Aleuadas, los cuales conquistaron todo el país y se esforzaron por unificarlo en torno a su capital, Egue, protegida por una poderosa acrópolis. El Epiro estaba dividido en tres tribus rivales. En ambos casos sobrevivió una monarquía patriarcal, bastante parecida a la realeza homérica, basada en un feudalismo de grandes propietarios.

Tesalia

Más al Sur, las llanuras de Tesalia se mantenían también exclusivamente rurales; el único puerto, Pagasai, que sucedió al Iolcos de los tiempos aqueos, del cual habían partido los argonautas, es de los más modestos. Los invasores tesalios, tras rechazar a los beocios, que se habían instalado en el país antes que ellos, redujeron a la esclavitud a los primeros habitantes; éstos eran los penestes, esclavos, de condición muy próxima a la de los ilotas de Laconia, si bien pertenecían a los nobles y no al Estado. Asimismo, sometieron a sus vecinos más próximos —perrebos al Norte, magnetos al Este, aqueos ftiótidas al Sur—, lo mismo que a los habitantes del valle del Esperquios (enianos, eteos, malios). Todos estos pueblos conservaron una aparente independencia, pero en tiempo de guerra debían servir como «aliados de los tesalios» y, a partir de la reforma de uno de los Escopas, pagar una contribución. Al igual que sus homólogos de Laconia, llevaban el nombre de periecos.

En todas partes predominaba la gran propiedad, favorecida por las vastas extensiones de llanuras que, desde este punto de vista, eran únicas en Grecia. Los cereales constituían la riqueza fundamental, junto con la cría de caballos. Los nobles formaban una jerarquía feudal alrededor de dinastas, que, a veces, tomaban el título de Rey en los centros más importantes: los Aleuadas de Larisa, los Escopadas de Crannón, los descendientes de Equecrátides en Farsalia. Eran pequeños hidalgos que amaban la buena mesa y la vida regalada, domadores de toros, como Tesalos, el epónimo mítico del país, pero que no desdeñaban las alabanzas de los poetas, como Simónides o Anacreonte. El problema social apenas se planteaba, aunque apareció un movimiento democrático en Feres a finales del arcaísmo. En las ciudades, la masa de hombres libres —pequeños propietarios y artesanos— no participaba en la vida pública, ya que estaba excluida del «ágora libre», donde tenían asiento los magistrados y se celebraba la Asamblea.

El país consiguió una cierta unidad política gracias a Aleuas el Rojo, fundador, en parte legendario, del *koinón* (confederación) tesalio. Sin duda existía una asamblea general de tesalios que elegía un magistrado supremo: el tago —el que coloca en orden de batalla—. El territorio estaba dividido en cuatro tétradas (Tesaliótida, Hestieótida, Pelasgiótida, Ftiótida), mandadas por un tetrarca, probablemente nombrado por el tago. Pero lo precario de esta unidad engendró la inestabilidad interna y la infidelidad que a menudo se reprocha a los tesalios en sus relaciones exteriores.

En este sistema, de reminiscencias tan claramente feudales, el ejército desempeñaba un papel importantísimo. También aquí la organización definitiva sería obra de Aleuas el Rojo. Cada señorío contribuyó con 40 caballeros y 80 peltastas (infantes armados de *pelte:* escudo ligero). Contrariamente a la evolución, general en todo el mundo griego, que daba una primacía cada vez más notoria a la infantería, la caballería conservó aquí su influencia primordial, ya que los peltastas difícilmente podían oponerse con éxito a la falange de los hoplitas. De ahí los fracasos de los tesalios en sus expediciones lejanas, especialmente contra los focidios.

Por lo demás, Tesalia conservó hasta finales del arcaísmo un gran prestigio en la Grecia Central. Contaba con la mayoría de votos en la Anfictionía délfica y dirigió, en nombre del dios, la primera guerra sagrada. Pero esta comarca, una de las más ricas de Grecia y una de las más poderosas desde el punto de vista demográfico, desempeñaba un papel desproporcionado con respecto a sus posibilidades. Su historia

es la de un fracaso. El Estado veíase amenazado por la fiera hostilidad de los penestes esclavizados y de los periecos sometidos, y sacudido por las rivalidades de los dinastas. Este fracaso fue el de una clase dirigente que no logró cumplir su misión. Pese a su prosperidad y al fastuoso esplendor de algunos de sus aristócratas, se encerró en estructuras superadas. Por ello no es de extrañar que en el momento del peligro persa escogiera deliberadamente el partido de los bárbaros.

Grecia Central

De Oeste a Este —dejando aparte la minúscula Dórida, metrópoli de los dorios—, la rocosa Grecia Central estaba ocupada por pueblos que hablaban dialectos afines: acarnanios, etolios, locrios ozoles, focidios, locrios opontes, la mayoría de los cuales no habían superado aún la etapa de barbarie primitiva.

Sobre todo al Oeste, lejos de las benéficas influencias del Egeo, la civilización se mantenía agrícola y patriarcal y desconocía las ciudades. Según Tucídides (1, 5), los acarnanios, los etolios y los locrios ozoles vivían aún «a la manera antigua», constantemente en armas, practicando las viejas costumbres del pillaje. Nada se sabe de su historia, excepto que los acarnanios dependían estrechamente de Corinto, y que los etolios formaban una confederación en torno al santuario federal de Termos.

Los focidios, también federados, se mostraban ferozmente celosos de su independencia, en perjuicio de los tesalios. Los locrios opontes poseían buenas tierras y una importante situación en la salida meridional de las Termópilas. Sólo tenían una ciudad: Opunte, dirigida por la aristocracia de los Mil. Quizá junto con sus hermanos del Oeste, de los cuales los separaban los focidios, fundaron en Italia la Locres epicefiria.

Grecia Central apenas contaría si no fuera por la presencia, en el territorio focidio, de uno de los lugares claves del helenismo: Delfos. En «el áspero valle» se rendía culto, desde el siglo XIV, a una divinidad femenina: Gea (Tierra), cuyos ídolos son numerosos en las capas profundas de los futuros santuarios de Apolo y Atena. A finales del segundo milenio, la diosa es sustituida por un dios, Apolo, el cual, según la leyenda, tuvo que inmolar al dragón Pitón, encarnación de las fuerzas subterráneas, antes de apoderarse de la mántica de Gea. En la época geométrica, las estatuillas masculinas reemplazan a las femeninas.

Sin duda durante el siglo VIII, se deja sentir la influencia de la Creta dedálica, simbolizada por un mito que, con todo lujo de detalles, relata, en las postrimerías del siglo VII, la *Continuación pítica* del *Himno homérico a Apolo:* el joven dios, más emprendedor que honrado, salta, bajo la forma de un delfín *(delphís),* a un navío de Cnosos, lo obliga a abordar en Cirra y hace que los marineros se conviertan en sus sacerdotes.

Durante los siglos VIII y VII, Delfos adquiere el aspecto de un gran centro religioso: de todas partes acuden a consultar al hijo de Zeus, cuya influencia en la expansión helénica es decisiva, y sabe

mostrarse audaz iniciador en el dominio moral. Alrededor del primer templo, incendiado en 548 y a cuya reconstrucción, a finales de siglo, contribuyeron los Alcmeónidas gracias a una suscripción internacional —y también en el santuario de Atena Pronaia, en el suburbio de Marmaria— se multiplican los exvotos, que traducen la reconocida piedad de los fieles y el jactancioso orgullo de las ciudades. Dorios y jonios rivalizan en generosidad en este *hierón,* convertido, en el sentido más amplio de la palabra, en panhelénico; un bárbaro como Creso deslumbra con sus fabulosas ofrendas de metal precioso; pronto, los etruscos de Agila o las ciudades griegas más remotas, como Marsella o Cirene, levantarán allí sus tesoros. Desde finales del siglo VI, Delfos representa este «hogar común de la Hélade» que cantará Píndaro.

Parece ser que el *hierón* dependía, al principio, del pequeño puerto de Cirra (o Crisa), que ofrecía, a costa de una empinada subida, un acceso bastante fácil hacia Delfos. Pero en el transcurso del siglo VII pasó a estar bajo la inspección de una anfictionía, que honraba a Deméter en Antela, cerca de las Termópilas. Antes de la constitución definitiva de las ciudades agrupó no a *poleis,* sino a pueblos *(ethne),* que, esencialmente, correspondían a la Grecia septentrional y central, y cuya lista damos a continuación en el momento en que han alcanzado el número definitivo de doce:

1. Tesalios.
2. Magnetes.
3. Perrebos.
4. Dólopes.
5. Aqueos ftiótidas.
6. Enianos.
7. Malios-eteos.
8. Focidios.
9. Locrios.
10. Beocios.
11. Jonios.
12. Dorios.

Fue ella la que desencadenó la primera guerra sagrada, a petición de los sacerdotes de Delfos, cansados de ver a los focidios de Cirra enriquecerse a expensas de los peregrinos que atravesaban su territorio. Los tesalios intervinieron con toda su fuerza, dichosos de poder descargar un golpe sobre sus enemigos focidios, lo mismo que Clístenes de Sicione. Después de diez años de lucha, Cirra fue aniquilada (590), y Delfos, que se anexionó el territorio de los vencidos, convirtióse en un Estado autónomo, bajo la autoridad de la anfictionía pileodélfica, que recibió su organización definitiva. Cada uno de los pueblos miembros enviaba dos delegados, o hieromnemos —los dos votos se repartían, en el caso de los dorios, entre dorios de Dórida y dorios del Peloponeso, y en el de los jonios, entre atenienses y eubeos— al consejo anfictiónico, que se reunía dos veces al año, en las Termópilas y en Delfos, para la administración del santuario y sus riquezas y la celebración de los juegos píticos.

Si en realidad existe aquí un afortunado intento de colaboración entre Estados, es mucho más aparente que real. Al principio, la anfictionía difícilmente podía presentarse como representativa del mundo helénico, a causa de la aplastante superioridad que tenían en ella los pueblos menos evolucionados: los tesalios y sus «aliados». Por otra

parte, aunque tal vez ayudara a humanizar la guerra, a menudo se desarrollaban en su seno las discordias, las violencias, el sometimiento de los débiles por los poderosos. Su historia es la de un largo y trágico aborto, en el cual los tesalios, egoístas y retrógrados, tuvieron su buena parte de responsabilidad: fracaso tanto más sensible por cuanto se oponía al deslumbrante triunfo del dios Apolo en Delfos.

Beocia

En muchos aspectos, Beocia recuerda a Tesalia: la misma riqueza —más o menos— del terruño y, por tanto, el mismo papel de los grandes propietarios. Sin embargo, la nobleza, que no disponía de esclavos, era menos poderosa y no se transformó en una fastuosa aristocracia. Junto a ella existía —sobre todo en regiones montañosas— una clase de pequeños propietarios, de la cual Hesiodo nos daba ya un ejemplo; y se desarrolló el comercio, favorecido por las rutas que, procedentes de la Grecia central, llegaban al Istmo o al Ática. Observemos además que los comerciantes y artesanos se hallaban privados de derechos políticos.

El país estaba mejor urbanizado que Tesalia. Las ciudades, la más poderosa de las cuales, era ahora Tebas, que destronó a Orcómenes, sumergida en parte por las aguas del lago Copais, formaban una confederación, simbolizada por el escudo que aparecía en el reverso de las monedas —el anverso quedaba reservado al símbolo de la ciudad que las emitía y celebraban en común el culto a Posidón en Onquestos y la fiesta de las Panbeotia en el santuario de Atena Itonia, cerca de Coronea. Pero la cohesión interna del *koinón* era débil. Todas las ciudades mostrábanse celosas entre sí, y, en particular de Tebas, que manifestaba sus pretensiones hagemónicas; las del Sur, por ejemplo Tespias o Plateas, se volvieron voluntariamente hacia Atenas. También el peso de Beocia era escaso dentro del mundo griego arcaico, pese al renombre de sus caballeros y de sus hoplitas.

La vida religiosa era intensa y se sostenía por la viva superstición del campesino beocio. Como es natural por tratarse de un país rural, adoraban principalmente a las potencias ctónicas. Los oráculos, otorgados por héroes que en mayor o menor medida se asimilarán a Apolo, eran numerosos: el Anfiaraion de Oropos, donde Anfiarao visitaba en sueños a los peregrinos, era tan famoso, que Creso enviaba subordinados a consultarlo; en el Ptoion, Ptoios hablaba desde el fondo de una gruta; en Lebadea había que bajar por un pozo hasta una grieta, para recibir la respuesta de Trofonio; en el Hismenion de Tebas, se trataba de una piromancia. Los santuarios, muy modestos, no eran, a menudo, más que simples bosques sagrados en torno a un altar: así, el Ptoion o el *hierón* de las Musas en el Helicón.

En Beocia, la civilización asistía a un progreso que no dejaba entrever el sentido peyorativo atribuido desde la antigüedad —no sin la intervención de la malignidad ateniense— al nombre de beocio. La escultura se desarrolló pronto: un pequeño bronce, el Apolo Tyskiewicz, que lleva en el muslo la dedicatoria del beocio Manticlos —comienzos del siglo VII—, es una de las primeras efigies divinas encontradas en Grecia; los *kuroi* abundan allí más que en Ática: los del Ptoion forman uno de los grupos más importantes del arcaísmo. Los talleres de Tebas o de Tanagra producen figuritas de extraordinario sabor, y los grandes vasos, fáciles de reconocer por su color castaño, son, con frecuencia, muy bellos.

En cuanto a la poesía, heredó una tradición que se remonta hasta los tiempos micénicos y hasta Hesiodo: un beocio es el autor anónimo del *Himno homérico a Hermes*, obra maestra de humor y delicadeza; en Tebas nació, a fines del siglo VI, el más grande lírico de Grecia: Píndaro. Por lo demás, los beocios cultivaban de manera especial la música, sobre todo la flauta, cuya invención, debida a Atena, localizaban ellos en las orillas del lago Copais. Beocia fue también la cuna de uno de los primeros logógrafos, Acusilaos, cuyas *Genealogías* empiezan en Caos, Tierra y Amor, dentro de la tradición hesiódica.

Esta civilización, muy alejada, sin duda, del refinamiento de la Jonia, pero llena de savia campesina e intensa vitalidad, corresponde al carácter de una raza que un viajero de hacia el año 200, Heráclides, pinta como «asombrosa por la esperanza que pone en la vida».

Eubea

En el centro de la costa occidental se extiende una llanura de extraordinaria vitalidad, la llanura lelantina: en sus dos extremos se levantaron las dos principales ciudades, Calcis y Eretria, donde reinaba una aristocracia territorial de hippobotes. Pero la presencia de minas —cobre, hierro— y de una buena tierra arcillosa permitió el desarrollo de la industria. Calcis —que debe su nombre al cobre— se especializó en el arte del bronce y, particularmente, en la fabricación de armas, y Eretria, en la cerámica. La situación geográfica de la isla, prolongada desde Tesalia hasta el Ática, frente a la costa jónica, y las facilidades que ofrecía el canal de Eubea —de 65 m. de anchura en el Euripo, frente a Calcis— a los navíos que remontaban hacia los golfos Maliaco y Pagasético, inclinaron a la nobleza a dedicarse al comercio. Las dos ciudades participaron conjuntamente en la colonización de Calcídica y del Occidente, donde se aseguraron el dominio del estrecho de Mesina y elaboraron un sistema metrológico que se impuso en Atenas y en Corinto. Habían conseguido un desarrollo sin igual a fines del siglo VII, cuando se despedazaron en una guerra que duró cerca

de cien años y en la cual participaron numerosas ciudades griegas: la guerra lelantina.

La guerra lelantina, poco conocida aún, motivó, al parecer, un reagrupamiento de las ciudades griegas en dos campos rivales: «La guerra que en otro tiempo enfrentó a Calcis y Eretria fue aquella en que la mayor parte del país, perteneciente al resto del mundo griego, dividióse en aliados de uno u otro bando» (Tucídides, 1, 15). Cooperaron a su desencadenamiento conflictos locales, pero, sobre todo, rivalidades comerciales —como la de Samos con Egina y Megara—. El cuadro siguiente, muchos de cuyos puntos han sido impugnados, tiende a mostrar la constitución de las dos ligas, en las cuales Samos y Mileto fueron, al parecer, las dos protagonistas al lado de Calcis y Eretria.

Al final triunfó Calcis, aunque debilitada, fue declinando y, vencida por Atenas en 506, viose obligada a ceder a los clerucas atenienses una parte de la llanura tan ardorosamente disputada con Eretria.

ALIADOS DE CALCIS Y DE ERETRIA EN LA GUERRA LELANTINA

CALCIS	ERETRIA
Sus colonias (Cumas, Naxos).	Sus dependencia (Andros, Ceos, Tenos).
Samos.	Mileto (y sus colonias).
Eritra, Cimé, Focea.	Teos, Clazomenes, Quíos, Mitilene.
Paros, Andros, Melos, Tera.	Beocios.
Tasos.	Megara.
Tesalios.	Egina.
Corinto.	Argos.
Lictos (en Creta).	Cretenses.
Cirene.	

(Según A. R. BURN, *J. H. S.*, 1929, págs. 14 ss.).

El Peloponeso

En el Peloponeso, cuya población estaba más entremezclada aún que la de la Grecia continental, se distinguen, desde la época arcaica, seis grandes regiones, correspondientes a seis grupos étnicos: Acaya, Élida, Arcadia, Mesenia, Laconia y Argólida. Pero la verdadera línea de separación está trazada por el grado de evolución económica y social, no por la población. Algunas regiones se mantienen rurales y extrañas a las corrientes que trastornan al mundo griego. En cambio, otras, principalmente en las proximidades del Itsmo, se transformaron con rapidez y levantaron ciudades prósperas y dinámicas. Un solo rasgo común: en todas partes —salvo en Arcadia, respetada por la invasión dórica— se oponían dos clases rivales antagónicas, vencedores y vencidos, o bien, con frecuencia, amos y esclavos. En este estudio dejaremos

provisionalmente de lado a Laconia, merecedora de un trabajo especial, y Mesenia, pronto esclavizada y cuya historia se confunde con la de Esparta hasta el momento (siglo IV) en que recobra su independencia.

Acaya, Élida, Arcadia

Acaya, rural y pobre, destacó en la colonización de la Magna Grecia. Sus ciudades, aproximadamente una docena, rendían culto común a Zeus Hamarios cerca de Helice.

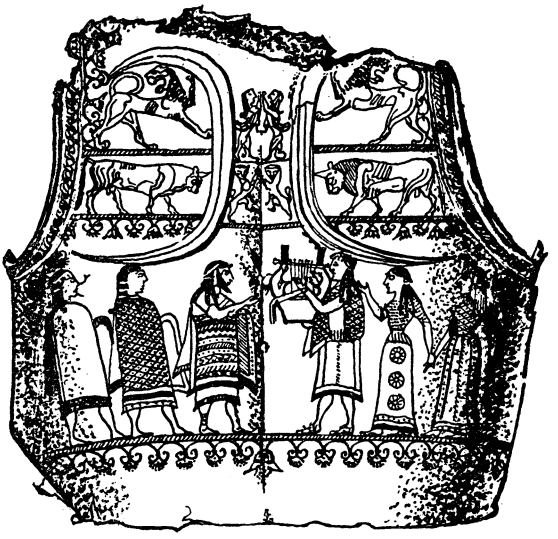


Fig. 32. Espaldar hallado en Olimpia, siglo VI. *Arriba:* animales. *Abajo:* homenaje de Hermes a Apolo *(según Ch. Picard)*

Los eleos no fundaron una ciudad, Elis, hasta principios del siglo V. Se dedicaban a la agricultura en la rica llanura del Peneo.

Una *rhetra,* difícil de fechar (¿principios del siglo VI?), puso fin a la responsabilidad colectiva de los *gene,* engendradora de interminables venganzas. No obstante, después de la caída de los reyes Oxílidas —descendientes del mítico Oxilas—, el gobierno permaneció en manos de una restringida aristocracia: un Consejo de 90 gerontes, jefes de las grandes familias. Ardorosos guerreros, los eleos arrebataron a los arcadios la Acroreia, al Norte, y la Trifilia, al Sur. En el transcurso de una larga lucha, se anexionaron también la Pisátida, una comarca formada —en torno a una hipotética ciudad de Pisa— por el bajo valle del Peneo, donde se encontraba Olimpia. En 580, con ayuda de los espartanos y en detrimento de los de Pisa, se apoderaron de la administración del santuario y nombraron presidentes de los juegos a dos Helanódices (jueces de los griegos). Se iniciaba para ellos una era de gran prosperidad.

Es evidente la analogía entre Olimpia y Delfos, los dos santuarios que, gracias a su alejamiento de toda gran ciudad, se convirtieron en panhelénicos. También aquí reinaba al principio una divinidad matronal, que había de inclinarse ante un dios, Zeus, en adelante poseedor titular del recinto sagrado del Olimpo, el Altis (bosque sagrado). Pero Hera siguió siendo adorada, y, a fines del arcaísmo, fue, paradójicamente, la única que tenía allí un templo. Muy antiguas leyendas heroicas están ligadas al lugar: la de Pélope, un oriental que venció en la carrera de carros al rey de Pisa, el etolio Enomao, y la de Heracles, genio cretense convertido en héroe nacional de los dorios y que pasaba por ser el fundador de los juegos olímpicos —o por su restaurador, según la otra versión, que atribuye su creación a Pélope—. En estas leyendas se expresa toda la complejidad de las influencias que se entremezclaron en Olimpia en la elaboración de los concursos, pues caeríamos en un error si lo considerásemos como una institución dórica.

La historia de los juegos, en la primera mitad del primer milenio, es la de una continua expansión. La tradición atribuía una importancia primordial al año 776, punto de partida de las Olimpíadas que servían a los griegos para medir el tiempo: la tradición la consideraba como la fecha de su fundación, cuando, sin duda, sólo es la de su definitiva reglamentación. Al principio, la única prueba era la carrera a pie; pero pronto se introdujeron el pugilato, el pancracio, la carrera de carros y la de caballos montados. A medida que se extendía el renombre de Olimpia, los vencedores —u olimpiónicos— iban llegando de puntos cada vez más lejanos. Al comienzo concurrían sólo eleos, aqueos y mesenios; pero desde la segunda mitad del siglo VII, estuvo representado todo el mundo griego.

FECHA DE LA PRIMERA VICTORIA OLÍMPICA
DE UN GRIEGO ORIGINARIO DE LAS CIUDADES O REGIONES SIGUIENTES:

Esparta	720
Atenas	696
Anatolia	688
Magna Grecia	672
Sicilia	648

Al mismo tiempo que se desarrollaban los juegos, el santuario se poblaba de ofrendas (fig. 32), en las que, al igual que en Delfos, las ciudades más diversas y, a menudo, las más alejadas, hacían gala de su lujosa piedad. Para juzgarlo basta con la lista de los tesoros que levantaban en un terraplén al norte del Altis:

Grecia propiamente dicha	Megara, *Sicione*, Epidamno.
Estrechos	Bizancio.
África	Cirene.
Magna Grecia	Síbaris, Metaponto.
Sicilia	Selinonte, Gela, *Siracusa*.

Todos estos tesoros son de época arcaica, salvo los de Sicione y Siracusa, que datan de principios del siglo V.

Lista doblemente instructiva, que refleja el panhelenismo del santuario y su carácter específicamente dórico (todas estas ciudades eran dóricas, excepto Síbaris y Metaponto, fundaciones de aqueos del Peloponeso).

Arcadia era la única región exclusivamente continental del Peloponeso, y también la única que no fue dorizada en absoluto. Conservaba una vida patriarcal, ganadera en las montañas, donde la población se mantenía muy dispersa, y agrícola en las ricas depresiones, en las que sinesismos (con frecuencia tardíos) de muchas aldeas originaron una ciudad: tal es el caso de Tegea, la más importante y meridional de las aglomeraciones arcadias, que sería obra del rey Aleos, al reunir nueve aldeas y crear el culto común de Alea Atenea, por sincretismo de una diosa local con la Atenea griega.

Los factores de unidad influyeron muy poco frente al fraccionamiento geográfico y los feroces odios que animaban a menudo a una ciudad contra las otras. Mas el precio de sus disensiones era aplastante: sus vecinos, eleos al Oeste, espartanos al Sur, les arrebataron una parte de su territorio. En época tardía (siglo VI) apareció una moneda común de los arcadios, aunque de uso muy restringido en un país económicamente tan atrasado. La religión era, entre ellos, el único lazo sólido. El santuario más importante era el de Zeus Licaios, en el monte Liceo: cofradías de licántropos (hombres en forma de lobos) veneraban allí a un dios-lobo por medio de extrañas prácticas, especialmente sacrificios humanos. Por sus cultos, heredados directamente del segundo milenio, Arcadia se nos muestra como una admirable conservadora de las tradiciones micénicas.

Argólida

Los dorios habían fundado en Argólida algunas ciudades, la más importante de las cuales, Argos, sometió a las más pequeñas (Micenas, Tirinto, Nauplia, Asine), que habían visto decaer su esplendor del segundo milenio: no sabemos con certeza si se convirtieron en aliadas o periecas de Argos. Asimismo, conquistó las regiones limítrofes de Cinuria y de Tireátida y Citere, que luego disputaría Esparta, la cual se apoderó de ellas.

Incluso antes de que Argos pudiese llevar a cabo sus anexiones, pequeñas ciudades costeras (Prasias, Nauplia, Epidauro, Hermione) constituían desde el siglo VIII, una anfictionía en torno al santuario de Poseidón, con sede en la isla de Calauria. Sus miras no eran exclusivamente religiosas, pues la anfictionía agrupaba en su seno ciudades situadas fuera de la Argólida, como Egina, Atenas e incluso Orcómenes de Beocia, que tenían interés en vigilar el comercio en el golfo Sarónico y en el de Argólida, para evitar que se concentrara en los puertos

del Istmo. Pero los vínculos entre los miembros no tardaron en relajarse. Egina y Atenas realizaban su propia política; Orcómenes tenía preocupaciones particulares con Tebas; Argos y Esparta sustituyeron a Nauplia y Prasias. Así, declinó y perdióse en el olvido esta anfictionía, que habría podido ser una poderosa hansa. Ninguna ciudad de Argólida, ni siquiera Epidauro —donde se había instalado, en circunstancias poco claras, el culto a Asclepios, héroe curador, procedente de Tricca, en Tesalia—, pudo servir de contrapeso a Argos como centro de atracción (mapa 9).

MAPA 9. Una hansa fracasada: la anfictionía de Calauria

Argos se extendía al pie de sus dos acrópolis, el Aspis y Larisa, en la llanura argiva, cuya fertilidad quedaba asegurada por la irrigación, que el mito hacía remontar hasta Danao y sus hijas, las Danaidas. Aunque cultivara la industria cerámica, manteníase básicamente rural, sin que desarrollara excesivamente su comercio ni participara en la colonización. Los argivos explotaron una clase de siervos, los Gimnetas (los que van desnudos o, mejor, los que han sido desarmados), pero admitieron a nodorios en una cuarta tribu: los Hirnatios, que se incorporó a las tres tribus dóricas.

Sobre todo adoraban, en el Aspis, a Apolo Pitio y a Atena Oxiderces, y, en la llanura, a 45 estadios de la ciudad, a una Hera matronal dotada, quizá desde el siglo VIII, con uno de los primeros templos del Peloponeso: Herodoto relata la hazaña que para ella realizaron dos

jóvenes de Argos, Cleobis y Bitón, que arrastraron su pesada estatua hasta el santuario, hazaña que recompensó la diosa con la gracia inmediata de una muerte feliz.

El papel de Argos fue importante, al lado de las ciudades del Istmo, en la creación del templo dórico y en la reanudación de la plástica. Con Siracusa, fue tal vez la única ciudad del mundo griego que poseyó un teatro de piedra muy arcaico desde el siglo VI. Aún podemos formarnos un juicio del arte de sus escultores por las estatuas de Cleobis y Bitón (principios del siglo VI), descubiertas en Delfos: estos gloriosos mozos de cuerda eran de cuerpo rechoncho y sólida anatomía, caracteres que se repiten en todos los artistas argivos, especialmente, al final del arcaísmo, en Hageladas, el maestro de Policleto.

Un solo nombre, pero importantísimo, destaca en la historia de la Argos arcaica: el de Fidón, rey considerado como un tirano, seguramente porque no tenía derecho al trono. Condujo muy lejos sus ejércitos, tal vez —se supone— porque fue el primero en comprender el interés que tenía la nueva táctica de los hoplitas: venció a Esparta en Hisiai (669), acudió en ayuda de los de Pisa contra los eleos, se arrogó la presidencia de los juegos olímpicos y actuó con energía contra Corinto y Sicione. También se le atribuyen importantes medidas económicas: habría sido el introductor de la moneda en Grecia, al hacer acuñar las primeras piezas eginéticas, pero no es seguro que poseyera Egina, y es probable que se limitara a establecer un nuevo sistema de pesos y medidas devaluando el pie (de 0,33 a 0,29 m.) y el dracma (pág. 115).

Sus sucesores no sólo no fueron capaces de continuar, sino ni siquiera de conservar su obra, y, en el siglo VI, Argos vivía ya replegada sobre sí misma, en una desconfianza arisca frente a Esparta, que la despojó de sus regiones limítrofes. Se negará a participar en las guerras médicas.

Ciudades del Istmo

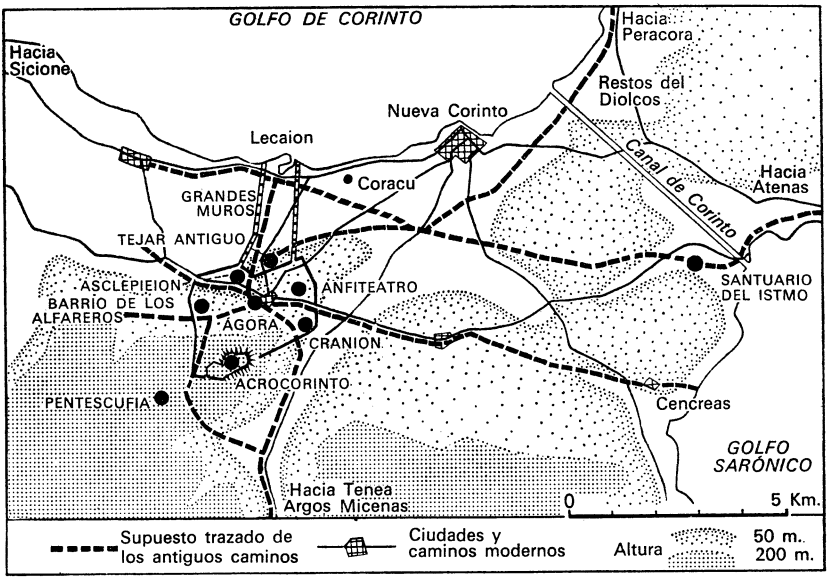
Las tres ciudades del Istmo, Sicione, Corinto, Megara, han de estudiarse juntas, aunque la última sea geográficamente exterior al Peloponeso. Ofrecen evoluciones paralelas: dóricas las tres, pero con importantes elementos predóricos, se hallaban en manos de una poderosa aristocracia territorial, que se vio obligada a ceder el gobierno a tiranos. Económicamente, durante mucho tiempo se mantuvieron rurales, antes de sacar partido de su admirable situación, en el cruce de la ruta marítima de Jonia en Occidente, apenas interrumpida por el transporte del Istmo, y de la ruta terrestre que comunicaba la Grecia continental con el Peloponeso. Pero, aunque tardío —con toda seguridad, no es anterior a mitades del siglo VIII para Corinto, la más evolucionada de ellas—, su despertar comercial fue arrollador, y de ahí su prosperidad, que contrasta con la mediocridad de las demás ciudades del Peloponeso.

Al Oeste, Sicione era una fundación dórica leventada en una fértil llanura, a 3 km del mar. Su territorio, rico en campos de trigo, olivares y viñedos, constituía al principio su riqueza esencial. Mas pronto desarrolló una industria: cerámica y trabajo del bronce, facilitado por la presencia de una tierra refractaria que permitía fabricar moldes para la fundición del metal. Es cierto que sólo poseía un mal puerto artificial, situado frente a Cirra, escala de Delfos; pero el valle del Asopos, en el cual se levantaba, ofrecía un acceso hasta el corazón del Peloponeso, y de ahí el desarrollo de su actividad comercial. Registró un siglo de esplendor, bajo la tiranía de los Ortagóridas. El más célebre, Clístenes, se apoyó quizá en elementos nodóricos, que formaban ya en la ciudad una cuarta tribu, contra los ricos propietarios dóricos, luchó ferozmente contra Argos, participó activamente en la primera guerra sagrada y consiguió un incomparable esplendor para la pequeña ciudad: su victoria olímpica de 572, la estancia en su corte de los famosos artistas cretenses Dipoinos y Escilis, la reunión en Sicione de los más nobles pretendientes del mundo griego, llegados para solicitar la mano de su hija Agaristé, son como los símbolos de este esplendor. Por otra parte, las excavaciones de Delfos han revelado las fastuosas ofrendas que hizo a Apolo: dos edificios, un *tholos* y un monóptero, que artistas de Sicione decoraron con metopas que ilustran leyendas locales. Después de la caída de los Ortagóridas, la ciudad retornó al olvido, y sólo fue conocida por la poetisa Praxila y por una buena escuela de broncistas —el único nombre importante es el de Canacos, a finales del siglo VI—, que producirá hasta el siglo IV.

Corinto tenía dos puertos, Cencreai y Lecaion, en los dos mares, pero esta incomparable situación sólo desempeñó un papel tardío en una historia que, al principio, recuerda la de todas las ciudades del Peloponeso. Sometida, aunque tardíamente, por dorios procedentes de Argólida, conoció la monarquía de los Heráclidas; después, una gran familia aristocrática, los Bacquíadas, adueñóse del poder en el siglo VIII. Luego fue administrada por tres magistrados (rey, pritano, polemarca) —bastante afines a los tres primitivos magistrados de Atenas—, elegidos por un consejo de 200 miembros, mientras que la influencia del *demos* de pequeños campesinos era poco concreta. Contrariamente a lo que se pensó durante mucho tiempo, los Bacquíadas representaban una aristocracia territorial no dedicada al comercio. Sin duda se enriquecieron con los derechos de peaje en los puertos, pero sin participar por sí mismos en el comercio: hacer de ellos unos aristócratas comerciantes, a la holandesa o a la veneciana, sería un grave anacronismo (mapa 10).

A mitad del siglo VIII, inicióse un modesto progreso del comercio y, sobre todo, un primer movimiento de colonización —Corcira, Siracusa—, debido al ansia de tierras que siguió al fraccionamiento de las pequeñas propiedades, no a miras mercantilistas. Pero la crisis social agravóse, agudizada por dificultades con Corcira —contra la cual Corinto trabaría, en 664, el primer combate naval de la historia griega—, hasta que, al final, implantóse la tiranía. La familia de los Cipsélidas permaneció en el poder durante un período de setenta y tres años, cuyas fechas son discutidas: dudamos entre una cronología alta, tradicional (657-584), y una cronología baja (E. Will: hacia 620-550), pues las dos plantean dificultades.

El creador de la dinastía, Cipselos, confiscó y redistribuyó la tierra de los nobles, impuso un diezmo sobre la renta, acuñó las primeras



MAPA 10. Plano general de Corinto (*según* G. Roux)

monedas corintias, siguiendo el patrón euboico, pero con una división del estratero en 3 dracmas y no en 2, lo cual permitía una fácil correspondencia con el patrón eginético, utilizado en el resto del Peloponeso. Su hijo, Periandro —que las fuentes nos describen unas veces como un desenfrenado, y otras como un sabio, y que figura inscrito con este título entre los siete sabios— agravó, al parecer, la tiranía al restringir la libertad individual de los ciudadanos y tomar medidas suntuarias. Favoreció un segundo desarrollo de la colonización, en los mares Jónico y Adriático (Leucada, Ambracia, Epidamno, Apolonia) y en la Calcídica (Potidea). Constituyó un auténtico imperio, pues las colonias mantenían una estrecha dependencia con la metrópoli y servían sus miras comerciales, sobre todo hacia Occidente, al mismo tiempo que ofrecían quizá puestos de relevo en la ruta de Europa Central, donde Corinto intentaba procurarse la plata. El sobrino de Periandro, Psamético, fue derribado, aunque no sin la intervención, siempre hostil a los tiranos, de Esparta.

Sucedió a la tiranía una aristocracia de tendencia moderada. El gobierno quedó en manos de ocho próbulos (consejeros) y de una *bulé* (consejo de ochenta miembros, que se reclutaban no sólo entre la aristocracia tradicional, sino también entre la clase rica). Era el comienzo del reino de Eunomia (Buena constitución), que cantará Píndaro (*Olímpicas,* 13, 6).

Si esta evolución política no presentaba ningún rasgo original, la prosperidad económica de Corinto le aseguró un lugar aparte en la Grecia propiamente dicha, hasta tal punto, que sólo puede compararse con las ciudades de Jonia. Produjo tapices y cobertores, bronces artísticos, perfumes y, sobre todo, cerámica. Eran famosos sus astilleros. Su comercio se dirigía de modo especial hacia Occidente, que inundó con sus vasos a cambio de trigo, del cual llegó a ser el gran intermediario en Grecia. En Oriente, parece ser que Rodas fue el centro principal de su tráfico, que llegaba tanto a Naucratis, en Egipto, como a Al-Mina, en Siria. La ciudad se convirtió entonces en una enorme aglomeración cosmopolita, amante del lujo y los placeres; las hieródulas (cortesanas sagradas) de su templo de Afrodita fueron famosas desde el arcaísmo. No obstante, aproximadamente a partir del 550 —en relación con la caída de la tiranía, si se acepta la cronología baja—, se produjo una crisis económica. Las exportaciones se hicieron más raras, como consecuencia del súbito y triunfal despertar del comercio ateniense, que le hizo la competencia incluso en los mercados más remotos.

Lo mismo que en Jonia, la civilización se aprovechó en Corinto de la prosperidad general. La vida religiosa era intensa alrededor de los dos Heraia (el de la ciudad y el de Peracora), del Afrodisión del Acrocorinto y del santuario de Poseidón en el Istmo (a una docena de kilómetros de la ciudad), donde se celebraban juegos panhelénicos, los juegos ístmicos, que se consideraban fundados por Teseo. Fue notable la participación de Corinto en los primeros progresos de la arquitectura dórica: Píndaro le atribuye la invención de los frontones, es decir, de la decoración de los tímpanos; asimismo, aseguró el éxito definitivo de los revestimientos de terracota. Quizás influyó también resueltamente en el tránsito de la figurilla a la gran plástica y a la escultura monumental, aunque queden muy pocas de sus producciones. Por fortuna se han conservado mejor las obras maestras del arte ornamental en el que sobresalen sus artistas: grandes recipientes, espejos o trípodes de bronce, sobre todo cerámica. Sus vasijas, torneadas en una hermosa arcilla amarillenta y cuya evolución podemos seguir desde el protocorintio hasta el corintio, son notables, de manera especial por la forma en que se adapta la decoración a la superficie a decorar.

En cuanto a la literatura, apareció, desde fines del siglo VIII, con Eumelos, un Bacquíada que, en sus *Corintíacas*, canta los orígenes y los mitos de su patria. Se desarrolla estrictamente en la corte de los tiranos: Arión, un lesbio creador del ditirambo en tierra dórica, es el huésped de Periandro.

Megara se levantaba en el extremo de la avanzadilla dórica. Conservó puro el sistema de las tres tribus, sin la adición de una tribu de no dorios. La línea de su evolución es parecida a la de Sicione o Corinto. La monarquía desapareció ante una aristocracia de grandes ganaderos que acaparó las tierras; el único recurso de los pobres fue entonces la colonización, que practicaron en Sicilia y en el Bósforo, en donde, como metrópoli de Bizancio, Megara era dueña absoluta. Después vivió la tiranía de Teágenes, seguida del retorno al poder de la oligarquía y de perturbaciones

desencadenadas por los demócratas; finalmente, se estableció un régimen moderado. La violencia de las luchas políticas se explica por las condiciones económicas: la llanura de Megara era rica, pero reducida; el resto del territorio, montañoso, servía sólo para la cría de ganado menor, y de ahí los exacerbados odios de los pobres, hambrientos, contra los ricos.

La colonización y el comercio le proporcionaron un feliz sedante. Megara poseía también dos puertos, el más importante de ellos, Nisaia, en el golfo Sarónico. Fabricó vasos bastante ordinarios y tejió la lana de sus corderos para fabricar exómidas (túnicas groseras), que eran muy estimadas por los bárbaros del Norte. En el siglo VI tendió a disminuir su prosperidad. Viose perjudicada por su posición entre dos ciudades importantes, Corinto y Atenas, que la despojaron de parte de su territorio.

Contribuyó poco al helenismo, como no sea, con un gran poeta, Teognis (segundo cuarto del siglo VI) (que cantó el resentimiento de los aristócratas despojados) y un gran arquitecto, Eupalinos, que trabajó en Samos para Polícrates. El triunfo de la democracia permitió el desarrollo de una farsa grosera, la farsa megárica, a la cual los atenienses, pese al profundo desdén de que hacían alarde hacia su cuna, deben muchos rasgos de su comedia.

Egina

Egina, otra tierra dórica, es un caso aparte. Esta isla, estéril y sin agua, no podía vivir de la agricultura, casi inexistente. Paradójicamente, desconoció, al parecer, la crisis social, quizá porque no podía darse en su suelo la gran propiedad, y escapó a la tiranía. No obstante, se enriqueció gracias a su participación activa en la vida de relación, predestinada a la misma por su situación insular en medio del golfo Sarónico, a mitad de camino entre Ática y Argólida, lo cual explica su gran evolución desde el Heládico antiguo. Antiquísimos mitos recuerdan esta gloria primitiva, de manera especial el de Eaco, héroe nacional, padre de Peleo y abuelo de Aquiles y de Ayax, que mereció ser uno de los tres jueces infernales. En la época arcaica se crearon dos puertos artificiales y una marina de guerra y mercante; fue la primera que acuñó moneda en Grecia.

La isla carecía de todas las materias primas necesarias para la industria, e incluso de una buena arcilla plástica. Modelaba toscas marmitas —que ridiculizarán los cómicos atenienses— e importaba bronce para la fabricación de juguetería, así como obras de arte. Son famosos sus escultores: Esmilis trabajó en Samos; Calón, en Trezena y en Amicleas, y ambos, en Olimpia. No lejos de la punta nordeste de la isla, Egina poseía un santuario dedicado a una divinidad local, Afaia, que será identificada con Atenea. Se encontraron los restos de un perímbolo y de un altar pertenecientes al siglo VII. En el siglo VI fue reorganizado el *hierón*, con un propileo y un primer templo, que albergaba el ídolo, en marfil, de la diosa.

Pero su verdadera riqueza era el comercio de redistribución. Sus marinos surcaron el Mediterráneo desde el mar Negro a Naucratis, donde Egina era la única ciudad de la Grecia propiamente dicha que poseía una concesión. Sin embargo, la insostenible competencia de las

ciudades anulará su éxito: Corinto, Samos, Calcis y posteriormente Atenas. Ya no está lejos el momento en que haya de aceptar la ley de Atenas.

Creta

La gran isla, que no tardó en caer bajo la influencia dórica, conservó un numeroso grupo de eteocretenses (verdaderos cretenses), fieles a sus tradiciones e incluso —como se comprueba por algunas inscripciones— a su lengua. Sus instituciones sociales recuerdan, a grandes rasgos, las de Esparta. Ante todo se distinguía una casta de guerreros, descendientes de los dorios conquistadores, educados por el Estado de acuerdo con el sistema de las clases de edad, que tomaban sus comidas en común y vivían juntos en círculos de hombres. Eran los únicos que participaban normalmente en la vida política, aunque, en algunas ciudades, había una o dos tribus asociadas a las tres tribus dóricas. En un plano inferior se hallaba una categoría intermedia, análoga, sin duda, a los periecos lacedemónicos. Finalmente, los siervos, que cultivaban los lotes de los ciudadanos y estaban desprovistos de todo derecho político: análogos a los ilotas, diferenciábanse, no obstante, de ellos, por el hecho de que solían pertenecer a señores particulares, no al Estado, y, al ser menos dura su condición, no se registró ninguna revuelta entre ellos.

Políticamente, Creta estaba dividida en gran número de ciudades —Homero cuenta un centenar—, gobernadas por la oligarquía de los ciudadanos. Contrariamente a lo que ocurrió en Esparta, los reyes habían desaparecido, sustituidos por magistrados anuales, los *kosmoi* (ordenadores), que disponían de amplios poderes y que, al cesar en el cargo, pasaban a formar parte del Consejo. La asamblea del pueblo votaba sin discusión las medidas propuestas. Conocemos en parte la evolución del Derecho gracias a un texto fundamental, grabado en un muro de Gortina. Este código, de principios del siglo I —pero que se remonta al VII y VI por lo que se refiere a sus prescripciones esenciales—, atendía de una manera especial a los asuntos familiares, aunque también a los problemas suscitados por la servidumbre y la esclavitud, los atentados contra las costumbres y los daños causados por animales (lámina 21).

Hoy sabemos cuán viva era su actividad económica. Creta era un puesto de relevo en la gran ruta que iba de Este a Oeste. Aprovechando su posición central en el Mediterráneo, comerció con Rodas, Chipre, Siria, Sicilia, Egina, la Argólida y Egipto. Participó en la fundación de Cirene, de Gela y, tal vez, de Agrigento.

Durante todo el alto arcaísmo hubo un verdadero renacimiento cretense, que se dejó sentir de manera especial en el dominio del arte. Las excavaciones realizadas en la pequeña ciudad de Dreros descubrie-

ron un templo arcaico —o quizá geométrico—, así como los primeros ejemplos conocidos de *sphyrelata;* Gortina y Prinias proporcionaron esculturas que decoraban templos del siglo VII (fig. 23). Los escultores cretenses, o Dedálidas —presuntos descendientes del mítico Dédalo—, fueron los reanudadores de la gran plástica, y sus lecciones fecundaron la renovación artística, principalmente en el Peloponeso; la cerámica cretense influyó, tanto por la decoración como por la técnica policroma, sobre la alfarería de las Cícladas. Nació un sabio lirismo: el gortinio Taletas dirigióse a Esparta a cantar sus peanes e hipoquermos. Y apareció una nueva religión, más conservadora aún que en otras partes de las tradiciones minoicas: Zeus se identificó a la vez con el dios adolescente del Ida y con el dios gallo Velcanos; en todas partes prosiguió el culto a la Gran Madre; curetes y coribantos renovaban sus danzas rituales. Si hemos de dar crédito a la interpretación más lógica del *Himno homérico a Apolo,* los sacerdotes cretenses contribuirían a la instalación definitiva de Apolo en Delfos.

Súbitamente, antes del comienzo del siglo VI, se produjo la brutal interrupción de este renacimiento y ya no se volvió a hablar de Creta durante siglos. Competidores mejor equipados se apoderaron de los mercados. El arte despareció y los cretenses —que, aprovechando los recuerdos minoicos y la influencia oriental, habían elaborado las primeras obras helénicas— se mostraron incapaces de adaptarse a las nuevas condiciones de un mundo en perpetua evolución. Tenemos la impresión de que «la sangre eteocretense, sangre noble pero empobrecida, les impidió dar ciertos pasos» (F. Demargne).

3. ESPARTA

Una de las ramas de los dorios se había instalado en el rico valle del Eurotas, «la hundida Lacedemonia» de Homero. Tras duras luchas, sometió a los aqueos, especialmente a los de Terapne, pero viose obligado a llegar a un acuerdo con Amicleas, que resistió desesperadamente. En un lugar vecino, y todavía virgen, fundáronse en el siglo IX poblados, de cuyo sinesismo nacerá Esparta, la única ciudad de Laconia —y ésta es la primera originalidad de los dorios de Laconia frente a sus hermanos de Mesenia y de Argólida—. ¿Debió su nombre la nueva ciudad a una ginesta que crecía abundante en la llanura, o a las sementeras, habida cuenta de la fertilidad del terreno? No se ha llegado a un acuerdo en este sentido. En cuanto al término Lacedemonia, subsistió para designar a la ciudad en sus relaciones exteriores.

Los Iguales y la desigualdad social

Si Esparta no se parecía a ninguna otra ciudad, debíase a la rigidez de su sistema social, formado por tres clases, claramente especializadas e intensamente jerarquizadas. Los ciudadanos, o Iguales *(Homoioi)*, eran los únicos que disfrutaban de derechos políticos. Para pertenecer a este cuerpo era preciso haber nacido de padres ciudadanos y haber recibido la educación dispensada por el Estado. Les estaba prohibido dedicarse a una actividad artesana o comercial, como la de cultivar la tierra: vivían de los censos de un lote *(kleros)*, concedido a título hereditario en el valle del Eurotas (tierra política). Su única razón de ser era el servicio de las armas, al cual consagraban toda su existencia, después del duro adiestramiento de la infancia y de la adolescencia.

También hombres libres, los periecos (los que viven alrededor), valorizaban la *perioikis* (espacios menos fértiles del valle), dedicábanse a la agricultura, a la cría del cordero y del cerdo, y practicaban el comercio y la artesanía. Agrupados en grandes poblados, un centenar aproximadamente, disfrutaban de una amplia autonomía, sin poseer, por lo demás, ningún derecho sobre la política de la ciudad.

Finalmente, una clase de oprimidos, los ilotas, siervos del Estado puestos a disposición de los ciudadanos para el cultivo de los *kleroi*. Los ilotas eran «hombres de los pantanos», o «los habitantes de Helos», una pequeña aldea laconia, o «prisioneros». En todo caso, lo cierto es, según estas etimologías propuestas por los antiguos, que representan a aborígenes vencidos por los invasores. Su situación material era tolerable: habitaban en casas aisladas, sin más obligaciones que el censo *(apophora)* debido al señor —70 medimnos de cebada para el señor, 12 para su mujer, frutas, vino y aceite en la misma proporción— y el servicio en el ejército en caso de necesidad, por lo general, como infantes ligeros o como peones.

Pero no estaban protegidos por la ley, y su condición moral era una de las más sombrías de todo el mundo antiguo: emborrachados para inspirar la sobriedad a los niños, muertos en las misteriosas expediciones de los jóvenes, vivían en una abyección deliberadamente buscada por los Iguales, en un envilecimiento metódico, en el terror organizado.

Los antiguos no dudaban en ver en un sistema tan horrible, la herencia de la conquista; según ellos, la oposición ciudadanos-ilotas perpetuaría la oposición de los dorios vencedores y los aqueos vencidos. Algunos autores modernos se niegan a ver en el derecho de la lanza la explicación de la sociedad espartana: la evolución económica habría entrañado la servidumbre de los pequeños propietarios a los *landlords*, en un Estado conservador que no conoció el equivalente de la *seisákhtheia* ateniense *(Kahrstedt)*. Pero esta tesis es absurda: si la reducción a la esclavitud hubiera sido la consecuencia de las deudas, los ilotas habrían pertenecido a particulares, no a la colectividad.

Así, pues, tanto para Esparta como para Tesalia y Creta, hemos de volver a la teoría étnica de la antigüedad, aunque sensiblemente matizada. La mezcla de las poblaciones debió de ser considerable, puesto que ilotas y ciudadanos hablaban el mismo

dialecto dórico. Dorios poco favorecidos pudieron muy bien convertirse en ilotas y, a la inversa, algunos aqueos, como los de Amicleas, consiguieron introducirse en la comunidad de los vencedores. En cuanto a los periecos, eran un cuerpo híbrido en el que dorios llegados tardíamente se mezclaron con predorios lo bastante fuertes para escapar al ilotado.

Estamos tentados de ver una aportación específicamente dórica en este cuadro tan riguroso. Los conquistadores procuraron inmovilizar deliberadamente el estado social tal como había surgido de su victoria, y perpetuar una sociedad igualitaria y comunitaria, de tipo dórico, en la que el hombre libre, identificado con el combatiente, vivía de la ruda explotación de siervos atados a la gleba. Pero aún debemos indicar que este punto de vista sobre el problema social, que nos parece el más razonable, dista mucho de ser aceptado por todos.

Algunos opinan que Esparta conoció desde el principio una aristocracia de grandes propietarios: la igualdad posterior, que debemos aceptar aunque sólo fuera por el nombre de los Iguales, resultaría de una ampliación de la comunidad, consecuencia de las reivindicaciones de los pequeños propietarios contra los privilegiados, y sería, por tanto, el resultado de una especie de movimiento democrático que engendró, como no es raro en la antigüedad, la constitución de una clase más amplia de privilegiados (¿en el siglo IX, o bien en los siglos VII-VI?). Algunas nuevas distribuciones de *kleroi*, sobre todo después de las guerras de Mesenia, acrecentaron el número de los ciudadanos y respondieron a aspiraciones que dudamos en calificar de democráticas. No obstante, creemos que el igualitarismo fue lo primero y fundamental en Esparta: por otra parte, Platón recordaba que la tierra había sido repartida sin discusión entre los dorios.

Mas el ejemplo de Esparta demuestra que ninguna sociedad puede escapar a la ley de la evolución. Su organización social, perfecta en apariencia, ocultaba defectos que poco a poco irían minándola. En primer lugar, la igualdad iba contra natural, y desde fines del arcaísmo se manifestó una desigualdad efectiva bajo la fachada igualitaria. En efecto, por una parte no estaba prohibido que el ciudadano poseyera bienes dentro de la *perioikis*, lo cual hacía inútil una distribución rigurosamente igual de los lotes. Por otra parte, una hija epiclera —es decir, heredera única de un hombre sin hijo varón— podía casarse con un ciudadano ya dotado, que desde entonces disfrutaba de dos *kleroi:* extraña concesión hecha al sistema de la propiedad familiar en el país de la tierra política.

Es cierto que aún estamos muy lejos, a fines del arcaísmo, de las escandalosas desigualdades de fortuna que arruinarán a Esparta en el siglo IV. En conjunto, siguen siendo pobres y viven en una parca austeridad. Pero bastará que Esparta se abandone a las seducciones de las sociedades mercantilistas para que se arruine todo el orden antiguo.

Además —e incluso con independencia de toda consideración moral—, el ilotado era una monstruosidad. Los ilotas eran numerosos, quizás 10 por cada ciudadano —en Platea, el ejército espartano, que evidentemente no los movilizó a todos, comprendía 7 por cada ciudadano—. Por otra parte, vivían en un estado tal de miseria moral, que la revuelta era su único recurso contra la opresión y el desprecio. Una terrible amenaza pesaba, pues, sobre la ciudad, y se llegó a la paradoja de un Estado provisto del más poderoso ejército del mundo griego, pero que no podía utilizarlo para expediciones lejanas por temor a los ilotas que vivían en el interior.

Oligarcas y reyes

Los antiguos pusieron las instituciones espartanas bajo el patronato de Licurgo. Pero todo era inconsistente en la persona de este legislador, en el cual se ha pretendido ver recientemente al héroe de una de aquellas cofradías de hombres en forma de lobo, que debieron de tener gran importancia en la primitiva Esparta (H. Jeanmaire).

La constitución no fue creada en bloque por Licurgo, pese a K. Chrimes, que, además, sitúa esta creación en una fecha demasiado alta (809). Por el contrario, la ciudad se organizó progresivamente. El primer documento que puede aportarse es la *Gran Rhetra* (ley), que representó sin duda, en la primera mitad del siglo VIII, la ley orgánica de la *polis* nacida del sinesismo de cinco aldeas. Menciona los dos reyes, el Consejo, la Asamblea que parece soberana. Hacia mitad del siglo VIII, reyes y Consejo recibieron el derecho de levantar las sesiones «si el pueblo decide en contra», y, tal vez en 754, aparecieron unos magistrados, los éforos, que limitaron la autoridad, hasta entonces discrecional, de los reyes.

Estas medidas han sido interpretadas por quienes no creen en la igualdad primitiva como una doble victoria de la aristocracia sobre el pueblo y sobre los reyes. Nosotros opinamos que los legisladores tradicionalistas que inspiraron esta reforma quisieron a un mismo tiempo reforzar los poderes de la comunidad igualitaria e imponerle unos guardianes para preservarla de toda desviación.

En los siglos VII y VI, la constitución, definitivamente organizada, se presenta más claramente, con sus resortes esenciales: reyes, éforos, consejo, asamblea. De entre las ciudades importantes del mundo griego, Esparta fue la única que conservó la realeza. Tenía dos reyes, escogidos entre las dinastías de los Agiadas y los Euripóntidas, la primera de las cuales era, sin duda, aquea, y la segunda, dórica. La doble monarquía, que tantos problemas plantea a los modernos, sería, pues, el resultado de un acuerdo concluido entre dos comunidades en el momento de la conquista. Así se explicarían, sobre todo, los constantes y tradicionales desacuerdos entre las dos familias y la estricta prohibición impuesta a sus miembros de casarse entre sí.

Los reyes, que poseían grandes riquezas y estaban investidos de grandes honores, conservaban un poder absoluto sobre el ejército, que podían llevar dónde y cómo les pareciera. Al ejercer los sacerdocios de Zeus Lacedemonio y de Zeus Uranio, poseían grandes atribuciones religiosas. Por lo demás, eran rigurosamente supervisados por los éforos, los cuales les tomaban cada mes el juramento de reinar «de acuerdo con las leyes vigentes». A finales del siglo VI, y como consecuencia de la actuación del rey Cleomenes, aumentó aún más la influencia de los éforos.

Los cinco éforos eran elegidos para un año por la *gerusia*, de acuerdo con el extraño sistema del voto por aclamación, propicio a muchas maniobras. Simples observadores de astros al principio —de ahí el nombre de uno de ellos, figura, en parte mítica, de un enemigo declarado del poder real, Asteropos (el Observador de astros)—, se convirtieron (¿desde 754?) en magistrados que vigilaban todo lo referente

a las leyes y a la educación de los niños, regulaban la vida pública de los ciudadanos y la conducta de los reyes, y actuaban como jueces en materia civil. Más allá de estas atribuciones, se hallaban investidos de un poder oculto, tanto más terrorífico por cuanto que, al dejar el cargo, sólo debían rendir cuentas a sus sucesores.

El Consejo (*gerusia* = Senado, aunque los paladines de la aristocracia espartana prefieren el nombre de *gerokhia* = asamblea de los privilegiados) comprendía 28 gerontes, elegidos vitaliciamente por aclamación entre los viejos de más de 60 años, y los dos reyes. Se reunían, en fechas fijas, «entre Babicé y Cnación», a la vez como corte superior encargada de juzgar los procesos importantes y como consejo que preparaba las resoluciones de la asamblea. Su influencia era decisiva sobre todo en la dirección de la política exterior.

Finalmente, la asamblea del pueblo *(apella)* integraba a todos los Iguales. Elegía los éforos y los gerontes y deliberaba sobre todos los asuntos. Pero los debates eran sumarios, y las decisiones se tomaban casi siempre por aclamación. Los ciudadanos eran, pues, consultados, aunque apenas hacían algo más que ratificar las medidas que se les proponían.

Constitución, pues, eminentemente oligárquica, ya que sólo una minoría muy reducida, la de los *Homoioi,* participaba en los asuntos oficiales; sin embargo, en el seno de esta olirgaquía, todos los ciudadanos gozaban de los mismos derechos. La evolución, a finales del siglo VI, tiende incluso a reforzar el igualitarismo, limitando el poder de los reyes en beneficio del poder de los éforos, que eran los representantes de la comunidad.

Hay quienes se han recreado imaginando secretos resortes que habrían movido toda la máquina política en provecho de un núcleo de ciudadanos enérgicos que dirigían a Esparta sin desmayo, por un camino siempre recto, bajo el cambiante gobierno de los éforos (P. Roussel). Pero, ¿no puede explicarse de una manera mucho más simple la permanencia, digna de ser subrayada, de la política espartana? En Esparta, la educación rompió los particularismos y aplastó las tendencias innovadoras; en cuanto a la gerontocracia inherente al sistema, imponía un gobierno conservador. Y así, quienes aspiraban al poder —sabemos que abundaban los candidatos y que las intrigas eran con frecuencia vivas— tenían como único objetivo el mantenimiento de un pasado que, desde hacía ya bastante tiempo, había sido superado en las otras ciudades.

Esparta se nos presenta claramente como un fenómeno sociológico casi único, como un anacronismo viviente, con su feroz decisión de mantenerse fiel a sus esquemas ancestrales y a su sociedad igualitaria, heredada de las edades más remotas; sin embargo caeríamos en la novela histórica si intentáramos buscar en ella un enigma.

El imperialismo espartano

La cohesión interna del Estado fue uno de los motivos del constante desarrollo del poderío espartano. Tan pronto como terminó la conquista de Laconia, procuró extenderse hacia el Oeste en perjuicio de los argivos, y hacia el Norte a expensas de los arcadios. Entre 736 y 720 (?) llevó a cabo una dura guerra contra los mesenios, y, pese a la heroica resistencia de éstos en el monte Itomo, logró someterlos. Esta primera guerra de Mesenia marcó un hito en su expansión: los mesenios vencidos fueron reducidos al estado de ilotas; las tierras ricas del valle del Pamisos fueron distribuidas, a título de *kleroi*, entre nuevos ciudadanos, mientras que el contorno montañoso fue incorporado a la *perioikis*. De esta forma se acrecentó el número de los Iguales, punto de partida de la potencia militar de Esparta.

Este gran éxito fue seguido, en el siglo VII, por violentas dificultades. Esparta fue vencida en Hisiai por Fidón de Argos (sin duda, su única derrota en todo el arcaísmo). Hacia el 650, los mesenios, que no se resignaban a la esclavitud, se rebelaron, y entonces estalló la segunda guerra de Mesenia, más dura y feroz aún que la primera. Su jefe, el valiente Aristomenes, sucumbió a la traición, después de treinta años de luchas en las que Esparta hubo de desplegar todas sus energías, como atestiguan las *Elegías* de Tirteo. Reducidos de nuevo a la esclavitud, sólo soñaban, lo mismo que los ilotas de Laconia —llamados *antiguos ilotas*—, con dar muerte a sus amos; pero Esparta se mantuvo lo bastante fuerte como para mantenerlos a raya hasta el siglo IV.

En el siglo IV, Esparta ayudó a los eleos a aplastar Pisa, y luego intentó en vano conquistar Arcadia. Modificando entonces de pronto su política tradicional, renunció a la expansión territorial directa y procuró reunir en torno a ella, mediante tratados de alianza, el mayor número posible de ciudades. De esta forma constituyeron lo que hoy llamamos *Liga del Peloponeso* —los textos antiguos dicen sólo «los lacedemonios y sus aliados»—, que pronto extendió su influencia sobre todo el Peloponeso, a excepción de la irreductible Argos y de Acaya. Sin pagar tributos, las ciudades sólo aportaban, cuando se lo pedían, contingentes cuyo mando se reservaba.

Este sistema, muy flexible, cuyo iniciador sería, al parecer, el misterioso éforo Quilón, no tardó en mostrar su eficacia. A finales del siglo, Esparta se lanzó a empresas cada vez más lejanas y audaces, en el Oriente griego y, sobre todo, en la Grecia Central y en Atenas. Es cierto que las desordenadas ambiciones de Cleomenes, que dirigió contra Atenas la coalición de los beocios y calcidios, dieron como resultado, en 506, una verdadera desbandada. Pero el prestigio de Lacedemonia apenas perdió integridad, y, al estallar las guerras médicas, nadie discutirá su hegemonía sobre todos los griegos.

Este prestigio era debido no sólo a los aliados de que estaba rodeada, sino también al valor de su ejército, el único del mundo griego

integrado por profesionales. Aunque no poseía caballería y su marina —que le proporcionaban las ciudades periecas de la costa— insignificante, sus ciudadanos-soldados formaban una irresistible falange, apoyada por los hoplitas periecos y los ilotas, de armamento ligero. Tirteo (fragmento 11) nos los describe en versos enérgicos: «Que cada uno se mantenga firme sobre sus piernas separadas, que afiance sus pies en el suelo, muerda el labio con sus dientes. Que cubra sus muslos y sus piernas, su pecho y sus hombros bajo el vientre de su amplio escudo. Que su diestra blanda la poderosa lanza, que agite sobre su cabeza el temible penacho». Con una táctica rudimentaria —avanzar sin romper sus filas, hasta obligar al enemigo a ceder y abandonar el campo de batalla—, los soldados espartanos serán invencibles hasta Leuctra (371).

Disciplina y austeridad

Desde la antigüedad era un tópico alabar la austeridad de los espartanos. Una austeridad que el ciudadano aprendía a sus expensas desde la infancia. Tan pronto como venía al mundo, el reciennacido era presentado a los viejos de su tribu, los cuales, si no les parecía bien formado, ordenaban que fuese precipitado en un barranco del Taigeto. Si merecía vivir, recibía una educación, que mejor podríamos llamar *adiestramiento (agogé)*, enteramente organizada por el Estado. Desde los 8 años era incluido en formaciones (*agelai* = rebaños) de distintas categorías, según la edad, las cuales, pese a las apariencias, recuerdan más la *Hitlerjugend* que los *boy-scouts*. He aquí el ciclo que debía seguir:

De 8 a 11 años — Muchachito	1, *robidas* (significado desconocido). 2, premuchachito. 3, muchachito. 4, premuchacho.
De 12 a 15 años — Muchacho	1, muchacho de primer año. 2, muchacho de segundo año. 3, futuro ireno de primer año. 4, futuro ireno de segundo año.
De 16 a 20 años — Ireno	1, ireno de primer año. 2, ireno de segundo año. 3, ireno de tercer año. 4, ireno de cuarto año. 5, ireno jefe.

Se le enseñaba a leer y escribir en grado mínimo; la música se cultivaba más, puesto que exaltaba el ánimo y acompañaba al soldado en el combate; pero la gimnasia y el manejo de las armas, tras un breve aprendizaje directo de la profesión militar, constituían la base de este adiestramiento, que a veces ha sido excesivamente admirado, cuando,

en realidad, inculcaba al niño sólo un «ideal de suboficial de carrera» (H. I. Marrou). Se procuraba desarrollar en él la disciplina y el sentido comunitario. Plutarco, en su *Vida de Licurgo* (25), escribió esta terrible frase: «Acostumbraron a los ciudadanos a no querer, a no saber vivir solos, a estar siempre, como las abejas, unidos, para el bien público, en torno a sus jefes».

Extraños ritos, que se remontaban a la más alta antigüedad, tendían también a curtir al futuro ciudadano. Al pasar de la infancia a la adolescencia, habían de pasar un año de retiro cerca del santuario de Ortia. Durísimos combates —en los cuales estaban permitidos todos los golpes— se organizaban en Platanistas (islote del Eurotas) entre dos grupos de la misma edad; ante el altar de Artemis, un grupo intentaba coger unos quesos, protegidos por otro grupo armado de garrotes. El remate de las iniciaciones eran las Gimnopedias, durante las cuales, los muchachos soportaban una agotadora estancia de pie, desnudos en pleno sol, entre los coros de danza. Otras prácticas estaban reservadas, al final del irenado, a un grupo escogido, que debía vivir a la manera de hombre-lobo, sin dejarse ver, y matar ilotas: era la *criptia* (vida secreta), que habilitaba para entrar en el cuerpo de los *hippeis* (infantes, a pesar de su nombre, que servían de guardia al rey o de policía secreta a los éforos).

En cuanto a las muchachas, se procuraba hacer de ellas únicamente unas buenas reproductoras, capaces de alumbrar hijos vigorosos. Debían practicar la gimnasia y acostumbrarse a aparecer desnudas en las fiestas. Los atenienses escarnecían muchas veces a estas fenoméridas (que enseñan los muslos).

El hombre adulto no escapaba tampoco a la influencia del Estado. Hasta los 30 años dormía junto con sus compañeros de edad, como hacía desde los 12 años; si quería reunirse con su mujer, podía hacerlo, aunque a escondidas. También podía tener su casa, aunque había de seguir participando, una vez al día, en las comidas en común *(sisitias)*, heredadas de la primitiva camaradería guerrera, a las que debía aportar su cuota, so pena de ser expulsado del número de los ciudadanos. En ellas se consumía la famosa e infame salsa negra, y no se disfrutaba de las distracciones intelectuales o artísticas corrientes en los *symposia* de otras ciudades.

Las mujeres tenían gran libertad, ya que la vida familiar quedaba reducida a muy poca cosa. Aristóteles las criticaba por su inmoralidad y su autoritarismo. De hecho, las costumbres sexuales eran bastante libres: sabemos de tres hermanos que poseían en común a la misma mujer, y Plutarco nos ha transmitido extrañas prácticas. Y, con gran escándalo por parte de los otros griegos, las mujeres habían de cargar a veces con graves responsabilidades, a causa de las frecuentes ausencias de sus maridos, retenidos en campaña o en maniobras. Eran muy hábiles en administrar su fortuna y aumentar los recursos del hogar, ya que podían practicar el comercio.

Deliberada muerte de una civilización

La actividad económica de Esparta no es comparable a la de las otras grandes ciudades. Se negó radicalmente a adoptar la moneda y se mantuvo fiel al antiguo sistema de piezas de hierro. Sin embargo, la agricultura y la ganadería eran prósperas, y las creaciones de su

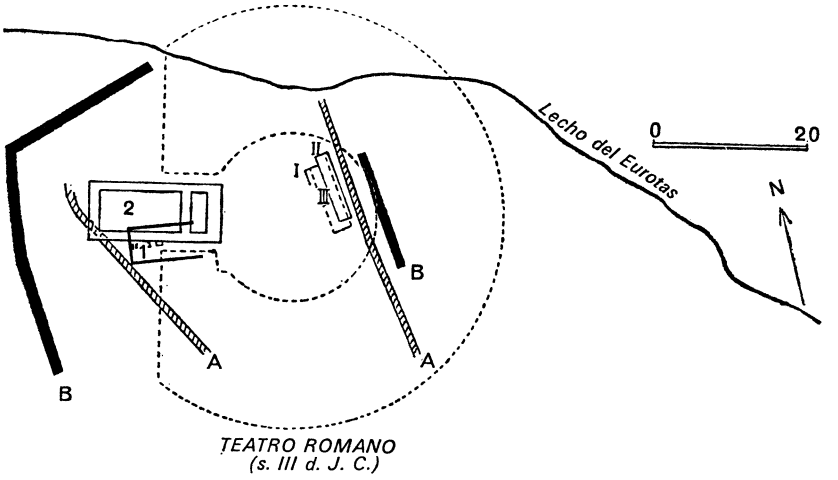


FIG. 33. El santuario de Artemis Ortia en Esparta *(según R. M. Dawkins)*. *Muros del recinto: A*, primitivo, siglo VIII; *B*, arcaico, hacia el 600. *Templos:* I, primitivo, siglo VII (templo con columnata medial); 2, arcaico, hacia el 600 (sin columnata) (reconstruido en el siglo II a. de J. C.). *Altares:* I, primitivo (siglo VIII); II, arcaico (siglo VII); III, romano (siglo III de J. C.). (El altar de la reconstrucción del año 600 no ha sido encontrado).

Ortia, identificada con Artemis, es una divinidad espartana y por tanto reciente, dado que Esparta no se fundó hasta el siglo IX, pero es evidente en ella la herencia de una diosa creto-micénica: en los *exvotos* arcaicos, vestida como una diosa del segundo milenio, lleva el arco y la rodean grandes leones. Sus atribuciones son las de una Gran Madre: fertilidad y fecundidad, protección contra las miasmas de los pantanos, guerra y caza, educación de los hijos.

Las excavaciones inglesas, efectuadas en su santuario, permitieron establecer una estratigrafía bastante precisa del yacimiento: siglos X-IX: tejuelas geométricas. Siglo VIII: primer períbolo y primer altar. Siglo VII: segundo altar, primer templo (de madera sobre un zócalo de piedra, con hilera de columnas mediales). Destrucción del santuario por una inundación del Eurotas y de ahí una reconstrucción general hacia el 600, después de una subida del nivel a causa de un terraplén de arena. Siglo II a. de J. C.: reconstrucción del templo. Siglo III de J. C.: altar romano; teatro romano

artesanía de lujo (exvotos, cerámica) se exportaban fácilmente. Por otra parte, la importacia del trabajo del marfil atestigua un comercio regular con el Oriente.

No es extraño, pues, que se desarrollara en Esparta, hasta mediados del siglo VI, una brillante civilización, émula de las ciudades más fastuosas de Grecia. Se cultivaba la poesía, la música, la danza. Era visitada por los más famosos poetas, y algunos establecieron en ella su morada: el nomo estaba representado por Terpandro de Lesbos y Polimnesto de Colofón; el lirismo coral, por Taletas de Gortina y Alcmán de Sardes; la elegía, por Tirteo de Atenas. Dos de estos extranjeros expresaron dos aspectos opuestos y complementarios del alma

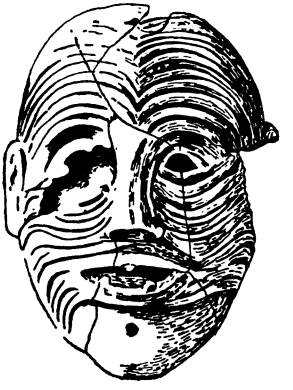


FIG. 34. Máscara arcaica de danza, del santuario de Artemis Ortia. Museo de Esparta *(según Ch. Picard)*

espartana: Alcmán cantó, con galante y encantadora delicadeza, a las robustas muchachas para las cuales compuso sus parteneas; Tirteo exaltó, con varonil simplicidad, el heroísmo del guerrero cuyo único ideal lo constituía su patria.

La ciudad se cubrió de hermosos edificios religiosos: el templo de Atenea Calcioicos, en una terraza al norte de la acrópolis, debe su nombre a los relieves de bronce con que lo decoró Gitiadas, a principios del siglo VI; en los pantanos que bordeaban el Eurotas se levantaba el Limnaion (fig. 33), *hierón* de Ortia, una divinidad de la fecundidad identificada con Artemis, objeto de un culto muy ferviente si hemos de dar crédito a la multitud de exvotos que allí se encontraron (fig. 34). En los barrios próximos se veneraba, en el Menelaion, a Menelao y Helena, héroes aqueos de Laconia, y en el Amiclaion, al hermoso Jacinto y a Apolo. Para decorar el «trono» del dios, los espartanos no dudaron en llamar a un artista famoso, Baticlés, que cubrió todo el edificio con relieves impregnados de la gracia, algo gárrula, de Jonia (figura 35). Las pequeñas ofrendas de marfil y de plomo eran numerosas en todos los santuarios, especialmente en el de Ortia —diosas

domadoras de leones, guerreros—; además, se exportaron a Asia e incluso a Cirene.

Finalmente, los ceramistas produjeron admirables copas altas, decoradas a menudo con pájaros, que tenían también gran aceptación. Los especialistas no han decidido aún si la más hermosa copa laconia, la de Arcesilao (que se conserva en el Cabinet des Médailles), proviene de un taller de Esparta o de una sucursal de Cirenaica.

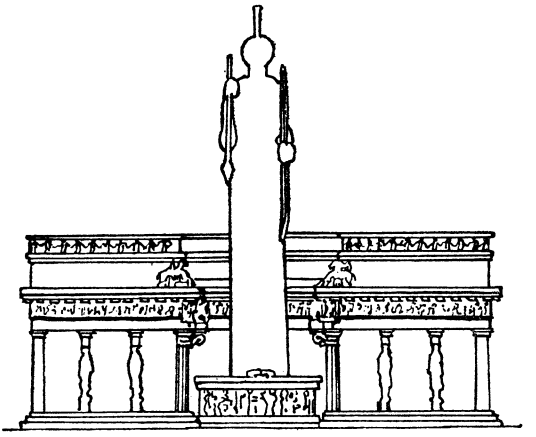


FIG. 35. Reconstrucción del « trono » de Apolo en Amiclea *(según E. Buschor y W. von Massow)*

En resumen, Esparta se hallaba abierta al exterior cuando de pronto, a mitad del siglo VI, se replegó sobre sí misma y se cerró a las influencias extrañas. Ni los espartanos estaban autorizados para viajar, ni los extranjeros para detenerse allí. Lentamente, la vida se anquilosó; se siguió cantando en honor de los dioses, pero los viejos poemas; se dejó de construir; la cerámica se marchitó a partir del 550, para desaparecer hacia el 500. Una ciudad en la que la influencia de Oriente era muy importante y que sabía aliar a su virilidad un encanto, a menudo gracioso, se encerró en una definitiva austeridad.

No conocemos bien las causas de un cambio tan violento. Sin duda los dirigentes temieron que se afeminara su vigor y que, a la larga, se desencadenara una evolución que temían por encima de todo. Los espartanos jamás hacían las cosas a medias: cortaron por lo sano y amputaron cuanto pudiera amortiguar su rudeza. En adelante, Esparta no volverá a sonreír.

Es difícil hablar objetivamente de Esparta, que, tanto en la Antigüedad como en nuestros días, ha sido tan desmesuradamente admirada como desmesuradamente denigrada. El historiador está obligado a re-

conocer las raras cualidades que le permitieron imponerse como la ciudad más fuerte de Grecia: valor, disciplina, tenacidad, todo cuanto los apotegmas lacedemonios de época tardía convirtieron en lugares comunes, pero que fue una realidad viva durante el arcaísmo. Tucídides (1, 84) puso en boca del rey Arquidamos una admirable evocación de la «reflexiva prudencia» de los espartanos, que define una constante de su carácter y de su política:

«A nuestro buen orden debemos dos cualidades: la virtud guerrera y el buen juicio; la primera, porque el sentimiento del honor vigila de cerca la sabiduría y el valor, el temor a la deshonra; por otra parte, el buen juicio, gracias a nuestra formación: ésta no nos da tanta sagacidad como para despreciar las leyes, y el rigor de que se rodea nos hace demasiado razonables para desobedecerla».

Pero ni este valor ni este juicio pudieron disimular todo el egoísmo innato que actuó en su constitución oligárquica, la senilidad en su inmovilismo, el desprecio a los bienes espirituales en su ruptura con la civilización.

4. UNA DEMOCRACIA EN GESTACIÓN: ATENAS

El Ática, poblada por jonios desde principios del segundo milenio, gozó ya de gran prosperidad en la época aquea, como lo atestigua la importancia de los vestigios micénicos de la Acrópolis y sus alrededores. Protegida tras su recinto de montañas, fue respetada por las invasiones dóricas, e incluso ofreció un refugio a muchos jonios expulsados del Peloponeso. Gracias a esta afluencia fue protagonista, durante el protogeométrico y el geométrico, de un vivo desarrollo, que entonces hizo de ella la región más civilizada de toda Grecia. Contrariamente, pues, al Peloponeso y a Tesalia, no tuvo que sufrir la servidumbre de una parte de su población bajo los vencedores, hecho en el que se puede ver, sin exageración, el origen del sistema social, relativamente flexible, que conoció en todo momento.

Por un confuso recuerdo de estos hechos, que le aseguraron un lugar aparte en la Hélade, los atenienses del siglo v se complacieron en proclamarse autóctonos, es decir, nacidos de la misma tierra.

Una sociedad patriarcal

Los cuadros sociales de la Atenas arcaica se repitieron, con variantes de detalle, en muchas ciudades jónicas. Hay buenos motivos, pues, para suponer que representaban la organización primitiva de las sociedades jónicas y se remontaban a fechas muy antiguas. Había cuatro tribus, que llevaban los enigmáticos nombres de Geleontes, Egi-

coreis, Argadeis y Hopletes. El principio de la repartición no era territorial, puesto que eran anteriores a la instalación de los jonios en el Ática. Al parecer, tampoco fue profesional, aunque pudiéramos caer en la tentación de interpretar las voces que los designan como brillantes (nobles), cabreros, trabajadores y hombres de armas. ¿Tenían un origen étnico, como ocurrió tal vez con las tres tribus dóricas? ¿O se trataría más bien de una agrupación de hombres que practicaban los mismos cultos (por ejemplo, en el Ática existía un Zeus Geleón)? No nos atrevemos a tomar una decisión. En fecha posterior, cada tribu tuvo su rey *(phylobasileus)*, pero no sabemos si esta institución era primitiva.

La tribu se dividía en tres fratrías (hermandades), cuyos miembros se reconocían como hermanos, es decir, descendientes de un antepasado único. Con poquísimas excepciones, sus nombres, terminados en *-idai* o *-adai* (hijo de) (Thyrgonidai, Akhniadai...), recuerdan este común origen. Celebraban la fiesta de las Apaturias, que era, según su etimología, la de «los hombres que tienen un mismo padre». El tercer día de la festividad, los padres presentaban a la fratría los hijos nacidos durante el año: después de un voto, el niño era admitido en la comunidad, lo cual le garantizaba los derechos de ciudadanía y sucesión. Honraban a la vez a dos dioses protectores de la fratría: Zeus Fratrios y Atenea Fratria.

La fratría subdividíase, a su vez, en clanes *(gene)*, integrados por familias. Aristóteles asegura que había 30 *gene* por fratría y 30 familias por *genos*, lo cual haría 10 800 familias, población inadmisible para la primitiva Atenas. De hecho, conocemos menos de un centenar de *gene*, y posiblemente no fueran mucho más numerosos. La mayoría llevaban el nombre de su antepasado común (Alcmeónidas, Cimónidas...); algunos, el nombre de una función sagrada (Eumólpidas = buenos cantores; Cerices = heraldos...) o de un lugar (Cefisios, del río Cefisos...). Sus miembros se consideraban homogalactos (que se han alimentado con la misma leche). Tenían en común ciertos cultos, especialmente los de Apolo Patroos y el del antepasado epónimo, así como una sepultura. No existía la propiedad colectiva del *genos*, pero la posesión de la tierra quedaba estrechamente ligada al clan, de forma que, hasta Solón, un ciudadano sin hijos no podía legar sus bienes fuera del *genos*. La solidaridad era también muy estrecha en el dominio criminal, ya que el *genos* entero se veía alcanzado por la ofensa hecha a uno de sus miembros, por lo cual se producían interminables venganzas en cadena.

Entre los miembros de los clanes (los genetas), celosos todos ellos de sus orígenes, se distinguió, sin duda desde el principio, una aristocracia, enriquecida por la posesión de las mejores tierras: los Eupátridas (los que tienen buenos padres); las otras familias, que cutivan trozos menos fértiles, constituían los trabajadores *(georgoi)*.

Pero, al margen de esta sociedad cerrada, se desarrolló una plebe no integrada en los *gene* y formada más por la escoria de éstos y por

nuevos inmigrantes que por descendientes de las poblaciones prehelénicas. Se dedicaba a la artesanía y al comercio, o bien a explotar pobres propiedades, ganadas tardíamente para el cultivo después de la apropiación realizada por los genetas. Sus miembros eran los *demiurgoi* (literalmente, artesanos). Aunque desprovistos del derecho de ciudadanía, no eran totalmente extraños a la vida de la comunidad. Se agruparon en asociaciones para el culto, u orgeones (la palabra parece prehelénica, lo cual es digno de observarse), que procuraban introducirse, si no en los clanes, ferozmente impermeables a toda aportación exterior, por lo menos en las fratrías, que constituían el armazón del estado civil. Según el testimonio de Filocoro, una ley ordenó a las fratrías admitir a los orgeones lo mismo que a los *gene*, pero no podemos precisar en qué fecha ni a causa de qué presiones fue tomada esta medida, que tal vez fuese el primer paso vacilante de Atenas en el camino de la democracia (¿final del siglo VI, o época de Solón?).

El Estado ateniense y los nobles

El Ática estuvo al principio fraccionada en muchos principados independientes, a lo cual parecía predisponerla un relieve hecho de pequeñas llanuras, separadas por barreras montañosas. La tradición conservó el recuerdo de las luchas, a menudo duras, que enfrentaron entre sí a los reyes de las diversas aldeas, especialmente Eumolpos de Eleusis y Erecteo de Atenas. Esta tradición atribuía una importancia primordial a Teseo, que, originario de la rocosa Afidna, al norte de Maratón, impuso a todo el país una unidad, que debía resultar definitiva. Pero la fecha de este sinesismo escapa casi totalmente a la investigación histórica, a causa del carácter mítico de su promotor, ya que este mismo Teseo intervino también en el ciclo del Minotauro, por lo cual, según todas las apariencias, correspondería al siglo XV. Algunos han bajado este fecha hasta el siglo VIII. No obstante, y habida cuenta de que Atenas aparece ya en el *Catálogo de las embarcaciones* como un Estado unificado —«la bella ciudad, pueblo de Erecteo, el de gran corazón» (*Ilíada*, 2, 546 ss.)—, tenemos sólidas razones para situarla, por lo menos, en el siglo XIII.

Desde luego, no todos los particularismos locales desaparecen de golpe. El mismo nombre de la ciudad siguió siendo un plural; subsistieron algunas formaciones locales, como la tetrápolis de Maratón; Salamina y Eleusis defendieron victoriosamente su independencia. Sin embargo, se había dado un paso esencial: toda el Ática no constituía más que un solo reino —antes de convertirse en una sola ciudad—, en el que los habitantes —campesinos o ciudadanos— gozaban de los mismos derechos. Los atenienses tenían clara conciencia de ello al celebrar cada año, como preludio de las Panateneas, la fiesta de las Sinoisia (del habitat común).

Atenas siguió conservando la monarquía mucho tiempo después del sinesismo. La tradición guardó el recuerdo, por lo menos, de dos dinastías: los Erecteidas y los Medóntidas, aunque la lista de sus reyes comprende tantos héroes míticos como personajes quizás históricos. Después, aquí como en otras partes, los aristócratas consiguieron suplantar a la monarquía. De creer a Aristóteles, el tránsito de un régimen a otro fue insensible: la dignidad o cargo de rey, vitalicio al principio, pasó a decenal y luego a anual; al mismo tiempo, la elección, que sólo se efectuaba entre los Medóntidas, se hizo extensiva a todas las familias de Eupátridas.

Sea como fuere, lo cierto es que se elegían tres magistrados anuales: los arcontes. El arconte llamado *epónimo,* porque daba su nombre al año, tenía el poder ejecutivo. El rey *(basileus)* conservaba el título y las funciones religiosas del primitivo rey; asistido por cuatro *phylobasileis,* juzgaba las causas relacionadas con la religión. El polemarca (jefe de guerra) dirigía el ejército y juzgaba los procesos relativos a los extranjeros. Poseemos la lista de los arcontes epónimos a partir de 683-682, lo cual demuestra que la evolución se había consumado ya desde principios del siglo VII.

Los arcontes que cesaban en el cargo constituían el Consejo *(bulé),* que se designará más tarde —sin duda para distinguirlo de la nueva *bulé* creada por Solón— con el nombre de consejo del Areópago, por la colina vecina de la Acrópolis donde residía como suprema corte judicial. Sus atribuciones eran muy amplias: «Acapara en todo —dirá Aristóteles (*Constitución de Atenas,* 3)— la parte más importante en la administración de la ciudad». Especialmente supervisaba a los magistrados, que ante él eran sometidos a examen antes de ocupar el cargo *(docimasia),* y que habían de rendirle cuentas al cesar en el mismo, antes de pasar a formar parte de los arcontes. Tanto por su constitución como por sus funciones, se parecía mucho al Senado de la primitiva Roma: garantizaba la permanencia del dominio aristocrático sobre el Estado.

A su lado, los poderes de la asamblea del pueblo *(ekklesía)* eran bastante limitados; aunque tal vez designara a los magistrados, Aristóteles *(ibídem)* precisa claramente que eran escogidos «según la nobleza y la riqueza».

Podemos entrever los rudimentos de una administración bastante simple. Los colacretos eran los «cortadores de los miembros» de las víctimas sacrificadas, que, en sus comienzos, eran el principal recurso del Estado. De esta forma se convirtieron fácilmente en empleados financieros que, en una fecha incierta, remplazarán a los *tamiai* (también cortadores).

En cuanto a la administración local, se basaba en el sistema de las naucrarías: la tribu estaba dividida en cuatro naucrarías, cada una de las cuales proporcionaba al Estado un navío equipado. Sus jefes, los naucraros (los que mandan un navío), formaban un colegio bajo la

dirección de los pritanos. Las naucrarías servían también como cuadros para el reclutamiento del ejército y la recaudación de impuestos.

Desencadenamiento de los intereses y de las pasiones

La crisis que, a finales del siglo VII, sacudió a todas las ciudades evolucionadas del mundo griego, alcanzó también a Atenas. Sin embargo, intervinieron muchos factores en favor del mantenimiento de los privilegios de una aristocracia que acaparaba la vida política: no había una clase de siervos heredada de la conquista; los progresos económicos fueron menos rápidos que en otros sitios, y Atenas no participó en la colonización, lo cual evitó la competencia de los productos agrícolas coloniales; hasta Solón no acuñó moneda, y limitóse a utilizar las piezas de las ciudades vecinas, con lo cual quedaba excluida de las grandes ciudades comerciales.

No obstante, poco a poco, fue superando su vida atrasada y exclusivamente rural: en el barrio del Cerámico, los artesanos del fuego, alfareros y forjadores, desarrollaron su producción bajo la doble protección de Hefesto y de Atenea; aumentaron los intercambios como demuestra su participación en la anfictionía de Calauria y la exportación de sus vasijas de vino y aceite, especialmente al Peloponeso. Así se enriquecieron algunos ciudadanos, muchos de los cuales no pertenecían al mundo cerrado de los genetas, de ahí que surgieron las aspiraciones políticas de aquellos nuevos ricos excluidos de toda participación en los asuntos públicos.

Por otra parte, el Estado, mucho menos centralizado que en las ciudades dóricas del Peloponeso, se mantenía tribal; por ejemplo, las rivalidades, a menudo sangrientas, de los clanes, no eran sensibles tan sólo en el plano judicial y llegaron incluso a dividir a la aristocracia contra sí misma.

Finalmente y sobre todo, una violenta crisis conmovió al mundo rural. Se vislumbraban las razones profundas del frenético egoísmo de los grandes propietarios, que acrecentaban sus bienes eliminando poco a poco a los campesinos libres quienes, obligados a pedir empréstitos ante una mala cosecha, no podían devolver el préstamo y habían de vender su tierra al acreedor eupátrida. Entonces habían de elegir entre dos posibilidades: o trabajar como empleados en los vastos dominios de los aristócratas, y convertirse en hectemoros, o sea, personas que percibían sólo una sexta parte de las cosechas producidas por ellos; o, peor aún, ser vendidos como esclavos tanto ellos como los suyos. La condición de las gentes humildes se hizo insostenible en el campo. Aquel proletariado miserable, que Solón (en Aristóteles, *Constitución de Atenas,* 12) describía «tembloroso ante el capricho de sus dueños», estaba dispuesto a todas las revueltas y proclamaba la eterna reivin-

dicación de los insatisfechos en Grecia: abolición de las deudas, reparto de las tierras.

Entonces la aristocracia viose obligada a soltar lastre.

La era de las reformas: Dracón y Solón

El problema más urgente era redactar leyes que escapasen a la arbitrariedad de los *gene*. Fracasó una primera reforma, encargada a seis tesmotetes. Tras la tentativa de Cilón, que intentó apoderarse de la Acrópolis e instaurar la tiranía en Atenas, pero chocó con la victoriosa resistencia del arconte Megacles, de la familia de los Alcmeónidas, el ambiente era muy tenso en la desgarrada ciudad; entonces confiósele a Dracón la tarea de poner las leyes por escrito (621). Sólo conocemos bien su legislación sobre los homicidios: en adelante un verdadero proceso se desarrollaba ante el Areópago, presidido por el rey, o ante los tribunales de los Efetas, con lo cual el asesino quedaba sustraído a la venganza de los clanes, ya que entre ellos se interponía el Estado como árbitro todopoderoso. Pese al rigor de las penas previstas —que ha hecho del adjetivo draconiano sinónimo de implacable—, surgieron los principios de un derecho más humano, puesto que se hacía distinción entre los distintos tipos de homicidios.

Pero, lo que provocó básicamente la tensión social fue la desigualdad en el reparto de la propiedad territorial. Solón, encargado, por acuerdo unánime, de restaurar el orden en la ciudad (¿594-593?), fue el único que se atrevió a abordar de frente este problema. Por la *seisákhtheia* (remisión de carga), medida revolucionaria cuyos detalles no se conocen muy bien, suprimió la pérdida de la libertad por deudas de la que habían sido víctimas tantas gentes humildes, reducidas a la esclavitud por los privilegiados; liberó a los esclavizados y la «tierra fértil de la patria», de la que arrancó los mojones hipotecarios. Fue la primera vez en el mundo griego que se tomó una medida tan atrevida, anteponiendo deliberadamente los intereses del Estado a los de los particulares, de los grandes propietarios, despojados de sus inicuas adquisiciones de los últimos decenios. Desaparecieron los hectémoros, sin duda al entrar de nuevo en posesión de sus tierras.

Por otra parte, Solón favoreció a los campesinos con medidas de menor trascendencia: fijó unas primas por la captura de lobos, estimuló la perforación de pozos, ayudó al desarrollo de los cultivos arbustivos, los únicos susceptibles de un rendimiento satisfactorio en el pobre suelo del Ática, y prohibió terminantemente derribar los olivos. Su ardiente solicitud para con los campesinos estableció un nuevo equilibrio social, basado en la solidez de una clase media de pequeños y medianos propietarios, que subsistirá hasta pleno siglo v.

Secundó asimismo la evolución que se perfilaba en la industria y el comercio. Fijó definitivamente las medidas de capacidad: medimno

para el grano, metreto para los líquidos. Atenas, que aún no había acuñado moneda, llevaba un considerable retraso en este aspecto. En adelante, abandonando el patrón eginético que la ponía bajo la estrecha dependencia de sus opulentas vecinas, Egina o Megara, acuñó piezas de plata de excelente ley, gracias al rico mineral de los filones del Laurión, según el patrón euboico, más ligero, lo que supone también, al mismo tiempo, una devaluación aproximada del 27 %.

Gustosamente creería también que Solón amplió el cuerpo de los ciudadanos ordenando que las fratrías aceptaran a los orgeones, es decir, que se incorporase a los que estaban excluidos de la sociedad cerrada de los genetas, esencialmente los *demiurgoi,* a menos que esta medida sea algo anterior a él.

Solón transformó también las instituciones políticas. Utilizó una división anterior en cuatro clases, según las rentas de la tierra: pentacosiomedimnos (renta anual superior a 500 medimnos o metretos), caballeros (entre 500 y 300), zeugites (entre 300 y 200), tetes (inferior a 200), lo que le sirvió para repartir honores y cargos según las normas de equidad de entonces, o sea, según la fortuna y, más exactamente, la fortuna territorial. Los magistrados eran elegidos entre las tres primeras; los arcontes y tesoreros, entre la primera; pero todos los ciudadanos, comprendidos los tetes, participaban en la asamblea. Las dos primeras clases servían en la caballería; la tercera, en la infantería pesada de los hoplitas; la cuarta, excepcionalmente, en la infantería ligera o la marina. Los magistrados más importantes seguían siendo los arcontes, que, desde este momento, formaron un colegio de nueve miembros, que comprendía, además del arconte, el rey y el polemarca, los seis tesmotetes.

Pero la verdadera originalidad de Solón fue la creación, por una parte, un nuevo consejo de 400 miembros, la *bulé,* encargada de preparar las sesiones de la *ekklesía,* y que poco a poco absorberá las prerrogativas del Areópago; por otra parte, un tribunal realmente popular —puesto que sus miembros se elegían entre las cuatro clases—, el Helieo, que paulatinamente se convertirá en la única instancia al lado de los antiguos tribunales de sangre.

No cabe duda de que Solón intentó establecer un equilbrio entre los nobles y el *demos.* Él mismo, en sus *Elegías,* insiste en su papel de árbitro imparcial y desinteresado: «He dado al pueblo todo el poder que necesitaba, sin suprimir ni agregar nada a sus derechos. También tuve cuidado de que quienes tenían la fuerza y se imponían por sus riquezas, no hubieran de soportar luego ninguna indignidad» (citado por Aristóteles, *Constitución,* 12). No fue absolutamente un demócrata en el sentido posterior de la palabra, pero los rasgos esenciales de la futura democracia están en germen en las reformas a las que va ligado su nombre.

Un tirano benévolo: Pisístrato

Solón, con su moderantismo, no satisfizo a ningún extremista. Por ello prefirió desterrarse, sin intentar la conclusión de su obra. La anarquía reinó episódicamente en Atenas, al estar el arcontado ora usurpado, ora vacante. Es posible que, inmediatamente después de la marcha de Solón, en la época de las perturbaciones políticas, se pueda situar una reforma capital: la equivalencia del dracma con el medimno en la evaluación del censo, que algunos, sin pruebas, atribuyen a Solón o a Clístenes, equivalencia que marca la perfecta asimilación de la riqueza mueble a la riqueza territorial en una Atenas en plena expansión mercantilista.

Esta expansión explica en parte que se constituyeran tres grupos de intereses, correspondientes a tres grupos sociales. En una ciudad que, a pesar de todo, permanecía rural, llevaban los nombres de las regiones que cultivaban: paralios (gentes de la costa, interesadas en el desarrollo del comercio), bajo la dirección del alcmeónida Megacles; pedios (grandes propietarios de la llanura), en torno a Licurgo; diacrios (pequeños propietarios de la montaña), bajo la influencia de un hombre bullicioso, «que pasaba por ser el más devoto a la democracia» (Aristóteles, *Constitución,* 14), Pisístrato.

Ser devoto a la democracia consistía sobre todo, para Pisístrato, en apoyarse en el *demos,* es decir, en los humildes y los descontentos contra los eupátridas. Astuto y retorcido, hábil en fingir historias patéticas o maravillosas, buscando incluso el sostén de Megacles, a cuya hija prometió desposar sin llegar a consumar el matrimonio, consiguió imponerse como tirano (561-560) y, desterrado por dos veces, volvió otras tantas al poder. Tirano, por lo general, benévolo, vivía en la Acrópolis rodeado de guardaespaldas y redujo los privilegios de los nobles, algunos de los cuales —por ejemplo, los Alcmeónidas— prefirieron abandonar Atenas, mientras que otros (como los Cimónidas) llegaron, al menos provisionalmente, a un acuerdo con él. Nada cambió en las instituciones, pero las magistraturas las detentaban hombres de su devoción.

Toda su atención se dirigió hacia el campesinado, el cual se aprovechó tanto de las distribuciones de las tierras confiscadas a la aristocracia como de los préstamos otorgados por el tirano, que permitieron convertir pobres campos que daban mezquinas cosechas de trigo, en ricos olivares y viñedos. Se instituyeron jueces de los demos (burgos rurales), que excusaron a los campesinos el viaje a la ciudad y los apartaron, al mismo tiempo, de las tentaciones de la actividad política. Extraña paradoja: Pisístrato procuró así a la futura democracia una base social más sólida, al reforzar el bienestar y la independencia de la clase media.

Pisístrato era rico, no sólo por las rentas personales de sus minas de Tracia, sino también por las del impuesto del 5 % que estableció

sobre los productos agrícolas. Pero supo mostrarse fastuoso. Atenas conoció bajo su impulso su primer progreso arquitectónico: la Acrópolis se cubrió de tesoros de abigarrados frontones; se construyó un nuevo templo para Atenea, el Hecatompedon, junto al antiguo y venerado santuario del Erecteion; al pie de la colina empezó a edificarse un templo gigantesco para Zeus Olímpico. El desarrollo de la vida religiosa sirvió a Pisístrato para desplegar el mismo fasto y llevar una política hábil y popular: dio un nuevo brillo a las Grandes Panateneas, recientemente instituidas; organizó en honor de Dionisos, dios rústico, extraño por naturaleza a los cultos gentilicios, unas soberbias fiestas, las Grandes Dionisiacas, en las que se integraron los concursos trágicos (534); construyó otro *telesterion* en el recinto sagrado de las diosas de Eleusis, asegurando una consagración oficial a los misterios.

Con la misma habilidad con que explotó, con fines políticos, el fervor religioso, reivindicó la hegemonía sobre los jonios de las Cícladas y sobre el santuario de Delos. Se dio nueva vida a viejos mitos que paseaban hasta Delos a dos héroes áticos: Erisictón y Teseo. Pisístrato se valió de ellos para establecer allí su protectorado y para ordenar una purificación general de la isla santa, en la que, en adelante, estará prohibido nacer o morir. Otras medidas expansionistas fueron menos hipócritas: Pisístrato ocupó Sigea, en Anatolia, cerca del Helesponto; con su asentimiento, un filaida, Milcíades el Antiguo, asentó su tiranía en el Quersoneso tracio. Se trataba de empresas personales de hombres atrevidos, prestos a asegurarse posiciones clave en la ruta de los Estrechos, pero que ya representaban un anticipo de las cleruquías del Estado ateniense.

Pisístrato se aprovechó sin duda de una coyuntura favorable. Atenas empezaba ya a participar en el concierto de las potencias económicas. Se multiplicaron las acuñaciones monetarias, y la lechuza, símbolo parlante de la ciudad, reemplazó en las piezas los blasones de las familias eupátridas. El barrio del Cerámico fue protagonista de una febril actividad. Las vasijas, al principio de figuras negras, y luego —como consecuencia de una invención revolucionaria que tal vez pueda situarse hacia el 530— de figuras rojas, eliminaron la cerámica corintia e inundaron los mercados exteriores. Atenas supo aprovecharse del éxodo de los jonios que prefirieron desterrarse antes que someterse al Gran Rey: la sonrisa de las corés de la Acrópolis y sus lujosos vestidos constituyen un testimonio de la presencia de maestros jónicos en el Ática. Pero la acción personal del tirano no debe subestimarse. Con la suficiente habilidad para aprovechar cualquier ocasión, supo asegurar la grandeza de Atenas, que, a la vez, era su propia grandeza. Consolidación del equilibrio social; ayuda y trabajo a los ciudadanos peor dotados, mediante una política de grandes obras; fomento de las artes; expansión a tierras lejanas; amalgama entre cultos poliadas y ctónicos: el programa trazado por Pisístrato, ¿no es, al menos en su ideología, el de Pericles?

Los Pisistrátidas y la caída de la tiranía

A la muerte de Pisístrato (528-527), sus dos hijos, Hipias e Hiparco, heredan la tiranía como si fuera un patrimonio familiar. Continuaron el embellecimiento de Atenas y, prosiguiendo las construcciones de su padre, añadieron un pórtico periptero al Hecatompedon, que tenía ya un aspecto muy pobre en una ciudad tan fastuosa, y erigieron hermes en las encrucijadas. Se rodearon de un círculo de poetas, en el que sobresalían Anacreonte y Simónides; ordenaron que se fijara una edición de las epopeyas homéricas; otorgaron su confianza a Onomácrito, partidario apasionado del orfismo, al que convirtieron en una especie de ministro de los cultos, antes de su sonada desavenencia.

No obstante, los enemigos de la tiranía ganaban cada vez más partidarios. De una parte, porque constituía un verdadero anacronismo la existencia de la tiranía en Atenas a fines del siglo VI. De otra, porque los hijos no tenían la talla del padre, y en vano se afanaban por restaurar una situación comprometida a base de una excesiva dureza: ya habían ordenado el asesinato de Cimón el Torpe, jefe de la poderosa casa de los Cimónidas, cuya popularidad les preocupaba; después de la muerte de Hiparco —asesinado, en 514, por dos jóvenes aristócratas, Harmodio y Aristógiton, por motivos puramente privados—, Hipias redobló su severidad —de manera especial los Alcmeónidas reemprendieron el camino del destierro—, aunque sin éxito, ya que la intervención del rey de Esparta, Cleómenes, le obligó a capitular y exiliarse (510). El largo episodio, a menudo brillante, de la tiranía se cerraba para Atenas.

Triunfo de la democracia decimal: Clístenes

El régimen aristocrático restablecido por los espartanos no pudo sostenerse ante la presión de los demócratas, que encontraron un jefe de extraordinaria talla en el alcmeónida Clístenes, nieto del homónimo tirano de Sicione. La obra de Clístenes, realizada, sin duda, en 508-507, fue muy audaz. Se fundamentó en una nueva repartición de los ciudadanos que eliminaba el antiguo sistema de las naucrarías: el Ática fue dividida en un centenar de demos, agrupados en treinta tritias, reunidas, a su vez, en diez tribus, a razón de una tritia de la ciudad, una de la costa y una del interior por tribu. Las cuatro antiguas tribus gentilicias, las fratrías y los *gene* no desaparecieron y siguieron vigentes en la vida familiar o religiosa, pero en la vida política solamente contaron en adelante las diez tribus —para las cuales Clístenes invocó hábilmente el patronato del Apolo de Delfos—, las tritias y los demos.

El nuevo agrupamiento de los ciudadanos, si bien territorial en el plano de los demos y de las tritias, fue arbitrario en lo referente a las tribus. De esta manera realizó un trasiego del cuerpo cívico, que quedó fuera de la influencia local de los Eupátridas. En adelante, todo ateniense fue denominado por su nombre, seguido no del nombre de su padre (patronimio), sino del de su demo (demótico), lo cual contribuyó a disminuir la importancia de la nobleza. En función de estos cuadros, Clístenes procedió a una reorganización de los órganos de gobierno. La *bulé* soloniana de los 400 se convirtió en la *bulé* clisteniana de los 500; los 50 buleutas de cada tribu formaron una pritanía, que garantizó la expedición de los asuntos urgentes durante una décima parte del año; se instauró un calendario político laico, basado en esta división del año en diez pritanías. Al colegio de los arcontes se le añadió un secretario, y así contó con diez miembros, uno por tribu.

Observamos un juego muy característico del espíritu griego en esta manera de fundar la democracia en la pirámide de los grupos cívicos y en una aritmética decimal. Pese al evidente racionalismo que animaba al sistema, no estamos lejos de las «virtudes» de los números preferidas por los pitágóricos. Mas podemos mostrarnos sensibles ante la amplitud, el rigor y el alcance de una reforma en cierta manera comparable a la de la Constituyente. No cabe duda de que Clístenes no fue un revolucionario: mantuvo los cuadros heredados de los tiempos antiguos del Estado aristocrático y religioso y rodeados de un inmenso prestigio. Pero con sus innovaciones, con sus adiciones, estableció un verdadero Estado nuevo, laico y libre de los insoportables privilegios del nacimiento. Este Eupátrida fue el verdadero creador de la democracia ateniense.

La tradición atribuye a Clístenes la institución del ostracismo, sistema que permitía a la *ekklesía* eliminar anualmente, por diez años, a un ciudadano considerado pernicioso para el orden público, tal vez a condición de que se reunieran 6000 sufragios sobre su nombre. Esta medida atestigua, sin duda, una humanización de la vida política: no era una pena infamante, ya que aquel que sufría el ostracismo conservaba sus bienes, y su familia no había de seguirlo forzosamente al destierro. Sin embargo, nos extraña por su carácter arbitrario, y dudamos en creer si fue concebida como un medio de defensa contra un candidato a la tiranía, o como un medio de salvación en caso de luchas demasiado ardientes en la *ekklesía*. Lo cierto es que los atenienses no utilizarán esta arma política hasta 488-487.

La obra de Clístenes se completó, en 501-500, con la creación de los estrategas, elegidos a razón de uno por tribu. Al principio eran los oficiales puestos al mando de las diez *taxeis* (batallones de hoplitas) reclutadas entre las diez tribus. Sometidos al polemarca, que seguía siendo el jefe del ejército, no tardaron en emanciparse de su autoridad; luego dejaron a los taxiarcas el mando de las *taxeis*, para convertirse en los magistrados supremos en la Atenas del siglo v.

Atenas, que se asentó definitivamente como una ciudad democrática, era, a la vez, lo bastante fuerte para enfrentarse, en 506, a la envolvente coalición de espartanos, beocios y calcidios. La alarma fue inmediata, y se tuvo que pensar incluso en aceptar los ofrecimientos del persa, a costa de reconocer su soberanía: Clístenes, que desapareció súbitamente de la escena política, quizá vio truncada su carrera por haber sido uno de los embajadores enviados a la corte del Gran Rey. Atenas, vencedora, erigió en Delfos un hermoso pórtico jónico, ante el muro poligonal. Pero también supo sacar provecho de su victoria: en las ricas tierras de Calcis se apoderó de lotes (¿4000?), que distribuyó a ciudadanos pobres: primera aparición de los clerucas, a la vez soldados y campesinos, que tan importante papel desempeñarían en la expansión ateniense del siglo v. Por la misma fecha estableció a otros en Lemnos y en Imbros, en la ruta vital de los Estrechos, ruta del trigo y del pescado salado.

La vitalidad testimoniada por esta expansión se manifestó asimismo en el plano económico, con la rauda subida de las exportaciones —sobre todo, de cerámica y, seguramente, también de vino y aceite—. Por otra parte, la joven democracia ateniense no quería quedarse atrás frente a la tiranía. Abandonando la construcción del Olimpeion, que recordaba una época odiosa, empezó a erigir en la Acrópolis, al sur del Hecatompedon, un nuevo templo, en el emplazamiento del futuro Partenón: el pre-Partenón de Clístenes, inacabado aún cuando los persas lo destruyeron en 480. Entretanto se hizo lo bastante fuerte, y lo bastante madura por las pruebas, que no la habían perdonado desde 510, para tomar mejor conciencia de su propia personalidad. Las influencias jónicas se redujeron notablemente a finales de siglo. Las corés abandonaron su sonrisa: eran las madres o las hermanas de los que iban a combatir en Maratón y en Salamina para defender aquella herencia de libertad y de democracia pacientemente acumulada a lo largo de todo un siglo.

En esta lucha, tan cercana ya, Atenas se hallaba lejos de tener todos los triunfos: desgarrada por los partidos, no poseía verdadera marina de guerra ni puerto equipado; regíase aún por una democracia elemental, reservando siempre, por ejemplo, las magistraturas esenciales a los pentacosiomedimnos. Pero contaba con la temible falange de sus hoplitas, aguerridos en los recientes conflictos y que sabían que luchaban no sólo por su vida y por sus tierras estériles, sino también por un ideal de equilibrio social y de autonomía, lentamente forjado desde Solón hasta Clístenes.

capítulo IV

El nuevo mundo de la colonización

Un fenómeno capital domina todo el arcaísmo: griegos procedentes de tierras ocupadas desde tiempos antiguos—Grecia propiamente dicha y Anatolia— fundaron colonias en las orillas del Mediterráneo y del Mar Negro. Pero un movimiento de este tipo no es nuevo: desde la época aquea, el mito había conservado el recuerdo de la partida de marinos hacia las misteriosas tierras de Occidente y del Septentrión, y las recientes excavaciones han descubierto en muchos yacimientos, especialmente en Tarento, una muy notoria continuidad de la ocupación helénica desde el siglo XIV. Minos había perseguido a Dédalo hasta Sicilia, donde lo asesinó; Ulises, el de las mil artimañas, había abierto con su osadía nuevos caminos en los mares del Poniente; Jasón había llegado hasta la Cólquida en busca del maravilloso vellocino de oro. No obstante, desde 775 se inició una sensible renovación en estas empresas lejanas, que prosiguió hasta el 550, e incluso hasta el 500 en algunos puntos. Algo más de dos siglos bastaron para convertir el Mediterráneo en un lago griego.

1. AVENTUREROS Y TRAFICANTES

Deberíamos poder distinguir las causas de un fenómeno tan amplio y tan bien determinado en el tiempo. Todo se confunde en la nueva vitalidad del helenismo. Apenas superada la época geométrica,

durante la cual —absorbido en oscuras génesis— había tenido que vivir replegado sobre sí mismo, el mundo griego abrióse al exterior: tomó de nuevo contacto con Asia y se apasionó por el orientalismo, pero, simultáneamente, lanzóse a la conquista de Poniente y de Septentrión. ¿Qué importancia tenían los riesgos de estas empresas, cuyo peligro se había reducido gracias a los progresos, ya señalados, de la náutica? Las tierras desconocidas fascinaban los espíritus, y las tentaciones de la aventura arrastraron a muchos corazones generosos en una raza joven, ávida de mostrar de lo que era capaz. De la misma forma, los vikingos surcarán más tarde, con sus curvadas embarcaciones, el Báltico, ese segundo Mediterráneo, y el mar del Norte, antes de lanzarse a viajes más lejanos. Por lo demás, la época parecía propicia a la expansión: si el Ponto Euxino no les interesaba, los fenicios se anticiparon a los griegos en la cuenca occidental del Mediterráneo —la tradición, recientemente impugnada, quizá sin demasiada razón, sitúa en 814 la fecha de la fundación de Cartago, a la que habían precedido, desde fines del segundo milenio, Gades y Útica—, y siguieron siendo sus rivales durante todo el arcaísmo (episodio, entre otros muchos, de la larga lucha sostenida por los indoeuropeos contra los semitas).

El substrato de la gran aventura

Pero el dinamismo helénico distó mucho de ser la única causa de la expansión arcaica. No fue menos importante el papel desempeñado por las crueles deficiencias del mundo griego. Grecia sufría trágicamente lo limitado de su suelo *(stenokhoría)*, pero la carestía resultante de ello fue más un fenómeno social que geográfico: el mal, ya sin remedio, viose agravado por la mala distribución de las tierras, que empeoraba cada vez más, a medida que la herencia iba fraccionando hasta mínimos extremos lotes ya pequeños de por sí, mientras que los ricos redondeaban sus posesiones en perjuicio de los humildes. El espejismo de vastos lotes arrebatados a los indígenas, las pesadas cosechas de cereales producidas por suelos fecundos, fascinaba a los pobres desgraciados. Para ellos, darse a la vela representaba ante todo escapar al hambre.

Otra deficiencia muy grave: el mundo griego era incapaz de vivir autárquicamente. No poseía ni el trigo, ni los minerales, ni el bosque que necesitaba para ello, pero producía un excedente de vino, aceite y objetos de lujo. Fundar una colonia era establecer una tienda en la que se multiplicaban los intercambios con los bárbaros; era hacer posible este comercio, sin el cual se marchitaría la vida en Grecia. Es cierto que semejantes precauciones no eran primitivas, mas pronto se impusieron en ciertas ciudades, hábiles en sacar partido de una coyuntura aparentemente desfavorable.

A estas razones permanentes se añadían a veces otras circunstanciales. A causa de las luchas de los partidos, que desgarraban las ciudades, los vencidos buscaban fortuna en otras partes, cual abejas que enjambran. De esta forma, los mesenios expulsados por sus compatriotas participaron en la fundación de Region. A veces eran descontentos, e incluso criminales que se exiliaban: unos bastardos espartanos, nacidos durante la primera guerra de Mesenia e incapaces de soportar su descrédito social, colonizaron Tarento; Arquías abandonó Corinto a consecuencia de un homicidio, para convertirse en ecisto de Siracusa. Para muchos, la colonización era el único medio de eludir los descontentos, rencores, malos tratos o castigos que caerían sobre ellos si permanecían en su patria.

Metrópolis y colonias

La misma variedad hallamos en las modalidades de la colonización. Existe una gran diferencia entre algunas empresas que recuerdan la acción de partidas clandestinas de piratas, y la colonización regular efectuada bajo la autoridad de un fundador, el ecisto, dotado de los más amplios poderes y que, al morir, recibía a menudo los honores de la heroización. Los colonos, cuyos efectivos raras veces superaban algunos centenares, obraban con extraordinarias precauciones. Escogían un lugar, en una región fértil, alrededor de una buena posición defensiva que recordaba las acrópolis de Grecia, a ser posible protegida por un fondeadero adecuado. Luego se imponían a los indígenas, casi siempre por la fuerza, y a veces por la negociación (por ejemplo, en Marsella). Entonces entraban en función los geómetras y los agrimensores que acompañan a la expedición y dividían la tierra en lotes iguales, que el ecisto asignaba por sorteo. El cuadriculado regular así obtenido prefigura el centurionado de las colonias militares de Roma e incluso la de la «reforma agraria», que actualmente divide en lotes la Italia Meridional, como ocurrió sin duda en los tiempos arcaicos. La ciudad se organizó en torno al hogar, en el que se hacía arder el fuego, piadosamente llevado desde los altares de la metrópoli y junto al cual se enterraba un puñado de tierra de la patria. Al principio era sólo un pobre conjunto de chozas de tierra apisonada, circuidas por una tosca muralla, aunque a veces se desarrollaba una verdadera aglomeración en torno a edificios religiosos, construidos pronto en piedra.

El grupo de colonos formaba, desde el comienzo, una nueva ciudad que, con frecuencia, copiaba sus instituciones de las de la madre patria —así, Tarento poseía una *apella* como Esparta—, aunque disfrutaba de una absoluta independencia política. Nada había, al menos en sus orígenes, que preludiara la colonización europea de la época moderna o contemporánea: las colonias eran otros tantos Estados griegos total-

mente autónomos. Es indudable que no se rompían todos los vínculos con la metrópoli —palabra que no se ha debilitado aún desde el punto de vista semántico y que conserva el significado de «ciudad madre»—. Los colonos conservaban el dialecto de su ciudad de origen, y de ahí la extraña paradoja de que la mescolanza dialectal de Grecia se extendiera hasta los confines del Mediterráneo, según las contingencias de la expansión. También se llevaron sus dioses, que instalaron en sus acrópolis y que, al mismo tiempo, siguieron venerando con el envío de embajadas religiosas en las grandes festividades. Si una colonia, a su vez, fundaba otra, generalmente reclamaba por deferencia el ecisto a su metrópoli: así, Region tuvo un fundador originario de Calcis, no de Zancle. En esta creación tan original que fue la expansión arcaica encontramos la pasión por la libertad y la fuerza del nexo religioso, características del espíritu griego.

Dos etapas en la colonización

Las constantes que acabamos de señalar no impidieron que la colonización evolucionara, al compás de Grecia y Anatolia. Siguiendo la costumbre tradicional, podemos distinguir dos períodos, cuyos caracteres, no obstante, distan mucho de estar claramente diferenciados.

El primer período (hacia 775-675) corresponde a una colonización espontánea, de tipo agrario. Los colonos eran individuos aislados que sentían tanto simple hambre como hambre de tierra. Buscaban ricas llanuras, que arrebataban a los autóctonos, a menudo reducidos a la esclavitud, u obligados a pagar un tributo. Es decir, su implantación se hacía por la fuerza, en un medio indígena naturalmente hostil, y las relaciones con la metrópoli eran limitadas. Viéronse afectadas dos grandes zonas, muy alejadas una de otra: las tres puntas de Calcídica, la Italia Meridional y Sicilia, que tenían por característica común la de ofrecer buenas tierras para colonias de población: pequeñas llanuras de Calcídica, donde la vid se desarrollaba bien; llanuras más vastas de Occidente, que se cubrían de ricos sembrados. Todas las metrópolis se hallaban en Grecia —únicas excepciones: Gela, fundada por rodios y cretenses; Siris, fundada por Colofón—, porque Anatolia no conocía en el mismo grado el acuciante problema de la *stenokhoría*. Calcis y Eretria ocupaban el primer plano, seguidas de Megara y las ciudades del Peloponeso. Pero después de esta primera oleada se abrieron paso otras preocupaciones. La elección de algunos lugares, como el del estrecho de Mesina por los calcidios, sólo puede explicarse con miras ya comerciales. Y si los colonos procedían casi siempre de las ciudades económicamente más evolucionadas de Grecia, no era sólo porque en ellas se tuviera antes conciencia de la viveza del problema de la tierra, sino también porque se necesitaban mercados para un artesanado en pleno desarrollo en medio de aglomeraciones que, por otra parte, sólo podían alimentarse con el trigo importado.

El segundo período (hacia 675-550) se caracterizó por la intensificación de las preocupaciones comerciales, latentes ya en el primero. Seguramente la colonización, en su base, siguió siendo agraria, y se buscaron buenas tierras, que cada vez eran más raras. Pero la necesidad de víveres se dejó sentir en Grecia con una agudizada urgencia, al mismo tiempo que se desarrollaban las posibilidades de exportaciones. Así, aparecieron colonias que no eran más que sucursales, *emporia*, anticipo de las factorías de nuestro clasicismo. Apenas tenían región posterior, ya que los colonos no eran exclusivamente campesinos; mantenían buenas relaciones con los indígenas, ya que éstos

se sentían satisfechos de poder adquirir los excelentes productos de la artesanía helénica, así como el vino y el aceite, a los que eran muy aficionados; mantenían lazos mucho más estrechos con sus metrópolis, las cuales desempeñaban un papel mucho más claro y deliberado en la expansión y procuraban constituir verdaderas cadenas de establecimientos comerciales, que sirvieran de estaciones de relevo a su tráfico. El área de extensión aumentaba: es cierto que la Magna Grecia y Sicilia conservaban su prestigio a los ojos de los que se expatriaban, pero la colonización hizo del mar Negro y sus anexos (Propóntida, Mayótida) un lago milesio y llegó hasta Egipto e incluso hasta las remotas orillas de la Galia e Iberia. Las metrópolis más activas no se hallaban sólo en Grecia, sino también en Anatolia, porque Jonia se enriqueció y conoció un importante despertar comercial que hizo vital la búsqueda de mercados. Ya no se trataba de la «hermosa aventura» en la que contaban sobre todo las ansias de atrevidos pioneros: más reflexivos, más conscientes, los colonos preferían pedir consejo al oráculo de Delfos, el cual no era la agencia de informes coloniales que, no sin exageración, se ha pretendido ver en él, pero que prestó grandes servicios, al disciplinar las energías. Píndaro (4.ª *Pítica*) recuerda cómo Pitia obliga a Bato a partir para Cirenaica, y los pequeños trípodes que se encuentran en algunas monedas coloniales constituyen un merecido homenaje a Apolo.

2. LA NUEVA GRECIA: ITALIA Y SICILIA

La travesía de Grecia a Italia, favorecida por el largo rosario de las islas jónicas, no resultaba demasiado difícil. Algunos navegantes se habían arriesgado ya desde los tiempos aqueos, y el recuerdo de sus andanzas y de sus tiendas subsiste tanto en los relatos de la *Odisea* como en los modestos yacimientos en los que se han descubierto vasijas micénicas. Una tradición atribuía a Evandro, en plena época heroica, la introducción de la escritura en Italia. De hecho, en las islas Lípari se ha encontrado cerámica con signos claramente derivados del lineal B. La interrupción de las edades negras no hizo desaparecer las primeras colonias en las que, quizá desde el siglo XIV, se habían instalado griegos, pero se interrumpió todo contacto entre las dos cuencas del Mediterráneo. A los atrevidos pioneros de principio del siglo VIII les correspondería volver a abrir el mundo itálico al helenismo.

Una colonización desordenada

La característica más destacada de la instalación de los griegos en Occidente fue el extraordinario desorden de las empresas. Al principio se trataba sólo de iniciativas individuales e incoherentes de colonos que deseaban, ante todo, escapar a la asfixia de las metrópolis.

A los eubeos les correspondió el papel de iniciadores —después de la guerra lelantina, los de Calcis eliminarán a los de Eretria, con los cuales habían colaborado al principio— en dos zonas importantísimas. Ya en 775 se asentaron en los islotes de las Pitecusas (Isquia y Prócida), antes de pasar a tierra firme, en Cumas, que seguiría siendo la posición más avanzada del helenismo en Italia, después en Parténope (Nápoles). En 757 fundaron Naxos, que no tuvo éxito a causa de lo exiguo de su región

posterior, lo que no tardó en llevarlo a establecerse en la rica llanura del Simeto, en Leontinoi y en Catania; al mismo tiempo, se instauraron en el estrecho de Zancle (Mesina), que irradió pronto desde las dos costas del paso, en Region y Milai. Más o menos contemporánea fue la implantación de los megarenses en Megara Hiblea (750) y de los Corintios en Corcira, de donde expulsaron a los eretrios, instalados antes que ellos, y en Siracusa (733).

Hacia el 720 se inició la colonización de la costa del golfo de Tarento, obra de aqueos del Peloponeso —por lo cual algunos eruditos admiten que el nombre de aqueos dado a estos establecimientos recuerda la llegada de los aqueos del segundo milenio—: fundaron Síbaris y Crotona, que, a su vez, se extendieron, la primera, en Metaponto y Poseidonia —esta última, en Lucania—; la segunda, en Caulonia. Unos espartanos levantaron Tarento (708) en el lugar más hermoso de la costa, y unos locrios, Locres epicefiriana (680). Colofón, la única de las ciudades asiáticas que entonces se interesaba por la expansión, envió colonos a Siris. Hacia 675, aglomeraciones griegas bordearon todo el golfo.

El movimiento ganó la costa meridional de Sicilia, hasta entonces olvidada. Rodios y cretenses se instalaron en Gela (680); Siracusa fundó tres pequeñas ciudades en el ángulo sudeste (Acre, Casmene, Camarina); Megara Hiblea colonizó Selinonte (650). En el mismo momento, Zancle adelantó una avanzadilla en la coste norte, hasta Himera (648).

Después de veinticinco años de esfuerzo se consiguió lo esencial. Desde este momento asistimos sólo a fundaciones esporádicas. Hacia el 580, habitantes de Gela emigraron a Agrigento, mientras que unos cnidios, aliados con rodios, colonizaron las islas Lípari. Entre 540 y 530, la amenaza del avance persa llevó a unos focenses hacia Elea, en la costa tirrena, y la dura tiranía de Polícrates obligó a no pocos samios a marchar a Dicearquía (Puzzoles).

Paralelamente se intentaron algunas fundaciones en las orillas del Adriático, para encaminar hacia Grecia riquezas más lejanas: Epidamno y Apolonia en Iliria (fundaciones de Corinto y de Corcira), y Adria, al norte del Po, que desde el siglo VI mantuvieron estrechas relaciones con Atenas.

Una deslumbrante prosperidad

La agricultura proporcionó la base sólida de la prosperidad. Los colonos quedaban maravillados de la extensión y, sobre todo, de la fertilidad de las llanuras, en las que se obtenían magníficas cosechas. En la más rica de ellas, Campania, Cumas explotó los suelos de descomposición volcánica de los Campos Flegreanos. Síbaris, que tenía sólo un puerto mediocre, era una de las más opulentas ciudades, gracias a la proverbial fecundidad de su suelo, igualada únicamente por la de su vecina Siris. Las lavas del Etna procuraban su riqueza a la llanura del Simeto. Siracusa cultivaba la cuenca del Anapos, y, a fines del siglo V, Tucídides la consideraba todavía como una ciudad esencialmente agrícola. La valoración viose facilitada por el sistema de la esclavitud, que se practicaba sobre todo en el sur de Italia, con pelasgos, y en la región de Siracusa, con los cilirios, cuya condición era afín a la de los ilotas o los penestos. Una nobleza de caballeros valientes en la guerra, poseedores de inmensos dominios, tendía, naturalmente a constituirse, por ejemplo, en Leontinoi o en Siracusa, donde llevaron el característico nombre de geómoros (repartidores del suelo).

La artesanía no era menos próspera (fig. 36). En todas partes se torneaban vasijas corrientes. Tarento tejía y teñía con púrpura. Siracusa se dedicaba, sobre todo, al trabajo del metal, aunque eran también excelentes sus tejidos de lana. Y la actividad comercial se desarrollaba rápidamente. No faltaban los buenos puertos. Tarento se encerraba al

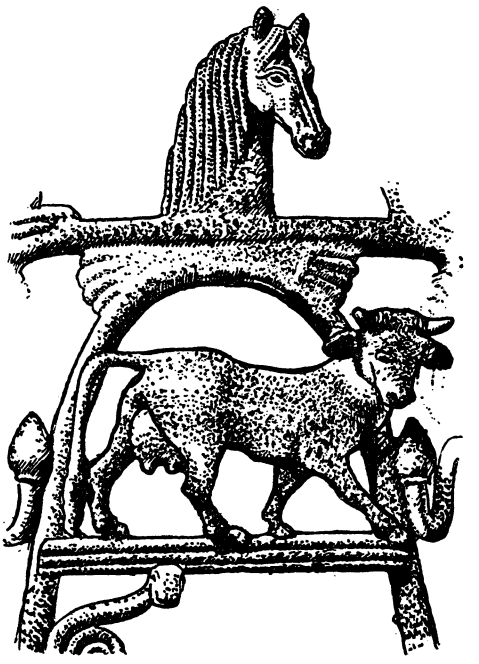
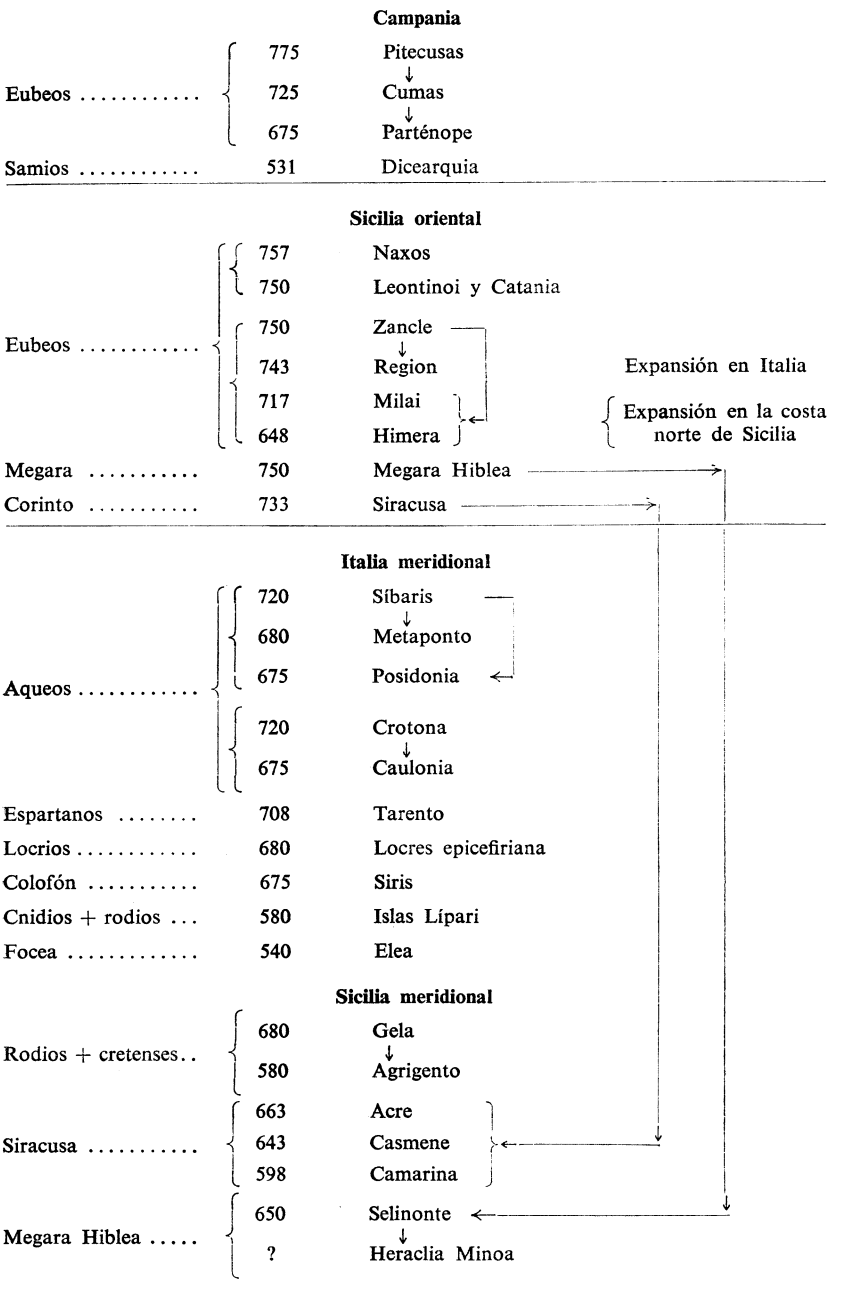


FIG. 36. Asa de un caldero de bronce hallado en Metaponto, mitad del siglo VI. Berlín, Staatliche Museen

principio en la península que separaba alta mar del tranquilo puerto del Mare Piccolo; Crotona contaba con dos instalaciones portuarias; Zancle debía su nombre (en síciulo, la Hoz) a la forma de un magnífico espigón natural que la protegía; Siracusa levantóse en la isla de Ortigia, entre un pequeño puerto bien abrigado y una inmensa bahía. Por otra parte, el estrecho de Mesina, vigilado a ambos lados por colonias calcídicas, fiscalizaba todo el tráfico que se desarrollaba por el mar Tirreno. Pero las ciudades del golfo de Tarento, celosas de esta posición privilegiada, organizaban transportes terrestres, que desembocaban en la costa tirrena (Terina, Pixis, Laos y Poseidonia).

Era intensa la vida de relaciones, facilitada por estas condiciones naturales. Al principio, el comercio apenas distinguíase de la piratería:



COLONIZACIÓN GRIEGA EN ITALIA Y SICILIA

Este cuadro nos da una visión muy simplificada de la colonización occidental. En muchos casos había dos ecistos por colonia: por ejemplo, en Zancle, donde los calcidios se unieron a cumeos, que les habían precedido hacía muy poco.

Las fechas aquí propuestas, siguiendo los últimos trabajos de J. Bérard, *L'expansion et la colonisation grecques*, son objeto de numerosas controversias.

Las flechas señalan colonias secundarias a partir de una metrópoli ya colonial.

piratas cumeos fueron, por ejemplo, los primeros que se instalaron en Zancle. Mas no tardó en organizarse con más regularidad, a base del trueque hasta el siglo VI, y luego por medio de moneda. Estableciéronse las relaciones con el mundo griego, sobre todo entre colonia y metrópoli. Pero Corinto supo asegurarse, al menos desde los primeros decenios del siglo VII, una indiscutible ventaja: inundó el mercado con sus productos (vasijas y perfumes) y, a cambio de ello adquirió grandes cantidades de cereales. Por lo demás, el verdadero papel de las colonias consistía en multiplicar con los indígenas las relaciones iniciadas con la colonización: las primeras vasijas griegas de las necrópolis ópicas o sículas son contemporáneas de la fundación de los establecimientos. Los productos de la artesanía griega, piezas de lujo importadas de Grecia u objetos menos costosos fabricados sobre el terreno, eran muy solicitados por los bárbaros y se difundieron ampliamente por toda la península, especialmente en una Etruria en pleno apogeo.

El helenismo colonial de Occidente

En muchos aspectos, sobre todo en su prosperidad, el Occidente griego se asemejaba a Jonia. A ambos lados de la pobre Grecia, las tierras más fértiles fueron enriquecidas aún más por el comercio. Las ciudades se engrandecieron rápidamente, al mismo tiempo que se cubrían de monumentos. De esta forma Siracusa, confinada al principio en el estrecho en la isla de Ortigia, junto a la encantadora fuente Aretusa, alcanzó el continente. Los colonos gustaban de hacer ostentación de una riqueza adquirida sin demasiados esfuerzos, y no desdeñaban los placeres de una existencia voluptuosa, cuyo símbolo son para nosotros los sibaritas. Aquella floreciente civilización no carecía de atractivos: Arquíloco cantaba ya a Siris como la encarnación de la gracia y de la belleza. Pero también se ha podido hablar de un gusto de advenedizos, de nuevos ricos, en aquella América de los tiempos arcaicos, cuyas ciudades-hongo sentían una desmesurada afición por lo colosal y aparatoso.

Conviene señalar, ante todo, los éxitos de la arquitectura, que se desarrollaba libremente al principio, porque aquellas nuevas ciudades no imponían traba alguna a los planos de los constructores, y luego, porque la prosperidad ambiente permitía el derroche. Las excavaciones pusieron al descubierto admirables conjuntos, de los cuales, los dos más importantes son, sin duda, Selinonte y Poseidonia, ciudades ambas que alcanzarían una gran extensión en el siglo posterior, pero que contaban ya con monumentos que hacían palidecer las ciudades más evolucionadas de Grecia.

No menos poderoso fue el despertar de otras artes. La plástica monumental estaba representada con brillantez. En Selinonte se puede seguir la evolución desde los ensayos más torpes hasta las métopas del «templo C», que muestran ya un gusto muy teatral por el movimiento dramático. Las recientes excavaciones del tesoro encerrado en el santuario de Hera Argeia, en las bocas del Sele (primera mitad del siglo VI), descubrieron una admirable serie de metopas que representan, en un estilo a menudo

inspirado en Jonia, temas mitológicos y que, sin lugar a dudas, constituye el más importante conjunto arcaico que poseemos. La coroplastia, que en Occidente experimentó un notable desarrollo a causa de la escasez de mármol, tomó sus motivos de la gran escultura. No había ningún santuario que no proporcionara numerosos exvotos en terracota, en los que se traduce el mismo agudo sentimiento religioso que caracteriza las obras del gran arte.

La misma elevación espiritual se encuentra en los himnos de Estesícoro de Himera (640-550), el más grande poeta del lirismo coral anterior a Píndaro. Tomó los mitos de la epopeya, aunque para darles una profundidad moral y un último término religioso del que, con frecuencia, carecían. Decíase que había perdido la vista después de haber escrito sobre Helena en términos descorteses y que la recuperó tras haber cantado una palinodia. Su estilo áspero, tachonado de brillantes imágenes, hace de él uno de los más nobles creadores verbales del arcaísmo.

FIG. 37. Danzante. Metopa del templo de Hera en la desembocadura del Sele, hacia el 500

Entrevemos la importancia de los problemas espirituales en una civilización tal. Abríase paso una constante preocupación por los problemas del más allá, a propósito de la cual se ha podido hablar de la influencia del mundo etrusco, obsesionado por el destino del alma después de la muerte. Filosofías de inspiración mística, como el pitagorismo, encontraron allí un terreno abonado. La religión helénica adquirió formas bastante particulares: los dioses griegos se asimilaron a divinidades locales, generalmente Grandes Madres, dispensadoras de fertilidad y fecundidad. En cuanto a los detalles, reinaba una gran diversidad: Hera recibía un culto particular en Italia, especialmente en el cabo Lacinion, cerca de Crotona, y en Poseidonia —tanto en el vasto recinto sagrado de la ciudad, como en el santuario de la desembocadura del Sele, en el que varias metopas (fig. 37) representan coros de danza, relacionados

seguramente con viejas liturgias agrarias—; Deméter era la principal diosa de Sicilia, y tradiciones locales situaban en Enna, en el corazón de la isla, el rapto de su hija Coré; Atenea Ilias tenía un famoso templo en Siris, y Perséfone, en Locres; en Érix, Afrodita fue identificada con una antigua divinidad indígena, transformada sin duda ya por influencias fenicias.

En este Occidente, en el que se registraban éxitos tan brillantes, el helenismo, en conjunto, permaneció fiel a sí mismo incluso en sus peores aberraciones. Pensamos de manera especial en la total destrucción de Síbaris por Crotona en el año 511, que mostró el horrible resultado de las luchas a muerte entre ciudades vecinas. Pero a veces se produjo una diversificación en contacto con las civilizaciones indígenas: se ha hablado de un «arte colonial» —de la misma forma que había un arte colonial ibérico en América del Sur—. Sobre todo podría hablarse de una religión colonial, pues es en este aspecto donde se advierte una atmósfera muy distinta de las contemporáneas de Grecia o Anatolia.

3. EL ELDORADO DEL EXTREMO OCCIDENTE

La cuenca occidental del Mediterráneo tal vez ejerció ya su atracción desde el segundo milenio. Pero, a mi juicio, la ausencia de hallazgos arqueológicos en España y en la Galia hace dudosa esta hipótesis, y me inclino a pensar que las leyendas, indudablemente antiguas, que hacen viajar a Heracles por África en busca de las manzanas de oro de las Hespérides; por España, donde se apodera, en la misteriosa Eritia, de los bueyes del triple Gerión; y por la Galia, donde los guijarros de la Crau representarían la lluvia de piedras con que su padre Zeus lo protegió contra los ligures, se remontan sólo a principios de la colonización arcaica.

Las primeras tentaciones del Extremo Occidente

El Occidente mediterráneo estaba entonces —si exceptuamos el África libia, que los semitas se reservaban celosamente— poblado de iberos (España y Languedoc-Rosellón) y de ligures (Provenza y actual Liguria). Ante todo era, a los ojos de los griegos, el fabuloso país de los metales. España, e incluso el sur de la Galia, proporcionaban plata, cobre y plomo. Y especialmente había largos caminos por los que llegaba hasta allí el estaño de las misteriosas Casitérides (¿Cornualles?), aquel estaño que faltaba por completo en el Mediterráneo Oriental y del que hacía un extraordinario consumo la industria del bronce. Tres grandes rutas lo transportaban a los puertos accesibles a los navegantes

mediterráneos: la ruta fluvial Sena-Saona-Ródano; la ruta, más corta, Garona-Aude, por tierras de Naurouze, y la ruta atlántica, hasta el país de Tartesos (región de Cádiz, la Tarshish de la Biblia).

Las primeras empresas de los griegos fueron aquí, casi siempre obra de aventureros más que de colonos. Hacia 640, un samio, Colaios, fue arrojado por una tempestad más allá de las columnas de Hércules (es-

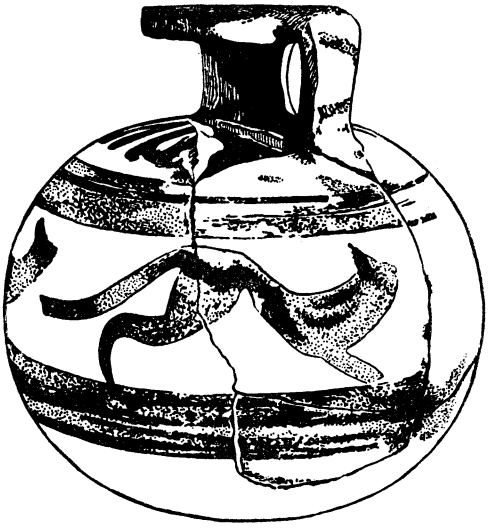


FIG. 38. Aríbalo de Glanon. Vasija de origen corintio, siglo VI. Museo de Saint-Remy-de-Provence.

Esta vasija globular, que servía para las unciones de aceite, está decorada en oscuro con un gatopardo (los gatopardos domesticados equivalían a nuestros perros de caza)

trecho de Gibraltar), lo que lo llevó a Tartesos, en el país del buen rey Argantonio, personaje semifabuloso cuyo mismo nombre recuerda la prodigiosa riqueza en plata. Los rodios surcaron el Mediterráneo occidental, y, al carecer de instalaciones permanentes, vendían su cerámica en España y en la Galia (de modo especial, en Saint-Blaise). Finalmente, los foceos, tras haber buscado su oportunidad en el fondo del Adriático, se instalaron en el 600, en el emplazamiento de Marsella, de acuerdo con los indígenas, y luego fundaron tres colonias en España: la Paleópolis de Emporion (Ampurias), en un islote muy próximo a la costa catalana; Hemeroscopion (la Gata de hoy, sin duda en el cabo de Denia), Mainake (cerca de Málaga) y una factoría en Córcega, Alalia (Aleria).

Primer despertar de Marsella

El despertar de Marsella fue inmediato. Se convirtió en el gran centro comercial, desde donde los productos griegos se esparcieron por la Galia meridional (fig. 38) e Iberia. La ciudad se desarrolló en torno al Lacidón (viejo puerto, pero que entonces se hallaba más tierra adentro que hoy). Permaneció fiel a sus orígenes anatolios: los dioses que honró en su acrópolis eran Apolo y Artemis de Éfeso; también se han encontrado exvotos consagrados a una diosa matronal de tipo asiático. Las vasijas que fabricaba imitaban la cerámica gris de Jonia. Aunque a menudo expuesta a los ataques de sus belicosos vecinos, poco a poco intensificó su comercio y fundó, no lejos de la futura Arles, la pequeña estación de Teline, en el punto en que el camino de Heracles, que unía, desde la época prehistórica, España e Italia y que se creía abierto por Heracles, atravesaba el Ródano. No hemos de extender demasiado sus empresas hacia el Norte. Parece ser que el surco del Ródano fue poco empleado en esta época por los comerciantes, y, con toda seguridad, la helenización de la Galia del Este y de la región del Rin no fue obra de Marsella.

Sus indudables éxitos comerciales en el Mediterráneo despertaban la envidia de los cartagineses y etruscos, los cuales reunieron sus fuerzas y la arrastraron a una batalla naval a lo largo de Alalia (hacia 540). La derrota obligó a los griegos a replegarse: viéronse precisados a abandonar Córcega (al menos de momento) y la España meridional. Pero Marsella sobrevivió, presta a reanudar su expansión desde el siglo siguiente. Hasta su incorporación al Imperio romano, durante el reinado de Julio César, seguirá siendo, en el Extremo Occidente, el gran vigía del helenismo.

4. DOS JALONES EN TIERRA DE ÁFRICA

De las tierras que bordean el Mediterráneo, tan sólo el Mogreb escapó a los griegos en provecho de los semitas de Fenicia o de Cartago. Pero Cirenaica y Egipto asistieron al desarrollo de asentamientos griegos, de naturaleza profundamente distinta.

Cirenaica

Los comienzos de la colonización griega en Cirenaica siguen siendo bastante oscuros, pese al relato que Herodoto nos ha dejado sobre ella. Parece ser que, tras un primer intento en la estéril isla de Platea, teseos y cretenses se instalaron hacia el 631 guiados por Aristóteles —que

más tarde tomaría el nombre de Bato—, en Cira, a cierta distancia del mar, en el segundo escalón de la vasta llanura libia, cerca del manantial de los asfodelos. La nueva ciudad, Cirene, fue reforzada, hacia 575, por colonos dorios procedentes del Peloponeso, Creta y Dodecaneso. Pero su crecimiento inquietó a los indígenas: llamaron al faraón Apries, que sufrió una dura derrota, en Irasa, a manos de Bato II (570). Pero ni siquiera el desquite de los libios, durante el reinado de Arcesilao II, que perdió 7000 hombres en Leucón, pudo obstaculizar la expansión de la colonia dórica, que fundó dos nuevas ciudades: Barca y Euhespérides. Hacia el 515-510, los persas se anexionaron Cirenaica en forma de una satrapía, si bien conservaron en el poder a la dinastía, que les permaneció adicta.

En el plano interior, el desarrollo de Cirene tuvo sus altibajos. Era una monarquía, gobernada por la familia de los Batiadas —cuyos reyes llevaban alternativamente, los nombres de Bato y Arcesilao—, que se mantendría hasta el 440 aproximadamente. Pero su carácter evolucionó desde la monarquía patriarcal de sus orígenes, hasta un régimen tiránico, instituido por Arcesilao III para hacer frente a las pretensiones de una gran aristocracia, hostil a las prerrogativas reales. Las luchas civiles, a menudo muy encarnizadas, no impidieron el progreso económico. Cirene explotó las posibilidades agrícolas de la llanura, cuyas sementeras daban buenas cosechas. Sacó gran provecho del silfio, la misteriosa planta de tubérculo que utilizó como símbolo en sus monedas y que era pesada bajo la vigilante mirada de Arcesilao II, según vemos en una famosa copa. Sus caballos eran famosos, y Píndaro cantará sus victorias en los concursos panhelénicos. En su puerto de Apolonia desembocaban las rutas caravaneras procedentes de Egipto (por el oasis de Siwah), Sudán y Cartago. Desde 550, su comercio la puso en relaciones muy estrechas con Atenas, y de ahí las notorias influencias áticas en su arte.

De hecho, la civilización se desarrolló allí con brillantez en un sentido puramente helénico y sin tomar apenas préstamos de Egipto —su vecina, aunque muy lejana—, como no sea el dios Amón, que, llegado de Siwah, identificóse con Zeus, si bien conservando sus cuernos de carnero. Apolo, cuyos oráculos délficos habían alentado el esfuerzo colonizador de Tera, quedó como la divinidad poliada, estrechamente asociada a su hermana Artemis. Las excavaciones han puesto al descubierto los conmovedores vestigios de sus templos, así como *kuroi* y corés que no tienen nada que envidiar a los de la misma Grecia. En resumen, «de este rincón apartado del continente africano, perdido en los confines de las inhumanas soledades, la colonización griega hizo una provincia sonriente, un pedazo de Europa, la más grande, la más rica y la más meridional de las ciudades griegas» (F. Chamoux).

Egipto

El caso de Egipto es completamente distinto. En este reino de antigua civilización, de población densa y a menudo xenófoba, no era posible que los griegos establecieran colonias de población.

Mercenarios y traficantes

Sin embargo, se ofrecían inmensas posibilidades, tanto a los mercenarios como a los traficantes helénicos, desde que Psamético I (664-610), fundador de la XXVI dinastía, libró a Egipto del yugo asirio y restableció la unidad del país, antes de mostrarse como el prudente iniciador del renacimiento saíta, que se perpetuó con sus sucesores hasta la conquista de Cambises, en 525.

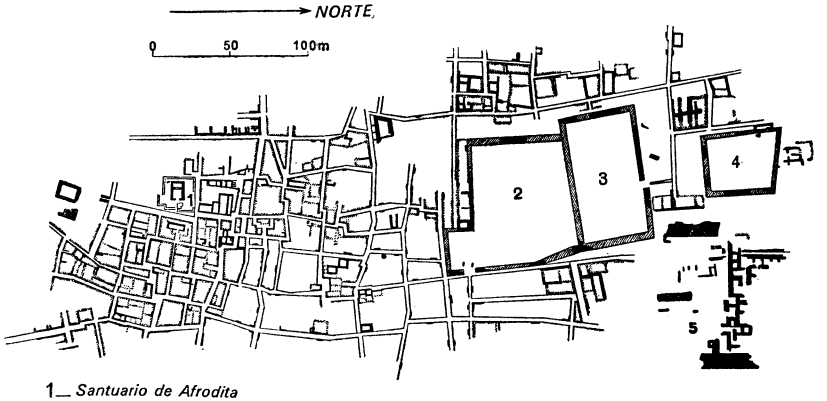
Esta monarquía, que trataba de ser poderosa, necesitaba mercenarios. Psamético los reclutó entre los piratas carios y jónicos que infestaban el Delta. Durante más de cien años, griegos de Asia prestaron voluntariamente sus servicios a los faraones. Se establecieron en los campos, en Dafne y en Estratopeda, en el Delta e incluso en Menfis, en tiempo de Amasis. Los documentos nos los muestran como temibles guerreros bajo sus pesadas corazas, que dejaron muchas huellas de su paso hasta el extremo Sur, en Abu-Simbel, donde, sobre un coloso, se leen con emoción *graffiti* trazados por soldados originarios de Ialisos, de Teos y de Colofón, conducidos por Psamético II en su expedición contra Nubia.

El señuelo del productivo tráfico empujó también hacia Egipto a mercaderes milesios, que se instalaron por la fuerza, primero, en el Muro de los milesios (Milesion Teikhos), en el brazo bolbitino, y luego en Naucratis, en el brazo canópico, cerca de la capital, Sais. Pronto acudieron otros comerciantes, procedentes del Asia griega, de las islas adyacentes y de Egina. Amasis les concedió en Naucratis un estatuto de privilegio, aunque con la obligación de no embarcar ni desembarcar más que en aquel puerto: excelente medio para prevenir las reacciones nacionalistas, a menudo violentas, sin privarse del incomparable fermento de actividad económica que representaban los mercaderes griegos.

Concesión de Naucratis

La fecha de la fundación de Naucratis es discutible (durante el reinado de Psamético I o tal vez de Psamético II). Sea como fuere, las excavaciones nos dicen que en el siglo VI era una ciudad floreciente hasta que Cambises le retiró sus privilegios, en provecho de Menfis (figura 39). Las exportaciones eran importantes: trigo del valle del Nilo, sal, alumbre, papiro, lino y cáñamo, productos de Arabia. A cambio, los griegos importaban tapices y alfombras, vasijas, vino y, sobre todo, plata. Fabricaban sobre el terreno una cerámica tosca, de inspiración jónica, y fundían el hierro y el cobre. La vida era fácil allí; las cortesanas, numerosas y refinadas, como la famosa Ródopis, de la cual se enamoró el hermano de Safo.

No se conocen bien, en detalle, las instituciones de que disfrutaban los griegos de Naucratis. Los milesios tenían en propiedad un santuario de Apolo; los eginetas, uno de Zeus, y los samios, otro de Hera. Los colonos de otras nueve ciudades —Quíos, Teos, Focea, Clazomenes, Rodas, Cnido, Halicarnaso, Faselis, Mitilene—, que llegaron más tarde, se repartieron el recinto sagrado del Helenion. Estas doce metrópolis, entre las cuales el Asia griega ocupaba una posición casi exclusiva, administraban en común el puerto franco por medio de prefectos. La ciudad tenía sus magistrados



1_ *Santuario de Afrodita*
2_ *Santuario de Hera*
3_ *Santuario de Apolo*
4_ *Santuario de los Dióscuros*
5_ *Helenion*

FIG. 39. Plano de Naucratis *(según H. Prinz)*

(prostatos). Naucratis constituía, pues, una excepción en la expansión arcaica: por una vez, los griegos debieron unirse para tratar de superar las dificultades frente a un Estado organizado, y, crearon instituciones interhelénicas, cuyo único ejemplo encontramos aquí.

En esta concesión —en el sentido en que se habla de concesiones de Shanghai y de Cantón— se establecieron relaciones con los indígenas: Naucratis se mantuvo aparte, pues los griegos sólo entraron en contacto con una civilización tan evolucionada como la suya. Alceo y Esopo recorrieron el Delta. Tales elucubró aquí sus especulaciones sobre el agua como principio primordial, y la agrimensura de Egipto sería el fundamento de sus demostraciones geométricas; Solón recogió el mito de la Atlántida; Pitágoras residió también aquí, y se ha hablado de la influencia de las religiones egipcias sobre el pitagorismo, sobre el orfismo e incluso —aunque con evidente exageración— sobre los misterios de Eleusis. Desde la época arcaica, los griegos se entusiasmaron por esta misteriosa comarca, que Herodoto y Platón visitarán también y donde creerán encontrar las fuentes de una sabiduría anterior a la de su raza.

Es difícil calcular lo que Egipto debió a estos contactos. No obstante, los faraones se familiarizaron con el helenismo. Psamético I creó un cuerpo de intérpretes. Su hijo Necao II consagró su traje de guerrero en el Didimeion de Mileto. Amasis, que al principio se presentaba como el mantenedor de una reacción nacional contra los griegos, no tardó en aprender a estimarlos: casó con una cirenea, envió ofrendas a Delfos, Samos y Lindos, y mostróse como el más filoheleno de los príncipes.

Hasta la conquista persa, que redujo sensiblemente su prosperidad, Naucratis, cuyas excavaciones pusieron al descubierto los templos y la red de callejuelas, era una de las ciudades de más vitalidad del mundo griego. En contacto con dos mundos antitéticos y que, con toda probabilidad, debían de ignorarse, fue como un anticipo de la Alejandría helenística.

5. SEDUCCIONES DEL NORTE

Hacia el Norte, la colonización se desarrolló en Calcídica y Tracia, en Propóntide y en Póntide.

Del golfo Termaico al Bósforo

CALCÍDICA Y TRACIA

Las ciudades eubeas dieron pruebas de su dinamismo al colonizar la península Calcídica desde el siglo VIII, es decir, en el mismo momento en que se extendían por Italia y Sicilia. Los eretrios se instalaron en Palene —especialmente en Mende y en Scione—, y luego en Metone, al otro lado del golfo Termaico. Los calcidios —que, al final, darían su nombre a la triple península— colonizaron Sitonia (Torone). Acte recibió, sin duda, una población mixta de eretrios y calcidios. Entre el Atos y el Estrimón, Andros creó, hacia el 650, cuatro colonias —entre ellas, Acanto y Estagiro—. En época más tardía (hacia el 600), unos corintios fundaron Potidea, en el itsmo de Palene. Estos asentamientos que se conservarán como pequeñas aldeas, vivían esencialmente de la agricultura y, sobre todo, del cultivo de la vid. No eran raras las luchas intestinas, especialmente cuando la guerra lelantina enemistó a las dos metrópolis eubeas.

Desde el 682, dos grupos sucesivos de parios se instalaron en la fértil Tasos, que, según una leyenda, ennoblecida por Arquíloco, sería conquistada por Heracles Calínicos. Sostuvieron duras luchas contra los indígenas tracios, cuyo recuerdo nos ha conservado el propio Arquíloco. Mas pronto pasaron al continente, donde, en el siglo VI, la Perea tasia se extendía desde el Estrimón hasta Nestos, cubriendo el distrito de las minas de oro del Pangeo, que aseguró a Tasos una envidiable prosperidad. Los hallazgos de las excavaciones francesas muestran el esplendor de la ciudad arcaica. Aún se puede seguir la admirable muralla, de cerca de 4 km. de contorno, de puertas adornadas con relieves monumentales de valor profiláctico. En una altura que dominaba la ciudad levantábase un colosal *kuros* moscóforo. Los recientes descubrimientos del santuario de Atenea, cerca de la acrópolis, y del san-

tuario de Artemis, cerca del ágora que estaba unida al puerto, evidencian la riqueza de la colonia desde el siglo VII: figuritas de terracota, vasijas cicládicas y jónicas, marfiles orientales, iguales a todos los que encontramos en el Egeo Oriental.

Entre el Nestos y los Estrechos se escalonaban Abdera —donde los primeros colonos, habitantes de Clazomenes, rechazados hacia el mar por los tracios, hacia 650, fueron reemplazados, en 545, por los de Teya—; Maronea, de cosechas famosas desde Homero —y de la cual se apoderaron los de Quíos en 650— y, en la vasta y fértil llanura del Hebro, Enos, colonizada por eolios. Finalmente, los samios se instalaron en la gran isla, que se convierte así en una Samos tracia (Samotracia).

Propóntide

Los dos estrechos que comunican Propóntide (mar de Mármara) con el Mediterráneo y con el mar Negro llevan nombres que recuerdan los antiquísimos mitos griegos del vellocino de oro y de Io: el Helesponto (Dardanelos) y el Bósforo. Pero no era su incomparable situación lo que atraía al principio a los griegos, más seducidos por los recursos alimenticios (trigo, vino, pescado), por lo cual, sus primeros asentamientos fueron, ante todo, agrícolas. Ya un persa se extrañaba de que el admirable emplazamiento de Bizancio —cuyo futuro es de todos conocido— hubiera sido ocupado tan tardíamente. Mas pronto Calcedonia y Bizancio (que protegían el Bósforo), Abidos y Lampsaco (sobre el Helesponto) y Cízico —en una isla de la Propóntide, que entonces estaba unida sólo a la orilla por dos puentes— convirtiéronse en florecientes etapas del comercio griego hacia el mar Negro. Dejando aparte Megara, que se aseguró el productivo señorío de Propóntide, colonizaron allí sólo ciudades de Asia o de las grandes islas vecinas, en un movimiento desordenado y anárquico. No obstante, empresas personales de Eupátridas atenienses (Milcíades el Antiguo, Hipias) mostraron el nuevo interés que despertaba en Atenas la ruta del Ponto.

Póntide

El mar Negro había sido surcado, desde el segundo milenio, por embarcaciones aqueas: objetos procedentes de Egeida fueron descubiertos en los cursos inferiores del Dniester y del Dnieper, así como en Crimea; la mitología conservó el recuerdo de las navegaciones de los Argonautas por el Don, de las estancias de Aquiles en la isla Blanca, de Ifigenia en Táuride o de Ulises en el tenebroso país de los cimerios y de las misteriosas Amazonas junto al río Termodón.

En la época de la colonización se reanudaron los contactos entre el Mediterráneo y el mar Negro. En el siglo VII, los griegos reemprendieron el camino de los Estrechos y abrieron un acceso a este mar, que temían porque era inhospitalario, brumoso, sin islas y sin golfos, y al cual, jugando con un vocablo indígena, dieron el nombre de Ponto

Quersoneso tracio		
Lesbos	2.° cuarto s. VII	Sestos
	2.° cuarto s. VII	Alopeconeso
Mileto	s. VI	Cardia
Milcíades el Antiguo	560	Conquista de todo el Quersoneso
Propóntide y Estrechos		
Megara	700	Astacos
	687	Calcedonia
	670	Selimbria
	660	Bizancio
Mileto + Paros + Eritra	700	Parion
Mileto	676	Cízico
	670	Proconeso
	670	Abidos
	fin s. VII y VI	Pequeños asentamientos en la costa asiática, entre ellos, Quíos
Focea	654	Lampsaco
Colofón	?	Mirleia
Samos	600	Perinto
	fin s. VI	Bisante y Heraion Teikhos
Hipias	533	Sigea

COLONIZACIÓN EN EL QUERSONESO TRACIO Y PROPÓNTIDE

Euxino —mar hospitalario—, a fin de conjurar los peligros. Por aquel entonces, toda su costa septentrional veíase agitada por grandes movimientos de población: unos recién llegados de raza irania, los escitas, irrumpieron a través de las estepas, que arrebataron a los primeros ocupantes, los cimerios, afines, sin duda, a los tracios. En adelante, hasta finales de la época helenística, Escitia influirá de un modo preponderante en la vida económica del mundo griego.

Desde principios del siglo VII se establecieron modestas factorías en la costa Norte, especialmente en el islote de Berezan, a lo largo del limán del Dnieper y del Bug, y en Panticapea, en el Bósforo cimerio (estrecho de Kertsch). Como las relaciones con los indígenas eran rentables, no tardaron en fundarse verdaderas ciudades.

Costas Oeste y Noroeste

Mileto	657	Istros
	646	Olbia
	?	Tiras
	610	Apolonia
	575	Odesos
	?	Tomoi
Heraclea del Ponto	540	Calatis
Bizancio y Calcedonia	510	Mesambria

Quersoneso táurico y Bósforo cimerio

Mileto	1.ª mitad s. VI	Panticapea
	1.ª mitad s. VI	Teodosia
	siglo VI	Numerosas pequeñas ciudades
	fin s. VI	Primera Tanais
Trapezonte	?	Hermonosa
Teos	1.ª mitad s. VI	Fanagoria
Heraclea del Ponto	422	Quersonesos

Costa Este

Mileto	s. VI	Fasis
	s. VI	Dioscurias
	s. VI	Pitios

Costa Sur

Mileto	mitad s. VII	
	Nueva fundación 630	Sínope
	s. VI	Trapezonte
	s. VI	Serie de pequeñas factorías
	564	Amisos
Megara + Tanagra	560	Heraclea del Ponto

COLONIZACIÓN GRIEGA EN EL PONTO

En la costa Oeste y Noroeste, al sur del delta del Danubio, hallamos colonias de Mileto (Apolonia, Odesos, Tomoi) o subcolonias de Megara (Calatis, Mesembria). Más al Norte, las desembocaduras de los grandes ríos atrajeron a los milesios por las facilidades de penetración que ofrecían (el nombre *limán* que aún hoy las designa, conserva el nombre griego del puerto *limén*). Istros se mantuvo prudentemente a cierta distancia de las pantanosas bocas del Danubio que le daba su nombre; Tiras se hallaba junto al Dniester y Olbia —llamada también Boristenes—, junto al Bug, en una admirable posición triangular defendida por el limán y por dos barrancos.

Crimea atraía también a los griegos, tal vez a causa de su agradable clima, que les recordaba el Mediterráneo. Dos ciudades importantes guardaban la entrada del estrecho de Kertsch: Panticapea, al Oeste, y Fanagoria, al Este; pero había numerosas ciudades secundarias, tales como Mirmecion, Tiritaca, Ninfeon, Cimerion, Teodosia, en Crimea; Hermonasa y Gorgipia en el Kubán. Más al Norte, se estableció una primera Tanais en el curso inferior del Don, protegida por dos murallas concéntricas. Salvo Fanagoria (fundación de Teos) y Hermonasa (fundación de Trapezonte), todas estas ciudades eran milesias.

En la Cólquida, tres pequeñas colonias milesias se recostaban en los peñascos del Cáucaso: Fasis, Dioscurias, Pitios.

En la fachada sur, la primera fundación de Mileto fue Sínope, ciudad destruida por los bárbaros y animosamente reconstruida. A su vez, enjambró en Trapezonte y luego en Amisos. Megarenses, unidos a beocios, se instalaron, finalmente, en Heraclea del Ponto.

Teos y, sobre todo, Megara —que, directamente o por medio de sus colonias, completó así su expansión en la zona de los Estrechos—, fueron las únicas metrópolis que desempeñaron algún papel, muy modesto, desde luego, al lado de Mileto. La floreciente ciudad jónica fundó, en el transcurso del arcaísmo, 90 colonias en el mar Negro, con lo cual podía acaparar las riquezas para su exclusivo provecho. Sin haber intentado jamás que pesara sobre ellas su hegemonía, sacó los frutos de una política audaz y perseverante. Así se explica el que, hasta finales del siglo VI, las ciudades ribereñas del Ponto mantuvieran esencialmente relaciones mucho más con Anatolia que con la propia Grecia.

Colonias pónticas de las costas Sur, Este y Oeste

Muchas de estas ciudades apenas aparecen en los textos y no han sido objeto de metódicas excavaciones. Hemos de contentarnos, pues, con indicaciones sumarias.

La costa Sur vivía, al principio, de la agricultura (trigo, olivos) y de la ganadería. Así, Heraclea del Ponto permanecía esencialmente rural, y sus indígenas estaban reducidos a la esclavitud por los colonos, los mariandinios. Eran famosos los atunes que se pescaban en Sínope. Los magníficos bosques de la Anatolia septentrional proporcionaban madera, sobre todo para los astilleros navales de Sínope. Los recursos mineros eran extraordinarios, en particular, el hierro y el cobre del Cáucaso —una de las principales fuentes de aprovisionamiento del mundo griego—, que afluían a Trapezonte y a las pequeñas factorías de Cólquida. El comercio con el interior del Asia Menor era próspero.

En seis o siete días se podía atravesar toda la península de Sínope o de Amisos, en Cilicia.

Los recursos de la costa Oeste no diferían mucho: trigo, pescado, sobre todo madera, y minerales de las montañas tracias (hierro, plomo, cobre).

Los griegos en Escitia

Afortunadamente, estamos mejor documentados acerca de las colonias de la costa Norte y de Crimea, gracias a tres excelentes excavaciones, efectuadas recientemente en las Repúblicas soviéticas. En el siglo VI, estas colonias eran pequeñas ciudades que vivían en simbiosis con el elemento autóctono. Las necrópolis mostraban a menudo la yuxtaposición de sepulturas helénicas (tumbas de fosa o sepulcros de *dromoi*) y sepulturas indígenas en las que el cadáver era inhumado con las piernas plegadas. Muy cerca de la ciudad griega, las numerosas aldeas del país llano estaban habitadas casi exclusivamente por escitas, tauros, mayotes o sindos.

La agricultura era próspera: las fértiles tierras que bordeaban el mar producían abundante trigo; en cambio, la vid, que conocerá un gran desarrollo en Crimea en la época helenística, parece que no había llegado aún. Se criaba un ganado robusto, que proporcionaba excelentes pieles, y abejas. Los peces, atunes y esturiones, que abundaban en los limanes y en el estrecho de Kertsch, alimentaban una floreciente industria de salazón.

Poco a poco se desarrolló un artesanado, al menos por lo que se refiere a los productos manufacturados más bastos (vasos corrientes, telas, tejidos ordinarios). En cambio, las piezas más perfectas procedían del mundo griego, sobre todo de Jonia. Así se inició un productivo tráfico que dio salida a los productos locales (trigo, pescado, alimentos, lanas, pieles, cueros, sal) y a los esclavos, e incluso a productos que llegaban al Ponto después de un largo camino (ámbar del Báltico, oro del Altai), a cambio de joyas, objetos de metal elaborado, cerámica de lujo (fig. 40).

Los productos griegos interesaban sólo a la aristoracia escita, que, desde tiempos remotos, se impregnó de influencias helénicas. Los matrimonios mixtos no eran raros: un rey de finales del siglo VI, Ariapeites, dio muestras de su eclecticismo casándose con tres mujeres, una griega de Istros, una escita y una tracia. Herodoto se muestra pródigo en anécdotas relativas a príncipes que despertaban la suspicacia de sus súbditos por un desmesurado gusto hacia las costumbres griegas: Anacarsis, al retorno de sus largos viajes por el mundo mediterráneo, fue asesinado por haber pretendido introducir el culto a la Gran Madre (Cibeles) de Cízico; el hijo de Ariapeites gustaba pasar temporadas en el palacio que se había hecho edificar en Olbia, decorado con esfinges y grifos, pero fue asesinado por su guardia al salir de los misterios de Dionisos.

La influencia inversa, pese a lo que se haya podido decir, no es muy probable, salvo quizás en el dominio de la religión. El culto a una diosa madre se impuso a los colonos y subsistirá incluso en pleno período helenístico, a veces con extrañas particularidades: así, vemos representaciones de una diosa indígena rodeada de un nimbo, con los brazos en cruz, uno de los cuales es reemplazado por una rama de árbol. Al parecer, Deméter sustituyó a menudo, en las ciudades coloniales, a esta deidad vegetal, lo cual no plantearía grandes dificultades, ya que era considerada protectora de las cosechas. Era la principal divinidad de Olbia, sobre cuyas monedas aparecerá en el siglo siguiente. En Ninfeon le fue dedicado un templo arcaico, donde se encontraron abundantes estatuillas de la diosa, de danzarinas sagradas, de sacerdotisas portadoras

de agua. En cuanto a la Artemis Taurópola de los griegos, se hallaba ligada, al menos por un juego de palabras a Crimea (Quersoneso táurico). Por otra parte, los bárbaros nórdicos eran considerados por los griegos como hombres prudentes, moderados, virtuosos: el viaje de Anacarsis a Atenas dio origen, desde la Antigüedad, a muchas fábulas moralizantes.

A finales del arcaísmo, ninguna de estas ciudades del Ponto experimentó un notable desarrollo. Aunque hemos podido señalar en Olbia, desde comienzos del siglo VI, unas preocupaciones urbanísticas

FIG. 40. Copa con figuras negras, encontrada en Olbia (U. R. S. S.), siglo VI *(según A. Mongaït)*

(plano en damero con calles que se cortan en ángulo recto) que no aparecerán en Mileto hasta después del 479, como si la arquitectura colonial trazara el camino a la arquitectura metropolitana, los escasos edificios que subsisten de este período son muy modestos. Las técnicas económicas seguían siendo rudimentarias, puesto que sólo Panticapea acuñó moneda antes del siglo v. No hay aquí posible comparación con las grandes creaciones del helenismo occidental. Pero los griegos se establecieron en una vasta zona costera, que emergía de la barbarie, y pusieron las bases de un próspero negocio. Su influencia se extendió incluso muy tierra adentro, sobre las estepas arboladas en las que quizá llevaban ya una vida nómada los primeros antepasados de los eslavos. En Nemirov, a 300 km. de la desembocadura del Bug, se ha encontrado una tejuela, de finales del siglo VII, que lleva, en griego, las siguientes palabras: «Tú me sacarás en suerte». Vasijas de figuras negras llegaron hasta Kursk, en pleno centro de las Tierras negras. El

desarrollo y la prosperidad posteriores de las colonias pónticas no se explicarían sin la audacia de los milesios, que ciñeron el Mar Negro con un rosario de colonias.

6. CONSECUENCIAS DE LA GRAN AVENTURA

Isócrates lo dice justamente (*Panegírico,* 36): «Los colonos se salvaron a sí mismos y a los que se habían quedado».

Los griegos y la colonización

Las metrópolis, asfixiadas por las luchas intestinas o, más corrientemente, por lo reducido de sus tierras, veíanse libres de la opresión, aunque la competencia de los productos coloniales agravase a veces, de momento, el malestar social. Sea como fuere, la economía recibió un poderoso impulso gracias a la superabundancia de las materias primas y a la multiplicación de los mercados exteriores.

Las ciudades coloniales fomentaron un helenismo muy eficaz, cuya originalidad salta a la vista. Obedece, en una ínfima medida, a los contactos establecidos con los indígenas y que daban, por ejemplo, su color especialísimo a los cultos de Sicilia o de la Magna Grecia. Derivaba, sobre todo, de las nuevas condiciones impuestas por el nuevo mundo. En ciudades en las que, por definición, no existía tradición alguna, se podía pensar y obrar sin las trabas de los viejos esquemas. Los primeros legisladores aparecieron en Occidente; y también allí se idearon los vastos conjuntos arquitectónicos para honrar a los dioses mejor que en los santuarios reducidos y, a veces, encumbrados de Grecia. Pero los colonos se enorgullecían demasiado de ser griegos y despreciaban ostensiblemente a los bárbaros para no procurar, ante todo, mantenerse fieles al pasado de su raza. Lo demuestra el mismo nombre de Magna Grecia dado a la región donde, junto con Sicilia, tuvieron mayor éxito: la Italia meridional.

Los bárbaros y la colonización

Las empresas coloniales tuvieron como principal consecuencia la propagación del helenismo muy lejos de su primitiva área. Los contactos eran particularmente estrechos en Sicilia, donde vemos, por ejemplo, que las pequeñas comunidades sículas de los alrededores de Gela renunciaron a sus primitivos modos de vida y adoptaron los de una *polis.* Etruria, cuyas tumbas, sin excepción, estaban llenas de

vasijas griegas —hasta tal punto, que en el siglo pasado se llamaban etruscas—, experimentó un profundo cambio. Incluso en países en que la densidad de colonos era escasa, como Póntida, la Galia o Iberia, al menos la aristocracia local se abandonó a las seducciones de una cultura superior.

Ningún testimonio mejor de este vasto movimiento que la difusión de la escritura en Italia. El fraccionamiento político explica las múltiples tentativas, todas las cuales tuvieron como base los alfabetos griegos occidentales. El alfabeto etrusco, que aparece por primera vez en una tablilla de marfil de Marsiliana hacia el 700, deriva del de los calcidios de Cumas. También proceden de él los alfabetos «noretruscos» del Norte de la península y los alfabetos osco, umbrio, falisco y latino. El alfabeto latino, cuyo más antiguo documento es la piedra negra del Foro (¿fines del siglo VII?), fue relegando progresivamente a todos los demás. Si se recuerda la importancia que tendría con el tiempo en el proceso elaborador y difusor de la civilización europea, descubriremos un fenómeno capital en la rápida expansión del alfabeto griego occidental, que, directamente o por medio de los etruscos, conquistó poco a poco a toda la Italia ávida de escribir.

Resulta paradójico comprobar cómo progresó el helenismo, de un modo especial en Occidente, mucho más allá de las regiones en que comerciaban los colonos. El papel de los etruscos en la redistribución de los productos griegos debió de ser considerable. Sin duda, buen número de vasijas griegas atravesaron los Alpes hasta la meseta suiza tanto por su mediación como por un lento trayecto a lo largo de la ruta danubiana. Desde allí se difundieron por Renania y por la Francia del Este (Alsacia, Franco Condado, Borgoña, Champaña), donde las sepulturas contienen oinocoes de bronce, por ejemplo, en Kappel-am-Rhein (Baden) y Vilsingen (Wurtemberg), y cerámica de figuras negras, numerosa en el *oppidum* del monte Lassois (cerca de Châtillon-sur-Seine), Camp de Château (Jura) y Heuneburg (Wurtemberg). La más hermosa crátera arcaica en bronce fue encontrada en una tumba de una princesa gala en Vix (Côte-d'Or), junto con una admirable diadema de oro. Si sus avances resultan misteriosos para nosotros, por lo menos nos muestran el incomparable prestigio de que gozaba el arte griego en un mundo céltico que, de esta forma, bebió en las fuentes más puras de la civilización mediterránea.

Los artistas indígenas adaptaron al gusto céltico las formas y motivos de importación. Las técnicas de construcción se modificaron: en Heuneburg encontramos muros y bastiones de adobe sobre un pedestal de piedra, testimonio de indiscutibles influencias helénicas.

En España la difusión del helenismo fue rapidísima, sobre todo en el país de Tartesos y en la costa oriental. Aparecen tres sistemas de escritura, a mitad de camino entre el silabario y el alfabeto, que suponen una combinación de las influencias semíticas y griegas. El mismo

sincretismo hallamos en los primeros ensayos del arte ibérico en los alrededores de Cádiz (siglo VII): marfiles, cubiletes de plata, joyas de oro, candelabros de bronce, en los cuales, sin embargo, la aportación oriental introducida por los fenicios parece ser la más importante. Pero los comienzos de la gran plástica, que no tardará en representar un rico bestiario, atrajeron en seguida la atención sobre el mundo helénico, de manera especial sobre la Magna Grecia, donde se encuentra el modelo de los toros androcéfalos, tan caros a los iberos. En cuanto a la cerámica, desde el siglo VI copia motivos geométricos griegos.

Entre el imperio aqueo y la conquista de Alejandro, la expansión arcaica atestigua lo mejor de esta vocación propia del helenismo, que consiste en llevar cada vez más lejos sus conquistas económicas y espirituales.

capítulo V

Innovaciones espirituales

Este mundo tan diverso, en el que no todas las regiones evolucionaron al mismo ritmo, conservaba, por lo menos, una profunda unidad, la de su civilización espiritual, constantemente renovada por los incesantes viajes que realizaban de una ciudad a otra poetas, pensadores y artistas (mapa 11). Sin embargo, el Asia griega, gracias a su organización económica y a su prosperidad, mantenía todavía la primacía.

La impresión dominante es la de una enérgica potencia creadora, algo exuberante y desordenada: un pueblo joven que elaboró sus modos de pensar y sentir, inventó su vocabulario literario y artístico, cristalizó sus relaciones con el mundo de los dioses. La directa y poderosa emoción que no podemos por menos de experimentar ante una estatua o un poema arcaicos, se debe a este frescor de una civilización que, sin alcanzar aún la depurada serenidad del clasicismo, se busca y, poco a poco, se descubre.

1. LIRISMO, DRAMA Y RACIONALISMO ARCAICOS

En todos los campos aparecieron formas nuevas: variado y flexible, el lirismo, que sucedió a la poesía, más grave y severa, de Homero y Hesiodo; después los géneros dramáticos, mientras los pensadores in-

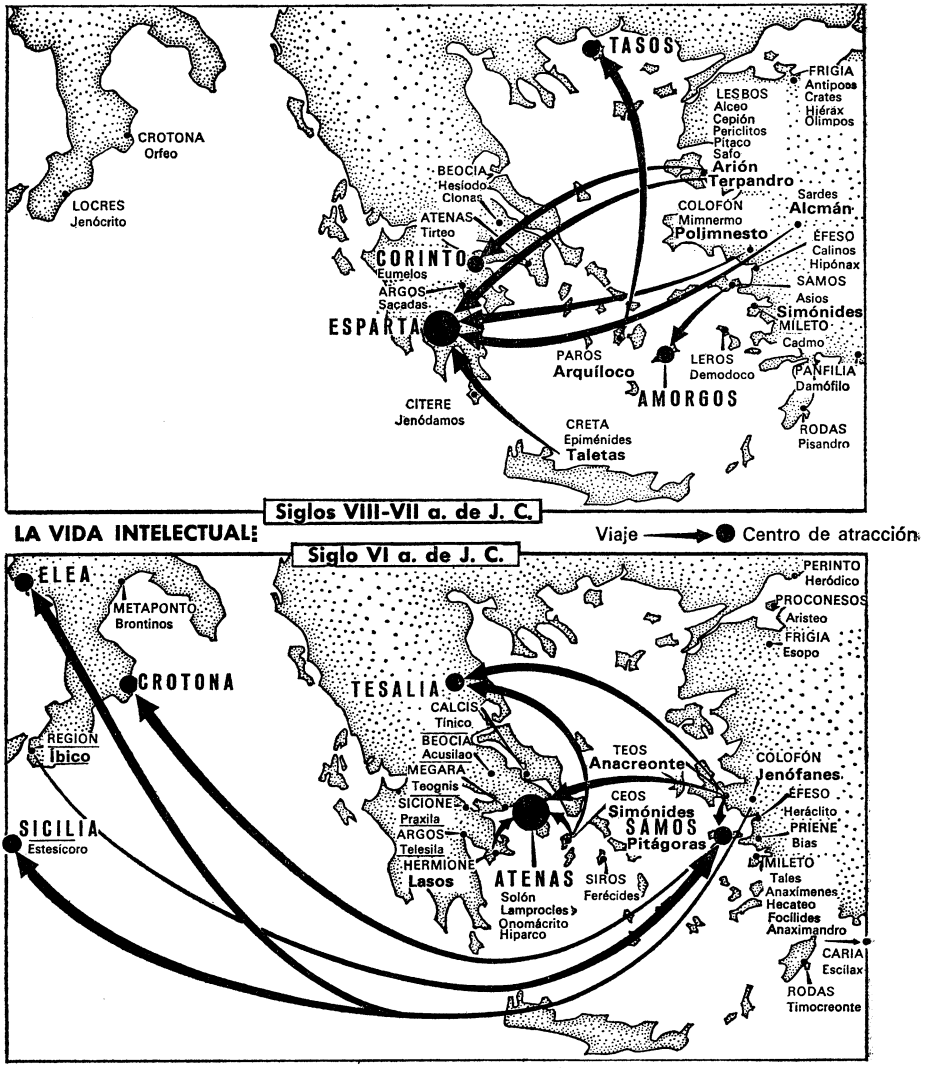
tentaban por primera vez explicar racionalmente el universo y creaban la ciencia y la filosofía, no bien deslindadas aún.

Despertar del primer lirismo griego

El lirismo, en el sentido griego de la palabra, es una poesía acompañada de música. Su nacimiento está directamente ligado a los contactos de los jonios con los orientales, que habían progresado mucho en sus investigaciones musicales y, sobre todo, habían mejorado considerablemente los instrumentos indispensables para el acompañamiento. Los griegos adoptaron una cítara de múltiples cuerdas, que reemplazó al pobre tetracordio homérico, y, sobre todo, la gran flauta frigia, de conmovedores gemidos, y la pequeña flauta lidia, cuyas notas altas imitan la voz blanca de las jovencitas. Incluso la elegía tomó su nombre de la designación asiática de la caña con la que se fabricaba la flauta.

La epopeya, que había exaltado las virtudes guerreras de los aqueos, tradujo luego la ardiente añoranza de un mundo desaparecido con las invasiones dóricas; la poesía didáctica había expresado la confusión de una Grecia que, resurgida de sus ruinas, intentaba organizar su vida material y ordenar su universo espiritual. El lirismo era la expresión de una sociedad en plena gestación. Su función social era doble: en su forma coral, intervenía directamente en las fiestas en que se consolidaba la unidad de la ciudad; y en la forma de monodias *(soli)* era el único medio de expresión de almas apasionadas desgarradas por la vida. Con la introducción de la tiranía, desarrollóse en los pequeños cenáculos que rodeaban a los tiranos, y de modo natural se convirtió en poesía cortesana. Periandro, Polícrates y los Pisistrátidas protegieron generosamente a los poetas. Era un espectáculo pintoresco ver las pujas de los poderosos para asegurarse los servicios de un poeta de renombre.

El lirismo reflejaba también la diversidad de la sociedad griega. Sin entrar en la distinción técnica de los tres modos (dorio, frigio, lidio), se pueden señalar muchos campos que corresponden a las grandes etnias. Jonia inventó la elegía —treno acompañado de la flauta, en la que se especializó Mimnermo de Colofón, que quizá fue el primero en cantar los sufrimientos del amor—, y el yambo, cuyo chispeante ritmo se prestaba a la sátira personal (Arquíloco de Paros) o general (Simónides de Amorgos). Eólida produjo, sobre todo, citaredos: Terpandro y Arión, cuya gloria llegó lejos; Alceo y Safo, que eternizaron sus rivalidades poéticas y amorosas en odas ligeras de sutiles ritmos. Esparta logró atraerse a Alcmán de Sardes —que llevó hasta la perfección el lirismo coral— y a Tirteo, que, aunque ateniense, descubrió los varoniles acentos de una poesía realmente dórica. Megara fue la cuna de



MAPA 11. La vida intelectual en la época arcaica. Circulación de ideas y de hombres

Teognis, vigoroso cantor del ideal aristocrático. En las remotas orillas de Sicilia, Estesícoro de Himera dio nueva vida a los viejos temas de la epopeya en ásperos versos, en los que introdujo nuevos valores morales. Finalmente, la voluptuosidad del Asia y la severidad dórica encontraron su equilibrio en Atenas, en las elegías apasionadas de un sabio: Solón.

Lirismo y lucha de clases

El rigor de las luchas sociales dio color al lirismo arcaico con sus sombríos reflejos. El odio generador de insultos era, al parecer, la mejor inspiración de los poetas. Arquíloco transformó el yambo en una temible arma, que manejó con la misma violencia contra una novia infiel, constreñida al suicidio, que contra el destino que hizo de él un desarraigado, colono desdichado en Tasos y, finalmente, mercenario.

Los conflictos políticos inspiraron también feroces acentos. Alceo, aristócrata intransigente, defendió con las armas los intereses de los poderosos frente al tirano Mirsilos, cuya muerte canta con una alegría salvaje: «Ahora debemos emborracharnos, ahora debemos beber hasta el exceso, puesto que Mirsilos ha muerto» (fragmento 20). No fue benévolo con «el miserable Pítaco», designado por el pueblo como árbitro, pero al que consideraba un tirano.

Con Teognis encontramos otro aspecto de las luchas intestinas de las ciudades, el odio del *demos* triunfante, que ha eliminado a «los buenos» y al que hay que tratar de mala manera: «Aplasta a la plebe imbécil, clávale la punta del aguijón, ponle sobre la cabeza un pesado yugo» (874 ss.). Detestaba a los advenedizos, a los cuales su riqueza procuraba tanto poder como a los nobles su nacimiento, y se extrañaba dolorosamente, ante Zeus, de que «la fortuna de los malos sea estable, mientras que los buenos, los amigos de la justicia, que han mantenido puro su corazón y han evitado el mal, se vean alcanzados y asediados por la pobreza, madre de los sufrimientos» (383 ss.).

No eran menos ardientes las pasiones políticas en Atenas. Se desataban a través de la obra de Solón, famoso ya por haber arrastrado a los atenienses a la reconquista de Salamina, y que procuraba extinguirlas restableciendo la concordia entre las clases: «He cubierto con un escudo alternativamente a los dos partidos, y no he dejado que uno u otro venciera injustamente» (fragmento 7). Gustaba exaltar su obra de equidad, realizada en medio del desencadenamiento de los intereses, cuando, «haciendo frente a todos lados como un lobo en medio de una jauría de perros», él «escribió leyes similares para el miserable y para el hombre honrado, estableciendo para todos una justicia muy recta» (fragmento 36).

Los ecos de las luchas políticas resonaban, pues, en la obra de todos estos líricos, ya abrazaran a ultranza uno de los partidos del momento, ya —Solón, ejemplo único— se pusiera entre ellos como mediador. Pero aún hay otro aspecto digno de destacar en esta poesía. La época arcaica, que asistió al despertar de las *poleis,* fue también testigo de los primeros conflictos entre el individuo y la sociedad. Era el momento de las grandes iniciativas, en las cuales se afirmaban y triunfaban poderosas individualidades, pioneros de la colonización o tiranos. El desarrollo de una poesía personal, de un lirismo en el sentido moderno de la palabra, refleja las mismas aspiraciones del individuo.

No debe extrañarnos que fuese en las opulentas ciudades de Jonia y de Eólida, amigas de la *tryphé* (lujuriosa molicie), donde se expresaran mejor las tendencias hacia una vida de placeres refinados; sobre todo, placeres de sociedad. Los banquetes seguidos de largas libaciones y amenizados por los flautistas, servían a menudo de marco a las canciones de los líricos: «Trae agua, muchacho, trae vino, trae coronas de flores, a fin de que pueda medir mi fuerza con la de Eros», exclama Anacreonte (fragmento 62). Y Safo no sería Safo sin aquel encantador coro de doncellas, semejantes a las rosas de sus delicadas guirnaldas, que giraba a su alrededor. En aquel ambiente, el alma se estremecía y exaltaba. El vino desempeñaba aquí su papel, ese vino que Alceo ordenaba a su escanciador que vertiera sin cesar, a borbotones. Y no menos el amor, el amor ingenuamente sensual de los grandes lesbios, el amor elegante y juguetón de Anacreonte, el amor que, quizá por primera vez, analizó sus ardores y sus cadenas, se asomó sobre sus tortuosas sinuosidades e intentó comprenderse al expresarse. Finalmente, la melancolía se hallaba cerca del placer, que destruía el espectro de la vejez y de la muerte: «El fruto de la juventud es efímero —dice Mimnermo—; dura tanto como la luz del sol. Una vez traspasado este término, la vida se convierte en algo peor que la muerte» (fragmento 2).

De hecho, el lirismo arcaico iba más allá del trivial *Carpe diem.* Se puede ser sensible, a primera vista, a la constante evocación de la primavera, de las flores, de la luz, del amor, que fueron sin duda, el admirable y radiante telón de fondo del primer lirismo griego. Pero, gnómica o no, esta poesía se orientaba totalmente hacia la búsqueda de una sabiduría, la única capaz de asegurar al individuo su completa expansión, sabiduría hecha de moderación, que exalta una virtud nueva, que vemos ya en Hesíodo y que encontrará su pleno desarrollo en el último de los líricos arcaicos, Píndaro: la justicia.

Producto de un período turbio, el lirismo arcaico fue un lirismo vivo. Pintó la sociedad en dos aspectos contradictorios: el compromiso político y la búsqueda de la perfección de la persona, con la misma pasión en ambos casos. No se trataba del lirismo alejandrino, hecho en parte de ciencia, de imitación y de negación de la vida. El lirismo nació aquí de una confrontación o, mejor, de un enfrentamiento del espíritu con la vida desgarrada por la lucha de clases y por la atracción de los placeres.

Nacimiento de los géneros dramáticos

Los primeros ensayos dramáticos nos llevan a un ambiente distinto por completo. Las formas literarias del drama, bastante tardías, surgieron de formas propiamente religiosas, a través de una lenta evolución, acerca de la cual no se han puesto de acuerdo los especialistas.

Aristóteles (*Poética*, 1449 *a*) indica que la tragedia nació del ditirambo, género que, a su vez, evolucionó a partir de formas muy primitivas. En sus comienzos era una liturgia en honor de Dioniso, celebrada por coros cíclicos de hombres que danzaban alrededor del altar, agitados por una posesión colectiva: aislados del público por su mismo círculo, pronto llegaban al éxtasis que caracterizaba a los adeptos del dios de la *mania*. Un jefe de coro entonaba un aire, que improvisaba según su fantasía, sostenido quizá por la embriaguez. Mas poco a poco se pasaba de este ditirambo preliterario, que sólo era una práctica ritual, al ditirambo literario, escrito por un poeta y aprendido por los coreutas: se había dado un paso decisivo, ya que entonces aparecieron los elementos de un posible diálogo entre el jefe del coro y el coro, probable germen de la tragedia.

También ligado al culto a Dioniso se halla el drama satírico. Al principio, sin duda no era más que una desenfrenada liturgia: los sátiros que formaban el coro se entregaban, en honor del dios, a danzas bastante afines al coreo de los poseídos. A continuación adquirió una forma más literaria, especialmente en el Peloponeso (la misma voz *drama* es dórica). Se dice que Pratinas de Flionte, en Argólida, fue el primero que escribió dramas satíricos e introdujo el género en Atenas.

Los comienzos de la tragedia están envueltos en las sombras más densas. La palabra aparece por primera vez en el Peloponeso (en Sicione), donde unos «coros trágicos» (coros del macho cabrío), celebrados en honor del héroe Adrasto fueron, según el testimonio de un famoso texto de Herodoto (5, 67), desviados por el tirano Clístenes en favor de Dioniso. Sin duda hemos de deducir que el lazo, claramente establecido en el siglo v entre tragedia y culto a Dioniso, no es primitivo y que no tienen fundamento las teorías que han intentado derivar la tragedia de una escenificación ritual en honor de Dioniso, dios de la vegetación, cuya muerte, seguida de su resurrección, se habría celebrado cada año.

En su primitiva forma, la tragedia estaba relacionada, sobre todo, con los honores fúnebres rendidos, en un medio aristocrático, a los héroes difuntos. Pero aun teniendo en cuenta la influencia ejercida por el ditirambo, no es fácil explicar el paso de esta tragedia preliteraria, nacida en el Peloponeso, a la tragedia, que apareció en Atenas poco antes de 530 con Tespis. Éste introdujo el primer actor (*hypokrites* significa, literalmente, el que responde), el cual contestaba, hablando al coro con lo que representa un elemento racional de análisis frente a la lamentación lírica del primitivo coro: primer paso de una larga evolución que culminará en la multiplicación de los actores, en la disminución del papel del coro y en la nueva importancia asignada a la acción frente a la pura expansión patética.

Ante tales dificultades, ¿no hemos de renunciar a las explicaciones tradicionales y ver, con H. Jeanmaire, en el nacimiento de la tragedia,

una de esas «súbitas mutaciones» a que se refieren los biólogos, fruto de la vitalidad de Atenas en la madurez del arcaísmo?

Tampoco es posible explicar el nombre mismo de la tragedia (canto del macho cabrío). ¿Debemos admitir la reciente teoría de F. Robert, según la cual procedería de ritos expiatorios muy primitivos, en los que un macho cabrío, análogo al macho cabrío emisario de los semitas, era sacrificado para purificar a la comunidad? Es cierto que la idea de purificación, inherente a las viejas prácticas, jamás desaparecerá del todo de la tragedia, que Aristóteles considerará aún como una purificación *(katharsis)* de las pasiones.

Las raíces de la comedia se hunden también en ritos muy antiguos. Su mismo nombre recuerda al *komos*, la procesión báquica celebrada al término de las cosechas, en la que se intercambiaban con los asistentes punzantes *lazzi* y bromas obscenas: período de expansión en el que, momentáneamente, se sacudían los tabús sociales y que se encuentran en casi todas las sociedades (cf. las Saturnales en Roma o el carnaval de las modernas civilizaciones). En Sicione por ejemplo, que, al parecer, ejerció una influencia decisiva en el desarrollo de las formas dramáticas, unos falóforos cubiertos de serpol recorrían, danzando, las calles de la ciudad y se entregaban a mil donaires. No obstante, en Megara apareció un género mucho más literario con la farsa megariense, chabacana e ingenua, que Aristóteles relaciona con el triunfo de la democracia, sin duda porque el pueblo encontraba allí ocasión de expresar sus rencores, lo mismo que en Atenas un siglo más tarde. Pero tendremos que esperar mucho más tiempo que en el caso de la tragedia para que la comedia adquiera, en Sicilia y en Ática, una forma claramente literaria.

La creación de los géneros dramáticos es uno de los hechos más notables del helenismo arcaico, tanto más cuanto que no podemos denunciar influencia exterior alguna —sólo el Egipto del Nuevo Imperio conoció, al parecer, un drama religioso antes que los griegos—. Es cierto que su papel fue poco importante a finales del siglo VI, pero estaban predestinados, en el siglo siguiente, a adquirir en Atenas un prestigioso resurgir, que hará de ellos la principal expresión de la democracia triunfante.

Positivismo jónico

Encontramos también un fenómeno, casi contemporáneo, que señala un decisivo progreso en la formación del espíritu helénico: el nacimiento de la especulación en Jonia bajo la doble forma de lo que nosotros llamaríamos filosofía y ciencia. Viose facilitada por los fáciles contactos que se establecían, especialmente en Mileto, con el pensamiento oriental, babilónico o egipcio. Pero también fue «hija de la

ciudad» (J.-P. Vernant), porque nació en un universo espiritual enteramente distinto del mundo palatino de Oriente, hecho de sumisión al rey: el de la *polis*, mundo secular y racional que admitía la reciprocidad entre ciudadanos afines y tomaba como base una ley *(nomos)* igual para todos. Y de ahí los sistemas del mundo basados en el equilibrio y el enfrentamiento de las fuerzas naturales, de la misma forma que el *nomos* era, etimológicamente, una «repartición» entre grupos o individuos que se enfrentaban y equilibraban.

La explicación cosmológica tradicional, que hacía intervenir a los dioses y se basaba en genealogías, no se considera ya satisfactoria. Por primera vez, el espíritu humano quiere contar sólo con sus propias fuerzas para analizar el universo, al descubrir el principio primero *(physis)* que lo explica. La audacia de los «fisiólogos» —los que investigaban la naturaleza de las cosas— de la escuela de Mileto elaboró los primeros sistemas filosóficos.

El iniciador fue Tales (fines del siglo VII-principios del VI), tal vez un cario helenizado, el cual enseñaba que el principio original de toda generación era el agua. Es cierto que esta explicación recuerda la de algunos mitos egipcios o babilónicos, pero aquí encontramos una diferencia esencial: el mito ha perdido por completo su carácter religioso. Su sucesor, Anaximandro (mediados del siglo VI), renunció a ver en el agua la *physis* esencial. La buscó en el Infinito *(Ápeiron)* y explicó extensamente la forma en que todas las cosas surgieron del Infinito, al principio por separación en su seno de dos principios contrarios, el Calor y el Frío. Finalmente, Anaxímenes (segunda mitad del siglo VI) creyó ver de nuevo el principio de las cosas en una realidad observable: el aire. Según él, todo nace de las condensaciones o de las rarefacciones de este elemento.

El fundador de la escuela de Mileto, la primera de las escuelas filosóficas, puede ser considerado, a la vez, el creador de la ciencia griega: Tales, iniciado con toda seguridad en la astronomía caldea, se hizo famoso al predecir un eclipse total de sol, cosa de la que, desde hacía tiempo, eran capaces los astrólogos de Babilonia. Más interesante es su obra de matemático. También aquí se inspiró en conocimientos aritméticos y geométricos de los orientales, aunque el espíritu de su investigación es esencialmente original: la ciencia empírica y semilógica de los egipcios o los babilonios fue sustituida por una verdadera ciencia, porque es puramente lógica. Platón opone acertadamente (*República*, 435 e) «la avidez de ganancia» de los egipcios y de los fenicios a «la pasión por la ciencia» de los griegos. La gloria de los primeros pensadores jónicos radica en haberse librado de todo pragmatismo y en haber buscado exclusivamente la explicación racional, en una palabra, en fundar la ciencia sustituyendo al astrólogo por el astrónomo y al agrimensor por el geómetra.

Simultáneamente, y siempre en Mileto, se abrió otro campo a la reflexión racional: el del pasado. Los logógrafos —literalmente, los

prosistas— se asomaron a las tradiciones míticas referentes al origen de las ciudades: a menudo, su obra es sólo una crónica ingenua que preludia la historia. No obstante, el más célebre de ellos, Hecateo de Mileto, adopta una actitud crítica: «Escribo las cosas como me parecen verdaderas, pues los discursos de los griegos son diversos y, a mi juicio, ridículos». Compuso varias *Genealogías* a la vez que una *Descripción de la Tierra,* basada en parte en sus viajes personales: verdadero creador de la Historia y de la Geografía, fue el mejor precursor de Herodoto, que tanto le debe. Elaboró también, junto con Anaximandro, los primeros mapas griegos.

El pensamiento occidental

Otros pensadores, por lo general, en aquel Occidente que era entonces el segundo polo de la filosofía griega, se apartaron del positivismo jónico. Jenófanes, originario de Colofón, pero que viajó mucho y quizá se estableció en Elea (Italia), se desinteresó de los audaces sistemas con que los jonios intentaron aprisionar la realidad. Espíritu cáustico, detractor de la mitología tradicional, se apasionó por la observación precisa: al contemplar vestigios de hojas en las latomías de Siracusa, ¿no dedujo que el mar cubría en otro tiempo toda la superficie de la Tierra? Sin embargo, ejerció mayor influencia como fundador de la Ontología, y, por consiguiente, como precursor de la escuela eleática. Según Aristóteles (*Metafísica,* 986 b), fue el primero en «afirmar, después de una minuciosa observación del conjunto del mundo, que el Uno es Dios». En adelante, el problema del ser y el problema del Uno no dejarán de preocupar al pensamiento helénico.

Con Pitágoras llegamos a algo muy distinto de la obra genial de un solitario. Este exiliado de Samos, refugiado primero en Crotona, vio cómo acudían a él hombres en busca de pureza y de verdad. Formaban una comunidad, que no tardó en ser expulsada de la ciudad por un partido rival, pero que enjambrará en todo el Mediterráneo, de un modo especial en Occidente. Resulta difícil discernir, en la magnífica floración del pitagorismo, lo que corresponde al maestro o a los discípulos, lo que es antiguo o moderno e incluso muy tardío.

Al parecer, en el pitagorismo hay dos elementos distintos, e incluso antinómicos: una investigación científica que tiende a encontrar en el universo relaciones numéricas, y una intensa aspiración hacia la perfección moral, que engendra austeras observancias. Estas dos tendencias se separarán, quizás a finales del siglo V, y entonces en el interior de la secta se distinguirá a los «matemáticos», orientados hacia la investigación científica, y a los «acusmáticos», más inclinados a la ascesis y la mística. De hecho, ambas se explican por el carácter concreto del pitagorismo, filosofía encuadrada en la lucha política y dirigida a una reforma completa del hombre, considerado como un ser que vive en sociedad. En una Crotona entregada a los placeres, Pitágoras intentó restaurar el orden, para lo cual recurrió tanto a las diferentes ciencias que

descubren la armonía del universo, como a las purificaciones que permiten al alma un dominio de sí misma. No es una casualidad que la misma palabra *(kosmos)* designe a la vez el orden cósmico, moral y social.

En el plano puramente intelectual, el pitagorismo es la suma de cuatro disciplinas: Música, Geometría, Aritmética y Astronomía, cuyo eje lo constituyen las nociones de proporción y armonía. La Música se basa en la acústica, es decir, en el reconocimiento de intervalos entre los sonidos, capaces de producir en el alma determinados efectos. La Geometría descubre relaciones entre las figuras del espacio. Así, el teorema que lleva todavía el nombre de Pitágoras descubre, entre los lados y la hipotenusa de un

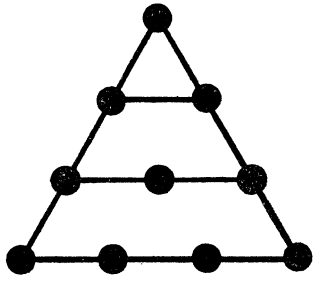


FIG. 41. Las « virtudes » de los números entre los pitagóricos: *tetractys* y década

El *tetractys* es la serie de los cuatro primeros números, la unidad, el primer par, el primer impar, el primer cuadrado par. Su suma es 10 (1 + 2 + 3 + 4 = 10), número privilegiado para los pitagóricos, que se puede obtener también por la suma de la unidad y del primer cuadrado impar (1 + 9 = 10) o como tercer término de una progresión aritmética de razón 3 a partir de la unidad (1 + 3 + 3 + 3 = 10). « La década, dirá Filolaos (frag. II), es grande; hace perfectas y realiza todas las cosas ».

En la aritmo-geometría de los pitagóricos, en que los números están representados por figuras geométricas compuestas por puntos, la *tetractys* está representada por el triángulo decádico

triángulo rectángulo, elementos desiguales, una ineludible igualdad, símbolo de la justicia que establece la igualdad en el interior de una sociedad necesariamente desproporcionada.

La Aritmética desempeña un papel más importante aún, puesto que para Pitágoras «las cosas son números», principio fundamental del que se puede decir, sin exageración, que es la base de toda la ciencia moderna. Es también generadora de la armonía social, en la medida en que el cálculo permite regular correctamente los contratos. Pero es todavía más, pues las especulaciones sobre los números (consideraciones sobre el 3, el más perfecto; sobre el 5, representación de la justicia; sobre el 7, símbolo de Atenea), fundadas sobre sus «virtudes» *(dynameis),* desembocan ya en la religión (figura 41). Finalmente, la Astronomía, rudimentaria aún, intenta distinguir los movimientos de los astros, las estrellas fijas, los planetas, el sol y la luna, de donde pronto se deducirá la doctrina de la armonía de las esferas.

En el plano místico, los pitagóricos profesan la metempsicosis, lo cual atestigüe tal vez una precoz influencia de la India a través de Oriente. El alma, para escapar al ciclo de los renacimientos y las reencarnaciones, debe purificarse con una serie de observancias rituales (prohibición de comer habas, de consumir carne, de sacrificar el gallo blanco...) y endurecerse por la práctica del esfuerzo doloroso *(ponos),* único capaz de asegurar tanto la salvación del individuo como la de la ciudad.

La considerable influencia del pitagorismo fue mucho más allá del arcaísmo. En un Occidente apasionado por el problema del destino, intentó dar una solución racional, distinta, pues, a las de las religiones, a las que, no obstante, se acerca tanto por su misticismo innato como por la atmósfera de piadosa hermandad de sus cofradías.

2. RENACIMIENTO DEL ARTE

Las nociones de proporción y de simetría, básicas en el pitagorismo, no fueron menos importantes en el arte, que entonces conquistó sus medios de expresión, tras los balbuceos del período geométrico.

El arte arcaico y la sociedad

Las nuevas condiciones del mundo arcaico explican este despertar. De humildes aldeas rurales que fueron en su principio, las poblaciones se convirtieron en ciudades, que se envidiaban y rivalizaban entre sí por el esplendor de sus monumentos y por los éxitos de sus armas. La prosperidad se desarrollaba en todas partes, sobre todo a partir del siglo VII, y multiplicaba los pedidos públicos o privados. Los aristócratas, al igual que los nuevos ricos de la artesanía y del comercio, deseaban rodearse de objetos lujosos, con lo cual, las artes menores experimentaron un notable renacimiento, lo mismo que el gran arte, arquitectura o escultura, que se benefició de la fuerza del sentimiento religioso en un mundo en el que la religión cívica no podía menos que aprovecharse de la expansión de las ciudades.

Los nuevos contactos establecidos por los griegos en Oriente tuvieron mucha importancia. Es cierto que los recuerdos de la época aquea no quedarán completamente olvidados: la planta del templo y la columna dórica son buenos testimonios de la vitalidad de la herencia micénica. Pero en aquel Oriente, unido cada vez más a Grecia por lazos económicos, los griegos aprendieron a conocer un arte vivo, basado en sólidas técnicas seculares: los santuarios jónicos de innumerables columnas reviven las salas hipóstilas; la estatua masculina, con la rigidez de su pose, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, el pie izquierdo adelantado, recuerdan claramente modelos egipcios. Es más, los griegos se dejaron seducir por la profusión decorativa del arte oriental: los pequeños objetos de marfil, bronce y cerámica, suntuosamente decorados, enriquecidos a menudo con incrustaciones o policromados con brillantez, ejercieron sobre ellos una profunda influencia. Es la misma admiración que sintieron los cruzados ante la técnica oriental. Un nuevo gusto se introdujo no sólo en las ricas ciudades de Jonia, en

contacto permanente con el interior, sino también en Grecia, sobre todo en Corinto. El vocabulario estético se enriqueció con motivos tomados de Oriente: arabescos, animales reales o fantásticos. La rigidez de la geometría se ablandó, y la fantasía apareció en la pintura de las vasijas.

Es cierto que la manía del orientalismo durará sólo una época, y al período llamado a menudo *orientalizante* (a grandes rasgos, el siglo VII) seguirá, en el siglo VI, una reacción hacia la sobriedad e incluso hacia la severidad. Mas, por lo menos momentáneamente, este nuevo espíritu que soplaba desde el Mediterráneo Oriental, vivificó todo el helenismo, después de las experiencias, demasiado estrictas, del geometrismo, comunicándole el gusto por la vida y el sentido de la decoración.

Finalmente, en las ciudades coloniales se ofrecían inmensas perspectivas a los artistas. La mayoría de las nuevas ciudades coloniales se levantaron en países bárbaros, en los que ninguna tradición artística local podía influir sobre los griegos. Pero la prosperidad, que sólo encontraba parangón en Jonia, la posibilidad de derrochar, el sentimiento de que todo estaba por crear, y libremente, así como la influencia de Oriente, exaltaron las energías y explicaron los éxitos del arte colonial.

El arte, que apareció gracias a estas condiciones eminentemente favorables, refleja la civilización que la vio nacer. De manera particular presenta la misma fundamental diversidad que hemos podido comprobar en casi todos los dominios. Se perfilan por lo menos dos grandes corrientes: la corriente dórica, surgida de la región, al principio con mayor vitalidad, de la Grecia propiamente dicha, el Peloponeso, se impuso por su fuerza, su sobriedad, su vigor; la corriente jónica, en Jonia y en el Archipiélago, se caracterizó por su gracia, su superabundancia, su fantasía. Entre las dos, el arte ático, cuando Atenas haya conquistado su lugar entre las grandes ciudades (no antes del siglo VI), intentará establecer una difícil síntesis, en la que la flexibilidad de la corriente jónica dulcificará la severidad propia de la corriente dórica.

Y sin embargo, pese a tendencias tan divergentes, el arte arcaico poseía una evidente unidad: fue el arte robusto y vivo de un pueblo joven, hábil en encontrar su propio bien allí donde podía, pero que deliberadamente se orientó hacia el humanismo; ninguna de sus creaciones tenía aún la perfección clásica, hecha de armonía y euritmia, pero buscó entusiásticamente por doquier nuevos caminos. Nadie puede poner en duda que los grandes santuarios panhelénicos (Olimpia, Delfos, Delos) hayan ejercido una decisiva influencia en la creación de esta unidad artística, tan sensible a pesar de la diversidad de escuelas.

Una arquitectura religiosa

La manifestación más palpable del nuevo arte fue el nacimiento de una arquitectura religiosa. Los templos habían hecho su tímida aparición ya en la época geométrica, sustituyendo, por lo general, a los santuarios más sencillos, cuya única construcción era el altar. De ahora en adelante se multiplicarán, ofreciendo a los dioses sólidas moradas dignas de ellos. Pues el templo, aunque menos privado que la capilla del palacio micénico, seguía siendo la casa del dios, no la de los fieles, que se contentaban con ver de lejos, por la puerta abierta, a la divinidad encarnada en su estatua, y ofrecerle sus sacrificios sobre el altar, normalmente situado delante de la entrada.

En su origen, el templo comprendía sólo una pieza, la *naos,* donde residía el dios. Mas no tardó en complicarse, y, bajo su forma canónica, que se fijó desde el arcaísmo, contaba ya con tres piezas: el vestíbulo *(pronaos)*, el santuario propiamente dicho *(naos)* y el vestíbulo posterior (opistodomo), simétrico del *pronaos* pero sin comunicación con la *naos.* Existen pocas dudas de que un plano tal derive, en gran parte, del *mégaron* micénico, aunque esta filiación plantee dificultades y no sea tan admitida como en otro tiempo. En la práctica, los templos se apartaban a menudo de este esquema. Sobre todo para los cultos secretos había una cuarta pieza, el *ábaton,* especie de *sancta sanctorum* dispuesto al fondo de la *naos* (por ejemplo, en el templo oracular de Apolo en Delfos). El edificio se orientaba, normalmente, hacia el Este, según costumbre asiática, aunque también en esto las necesidades del terreno o las particularidades del culto podían imponer transgresiones a la regla.

El elemento principal del templo era la columna, que casi nunca faltaba. Incluso en el tipo más simple de construcción, el pórtico era sostenido por dos columnas entre las antas. Pronto aparecio una columnata continua en la fachada principal o bien en las dos fachadas (tipo próstilo o anfipróstilo), y, aún con más frecuencia, una columnata que rodeaba al templo con un pórtico por sus cuatro lados (tipo períptero).

En algunos lugares, como sellados por una especial presencia de la divinidad, el santuario comprendía otras construcciones, además del templo y su altar: eran los tesoros *(thesauroi)* que conservaban, al menos en lo que se refiere a su nombre, el recuerdo del período prehelénico. Ofrendados al dios por una ciudad o por un tirano, estaban destinados a guardar los dones más preciosos, que no podían permanecer al aire libre. Estaban integrados por una pieza única, de forma cuadrangular, precedida muy pronto de un pórtico sostenido por dos columnas.

Estos edificios estaban compuestos únicamente por frisos y pilares, es decir, elementos rectilíneos. Pero tales elementos, y en especial, el entablamento y la columnata, no se confiaban a la fantasía del arquitecto; obedecían a cánones estrictos, que regulaban su forma, sus proporciones y su decoración, y que se designaban con el nombre tradicional de *órdenes*. Hay dos órdenes, el dórico y el jónico, que fueron elaborados paralelamente desde el alto arcaísmo y que desde ahora van a servir de marco, esencialmente inmutable, a la arquitectura de los griegos, y después a la de los romanos y a la del Renacimiento. Semejante supervivencia de normas, cuyo carácter convencional es evidente, hace más interesante aún el problema de sus orígenes.

Se impone una observación preliminar: los primeros templos se construyeron de madera, lo cual explica las particularidades más notorias y, en apariencia, más ilógicas de la arquitectura en piedra, que muy pronto la sustituyó.

Los elementos del orden dórico son bien conocidos: columna apoyada directamente en el estilobato y acanalada con 20 estrías de aristas vivas; capitel geométrico, compuesto por un equino colocado sobre un ábaco cuadrado; arquitrabe liso, friso que presenta una alternancia regular de triglifos y metopas, mudas o ilustradas; cornisa cuyo alero se adorna con mútulos y gotas.

La forma particular del entablamento se explica fácilmente en el caso de una arquitectura en madera. Así, los triglifos son las extremidades de las vigas, esculpidas con canales o glifos y separadas por un vacío, ocupado por unas placas de protección, las metopas; las gotas constituían un artificio para que la lluvia resbalara sin alcanzar las columnas o los muros, e impedir así que se pudrieran. En el Peloponeso, cuna del arte aqueo, nació esta arquitectura, y es seguro que la columna se inspiró en prototipos micénicos —por ejemplo, en las columnas del «tesoro de Atreo»—, mucho más que en la columna protodórica de los egipcios, como se afirmaba antes.

En el orden jónico, la columna, más grácil y esbelta, acanalada con 24 estrías de aristas amortiguadas, descansa sobre una base que asegura su estabilidad; el capitel está graciosamente decorado con volutas, doble cinta que se arrolla sobre sí misma y parece «un resorte que transmite al fuste el peso del arquitrabe» (Choisy); encima del epistilo, formado por tres molduras o fajas, el friso es ininterrumpido. La decoración, casi inexistente en el orden dórico, se emplea aquí profusamente: palmetas, perlas y perinolas, óvolos y corazones radiados. Dentro de una efímera variedad del jónico, el eólico, esta decoración invade incluso el capitel, hecho, a la manera egipcia, de un ramillete de hojas acuáticas coronadas por las volutas.

También aquí hemos de suponer una arquitectura originariamente de madera, aunque la ausencia de vigas de gran escuadra motivó la adopción de armazones menos pesados, a imitación de los de Lidia y de Licia y de las *apadana de Susiana*. La aérea ligereza del jónico se explica por la rareza en Asia de las robustas encinas de la Grecia propiamente dicha, que permitieron las fuertes estructuras de la arquitectura peloponésica.

Por otra parte, la influencia de Oriente es aún mucho más profunda: el capitel con volutas no fue inventado por los jonios, sino tomado de prototipos hititas o iranios; el mismo friso, raro en los edificios arcaicos y que no se convertirá en un elemento canónico hasta el siglo V en Atenas, tomó sus modelos de Egipto y Mesopotamia, donde, tanto en el coronamiento como en el basamento, aseguraba la protección de las partes más frágiles de la construcción.

De elementos tomados de las tradiciones micénica y oriental nacieron, pues, los órdenes griegos. El rigor de estas estructuras, que se imponía inevitablemente a los arquitectos, quedaba amortiguado por las múltiples variantes que sabían introducir en cada creación, y sin las cuales el helenismo no sería lo que fue.

El orden dórico reinaba, sobre todo, en el Peloponeso, desde donde la colonización lo difundió ampliamente por todo el mundo occidental. Uno de los incunables más preciosos se halla todavía en parte de pie en el Altis de Olimpia. Se trata del Heraion, que, hacia el año 600, sucedió a un primer templo de finales del siglo VII; con sus columnas de madera, que sólo fueron reemplazadas por fustes de piedra a medida que la necesidad lo imponía; con sus muros interiores, que reúnen las columnas por parejas, como si el maestro de obras dudara de su propia capacidad para asegurar sin este artificio la estabilidad del edificio; con las impericias de su planta oblonga, se nos muestra como los primeros escarceos pictóricos de un niño.

Desde el siglo VI se multiplicaron las grandes creaciones: el templo de Artemis en Corcira (antes de 575), el templo de Apolo en Corinto (poco después de 550), con sus sólidos fustes monolíticos, los tesoros artísticamente alineados en Olimpia sobre la terraza que domina el Altis, y, en Occidente, el Apolonion de Siracusa (hacia 550) y la «Basílica» de Posidonia (hacia 530), donde se manifiestan, por otra parte, en los capiteles adornados con cincelados, influencias jónicas. Atenas seguía ofreciendo una mezquina estampa con el Hecatompedon de Pisístrato, e incluso con la columnata períptera de que la dotaron sus hijos.

En el mundo jónico, los templos tuvieron a menudo un aspecto monumental, que presuponía una viva influencia del Oriente. Los más famosos, reconstruidos en tamaño mayor durante el siglo VI sobre las construcciones anteriores, son el Artemision de Éfeso y el Heraion de Samos; dípteros ambos, están sostenidos por un verdadero bosque de columnas (127 en Éfeso, 133 en Samos). De manera especial el Artemision, que fue erigido gracias a la magnanimidad del filoheleno Creso, estaba suntuosamente decorado hasta en los detalles, e incluso las basas de las columnas se hallaban esculpidas. Será, hasta la noche fatal en que le prenda fuego la locura de Eróstrato (356), una de las glorias de Jonia.

Aquellas gigantescas construcciones despertaban la envidia de Atenas, que intentó darles la réplica con el Olimpeion, pero habrá que aguardar hasta Adriano para verlo concluido. Al mismo tiempo, el genio jónico creó en Delfos esas pequeñas joyas suntuosas, en las que parece desencadenarse un frenesí decorativo, que son los tesoros de Cnido (hacia 545) o de Sifnos (hacia 525), cuya mayor originalidad reside en el empleo de un soporte animado, la Cariátide, a imitación de algunos prototipos egipcios.

Génesis de la gran plástica

El ejemplo de las Cariátides no es el único que podemos aducir para mostrar los íntimos lazos que en la época arcaica unían a la escultura y a la arquitectura. Por entonces, el único objeto de la escultura era el de poblar los santuarios o necrópolis.

Desde la época geométrica se había reanudado la costumbre de representar al hombre y a los animales, pero las obras eran de pequeña talla y de un extraordinario esquematismo. Esta tentativa se prosiguió durante el alto arcaísmo con una doble diferencia. En adelante, las estatuas serán de grandes dimensiones y se observará una constante evolución hacia el realismo. La aparición de la estatua de tamaño natural va ligada al desarrollo del templo. La estatua era el dios, por lo cual convenía que diera una impresión de majestad y poderío, pero, a la vez, que contara con todas las seducciones de la vida. Además, el Oriente ejerció una influencia decisiva en esta génesis, pues allí fue donde los griegos, habituados desde hacía tiempo al antropomorfismo, pudieron ver por primera vez grandes ídolos.

El arte arcaico no desconoció los animales: unos leones guardaban las tumbas o formaban, en Delos, un admirable pasillo que, a la manera oriental, conducía al santuario de Leto (lám. 9). Por doquier, pues, triunfaba el hombre, porque por doquier triunfaban dioses de aspecto humano. En este sentido, la verdadera creación del arcaísmo fue la de los dos tipos del joven *(kuros)* o de la joven *(koré)*, que servían para representar tanto a mortales —oferentes, sacerdotes, muertos, a quienes vemos siempre en la flor de su edad— como a Inmortales (láms. III, 11, 12 y 15). El *kuros* estaba desnudo, con los brazos adheridos al cuerpo y la pierna izquierda adelantada. Por su parte, el cuerpo femenino sólo se imaginaba envuelto en una fina túnica encañonada, cuyos ligeros pliegues se oponían a los pesados pliegues del manto de lana. Las *korés* llevaban a menudo, en la mano derecha extendida, un objeto, flor o pájaro, mientras que la izquierda levantaba su vestido por encima del muslo.

Pero *kuroi* y *korés* mostraban los mismos convencionalismos en su rostro de ojos almendrados, de gruesos labios, animados por la famosa sonrisa arcaica, que acentúa su expresión enigmática. También la misma búsqueda de lo decorativo: en los jóvenes sólo podía desplegarse en las suntuosas cabelleras; en las muchachas, los hermosísimos peinados representan a menudo sobre la frente «conchas de caracol» o caen en pesadas trenzas, embellecidas por adornos de bronce o de pedrería, hoy desaparecidos; pero había, además, todo el lujo de los vestidos, en los que una pintura policroma daba a veces, como vemos en los ejemplares de la Acrópolis, el refinamiento del recamado.

A primera vista, todas estas estatuas parecen semejantes entre sí, y hasta no hace mucho se estudiaban en bloque los «Apolos arcaicos». Luego, se tuvo que admitir que no todos los *kuroi* son Apolos. Al mismo

tiempo, la evolución del estilo, si no rápida, fue, por lo menos, clara. Se perdieron las obras primitivas, que eran de madera, y tan sólo los textos nos hablan de estos *xoana,* rodeados por doquier, de la mayor veneración. Los primeros ensayos en piedra conservan un carácter rudimentario: la Nicandra de Delos apenas es algo más que una viga mal escuadrada, en la que el cuerpo femenino no se trasluce bajo el pesado vestido talar. Pero se observan progresos casi cada decenio en las proporciones del rostro o del cuerpo y, para los *kuroi,* en la anatomía: los ejercicios de la palestra permitían al escultor observar mejor la musculatura, especialmente la del tórax y del abdomen, el pelo del pubis, las rodillas, cuya evolución autoriza hoy al especialista a fechar las obras muy aproximadamente.

Poco a poco la estatua —que, en sus comienzos, apenas era una lámina— fue inscribiéndose en las tres dimensiones del espacio; se animó porque el artista no podía limitarse a reunir las partes con bruscas transiciones, sino que procuraba reproducir la flexible unidad de un ser humano. Incluso la expresión se modificó hacia fines del siglo VI, y se renunció a aquella sonrisa fingida que se encontrará poco después incluso en los moribundos de Egina; aparecen rostros serios, incluso enojados.

Aparición de la escultura monumental

Sería arbitrario pretender separar de la escultura de bulto redondo la escultura monumental, que apareció en este mismo momento y que se halla más estrechamente ligada aún al resurgir de los templos: momento decisivo en el que los griegos aprendieron a decorar las partes altas de sus edificios, frisos o frontones, con figuras normalmente realzadas por una policromía de contraste.

El friso ofrecía muy distintas posibilidades según fuese dórico o jónico. Las metopas del friso dórico formaban cuadros separados, que imponían al escultor una composición concentrada en episodios sucesivos: tenían fácil cabida los trabajos de Heracles, los combates de la Gigantomaquia, de la Centauromaquia, de la Amazonomaquia tenían fácil cabida. El friso jónico, frecuente a la sazón en los edificios pequeños, permitía un desarrollo muy flexible y lleno de libertad. Así, en torno al tesoro de Sifnos en Delfos se describen el juicio de Paris, el rapto de Hipodamia, un combate ante las puertas de Troya y una Gigantomaquia en que los personajes se hallan dispuestos de una manera sutil. Pero los jonios no siempre supieron evitar en estas fajas una cháchara narrativa, bastante próxima a la oriental.

En cuanto al frontón, parecía reclamar y rechazar a la vez la decoración esculpida, a causa de su forma triangular, que exigía chocantes diferencias de talla entre las figuras. Este difícil problema fue resuelto

de muchas formas. En el templo de Artemis en Corcira, pequeños personajes rodean el motivo central: la Gorgona flanqueada de panteras. En los tesoros de toba de la primitiva Acrópolis se emplearon monstruos, sobre todo angüipedes, para rellenar los ángulos. Finalmente, en el tesoro de Sifnos en Delfos se recurrió al sistema de colocar hombres agachados o extendidos, solución adoptada generalmente en lo sucesivo, sobre todo en el Hecatompedon de los Pisistrátidas en la Acrópolis. Este ejemplo muestra cuán fructíferos resultaron los tanteos del arcaísmo, que lograron trazar esquemas en los que el arte griego inscribió luego sus más hermosos descubrimientos.

FIG. 42. Estela de Crisafa: adoración de una pareja divina infernal (¿Dionisos y Coré?). Museo de Esparta *(según Ch. Picard)*

LAS ESCUELAS ESCULTÓRICAS

La diversidad es mayor aún en la escultura que en la arquitectura (lámina 14). Incluso en el interior del grupo dórico y del grupo jónico se ha intentado descubrir escuelas que correspondieran a las grandes ciudades, pero actualmente existe la tendencia a considerar estos ensayos como simples juegos del espíritu.

Sea como fuere, cada grupo tiene una individualidad muy acusada. En tierra dórica, la estatua se alza maciza, seca, incluso severa. Hasta en el cuerpo femenino se señalan elementos de pesada estabilidad: se viste con el riguroso *peplos*, cuya parte alta, lisa, apenas se anima con un ligero temblor a la altura de los senos, mientras que los bajos, estriados con toscos pliegues, se asemejan a una columna dórica.

Pero hemos de matizar. Esparta mostrábase alegre en sus pequeños bronces, sus relieves rituales (fig. 42), sus máscaras con muecas. Un

argivo esculpió para Delfos a los dos gemelos, Cleobis y Bitón, de poderosa estructura. En Corinto, donde Oriente imponía su marca, el cuerpo era más delgado, más alargado, como vemos en el Apolo de Tenea. Una pequeña ciudad, Sicione, ofrenda en Delfos un tesoro en el que están representados una algarada de Cástor y Pólux, los Argonautas, Europa y la caza de Calidón. El artista habría podido limitarse a lo pintoresco de los relatos jónicos, pero prefirió condensar estos episodios, y alguna metopa, como la ocupada enteramente por un enorme

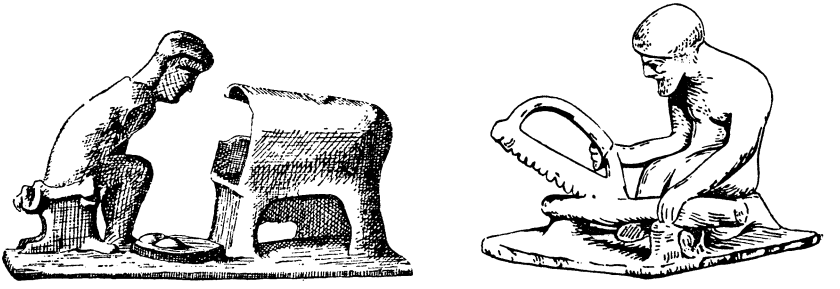


FIG. 43. Figurillas beocias de terracota, fines del siglo VI: *a la izquierda*, pastelero delante de su horno (Museo del Louvre); *a la derecha*, serrador trabajando (Copenhague, Museo nacional)

jabalí, sugiere una fuerza enorme. En el Artemision de Corcira, la muerte de la Medusa sobrecoge por la expresiva brutalidad del monstruo que, en el centro del frontón, acapara la atención. Beocia sufrió la influencia peloponésica, con una sensible preferencia por las escenas familiares (fig. 43). En Occidente, las metopas de los primeros templos de Selinonte y del santuario de Sele (cerca de Posidonia) revelan investigaciones similares, pero quizá con más pintoresquismo, debido a las aportaciones jónicas, y un sentido de lo teatral, visible sobre todo en la composición, que será característico del arte colonial de Sicilia y la Magna Grecia (lám. 16).

La escultura jónica es el reflejo de un mundo más amable, que languidece gustosamente. Sentía preferencia por los animales (leones naxios de Delos: lám. 9) o las figuras fantásticas (fig. 44). Sus *kuroi* no son robustos atletas a la manera dórica, sino «servidores de los palacios de los tiranos» (Langlotz). Trató convencionalmente la musculatura, lo cual le dio ocasión para juegos decorativos: así, el vientre tiene a menudo la forma de una lira boca abajo. Pero también modeló —dominio que le perteneció en propiedad— al hombre vestido (como la estatua masculina de Tigani, en Samos, que representa a un personaje gordo, lo cual nos revela que era más dado a los placeres de los banquetes que a la gimnasia) y al hombre sentado (el pasillo que conducía

al Didimeion de Mileto estaba bordeado de estatuas-retratos de los Bránquidas, maravillosa galería de reyes-sacerdotes, campechanos apáticos de rostro oriental).

Sobre todo mostró especial preferencia por el cuerpo femenino, sus morbideces, su gracia ondulante; lo vistió con suntuosos ropajes de lino, de finos pliegues dispuestos con desordenada coquetería. Incluso la Hera de Queramies, originaria de Samos, pieza antigua (hacia 570) y muy

FIG. 44. Placa de oro repujado: Centauro al regresar de la caza. Rodas, fines del siglo VII, Berlín, Staalitche Museen

rígida, tiene contornos fluidos. Las korés de Delos, más recientes, forman un delicado conjunto de jóvenes bellezas, opulentas y refinadas, que sólo tienen parangón en las de la Acrópolis. A veces, sobre todo en Quíos, el artista esmeróse en buscar una mayor vivacidad: así, Arquermos de Quíos esculpió para Delos (hacia 550) una Victoria en una «carrera de rodillas» (adaptación griega de un motivo oriental), llena de movimiento y vida.

Pero por doquier —más afeminado en la costa de Asia, más firme en Naxos, más sonriente en Paros, más alegre en Quíos— es el mismo arte que prefiere, ante todo, la flexibilidad de las transiciones, la *morbidezza* del rostro, la profusión del adorno y cuyo más armonioso resumen tal vez sean los frisos del tesoro de Sifnos en Delfos.

En Atenas, donde la escultura se inició más tarde, los primeros ensayos fueron modestos. Los frontones de toba de las pequeñas capillas

de la Acrópolis, e incluso los del primer Hecatompedon (primera mitad del siglo VI) ilustran ingenuamente, y sin gran cuidado de la composición, los temas de moda (combates de animales, luchas de Heracles contra la hidra o contra Tritón). Pero ya el frontón de mármol del Hecatompedon perístilo de los Pisistrátidas ofrece un tema más noble, una Gigantomaquia, con una afortunada búsqueda de la disposición de los personajes, considerada tal vez como un anticipo de los grandes conjuntos del siglo siguiente. El altorrelieve produce obras maestras con el Moscóforo, el caballero Rampin y, sobre todo, las korés, que forman el más delicado de los cortejos para la Atenea de la Acrópolis. Ciertamente deben mucho a la influencia de Jonia, tanto en la gracia de su sonrisa como en la coquetería de su vestido policromado; pero se muestran más nerviosas, más vivas, más púdicas que sus hermanas de Jonia y, a finales de siglo, la «Enfadada», así como su hermano el «Efebo rubio», atestiguan que, habiendo encontrado, por fin, su camino, el arte ático repudia las aportaciones exteriores que habían favorecido su nacimiento y descubre ese difícil equilibrio que lo caracterizará en adelante.

El único gran nombre conocido de los últimos decenios fue en Atenas el de Antenor, autor en la Acrópolis de una koré bien armonizada y, en Delfos, de frontones del templo de los Alcmeónidas. Por primera vez, el escultor opuso un frontón estático a un frontón dinámico, siguiendo una tendencia que será continuada a menudo, sobre todo en Olimpia; pero los dos conjuntos se parecen por su muy notorio equilibrio geométrico, que tiene cierta analogía con el que hallamos en aquel mismo momento en la reforma de Clístenes y en los mapas jónicos de un Anaximandro y de un Hecateo. En todos los dominios, el espíritu procuraba imponer a la realidad una ley matemática, con un geometrismo a veces monótono.

Cerámica orientalizante

El mismo movimiento de liberación transformó las artes menores al término del período geométrico, sobre todo la cerámica, que vivió entonces un prodigioso desarrollo, en relación con el despertar del comercio de objetos de lujo (perfumes, vinos, aceite). Al principio se impuso una cerámica orientalizante: de color alegre, intentó seducir la vista con su viva policromía y sus temas orientales, dispuestos en franjas superpuestas. Los modelos más frecuentes se inspiraban en el mundo vegetal y animal: un tallo se arrolla delicadamente, un pájaro se echa a volar, un ciervo se asoma al agua, un felino avanza noblemente y, a veces, incluso aparece un monstruo. Observamos siempre un apasionado gusto por la vida, un sentido preciso de la línea y de la mancha de color que ilumina un vaso.

Las primeras producciones aparecen en Asia y en las islas adyacentes. El grupo más importante es el de los llamados *vasos rodios* que, en realidad, se fabricaban también en muchos centros de la costa. El vaso se recubría de un baño blanco, sobre el cual se pintaba en negro, con retoques blancos o rojos (fig. 45). Otros talleres proporcionaban cerámica bastante afín, en Samos, Larisa, Clazomenes e incluso en Naucratis de Egipto. La figura humana aparece en las hidrias jónicas encontradas en Caere (Etruria), con escenas mitológicas tratadas con mucha más vida y humor que

FIG. 45. Oinocoe rodio. Vasija de influencia oriental decorada con franjas superpuestas (animales, ornamentación vegetal). Museo del Louvre

sentido de la composición. La terracota servía también en Anatolia para otros objetos, además de los vasos: para los grandes frisos arquitectónicos, alegremente coloreados, de Larisa, junto al Hermos, o para los sarcófagos de Clazomenes.

En la Grecia propiamente dicha, el centro esencial de la cerámica orientalizante era Corinto. Se fabricaban cerámicas identificables por el color amarillo pálido de su arcilla, sobre la cual el dibujo se destacaba en barniz negro. El proto-corintio (a partir de 750) comprendía sobre todo, vasijas de pequeña talla en que la decoración se hacía a base de frisos de animales. En el corintio propiamente dicho (a partir de 625) abundan los alabastros y los aríbalos, que suelen presentar un solo motivo básico, muy a menudo, un león o un monstruo monocéfalo de dos cuerpos. La figura humana aparece simultáneamente con la decoración animal, y se desarrolla mucho en el siglo VI, bajo la influencia ática. Su técnica es la de la figura negra con incisiones y retoques de color (lám. 9).

Finalmente, la cerámica no degeneró en Atenas después del brillante período geométrico. Al principio fue el proto-ático, muy impregnado de orientalismo, pero donde el genio ateniense encontró ya su propio camino en la decoración narrativa: los grandes motivos tomados de los mitos homéricos están enmarcados en una decoración

vegetal de zarcillos, flores y palmetas. La técnica es la misma que en Corinto, pero las siluetas de un excelente barniz negro, que darán buena reputación al Ática, se destacan sobre una arcilla de un hermoso rojo.

Cerámica ática del siglo VI

Mientras que en Jonia y Corinto fue grande la influencia orientalizante, en Atenas se produjo una evolución original (lám. 13). La ornamentación vegetal se redujo al mínimo, y toda la atención se concentró en la representación humana. El gozo visual no es sustituido por el gozo espiritual sino que éste, animado con inscripciones que, a

FIG. 46. Carrera de carros. Fragmento de una crátera ática procedente de Farsalia (Tesalia) (primer cuarto del siglo VI). Atenas, Museo nacional. Traducción de las inscripciones: « Sófilos me pintó. Juegos fúnebres en honor de Patroclo ». También está indicado el nombre de un espectador, Aquiles

menudo acompañan al personaje, se suma a aquél (fig. 46). Los asuntos solían tomarse de la mitología —sobre todo, del ciclo de Heracles que proporcionó excelentes elementos pintorescos—, pero las escenas, cada vez más numerosas en que se representaban los alegres compañeros de Dioniso, acercábanse a la vida cotidiana. Algunas vasijas son verdaderas obras maestras, y el artista, consciente de que se elevaba por encima del arte industrial, firmaba a veces su obra. La pieza maestra es, sin duda, el vaso François (segundo cuarto del siglo VI), que lleva la doble firma de Clitias y Ergotimos (lám. 10). Con sus 250 personajes y sus 128 inscripciones, «constituye una especie de Biblia griega ilustrada» (E. Pottier). Desde 550, los nombres más importantes son los del «pintor de Amasis» y, sobre todo, el de Execias, que, hábil en concentrar la atención sobre lo esencial en sus admirables composiciones mitológicas, dominó plenamente toda la producción, intensificada por la ruina de los talleres competidores de Corinto.

Bruscamente, en pleno apogeo de la figura negra, una revolución técnica transformó la cerámica. Los temas, hasta entonces pintados en negro sobre un fondo rojo y en los cuales el detalle sólo podía expresarse mediante incisiones hechas con el buril, serán en adelante exclusiva-

mente rojas, mientras que todo el vaso se recubrirá con un barniz negro. El artista podía detallar entonces el rostro, la musculatura o el vestido, trazando, con la ayuda de un cabello, rasgos de un exquisito primor. La figura negra constituía un arte de la silueta: una simple inversión de los respectivos papeles del barniz negro y del fondo rojo dio origen a la pintura cerámica, que no tardaría en poder rivalizar con la gran pintura por la finura de su ejecución. Pero esta invención, atribuida a menudo a Nicóstenes, no motivó la total desaparición de la nueva técnica, que sobrevivió, aproximadamente, hasta 475, pero desde finales del siglo VI pareció destinada a un brillante porvenir.

3. EN BUSCA DE UN EQUILIBRIO RELIGIOSO

Hablar de la literatura, del arte e incluso de la filosofía arcaicas es hablar ya de la religión, cuya característica más ostensible era la de informar toda la vida. No obstante, las principales innovaciones se remontan a la época geométrica: se introdujeron nuevos dioses, se estableció un equilibrio entre las divinidades masculinas y femeninas, la ciudad naciente creó cultos poliadas y erigió templos en los que guardar los ídolos. El arcaísmo no asistió, pues, a una revolución religiosa, si bien el renacimiento general del helenismo y la creciente prosperidad permitieron un armonioso desarrollo de la vida espiritual.

Religión ciudadana y religión popular

El panteón griego estaba integrado entonces —gracias a síntesis ya antiguas, reforzadas con elementos orientales más recientes— por potencias uranias y potencias ctónicas. Distinción que, por lo menos a grandes rasgos, es la de la religión cívica y la religión popular.

La religión cívica, aparentemente más viva, promovía un admirable impulso constructor y establecía un estrecho vínculo espiritual entre los miembros de la comunidad. El grupo de los fieles se identificaba allí con el grupo social (ciudad, tribu, fratría...). De hecho, estaba representado en los actos litúrgicos por oficiantes, los sacerdotes, muy afines a los magistrados por sus orígenes sociales, por su forma de reclutamiento y por su carácter, generalmente anual. El dios, representado ahora por un gran ídolo, tenía más necesidad que nunca de ser alimentado, y de ahí la importancia del sacrificio, que se convirtió, con bastante diferencia, en el rito esencial: el animal inmolado se repartía entre el dios —que, generalmente, se contentaba con la grasa y los huesos— y los fieles, reunidos en un ágape de comunión.

Las procesiones, herencia de la civilización cretomicénica, recuperaron su importancia con el correlativo desarrollo de la prosperidad y del sentido artístico. No eran ya simples rogativas, destinadas a pro-

piciar a los dioses y, de manera especial, ricas cosechas; se convirtieron en grandes fiestas en las que la ciudad se enorgullecía de ostentar el fasto de sus vestiduras suntuosas, de sus pingües víctimas y de sus hermosos adolescentes. Así, por lo que se refiere a las Panateneas de Atenas, no se trataba tanto de ofrecer a la diosa el *peplos* bordado por jóvenes atenienses, como de deslumbrar a Grecia invitada a la panegiria, al mismo tiempo que cristalizaba entre los ciudadanos el sentimiento de pertenecer a una comunidad poderosa.

Por su parte, la religión popular seguía dirigiéndose, dentro de la tradición cretomicénica, a las misteriosas presencias que animaban la vida de la naturaleza. Sus ceremonias eran muchas veces secretas, misterios, como decían los griegos, del verbo que significa «mantener la boca cerrada», y no, como se ha creído durante mucho tiempo, porque representaran cultos aqueos prohibidos por los vencedores dóricos, sino porque su naturaleza profunda estribaba en reservar la salvación tan sólo a los iniciados.

En primer plano, Deméter conservaba el incomparable privilegio de dispensar las ricas cosechas y velar sobre la ultratumba. En Arcadia era honrada con extrañas liturgias agrarias, en las que desempeñaban un papel los disfraces zoomorfos y las pantomimas rústicas. Testimonio de ello son estas figuritas con cabeza animal del santuario de Licosura, donde Deméter tenía como paredra a la hija que, transformada en yegua, había concebido de un Poseidón caballo, la misteriosa Despoina (Señora), cuyo nombre estaba prohibido pronunciar. Estos ritos, de una primitiva simplicidad, se perpetuarían hasta la época en que Pausanias visitó Grecia.

En Ática, el centro principal del culto a Deméter se hallaba en Eleusis; pero como el ambiente era distinto, distinto era también su culto. El *Himno homérico* que le fue consagrado, y que se redactó en la atmósfera eleusina a finales del siglo VII, canta sus desgracias de *mater dolorosa,* la angustiosa búsqueda de su hija (aquí Coré, nacida por obra de Zeus), su encuentro en la ciudad santa, donde la misma Deméter fundó su santuario e instituyó «ritos augustos que no se pueden transgredir, penetrar ni divulgar» (verso 477). Este texto, admirable de fervor, expone, en emocionados versos, el viejo mito naturalista surgido de la asfixiante angustia del hombre ante el cambio cíclico de las estaciones, que sirve de base a los misterios. Mas, por desgracia, no nos dice en qué consistían estos misterios ni por qué razón podía el iniciado esperar legítimamente una suerte distinta a la del no iniciado después de la muerte. Tenemos buenos motivos para pensar que los ritos de los misterios posteriores, que culminaban en una solemne exposición de la espiga, eran herencia, por lo menos, de la época arcaica. Pero debemos mostrarnos muy reservados acerca de la exacta naturaleza de la felicidad prometida al místico, que, muy posiblemente, no se concebía aún como una salvación personal.

Deméter era la heredera de antiguas divinidades del crecimiento de los cereales, veneradas sin duda desde la época neolítica. El caso de Dioniso es diferente: aunque su nombre quizás esté atestiguado en las tablillas de Pilos, era uno de los últimos llegados al Olimpo, y su papel en los poemas homéricos es muy reducido. Procedente del Asia Menor, donde son profundas sus raigambres en Frigia y se halla fundido ya con un dios lidio, Baco, su culto se extendió quizá primero por Tracia, luego por Grecia, favorecido por el intenso desarrollo del cultivo de la vid durante el arcaísmo.

En el panteón griego había un lugar vacío, el de un dios de los viñadores, del vino y de los bebedores: Dioniso lo ocupó, no sin que se modificara su primitiva naturaleza de divinidad de la vegetación en general, del *ganos* (humedad vivificadora), que anima todo el universo vegetal. Quedó como el dios de los grandes árboles, sobre todo del pino, cuya piña es su atributo familiar, y también de la hiedra, cuyo manto

no desaparece con el invierno, pero se convirtió, esencialmente, en el dios de la vid y del vino. Líquido y fuego a la vez, el vino, que era como el *ganos* de la vid, producía terribles efectos en el alma, la cual era arrebatada de sí misma y como poseída por el dios.

De ahí la profunda violencia de los cultos a Dioniso, del que se han podido encontrar analogías en las religiones más primitivas. El mismo dios se hallaba rodeado de un desenfrenado cortejo de sátiros, espíritus semianimales, semihumanos, de rudos instintos, de los que a menudo eran víctimas las ménades (literalmente, las enloquecidas), sus compañeras. Los fieles imitaban las zarabandas del tiaso (cortejo) báquico: los bacantes se entregaban a danzas de posesión, de las cuales, el ditirambo será sólo una pálida transposición; las bacantes (llamadas también *ménades*), más desenfrenadas aún, recorrían las soledades de las montañas arboladas, blandiendo un tirso —bastón que terminaba a menudo con una rama o una piña de pino, herencia de los viejos cultos del árbol—, despedazando y comiéndose crudos los animales que encontraban.

Religión terrorífica en muchos aspectos, que trasladó a Grecia las orgías de Anatolia, y que exaltó los poderes subterráneos del alma. Pero, a la vez, religión liberadora: sea cual fuere el sentido primitivo de este epíteto, Dioniso fue también Eleuteros, es decir, Liberador, no sólo porque eliminaba todos los obstáculos y tabúes que abrumaban, sino porque era el incomparable animador de las fiestas en las cuales el regocijo establecía la concordia entre los ciudadanos y donde, poco a poco, se expandían formas dramáticas cada vez más depuradas.

Por su novedad y complejidad, Dioniso ejercía extrañas seducciones, cada día más fuertes, preludio arcaico de un gran triunfo que durará hasta plena época helenística.

El favor dispensado a los cultos ctónicos, grandes rivales de los cultos poliadas, inquietó durante mucho tiempo a las ciudades. Sin embargo, parece ser que entre ellos se estableció un equilibrio, sobre todo en Atenas. Pisístrato comprendió que no se podían poner trabas al éxito, ya secular, de las liturgias en honor de Deméter o de Dioniso. Decidió, pues, integrarlas en la religión oficial. Y, al no poder eliminarlas, las asimiló. Él, que construyó un templo para la patrona de Atenas (Atenea) e impulsó las Panateneas, organizó también las Dionisiacas y engrandeció el *telesterion* de Eleusis. De esta forma se llegó a un equilibrio entre las potencias uranias y las ctónicas, que, durante más de un siglo, proporcionará fuerza y vitalidad al helenismo espiritual.

Los grandes santuarios panhelénicos

Pese al particularismo arcaico, tan visible incluso en la religión, algunos santuarios, generalmente alejados de toda ciudad importante, tendían a rebasar, por su reputación, los límites de una ciudad o de una región. Tal fue el caso de Delos, lugar de cita, en el corazón del Archipiélago, de todos los jonios insulares. Tales fueron, sobre todo, Delfos y Olimpia, cuya vocación panhelénica se afirmó y que vieron cómo se desarrollaban formas rituales muy particulares, mántica y concursos.

Delfos fue famoso principalmente por el oráculo que Apolo, heredero de las antiguas mánticas de la tierra, daba a conocer por boca de la Pitia: oráculo de inspiración que suponía, por parte del dios, la posesión —el «entusiasmo» decían los griegos— de la profetisa, sin que entonces se pudiera encontrar en ella el menor vestigio de ese delirio

histórico que le atribuían los textos tardíos. Apolo no revelaba propiamente el porvenir, sino que respondía a una pregunta concreta enseñando el mejor camino. Los particulares acudían para consultar acerca de un viaje, un matrimonio, una empresa; pero también las ciudades enviaban teores (embajadores sagrados) para interrogar al dios sobre una declaración de guerra o la fundación de una colonia; ni siquiera faltó un rey de Lidia, como Creso, sensible a la palabra del dios, la cual, por otra parte, se mostrará en su caso peligrosamente ambigua. La influencia espiritual (y temporal) del dios, o, más bien, de sus sacerdotes, era profunda. Culminó en la víspera de las guerras médicas, en que su medismo inconsiderado asestó, temporalmente, un terrible golpe a su inmenso prestigio (fig. 47).

Los concursos representaban otra forma religiosa típicamente griega. Además de aquellos que eran célebres en los santuarios locales, había cuatro centros privilegiados por su carácter panhelénico: Delfos (juegos píticos en memoria de Pitón), el Istmo, Nemea y, sobre todo, Olimpia. El análisis permite descubrir en los juegos olímpicos elementos de origen muy diverso, pues recogieron la herencia tanto de los festivales celebrados en los teatros minoicos, como pruebas de fuerza de los guerreros dóricos. Eran una conmemoración del héroe Pélope, su fundador según una de las versiones del mito, pero también se encuentra en ellos el recuerdo de liturgias agrarias muy primitivas: la carrera a pie despierta las potencias de la tierra al estremecerla; la carrera de carros recuerda el rapto anual de la diosa de la vegetación por el Señor infernal, y en prueba de ello, el vencedor, verdadero «dios de mayo», coronado de olivo y cubierto de ramajes, tenía conciencia de que el universo entero de las fuerzas subterráneas se asociaba a su victoria.

Pero eran también una ocasión para que los participantes revelaran lo mejor de sí mismos, su propio valor *(areté)*, que era sólo el reflejo del de su raza y de su patria. Su ideología aristocrática, sin duda de origen dórico, otorgó el primer puesto al mejor y exaltó al individuo, a condición de que se integrara totalmente en los grupos sociales del *genos* y del Estado.

Religión y vida espiritual

Simultáneamente, un poderoso movimiento espiritual animó la religión, la sustrajo al formalismo de los ritos y respondió a las nuevas aspiraciones de una sociedad menos primitiva. Ya en Hesiodo se registraba una tendencia a moralizar a los dioses, tendencia que se reforzó durante el arcaísmo. De manera especial, Zeus se convirtió en el responsable de la vida moral y el protector por antonomasia de Justicia (considerada su hija), virtud fundamental que se impuso progresivamente en aquella edad de violentas convulsiones, desconocedora aún de los refinamientos de la filantropía y que, en admirables fórmulas,

definirán Esquilo y Píndaro, herederos, en este sentido, de la tradición arcaica.

En cuanto a Apolo, favoreció en Delfos progresos más importantes: cerca de su santuario se estableció la distinción entre la responsabilidad personal y la responsabilidad colectiva del *genos*, y se elaboró la noción de pureza ritual y moral. Momento capital en que el filonomismo cedió ante el ontonomismo, en que las viejas maldiciones, asociadas a la raza, dejaron de considerarse inmutables, en que el remordimiento podía engendrar el perdón del alma manchada por un crimen. ¿No habían dado el ejemplo Apolo y su hermanastro Heracles, al purificarse el uno de la muerte de Pitón, y el otro de la de sus hijos?

Leyenda de la figura 47:

1. Basa de Maratón. — 2. Los Siete contra Tebas y el carro de Anfiarao. — 3. El caballo de Troya. — 4. Los Epígonos. — 5. Los Navarcas. — 6. Los Reyes de Argos. — 7. Basa de los tarentinos. — 8. Tesoros de los sicionios. — 9. Tesoro de los sifnios. — 10. Tesoro de los tebanos. — 11. Tesoro de los siracusanos. — 12. Tesoro de los cnidios. — 13. Tesoro de los potideos. — 14. Tesoro etrusco. — 15. Tesoro de los corintios. — 16. *Buleuterion.* — 17. Tesoro de los corintios. — 18. Tesoro de los cireneos. — 19. Pritaneo. — 20. *Témenos* de la Tierra y de las Musas. — 21. Roca de la Sibila. — 22. Esfinge de los naxios. — 23. Pórtico de los atenienses. — 24. Muro poligonal. — 25. Pilar de Paulo Emilio. — 26. Trípode de Platea. — 27. Altar de Apolo. — 28. Templo de Apolo: a) *pronaos;* b) *naos;* c) *adyton;* d) opistodomo. — 29 Trípode de los Deinoménidas. — 30. *Exvoto* de Daocos. — 31. Cacería de Alejandro. — 32. Teatro. — 33. Santuario de Dioniso. — 34. *Leskhe* de los cnidios.

Comentario de la figura 47:

La larga historia arquitectónica de los santuarios délficos se inicia en el siglo VII con edificios aún sencillos. El incendio del templo de Apolo en 548 determina una brillante época de construcciones (segunda mitad del siglo VI) que asiste a la reconstrucción del templo y la erección de numerosos tesoros. En la época clásica, los nuevos *exvotos* servían sobre todo para que las ciudades ostentaran su orgullo en las luchas que sostenían contra los bárbaros (persas o cartagineses) o contra otras ciudades griegas. El cataclismo de 373 (¿temblor de tierra? y derrumbamiento) lleva aparejado la reconstrucción de los templos y el *hieron* toma entonces su aspecto casi definitivo. (El asterisco indica los edificios del *hieron* de Atenea en Marmaria.)

Siglo VII, primer templo de Apolo y *primer templo de Atenea. — Segunda mitad siglo VII, tesoro de Corinto (que albergará, a partir de 548, las ofrendas lidias). — 580-570, *tholos* y monóptero de Clístenes de Sicione. — 575, esfinge de los naxios. — Siglo VI, gimnasio. — 550-545, tesoro de los cnidios. — 548, destrucción del templo de Apolo por un incendio, lo que ocasiona una restauración general del santuario. — 540-510, muro poligonal; perímbolo del santuario; nuevo templo de Apolo (llamado templo de los Alcmeónidas). — 525, tesoro de los sifnios. — 510-480, tesoro de los sicionios (las piedras de los dos edificios de Clístenes fueron de nuevo utilizadas para los cimientos). — 506, pórtico de los atenienses. — 500, altar de Apolo, construido por los de Quíos; *templo de toba de Atenea. — 490-460, muro Sur del santuario (llamado muro helénico). — 490-489, tesoro de los atenienses. — 480-470, ofrendas de los Deinoménidas. — 479, trípode de Platea. — Siglo V, basa de los tarentinos; estadio. — 460, basa de Maratón (ofrenda de los atenienses). — 456, los Epígonos, los Siete contra Tebas y el carro de Anfiarao (ofrenda de los argivos). — 450, *leskhe* de los cnidios. — 414, el caballo de Troya (ofrenda de los argivos). — 405, los Navarcas (ofrenda de los espartanos). — Siglo IV, reconstrucción del gimnasio. — Principios del siglo IV, tesoro de los cireneos. — 373, destrucción del templo de Apolo y de *Atenea. — 370-360, *tesoro de los marselleses. — 369, los Reyes (ofrenda de los argivos). — 369-360, *reconstrucción del templo de Atenea. — 369-330, reconstrucción del templo de Apolo. — 336, *exvoto* tesalio de Daocos. — 320, cacería de Alejandro (*exvoto* de Cratera). — Siglo III, teatro (reparado en 160 y en tiempos de Nerón). — 161, pilar de Paulo Emilio.

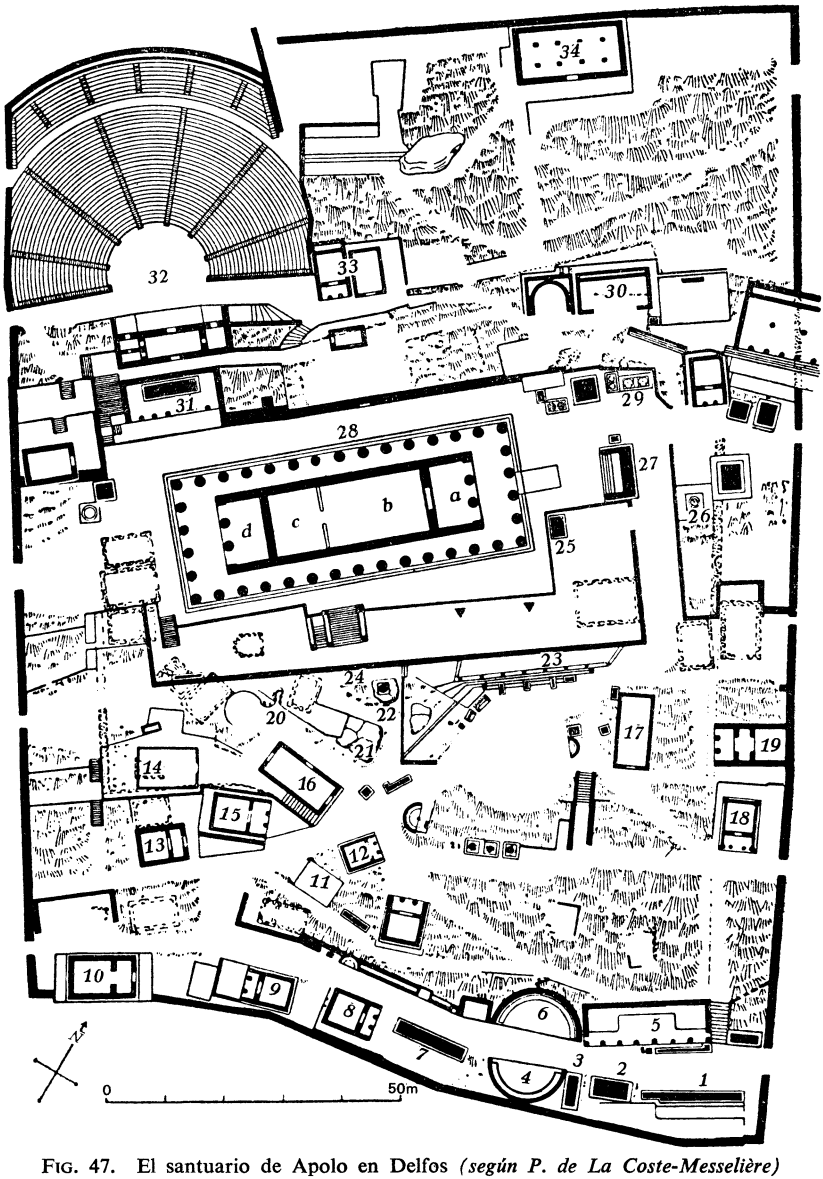


FIG. 47. El santuario de Apolo en Delfos *(según P. de La Coste-Messelière)*

Es cierto que tales adquisiciones fueron lentas; pero si bien Esquilo deberá luchar aún para que sean admitidas, ¡qué evolución desde las edades sombrías del Geométrico!

Sin embargo, otras esperanzas atraían a los espíritus, ávidos de asegurarse una bienaventuranza eterna. Los misterios de Eleusis eran mucho más que viejas liturgias agrarias; el culto a Dioniso, mucho más que las cabriolas de los sátiros: los animaba la esperanza de la salvación, de la misma forma que animaba una doctrina cuya aceptación parecía ser considerable a fines del arcaísmo: el orfismo. Ligada al prestigioso nombre del cantor Orfeo, enseñaba que en el hombre hay dos elementos: el alma, celestial, y el cuerpo, titánico. Por la muerte, el alma se liberaba del cuerpo, su sepulcro; pero, después del juicio a que la sometían los dioses por los actos cometidos en vida, conocía una nueva encarnación, y así sucesivamente hasta que, purificada por completo, accedía a la felicidad de los bienaventurados. Doctrina encumbradora, apoyada en una cosmogonia en la que no faltaban los rasgos orientales, que promovió en todo el mundo griego una intensa búsqueda de la pureza. Pese al trabajo de clasificación de los textos órficos, realizado, a instancias de los pisistrátidas por Onomácrito, pensador demasiado original para someterse a esta compulsación, resulta difícil conocer el orfismo y el pitagorismo, del que lo separan fronteras imprecisas. No obstante, conprendemos la profundidad de esta corriente mística por la influencia que ejerció sobre espíritus como Píndaro e incluso Platón.

* * *

A finales del arcaísmo, el mundo griego se hallaba fragmentado en un mosaico de pequeños Estados, morbosamente celosos unos de otros y muy distintos por su situación geográfica y por su grado de evolución. Pero la unidad del helenismo es tan patente como su diversidad. Se trataba ya de una unidad cultural, como la define Isócrates en un famoso pasaje del *Panegírico* (50): «Empleamos el nombre de griegos referido no a la raza, sino a la civilización». Sustentados con las mismas poesías de Homero, apasionados por las mismas búsquedas literarias o artísticas, reunidos en aquellos hogares comunes que eran los grandes santuarios, los griegos adquirieron conciencia de su carácter específico y de todo cuanto los diferenciaba de los bárbaros, cuya sorda amenaza empezaba a cernerse sobre ellos.

En este mundo, animado durante dos siglos por un dinamismo ferviente y creador, aceleróse la evolución en el transcurso de los últimos decenios del siglo VI y se diversificaron las formas. La tragedia se estructuró, la figura negra desapareció ante la roja; la sonrisa abandonó los rostros de piedra; la democracia conquistó Atenas... Las guerras médicas, muy posteriores, no bastarán para explicar una transformación tan profunda: fueron más bien una consagración.

Consciente, en adelante, de su poder y de su grandeza, movido por un irresistible impulso, el helenismo extrajo de sí mismo la fuerza de una esplendorosa renovación. El enfrentamiento que se prepara, y que será la más violenta de las pruebas y la más dura de las victorias, le proporcionará sólo otros métodos para imponerse y afianzarse.

libro III

EXPANSIÓN DEL CLASICISMO GRIEGO

capítulo primero

Atenas, dueña del Egeo

El alba y el crepúsculo del siglo v se tiñeron de sangre. Abrióse con el prodigioso, pero breve afrontamiento, de griegos y bárbaros, y se cerró con la interminable refriega en la cual, a través de una lucha fratricida, los griegos desplegaron sus mejores fuerzas. Entre ambas, los «cincuenta años» (la pentecontaetia), como decían los atenienses, que eran los del incomparable triunfo de Atenas.

1. GRIEGOS Y BÁRBAROS: LUCHAS POR LA INDEPENDENCIA (499-478)

Las guerras médicas, a las que deberíamos llamar persas, fueron la consecuencia directa del antagonismo entre dos mundos en plena expansión. Después de la conquista del Medio Oriente por Ciro, el Imperio persa siguió creciendo con Cambises y organizándose con Darío. El primer encuentro entre persas y griegos se produjo en la propia Asia, donde toda la costa, griega desde hacía siglos, fue anexionada por Ciro después de su victoria sobre Creso.

Sublevación de Jonia (499-493)

Durante mucho tiempo, las relaciones de los jonios con sus nuevos jefes no fueron peores de lo que habían sido con los Mermnadas. Darío respetó sus costumbres y sus creencias: una inscripción de Magnesia nos lo muestra protegiendo a los sacerdotes de Apolo contra las usurpaciones de sus funcionarios. Pero su actitud fue más dura: impuso guarniciones, exigió un tributo en sustitución de las contribuciones aparentemente voluntarias, implantó gobiernos tiránicos, más fáciles de ser manejados por él, pero que parecían anacrónicos en los momentos en que todas las ciudades se liberaban de la tiranía.

Se ha hablado de extorsiones económicas, al favorecer Darío a los fenicios contra los jonios. Pero hay que renunciar a esta explicación: Jonia registró una indiscutible prosperidad, pese a la gran desgracia, independiente por completo del avance persa, que representó para Mileto la destrucción de Sibaris, su estación en Occidente. La unidad impuesta por Darío a todo el Oriente e incluso a la región de los estrechos; el desarrollo de la buena moneda de oro de los dáricos; la ampliación de la red de caminos, sólo podían aprovechar al comercio jónico. Sin embargo, los griegos de Asia se sintieron defraudados, heridos en lo más profundo de su conciencia política, porque Darío los trataba como súbditos, mientras que los Mermnadas, e incluso los primeros Aquemémidas, habían respetado la ficción de su autonomía.

Por tanto, la profunda inclinación hacia la libertad, esencial incluso entre los orientales viciados por el lujo, fue la verdadera causa de la sublevación que envolvía a Jonia desde 499; pero las oscuras intrigas de los tiranos de Mileto, Histieo y su yerno Aristágoras, tuvieron también importancia en este sentido. Los sublevados acudían en vano a las ciudades de Grecia: sólo Atenas y Eretria enviaron una muy modesta expedición, que se limitó a hacer una incursión hasta Sardes e incendiar la ciudad y el gran templo de Cibeles (498); luego reembarcó a toda prisa. Abandonados a sí mismos, incapaces de entenderse, los jonios fueron destruidos en Lade; Mileto fue tomada al asalto y devastada, lo mismo que el opulento Didimeion. Los persas no tardaron en adueñarse de nuevo de toda el Asia griega, en la cual implantaron el reino del terror.

Primera guerra médica

Darío no olvidó este toque de atención. Según una anécdota, hacíase recordar cada día «que no olvidara a los atenienses». Sin duda le parecía peligroso dejar libre una parte del mundo griego, cuando acababa de someter a la otra a una dura esclavitud. Y la anexión se le presentaba mucho más fácil al informarse acerca de Grecia, cuyas

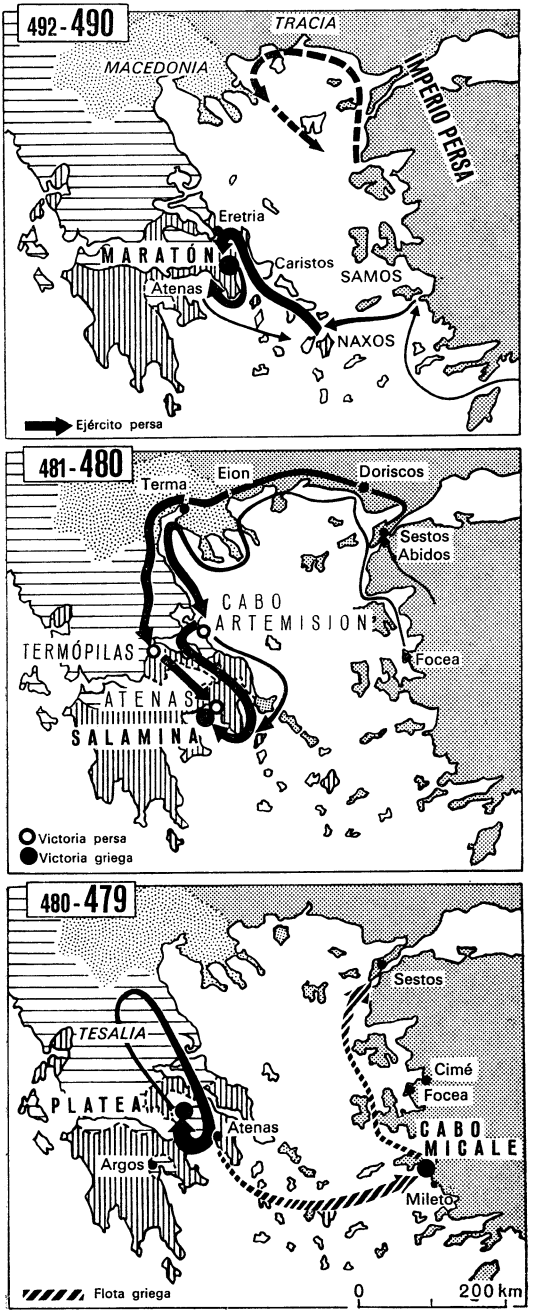
fuerzas eran ínfimas comparadas con las suyas. Se ha hablado de las aspiraciones del Gran Rey al imperio universal, basándose en los títulos grandilocuentes que utilizaba en sus inscripciones, títulos heredados, en realidad, de las monarquías sumeria y babilónica. Sus ambiciones eran más modestas y realistas: incorporar una nueva satrapía, Grecia (mapa 12), a las conquistas de sus predecesores y a las suyas propias.

En 492 envió a su yerno Mardonio a ocupar Tracia y Macedonia; pero al caer herido, hubo de renunciar a proseguir su camino hacia Atenas. Al año siguiente partió una flota hacia Grecia. Atemorizadas, muchas ciudades le prestaron su acatamiento; perdonó a Delos, pero destruyó totalmente Naxos y Eretria, y luego desembarcó en la costa oriental del Ática: Maratón. Atenas no podía esperar piedad del persa, ni ayuda de los demás griegos: para no intervenir, Esparta se escudó tras pretextos religiosos, y sólo la fiel Platea tuvo el valor de enviar algunos hoplitas. Los atenienses fueron colocados en orden de batalla por Milcíades el Joven, antiguo tirano del Quersoneso expulsado de sus Estados por el avance persa. El hábil estratega atacó, aprovechando sin duda la marcha de una parte de los persas y la desesperada furia de sus hombres, y arrojó al enemigo al mar (490). Algunos traidores desconocidos —¿aristócratas?, ¿partidarios de los tiranos?, ¿Alcmeónidas?— izaron en vano un escudo en el Pentélico para llamar a la flota bárbara hacia una ciudad carente de defensores: el ejército acudió al instante. Por primera vez, los atenienses se salvaron a sí mismos y a Grecia, y, con el corazón rebosante de un legítimo orgullo, pudieron honrar a sus muertos con un alto túmulo y ofrendar un tesoro al dios de Delfos.

Segunda guerra médica

La muerte interrumpió los nuevos preparativos de Darío, irritado por su derrota. Le sucedió su hijo Jerjes (486), el cual organizó metódicamente una gigantesca expedición. Un viento de terror soplaba sobre Grecia, y sólo 31 ciudades se atrevieron, en un congreso reunido en Corinto, a unirse en una liga panhelénica con el firme propósito de resistir a los bárbaros, mientras que tesalios y beocios los traicionaron y el oráculo de Delfos simpatizó con los persas.

Jerjes, al frente de una numerosísima legión, atravesó el Helesponto por un puente de balsas y descendió hacia Grecia, mientras su escuadra iba costeando: «Es un gran vuelo de pájaros, vestidos de azul sombrío» (Esquilo, *Persas*, 559). Los griegos habrían podido detenerles sólo en el estrecho desfiladero de las Termópilas, que guardaba la entrada de la Grecia Central; pero los espartanos enviaron allí sólo débiles contingentes: 6.000 hombres como máximo (una tercera parte de ellos de dudosa fidelidad), a fin de reservar las mejores tropas para la defensa del Istmo. Aquel monstruoso egoísmo no mermó en nada la gloria de los 300 lacedemonios y de algunos tespios que, tras haber peinado sus hermosas cabelleras, «murieron hasta el



MAPA 12. Las guerras médicas

último para obedecer las leyes». Pero Jerjes había pasado ya, y la problemática victoria naval del Artemision, en la punta norte de Eubea, fue inútil a causa del abandono de las Termópilas. Nada podía poner obstáculos «al irresistible impulso de Ares montado en el carro sirio», como anunció, sin ambages, la Pitia a los atenienses que en su temor, habían acudido a consultarla.

Sin embargo, un hombre no desesperó de Atenas ni de los griegos: fue Temístocles, cuya audaz actuación entre las dos guerras había dotado a Atenas de una importante flota. Arrancó a la Pitia un oráculo más esperanzador; galvanizó las energías; consiguió, no sin dificultades, que sus conciudadanos buscasen refugio en la «defensa de madera» de sus navíos, mientras la ciudad era abandonada, y mujeres y niños evacuados. Jerjes prosiguió su inexorable marcha, ocupó y arrasó una Atenas desierta, vengando de esta forma las ruinas de Sardes. Los desunidos griegos vacilaban y temblaban, pero genialmente pícaro, Temístocles supo obligarlos al combate en la rada de Salamina. Cuando, al amanecer del 29 de septiembre de 480, entonaron el peán: «¡Ea, hijos de Grecia, liberad a vuestros hijos y vuestras mujeres, los santuarios de vuestros padres y las tumbas de vuestros abuelos: es la ley suprema», sabían perfectamente que arriesgaban el todo por el todo. Sus adversarios, fenicios y jonios, obligados a una fidelidad forzada, lucharon bien, pero los marinos y soldados griegos, entre los cuales sobresalieron los eginetas y los atenienses, merecieron el premio a su valor, y pronto, conforme a las esperanzas de Temístocles, cundió el desorden en la flota de los persas, demasiado nutrida, dado lo angosto de la bahía. Al atardecer, «sólo un lamento, entremezclado con sollozos, reina a lo largo del mar, hasta el momento en que todo lo apaga la noche de sombrío rostro» (Esquilo, *Persas,* 426).

Jerjes se retiró lentamente a Asia. Volvió a pasar el Helesponto, primero y último soberano persa que pisó el suelo de Grecia. Dejó en Tesalia tropas escagidas a las órdenes de Mardonio, que en 479 pudo apoderarse nuevamente de Atenas y amontonar ruinas sobre ruinas; pero fue totalmente derrotado en Platea, donde los espartanos de Pausanias y los atenienses de Arístides realizaron prodigios de valor. Aquella batalla terrestre, en la que los tebanos lucharon, con un detestable encarnizamiento, al lado de los persas, completó la victoria naval de Salamina y decidió el repliegue definitivo de los bárbaros.

Nada podía detener entonces el impulso de los griegos, que, a su vez, tomaron la ofensiva, pasaron a Asia, y en Micale deshicieron a las desmoralizadas tropas del Gran Rey (agosto 479). En 478, los atenienses destruyeron en Sestos, la última guarnición persa en tierra europea. Las guerras médicas terminaron, pero habría que esperar treinta años para que fuese firmado un tratado de paz.

Salvación de los griegos de Sicilia

Simultáneamente, los griegos de Sicilia hubieron de enfrentarse a un bárbaro no menos temible: el cartaginés. Este sincronismo, sin duda, no se debió al azar, sino al tratado que firmaron Susa y Cartago. También aquí los griegos estaban desunidos, puesto que Selinonte y Region combatían al lado del semita. Pero también aquí el triunfo fue aplastante: a orillas del río Himero, Gelón de Siracusa logró una difícil pero decisiva victoria sobre Amílcar (480). Apoderóse de un inmenso botín e hizo numerosos prisioneros, los cuales permitieron realizar gigantescos trabajos. Poco después (474), los siracusanos derrotaron también a los etruscos ante Cumas. Estos dos éxitos, que pueden considerarse como un desquite de Alalia, permitirán al helenismo occidental, momentáneamente libre de sus rivales, ser protagonistas de un magnífico desarrollo.

Triunfo de los griegos y triunfo de Atenas

Por primera vez, unas ciudades griegas, que no representaban, ni mucho menos, todas las fuerzas de la pequeña Grecia, y menos aún del helenismo, dejaron de lado sus eternas y recientes discordias para defender lo que para ellas representaba el bien supremo: la libertad. Su asombrosa victoria no se explica de otra forma. Frente a ellos, un solo hombre libre, el Gran Rey, a la cabeza de un pueblo de esclavos, de soldados que marchaban al combate bajo la amenaza del látigo, de marineros jónicos sometidos por la terrible represión de su levantamiento, pero que no olvidarán por mucho tiempo que luchan contra sus hermanos. Sin importancia real para Persia, Maratón, Salamina y Platea constituían hitos capitales en la historia de Grecia: un pueblo que no quería morir ni abandonarse, encontró la salvación en su valor, en su abnegación, en su union. Única sinfonía en medio de la perpetua discordia de un mundo interminablemente dividido contra sí mismo.

Entre todas las ciudades, Atenas luchó, se afanó, sufrió. Mostróse menos egoísta que otras, sobre todo Esparta. Fue la auténtica vencedora de Salamina, donde alineó los dos tercios de la flota griega. Y, así, iba a recoger el fruto principal de la victoria. Se afianza su vocación marítima, un símbolo de lo cual fue la decisión de Cimón de aflojar el freno de su caballo en el templo de Atenea. Pero el resultado lo había decidido el bajo pueblo de pastores, que, en lo sucesivo, no permitiría que se lo olvidara. Toda la evolución posterior de una Atenas de cara al mar y democrática se hallaba en germen desde 480. Mientras aguardaba, la ciudad se alzó en un deseo unánime: «De esta gigantesca invasión por tierra y por mar, que nos inspiró un miedo desesperado, resulto una extraordinaria unión entre nosotros», según observa justamente Platón (*Leyes,* 698 c).

Atenas conquistó, además, un incomparable prestigio, que le permitirá agrupar a su alrededor las ciudades del Egeo, antes de atraerse a los otros griegos, más dinámicos e inteligentes: el nacimiento de la liga de Delos y la afluencia de metecos fueron consecuencias directas de las guerras médicas. En 472, Esquilo, en los *Persas,* entonó un himno desgarrador y triunfal a la gloria de su patria; en la generación siguiente, Herodoto mostró más lucidez pero no menos entusiasmo ante las hazañas de los atenienses. También el arte se puso al servicio de esta glorificación: Fidias esculpió en Delfos un *heroon* para conmemorar la batalla de Maratón, y, en el mismo Partenón, el *Iliu persis* o la Amazonomaquia recuerdan sutilmente los primeros choques entre griegos y asiáticos.

En la temible prueba, Grecia se había transformado. Pero hasta su equilibrio se trastornó, puesto que una ciudad hasta entonces mediocre pasó al primer plano. Fue como un latigazo, que ayudó a los atenienses a repudiar tantas estructuras arcaicas, aún vivas entre ellos. Y, ¿por ventura no se vieron forzados a pensar y realizar de nuevo, ya que toda su ciudad, dos veces hollada por los persas, era sólo un amasijo de escombros? Aunque sin justificarla siempre, está bien claro el complejo de superioridad que la animara en adelante.

2. AUTONOMÍAS E IMPERIALISMO

Al día siguiente de su victoria, las ciudades del Egeo vivieron ante el temor de un posible retorno ofensivo de los persas. Gustosamente habrían buscado apoyo en Esparta, que ejercía su hegemonía en la liga helénica creada en 481 contra los bárbaros; pero la gran ciudad dórica, cansada de las intrigas tiránicas de su rey Pausanias y de sus disputas con los aliados y temerosa, a la vez, de las consecuencias, funestas a la larga, de expediciones lejanas que arruinarían la estabilidad política y social que se había forjado, retiróse voluntariamente de la lucha y dejó el campo libre a Atenas. Este retraimiento supuso implícitamente, un reparto entre la tierra que se reservaba y el mar que abandonaba al joven dinamismo ateniense.

La liga de Delos y el papel de Cimón

Las ciudades del Archipiélago y de la costa asiática se volvieron entonces hacia Atenas y formaron con ella una simmajía (alianza), cuyo centro se hallaba en Delos, santuario federal de los jonios, razón por la cual se denomina *confederación ático-delia*, o *liga de Delos*.

Todas las ciudades tenían un voto en el consejo *(synedrion)*, que se reunía una vez al año y en el que Atenas poseía ya una indiscutible supremacía, gracias al número de pequeñas ciudades que en ella encontraban la única esperanza de salvación. Los Estados que no querían o no podían contribuir al mantenimiento común de sus soldados y sus navíos, podían eximirse mediante el pago de un tributo *(phoros)* que cobraban diez atenienses, los helenótamos (tesoreros de los griegos), encargados también de pagar los gastos, y muchos, sentando el precedente de una política de debilidad y renuncia, cuyas víctimas no tardarán en ser, escogieron esta solución. Por otra parte, Atenas dio muestras de una gran equidad bajo el impulso de Arístides el Justo, en el cual los aliados veían «al hombre, excelente entre todos, enviado por la divina Atenas» (TIMOCREONTE DE RODAS).

Esta confederación permanente —los juramentos prestados serían válidos hasta que salieran a la superficie masas de hierro arrojadas al mar— asignó a Atenas la hegemonía en el sentido antiguo de la palabra, es decir, el poder ejecutivo y la dirección de las operaciones; pero se reconocía formalmente la autonomía de los aliados. La liga no tardará en ampliarse y modificarse bajo el enérgico impulso de Cimón, hijo de Milcíades. La victoria que obtuvo sobre los persas en el Eurimedón (468) aseguró definitivamente a la liga el dominio del Egeo y la reforzó con nuevas adhesiones (ciudades de Caria y de Licia, nuevas ciudades de Jonia): el Asia griega corrió a colaborar a la victoria de Atenas. Pero estallaron revueltas, duramente aplastadas por Cimón: en Naxos, en 470; en Tasos, en 465. En adelante resultará evidente que ninguna ciudad podrá, sin el permiso de Atenas, retirarse de la liga, que comprendía, al lado de ciudades aparentemente autónomas, ciudades sometidas por la fuerza. Se instalaron cleruquías, verdaderos puestos militares atenienses, sobre todo en Tracia, para vigilar Samos, que se ve obligada a desmantelar sus admirables defensas, entregar su flota y pagar una elevada indemnización.

Tras la muerte de Arístides y el ostracismo de Temístocles, el aristócrata Cimón quedó como dueño indiscutible de Atenas, a la que impuso su política: prosecución de la guerra contra los bárbaros, amistad con Esparta. Llamado en su ayuda por los

lacedemonios —trastornados por la revuelta de los ilotas de Mesenia— aunque obtuvo con dificultad autorización de la *Ekklesía* para intervenir; mas poco después sufrió, por parte de los mismos que lo habían llamado, la humillación de una brusca despedida. Los jefes demócratas, Efialto y Pericles, sus encarnizados enemigos, supieron aprovechar hábilmente este pretexto para condenarlo al ostracismo (461).

Primeras experiencias de la democracia (461-446)

La democracia que se instaló —por mucho tiempo— en el poder, ¿iba a renunciar a la expansión imperialista? Todo lo contrario; creía contar con los medios para luchar en dos frentes: contra el Gran Rey y contra Esparta, que encontró aliados en Megara, Corinto y Beocia. Las dos series de empresas se nos muestran embrolladas y confusas.

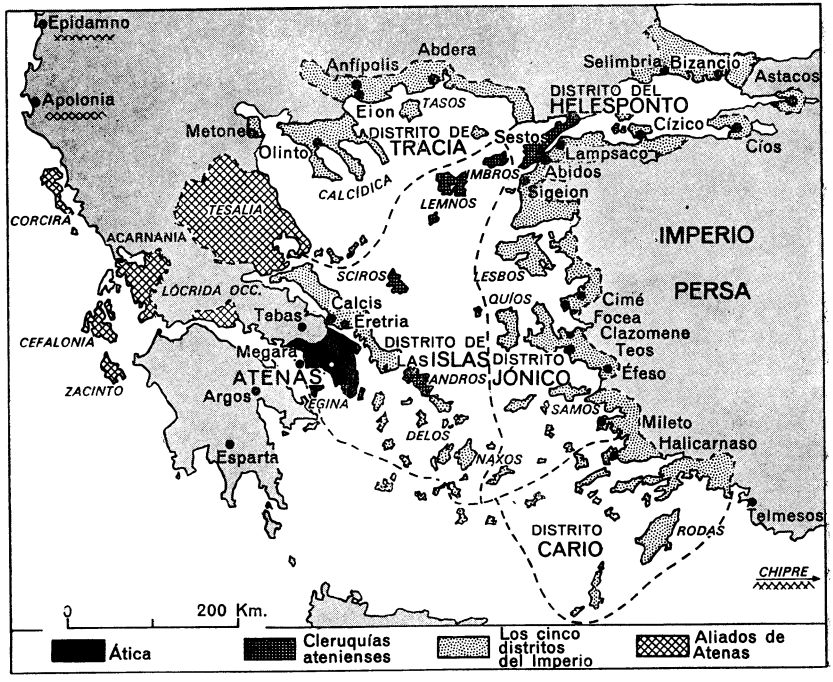
Contra Artajerjes I, que ocupó el poder en Persia después del asesinato de su padre Jerjes, organizó Atenas una lejana expedición a Egipto, para ayudar a Inaros —vasallo del Gran Rey que se había rebelado— y procurarse nuevas posiciones comerciales. Sólo consiguió un lamentable fracaso, que hubiera podido acabar en desastre y que, paradójicamente, le permitió extender aún más el Imperio con nuevas adhesiones (Mileto, Eritra, Halicarnaso).

La lucha contra los peloponesios y sus aliados fue indecisa y en ella se suceden derrotas y victorias. Es cierto que Atenas humilló duramente a Egina —«esta nube sobre el ojo del Pireo», según gráfica expresión de Pericles—, de forma que, con sus guarniciones, sólidamente instaladas en Naxos, Tasos y Egina, podía dominar por completo el Egeo (457). Pero vencida en Tanagra, victoriosa en Enofita y vencida de nuevo en Coronea, al final habrá de pedir la paz a Esparta (446). Ambas ciudades, cansadas de tan interminable conflicto, concluyeron una paz de treinta años. Esta *primera guerra del Peloponeso,* como se la denomina a menudo, no sin razón, nos ofrece una buena muestra de los obstáculos con que chocaba el imperialismo ateniense en el mismo momento en que se fortalecía en proporciones considerables.

Imperio ateniense de 454 a 431

Al cabo de un largo período de tiempo, la confederación era sólo una ficción. Atenas se sentía entonces lo bastante fuerte como para abandonar su doble juego. En 454, por una decisión simbólica, transfirió a la Acrópolis el tesoro federal de Delos. La simmajía se convirtió en un Imperio *(arkhé)*. En 449, la paz de Calias puso fin a las guerras médicas por un compromiso entre Atenas y el Gran Rey: la cláusula más importante era el reconocimiento de la autonomía de las ciudades griegas de Asia. Con ello, la confederación perdía al parecer su razón

de ser: la lucha contra los bárbaros, y, de hecho, es posible que en 449 el tributo no hubiera sido percibido, al menos en algunas ciudades. Pero se reimplantó a partir del año siguiente, y Atenas reforzó la organización del imperio con medidas unilaterales tomadas por la *Ekklesía*. En fecha muy discutida —sin duda, en 449/448—, el decreto de Clearco prohibía cualquier acuñación en plata en todo el *arkhé* e imponía las monedas y los pesos y medidas atenienses. En 448/447, el decreto de



MAPA 13. El Imperio ateniense en el siglo V

Clinias estableció un sistema riguroso, con tablillas y sellos, para la percepción del tributo. Finalmente el imperio se dividió en cinco distritos para facilitar la recaudación de las contribuciones. Por lo menos desde 444, el tesoro federal servía no sólo para mantener el ejército y la marina, que aseguraban la paz, sino también para subvencionar las construcciones de la Acrópolis, y Pericles puede proclamar con altanería, frente a las reivindicaciones de los aliados sostenidos por el aristócrata Tucídides, que ciudades que no contribuían en nada a la defensa común, no podían elevar protesta alguna contra el empleo de los fondos del *phoros* decidido por la *Ekklesía* (mapa 13).

Las transformaciones internas del imperio prosiguieron sin cambios notables. Se registraron nuevas sublevaciones, aunque siempre aisladas: Eubea, en 446; Samos, en 441. La flota era bastante poderosa como para hacer entrar en razón a los insurgentes. Se instalaron nuevas cleruquías en las islas que jalonaban la ruta capital de los Estrechos: en Calcis y en Eretria, después de su levantamiento; en Asia Menor, donde sucedieron a las guarniciones atenienses sostenidas antes de la paz de Calias, y, sobre todo, en Tracia —creación de Brea; más tarde, de Anfípolis—, región vital para Atenas desde el punto de vista económico y que la influencia ateniense penetró cada vez más, incluso en las tribus odrisas de las llanuras búlgaras.

Organización del imperio

Los medios de acción de que disponía Atenas eran considerables. Inspectores delegados por la *Ekklesía* recorrían el imperio, supervisando la recaudación del tributo y vigilando la aplicación estricta de las decisiones atenienses. Se instalaron clerucas, cada vez más numerosos, en los puntos estratégicos. De manera especial una importante flota —300 a 400 trieras— surcaban el Egeo, presta siempre a intervenir para sofocar posibles revueltas. Por encima de todo, el temor era lo que mantenía a las ciudades en la obediencia.

Después de 454 no volvió a reunirse el *synedrion*, y todas las decisiones se tomaban en Atenas. La *Ekklesía* fijaba el tributo, y la *Bulé* lo repartía según las valoraciones de los peritos *(taktai);* era llevado a Atenas, durante las Grandes Dionisíacas, por los delegados de las ciudades, y entregado a los helenótamos. La sesentava parte se dedicaba a Atenea, y se han conservado parte de las cuentas de estas primicias. Hasta 431, el *phoros* apenas aumentó (oscilaba entre 450 y 500 talentos), pese a la ampliación del imperio, que disminuía la cuota de cada ciudad.

Las sentencias de todos los procesos importantes que se juzgaban en el imperio podían ser apeladas ante los tribunales populares de Atenas, lo cual suponía para los litigantes largos viajes y dispendiosas estancias. Los aliados no cesaban de lamentarse de la parcialidad de los tribunales atenienses. Resulta difícil comprobar la veracidad de este reproche, pero no cabe duda de que las usurpaciones judiciales de Atenas eran cada vez más numerosas. Al principio eran juzgados en Atenas sólo los atentados contra el pacto federal, pero no tardó en ampliarse a las causas susceptibles de la pena capital, e incluso a los asuntos privados de alguna trascendencia.

En otro tiempo se afirmada que Atenas imponía por doquier su régimen político. En realidad, Eritra pudo conservar su tiranía hasta 453, y Potidea su oligarquía hasta 433. Pero las revueltas servían a menudo de pretexto para instalar gobiernos democráticos que, por otra parte, se extenderían siguiendo el ejemplo ateniense.

Si recordamos que el privilegio de acuñar moneda —ligado, por naturaleza, a la autonomía, según la manera de ver de los griegos— le había sido retirado a todas las ciudades de la *arkhé,* resulta claro que los atenienses se condujeros a los ojos de sus «aliados» —que en realidad, eran sus súbditos— con la mayor desenvoltura y, a veces, con la más implacable tiranía.

Inevitablemente se nos plantea un problema. ¿Cómo podían ser compatibles democracia e imperialismo en el espíritu de los atenienses, que fingían dejarse guiar exclusivamente por la razón, como se desprende de los discursos que Tucídides pone en boca de Pericles? Subrayemos, ante todo, que la concepción que los griegos tenían de la libertad era muy distinta de la que nos ha impuesto la ideología de la Revolución francesa. Para ellos no rezaba ninguna idea kantiana de la reciprocidad de los deberes y de los límites impuestos a la autonomía de unos por el respeto de la autonomía de los otros: la libertad se manifestaba sólo al obrar, y —notémoslo bien— al esclavizar a otro. Larsen ha demostrado que las más ínfimas ciudades obraron, en este aspecto, como Esparta y como Atenas, y que durante siglos emplearon sus fuerzas en luchas estériles por irrisorias rectificaciones fronterizas. Pero, ¿acaso los atenienses más idealistas no podían consolarse con la idea de que la extensión del imperio era también la extensión de la democracia, olvidando que la democracia que se autorizaba a las ciudades de la *arkhé* era aparente y quedaba irremediablemente truncada?

Pero había algo más. La democracia ateniense era imperialista no por accidente, sino por esencia. Su principal objetivo era el de asegurar una vida decente a los ciudadanos, incluso a los menos favorecidos. Esta difusión del bienestar sólo era posible con una política de grandes trabajos, subvencionados por el tributo, con la búsqueda de nuevos mercados de abastecimiento, estrechamente ligada a la ampliación de la *arkhé*, y la multiplicación de las cleruquías, que sólo podían establecerse confiscando las tierras más ricas de los «aliados». La mistoforia —la base más segura de la democracia política— suponía que Atenas podía disponer de considerables ingresos, que sólo el Imperio le garantizaba.

Al leer los discursos de Pericles en Tucídides, sorprende a veces el cinismo político, manifestado sin pudor alguno. Los atenienses tenían plena conciencia de que explotaban en provecho propio a sus hermanos de las islas o de Asia. Tucídides, con su acostumbrada lucidez, delimitó los fundamentos de este imperialismo, que se manifestó aún con más fuerza durante la guerra del Peloponeso: los atenienses poseían la fuerza y, por tanto, tenían la obligación de emplearla; inspiraban un gran temor a sus súbditos, cuyo estado de dependencia psicológica les correspondía a ellos mantener. Mucho antes de que las reflexiones de algunos sofistas desarrollaran un amoralismo nietzscheano, los demócratas del tiempo de Pericles, herederos de los aristócratas contemporáneos de Cimón, lo practicaban alegremente.

En el siglo v, Atenas debía lo mejor de su poderío y de su prestigio al imperio que había sabido conquistarse y que explotaba en su exclusivo provecho. Pero los rencores, resentimientos y odios suscitados por su dureza la llevarían, finalmente, a su ruina. El golpe de gracia se lo darán sus excesivas pretensiones a la hegemonía marítima, que durante mucho tiempo había garantizado su grandeza y su prosperidad; su incapacidad para desarrollar entre sus aliados el sentimiento de pertenecer a una comunidad de la que también se beneficiaban; el haber imaginado un sistema político en el que la democracia engendraba el imperialismo como condición necesaria. Su derrota final se debió a que no pudo seguir siendo indefinidamente lo bastante fuerte para imponerse por la fuerza, e incluso el clarividente Pericles se cegó hasta el punto de no ver el inevitable desenlace.

Los aliados murmuraban, sin querer admitir los indudables beneficios de que eran deudores a Atenas. La paz reinaba en el Egeo, el bárbaro estaba a la defensiva, el abastecimiento afluía, el comercio no aprovechaba sólo a los atenienses, puesto que no establecieron ningún monopolio, y la unidad del sistema monetario ponía fin al secular desorden y facilitaba las transacciones. Es más: Atenas dio el gran ejemplo de una ciudad en que el *demos* entero participaba en los asuntos públicos, en que el derecho se humanizaba, en que las más suntuosas procesiones y los más bellos santuarios cantaban la gloria de los dioses, en que se daban cita todos los pensadores o creadores. Se convertía, según la admirable fórmula con que Pericles exageraba un tanto la gloria de su patria, en la «escuela de Grecia» (Tucídides, 2, 41).

Extraño antagonismo, que de esta forma se desarrollaba entre una Atenas que no quería admitir su injusticia innata, y sus aliados, que no se avenían a aceptar los servicios de que, pese a todo, le eran deudores. Pero deberán aguardar el final de la guerra del Peloponeso para que puedan sacudirse el aborrecido yugo, antes de que se den cuenta, muy pronto, de que otras hegemonías no eran más soportables.

3. LA DEMOCRACIA TRIUNFANTE

La vida política de Atenas, en el siglo v, se organizó en torno a dos partidos políticos antagónicos: los aristócratas y los demócratas. Por lo menos al principio, representaban más bien tendencias y coaliciones de intereses formadas alrededor de hombres de primera categoría, que partidos (en el sentido moderno de la palabra) con un verdadero programa político. Hasta la guerra del Peloponeso, sus líderes pertenecían casi exclusivamente a las grandes familias de Eupátridas.

El comienzo del siglo marcó un giro. Poderosas personalidades que, algunos decenios antes, habrían aspirado a la tiranía, difícilmente podían someterse al nuevo orden que pretendía imponer a todos una ruda disciplina igualitaria. Milcíades y Temístocles, los dos vencedores de las guerras médicas, murieron, el primero, en prisión, y el segundo en el destierro. Habrá que llegar a la generación siguiente para que los más grandes acepten ser tan sólo los servidores mejor dotados de la comunidad: la lealtad de Cimón fue ejemplar, y el mismo Pericles se limitó a ser el primero de los ciudadanos. Pero el pueblo conservaba

FIG. 48. Tejuelas de ostracismo: en estos fragmentos de cerámica, utilizados en las votaciones de ostracismo, se distinguen los nombres de Cimón, Temístocles, Arístides y Pericles. Excavaciones americanas del ágora de Atenas

vivo su temor a los tiranos, su desconfianza hacia los hombres superiores. Revelador de un estado de ánimo muy extendido es el diálogo entre Arístides y un ciudadano iletrado que le pedía que escribiera su nombre sobre una tejuela de ostracismo, porque estaba cansado de oír que se le llamara justo. Arístides, Cimón y Pericles sufrieron, alternativamente, los rigores del pueblo, que se mantenía celoso y suspicaz cuando ya no tenía motivo para estarlo (fig. 48).

Temístocles y el «descenso de Atenas hacia el mar»

Atenas había dado ya con Solón, y sobre todo con Clístenes, pasos decisivos por el camino de la democracia; pero del 498 al 490, el partido aristocrático había recuperado el poder. Después de Maratón, estériles luchas desgarraron la ciudad, que, sucesivamente, condenó al ostracismo a Jantipo, un Buzigo favorable al pueblo, y Arístides, un moderado que contaba con apoyos entre los oligarcas. Un

demócrata, Temístocles, se aprovechó de ello para arrogarse el primer puesto en la vida política. Se desconoce casi todo lo referente a sus orígenes e incluso los comienzos de su carrera, y no está muy clara la fecha de su arcontado (ya sea antes, ya después de Maratón). En todo caso, se nos muestra como un ambicioso sin escrúpulos, pero dotado de una clarividente inteligencia y un agudo sentido de las nuevas posibilidades que se le ofrecerían a Atenas si se resolvía a volverse francamente hacia el mar. Quizá desde antes de la primera guerra médica inicióse la construcción y fortificación del puerto del Pireo, destinado a sustituir a la mediocre bahía del Falero, y el equipamiento de una importante flota de guerra. Con notorio oportunismo, consiguió que los atenienses se resolvieran a emplear, para incrementar su poderío naval, el nuevo filón descubierto en 483/482 en las minas del Laurión, y que en adelante aseguró a la ciudad un centenar de talentos anuales: se entregó un talento a los 100 ciudadanos más ricos, a cambio de que cada uno de ellos equipara una triera. La victoria de Salamina se debió, ante todo, a esta genial improvisación de Temístocles, quien, al mismo tiempo, se mostró como el más sincero propagandista de la democracia, por la nueva importancia otorgada a los tetes en la defensa del patrimonio nacional.

No obstante, el papel de Temístocles disminuiría después de Salamina: Atenas se resistía a soportar cualquier tipo de superioridad, y, de otra parte, por su orgullo, por su desmesura, por sus pasiones, Temístocles se hizo impopular tanto al partido de los demócratas —que se organizaron bajo el amparo de los Alcmeónidas— como a los aristócratas, cuyos intereses contrarrestaba directamente. Condenado al ostracismo en 472/471, vagabundeó por Grecia mucho tiempo antes de ir a ofrecer sus servicios al Gran Rey, satisfecho de poder recibir de él el gobierno de Magnesia y algunas otras ciudades. El vencedor de Salamina, el glorioso organizador de una desesperada victoria, acabó su vida como vasallo de Artajerjes —¡buen tema de reflexión para los moralistas!—. Pero, ¿acaso no era Atenas la verdadera culpable de aquella escandalosa palinodia, la cual había olvidado los méritos de un hombre que «había convencido a la ciudad entera para que bajara al mar» (PLUTARCO), con lo cual garantizó su salvación en el presente y su prosperidad en el porvenir?

Cimón y el desquite de los oligarcas

Paradójicamente, el partido oligárquico tomó de nuevo el poder, poco después de las victorias de la segunda guerra médica. Encontró un enérgico jefe en la persona de Cimón, hijo de Milcíades: un hombre valeroso que arrastraba multitudes, que amaba la vida, el vino y las mujeres y que, además, era familiar y generoso con todos. Su verdadera

obra consistió en acudir doquiera pudiese reforzar el poderío de Atenas, a costa de luchas y sinsabores, para engrandecer sistemáticamente el imperio y enriquecer a los ciudadanos con el botín de sus fructíferas expediciones. No puede hablarse propiamente de política interior. Pero el viejo consejo aristocrático del Areópago se había aprovechado de las guerras médicas y del pánico reinante a causa de las mismas, para recuperar parte de sus antiguas prerrogativas, transmitidas por Clístenes a los resortes populares, y durante casi veinte años Atenas se abandonó a los inusitados atractivos de una política tradicional bajo la égida de los oligarcas.

Mas no era posible poner trabas definitivamente al impulso popular nacido de las guerras médicas, y tanto más cuanto que la política exterior de Cimón desarrollaba el poder de la clase media y de los tetes. Dotado, sin duda, de una débil inteligencia política, el hijo de Milcíades corrió alegremente a su perdición: llevado ante los tribunales por Pericles, fue absuelto, pero condenado al ostracismo después del humillante fracaso de su expedición a Mesenia (461).

Consolidación definitiva de la democracia

El íntegro Efialto, que dirigía la lucha de los demócratas, se aprovechó de la expedición para llevar a cabo una reforma capital: el Areópago, desacreditado por los procesos de concusión intentados contra muchos de sus miembros, fue despojado de todas sus «atribuciones sobreañadidas» y reducido, de hecho, a la jurisdicción de los crímenes religiosos. Fue inútil que los oligarcas ordenaran su asesinato. Pericles, que había combatido a su lado, completó su obra: desde 457/456, los zeugitas fueron admitidos en el arcontado. No tardó en instituir la mistoforia, o sea, la remuneración de las funciones públicas, que permitía a todos los ciudadanos, fuese cual fuere su fortuna, participar realmente en el manejo de los asuntos públicos. Por lo demás, dio pruebas de una gran moderación, incluso en las reformas capitales que consolidaron definitivamente la democracia: los tetes quedaron excluidos, de derecho, si no de hecho, de la más honorífica de las magistraturas; la estrategia no admitía *misthos* y, por tanto, quedaba reservada a las clases superiores; y, naturalmente, la participación en la asamblea, que constituía el deber esencial del ciudadano y llevaba aparejada sólo una limitada pérdida de tiempo, no era retribuida; finalmente, la ciudadanía quedó reservada, por una ley de 451/450, a los hombres nacidos de padre y madre ciudadanos. Mas no cabe duda acerca de la finalidad de interesar a todos los miembros del cuerpo cívico en la administración del Estado, al mismo tiempo que se iniciaba el pago de un sueldo a los marinos, a los caballeros y a los hoplitas en activo. Con Pericles, el derecho de ciudadanía se convirtió en un oficio.

Los resortes democráticos funcionaron desde entonces libremente. «La asamblea del pueblo es soberana en todas las cuestiones», según declarará Aristóteles en el siglo siguiente, pero, en principio, sólo puede deliberar sobre un *probuleuma* (deliberación previa) de la *Bulé,* consejo de los Quinientos cuyos miembros se elegían cada año por sorteo entre los ciudadanos de más de 30 años. Los cincuenta buleutas de cada tribu, o pritanos, constituían, uno tras otro, una especie de comisión permanente del consejo, a fin de expedir los asuntos de trámite. Las magistraturas eran anuales y colegiales, para que todos los ciudadanos pudieran participar efectivamente en los asuntos. Los arcontes, que estaban rodeados de grandes honores, viéronse despojados de casi todos sus antiguos derechos, salvo de las funciones religiosas y de la instrucción de los procesos. En cambio, era tan grande el poder de los estrategas, que, en realidad, constituían el poder ejecutivo de la ciudad. Había numerosos cargos secundarios de justicia (los Once, los astinomos), de finanzas (tesoreros de Atenea, apodectos, poletas, practores) o de fiscalización económica (agoranomos, metronomos, sitofilacos).

El carácter más importante de esta democracia directa era el predominio de la asamblea del pueblo, bajo cuya estrecha subordinación se hallaba la *Bulé,* consejo representativo. Los magistrados estaban muy vigilados, y cada pritanía estaba sometida a la fiscalización de la *Ekklesía,* que los podía suspender, y estaban obligados a rendir cuentas al cesar en el cargo. Los peligros del sistema eran patentes. El poder ejecutivo era de una extraña debilidad. La asamblea era más poderosa que cualquier asamblea moderna: se trataba de una asamblea numerosa, apasionada, cambiante, integrada, por definición, por no especialistas, que a veces discutían interminablemente sobre cuestiones de detalle, mientras que pasaban por encima los asuntos importantes. Estas críticas fueron ya formuladas por los oligarcas del siglo V. Añadamos que un régimen cuyo cuerpo cívico era tan restringido que excluía a mujeres, metecos y esclavos, no nos parece, en realidad, democrático. Pero sería injusto olvidar que fue la primera vez que todo un pueblo tomó tan claramente en sus manos su destino. Por otra parte, el *demos* tuvo la suerte de encontrar un guía que, durante treinta años, sabría convencerlo e ilustrarlo: Pericles.

Pericles

Descendiente de las nobles familias de los Buzigos y los Alcmeónidas, Pericles siguió las lecciones de Damón de Oa —el cual le inspiró la mistoforia— y de Anaxágoras, el profeta del *Nus,* de la Razón que ordenó el caos originario. Su fuerte y noble personalidad se refleja en el admirable busto de Cresilas, que lo representó como estratega, alta la frente, grave la mirada, finos los rasgos, quizá algo altanero. A este demócrata no le gustaba la multitud; raras veces hablaba a la *Ekklesía,* como no fuese en las grandes solemnidades, para estimular o tranquilizar al pueblo; prefería la compañía de Aspasia, la sabia ciudadana de Mileto, y de un grupo escogido de amigos que destacaban en las letras, en las artes o en el pensamiento: Protágoras, Hipodamos, Fidias, Herodoto, Sófocles.

Perfecto dueño de sí mismo, Pericles jamás sonreía, y sólo lloró dos veces en su vida; pero no le eran extraños los sentimientos delicados, incluso tiernos: para él, la ciudad privada de los jóvenes soldados muertos en la guerra era como «el año que ha perdido su primavera», y amaba a Aspasia con un profundo amor, que no dejaba

de extrañar o escandalizar a un mundo que daba preferencia a otros afectos. Su inteligencia era lúcida. Imaginó un vasto sistema político, que intentó llevar a la práctica, en vez de contentarse, como tantos otros demagogos que lo siguieron, con improvisaciones momentáneas, por lo cual es digno del calificativo de «sabio» *(phrónimos)* que le dio Aristóteles. No carecía de perseverancia, muy necesaria para imponer una línea de acción continua en un pueblo tan inestable como el ateniense. El *demos* era sensible a su energía, de la que dio muestras tanto al frente de una expedición militar como en la tribuna, al incomparable prestigio de su inteligencia, a su potente voz, a la cual debió quizás el sobrenombre de Olímpico, a su elocuencia. La mayor gloria de Pericles fue la de haber gobernado a Atenas durante cerca de treinta años, ser reelegido estratega quince años seguidos (443/442-429/428) y gozar de poderes tan amplios como el tirano Pisístrato, aunque sin salirse jamás de la legalidad.

El ideal democrático fue el eje de su política interior. Para él, la democracia era la igualdad de todos ante la ley, y, aún más, la posibilidad para todos de llevar una vida decente. Recordemos sus empresas exteriores, fructíferas en todos los órdenes, y la mistoforia, que permitía a los más humildes ejercer cargos públicos. Además, el Estado desarrollaba instituciones de asistencia y pagaba a los pobres el teórico: su derecho de entrada al teatro. Es más, Pericles ideó un vasto programa de grandes trabajos, encaminado tanto a procurar trabajo como a fortificar y embellecer la ciudad. Plutarco puso en su boca: «He realizado, en interés del pueblo, grandes proyectos de construcción, trabajos destinados a ocupar durante mucho tiempo a diversas industrias. De esta forma, la población sedentaria no tiene menores derechos a conseguir su parte del dinero público» (*Pericles,* 12). Primero dos y luego tres Largos Muros comunicaban Atenas con el Pireo e hicieron del conjunto una verdadera isla, capaz de no depender más que del mar; el Pireo fue dotado de un importante mercado de trigo (Alfitópolis); los santuarios de Eleusis o de Sunión y, sobre todo, la Acrópolis, asistieron a la reconstrucción de sus ruinas.

Este programa, que superaba por su amplitud, cuanto anteriormente se había concebido y realizado, pronto hizo de Atenas la más bella de las ciudades. El esplendor de sus edificios, y el creciente brillo de sus fiestas atraían cada vez más visitantes, tanto más porque «sabe conciliar el gusto de lo hermoso con la simplicidad» (*Pericles,* en Tucídides, 2, 40). Convirtióse en un vasto y suntuoso teatro, cuyo director escénico fue Pericles y cuyos actores aprendieron a no disociar los conceptos de poder y belleza.

En vano los cómicos se burlaban del «cráneo en forma de cebolla marina» de Pericles, o perseguían a Aspasia, «la impúdica concubina de ojo de perro». En vano sus enemigos trataron de herirlo indirectamente intentando procesar a sus amigos (Anaxágoras, Fidias y Aspasia), antes de atreverse a llevarlo a él ante los tribunales. La magnitud de su personalidad domina, para nosotros, el siglo que precisamente lleva su nombre. Es cierto que sus concepciones se hallan necesariamente muy alejadas de nosotros. Ya hemos dicho cuán egoísta era aquella democracia, que fundaba su libertad y su riqueza en el servilismo y la explotación de otros. Hay que añadir, además, que, en muchos aspectos, el régimen de Pericles no difería de una tiranía. De la expresión de Cratinos, que lo denominó «el más grande de los tiranos», se hizo eco la conclusión de Tucídides (2, 65): «En apariencia

era una democracia; en realidad, el gobierno de uno solo». Pero, ¿no debemos aclamar esta primera experiencia de un «socialismo de Estado» (G. GLOTZ), inspirado en la idea de que es posible dirigirse libremente al pueblo, conquistarlo con las seducciones de la inteligencia y reconociendo el *Nus* de Anaxágoras, la Razón humana, como la única capaz de organizar la vida política? En el Partenón figuran repetidamente los dioses o los héroes ordenadores del *kosmos* contra la barbarie de los Gigantes, de los Centauros o de las Amazonas, o el orto de los astros, cuya luz inunda el mundo: símbolos doblemente elocuentes, tomados del universo mítico o natural, de una gran esperanza, que por primera vez ilumina a Grecia.

Una sociedad equilibrada

La sociedad de Pericles se basaba, como todas las sociedades de la Antigüedad, en la distinción entre hombre libre y esclavo. Legalmente, el esclavo era sólo un cuerpo, un instrumento animado, aunque lo cierto es que era tratado en Atenas con mucha humanidad: podía hablar libremente, participaba en numerosas celebraciones rituales y, en particular, podía ser iniciado en los misterios de Eleusis; disponía de ciertos recursos legales contra la arbitrariedad de su dueño, que, por otra parte, no tenía sobre él el derecho de vida y de muerte. En el campo, su vida, al parecer, no difería mucho de la del pequeño campesino que se servía de él. Sólo el que trabajaba en las ahumadas galerías del Laurión llevaba una existencia miserable. La única sublevación de esclavos registrada en todo el siglo fue la de los siervos de las minas después de la guerra de Decelia (425): 20 000 de ellos aprovecharon la invasión del Ática por los lacedemonios, abandonaron su trabajo y hubo que cerrar las explotaciones. Pero no había grandes propiedades ni concentración industrial, ninguna de las condiciones económicas que crearán en los reinos helenísticos o, más aún, en Roma, un antagonismo fundamental entre hombres libres y esclavos, generador de graves crisis sociales.

Los hombres libres eran metecos o ciudadanos. Los metecos eran extranjeros domiciliados que gozaban de derechos especiales en Atenas. Excluidos de los derechos políticos y del derecho a la propiedad territorial, pagaban un impuesto especial (el *metoikion*), estaban sometidos a las liturgias y a la *eisphorá*, servían como hoplitas y, sobre todo, como marinos. Completamente libres en sus relaciones con los ciudadanos, admitidos a la participación de las ceremonias religiosas y cívicas —como atestigua su presencia en el friso de las Panateneas—, desempeñaban un eminente papel en la nación. Dinámicos y dispuestos para todos los oficios, a menudo se imponían en el gran negocio: los más ricos de ellos eran armadores, grandes prestamistas e incluso banqueros. La parte esencial de la propiedad mueble estaba en sus

manos. No era menor su importancia en el Arte, Medicina y, sobre todo, Filosofía, dominios monopolizados por extranjeros. Acogidos con una generosidad de la que no encontramos ejemplo en ninguna otra ciudad, los metecos de Atenas colaboraron a su prosperidad y a su gloria: valientes en el combate, la enriquecieron con su actividad y su talento y se mostraron resueltos partidarios de una democracia que no los despreciaba.

Los ciudadanos se reservaban la actividad política y la propiedad territorial. Formaban una comunidad que se basaba, ante todo, en el interés, y se ha podido hablar, de una manera más irónica que errónea, de la ciudad clásica, como de una «sociedad por acciones», cuyos accionistas serían los ciudadanos. Los antagonismos habían desaparecido hacía ya mucho tiempo, y el único que subsistía, el de los ricos y los pobres, revestía un carácter bastante moderado. En primer lugar, los ricos eran explotados a menudo por los pobres, no sólo, en el plano individual, por aquellos maestros cantores que eran los sicofantes, contra los cuales no siempre era fácil luchar aun teniendo el derecho de su parte, sino también en el plano de las instituciones, puesto que las liturgias —servicios públicos de los cuales la coregia y la trierarquía eran los más pesados— y la *eisphorá* —impuesto extraordinario sobre la renta— pesaban sólo sobre la minoría de los ricos. A continuación, el socialismo de Pericles tendió a eliminar la pobreza y lo consiguió por completo, teniendo en cuenta la exigüidad de las necesidades. Finalmente, los que disponían de la riqueza mueble más considerable no eran los ciudadanos, sino los metecos. El menos afortunado de los ciudadanos mostraba, frente al meteco más rico, un complejo de superioridad que hacía menos duro su infortunio.

Extraña sociedad la de Atenas en la que la esclavitud no degeneró en una vergonzosa explotación del hombre por el hombre; donde los recursos económicos más importantes quedaban en manos de extranjeros, cuya influencia intelectual era también preponderante, y donde la tensión social tendía a atenuarse en la clase cívica.

Economía de la Atenas imperial

No hubo ningún cambio profundo en la agricultura. La tierra, que seguía muy fragmentada, producía mezquinas cosechas de cebada y trigo, y más abundantes las de vino y aceite. La industria proseguía también en su línea tradicional. Era una artesanía rudimentaria por sus técnicas, pero a menudo inspirada en un sentido estético profundo y original. Los oficios relacionados con el fuego, agrupados siempre en torno al Cerámico, pero sin concentración alguna, gozaban de una importancia esencial bajo el patronato de Hefesto y de Atenea Ergane (Obrera) (fig. 49).

Sólo el comercio pareció tomar una nueva orientación bajo la influencia de la expansión imperialista. El problema fundamental era el de alimentar un contingente humano que se había acrecentado con numerosos metecos y que era cada vez más importante. Los principales puntos de abastecimiento de trigo seguían siendo Egipto, Sicilia, el Ponto y la llanura del Po. Pero las circunstancias políticas hacían incierto el mercado egipcio, y Atenas se iba abasteciendo cada vez más del trigo comprado en Sicilia y, sobre todo, en Spina y en la

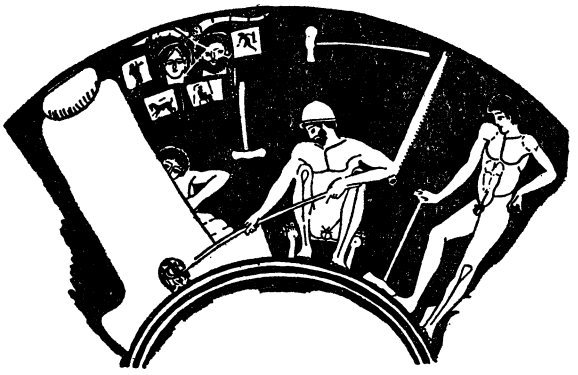


FIG. 49. La fragua: horno y fuelle. Copa ática de figuras rojas. Berlín, Staatliche Museen

Póntide. A cambio de ello podía ofrecer su vino, su aceite y sus productos manufacturados. El Pireo se convirtió en un gran centro de importación y redistribución, análogo a los puertos de Jonia en el período anterior. «La grandeza de nuestra ciudad —declara Pericles en Tucídides (2, 38)— atrae a ella los productos del mundo entero». La flota ateniense aseguraba la más completa libertad en las comunicaciones, y la existencia de una moneda estable favorecía los intercambios. Muchos metecos fomentaban el gran comercio haciendo grandes préstamos —empresa atrevida, pero que, en caso de éxito, proporcionaba grandes beneficios— o armando embarcaciones por sí mismos.

Concurrían, pues, todas las condiciones para un intenso desarrollo. De hecho, los productos griegos se esparcían por el mundo oriental, y no precisamente por Jonia, que llevaba una vida lánguida después de la sublevación, pero sí por Siro-Fenicia y Egipto, donde Al-Mina y Naucratis rebosaban de vasos atenienses. Atenas era la sucesora de Mileto en el Ponto y la de Eubea en Calcídica. En Occidente, las relaciones seguían siendo intensas con Silicia y el Adriático. En cambio, las cerámicas áticas eran muy raras en toda la cuenca occidental

del Mediterráneo, en regiones que, no obstante, habían sido alcanzadas repetidamente desde 550: Etruria, Galia, Iberia y África (fig. 50).

Las razones de esta ruptura no son nada claras, y un fenómeno tan general no puede explicarse únicamente por las razones particulares que se han aducido a veces, verbigracia, por el puritanismo que hizo su aparición en Cartago después de Himera, en un momento en que se sentía amenazada por el helenismo (G. Picard). Recientemente se ha sugerido (G. Vallet) que sería mejor pensar en las nuevas condi-

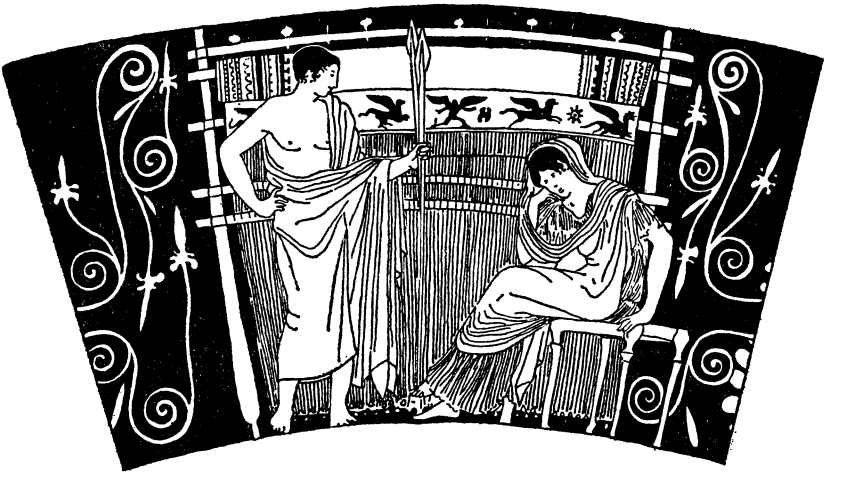


FIG. 50. Penélope conversa con el pretendiente Antinoo ante su telar. *Scifos* de Chiusi (Etruria). Museo de Chiusi

ciones introducidas por el imperialismo. No se trataba tanto de producir y vender, como en el período 550-480 en que se desarrolló una política de lucro y de bloqueo. En lo sucesivo, los atenienses serán lo bastante ricos gracias a las rentas del imperio y de las minas del Laurión, y no tendrán necesidad de ampliar su negocio a toda costa. Voluntariamente renunciaron a los mercados occidentales, en los que sólo podían explotar una situación ya adquirida, para desarrollar sus esfuerzos en el fondo del Adriático y en el Ponto, que permitían el aprovisionamiento de cereales a bajo precio. El imperialismo no era, pues, un estímulo a la vida de relaciones, como se ha admitido durante mucho tiempo; más bien frenó el mercantilismo puro que hasta entonces había regido el progreso del comercio, lo cual llevó a abandonar ciertos mercados y proteger otros.

4. EL IRREDUCTIBLE MUNDO GRIEGO

El mundo griego no poseía aquella rica variedad de la época arcaica. El triunfo de Atenas ensombreció algunas ciudades que poco antes gozaban de prosperidad, como Calcis, Megara, Egina e incluso Corinto. Bastarán unas rápidas pinceladas para evocar las ciudades que permanecían activas escapando a la influencia de Atenas.

El Asia Menor, arruinada ya por la represión de la revuelta jónica, cayó después bajo la estrecha dependencia de Atenas. Excepto en la Propóntide y en el extremo sur en Faselis, carecía de toda actividad económica. Mileto, tan opulenta poco antes, pagó el mismo tributo que otras ciudades modestas. Sólo era mencionada por su hermosa reconstrucción en forma de damero, obra de Hipodamos, o por haber sido la cuna de Aspasia. Deberemos aguardar al siglo IV para que Jonia se sacuda lentamente un letargo de casi cien años.

Sin embargo, advirtamos que el helenismo progresaba en Anatolia y, especialmente, en Licia. En Xantos, los dinastas levantaron extraños monumentos funerarios, en los que era clara la aportación del arte griego (y, más específicamente, jónico), pero que conservaban una gran parte de elementos locales. Hacia 450, un sarcófago muestra un león y una esfinge de tipo oriental, pero también un banquete de heroización. Durante la guerra del Peloponeso, un pilar funerario —monumento típicamente indígena— presenta un rey sobre un trono de leones; pero la decoración es tan libre, que, sin lugar a dudas, traduce la influencia de los maestros del Partenón. Hacia 400, el famoso monumento de las Nereidas ofrece el primer ejemplo de un templo-tumba, de exuberante decoración esculpida, dentro del gusto jónico. En los intercolumnios se hallan representadas las Nereidas, graciosas conductoras del alma hacia sus destinos de ultratumba, y cuatro frisos («Amazonas», batallas, desfiles de tributarios, banquete funerario) que exaltan, no sin un virtuosismo técnico muy «fin de siglo», la vida terrena del monarca o su apoteosis celestial. Por estos mismos momentos (y siempre en Licia), en Trisa, un recinto funerario decora sus muros con frisos cuya extensión rebasa los 100 m. y que contienen, en dos registros, cerca de 600 personajes. Se comprueba allí el mismo sincretismo: flexibilidad del arte jónico e inspiración indígena, en relación, sin duda, con cultos muy antiguos.

Inmovilismo del Peloponeso

Esparta conservó la hegemonía en el Peloponeso a través de la liga peloponésica, cuya eficacia se había comprobado y que se hallaba reforzada gracias al encuadramiento de los contingentes aliados por oficiales espartanos. Pero debía hacer frente a movimientos democráticos que transformaban, bajo la influencia de Temístocles, no sólo Argos, su enemiga tradicional, que aceptó una constitución semejante a la de Atenas (con tribus, asamblea del pueblo, *bulé*, estrategas y tribunal popular), sino también Estados sometidos a su autoridad, como la Élida o Mantinea, en Arcadia. Fuera de la península, renunció deliberadamente a ponerse al frente de los griegos, por temor a expediciones lejanas, que pondrían en peligro el frágil equilibrio de su constitución «licurgiana».

Esta constitución subsistió sin cambio alguno, hecho tanto más insólito en una Grecia cuya evolución era tan rápida. En su conflicto con el rey Pausanias, los éforos impusieron definitivamente su autoridad. Pero los ilotas seguían siendo una amenaza, y así lo demostraron en 464, después de un temblor de tierra que causó 20 000 víctimas y dejó sólo cinco casas en pie. Organizados en bandas, habrían conseguido librarse de sus amos sin la enérgica acción del rey Arquidamos,

FIG. 51. Deméter, sentada ante un altar, sostiene sus atributos ordinarios (antorcha, adormideras, espigas de trigo). Plato corintio, siglo v. Atenas, Museo nacional

que levantó la voz de alarma entre los ciudadanos. Pero lograron sublevar a las ciudades periecas de Mesenia: vencidos en batalla campal, los insurrectos se retiraron al Ítomo, y Esparta hubo de acudir a los atenienses para aplastar duramente la revuelta.

La civilización espartana seguía siendo pobre. Los «cincuenta años» de la grandeza de Atenas fueron los del hundimiento de Esparta. Los enviados corintios lo dicen sin ambages (en Tucídides, 1, 69), la víspera del conflicto que asistirá al resurgir del poder espartano: «Los lacedemonios viven de acuerdo con principios anticuados; carecen de todo espíritu de empresa ante rivales que sólo piensan en organizar empresas. Es radical el contraste con los atenienses, lo cual supone una desventaja para los espartanos, si se tiene en cuenta no la moralidad política, sino los resultados conseguidos».

Poca vida existía fuera de Esparta en un Peloponeso que rechazaba en bloque toda vida intelectual. No obstante, la Élida despertó de su letargo rural, y en 472 se fundó la ciudad de Elis; el santuario de Olimpia conservóse como uno de los más puros hogares del helenismo dórico. Mantinea realizó un sinecismo de sus aldeas. Argos se agitó para escapar a la influencia de Esparta y conservó, como Sicione, una

excelente escuela de broncistas. Corinto, que permanecía esencialmente mercantil y que apenas participó en las guerras médicas, vio cómo Atenas se apoderaba de todos sus mercados. Declinó el esplendor de sus fábricas de cerámica, y las excavaciones americanas han demostrado el empobrecimiento general de la ciudad durante el siglo V (figura 51)

Grecia continental

No fue más brillante la vida de la Grecia continental, y durante mucho tiempo hubo de soportar la vergüenza de su equívoca conducta de alianza con los persas.

Sin embargo, en la historia de Macedonia, el siglo V fue la época capital en que se constituyó como estado fuerte, bajo la autoridad de reyes enérgicos: Alejandro I, Pérdicas II y Arquelao. Los monarcas se imponían a sus grandes vasallos y restringían las acuñaciones locales de moneda. Practicaban una hábil política, si no escrupulosa, al menos de equilibrio entre las ambiciones rivales de Esparta y Atenas. Sobre todo Arquelao mostróse como un gran organizador, trasladó la capital de Ege a Pela y «perfeccionó todas las ramas del servicio público» (Tucídides, 2, 100). Al mismo tiempo, aquellos monarcas intentaron ser reconocidos definitivamente como griegos. Alejandro se hizo admitir en los juegos olímpicos. Los hombres de letras (Píndaro, Herodoto, Timoteo, Querilo, Agatón, Eurípides) reuníanse en su corte, donde eran calurosamente acogidos.

Tesalia vio decrecer su prestigio a medida que se debilitaba la autoridad del poder central. Hubo largos períodos sin tago, las ciudades se desarrollaban y emancipaban, y los tetrarcas nombrados por el tago fueron sustituidos por polemacos, elegidos por la asamblea federal. Se ha podido hablar de un profundo golpe al sistema social tradicional, que se traduciría, en 457, en la emancipación de los penestes.

La confederación beocia disolvióse en 479 para castigar a Tebas por haber combatido al lado de Persia. En 447 se reorganizó bajo la influencia de un legislador oligárquico que, a base de muchos fragmentos, creó una constitución basada en un sabio equilibrio numérico, derivación aristocrática de la constitución democrática de Clístenes. En cada una de las diez ciudades, cuatro consejos *(bulai)* comprendían, exclusivamente, a los ciudadanos activos, es decir, que pagaban la cuota del hoplita. Estas ciudades formaron once unidades —Tebas poseía cuatro, mientras que las ciudades pequeñas se agrupaban en número de tres para constituir una—, cada una de las cuales elegía un beotarca y sesenta buleutas. El gobierno central quedaba así integrado por once beotarcas, que poseían amplias prerrogativas, y por una *bulé* de 660 miembros, dividida también en cuatro secciones que, alternativamente, gobernaban una cuarta parte del año. Poderosa organización, en la que Tebas gozaba de una autoridad indiscutible, y cuya inspiración aristocrática era innegable, puesto que había ciudadanos pasivos, que tenían sólo derechos civiles. Pero, comparada con Esparta, era una aristocracia moderada, y, por otra parte, debilitada por la existencia de un fuerte partido democrático, que reclamaba la ampliación del cuerpo cívico y que, a menudo, intrigaba con Atenas.

Tiranías y democracias en Occidente

Frente a una Grecia que, aparte Atenas, casi no se renovó, Occidente se hallaba en pleno progreso. Los comienzos del siglo asistieron, en la mayoría de ciudades, a un nuevo resurgir de la tiranía. Descendiente de la gran familia de los Deinoménidas, que detentó, en Gela, el cargo de hierofante de Deméter y Coré, después de haberse hecho famoso como maestro de caballería, Gelón se impuso primero

FIG. 52. Perseo. Crátera de fondo blanco, de la necrópolis de Agrigento, siglo V

en su patria, y luego en Siracusa, con el apoyo de la aristocracia, que dio a su tiranía un carácter muy distinto de las del arcaísmo. Le sucedió su hermano Hierón. Sostenidos ambos por grandes victorias sobre los bárbaros (Himera sobre los cartagineses, Cumas sobre los etruscos), apoyándose en numerosos mercenarios que tenían su guarnición cerca de Siracusa, rodeados de amigos, a menudo nobles, impusieron una pesada autoridad, sin atender apenas al pueblo. Seguros por las alianzas matrimoniales con Terón de Agrigento y Anaxilas de Region, pusieron poco a poco bajo su hegemonía a toda la Sicilia oriental.

Con habilidad lograron acrecentar su prestigio, siguiendo no sólo un procedimiento desde entonces tradicional, o sea, la política de grandes obras públicas, sino participando también en los juegos panhelénicos, confiando a los más grandes poetas (Píndaro, Baquílides) el encargo de cantar su gloria, cubriendo de exvotos los santuarios de

Grecia, atrayendo a su corte a Epicarmo, padre de la comedia, o a Esquilo, que representó por vez primera los *Persas* en Siracusa y fue enterrado en Gela.

Hacia 465, los tiranos fueron expulsados de la mayoría de las ciudades, sin duda porque la presión de los cartagineses había disminuido notablemente después de Himera y había menos necesidad de hombres fuertes. El último de los Deinoménidas, Trasíbulo, tuvo que exiliarse (466). La situación fue confusa durante mucho tiempo, tanto más porque había que resolver el problema de los mercenarios, antiguos sostenes de los tiranos, que será uno de los puntos negros del mundo siciliano. Finalmente, se instauró en Siracusa una moderada democracia, que se procuró una nueva constitución en la que el consejo *(Bula)* y los magistrados equilibraron mejor que en Atenas la asamblea del pueblo. Para evitar las tentaciones de los candidatos a la tiranía se instituyó el petalismo, imitación del ostracismo ateniense.

Las disensiones entre las ciudades permanecían vivas. Siracusa, que perdió momentáneamente su imperio con la caída de los tiranos, sometió de nuevo a Agrigento y se convirtió, con mucho, en la ciudad más importante. En dos etapas (427 y 416) atacó a los aliados de Atenas, Leontinoi y Segesta, lo cual desencadenó la desastrosa intervención de Atenas. Pero los cartagineses aprovecharon estas discordias para reanudar su ofensiva, bajo la dirección de Himilcón, nieto del vencido en Himeria: Selinonte, Himera y Agrigento fueron ocupadas y destruidas (409-406). Y de nuevo se impuso la necesidad de recurrir a un tirano: desde 405, Dionisio el Viejo fue el dueño indiscutible de Siracusa.

Apogeo del Occidente griego

Las ciudades se desarrollaban considerablemente: Siracusa debía de contar con 200 000 habitantes, y Agrigento, con 100 000. El plano en forma de damero que se introdujo en Sicilia sólo en la época helenística, se impuso en la Magna Grecia desde el siglo v (Posidonia, Turioi, Partenopea, que se engrandeció hasta el punto de tomar el nuevo nombre de Neápolis). Se construyeron bellos conjuntos de templos, con un agudo sentido del valor de las masas monumentales dentro del paisaje urbano. Selinonte añadió cinco templos a sus dos acrópolis vecinas, entre ellos, el colosal «Templo G». Agrigento erigió los suyos en una suntuosa explanada que dominaba el gigantesco Olimpeion, todavía inacabado en 406, a pesar de los ochenta años de esfuerzo. Posidonia enriqueció su recinto sagrado con el admirable «Templo de Neptuno» (en realidad, un heraion), el más docto de los santuarios de Occidente. Los Deinoménidas dotaron a Siracusa de un opulento Atenaion, en la cumbre de la colina Ortigia. Hasta los elimos construyeron en su capital, Segesta, un templo a la manera griega, que atestigua la influencia helénica sobre los bárbaros del Oeste. Por doquier hallamos el aplastante triunfo del dórico, matizado, a menudo, por elementos tomados del jónico.

Florecían todas las artes (lám. 17). Los talleres de escultura producían verdaderas obras maestras, sobre todo en Region (con Pitágoras), Locres y Selinonte. La coroplastia popularizó a bajo precio sus creaciones: todos los santuarios rebosaban de exvotos de terracota; a partir de 510, Locres, bajo la influencia de inmigrados jonios, fabricó abundantes tablillas policromadas, de maravillosa finura, que dedicó a

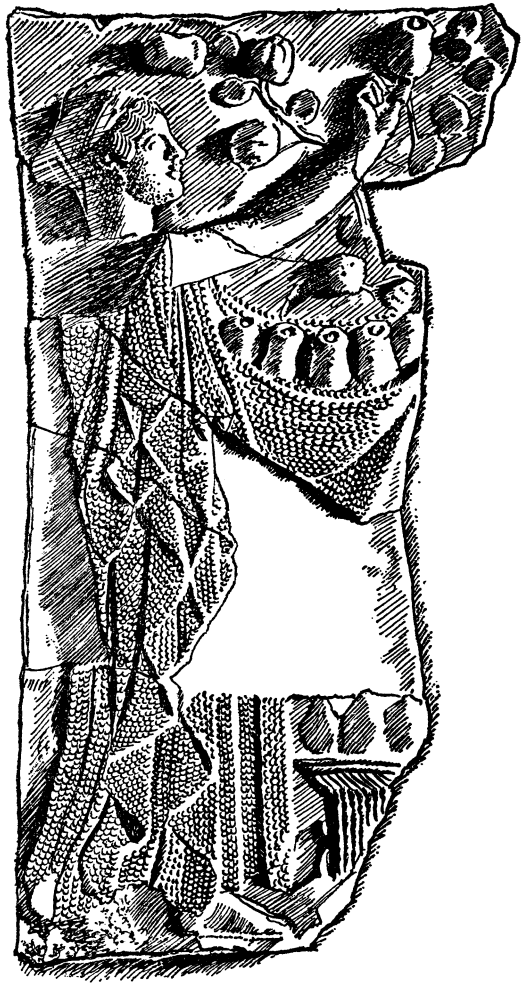


FIG. 53. La recogida de los membrillos y las granadas para la pareja nupcial. *Pinax* de terracota de Locres, comienzos del siglo v

su templo de Perséfone (fig. 53 y lám. 18). La cerámica de figuras rojas apareció en Italia con la fundación de Turioi, desde finales de siglo fue ligada a representaciones humorísticas o paródicas, de acuerdo con el realismo occidental. Ninguna ciudad griega produjo tan bellas monedas como las de Sicilia (lám. 20), en particular Siracusa (sobre todo los Demareteia, donde la ninfa Aretusa está representada con los rasgos de la mujer de Gelón). La comedia se dio a conocer con Epicarmo, y el pueblo se apasionó con las representaciones teatrales. Otra prueba del gusto de los sicilianos por la palabra: el nacimiento de la retórica judicial con Córax y Tisias y de la sofística con Gorgias de Leontinoi.

Pese a una indiscutible pasión por la vida, que se traducía en el gusto por la risa y la palabra, un punzante sentido del destino humano oprimió a los griegos de Occidente. En todas partes triunfaban los cultos ctónicos, tomados a menudo de los indígenas y helenizados por asimilación de sus diosas con Deméter, Hera, Perséfone e incluso Afrodita. Fue magnífica la difusión del pitagorismo, sobre todo en la Magna Grecia.

El helenismo de los confines

Las otras creaciones coloniales del helenismo clásico son muy pobres comparadas con las de Italia o Sicilia.

Marsella fue debilitándose, y su comercio quedó sensiblemente reducido, quizás a causa de las transformaciones del mundo céltico después del tránsito de la cultura de Hallstatt a la cultura de La Tène y de las modificaciones que se produjeron en los caminos tradicionales del comercio del estaño. Pero, en España, Emporion siguió en plena actividad. Finalmente, la escultura ibérica conoció, bajo la influencia griega, un verdadero desarrollo, que, por otra parte, quedó rezagado por la imitación de motivos arcaicos, tanto de temas animales, que eran los más importantes (grifos, leones, toros androcéfalos, bichas) como de representaciones humanas (corés, guerreros con cimeras, diosas sentadas).

Cirene siguió siendo dirigida por los Batiadas, reyes que en realidad eran tiranos y que, hasta 480, se acomodaron bajo la soberanía persa. El último de ellos, Arcesilao IV, fue ensalzado por Píndaro en dos *Píticas*. La monarquía se hundió hacia 440, después de doscientos años de existencia, y le sucedió una democracia, dificultada a menudo por luchas intestinas.

Las colonias fundadas en el Ponto durante el arcaísmo alcanzaron un gran desarrollo en los siglos v y iv. Algunas colonizaron a su vez: Heraclea del Ponto fundó, en 422, Quersonesos, que pronto dominó un inmenso territorio y se convirtió en una de las ciudades más prósperas de Crimea; las pequeñas aglomeraciones se multiplicaron a ambas orillas del estrecho de Kertsch. Pero el hecho más importante fue la creación, en 480, del reino del Bósforo cimerio, que reunió a muchas ciudades en torno a la capital, Panticapea, con objeto de conseguir una defensa más firme contra los bárbaros, y que no dejó de crecer con la anexión de nuevas ciudades griegas, como Teodosia y los territorios indígenas de los sindos y los tauros. Se protegió contra eventuales invasiones levantando murallas reforzadas por un foso, y que atravesaban de parte a parte la península mayótica.

Vemos, pues, aparecer una estrecha simbiosis entre ciudades griegas y *khora* bárbara, que, desde la época clásica, prefigurará lo que sucedería en Oriente con la conquista de Alejandro.

Las ciudades, circuidas por sólidas murallas en los siglos v y iv, se extendieron considerablemente (Tanais, hasta 40 Ha; Quersonesos, 38; Olbia, 33) y se embellecieron. Casi en todas partes se acuñaba moneda. La base del comercio lo constituían el trigo, almacenado en vastos silos y en grandes *pithoi*, y el pescado salado, conservado en fosos de salmuera.

La única novedad consistió en que Atenas había sustituido a Mileto y se interesaba cada vez más en el comercio con la Póntide.

Los bárbaros del interior proseguían su helenización, como lo atestiguan, por ejemplo, las excavaciones realizadas en las pequeñas aglomeraciones agrícolas de los valles bajos del Kubán y del Don, donde son numerosos los hallazgos de cerámica griega. Pero Crimea y sus accesos seguían habitados por poblaciones muy rudas (mayotas, sindos, tauros), emparentadas, sin duda, con los antiguos cimerios, que se contentaban con objetos griegos ordinarios, sobre todo vasijas, importados o fabricados en el mismo lugar. Los escitas de las estepas del litoral Norte eran, en cambio,

FIG. 54. Gorgona. Calcedonia de los primeros decenios del siglo v, hallada en una tumba de fines del v, cerca de Kertsch (Crimea)

muy refinados. Los *tumuli* de sus jefes (kurganas) cubrían tumbas con saledizo, probablemente construidas por albañiles griegos, repletas no sólo de arcos, flechas, caballos sacrificados a la muerte de su dueño, sino también obras maestras de toréutica helénica: grandes vasijas, espejos, brazaletes, entallos, collares, placas destinadas a realzar los vestidos o los arreos, revestimientos de aljabas. Son las famosas «antigüedades del Bósforo cimerio», que, descubiertas el siglo pasado, despertaron la justificada admiración de toda Europa (figs. 54 y 55).

Las escenas representadas casi siempre son puramente griegas: así, en una tumba de Kul Oba, un admirable Juicio de Paris sobre un marfil, Tetis y Peleo en un brazalete de oro; en un carcaj de Chertomlyk, Aquiles en Esciros, de un arte típicamente jónico. Pero también se encuentran representaciones que pintan a lo vivo a los nómadas escitas con sus vestiduras, sus armas, sus ocupaciones hípicas o guerreras, su modo de vida propio.

Así, desde el siglo VI, pero más aún en la época clásica, artistas griegos producían en las colonias pónticas obras fabricadas por encargo de clientes indígenas. Estos contactos intensificaron en Escitia la evolución social: el poder de los jefes de tribu, saturados de helenismo y enriquecidos por el tráfico con los griegos, reforzóse considerablemente.

En resumen, nada comparable a la Nueva Grecia de Occidente. Herodoto, que nos dejó interesantes relatos escíticos en su libro 4, sentía pasión por una Póntide aún bárbara, donde encontraba motivos con que satisfacer su afán de exotismo. De hecho, la civilización era pobre: si la toréutica, que se vendía bien entre los indígenas, producía obras maestras, la escultura no existía prácticamente, lo cual diferenciaba a la Póntide del resto del mundo griego. Se conservaban los

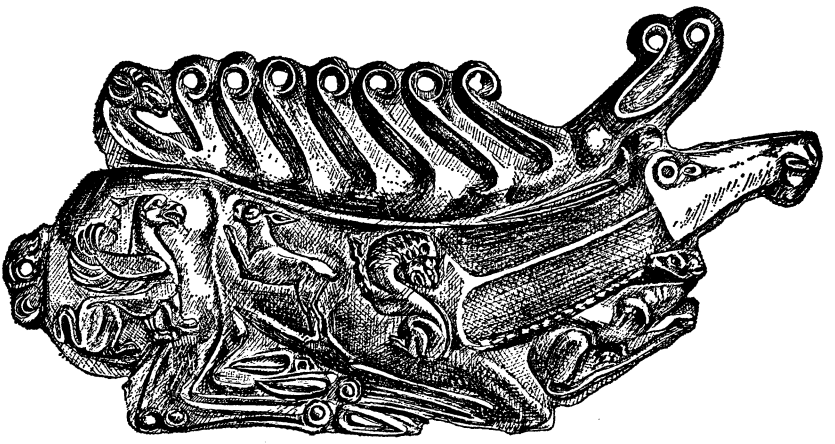
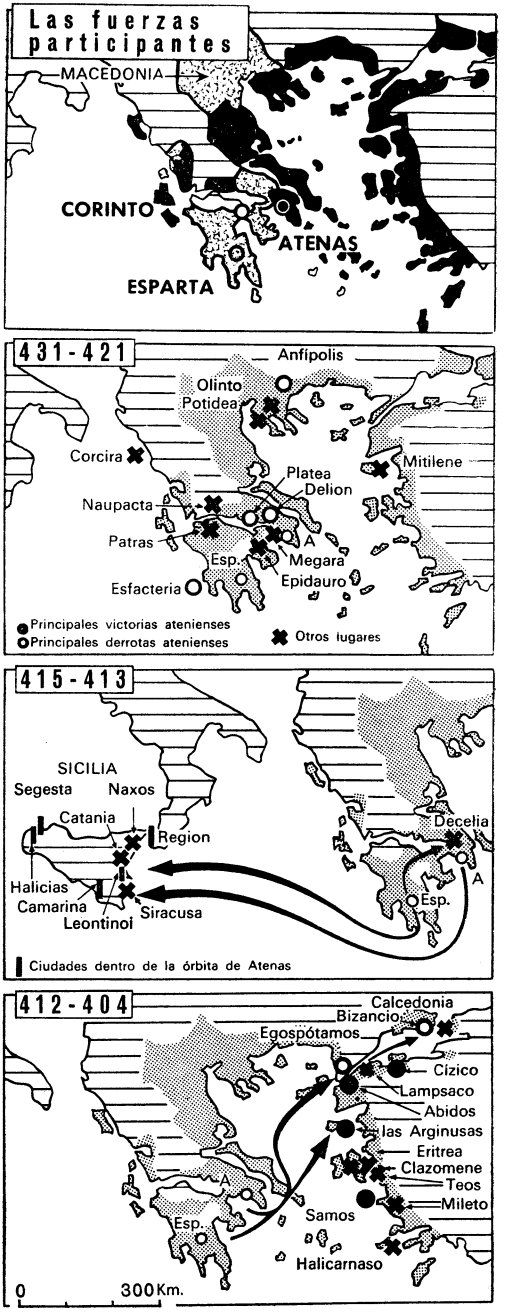


FIG. 55. Ciervo en oro cincelado, *ombos* de un escudo de lujo. Obra griega del siglo v encontrada en una tumba de un jefe escita, en Kul Oba (Crimea). Leningrado, Museo del Ermitage

gustos tradicionales —y esto es particularmente visible en la larga supervivencia de la cerámica de figuras negras—, como ocurría con frecuencia en las sociedades coloniales. Pero no debemos subestimar la importancia de aquellas colonias que, valientemente arraigadas en la ribera, bajo un clima que los griegos consideraban riguroso, siguieron transportando hacia Grecia el trigo y las riquezas de Escitia, y permitieron, por lo menos, una helenización parcial de las estepas de la Rusia meridional.

5. GUERRA DEL PELOPONESO (431-404)

En 431 estalló otro conflicto entre Atenas y los peloponesios. Aparentemente era sólo la continuación de la lucha que, en 446, había finalizado con una insegura paz. Pero, de hecho, la atmósfera cambió por completo: el éxito y el orgullo de los atenienses exasperaba a las



MAPA 14. La guerra del Peloponeso

ciudades que se habían mantenido independientes. Se iniciaba una lucha a muerte, una interminable lucha de casi treinta años, en la que cada uno llevó sus energías a extremos desesperados: se calcula que Atenas movilizó el 29 % de su población (en los tiempos modernos, guerras revolucionarias: 3 %; guerra de 1914-1918: 10 %). No puede extrañarnos que Atenas quedara destrozada para siempre.

No obstante, Atenas sentíase segura de sí misma, y, lejos de obrar con la más elemental prudencia, Pericles parecía resuelto a provocar la prueba de fuerza, para aprovechar los indudables éxitos que había obtenido en los últimos decenios. Los dos primeros incidentes (asuntos de Corcira y Potidea) la enfrentaron directamente a Corinto, la única ciudad que logró eclipsar el triunfo económico de su rival. Luego provocó a Megara con un intolerable decreto que la condenaba a la asfixia, al cerrarle los mercados del imperio. En un congreso de la liga peloponésica, reunido en Esparta, la guerra quedó virtualmente decidida por la enérgica petición de los corintios. Pero Tucídides subraya que la «verdadera causa» del conflicto hay que buscarla en el choque del imperialismo intransigente de Atenas contra la voluntad de independencia y los intereses comerciales de algunas grandes ciudades que permanecieron autónomas.

Desarrollo de la guerra

Los primeros años de la guerra quedaron marcados por los éxitos de los peloponesios en el Ática, cuyas incursiones arruinaron la agricultura y provocaron el éxodo masivo de campesinos, que buscaban refugio entre los Largos Muros, y por las expediciones victoriosas de los atenienses contra las costas peloponésicas, sobre todo, en Esfacteria, donde los espartanos capitularon en 425. Una epidemia de peste procedente de Egipto arrasó Atenas y acabó con Pericles (429), el cual no tuvo sucesores dignos de él ni en el demagogo extremista Cleón ni en el acaudalado moderado Nicias. La sublevación de Mitilene fue duramente castigada, pero las expediciones del espartano Brasidas en Tracia hicieron tambalear el imperio en el Norte. Un inmenso cansancio se apoderó de los beligerantes, de lo cual dan testimonio, por lo que se refiere a Atenas, las comedias de Aristófanes. Facilitadas por la muerte de Cleón y Brásidas ante Anfípolis, las negociaciones desembocaron lentamente en la paz de Nicias (421), por la que se decidió volver al *statu quo antea* (mapa 14).

Después de seis años, durante los cuales continuó la agitación en Grecia, los atenienses recibieron una petición de ayuda por parte de Segesta contra Siracusa (415). Fue la inesperada ocasión de extender el imperio en Occidente. Ebrios de imperialismo, los atenienses, en un rapto de locura, decidieron enviar una expedición a Sicilia. Prefirieron,

a la moderación de Nicias, las seducciones de Alcibíades, joven aristócrata al que la fortuna había colmado de todos sus dones y en quien ellos creían encontrar el prestigio de su tutor Pericles. Pero desde el principio, la empresa se presentó con malos auspicios. Odiosos sacrílegos mutilaban los hermes de las encrucijadas y parodiaban los misterios de Eleusis; Alcibíades, comprometido y enviado a Atenas para ser juzgado, prefirió huir y hacer traición, con lo cual inauguró una lamentable política de egoísmo, que tendrá fatales consecuencias para su patria. En dos años, los atenienses sufrieron terribles desastres ante la asediada Siracusa, que se defendió valientemente con ayuda de los espartanos. La lúgubre derrota del Asinaros (413) llevó aparejada la muerte de casi todos los soldados de la expedición, muertos o destinados a morir en cautividad en las siniestras latomías de Siracusa. Los generales atenienses, entre ellos Nicias, fueron ejecutados, y 12 000 ciudadanos desaparecieron, lo cual representó un empobrecimiento definitivo del potencial humano de Atenas.

Atenas se hallaba perdida, pero aún logró sostenerse nueve años con ayuda de Alcibíades, que había recuperado el favor de sus conciudadanos. Hubo de luchar contra las deserciones de una parte del imperio (sobre todo de Jonia), contra las querellas internas (los aristócratas se impusieron de manera efímera en 411), contra Esparta, que se había reforzado gracias a su vergonzosa alianza con el Gran Rey, a quien vendió los griegos de Asia a cambio de una ayuda monetaria, y que, finalmente, encontró un auténtico caudillo en el nearca Lisandro. Victoriosa aún en las islas Arginusas en 406, fue vencida en Egos Pótamos en 405. Todo el imperio se hundió de golpe, excepto Samos, y, en 404, Lisandro hizo su entrada en el Pireo. Atenas vivió entonces la peor humillación de su historia: satisfecha aún por haber podido escapar a la destrucción total deseada por los tebanos, que trataban de arrasarla y reducirla a campo de pasto, hubo de entregar sus embarcaciones, demoler sus fortificaciones, renunciar al imperio.

He aquí un siglo de esfuerzos y éxitos aniquilado, aniquilado para siempre, pues nunca más volverá a encontrar su ardor, fundamento de su poderío.

Subversión política y social

Esta guerra total desquició todas las estructuras. La agricultura quedó arruinada durante mucho tiempo a causa de las primeras incursiones de los peloponesios, que no vacilaron en cortar los olivos y arrancar las vides. Los campesinos, desarraigados por el éxodo hacia la ciudad, no pudieron readaptarse bien a sus tierras devastadas. Humillados y arrastrando una vida mezquina, apenas se movían para parti-

cipar en las sesiones de la *Ekklesía*, que, por ello, tomó color cada vez más ciudadano, y en la que echaba de menos el elemento ponderador representado por los rurales. Derrumbóse todo el equilibrio de Pericles, basado en esta concordancia de los intereses del *demos* campesino y el *demos* urbano.

En la ciudad, la situación era aparentemente menos dramática. Atenas se mantuvo durante mucho tiempo como dueña indiscutible de los mares, y su comercio siguió floreciente. El aristócrata anónimo autor de la *República de los atenienses* (hacia 420) comprueba que «todos los buenos productos de Sicilia e Italia, Chipre, Egipto, Lidia, Ponto,

FIG. 56. Escena de gineceo: tres jóvenes en el baño. *Stamnos* ático de figuras rojas, época de Pericles

Peloponeso, y de cualquier país, todos afluyen a un punto gracias al imperio del mar: únicamente los griegos tienen posibilidad de procurarse las riquezas de los griegos y de los bárbaros» (2, 7 y 11). Se siguió percibiendo el tributo y, además, sensiblemente agravado. Pero la guerra era cara, y cada año los ciudadanos eran movilizados para campañas muchas veces lejanas. Toda la vida tradicional desapareció: las procesiones y muchas ceremonias religiosas quedaron interrumpidas; había que distribuir trigo, aumentar los *misthoi* —los heliastas contribuyeron con 3 óbolos en vez de 2 desde 425—, no sólo porque los demagogos habían de halagar al pueblo maltratado por tantas privaciones y tantos duelos, sino porque la vida se hacía cada vez más dura. Por otra parte, el civismo reducíase en proporciones inquietantes: el desarrollo del individualismo fue consecuencia de desdichas públicas y privadas, así como de la predicación de sofistas, que encontraban un terreno abonado en una Atenas minada por la guerra.

De hecho, el interminable conflicto no era, ni mucho menos, la única causa de la crisis que sacudía peligrosamente a Atenas hasta sus cimientos. El equilibrio del período anterior se basaba en una ciega sumisión de los intereses del ciudadano a los de la ciudad. El nuevo individualismo resultó, en parte, de una intensificación de las necesidades de la conciencia y engendró, en el plano literario y artístico, por ejemplo, grandes creaciones. La perturbación de la sociedad tuvo, además, felices consecuencias: las mujeres, hasta entonces mantenidas muy aparte, se emanciparon al amparo de las duras necesidades de la guerra, que las privaba a menudo de sus padres y de sus maridos, retenidos lejos en campaña, y las obligaba a asumir pesadas responsabilidades; además, con ello se desarrollaron los sentimientos familiares. Como prueba tenemos los vasos que, frente a temas masculinos y crudamente pederásticos —los únicos estimados desde 530 a 450—, preferían escenas en las que intervenían mujeres y niños, en una atmósfera a menudo sentimental (partida del guerrero, por ejemplo) (fig. 56).

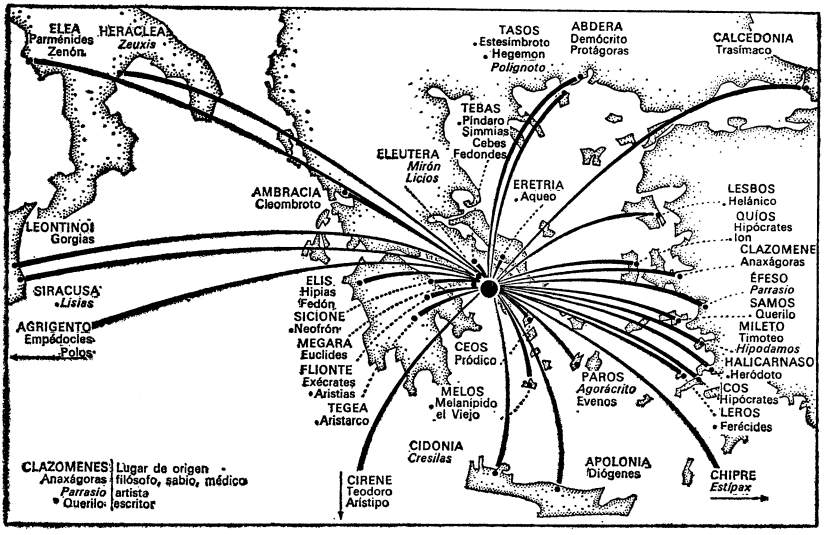
Pero este nuevo respecto a los derechos del individuo no era compatible con la dirección de una guerra imperialista. Pericles había impuesto la hegemonía de Atenas porque toda la ciudad permanecía unida en torno a él con una fuerte cohesión. Los hombres políticos que le sucedieron —¿cómo no pensar en Alcibíades?— fueron los primeros en mostrar el ejemplo de la indiciplina y del egoísmo. La ciudad se hundió en 404 por no haber sabido escoger entre la vida relativamente austera del poder, que suponía el sacrificio de todos a la causa común, y la vida del armonioso desarrollo de cada ciudadano.

capítulo II

El siglo de Pericles o el siglo de las luces

La historia política del siglo v nos dice que Atenas jamás consiguió eliminar a sus rivales y que, finalmente, sucumbió bajo sus golpes. No obstante, y pese a las durezas e inconsecuencias de un imperialismo que condenamos no sólo a causa de su fracaso, la ciudad de Palas fue el eje de una civilización que se mantuvo como una de las mejores consecuciones del espíritu humano. En Atenas se reunían todos los griegos que, en las distintas actividades del espíritu, sentíanse dotados de algún poder creador; en Atenas, la historia o los géneros dramáticos adquirieron su forma definitiva; en Atenas se elaboró un arte cuya tranquila nobleza habría de imponerse a la admiración y a la imitación (mapa 15). La Acrópolis, que abandonara un día Atenea y en la que fueron honrados, sucesivamente, Jesús y Alá, siguió siendo el lugar al que iban a suplicar todos cuantos no desesperaban del hombre. De hecho, existía un sutil, pero claro vínculo, entre el cuadro urbano, ordenado alrededor de la colina sagrada, el fresco tan humano de Herodoto, la tragedia sofóclea de las serenas rebeliones, la desenfrenada risa de Aristófanes, los dioses olímpicos de Fidias, el agudo grafismo de los alfareros del Cerámico y el «demoníaco» Sócrates. Y, en el centro de todo, un humanismo que, sin agotarlo, resumía la famosa máxima de Protágoras: «El hombre es la medida de todas las cosas, del ser que ellas son, del no ser que ellas no son».

Esta sinfonía se desarrolló en tres movimientos, correspondientes a tres generaciones. En la época de los combatientes de Maratón y de Salamina, una nueva Grecia surgió bruscamente de las ruinas acumuladas por las guerras médicas, herida aún pero que imponía ya el triunfo de un clasicismo. El apogeo de Pericles tradujo la euritmia de un mundo



MAPA 15. El poder de atracción de Atenas en el siglo V

que había conseguido un efímero equilibrio. La guerra del Peloponeso reactualizó todas las inquietudes, pero esta crisis incluso favoreció las creaciones más fecundas. Esquilo, Sófocles y Eurípides parecen resumir esta evolución.

1. LA GENERACIÓN DE LOS COMBATIENTES DE MARATÓN Y LA SEVERIDAD DEL PRECLASICISMO

La característica más notoria de la primera generación fue la severidad. Se habla con frecuencia de «estilo severo» a propósito de las creaciones de la plástica o de la cerámica del primer cuarto del siglo, expresión que tiene también validez para la literatura contemporánea. El helenismo se desprendió sólo lentamente de la terrible prueba durante la cual, para subsistir, tuvo que profundizar las fuentes de sus convicciones y buscar nuevas razones para creer en su destino y en sus dioses.

La transición fue más o menos rápida, según los géneros, y no hemos de creer que las guerras médicas den razón de un movimiento anterior a las mismas y que, en parte, las explica. Esquilo y Píndaro escribieron antes de 490, y el desarrollo de la cerámica severa de figuras rojas no presenta soluciones de continuidad después de su aparición. La escultura quizá muestre una escisión más clara: distinguimos la aparición bastante brusca, pese a las transiciones, de un preclasicismo que rompe con las tradiciones del arcaísmo maduro. Se trata, en todos los casos, de un nuevo esfuerzo para captar lo absoluto intemporal más que la anécdota, para dar al hombre su dignidad, y una desconocida aspiración hacia el orden y la armonía.

Un nuevo fervor religioso

En los campos de batalla, los griegos sólo pudieron vencer porque los dioses combatían de su parte. Tanto en Maratón como en Salamina, se vio a los héroes del Ática luchar al lado de los atenienses. El fervor religioso, tan característico del comienzo del siglo, se explica por los estrechos lazos que unían a la ciudad y a la religión: el éxito de Atenas fue el triunfo de Atenea y de los Olímpicos. Por otra parte, el olivo sagrado de la Acrópolis, prenda de la alianza entre la diosa y su pueblo, ¿no volvió a brotar inmediatamente después de ser cortado por los persas? Pero si la prueba reveló la asistencia de los dioses, atestigua también el temible carácter de las potencias sobrenaturales. Ferviente, la piedad era también angustiada. Píndaro (*Nemeas*, 6, 1) advierte poderosamente la trascendencia de la divinidad: «Una es la raza de los hombres, y otra la de los dioses». Esquilo vive en un mundo de angustia, donde flota el destino, más poderoso que las mismas divinidades.

No obstante, domina el optimismo. Los dioses no son potencias indiferentes al bien y al mal. Zeus, cuya noble figura gobierna cada vez más el panteón, es, tanto para Píndaro como para Esquilo, el que garantiza la justicia. El hombre puede confiar en él si acepta su destino, si renuncia a la *hybris*, la desmesura, teñida de violencia, que es la negación misma de la condición humana (fig. 57). El teatro de Esquilo desarrolla una idea bastante extraña para nosotros: los mismos dioses han evolucionado. Zeus empezó con las adominables bravatas de un tirano, pero se reconcilió con Prometeo en la última pieza, perdida, de la trilogía de Esquilo. Prometeo ya no es el camastrón de Hesiodo, cuyas astucias se revuelven, finalmente, contra la humanidad, sino un dios de suprema filantropía, que acepta morir por sus protegidos; una prefiguración del Cristo, se ha podido decir sin exageración. Es cierto que el mundo divino era víctima de antagonismos que recordaban los de la ciudad, pero se resolvían armónicamente. La *Orestiada* contiene una admirable lección: las viejas diosas de la venganza, las temibles Erinias,

aquellas perras salvajes que se abrevaban de sangre, convirtiéronse en las Euménides (Bienhechoras), mientras que una nueva generación de Olímpicos, la de Apolo y Atenea impuso una moral basada en la purificación (lám. VI), la contrición, el perdón del culpable penitente. Las

FIG. 57. Artemis y Acteón. Crátera ática de figuras rojas, de estilo severo, atribuida al « maestro de Pan »

teomaquias concluyen con el triunfo de la concordia, y rayos de esperanza iluminaban no sólo al iniciado de Eleusis, sino al ciudadano frente a las deidades poliadas.

Tormentos y grandeza de Esquilo

Se comprende fácilmente que la tragedia se convirtiera en la mejor expresión de un mundo en que lo trágico se había hecho cotidiano. El lirismo personal desapareció, pues los problemas individuales no ocupaban el primer plano. La tragedia se dirigía a todo el *demos*, en una Atenas que elaboraba penosamente la aspiración a la democracia.

Era una tribuna, a la que ni siquiera le estaban vedados los debates de actualidad: la *Toma de Mileto,* de Frínico, hizo llorar al pueblo hasta tal punto, que hubo de ser prohibida; los *Persas* cantaban el triunfo de Atenas; la *Orestiada* planteaba el problema del Areópago y permitía a Esquilo implorar moderación a los dos partidos. Pero su dominio propio era el del mito, en el que los dramas humanos se decantaban y purificaban. Sus héroes, a excepción de *Prometeo,* que introdujo en escena a dioses, eran los héroes de la fábula, príncipes de otro tiempo cuyas patéticas historias representaban, en un plano más elevado, las amarguras del hombre de todos los días.

Ya de entrada, Esquilo llevó este género a su perfección. Hizo de él lo que serían las decoraciones de nuestras catedrales: un fresco en que el hombre se busca y se encuentra. Nacido en Eleusis, a la sombra sosegada del santuario, sólo podía pensar con nobleza de miras. Su verdadero problema era el destino: la fatalidad imponía sus decretos tanto a los dioses como a los hombres. Los dioses eran sus instrumentos; su envidia se excitaba ante toda grandeza; perseguían a aquellos que sólo eran animados por la insolencia, el deseo insensato de alcanzar lo inalcanzable: Prometeo, Agamenón o Jerjes; los cegaban inspirándoles el Extravío fatal (Até), que los convertía en artífices de su propia perdición. Nadie expresó con tanta fuerza como Esquilo la insigne debilidad del ser humano aplastado por fuerzas infinitamente superiores, salvo tal vez, los profetas bíblicos, con quienes Víctor Hugo lo compara justamente. Aún subsistían en él ideas humanas muy antiguas, que la justicia humana rechazaba ya: el crimen era hereditario, la maldición se encarnizaba sobre familias malditas, como los Átridas o los Labdácidas; Eteocles iba al combate empujado «por el viento fatal del odio que Apolo infundió a la raza de Layo». No obstante, también estaba obsesionado por la esperanza de un progreso que, a través de horribles convulsiones, desembocará en el triunfo del orden y la justicia. Y, así, su teatro, que era el de la angustia empujada hasta su paroxismo, de la interminable espera de un drama que se sentía próximo, era también el del apaciguamiento, si no de la paz. La trilogía de *Prometeo* concluía con la reconciliación de Prometeo y de Zeus, cuyo implacable afrontamiento se había visto en el *Prometeo encadenado;* la de la *Orestiada,* con la sumisión de las sanguinarias deidades de otro tiempo a los nuevos dioses, portadores de un mensaje de esperanza.

El abrupto esplendor del estilo correspondía a la elevación del pensamiento. Brillantes imágenes, un prodigioso color, con predominio de oro y sangre, un atrevido vocabulario, que no rechazaba ninguna creación: nada podía expresar mejor el desgarrador afrontamiento del hombre con las Moiras. Más tarde, la tragedia se humanizará, cada vez con más finura conseguirá expresar los matices de la psicología, pero jamás volverá a encontrar aquella altura desesperada y, no obstante, confiada del drama de Esquilo, más apto que cualquier otro para promover «el terror y la piedad», en los que Aristóteles verá los dos resortes esenciales de la acción trágica.

En los momentos en que Esquilo ennoblecía con tanta brillantez la tragedia, la comedia estaba aún dando sus primeros pasos: hasta 486 no se introdujo en los concursos de las Dionisíacas urbanas. Surgida del *komos* y de la farsa megarense, adquirió forma definitiva en Sicilia con Epicarmo, que, según Aristóteles, «le dio un argumento», a imitación de la tragedia, y que desde entonces pudo crear caracteres —se ha conservado el divertido retrato de un parásito— e introducir un pensamiento moral o filosófico —una discusión sobre los dioses parece anunciar ya un diálogo socrático—. Atenas hizo suya esta curiosa mescolanza de bufonada y seriedad.

Últimos resplandores del lirismo aristocrático: Píndaro

Algo más joven que Esquilo, Píndaro representaba, con no menos brillantez, un medio geográfico y político diferente. Este beocio pertenecía a una noble familia cuyas hazañas se hacían remontar a las invasiones dóricas. Fue el cantor de los concursos, en los que se enfrentaba la flor y nata de la juventud helénica. De su variada obra lírica subsisten esencialmente los epinicios, odas triunfales dedicadas a conmemorar a los vencedores de los juegos panhelénicos. Las más hermosas estaban dirigidas a los grandes de este mundo: Terón de Agrigento, Hierón de Siracusa, Arcesilao de Cirene, de los cuales era amigo y comensal y a los que alababa sin servilismo, o sea, no como poeta a sueldo, sino como igual.

El leitmotiv de su obra eran la virtud y la gloria. Los concursos eran pruebas en las que se revelaba en su más alto grado la superioridad individual de un hombre que se esforzaba por ser el mejor, superioridad que, por otra parte, no era más que el reflejo de la excelencia de una raza y de una ciudad. Un ideal claramente aristocrático, quizá de origen dórico, se deduce de estas odas, herencia del arcaísmo, pero que se mantenía bien vivo en el momento en que se elaboraba en Atenas un ideal humano opuesto.

Pero el milagro de Píndaro fue el de elevarse muy por encima del hecho, en el fondo anecdótico, que constituía una victoria agonal. Un hombre corría más rápido que otro en el estadio, un príncipe tenía la suficiente riqueza para criar extraordinarios animales que triunfaban en el hipódromo. Ya era importante que, en el plano humano, estos éxitos fuesen dignos de mérito por sus dolorosos esfuerzos, por su herencia gloriosa, por la nobleza de su ciudad. Pero había mucho más: una insubstancial crónica deportiva se transformaba en una meditación sobre el destino. Los dioses dominaban todos los asuntos humanos, dioses claramente trascendentes, de los cuales sería odioso relatar ciertas trivialidades del mito vulgar, dioses modelos de virtud y de justicia y que parecían fundirse en un dios único y todopoderoso que abrazaba el universo, cuando el poeta escribía: «¿Qué es la divinidad? Es el Todo» (fragmento 23 Puech). El epinicio estaba, pues, animado por un mito que transfiguraba la humilde realidad humana: así, la *Segunda Olímpica,* después de recordar las vicisitudes de prosperidad e infortunio inherentes al destino humano, se eleva en un brusco vuelo y, con un sentido seguramente órfico-pitagórico, Píndaro evoca la suprema felicidad de que disfrutan en las islas de los Bienaventurados las almas escogidas que se han reencarnado tres veces sin contraer mancha alguna.

Los ligámenes con el pasado de una poesía tal son notorios. Último representante glorioso del lirismo coral que se extinguía, a primera vista Píndaro es el incomparable cantor de la vida feliz, de la juventud, del poder, de la gloria, quizá mejor matizado que sus predecesores por la melancolía y el sentimiento de la ternura humana. Por otra parte, sus odas se desarrollan con el mismo rigor ternario de estrofas, antiestrofas y épodos, que apenas disimulan un aparente desorden. Pero también fue el contemporáneo de Esquilo, no sólo por la audacia de sus creaciones verbales, sino por su concepción de un destino todopoderoso y de un mundo divino ideal. Ambos son dignos testimonios, a menudo desgarrados, del alumbramiento de una nueva civilización.

El estilo severo en el arte

El arte no era menos severo. El mundo jónico desempeñó sólo un papel borroso, a causa de las desgracias de Jonia, pero, sobre todo, porque había caducado su gusto por una gracia bulliciosa. Los grandes centros de producción eran Atenas, el Peloponeso y el Occidente, y, por lo menos en los dos últimos casos, el dorismo se expresó con una fuerza austera y sobria, que armonizaba con los rigores de la situación política.

FIG. 58. Joven cabalgando un gallo. Copa ática de figuras rojas, firmada por Epicteto. Castle Ashby (Gran Bretaña).

Podemos asistir a la elaboración del preclasicismo en muchas etapas jalonadas por importantes construcciones. Inmediatamente después de Maratón, Atenas levantó en Delfos un modesto tesoro, cuyas metopas representan las hazañas de Heracles y de Teseo. Si los excesos de algunas musculaturas (Heracles con la cierva) recuerdan el pasado, otras escenas adquieren un nuevo sentido espiritual, como aquella en que Atenea parece proceder, según se ha dicho, a la investidura sagrada del hijo de Egeo. Sin duda entre las dos guerras médicas, los eginetas reconstruyeron un templo para su Afaia, identificada con Atenea. Los frontones reproducen las dos guerras de Troya en torno a una Atenea que domina la lucha, inmóvil en uno, más arcaico, desplegando su égida en el otro. En la disposición de los combatientes —lo bastante hábil para que todo el triángulo quede lleno de personajes en varias posturas— hay más simetría y rigor que unidad, más yuxtaposición que composición. La ejecución es muy cuidada, aunque mezquina y seca, y no renuncia a algunas coqueterías anticuadas, como la famosa «sonrisa eginética», que cruza incluso por los labios de los moribundos.

Más fuerza hallamos ya en las metopas del «templo E» de Selinonte (480-460), sólida construcción, de poderosas columnas, consa-

grado quizás a Dioniso. Se trata de episodios aislados, notables casi siempre por su violencia, como el de Acteón devorado por sus perros, ante la impasible mirada de Artemis, o el de Antíope que Heracles agarra por la cimera de su casco e inmoviliza bajo las poderosas garras de su pie, antes de sacrificarla. Esta brutalidad no extrañaba en el occidente griego, que se mantenía más rústico, más primitivo. Mas no impedía la profunda espiritualidad de otra escena en la que un Zeus infernal abraza a su esposa en un gesto en que se mezclan ternura y deseo, preludio de la hierogamia que fecundará al mundo. Hacia 470, Terón de Agrigento levantó un gigantesco Olimpeion (110 × 55 m.) de extrañas particularidades (medias columnas adosadas al muro en lugar de un

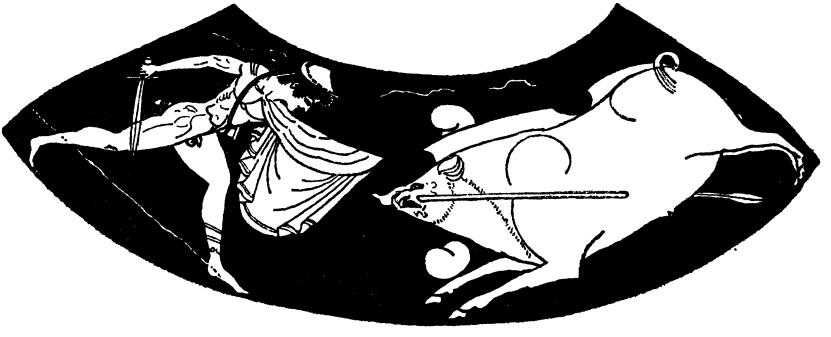


FIG. 59. Escena de caza (¿Teseo y la jabalina de Cromion?), fragmento de una hidria ática de figuras rojas, según el estilo de Epicteto (hacia el 500). Roma, Museo del Vaticano

peristilo; colosales estatuas de hombres alternativamente imberbes y barbudos, que sostienen el arquitrabe). Se ha pensado que tal vez fuese, más que un templo, una sala de reunión para cultos místicos.

Egina repele por su frialdad; Selinonte, por su patetismo, excesivamente animado; Agrigento, por su rareza. En cambio, en Olimpia nos atrae una esencial armonía. En 468, los eleos, que acababan de fundar una capital, Elis, decidieron dotar al Altis con un templo de Zeus. Se dirigieron a un arquitecto del país, Libón, el cual erigió un robusto edificio en piedra calcárea, realzado por el mármol de los frontones y de la techumbre. La decoración esculpida había de atraer todas las miradas. En los frontones, la carrera de carros entre Pélope y Enomao, tema olímpico por antonomasia, y la Centauromaquia, ordenados en torno a dos figuras divinas glorificadas: Zeus y Apolo. Se desprende de ello una impresión de fuerza, que no excluye las sutilezas de la composición, mucho más flexible que en Egina, ni la búsqueda de la expresión psicológica (lám. 22). No menos notables son las doce metopas consagradas a las hazañas de Heracles, héroe típicamente dórico. A ve-

ces era representado en el vigoroso esfuerzo de la acción, traducido por grandes líneas oblicuas, más a menudo después de la victoria, como el Heracles melancólico que parece meditar sobre el cadáver del león, pariente próximo de aquellos vencedores de Píndaro que conocían el duro precio del éxito y la fragilidad de las cosas humanas, también como el Heracles que, con un gesto de piadosa confianza y viril energía, alarga a Atenea —su divina protectora, que se vuelve hacia él con una

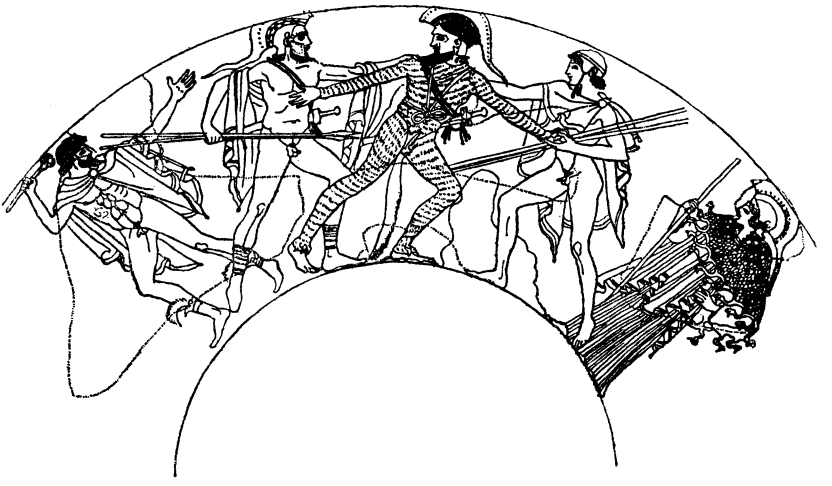


FIG. 60. Diomedes y Ulises se apoderan del troyano Dolon en presencia de Atenea y Hermes. Fragmento de una copa ática, de estilo severo, firmada por Eufronio, París, Biblioteca nacional

ternura fraternal— los repugnantes pájaros del lago Estinfalo. En todas partes es el héroe de la resistencia física, el ordenador de un universo desorganizado por la violencia de los monstruos, casi un salvador que encuentra su salvación en el *ponos* (esfuerzo doloroso) y en la aceptación de un destino inhumano.

Fuera de las creaciones decorativas de los templos, la escultura se libera también muy pronto de las convenciones arcaicas. La musculatura se representa con exactitud, pero con sobriedad, mediante grandes masas; la expresión es grave; la estatua de bulto redondo se inscribe en las tres dimensiones del espacio. Las dos creaciones más notables que subsisten son dos bronces: el Posidón encontrado en el mar, junto al cabo Artemision, que agita su tridente con admirable dignidad; el auriga de Delfos, único —o casi único— resto de una cuadriga ofrecida por el Deinoménida Polizalos después de una victoria pítica, que se atribuye a Pitágoras de Region o, con más verosimilitud, al ateniense Critios. De hecho, los artistas que se conocen de este período casi no son más que nombres: en Atenas, Critios y, sobre todo, Calamis, el más grande creador de dioses antes de Fidias (Apolo Alexicacos del Ágora, representado por el Apolo del *omphalós* del teatro de Dioniso), autor también de la sonriente

Sosandra en la cual, bajo los rasgos de Afrodita, se esconde quizá Elpínice, hermana muy estimada por Cimón; en la Magna Grecia, Pitágoras, que llevó la preocupación del realismo hasta hacer torturar un esclavo para representar mejor el sufrimiento, y cuyas creaciones patéticas anticipan en un siglo las de Escopas.

Es mucho más fácil distinguir grandes escuelas. El arte jónico sobrevive en los relieves, de una graciosa nobleza, del «Pritaneo» de Tasos; el arte ático conserva sus cualidades de equilibrio y expresividad en el Efebo coronado del Sunión o en la Atenea llamada «melancólica»; el arte dórico del Peloponeso produce robustas peplóforas o el poderoso guerrero de Esparta, quizás un retrato de Leónidas; en la Magna Grecia, el tríptico Ludovisi, que sin duda perteneció a la decoración del trono de una estatua de culto, sitúa entre dos representaciones, una cortesana desnuda y una mujer castamente vestida —el amor sagrado y el amor profano, como se ha dicho—, una *ánodos* de Afrodita, surgiendo del elemento húmedo entre las Horas, de una profunda espiritualidad (lám. 19 y 21).

La evolución de la gran pintura vino determinada por el genio de Polignoto, un pintor de Tasos que trabajó, sobre todo, en Atenas, durante la época de Cimón, y donde se le concedió el título de ciudadano. Sobre los muros del Pecilo de Atenas o de la *leskhe* de los cnidios en Delfos, pintó amplias y notables composiciones de carácter histórico o mitológico en registros superpuestos. Su colorido es sobrio, incluso pobre, pero supo indicar los diferentes planos mediante sencillos artificios (pliegue del terreno que disimula una parte de un personaje) y reflejar la expresión psicológica.

La cerámica de figuras rojas no experimentó inmediatamente la influencia de este incomparable maestro. Epicteto reaccionó contra el gusto por los temas mitológicos y se especializó en las escenas de género (sobre todo, escenas de orgías). Eufronio volvió a la mitología y mostró una sensible predilección por la gesta de Heracles; complacióse en representar, con una minuciosa precisión, el cuerpo humano (crátera de Anteo y Heracles) y tuvo un sentido seguro de la composición. Duris puso mucha fantasía y humor en sus croquis de escuela o de gimnasio. Brigos, el más grande de los artistas del estilo severo, cuya obra maestra es la copa del Saqueo de Troya (en el Museo del Louvre), se interesó por el juego de luces y de sombras y dio a los temas épicos un carácter dramático, que se relaciona estrechamente con su contemporáneo Esquilo (figuras 58, 59 y 60).

2. LA GENERACIÓN DE PERICLES Y LA EURITMIA DEL CLASICISMO

Poco a poco, insensibles transiciones fueron deslindando el clasicismo del preclasicismo. La angustia se calmó, los dioses se hicieron tan olímpicos como Pericles, Atenas consiguió en todas partes el triunfo del espíritu ático. No cabe duda de que hay en ello el reflejo de aquel equilibrio político y social que se instauró entonces y que durará algunos decenios. Lo mismo que este equilibrio, la nueva armonía que se impuso en todos los terrenos fue el resultado de un doloroso esfuerzo: las fuerzas del mal, aunque vencidas, continúan presentes en los frisos dóricos del Partenón y el tema de la revolución está en el centro mismo de la obra de Sófocles. Ya se dejan oír disonancias, y bastará la agitación provocada por la guerra del Peloponeso para transformar todo el helenismo.

El hombre en paz con los dioses

Se rompe el equilibrio que, desde Pisístrato, se esboza en Atenas entre los cultos poliadas y los cultos populares. Atenea y Posidón, las más antiguas divinidades del Ática, fueron adoradas conjuntamente en la Acrópolis y en el cabo Sunión; y cantados también en un famoso coro del *Edipo en Colono.* Sobre todo Atenea sacó provecho del nuevo poder de Atenas. Se le dedicó la maravilla de las maravillas, el Partenón, y Fidias esculpió para ella, además de la gran criselefantina del santuario, dos estatuas sobre la colina sagrada, la Prómacos y la Lemnia; las Grandes Panateneas se convirtieron en las fiestas más hermosas del mundo griego, y su esplendor de un día se eternizó en el friso del *sekos;* muchos artesanos llevaron sus ofrendas a la Ergane, cuyo recinto sagrado se asemejaba al patio de un gran templo. De hecho, esta antigua divinidad cretomicénica, dispensadora del olivo, señora de serpientes, protectora del palacio de Erecteo, evolucionó profundamente al compás de la ciudad cuyo vivo símbolo era. El bajo pueblo de obreros y mujeres hábiles en hilar y tejer reconocían en ella a su divina inspiradora; los soldados y los marinos veneraban a la Prómacos, la esforzada que combatía en primera fila; la ciudad entera honraba a la diosa del *Nus,* cuya gloriosa natividad canta el frontón principal del Partenón, por encima del friso que representa su victoria sobre el desorden de los Gigantes.

También Dioniso y las «dos diosas» fueron objeto de solícitos cuidados. Dioniso no era aún, ante todo, el dios místico en que muy pronto se convertirá, pero a lo largo de todo el año era honrado como dios del vino en fiestas tradicionales, a las cuales la democracia dio un nuevo brillo: las *Dionisíacas campesinas,* en las cuales pasaba, en medio de gritos obscenos, el alegre cortejo del *phallos;* las *Leneas* alrededor del lagar, con su procesión y su sacrificio; las *Antesterias,* en las cuales, a la alegría de los concursos de bebedores y de la solemne entrada de Dioniso, que acababa de unirse, en una hierogamia ritual, a la mujer del arconte-rey, seguía el día de duelo, en que se alimentaba a los muertos con un banquete propiciatorio, y, sobre todo, las *Grandes Dionisíacas* (o Dionisíacas urbanas), con su suntuosa pompa y los concursos dramáticos que, en un plano más modesto, se celebraban también en otras festividades y donde se formaba y exaltaba el alma común del *demos.*

No fue menor el éxito de las diosas de Eleusis; tanto, que Pericles viose obligado a duplicar la superficie del *telesterion* de Cimón, a su vez, doble que el de Pisístrato. Los misterios que se celebraban en su honor giraban en torno a antiquísimos temas cretomicénicos: tema de dos diosas, madre e hija, unidas por un profundo afecto; tema del encantamiento de la joven por el Señor infernal y la alegría del reencuentro; tema del «niño divino» que, más que Plutos, era Triptólemo, a quien Deméter entregó la primera espiga de trigo que permitió a los

hombres desarrollar a la vez, según una opinión muy del gusto de los griegos, la agricultura y la civilización. Esta teología, formada a base de sucesivas aportaciones, tal vez no sea muy coherente: así, Hades-Plutón adquirió poco a poco el nombre de Plutos, el primitivo niño divino, nacido de los amores de Deméter e Iasion, cuyo papel llegó a hacerse muy borroso.

En cuanto a los ritos en sí, en torno a ellos se formó una inmensa conspiración del silencio, violado sólo por autores cristianos tardíos, mal informados y de evidente mala fe. Por lo menos sabemos que hay que distinguir los Pequeños Misterios, celebrados en el barrio de Agre, y los Grandes Misterios, que, a su vez comprendían dos grados: la simple iniciación y la epoptia (o visión). Las ceremonias iniciales se desarrollaban en Atenas, donde los objetos sagrados *(hierá)* fueron solemnemente transportados desde Eleusis: después de la reunión y la proclamación, que excluía a los sacrílegos y a los tartamudos, seguía el baño en el Falero a los gritos de: «¡Al mar los mistos!». Después, la procesión se ponía en movimiento por la vía sagrada y llegaba a Eleusis bajo la guía de Iacos, un joven demonio del grito sagrado, convertido en una especie de reencarnación eleusiniana de Dioniso, no sin muchas paradas, sobre todo en el puente del Cefiso, donde los participantes eran objeto de rechiflas. Después de la retirada con antorchas en honor de Iacos, ya en Eleusis, se celebraban las ceremonias sagradas, que se inician con la fórmula sacramental: «He ayunado, he bebido la Mixtura, he tomado en la cista, y después de haber manoseado (o probado), he vuelto a poner en el harnero, he vuelto a tomar en el harnero y he dejado en la cista». Los objetos a los cuales se alude eran, sin duda, representaciones de órganos sexuales (o pasteles que los representan), cuya manipulación era garantía de fecundidad. Después, el hierofante mostraba solemnemente los objetos sagrados y pronunciaba las «fórmulas indecibles» que aseguraban la inmortalidad; finalmente, se representaba el primer drama sagrado, que relataba la patética aventura de Coré y que, después de sumergir el alma en las tinieblas del duelo, la hacía salir a una luz maravillosa, filtrada a través de la abertura de las contraventanas de la claraboya. La noche siguiente, para la iniciación del segundo grado, que sólo se podía conseguir un año después de la del primer grado, se representaba el segundo drama sagrado, el de la hierogamia de Deméter y Zeus, durante la cual, el hierofante arrastraba a la sacerdotisa de Deméter al secreto del *anaktoron;* seguía luego el acto esencial: la exposición silenciosa de una espiga de trigo.

Por lo que se refiere a la interpretación de ritos tan extraños, los eruditos están divididos. Para M. P. Nilsson, conviene recargar el acento en el aspecto agrario, que se manifiesta en la «exposición de la espiga». Para Ch. Picard, los elementos sexuales son más importantes, y, de hecho, ¿cómo no prestar atención a la manipulación de los simulacros de órganos reproductores y, sobre todo, a la hierogamia, después de la cual se recita la fórmula que comprueba el nacimiento del niño divino, garantía de vida superabundante para todo el pueblo santo: «La venerable Brimo ha dado a luz a Brimos, el niño sagrado, quiero decir que la Fuerte a dado a luz al Fuerte»? En realidad, se trata de antiquísimas liturgias que, en el mundo cretomicénico, no separaban fertilidad y fecundidad, y cuya celebración perduró en el mismo emplazamiento en que se levantaba un *mégaron* del Heládico reciente.

Pero hay mucho más, y, sin duda desde sus orígenes, la participación en los misterios abría las puertas de la eternidad. La exaltación de las fuerzas más íntimas de la vida vegetal, animal o humana, no limitaba sus fuerzas a la existencia terrestre. El grano de trigo muere en la tierra, para renacer en múltiples espigas: lo mismo le sucede al hombre, lo cual nos lleva a la parábola evangélica, que corresponde a una de las más antiguas creencias de la humanidad. De igual modo, la unión de los dioses generaba efectos vivificadores, que rebasaban ampliamente la perpetuación de las especies. Algunos admiten que el nacimiento de Brimos el Fuerte implica que el misto se convertía en hijo de los dioses y, como tal, llamado a una vida que no terminará nunca.

En todo caso, los textos son explícitos, desde Píndaro y Sófocles, a Isócrates y Platón: el muerto iniciado vivirá feliz en el seno de los dioses, mientras que el no iniciado, sin que, propiamente hablando, sea castigado, seguirá su miserable existencia igual que en la tierra, en las húmedas tinieblas o el cenagal. «Tres veces dichosos aquellos mortales que, después de haber contemplado estos misterios, irán a la morada de Hades; pues únicamente ellos poseen la vida; para los demás no habrá más que sufrimiento» (Sófocles, fragmento 753). A veces nos extrañamos de que el mero cumplimiento de los ritos mágicos haya asegurado la salvación; pero, ¿acaso el bautismo administrado antes de la muerte, no proporciona el mismo efecto, según los fieles de una religión no obstante muy espiritualizada? De hecho, el iniciado debidamente purificado se convertía en otro hombre, y no podía dejarlo indiferente la participación en ceremonias augustas que lo arrancaban a las mezquinas preocupaciones de la vida cotidiana y lo introducían, sin ningún obstáculo, en el mundo divino, junto a diosas a las cuales habían hecho compasivas sus pasados sufrimientos. El mismo Aristófanes —que se burlaba de esta salvación, conseguida al precio mínimo del lechón que se había de sacrificar— reunía en una misma fórmula a «los que han sido iniciados y llevan una vida piadosa hacia los extranjeros, y los ciudadanos» (*Las ranas,* 320).

La influencia de los misterios fue considerable. Introdujeron la noción de salvación personal en una religión hecha de pompas y sacrificios solemnes celebrados por el Estado. Además, se desarrollaron en una atmósfera serena de fraternidad humana, puesto que todos eran indistintamente admitidos, ciudadanos y extranjeros, hombres libres y esclavos, hombres y mujeres. En una democracia demasiado avara de sus favores terrenos, no se regatea a nadie, en cambio, el derecho de ciudadanía en ultratumba.

Los santuarios panhelénicos mostraron una vitalidad parecida a lo largo del siglo. Es cierto que el prestigio de Delos disminuyó, pues la isla cayó enteramente bajo la autoridad de Atenas, que en 426, después de una nueva purificación que completó la de Pisístrato, empezó la construcción del gran templo a Apolo, «el templo de los atenienses». Pero Delfos y Olimpia sacaron provecho del fervor religioso y del bienestar que se generalizaron en el mundo griego. Delfos hizo olvidar pronto su equívoca actitud de las guerras médicas y, paradójicamente, vio cómo se acumulaban las ofrendas de los griegos victoriosos sobre los bárbaros —la palmera del Eurimedonte o el pedestal de Maratón, dedicaciones de los atenienses; las veinte estatuas de Apolo ofrecidas por los de Lípari, vencedores de los etruscos—, y pronto también los trofeos de los combates fratricidas entre helenos —así, en 456, los argivos, después de su victoria sobre los espartanos en Enoa, levantaron el monumento de los Epígonos—. Su influencia moral tal vez fuese menor que durante el arcaísmo, en la medida en que el clero délfico era acusado a menudo, y no sin buenos motivos, de mostrarse partidario de los laconios. Pero el renombre de que gozaba el *hierón* de Apolo queda bien demostrado por el número de los exvotos, como las cuadrigas de los Deinoménidas o el toro de los de Corcira, favorecidos por el dios con una pesca milagrosa.

Olimpia se mantuvo específicamente dórica, aunque no fue menor la actividad de los constructores. Con el botín conseguido en 468 por

los eleos sobre los de Pisa, pudo al fin construir para su señor el gran templo que le faltaba. Así se estableció definitivamente la supremacía de Zeus sobre las diosas que había suplantado, de la misma forma que Esquilo y Píndaro habían afirmado su hegemonía moral sobre el renovado mundo divino. El taller de Fidias, el ala sur del Buleuterión, los tesoros de Sicione y de Siracusa y, sin duda, también el estadio y el hipódromo, completaron la obra de los siglos precedentes.

Ya se dejaban sentir las seducciones que no tardarían en perturbar esta armoniosa religión. Si el culto a Adonis se hallaba tan extendido en 415, era porque, desde hacía algunos decenios, el joven Señor semita llegó a reunirse con su Afrodita, que lo había precedido cinco siglos en Grecia; y los progresos de la reflexión desarrollarán un racionalismo que se mostrará peligroso para las viejas creencias. De hecho, la democracia triunfante era lo bastante fuerte para no mostrarse demasiado severa con los nuevos dioses ni con los espíritus vigorosos. Grecia entera comulgaba todavía en un mismo impulso dentro de una piedad regulada, organizada por las ciudades, algo fría pero también engendradora de belleza. Las aspiraciones hacia la salvación se satisfacían en las liturgias de Eleusis, penetradas de un misticismo colectivo y moderado, y las almas se contentaban con las promesas de dichas liturgias. Los dioses se mantenían lejanos en su serenidad impasible, pero sabían testimoniar su bienquerencia a los hombres y a las ciudades que no los olvidaban. Asistimos a la elaboración definitiva de la religión griega, totalmente desembarazada de las formas elementales del animismo y de los fetichismos animal o vegetal, y que aún no sacudía una inquietud desordenada. La Partenos o el Zeus Olímpico, tal como salieron del cincel de Fidias, eran las más nobles creaciones a que se elevó la teología helénica: el Olimpo, que era su morada, se hallaba muy alejado de las ciudades terrenas, pero era su modelo ideal. El hombre conocía sus límites y la mezcla de respeto y temor que debía a las potencias superiores, pero tenía bastante confianza en ellas para no turbarlas con inoportunas súplicas ni inútiles angustias.

Lo divino y lo humano en la tragedia de Sófocles

Los géneros dramáticos, compuestos pensando en el *demos*, constituían la base de la literatura. La comedia, organizada definitivamente desde el punto de vista técnico, empezó a vivir éxitos escandalosos por sus desenfrenadas alusiones a la actualidad política, y desde 440 se le prohibió que pusiera en escena personajes vivos, cosa que seguirá haciendo. Todo se nos escapa, salvo algunos fragmentos y nombres, entre ellos Cratino, que, por su chispa jocosa, sería, al parecer, el mejor precursor de Aristófanes.

La tragedia se situó en otro plano. Siguió apasionada por las relaciones del hombre y los dioses. Sófocles nos la resume, aunque Eurípides empezara a producir ya en 455. Es considerado como el modelo del hombre feliz: constantemente victorioso en los concursos, admirado por sus conciudadanos hasta el punto de confiarle la estrategia después de la representación de *Antígona,* celoso adorador de los dioses y, como tal, considerado el más digno de acoger a Asclepios en su casa cuando se le hizo venir de Epidauro. Su tragedia sitúa en un primer plano al hombre, que toma el destino en sus manos y deja de ser el juguete de la ciega fatalidad. Su resorte principal es la poderosa voluntad de sus protagonistas. Contemporáneo del apogeo de Atenas, antes de que su excepcional longevidad le permitiese asistir a su declive, fue testigo tanto de la nueva confianza que animaba al ciudadano, seguro de que su acción podía decidir los sucesos, como de la profundidad de la reflexión moral cuando, en *Antígona,* exalta «las leyes no escritas» de la consciencia.

Pero bajo este indudable equilibrio se advierte una agitación, también profunda. La voluntad humana es engendradora de drama y, en el momento mismo en que parece triunfar, aparecen de nuevo las divinidades celosas. Creonte impone su voluntad a todos, mas perece bajo el peso de las desgracias que él mismo ha provocado; Edipo busca, con orgullosa rabia, a los responsables de la mancha de Tebas, para descubrir que él es el único culpable. Además, Sófocles, un buen ciudadano, ama a los rebeldes, a los indomables. El tema de la sublevación, de la justa sublevación que promueve un ser apasionado e intratable contra la razón de Estado, está en el corazón de su obra: la pura y altiva Antígona, a pesar de haber «nacido para el amor y no para el odio», es justificada en su desobediencia porque, con su decreto, Creonte violó tiránicamente algunos derechos esenciales, y con el derecho de su parte, ganándose su última morada, Antígona reivindica orgullosamente el honor de su crimen.

No resulta nada fácil explicar este antagonismo. Recientemente se ha pretendido (V. Ehrenberg) hacer de Sófocles el defensor de las tradiciones religiosas, y, por tanto, el adversario de Pericles, discípulo del racionalista Anaxágoras, y al cual habría representado bajo los rasgos impíos de Creonte y de Edipo. No creo que sea preciso llegar hasta tan lejos. Ciertamente una piedad sincera animaba su corazón, así como un sentimiento profundo de la omnipotencia de las divinidades, cuya acción sobre los destinos es menos directa aunque tan decisiva como en Esquilo. Pero lo divino no lo es todo para él, y, no sin razón, exclama: «¡Qué cosa tan extraordinaria es el hombre!». El hombre abrumado por los dioses, el hombre fuerte que sufre desmesuradamente, resulta grande y noble y, de manera particular, digno de nuestra piedad, aunque la raíz de su sufrimiento se halle en la desmesura que, a menudo, es característica de los temperamentos mejor dotados, y, con mayor razón, si sufre por obedecer el instinto de justicia, por defender los derechos imprescriptibles de la persona humana.

Esta constante presencia de las divinidades; esta decisiva importancia de la acción; este sentimiento, altivamente confesado, de la dignidad del hombre, se vuelven a encontrar de nuevo en una obra contemporánea y no obstante totalmente distinta: las *Historias* de Herodoto.

El «padre de la Historia»: Herodoto

La historia, inaugurada en el siglo VI por los logógrafos jónicos, adquirió su pleno desarrollo en el V, al adquirir profundidad la conciencia política, gracias a la democracia. El ciudadano que, en la vida política, experimentaba su libertad, la posibilidad de hacer su propia historia, quería conocer también la historia que hicieron sus antepasados.

Un griego de Asia marcó la transición entre la crónica de los logógrafos y la historia racional de Tucídides. Herodoto de Halicarnaso realizó largos viajes por Persia, Escitia, Egipto, antes de fijar su residencia en Atenas, donde fue el amigo de Pericles y de Sófocles, y que sólo abandonó para una breve participación en la colonización de Turioi. Sus *Investigaciones* —tal es el sentido primero de la palabra *Historias*— relatan el gigantesco enfrentamiento del mundo griego con el mundo bárbaro en las guerras médicas, así como sus remotos antecedentes. El relato, todo él recargado de digresiones —el libro II, por ejemplo, es un largo reportaje sobre Egipto—, no está teñido de ninguna animosidad contra los persas, hasta tal punto, que Plutarco, que no sentía simpatías por Herodoto, lo califica de «amigo de los bárbaros», cuando, por el contrario, estaba animado de una profunda simpatía por la causa griega y por los atenienses que tanto hicieron por ella.

En muchos aspectos, Herodoto sentía la incansable curiosidad de un jonio que disfrutaba del espectáculo variado del mundo: por otra parte, escribió en un dialecto jónico. Se interrogó sobre las fuentes del Nilo, sobre sus crecidas; describió el hipopótamo y el cocodrilo. Las usanzas distintas de las de los griegos lo apasionaban, y fue un verdadero etnógrafo, que analizó las costumbres sexuales de las tribus africanas. Prefería los cuadros animados y pintorescos, como la adjudicación de las hijas en Babilonia. Su relato abunda en anécdotas encendidas, especialmente sobre los Grandes Reyes: el comienzo de la segunda guerra médica casi se reduce, en él, a una serie de pinceladas, que muestran los fastuosos viajes de un déspota oriental. Todo lo extraño lo atraía, y se nos muestra incomparable al evocar las *thómata* (maravillas) naturales o humanas.

Aunque nos haya dejado relatos llenos de colorido y de vida, lo más importante es que bajo el cronista late ya el historiador. Su documentación es amplia, al principio, tomada de libros —se le ha podido acusar de haber plagiado a sus predecesores, especialmente Hecateo— y, más a menudo, de sus investigaciones y de sus viajes, y no se le puede reprochar, razonablemente, que no llegase a entender o leer alguna lengua oriental, para no estar siempre a merced de informadores y guías locales. Indudablemente crédulo, esforzóse mucho, no obstante, por enfrentar, críticamente, unos testimonios con otros. Se le reconoce su imparcialidad, aunque en ocasiones exprese cierto desdén por los jonios y por los tebanos, cierta predilección por los atenienses y, de manera especial, por la familia de los Alcmeónidas. Aunque se intere-

sase, sobre todo, por las causas segundas y viese en las virtudes o las intrigas de los hombres el motor esencial de la Historia, no desdeñaba las causas primeras, e indicó claramente que la verdadera causa de las guerras médicas hay que buscarla en el inevitable choque de dos imperialismos. Bien merece la gloria que le atribuye Cicerón al hacer de él «el padre de la Historia».

Ambiciones de los filósofos presocráticos

Del mismo modo que Herodoto fue, en gran medida, el heredero de los logógrafos, la filosofía clásica seguía en la línea del pensamiento arcaico. Fue un movimiento continuo e hirviente, casi siempre exterior a Atenas, cuya cronología resulta tan difícil establecer, que es mejor abarcar en un solo estudio todos los presocráticos anteriores a la aparición de la sofística, audaces creadores de vastos sistemas cosmológicos como sus predecesores del siglo VI. Los dos polos metafísicos del mundo griego seguían siendo Jonia y Occidente.

En Jonia, el pensamiento era fiel a un positivismo abstracto, enemigo de construcciones míticas y de sectas místicas, más preocupado por la cosmología que por el destino humano y, como tal, reservado a un pequeñísimo grupo selecto. Para nosotros, se resume en tres grandes nombres: Heráclito, Anaxágoras y Leucipo, al que no se puede separar de su discípulo Demócrito.

Heráclito de Éfeso, cuyo carácter triste le acarreó el sobrenombre de «Melancólico», buscó, aparentemente, el primer principio, como los «fisiólogos» del siglo anterior, y lo encontró en el fuego. Para él, el universo es un eterno devenir, y son famosas las máximas con que expresó esta dolorosa comprobación: «Todo fluye»: «No puedes bañarte dos veces en el mismo río, porque continuamente corren nuevas aguas sobre ti». Pero, inmutable en esta movilidad, persiste el *Logos*, que es la ley del devenir, y que simboliza el fuego. La lucha *(Polemos)* anima el universo, «padre de todas las cosas, rey de todas las cosas», y, paradójicamente, resulta que engendra la suprema armonía, puesto que es la tensión íntima que mantiene en orden a los contrarios, vida y muerte, juventud y vejez, vigilia y sueño, noche y día, ya que es la fuerza que hace nacer un término del otro en un ciclo continuo. Así se recompone la unidad fundamental: «Prestando atención no a mí mismo, sino al *Logos*, es de sabios reconocer que todo es uno», aunque el profeta del movilismo universal y del incesante conflicto encuentre, al final de su meditación, la identidad esencial de seres y el orden del *kosmos*. Nietzsche lo dijo enfáticamente: «Lo que contempló Heráclito, la presencia de la ley en el devenir, será contemplado desde ahora eternamente: él fue quien levantó el telón para este espectáculo sublime». Pero comprendemos que sus contemporáneos, irritados por sus frases, voluntariamente sibilinas, horrorizados por estos abismos del Otro y del Uno que abría bajo sus pasos, lo llamaran el Oscuro.

El mundo era completamente distinto para Anaxágoras de Clazomenes. Estaba hecho de la combinación de cualidades inseparables. Cada cosa contiene, mezcladas, las semillas de todas las cosas, semillas que Aristóteles llamará *homeomerías* (partes homogéneas). Un movimiento incesante busca disociación, pero no se consuma porque cada cosa encierra el infinito de las cualidades. De esta forma, poco a poco se aislaron las diferentes partes del mundo en el seno del infinito, lo húmedo y lo frío en el centro,

lo seco y lo cálido en el exterior. Todos estos movimientos que animan la materia son posibles sólo porque existe fuera de ella una esencia pensante, el *Nus* o Inteligencia, principio ordenador del *kosmos,* cuya intervención organizó el caos originario. Anaxágoras lo concibió como un movimiento circular que crea poco a poco un torbellino, el cual conquista el espacio infinito, separando, por ejemplo, los astros e inflamándolos. Sistema arrebatador que muestra el poder unificador y ordenador del Espíritu en el seno del desorden infinito de las cualidades, y cuya influencia en la política de Pericles es bien conocida. De hecho, se comprende muy bien la amistad entre los dos hombres, cuyo idealismo se fundaba en un sólido positivismo. Anaxágoras disecó un morueco de un solo cuerno nacido en un rebaño de Pericles, y estuvo a punto de ser llevado ante los tribunales por haber profesado que el sol no era más que una masa incandescente. Ni siquiera Atenas estaba madura para la audacia de su pensamiento.

Leucipo de Mileto fue también heredero de la tradición jónica, que él enriqueció gracias a la enseñanza de Zenón de Elea. A finales del siglo, su discípulo Demócrito de Abdera aceptó su cosmogonía, pero amplió su reflexión a las disciplinas más diversas y se mostró, por el número de sus precisas observaciones y por sus ambiciones enciclopedistas, como verdadero precursor de Aristóteles. Su originalidad radica en admitir que la materia está compuesta por partículas indivisibles, impenetrables, llenas e infinitas, a las cuales dio el nombre de *ideas,* y entre las que no existe otra diferencia que la de tamaño, configuración, posición. En el seno del vacío perfecto en que se mueven, el movimiento vertiginoso crea agregados, según el doble juego de la densidad que empuja hacia el exterior a las más ligeras, y de la forma que permite la reunión de las partículas complementarias. Ni siquiera el alma escapa al rigor de este mecanismo: está formada de átomos ligeros y esféricos, semejantes a partículas de polvo que revolotean en un rayo de sol, y constantemente renovadas por la respiración. El aspecto moderno de esta doctrina es chocante, no sólo porque sus creadores son lejanos precursores de la atomística moderna, sino porque, por primera vez, no se acude para explicar el universo, a ningún motor exterior, como el *Logos* o el *Nus.*

Al positivismo jónico siguió oponiéndosele un racionalismo occidental, más sensible a la Matemática que a la Física, que se expresaba en forma mítica, preocupado por el problema del destino y, como tal, susceptible a veces de una propaganda más amplia. El pitagorismo conservó su impulso creador y su éxito, pero, a su lado, no fue menor la influencia de Empédocles y los eleatas.

El pitagorismo se extendió tanto en la Magna Grecia como en Grecia después de la expulsión de la secta de Crotona, pero se operó una escisión entre las dos tendencias que coexistían en el pensamiento del fundador: los «acusmáticos», fieles a estrictas observancias, formaban verdaderas cofradías religiosas; los «matemáticos», mucho más laicos, intentaban hacer progresar las ciencias, sobre todo la Aritmética, la Geometría y la Astronomía, para descubrir mejor la armonía numérica inmanente al universo. Sobresalieron algunos nombres, sobre todo a finales de siglo y a principios del siguiente, sin que sea posible atribuirles una obra precisa: Filolaos, herético genial que opuso la noción de la relatividad a las categorías, demasiado estrictas, de la tradición pitagórica; Arquitas y Teeteto (principios del siglo IV), que aportaron un progreso decisivo a la Geometría y, en resumidas cuentas, la organizaron racionalmente, «aumentando el número de teoremas y estableciendo un conjunto muy científico» (PROCLOS).

Empédocles de Agrigento se asemeja a Pitágoras por su poderosa personalidad de mago excéntrico, que no tardó en verse rodeado por la leyenda. Vestido de púrpura,

recorría el mundo griego como un rey o, mejor, como un dios, sembrando milagros a su paso. Fragmentó el monismo de los jonios afirmando que existen cuatro elementos o, más bien, «cuatro raíces de todas las cosas»: fuego, agua, éter y tierra, doctrina que se impondrá durante varios siglos. Dos fuerzas motrices animan al universo y explican los constantes cambios entre estos distintos elementos: la Discordia y la Amistad, que triunfan alternativamente en una indefinida serie de ciclos. Esta noción de ciclo es también muy importante para el alma humana: las almas que son culpables deben errar tres veces diez mil años para regenerarse a través del sufrimiento. De hecho, hay una mística en la base de esta doctrina: al igual que Pitágoras, Empédocles afirma la necesidad de las abstinencias y de las purificaciones, a las cuales consagra un tratado. Este filósofo fue también ingeniero, astrónomo, físico, biólogo y taumaturgo.

Esta extraordinaria mezcolanza de racionalismo y de mística extraña un poco en pleno siglo v. Nos recuerda más bien a los pensadores del arcaísmo, a los «filósofos reyes», tan caros a Nietszche, en la medida que el dualismo de los dos principios motores, la teoría de los ciclos, y las observancias rituales, evocan aquellas influencias orientales, que tan importantes repercusiones tuvieron en los albores del pensamiento griego.

Empédocles puso fin a su existencia romántica de profeta arrojándose al fuego purificador del Etna. Sus discípulos encontraron sólo las suelas de sus zapatos, mientras que su alma desapareció en el fuego universal.

Después de Jenófanes desarrollóse una verdadera escuela en Elea. Su indiscutible maestro fue Parménides (principios del siglo v), del que nos quedan algunos fragmentos deslumbrantes, como la introducción de su poema, en la que se nos muestra llevado por el carro de las hijas del Sol hacia la Justicia, que le revela la verdad suprema. Esta verdad es la de que el ser es y el no ser no es. «Voy a decirte —le enseña la diosa— cuáles son las dos únicas vías de investigación que podemos imaginar: la primera, la de que el ser es y no es posible que deje de ser, es el único camino del cual podemos fiarnos; la segunda, a saber, que no es y que el no ser es necesario, más que un camino es un sendero en el que no se encuentra absolutamente nada que merezca crédito» (fragmento 2). El ser se identifica con una esfera perfecta, indestructible, inmóvil y finita.

A mitad de siglo, Zenón de Elea vuelve a tomar esta tesis del ser uno e inmóvil, y, en sus famosas aporías (Aquiles y la tortuga, la flecha inmóvil en pleno vuelo), demuestra lo absurdo de la tesis contraria. Por ello es, en opinión de Aristóteles, el verdadero fundador de la Dialéctica, método de investigación por la discusión, que va a imponerse a la generación siguiente.

En cambio, Melisos de Samos desvió la doctrina en el sentido del pensamiento jónico, asignando al ser la eternidad y la infinitud.

Si tratáramos de buscar un carácter común a doctrinas tan diferentes, podríamos encontrarlo en sus ambiciones, cosmológicas y ontológicas a la vez. En efecto, pretenden explicar el nacimiento y la evolución del *kosmos* y se preocupan por conciliar la diversidad y la unidad de lo real. Herederas directas de las filosofías arcaicas, en cierto sentido pueden parecer supervivencias en pleno siglo v. No obstante, desde 450, se abre paso en Grecia una nueva orientación: un pensamiento crítico sustituye al dogmatismo de los jonios y de los occidentales; el hombre reemplaza al universo y al ser en el centro de la especulación. Se trata de la revolución de los sofistas, que estudiaremos en el momento de su triunfo definitivo.

La Acrópolis de Pericles

El mismo cuidado por conseguir el predominio de la razón se advierte en la construcción de las ciudades. Se desarrolló un urbanismo, aparecido, sin duda, ya en 480. La tradición lo liga al nombre de Hipodamos de Mileto, filósofo quizá de tendencias pitagóricas, que, al parecer, sintetizó investigaciones convergentes. Se desprendieron dos principios nuevos: las calles se cortaron en ángulos rectos —lo cual proporciona la disposición escaqueada que ya se había adoptado en algunas aglomeraciones coloniales—, pero sin que existieran dos ejes principales, como veremos en las creaciones romanas; se buscó que el plano fuera funcional y reservó distritos, por ejemplo, para el puerto, para los edificios públicos, para la habitación humana. Lo más destacable fue el establecimiento de un esquema previo, que se rellenaría a medida de las necesidades, como se observa en los dos conjuntos más probablemente atribuibles a Hipodamos: Mileto después de la reconstrucción de 479, y el Pireo, donde trabajó para Temístocles. Es probable que también hubiera colaborado en la colonia panhelénica de Turioi para Pericles. A finales de siglo, Rodas fue edificada según las mismas reglas, cuyo amplio triunfo veremos en la época helenística.

Se siguió construyendo mucho, sobre todo en Occidente, donde el dórico mantenía un claro predominio. Agrigento, enriquecida con el botín conseguido en Himera sobre los cartagineses, erigió a lo largo del siglo, una serie de templos de una rara belleza, entre ellos, el de «Juno Laciniana» y de «la Concordia». El recinto sagrado de Posidonia se enriqueció, hacia 450, con el «templo de Neptuno», dedicado, en realidad, a Hera Argeia, cuya extraordinaria impresión de estabilidad sin pesadez le permitió ser considerado como el más bello de los templos griegos de Italia: algo anterior al Partenón, contenía ya aquellos refinamientos técnicos (especialmente, la curvatura de las líneas horizontales) cuya invención se atribuyó, erróneamente, a Ictinos.

Mas el programa de construcción de Pericles rebasó ampliamente cuanto hasta entonces se había podido realizar: el *telesterion* de Eleusis, los templos de Posidón en Sunion y de Némesis en Ramnonte y, en la misma Atenas, el Odeón, los templos de Hefesto y Dioniso, aparte la nueva ordenación de la Acrópolis. Pericles tuvo la suerte de encontrar el colaborador indispensable en Fidias, al que convirtió en una especie de superintendente de bellas artes. Fidias se rodeó de una pléyade de artistas e ideó un plan general para hacer de la colina sagrada una incomparable grada entre los hombres y los dioses. Ningún rigor en la disposición relativa de los edificios por lo que se refiere a la relación de unos con otros, y una sabia mezcla del dórico y del jónico, para que la severidad y la gracia concurrieran en una rica armonía. Se ha pensado (W. Lawrence) que el gran artista que combinó el conjunto quiso hacer de la Acrópolis la rival de las acrópolis persas, donde se elevaban los palacios de los Grandes Reyes, como si hubiese tratado de

poner bien de relieve las diferencias que separaban una civilización de la libertad de una civilización de la esclavitud. Consciente o no, la comparación se impone al espíritu: de un lado, la residencia de un déspota oriental que cargaba su autoridad sobre un mundo de esclavos sometidos; del otro, la morada de los dioses tutelares, a los cuales se sometía gustosamente Atenas, por cuanto representaban el Espíritu en su más pura forma (lám. 23).

El plan concebido por Pericles y por Fidias era demasiado vasto para ser llevado a término en una generación: ni uno ni otro vieron la realización total, que se concluyó sólo a finales de siglo. Por lo menos dos edificios estaban terminados —uno, completamente, y el otro en parte—, en 431: el Partenón y los Propileos. Levantado en el emplazamiento en que la democracia de Clístenes había empezado la erección de un templo para Atenea, «el gran templo» que nosotros llamamos el Partenón, construido entre 447 y 438, es notable, ante todo, por sus grandes dimensiones —que, sin embargo, no tratan de rivalizar con los colosales santuarios de Asia o de Occidente— y por sus fachadas octóstilas. No lo es menos por la rara resolución de unir un friso dórico exterior, de acuerdo con el orden dórico de la columnata, y un friso jónico bajo el peristilo. Lo es, finalmente, por los afortunados refinamientos de que se valieron sus arquitectos, Ictinos y Calícrates, para corregir las ilusiones ópticas (hilada de regulación ligeramente convexa y cuya curvatura repercute incluso en el arquitrabe; columnas inclinadas hacia el interior; columnas más macizas en los ángulos). En el interior, un plan bastante complejo: hacia el Este, la *pronaos* y la *naos*, donde reinaba la deslumbrante Atenea criselefantina de Fidias; al Oeste, el opistódomo y una pieza suplementaria, el Partenón en el sentido limitado de la palabra, destinado a guardar los tesoros de Atenea y del Estado.

La decoración esculpida añadió su propio mensaje al de belleza de este augusto edificio. En los frontones, el nacimiento de Atenea y la disputa del Ática, casi dos escenas de familia para los atenienses. En el friso dórico, cuatro combates, pero que no alteran la armonía, ya que cuatro veces las fuerzas del desorden y la barbarie deben ceder ante las potencias del Espíritu. Finalmente, y por una particularidad única, en la que se ha podido ver una imitación de los frisos realistas de Susa o de Persépolis, las Panateneas desarrollan en torno al *sekos* una escena humana: la alegre procesión de un pueblo unido en la veneración de sus dioses, representados, a su vez, en la fachada principal, en una venerable y pacífica asamblea.

Concluido el Partenón, Mnesicles se encargó de dar a la Acrópolis una entrada monumental, los Propileos, que reemplazaron al pequeño propileo de Pisístrato. No eran más que un vestíbulo, entre dos alas que escrúpulos religiosos obligaban a hacer desiguales y donde el dórico aún se alía con el jónico. Pero, ¡cuánta nobleza en este vasto edificio, el único de la explanada que no estaba dedicado a los dioses, puerta de mármoles blanco y azul hacia su morada de la Acrópolis!

Las artes figurativas: hacia el triunfo de la serenidad

Tres nombres ilustran la estatuaria de mitad de siglo. Mirón y Polícleto llevaron la escultura atlética hasta su perfección. Mirón de Eleuteras sobresalió en la captación de lo instantáneo, como en el extraordinario Discóbolo, que parece fijar un momento fugitivo del tiempo, y que fue también un vigoroso escultor de animales. Polícleto de Argos fue más abstracto y buscó el «canon» del cuerpo humano, es decir, un sistema de proporciones matemáticas entre sus partes:

viejo sueño, caro al espíritu griego y que resumirá Lisipo en el siglo siguiente. Admirable broncista según la tradición argiva, inmortalizó en sus dos obras maestras, el Doríforo y el Diadumeno, dos jóvenes en reposo, con la musculatura algo maciza y el rostro inexpresivo, en los que se admira a la vez la armonía rítmica y la sabia depuración de la belleza ideal de efebos inmóviles, perdidos en sí mismos.

Tanto si se trata de los frisos o frontones del Partenón, como de los bajorrelieves del *telesterion* o de sus estatuas —Atenea Prómacos y Atenea Lemnia y, sobre todo, sus dos colosales criselefantinas, la Partenos y el Zeus Olímpico—, Fidias fue un auténtico creador de dioses, y si esculpió hombres, como, por ejemplo, en la procesión de las Panateneas, fue para elevarlos al plano de lo divino. Podríamos censurar

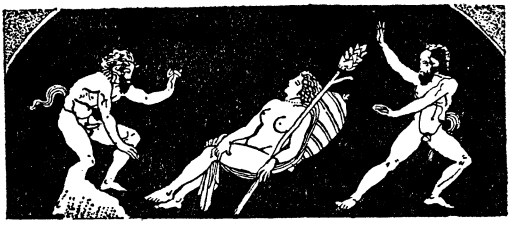


FIG. 61. Sátiros que descubren una Ménade dormida. Vasija ática de figuras rojas, de la época de Pericles

su nueva ciencia del vestido, sus cuerpos más ligeros que los de Polícleto, sus rostros de difusa dulzura. Sería dejar de lado lo esencial, pues en él todo es espiritualidad. La armonía del cuerpo y la tranquilidad del rostro reflejan la suprema virtud de los Inmortales: el dominio de sí mismo. Impasibles, los Olímpicos parecen hallarse lejos de la piedad; pero no son inaccesibles, puesto que dan al hombre el modelo puro de su perfección, a la cual todos deben tender por el esfuerzo y por la voluntad. Este arte, que los ingenuos han calificado de frío e incluso de académico, es profundamente humano. Si no se muestra compasivo, si se niega a degradar la divinidad, exalta al hombre arrancándolo de sus debilidades. No hay ninguno más comprometido a la acción ni que más comprometa a la misma.

Los mármoles del Partenón ilustran la dolorosa victoria del Espíritu y el orto de los astros, símbolo del advenimiento de las luces. Deméter y Coré muestran afectuosa generosidad. Las diversas Ateneas, pacíficas o guerreras, poseen la juventud, la fuerza y la prudencia que Pericles sueña para Atenas. Y el Zeus Olímpico, a mitad de camino entre la empalagosa dulzura de los Buda de Amaravati y la repelente severidad del Pantocrátor de Dafni, nos da la imagen más equilibrada

y vivificadora del amo del mundo, la del estratega supremo del *kosmos*, poderoso y magnánimo.

Las artes menores no podían por menos de mostrarse sensibles a tales lecciones. Sobre todo la cerámica se hizo mucho más libre hacia 460 y sufrió una doble influencia (fig. 61). Adaptó a los costados de las vasijas los hallazgos de Polignoto, escalonando los personajes en muchos planos y buscando la expresión psicológica. Así, en una admirable copa de Munich, Aquiles se enamora de la amazona Pentesilea en el mismo momento en que la sacrifica; en una crátera de Orvieto, la matanza de las Nióbidas está tratada con un patetismo nuevo. Pero la gran escultura de Fidias le comunicó algo de su armonía, de su fuerza y de su serenidad: nada más noble y más simple en la línea, más profundo en el sentimiento, que los adioses del guerrero pintados en un *stamnos* de Munich.

3. LA GENERACIÓN DE LA GUERRA DEL PELOPONESO Y LA CRISIS DE LA CONCIENCIA GRIEGA

A partir de 430 —si es posible fijar una fecha para un cambio tan sutil—, el helenismo viose sacudido por una crisis, sensible tanto en las modificaciones de la vida cotidiana como en la evolución del teatro, escultura, cerámica o transformaciones de las creencias religiosas. Las creaciones espirituales no fueron menos brillantes que en la generación anterior; pero a la serenidad siguió la inquietud; a las certezas, la duda; al equilibrio, la búsqueda.

Dos causas independientes explican una evolución tan general. La más ostensible es la guerra del Peloponeso, aquel enfrentamiento en que el poder de Atenas se tambaleó mucho tiempo antes de hundirse y que, con anterioridad al desastre de 404, empañó su equilibrio político, social y económico. Pero aquello no fue todo, y tanto más cuanto que en muchos dominios la transformación fue anterior al conflicto. Unos pensadores, rompiendo con una vieja tradición de cerca de dos siglos, se apartaron de los problemas cosmológico y ontológico y transfirieron su reflexión al hombre: su crítica disolvente contribuiría a romper los cuadros establecidos.

Una nueva educación: la sofística

Los sofistas —y la palabra, que significa «adepto de la sabiduría», distó mucho de tener al principio la acepción peyorativa que hoy le damos nosotros— eran mucho más profesores que filósofos. Iban de

ciudad en ciudad, dando conferencias —denominadas *muestras*, porque, en realidad, daban muestra de su saber y, sobre todo, de su habilidad— y dialogando con los jóvenes, a cambio de grandes retribuciones, que limitaban su clientela a los medios acomodados, y, muchas veces, sólo aristocráticos. Despertaron mucha animosidad de parte de los espíritus hostiles a la novedad: así, Aristófanes, en las *Nubes*, presenta a Sócrates, considerado paradójicamente como un peligroso sofista, en su aspecto más desagradable y ridículo: charlatán, interesado, desprovisto de todo sentido moral. Pero entre sus jóvenes oyentes encontraron la acogida más asidua y entusiasta.

FIG. 62. Una lección en una escuela. Copa ática de figuras rojas de Duris, hacia el 480. Berlín, Staatliche Museen

Y es que su enseñanza respondía a una profunda necesidad: ningún nuevo tipo de educación había podido reemplazar a la antigua educación aristocrática, basada en la lectura y el comentario de los viejos poetas (fig. 62). En cambio, ellos traían un método, tomado del eleatismo: la dialéctica, es decir, la discusión mano a mano con el interlocutor, que lo llevaba a reconocer que sus postulados eran falsos. Sus variados conocimientos, si no profundos, tomados de todas las disciplinas humanas, los hacían temibles en la argumentación. Además, lo que seducía a sus alumnos era el aspecto práctico, e incluso pragmático, de su enseñanza: quien aprendía a hablar, pensar y discutir con ellos, se convertía, a su vez, en un temible adversario, capaz de imponerse en la vida cotidiana, ante los tribunales, en la asamblea. Aquellos maestros, que eran extranjeros, traían a Atenas —donde residieron todos ellos— las técnicas adecuadas para dominar al *demos;* enseñaban la palabra en la ciudad donde la palabra era reina, pero en cuyas escuelas no había florecido todavía ninguna retórica. Comprendemos que las tornasoladas sutilezas de su espíritu no fueran su

única seducción: el joven que hacía grandes dispendios para tratarlos tenía conciencia de que no perdía su tiempo ni su dinero. Y la paradoja de la sofística era que procura en Atenas la educación del espíritu y del verbo necesaria en un Estado democrático, aunque su clientela se redujese a los jóvenes más afortunados, lo cual contribuía a hacer más intenso aún el desequilibrio social, puesto que ponía en manos de los más favorecidos un arma terrible: el arte de convencer.

¿Existía un elemento común entre espíritus tan diversos? Se ha buscado este elemento en su humanismo (W. Jäger): todos ellos creían en la indefinida posibilidad de desarrollo para el hombre gracias a la enseñanza que dirigía todas las disciplinas, incluso la virtud. También puede buscarse en su necesidad de comprometer las opiniones tradicionales y basar el pensamiento y la vida —que no querían separar— exclusivamente en la razón humana, de la cual hicieron la piedra de toque de toda creencia y de toda acción. Se les imponía una distinción fundamental: la de la naturaleza *(physis)* y de la ley *(nomos)*. La ley era artificial, puesto que a menudo reflejaba factores históricos contingentes, y, por tanto, dejaba de ser intangible. Imaginemos la revolución que suponía tal concepción en el helenismo, que hasta entonces había encontrado en el respeto al *nomos* su base fundamental.

Pero entre aquellos incrédulos profesionales eran flagrantes las diferencias de pensamiento. Seguramente era cuestión de temperamento, más o menos radical; cuestión también de época, ya que la primera generación justificaba la ideología de Pericles; la segunda, la de los Treinta. Protágoras de Abdera, con quien Pericles no temía discutir toda una jornada, nos da la mejor afirmación del humanismo, puesto que para él «el hombre es la medida de todas las cosas». En cuanto a los dioses, no podía saber «si existen o no existen» (fragmento 4). Pero esta duda metódica no le impedía atribuir a Zeus el mejor don concedido al hombre: la justicia y la honradez. Y creía en la virtud de las leyes hasta el punto de aceptar ser el legislador de la colonia panhelénica de Turioi.

Gorgias de Leontinoi, que llegó a Atenas en 427 como embajador y que contaba entre sus discípulos a Tucídides e Isócrates, llevó mucho más lejos el escepticismo: no existe el ser; si existiese, sería incognoscible; si fuese cognoscible, este conocimiento sería incomunicable. Así se especializó en el arte de la palabra, surgida en Siracusa con Córax y Teisias, autores de tratados técnicos de retórica destinados a proporcional al pleiteante el arte de convencer. Triunfó en toda Grecia: en Atenas, en Olimpia, y fijó las reglas del discurso, hecho de frases incisivas, deslumbrando con antítesis realzadas por hábiles artificios, especialmente por la repetición de los mismos sonidos.

Pródicos de Ceos estudió la lengua en su doble aspecto, semántico y etimológico. Hipias de Elis, también orador, fue asimismo geómetra e historiador. Antifón el Sofista —que quizá no deba separarse de su homónimo, el inspirador de las hetairías oligárquicas— insistió sobre el carácter convencional de las leyes. El joven Calicles del *Gorgias*, bien sea una ficción o, más bien, un personaje real, representó la mayor expresión de un nihilismo moral que sólo admitía el triunfo, reconocido siempre justo, del superhombre sobre el débil.

Es difícil juzgar con rectitud un movimiento tal. ¿Puede haber algo más noble que este esfuerzo, el primero en la historia del hombre, para someter toda creencia a las luces de la razón? ¿Y cómo no recordar, entre otras, esta máxima de Hipias que, negando los antagonismos en que se funda la sociedad griega, considera a todos los hombres «como parientes, allegados, conciudadanos según la naturaleza, si no según la ley» (en Platón, *Protágoras*, 337 c)? Pero no es menos cierto que la sofística tenía sus debilidades: bajo las apariencias humanistas encontramos un gran desprecio por el hombre en esta indife-

rencia ante todo criterio moral, en esta afirmación de que el «razonamiento injusto» vale igual que el «razonamiento justo». Pero, además de estos excesos, es disolvente, puesto que ataca las creencias básicas, penosamente elaboradas en el transcurso de los siglos anteriores, que cimentaban, por ejemplo, la ciudad, la moral, la religión. Nacida de dudas que eran anteriores a ella, las consolidó y sacó sus últimas consecuencias: mucho antes de las convulsiones del siglo siguiente, la noción de *polis*, basada en el respeto a la ley, en la ciega sumisión del individuo a la colectividad, en las arbitrarias distinciones establecidas entre ciudadano y extranjero, entre hombre libre y esclavo, entre griego y bárbaro, derrumbóse bajo sus sutiles argumentaciones. En el fondo de ello hay un triunfo del individuo, del hombre armado con su sola razón, sobre los imperativos del Estado o de la tradición; y este mismo movimiento vuelve a encontrarse, en la misma época, en la predicación de los sofistas de la India o de China. Se trata ya de la *Aufklärung*, con su poder destructivo y su indiscutible grandeza.

El magnífico desarrollo de la medicina en la segunda mitad del siglo se explica, en parte, por las mismas causas que la sofística. En los cenáculos —de los cuales, los dos más importantes se hallaban en Cnido y en Cos—, el pensamiento médico, heredero de una antigua tradición, se desprendió poco a poco de creencias mágicas y puso los primeros cimientos de la terapéutica moderna, fundada, a su vez, en la observación empírica y en el razonamiento. Desconocedores de la anatomía y, más aún, de la fisiología, los médicos no descuidaban la influencia del medio, ni el temperamento, ni la psicología del paciente, y lograron maravillosas curaciones. Se puede medir la riqueza de sus observaciones en los tratados de la *Colección hipocrática*. Obra colectiva, este progreso de una de las más notables técnicas humanas se explica también por el genio de un hombre: Hipócrates de Cos (nacido hacia 460), sabio y práctico de gran categoría, fundador de la deontología por el famoso juramento que impuso a sus discípulos. No sabemos casi nada de él, como no sea que dominó su época por la amplitud de su pensamiento y por las exigencias de su conciencia.

El misterioso Sócrates

Contra las exageraciones de los sofistas se alzó Sócrates, a pesar de que, desde 423, Aristófanes lo confundió con ellos en las *Nubes*. Fue un ateniense de pura cepa, un buen ciudadano que combatió valerosamente en Potidea y en Delion. Hablando con propiedad, no tenía escuela, puesto que no pidió ninguna retribución, pero estaba rodeado de un círculo de jóvenes entusiastas. No escribió nada. Tanto si habló con el hombre vulgar, en la calle o en casa del zapatero, como si dialogó con los profesionales del pensamiento o con sus discípulos, empleó la ironía

en el sentido griego de la palabra, es decir, la interrogación, ingenua en apariencia, que desalojaba a su adversario hasta de sus últimos reductos, descubría las aporías de su pensamiento o las inconsecuencias de su acción y lo dejaba atado de pies y manos. Su oficio propio, según él, era la mayéutica: su madre, que era comadrona, ayudaba a dar a luz los cuerpos; él, en cambio, alumbraba los espíritus, les revelaba las verdades ocultas que llevaban en ellos sin saberlo.

Sin embargo, después del desastre, aquel sabio viose cargado con todos los pecados de la humillada Atenas. En 399, tres acusadores lo llevaron ante los tribunales, acusado de corromper a los jóvenes y de que, no satisfecho con no creer en los dioses de la ciudad, introdujo otros. ¿Hay algo de cierto en todo esto? Algunos autores modernos, al comprobar que el órfico-pitagorismo impregnaba todo el pensamiento de Platón, piensan encontrar la fuente en Sócrates; pero todo ello es incierto y, por otra parte, ¿habría fundamento para una acusación capital? En realidad, era más bien un proceso de tendencia lo que se intentaba contra él. Sus discípulos pertenecían, sobre todo, a la mejor aristocracia, y entre ellos figuraban dos temibles enemigos del pueblo: Alcibíades y Critias. ¿Se necesitaba más para hacerse sospechoso a la democracia altanera después de la derrota? Autores recientes (Chroust) se han dejado seducir aún por las apariencias y han visto en Sócrates el inspirador secreto de las hetairías oligárquicas. Es indudable que sus discípulos más sobresalientes, Platón y Jenofonte, vilipendiaron duramente a la democracia; pero, ¿no encontraron en la muerte de su maestro una razón suplementaria y decisiva para despreciarla? Nada permite una interpretación de Sócrates distinta de la de un hombre sensato que no se cegó ante los defectos del *demos*, sin pretender por ello quitarle el poder: su crítica de la democracia parece más constructiva que destructiva. Más sensato sería preguntarse si la predicación individualista de Sócrates no era contraria a la noción tradicional de la ciudad. Si Sócrates pudo parecer peligroso, fue porque, ante todo, prefirió la mejora personal. Sea como fuere, se buscaban responsables, y nadie parecía más apto para ocupar este puesto que aquel hombre original, aquel viejo de rostro de Sileno, mal visto por muchos ciudadanos, cuya tranquila inconsciencia había interrumpido y del que veinte años antes Aristófanes había podido ya trazar un esbozo nada favorable.

Sea como fuere, Sócrates se defendió noblemente; pero, reconocido culpable, se burló de los jueces proponiéndoles como castigo ser alimentado a expensas del Estado en el Pritaneo. Condenado a muerte, aún pudo escaparse, porque sus discípulos sobornaron a los guardas. Sócrates se negó. No quiso desobedecer las leyes, aunque injustas, de su patria, lo cual, al parecer, anula definitivamente la tesis que ve en él un doctrinario de las hetairías. No sin antes pedir a sus amigos que sacrificasen el gallo que había prometido a Asclepios, levantó su copa llena de cicuta. No se puede leer en el *Fedón* el relato de sus últimos instantes sin emocionarse hasta llorar. Voluntariamente, sin bravuconería, sin el sostén de ninguna megalomanía, como otros profetas, afrontó la muerte y un más allá sobre el cual no tenía más que esperanzas, y mientras, poco a poco, el veneno helaba su cuerpo, en medio de la desolación de los suyos, siguió hablando serenamente.

El mensaje de Sócrates no es menos misterioso que los motivos de su condena. Sólo lo conocemos indirectamente, a través de los escritos de un discípulo demasiado simple y demasiado genial. Si nada hay en común, salvo la admiración entre los testimonios de Jenofonte y de Platón, ¿cómo extrañarse de que los modernos hayan presentado a varios Sócrates tan distintos? Su doctrina, si es que hubo doctrina —y podemos dudarlo al comprobar que es reivindicado tanto por el hedonismo de los cirenaicos como por el misticismo ascético de Platón—, se reduce, para nosotros, a muy pocas cosas: establece la primacía del

hombre, «haciendo bajar la filosofía del cielo a la tierra», según palabras de Cicerón; adopta el «Conócete a ti mismo» de Delfos, que, por otra parte, desvía de su sentido puramente moral, para afirmar la necesidad de una acción fundada en la reflexión y la introspección; proclama que «nada es malo voluntariamente», dando al intelectualismo moral su expresión más pura; afirma los derechos de lo irracional, y permanece en éxtasis todo un día durante el sitio de Potidea, obedeciendo a aquel misterioso demonio —¿voz de la conciencia o, más bien, poder sobrenatural diferente?— que lo retenía al borde de sus actos malos.

Más difícil resulta ya distinguir lo que le pertenece en las más altas especulaciones de Platón. La teoría de las ideas, de estas formas inteligibles (el primitivo sentido de *idea* era forma) que explican lo real concreto, le fue claramente atribuido por el creador de la Academia, pero no es menos cierto que Platón lo aplicó a dominios, sobre todo la ciencia, del todo indiferentes para Sócrates. El diálogo socrático debía de ser menos metafísico que el diálogo platónico.

En el centro de aquella extraña y poderosa acción oral que fue la suya, hay esencialmente «una incitación a la vida del espíritu» (G. Bastide), un arte de sujetar al oyente para obligarlo a reflexionar, a plantearse problemas. Se compara al tábano o al torpedo, que impedía a los atenienses permanecer en su somnoliencia. Aquel infeliz profeta predicó con el ejemplo y sembró la inquietud, la base de la reflexión moral y filosófica. Heredero de Anaxágoras, hizo del Espíritu la única realidad viva, y aunque su pensamiento haya sido limitado en su objetivo y no haya fundado ni cosmología ni ontología, merece, mejor que todos los presocráticos, y pese a las sarcásticas maldiciones de Nietszche, ser considerado como el padre del pensamiento occidental.

Aristófanes o la añoranza del pasado

En todas sus ramas, la literatura atestigua la profunda influencia de la sofística, salvo, quizás, en la comedia, que seguía siendo tradicional y estaba demasiado prendada del sentido común para no inquietarse con las sutilezas de los nuevos sabios. Su estructura estaba ya bien fijada: comprendía un prólogo, después la entrada del coro, el «combate de palabras», que permitía la exposición de dos tesis contradictorias: la parábasis, en que el coro, apartándose momentáneamente de la acción, exponía sus quejas a los espectadores, y, por fin, el éxodo en forma de zarabanda. Pero era muy libre en sus temas, siempre muy ligados a la actualidad de una ciudad en efervescencia. Esta «comedia antigua» está más emparentada con nuestras revistas de *sketchs* que con una verdadera comedia de intriga, de carácter o de costumbres.

Un solo nombre destaca entre la masa de los cómicos, y de él nos quedan algunos versos: Aristófanes, un ateniense que creó su primera obra en 427. Los años turbios de la guerra del Peloponeso eran muy apropiados para exaltar la bilis de un espíritu triste que añoraba los viejos tiempos. No es que las simpatías de aquel hombre moderado estuvieran con los aristócratas, pero su pensamiento se trasladaba gustosamente a aquellos años ya lejanos —pues nos da la impresión de que pensaba más en los combatientes de Maratón que en los contemporáneos de Pericles—, en que la vida era fácil y armoniosa, sin aquellos aparentes refinamientos que eran sólo la envoltura del libertinaje.

Lo cierto es que nada iba bien cuando miraba a su alrededor. Los hombres políticos, tales como Cleón, con el cual estuvo a menudo en desacuerdo, eran seres grotescos, ávidos y sin escrúpulos. En los *Caballeros* es difícil encontrar un charcutero más miserable y vil que Paflagonio, que pueda suplantarlo en los favores del *demos*. La justicia se administraba aún peor desde que Cleón instituyó el trióbolo. Las *Avispas* presentan un horrible cuadro de la vida judicial. El pueblo tenía ansias de juzgar para ganar más; los sicofantes multiplicaban sus escandalosas acusaciones contra los ricos, envidiados por el *demos;* Atenas se había convertido en Chicanópolis, y los antiguos combatientes de Maratón, a los cuales, por una consciente inverosimilitud, Aristófanes convierte en coreutas de su comedia, cambiaron la pica por el estilete que empleaban los heliastas para escribir las condenas. Esta obra, de la que Racine sacará una deliciosa pintura de costumbres, constituía un vigoroso libelo político contra una institución democrática de la que los demagogos supieron hacer un arma temible.

No obstante, ¡cuán admirable campo de acción se abriría a la actividad de políticos ilustres! El pueblo sufría los horrores de la guerra, sobre todo los campesinos; el restablecimiento de la paz era, pues, el primer objetivo que se imponía. En un fragmento de una obra perdida, Aristófanes canta a Georgia (la Agricultura) como «la nodriza, esclava, ayuda, guardiana, hermana e hija de la Paz»; en los *Acarnianos,* un bravo campesino, Diceópolis, se ve obligado a firmar su paz particular, que le colma de alegría; en la *Paz,* Tirteo debe cabalgar un escarabajo para buscar en los cielos a aquella inaccesible diosa hacia la cual el poeta, intérprete de muchas gentes humildes, aspira con todas sus ansias; en las horas sombrías de 411, Lisístrata no encontró más solución que pedir a las atenienses que dejaran de satisfacer los deseos de los hombres para obligarlos a firmar un tratado.

El espectáculo de las costumbres cotidianas no era más tranquilizador. La ciudad desmoralizaba a los campesinos que se habían visto obligados a refugiarse en ella. El Estrepsíada de las *Nubes* opone su olor sano de campesino al lujurioso olor de la ciudadana con que se ha casado: «El día de la boda, en la mesa, junto a ella, yo olía a vino nuevo, a cañizos para el queso, a lana, a abundancia; ella, a perfumes, a azafrán, a besos lascivos, a gasto, a glotonería» (50 ss.). Los hijos no respetaban al padre. Y era debido a que los sofistas habían sustituido la educación viril y virtuosa de otros tiempos por una educación blanda y perversa. Las *Nubes* constituyen un violento libelo contra la sofística, que enseñaba los medios para triunfar imponiendo el «razonamiento débil»: el «pensatorio» de Sócrates, curiosamente escogido para personificar a los nuevos pensadores, era una escuela de inmoralidad. Incluso la religión se corrompía con la afluencia de cultos extraños, que sólo encontraban numerosas adeptas entre las mujeres, ávidas, por naturaleza, de sensaciones y entusiastas de un seudomisticismo.

El arte degeneraba día a día. La música se degradó con las abominables innovaciones de Frinis de Mitilene y Timoteo de Mileto, que disminuyeron la parte del elemento viril del ritmo en provecho del elemento hembra de la melodía, y cuyos aires eran sólo «caminatas de hormigas». ¡Ay. La misma música de las tragedias se disgregó bajo esta perniciosa influencia. Su inspiración no era mejor. Aristófanes confunde en un mismo odio a un Eurípides casi maduro y a su joven rival, el barbilampiño Agatón. En las *Tesmoforias,* atrevidas comadres están resueltas a causar un ma-

leficio a Eurípides, que las denigra incansablemente. En las *Ranas* (en 405) cuando aumentan los peligros, Dioniso sirve de árbitro en los Infiernos entre Esquilo y Eurípides y concede la palma al glorioso combatiente de Maratón, símbolo de la grandeza pasada, frente al miserable destructor de la mentalidad pública.

No cabe duda de que hemos de separar la exageración cómica de la violencia de los ataques personales, tan del gusto de la «comedia antigua». De lo contrario, habríamos de pensar que Atenas era sólo un pueblo de innobles bardajes... Pero el fresco es tan vivo, el testimonio tan preciso, que V. Ehrenberg ha podido utilizar esta obra para un estudio sociológico de la Atenas de fines de siglo. La impresión que se desprende es la de un mundo que cruje por todas partes bajo la fuerte presión de fuerzas innovadoras. Aquel *laudator temporis acti* que fue Aristófanes se lamentaba de ello, y la paradoja es que pudiera hacer reír al *demos* con sus defectos y su necesidad de un cambio.

Si ello fue posible, es porque su risa era desaforada. No había ningún refinamiento en comedias que removían el excremento, a menos que cayeran en la chanza libidinosa. Pero debemos despojarnos de nuestros prejuicios para comprender a Aristófanes, situarnos en el sano ambiente naturista de las sociedades antiguas. Por otra parte, la fuerza de su genio ennoblecía sus obscenidades y atrevimientos. Nadie volvió a encontrar el secreto de su fantasía, que disfrazaba a los heliastas de avispas y los pensamientos demasiado sutiles de nubes, o que imaginaba la graciosa ciudad de Cuco-las-Nubes. Nadie conoció como él el arte de introducir en escena una poesía tan flexible y tan fluida y evocar en términos tan delicados el género alado o el pueblo croante de los pantanos. Por lo demás, su ideal personal quizá no fuese muy elevado, y gustosamente se identificaría con el Diceópolis de los *Acarnianos* (270 ss.), para el cual, la felicidad consistía en coger por la cintura a la bella leñadora Trata o entregarse a las comilonas. Pero apasionó a su público —público que no era el grupo burgués de nuestros teatros (conviene recordarlo), sino el pueblo entero— con los más elevados temas de política, de moral o de literatura. Su obra constituyó el más bello homenaje a aquel *demos*, cuya degradación tal vez vio en toda su magnitud.

Un sofista inquieto: Eurípides

Aristófanes siguió siendo pueblo, aunque despreciara las innovaciones que satisfacían al pueblo. Eurípides fue un pensador altanero que, por muy penetrado que estuviese del nuevo espíritu, sólo consiguió cinco veces el primer puesto en las 78 piezas que presentó y que, al final de su vida, prefirió abandonar la ingrata Atenas por la corte de Pella.

Nadie mejor que él llevó impreso el sello de su época, no sólo porque su obra abunda en alusiones concretas que hacen las delicias

de los modernos comentaristas, sino porque expresa todas las inquietudes. No tuvo ninguna doctrina, ningún sistema comparable a los de sus antecesores. Es más, pareció complacerse en destruir en una pieza lo que había anticipado en otra. Lo que le interesaba era la búsqueda, el análisis, no la elaboración de una metafísica o de una moral, cuyos distintos aspectos definiría alternativamente. Viose empujado tanto por su naturaleza personal, su inteligencia sutil y fluida hasta el exceso —bastante incapaz de decidirse— como por su educación sofística, que le enseñó a ver en todo los pros y los contras.

De manera especial por lo que se refiere a los dioses, su pensamiento es huidizo. Parece que comenzó con una simple actitud de difusa irreverencia, para caer pronto en verdaderas profesiones de escepticismo, hasta de ateísmo, que escandalizaban incluso en la Atenas de los últimos decenios del gran siglo. Nos hallamos lejos del mundo de Esquilo, en que los hombres nadaban en lo sobrenatural, e incluso del mundo de Sófocles, en que el hombre sólo se afirmaba al oponerse a su destino. Aquí es la duda o la pura incredulidad, que por otra parte deja al alma jadeante y desamparada. Con gran extrañeza encontramos en su última obra, las *Bacantes*, la obra más directamente mística de todo el siglo de Pericles.

No es más estable la doctrina de Eurípides acerca del hombre que la que profesa sobre los dioses. Lo que más nos choca es lo amargo de su concepción. Aquel desengañado, misántropo, y misógino, sentía profundamente la miseria humana. Fue el primer gran pintor de las pasiones que devoran el alma, especialmente el amor y sus tempestades, y su pintura, a veces psicopatológica, parece extrañamente moderna. La desventura del hombre proviene, pues, no de su lucha desproporcionada contra la Moira, sino de sus debilidades y contradicciones íntimas y de la fuerza de los movimientos pasionales que lo agitan sin calmarlo. Sus personajes de mujeres destrozadas, como Fedra o Electra, se han impuesto como admirables modelos de psicología desesperada, por ser estrictamente humana. En todas sus obras estalla un punzante patetismo, y si Aristófanes se irritaba ante los harapos de que gusta vestir incluso a los reyes, Aristóteles, que, en cambio, sentía predilección por él, lo declara «el más trágico de todos los poetas».

Pero Eurípides poseía demasiados matices para no haber visto más que aquella humanidad que se abandona a sus pasiones y se devora a sí misma. También representó con cariño seres jóvenes y nobles, apenas desflorados por la vida, como aquella Ifigenia que, por primera vez entre los trágicos, nos muestra él caminando hacia la muerte no como a un suplicio, sino como a un sacrificio, libremente aceptado, por la causa de los griegos, e incluso personajes que supieron conservar, pese a las pruebas de la experiencia, su sensibilidad y su honradez, como el Labriego de *Electra*, un palurdo lo bastante delicado como para respetar a la princesa que, a pesar suyo, tuvo que casarse con él.

Si Eurípides ejerció después de su muerte una influencia duradera, fue porque, sin querer o poder ser metafísico o moralista, fue un psicólogo e incluso un psicoanalista de extraordinaria matización y penetración, que arrojó una luz violenta, y a menudo siniestra, sobre la condición del hombre y sus contradicciones, e incluso sobre su solicitud en un mundo poblado por demasiados dioses. Fue también quien transformó profundamente la tragedia, sin atreverse a abandonar los héroes tradicionales del repertorio, pero acercándolos tanto a los hombres de cada día, que los espectadores se reconocían fácilmente en ellos, de modo que puede ser considerado como el precursor de Menandro y del drama burgués. También son importantes sus innovaciones técnicas: los cantos del coro están cada vez menos ligados a la acción y muestran tendencia a convertirse en simples intermedios líricos, lo cual marca la división en actos de una materia continua, como la definirá el *Arte poética* de Horacio; las partes líricas se eximen de las sujeciones más estrictas de la simetría; la música, por la variedad y capricho de sus melodías, procura expresar mejor los matices de la psicología.

Estas innovaciones vuelven a encontrarse, más complicadas, en su joven rival Agatón, el brillante anfitrión del *Banquete*, discípulo también de los sofistas, que, por primera vez, atrevióse a renunciar a los viejos mitos e introducir en escena una pieza, *La Flor*, cuyo tema fue enteramente inventado. Pero la tragedia se agotó por querer acercarse demasiado a lo cotidiano, ella, que había nacido del culto y vivido en la atmósfera de lo divino. Se extinguió en el siglo IV, si bien Aristóteles, en la *Poética*, intentó desesperadamente, como filósofo, separar su naturaleza, basada en la imitación, sus resortes, el terror y la piedad, su justificación y la *katharsis* (purificación), insistiendo mucho más en la acción que en los caracteres. Pero era ir contra la corriente, y nadie supo, durante siglos, utilizar estas reglas y escribir un drama nuevo.

«Una adquisición para siempre»: la historia de Tucídides

Una generación después de Herodoto, el ateniense Tucídides señaló un progreso decisivo en la investigación histórica. Emparentado con la familia de los Cimónidas, brillante alumno de los sofistas, vio truncada su carrera, en 424, por el desastre que, como estratega, sufrió ante Anfípolis. La historia será para él la magnífica compensación de su fracaso político. El tema que escogió, la guerra del Peloponeso, es contemporáneo, aunque en su *Arqueología* (comienzo del libro I) se remonta hasta los más lejanos orígenes de Grecia. Para tratarlo reunió una copiosa y precisa documentación, y su destierro le permitió procurarse información acerca de los dos beligerantes.

Su obra es la de un espíritu abierto a todas las sutilezas por la sofística. Se apoyó en una rigurosa cronología, procediendo por años e incluso por estaciones, dada la imposibilidad de hacer corresponder fácilmente los calendarios de las distintas ciudades. Su crítica de los documentos fue implacable. Por otra parte, toda su obra se halla animada por una preocupación racionalista: se eliminó el elemento maravilloso, tan del gusto de Herodoto; según su manera de ver, todo debe explicarse por las leyes generales de la naturaleza humana. Es cierto que apenas da importancia a las estructuras económicas en el desarrollo histórico; pero, ¿quién podría reprochárselo razonablemente? Con toda firmeza, decidió no dejarse influir por las apariencias, desmontó los sucesos humanos para hacer comprender el mecanismo íntimo, y no sabríamos qué añadir, por ejemplo, al análisis despiadadamente lúcido que nos dejó del imperialismo ateniense.

Sus procedimientos de exposición son variados: en el relato, notable por su densidad y su vigor —el de la peste de Atenas es uno de los modelos del género—, introdujo opiniones y, sobre todo, discursos, discursos que, sin duda, son ficticios, y atestiguan especialmente su extraordinaria fuerza oratoria, pero que le sirvieron de medio incom-

parable para pintar un hombre, un programa político, una situación. Pericles se nos muestra sólido en las arengas que pone en su boca en tres etapas, y no podríamos elaborar una mejor exposición de los antagonismos en la víspera del conflicto, que las alocuciones de los embajadores reunidos en Esparta. Su estilo abrupto, lleno de antítesis y en el que hay más ideas que palabras, corresponde, admirablemente, a su constante preocupación por descortezar los sucesos y retener la atención.

Basta comparar su obra con la de Jenofonte, que, en las *Helénicas*, reanudó su relato en 411, en que la muerte lo había interrumpido, para apreciar mejor su rigor, su lucidez, su genio. Por su método o por su estilo se impuso a Polibio, Salustio, Tácito y a todos los que, por decirlo con la bella fórmula de Tucídides, han querido hacer de la historia «una adquisición para siempre».

Crisis del espíritu religioso

Las transformaciones de la religión, paralelas al desarrollo de la sofística, fueron en parte engendradas por ella. Protágoras, pese a ser un espíritu moderado, no podía emitir juicio alguno sobre los dioses; Gorgias, que fue más lejos, hizo tabla rasa de todas las creencias. Incluso un filósofo que se hallaba dentro de la línea tradicional, como Anaxágoras, indignó a los atenienses al afirmar que el sol no es más que una masa incandescente. Los procesos por impiedad se multiplicaban, pero los escándalos se agravaban, y prueba de ello es el doble y espantoso sacrilegio de 415: mutilación de los hermes y parodia de los misterios de Eleusis, de los que fue acusado Alcibíades, alumno de los sofistas. Eurípides, también discípulo suyo, lanzó una crítica agresiva y sarcástica contra los dioses; formuló sus dudas sobre las leyendas tradicionales y se revolvió contra las fullerías de las divinidades. Pero el mal tenía raíces más profundas, puesto que incluso la comedia, que respetaba las viejas costumbres y que frecuentemente inculpaba a los sofistas y a Eurípides, no trató mejor a los dioses: el Hermes de la *Paz*, el Dioniso de las *Ranas*, son grotescos viciosos y granujas; la sublevación de los dioses, privados de su alimento por los pájaros que, al construir Cuco-las-Nubes entre tierra y cielo, interceptaron el humo de los sacrificios con que se alimentaban, está pintada con un espíritu burlesco, que los rebaja al plano de los apetitos humanos más elementales. Estas groseras burlas fueron más perniciosas aún que los ataques de los sofistas, pues llegaron mejor a la masa.

Es indudable que la religión tradicional —con sus mitos demasiado humanos, sus dioses envueltos en sórdidas historias, desprovistos de escrúpulos, víctimas del deseo mucho más que del amor— no correspondía a una sociedad cada vez más refinada, y que era fácil pro-

mover la risa a costa de aquellos inmortales a los que el Estado hacía pomposos sacrificios. Y, por otra parte, ¿cómo no iba a disminuir la fe en las divinidades poliadas que durante tanto tiempo habían ayudado a Atenas y ahora se mostraban tan mezquinas protectoras?

Pero es característico de todas las épocas de turbación el que, mientras, por un lado, se desarrolla el escepticismo, se exacerbe por el otro el espíritu religioso. Paradójicamente, el negativo Eurípides, alma mucho más ferviente de lo que afirma, atestigua también nuevas necesidades religiosas. Se transparenta en él una piedad en que el dios se convierte en el pariente íntimo del hombre, en una especie de camaradería o amistad. Hipólito se dirige a Artemis en estos términos: «Soy el único de los mortales que tiene el privilegio de vivir a tu lado y conversar contigo; oigo tu voz, aunque no vea tu rostro» (Hipólito, 84 ss.); y dedica a su diosa predilecta una plegaria, célebre desde la Antigüedad, en la que se respiran, en una extraña atmósfera de pureza, sentimientos de confianza y amistad hacia una divinidad que, más que una amiga, es una confidente.

Algunos dioses parecieron beneficiarse de manera particular de este retoño de fervor, como consecuencia de las desdichas que abrumaban a los atenienses y de las nuevas necesidades de un contacto más estrecho con lo divino. Asclepios, heredero, a la vez, de un antiquísimo demonio curador en forma de topo y de un héroe médico originario de Tesalia, mencionado ya por Homero, había visto aumentar su crédito a medida que se multiplicaban sus curaciones milagrosas. Poco a poco se había transformado de héroe en dios e integrado en el mito de Apolo, cuyo hijo era considerado. También se habían multiplicado las construcciones en su honor en Epidauro, centro principal de su culto, de manera especial el curioso *tholos*, de época arcaica, encontrado bajo un edificio del siglo IV, laberinto en el que, sin duda, hay que reconocer una topera, residencia normal del antiguo demonio-topo. En 420, los atenienses lo llamaron para conjurar la peste, y, después de haberlo alojado, de manera provisional, en la casa de Sófocles, le erigieron un asclepieion, al pie de la Acrópolis. El éxito de este dios bienhechor, que se compadecía de las miserias físicas de la humanidad, resultó inmediato y entró muy rápidamente en el culto oficial, ya que las diosas de Eleusis dejaron paso a fiestas en su honor, las Epidauria, en los primeros días de los Misterios.

El ejemplo de Dioniso es más peregrino aún. Este dios panhelénico, cuyo éxito se había afianzado a lo largo del arcaísmo y al que los concursos dramáticos honraban con nobles tragedias y endiabladas comedias, vio cómo se desarrollaban sus orgías. Se multiplicaron las vasijas áticas que representaban escenas dionisíacas, y, en particular, el delirio de Ménades (fig. 63). La última obra que se conserva de Eurípides, las *Bacantes*, ofrece, a este respecto, un testimonio tanto más claro por cuanto es la obra de un hombre que, a pesar de todo, había expresado esencialmente sus inquietudes ante lo divino. Pinta la victoria de Dioniso, dios del éxtasis, de la posesión, que llena el alma de sus fieles de un sagrado entusiasmo y de un triunfo sobre todas las cosas, incluso la razón y sus dudas. Saca a escena a las mujeres de Tebas, que se exaltan en los matorrales del Citerón en la época de las fiestas del dios y se entregan a los extraños y bárbaros ritos del despedazamiento de las víctimas vivas que cogen en sus transportes *(diasparagmós)*, y al consumo de su carne cruda (omofagia).

No estoy seguro de que las *Bacantes* muestren una verdadera conversión de Eurípides, como la *Esther* o la *Athalie* de Racine, y, sin duda, sólo la muerte fijó a aquel espíritu, infinitamente móvil, en la actitud de fe mística, muy extraña, referida a un escritor que hasta entonces se había mostrado fiel discípulo de los sofistas. Por otra parte, no debemos desconocer que esta tragedia fue compuesta para ser representada

no en Atenas, sino en la corte de Macedonia, en un ambiente en que los cultos dionisíacos debían revestir una impetuosidad muy particular. Pero siempre se ha olvidado un poco el estado de espíritu que pinta en ella con una extraña verdad, el menadismo o transporte colectivo de las bacantes, ebrias por la presencia del dios en su corazón, rompiendo todos los obstáculos y triunfando salvajemente, estado de espíritu que correspondía a una necesidad de abandono total del alma en la divinidad, que no satisfacía ningún otro culto oficial.

¿Cómo puede extrañarnos que se buscara su satisfacción acudiendo a dioses extraños, procedentes de Asia o de Tracia? Los esclavos del Laurión, a menudo de ori-

FIG. 63. Ménade danzando, en una vasija del ceramista Hieron y el pintor Macrón, hacia 480. Berlín, Staatliche Museen

gen tracio, seguían venerando a diosas nórdicas: Bendis, una cazadora que fácilmente se identifica con Artemis, y Cotito, honrada con misterios obscenos, y el contagio extendió estas diosas entre los atenienses. La Gran Madre de los dioses, Cibeles, había penetrado en Grecia desde Frigia ya antes de las guerras médicas, y Píndaro había cantado poéticamente sus liturgias nocturnas y los coros de muchachas que la celebraban con Pan. Se le dedicó un templo en el Ágora, en el que se acumulaban los archivos públicos, y Agorácrito la esculpió acompañada de sus leones familiares. Su sacerdote, el Metragirto, monje mendigante que recorría la ciudad unos días determinados, acompañado de un pollino cargado con los presentes que recogía, introdujo un elemento de pintoresquismo oriental. Aristófanes ridiculizó a los secuaces de Sabazios, una hipóstasis asiática de Dioniso, y de los Cabiros, dioses de Samotracia protectores de los navegantes.

Condenó, sobre todo, a los fieles de Adonis, el compañero fenicio de Afrodita, cuyo culto, violentamente emocional, gustaba a las mujeres. En 415, en el momento en que se decidió la expedición a Sicilia, los atenienses festejaron la pasión de su dios y se entregaron en sus casas, mientras aguardaban su resurrección, a un bullicioso estruendo, que parecía un siniestro presagio: «¿Se ha desbordado el libertinaje de las mujeres, con sus ruidos de tambor, sus repetidos gritos de "¡Viva Sabazios!", y esta fiesta de Adonis celebrada en sus casas, que oí un día que estaba en la asamblea? El orador proponía marchar a Sicilia, y su mujer, en medio de la danza, clamaba: "¡Ay! ¡Ay! Adonis" (*Lisístrata,* 388 ss.).

El éxito de este culto se halla atestiguado también por la cerámica, que multiplicó las representaciones de los «jardines de Adonis», ofrendas vegetales de granos que se hacían crecer precozmente para ofrecerlos al pie de una estatua de Afrodita.

El cómico tuvo la oportunidad de burlarse de las místicas apetencias de las mujeres, a las que seducían las conmovedoras liturgias en honor de un dios cuya muerte, seguida de la resurrección, abría felices perspectivas en ultratumba, y de confundirlas incluso con la borrachera. El misticismo era el rasgo común de las nuevas formas religiosas que nacieron en Atenas a finales del siglo. Junto a Dioniso y a Adonis se buscó el contacto directo con un dios compasivo, un dios salvador. La atracción por las novedades y el pintoresquismo nórdico u oriental debieron de tener importancia en este movimiento, que apartó a las almas del misticismo tradicional y demasiado circunspecto de Eleusis. Pero encontramos en ello las primeras manifestaciones de un fenómeno que irá ampliándose sin cesar, tanto en Grecia como en Roma; y si Juvenal pudo lamentarse, amargamente, de que el Oronto corriera por Roma en lugar del Tíber, es porque, ya en 400, mezcló algo sus aguas con las del Ilisos y el Cefiso.

El nuevo espíritu en el arte

La renovación no fue menos manifiesta en el arte, ante todo, porque siguió siendo esencialmente religioso y colaboró a hacer más profunda la piedad, y, además, porque atestiguó las nuevas necesidades del espíritu ático, que no se contentaba con las perfecciones del clasicismo fidiano y buscaba más calor humano y más gracia (lám. V).

En la Acrópolis prosiguieron los trabajos de acuerdo con el proyecto de Fidias. Sólo el Partenón estaba terminado; los Propileos, inacabados al comienzo de la guerra, no se continuaron. En las nuevas construcciones, que concluyeron la obra de la generación anterior y dieron a la colina sagrada su aspecto casi definitivo, reapareció esplendoroso el estilo jónico. El templo de Atenea Niké fue construido, después de la paz de 421, sobre el bastión que dominaba la entrada: esta pequeña capilla anfipróstila, de un encanto delicado y arrebatador.

El Erecteion planteó problemas mucho más complejos, de modo que iniciado quizá por Mnesicles, no fue consagrado hasta 407. Se trataba de honrar a la vez a Atenea y Posidón, los dos dioses que se habían

disputado la posesión del Ática, sustituyendo las construcciones provisionales que se levantaron, después de 479, sobre el *hieron* arcaico y el palacio micénico de Erecteo, aunque conservando los más emocionantes recuerdos del remoto pasado religioso de Atenas: el olivo sagrado, la fuente salada, la tumba de Cecrops. El arquitecto orilló há-

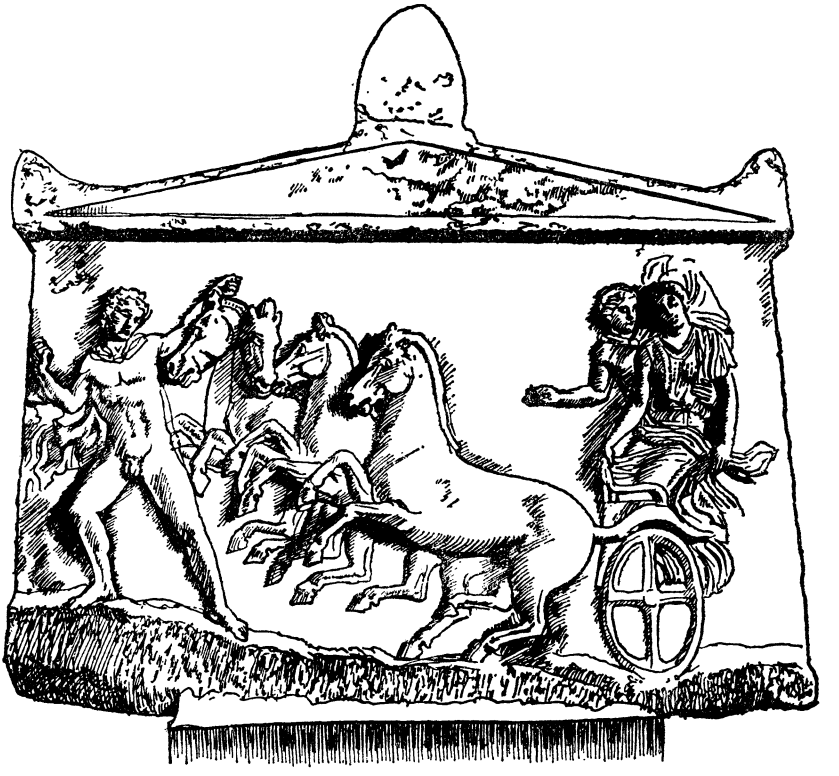


FIG. 64. Rapto de Basilea por Equelos en un carro guiado por Hermes. Relieve del santuario familiar de los Equélidas en Falera, cerca del hipódromo panatenaico, siglo v. Altura, 0,60 m. Atenas, Museo nacional

bilmente estas dificultades de orden religioso. Este edificio, único, fue, en realidad, doble, puesto que contenía dos *sekoi:* una, para Atenea, al Este, y otra, para Posidón, al Oeste. La parte oeste era, a la vez, un templo-altar —con la presencia, muy rara, de tres altares en el interior y de bancos en torno a los muros, que formaban una sala de iniciación, donde se celebraban los cultos más nacionales de Atenas ante los iniciados de las familias más antiguas— y un templo-tumba:

la tumba de Cecrops, situada bajo la deliciosa tribuna de las Cariátides. Este plano excepcional demuestra que no es posible, en pleno siglo de las luces, olvidarse de reliquias y ritos tan venerables, que no habían podido encontrar sitio en el Partenón, donde se adoraba a Atenea como diosa del Estado renovado por el pensamiento de Pericles. Pero había que resolver también problemas puramente técnicos, planteados, sobre todo, por la pendiente muy inclinada, que obligó a construir en el Oeste una fachada mucho más alta que en el Este. Tantas dificultades habrían podido dar por resultado un engendro. De hecho, el Erecteion fue el más ligero, el más hermoso de los templos jónicos, con las altivas doncellas que sostenían su pórtico sur; con su puerta, cuyo encuadre se adornaba con los más delicados motivos; con su techo, en el que los artesones estaban tachonados de estrellas de bronce. Se impondrá como el modelo por antonomasia del jónico clásico.

La arquitectura dórica no se halla tan bien representada a finales del siglo, como no sea por el inacabado templo de Segesta, en Sicilia, por el «templo de los atenienses» en Delos, de estilo puramente ático, y por el templo de Apolo Epicurios en Figalia, donde Ictinos (hacia 420) intentó audaces innovaciones: dórico períptero en el exterior, estaba dividido en tres naves, sostenidas por columnas jónicas; una columna aislada —sin duda el primer ejemplo arquitectónico del orden corintio, que había aparecido ya en el arte decorativo— separaba el santuario del *ádyton*.

La escultura, muy influida por Fidias, buscó también nuevos caminos (fig. 64). Alcameno, famoso sobre todo por su Afrodita en los Jardines, esculpió un Hermes Propilaios en el que jugó al retorno a las convenciones arcaicas. El receloso Cresilas, que rivalizó con Fidias y Policleto en la Amazona herida de Éfeso, dejó un admirable busto de Pericles, mezcla única de idealización y de caracteres individuales, que, por lo menos, demuestra que el clasicismo no repudió el retrato tanto como se ha dicho; Calímaco, que pasó por ser el creador del capitel corintio, inventó el «ropaje mojado», que modeló las formas hasta entonces veladas por el vestido; Peonio de Mende esculpió en Olimpia, para los mesenios, una Victoria en pleno vuelo, cuyo cuerpo palpita bajo el *peplos* transparente. La escultura decorativa en el templo de Atenea Niké, en el Erecteion (Figalia), se mantiene digna de sus creaciones anteriores, con una evolución hacia lo risueño, muy visible también en las graciosas Victorias de la balaustrada del bastión de la Acrópolis.

Sólo conocemos el nombre de algunos artistas de la gran pintura, por otra parte, difíciles de situar cronológicamente. Apolodoros fue llamado «el Esciágrafo» porque procuraba reflejar las sombras. Zeuxis y Parrasios se aprovechan de esta invención. Zeuxis pintó, con delicadeza, una Centaura. Parrasios conversó con Sócrates, el cual le preguntó por qué no intentaba representar el alma: «Porque no tiene dimensiones ni colores», respondió. Este jonio, dado a los placeres, pintó en el nuevo Dionision, las guerras de religión dionisíacas y los amores del dios con Ariadna, pero buscó también la expresión de lo patético, sobre todo en su Filoctetes herido.

Conocemos mejor las graciosas vasijas que salieron de los talleres del Cerámico, sobre todo del de Midias. Es el «estilo florido», con sus palmeras y follajes que invaden todo el fondo; sus figuras alargadas y danzantes, sus tornasolados colores. Se multiplicaron las escenas de género, sobre todo los cuadros del gineceo. No obstante,

el ejemplar más hermoso es una hidria, firmada por Midias, que representa en su espalda el rapto de las Leucípidas por los Dióscuros, y, en su panza, el jardín de las Hespérides: no podemos imaginar un dibujo de más minuciosa elegancia, figuras más ligeras, vestidos más vaporosos. Pero no estamos lejos del amaneramiento, y ya se presagia la decadencia de la cerámica en el siglo IV.

* * *

En realidad, Atenas produjo tanto, que no podemos reprocharle que se agotara algo, ya que, como generosa maestra de escuela, esparció sus beneficios por todo el mundo griego y bárbaro. Después de treinta años, cuando, en 404, sonó para ella la hora del inexorable declive, había conseguido librar al espíritu de los prejuicios atávicos, creado nuevas formas de arte o de literatura más humanas y más graciosas, admitido una piedad más emocional y más mística. Muy pronto, Sócrates dará testimonio del Espíritu frente a la bestialidad y la mala fe. Se han sentado las bases de un nuevo clasicismo, menos rígido y más conmovedor.

capítulo III

La era de las hegemonías (404-323)

Si el siglo v muestra una profunda unidad, la que le impuso Atenas, el IV, que para nosotros concluye con la muerte de Alejandro, en 323, fue un período de contrastes. Al principio, tres grandes ciudades se mostraban lo bastante fuertes para aspirar a la hegemonía, pero también demasiado débiles para conservarla. De hecho, una grave crisis sacudía a Grecia, que podía parecer anquilosada e incapaz de reformar sus instituciones, de dar un nuevo impulso a su economía, de resolver sus problemas sociales. Filipo de Macedonia proporcionó, de manera realista, la demostración del principio, tan caro a la filosofía griega, de la superioridad del uno sobre el múltiplo. Entonces, Alejandro pudo arrastrar a Grecia, unificada y sometida por su padre, a una prodigiosa epopeya, que extendió el helenismo hasta los confines del mundo conocido a la sazón. En algunos años, aquellos mismos griegos que mendigaban los subsidios del Gran Rey y de sus sátrapas, se habían convertido en los dueños del Oriente.

1. CINCUENTA AÑOS DE LOCURAS FRATRICIDAS (404-355)

Hay pocos períodos tan descorazonadores como los cincuenta años que separan la caída de Atenas de la entrada en escena de Filipo de

Macedonia. La Hélade se hallaba dividida por las intrigas rivales de Esparta, Tebas y Atenas. Estas ciudades pensaban sólo en imponer su propia autoridad y, por lo menos las dos primeras, no vacilaron en humillarse ante el Gran Rey para esclavizar mejor a Grecia, pese a la fuerte corriente de panhelenismo de que da testimonio la literatura contemporánea. Sus hegemonías no fueron más que lastimosos castillos de naipes. Como resultado de estas tristes y absurdas querellas, la destrozada Grecia sólo sabrá oponer veleidades a la resuelta voluntad de Filipo.

Tiranía y traición de Lacedemonia (404-378)

El año 404 representa un verdadero corte en la historia de Grecia. Atenas, vencida y humillada, asistía a la horrible tiranía de los Treinta, instalados con la complicidad de Lacedemonia y que redujeron el cuerpo cívico a 3000 ciudadanos. Pero desde 403 se restableció la democracia; acordóse una reconciliación general, y, durante el arcontado de Euclides (403/402), abrióse paso una considerable obra de restauración constitucional.

En Esparta, el artífice principal de la victoria, Lisandro, cayó en desgracia, y entonces saltó a primer plano Agesilao III, del que Jenofonte nos dejó el retrato más lisonjero: intrépido, infatigable, magnánimo, respetuoso con las leyes de su patria, incapaz de toda ambición personal. De hecho, fue la mejor encarnación de una Esparta que, conservando sus brillantes cualidades de energía, murió por no saber reformarse ni admitir más principio de acción que la fuerza, más móvil que el interés egoísta. Se conservan algunas bellas frases suyas, como su exclamación ante los 10 000 enemigos muertos en Corinto: «¡Desgraciada Grecia, que acabas de perder hombres que nos hubiesen asegurado el éxito en la lucha contra los bárbaros!»; pero este panhelenismo no pudo sostenerse ante la demostración de los hechos.

Esparta había soliviantado a los aliados contra Atenas en nombre de la autonomía. De hecho, después de su victoria hizo pesar sobre Grecia el yugo más duro: guarniciones reemplazaron a las cleruquías; harmostes, a los frurarcas atenienses; regímenes aristocráticos sucedieron a las democracias; el tributo siguió siendo percibido, aunque en provecho propio. Según la frase de Plutarco (*Lisandro,* 13), «Grecia se ve obligada a beber, después del dulce vino de la libertad, el aguachirle que le sirven los taberneros de Lacedemonia».

Entretanto crecieron sus ambiciones. Un ejército de 10 000 mercenarios griegos, reclutados por Ciro el Joven para destronar a su hermano Artajerjes II, consiguió, después de la muerte del príncipe, atravesar toda Persia, para llegar al mar Negro. Era poca cosa, pese al entusiasta relato de Jenofonte, que fue uno de los jefes; pero la aventura muestra, por lo menos, la relativa debilidad del Imperio de los Aquemémidas. Entonces Esparta se creyó lo bastante fuerte para renunciar a su alianza con el Gran Rey. Envió muchas expediciones a Asia, entre ellas, la de Agesilao, que consiguió notables éxitos.

No obstante, fuerzas hostiles se reagrupaban contra Esparta: Atenas, donde el descontento era vivo, a causa de la ruina de la economía, que siguió al desastre, y donde se empezaban a depositar grandes esperanzas en Conón, el vencido de Egos Pótamos, convertido en almirante del Gran Rey; Tebas, que no había sacado de la victoria común los frutos esperados. Pronto se desencadenó la guerra, que levantó una coalición de casi toda Grecia contra Esparta (guerra de Corinto: 395-394). Agesilao fue llamado de Asia y consiguió victorias que resultaron estériles, ya que los peloponesios quedaron bloqueados en la península. La entrada en escena del persa hizo más difícil aún su situación: Conón destruyó la flota espartana en Cnido (394), lo cual supuso por otra parte, la caída de la Grecia de Asia bajo el golpe de Artajerjes. Entonces entró en Atenas, donde —nuevo Temístocles— convenció a los atenienses de que reanudaran la expansión marítima, impulsando la reconstrucción de los Grandes Muros.

La guerra se prolongó en oscuros encuentros. En muchas ocasiones se intentó poner fin a la misma, como en Sardes, bajo los auspicios del sátrapa, o como en Esparta entre griegos. Finalmente, el espartano Antálcidas derrotó a la escuadra ateniense, y todos los griegos se reunieron de nuevo en Sardes para oír las condiciones del Gran Rey, vuelto otra vez a la alianza espartana: proclamó sus imprescriptibles derechos sobre toda el Asia Menor y ordenó la disolución, en Grecia, de las confederaciones. Esta *paz del Rey* (386), vergonzosa antítesis de la paz de Calias, representó la segunda traición de Esparta a la causa del helenismo. Incapaz de luchar en dos frentes, prefirió aliarse con el bárbaro para esclavizar mejor a Grecia.

Así, los dos cómplices se repartieron el Mediterráneo Oriental. Las ciudades griegas de Asia conocerán medio siglo de esclavitud, repartidas entre las satrapías, pagarán el impuesto y albergarán a menudo una guarnición. A su vez, Evágoras de Chipre hubo de inclinarse y jurar obediencia al Gran Rey «como un esclavo a su amo». Mientras tanto, toda Grecia recibía las órdenes de Esparta: el Peloponeso estaba totalmente sometido a la simmajía peloponésica, que subsistía bajo el engañoso pretexto de que no era una confederación; Tebas quedó reducida a sus propios límites, al disolverse la liga beocia; las islas hubieron de pagar tributo. Se constituyó en verdadero Imperio, sometido a la contribución de sangre o al tributo, organizado en 10 círculos, clara copia del imperio ateniense del siglo anterior.

Esta incomparable grandeza, que devolvió a Esparta su poderío de la época arcaica, va a hundirse de golpe. El Gran Rey, que le había retirado algo su alianza, reanudó su política basculante para debilitar a los griegos. Incluso en Grecia ganó terreno la idea panhelénica, sobre todo después del panegírico de Isócrates. Tebas se libró de su guarnición lacedemónica y se entregó a un gobierno democrático, y un ataque fallido del harmosta Esfodrias contra el Ática mostró a todos el verdadero rostro de Lacedemonia, su monstruoso egoísmo, sus únicos recursos a la violencia.

Pero la verdadera razón del fracaso de Esparta fue otra: su constitución arcaica y su inmovilismo social. La tensión era dramática entre opresores y oprimidos, como se demuestra en la conspiración tramada por Cinadón (397), el cual llegó a levantar contra los Iguales a ilotas, periecos y antiguos ciudadanos, rebajados, a causa de su indigencia, a las clases inferiores: jefes y cómplices perecieron en medio de atroces suplicios. De hecho, la clase de los ciudadanos —en la cual residía toda la fuerza del sistema— estaba minada en el interior por la desigualdad, que no había hecho más que desarrollarse en el transcurso del siglo v y que se agravó aún en el siglo iv. El éforo Epitadeus no hizo más que consagrar una situación ya establecida al hacer votar una ley que, sin atreverse a permitir la venta del *kleros*, autorizaba al menos que fuese hipotecado. Mientras algunos acumulaban en sus manos los lotes, otros no tenían con qué pagar su cuota para las comidas comunes y eran eliminados del cuerpo cívico. Otro factor con-

currió al mismo resultado: la disminución del número de niños. Esparta, que en Platea alineó 5000 hoplitas, contaba sólo con 3000 a 4000 durante la guerra del Peloponeso, y 1000 en tiempo de Aristóteles. El empobrecimiento del potencial militar que resultó de ello fue dramático en una ciudad cuyo poder reposaba exclusivamente en los profesionales de la guerra que eran los Iguales.

¡Y cuánta decadencia moral bajo la fachada de sobriedad igualitaria, que era sólo una engañosa apariencia! Afluían metales preciosos, gracias a las productivas operaciones de pillaje y a los tributos, a una ciudad que se obstinaba en admitir sólo la moneda de hierro. Se multiplicaban las acusaciones de venalidad contra los reyes o los magistrados. Las necesidades del Imperio obligaban a renunciar al viejo principio que prohibía a los espartanos abandonar la ciudad. Los magnates de la ciudad se disputaron los puestos de harmostes, desde los cuales podían dar libre curso a una desenfrenada avidez. Los contactos con el mundo exterior —inevitables para una ciudad que había renunciado a encerrarse en el Peloponeso— no eran menos desastrosos, porque mostraban a los ciudadanos lo absurdo de su arcaica manera de vivir. La corrupción y el apetito del goce reinaban en Licurgo. En Leuctras, bajo los golpes de los tebanos, no será sólo un ejército el que cederá, sino un mundo podrido, que pagará —con toda justicia— las contradicciones que existían entre la realidad y las apariencias.

El desquite de Atenas (378-371)

Las islas, autónomas desde la paz, pero muy amenazadas por Persia, se volvieron de nuevo hacia Atenas. Se trataba, al principio, de simples alianzas, y luego de una verdadera confederación, oficialmente dirigida contra Esparta, al objeto de no inquietar al Gran Rey, y cuyos principios quedaron solemnemente expuestos en el decreto de Aristóteles (377).

La autonomía de las ciudades fue reconocida formalmente: ni guarniciones, ni frurarcas, ni tributo. Dos órganos tomaban conjuntamente las decisiones: la *Ekklesía* para los atenienses, y un *synedrion* —donde todas las ciudades tenían un voto y cuya sede permanente era Atenas— para los aliados. El tributo fue reemplazado por una contribución voluntaria *(syntaxis)*, por lo demás, muy pequeña. Se desplegaron considerables esfuerzos para evitar que la confederación degenerase en imperio, como ocurriera un siglo antes. Creáronse verdaderas instituciones internacionales, con la aplicación del sistema representativo.

Las victorias navales obtenidas sobre los espartanos por los atenienses Cabrias y Timoteo determinaron nuevas adhesiones en masa: en Eubea, en las Cícladas, en Tracia y en Calcídica, y aún en el mar Jónico.

No obstante, en la Grecia Central se consolidaron otros dos poderes: la confederación beocia se reconstruyó en torno a Tebas. En

Tesalia, Jasón de Feres sometió todas las ciudades y se hizo nombrar tago.

Esparta, cada vez más aislada, viose obligada a entrar en negociaciones. Por dos veces se concluyó en Esparta una nueva paz (374 y 371), con la mediación del Gran Rey: para Lacedemonia, el Peloponeso; para Atenas, su imperio marítimo. Fue un magnífico desquite para Atenas, que obligó a su vencedor de 404 a reconocerla como su igual. Cefisodoto el Viejo recibió el encargo de esculpir un grupo alegórico de la Paz llevando a su hijo Riqueza, buen testimonio de las esperanzas de prosperidad que animaban entonces a los atenienses.

Los nueve años de la grandeza tebana (371-362)

Este precario equilibrio viose interrumpido de pronto por la prosperidad de Tebas, ciudad de segunda categoría que alcanzó la hegemonía. La liga beocia se reconstituyó sobre una base a la vez más democrática y más centralista que durante el período 447-386. El consejo federal fue sustituido por la asamblea del pueblo *(damos)*, que agrupaba, al principio, a los ciudadanos de todas las ciudades; pero se reunía en Tebas, lo cual bastaba para dar a ésta la preponderancia, reforzada, además, por la nueva repartición de las unidades políticas, que le aseguró 4 sobre 7. El ejército fue reorganizado por Górgidas y Pelópidas, que crearon un cuerpo escogido, apto para resistir a los temibles hoplitas de Esparta, el *batallón sagrado*, cuyos miembros tenían por divisa vencer o morir todos juntos. Sobre todo un hombre genial supo tensar todas las energías: Epaminondas, filósofo pitagórico y estratega.

Un ejército espartano, encargado de disolver la nueva confederación beocia, superior en número, fue vencido por los tebanos en la llanura de Leuctras (371). Epaminondas utilizó por primera vez una táctica mucho más sutil que el acostumbrado choque frontal de dos ejércitos: el orden oblicuo con el ataque por el ala izquierda.

Su victoria sembró el estupor en la Hélade: Esparta, invicta desde hacía siglos, perdió la cuarta parte de sus ciudadanos y su inmenso prestigio. Tebas vio cómo se agrupaba en torno suyo toda la Grecia Central, en tanto que el asesinato de Jasón la libró de un fuerte y ambicioso vecino. En el Peloponeso supuso la ruina de la simmajía peloponésica: en Argos, la revolución llevó a una verdadera matanza de ricos y causó 1200 muertos; Arcadia, Tegea y Mantinea, rivales de siempre, se unieron en una confederación, que cogió desprevenida a Esparta.

El período siguiente fue de una extrema confusión. Tebas dominó en adelante a Grecia, lo cual acarreó espectaculares trastornos de alianzas: Atenas y Esparta se reconciliaron ante el peligro; el Gran Rey abandonó a los lacedemonios y se pasó a

los tebanos. Epaminondas actuó con energía en muchas campañas en el Peloponeso, cuyo resultado principal fue el de aislar a Esparta. Dio la libertad a Mesenia, esclava desde hacía siglos, y le proporcionó una nueva capital: Mesena (369), en las laderas del monte Ítomo, a la que rodeó de admirables murallas. De este modo, Esparta perdió la tercera parte de su territorio. Ayudó a la confederación arcadia a crear instituciones definitivas. Fue una democracia moderada, con una asamblea de los Diez Mil (integrada, sin duda, por ciudadanos que poseían el censo del hoplita), un consejo, 50 demiurgos y un estratega. Como centro político se construyó una nueva ciudad, Megalópolis, poblada con ciudadanos reclutados en toda Arcadia. Dividida en dos partes por el río Helison, que separaba el barrio municipal del federal, la nueva capital se desarrolló armoniosamente y se convirtió, con sus templos, su teatro y el Tersilion, donde reunía la asamblea de los Diez Mil, en una de las más bellas ciudades del Peloponeso. Esparta, rodeada de esta forma por las plazas fuertes de Mesena, Megalópolis, Mantinea: ¡qué cambio tan total de la situación!

Por otra parte, Tebas viose obligada a combatir en muchos frentes: en Tesalia, donde tomó parte contra Alejandro de Feres, quien intentó, como su tío Jasón, dominar las otras ciudades y donde Pelópidas obtuvo una gran victoria en Cinoscéfalos (364), aunque murió en el combate; en la misma Beocia, donde cometió el horrible crimen de dar muerte a todos los ciudadanos de Orcómenes, que se oponía a su influencia; y, sobre todo, en el Peloponeso, donde en Mantinea se hundirá, finalmente, su hegemonía. Epaminondas no vaciló en combatir en el mar y dotó a la terrestre Tebas de una flota de 100 trieras, construidas bajo las órdenes del cartaginés Anobal. Pero la lucha viose interrumpida por varias tentativas de paz; los congresos de Delfos y de Tebas (368 y 366) se mostraron incapaces de concluirla. Entre ambos, el rescripto de Susa (367) atestigua la nueva orientación protebana de Persia, puesto que declaró a Mesenia independiente de Esparta y ordenó a Atenas retirar sus navíos de alta mar.

Finalmente, estalló una conflagración general. Toda Grecia participó en una oscura querella entre eleos y arcadios, y, en la llanura de Mantinea, se dividió en dos campos: por un lado, Esparta, Atenas, los eleos, los aqueos y Arcadia del Norte; por otro, Tebas, Argos, Mesena y Arcadia del Sur. Epaminondas iba a triunfar, al parecer, cuando pereció en pleno combate, con el pecho atravesado (362). Fue la más absurda de todas las batallas y a la que, en medio del cansancio general, siguió una reconciliación sobre la base del *statu quo*.

Pero había concluido el poder de Tebas. Epaminondas no era de los que podían ser reemplazados, y, las fuerzas de la ciudad eran demasiado débiles para que pudiera proseguir por más tiempo una lucha tan encarnizada. Por otra parte, el héroe al que Tebas debió su grandeza momentánea no tenía para su patria más ambiciones que Agesilao para la suya: la hegemonía militar, basada exclusivamente en el despliegue de la fuerza. Todo cuanto su genio, valor e incansable actividad pudo proporcionar a Tebas fueron nueve años de dura hegemonía sobre Grecia.

Desilusiones de Atenas (362-355)

Humilladas sucesivamente Esparta y Tebas, sólo Atenas parecía conservar algún poder, a la cabeza de su confederación. Bastarán algunos años para que se derrumben todas sus esperanzas.

Ya habían surgido las dificultades en el Norte, donde Calcídica había abandonado la alianza para unirse a Anfípolis y donde Atenas chocó con las ambiciones de Mace-

donia. Prosiguieron en el Helesponto, a causa de las intrigas del rey de los odrisos, Cotis, y de su agente, el infame Caridemos. Corcira desertó. Eubea escuchó los consejos de Tebas, e hizo también traición; fue preciso desplegar grandes esfuerzos para lograr que entrara de nuevo en la liga.

Pero las verdaderas razones del debilitamiento del poder ateniense no hay que buscarlas en las ambiciones de los reyes del Norte o las intrigas de Tebas o de los oligarcas de Corcira. Por una parte, Atenas no tenía la fuerza suficiente para hacerse respetar en todas partes. Cada vez costaba más caro pagar la soldada a los infantes y remeros empleados en las incesantes expediciones, que se renovaban de año en año. Los ricos viéronse aplastados por las trierarquías y por la *eisphorá*. Fue más fácil buscar cabezas de turco y llevar ante los tribunales a los estrategas que fracasaron, que resolver el verdadero problema: la penuria de medios financieros.

Por otra parte, Atenas, que, pese a todo, se mostraba prudente para no caer de nuevo en los excesos imperialistas del siglo anterior, viose obligada a menudo, por la fuerza de los hechos, a actuar sola. El *synedrion*, el órgano más reciente de la segunda confederación, perdió poco a poco sus poderes y quedó reducido a un papel consultivo. Se restablecieron algunas cleruquías. La autonomía judicial de algunas ciudades quedó en entredicho. La *syntaxis* siguió siendo pequeña (nunca más de 300 talentos, es decir, claramente menor que el *phoros* del siglo V), pero la percibían los estrategas.

En realidad, la negativa de Quíos a pagar la *syntaxis* será lo que hará estallar la sublevación de los aliados en 357, que consagrará la ruina de la confederación. Incluso en Asia, la situación había evolucionado profundamente. Mientras Artajerjes II había vivido bajo la amenaza de las rebeliones de sátrapas casi independientes, un nuevo soberano, enérgico y ambicioso, subió al trono en 358: Artajerjes III Ocos. El sátrapa de Caria, Mausolo, envidioso de la preponderancia ateniense en el mar Egeo, decidió crear una liga que agrupaba a Quíos, Rodas y Bizancio, la cual se mostraba lo bastante fuerte como para vencer a la flota ateniense en Embata (356). Atenas tuvo aún valor para enviar a Cares a Asia: consiguió sobre un sátrapa una buena victoria, a la que, no sin énfasis, declaró «hermana de Maratón». Pero carecía de recursos para atreverse a decir que no al ultimátum de Ocos: no tuvo más remedio que renovar la paz del Rey y reconocer la independencia de las ciudades sublevadas (355). En algunos meses sólo quedaron migajas de lo que había sido un imperio.

En 355, Atenas era aún la ciudad griega mayor y más rica, pero acababa de perder su triunfo esencial: aquellas ciudades, que una vez más, voluntariamente, se habían aliado con ella, decepcionadas, separáronse de ella por la fuerza. Pero ni ella ni sus dos rivales, Esparta y Tebas, tenían fuerza suficiente para unir la Hélade, empobrecida y desmoralizada, contra el peligro que la acechaba y que ni siquiera los más perspicaces parecían distinguir. En efecto, no fue en Oriente donde se acumularon las más graves amenazas contra la autonomía de Grecia, sino en Macedonia, donde, el año anterior, un joven soberano había ocupado definitivamente el poder.

2. FILIPO Y GRECIA (356-336)

Tras el asesinato de Arquelao por su favorito (400-399), Macedonia había conocido muchas convulsiones. Amintas III, que había subido al trono después de un período turbio, jalonado con una cadena de asesinatos, prosiguió la lucha para reducir a los vasallos del país alto, y desarrolló una hábil política basculante entre las ciudades griegas.

A su muerte (370) reinaron sucesivamente sus dos hijos mayores: Alejandro II, que fue muerto por orden del amante de su madre, Eurídice, princesa entregada por completo a sus sentidos y a sus ambiciones; y Pérdicas III, que pereció en una gran batalla contra los ilirios, los turbulentos vecinos que mantenían la inseguridad en la frontera septentrional.

La situación era, pues, grave al llegar a 359. El hijo de Pérdicas, Amintas, era demasiado joven para reinar, y muchos pretendientes se disputaban el trono. El último de los hijos de Amintas III, Filipo, escogido para tutor de su sobrino, se impuso con tal autoridad, que tres años más tarde, pudo, sin discusión, despojar a su pupilo y proclamarse rey (356).

Filipo y Macedonia

Filipo tenía sólo 23 años cuando fue proclamado regente; pero su experiencia era ya grande: rehén en Tebas, trató a Epaminondas, por quien sintió la más viva admiración; luego gobernó una provincia de Macedonia. Su vida privada era bastante desordenada, y sus adversarios tenían la oportunidad de reprocharle su inmoderada inclinación al vino y a las mujeres. Pero todos habían de admitir, por lo menos, sus dotes políticas: desprovisto de todo escrúpulo, recurría tanto a la fuerza como a la diplomacia. Poseía también los dones contradictorios de la energía en la acción y de las esperas en las negociaciones.

Su obra interior fue considerable, pues, ante todo, tenía que contar con una Macedonia fuerte, antes de entregarse a sus verdaderas ambiciones, que no eran otras que la sumisión de la Grecia desunida. Se engrandeció en perjuicio de todos sus vecinos, conquistó dos provincias al Epiro, se apoderó de Anfípolis y de Pidna, engañando a los atenienses con hábiles negociaciones; en las Tracias se anexionó el distrito aurífero del monte Pangeo, rechazó a los bárbaros del Norte, peonios e ilirios. Los países recientemente conquistados fueron objeto de una verdadera colonización interior, que permitió valorizar y helenizar regiones que, en suma, se habían mantenido muy bárbaras. La más célebre de sus creaciones, Filipos, vigilaba de cerca las minas del Pangeo.

Los recursos de que disponía eran importantes. Ante todo, una fuerte organización social, en un país aún primitivo en el que los nobles, sometidos al fin, le proporcionaron incomparables cuadros: eran los hetairos (compañeros), que ocupaban todos los puestos importantes en la administración y en el ejército. Además, unas finanzas saneadas: las aduanas fueron reorganizadas por el ateniense Calístratos, mientras que las minas del Pangeo le aseguraron la enorme renta de 1000 talentos anuales, con los cuales acuñaba soberbias estateras de oro, los filipos, que, en adelante, competirán con los dáricos persas y las lechuzas de Atenas. Supo aprovechar este dinero para atraerse los servicios de griegos, que, poetas o artistas, frecuentaban su corte en gran número. Indudablemente griego, tanto por su formación como por su raza, pese a lo que dijera Demóstenes, prosiguió la helenización de Macedonia, iniciada mucho tiempo antes. Adornó su capital, Pella, con hermosos edificios.

Pero su fuerza principal residía en su ejército, al cual dedicó todos sus cuidados, ayudado por un incomparable jefe de estado mayor, el fiel Parmenion. El alistamiento obligatorio permitió reclutar importantes contingentes, en un país cuya población quizás alcanzara los 800 000 habitantes. Macedonia fue dividida en circunscripciones militares, cada una de las cuales contribuyó con 4 unidades: una de caballería, otra, de infantería pesada, y una tercera de infantería ligera. En el combate, la variedad de estos elementos les aseguraba una gran flexibilidad de maniobra, aunque el más importante fue, sin discusión, la falange, agrupación de unidades de infantes pesados, armados con la sarisa (larga lanza, de 5 a 7 m., según la fila). Aunque sin tener aún el carácter macizo y compacto que alcanzara en la época helenística, era muy apta para detener al enemigo y hundirlo con la verdadera muralla de hierro que le oponían las sarisas abajadas. Fue el elemento que permitió a Filipo conquistar Grecia, y a Alejandro, someter Asia.

Filipo y Grecia hasta la paz de Filócrates (346)

En el espacio de diez años, los progresos de Filipo fueron tanto más notables cuanto que la única ciudad que había podido oponérsele se replegó sobre sí misma y prefirió sus intereses materiales a la lucha por la hegemonía, Atenas dejó de creer en su destino. Se entregó a Eubulo, hombre de gran honradez, que, ante todo, era un financiero y que, como presidente de los encargados del teórico, ejercía una considerable influencia. Su principal cuidado fue el de consolidar las finanzas, bastante críticas tras haber desaparecido las *syntaxeis* de la confederación, evitando los despilfarros y sin establecer nuevos impuestos. Procuró al pueblo substanciales compensaciones a la pérdida del imperialismo, dedicando los fondos disponibles más al teórico que a la caja militar, e intensificando la explotación del Laurión. En el plano exterior, mantuvo una estricta neutralidad, evitando, sucesivamente, conflictos con el Gran Rey, con Mausolo y con Esparta. Bien aceptado tanto por los ricos —libres de los aplastantes pesos de las contribuciones de guerra— como por el pueblo —que se adormecía en medio de una prosperidad sin peligros—, aseguró, por fin, a su patria, paz y comodidad. Mas, una ciudad que contaba con tal pasado, ¿podía aceptar impasible la ocupación por Filipo, de Metone (354), única plaza que Atenas poseía aún en la costa macedónica?

Filipo buscaba sólo un pretexto para intervenir más directamente en Grecia. Lo encontró, y mejor de lo que hubiera podido soñar, en la tercera guerra sagrada, llevada contra los sacrílegos focidios. Bajo la dirección de enérgicos dinastas, Filomelos y Onomarcos —designados como estrategas *autokratores*, que fortificaron Delfos y no vacilaron en utilizar los bienes de Apolo como tesoro de guerra—, los focidios se aseguraron la amistad de Esparta y Atenas, pero chocaron con una temible coalición que agrupó, en torno a Tebas, a tesalios y locrios. La intervención de Filipo,

facilitada por las disensiones civiles que desgarraban de nuevo a Tesalia, dio un nuevo sentido a un conflicto limitado al principio, pero que llegó a trastornar a todo el mundo griego. Macedonia sólo conoció éxitos: fue batida por Onomarcos, y una precipitada marcha sobre las Termópilas motivó la reacción de todos los aliados de los focidios. Mas, por lo menos, añadió un triunfo decisivo a su juego al anexionarse Tesalia, que conservó su autonomía, si bien reconociendo la hegemonía de Macedonia; pronto se hará nombrar arconte vitalicio de la confederación tesalia.

Aunque la guerra proseguía en Fócida, viose bien claro que el problema de Delfos sería secundario en lo sucesivo, y que sólo contaría el enfrentamiento de Filipo con Atenas. Pero Filipo encontró en Atenas un adversario de su talla en la persona de Demóstenes. Mas, ¿qué podía hacer el ardiente patriota contra el pacifismo de Eubulo, al que, por otra parte, no dejaban de asistirlo buenas razones, contra las intrigas de oradores a sueldo de Filipo, como Esquines? El *demos* apenas tenía capacidad más que para sobresaltos.

Entretanto, Filipo prosiguió metódicamente sus planes en la Grecia del Norte. Sin descuidar a sus turbulentos vecinos bárbaros, dedicó toda su atención a las ciudades griegas de la costa. En 348 se apoderó de Olinto, minada desde el interior por su oro y que las moratorias de Atenas no permitían socorrer eficazmente, y la destruyó por completo.

Atenas, desalentada, no tuvo más recurso que tratar de asegurarse, por lo menos, el *statu quo*. El propio Demóstenes, al ver a su patria completamente aislada, se decidió a aceptar la unión sagrada con los pacifistas del partido de Eubulo. Filipo, con este maquiavelismo, del que era considerado maestro, halagó a los embajadores en un intento de obtener posiciones aún más ventajosas. Finalmente, se firmó la paz de Filócrates (346): cada una de las partes conservaba lo que poseía, lo cual dejó la Calcídica en manos de Atenas. Entonces Filipo pudo castigar a los focidios impíos con el mayor rigor, y se asignó los dos votos anfictiónicos confiscados a los sacrílegos. Acudió en persona a celebrar en Delfos las Pitias de 246 como un *Te deum* triunfal.

Un patriota: Demóstenes

El hombre que ya se alzó contra Filipo y que asumirá un papel más considerable aún, no actuó al descubierto. Quería «aconsejarse con el pueblo» y tenía un programa que proponerle.

Firme defensor de la democracia, no era amigo de los que halagaban al *demos*. Reclamó obstinadamente el compromiso personal de cada ciudadano, que debía a su patria el servicio militar y el leal pago de las contribuciones. Tales son los temas esenciales de las *Filípicas* y de las *Olintias*. En el exterior era también preciso hacer triunfar la democracia sobre la monarquía, destino común de los bárbaros. Comprendía que habían pasado ya los tiempos de la hegemonía ateniense y pareció inclinarse hacia una dirección libremente consentida por los griegos; de aquí las satisfacciones de prestigio que concedió en muchas ocasiones a los aliados, a los eubeos, a Bizancio, a Tebas.

Seríamos injustos si no reconociéramos la unidad de esta política, mantenida, con tanto realismo como sentido de la honradez, a lo largo de una carrera de más de treinta años. No fueron menos evidentes su sinceridad y su desinterés. Se le acusó de haber recibido dinero del Gran Rey o de haberse puesto de acuerdo con los importadores de trigo procedente del Bósforo cimerio. Si aceptó realmente ayudas del extranjero, era una costumbre establecida entre los oradores. Nada permite dudar de la afirmación de Plutarco, según el cual «aventaja con mucho, por lo que se refiere a su honradez, a todos los hombres de su época».

Pero, ¿eran razonables sus deseos? ¿Estaba enfocada su política, llevada, en conjunto, con desinterés, en el sentido de los intereses de Atenas y de Grecia? Es un punto muy discutido. Algunos lo han acusado de que estuvo vuelto exclusivamente hacia el pasado y de no haber visto que Grecia, después de tantas amarguras, con inmensa esperanza aspiraba a la unión. Quizá se olvide demasiado pronto que el adversario que tenía enfrente era un político tortuoso, que basaba su poder en las destrucciones de ciudades, proscripciones, despojos, matanzas, y cuyas miras no eran la realización de proyectos panhelénicos, sino el saciar su propia *libido dominandi.*

Y, sobre todo, sería olvidar que las miras de Demóstenes no tenían la estrechez que se le atribuyen. Lo que deseaba era la salvación de todos los griegos, aunque no la creyera posible sin la dirección de Atenas. En la tercera *Filípica* exhorta a la *Ekklesía* a «deliberar sobre los intereses de todos los griegos», y alaba a los atenienses del pasado por haber asegurado la salvaguardia común de los helenos. En el declive de su vida, al resumir su acción en el *Discurso de la corona,* podrá exclamar: «Uno fui para nuestra ciudad, uno para toda Grecia».

No deseaba, pues, menos vivamente que los partidarios de Filipo el fin de las estériles disensiones que desgarraban al mundo griego. Pero creía que la unidad de la Hélade sólo podía basarse en el respeto a las tradiciones, a la libertad, a la *polis.* En el fondo era más panheleno que el Macedonio, para quien la unidad de Grecia no era más que la condición de su sumisión, de su servidumbre.

Sin embargo, quizá sea justo añadir que aquella acción llegaba muy tarde, en un mundo que se entregaba. Demóstenes encontró grandes dificultades en arrancar a los atenienses de su cansancio, de su apatía. Jamás consiguió agrupar a todos los griegos contra el Macedonio: si la suerte de las armas permaneció equilibrada durante mucho tiempo, ¿no habría triunfado con la ayuda de Esparta, que prefirió aislarse en un orgullo superado? Y, en sí, el régimen de la ciudad no ofrecía sin duda medios eficaces para luchar contra un soberano autócrata. «Filipo gobernaba —exclama en uno de los más vigorosos arrebatos del *Discurso de la corona* (235)— solo, como dueño absoluto... Además, tenía abundante dinero y hacía cuanto se le antojaba, sin anunciarlo mediante decretos, sin deliberar públicamente, sin verse arrastrado ante los tribunales por los sicofantes, sin incurrir en acusación de ilegalidad, sin

dar cuentas a nadie, como único dueño, jefe y soberano de todo. ¿Y de qué era dueño yo, que había tomado posiciones contra él? De nada. En efecto, la misma facultad de hablar al pueblo, único derecho del que participé, también lo concedíais vosotros a los asalariados de Filipo».

Es demasiado fácil procesar a los vencidos. No acusemos, pues, al hombre que estaba por encima de las bajas calumnias de un Esquines. No acusemos al patriota, que se consagró a su tarea sin desmayo, sin reserva, entregando su persona y sus bienes por la victoria de sus ideas. Ni siquiera acusemos al político, que no era un ciego ni un retrógrado, sino un orador clarividente, que captó las miras puramente egoístas de Filipo y juzgó, en su justa medida, sus intrigas, en las que el recurso a la fuerza sólo cedía ante el recurso a la astucia. Y si apuntó excesivamente alto, si confió demasiado en las posibilidades de Atenas, su audacia era digna de loa y bien mereció pasar a la Historia como el paladín de la libertad de la Hélade. «Si tu fuerza, Demóstenes, hubiera sido igual a tu pensamiento, jamás hubiera obedecido Grecia al sable macedonio», proclama justamente la inscripción de una estatua que los atenienses le dedicaron, en el Ágora, en 280.

De la paz a la derrota (346-338)

Los seis años que separan la paz de Filócrates de la nueva declaración de guerra (346-340) son muy confusos. Atenas experimentó de manera más intensa aún la influencia de Demóstenes, el cual reorganizó la marina y obtuvo del pueblo y de los ricos duros sacrificios financieros: la caja militar invadió paulatinamente la jurisdicción del teórico, y la *eisphorá* se convirtió en un impuesto permanente. Grandes procesos políticos, motivados por las desgraciadas embajadas preliminares a la paz, demostraron su crédito: Filócrates fue condenado, y Esquines, absuelto sólo por 30 votos de mayoría. Pero el pueblo no supo aprovechar una admirable ocasión: rechazó desconsideradamente a los embajadores de Ocos que llegaron a ofrecer la amistad del Gran Rey, inquieto por los nuevos progresos del Macedonio. Filipo, más hábil, firmó un tratado de alianza con el Persa. Demóstenes consiguió por lo menos romper el aislamiento de Atenas. Tuvo la prudencia de tratar de igual a igual con la confederación eubea, que acababa de crearse y solicitaba la alianza de Atenas, y, con ayuda de Calias de Calcis, reunió en Atenas un congreso panhelénico, el cual agrupaba a todas las ciudades que querían oponer resistencia a Filipo: Eubea, Megara, Corinto, Acaya, Corcira, Leucada, Acarnania, Ambracia. El pueblo consideró que el orador se había hecho benemérito de la patria, y votó para él una corona de oro.

Por su parte, también Filipo consideró que la paz era sólo una tregua. Acusó al rey de los odrisos, Cersebleptes, honrado por Atenas con el derecho de ciudadanía,

y se anexionó Tracia, donde estableció nuevas colonias militares, entre ellas, Filipópolis. Después se aventuró a pasar el Quersoneso y a poner sitio a Perinto. Finalmente, con un extraordinario golpe de fuerza, arrebató a Hierón, a la entrada del Ponto Euxino, un convoy de aprovisionamiento de 180 embarcaciones atenienses. Era mucho más de lo que el pueblo podía soportar: Atenas, dispuesta a arriesgar el todo por el todo frente a un adversario tan desleal, le declaró la guerra (340).

Los comienzos fueron afortunados para Atenas. Demóstenes reorganizó las finanzas y la marina: la sintrierarquía permitió obtener más de los ricos y dar un nuevo impulso a la construcción naval. Filipo se vio obligado a levantar el sitio de Bizancio, ayudada por la flota ateniense; fracasaron sus intrigas para intervenir en una nueva guerra sagrada contra Anfisa. Pero, de pronto, rodeando a sus antiguos enemigos, los focidios, dobló las Termópilas y ocupó Elatea. Ante esta noticia cundió el pánico en Atenas. Sólo Demóstenes reaccionó: arrancó al pueblo la decisión de aliarse con Tebas, pese al recuerdo, aún vivo, de tantos conflictos y ofensas; acudió a Tebas, donde, con su elocuencia, demostró que sólo la alianza de las dos ciudades podía salvarlas y salvar a Grecia, y no dudó en hacer grandes concesiones a los tebanos. El combate decisivo se desarrolló en Beocia, Queronea (338), donde la liga helénica y Filipo alinearon, cada uno, 30 000 infantes y 2000 jinetes. No fue bravura lo que les faltó a los coaligados: 1000 ciudadanos atenienses quedaron en el campo, y todo el batallón sagrado se hizo matar por guardar fidelidad a su juramento. Pero sus mezquinos generales tenían frente a sí a Filipo (un excelente táctico) y a Alejandro (un joven príncipe cuyas furiosas cargas decidieron el resultado).

Demóstenes fue vencido, y, con él, Atenas. La libertatd griega expiró en los valles de Queronea.

Liga de Corinto (337)

Filipo se encolerizó tanto, que llegó a insultar a los muertos. En cambio, fue más razonable, al mostrarse generoso con Atenas. Le envió a uno de los prisioneros, Demado, para quien la ciudad no era más que «una vieja que arrastra las sandalias y se harta de tisana». Se firmó la paz. Aunque Atenas viose obligada a renunciar a su confederación y a la liga panhelénica, conservó su autonomía, su flota, sus cleruquías. Tebas, en cambio, fue tratada con el más duro rigor. Se estableció allí un régimen oligárquico, bajo la protección de una guarnición macedónica, y se disolvió la liga beocia.

Entretanto, Filipo, victorioso, ideó grandes proyectos. Mientras Atenas reparaba sus fuerzas bajo la dirección del íntegro Licurgo y guardaba la suficiente dignidad como para confiar a Demóstenes el encargo de pronunciar la oración fúnebre por los muertos de Queronea, sometió sin dificultad al resto de Grecia, excepto a Esparta, cuyo llano país devastó, a la vez que redujo a Laconia. Entonces convocó en Corinto a representantes de todas las ciudades y estableció una liga panhelénica, de la que sólo quedaba excluida Lacedemonia.

Los miembros de la liga de Corinto quedaron comprometidos entre sí por una paz general. Las ciudades conservaron sus fronteras y su gobierno. Estaban obligadas no a una contribución, sino a contingentes proporcionales a sus fuerzas. El órgano deliberativo era el *synedrion* de los helenos, donde cada ciudad disponía por igual

de un número de votos en relación con su importancia militar. Macedonia quedó fuera, pero su rey era el *hegemón,* el jefe militar de la liga, y en caso de guerra, su estratega *autokrator.*

No carecía de amplitud aquella concepción. Por primera vez, casi toda Grecia conoció verdaderas instituciones supraestatales: el *synedrion* fue una asamblea perfectamente constituida, con una representación proporcional de los Estados, de delegados que votaban tan sólo de acuerdo con su conciencia, sin tener que rendir cuentas a nadie; un comité directivo de cinco proedros, que podía convocarla en caso de necesidad, aparte las reuniones ordinarias previstas para los juegos panhelénicos. Muy lejos de la simmajía peloponésica y de las dos confederaciones atenienses, nos encontramos en presencia de un Estado federal de muy amplias atribuciones, que pudo haberse convertido en una monarquía de tipo constitucional regida por Filipo. Es evidente que una creación tal no habría sido posible sin el desarrollo, lento, pero seguro, de ideas panhelénicas en el transcurso del siglo.

No es menos evidente que aquella estupenda construcción formóse en interés de Filipo y no de los helenos. El astuto soberano conocía demasiado a los griegos para creerlos capaces de renunciar a sus formas tradicionales de gobierno y, en particular, a la *polis.* Superpuso, pues, a las *poleis,* un Estado federal, del que era jefe indiscutible, y al que vigiló con guarniciones establecidas en cuatro puntos estratégicos: Tebas, Calcis, Corinto y Ambracia.

De la misma forma que hará Bismarck con los alemanes, Filipo trató de arrastrar a los helenos a una gran expedición común para cimentar su unión. También en esto el panhelenismo le abrió el camino, con la idea de la cruzada contra los bárbaros. Persia sería atacada para vengar las ofensas de Jerjes, lo cual resultaría muy fácil, ya que, después del asesinato de Ocos, el trono fue ocupado por un príncipe de vacilante autoridad: Darío III Codomán.

Pero en las bodas de su hija Cleopatra, un hetairo, Pausanias, asesinó a Filipo de una cuchillada. ¿Fue una venganza personal o una instigación de la mujer del rey, Olimpíada, cansada de sus desprecios, o incluso obra del Persa? Sea como fuere, ¿qué iba a suceder con la inmensa obra llevada a cabo por un hombre abatido en plena fuerza, en plena gloria?

3. CRISIS DEL SIGLO IV

La victoria de Filipo no se puede explicar sólo por las desdichadas disensiones de los griegos. El equilibrio numérico de las fuerzas no condenaba inevitablemente a los *poleis* a inclinarse ante el Macedonio. Pero habría sido preciso que encontraran en sí mismas los recursos necesarios para resistirlo. Ahora bien, política, social y económicamente, la ciudad se encontraba trastornada hasta en sus cimientos tradicionales. La crisis de la *polis* era tanto la causa como la consecuencia del triunfo de Filipo.

Subversión de la sociedad y de la economía

Invocaremos principalmente el ejemplo de Atenas, el único que conocemos gracias al buen número de textos literarios o filosóficos. Pero tenemos buenas razones para creer que la evolución fue la misma en las regiones que tradicionalmente practicaban la oligarquía (Esparta, Tesalia) o en una democracia moderada (Beocia). He aquí dos causas fundamentales de estos trastornos: se introdujeron nuevas relaciones entre ciudad y campo; Grecia, incapaz de vivir en autarquía, perdió una parte de su clientela exterior.

En el campo

Poseemos en la *Economía*, de Jenofonte, un documento de primer orden sobre la vida rural a principios del siglo IV. En la forma de diálogo entre Iscómacos (rico terrateniente) y Sócrates se representa un cuadro idílico de la agricultura, madre y nodriza de todas las artes, escuela de civismo y de paciencia para el soldado-ciudadano. Se predica el retorno a la tierra en sus aspectos más agradables. ¿Quién no envidiaría la vida que llevaba Iscómacos, en medio de sus esclavos, tratados con paternalismo y humanidad, junto a una dulce compañera, delicadamente adiestrada para la sumisión y para los deberes de ama de casa? Además, un dominio explotado racionalmente —y no se necesitaban talentos especiales para ello (Iscómacos empleó, a su vez, la mayéutica, e hizo encontrar a Sócrates, que creía ignorarlos, todos los principios fundamentales de la agronomía)— aseguró confortables ventajas. ¿No practicaba el padre de Iscómacos una verdadera especulación financiera, comprando terrenos en decadencia para ponerlos en buen estado y venderlos con grandes beneficios?

Este documento —que, por otra parte, idealizaba abusivamente la vida del campo—, presentaba sólo uno de los aspectos del problema. Una profunda crisis sacudía al campo desde la guerra del Peloponeso: la devastación del Ática por los espartanos; el inevitable éxodo hacia Atenas, que desarraigaba a los campesinos de sus costumbres tradicionales; la duración del conflicto, que entrañaba la perpetua movilización de los agricultores, arruinó la agricultura y, lo que es peor aún, destruyó aquella clase social de pequeños y medianos propietarios que, vuelta a crear por Solón y fomentada por Pisístrato, había sido la fuerza de la Atenas de Pericles, procurándole la estabilidad política y asegurándole excelentes hoplitas, endurecidos por el trabajo del campo y muy adictos a la patria. Terminada la guerra —y terminada lamentablemente—, muchos no tuvieron el valor de dejar en buen estado los devastados campos. Las últimas comedias de Aristófanes pintan la triste condición del campesino, obligado a comer raíces para engañar el hambre y que ni siquiera disponía de un pedazo de tierra para

hacerse inhumar. Asistimos al eterno mecanismo de la huida hacia la ciudad del campesino arruinado, que vendía sus bienes con la esperanza de una vida menos miserable. Los mojones hipotecarios se multiplicaban en el campo ático, y, como en los tiempos anteriores a Solón, reapareció el ideal comunista (en el sentido antiguo de la palabra) de un reparto general.

Entonces se reconstruyeron vastas propiedades, en provecho de aristócratas o, más a menudo, de nuevos ricos, felices de poder invertir en bienes rústicos una parte de su fortuna, tanto más cuanto que, con frecuencia, se mostraba lucrativa una explotación racional. La considerable alza de los precios favorecía al gran propietario, que producía para vender, pero no al pequeño, que lo hacía para alimentarse y debía comprar objetos manufacturados, cada vez más caros. El rico explotaba sus tierras por medio de jornaleros, que, a menudo, eran los antiguos propietarios despojados de sus campos, y, sobre todo, de esclavos, cuyo número aumentaba considerablemente. Y el fenómeno estaba lejos de limitarse al Ática: Tesalia asistió a la consolidación de la gran propiedad, a pesar de que ya estaba ampliamente extendida; ya hemos señalado que, en Esparta, la tierra se concentró también en algunas manos.

Es cierto que la evolución no llegó a su término. En el Ática y en Beocia, la tierra seguía fragmentada. Incluso la gran propiedad era de dimensiones moderadas: Platón, en *Alcibíades,* juzga considerable un dominio de 26 Ha. Pero el mecanismo de las compras sucesivas impedía generalmente los bienes de un solo poseedor: había grandes propietarios rurales, no *latifundia.*

Por otra parte, el capitalismo rural conseguía excelentes resultados, y sería falso hablar de recesión de la producción agrícola. Hubo indudables progresos técnicos, aunque limitados: se estudió la naturaleza de los suelos y se tendió a la rotación trienal con leguminosas; se multiplicaron los pastos; se avenó y se irrigó; el abono con marga y la encaladura se convirtieron en prácticas corrientes. No obstante, los grandes dominios se orientaron naturalmente hacia las producciones rentables: productos hortícolas, que se vendían bien en una ciudad que se hipertrofiaba, vino y aceite, sobre los que pesaban, en cambio, riesgos de mala venta, dadas las nuevas dificultades del comercio.

En la ciudad

En la ciudad no fueron menos funestas las consecuencias de la paz de 404. Para los pobres, la ruina del Estado entrañaba la desaparición de las ventajas del imperio y de la guerra (soldadas, pillajes) y la recesión de la economía, basada en el gran comercio. Atenas se reanimó en el transcurso de los decenios siguientes y, sobre todo, después del renacimiento de una confederación marítima. Entonces aparecieron nuevas fuentes de ingresos, tanto para el proletariado urbano como para los campesinos acogidos en la ciudad.

En primer lugar existía el mercenariado, plaga normal de una época de guerras endémicas. Muchos pobres y descarriados sintiéronse atraídos por los elevados sueldos que recompensaban el valor militar. La expedición de los Diez Mil demostró que era fácil para un príncipe reunir una tropa considerable. Las perturbaciones del imperio persa, la revolución de Egipto y las intrigas de los sátrapas obligaron al Gran Rey, al Faraón e incluso a los sátrapas a recurrir a mercenarios griegos. Una crisis social semejante a la de la época arcaica engendró, pues, los mismos efectos: el ciudadano que no podía integrarse en una ciudad ponía su brazo y su valor al servicio de los más ricos. Por otra parte, las *poleis* tampoco se contentaban con el

alistamiento, y la decadencia del espíritu cívico las obligó a recurrir a soldados mercenarios. Observemos, sin embargo, que fueron las comarcas más pobres, en las cuales la vida urbana no ofrecía posibilidad alguna, como Acaya o Arcadia, donde el reclutamiento se produjo en masa. Los pobres de Atenas tenían otros medios para asegurarse su subsistencia.

Estos medios eran tradicionales. Ante todo, existía el Estado-Providencia. La reanudación de las guerras que se sucedieron, la creación de algunas cleruquías, la reconstrucción de las murallas, los trabajos de edilidad o de los templos y los arsenales ofrecían a los menos afortunados medios con que vivir. Las *syntaxeis* reemplazaron parcialmente al *phoros*.

En 400, un demagogo, Agirreos, instituyó el *misthos ekklesiastikós:* los ciudadanos recibían un salario (primero 1, luego 2 y, al fin, 3 óbolos) para cumplir su deber principal y asistir a las sesiones de la *Ekklesía*. Este detalle nos permite medir la decadencia de la moralidad pública. Restableció también el teórico, que había sido preciso suprimir y que cada vez tomó mayor importancia, puesto que se dedicaban a él todos los excedentes. Este fondo, que en el espíritu de Pericles sería una caja de ayuda a los necesitados, sirvió cada vez más para los pequeños placeres del *demos*. Sabemos las dificultades que tuvo Demóstenes para decidirlos a dar preferencia a la caja militar. Los otros *misthoi* subsistían, especialmente en el Helieo, donde los juicios eran cada vez más partidistas y donde se multiplicaban las confiscaciones, a menudo contra toda justicia, pues el pueblo consideraba el tesoro del Estado como su propio bien.

En segundo lugar, Atenas experimentó un nuevo resurgir económico. El Cerámico volvió a hervir de actividad artesana. La concentración era débil —el padre de Demóstenes tenía 33 obreros en su armería, y 20 en su fábrica de muebles—, y, sobre todo, había pequeños talleres. No menos próspero era el comercio, favorecido por los grandes préstamos y por el desarrollo de la banca. Los extranjeros eran cada vez más numerosos, y en el Pireo se veían comerciantes egipcios, fenicios o chipriotas. Pero, junto a los metecos, antiguos esclavos acumulaban grandes fortunas, y se hicieron tan indispensables para el Estado, que éste les confirmó el derecho de ciudadanía, como a Pasion y Formion. La producción y venta de productos de lujo se mantuvo, pues, como la base de la vida económica.

Reducción del mercado

Pero factores de recesión empezaron a dejar sentir sus perniciosos efectos. Por una parte, el Pireo no tenía ya el indiscutible monopolio de que disfrutaba en el siglo v. Los puertos de Anatolia, sometidos al imperio persa, recuperaron su prosperidad arcaica, sobre todo Éfeso, que triunfó definitivamente sobre Mileto. Rodas, Cízico y Bizancio se convirtieron en ricos depósitos de mercancías.

Pero había algo más grave. El mercado exterior mostró tendencia a reducirse, dado el desarrollo industrial en países hasta entonces subdesarrollados, que se procuraban en Atenas todos sus productos de lujo.

Los talleres de Italia fabricaban vasijas muy presentables, cuyos temas se hallaban más de acuerdo con los gustos locales que los de la cerámica ateniense. Incluso

Etruria cocía vasijas de figuras rojas, por lo demás, bastante mediocres. Las monedas de Siracusa serán preferidas en adelante en los mercados occidentales, en perjuicio de las de Atenas.

El mismo fenómeno se produjo en el Norte, en otro tiempo principal mercado de Atenas. Escitia, apasionada por los productos helénicos, compraba más en las colonias que en Atenas. En muchas ciudades del Quersoneso se fabricaban ánforas para vino, demostrativas del desarrollo de una viticultura local, hasta entonces inexistente. Incluso Panticapea llegó a cocer vasijas con decoración figurada, a imitación de las atenienses del estilo de Kertsch. Los objetos de oro y de plata, siempre numerosos en las tumbas indígenas, se hacían cada vez más en los mismos lugares, cual testimonios de influencias iranias tan profundas como las influencias griegas.

Lo mismo se comprobó en Tracia, donde los señores compraban gustosamente productos manufacturados en las colonias griegas de ambas costas, mediterránea y póntica, más que en Atenas. También importaban objetos, de manera particular arreos de caballos, procedentes de la Escitia, de la que políticamente eran cada vez más tributarios. Incluso se desarrolló un arte propiamente tracio, bastante afín, por su estilización, al arte celta.

Finalmente, en las provincias del imperio persa dedicadas tradicionalmente al comercio con Atenas, asistimos también a una reducción del mercado, aunque algo más tardía (mitad de siglo). Las cerámicas áticas son menos numerosas en las tumbas, y las monedas atenienses se sustituyen por imitaciones locales, muchas veces desmañadas. Al-Mina, destruida por un incendio en 375, viose libre de la influencia ateniense después de su reconstrucción. Sin una catástrofe que marque la ruptura, la evolución es la misma en Naucratis.

Mas no vayamos a exagerar la gravedad de la situación. Atenas exportaba aún mucho, como atestigua el gran número de vasijas llamadas *de Kertsch,* en todo el contorno del Mediterráneo y del mar Negro. Pero la balanza comercial se había hecho deficitaria. Efectivamente, si bien no era posible vender como antes el vino, el aceite y los productos fabricados por el artesanado, las necesidades en cereales eran las mismas, si no mayores. Es cierto que el trigo llegaba en mayor abundancia de Egipto, de Chipre y de Fenicia, pero las importaciones occidentales habían terminado casi por completo. Atenas hubo de recurrir a las más rastreras adulaciones hacia los dinastas escitas o tracios, que, a menudo, fueron agraciados con el derecho de ciudadanía: sin su clientela ni sus buenos oficios, habría perecido de hambre.

Las causas profundas de este cambio hay que buscarlas tanto en la desaparición del imperialismo —del que ya hemos señalado la inflexión que diera a la economía de la Atenas de Pericles— como en la madurez de las viejas tierras coloniales, que preferían ahora producir lo que antes importaban. De la misma forma que no dominaba a Grecia políticamente, la Atenas del siglo IV tampoco fue el preceptista del mundo mediterráneo y póntico, que se emancipó de su tutela.

Dos bloques antitéticos: pobres y ricos

Hizo crisis la clase media de los agricultores que disponía de un pedazo de tierra suficiente para vivir de él. La vida era tan dura para

los que consiguieron sostenerse, que apenas participaban en la *Ekklesía* y, por tanto, se excluyen voluntariamente de la vida política. Así dos bloques quedaron enfrentados.

Los pobres constituían un proletariado miserable, tanto los jornaleros del campo como los artesanos o tenderos de Atenas y del Pireo. La indudable disminución de la vida económica jugó una mala pasada a cuantos vivían de la expansión comercial de Atenas. Resultaba difícil encontrar empleo, a causa de la competencia de los esclavos. Y el trabajo estaba mal remunerado, sobre todo por lo que se refiere a los obreros no especializados y cuyos salarios no habían subido. En cambio, el coste de la vida había aumentado en desastrosas proporciones: era una consecuencia de la oleada de metal que el Gran Rey o Filipo dejaban caer sobre Grecia, y que sólo beneficiaba a los poderosos. A los desheredados no les quedaba más recurso que hacer cola a la puerta de los tribunales, precipitarse sobre las dietas de la *Ekklesía,* esperar las ayudas o las munificencias del teórico.

Los ricos eran los concesionarios de las minas, los grandes armadores, los banqueros y, paulatinamente, los acaparadores de la tierra. Aunque conocían todas las comodidades de la existencia, se lamentaban amargamente y, de hecho, eran tratados con dureza. Eran víctimas de la inicua parcialidad de los Heliastas, desde que quedaron comprometidos por una causa. Viéronse abrumados por las liturgias (especialmente por la trierarquía) y por la *eisphora.* En estos dos dominios había que introducir continuas innovaciones para conseguir una mayor justicia e impedir que los poderosos se sustrajeran a sus obligaciones. Sobre todo la *eisphorá,* en otro tiempo impuesto de repartición sobre la renta, convirtióse en un impuesto de cuota sobre el capital, que pesaba sólo sobre los ricos, y para percibirlo fue preciso instaurar un complicado sistema de 100 simmorías, cada una de las cuales representaba la décima parte del capital imponible, y que motivó inextricables litigios. Comprendemos que toda la clase poseedora deseara ardientemente que llegase el día feliz «en que los atenienses, por fin, se verán libres de las *eisphorai,* de las trierarquías y de otras liturgias aplicadas a la guerra» (Isócrates, *Sobre la paz,* 12-13).

Al final disgregóse la ciudad dividida entre estos dos bloques. A menudo se ha hablado de la debilitación del espíritu cívico, factor que no debe ser subestimado, aunque fue más bien la consecuencia que la causa de la desaparición de la ciudad. La ciudad no existía ya mucho antes de hundirse políticamente bajo los golpes de los macedonios. Era un cuerpo unitario en el que todos estaban dispuestos al sacrificio supremo, porque tenían la convicción de pertenecer por completo a una comunidad de derechos y de intereses. Pero, ¿quién se atrevería aún a hablar de igualdad de derechos en una sociedad en la que unos lo poseían todo y otros nada? Y, paradójicamente, cada una de las dos clases se creía burlada por la otra: los pobres, porque no podían contentarse con las limosnas de los *misthoi* y del teórico; y los ricos, porque no podían disfrutar tranquilamente de sus bienes, siempre amenazados o esquilmados. Por ambas partes, la mala voluntad sustituyó a la voluntad común, que constituía la esencia de la *polis.*

Atenas no erà la única que sufría de aquel mal devorador. La matanza de los ricos de Argos nos da el tono de los odios de clases. La Esparta de los Iguales se convirtió en un monstruo de desigualdad. A veces se imponían tiranos, que prometían al pueblo el reparto de tierras y la remisión de las deudas y que se atrevían a recurrir a los esclavos para afianzar su poder. Esta amenaza —que, a decir verdad,

era sólo latente— determinó a Filipo a exigir de los griegos la promesa de no proceder a ninguna liberación de esclavos con miras a la revolución.

Ante aquella ruina de la ciudad, consecuencia de una ruptura económica y social cuya importancia no veían ellos, los pensadores solían idear soluciones parciales, aunque sin renunciar al principio mismo de la ciudad. Alejandro descargaría un golpe decisivo sobre las *poleis*, pero la conquista del Oriente iba a proporcionar una solución (por lo menos provisional) a la asfixia económica y a los antagonismos de clase.

4. LA EPOPEYA DE UN JOVEN DIOS (336-323)

En 336, a la muerte de su padre, Alejandro tenía 20 años. A los 13, su padre lo había puesto bajo la férula de Aristóteles. El niño escuchaba con pasión a un maestro que lo sabía todo. Leyó a Píndaro, Herodoto y Eurípides. De esta forma adquirió una cultura profundamente helénica y un gusto por las cosas del espíritu del que jamás se desprenderá. A los 16 años se le confió la regencia durante una expedición de Filipo y empezó a iniciarse en los asuntos. Momentáneamente desavenido con su padre, reconcilióse con él e, hijo primogénito, fue proclamado rey por el ejército cuando Filipo cayó bajo el puñal de Pausanias. Entonces se inició un reinado de doce años y medio que iba a cambiar el aspecto de la Hélade y del mundo oriental.

Un héroe providencial

En Alejandro concurrieron la prudencia y la inspiración, la reflexión y la intuición. Se tiende a explicar esta excepcional naturaleza por la doble herencia de Filipo el realista y Olimpíada la mística. Su madre, mujer violenta, de sensibilidad desenfrenada y que se entregaba al frenesí de los ritos dionisíacos, pertenecía a la familia real de los molosos, los Eácidas, que se consideraban descendientes de Pirro el hijo de Aquiles y habían heredado la impetuosidad y la soberbia del héroe «de corazón de león», que la benevolencia de los comentadores eruditos les asignara como antepasado. Alejandro era víctima de ingobernables accesos de cólera y de entusiasmo, lo mismo que les ocurrirá a otros Eácidas, como Pirro y Filipo V (lám. 25).

No era mezquina herencia para un esforzado adolescente creerse descendiente de Heracles por parte de padre, y de Aquiles y Príamo por parte de madre. Apasionado por las tradiciones míticas, sintió hervir en él la sangre de los héroes, sus antepasados. Pero aún era poco para él saberse originario, aunque remotamente, de Zeus, padre de Heracles. En un siglo obsesionado por lo sobrenatural, era fácil dar el

paso que hizo de él un dios. Esta convicción, que albergaba ya en su interior la encontró corroborada en su visita al oráculo de Amón en Siwah. En el sanctasantorum recibió del dios la doble respuesta que esperaba: Amón lo proclamaba su hijo y le prometía el imperio universal. Poco importa que Alejandro diera un sentido demasiado literal a la expresión «hijo de Amón», corriente entre los títulos faraónicos. Lo importante es la arrebatada incertidumbre —que no lo abandonará— de que no era sólo un rey dentro de una estirpe, sino el hijo preferido de la divinidad, y, en consecuencia, un dios.

Porque se consideraba un superhombre, Alejandro obró como tal. Muy infiel, en este punto, a las lecciones recibidas de Aristóteles, el cual proclamaba que la moderación era la única salvaguardia de las monarquías, albergaba un desmesurado genio. Radet nos acostumbró a la visión de un Alejandro místico, que se exaltaba ante la idea de imitar la valentía de Aquiles. Schachermeyr nos lo muestra más romántico, más demoníaco: un Titán apocalíptico al que visitaban la luz y la sombra, filántropo y asesino, bienhechor de la humanidad y tirano sanguinario. Ambos retratos son ciertos: en el fondo de su conciencia, el profundo sentimiento de las diferencias que lo separaban del mejor de los mortales. Comprendemos, aunque no justificamos, la asesina locura que se apoderó de él cuando su hermano de leche, Cleitos, a la salida de un banquete y, en son de broma, le citó unos versos de Eurípides: «Los que se creen superiores al pueblo y que no son nada...». Puesto que no revelaba naturaleza humana, nada podría detenerlo, ni siquiera la mesura que los griegos denominaban prudencia y que él consideraba mediocridad, ni la moral tradicional. Nada le estaba prohibido, puesto que todo se le exigía. Pero los indudables defectos que ensombrecían su vida eran poca cosa comparados con aquel ardor y aquel aliento creador, tan violentos y tan impetuosos en él que, de buena fe —incluso sin las interesadas exhortaciones de los sacerdotes de Siwah, de Delfos o de Gordión—, llegó a considerarlos divinos.

Visión del Imperio universal

Desde el comienzo de su reinado, Alejandro castigó con prontitud y energía. Eliminó a los pretendientes y guerreó en los Balcanes. Grecia se agitó, y Demóstenes se burló del «hombrecito» que reinaba en Pella. Pero una campaña fulminante acalló todas las esperanzas que había suscitado la muerte de Filipo, y, para demostrar su implacable resolución, arrasó Tebas, que le opuso resistencia, a excepción de los templos y de la casa de Píndaro; pero, al igual que su padre, se mostró generoso con Atenas. Luego, tras movilizar al ejército macedonio y a los contingentes de la liga helénica, marchó para Asia, cuando aún no hacía dos años que había subido al trono (mapa 16).

Lugares a donde llegó Alejandro

ESTACIÓN

AÑO

ITINERARIO de Alejandro señalado con el signo correspondiente en el mapa según las diferentes etapas cronológicas.

EL CUADRO CRONOLÓGICO explica, estación por estación, los lugares a los cuales llegó Alejandro.

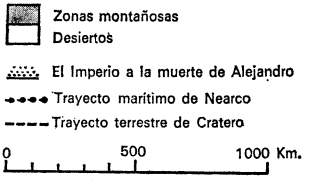
El rayado indica u a estancia prolongada en un lugar determinado.

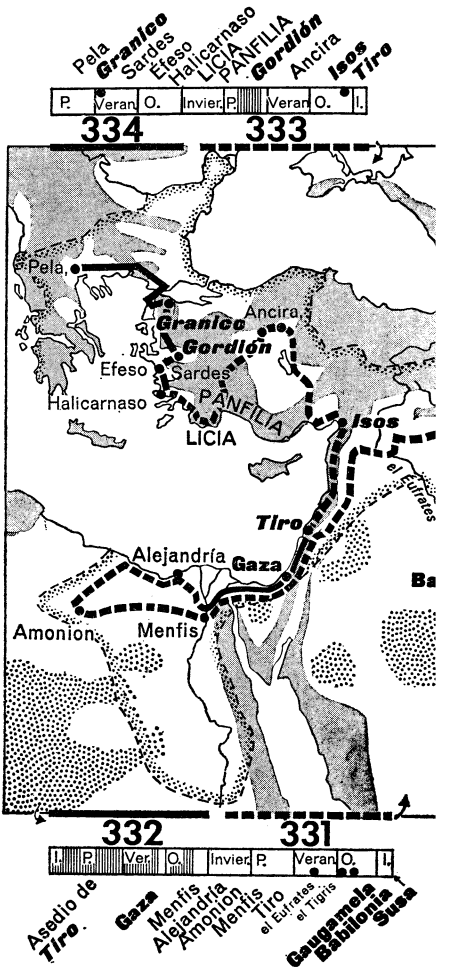
Un punto (.) perm te fechar más exactamente ciertas etapas en el curso de una estación.

Teóricamente, cada estación comprende tres meses - Primavera: marzo, abril, mayo; Verano: junio, julio, agosto; Otoño: septiembre, octubre, noviembre; Invierno: diciembre, enero, febrero.

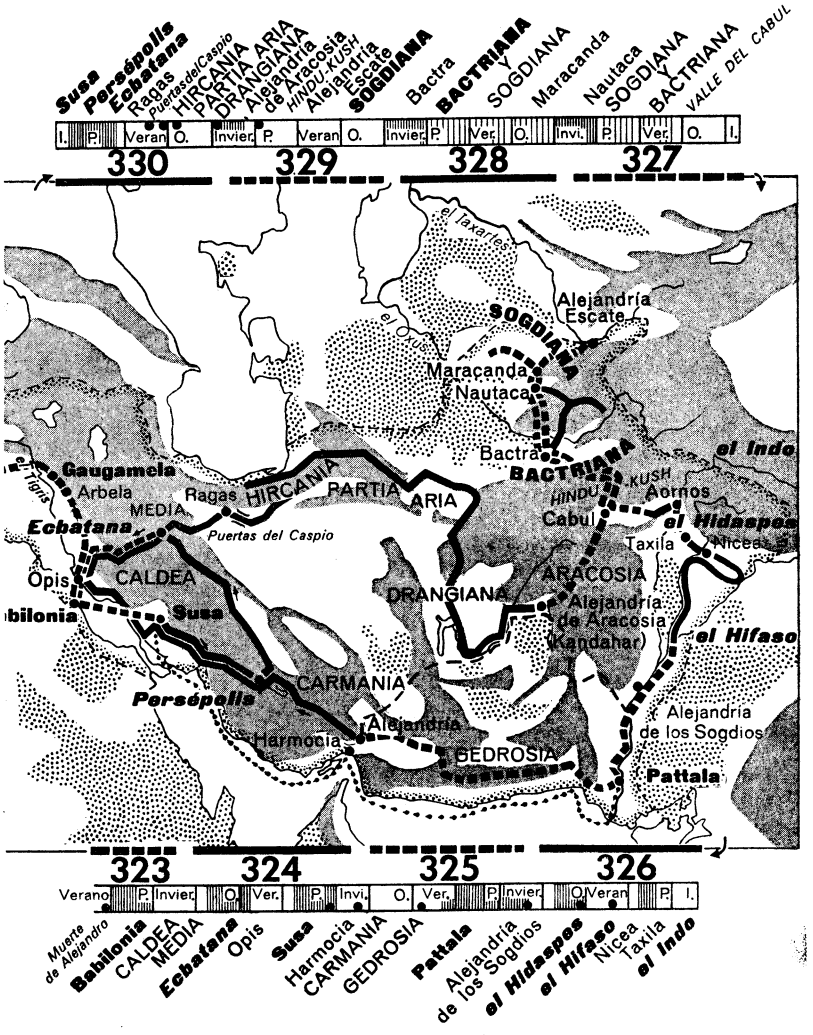
Los nombres en caracteres fuertes corresponden a etapas importantes del viaje de Alejandro y sirven de relación visual entre el cuadro cronológico y el mapa.

EN EL MAPA, el itenerario de Alejandro ha sido diferenciado con un trazo continuo y un trazo discontinuo siguiendo la razón cronológica por años.





MAPA 16. La epopeya



de Alejandro Magno

A nuestro modo de ver, se ha insistido poco en esta su primera acción —de cual dependerá todo—: la partida para Asia. Seguidamente, todo se encadenó con una lógica bastante simple: la facilidad de los primeros éxitos; el hundimiento de la monarquía persa, que, en realidad, se hallaba tan podrida como venían proclamando los libelistas desde hacía medio siglo; la necesidad de consolidar las conquistas; el embrujo tentador de un Oriente cada vez más lejano explican el metódico desarrollo de una extraordinaria conquista. Pero si el «plano inclinado de la victoria», aplicado a otro genio conquistador, explica bastante bien la dilatada marcha triunfal que hizo de él el amo del mundo, el rival de Dioniso, el fundador del más grande imperio que había conocido la tierra, ¿por qué puso el pie en el suelo de Asia?

Los historiadores han presentado muchas exégesis de la partida de Alejandro. Unos lo ven preocupado por el deseo de librar del bárbaro a los griegos de Anatolia y vengar los males sufridos durante las guerras médicas; otros, ansioso de propagar por el Oriente la civilización helénica. Otros —más realistas— estiman que tenía empeño en proseguir la obra paterna, en no abandonar el ejército de 10 000 hombres que Filipo había enviado a Asia a las órdenes de Parmenión y que corría en peligro de ser rechazado al mar, así como en solidificar la precaria unión del reino de Macedonia y la liga de Corinto.

Ninguna de estas razones es despreciable. Pero hay que contar también con el deseo de hacer revivir los recuerdos de la *Ilíada* a través de una coalición de Europa contra Asia. Asimismo, el pensamiento de Jerjes vivía en él. En efecto, hizo sacrificios a Atenea y a los héroes en Troya; y, también como él, arrojó desde su navío una copa de oro al mar, en honor a Posidón. El hijo de Darío había suplicado a Helios la gracia de que ningún obstáculo le impidiera alcanzar los límites de Europa. Alejandro quiso ser el anti-Jerjes, y su programa inicial no tenía una amplitud menor. Lo primero que hizo al pisar el suelo de Asia fue clavar su lanza para hacer de ella una «tierra conquistada con la punta de la lanza». Tenemos, pues, la impresión de que, desde el comienzo de su expedición, acariciaba el sueño o, más bien, el proyecto de la monarquía universal. Oriente caerá bajo sus arremetidas, porque llevaba en sí el irresistible impulso de un dios.

Epopeyas asiática y africana

El ejército de los sátrapas lo esperaba en el bajo valle del Granico, apoyado por los mercenarios griegos de Memnón de Rodas. Quedó deshecho tras una carga de la caballería macedónica, al mando de Alejandro. En algunos meses conquistó casi toda el Asia Menor: se apoderó de Sardes, de Éfeso —que, al saber que se aproximaba, rebelóse contra el Gran Rey— y tomó Mileto al asalto. En Gordión cortó con su espada el nudo del carro de Gordias, presagio de la total conquista de Asia.

Ya en poder de Anatolia, penetró en Siria, donde derrotó por completo al Gran Rey en Isos (333). El propio Darío reconoció la derrota al dejar en manos del vencedor a su madre, a su esposa y un gran botín. El Rey intentó un trato y ofreció rescate por los suyos: Alejandro le respondió, con altanería, que, ante todo, había de someterse.

El Macedonio quiso entonces destruir el poder marítimo de Persia. Las ciudades fenicias se hallaban divididas. Sólo Tiro se atrevió a oponerle resistencia. La tomó tras un asedio de siete meses y la trató con extraordinario rigor: la arrasó, y vendió como esclavos a todos sus habitantes. Se apoderó de Gaza y se dirigió a Egipto, donde fue recibido como libertador. Ciñó la doble corona en Menfis, marchó a solicitar la investidura divina del oráculo de Siwah y fundó Alejandría.

En la primavera de 331 abandonó Egipto para ir al encuentro decisivo con el Gran Rey. Darío lo esperaba cerca de Arbela, en Gaugamela, en un terreno favorable para sus carros de guerra y en el que, además, contaba con una superioridad numérica; pero fue derrotado de nuevo. Las capitales fueron cayendo una tras otra: Babilonia, donde Alejandro ofreció el sacrificio real a Marduk, para ser reconocido «rey de las cuatro partes del mundo»; Susa, donde recuperó, para devolverlo a los atenienses, el grupo de los Tiranóctonos capturado por Jerjes; Persépolis, donde se obcecó hasta el punto de entregarla al furor de la soldadesca y al incendio; Ecbatana. Dueño del Irán, corrió en persecución de Darío, que fue asesinado por el sátrapa de Bactriana, Besos. Le dedicó solemnes honras fúnebres, dando a entender con ello que se proclamaba heredero de los Aqueménidas.

Y lo fue hasta tal punto, que no consintió detener su marcha triunfal hasta haber conquistado las satrapías orientales, sobre las cuales se extendiera otrora la autoridad del Gran Rey. Con una prodigiosa flexibilidad, se adaptó a las nuevas condiciones en países misteriosos donde la resistencia nacional era viva y donde no todo se arreglaba con batallas campales. Sucesivamente, cayeron en su poder Hircania, Partia, Aria y Aracosia. El Hindu-Kush no lo detuvo y pasó a Bactriana y Sogdiana, para fijar en el Yaxartes la frontera de su imperio. Tras estas difíciles conquistas, invernó en Bactra, donde condenó a muerte a Besos por su regicidio.

Pero acariciaba un nuevo sueño. Si la India no había ofrecido resistencia a Dioniso, ¿por qué iba a oponérsela a él? Entró en alianza con el rajá de Taxila, deseoso de someter a su viejo enemigo Poros. Venció a éste en las orillas del Hidaspo (hoy Jelum) y, de un salto, se encontró en el Hifaso (hoy Bias). Pero al llegar allí, los soldados, fatigados de tan prodigiosa locura, se negaron a seguirlo. Antes de desandar el camino erigió doce altares en honor de los Olímpicos, en torno a una columna de bronce con la inscripción: «Aquí se detuvo Alejandro».

Bajando por el Hidaspes y el Indo, dividió a sus tropas, para el regreso, en tres secciones. Cratero se dirigió a Aracosia; Alejandro se

reservó la tarea más difícil, a través del horrible desierto de Gedrosia; Nearco regresó por mar, costeando el litoral. Todos se reunieron en Carmania, desde donde Alejandro llegó a las viejas capitales de Susa, Ecbatana y Babilonia.

A las posesiones heredadas de su padre —el reino de Macedonia y la hegemonía de la liga helénica—, Alejandro añadió tanto y quizá más de lo que poseía el imperio aqueménida en la época de su máxima expansión bajo Darío I. Ningún conquistador reunió bajo su yugo tantas provincias, ni llevó sus armas tan lejos de su patria. Para explicar estos éxitos no basta apelar a la fuerza militar del joven Macedonio, al valor de los soldados griegos, a la descomposición de la monarquía aqueménida, a la debilidad y apatía de Darío Codomán. Por lo demás, quedamos asombrados ante lo módico de los contingentes que permitieron a Alejandro conquistar el mundo: quizá 40 000 hombres en el desembarco, 120 000 en la India, 80 000 en el momento de su muerte. Mas, presente en todas partes, infatigable, entrando a la carga, al frente de su caballería, tal como lo representa el mosaico de la batalla de Arbela, Alejandro animó a su ejército con su ardor y lo dirigió con la ciencia del más seguro estratega. Además, aquel intrépido jinete, aquel temible caudillo, aquel capitán, grande entre los grandes, mostróse como el más genial de los organizadores.

Hacia la unificación del mundo

El imperio descansaba sobre un hombre, dotado de una prodigiosa capacidad de trabajo y secundado por algunos íntimos, tales como el canciller Eumeno y el quiliarca Hefestión. El autoritarismo tradicional en la monarquía macedónica reforzóse al contacto con el Oriente, pues Alejandro vio cómo era considerado sucesor de los Aqueménidas. El ceremonial real se introdujo en la corte, donde convivían peregrinamente el griego y el bárbaro, el harén con los filósofos y los artistas.

El principal sostén del imperio era el ejército, que se transformó profundamente, a medida que sus expediciones fundían el elemento inicial, macedonio y griego, y obligaban al alistamiento de mayor número de orientales. Los gastos militares, unidos a los sueldos de los funcionarios, a las grandes obras públicas, al fasto de la corte, requerían enormes ingresos. Alejandro, que sacó poco de su reino de Macedonia y nada de Grecia, mantuvo en Asia una incoherente legislación fiscal, ya que casi cada satrapía tenía su propio sistema de impuestos, territorial o personal, cargas y aduanas. Y, sobre todo, utilizó los tesoros acumulados en los palacios aqueménidas.

La misma flexibilidad encontramos en la administración regional. La unidad siguió siendo la satrapía, salvo en el extremo Este, donde creó grandes comandancias militares. Al principio, los sátrapas eran orientales, a excepción de los de Asia Menor y los de Siria, pero no tardaron en ser sustituidos por macedonios o griegos. Ejercían sólo el poder civil, ya que la autoridad militar estaba confiada a un estratega, que sólo dependía del rey. En los empleos medios y subalternos dejó a los indígenas, únicos que estaban al corriente de las lenguas y de las tradiciones. De esta forma

tuvo la prudencia de no intentar unificar un imperio polimorfo y de conservar en cada región la administración a la que estaba habituada.

Esta política de colaboración se completó con una política mucho más ambiciosa y de concepción radicalmente nueva. Alejandro no abrazó el ideal panhelénico: no quería someter y humillar al bárbaro, sino fundirlo con el griego en un conjunto armonioso donde cada uno tendría su parte. ¿Y cómo conseguir mejor esta fusión que multiplicando los matrimonios mixtos? El rey predicó con el ejemplo. Se casó con Roxana, hija de un noble de Sogdiana, y luego con tres princesas persas. En un solo día, al regreso de la India, la mayoría de sus generales y 10 000 soldados se unieron con indígenas en una espléndida ceremonia. Al mismo tiempo, hizo educar a la manera griega a 30 000 niños iranios.

Mas, al parecer, diose cuenta del peligro de bastardía que encerraba semejante política. Aun cubierto por los ornamentos reales de Oriente, el discípulo de Aristóteles permaneció fiel al helenismo. La manera más segura de afianzar la helenización del Oriente era, según él, fundar nuevas ciudades que, de un extremo a otro del Imperio, llevaran altivamente su nombre: aquellas Alejandrías —34 como máximo— respondían, al mismo tiempo, a necesidades militares, administrativas y económicas. Aparentemente dotadas de instituciones tomadas de la *polis* griega, estaban sometidas, en realidad, a la autoridad de un gobernador. En el transcurso de los siglos fue considerable su influencia, aunque no todas conocieran la gloria de la Alejandría de Egipto, llamada a ser una de las ciudades más bellas del mundo.

Aunque urbanización y helenización marchaban paralelamente, Alejandro logró extender de otras formas la incomparable cultura de los griegos. Hizo aprender el griego lo más ampliamente posible en torno suyo. Llamó a artistas griegos, tales como Lisipo o Apeles, para que inmortalizaran su gloria. Instituyó entre los bárbaros frecuentes concursos musicales o gimnásticos a la manera griega. Y aunque no dejó de honrar a las divinidades griegas, fue lo bastante liberal y generoso para admitir las creencias de todos. Trajo de la India a un viejo bramán, Calanos, al que autorizó a quemarse vivo en una hoguera. Toleró las costumbres religiosas de cada región —fiel, por otra parte, en esto, a la tradición aqueménida— y gastó mucho en restaurar el templo de Marduk en Babilonia o el de Amón en Karnak.

Pero aquel príncipe, del que se alaba justamente su apasionado interés por las cosas del espíritu, fue demasiado realista para no ver que los intercambios constituían las garantías más seguras de la progresiva unificación del Imperio. Intercambios de especies animales o vegetales entre regiones alejadas preludiaban ya las selecciones de la época helenística. Sobre todo intercambios humanos, gracias a los caminos, canales, puertos, estanques y embarcaciones que hizo construir o reconstruir. Por lo demás, una genial intuición lo impulsó a imponer en el Imperio una moneda única: las piezas macedónicas, según el patrón ático, sustituyeron en Asia, a los dáricos, más pesados.

Muerte del Titán

Cuando se disponía a abandonar Babilonia, y de manera imprevista, murió Alejandro tras unos días de agonía (323). Corrieron humillantes murmuraciones contra muchos de sus familiares; pero, ¿no era natural que la malaria se llevara tan pronto a aquel cuerpo minado por las orgías, las cabalgatas, las velas dedicadas al estudio, y cosido de cicatrices?

Doce años y medio de reinado. Es fácil hacer el balance negativo: inútiles violencias; excesos de un rey entregado a las delicias de la *hybris;* incomprensión de los griegos, inquietos ante las proscinesis y, más aún, ante la fusión de las razas, a la que habrían preferido la dura esclavización del vencido; desmesura geográfica de un imperio que no sobrevivirá a su creador. Pero importan poco estos innegables defectos al lado de las novedades que aportó: concepción de una monarquía autocrática; dominación griega sobre Egipto y sobre Asia; urbanización de las remotas satrapías; interpenetración de las civilizaciones griega y oriental. Alejandro conquistó el mundo llevando consigo una *Ilíada* anotada por su maestro Aristóteles; pero aquel héroe épico fue también un genial innovador, que repudió la distinción entre griego y bárbaro, base del helenismo clásico, en provecho del generoso ideal de unidad del género humano. No existe mejor prueba de que es cierto lo que dijo Plutarco y de que en algunos momentos los grandes hombres dirigen la Historia. Comprendemos la admiración de un Pirro o de un César por el héroe que, sin haber cumplido aún los 33 años, murió después de haber creado un mundo nuevo.

5. LA GRECIA COLONIAL

Pese a la importancia de los sucesos que se desarrollaron en Grecia y Asia, cometeríamos un error si no echáramos por lo menos una ojeada sobre el mundo colonial, sin el cual la asfixia de la Hélade habría sido aún más grave.

Poco podemos añadir, dadas las lagunas de nuestra documentación, al cuadro que hemos esbozado de la Póntide del siglo v. El rasgo más notable fue la emancipación económica de una zona que aprendió a bastarse a sí misma y que sólo recurría a Atenas para las manufacturas de gran lujo. Las ciudades se desarrollaban, sobre todo Panticapea, que, en adelante, se escalonará en terrazas alrededor de la acrópolis del monte Mitrídates, mientras que los barrios inferiores hormigueaban de la actividad del puerto.

Vitalidad de Cirene y de Marsella

Mejor información tenemos acerca de dos ciudades en plena expansión: Cirene y Marsella,

Cirene fue rica, como lo atestigua una abundante acuñación de moneda y las numerosas basas de mármol en su ágora. Consagró en Delfos un notable tesoro y engrandeció su viejo templo de Apolo. En sus vastas necrópolis se multiplicaban las extrañas estatuas de mujeres cor-

FIG. 65. Plato para pescado de Italia meridional. Los platos para pescado, decorados con una fauna marina y con un hueco en su centro para la salsa, son una de las especialidades de los talleres de Italia del Sur en el siglo IV. Museo del Louvre

tadas por la mitad del cuerpo, de rostro anicónico, ofrenda a alguna divinidad infernal. Las importaciones de vasijas de Kertsch eran abundantes y, a cambio, enviaba sus grandes excedentes de trigo: una estela de hacia el año 330 nos revela que, con motivo de una penuria, pudo expedir a unas cuarenta ciudades griegas, sobre todo a Atenas, 400 000 hectolitros de cereales. Era famosa su escuela de matemáticos, no menos que su escuela de filósofos, amigos del placer, y fue un cireneo, Aniceris, el que rescató a Platón vendido como esclavo.

Marsella sufrió al principio la dura sacudida de las invasiones de galos, que alcanzaron Provenza en el siglo IV. La tradición conservó el recuerdo del ataque dirigido contra la ciudad por los pueblos vecinos,

bajo la autoridad de Catamandus. Finalmente, fue levantado el asedio... gracias a una aparición de Atenea. ¿No sería más bien que los marselleses compraron la paz? Perturbaciones de esta época atestiguan, en todo caso, una devaluación —sustitución de los dracmas pesados por dracmas ligeros— y la construcción de un puesto avanzado fortificado, en el emplazamiento ya ocupado anteriormente (Saint-Blaise), en un picacho que cerraba el anillo del estanque de Berre. La fortaleza que se descubrió allí, con sus cortinas, contraescarpas, fosos y poternas, revelan un arte militar muy hábil, y tenemos inmejorables razones para creer que en ella trabajaron ingenieros sicilianos, pues el conjunto recuerda mucho el Euríalo de Siracusa.

La prosperidad parecía renacer, sobre todo en la segunda mitad del siglo, después del largo eclipse del v. El comercio con Grecia y Sicilia era floreciente, y a los grandes armadores marselleses se les brindó la ocasión de enriquecerse sin demasiados escrúpulos: un tal Zenotemis aceptó el flete entre Siracusa y el Pireo y se entregó a una abominable empresa de baratería. Galia, totalmente ocupada por los celtas, permeables al helenismo, se abrió de nuevo al tráfico.

Sin duda en esta época —a menos que se remonten al siglo v— fueron fundadas pequeñas colonias en la costa provenzal, «murallas levantadas contra los salios y ligures de los Alpes», dice Estrabón; pero, sobre todo, puntos de penetración para los productos griegos: Tauroenton (¿Sanary?), Olbia (Hyères), Antípolis (Antibes), Nicaia (Niza). Más fáciles aún eran los negocios en el medio ibérico: en el Languedoc y en el Rosellón, donde las *oppida* indígenas de la ruta heraclea compraban en abundancia, sin duda a través de la sucursal marsellesa de Agate (Agde), y en España, donde la colonia más importante seguía siendo Emporion (Ampurias). Estas modestas ciudades, fortificadas contra la codicia de los bárbaros, seguían bajo la estrecha dependencia de su metrópoli (salvo Emporion, no acuñaban moneda) y constituían un verdadero imperio, que permitía a Marsella una amplia explotación de las poblaciones costeras del Mediterráneo.

Era también la época en que atrevidos pioneros descubrieron nuevos caminos en el Océano. Eutimenes y Píteas franquearon las columnas de Hércules. El primero descendió a lo largo de la costa occidental de África, quizás hasta el Senegal. El otro se dirigió hacia el Norte, visitó las islas Británicas (que aparecen por primera vez con este nombre), Escandinavia y la brumosa Tule (Islandia), y regresó a Marsella, donde redactó unas memorias, acogidas con la incredulidad general. Estos exploradores prepararon un mejor conocimiento del *oikumene*, que no se generalizó hasta la época helenística.

Sicilia y Magna Grecia

Aunque los griegos se hubieran instalado allí de manera más compacta, Sicilia y Magna Grecia sufrieron tantas turbaciones ante la amenaza de los bárbaros como las colonias aisladas del Extremo Occidente. Su presión se intensificaba, tanto en Sicilia —donde los púnicos volvieron a mostrarse audaces después de casi un siglo de retraimiento— como en Italia, donde los itálicos, organizados a menudo en confederaciones fuertes y belicosas (lucanios y brutios), se mostraban más peligrosos que los etruscos, en plena decadencia. Pero las disensiones entre ciudades, tan desconsoladoras como en Grecia, eran su mal en-

démico. No obstante, un enérgico tirano consiguió agrupar bajo su autoridad una parte considerable del occidente griego, que despertó y alcanzó un nuevo apogeo. Desde su muerte, en 367, se observan fisuras en este mundo poco antes esplendoroso, preparando su próxima renuncia y su conquista por Roma en el siglo siguiente.

FIG. 66. Ulises y las Sirenas. Crátera de Posidonia, hacia el 330. Berlín, Staatliche Museen

DIONISIO EL VIEJO, DUEÑO DE LAS DOS SICILIAS (405-367)

Los cartagineses, después de sus brillantes éxitos en 409-406, amenazaban Siracusa. Entonces, un hombre de origen muy humilde, hijo de un borriquero, pero ambicioso, audaz, inteligente y sin escrúpulos, se situó en primer plano y se hizo nombrar estratega *autokrátor*. Dionisio el Viejo obtuvo pronto un cuerpo de guardia de 1000 soldados, y en adelante reinó, sin oposición, en la ciudad. No pudo conseguir éxitos decisivos sobre los cartagineses y hubo de contentarse con un tratado de *statu quo* (405).

Este tirano recuerda a Pisístrato. Respetó la apariencia de las magistraturas tradicionales. Persiguió duramente a los aristócratas, asesinó, confiscó y otorgó la libertad a los cilirios y a los esclavos. El ejército era su principal sostén: constaba

de 50 000 infantes y 10 000 jinetes. Fortificó Siracusa y convirtió a Ortigia en una inexpugnable ciudadela, donde tenía su residencia; rodeó la ciudad de un sistema defensivo cuya pieza principal era el admirable castillo fortificado del Euríalo, el mejor hallazgo de la arquitectura militar de aquel siglo. Sus ingenieros se convirtieron en maestros en el arte de la poliorcética: sus catapultas disparaban a 300 m. con una extraordinaria fuerza de percusión. Para subvenir estas necesidades utilizó los procedimientos usuales de los tiranos: hizo más gravoso el impuesto territorial, alteró las monedas, robó los tesoros sagrados. Incluso llegó a reemplazar el manto de oro de Zeus de Siracusa, por un manto de lana.

Desde entonces pudo reanudar la lucha en Sicilia contra los indígenas, contra las ciudades griegas, contra los cartagineses. Mantuvo a raya a los sículos en torno a Enna. Sometió a Catania y a Naxos y arrasó a esta última, que se atrevió a resistirlo. Leontinoi prefirió abrirle sus puertas. Desde entonces se proclamó «arconte de Sicilia», y, para fundir las razas, removió las poblaciones o instaló nuevos colonos: colonización interior que anticipaba la de Filipo en Macedonia o la de los soberanos helenísticos en Oriente. Hizo tres guerras contra los cartagineses, con éxitos desiguales, y quizá sin emplear a fondo sus ventajas, pues la amenaza del bárbaro hacía indispensable su presencia en Siracusa.

Sus miras iban más allá de Sicilia, cuya mitad oriental le estaba sometida. Quería constituir un imperio en Italia, y, con Locres como base, se apoderó de Region, Caulonia y Crotona. Se alió con Tarento, donde Arquitas intentó establecer una constitución pitagórica fundamentada en el equilibrio de las clases sociales. Se anexionó las islas Lípari, envió colonos a Córcega, mantuvo excelentes relaciones con Nápoles —lo cual le permitió reclutar rudos mercenarios entre los campanios— y se atrevió a hacer incursiones incluso en Etruria. De esta forma se aseguró el señorío del canal de Otranto, se estableció en Ancona y Adria y se asentó en Iliria, en la isla de Isa.

Era el verdadero dueño de Occidente, pero no olvidaba su calidad de heleno, y de buena gana antepuso su filhelenismo cuando los intereses lo reclamaron. Intervino activamente en los asuntos de Grecia, por regla general, al lado de Esparta, aunque, al final de su vida, volvióse hacia Atenas.

Surgido de la nada, Dionisio llevó a cabo una considerable obra, inyectando nueva vida a la Grecia de Sicilia e Italia. Altanero, cruel e impío, ordenó que Platón fuera vendido como esclavo, pese a lo cual, tenía pretensiones literarias. Sus ambiciones lo llevaron a sobrepasar el cuadro de la ciudad, a considerar la fusión de razas, a extender el helenismo, a proporcionar un brillante resurgir a la economía. Fue a la vez el Filipo y el Alejandro de Occidente.

Apogeo de la civilización griega de Occidente

El helenismo de Occidente se mantuvo pleno de vida. La actividad económica era florenciente. Se produjeron cereales en gran cantidad; el olivo y la vid progresaron en la Italia Meridional. La pesca experimentó un gran desarrollo (figs. 65 y 69). La industria se liberó de la metrópoli y, a su vez, se dedicó a la exportación. Los intercambios aumentaban gracias a la apertura del estrecho de Mesina y del canal de Otranto. Afluían los metales preciosos. Aparecieron grandes capitalistas, como aquel banquero siciliano que acaparó toda la producción siderúrgica.

Acrecentóse también la población urbana y, en particular Siracusa, se convirtió en la ciudad más populosa y rica del mundo griego. Dio-

nisio, apasionado del género dramático, hizo excavar un teatro en la roca. Las artes menores alcanzaron un insospechado refinamiento, de manera especial la orfebrería y la toréutica —de la cual, el «tesoro de Tarento» nos conservó admirables producciones— y la cerámica (figura 66). El ditirambo llegó a su esplendor con Telestes de Selimonte y Filoxeno de Citera, al que Dionisio llamó a su corte para arrojarlo después a las Latomías, herido al ver que no admiraba sus versos. El

FIG. 67. Actor cómico y mujer. Ánfora apulia de figuras rojas, siglo IV. Londres, British Museum

historiador Filistos, discípulo de Tucídides, relata con imparcialidad el reinado de los dos Dionisios. Italia deleitóse con comedias burlescas, las flíacas (fig. 67).

El órfico-pitagorismo procuró su unidad moral a esta civilización. Tendremos ocasión de analizar las laminillas órficas de las tumbas de Turioi o de Petilia. Arquitas resolvió el «problema delio» al inventar una nueva curva, dio más precisión a la terminología matemática y expuso la hipótesis de la esfericidad de la Tierra: hízose acreedor al elogio de Horacio (*Odas*, 1, 28), él, que «penetró hasta las moradas celestes y abrazó con su genio el universo inmenso».

Comprendemos el prestigio de que gozó el helenismo de Occidente entre los indígenas (lám. 30). Un jefe yapiga de Brindisi fue enterrado con una laminilla órfica. La religión romana se reforzó con préstamos helénicos ya antiguos: así, Hércules vio cómo se desarrollaba su clientela, tanto en la Porta Trigemina —donde los mercaderes honraban

a un dios viajero muy próximo al Heracles de Posidonia— como en el Ara máxima, donde, en 312, Apio Claudio hizo que fuese adoptado por el Estado un culto gentilicio hasta entonces secreto, dedicado a un Heracles ctónico procedente de Locres o de Crotona y muy penetrado de pitagorismo. Hasta la llegada de los cartagineses se imitaron en Sicilia las monedas griegas y las figuritas de Tanagra. El Occidente empezó a irradiar sobre la propia Grecia. Platón soñó con hacer filósofos a los tiranos de Siracusa y experimentó la profunda influencia de Arquitas. Isócrates expresó durante algún tiempo el deseo de que Dionisio el Viejo se pusiera a la cabeza de la cruzada panhelénica.

Ocaso del occidente griego

No obstante, después de 367 inicióse el inevitable ocaso de Occidente. Al principio, debido a las crisis interiores de las ciudades. A Dionisio el Viejo le sucedió su hijo Dionisio el Joven, libertino que prefirió seguir los consejos hedonistas de Aristipo de Cirene, antes que fundar, con Platón, un Estado filosófico. Tras un período de anarquía, en el que todas las ciudades recuperaron su independencia, Siracusa hizo una llamada a su metrópoli, Corinto, que le envió a un hombre justo, Timoleón, encargado de poner fin a las usurpaciones tiránicas.

Heroico y generoso, escogido por los dioses para castigar a los tiranos por su egoísmo y su crueldad —si hemos de creer a Plutarco—, o, más bien, según los modernos, hombre hábil que empleaba la doblez y la perfidia, justificadas a sus ojos por la pureza de sus intenciones, y, en todo caso, sincero, desinteresado y animado por su fe en el antiguo ideal de la ciudad, actuó con extraordinaria energía, sin dejarse abatir por los reveses. Desmanteló la ciudadela de Ortigia e instituyó en Siracusa una constitución censataria, con un consejo de los Seiscientos y una asamblea del pueblo. Al mismo tiempo se reveló como un excelente general e impuso la paz a Cartago. Las ciudades liberadas adoptaron instituciones semejantes a las de Siracusa. Finalmente, llamó a los proscritos e hizo venir a 60 000 colonos, que devolvieron la vida a una Sicilia despoblada por tantas desgracias. Después de siete años de esfuerzos (344-337), abdicó los poderes que le habían sido confiados.

Es difícil juzgar una obra que motivó interpretaciones contradictorias. De hecho, Timoleón evolucionó bajo la influencia de la Academia, que, después de la muerte de Platón y bajo la dirección de Espeusipo, tendía a un conservadurismo más estricto. Pasó de una posición de democracia avanzada a una actitud deliberadamente oligárquica. Por otra parte, su helenismo fue estrecho de miras: lo subordinó todo a los intereses de los griegos y consideró las tierras bárbaras como un libre campo de expansión. Mas, por lo menos, consiguió interrumpir la decadencia de Sicilia, pero no detenerla: menos de veinte años después de su retirada, un nuevo tirano, Agatocles, se impuso en Siracusa.

Mayor era aún la turbación de la Italia meridional, ya que sufría los renovados asaltos de los bárbaros. Tarento, víctima de una crisis interna después de la muerte de Arquitas, y amenazada por lucanios y mesapios, se dirigió al rey de Esparta, Arquidamos, y luego a un príncipe epirota, Alejandro el Moloso, que, al principio, consiguió algunos éxitos, pero fue asesinado en Pandosia (331). La muerte de este enérgico

guerrero, que habría podido constituir un reino de Magna Grecia para resistir la presión de los bárbaros, resultará desastrosa.

La prosperidad siguió siendo viva en todo el Occidente, pero la desunión de las ciudades dio resultados mucho más amargos que en Grecia, a causa de la proximidad de los bárbaros. No está lejano el momento en que se cumplirá la siniestra profecía de Platón (*Cartas*, 8): «Entonces sobrevendrá la muerte de la lengua griega en toda Sicilia, que caerá bajo algún poder o dominación de fenicios o de oscos: contra esta eventualidad, los griegos deben buscar remedio con toda su energía».

* * *

En resumen, lo más sorprendente en la historia del siglo IV es la fuerza de los elementos tradicionales y, de manera particular, la devoción a la ciudad, pese a todas las taras que la evolución había introducido en ella. Tan sólo iniciativas individuales pudieron abrir este mundo cerrado, que se replegaba en su amargura y en sus conflictos: el Océano reveló los secretos de sus mareas y de sus remotas tierras a Eutimenes y a Píteas; Asia cedió sus tesoros y se entregó a Alejandro. Exploradores y conquistadores fueron desde la segunda mitad del siglo, los pioneros de un universo más abierto: el del período helenístico.

capítulo IV

El siglo de Platón, o el advenimiento del misticismo

El siglo IV escapa al análisis, ya que en él predominó la inquietud. En apariencia, el cuadro institucional permanecía estable, y el hombre seguía siendo, según la famosa definición de Aristóteles, un «animal político». Pero las posiciones tradicionales estaban minadas, las ciudades se hallaban podridas por dentro mucho antes de inclinarse ante el irresistible impulso de los macedonios, y la economía sucumbió poco a poco a la asfixia.

Entonces el hombre se plantea interrogantes. Con un rasgo específicamente helénico, no perdió la esperanza de encontrar soluciones racionales a los problemas políticos, ya que la economía, como tal, quedaba fuera de su reflexión. Los filósofos, como Platón o Aristóteles, desarrollaron un pensamiento propiamente político que, según todas las apariencias consideraban tan importante como sus especulaciones metafísicas. Por otra parte, la literatura propiamente política —aparecida desde la guerra del Peloponeso, con la *República de los atenienses*, del Seudo-Jenofonte—, alcanzó con Jenofonte o Isócrates, un considerable desarrollo.

Pero los esfuerzos por construir una ciudad imaginaria demuestran a las claras que la ciudad concreta no era ya un cuadro suportable: estas utopías eran una de las primeras manifestaciones de la huida ante

lo concreto. Al mundo real se le superpuso un mundo ideal. El filósofo encontró en él el modelo de las realidades sensibles, el artista procuró captarlo más allá de las apariencias engañosas, el mismo hombre del pueblo tendió a él con todas las aspiraciones de su conciencia. Un nuevo misticismo agitó a Grecia, heredado, en parte, de los últimos decenios turbios del siglo v y de la predicación de Sócrates, pero al que el genio de un Platón dio nuevas dimensiones.

1. LA LITERATURA Y LA ACCIÓN

La literatura proporciona el testimonio más elocuente de las nuevas preocupaciones. La tragedia se agotó al tratar incansablemente los mismos temas ante un público al que cada vez conmovía menos. La comedia resistió mejor al desgaste que acechaba a los géneros dramáticos, nacidos con la democracia y que declinaron con ella, pero no encontrará su camino hasta finales de siglo. La única parte viva la representan obras en prosa cuyos factores comunes son la orientación pragmática hacia la acción y la forma generalmente oratoria.

La comedia media

Ya las dos últimas comedias de Aristófanes muestran la desaparición de la comedia antigua. Más sátira política y menos alusiones políticas: la maltratada Atenas no quería seguir riéndose de sus defectos, y el poeta que tanto había implorado la paz no podía sentirse satisfecho con el humillante tratado de 404. Se refugió en las utopías —cuya amargura oculta mal el cómico—, la comunidad de mujeres y bienes en la *Asamblea de las mujeres*, en la que vemos cómo las mujeres sustituyen a los hombres en la *Ekklesía;* el triunfo de los pobres honrados sobre los ricos sinvergüenzas, en el *Plutos*.

Se esbozaba una nueva forma dramática: la comedia media. Abandonó los temas tradicionales: evitó las viejas querellas, en favor del apaciguamiento político; por otra parte, la grosería de antaño no gustaba ya, y a los gestos obscenos, a las frases equívocas, prefirióse el análisis delicado y elegante de situaciones más próximas a la realidad. A menudo, a principios del siglo, era una diversión sacar a escena dioses y héroes bajo los rasgos de buenos burgueses de Atenas. Así, en Antífano y en Eúbulo, la comicidad nació del contraste entre la grandeza de los personajes y las triviales aventuras galantes a que eran arrastrados los personajes. Pero esta parodia de la mitología no podía hacer reír por mucho tiempo, y la comedia encontró su verdadero camino en la pintura de costumbres cotidianas, hecha con un deliberado

espíritu de observación realista. La intriga, prácticamente olvidada en el siglo anterior, adquirió un interés primordial. Un nativo de Turioi convertido en ciudadano ateniense, Alexis, es considerado como el creador de los tipos del parásito y del cocinero jactancioso, que pronto serán tradicionales en la comedia.

Oradores a sueldo: los logógrafos

La comedia progresó, pues, hacia la observación y la decencia, y nos da un buen testimonio acerca de la evolución de las costumbres en una sociedad civilizada, que ya no se interesa por los grandes problemas ni quiere abandonarse a la desenfrenada risa de Aristófanes. Pero no era más que una distracción superficial, pues la literatura viva se hallaba en otra parte.

En primer lugar, en los tribunales, donde se desplegaba sin que se interpusiera nadie, la elocuencia de los logógrafos. Aquellos «hacedores de discursos» fabricaban para sus clientes los alegatos que recitaban ante los jueces, ya que la costumbre prohibía a los litigantes la asistencia directa de abogados.

El maestro del género fue Lisias, que, con su talento, ganó una enorme fortuna. Nadie con más habilidad que él para ponerse en la situación de su cliente, para relatar los hechos con pintoresquismo y simplicidad, para captar, con su llaneza, el favor del auditorio. No tenía necesidad de una dialéctica refinada, que poseía en grado sumo, ni de una elocuencia elevada, que estaría fuera de lugar en asuntos a menudo mínimos. Su estilo era sobrio y distinguido; su frase, corta. Por su moderación, por la voluntaria pobreza de medios desplegada, por su graciosa elegancia, por su discreción, aquel siracusano mereció convertirse en el símbolo por antonomasia del aticismo e imponerse como un modelo, incluso en plena época romana, a todos los que evitaban las pompas de la elocuencia.

Meteco también, Iseo era mejor dialéctico y trató de convencer a los jueces con una argumentación rigurosamente organizada. Su frase tenía ya mucha más amplitud y vigor. Isócrates trabajó durante doce años como logógrafo, y adquirió en esta profesión, que despreciaba, una notoria soltura.

En la generación siguiente encontramos entre los logógrafos a los más prestigiosos oradores políticos. En causas humildes, Demóstenes fue lo bastante diestro como para renunciar a las sutilezas de su dialéctica y a la fogosidad de su verbo. Diríamos que imitaba a Lisias al pintar los ambientes de la banca, con sus escandalosas fortunas de nuevos ricos, antiguos esclavos *(Para Formión)*, o la picaresca de Atenas y las novatadas del servicio militar *(Contra Conón)*.

Su rival, Hipérides, fue también un logógrafo, hábil en poner su elocuencia a la altura de sus clientes. Su *Contra Atenógenes* es una deliciosa comedia que nos muestra las calaveradas de un joven perdidamente enamorado de una bonita esclava perfumista, que él compra, con los fondos de la perfumería, a un bribón que explota su candidez. Hay tanta vivacidad y frescor en su arte, que Cicerón pudo proclamarlo como uno de los más perfectos oradores de Grecia.

En una Atenas que no había perdido su afición por los enredos, los logógrafos tenían una amplia clientela. Metecos, apartados como tales de la tribuna, pero grandes oradores, encontraron en esta humilde ca-

rrera —una de las primeras en el tiempo de las profesiones liberales de la antigüedad— los medios con que ganarse cómodamente la vida. Los tribunales constituían una excelente escuela de observación, de despojo, de elegancia, de simplicidad: cualidades mediocres, características del aticismo nuevo del siglo IV y muy próximas a las de los mejores cómicos contemporáneos.

Las vicisitudes de un aristócrata: Jenofonte

Con Jenofonte e Isócrates encontramos la elegancia del aticismo, pero en un contexto muy distinto: el de la propaganda política. Estos dos atenienses se asemejaban no sólo por su común desconfianza ante el ideal democrático de su ciudad, sino porque, manteniéndose ambos apartados de la política activa, procuraron, con sus escritos, dirigir la corriente de opinión en el sentido de sus ideas. Por otra parte, ambos demostraron, por sus reacciones ante las dificultades, ser espíritus lúcidos ante el embrollo de la situación en Grecia. Por lo demás, todo separaba al hombre de acción que era Jenofonte —cuya vida transcurrió, sobre todo, fuera de Atenas—, del logógrafo y profesor que fue Isócrates, el cual desarrolló toda su carrera en su patria.

De origen aristocrático, Jenofonte despertó a la vida del espíritu gracias a las enseñanzas de Sócrates, pero muy pronto abrazó la carrera activa de oficial, pese a los consejos de su maestro. Participó en la aventura de los Diez Mil, de la cual nos dejó un inolvidable relato en la *Anábasis*. En él se imponía ya la idea de que la debilidad del imperio persa lo ponía a merced de un ataque audaz.

Disgustado con la democracia ateniense por la condena a muerte de Sócrates, fue desterrado por haber combatido en Coronea en las filas espartanas. Entonces se instaló en una vasta posesión que le ofrecieron los espartanos en Escilonte (Élida), donde llevó una vida de *gentleman farmer*, consagrando lo esencial de su actividad a la defensa y ennoblecimiento de la política lacedemonia. La *República de los lacedemonios* es un libelo, a veces desmañado y a menudo indecente, en el que alaba de forma desmesurada las virtudes de la educación y de la constitución de Esparta. Pero el último capítulo de esta obra, sin duda posterior y quizá póstumo, presenta una aguda crítica de la decadencia de una ciudad que su lucidez le impedía admirar sin reservas. En las *Helénicas*, el relato de la historia de Grecia entre 411 a 362 muestra un partidismo filolaconio que hace ilusoria su pretensión de continuar la obra de Tucídides. El *Agesilao* es el elogio sin reservas de un rey que había sido su amigo.

Pero, al ver tan de cerca la Esparta real, salvaje, cínica e indigna de un pasado que era sólo una fachada, Jenofonte comprendió que estaba muy lejos de ser la que obsesivamente soñaban los aristócratas atenienses, y que era incapaz de ponerse al frente de una cruzada contra el bárbaro. La *Ciropedia*, la más larga e importante de sus obras, es una novela histórica en la que, pretextando pintar la educación y el reinado del gran Ciro, fundador del imperio persa, elogiaba la monarquía. La conclusión que se sugería al lector era la de que sólo un rey podía organizar un Estado bastante fuerte para conquistar Persia, cuyas debilidades exponía con fruición.

Expulsado de Escilonte por los eleos y reconciliado con Atenas —momentáneamente aliada con Esparta—, Jenofonte soñó en adelante con reformar su patria. El *Hiparco* y la *Equitación* eran tratados técnicos destinados a favorecer la reorganización

de la caballería. El *Económico* trataba de poner remedios a los males que sufría la economía del Ática. Las *Rentas* presentaban un programa financiero conservador, es cierto, pero desprovisto de toda hostilidad radical a la democracia.

No hay duda de que aquel polígrafo era un espíritu mezquino, que podía ser sometido, demasiado a menudo, a la acusación de oportunismo. Lo más interesante de él no es el espejismo espartano de su juventud, ni su posterior reconciliación con Atenas, sino la evolución, debida en gran parte a los sucesos, que lo apartó de la aristocracia espartana e hizo que cifrara su ideal en una monarquía fuerte. Era también la idea —que domina en toda su obra, desde la *Anábasis* a la *Ciropedia*— de que el imperio persa, para sucumbir, esperaba sólo un conquistador audaz. Obras de historia, libelos o biografías novelescas, sus libros prepararon la opinión al abrirle en Oriente amplios horizontes y vastas esperanzas, y razonablemente podemos preguntarnos si no contribuyó a hacer que en el espíritu de los soberanos de Macedonia germinara la gran idea de la conquista de Asia.

Isócrates y el panhelenismo

Arruinado por la guerra del Peloponeso, Isócrates —que siguió la enseñanza de los más grandes sofistas, Pródicos y Gorgias, y la de Sócrates—, dedicóse a la elocuencia. Pero la debilidad de su voz o su timidez lo apartaron de la tribuna de las arengas, y durante doce años ejerció el oficio de logógrafo. Después de adquirir fortuna y fama, lo abandonó, no sin desprecio, y abrió una escuela de retórica, a la vez que se dedicó a la elocuencia de ostentación (llamada *epideíctica*). Como profesor y publicista conquistó una inmensa fama.

Acudían a su escuela alumnos de todo el mundo griego: Licurgo, Hipérides, Éforo, Teopompo fueron sus discípulos; fue tanta la admiración de Timoteo por su maestro, que le erigió una estatua en Eleusis. Lo que muchos espíritus ilustres aprendieron de él fue un método que conciliaba las ventajas de la retórica con las de la dialéctica, sin caer en el vacío de la primera ni en las sutilezas de la segunda. Isócrates se jactaba de formar al adolescente en la «filosofía», es decir, de procurarle una cultura sólidamente fundada en ideas generales y en la meditación de grandes ejemplos morales o históricos, y perfeccionada por la práctica cotidiana del arte oratorio. Se hallaba a mitad de camino entre los maestros de la retórica, que se mofaban de la verdad y no se preocupaban más que de la forma, y los dialécticos, que extraviaban el espíritu por medio de argucias. Vemos perfectamente todo lo que aportó esta educación, que no merecía el ambicioso nombre que le dio el mismo Isócrates: *filosofía;* en el fondo, lo que Isócrates inventó fueron las humanidades. Durante siglos, la civilización retórica de Grecia y Roma vivirá a expensas de su herencia.

No fue menos clara su influencia sobre el arte oratorio. Antes de él, la frase era corta, más idónea para cosas corrientes que para grandes ideas. Creó un nuevo modo de expresión, la frase amplia, que se organizó en torno al equilibrio de dos términos y que, a menudo, acababa en un *crescendo:* excelente instrumento de análisis, adaptado a la reflexión filosófica o política y hecho también para acariciar el oído, gracias a la medida y al ritmo que aquel músico de la prosa supo introducir. Creador

del período, Isócrates fue, sin duda, uno de los genios más típicos de todo el mundo antiguo. Dejando aparte a algunos remilgados, que preferirán permanecer fieles a la nerviosidad tucidídiana, todos aquellos cuya voz, durante mil años, hasta el triunfo definitivo de los bárbaros, resuene y se inflame en amplias frases, elaboradas y armoniosas, serán sus hijos espirituales, y el propio Demóstenes no habría logrado enardecer a los atenienses de no haber tenido a su disposición el prestigioso período de Isócrates.

Si Isócrates «hizo que Grecia tuviera su retórica» (A. Croiset), también demostró elevadas miras políticas y dio un nuevo impulso a la idea panhelénica. Es cierto que los griegos supieron alzarse unidos contra el bárbaro en la prueba que supuso la segunda guerra médica, pero desde entonces habían ofrecido el lamentable espectáculo de sus disensiones. No obstante, a principios del siglo IV, dos oradores insistieron en sus *Discursos olímpicos*, en la necesidad de formar un bloque solidario contra el persa. Gorgias (en 392) predicó la concordia; Lisias (en 388) insistió en el deplorable estado de Grecia, que pedía ayuda al Gran Rey, y recordó que los griegos tenían dos enemigos: los bárbaros y los tiranos. En un tono más solemne y apremiante aún, Isócrates —por otra parte discípulo de Gorgias— consagró toda su obra a defender la causa del helenismo, que era para él una civilización *(paideia)*, una forma de pensamiento *(diánoia)* y no una raza. Sin cesar evocaba a los héroes míticos, que seguían siendo para él los grandes modelos: Teseo, Heracles, Agamenón. Sin cesar exaltaba los victoriosos combates de la expedición contra Troya o de las guerras médicas. Sin cesar proclamaba la necesidad de la paz entre las ciudades, y se alzó contra el imperialismo, el cual, pese a las apariencias, debilitaba aún más a Grecia. Sin cesar afirmó que tan sólo la lucha contra el persa podía unificar un mundo fragmentado, librar a los griegos de Asia y asegurar incalculables ventajas; por otra parte, Persia era débil y se hallaba minada por el lujo y la esclavitud.

Isócrates, que no era el soñador que a menudo se ha pretendido ver en él, pensaba que una cruzada de este tipo sólo era posible si Grecia se sometía a una dirección firme. Sin renunciar jamás a su programa esencial, varió considerablemente, en el curso de su larga carrera de publicista, acerca de la potencia que debía asumir esta hegemonía. En el *Panegírico* (380), uno de los más perfectos de sus discursos, que tardó quince años en componer, creía aún que Atenas, que, por su glorioso pasado mítico e histórico se había hecho benemérita de la causa griega, era la única que podía desempeñar aquel papel. Esparta, cuyo imperio lo sedujo, demostró que era indigna al esclavizar a Grecia con sus harmostes y abandonar a los griegos de Asia en manos del persa. Había que ir, pues, contra los bárbaros, a costa de los cuales se conquistarán fértiles tierras y que no podrán resistir el generoso impulso de los helenos, guiados por Atenas y Esparta reconciliadas.

Los acontecimientos de 380 a 370 no tardaron en demostrar lo vano de estas esperanzas. Ante la persistente desunión, así como ante el ascenso de Tebas —a la que detestaba—, Isócrates modificó sus proyectos y buscó en un hombre el guía que no pudo encontrar en las ciudades. Pero iba de decepción en decepción. Su discípulo Timoteo murió antes de revelarse como el Pericles que él soñaba. Jasón de Feres y Dionisio el Viejo desaparecieron también antes de conseguir imponerse. El rey de Esparta, Arquidamos, se mostró indigno de la confianza que había depositado en él.

Entonces Isócrates pondría sus esperanzas en Filipo II, después de muchos años en que pareció renunciar incluso a la idea de una cruzada contra el persa. Después de la paz de 346, invitó al rey, en su *Filipo,* a erigirse como árbitro imparcial de los griegos y a reconciliarlos entre sí. A continuación podría lanzarse a la conquista de la débil y corrompida Asia, e instalar allí colonias de mercenarios, acumulando la triple gloria de ser «el bienhechor de los helenos, el rey de los macedonios y el amo de los bárbaros». Proseguían este programa unas cartas cuyos puntos comunes con el del *Panegírico* son manifiestos. A la mañana siguiente de Queronea, escribió de nuevo a Filipo para expresarle la alegría por su victoria. Superando la decepción que le produjo la humillación de su patria, mostróse más griego que ateniense y suplicó al rey que marchara contra el persa, ya que acababa de someter a Grecia. Murió a los 98 años, después de consagrar lo mejor de sus fuerzas a la idea panhelénica.

Sería sin duda limitar la obra de Isócrates reducirla a la predicación de la cruzada contra el Gran Rey. En efecto, no dejó de interesarse por la evolución interior de su patria. Especialmente en el *Areopagítico* se muestra partidario de una reforma de las costumbres, más importante, en su opinión, que una reforma propiamente política. La democracia se entregó a ciertos excesos; exprimió a los ricos sin provecho real para los pobres. Isócrates no creía posible ni deseaba que Atenas se convirtiera a la monarquía o a la aristocracia, sino que quería una democracia moderada, terameniana, podríamos decir, bastante afín a la que propugnaba Aristóteles, y en la que el Areópago recuperaría su papel predominante dentro del Estado.

Pero esto no era lo esencial para él. En su opinión, el problema de Grecia era más crucial que el de Atenas. Los griegos se envilecían en medio de la discordia; puesto que las ciudades tradicionales eran incapaces de nada eficaz, al rey de Macedonia le correspondía asumir la dirección. Isócrates atestiguó una nueva orientación de los espíritus, cansados de la inextricable situación nacida de los antagonismos rivales; aspiraba a una unión que —por la fuerza— realizarán los macedonios. Como sucede con Jenofonte, no es posible medir la influencia exacta que ejerció sobre Filipo, aunque debió de ser considerable. Por primera vez un pensador, a mitad de camino entre las utopías de un Platón y la acción directa de un Demóstenes, ponía su sello en los destinos del helenismo.

La elocuencia apasionada: Demóstenes

Eran tales las incertidumbres de la conciencia griega, que Demóstenes, con no menos convicción y sinceridad, hubo de levantarse contra el panhelenismo y consagrar todas sus fuerzas a la lucha contra aquel mismo Filipo en quien Isócrates vio al árbitro natural de los griegos. Ya hemos recordado su acción política, pero sería injusto no añadir que sólo fue posible porque Demóstenes estaba dotado del más prestigioso talento oratorio, que le permitió entusiasmar al *demos* ateniense, más que infundirle nuevas energías.

Evidentemente, en sus *Arengas* o en sus *Defensas políticas,* mejor que en sus *Defensas civiles* —en las que realizó una obra de logógrafo—, fue donde Demóstenes revelóse tal como era. Sufrió la poderosa

influencia de Tucídides, de quien tomó el desprecio por las reglas del estilo, los efectos de sorpresa, la inclinación por las construcciones ásperas y de contrastes. Pero, sin paradojas, de la misma forma que imprimía un poderoso sello personal a todos sus préstamos, también fue sensible a la gran conquista que representaba el período de Isócrates, con sus simetrías y sus pesados equilibrios, que con tanta fuerza descomponían el pensamiento.

De hecho, entre sus manos, palabras y frases eran sólo instrumentos. Sirvióse de ellas con la mayor libertad, sin retroceder ante la violencia de los términos ni ante los más atrevidos enlaces, trastornando el orden habitual de las palabras, recurriendo a las imágenes más poderosamente expresivas. Sus construcciones, a menudo armoniosas y regulares, se desbordaban de golpe en los peores anacolutos. Y ello era debido a que hablaba no para que se lo considerase elocuente, sino para arrancar el asentimiento a sus oyentes. Todo él se vertía en su verbo, con sus rabias, sus entusiasmos, su devoradora pasión por la libertad. De esta forma rebasó los estáticos cuadros en que, con frecuencia, encerró Isócrates su pensamiento. Su virtud fundamental fue la acción —como confesaba su adversario Esquines en una famosa anécdota—, y la acción oratoria no era para él más que una forma de la acción política. Siempre apasionado, era infinitamente variado, unas veces patético, otras irónico; increpaba, amenazaba o suplicaba. Su vehemencia arrastró, e incluso hoy hemos de desprendernos por un instante del hechizo de sus inflamados períodos para poder examinar el valor de su demostración. No fue sólo un orador elocuente, sino la elocuencia personificada, y, si bien cabe negar la oportunidad de su política, nadie podrá discutirle a aquel gran vencido la gloria de haber llevado el arte oratorio hasta las más desgarradoras cimas.

La historia oratoria

Aparte Jenofonte, cuyos escasos méritos dentro de este género ya hemos señalado, la historia se halla representada por autores de segunda fila, y de cuya obra se conservan sólo fragmentos mínimos. Se advierte, no obstante, una afortunada tendencia a abrirse más al mundo. Pero la elocuencia, que reinaba de manera absoluta, dominó por encima de la búsqueda de la verdad.

Ctesias de Cnido, médico en la corte de Susa, consultó allí los archivos del Gran Rey y escribió un libro sobre Persia y sobre la India. Dentro de la tradición de los logógrafos, su obra, compuesta aún en jónico, se halla impregnada por completo del elemento maravilloso.

Mucho más serios fueron dos discípulos de Isócrates: Éforo de Cumas escribió una *Historia general del mundo* desde el retorno de los Heráclidas hasta 340, primer intento de una historia universal, elaborada, además, con una auténtica preocupación crítica. Teopompo de Quíos, que también alcanzó fama en el discurso de ostentación,

continuó primero a Tucídides antes de publicar, en su *Historia filípica,* un relato de los sucesos acaecidos en Grecia durante el reinado de Filipo. El defecto común de estos dos autores es el de considerar la historia como una rama de la elocuencia, más que como una disciplina, de personalidad propia.

2. DE LA ACADEMIA AL LICEO

Sobre toda la historia de la filosofía del siglo IV pesa la influencia de Sócrates, cuyo método se impuso más que su doctrina. Apenas existe filósofo que no le reivindique, y extraña que cínicos, cirenaicos, académicos, se proclamaran a la vez herederos suyos. Por otra parte, los sofistas suavizaron el pensamiento y habituaron a nuevas formas de discusión, de las que no siempre escapó Platón. Finalmente, el pitagorismo se mantenía vivo, tanto en el dominio propiamente científico, en el que realizó conquistas decisivas, como en el de la especulación moral y de la escatología: Aristóteles pudo afirmar incluso que el platonismo era un pitagorismo modificado por el socratismo (*Metafísica,* 1, 6.).

Cínicos y cirenaicos

Entre las corrientes divergentes mencionaremos, ante todo, la escuela cínica, fundada en el gimnasio del Cinosargos por el ateniense Antístenes, según el cual, la mejor vida es la del animal o del salvaje, que, con facilidad, se procura lo estrictamente necesario, que desprecia la opinión de los demás, que hace caso omiso de los prejuicios referentes al patriotismo y la religión. No cabe duda de que hay grandeza en este desdén por los bienes perecederos y por los convencionalismos sociales, pero también afectación, como un día le reprochó Sócrates a Antístenes. La secta que se proclamaba cínica, pues sus miembros pretendían llevar la vida del perro, no tardó en alcanzar un gran éxito, tanto porque satisfacía innegables aspiraciones morales hacia una vida libre de contingencias, como gracias a sus muy directos procedimientos de predicación. Crates de Tebas recorría las calles vestido de harapos. Diógenes de Sínope, héroe de interesantes anécdotas, era un personaje pintoresco, un Sócrates arisco, que vivía en una desnudez algo ostentosa y despreciaba a la humanidad hasta el punto de «buscar a un hombre» en plena Atenas, al mediodía, provisto de una linterna.

Para Arístipo de Cirene sólo existía una cosa sensata: aprovechar los placeres del momento. Pero no hay que dejarse engañar por las escandalosas declaraciones de su hedonismo absoluto. De hecho, afirmaba también que el sabio debe dominar sus pasiones, «conquistar y no ser conquistado», como dice a propósito de sus relaciones amorosas con Lais. Por tanto, la vida moral es un equilibrio entre el placer y el

apartamiento del placer, y Arístipo, deshonesto adulador de los tiranos de Siracusa, fue al parecer, un maestro en el arte de dosificaciones. Su influencia fue profunda todo el siglo, y algunos de los espíritus más distinguidos se declararon partidarios de la escuela cirenaica, como Teodoro el Ateo, Hegesias —cuyo pesimismo le valió el sobrenombre de «Consejero de muerte»— o Aniceris.

Platón

No existe una diferencia absoluta entre el pensamiento de Platón y el de Antístenes o de Arístipo. Formados los tres por el mismo maestro, Sócrates, buscaban ante todo, la forma de poder ser hombre. Pero el genio sublime del fundador de la Academia le permitió elaborar una doctrina que abrazara todos los problemas especulativos, conservando una extraordinaria flexibilidad y sin caer jamás en la escolástica. Su influencia ha sido tan profunda, duradera y diversa, que todos los filósofos de Occidente, como se ha dicho en una bella fórmula, sólo han podido añadir algunas notas en los pies de página de su obra.

Perteneciente a una ilustre familia aristocrática de Atenas, Platón fue uno de los jóvenes entusiastas para los cuales la enseñanza de Sócrates constituyó la revelación de sí mismos. La muerte de su maestro, así como los excesos de algunos miembros de su familia durante la tiranía de los Treinta, lo apartaron de la vida política, a la que normalmente estaba destinado. Para él supuso una gran contrariedad y se ha pretendido ver en este apartamiento el origen de la obsesión que no le dejará en toda su existencia, no sólo en su teórica búsqueda de una ciudad ideal, sino también en sus desgraciadas experiencias de Sicilia. Al regreso de un largo viaje, durante el cual visitó Egipto, Cirene y el Occidente y experimentó la influencia del pitagórico Arquitas, abrió una escuela en Atenas, en una propiedad cercana a los jardines del héroe Academos: la Academia fue, a la vez, un centro de investigaciones y un instituto de estudios morales y políticos. Toda su vida se desarrolló desde aquel momento en la meditación, formación de los jóvenes y composición de sus diálogos, tres campos inseparables de su actividad, a excepción de los dos nuevos viajes que hizo a Sicilia, a petición de Dionisio el Joven, del que había creído poder hacer un príncipe filósofo y que se reveló como un personaje mezquino e ingrato. Murió en Atenas a los 80 años, sin haber renunciado jamás a ampliar su pensamiento.

El punto básico de su doctrina es la teoría de las ideas. Volvió a utilizar la palabra *ideas* (es decir, formas), empleada por Demócrito para designar los átomos, pero con un sentido completamente distinto. Para él las ideas son el modelo, la estructura, la fórmula del mundo sensible. Son las únicas que representan la realidad verdadera, absoluta, eterna, de las cuales no son más que el reflejo los objetos visibles. Al

parecer, distintos órdenes de reflexión favorecieron la elaboración de esta teoría: Sócrates le había enseñado que las virtudes existen en sí, con independencia del hombre virtuoso que las practica; los pitagóricos le revelaron que el universo obedece a un orden racional y abstracto, basado en los números; sus propias experiencias estéticas le demostraron que podía elevarse de la contemplación de un cuerpo bello, a la de los cuerpos bellos; después, a la de las almas, ocupaciones y conocimientos, para alcanzar, finalmente, la pura esencia de la Belleza en sí, que estalla en el alma, como la visión del último misterio por el iniciado, en el término de esa prodigiosa ascensión que es, propiamente hablando, la dialéctica del amor. De esta forma, el mundo del ser se ordena, como demuestra el mito de la caverna, en cuatro plataformas: sombras, objetos sensibles, objetos matemáticos, ideas. Al mismo tiempo, el mundo del conocimiento abarca cuatro grados paralelos: la ilusión, la creencia, el conocimiento matemático, la dialéctica, que es la única que proporciona el acceso de las ideas al mundo supremo.

Uno de los aspectos más notorios del platonismo se revela ya en la teoría de las ideas, a saber, ese dinamismo que arranca el espíritu de la empobrecedora visión de los reflejos para conducirla, al término de una inevitable progresión guiada por el amor, hasta el radiante dominio de la belleza. El mismo dinamismo encontramos al considerar el problema del alma. El alma es una substancia independiente, que no tiene ninguna relación orgánica con el cuerpo; puede reflejar y concebir las ideas. Pero el cuerpo, con la turbia fermentación de sus instintos, es un permanente obstáculo para ella. Toda la vida moral consiste, pues, en preservarse del contacto de lo perecedero y corporal como de algo impuro y degradante. «El medio para estar lo más cerca posible del conocimiento consiste en tener el menor trato posible con el cuerpo y purificarnos» (*Fedro,* 67 a). Sólo una violenta purga puede devolver al alma su naturaleza y permitirle unirse a Dios. Filosofía de la evasión se la ha llamado; no obstante, hemos de subrayar que esta evasión tiende a librar al alma del engaño de los sentidos, de la impureza de los apetitos y de las pasiones, para que desemboque en su patria divina, el reino del ser. «Hay que esforzarse en huir de aquí lo más pronto posible, pues esta huida es la conformidad con Dios», proclama el *Teeteto.*

No cabe duda de que variaron las opiniones de Platón acerca de la supervivencia del alma. En la *Apología* no es más que una hipótesis. En el *Fedón,* relato de los últimos momentos de Sócrates, afirma solemnemente que la muerte hace desaparecer lo que es mortal, pero que el alma permanece incorruptible, gracias a su participación en las ideas. En el admirable mito del *Fedro* vemos al alma, en un carro tirado por dos caballos, el de las pasiones nobles y el de las pasiones bajas, y guiada por la razón, que lanza algunas miradas sobre el mundo de las ideas, más allá de la bóveda celeste; cuando, reencarnada en un cuerpo, según la teoría pitagórica, vislumbra algún rayo del mundo ideal, se emociona, y éste es el estremecimiento del poeta, del sabio o del enamorado.

La dialéctica y la escatología no consiguieron que Platón se olvidara de las ciudades materiales. En la *República* repudia las cuatro formas impuras de gobierno (timocracia, oligarquía, democracia, tiranía), para imaginar una ciudad ideal en la que, ante todo, se preocupa de formar un personal gubernamental de «guardianes» del Estado. Las mujeres y niños son comunes. Un sistema riguroso de educación proporciona a los mejores la posibilidad de estudiar la gimnástica (de los 17 a los 20 años), después la teoría de los números (de los 20 a los 30 años), y, finalmente, la teoría de las ideas (de los 30 a los 35 años). El hombre así formado podrá ocuparse en las funciones activas de los 35 a los 50 años, antes de volver a sus estudios, hasta su muerte. Antes que Comte y Renan, representa la entrega del poder a los príncipes del espíritu, que gobiernan modelándose en el mundo de las ideas.

Aunque sea discutida la cronología de los diálogos platónicos, parece ser que, en su madurez, Platón chocó con ciertas objeciones: sobre todo Antístenes critica las ideas mismas y pretende «ver los caballos, pero no la "caballinidad"». Si lo esencial, la teoría de las ideas, resiste todas las pruebas, el pensamiento del maestro de la Academia se doblega, no obstante, en algunos puntos, y se ha tratado de ver en ello la influencia de uno de sus amigos y discípulos, Eudoxo de Cnido, matemático, filósofo, geógrafo y astrónomo, autor de una máquina de 27 rodajes para calcular los movimientos de los astros. Platón mostróse más inclinado a dirigir su mirada hacia el cielo, y, sensible a la belleza regular de sus movimientos, tendía a formar un concepto menos impersonal sobre lo divino.

Por otra parte, dejóse convencer por Eudoxo y Arístipo, ambos, hedonistas convencidos, hasta admitir algunos placeres puros, como los que nacen de la contemplación de las formas geométricas o de la audición de los sonidos dulces y claros, y, en adelante, definirá la felicidad como un estado mixto de conocimiento y de placer.

Superada la crisis, profundizó aún más su pensamiento en las obras de su vejez. El *Timeo* bosqueja una muy vasta cosmología. El acto creador del divino artesano (o demiurgo) parte de dos realidades, la materia agitada y caótica y el mundo armoniosamente ordenado de las ideas, e intenta modelar la primera sobre el segundo. Dota al mundo de un alma, hecha de la mezcla del Mismo y del Otro, realizada dentro de una crátera y fragmentada a menudo en dos proporciones geométricas, que constituyen los intervalos de la gama. Crea asimismo los dioses, que son las divinidades de la mitología y los astros, encargados de crear, a su vez, las tres especies de seres vivos, utilizando, sobre todo, lo que pudiera quedar del alma en la crátera para unirlo a cuerpos perecederos, de los que el alma deberá purificarse por medio de una ascesis adecuada.

Las *Leyes* son el compendio del último pensamiento político de Platón. Conservando el amargo recuerdo de sus experiencias siracusanas

y sin esperanzas de reformar la ciudad, imagina una ciudad ideal, que, de grado o por fuerza, deberá modelarse sobre el alma del mundo. Se instaura un comunismo integral para los bienes, las mujeres y los niños. Todo se somete a una rigurosa reglamentación, a fin de sustraer al individuo a los tumultuosos asaltos de sus instintos. La educación, de una base estrictamente matemática, queda asegurada por el Estado. La libertad es casi inexistente: unas inspectoras vigilan a las jóvenes familias; la pederastia —¡gran novedad!— está proscrita; se prohíben los viajes al extranjero antes de los 50 años; peor aún, la religión es obligatoria, tan necesaria para el profano como la dialéctica para los escogidos, y el incrédulo es encerrado durante cinco años, en un correccional, a menos que, considerado incurable, sea condenado a muerte. A menudo ha despertado la indignación este horrible sistema, que se ha comparado con la Inquisición o los totalitarismos. En realidad es evidente el endurecimiento del pensamiento político de Platón después de la *República,* y en las últimas páginas del filósofo advertimos el áspero pesimismo de un viejo cuyas últimas esperanzas se perdieron en Siracusa.

La obra sorprende por su desmesurada extensión, puesto que se extiende a todos los dominios, desde la ontología y la escatología, hasta la moral y la política. Pese a las contradicciones y a los arrepentimientos, es una, ya que toda ella queda elevada por el entusiasmo hacia el mundo ideal, sobre el cual deben modelarse los individuos y las ciudades. Fundada en el conocimiento matemático y en la iluminación, mística y realista a la vez, es tan vasta y rica, que las doctrinas más divergentes pudieron encontrar sus raíces en ella. Tal es el caso, desde la antigüedad, del aristotelismo, que parte del platonismo para reformarlo y deformarlo, de la Nueva Academia en las tesis probabilistas, en las cuales, con toda seguridad, fue mal interpretado Platón, y, finalmente, del neoplatonismo, esa maravillosa llamarada tardía del helenismo que conservó de Platón el impulso ascético y místico hacia el Uno que es Dios. Un hecho más asombroso aún lo constituye el que las grandes religiones espiritualistas del mundo antiguo lo confisquen en provecho propio. En el siglo I de nuestra era, el judío Filón de Alejandría intentó una síntesis de la Academia y del Antiguo Testamento; los Padres de la Iglesia buscaron en él el primer escalón de una sabiduría que concluye en el mensaje cristiano, y el más grande de ellos, Agustín, no sería el que es si no hubiese abrazado primero como una fe el neoplatonismo. Árabe, judía o cristiana, la Edad Media nutrióse en Platón, y no es paradójico que se ponga bajo su signo la liberación del espíritu en los renacimientos de los siglos XII o XV.

Si el mensaje de Platón fecundó el pensamiento occidental fue, en parte, porque supo darle una forma de maravillosa animación. Platón renunció a los tratados en prosa o a los poemas que con anterioridad a él habían servido de medio de expresión a los filósofos, excepto Sócrates,

e inventó el diálogo filosófico. Un diálogo que es verdaderamente tal, con personajes reales: el inefable Sócrates —sin duda cada vez menos Sócrates y cada vez más Platón—, los grandes sofistas contradictores suyos y aquellos jóvenes, ingenuos y atentos, que, por lo menos en la languidez, tienen la euritmia de los efebos praxitelianos. Un mundo completo en el que ni siquiera falta, con Diotima, la resplandeciente presencia de la mujer. Un mundo en que el ateniense, el espartano, el cretense, se codean con el extranjero; en que el joven esclavo encargado de resolver el problema de la duplicación del cuadrado, conversa con los hombres libres entregados al placer filosófico. Y, sin que se vea la mano del director escénico, la verdad, que jamás se ofrece de una vez, va aflorando poco a poco de la discusión eurística en la que, según el mejor método socrático, el adversario se siente de pronto empujado hasta sus últimos reductos, a menos que, en los momentos más emocionantes, Platón no recurra al mito, único capaz de permitir al alma, atada al cuerpo, dirigir una mirada audaz a las realidades trascendentes. Todos los extremos se encuentran en él: desde un remojón en el Ilisos, hasta el torbellino de los astros en la armonía; desde un círculo de amigos en fiesta, hasta los más arduos problemas de la ciudad; desde las tiernas evocaciones de la sonriente belleza de la juventud, hasta las austeridades del ascetismo. Si el maestro de la Academia siguió subyugando aún mucho después de su larga vida, es porque puso en su obra la delicadeza de su conciencia, la angustia de sus problemas, la fuerza de sus aspiraciones, todo un universo que, sin duda alguna, fue el más rico de cuantos nos legó la Antigüedad.

Los progresos decisivos de la matemática

Aun sin recordar la famosa fórmula grabada en la puerta de la escuela de Platón: «Que nadie entre aquí si no es geómetra», basta recorrer los diálogos platónicos para comprender la decisiva importancia de las especulaciones matemáticas en la Academia, que quizás existiera ya entre los que trataban a Sócrates. Y es porque, desde fines del siglo v y a lo largo del iv, sin que sea posible precisar las etapas de esta conquista, las distintas ramas de las matemáticas alcanzaron trascendentales progresos. Fueron obra, ante todo, de los pitagóricos —los más importantes de los cuales fueron Filolao, Teeteto, Arquitas— y de otros sabios, especialmente Teodoro de Cirene y Eudoxo de Cnido, que contribuyeron, con una aportación capital, a este edificio que, tras muchos intentos, hallará su expresión en los *Elementos* de Euclides.

Las especulaciones sobre los números se desarrollaron profundizando en la noción específicamente pitagórica de la media *(mesotes)*, es decir, de progresión entre tres números *(a, b, c)* que constituyen relaciones iguales con dos de sus diferencias. Se impusieron tres tipos primordiales:

la media aritmética $\frac{a-b}{b-c}=\frac{a}{a}$, la media geométrica $\frac{a-b}{b-c}=\frac{a}{b}$ y la media armónica $\frac{a-b}{b-c}=\frac{a}{c}$.

La geometría progresó en un doble plano. Al principio, desde Hipócrates el Matemático hasta Euclides, se constituyeron los elementos, es decir, una sucesión de proposiciones, lógicamente enlazadas, que aún representarán para Descartes lo esencial de la construcción matemática. En segundo lugar, nuevos problemas acapararon la atención, problemas que obligaron a elaborar, sobre todo a propósito de la $\sqrt{2}$, la noción de magnitud irracional *(árreton* o *álogon),* en contradicción absoluta con las primeras especulaciones pitagóricas. Los pensadores, entusiasmados entonces, se interesaron principalmente por tres problemas: la cuadratura del círculo, la duplicación del círculo, la trisección del ángulo: no se daban cuenta del carácter insoluble del primero, pero Eudoxo y Arquitas resolvieron el segundo (puesto a concurso por los sacerdotes del Apolo delio), y el tercero recibe una solución mecánica gracias a la curva de Hipias. Dos geómetras del siglo IV, Menecmo y Aristeo, abordaron incluso el estudio de las secciones cónicas.

La astronomía confirmó también sus progresos, aunque se encerró en el geocentrismo. Pero ya Heráclida Póntico afirmó la rotación de la Tierra sobre sí misma, y, si bien siguió creyendo que el Sol y la mayoría de los planetas giran alrededor de ella, atribuyó al Sol dos satélites, Mercurio y Venus. Su contemporáneo Eudoxo de Cnido partió de la inmovilidad de la Tierra, y, para explicar los ostensibles movimientos de los astros, imaginó 27 esferas concéntricas cuyo centro común sería el centro de la Tierra: concepción genialmente absurda que se mantendrá, pese a incesantes correcciones, como la base de todo el conocimiento astronómico hasta el descubrimiento del heliocentrismo.

Finalmente, se constituyó de un modo definitivo la gama, serie de ocho notas escalonadas de *do* a *do,* obtenida por una sucesión de quintas, al mismo tiempo que se elaboró la teoría de las notas sostenidas y de las notas bemoladas. La imaginación se exaltó incluso hasta reconocer los intervalos musicales en las distancias de los planetas a la Tierra.

Aristóteles

El más ilustre de los discípulos de Platón apartóse por completo de las matemáticas, que tan importante papel habían desempeñado en el pensamiento de su maestro. Aristóteles, nacido en el seno de una familia de médicos, se apasionó, sobre todo, por la observación concreta, y su dominio predilecto fue el de las ciencias de la vida. Sin embargo, durante veinte años siguió las lecciones de la Academia, y Platón pudo proclamarlo como «la inteligencia de la escuela». Tras una estancia en la corte del tirano Hermias, fue llamado por Filipo, quien le confió la educación de su hijo Alejandro. Luego regresó a Atenas, donde fundó el Liceo. Distribuyendo su tiempo entre la enseñanza ante un público restringido por la mañana y más numeroso por la tarde, logró asociar a sus discípulos en sus investigaciones y utilizar sus trabajos en sus vastas síntesis. Ante el peligro de ser llevado a los tribunales en el momento de la reacción que siguió a la muerte de Alejandro, refugióse en Calcis, donde murió. Dejó una considerable producción, de la cual

han llegado a nosotros sólo las obras esotéricas destinadas a sus alumnos, a menudo simples notas de curso o acopios de fichas, mientras que se han perdido todos sus libros exotéricos.

Una anécdota nos muestra a Aristóteles en vela, con una bola de bronce en la mano, encima de un lebrillo, para no sucumbir al sueño. En realidad es digna de admiración la suma de trabajo que representa su obra. Una parte importante está consagrada a la ciencia del razonamiento, elaborada poco a poco gracias a los sofistas y a los retóricos, pero que nunca había sido incorporada en un sistema coherente. El tipo de razonamiento es el silogismo, cuya teoría fijó cuidadosamente Aristóteles, distinguiendo, por ejemplo, entre los 64 modos posibles, los 19 concluyentes. Por otra parte, insistió sobre los primeros principios, sin los cuales no sería posible la deducción: principio de identidad común a todas las ciencias, principios especiales en cada disciplina, como el par y el impar, o el cuadrado y el cubo en matemáticas. El carácter más notable de esta lógica aristotélica es el de ser explícita, ya que se limita a estudiar las estructuras mismas del razonamiento, y denuncia violentamente los sofismas que vician el pensamiento, sin preocuparse de la verdad de las proposiciones. Sabemos la influencia que ejerció en la Antigüedad y, sobre todo en la Edad Media, como gimnasia para el espíritu, aunque no sin anquilosarse.

Apoyado en una sólida doctrina del razonamiento y creyendo firmemente en la posibilidad de alcanzar la verdad, Aristóteles esforzóse en dar una enciclopedia de todas las ciencias, excepto las matemáticas. Complicó la representación que Platón y Eudoxo se hacían del movimiento de los astros, al reemplazar las 8 esferas motrices de Platón y las 25 esferas de Eudoxo por 55 esferas. El sistema, resueltamente geocéntrico, tendía tan sólo a «salvar las apariencias» de la mejor forma posible. Mucho más interesante era el biólogo que había en él. Ayudado por sus discípulos, se entregó a una investigación, excepcional amplitud, para clasificar las distintas especies vivientes, de las cuales describió más de 400. He aquí, a título de ejemplo, su clasificación de los animales:

Los ocho «grandes géneros» del reino animal, según Aristóteles

I. Animales de sangre roja

1. *Vivíparos* (mamíferos y cetáceos). Dos especies: bípedos y cuadrúpedos.

2 a 4. *Ovíparos:* 2. Pájaros: ocho especies.
3. Reptiles.
4. Peces.

II. Animales de sangre blanca

5. *De cuerpo blando* (cefalópodos).
6. *De cuerpo blando recubierto de escamas* (crustáceos).
7. *De cuerpo blando recubierto de una concha* (gasterópodos).
8. *Insectos* (9 especies) y *gusanos*.

Describe, con minuciosidad y precisión, los organos y sus funciones. Pese a sus errores de detalle (cuenta 6 huesos craneales en lugar de 8, y 8 costillas en vez de 12), no podemos por menos de quedar admirados ante la magnitud de las observaciones tan precisas y exactas que acumuló. Constituye un inmenso fresco, animado por el sentimiento de que la vida es una. No vaciló en comparar al hombre con los animales (por ejemplo, el arte con el instinto) y los animales entre sí o con las plantas (la boca es análoga a la raíz). El conjunto se halla dominado por un objetivo soberano, ya que cada órgano tiene como finalidad el bien conjunto del animal y está particularmente adaptado a su género de vida.

Creador de la lógica formal, naturalista de gran categoría, Aristóteles no se desinteresó de la filosofía primera. En este dominio rechazó totalmente la teoría de las ideas. Es famoso su «argumento del tercer hombre»: Sócrates y Calias se parecen porque participan de la idea de hombre en sí; pero el parecido de Sócrates y el hombre en sí sólo puede explicarse por un tercer hombre, y así sucesivamente. Para Aristóteles no existía, pues, más ser que el individual. El ser se determina según las categorías, anteriores a las operaciones de la inteligencia y que son diez (substancia, cantidad, calidad, relación, lugar, tiempo, situación, hábito, acción, pasión). La ontología progresó a continuación gracias a una serie de distinciones fundamentales. La *substancia* es un ser que se basta a sí mismo; los *accidentes* subsisten sólo al ser recibidos por una substancia. El ser en devenir admite tres principios: «la *forma,* que es la sucesión del movimiento; la *privación,* que es su pasado; la *materia,* su presente indefinidamente presente» (P. Aubenque). Así, el arte del escultor convierte el bronce, de un metal informe, en una estatua. La substancia se presenta bajo dos aspectos: en *acto,* cuando su forma se halla realizada; en *potencia,* cuando esta realización no está concluida aún. Así, el adulto está en potencia en el niño; el cuadrado o el cubo de un número, en este número. La esencia de la substancia, o *substrato,* sufre *cambios,* que son el paso de la potencia al acto, y que pueden ser de cuatro tipos: cualitativos, cuantitativos, locales o substanciales (este último, el más radical, es la generación o la muerte).

¿Excluirá a Dios esta filosofía centrada en el ser y sus modalidades? En la explicación de los cambios «es preciso detenerse», proclama Aristóteles. El movimiento supone un *motor inmóvil,* que es Dios. Éste no es un demiurgo, y ni siquiera conoce la creación. Pero todo el universo, y en particular los astros, se halla animado por una inmensa aspiración hacia su belleza, sobre la cual procura modelarse. Dios es pensamiento puro, acto puro, sin materia ni accidentes ni devenir. Inteligencia pura, está totalmente absorbido en su pensamiento: es, pues, el pensamiento del pensamiento. Absolutamente trascendente, reducido a la contemplación de sí mismo, «mueve como objeto de amor» todo el *kosmos* por el deseo que despierta su inmutable perfección. Tanto la astronomía como la metafísica encuentran así su explicación última en este *primum movens:* todas las substancias conspiran a la armonía universal, alzándose hacia una divinidad radicalmente abstracta, amada pero no amante, que, a pesar de su carácter puramente intelectual, no deja de tener analogías con el dios de Platón.

En cambio, en el dominio de la acción, Aristóteles difiere claramente de su maestro. Parece ser que fue el primero en dedicar a la moral tratados especiales. Encontramos en ellos una doctrina que no recuerda en nada el ascetismo de Platón, pero que, basada en la búsqueda del equilibrio y del justo medio, es profundamente humana. En realidad ejercerá una dilatada influencia sobre los pensamientos más diversos: el estoicismo, el cristianismo, Kant. V. Brochard ha podido

afirmar que «la *Ética a Nicómaco* es a la moral eterna lo que son los *Elementos* de Euclides a la geometría».

La felicidad es el bien supremo, pero no reside, como cree el vulgo, en el placer, la riqueza, la consideración social. Radica en una actividad conforme a la naturaleza del hombre, es decir, en la razón. Para el filósofo se encontrará en la vida contemplativa; para todos, en la práctica de la virtud. Es justamente célebre la definición que da Aristóteles de la virtud: «Es una disposición permanente, una posesión que presupone una elección. Consiste en un término medio, propio para cada uno, definido por la razón y tal como lo fijaría un hombre sensato». Aunque cada uno tenga así *su* virtud, conforme a su condición, edad, sexo y profesión, la virtud se halla siempre en el dominio de las pasiones y tiende a establecer un estado medio, a mitad de camino entre los excesos contrarios, dentro de la gran tradición de la prudencia helénica. Por tanto, no se opone al disfrute normal de bientes moderados: si los apetitos están regulados y dominados, el placer se añade a la acción como un complemento, «como a la adolescencia su flor».

Teórico político, Aristóteles apartóse también de Platón. Este espíritu concreto no se evadía, como no fuese, quizás, en sus principios, en la utopía de las ciudades ideales. Ante todo, estudió las constituciones existentes, y de ahí el enorme trabajo de los 158 tratados sobre las ciudades griegas, realizado en colaboración con su equipo y de los que sólo subsiste la *Constitución de Atenas*. Luego clasificó los diversos regímenes posibles, cada uno de los cuales tenía sus virtudes y sus defectos propios, siempre susceptibles de degenerar a causa del egoísmo de los dirigentes. La monarquía degeneraba fácilmente en tiranía; la aristocracia, en oligarquía sin escrúpulos; la democracia, en perniciosa demagogia. Con gran realismo, reconoció que no existía constitución buena en sí, y que todo dependía del clima, de las condiciones geográficas, de los precedentes históricos. No obstante, deducimos que el mejor gobierno sería para él, como para Isócrates, una democracia moderada que reservara el gobierno para los más instruidos, pero respetando la igualdad política. Hay tanta agudeza en el análisis, tantas observaciones penetrantes en este tratado, tan moderno a menudo, que es la *Política,* que tal vez creamos estar leyendo a Maquiavelo o a Montesquieu. Y, sin embargo, no podemos evitar la extrañeza de que este contemporáneo, este súbdito, este amigo de Filipo y de Alejandro, jamás pensara en un cuadro político distinto al de la *polis* clásica. Si lo comparamos con el de Isócrates, su pensamiento político es tímido.

Aristóteles, que también escribió sobre retórica y poética, se yergue ante nosotros cual un espíritu enciclopédico como pocos ejemplos nos ofrece la Antigüedad. Bastaría para su gloria haber erigido en sistema la lógica y la ética y haber dado un cuadro preciso y jerárquico del mundo vivo. Nadie como él intentó comprender, y casi desearíamos que fuese cierta la anécdota que nos lo muestra arrojándose a las aguas

del Euripo por no haberle podido arrancar el secreto de sus movimientos. Sin embargo, es frecuente que se le reproche su aridez, simplemente porque carecía del entusiasmo de Platón y prefería mantenerse más cerca de lo concreto y de lo real. Pero se le acusa también de algo peor: de haber esterilizado durante siglos el pensamiento medieval. Pero, ¿fue culpa suya que el «maestro» triunfase con Alberto Magno o Tomás de Aquino y de que teólogos más atrevidos que honestos tomaran su doctrina y la anquilosaran, a fin de meter en ella —por la fuerza— el mensaje cristiano?

3. ESTREMECIMIENTOS DEL ARTE

Desde los últimos decenios del siglo v podían preverse los nuevos destinos del arte. Pero la evolución, ya esbozada, prosiguió rápida y continua, en el transcurso del IV, en relación con las transformaciones de la vida política y, sobre todo, de la filosofía y de la religión.

El padre espiritual del siglo fue, sin discusión, Sócrates, que fue glorificado progresivamente como un sabio mártir. El misticismo platónico influyó directamente sobre los artistas, pese al desprecio hacia el arte de que alardeó el maestro de la Academia, al que consideró más engañoso aún que la realidad respecto a la verdad esencial de las ideas. Esta tendencia no dejaba de ser peligrosa, pues el mundo sensible sólo interesaba en la medida en que permitía llegar a un mundo ideal y abstracto que lo trascendiera infinitamente, y de ahí el empleo, y pronto el abuso, de la alegoría y del símbolo: Escopas colocó a Pothos (Deseo) y a Himeros (Encanto) a ambos lados de Afrodita; el *Hermes Dionisóforo,* de Praxiteles, evocó la salvación del alma por Dioniso; Lisipo representó a Cairos (Ocasión) alado, sosteniendo una balanza sobre una espada cortante. Algunos mitos tradicionales retornaron con una significativa insistencia, como el de Psique, que ilustra mejor la doctrina platónica del alma prisionera del cuerpo y a la que el amor libra de su calabozo. Al mismo tiempo se multiplicaban las escenas de raptos, respecto a las cuales no hemos de ver la voluptuosa atracción de las representaciones sensuales, pues cantan la omnipotencia de Eros, dios salvador.

Pero la complejidad de la época derivaba, en parte, de la constante lucha dirigida contra aquella corriente mística por una corriente racionalista. En el plano artístico, esta última se tradujo en la voluntad de buscar la belleza en el mundo sensible, ideado como poseedor de su propio valor, y desembocó en un realismo, exagerado a veces, que es muy anterior a la época helenística, puesto que se manifiesta desde principios de siglo con el *Pugilista* de Naucides (en el Louvre), de espalda poderosamente detallada. Ambas tendencias se interferían constantemente. No obstante, se puede distinguir una evolución en la que,

al triunfo del misticismo y de la pasión visible, dentro de estilos muy distintos, en Praxiteles y Escopas, sucederá el realismo eurítmico de Lisipo.

Por lo demás, místico o realista, el arte se entregó al análisis psicológico. Y no es que el alma estuviera ausente en las creaciones de un Fidias, sino que en todos sus rostros se traducía una misma serenidad. En el siglo IV, las almas inquietas o apasionadas se expresaban dentro de su cambiante verdad. Los héroes se hacían acreedores a su salvación por el sufrimiento. En los frontones de Tegea, Escopas mostró, por una parte, a Meleagro engrandecido por la desgracia, y, por otra, a Peleo y Heracles, doloridos padres que, en la llanura del Caico, asisten al combate entre sus hijos Aquiles y Telefo. La angustia se convierte en el motivo dominante de estas composiciones, que habrían podido ser triviales escenas de caza o de batalla. Incluso las divinidades dejaban de ser los impasibles modelos de la desgarrada humanidad. Afrodita tenía a menudo el voluptuoso encanto de una hermosa mortal; el *Dioniso Tauros*, del Vaticano, nos muestra la graciosa mueca de un joven adolescente; el *Asclepios* de Epidauro, con el dedo en alto, recuerda a un médico en el momento de la consulta. Más aún, los dioses se compadecen de penas que comparten: la *Deméter* de Cnido tiene los ojos hundidos y las mejillas deprimidas de una madre privada de su hija; el *Zeus* de Briaxis es una deidad llena de misericordia y piedad. Menos puro, menos encumbrador, este arte nos emociona porque nada humano le es extraño.

Atenas seguía siendo el hogar que quemaba las sensaciones y las emociones más fuertes. Advirtamos que se trata ahora de la Atenas de los jardines de Academos, no la de la Acrópolis. Pero en todas partes se investigaba y producía. Una pequeña ciudad como Sicione era digna de su glorioso pasado artístico. Beocia despertó: aunque sólo hubiera dado al mundo la gracia, negligente y sabiamente natural, de sus *tanagras*, ¿no merecería ser purificada de la acusación de barbarie que aún va ligada a su nombre? La mayor novedad la constituye la resurrección de Jonia, que, con su prosperidad económica, volvió a encontrar su dinamismo creador. Por otra parte, la noción de escuela perdió su significado. Los grandes artistas eran reclamados por doquier, y efectuaban verdaderas jiras, acompañados de numerosos colaboradores; de ahí la transvasación de influencias, el sincretismo artístico, que respondía al sincretismo religioso. Praxiteles recorrió Asia con Friné. Los príncipes bárbaros, pero filhelenos, de Caria, trajeron a su corte a los más grandes artistas de la época.

Arquitectura religiosa

La incansable actividad de los constructores siguió orientada básicamente hacia la arquitectura religiosa. Sin que el dórico fuese aban-

donado por ello, registróse un claro renacimiento del jónico, en relación con el resurgir económico de la Anatolia griega. Por otra parte, el corintio, que apareciera, en forma de un solo capitel decorativo, en el templo de Apolo en Figalia, tendió a constituirse en orden distinto. Durante mucho tiempo fue utilizado sólo para las columnatas interiores (*tholos* de Delfos, templo de Tegea, *tholos* de Epidauro, Filipeion de Olimpia). Sólo con el monumento corégico de Lisícrates, en Atenas, conquistó tímidamente (en un edificio-joya) su sitio en el exterior. Poco a poco, a lo largo del siglo, se fijó un tipo corintio ortodoxo, que se impondrá en las épocas helenística y romana.

Pocas innovaciones encontramos en la forma de los edificios. Los templos obedecían a los mismos cánones, y tanto más cuanto que muchas construcciones del siglo IV no eran más que reconstrucciones de santuarios destruidos por cataclismos, y cuyos planos se procuraba conservar. No obstante, se desarrollaron monumentos circulares que el arte griego había conocido desde siempre. La significación propia de estos *tholoi* es misteriosa, aunque se adivina su relación con el culto a las potencias ctónicas (*tholoi* de Delfos y de Epidauro) o heroicas (*tholos* de Olimpia). Sea como fuere, estéticamente respondían a la perfección al nuevo gusto de una elegancia refinada. Por otra parte, el Mausoleo de Halicarnaso ofrece el prestigioso modelo de un templo-tumba, edificio del que encontramos ya parcialmente un ejemplo en el Erecteion, pero que va a imponerse gracias a los contactos con el mundo bárbaro y al progreso de las creencias en la heroización de los grandes muertos.

Los arquitectos se mostraron más cuidadosos de las proporciones que en la época precedente. En el Mausoleo de Halicarnaso, en el templo de Atenea en Priene, en el arsenal de Filón en el Pireo, buscaron relaciones simples entre las diversas partes del edificio, como si la matematización del plano hubiera de entrañar necesariamente una mayor armonía. Tales juegos se llevaban a veces muy lejos. Los propileos de Labranda (en Caria) admitieron como módulo la altura de las gradas del basamento para la elevación, y su longitud para el plano, de forma que todas las superficies verticales se redujeron a rectángulos de 1,5 y 2,5 de lado, y todas las superficies horizontales, a cuadrados de 2,5 de lado.

Y aun estas preocupaciones teóricas no eran nada en comparación con las pretensiones del arquitecto anónimo del tesoro de Cirene en Delfos, sin duda discípulo de su compatriota, el gran matemático Teodoro, que había construido las irracionales raíces de los números 2 al 17. En su proyecto multiplicó las relaciones irracionales: $\sqrt{2}$ y $\sqrt{3}$ en los diámetros inferior y superior de las columnas, π en las jambas de la puerta del *naos*. Este modesto edificio convirtióse con ello en la traducción, en mármol precioso, de las verdades descubiertas por la escuela matemática de Cirene. Su belleza se analiza en términos intelectuales; es lo que el Sócrates del *Filebo* definía como la única verdad, la de las «líneas rectas y curvas, de las superficies y de los sólidos que derivan de la recta y del círculo con ayuda del compás, de la regla y de la escuadra» (51, c).

Santuarios de Anatolia y de Grecia

El renacimiento jónico viene marcado por el número de las nuevas construcciones, más que por la audacia de las innovaciones. El arte

jónico del siglo IV caracterizóse, como el de la época arcaica, por la profusión decorativa y por la tendencia a lo colosal.

En Éfeso fue reconstruido, sobre el mismo plano, el templo de Creso, incendiado en 356, y se le añadió tan sólo una gran escalinata alrededor de la plataforma. El elemento más original son las basas de las columnas, esculpidas según la moda oriental. El templo de Artemis en Sardes, incendiado en 499, se reconstruyó más tarde, en el siglo IV, sobre un modelo muy próximo al de Éfeso. Advertimos, no obstante, una nueva disposición de la columnata, cuyo primer ejemplo encontramos aquí: hay dos filas de columnas en las fachadas, una sola en los lados largos (seudodíptero). Las columnas del peristilo, las más grandes del Asia Menor, son monumentales. En Halicarnaso, la influencia ática se comprueba en el templo de Ares, cuyas columnas imitan las del Erecteion.

Más novedades hallamos en Priene, donde Pitios hizo del templo de Atenea Polias la encarnación de un canon de proporciones, al cual consagró, además, un libro. Con 6×11 columnas, obtuvo un número de intercolumnios doble en los lados largos que en la fachada; por otra parte, las basas de las columnas eran iguales a los intercolumnios, lo cual proporcionaba una división regular del estilóbato en cuadrados de 6 pies de lado, alternativamente libres y cubiertos de un plinto; finalmente, las dimensiones de las distintas partes obedecían a relaciones simples.

Todos estos templos de Jonia, con sus imponentes proporciones, sus bosques de columnas y el lujo de su decoración, poseían una indudable magnificencia, quizás en perjuicio de la lozanía. Y, por lo menos, debemos subrayar que no atestiguan la ostentación ni la vulgaridad que, con demasiada frecuencia, son la característica del jónico helenístico.

El Peloponeso desplegó una vitalidad parecida; pero, fiel a sus tradiciones, prefirió el dórico, y a menudo recurrió a la simple piedra calcárea, menos lujosa que el mármol. Sin embargo, las proporciones del dórico se aligeraron, y los templos, menos rechonchos, no desdeñaron, por lo menos en el interior, los refinamientos del corintio. Olimpia quedó algo relegada, pero Epidauro ofrendó, finalmente, un templo a Asclepios, obra de Teodoro (hacia 375), de plano muy simple, puesto que presentaba sólo un vestíbulo y un naos, aunque de rara elegancia. El éxito del dios curador era tal, que la sucursal epidáurica de Gortis, en pleno corazón de Arcadia, llamó a Escopas a trabajar en su templo de Asclepios. Los acontecimientos políticos influyeron en el desarrollo de la arquitectura: los éxitos de la liga arcadia le permitieron confiar también a Escopas la reconstrucción (hacia 340) del templo confederal de Alea Atenea en Tegea, destruido a principios de siglo. El Pario hizo de él uno de los más bellos de Grecia, al combinar armoniosamente las columnas dóricas del exterior con las corintias del interior. El santuario agonal de Nemea erigió en honor de Zeus un templo muy próximo al de Tegea.

A estos templos hemos de añadir el delicioso *tholos* de Epidauro, imitación quizás del de Delfos, y conocido en las inscripciones con el nombre de *thymele* (altar ctónico). Este edificio, en el que, sin duda, se perpetuaban viejas ceremonias en honor al diostopo, fue uno de los que mejor encarnaron la elegancia del siglo. Polícleto el Joven (hacia 360) unió en él el dórico al corintio y utilizó mármoles policromos. Los artesones del techo fueron delicadamente esculpidos, a la vez que Pausias pintaba cuadros alegóricos. Filipo comenzó en Olimpia otra rotonda, el Filipeion, que concluyó su hijo: más gracioso aún, puesto que el períptero exterior es jónico, cantaba la gloria de los soberanos macedonios y era como un prenuncio de los *heroa* reales de la época helenística.

Pese a la decadencia, Atenas siguió trabajando para los dioses. En la ladera sur de la Acrópolis se añadió un nuevo Asclepieion al antiguo. En el Ágora se reconstruyó el templo de Apolo Patroos y se levantó una capilla para Zeus Fratrios y Atenea Fratria. El *telesterion* de Eleusis recibió un gran pórtico en su fachada (pórtico de Filón). A decir verdad, no hay nada que recuerde el admirable impulso constructor

del siglo anterior, y tanto más cuanto que a menudo se contentaban con pobres muros de conglomerado, como si se hubiera perdido la ciencia de las bellas construcciones aparejadas.

Delfos seguía siendo el asombroso hogar de la Hélade, donde se afirmaban las tendencias contradictorias. El *tholos* de Marmaria (lám. 23), consagrado quizás a Artemis (primer cuarto del siglo), nos da el primer ejemplo de una rotonda, perfecta de gracia y de ligereza. Su arquitecto, Teodoro, que le consagró un libro, sin duda se entregó a sutiles búsquedas de proporciones matemáticas. El santuario, devastado por el cataclismo de 375, cubrióse de nuevos edificios en los que toda Grecia rivalizó, en un magnífico impulso de piedad panhelénica: el templo de Apolo, protegido por un gran muro de sustentación (el Isquegaon), fue reconstruido de manera muy semejante al templo de los Alcmeónidas; Atenea Pronaia fue honrada en Marmaria con un templo, algo retirado respecto al antiguo, cuya belleza resulta del puro rigor de las líneas.

Pero también asistimos a la manifestación del ansioso celo de las ciudades, preocupadas por conmemorar las luchas fratricidas entre griegos. Basta examinar los exvotos para leer la historia de las guerras por la hegemonía: los navarcas de Esparta después de 404, el pedestal de los arcadios tras su incursión en Laconia (369), los reyes de Argos después de fundar Mesena. El tesoro de Tebas, cámara rectangular, sin columnas ni esculturas, precioso ejemplar del sobrio trabajo en piedra calcárea, celebraba la victoria de Leuctra. Tan sólo el tesoro de Cirene (tercer cuarto del siglo) se alzaba por encima de las mezquinas querellas entre ciudades para hacer llegar al dios el tributo intelectual de una ofrenda de ritmos matemáticos.

Una maravilla del mundo: el Mausoleo

El monumento más importante del siglo es una tumba, y precisamente la de un príncipe bárbaro. Puede medirse la distancia recorrida desde el radiante templo de la Acrópolis, en el que se encarnaba la gloria del siglo v. Concebido para Mausolo y terminado, después de su muerte, por su viuda Artemisa, el Mausoleo fue obra de dos arquitectos: Sátiros y Pitios, y de cuatro escultores: Escopas, Timoteo, Briaxis y Leocares. La brillantez de estos artistas demuestra cumplidamente que no se ahorró nada para cantar la gloria del fastuoso dinasta de Halicarnaso que, junto a su esposa, reposaba bajo una colosal montaña de mármol, en la capital fundada por él.

Destruido por los cruzados, el Mausoleo apenas es conocido más que por una descripción de Plinio. Erigido en la ladera de una colina, sobre una plataforma artificial, tenía un basamento cuadrangular que, sin duda, encerraba la cámara sepulcral, de frisos adornados con pinturas; encima, un templo jónico de 36 columnas, coronado por una pirámide rectangular de 24 peldaños, de la misma altura; en el remate, una cuadriga, obra de Pitios. El conjunto daba una impresión de vertiginosa ascensión, desde la base maciza, sólidamente apoyada en el suelo, hasta el arranque de la pirámide y del carro, pesadamente asentada sobre la grácil columnata jónica y que simbolizaba el impulso del alma hacia destinos supraterrenos.

El Mausoleo enlaza con una milenaria tradición oriental de tumbas colosales y, por otra parte, recuerda los templos-tumba de los dinastas licios (*heroon* de Xantos por ejemplo). También hallamos la fastuosidad oriental en la escultura, profusamente esparcida por todo el edificio, cuyo mensaje espiritual revelaba. En el estado de degradación de los fragmentos desenterrados al excavar, no puede intentarse reconstruir con certeza esta decoración esculpida, ni encontrarse la parte de cada uno de los cuatro artistas, dos maestros consagrados y dos jóvenes, a cada uno de los cuales se le había

asignado una fachada. Se ha tratado una y otra vez de colocar nuevamente, en el basamento y en el templo, los tres frisos de que nos quedan fragmentos: carrera de carros, símbolo de la victoria final de Mausolo y de su apoteosis; Amazonomaquia y Centauromaquia. Sólo la *Amazonomaquia* está lo bastante bien conservada. Posiblemente con alusiones a los cultos carios, tomaba de nuevo un viejo tema griego, con un notable virtuosismo, en la variedad de los episodios, en detalles imprevistos y en un ritmo de exquisita musicalidad. Dos estatuas colosales de la pareja, en el naos más que en el carro o que en la sepultura subterránea, completaban este conjunto único.

Las más viejas creencias orientales confluyeron, en el Mausoleo, con el arte griego más innovador, que esculpía escenas dramáticas, símbolo de las vicisitudes del alma humana, y reflejaba patéticas expresiones en los rostros. Esta impresionante síntesis de lo helénico y de lo bárbaro prenuncia la era helenística, y tanto más cuanto que toda ella está dirigida a la apoteosis de un individuo que, después de su muerte, alcanzó el empíreo.

Edificios de reunión y casas

Uno de los rasgos más característicos del siglo IV fue el desarrollo de los edificios para reunión y, en particular, los teatros de piedra, que conservaban un carácter religioso pero que, sobre todo, atestiguaban en toda Grecia la difusión del gusto por los espectáculos. En Epidauro, Policleto el Joven supo hacer del teatro —que, desde la ladera de la colina, dominaba el santuario— no sólo una obra de arte, sino una obra científica: un juego completo del espíritu en el que el conocimiento matemático era la condición básica para la búsqueda de la belleza (lám. 24). En Atenas, construcciones definitivas sustituyeron a los terraplenes y tablados de madera. Desde finales del siglo V se iniciaron las instalaciones; sin duda durante la administración de Licurgo, se construyó una escena y un *auditorium* de piedra. Megalópolis y Delfos erigieron también teatros.

Las asambleas políticas planteaban también problemas, que recibían nuevas soluciones. Es cierto que en Atenas se limitaron a una nueva ordenación de la Pnix (bajo Licurgo); pero Megalópolis, la ciudad-hongo de la confederación arcadia, construyó, para la asamblea de los Diez Mil, un *buleuterion* hipóstilo muy práctico (el Tersilion), en el que los oradores, situados en el centro, no quedaban ocultos, a la vista de los participantes, por las columnas alineadas en cinco rectángulos. Este edificio revela la poderosa influencia del teatro incluso en sus graderías en pendiente, y que servirá de modelo a todos los lugares de reunión de la época helenística. En cierta medida podemos compararlo con el Arsenal del Pireo, vasta construcción hipóstila de 131 × 18 m, de la que Filón de Eleusis supo hacer una obra maestra de técnica.

La arquitectura privada no es bien conocida, excepto en Atenas y en dos ciudades destruidas, respectivamente, por Filipo y Alejandro:

Olinto y Tebas. La casa solía ser pobre, aunque evolucionó hacia una mayor comodidad —pues el ciudadano tendía a convertirse en un hombre de interior— y un mayor refinamiento, de acuerdo con el nuevo estado espiritual. Cerrada al exterior, ordenóse en torno a un patio central, provisto a veces de pórticos, por lo menos en uno de los lados. El material empleado era el ladrillo sobre un asentamiento de piedra, lo cual permitía a los ladrones introducirse fácilmente atravesando los muros. Los más bellos ejemplares tenían dos piezas principales: el *andron* (comedor para los hombres) y el *oikos* (sala familiar con el hogar). El lujo hizo su aparición: Demóstenes opuso a la humilde morada de Temístocles «los palacios que superan, en munificencia, a los otros edificios»; Olinto ofrecía suntuosas casas, adornadas con estucos pintados y mosaicos, como la «villa de la Buena Fortuna», preludio de la época helenística.

La nueva escultura

Sin ruptura alguna con el período anterior, también la escultura evolucionó rápidamente. Hasta el 370 aproximadamente puede considerarse como un período de transición, caracterizado por búsquedas en las direcciones más contradictorias, realismo a ultranza o imaginación graciosa. Cefisodoto el Viejo nos dio su obra maestra en un grupo alegórico de *Eirene* (Paz) sosteniendo a Plutos niño (Riqueza), que atestigua un gusto nuevo por la infancia. El elegante Timoteo, encargado de la decoración del templo de Asclepios en Epidauro, esculpió, en el frontón oriental, una *Toma de Troya* con más finura que vigor, en el que, no obstante, destacan bellos fragmentos, como un Príamo de rostro patético; son justamente famosas sus acróteras, delicadas figuras femeninas representadas en pleno vuelo.

Escopas el patético

Hacia 370 desgajóse un nuevo clasicismo, que encontró al principio su más bella expresión en Escopas y Praxiteles.

Escopas, un pario, trabajó en el Artemision de Éfeso y participó en la decoración del Mausoleo, antes de que se le confiara la reconstrucción del templo de Alea en Tegea. Se le atribuye, con verosimilitud, el *Meleagro de* la Villa Médicis y la *Ménade* de Dresde.

Conservaba aún muchos rasgos del siglo v, tanto en sus proporciones como en la armonía conjunta de sus composiciones. Pero este apasionado escultor expresó también las inquietudes de su siglo. Sus cabezas tienen en común una construcción maciza y cuadrada; los rostros ofrecen una vigorosa expresión, obtenida por medios muy sim-

ples, siempre los mismos: boca entreabierta, ojos hundidos bajo un pesado arco saliente, vista levantada. Complacíase en los temas dramáticos, como en Tegea, donde esculpió la *Caza de Meleagro* y la *Batalla del Caico*. Hasta los cuerpos se estremecen: su Ménade, arrebatada por el furor dionisíaco, vibra en todo su ser, poseído por el delirio del dios, y se extiende como un arco bajo su fina túnica. Maestro indiscutible del patetismo y del movimiento, ejerció una profunda influencia, lo mismo en las estelas funerarias del siglo IV, en las que a menudo se observa la misma intensidad salvaje, que en la escultura de Pérgamo. Pero su genio no se encerró en los convencionalismos de un arte atormentado. El *Ares Ludovisi* representa al dios de la guerra en reposo, como cansado de las batallas: Gouraud lo llamaba, no sin razón, «el desertor divino». Su *Hypnos* (Sueño) con la cabeza inclinada representa un demonio sereno, de pequeñas alas en las sienes, que parece invitar al hombre a la huida ante lo real.

Sensualidad y misticismo: Praxiteles

Menos fuerza y más gracia hallamos en el ateniense Praxiteles, hijo de Cefisodoto el Viejo. Empezó con obras en que reanudaba el ritmo policlético, pero con más flexibilidad y sinuosidad en la línea, como el *Sátiro vertedor* o la *Afrodita de Tespias*, cuya juvenil belleza reproduce la *Venus de Arles*. Creó luego figuras de formas sinuosas, lánguidamente apoyadas en un soporte. Su *Sátiro en reposo*, de cabeza animal y sensual, intensifica la molicie de sus primeras creaciones. La *Afrodita de Cnido*, la más bella estatua femenina de la Antigüedad, muestra a la diosa en el baño, en su deslumbrante desnudez: viejo tema asiático, cuyo valor religioso no conviene desconocer. Su ritmo flexible fue la culminación de todas las búsquedas anteriores, sin que la languidez degenerase aún en morbidez. Mayor maestría reveló aún en las últimas obras, por ejemplo, en el *Hermes Dionisóforo* de Olimpia. El dios adolescente se detiene para jugar con el niño que se le ha confiado: momento de detención y de abandono, salvado por la insipidez por la intensa espiritualidad de la misión asumida por Hermes al arrancar de su destino al niño que llevaba en sí las esperanzas de la humanidad.

Aparentemente, Praxiteles cantó la inefable gracia de la adolescencia y el divino desaliño de los hermosos cuerpos divinizados por el ocio. Nadie mejor que él representó su muelle sinuosidad, ni trazó con un arte más flexible los salientes y entrantes que alternan en insensibles transiciones. Constantemente imitado en la época helenística, el modelado praxitélico es de una inimitable dulzura. Las cabezas, de refinadas cabelleras, se inclinan delicadamente; los rasgos de la cara se funden en un *sfumato* indescriptible; los ojos y los labios sonríen. En los antípodas de la escultura atlética, sus efebos languidecen en sus equívocas actitudes, como si soportaran a disgusto el peso de la vida.

Sus diosas llaman al placer, como aquella Friné que lo inspiró tantas veces. Es un mundo que se abandona a todos los atractivos de la belleza, aunque no siempre se le perdone el desencanto.

Pero tampoco debemos dejarnos arrebatar por tan lánguido encanto, pues aunque los representara con los rasgos de equívocos adolescentes o estremecidas muchachas, representaba dioses de los que Platón quizá no habría renegado, puesto que la belleza de sus cuerpos era sólo el reflejo de una realidad trascendente. Los sátiros, por los cuales sentía una especial predilección, no pertenecen a nuestro efímero mundo. Hay un ardiente misticismo, rabiosamente sensual, en la *Cnidia*, que ofrece la más completa representación de la augusta deidad, sin la cual no podría sobrevivir el universo. Y toda la profundidad de la devoción que sentían tantas almas por Dioniso, se transparenta en la divina carga del niño salvador.

Lisipo, o la vuelta al realismo

Con Lisipo volvemos, al parecer, a esquemas más conocidos. Último de los maestros de la escuela de Sicione, olvidó la representación del cuerpo femenino y reanudó la tradición de la escultura atlética. Sus más bellas creaciones, el *Agias de Delfos* (que formaba parte de un grupo de dinastas y de vencedores tesalios) o el *Apoxiomeno* (atleta con el estrígilo), dan una impresión completamente nueva de la vida por sus proporciones más libres, por el arte de captar el movimiento instantáneo, por el realismo del detalle. El encuentro con Alejandro hizo de Lisipo un artista cortesano, el escultor oficial del príncipe, al que gustaba representar con el rostro leonino, el cuello inclinado sobre el hombro izquierdo, la mirada levantada y húmeda, la cabellera organizada en guedejas: sabia mezcla de realismo e idealización que preludia toda la escultura real de la época helenística. Tras la muerte del rey, dedicóse, al parecer, a esculpir dioses o héroes en actitudes naturales que, sin embargo, no atentaban contra su dignidad: un *Posidón* inclinado hacia delante, el pie levantado, vigía atento e inquieto; un *Hermes*, también con el pie levantado, atándose la sandalia y dispuesto a llevar un mensaje de Zeus.

Todo el arte de Lisipo nació de una meditación sobre el cuerpo humano. Renunciando al canon, demasiado rechoncho, de Polícleto, alargó las proporciones (el cuerpo comprenderá siete veces la cabeza, en lugar de seis) y obtuvo figuras más esbeltas y más vivas. Procuró representar la vida en su más rica plenitud, para lo cual llevó a su culminación los dilatados esfuerzos de la escultura griega dirigidos a inscribir las estatuas en las tres dimensiones espaciales, que bañó de aire, de sombras y de luz, fijó en el bronce la verdad de un instante fugitivo, no vaciló ante el detalle pintoresco y tomó prestados de la pintura sus propios medios de expresión. Si fue un innovador, no se

debió a su aspiración al patetismo o al misticismo, sino a su obstinación en crear la belleza de la forma más sensible a la vista, en representar el cuerpo del hombre. Su influencia fue tanto más poderosa cuanto que, al parecer, vivió hasta finales de siglo, por lo cual actuó como una transición natural entre el clasicismo y el arte helenístico, que prosiguió con constancia, y a menudo degenerando en la caricatura, sus esfuerzos por captar la belleza de la perecedera envoltura carnal.

Pero estos tres maestros incomparables no agotan la historia de la escultura en el siglo en que alcanza su máxima potencia de evolución, su más vibrante humanidad. Dos atenienses, Briaxis y Leocares, además de Timoteo, colaboraron con Escopas en el Mausoleo. Briaxis esculpió un *Asclepios* cuya ardiente compasión se refleja en un rostro lleno de bondad y ternura. Leocares, autor del *Apolo del Belvedere* y de la *Diana de Versalles,* sintió inclinación por las actitudes teatrales. Silanion, creador de un *Platón* de expresión taciturna, fue el más famoso de una serie de retratistas, que atestiguaron un nuevo gusto por lo individual destinado a perpetuarse durante siglos. En resumen, admiramos la vitalidad de un arte que será fuente inagotable de inspiración para los artistas de la época helenística y romana, mientras que los copistas vulgarizarán las obras maestras.

Apogeo de la pintura griega

La indiscutible primacía de la escultura en el siglo v no se mantuvo en el siglo siguiente, en el que asistimos a un notorio resurgir de la gran pintura, que, a su vez, no dejó de ejercer su influencia sobre la escultura. ¿No declaró Lisipo que su verdadero maestro era un pintor, Eupompo de Sicione?

Desde principios de siglo destacaron tres grandes escuelas: la jónica reconocía como maestro al gran Parrasio, que trabajó aproximadamente hasta 370. Timantes de Citnos nos ofrece su obra maestra en el *Sacrificio de Ifigenia,* en la cual rivalizó con otro jonio, Colotes de Teos: este patético tema le permitió expresar todos los matices de la tristeza, aunque, temeroso de no poder reflejar dignamente el dolor del padre, prefirió representar a Agamenón con la cabeza vuelta hacia atrás.

Eupompo dio un extraordinario impulso a la escuela de Sicione, aunque no sabemos nada de él, excepto que sus cuadros fueron muy imitados en la época helenística y que formó a los dos grandes pintores de la escuela: Páfilo y Pausias. Pánfilo de Anfípolis practicó técnicas difíciles, de las que a veces es presentado erróneamente como inventor: la pintura sobre boj y la pintura al encáustico. Se insiste sobre el interés de sus grupos familiares, sin duda emparentados con los que, en gran número, presentan las estelas funerarias contemporáneas. Pausias de Sicione fue el pintor de *Glicera* (una bonita florista) y de flores, que representó con unos matices exquisitos; pero también supo elevarse al gran arte religioso en los techos del *tholos* de Epidauro, donde pintó a *Methe* (la Embriaguez) y a *Eros* (el Amor), las dos recompensas místicas de los fieles de Asclepios.

El pintor que los griegos consideraron sin duda como el mejor de todos los tiempos, Apeles, fue un jonio que estudió en Sicione y que supo unir a la gracia ligera y a la superabundancia que acreditó desde sus orígenes, la gravedad de la escuela de Sicione. Trabajó para los santuarios de Asia y pintó para Cos una *Afrodita Anadiomene,* cuya parte inferior del cuerpo, inmergida aún, debía de verse por transparencia, y para Éfeso, la *Procesión del Megabizo.* La *Calumnia,* que sólo conocemos a través

de la descripción que nos dejó Luciano, era un cuadro intensamente alegórico. Pero, sobre todo, fue el retratista oficial de la corte de Macedonia, y algo de la gloria de sus modelos —Filipo, Arquelao, Alejandro— redundó en él. Entre las obras más celebradas de la Antigüedad, las más famosas son el *Alejandro sobre su carro de triunfo* y el *Alejandro acompañado de la victoria y de los Dióscuros.*

La escuela ática dedicóse a pintar las emociones del alma. Arístides el Viejo demostró un gusto algo morboso en sus composiciones patéticas: una madre que expira y rechaza de su seno a su criatura, una muchacha que muere de amor por su hermano. Nicias, el pintor oficial de las estatuas de Praxiteles, fue, ante todo, un esteta, preocupado por la belleza en sí y a quien apasionó la expresión de las sombras y de la luz. Se complacía en representar la inocencia perseguida en las novelescas aventuras de *Io y Argos* o de *Perseo y Andrómeda.* Filoxeno de Eretria pintó para Casandro el *Combate de Alejandro y Darío,* del que, sin duda, es copia el famoso mosaico de la casa del Fauno en Pompeya. En esta vasta composición no sabemos qué admirar más, si la precisión realista de las armas y de los caballos o la intensidad de este momento único en que se enfrentan los dos reyes, el joven dios vencedor y el asiático vencido, a quien la muerte de los suyos arranca un gesto de vana piedad.

Decadencia de la cerámica de figuras rojas

Coincidiendo con el momento en que la pintura alcanzó su plena dignidad y, renunciando al simple trazo colorado que era su única adquisición, conquistó el variado dominio de las sombras, de los reflejos, de las transparencias, a la vez que intentó expresar todas las emociones del alma, la cerámica degeneró en la mediocridad.

El gran centro de producción era Atenas. Dentro de la línea del estilo florido de Midias, los ceramistas se inclinaron hacia una rica policromía, los realces blancos e incluso azules, el dorado. A veces se complacían en mezclar figuras pintadas y figuras en relieve, como vemos en el aríbalo de Jenofantos, que representa una cacería real dentro de una decoración de «paraíso» persa. Abundaban las escenas de gineceo y se multiplicaba los temas religiosos de resonancia mística, de acuerdo con los gustos del momento.

En la ejecución, rápida, no encontramos ya el minucioso cuidado de las hermosas piezas del siglo v. Sin embargo, hacia 370 se insinúa un renacimiento, de acuerdo con el resurgir del poderío de Atenas: se trata de las convencionalmente denominadas *vasijas de Kertsch,* muy extendidas por toda el área del Mediterráneo y del mar Negro. Efímero resurgir de un arte que había simbolizado el dinamismo artesano de Atenas: en los últimos decenios, tales vasijas son cada vez más mediocres y, finalmente, la cerámica de figuras rojas desaparece por completo.

Una novedad interesante la constituye el desarrollo de las fábricas aparecidas en Italia desde el siglo v. Surtían de grandes vasijas sin utilidad práctica alguna, destinadas a decorar tumbas o apartamentos y que, a menudo, denotan una gran habilidad técnica. El gusto es aún menos depurado que en las composiciones áticas contemporáneas: la policromía se convierte en mescolanza de colores, la decoración es superabundante, ya con esa guirnaldomanía que pronuncia el período helenístico. Los temas están tomados con frecuencia del teatro (lám. VI), del cual el ceramista reproducía el decorado,

los vestidos, los accesorios, tanto si se trataba de escenas trágicas como de representaciones paródicas, groseras, bufonescas, derivadas del flíaco. Frecuentemente se representaban también temas de ultratumba: seres infernales degradados de categoría, como Sísifo o Tántalo, y visitantes ocasionales, como Orfeo o Heracles (fig. 68).

Dentro de esta rica producción italiota, que a menudo imitaba los vasos de Kertsch, se distinguen tres grandes centros: Campania, muy sensible a la influencia de la cercana Etruria y de su imaginería funeraria; Lucania, que mostraba una notoria predilección por los temas de un violento patetismo o por las escenas de ofrenda o libación; y, sobre todo, Apulia, que coció vasijas de exuberante decoración vegetal,

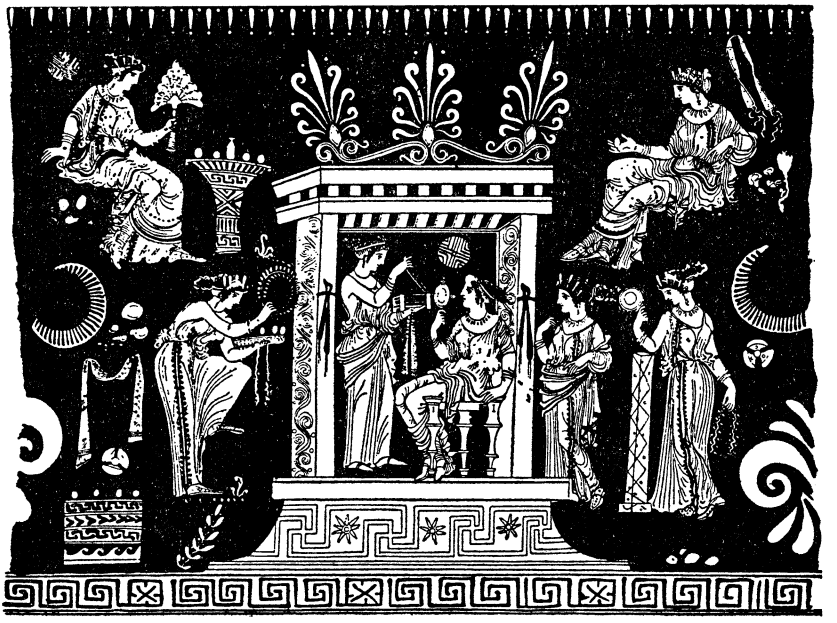


FIG. 68. Ofrenda ante un *heroon:* cinco mujeres están agrupadas en torno a la tumba; dentro del *heroon,* la muerta sentada contemplándose en un espejo, con una sirvienta de pie abriendo un cofrecito. Hidria apulia de Ruvo (Italia). Londres, British Museum

de pinturas a menudo realistas (platos con peces: fig. 65) o burlescas (escenas de parodia mitológica o representaciones de la vida cotidiana, notables todas por la bestialidad de los rostros). Estos talleres se mantuvieron más tiempo que los áticos, hasta pleno siglo III (fig. 69).

Refinamiento de las artes menores

En ningún aspecto como en las artes menores son tan visibles los progresos de la elegancia y del refinamiento.

Los talleres de Atenas siguieron surtiendo de bellas figuritas de terracota, pero Beocia volvió a ser un gran centro de producción, sin duda bajo la influencia del nuevo dinamismo correlativo a los éxitos del imperialismo tebano. Fue la gran época de Tanagra, nombre que, con cierto abuso, se ha convertido para nosotros en común. Los temas son menos religiosos que en la época anterior. Es cierto que abundaban las representaciones de los dioses «místicos», sobre todo Afrodita y Dioniso, pero se preferían los temas familiares, niños, jóvenes o muchachas. Ninguna representación tan amable y sonriente de la vida cotidiana como estas estatuillas de escolares, de niñas

FIG. 69. El vendedor de atún. Crátera de Lípari, principios del período helenístico

danzando, de tocadoras de cítara o jugadores de taba, de paseantes con sombrilla. Lo paradójico es que, en los mejores casos, el artista llegaba a hacer de estas pequeñas chucherías obras maestras de psicología, y expresar todos los matices de la risa, melancolía, alegría de vivir, coquetería impulsiva. Las actitudes del cuerpo se estudiaban y reproducían cuidadosamente, no sin una gran influencia de las audaces o lánguidas posturas de la escultura praxitélica. ¡Y cuanta variedad en los ropajes, que, con una discreta sensualidad, sugieren las armoniosas formas del cuerpo bajo la envoltura del vestido! (lám. VII).

Esta gracia captada instantáneamente se encuentra también, atenuada por una mayor gravedad, en las producciones de la toréutica. En todo el mundo griego se trabajaba el metal precioso, especialmente en Jonia, Atenas, Corinto, Tarento y los talleres del mundo greco-póntico rivalizaban con los del Mediterráneo. Nacieron nuevas formas, el espejo de cajero, creado tal vez en Corinto, y el *kados* (urna) funerario.

Una copa de «emblema», una de las piezas más antiguas del «tesoro de Tarento», representa a Céfalo y Procris: el amor se transparenta en su rostro y en sus gestos, respetuoso, solícito y casi pesaroso en el héroe, tímido y reservado en la hija de Erecteo. Las hermosas urnas cinerarias del Museo de Chantilly representan escenas místicas, *Eros y Psique* o *Dioniso y Ariadna,* que ilustran de forma brillante las creencias platónicas en la liberación del alma por el amor.

Las monedas también se mostraban sensibles a la evolución del gran arte, no por lo que se refiere a Atenas, donde los tetradracmas, de representaciones inmutables, más bien darían signos de degeneración, sino en el occidente griego, que siguió siendo la tierra de elección del arte monetario —sobre todo en Agrigento, Siracusa, Tarento e incluso en Marsella—, y en las confederaciones (liga arcadia o liga aquea), que hallaron la expresión más directa de su unidad política en la acuñación de moneda. Las estateras de oro o los tetradracmas de plata de los soberanos de Macedonia son interesantes no sólo por su amplísima difusión, sino porque serán repetidamente imitadas en todas las emisiones, griegas y bárbaras, de la época helenística.

El segundo clasicismo artístico, aunque no tenga la bella pureza y la serena euritmia del primero, ofrece la expresión más completa de un mundo cuyos recursos vivos no se habían agotado. La literatura se orientó preferentemente hacia la acción y la política, es decir, hacia lo contingente. La filosofía dejóse arrastrar a construcciones cuyo atrevimiento linda con la utopía. El arte presentó mayores matices. Si, generalmente, da la impresión de una elegancia que evita la nobleza acompasada y, de esta forma, corresponde bien al aticismo de un Lisias o a la sonriente llaneza de algunos diálogos platónicos, sabe emocionar sin caer en el fácil enternecimiento, conservando el culto a la belleza formal que nace del número y de la armonía de los volúmenes, de las líneas o de los colores.

4. LA ANGUSTIA DE LAS CONCIENCIAS

Aparentemente no se introdujeron cambios en el culto oficial, que seguía honrando a los dioses de la ciudad, dioses uranios y algunos ctónicos, integrados, desde hacía mucho tiempo, en la religión poliada, como, por ejemplo, las «dos diosas» de Eleusis. Lo que mejor demuestra el crédito de que aún disfrutaba Apolo es la reconstrucción del santuario de Delfos, destruido por el cataclismo de 373 (fig. 70). Además de las contribuciones de las ciudades, fijadas en el congreso panhelénico de Esparta, afluyeron numerosos regalos voluntarios, y sin grandes dificultades reunióse la enorme suma (de 500 a 700 talentos) necesaria para reconstruir el templo de los Alcmeónidas.

Sin embargo, en una civilización en que la religión era asunto de Estado, todo cambio político entrañaba una evolución religiosa. Pero, en el siglo IV, la ciudad se tambaleaba sobre sus cimientos. Por ello no debe extrañarnos que fuese cada vez mayor el desapego hacia las divinidades poliadas, en favor de dioses que respondían mejor a las aspiraciones del individuo. La crisis, iniciada por lo menos en el 430, llegó a adquirir proporciones inquietantes.

Los nuevos dioses

El viejo fondo helénico contaba con divinidades que respondían a las necesidades místicas o que, por lo menos, podían acomodarse a tales necesidades. Por ejemplo, Dioniso, cuyo prodigioso éxito acababa de mostrar Eurípides en las *Bacantes*. Cada vez más avasallador, era honrado sobre todo como el «niño divino», querido de las Ninfas de Nisa, o como el amante salvador de Ariadna. El maestro del tíaso desmelenado se introdujo incluso en las liturgias bien reglamentadas

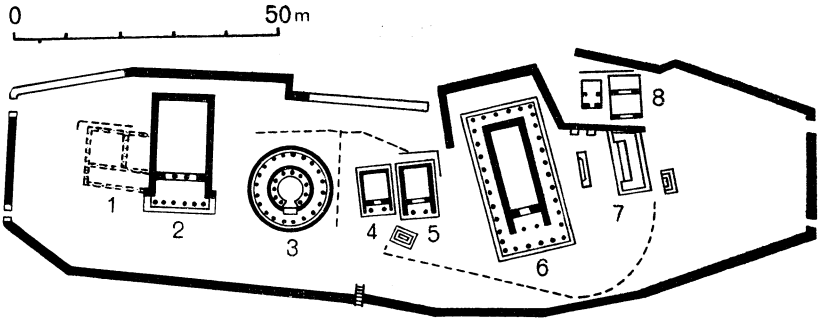


FIG. 70. El santuario de Atenea Pronaia en Delfos *(según P. de La Coste-Messelière)*: 1. Habitaciones de los sacerdotes. 2. Templo de Atenea en piedra calcárea. 3. Tholos. 4. Tesoro de los marselleses. 5. Tesoro dórico. 6. Templo de toba de Atenea. 7. Altares. 8. Tesoros

de Eleusis, especialmente en forma de Iaco, héroe que personificaba el grito ritual de la procesión y cuyo nombre evocaba el de Baco. También se anexionó a Heracles, al cual se representaba a menudo en su muerte apoteósica, que le permitía alcanzar la felicidad dionisíaca.

Otra divinidad del amor o, más bien, de la salvación por el amor, era Afrodita, que, cada vez con más frecuencia, va acompañada de un Eros rubicundo que preludia los amorcillos helenísticos. Íntimamente ligada a Adonis, cuyo culto ganó cada vez más en extensión y fervor, era una deidad oscura y, por ello, omnipotente sobre los espíritus, en la cual concurrían las fuerzas procreadoras y los impulsos eróticos.

Asclepios siguió siendo el señor de la salud, y sus santuarios tenían cada vez mayor clientela. En el siglo IV, Epidauro se cubrió de monumentos que hicieron de su *hierón* el digno rival de los grandes recintos panhelénicos; Atenas construyó un nuevo Asclepieion; como sucursal de Epidauro levantóse un pequeño puesto de cura: Gortis de Arcadia. Pero estos testimonios de prosperidad no son tan conmovedores como los modestos exvotos, cada vez más numerosos y que representaban casi siempre las partes del cuerpo salvadas por la milagrosa acción

del dios. En Epidauro hallamos estelas del siglo IV, que refieren, con una fe amortiguada a veces por el humor, las curaciones de Asclepios, en apariencia, verdaderos milagros, pues su intervención en la mayoría de ocasiones era instantánea y no implicaba, como en las épocas siguientes, auténticos tratamientos. En alto o bajorrelieve, el taumaturgo, acompañado a menudo de su hija Higia (Salud) y de su serpiente familiar, figura como la encarnación misma de la filantropía divina. Nos hallamos lejos de aquel demonio que turbaba el orden del mundo con inoportunas resurrecciones y que, a causa de ello, fue fulminado por Zeus, tal como era presentado aún por Píndaro.

Pero las almas estaban demasiado inquietas y desenfrenadas para contentarse con aquellas divinidades tradicionales. La fuerte oleada de misticismo nórdico u oriental arrasó a más y mejor a Grecia, pese a los sarcasmos de la comedia media —en este punto digna continuadora de Aristófanes— y de las maldiciones del Platón de las *Leyes*. En este panteón exótico encontramos dioses ya conocidos junto a otros que acababan de añadírseles.

El grupo de los dioses tracofrigios era importante. Cibeles prácticamente dejó de ser una extranjera, pero su gran sacerdote, el Metragirto, servía aún de blanco a los cómicos. Bendis vivía junto a ella en Tarento, lo mismo que en Atenas y en el Pireo. Sabazios, denunciado ya por Aristófanes, era servido por indignas sacerdotisas: Nino, condenada a muerte por envenenadora, o Glaucotea, madre de Esquines, cuyas ridículas prácticas relata Demóstenes con dureza. Isodetes, un recién llegado, debía de parecérsele mucho: demonio apasionado cuya desaparición se festejaba en medio de lágrimas, y su resurrección, en medio de la alegría, era honrado con ritos de excesiva licencia, y gracias a su belleza y al talento de Hipérides, pudo Friné escapar a la grave acusación que pesaba sobre ella de haber participado en su culto. Los «Grandes Dioses» de Samotracia siguieron una brillante carrera.

No menos arrolladores se mostraban los dioses del Próximo Oriente. Los mercaderes egipcios del Pireo fueron autorizados a elevar un templo para Isis: de siglo en siglo irá en aumento la admiración hacia la buena diosa. Los negociantes de Cition no tardaron en conseguir los mismos derechos para su Astarté.

Esencialmente, estos nuevos dioses no diferían de los tradicionales. Más original fue el desarrollo de la astrolatría, herencia directa de Oriente, y, en particular, de los Maguseos, magos de Anatolia que habían forjado un sincretismo entre el zoroastrismo y la astrología babilónica. Como base de ello, la creencia en la divinidad de los astros. En ninguna parte se manifestó con tanta fuerza y convicción como en la *Epinomis*, última de las obras de Platón (a menos que deba atribuirse a un discípulo inmediato): los astros tienen un alma, como lo demuestra la regularidad de sus movimientos, y esta alma es divina; son, pues, dioses visibles y su sola contemplación puede proporcionar al hombre sabiduría y felicidad.

Pero si esta opinión seducía al espíritu del viejo filósofo, el pueblo sacó consecuencias más directas de la divinidad de los astros. Por una parte, se desarrolló la creencia en la inmortalidad celeste del alma, que el pitagorismo había tomado del sistema iranio y que Aristófanes evocaba ya en la *Paz* cuando ponía, en boca de Trigeo,

que «cuando uno muere, se convierte en un astro en los cielos». Por otra parte, extendióse rapidísimamente la idea de que el destino del hombre se halla inscrito en los cielos; ello inició el reinado de los astrólogos, cuya influencia sobre las almas será cada vez mayor.

Culto a los soberanos

El culto a los soberanos nos vuelve a la tierra. Los príncipes eran bastante hábiles como para explotar con fines políticos las creencias latentes en el pueblo, ávido de divinidades más próximas y directamente caritativas. La realeza conservaba algo del carácter sagrado de sus orígenes, y en Grecia se practicaban cultos tradicionales dedicados a héroes, de manera especial a los fundadores de las ciudades. Además, ninguna época demuestra con tanta fuerza la importancia de los hombres providenciales en el desarrollo de la Historia, importancia subrayada por algunos teóricos políticos como Jenofonte o Isócrates. Y, en fin, Oriente ofrecía, desde hacía milenios, el ejemplo de monarquías teocráticas en las que el rey era considerado como dios (Egipto) o como vicario del dios (Mesopotamia).

Son anteriores a Alejandro los primeros intentos encaminados a reforzar el poder de un hombre con la inmensa fuerza de lo sobrenatural. En Heraclea del Ponto, Clearco instauró una tiranía grecobárbara. Se proclamó hijo de Zeus, rodeóse de un ceremonial litúrgico, exigió de sus súbditos la proscinesis (genuflexión). Filipo fue más lejos: en una procesión hizo llevar su estatua inmediatamente después de las de los doce dioses; encargó a Leocares un grupo criselefantino que lo representara a él con los suyos, y que tenía intenciones de ofrecer a la adoración en la rotonda de Olimpia, verdadero monumento de un culto heroico.

Pero Alejandro fue quien dio su pleno desarrollo al culto real. Espíritu místico por naturaleza, penetrado de su misión divina, en el oráculo de Siwah adquirió la certeza de que era hijo de Amón. Desde entonces, todo vino a reforzar su íntima convicción: sus brillantes éxitos, sus explosiones de temerario valor en los campos de batalla, su marcha épica hasta las orillas del Indo, que recordaba la conquista de la India por Dioniso. ¿Cómo no iba a creerse dios, después de haber hecho retroceder los límites de lo posible y agotar todos los triunfos? Pero, espíritu no menos realista, vio las ventajas que podía sacar de su divinización: el culto al soberano, dios vivo y epífano, era el único capaz de procurar su indispensable unidad a su desmesurado imperio, por encima de la diversidad de comarcas, pueblos y religiones.

Por ello adoptó el ceremonial casi divino de los Aqueménidas. Mas no tardaron en manifestarse las resistencias entre los griegos, que no podían admitir la apoteosis de un hombre vivo y se indignaban al ver que se les imponía la proscinesis, cuya verdadera naturaleza en la corte del Gran Rey desconocían: muestra de fidelidad más que de adoración. Entonces Alejandro se exaltó y castigó: Cleitos fue condenado a muerte; Calístenes, sobrino de su maestro Aristóteles, encerrado en prisión. Poco a poco se debilitaron las oposiciones. Atenas lo veneró como el «nuevo Dioniso». En 324, las ciudades griegas mandaron a Babilonia tesoros —los embajadores que se enviaban a los dioses— para coronarlo de oro. Quedó fundado el culto real, base más firme de la autocracia y herencia, a la vez, de las especulaciones del pensamiento griego y de las tradiciones monárquicas de Oriente. Y el prodigioso genio que infundió durante siglos nueva vida al mundo griego, fue responsable también de aquel monstruoso embrutecimiento, cuyas ventajas políticas sabrán utilizar otros menos dignos, como los *basileis* helenísticos y los *imperatores* romanos. Su única justificación radica en que él mismo creyó, no sin aparentes razones, en su divinidad.

Un nuevo misticismo

El siglo se nos muestra lleno de aspiración hacia lo divino, lo cual se manifestó en un evidente gusto por los misterios. Los Cabiros de Samotracia, las «dos diosas» de Eleusis, reforzadas con la exaltante presencia de Dioniso, conservaron sus fieles. Bacantes de ambos sexos seguían frecuentando los matorrales con los gritos del *Evohé*. Volvieron a florecer viejos ritos arcaicos, especialmente en Andania (Mesenia), donde orgías emparentadas con las liturgias de Eleusis honraban a los «Grandes Dioses», asociados a Deméter, Coré, Apolo Carnio y Hermes.

Al parecer, también el orfismo experimentó un resurgimiento, sobre todo en Beocia: una vasija del Cabirion de Tebas representa un Dioniso Cabiro rodeado de figuras órficas. Pese a las interminables controversias, no cabe duda de que Platón viose influido sensiblemente por él, de un modo especial en lo concerniente al origen divino del alma, su superioridad en relación con el cuerpo, su supervivencia feliz o desgraciada. Por lo demás, siempre resulta difícil distinguirlo del pitagorismo, y es más prudente hablar de órfico-pitagorismo, sobre todo a propósito de las tablillas encontradas en las tumbas, especialmente en la Magna Grecia. Los ejemplares de Petilia y de Turioi (siglo IV o III) son extractos de un «libro de los muertos» destinado a facilitar el viaje por el más allá. La primera da los elementos de topografía infernal necesarios para llegar al lago de Memoria, donde el alma se aliviará al proclamar su descendencia divina en el más puro estilo órfico: «Yo soy gracias a los Titanes, hijos de la Tierra y del Cielo estrellado, pero mi raza es celeste». Las segundas, dentro de una atmósfera que tomó también elementos del eleusinismo, muestran al alma «volando fuera del enlutado ciclo de los dolores», bajando junto a Despoina (Señora), la reina subterránea, y obteniendo de ella la admisión en la «morada de los santos». «Feliz y bienaventurado, tú serás dios en lugar de mortal», aseguran, con firme convicción y piadosa confianza, que nos lleva muy lejos del «hermoso riesgo» que representaba para Platón la vida eterna.

Algunos querían experimentar ya en esta tierra emociones más fuertes. Se inscribieron en otros misterios, a los cuales el exotismo ofrecía más atractivo: los de Sabazios, Adonis y Atis. Demóstenes nos dejó en el *Discurso de la corona* una inolvidable pintura de las liturgias —por otra parte, más ridículas que deshonestas— que Esquines celebraba con su madre, sin que siempre sea posible distinguir los distintos elementos sincréticos que se mezclan en ellas: «Tú le leías los libros y colaborabas en todas sus maquinaciones; durante toda la noche presentabas la piel de león y la crátera, purificabas a los iniciados, los embadurnabas con fango y salvado, los hacías levantar despues de la iniciación y les hacías decir: *He escapado al mal, he hallado el bien,* tan altivo que nadie hubiese proferido jamás tales alaridos. Durante el día guiabas por las calles estos bellos tiasos coronados de hinojo y de álamo blanco, acariciabas las mofletudas serpientes y las elevabas

por encima de la cabeza, gritando: *¡Evohé! ¡Sabohé!*, mientras danzabas...» (259-260).

Los aspectos sociales de este misticismo eran también muy nuevos. Se desarrollaban en asociaciones (o tiasos), que agrupaban a los fieles de un mismo dios. Aparecieron desde finales del siglo V, y Lisias refiere, en una pintura muy aguda, las desgracias de un tiasota explotado por sus cofrades. Van a multiplicarse en el transcurso del siglo IV, especialmente en los círculos de extranjeros, metecos y esclavos, que seguían adorando a sus dioses nacionales, mas no tardaron en atraer a atenienses ansiosos de novedades religiosas. Por lo general, las mujeres y las gentes humildes constituían, al parecer, lo esencial de aquellas comunidades, en las que fácilmente se adivina el bosquejo de las innumerables cofradías religiosas de la época helenística.

En aquellos ambientes cerrados, que escapaban por completo a la influencia de los cultos cívicos, se desarrolló el gusto por las ceremonias complicadas, que apelaban a todos los sentidos para entusiasmar mejor al alma y que eran orquestadas con las emocionantes músicas de Asia. Aparecieron verdaderas liturgias, que recurrían a menudo a un simbolismo fácil: se distribuyeron pasteles redondos llamados *ambrosía* o *pan de los bienaventurados*, y se consideraba que el acto de comerlos proporcionaba la salvación.

Se multiplicaba el personal sagrado, aprovechando la admiración del público por lo sobrenatural. Sacerdotes, exégetas, purificadores, orfeotelestas explotaban a porfía el apetito por lo divino y desarrollaban el gusto por la parábola, por la alegoría, por la oscuridad. Y apareció un nuevo tipo psicológico, el supersticioso, al cual Teofrasto consagró uno de sus «caracteres»: corría hacia la divinidad si un ratón roía uno de sus sacos de harina, y, si se topaba con los impuros, «entraba en su casa, se bañaba de la cabeza a los pies, llamaba a las sacerdotisas y les pedía que lo purificasen con una cebolla marina o con el cadáver de un cachorro de perro, llevados en círculo en torno suyo».

En resumen, una religión agitada, ardiente, que ha podido ser comparada con el catolicismo de la época de Bernini. Toda tibieza se hallaba proscrita, y se sucedían los procesos por impiedad. Algunos espíritus eran incluso tan frenéticos, que habían de buscar en otra parte los estremecimientos que no conseguían proporcionarles los cultos más orgiásticos. La magia y los sortilegios progresaron hasta tal punto, que Platón prevé los más severos castigos contra ellos. Las fórmulas de maldición se multiplicaron desde principios del siglo en las tablillas de defixión en las que se pide a Hermes o a Hécate que aten la lengua o los miembros de enemigos aborrecidos.

* * *

Es preciso volver a esta contradicción fundamental que señalábamos al principio. Aquel siglo, que fue el de Aristóteles, fue también aquel en que la aspiración hacia lo divino resonó por primera vez con tanta violencia. Por doquier hallamos el triunfo de lo irracional, al que los hombres se abandonaban con deleite. Aparecieron palabras básicas, a las que las almas estaban dispuestas a renunciar: salvación, amor, purificación, redención. A esta llamada respondía cada uno según su naturaleza: Platón y Praxiteles elevaron mundos radiantes por encima de lo real, pero los pobres y las mujeres habían de contentarse con saborear en los tiasos un misticismo más barato.

libro IV

RENACIMIENTO DE LA ÉPOCA HELENÍSTICA

capítulo primero

Estados helenísticos

La época que llamamos convencionalmente *helenística* (en alemán, *Hellenismus*) se inicia a la muerte de Alejandro y termina, en fechas muy distintas, según las comarcas, con la conquista romana. Caracterizóse por la ampliación de las tierras ocupadas por los griegos y por el cambio del centro de gravedad del helenismo, pues el papel que en adelante desempeñará Grecia será muy escaso en comparación con los grandes reinos orientales. Su historia es de una extrema complejidad: una larga sucesión de guerras encarnizadas y sangrientas y de usurpaciones, que modificaran incesantemente las fronteras de los Estados. Por otra parte, los documentos abundan mucho más que en la época anterior. Mención especial merecen los papiros, conservados en enorme cantidad, sobre todo en Egipto, que han guardado los testimonios más diversos: cartas reales, textos administrativos, archivos notariales, correspondencia privada, cuadernos escolares... Forzosamente va a ser breve la evocación de los destinos políticos del mundo griego en una época de tanta turbación.

No se trata de relatar aquí detenidamente las interminables guerras con que los generales de Alejandro se disputaron su imperio. En 321, después del asesinato del regente Pérdicas, llevóse a cabo una primera repartición en Triparadisos: Macedonia para Antípatro, Egipto para

Ptolomeo, Tracia para Lisímaco, Asia Menor para Antígono, Babilonia para Seleuco. Entre 306-305 tomaron el título de rey (Antípatro fue reemplazado por su hijo Casandro). Las luchas prosiguieron durante más de veinte años, y se caracterizaron por sangrientos episodios, como el aplastamiento y la muerte de Antígono el Tuerto en Ipsos (301), la de Lisímaco en Curopedion (281), el asesinato de Seleuco por Ptolomeo Cerauno (280).

En esta fecha, los sucesores (diadocos) directos de Alejandro habían desaparecido después de cuarenta años de esfuerzos, intrigas y conflictos por apropiarse de una parte del inmenso imperio, ante la imposibilidad de poderlo regir en su conjunto. Entonces se estabilizó la situación al constituirse tres grandes reinos: Egipto para Ptolomeo II, hijo de Ptolomeo; Asia para Antíoco I, hijo de Seleuco, y Macedonia, que pronto volvió a manos de Antígono Gonatas, nieto del Tuerto. Ninguna época asistió a luchas personales tan ásperas, *condottieri* tan atrevidos, alianzas tan inestables. ¡Cuán admirable galería de retratos la constituida por el indómito Tuerto, su hijo Demetrio Poliorcetes (el Tomador de ciudades) —tan ardiente en el combate como en la derrota—, el implacable Seleuco, el astuto Ptolomeo y el brutal Casandro! La siguiente generación, la de los epigonos, registrará ambiciones más modestas —ya que ningún príncipe ansiaba restablecer el imperio universal que durante mucho tiempo había sido la esperanza de los diadocos—, pero sí una consolidación general de los reinos creados en medio de tantos ensayos.

No cae dentro de nuestros propósitos referir las sucesivas campañas que permitieron a los romanos poner fin a la independencia del mundo griego, así como tampoco analizar los motivos y pretextos de sus intervenciones, ni descubrir los arcanos de la sinuosa política del Senado y la codicia de los caballeros. Todo ello corresponde, en realidad, a la historia romana. Siempre que evoquemos estos acontecimientos, lo haremos desde el punto de vista de los griegos.

1. OCASO DE LA GRECIA INDEPENDIENTE

En la Grecia propiamente dicha quedaban todavía algunas ciudades que conservaban una fachada de independencia, una apariencia de sus instituciones tradicionales, especialmente Atenas. Pero el ocaso se intensificó con el empobrecimiento y las perturbaciones sociales. Sólo algunas ciudades insulares se aprovecharán del corrimiento hacia el Oriente de la potencia política y económica.

Una Atenas burguesa

Si Atenas casi no contaba, no era tanto a causa de las empresas de los soberanos de Macedonia —en 228, incluso expulsó a la guarnición del Pireo y recuperó una autonomía total, al menos en apariencia— como por la muerte del espíritu democrático. Las instituciones apenas habían cambiado, a pesar de la adición de dos tribus a las clistenianas,

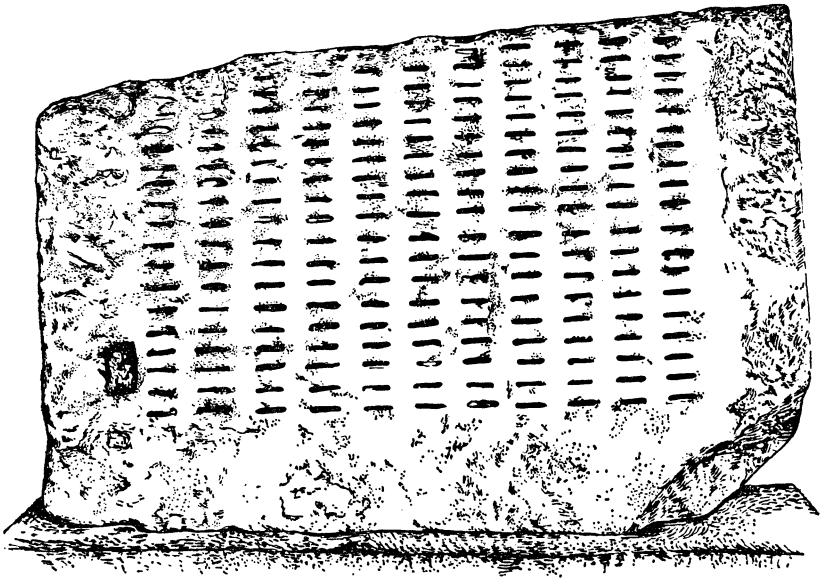


FIG. 71. Máquina para votar *(kleroterion)* descubierta en el Ágora de Atenas, siglo III *(según S. Dow)*

pero el pueblo no era ya el amo (fig. 71). El teórico y la mayoría de los *misthoi* habían sido suprimidos. El poder se hallaba en manos del Areópago y del más importante de los estrategas: el de los hoplitas. Habíase abolido el servicio militar, y el Estado confiaba su defensa a mercenarios. Los efebos eran sólo estudiantes que se agrupaban para proseguir sus estudios. La actividad económica había disminuido grandemente desde la desaparición de las cleruquías y el eclipse del Pireo, que no contaba ya entre las grandes rutas comerciales. Recuperóse algo poco después de la «liberación» de Grecia y, sobre todo, cuando, en 166, los romanos restituyeron a Atenas algunas cleruquías y le concedieron Delos, para perjudicar a los rodios. Esta situación se mantendrá hasta el saqueo de Sila en 86.

No obstante, quedaban ricos, que monopolizaban el poder. Su política era prudente, pues sólo les importaba conservar sus privilegios y la tranquila posesión de sus bienes. Únicamente procuraban equilibrar la influencia macedónica manteniendo buenas relaciones con los Atálidas y con los Lágidas, que colmaban de favores a Atenas y erigieron allí hermosas construcciones. Pero la sustitución del *demos* por la burguesía representaba, a las claras, el fin de la grandeza ateniense.

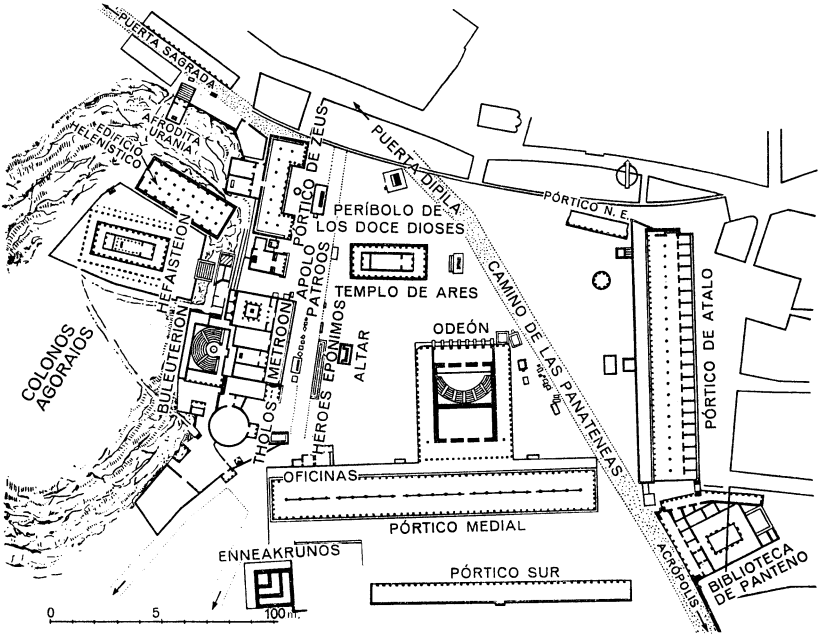


FIG. 72. El Ágora de Atenas (*según* el plano de las excavaciones americanas)

Sin embargo, el prestigio intelectual de la ciudad era considerable. Las fiestas seguían revistiendo una excepcional magnificencia, sobre todo los misterios de Eleusis y las Dionisíacas, en las que no sólo se representaban los géneros clásicos, sino también «comedias nuevas», delicada pintura de la sociedad contemporánea. Un Seléucida, un Lágida o un príncipe númida no desdeñaban concurrir a las Panateneas. Sus escuelas filosóficas eran las más brillantes del mundo griego, y sus especulaciones seducían a un público hastiado, pero que no había perdido el gusto por las cosas del espíritu. Sus talleres de escultura proporcionaban al mundo entero excelentes copias de las obras maestras del clasicismo. Ya se esbozaba el papel que desempeñaría en la época ro-

mana el de una ciudad universitaria, de un conservatorio del pasado abolido dentro del cuadro monumental, siempre intacto, de la ciudad de Pericles (fig. 72).

La crisis económica y social en la Grecia continental

En Grecia, la situación era crítica por doquier. Es cierto que la agricultura progresaba gracias al empleo de abonos, que proporcionaban mejores cosechas, y la ganadería se aprovechó de la extensión de las praderas; pero fue sólo en beneficio de algunos, pues la gran propiedad se desarrollaba cada vez más siguiendo una tendencia que se había iniciado ya en el siglo IV. Declinaban la industria y el gran comercio, tras un breve resurgimiento en los años que siguieron a la conquista de Alejandro. En efecto, muy pronto los reinos de Oriente fabricaron por sí mismos los productos indispensables. Y Grecia siguió teniendo sus necesidades en cereales, necesidades tanto más costosas cuanto que el precio del trigo, después de una baja a principios del siglo III, subió considerablemente en el II. Mas apenas podía exportar, como no fuese vino, aceite —cuyo precio, por desgracia, se mantenía estable— y productos de lujo, que aseguraban una modesta supervivencia al artesanado, especialmente en Corinto y en Atenas. Por otra parte, los elementos más dinámicos se hallaban expatriados. Los ricos invertían sólo en tierras, lo cual hizo desaparecer el fermento esencial de la actividad económica de la época clásica.

Las repercusiones sociales eran graves. La sociedad se cuarteaba siempre entre una clase mínima de ricos y un proletariado miserable. Es cierto que los poseedores de grandes fortunas seguían siendo raros: Polibio nos habla del etolio Alexandros, el griego más rico, que poseía 200 talentos, es decir, no más que el ateniense Calias, cuñado de Cimón. Pero existía una burguesía acomodada, cultivada, que tendía a aumentar. En adelante será la única que acaparará el poder en todas partes, lo cual intensificará aún más su inclinación por los honores y le impondrá a veces pesados sacrificios económicos.

El empobrecimiento del resto de la población era inquietante. Los salarios disminuyeron, indudablemente, en el transcurso del período helenístico, como queda demostrado por los documentos de Delos. Era difícil encontrar trabajo, dado que los esclavos hacían la competencia a los hombres libres. Muchos no tenían más que una solución: el mercenariado.

Ignoramos si aumentó la muchedumbre de esclavos. Desde luego, se han encontrado en los santuarios numerosas estelas de manumisión, lo cual demuestra sólo que en esta época se aceptaba fácilmente el rescate del esclavo mediante una retribución, sin duda bajo la influencia de las filosofías humanitarias. Este mejoramiento de la condición servil explica quizás el extraño hecho de que jamás hubiese, en el momento de las turbaciones sociales, conjuras de los esclavos y del proletariado.

Las consecuencias de esta crisis social mostráronse funestas. Grecia se despobló, y la oligantropía, denunciada por Polibio, llegó a ser una plaga. Los ricos por disfrutar de las comodidades y los pobres porque

se veían relegados a la peor miseria, no querían más hijos, y, si los tenían, los abandonaban. Filipo V intentó inútilmente dar nuevo vigor a la exangüe Grecia preconizando una política de natalidad y de inmigración.

La miseria engendraba también la revuelta. Reaparecieron el bandolerismo y la piratería. Retoñaron las viejas reivindicaciones sociales del arcaísmo: abolición de las deudas y reparto general de las tierras. Por lo menos en un lugar hallaron un comienzo de satisfacción: en Esparta, donde las desigualdades sociales eran aún más ostensibles que en otros tiempos. Dos reyes encabezaron el movimiento: Agis, que fracasó por su excesiva mesura, y Cleomenes, que llevó a cabo un programa verdaderamente revolucionario: abolió las deudas, creó nuevos ciudadanos entre los inferiores y los ilotas, a los que distribuyó lotes. Asimismo, dio a su patria una nueva potencia militar y alcanzó grandes éxitos en el Peloponeso, hasta que fue derribado por la coalición de la liga aquea y Macedonia (Batalla de Selasia, 222). Su obra, influida sin duda por las filosofías igualitarias (se ha tratado de hacer de él un estoico), fracasó, pues, en virtud de la conjura de los mantenedores del orden social establecido. Pero la revolución seguía incubándose, y el rey Nabis, considerado por sus adversarios como un tirano, desarrolló el programa revolucionario de Cleomenes y provocó está vez la intervención de la misma Roma.

Relativa prosperidad de la Grecia insular

La situación era menos grave en la polinesia egea, que supo aprovechar las poderosas corrientes de intercambio entre Asia, Egipto y Occidente, perturbados, no obstante, por los piratas que tenían sus bases en Iliria, Creta y Cilicia.

Conocemos bastante bien la prosperidad de Cos, basada en el vino, cerámica y una especie de seda local. Los *Mimos* de Herondas o los *Idilios* de Teócrito pintaron a lo vivo los ambientes de ricos comerciantes o de poetas esotéricos. El Asclepieion, con nuevas construcciones y dotado de una verdadera escuela de medicina, atraía cada vez más a los enfermos.

Rodas eclipsó a todas sus vecinas. Constituida, en 408, por el sinecismo de tres ciudades, durante el siglo IV logró evitar hábilmente al Poliorcetes y luego resistir sus asaltos. Después vivió un siglo de gran apogeo, conservó su independencia en medio de las intrigas de los reyes y representó una magnífica supervivencia del régimen de la *polis* en pleno período helenístico. De constitución moderada, era una república de comerciantes, celosa de su derecho de ciudadanía, pero que acogía generosamente y protegía a cuantos extranjeros acrecentaban su riqueza.

Esta prosperidad la debía, esencialmente, a su privilegiada posición, próxima a la costa asiática y frente a Alejandría. Poseía tres puertos, con *docks* e importantes arsenales: uno, comercial; otro, de guerra, y un tercero de escala. En sus gigantescos depósitos se almacenaban el vino y el aceite de la tierra o importados, el trigo del Ponto y de Egipto, las vasijas y los artículos exóticos, que luego redistribuía por todo el Mediterráneo. Las ánforas timbradas con sus sellos llegaban a todas partes: a las estepas de la Póntide, a la Galia y a España. En una palabra, fue la sucesora del Pireo de la época clásica, Sus bancas desplegaban gran actividad. Su marina de guerra —50 embarcaciones magnificamente equipadas— mantenían la paz en el Egeo en su lucha

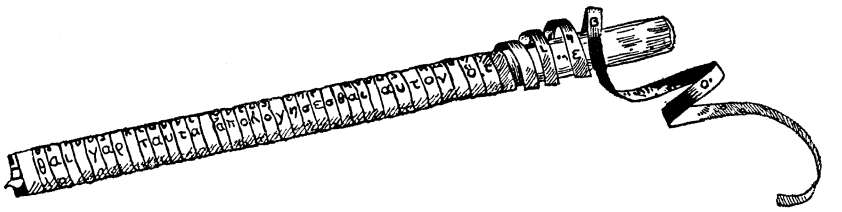


FIG. 73. Una escítala lacedemonia (cf. Plutarco, *Lisandro*, 19): el expedidor y el destinatario poseen dos bastones idénticos; el expedidor enrolla alrededor del suyo una banda de papiro sobre la cual ha escrito su misiva; una vez desenrollada, la banda es ilegible; pero las palabras se reconstruirán cuando el destinatario la enrolle alrededor de su bastón

contra la piratería. Su legislación marítima, la *lex Rhodia*, llegó a ser tan famosa, que el propio Marco Aurelio respetará algunos principios, que luego adoptarán Bizancio y Venecia. Era tan rica y tan útil para todos, que, destruida en 227 por un temblor de tierra, no tardó en levantarse de sus escombros con ayuda de socorros llegados de todo el mundo griego.

Este esplendor se hundió casi de golpe. Fiel aliada de Roma durante mucho tiempo, Rodas adquirió, con la paz de Apamea, vastas posesiones en el continente, en Licia y en Caria Meridional. Pero quiso jugar con excesiva astucia, y sus intrigas llegaron a cansar a Roma, que, en 166, creó en Delos un puerto franco cuya competencia hizo declinar su negocio. En dos años, el producto de sus aduanas (tasas *ad valorem* de 2 %) bajó de la colosal cifra del millón de dracmas, a 150 000. Obligada a firmar un tratado con Roma, perdió de hecho su independencia.

Quedó como una ciudad de arte y de ciencia, un hogar universitario al que acudían los jóvenes aristócratas romanos a perfeccionar sus estudios. Sus escuelas de oradores, famosas desde Esquines, practicaban un depurado aticismo. Posidonio de Apamea enseñó allí, con éxito, el estoicismo. Sus escultores investigaron en las direcciones más variadas, con una predilección por el patetismo pergamiano.

Delos empezó a desempeñar poco a poco un nuevo papel, que hizo de la cuna de Apolo uno de los mayores centros comerciales. También

aquí la posición de la isla era predominante, pero asimismo actuaron en su favor las enormes riquezas acumuladas en sus templos y cuyos inventarios, grabados en el mármol, nos dan todavía una idea de su importancia. Los sacerdotes se transformaron en banqueros, y su ejemplo no tardó en ser imitado por los particulares.

Miembro, al principio, de la confederación de los insulares, sometida a los Ptolomeos y luego independiente desde 250, Delos fue el principal beneficiario de la desavenencia entre Rodas y Roma. Entonces se convirtió en el depósito común de griegos e itálicos para el trigo, aceite, vino, madera, cerámica y, sobre todo, los esclavos —no sin cierta exageración, Estrabón afirma que podían venderse 10 000 en un solo día—. Su población era cada vez más mezclada: aunque todos los delios hubieran sido expulsados a Acaya, habrían seguido conviviendo allí atenienses, itálicos y orientales, fieles a sus costumbres y a sus dioses y construyendo sus propios depósitos y sus santuarios. Registróse un bilingüismo grecolatino en las inscripciones. Las casas, realzadas con frescos y mosaicos, mostraban la riqueza y la inclinación al lujo de una burguesía mercantil. Los santuarios mostraban un verdadero cosmopolitismo y la invasión de los cultos orientales.

Aquella prosperidad, acrecentada aún más por la ruina de Corinto y la constitución de la provincia romana de Asia, subsistió hasta el siglo I. Pero en el año 88, la isla, que había permanecido fiel a Roma cuando la revuelta de Mitrídates, quedó arrasada por el rey, y 20 000 habitantes fueron sacrificados. Es el comienzo de un ruina irremediable.

Estados federales

Si el mundo de las ciudades apenas era algo más que una caricatura de las instituciones clásicas, el espíritu republicano sobrevivía en los *koiná*, o Estados federales —denominados a menudo, con poca propiedad, *ligas* o *confederaciones*—. Estos *koiná* se habían desarrollado en las regiones atrasadas donde las ciudades eran pequeñas o no existían, y donde sobrevivía una organización a base de *ethne* (pueblos), anterior al sistema de la *polis*. Dos de ellos se extendieron ampliamente en la época helenística, sin duda porque los griegos se habían ido acostumbrando a las federaciones desde la liga de Corinto y, sobre todo, porque comprendían que la unión era lo único que podía brindarles la posibilidad de una resistencia eficaz a las empresas del rey de Macedonia.

Desde hacía tiempo existía un *koinón* etolio en torno al santuario federal de Termos, donde las excavaciones revelaron ya un lugar de culto micénico, pero que jamás había desempeñado un papel histórico. Etolia pasaba por ser un país rudo cuyos habitantes, excelentes soldados, iban siempre armados por temor a los ladrones. Su valiente actitud ante el ataque de Delfos por bandas galas (279/278), les permitió asegurar su dominio sobre el santuario, ejercer la hegemonía sobre la anfictionía y acrecentar notablemente su prestigio. Al mismo tiempo consiguieron grandes progresos

territoriales hacia el Oeste, en Acarnania, y, sobre todo, hacia el Este, en Fócida, Lócrida Occidental y Tesalia. De esta forma constituyeron el más extenso Estado griego que jamás existiera.

La asamblea del pueblo agrupó, sin condición de censo, a los ciudadanos de todas las ciudades de la confederación. Celebraba dos sesiones anuales, una de ellas, en Termos. Había dos consejos: uno, de 1000 miembros *(bulé* o *synedrion),* y otro, más restringido (consejo de los apocletos). La asamblea elegía a los magistrados, el más importante de los cuales era el estratega, que, de hecho, actuaba durante un año como jefe del ejecutivo. El número de delegados de cada ciudad en el consejo, así como los contingentes que proporcionaba y los impuestos con que contribuía, eran proporcionales a su importancia.

La constante hostilidad del *koinón* etolio hacia Macedonia lo movió a abrazar la causa de Roma, lo cual no impidió que pagase con la pérdida de su independencia, en 189, un desafortunado viraje contra su aliada.

Rival de la confederación etolia, la liga aquea resucitó en 281/280 un antiguo *koinón* arcaico, disuelto a principios de siglo. Mas pronto desbordó los límites de la pobre Acaya, se incorporó Sicione y se apoderó de Corinto, gracias a la enérgica acción de Aratos, y, de grado o por fuerza, se anexionó paulatinamente todo el Peloponeso.

Sus instituciones no son bien conocidas. La asamblea federal, en la que tendrían cabida todos los ciudadanos de las ciudades miembros, se reunía cuatro veces al año en el santuario de Zeus Hamarios, en el territorio de Egion, aunque también se celebraban asambleas extraordinarias. El papel esencial lo representaban el consejo, el colegio de los 10 *damiorgoi* y el estratega elegido cada año. Algunas grandes personalidades dieron extraordinario esplendor a esta magistratura, especialmente Aratos de Sicione y Filopoimen, que, por su desgraciado valor contra los romanos, mereció el calificativo de «El último de los griegos».

También aquí la decadencia del *koinón* debióse a los progresos del poderío romano, a los cuales debemos añadir las intrigas de ciudades que, como Esparta, habían entrado, a pesar suyo, en la confederación. Al principio aliados de Roma, los aqueos despertaron su desconfianza hasta el punto de que, después de la tercera guerra de Macedonia, deportó a 1000 ciudadanos, entre ellos, Polibio, hijo del estratega Licortas. En 146 se levantaron en armas contra ella, pero Corinto fue arrasada, y la liga, disuelta.

Estos dos *koiná* suelen oponerse, y es cierto que el etolio fue más democrático que el aqueo. De hecho, ambos eran dirigidos por los ciudadanos más acomodados, pues no había *misthoi* para los magistrados. Representaban el supremo esfuerzo del espíritu tendente a organizarse en Estados lo bastante fuertes para enfrentarse a las apetencias de los Antigónidas.

2. LOS REINOS NÓRDICOS

La verdadera fuerza la representaba Macedonia, que, de hecho, extendió su hegemonía incluso sobre las ciudades aparentemente independientes de la Grecia propiamente dicha, y a la que sólo se atrevían a hacerle frente las ligas etolia y aquea. A su lado, el Epiro desempeñó un mezquino papel, salvo en el intervalo del fulgurante reinado de Pirro.

Reino de Macedonia

En 276, Antígono Gonatas reconquistó definitivamente el reino de Macedonia, que había pertenecido ya a su padre Demetrio Poliorcetes. Fundó allí una dinastía, que gobernó el país hasta la conquista romana. Su autoridad se extendía no sólo sobre Macedonia, sino también sobre la parte de Grecia que no estaba en manos de los etolios o de los aqueos. Se sostenía mediante guarniciones mandadas por estrategas.

Este gran rey (276-239), amigo de los filósofos y rodeado de una corte de literatos —entre ellos, el historiador Hierónimos de Cardia y el poeta Aratos de Soloi—, maniobró con energía y cautela. Tuvo un elevado concepto de su oficio de rey: «¿Has comprendido bien —decía a su hijo— que nuestra realeza es sólo una noble servidumbre?». Aunque Atenas fuese, en cierta forma, su «capital intelectual», se estableció de nuevo en Pela, mientras que su padre levantó una nueva capital, Demetrias, en el golfo Pagasético. Defendió Macedonia contra las ambiciones de los reyes del Epiro, Pirro y su hijo Alejandro. Aplastó a Atenas, levantada contra él por Cremónides en nombre de la libertad. Mas no pudo impedir que Aratos incorporase Sicione a la liga aquea y le quitara Corinto. En el interior instauró el absolutismo real y prosiguió la urbanización al fundar tres Antigonia: en Calcídica, junto al Axios y junto al Aoos.

Su hijo Demetrio II tuvo que luchar contra una coalición general de la Grecia Central y del Peloponeso. A su muerte, Antígono Doson encontróse con una situación grave. Una brillante jugada le permitió restaurar la influencia macedónica en el Peloponeso, adonde fue llamado por los aqueos, antiguos adversarios de Macedonia, aunque inquietos ante las reformas revolucionarias del lacedemonio Cleomenes. Recuperó Corinto, ocupada por el rey de Esparta; organizó una poderosa simmajía, que agrupaba la mitad de Grecia (incluida la liga aquea) y de la que era *hegemón;* derrotó a Cleomenes en Selasia (222) y entró en Esparta, la cual fue así profanada por primera vez por un enemigo victorioso. Mas, por una concesión cuya importancia no se sopesa bien, quizás aceptó la constitución de un *koinón* de los macedonios, lo cual limitaría en cierta medida su absolutismo.

El reinado de los dos últimos reyes, Filipo V (hijo de Demetrio II) y su hijo Perseo, estuvo enteramente dominado por la lucha contra Roma. Filipo V fue un príncipe que llevó su energía hasta la violencia. Se dejó arrastrar por los aqueos a una guerra contra los etolios, la *guerra de los aliados,* terminada en 217 con la paz de Naupacta sobre la base del *uti possidetis.* La primera guerra de Macedonia, en la que los etolios y Pérgamo lucharon al lado de los romanos y Filipo se alió con Aníbal, acabó en Fénice (205) con el reparto de Iliria entre Roma y Filipo. La segunda guerra, en la que los etolios, e incluso los aqueos, fueron aliados de Roma, asistió a la derrota de la falange macedónica en Cinoscéfalos (197). Al año siguiente, la paz exigió a Filipo que renunciara a Tesalia y a Grecia y entregase su flota. Flaminino proclamó en Corinto la libertad de los griegos.

Perseo reanudó la lucha; pero, indeciso y avaro, estaba lejos de poseer las cualidades de su padre. La tercera guerra de Macedonia terminó en desastre: derrotado en

Pidna (168), fue llevado a Roma, al triunfo de Paulo Emilio. Macedonia fue fragmentada en cuatro distritos antes de ser reducida a provincia (148). En 146, a consecuencia de una revuelta, Corinto fue tomada y arrasada por Mummio: horrible crimen en el que desapareció una de las más bellas ciudades de Grecia. A excepción de Esparta, Atenas y Delfos, que obtuvieron el título de federadas, todas las ciudades griegas hubieron de pagar tributo. Grecia estuvo sometida al procónsul de Macedonia hasta el año 27, en que Augusto hizo de ella una provincia especial: la Acaya. Se arruinó fiel a sí misma, aborreciendo toda sujeción, prefiriendo aliarse al bárbaro romano antes que soportar el yugo del macedonio. No debemos olvidar que, en Cinoscéfalos, los furiosos asaltos de los etolios contribuyeron decisivamente a la victoria romana.

Macedonia fue, sin lugar a dudas, el menos brillante de los reinos helenísticos, entre los cuales ocupaba una situación muy al margen. Es cierto que su poderío militar fue considerable durante mucho tiempo, gracias al valor de su falange, reclutada sobre el terreno, y a la que pronto hubo necesidad de añadir mercenarios gálatas, después ilirios y cretenses e incluso sirios. Y su flota, excepto durante el mandato de Gonatas, jamás estuvo a la altura de su ejército de tierra. Sus recursos financieros eran limitados. Por otra parte, su proximidad a Grecia la arrastró a una sucesión de intrigas, ya que los griegos tendían a confundir sus sangrientos juegos con la defensa de la libertad. Era tal la fuerza de la tradición, que no encontramos allí ni el culto monárquico, ni la administración jerarquizada de las cortes de Oriente —sólo había un alto funcionario: el secretario del rey—. Sin embargo, su papel fue importante: sus reyes garantizaron la protección del helenismo contra los turbulentos vecinos del Norte y contra las incursiones célticas; fueron los únicos que se opusieron con todas sus fuerzas a las ambiciones de Roma. Aunque la empresa fuera inútil, no era por ello menos digna del verdadero pasado de la Hélade.

Reino del Epiro

El montañoso Epiro estaba habitado por tres pueblos: molosos, tesprotos y caonios. En el siglo IV, los molosos reunieron a las otras tribus en un Estado federal que, sucesivamente, llevó el nombre de *koinón* de los molosos y simmajía de los epirotas. Las inscripciones mencionan su asamblea *(ekklesía)* y su principal magistrado (el prostato). Eran gobernados por un rey, perteneciente a la dinastía molosa de los Eácidas, que pretendía descender de Neoptolemo, hijo de Aquiles. Entre los más importantes podemos señalar a Alcetas I, poderoso príncipe, aliado de Dionisio el Viejo y, sin duda, el verdadero fundador del federalismo epirota, y Alejandro I, cuñado de Filipo II de Macedonia, prestigioso monarca que, por primera vez, acuñó moneda en nombre propio.

De hecho, el único príncipe que contaba dentro de la línea de los Eácidas era Pirro, cuya desmedida ambición agitó a Grecia y a Occi-

dente durante veinte años. Dio nuevas fronteras a su reino al anexionarse las provincias epirotas sometidas a Macedonia desde Filipo II (Paravea, Tinfea, Atintania, Atamania, Anfiloquia), una parte de Iliria, Ambracia y Acarnania. Su ambición era la conquista de Macedonia. Y lo consigue, tanto por su habilidad en maniobrar en medio de las intrigas de los reyes, como por su valor y sus magníficas dotes de estratega en el campo de batalla. Pero, despojado por Lisímaco, comprendió que los recursos de su reino, aun notablemente engrandecido por una política tenaz, eran insuficientes para permitirle actuar (lámina 25).

Había sonado para él la hora de un nuevo destino cuando, en 281, los tarentinos lo llamaron en su ayuda contra los romanos. Sostenido por el ejemplo de su primo Alejandro el Grande, que había demostrado lo que puede un alma ardiente, dirigida por entero a un objetivo sobrehumano, y en creencia de que descendía también del ardoroso Aquiles, hízose a la vela rumbo a Italia, donde obtuvo sus éxitos más brillantes; después pasó a Sicilia para defender a los griegos contra Cartago. Paladín del helenismo, creó un vasto reino en Occidente; pero, abandonado por sus aliados, volvió a Epiro en busca de nuevos recursos, aunque sin renunciar a su proyecto de un Estado unificado de las Dos Sicilias. Su hijo quedó en Tarento con importantes fuerzas.

De nuevo representó para él un juego conquistar el trono de Macedonia, y se lanzó al asalto del Peloponeso. Sólo la muerte, en Argos, hizo definitivo un fracaso occidental, que él no dejaba de creer provisional.

Uno de los más prodigiosos genios militares de la Antigüedad —el único, según Apiano, digno de ser comparado con Alejandro—, Pirro fue también un organizador. Tendremos ocasión de estudiar su política en Occidente. En el mismo Epiro, su acción no fue menos importante: su reino fue saliendo poco a poco de la barbarie; su nueva capital, Ambracia, se convirtió en una hermosa ciudad, dominada por el palacio real y profusamente adornada con obras de arte; el santuario de Dodona se cubrió de nuevos edificios, y se intensificaron las relaciones económicas con Italia.

Su hijo Alejandro no poseía el mismo genio. No hay por qué alabar su atrevimiento de parangonarse con Gonatas, ya que hubo de limitar sus ambiciones al Epiro. Después de él, su reino sufrió una crisis constitucional: la monarquía fue derribada, y las cenizas de Pirro, dispersadas al viento. Se instauró una república, regida por un colegio de tres estrategas. Los piratas ilirios mostrábanse cada vez más audaces. Estas perturbaciones permitieron desmembrar al Epiro, que fue despojada de las vecinas provincias epirotas, conquistadas por Pirro, y reducida a las tres tribus originarias. Se acerca el momento en que, anexionada por Roma, formará parte de la provincia de Macedonia (148).

3. RENUNCIA DEL OCCIDENTE

El mundo colonial no tenía ya la vitalidad de otro tiempo. Tendremos ocasión de estudiar el papel desempeñado por las ciudades de Póntide y Marsella en la difusión del helenismo. Pero Cirene solía hallarse bajo la dependencia de Egipto, y la Grecia de Italia y de Sicilia no tardará en ser anexionada por Roma. Su decadencia será retardada sólo por las empresas de un Agatocles, un Pirro, un Hierón II.

Monarquía de Agatocles (319-289)

La situación era grave en todo el Occidente griego. Desde finales del siglo IV, Roma tenía sometida Campania y se interesaba cada vez más por la Magna Grecia. Los itálicos, al bajar hacia el Sur, intensificaron su presión sobre las colonias helénicas. Contra ellos, Tarento pidió ayuda, sucesivamente, al rey de Esparta Arquidamos, luego a Alejandro el Moloso, que forjó un reino efímero desde Posidonia a Region, y después al lacedemonio Cleónimos.

Sicilia vivía bajo la amenaza de los púnicos. En Siracusa —que seguía siendo la ciudad más próspera—, un demócrata, Agatocles, se hizo con el poder después de asesinar a los oligarcas, sometió la Sicilia Oriental y tomó el título de Rey, que figuró incluso en sus monedas. Reanudó la lucha contra el enemigo tradicional, y, al no poder reducirlo en la isla, pasó a Libia, audaz jugada en la que se mostró un digno precursor de Escipión. Pero la empresa se saldó con un fracaso, si bien consiguió imponer a los cartagineses una paz de *statu quo*.

Fue tan grande su celebridad, que los tarentinos, cansados de los servicios de los liberadores llegados de Grecia, acudieron a él. Luchó en Italia contra los brucios y sometió Crotona. Incluso logró apoderarse de Corcira, que, junto con su hija, cedió a Pirro.

Este nuevo Dionisio vio claramente que sólo un reino griego de las Dos Sicilias poderoso podía salvar a Occidente, pero chocó con demasiadas resistencias. A su muerte (289), los siracusanos recuperaron la libertad, de acuerdo con sus deseos; pero la enajenaron en medio de discordias. Los cartagineses seguían amenazadores, y unos mercenarios campanios instalados por la fuerza en Mesina, los mamertinos, aterrorizaron a Sicilia.

Gesta de Pirro en Occidente (280-275)

Por un momento tal vez parezca que Occidente había encontrado su salvador en Pirro, llamado también por Tarento y que, asimismo, intentó establecer un reino en las dos orillas del estrecho de Mesina.

Por primera vez, Tarento quejóse no de sus vecinos itálicos, sino de los romanos. En 303, Roma había concluido un tratado con Tarento, en el que prohibía a sus navíos rebasar el cabo Lacinio.

Lo violó en 282, y entonces el pueblo de Tarento, impulsado por los demócratas, decidió la guerra en una tumultuosa sesión. Necesitaba un jefe. Llamó a Pirro, que ya había dado admirables pruebas de su genio militar, y que se consumía en la inacción.

Pirro fue recibido, al principio, con entusiasmo, y conquistó para su causa no sólo a las ciudades de la Magna Grecia, sino a los bárbaros itálicos (lucanios y brucios). Mas pronto fue mal visto por los tarentinos, al intentar imponerles una severa disciplina. Sea como fuere, sus éxitos fueron aplastantes: por dos veces salió victorioso, en Heraclea y en Ausculum (280 y 279); en una marcha audaz, acampó junto a Preneste, desde donde contempló las humaredas de Roma. También por dos veces ofreció la paz a los romanos, quizá porque reconocía su valor guerrero y su viril obstinación en la derrota y, sobre todo, porque tenía unas aspiraciones distintas a las de arruinar su poder: era mejor entenderse con ellos para consagrarse a la edificación del gran imperio griego del Poniente, que sólo en parte habían podido realizar, antes que él, su tío el Moloso y su suegro Agatocles.

Entonces, no sin titubeos abandonó Italia en respuesta a una nueva llamada, la de los sicilianos, amenazados también por los bárbaros. No es que desertara de la tarea emprendida; muy al contrario, encontraría en la gran isla nuevos recursos para llevarla a buen fin. También aquí todo empezó con entusiasmo: proclamado rey de Sicilia, alcanzó grandes victorias sobre los cartagineses y conquistó toda su provincia, excepto Lilibea, que no pudo tomar por el asalto. Entonces proyectó seguir las huellas de Agatocles y atacar Cartago, en la misma África. Pero chocó con el cansancio de sus súbditos sicilianos, que lo acusaron de tirano.

Ante la ingratitud de los siciliotas, pasó otra vez a Italia, se enfrentó de nuevo a los romanos en una indecisa batalla (Benevento), y prefirió regresar a su reino epirota, a fin de acumular las fuerzas necesarias para su empresa. Sólo la muerte lo obligará a renunciar.

Así se hundió el gran sueño que había acariciado: el de un reino que agrupara bajo su férula a griegos y bárbaros helenizados de la Italia Meridional y de Sicilia, el único capaz de frenar las ambiciones que dirigía Roma hacia el Sur. Lo que mejor demostró la amplitud de su plan fue su política monetaria. Acuñó monedas de oro y de plata con su efigie según el patrón ático, con el fin de unificar Occidente de la misma forma que Alejandro había unificado Oriente. Pero, mostrando con ello flexibilidad y oportunismo, emitió monedas de bronce fieles al patrón siciliano, que tenían la ventaja de presentar estrechas analogías con el sistema liberal de los romanos. El Pirro que descubrimos aquí no es el veleidoso conquistador de los historiógrafos griegos, ni el rey caballeresco de los analistas romanos, sino un organizador avisado y firme que, entre dos campañas, imaginó vastos proyectos y los realizó pacientemente. Es el Alejandro de Occidente, un Alejandro que no tuvo la suerte de verse arrebatado por la malaria en la flor de sus 32 años.

La tentativa de Pirro representó el último esfuerzo del helenismo en Occidente. Si fracasó, no fue porque no estuviese a la altura de su empresa, sino porque, pese a breves sobresaltos, ni los tarentinos ni los siracusanos estaban verdaderamente resueltos a una lucha feroz, que les habría exigido la renuncia a sus placeres y comodidades. Como un fruto demasiado maduro, el occidente griego abandonóse a la fuerza de Roma.

En la Magna Grecia, la pérdida de la independencia fue casi inmediata. Al perder el apoyo de las tropas epirotas, Tarento hubo de capitular (272). «Vencida Tarento, ¿quién podía aún tener audacia?» (FLORO). Todas las ciudades fueron rindiéndose sucesivamente, y Locres se humilló hasta el punto de celebrar en sus monedas la *Pistis* (Buena Fe) de Roma.

Sicilia en tiempo de Hierón II (270?-215)

En cambio, Sicilia siguió viviendo independientemente durante algunos decenios, que aprovechó lo mejor posible bajo el impulso de Hierón II.

Hierón se impuso por sus indudables cualidades personales. Era un letrado que compuso libros de agronomía, pero también un valiente soldado, que seguirá luchando a sus 90 años. Y, ante todo, un diplomático, hábil en manejar las potencias que codiciaban a Sicilia.

Instauró su autoridad en Siracusa, derrotó a los mamertinos y recibió el título de Rey. Su reino no era grande, pero lo administró a la manera de los soberanos helenísticos. Del Egipto lágida tomó prestadas las principales disposiciones de la famosa *lex Hieronica*, que organizó la percepción del impuesto territorial sobre los campesinos reales y limitó las ganancias de los colonos generales. Roma la adoptará, aunque con profundas alteraciones. La industria artística y el comercio siguieron florecientes. Las monedas con la cabeza de la reina Filistes son puras obras maestras. Hierón tuvo el prestigio suficiente para intervenir incluso en Oriente, ayudar a la hambrienta Egipto o a la Rodas destruida por un seísmo. Rodeóse de artistas y de hombres de letras, y, aunque Teócrito prefiriese a Filadelfo, Arquímedes basta, por sí solo, para dar fama a Siracusa.

Cuando Sicilia se convirtió en la palestra de la lucha entre cartagineses y romanos, Hierón obró con prudencia. En 263 se alió con Roma, su reciente enemiga, reconocióse tributario de la misma, y en 248 consiguió verse libre del tributo. Los servicios que le prestó contribuyeron a la victoria romana. Sicilia fue anexionada, pero Hierón conservó el reino hasta su muerte en 215, en plena segunda guerra púnica. Siracusa creyó entonces poder romper la alianza con Roma y tomar partido por Aníbal. En 211 Marcelo la tomó por asalto, pese a las máquinas de asedio de Arquímedes, que pereció víctima de la soldadesca, y la entregó al pillaje. Había muerto la Sicilia griega.

4. LOS REINOS DE ORIENTE

En Oriente fue donde la forma monárquica, heredada de Alejandro, conoció su pleno desarrollo, en dos vastos conjuntos formados en el momento en que se repartió el Imperio: los reinos de los Lágidas y de los Seléucidas. Entre los Estados nacidos de la fragmentación de este último, uno al menos merecerá una mención especial: el reino de Pérgamo.

El reino lágida

Egipto, cuya posesión logró asegurarse Ptolomeo, hijo de un noble macedonio y fiel compañero de Alejandro, era el más rico, si no el más extenso, de los reinos helenísticos. Tuvo la suerte de ser regido durante un siglo, por soberanos enérgicos, que supieron forjar su grandeza y crear en torno suyo un verdadero imperio. Pero este apogeo, que le dio tanto poderío y magnificencia como bajo los grandes faraones, fue seguido por una larga decadencia.

El iniciador, en todos los dominios, fue Ptolomeo I, príncipe prudente y tenaz. Empezó por anexionarse las tierras colindantes con Egipto, como si tratara de abrir más su reino sobre el Mediterráneo. Introdujo la moneda, llamó a griegos, procuró retener a sus mercenarios asignándoles parcelas. Inauguró una política de colaboración entre griegos e indígenas, a cuya adoración propuso un nuevo dios: Serapis. Escritor y amigo del filósofo-tirano Demetrio de Falera, tampoco descuidó las cosas del espíritu y fundó el Museo y la Biblioteca.

Su obra fue desarrollada por su hijo Ptolomeo II (283-246), cuya unión con su hermana Arsínoe, de acuerdo con las costumbres indígenas, le valió el sobrenombre de Filadelfo. Su política exterior fue activa, fundada, a la vez, en matrimonios reales y en la guerra, sobre todo contra los Seléucidas (primera y segunda guerras sirias). En el momento culminante de su expansión, su poderío extendíase a Cirene, Chipre, Panfilia, Licia y Cele-Siria (Siria Meridional), y ejercía su hegemonía sobre la confederación de los Nesiotas (insulares). Espíritu curioso, envió embajadas a Roma y a la India. En el interior, dotó a Egipto de una armazón administrativa que le permitió explotarlo a fondo gracias a monopolios y a una rigurosa fiscalización. Reformó la moneda, restauró el canal de Necao y el inmenso oasis del Fayum, siguió atrayendo mercenarios y capitalistas griegos. Gracias a él, el Museo y la Biblioteca alcanzaron su máximo esplendor. Su corte era lugar de cita de los poetas, sabios y médicos más ilustres.

Su hijo, Ptolomeo III Evergetes (246-221), realizó al principio campañas en Asia, que parecieron renovar los éxitos de los grandes faraones del Imperio Nuevo, antes de dormirse en los laureles, en la segunda parte de su reinado, como si estuviera ahíto de botín. Su corte vivió el mismo esplendor que en tiempos de su padre. Engrandeció la Biblioteca, envió exploradores al golfo Pérsico, fomentó los trabajos de Eratóstenes.

Pero entonces aparecieron las turbaciones sociales y las alteraciones de la moneda, que se multiplicarán bajo sus dos primeros sucesores, cuyo reinado marca la decadencia del Egipto lágida. Ptolomeo IV Filopátor, amenazado por las ambiciones de Antíoco III, consiguió todavía en Rafia (217) un brillante éxito, pero viose obligado a incorporar al ejército a los egipcios, que volvieron sus armas contra él, y como consecuencia, hubo de hacer concesiones a los indígenas. Bajo Ptolomeo V Epifano,

Egipto perdió Cele-Siria: de todo su Imperio no quedaba más que Chipre y Cirene. Aunque el monarca había inaugurado su reinado con una amnistía y la concesión de privilegios, de los cuales son testimonio la famosa piedra de Roseta, las rebeliones se multiplicaban, tanto en la capital como en Tebaida. Las manipulaciones de la moneda eran tan graves, que las piezas de oro y plata desaparecieron prácticamente de la circulación desde principios del siglo II, lo que apartó cada vez más a Egipto del gran comercio mediterráneo.

A su muerte se abrió un largo período de decadencia y debilidad, que abarcó los siglos II y I. Dos hermanos se disputaron el trono: Ptolomeo VI Filométor y Ptolomeo VII Evergetes II, llamado el Hinchado (Physcon), y al que sus súbditos preferían llamar el Cacergeta (Maléfico), apoyados, el primero, por Antíoco IV, y el segundo, por Roma. La plebe de Alejandría intervino ahora en la elección de los soberanos, impuso a Ptolomeo VIII, lo expulsó, volvió a llamarle y asesinó a Ptolomeo X. Un bastardo de Ptolomeo VIII, Ptolomeo XI, Neos Dioniso, llamado el Auleta (el Tocador de flauta), usurpó el trono con la complicidad de Roma y se mantuvo en él comprando a los *imperatores,* entre ellos César. Expulsado por el pueblo, indignado a causa de la anexión de Chipre por los romanos, regresó entre el equipaje del procónsul de Siria (35). Tropas romanas permanecían estacionadas en Alejandría, y el publicano Rabirio se convirtió en dioceta.

Las bajezas y estupros de la corte; la veleidad y la barbarie del populacho de Alejandría; la constante amenaza de la intervención de Roma, para quien Egipto era la más hermosa presa; el desvergonzado servilismo de sus dirigentes explican la creciente debilidad de la monarquía, arruinada por la pérdida del imperio, por la mala conservación de las instalaciones hidráulicas, por la huida de los campesinos, por las concesiones hechas a los sacerdotes y a los clerucas. Los grandes funcionarios independizáronse del poder; los sacerdotes, más ricos que el rey, se erigieron en amos de los fellahs. Por doquier reinaban la anarquía, el abandono, la deserción.

Las querellas reanudáronse con más fuerza a la muerte del Auleta. Entonces se reveló una gran soberana en la persona de su hija Cleopatra. La reina de los grandes ojos pintados de oro fue algo más que una aventurera o una maga (lám. 25). Supo utilizar su encanto para vastos proyectos. Sedujo a César. Sedujo a Antonio, y con él soñó en un Imperio del Oriente que devolvería a Egipto sus fronteras del reinado del Filadelfo y equilibraría el poderío romano. Pero huyó de Actium cuando la batalla entre Octavio y Antonio estaba aún indecisa, y no pudo seducir a Octavio. La última de los Lágidas prefirió la mordedura del áspid al carro del triunfador (30). Con ello, la única tierra griega aún independiente fue anexionada al imperio romano.

Cirenaica

Cirene, anexionada por Alejandro, quedó, a su muerte, en manos de Ptolomeo. Pero su alejamiento del valle del Nilo hizo de ella una presa fácil para los aventureros: Tibrón y Ofelas, que perecieron trágicamente, y Magas, cuyo reinado fue largo y próspero. Su hija Berenice casó con Evergetes —tras haber dado muerte a su primer prometido en el lecho de su propia madre— y unió durante mucho tiempo Cirene

a Egipto. No obstante, Ptolomeo Physcon le devolvió su independencia en provecho de uno de sus bastardos, Apion, que lo dejó en herencia al pueblo romano. En el año 74 se creó la provincia de Cirenaica.

Durante toda la época helenística, Cirenaica vivió una larga prosperidad. Construyóse mucho, no sólo en Cirene, sino también en Ptolemaida, ciudad de la costa que progresó mucho, y en Euhespérides, que tomó el nombre de Berenice. El más ilustre de los hijos de Cirene fue Calímaco, delicado cantor de su patria, aunque vivió preferentemente en la corte de Alejandría. La *Venus de Cirene* muestra el esplendor de los talleres de escultura.

FIG. 74. Peso de plomo encontrado en Sidón (peso neto: 1143 gramos). La inscripción dice: « Peso de Seleuco. Año 123 [de la era seléucida, es decir, 189 a. de J. C., durante el reinado de Seleuco V]. Dos minas. Bajo Delfion [nombre del agoránomo] »

Reino seléucida

El imperio que Seleuco I dejó a su hijo Antíoco I, se extendía desde Afganistán hasta los Estrechos, desde el Ponto a Siria. Y no era menos variado. En él se hablaban todas las lenguas: griego, persa, arameo, dialéctos asiánicos. Todas las religiones tenían carta de vecindad, politeísmo griego, zoroastrismo, judaísmo, cultos indígenas de Anatolia. La vida de relación seguía siendo muy intensa allí (fig. 74).

UNA DESMEMBRACIÓN PROGRESIVA

Las fuerzas centrífugas eran tan poderosas, que la historia del reino es la de su progresiva desmembración. Y lo sorprendente es que

su disgregación no fuera más rápida. Su verdadero centro era Siria, donde, en el año 300, Seleuco fundó su capital, Antíoco del Orontes. El desmenuzamiento se produjo esencialmente en las regiones más alejadas de Siria: Anatolia Septentrional y las satrapías orientales. Los Seléucidas fueron, sin duda, víctimas de la decisión del fundador de la dinastía: los Grandes Reyes, sus predecesores, habían sido más prudentes al administrar su imperio desde capitales situadas en su centro geográfico: el Irán. Pero Seleuco era un griego y quiso hacer de su conquista un Estado griego, y, por tanto, mediterráneo.

Ya en el reinado de Antíoco I se emancipó el Asia Menor Septentrional y Central. Se constituyeron reinos independientes, bajo la autoridad de dinastas indígenas: Bitinia (que ni siquiera Alejandro pudo someter), Paflagonia, Capadocia póntica (llamada también *reino del Ponto*) y Capadocia Meridional (o Gran Capadocia). Los gálatas, cuya invasión aterrorizó a Anatolia, formaban un Estado en la alta llanura frigia: es la región que desde entonces llevará el nombre de Galacia. Simultáneamente se creó el reino de Pérgamo, muy modesto al principio, pero que no tardó en conquistar toda la Anatolia Meridional a expensas de los Seléucidas.

Más al Este, entre el Ponto y Caspiana, Armenia —que Alejandro no sometió, pero a la que Seleuco I exigió un tributo— permaneció bajo la autoridad de sus príncipes indígenas. En la parte septentrional de la Media, el sátrapa Atropates se proclamó independiente de Seleuco I y fundó un principado, que mantuvo unas relaciones bastante amplias con los Seléucidas: la Media Atropatena.

A la muerte de Alejandro, Pendjab recuperó su independencia. Veremos cómo, poco antes del año 250, el sátrapa de Bactriana se sacudió la soberanía seléucida, y cómo se creó, en las marcas orientales del Imperio, un reino grecobactriano. El helenismo no perdió su solidez mientras estuvo sometido a los reyes griegos. Pero la región comprendida entre Ocos y Caspiana fue conquistada en 249, por bárbaros llegados de las estepas turanianas, los partos, que no sabemos si eran escitas o iranios replegados ante la invasión griega: bajo la dirección de Arsaces y su hermano Tirídates, fundadores de la dinastía de los Arsácidas, que pretenderá unirse a los Aqueménidas, fundaron un nuevo Estado independiente: Partia. Sus ambiciones crecieron a medida que se debilitaban los Seléucidas: en 130 conquistaron Babilonia hasta el Éufrates, arrebatando así a los monarcas de Antíoco una de sus provincias más ricas. Los romanos heredarán la amenaza que representaban ellos para los reyes seléucidas. Desde entonces no quedó más que Siria de lo que había sido un inmenso imperio, casi tan extenso como el de los Aqueménidas.

Una dinastía de monarcas mediocres

La causa principal de tan lamentable desmembración fue la tremenda debilidad de los príncipes seléucidas. Su poder estaba minado por las intrigas de la corte, donde se sucedían las muertes y las usurpaciones, a menudo por instigación de reinas descomedidas. Los funcionarios que ocupaban los cargos más elevados no siempre eran leales, como ocurrió con Molón, estratega de Media, que se sublevó contra Antíoco III. Sus vecinos de Egipto, con los cuales los unían, sin embargo, tantos lazos dinásticos, les planteaban una interminable querella por la posesión de Cele-Siria.

Pero la debilidad del reino tal vez se debió, fundamentalmente, a la mediocridad de la mayoría de los soberanos. Sin embargo, tuvieron

un gran ejemplo en la persona del fundador de la dinastía, rudo luchador que bien mereció el sobrenombre de Nicátor (Victorioso). Al final del reinado de su nieto Antíoco II Teos, oscuras intrigas palaciegas, en las cuales la reina Laodice desempeñó un deplorable papel, forjaron la división del reino entre dos hermanos: Seleuco II Calínicos y Antíoco Hiérax. A su muerte, los Seléucidas se vieron despojados de todas las posesiones al norte del Taurus.

Un solo príncipe logró detener esta decadencia durante su reinado: Antíoco III (223-187), que restauró el poder, debilitado por tantas intrigas; reconquistó una gran parte de Asia Menor, recorrió el Oriente hasta la India, en una deslumbrante anábasis que recuerda la de Alejandro, y arrancó definitivamente a Egipto Cele-Siria. En el apogeo de su poder, mereció con justicia el sobrenombre de Grande. Pero sus ambiciones despertaron la envidia de Pérgamo y de Rodas, que apelaron a Roma, inquieta ya por el hecho de haber acogido a Aníbal como consejero. Fue vencido por los Escipiones en Magnesia del Sípilo (189) y, por el tratado de Apamea, despojado de Anatolia más allá del Taurus. Este príncipe, audaz y ambicioso, que tal vez pudo parecer un nuevo Alejandro, murió en una mezquina escaramuza contra sus rebelados súbditos de Susiana, lo cual proporcionó a los moralistas el ejemplo de lo que puede la fortuna sobre el destino de un mortal (lám. 25).

Desde entonces se precipitó la irremediable decadencia, debida, especialmente, a los errores y torpezas de sus sucesores. Entre ellos destacó todavía uno de sus hijos, Antíoco IV Epifano (175-168), que fue un cúmulo de locuras y exageraciones, pero que procuró sinceramente extender el helenismo y se atrevió a lanzarse a la conquista de Egipto. La insolencia del embajador romano, C. Popilio Lenas, el cual trazó en torno a él un círculo en la arena y le prohibió que saliera de él antes de responder a su ultimátum, bastó para disuadirlo. Durante un siglo sobrevivió la dinastía en medio de las intrigas más rastreras, hasta los triunfos orientales de Pompeyo que se anexionó Siria en 64.

Esta fecha puede considerarse crucial: representa el fin de la independencia para toda el Asia griega o helenizada. Al año siguiente, el último de los soberanos del Ponto, Mitrídates IV Eupátor, vencido definitivamente por Roma, prefirió ofrecer su garganta a la espada de un gálata. Es cierto que, por sus orígenes, su dinastía no era griega en absoluto, puesto que se remontaba a aquel Mitrídates, príncipe de Cíos, junto al mar Negro, que impuso su independencia a Seleuco I. Pero se había helenizado profundamente, hasta el punto de que Eupátor puede ser considerado como el último de los grandes monarcas helenísticos. Este bárbaro, refinado y cruel, enérgico y clarividente, hizo temblar a Roma al unirse todos sus enemigos: Sertorio, los piratas y Armenia, y al asesinar, en unas horribles vísperas, a 80 000 hombres en Asia, todos los que hablaban latín; alzó a Grecia contra sí misma en nombre de principios democráticos que podían creerse prescritos; unió bajo su cetro las orillas del Ponto Euxino, intervino en Crimea a instancias de Quersonesos y anexionóse el reino del Bósforo (107). Pero las sucesivas campañas de Sila, Lúculo y Pompeyo, le restaron toda posibilidad de éxito: aunque fuese genial, un rey no podía resistir los apetitos de los *imperatores* y de los publicanos.

Entonces Pompeyo pudo fijar el estatuto de lo que había sido el Asia griega. Existían ya tres provincias: Asia, desde 129; Cilicia, desde 101; Bitinia, legada por Nicomedes IV, desde 74. Engrandeció Cilicia, a la cual se le añadió Chipre en 58, y asignó a Bitinia la parte occidental del reino del Ponto, arrebatado a Eupátor. Creó la provincia de Siria. En cuanto a las regiones más excéntricas, Ponto Oriental

—Paflagonia, Galacia, Capadocia, Armenia, Comagena—, las dejó en manos de régulos vasallos.

El reino atálida

El Estado atálida nació de una traición. Lisímaco había confiado la custodia de la ciudadela de Pérgamo, que poseía tesoro considerable, a un oficial de padre griego y madre paflagonia: Filetero. Éste se pasó a Seleuco I (282), quien lo dejó como amo de Pérgamo, aunque hubo de reconocerse vasallo suyo. Su sobrino, Eumenes I, rompió con Antíoco I y se proclamó independiente. El paso decisivo lo dio su sobrino y sucesor Atalo I, que alcanzó buenas victorias sobre los gálatas y se atrevió a arrogarse el título de Rey (240). Sobre todo concluyó una alianza con Roma, de la cual se mostró amigo fiel en las dos primeras guerras de Macedonia. Esta alianza dominará en adelante toda la historia de Pérgamo, ya que fue ella la que hizo de sus monarcas algo más que los soberanos de un pequeño reino anatolio y les permitió desempeñar un gran papel en la historia del mundo griego del siglo II.

Su hijo Eumenes II (197-159), un rey en el que concurrieron la energía y la habilidad diplomática, contribuyó a desencadenar la guerra entre Roma y Antíoco III, combatió valientemente, al lado de Roma, en Magnesia del Sípilo y obtuvo grandes provechos de la victoria, puesto que se le asignaron prácticamente todas las tierras arrancadas al Seléucida en Anatolia (salvo Caria del Sur y Licia, entregadas a Rodas). En adelante, su reino fue el más poderoso de Asia Menor, aunque tropezó con muchas dificultades para conservarlo frente al odio de todos sus vecinos y la desgracia que se atrayó, sin razones apreciables, de una Roma con bastante poder como para mostrarse caprichosa.

Aquella grandeza fue efímera. El segundo sucesor de Eumenes II, su hijo Atalo III, murió sin hijos (133), legó su reino a los romanos y concedió tan sólo la libertad a Pérgamo y a las ciudades griegas. Se critica esta extraña decisión de un príncipe que llevaba su misantropía hasta la tiranía más sanguinaria y que llenaba sus ocios con el cultivo de plantas venenosas. ¿Reconocimiento de un Estado de hecho? ¿Temor a las perturbaciones sociales, en particular a las revueltas de esclavos, que sólo Roma podía evitar? Roma aceptó el legado, constituyó una provincia de Asia (129) con Jonia y la región de Pérgamo y dejó a los reyes vecinos, vasallos suyos, las tierras periféricas: momento capital en que, por primera vez, puso los pies en el suelo de Asia, de la que tomará, según palabras de Justino, «tanto sus riquezas como sus vicios» *(cum opibus suis vitia quoque).*

El reino de Pérgamo nació de una usurpación y sólo consiguió poderío al aliarse con los romanos contra los monarcas griegos. Sus soberanos, que no podían vanagloriarse de una ascendencia macedónica ni basar su realeza en el derecho de la fuerza, desempeñaron un pobre papel al lado de los lágidas o de los seléucidas. Pero aquellos reyes burgueses, afables y acogedores, se crearon un estilo personal, y, aunque fueron hábiles sólo para explotar a sus súbditos, imponiendo pesados tributos a las ciudades y a los templos y exprimiendo a los campesinos reales de la *khora,* hemos de apuntar en su favor el que detuviera a los gálatas y creara en Pérgamo un vivo centro del helenismo.

El problema judío

Desde la conquista asiria, los judíos habían perdido su independencia, pero conservaban muy poderosas tradiciones nacionales y atribuían una gran fuerza a la alianza que los unía a Yahvé. Formaban dos grupos, cuya evolución fue muy diferente, en Judea y en la *Diáspora.*

En Judea

Judea formaba parte de Cele-Siria y, como tal, perteneció a Egipto durante mucho tiempo. Recuperada por Antíoco III, organizó una comunidad, administrada por el gran sacerdote y un consejo (el *Synedrion* o Sanhedrín), que disponían de los considerables tesoros del Templo. Espiritualmente presentaba una profunda división: unos, sobre todo dentro de la aristocracia, se helenizaron y renunciaron de buena gana a ciertas prácticas de la Ley; otros, los Piadosos *(Hasidim)*, mantuvieron un austero rigorismo y rechazaron toda contaminación extranjera.

Antíoco III no vaciló en conceder a los judíos la autonomía de que disfrutaban bajo los lágidas. Sus sucesores fueron menos tolerantes y desencadenaron una reacción nacionalista, que llegó hasta la sublevación abierta. Seleuco IV envió a Jerusalén a su primer ministro Heliodoro, que se dejó corromper por los judíos: la leyenda pretende que unos ángeles lo azotaron e impidieron cumplir su misión. La situación se agravó durante el reinado de Antíoco IV, partidario resuelto de la helenización. El gran sacerdote Jasón aceptó establecer un gimnasio al pie de la colina de Sion. Estallaron motines, y el rey hizo profanar el Templo con sacrificios sangrientos e instaló en él la estatua de Zeus; prohibió la circuncisión y el sábado judío. Entonces estalló la guerra sagrada predicada por Judas Macabeo, que recuperó Jerusalén y purificó el Templo (165).

La lucha prosiguió con distintas alternativas, pero siempre con mucho encarnizamiento. Los judíos intrigaron hábilmente y sacaron provecho de las querellas dinásticas de Antíoco y del apoyo de Roma. El gran sacerdote Simón acabó por hacerse reconocer etnarca (jefe del pueblo), aunque admitiendo su vasallaje respecto al Rey. Su nieto, Aristóbulo, cuyo solo nombre demuestra claramente la helenización, restauró el reino judío, se proclamó rey (104) y fundó la dinastía de los Asmoneos, que conservará el poder hasta los tiempos de Herodes. Ninguno de los seléucidas podrá poner fin a esta disidencia. Existirá, pues, desde ahora, una cuestión judía, que heredarán los romanos.

En la «Diáspora»

La emigración de los judíos fuera de Judea era ya un hecho antiguo, puesto que se remontaba por lo menos a la gran catástrofe de 586: toma de Jerusalén por Nabucodonosor, seguida del Exilio. Es la *Diáspora* (Dispersión), que se intensificó cuando Alejandro anexionó Palestina al mundo griego y, más aún, con las perturbaciones judías del siglo II.

El área de esta dispersión fue considerable. Se ha podido valorar en 8 millones la población judía mundial en la época helenística. Se hallaba agrupada principalmente en cuatro zonas: Babilonia, Siria, Anatolia y Egipto, cada una de las cuales suponía más de un millón de judíos. Pero también eran numerosos en Cirenaica, islas del Egeo, Grecia e incluso África, Italia y España. Por doquier se registraron conversiones, sobre todo entre las mujeres, pues muchos hombres encontraban repugnante la circuncisión, y creóse una categoría de semiconversos, los *sebomenoi* (los que temen a Dios). Aunque sólo había un Templo, se multiplicaron las sinagogas (lugares de reunión para la plegaria).

Los judíos de la *Diáspora* mejor conocidos son los de Egipto. Allí fundaron pequeñas comunidades desde el siglo VI; con la anexión de Cele-Siria llegaron muchos más, y luego con la sublevación de los macabeos. Eran más de un millón, 100 000 de los cuales vivían en Alejandría donde poblaban 2 de los 5 barrios. Por otra parte, en todos los lugares tendían a agruparse en barrios especiales. Desempeñaban todos los oficios: soldados, agricultores, artesanos, funcionarios, más raramente comerciantes o prestamistas, lo que los diferenciaba claramente de los judíos medievales. No existía propiamente hablando, antisemitismo, pero sin duda despertaron la desconfianza de los griegos, de los cuales eran grandes competidores. Extrañaba su particularismo, como lo reconocerá, desde el siglo II, un *Oráculo sibilino* judío (3, 272): «Tus costumbres provocarán la cólera de todos los hombres».

Mal encuadrados, excepto en Alejandría, donde su comunidad era administrada por un consejo de Ancianos *(gerusia),* y viviendo en contacto con los Goyim, los judíos de Egipto se helenizaron. La mayoría de los citados en papiros llevan nombres griegos. Desde principios del siglo II, sustituyeron el arameo por el griego. Los textos sagrados fueron traducidos al griego a partir de Filadelfo: es la famosa Biblia de los Setenta, que tanta influencia ejerció en dar a conocer el Antiguo Testamento a los no judíos. También el hebreo, que ya no era necesario en la sinagoga, dejó de usarse. El último de los libros sapienciales, el *Eclesiástico,* escrito a finales del siglo III, muestra una indudable influencia de las especulaciones estoica y cínica.

Se crearon escuelas de exégetas, que aplicaron a la Biblia los métodos de interpretación de los estoicos. Los judíos compusieron en griego obras de filosofía, tragedias y oráculos sibilinos. El admirable Filón —nacido poco antes de nuestra era— era, a la vez, un rabino nutrido por la tradición hebraica y un filósofo ecléctico, y, en todo caso, uno de los grandes genios especulativos de la Antigüedad, cuya síntesis de dos pensamientos tan dispares prefigura el sincretismo helenocristiano. Aunque no pertenezca a la época helenística, se halla en la línea de estos judíos de espíritu abierto que, durante tres siglos, se impregnaron profundamente de la educación griega.

Era grande la diferencia existente entre los judíos de Judea, cuya helenización, en el mejor de los casos, era superficial, y los de la *Diáspora,* entre los cuales —sobre todo en Anatolia, Siria y Egipto— la asimilación de la cultura griega era mucho más profunda y que no vacilaban, manteniéndose fieles a lo mejor de su fe —es decir, al monoteísmo— en renunciar a algunas de las prácticas más absurdas de su religión, que les habrían hecho muy difícil la vida en un mundo helenizado.

5. MONARQUÍA HELENÍSTICA

La desmembración del imperio de Alejandro, y luego la del reino seléucida, no hicieron más que confirmar la gran innovación política que representaba la institución monárquica: pequeñas o grandes, en todas partes se instauraron monarquías.

El rey y la corte

Como en tiempos de Alejandro, factores muy distintos confluyeron en la ideología monárquica que entonces se elaboró. Los filósofos, sobre todo los pitagóricos y los estoicos, desarrollaron la concepción del hombre fuerte y providencial que hiciera su aparición en el siglo IV. El rey era para ellos la encarnación viva de la ley *(nomos empsykhós)*, lo cual justificaba por su carácter divino. El vulgo era sensible sobre todo al prestigio que confería la victoria: consideraba los éxitos militares como la señal más tangible del favor de los dioses. Así se definía una monarquía absoluta, que, por otra parte, imponía al rey obligaciones morales, sobre las cuales insisten a porfía los textos: el monarca debía ser activo, benévolo con todos y, particularmente, con los humildes, filántropo, piadoso.

Pero no menos claros eran los elementos orientales. Herederos de las teocracias orientales, los soberanos helenísticos gozaban de un poder absoluto, puesto que eran hijos de la divinidad y, a su vez, dioses. Así, los lágidas aceptaron ser faraones. Soter no se sometió a la ceremonia de la coronación, sin duda porque juzgó suficiente reinar por derecho de conquista; pero todos sus sucesores permitieron que los sacerdotes los consagraran, es decir, les procurasen el fluido mágico que era el de Horus vivo. En adelante llevarán los cinco nombres característicos del poderío faraónico: «bravo adolescente, grande de gloria, entronizado por su padre, poderoso *ka* de Ra amado de Amón, Ptolomeo»: eso fue Ptolomeo II para un egipcio. Una inscripción del templo de Edfu nos muestra a Horus entregando al monarca la tierra de Egipto, con sus títulos de propiedad redactados por el escribano divino Thot.

La monarquía era hereditaria. El primogénito sucedía al padre. Las excepciones eran raras, debidas siempre a intrigas cortesanas: así, Ptolomeo I impuso como sucesor suyo a un bastardo legitimado, que convirtió en Ptolomeo II, en detrimento de su primogénito Ptolomeo Ceraunos. El padre se asociaba en ocasiones al hijo como corregente, sobre todo entre los seléucidas, entre los cuales, el joven príncipe podía actuar como virrey en las provincias orientales.

La reina desempeñaba un papel importante. A pesar del ejemplo contrario de Filipo y de Alejandro, los reyes practicaban la monogamia, aunque quebrantada por el concubinato. Con muy raras excepciones,

escogían su mujer entre las familias reinantes. No obstante, en Egipto se introdujo la costumbre indígena del matrimonio consanguíneo, destinada a conservar la pureza total de la raza, y que adoptaron algunos seléucidas.

El rey se rodeaba de una corte *(aulé)* cuyas costumbres recuerdan, a la vez, las de la monarquía macedónica y las de la monarquía persa. Vestía la clámide y la *kausia* de los soberanos macedónicos, pero también la diadema de los Grandes Reyes. El palacio en que vivía no se inspiraba en las gigantescas construcciones de los príncipes de Oriente, aunque era confortable y lujoso. Poco a poco se introdujo una etiqueta que tendió a diferenciar al rey y a los suyos del común de los mortales. Aparecieron títulos áulicos, que crearon una especie de nobleza, aunque personal y no hereditaria. Se distinguían, en general —pues variaban de una dinastía a otra— los «amigos del rey» y «los parientes del rey» —por ejemplo, «el padre nutricio» o «el hermano de leche», títulos puramente honoríficos, que permitían vestir la púrpura real, pero que no implicaban verdaderos lazos de parentesco—. Si añadimos a ello el culto real, que estudiaremos más adelante, y la presencia de la efigie real en las monedas —sólo los atálidas renunciarán a representar en ellas al soberano reinante—, comprenderemos la importancia de una época en la que se implantaban costumbres que serán adoptadas, en su mayoría, por los emperadores de Roma o de Bizancio y por los soberanos modernos.

Administración real

El soberano era la ley viva. Legislaba, pues, sin que sus decisiones hubieran de ser necesariamente aprobadas por un consejo o asamblea, y ésta es la diferencia esencial con el período clásico, en que la ley era la expresión de la comunidad. Variaban, en sus detalles, los textos en que se expresaba la omnipotente voluntad del rey: leyes *(nomoi)*, reglamentos *(diagrámmata)* y ordenanzas *(prostágmata)*, que adoptaban a menudo la forma de una carta.

Como es natural, el rey omnipotente en todos los dominios, no podía conocerlo ni decidirlo todo por sí mismo. Convocaba a sus «amigos» a que se sentaran en consejo y lo informasen. Confiaba a algunos de ellos cargos que, a grandes rasgos, correspondían a los ministerios actuales, y él se reservaba siempre, como dos funciones específicamente reales, el mando del ejército y los sacerdocios supremos. Generalmente había una especie de primer ministro, que, por otra parte, llevaba un título modesto (encargado de los negocios), un gran canciller (muy importante en Egipto, donde la burocracia es aplastante), un ministro de justicia (en Egipto el archidicasta) y un supervisor general de las finanzas (entre los lágidas, el dioceta; entre los seléucidas, el encargado de las rentas).

La administración local fue calcada directamente de la de los reinos anteriores a la conquista de Alejandro y, como tal, fundada en la noción del territorio administrado por un encargado, que representaba al soberano. Pero se tendía, así entre los lágidas como entre los seléucidas, a sustituir el jefe de región tradicional, nomarca o sátrapa, por un gobernador militar, que concentró paulatinamente en sus manos todos los poderes y que en todas partes llevaba el título de estratega, heredado de la Atenas clásica —en el siglo IV la estrategia había alcanzado poco a poco la estabilidad de un cargo de funcionario, lo cual puede explicar el empleo de la palabra en la época helenística, bastante paradójico en apariencia—. La institución de la estrategia resultó fundamental, y, en gran parte gracias a ella, estos reinos pudieron subsistir pese a la enorme desproporción entre griegos e indígenas.

Egipto siguió dividido en nomos (unos treinta), administrados por un nomarca, ayudado por un secretario real (basilicográmmata). Al principio, cada nomo estaba, a su vez, dividido en dos toparquias, con un toparca y un topográmmata. Las toparquias estaban integradas por aldeas *(komai)*, con un comarca y un comográmmata. Pero Soter introdujo en cada nomo un estratega, que —quizá ya en tiempo de Ptolomeo III— concentró todos los poderes civiles y militares y redujo al nomarca a la administración del dominio real. En el Alto Egipto, donde las sublevaciones nacionalistas fueron violentas, había un gobernador militar, el estratega de Tebaida, bajo cuya autoridad se hallaban los estrategas de los distintos nomos, e incluso en algunos textos llevaba el título de epistratega.

Los seléucidas mantuvieron la división persa en satrapías, cuyo número aumentaron ligeramente. Al parecer, coexistían también un gobernador militar, el estratega, y un prefecto, el sátrapa, cuyas funciones resultan muy borrosas.

* * *

Estas instituciones tenían un gran porvenir, tanto en el plano de los hechos como en el de la ideología. El Trajano que Plinio el Joven presenta en su *Panegírico*, era el heredero directo de un monarca helenístico, y, con toda evidencia, el estratega sirvió de modelo al procónsul. Pero el estudio de la economía y de la sociedad nacidas de la conquista en los reinos griegos de Oriente, plantean problemas no menos apasionantes. Comprobamos idéntico atrevimiento, el mismo modernismo en las soluciones adoptadas, en las que resplandecía la vitalidad de un helenismo que procuraba no anquilosarse.

capítulo II

El mundo de la conquista: la explotación de los reinos

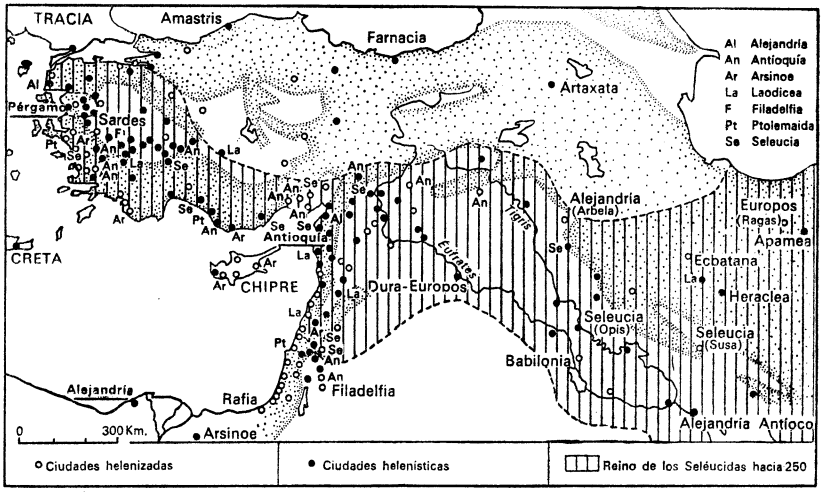
Los sucesores de Alejandro se encontraron ante el problema con que hubo de enfrentarse éste: organizar la vida económica y social en los reinos en que tradicionalmente había sido regulada por la autoridad real. Procuraban con todo cuidado —lo cual constituye la más elemental de las sabidurías— no trastornar excesivamente el orden ya establecido. Pero las nuevas condiciones —desarrollo de un burguesía capitalista de origen griego y, en Egipto, introducción de la moneda— implicaron profundas transformaciones, muy palpables en las ciudades. La superposición de una clase conquistadora a una masa de indígenas vencidos —aunque la mayoría de ellos estaban habituados, desde hacía mucho tiempo, a dominaciones extranjeras— dio al mundo helenístico una fisonomía muy particular e hizo de él, muy a menudo, la prefiguración del Imperio romano.

1. LA URBANIZACIÓN

La civilización arcaica y clásica coincidió con el despertar de la *polis*, y en los grandes centros urbanos —como Mileto, Corinto, Atenas y Siracusa— se desarrolló la civilización griega. Alejandro mostróse

heredero de la tradición al sembrar de numerosas Alejandrías el imperio que acababa de conquistar, y cuya finalidad era la de helenizar el Oriente y realizar aquella fusión de razas que consideraba necesaria (mapa 17).

Sus sucesores continuaron su política de forma desigual: los Seléucidas dotaron a sus Estados de numerosas ciudades nuevas. No obstante, los Atálidas, en un Asia Menor helenizada desde hacía mucho



MAPA 17. Urbanización de Oriente y creaciones dinásticas

antes, fundaron Pérgamo, al objeto de poseer una capital capaz de rivalizar con las grandes metrópolis del Oriente; el Egipto de los Lágidas se mantuvo puramente rural; pero Alejandría, creación de Alejandro, experimentó un prodigioso impulso, que hizo de ella la ciudad más importante del mundo helenístico.

Creaciones de los Seléucidas

Sólo Seleuco I fundó unas sesenta ciudades, entre ellas, 16 Antioquías (del nombre de su padre) y 9 Seleucias. Las creaciones se multiplicaron durante el reinado de Antíoco I, pero se hicieron más raras en tiempos de sus sucesores, hasta el reinado de Antíoco IV Epifano, en que se reanudaron con brillantez. Sea como fuere, no conviene dejarse engañar por el nombre de fundación, que no implicaba forzosamente una fundación *ex nihilo*, sino que a veces ocultaba un sinecismo

de aldeas, o la elevación de un poblado indígena a la categoría de ciudad, e incluso un simple cambio de nombre.

Aquellas ciudades eran verdaderas *poleis*, en el sentido griego de la palabra, con un territorio, una autonomía municipal —especialmente en materia judicial y financiera— y unos magistrados. Desde luego, no eran ya estados independientes como en la época clásica: casi siempre se hallaban estrechamente sometidas a la supervisión de un gobernador (epistato) y, en ocasiones, habían de aceptar una guarnición. Por otra parte, el rey multiplicaba en este aspecto las pruebas de filantropía, participando con sus bienes en la construcción de los edificios públicos, socorriéndolas en caso de catástrofe, otorgándoles privilegios que aumentaban su independencia, como la asilia o la inviolabilidad.

Las miras de esta urbanización eran bastante diversas. Las ciudades favorecían el despertar económico, que tanto acrecentaba la fortuna del rey. Permitían establecer tropas, que vigilaban los grandes ejes de circulación y las posiciones estratégicas. Ejemplo claro de ello lo tenemos en el Asia Menor, disputada con encarnizamiento a los Atálidas, donde eran numerosas las instalaciones de clerucas en forma de pequeños agrupamientos urbanos *(politéumata)*. Disminuyeron las resistencias indígenas, al fragmentar las antiguas satrapías entre las ciudades. Incluso se ha llegado a pensar que los soberanos encontraban en ellas un hábil medio para satisfacer los gustos tradicionales de sus súbditos griegos, al evitarles la pesadez de una administración como la que los Lágidas utilizarían en su reino puramente rural. Finalmente, tampoco olvidaron la idea de Alejandro: aunque no se procurase ya tanto la fusión de las razas, por lo menos soñaron con helenizar el Oriente, con el doble fin de mantener más sumisos a los indígenas, al asimilarlos y extender la civilización griega, considerada superior y como la única digna del hombre.

Los resultados de esta política fueron desiguales. Los seléucidas se crearon dificultades a sí mismos, pues las ciudades eran turbulentas, dentro de la tradición griega, y se registraron, por ejemplo, muchas revueltas en Antioquía. Es cierto que el sistema persa de las satrapías no era mucho más favorable para un poder central fuerte. Por otra parte, limitaron sus ingresos al tomar parte en la tierra real para dotar de territorios a las ciudades, cuyos impuestos, directos o indirectos, producían menos que la explotación del suelo por campesinos reales. Mas, aparte sus beneficios militares y económicos, la urbanización era, políticamente, una medida hábil, ya que favoreció, sin duda, la helenización, bastante rápida, de una minoría indígena. Mientras los Lágidas actuaron muy a menudo como capitalistas, preocupados sólo por aumentar sus ingresos, los Seléucidas se condujeron como reyes que no descuidaron los intereses superiores de su reino.

Dura y Antioquía

Las ciudades seléucidas fueron construidas sobre el mismo modelo y según las reglas estrictas del urbanismo de Hipodamos. Eran construcciones prematuras, que sólo raramente daban la impresión de monumentalidad y belleza.

Una primera zona de urbanización la constituía la antigua Mesopotamia, con Antioquía-Edesa, Antioquía-Nisibe, Dura-Europos, Seleucia del Tigris, Babilonia. De todas estas ciudades, la mejor conocida, gracias a unas buenas campañas de excavación, es Dura-Europos, en la orilla derecha del Éufrates, creación de Seleuco I. Ciudadela que guar-

daba el paso del río y centro comercial de primer orden, la ciudad fue construida, en forma de damero, en torno a una vasta ágora. Sus instituciones fueron griegas, con una *bulé*, un estratega, tesoreros y *sitonai* encargados del abastecimiento de trigo; el rey ejercía su supervisión a través de un epistato. Los ciudadanos poseían *kleroi*, que los indígenas trabajaban para ellos. Pero al lado de los templos dedicados a dioses griegos (Zeus, Megistos, Apolo y Artemis) se lebantaban numerosos santuarios de divinidades locales, y el arte es un buen testimonio del rápido predominio de los elementos orientales. Sea como fuere, era grande la prosperidad económica, y el desarrollo de Dura continuará, más allá de la ocupación parta, durante la época romana.

No obstante, las más bellas creaciones seléucidas se realizaron en Siria, que se convirtió en el núcleo del reino, después de sus reducciones sucesivas. Había sobre todo cuatro poblaciones influyentes, dos puertos —Seleucia de Pieria y Laodicea (Lattaquia)— y dos ciudades junto al Orontes: Antioquía y Apamea.

Antioquía se levantaba en la orilla izquierda del Orontes, a 22 km. de su desembocadura, en un rico valle, de unos 40 km. en este punto, y al que la fertilidad del suelo y la abundancia de las precipitaciones permitieron transformar en un vasto jardín. El Orontes, navegable hasta el mar, estaba bordeado por un camino que, en dirección contraria, permitía ganar, por medio de caravanas, el Asia Anterior.

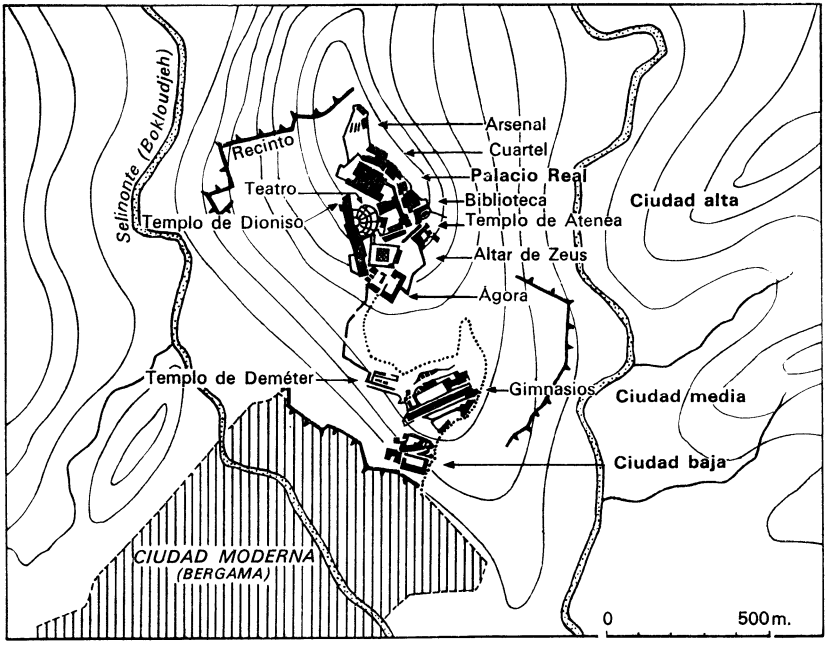
La ciudad, fundada en el 300 por Seleuco I para 10 000 colonos, se desarrolló considerablemente. A finales del período helenístico agrupaba, sin contar grandes suburbios indígenas, por lo menos 300 000 habitantes, repartidos en cuatro barrios: dos cercanos al río, que databan de la fundación; un tercero, Neápolis, en una isla del Orontes, añadido por Antíoco III el Grande, y un cuarto en las primeras pendientes del monte Silpios, obra de Antíoco IV Epifano, que rodeó también la ciudad con murallas. El plano resucitaba las normas corrientes del urbanismo helenístico: una gran calle corría paralela al río, y junto a ella se ordenaban las demás calles en ángulos rectos.

Las instituciones de Antioquía fueron las de una *polis*, con *bulé* y arcontes. Muchos griegos acudieron a unirse a los colonos macedonios de Seleuco I, y el elemento indígena fue importante: como es natural, numerosos sirios se helenizaron bastante pronto, así como los judíos, agrupados en un ghetto. Metrópoli cosmopolita de calles rebosantes de vida, con una floreciente industria textil, y capital del reino seléucida, Antioquía fue una de las ciudades más prósperas y animadas del Oriente helenístico. Mas, pese a los esfuerzos de algunos de sus reyes —Antíoco III y Antíoco IX intentaron, respectivamente, establecer un Museo y una Biblioteca—, y aunque en ella se trabajaran los metales preciosos, no podía rivalizar con Alejandría ni con Pérgamo como centro literario y artístico. Su destino era el de ser una ciudad oriental, cuya incomparable riqueza e inclinación al lujo y a los placeres se consolidará en la época romana.

La atálida Pérgamo

Muy distinto fue el destino de Pérgamo. La capital de los Atálidas se alzaba a 30 km de la costa, en un espolón formado por dos afluentes del Caico: el Selinus y el Cetios. Esta avanzada de traquita, de unos 335 m de altura, constituía un lugar admirable, aunque difícil de or-

ganizar a causa de su altura. Los arquitectos lo consiguieron superponiendo tres ciudades, reunidas entre sí por escalinatas, con miradores y terrazas que atestiguaban un nuevo gusto por lo pintoresco y que se adaptaban perfectamente al paisaje (mapa 18).

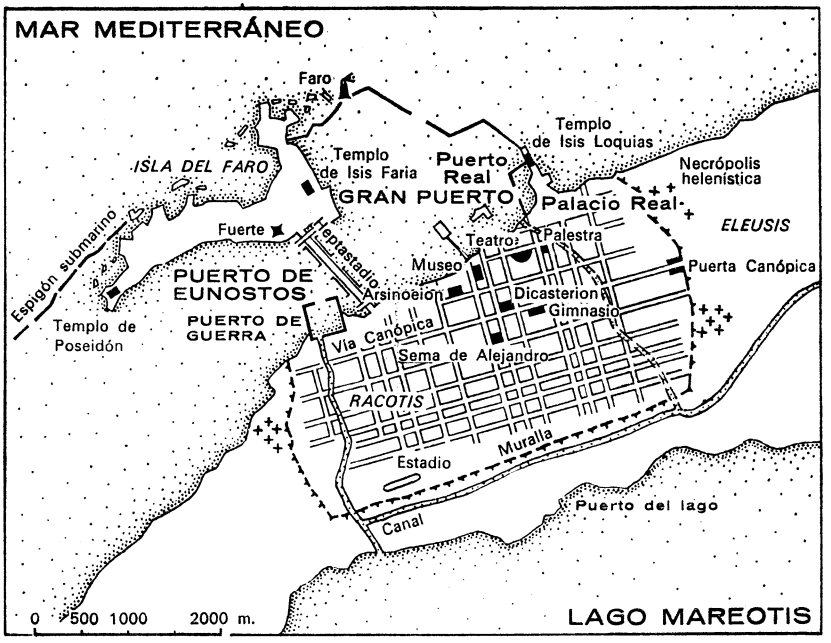


MAPA 18. Pérgamo helenística

La ciudad alta, la más importante, presentaba una doble ágora, bordeada por un templo de Dioniso. En la plataforma superior, el gran altar de Zeus, uno de los más notables edificios, tanto por sus colosales dimensiones como por la romántica belleza de su decoración esculpida; el santuario de Atenea Polias, limitado por dos pórticos y que dominaba, de forma espléndida, el valle del Selinus (con su templo dórico de sobria decoración); la Biblioteca y, dominándolo todo, el palacio y un vasto arsenal. Algo más abajo, el teatro, que, a su vez, dominaba una gran terraza, sobre la cual se alzaba un pequeño templo jónico de Dioniso (lám. 27).

En la ciudad media, un magnífico gimnasio, tal vez el más hermoso del mundo helenístico, en numerosos planos superpuestos, unidos por rampas de escaleras y pasos subterráneos, los templos de Deméter y de Hera Basileia, separados por el Pritaneo. La ciudad baja, en torno a una espaciosa ágora bordeada por una columnata de dos pisos, constituía el centro comercial. En resumen, aquella ciudad, erigida para rivalizar con Atenas y en la que se conjugaban tantas inspiraciones nuevas, suponía una estupenda consecución. «¿Qué tenían en común los trofeos con que Roma jalonó el mundo y la pasión con que los helenísticos hicieron del vasto lugar de Pérgamo una arquitectura desplegada desde el horizonte hasta los dioses?» (A. Malraux).

Este triunfo se explica por las múltiples actividades cuyo centro era Pérgamo, y por la voluntad de los Atálidas. No era el comercio la causa de su desarrollo, pues se hallaba demasiado apartada de las grandes rutas que conducían a la Alta Asia. Pero era el centro de un rico territorio (trigo, olivo, vid), y se practicaba una cría científica del ganado, con selección de especies. También se estableció una industria diferenciada: perfumes, paños finos, pergamino (cuyo mismo nombre recuerda el de la ciudad). Por otra parte, era la capital de un Estado que, sin tener las dimensiones de los tres grandes reinos helenísticos, era, sin duda, uno de los mejor administrados y de los más ricos.



MAPA 19. Alejandría helenística

Los Atálidas soñaban también con hacer de Pérgamo la Atenas del mundo helenístico. Su Biblioteca rivalizaba con la de Alejandría; el palacio real guardaba un auténtico museo de escultura, en el que, sin duda, nació la crítica de arte. Su escuela de oradores, sus talleres de escultores —amigos de lo patético y del efectismo—, eran justamente famosos, así como sus artistas dionisíacos, protegidos también por los soberanos, gracias a los cuales se convirtió en el foco principal del arte dramático. El mejor homenaje tributado a Pérgamo tal vez sea el de Plinio el Viejo (33, 149): «Desde la muerte de Atalo —el soberano que legó sus Estados a los romanos—, los romanos empezaron a amar y no tan sólo a admirar los esplendores extranjeros». Pérgamo, escuela de Roma, equivale a Atenas escuela de los griegos.

Alejandría de Egipto

«Todo lo que pueda existir o producirse en la tierra se encuentra en Egipto: fortuna, deporte, poder, cielo azul, gloria, espectáculos, filósofos, oro fino, hemosos muchachos, templo de los dioses adelfos, el mejor de los reyes, Museo, vino, todo lo bueno que se pueda ansiar, y mujeres, tantas mujeres...». Este es el discurso, confuso pero verídico, de una vieja alcahueta en el *Mimo 1* de Herondas. De hecho, la ciudad, fundada con todos los detalles por Alejandro en el asentamiento de una aldea de pescadores, Racotis, resume todos los esplendores del Oriente.

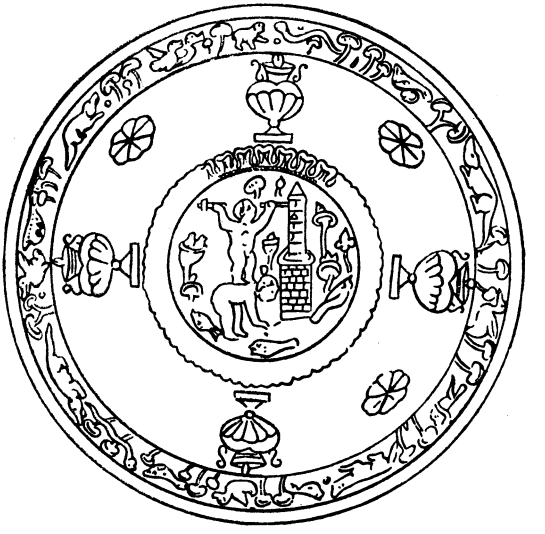


FIG. 75. La construcción del Faro de Alejandría. Fuente de plata de Perm. Dos amorcillos construyen presurosos la torre del Faro en el paisaje del delta (peces, pájaros, lotos). Alrededor del *emblema*, evocación del valle del Nilo (patos, serpientes, ornitorrincos, nenúfares...). Leningrado, Museo del Ermitage

LA CIUDAD Y EL PUERTO

Se levantaba al oeste del Delta, en el istmo entre el mar y el lago Mareotis, cerca del brazo canópico del Nilo: lugar salubre, incluso en verano, gracias a los vientos etesios. El puerto, protegido por la isla de Faros, se halla relativamente al abrigo de las grandes tempestades (mapa 19).

La ciudad antigua es mal conocida, a causa de los hundimientos que la sumieron bajo las aguas. Sabemos, no obstante, que tenía una forma alargada (la de una

clámide, dirá Estrabón), y que su perímetro era superior a los 15 km. Su plano, trazado por el rodio Deinocrates, era hipodámico. Dos vías principales, de gran anchura (30 m.), se cortaban en ángulos rectos. Estaba dividida en cinco barrios, que llevaban los nombres de las cinco primeras letras del alfabeto. Entre los monumentos más importantes figuraban el gimnasio, con sus magníficas columnatas; el *dikasterion;* el *Sema* o tumba de Alejandro, aislada de la ciudad por un grueso muro. Sólo el palacio cubría una cuarta parte de Alejandría, pero no recordaba nada los monumentales conjuntos de las moradas faraónicas: con sus construcciones ligeras, sus jardines, el Museo, la Biblioteca y el teatro, formaba la Neápolis, o sea, la Ciudad nueva.

El puerto estaba separado en dos por el dique, o Heptastada, que unía la isla de Faros a la tierra firme: al Este, el gran puerto, que recibía lo esencial del tráfico y una parte del cual estaba reservada a puerto real; al Oeste, el Eunostos (Buen regreso), con el puerto de guerra, estanque artificial que comunicaba con el lago Mareotis. En medio de la isla, el Faro, obra de Sóstratos de Cnido, con sus tres pisos superpuestos, coronados por una linterna en la que un juego de espejos convexos reflejaba la luz del fuego que daban las maderas resinosas (fig. 75).

En el barrio egipcio de Racotis, las calles eran más estrechas. En él se alzaba el Serapeion. La ciudad desbordó pronto su recinto: al Este se hallaba el suburbio de Eleusis, con el estadio, el hipódromo y un cementerio; al Oeste, la necrópolis principal y, a lo largo del canal que unía Alejandría a Canope, hermosos jardines y suntuosas moradas en las que, según testimonio de Estrabón, se llevaba una vida regalada.

Era grande la preocupación por la comodidad y la limpieza: el agua era distribuida por una red cerrada de canalizaciones ramificada, sobre el canal que llevaba el agua del Nilo.

Un torbellino cosmopolita

La ciudad ofrecía uno de los espectáculos más cosmopolitas de todo el Oriente griego. Según testimonio de Estrabón (en tiempo de Augusto), tenía más de un millón de habitantes. Todas las nacionalidades estaban representadas en ella: griegos, egipcios, sirios, y, a partir de cierta fecha, itálicos. Sólo los judíos formaban las dos quintas partes. Sus violentas disputas con los griegos degeneraron a menudo en graves alteraciones, que se perpetuarán incluso en plena época romana.

La ciudad se administraba por sí misma, al menos en apariencia. Por las inscripciones conocemos dos asambleas: la *bulé,* creada por Alejandro y muy pronto suprimida, y la *ekklesía,* organizada, de acuerdo con el sistema ateniense, en tribus, fratrías y demos. El magistrado más importante era, al parecer, el gimnasiarca, y una especie de representante de los ciudadanos y el defensor de las libertades republicanas. De hecho, en una ciudad que era también la capital de un reino sensiblemente centralizado y la residencia real, la autonomía era más una fachada que una realidad: los funcionarios reales se inmiscuían en los asuntos municipales, sobre todo el «jefe de la guardia nocturna», titular de un cargo mal conocido pero que, sin duda, era similar al que ocupará en Roma el prefecto de las vigilias.

La vida era animada, ruidosa, frenética. Los hacinamientos de Alejandría, aireados por los poetas, servirán de modelo a los satíricos,

que evocarán los de Roma y luego los de París. Allí tenían cabida todos los placeres, incluso los menos inocentes. «Afrodita se siente en su propia casa», dice Herondas. Como no resultaba difícil esconderse, muchos campesinos, fugitivos de la vida rural, buscaban su refugio en ella. La población era turbulenta: su temperamento sedicioso tuvo a menudo ocasión de manifestarse durante las querellas dinásticas del siglo II, así como cuando intervino Julio César.

Funciones de Alejandría

Alejandría era prácticamente la única ciudad de Egipto, ya que no podían considerarse como tales las dos ciudades que también tenían estatuto de *polis:* la vieja Naucratis y Ptolemaida, fundación de Soter.

Tres factores explican un desarrollo único en la historia del mundo griego. Ante todo, era el centro político del reino lágida, y acogía la enorme burocracia que administraba Egipto.

En segundo lugar, era el único puerto auténtico de Egipto en el Mediterráneo y, por tanto, el único vínculo con los otros reinos helenísticos y, más tarde, con Roma. Era el puerto que recibía las importaciones de madera, mineral, mármol —todos ellos productos de que carecía—, aceite de oliva y vinos selectos. También puerto de exportación, sobre todo, para el trigo, papiro, telas o muselinas de lino, perfumes y «artículos de Alejandría». Finalmente, puerto de tránsito, reexpedía a todo el Mediterráneo las mercancías procedentes del interior de África (marfil, oro, plumas de avestruz, esclavos negros, animales salvajes) o de Arabia y de la India (especias, substancias aromáticas, perfumes, sedas), mercancías que, por lo general, llegaban a Alejandría por el canal de Necao y el Nilo. La importancia del tráfico marítimo y fluvial —con descarga en Alejandría— explica el desarrollo de los astilleros.

Finalmente, tendremos ocasión de comprobar que Alejandría era uno de los centros culturales más vivos del mundo griego. Era tal su brillantez, que durante mucho tiempo se ha llamado —equivocadamente— alejandrino a todo lo helenístico. Gracias al mecenazgo de ilustres príncipes, que permitió grandes fundaciones, durante más de un siglo Alejandría marchará al frente del nuevo helenismo nacido de la epopeya de su fundador. Sus poetas, sabios, eruditos, escultores y toreutas ennoblecieron el siglo III. Luego, la decadencia, no desprovista de cierto encanto...

Pero aquel esplendor se desarrolló al margen de Egipto. La fórmula latina *Alexandria ad Aegiptum,* Alejandría junto a Egipto, ilustra una realidad válida también para la época ptolemaica. La gran ciudad, que se parecía —superándolas— a las otras ciudades helenísticas, era la capital de un reino que, en la *khora,* continuaba su existencia inmemorial e inmutable. Tal era, en el fondo, la verdadera debilidad de Alejandría y la de quienes la crearon: ofuscados por las formas específicamente griegas del Estado, lograron crear una *polis* grande, bella, próspera, aunque sin integrarla en la vida del reino, sobre el cual se hallaba como superpuesta.

2. MERCANTILISMO CAPITALISTA Y DIRECCIÓN ESTATAL

La vida económica sufrió una transformación radical. Grecia no tenía ya el papel central y dominante que había desempeñado durante siglos, y que empezó a perder ya desde el siglo IV: únicamente dos puntos insulares (Rodas y luego Delos) y Corinto tenían importancia internacional. Toda la actividad tendía a concentrarse en Asia Menor, Siria y Egipto.

Intercambios internacionales

Esto significa que había desaparecido la economía de tipo colonial que prevaleciera durante tanto tiempo: salvo en el Extremo Occidente y en el Ponto, no se trataba ya de hacer pasar los productos griegos a las regiones subdesarrolladas. Por el contrario, aparecieron dos nuevos tipos de intercambios.

Por una parte, era activo el comercio de los reinos helenísticos entre sí o con Grecia. Al principio se limitaba a géneros alimenticios: en particular Egipto era un gran exportador de trigo; por el contrario, los griegos de Oriente seguían siendo aficionados al buen vino, que siempre procedía de Grecia o de Anatolia (fig. 76), y al aceite de oliva; los papiros nos informan incluso sobre ciertos negocios más especializados, como el de las avellanas del Ponto. En segundo lugar circulaban productos manufacturados de buena calidad: cerámica llamada *megariana,* vasijas metálicas, bronces artísticos, exvotos y joyas, tejidos y tapices de lujo —todo cuanto fuese producción corriente se fabricará, en adelante, en todas partes, al desarrollarse las industrias de base—. Finalmente, el tráfico de esclavos era considerable.

Por otra parte, la conquista de Oriente permitió la llegada al Mediterráneo de productos originarios del interior de África, de Arabia, de las Indias: marfil, incienso y perfumes, perlas y piedras preciosas, maderas preciosas... La importancia de los puertos sirios y de Alejandría se explica, en gran parte, porque allí desembocaban las rutas terrestres o marítimas por las cuales eran transportados. La compra de estos artículos de gran lujo entrañaba el déficit de la balanza comercial, y de ahí aquella sangría de oro y plata que persistirá hasta finales del Imperio romano. Tendremos ocasión de encontrar de nuevo este tráfico remoto, a la vez causa y consecuencia de la apertura del mundo helenístico sobre regiones de las cuales sólo tuvo efímeras nociones la Grecia clásica.

Es cierto que no todas las condiciones eran favorables al desarrollo del tráfico. Las guerras arruinaron los reinos helenísticos; la piratería, sobre todo en el siglo I, era un mal difícil de frenar. Los griegos tenían competidores, con los que habían de repartir sus ganancias. El comercio con las Indias requería intermediarios: en la ruta marítima, los árabes; en la terrestre, los partos, después de la constitución de una Partia independiente. Incluso en el Mediterráneo los griegos tenían audaces y emprendedores rivales: Cartago registró un nuevo auge, después de su repliegue de la época clásica; Roma se interesó cada vez más por el Oriente, y si fomentaron los intercambios las grandes necesidades por los productos de lujo que surgían en Italia con las nuevas ansias de la *nobilitas* y del orden ecuestre, beneficiaron, sobre todo, a los *negotiatores* italianos, cada vez más arrogantes y seguros de sí mismos, a medida que Roma hacía sentir con mayor intensidad su influencia sobre el mundo.

Sin embargo, el notable resurgir económico que caracterizó a la época se explica gracias a la convergencia de múltiples factores. Las técnicas de la navegación se perfeccionaron. Excelentes puertos mercantiles fueron habilitados o engrandecidos. Caminos y canales fueron objeto de la solicitud de los soberanos. En todas partes registróse un

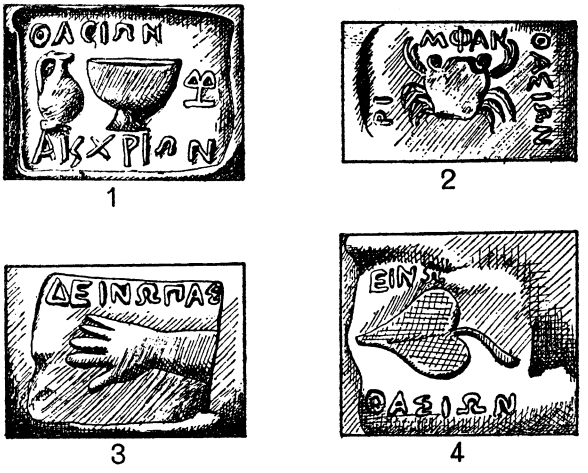


FIG. 76. Asas de ánforas para vino originarias de Tasos: 1. *Oinokhoe* y taza; 2. Cangrejo de mar; 3. Mano; 4. Hoja de hiedra

esfuerzo inteligente, dentro de la línea de los Grandes Reyes y de Alejandro, por dotar a Egipto y a Asia de la infraestructura económica necesaria para el gran comercio.

La demanda era considerable. No se trataba sólo de factores constantes y que subsistían: necesidad, por parte de Grecia, de procurarse abastecimiento, o, para Egipto, madera y hierro. A estas necesidades vitales se añadieron otras, nacidas del refinamiento de una civilización que no se quería privar de ningún placer, de ningún lujo. Los reyes gastaban sin tasa en el mantenimiento de su corte y en las fiestas, que eran casi una obligación para ellos, puesto que garantizaban su prestigio. Una burguesía, rica e ilustre, amante del fausto, no podía limitarse a llevar la austera vida de los griegos del siglo v. No podía prescindir de cuanto fuese envidiable o suntuoso. Incluso el Mediterráneo resultaba demasiado pequeño para sus apetencias: el África negra o la India les proporcionaban elementos para embellecer los palacios o mansiones, adornar sus personas y sazonar lo cotidiano con la pimienta de lo exótico.

Por otra parte, ciertas condiciones de técnica económica facilitaron los intercambios: extensión de la economía monetaria y desarrollo de la banca. Generalizóse el uso de la moneda, incluso entre los pueblos bárbaros: árabes, partos, tracios, celtas, iberos, romanos. El caso más interesante es el de Egipto, que, hasta este momento, vivió fuera de la economía monetaria, aunque circulasen monedas griegas (sobre todo, atenienses), dáricos e incluso piezas acuñadas por las últimas dinastías nacionales para pagar a sus mercenarios. Después de Alejandro, Soter emitió con su efigie, desde 305, las primeras monedas reales lágidas: estáteras de oro, tetradracmas de plata y óbolos de cobre, ejemplo que seguirán todos sus sucesores. Aunque la economía natural seguía viva en algunos sectores, como vamos a comprobar, Egipto salía, finalmente, de la edad del trueque.

Era considerable la cantidad de metal precioso destinado a la acuñación, hasta tal punto, que empezó a notarse cierto agotamiento a finales del período y coincidiendo, además, con el momento en que pillajes, multas y comercio hicieron afluir a Italia gran parte de las monedas de los reinos griegos. El monometalismo plata siguió siendo el habitual, pero los sucesores de Alejandro no supieron permanecer fieles a la unidad monetaria instituida por él. Mientras seléucidas, antigónidas y atálidas conservaban el patrón ático, Rodas y los lágidas adoptaron un patrón más ligero, que era igual al patrón fenicio de Cartago.

Las distintas monedas circulaban libremente, excepto en Egipto, donde Filadelfo prohibió el uso de piezas extranjeras. Una de las primeras actividades de las bancas, que alcanzaron entonces un increíble desarrollo, fue el cambio. También hicieron préstamos con un interés que era, generalmente, el 10 % (en Rodas o en Delos, por ejemplo, que eran los más importantes puntos bancarios), mientras que en Egipto alcanzó el 24 %. Administraban las cuentas de sus clientes, y la letra de cambio, el cheque y, quizá, la transferencia, se convirtieron en práctica corriente.

Al lado de las bancas privadas, que se hallaban, a menudo, en manos de atenienses expatriados —Atenas había conseguido un gran adelanto en este dominio desde finales del siglo v—, había bancas ciudadanas, por ejemplo, en Mileto. En los templos se desarrollaban también instituciones bancarias, siguiendo una muy vieja tradición, puesto que los sacerdotes de los grandes santuarios fueron los primeros en tener la idea de hacer fructificar el dinero de los depósitos sagrados: las más famosas se hallaban en Anatolia (Éfeso o Sardes) y en Delos; pero cuando los sacerdotes de Egipto recuperaron su autonomía respecto al monarca, se entregaron, a su vez, a una vida de ganancias tan sustanciosas.

Los Lágidas crearon también bancas estatales, cuyo monopolio era arrendado. Su papel era doble: por una parte, realizaban, para los particulares, las mismas operaciones que las bancas privadas; por otra, recibían normalmente las recaudaciones de impuestos de las cajas públicas, a cambio de que, como arrendatarios, hicieran fructificar el dinero del rey, y operaban las inversiones públicas. Los papiros permiten formarse una idea bastante clara acerca de cuán profundamente se hallaba arraigada la banca en el Egipto lágida: griego o egipcio, el artesano y el mercader recurrían a sus servicios para efectuar todas sus transacciones.

La razón más profunda del esplendor de aquel vasto comercio internacional hay que buscarla en la implantación definitiva de una gran burguesía capitalista, a la cual pertenecían banqueros y arrendatarios generales, armadores y comerciantes. A menudo, los traficantes

se asociaban, como vemos, con especial nitidez, en Delos. A veces eran lo bastante poderosos como para actuar solos: así Apolonio, dioceta de Filadelfo, del cual, los archivos de Zenón muestran no sólo los intereses de su inmensa propiedad del Fayum, sino también los lazos comerciales con Siria. Entre los griegos expatriados, los más dinámicos hicieron de este modo grandes fortunas en Oriente, y no tardaron en ser imitados por sirios e incluso por egipcios, y luego por los *negotiatores* itálicos, que se beneficiaron cada vez más del predominio político de Roma, para imponerse, finalmente, como amos y señores del tráfico comercial.

El dirigismo de la agricultura

De esta forma, el gran comercio pasó a la iniciativa privada, que pareció triunfar en la medida de su audacia. La vida rural nos ofrece el cuadro antitético de un mundo que evolucionaba poco y en el que el Estado ejercía un verdadero dirigismo.

Tierra real, concesiones, tierras privadas

Sin perjuicio de otros factores importantísimos que analizaremos, los soberanos viéronse obligados a ocuparse muy de cerca de la tierra, porque la conquista les confirió el eminente derecho que poseían antes que ellos los Aqueménidas o los faraones. La mayor parte de la tierra pertenecía, pues, al rey: era la «tierra real» *(basiliké ge)*, arrendada por contrato a «campesinos reales». La cultivaron mediante un censo que, junto con los impuestos, podía alcanzar la mitad de la cosecha.

Sin embargo, no toda la tierra pertenecía al rey. Por una parte, el rey concedía una porción a las colectividades o a los individuos. En el primer grupo se incluían las ciudades —lo cual no es válido para los Lágidas, que, por así decirlo, no fundaron ciudades— y los templos, que veían confirmadas sus antiguas posesiones e incluso se los dotaba con nuevos dominios: en Asia Menor había verdaderos Estados sacerdotales alrededor de grandes santuarios, como los de Pesinonte o de Comana, que acaparaban una gran riqueza territorial; el mismo fenómeno se produjo en Egipto, donde los últimos Lágidas aumentaron considerablemente los bienes del clero para procurar asegurarse su favor. En el segundo grupo, soldados que el rey quería atraerse gracias a la institución de la cleruquía, o grandes funcionarios, que recibían, como testimonio de su favor, dotaciones o *doreai*, la mejor conocida de las cuales es la de Apolonio en el Fayum.

Por otra parte, había una propiedad privada, que sin duda, al menos según textos del Alto Egipto, es claramente anterior a la implantación de los griegos. Se desarrolló de dos maneras: el rey vendía una parte de la tierra real para procurarse dinero, expediente utilizado con excesiva frecuencia por los Seléucidas, que de esta forma disminuyeron considerablemente su dominio; o bien concedía arriendos enfitéuticos que, prácticamente, equivalían a una venta, cuando se trataba de tierras muy ingratas ganadas al desierto, o dominios valorizados como viñedos o huertos, que, evidentemente, no se prestaban al contrato anual de la tierra real.

Con algunas reservas, los monarcas griegos de los reinos orientales heredaron un régimen de la tierra que les dejaba la posesión de buena parte del suelo. ¿Cómo iban a explotarla? El ejemplo de Egipto, bien conocido gracias a numerosos papiros, nos lo revelará.

El caso de Egipto: factores nuevos y factores antiguos

En Egipto, la base de la riqueza derivaba de la tierra. Por ello, aquí, más que en otras partes, era imprescindible organizar el trabajo, a causa de la crecida anual. Además, el suelo había de alimentar a muchos recién llegados, administradores, soldados o comerciantes, que no producían su subsistencia. Era preciso, pues, dirigir el esfuerzo del campesino para obligarlo a producir más.

El problema era aún más complejo. Egipto había vivido hasta entonces replegado sobre sí mismo, en la autarquía. En adelante comprará al extranjero los productos necesarios para la vida de los griegos que habitaban allí, y, en particular, del rey y de la corte. Hasta entonces había vivido apartada de la economía monetaria. En adelante, los reyes tendrán necesidad de dinero para pagar los servicios de sus empleados, mercenarios, técnicos, administradores. Era preciso, pues, que las exportaciones superasen ampliamente a las importaciones. Y estas exportaciones —aparte algunas mercancías que llegaban del centro de África o del lejano Oriente, y que pasaban a través de Egipto— estaban constituidas, ante todo, por productos agrícolas: bien directamente (sobre todo el trigo, que en Egipto se producía en gran cantidad y que escaseaba en el mundo griego), bien indirectamente, cuando se trataba de productos manufacturados cuya materia prima la proporcionaba la agricultura (papiro, telas de lino).

Era, pues, una necesidad para el soberano organizar la producción agrícola: lograr que la tierra de Egipto produjera al máximo era el único medio de que disponía para enriquecerse, es decir, para poder regular las importaciones y pagar a sus servidores.

Esta necesidad fue comprendida inmediatamente. Para aumentar la producción, los Lágidas contaban con la ya milenaria experiencia del Egipto faraónico. El valle del Nilo estaba habituado, desde tiempos inmemoriales, a una economía estrictamente dirigida por el faraón: estaba ya montado todo un sistema de censo de los hombres y de las tierras, y se contaba con estadísticas, absolutamente indispensables para quien quisiera planificar de manera autoritaria. Los Ptolomeos sólo tenían que utilizar los cuadros preestablecidos y conservar la infraestructura administrativa del país llano.

Monopolios y fiscalización

No obstante, el sistema había quedado trastocado, en cierta medida —difícil de determinar—, por la gran novedad que representaba la definitiva introducción de la moneda. La economía puramente natural de Egipto sufrió una profunda transformación a causa de los dos co-

rolarios que entrañaba el uso de la moneda: banca y arrendamiento de las rentas.

Merece la pena entrar algo en el detalle para comprobar cuán flexibles y variadas eran las soluciones aplicadas por el poder real para regular la vida agrícola.

En cuanto al trigo, cultivo básico, el mismo rey fijó, mediante una ordenanza *(diagraphé)*, la superficie que se había de sembrar en cada nomo. La misma naturaleza de esta ordenanza ha motivado discusiones entre los eruditos: para unos, se trataría de una orden que afectó a todos cuantos cultivaran, con el título que fuese, y, por tanto, el instrumento de una economía estatal absoluta; para otros sería más bien un programa de administración para las tierras reales.

El rey prestaba las semillas a los campesinos, lo cual representaba para él una excelente inversión y la posibilidad de introducir especies nuevas, de las que esperaba un mejor rendimiento. A continuación, los campos eran estrechamente vigilados por los funcionarios reales hasta la recolección. La cosecha quedaba, pues, enteramente bloqueada: para el rey representaba la garantía de los cánones y de los impuestos que se le debían en trigo (el más importante de ellos, el impuesto territorial, era proporcional a la superficie cultivada). Los intereses de los préstamos de semilla, los arriendos e impuestos alcanzaban fácilmente la mitad del producto de la tierra.

Las ganancias del rey eran enormes. Poseedor de enormes cantidades de trigo, que se almacenaban en los graneros reales, era el dueño del campo. Además, disponía de un producto precioso para la exportación. Y aquel poder absoluto sobre el mercado se conseguía recurriendo al absolutismo en grado mínimo.

El caso del aceite era distinto por completo. Se obtenía, esencialmente, de granos oleaginosos (ricino, sésamo, cártamo) y, en pequeña medida —después de la conquista griega—, de los olivos. Desde la siembra hasta la recolección, la producción de oleaginosos era estrechamente vigilada; luego quedó absorbida por los servicios reales y arrendada según estimación. El objetivo que se perseguía era establecer un monopolio absoluto de fabricación y de comercio. Entonces, el aceite podía ser vendido a un precio muy elevado, muy superior al de fábrica, y, como consecuencia, toda importación quedaba gravada con enormes derechos.

El aceite ofrecía, pues, el ejemplo de una economía enteramente estatal y cerrada. Supuso una habilidad, por parte del rey, escogerlo como objeto de monopolio, gracias a su importancia en la alimentación y en el alumbrado. Al disponer de numerosos funcionarios, y con la ayuda de aquellos grandes prestamistas que eran los arrendatarios generales, no chocó con ninguna resistencia, como no fuese la mala voluntad de los campesinos y los subterfugios de los defraudadores.

En cuanto al lino, una ordenanza determinaba asimismo cada año la superficie que se había de sembrar, y la cosecha era también vigilada y arrendada. El lino era tejido luego en talleres sometidos a una rigurosa vigilancia, a fin de evitar toda fabricación clandestina. Había, pues, también monopolio, pero mucho más flexible que en el caso de las almazaras: el tejedor podía producir una mayor cantidad de tela de la que había de entregar al rey. Por otra parte, algunos talleres escapaban a la fiscalización del rey: los de los templos, en los que se tejía el *byssos*, la estofa ritual de las momias y de los dioses, que también era un producto de gran lujo, muy solicitado fuera de Egipto.

Viñedos y huertos se multiplicaban al socaire de la enfiteusis. La intervención del rey era forzosamente restringida en este dominio, y el impuesto ocupaba el lugar que en los cultivos anuales tenían los arrendamientos y requisas. Lo mismo sucedía con el papiro, planta vivaz de los aguazales del Delta o del Fayum, sometidos también a una intervención fiscal, no económica.

La ganadería estaba muy desarrollada en un Egipto en el que, al parecer, había muchos más pastos que en la actualidad. El ganado mayor se utilizaba esencialmente para el trabajo del campo, mientras que el menor era explotado como un capital.

En la propiedad de Apolonio en el Fayum encontramos enormes rebaños de corderos, entre ellos, uno de 6381 cabezas. El ganado podía pertenecer al monarca, a particulares, a clerucas o a los templos. En el primer caso, el rey lo alquilaba y, a la vez, obtenía rentas e impuestos. En el segundo caso, los propietarios estaban sometidos a un impuesto especial, el *ennomion,* que afectaba a todos los animales, incluso los camellos. Este impuesto, que era arrendado, suponía un censo general del ganado: se efectuaba en el momento culminante de la crecida, cuando los rebaños se habían refugiado en los cerros, al objeto de comprobar las declaraciones hechas por los propietarios.

Un sistema como éste, de sorprendente flexibilidad, no era inspirado por unos planes preconcebidos. La vigilancia ejercida por el rey sobre la producción agrícola variaba de acuerdo con los productos, incluso cuando se trataba de dos tipos de cultivos afines en las mismas tierras, como el trigo y los oleaginosos. Y es que, en realidad, los Ptolomeos veíanse animados por un único deseo: llenar sus arcas. Se ha dicho que eran grandes capitalistas, preocupados esencialmente por enriquecerse y que consideraban a Egipto como un vasto dominio que les pertenecía en propiedad y cuya explotación debían asegurar en la forma mejor para sus intereses. El sistema que elaboraron era desigual y poco coherente: a veces se trataba de una verdadera economía dirigida con monopolios opresivos, mientras que, en ocasiones, el Estado se contentaba con deducir su parte de las riquezas producidas por los particulares en tierras que les pertenecían y con el ganado que era de su propiedad. Lo que daba uniformidad al sistema era la unidad de miras: favorecer una producción intensiva cuya mayor parte posible, por medio del arrendamiento, o del impuesto, o de ambos a la vez, revirtiera al soberano.

Progresos del Egipto rural

Este interés —completamente nuevo en la historia del mundo griego— que sentía el poder por la vida rural, dio excelentes resultados.

La superficie cultivada aumentó gracias al avenamiento de las marismas y a la irrigación de los márgenes del desierto. La mejor creación del Imperio Nuevo, el inmenso oasis del Fayum, fue revivificada tras el largo abandono sufrido durante la Época Baja. Se introdujeron técnicas perfeccionadas de irrigación: una máquina de rueda dentada o el tornillo de Arquímedes tendieron a reemplazar los primitivos *chadufs.*

Las importaciones de hierro en gran cantidad permitieron obtener unas herramientas más resistentes. Arados, azadas, azadones, hoces, hachas, de madera en tiempos de los faraones, empezaron a hacerse de hierro. Se utilizó un arado sembrador y, quizá también, una prensa de tuerca para las uvas y las aceitunas.

Se realizaron grandes esfuerzos por aclimatar nuevas especies. La vid y el olivo, que ya existían en Egipto, aunque aisladamente, se desarrollaron de un modo considerable para satisfacer las necesidades de los inmigrantes griegos. Se introdujeron higueras, granados, manzanos, nogales. Se estimuló la plantación de árboles en los

escasos parajes en que eran posibles, a fin de paliar la escasez de madera. Una verdadera selección permitió mejorar los trigos de siembra o introducir corderos de abundante lana.

Los resultados económicos de esta política fueron, al parecer, afortunados: se intensificó la producción de la tierra y de la ganadería. Pero, desde el punto de vista social, nada se hizo por mejorar la condición del campesino, cuya explotación, era aún más dura que en tiempos de los faraones y que, en los períodos de crisis, no tenía más solución que la anacóresis, o sea, la huida ante la opresión y la iniquidad.

3. UNA SOCIEDAD COLONIAL

La sociedad nacida de la conquista fue una sociedad colonial, en la que los invasores macedónicos o griegos se superpusieron a los indígenas. Estos últimos seguían siendo, con mucha diferencia, los más numerosos: en Egipto, quizás ocho millones, frente a casi un millón de conquistadores. Esta desproporción dio como resultado las consecuencias normales en semejantes casos: por parte de los grecomacedonios, reacciones defensivas para preservar la pureza de su civilización, y, sin embargo, orientalización progresiva, muy intensa en el dominio religioso; por parte de los indígenas, reacciones nacionalistas para conservar sus costumbres, y sus creencias y, pese a ello, aparición de una minoría que se helenizó por el interés.

Estratificaciones étnica y económica

Como sucede en toda sociedad colonial, la estratificación se hizo al principio siguiendo el criterio étnico: para los conquistadores, poder y riqueza. Pero la desproporción entre los dos elementos; las cualidades innatas de algunos indígenas, nacidos y crecidos en el seno de una civilización milenaria; los triunfos personales de individuos bien dotados y dinámicos desembocaron muy pronto —como máximo, ya en el siglo II— en otra diferenciación, basada en la fortuna, no en la raza. Aparte los sacerdotes, que conservaron o recuperaron su influencia, muchos indígenas se enriquecieron en la administración, en los arrendamientos, en la agricultura o en el comercio: ocuparon en la jerarquía social un lugar mucho más elevado que los «pequeños griegos» caídos, que vegetaban en puestos subalternos. A esto hay que añadir los innumerables cruzamientos, tanto más numerosos cuanto que, entre los inmigrantes griegos, los hombres eran mucho más numerosos que las mujeres.

A menudo existía un recíproco desprecio entre los dos elementos étnicos que se enfrentaban, pero nunca segregación de derecho ni de hecho. En la propiedad de Apolonio convivían arrendatarios griegos y egipcios (junto con sirios y judíos), y lo mismo sucedía en todos los grados de la administración y en las heredades reales. Es mejor, pues, estudiar los distintos tipos sociales sin consideraciones de raza, recordando sólo que los indígenas eran más numerosos a medida que se descendía en la escala social.

La nueva burguesía

La formación de una burguesía numerosa y acomodada es el rasgo más notable de la época. Obtenía sus ingresos de la industria y, sobre todo, del comercio, aunque sin despreciar jamás la compra de bienes inmuebles. Tanto sus medios materiales como su nivel intelectual eran superiores a los de la época anterior, y de ahí la profunda transformación de la vida cotidiana. Aunque amante de los placeres de la vida, la buena mesa, las cortesanas y las casas confortables, no descuidaba tampoco las satisfacciones más refinadas que la proporcionaban la poesía, el arte y la filosofía.

Un tipo que se extendió mucho fue el del hombre de finanzas. En las plazas importantes, los banqueros acumulaban enormes fortunas. No menos poderosos eran los arrendatarios generales. Especialmente en Egipto supieron aprovechar los deseos del rey de disminuir sus riesgos. La mayoría de las rentas eran arrendadas, cual garantía suplementaria en un país que no hacía mucho tiempo conocía la economía monetaria. Es cierto que el soberano se rodeaba de extraordinarias precauciones: el arrendador debía pagar una fianza; todos los meses, sus cuentas eran comprobadas por el ecónomo, el cual era responsable de sus bienes. Mas no habrían concurrido hombres de todas las razas —sobre todo griegos, aunque también egipcios y judíos— a la disputa de los contratos si el sistema no hubiese sido, normalmente, uno de los más lucrativos para los publicanos.

Más aún que en la Atenas del siglo IV, el desarrollo de una economía capitalista permitió a algunos, más dinámicos o con más suerte, acumular enormes fortunas. Tal fue el caso de Apolonio, amigo y dioceta de Filadelfo, a quien sus graves funciones oficiales no impedían administrar sus negocios personales, de una extraordinaria complejidad: tráfico con el Asia Menor, Palestina, Siria, Arabia; explotación de la *dorea* de 10 000 aradas (2700 Ha.), que el monarca le concedió en Filadelfia, junto a la orilla del colector del Fayum. Asombran su energía y su actividad en aquella propiedad experimental donde se procuraba, ante todo, producir no sólo para complacer a un rey cuya política económica se ha podido comparar con la de Colbert o Federico el Grande, sino también para enriquecerse, puesto que los excedentes de vino, aceite, tejidos y papiro, podían ser vendidos.

El admirable archivo de Zenón nos presenta la fastuosa vida de Apolonio; su mesa, cargada de plata y flores exóticas, cubierta de los platos más refinados, pes-

cados, caviar, vinos selectos, y, sobre todo, nos muestra sus dotes de organizador, con sus oficinas divididas en dos secciones (secretariado y contabilidad), que incluían también escribas indígenas para redactar los contratos con los campesinos egipcios. En una palabra, nos ofrece la imagen de un hombre, de un espíritu pronto en la decisión, de palabra clara e imperiosa, aplomado por su extraordinario éxito: «Bajo su pluma, los superlativos abundan como en el inglés de los americanos» (CL. PRÉAUX). Quizá por primera vez en la Historia aparece con toda claridad una figura de gran capitalista. El dinero, que fue el principal móvil de su actuación, no le bastaba; también se preocupaba de su prestigio, de su gloria. Rodeado de una verdadera corte de clientes y servidores, vivía como un gran señor ecléctico y filántropo, generoso con los dioses —fueran cuales fuesen, griegos o egipcios— y con los hombres que recurrían a su omnipotencia.

El mismo archivo de papiros descubre también la figura de Zenón, un griego de Caria que era el hombre de confianza del gran dioceta: fue, sucesivamente, su agente comercial para los asuntos de Oriente, su secretario y su intendente en Filadelfia. Era un hombre instruido que, en un borrador, apuntaba algunas notas musicales o versos de Eurípides. Escribió un griego excelente y nervioso, pero su espíritu parece menos lúcido, y su voluntad, menos firme que la de su patrono. No obstante, pareció encontrarse a sus anchas en la administración de aquella inmensa tierra donde todo estaba por hacer, muy celoso, por lo demás, de su papel de fundador de ciudad, de su misión, que era la de hacer brotar la vida y la prosperidad tomando el desierto como punto de partida. Llevaba un tren de vida no principesco como el de Apolonio, pero sí holgado; comía platos delicados los días de fiesta y poseía buenos perros de caza. También filántropo, recibía de los amigos de Caria cartas de amistad desinteresada que nos lo muestran como un hombre digno de su triunfo social.

Los funcionarios

El funcionario es un tipo completamente nuevo en el mundo griego. Si el reino de los Seléucidas estaba, evidentemente, mal administrado, no sucedía lo mismo con los Atálidas y, sobre todo, con los Lágidas, que disponían de una sólidad jerarquía de servidores.

El funcionario era el hombre del rey —al cual estaba ligado por juramento— encargado de transmitir y hacer ejecutar sus deseos y ante todo, en aquellas monarquías capitalistas, de asegurar la máxima explotación y percibir las rentas. De hecho, el sistema adolecía de un doble vicio. Por una parte, nombrado teóricamente por el rey, el funcionario era designado en realidad por su superior, en cuyo satélite se convirtió con el tiempo: los papiros nos hablan de los regalos con que debía colmar a sus jefes para mantenerse en su puesto. Así, tendió a constituirse, a medida que se debilitaba la monarquía, en un nuevo feudalismo que convirtió en verdaderos déspotas a los de superior situación en la jerarquía, con una mínima dependencia de la autoridad central, y que trataba a sus subordinados con mayor altivez, desprecio y arrogancia, por cuanto dependían enteramente de ellos, incluso en el plano judicial, ya que los funcionarios eran responsables ante una jurisdicción administrativa especial.

Por otra parte, el soberano trató de encontrar una garantía suplementaria en la responsabilidad financiera de los funcionarios. Por una reacción en cadena, todos procuraban recuperar en sus inmediatos subordinados las sumas de que eran personalmente deudores; los más humildes habían de corresponder exprimiendo a sus administrados para ingresar dinero a todo trance: todos los medios eran buenos: embargos, requisas e incluso castigos corporales. Por otra parte, respondíase con violencia a la violencia: a los lamentos de los campesinos ante la despectiva arro-

gancia y los excesos de los funcionarios, corresponden, en los papiros, las quejas de los inspectores o recaudadores, recibidos a palos.

Sin embargo, no vayamos a llamarnos a engaño ante los innumerables testimonios relativos a las fechorías de la administración, pues, por definición, los papiros conservaron sólo el recuerdo de las imperfecciones del sistema, por otra parte, evidentes. También se esbozó el ideal del buen funcionario, escrupuloso, deferente con sus superiores, generoso con sus administrados: herencia de un tipo, tradicional en Egipto, de escriba respetable e íntegro, lo mismo que de un modelo griego de magistrado filántropo. Los buenos soberanos no cesaban de recordar sus deberes a los administradores: «En vuestras giras de inspección —escribe uno de ellos— procurad animar a las gentes e inspirarles mejores disposiciones no sólo con palabras, sino también, si los campesinos se lamentan de los comográmmatas y de los comarcas a propósito del trabajo de la tierra, investigando y poniendo fin a las prácticas delictivas». En el funcionario lágida, tanto los romanos como después los bizantinos, encontraron el modelo de sus instituciones y la base firme de una administración eficaz.

La carrera administrativa permitió codearse a los griegos y a los indígenas, pues los Ptolomeos tuvieron la habilidad de no eliminar la estructura preexistente. Es cierto que los cuadro superiores fueron exclusivamente griegos, por lo menos hasta Evergetes II, que confió estrategias a los egipcios. Pero los grados medios e inferiores se reclutaban esencialmente entre los indígenas, e incluso vemos desde el principio monarcas egipcios. Dentro de otra casta tradicional, la del clero, la vieja minoría indígena siguió reinando de forma absoluta.

El clero indígena

Los sucesores de Alejandro siguieron practicando su misma política de tolerancia respecto a los dioses nacionales. Sobre todo por razones políticas —pues comprendieron la influencia que ejercían sobre el pueblo— procuraron atraerse a los sacerdotes indígenas, restauraron los antiguos santuarios, construyeron otros nuevos, colmaron de presentes e inmunidades a dioses y sacerdotes, con la esperanza de que su generosidad les permitiría dominar más fácilmente a las masas. Aunque conocemos bastante bien algunos grandes templos de Asia, en particular el Artemision de Éfeso —verdadero Estado sacerdotal, con inmensas riquezas y multitud de sacerdotes eunucos y cortesanas sagradas bajo la autoridad del Megabizo— o el Esagil de Babilonia y el templo de Nabu en Borsipa, ambos restaurados por los Seléucidas, de Egipto es del que poseemos una documentación más abundante y el cuadro es más completo.

Si el funcionario era el hombre del rey, el sacerdote era el hombre del dios. Tenía un poder inquietante, puesto que era el único capaz de establecer relaciones con el mundo sobrenatural y proporcionar al universo su estabilidad, gracias a las liturgias cotidianas o solemnes que, al ofrendar al dios todo cuanto necesitaba para su vida en el templo —alimento, bebida, vestidos, distracciones—, aseguraba al mismo

tiempo a los mortales la benevolencia de la divinidad. Heredero de una ciencia milenaria, depositario de las tradiciones y de la escritura sagrada, conservaba el inmenso prestigio de que siempre estuvo rodeado en el valle del Nilo, aunque en la época ptolemaica los ambientes sacerdotales tendieron a replegarse sobre sí mismos y a anquilosarse —Estrabón señala, por ejemplo, que habían desaparecido todas las escuelas de santuarios que existían en tiempo de Herodoto o Platón—, preludio de la irremediable decadencia, muy patente desde Antonino, en las pobres inscripciones del templo de Esna.

Pero existía un equívoco, ya que los Ptolomeos se presentaban como sucesores legítimos de los faraones, y los sacerdotes —cansancio u oportunismo— aceptaron aquel nuevo estado de cosas. Ahora bien, el Faraón era el único verdadero sacerdote, y de él recibían el ministerio los demás sacerdotes. El rey cubría por sí mismo los puestos más importantes y percibía una tasa especial por cada investidura o elevación en la jerarquía, pues los sacerdotes habían de comprar su cargo y las prebendas ligadas al mismo. Todos los años era honrado solemnemente en su aniversario, por el consejo de cinco miembros elegidos que administraba cada templo. De este modo se establecían estrechas relaciones entre el soberano y el clero, que se necesitaban mutuamente: el monarca, para establecer su legitimidad a los ojos de sus súbditos indígenas y afianzar el culto real en su forma tradicional, y los sacerdotes, para continuar disfrutando de sus privilegios inmemoriales.

Mientras los Ptolomeos fueron poderosos, lograron mantener al clero en una estricta obediencia. La tierra sagrada, que no fue confiscada y que seguía comportando inmensos dominios territoriales con talleres (sobre todo textiles), era administrada directamente por el rey, que, como dios, percibía naturalmente todas las rentas. Ello no suponía desposeimiento, pues lo mismo había ocurrido en el Egipto independiente, cuando el poder faraónico era fuerte. A cambio, el rey aseguraba a los sacerdotes su subsistencia y la ofrenda del homenaje litúrgico a los dioses.

Pero al debilitarse los Ptolomeos, y cuando las sublevaciones de los indígenas hicieron más necesario el apoyo del clero, decidieron la inmunidad de los templos (decreto del 118) —con lo cual se privaron de considerables ingresos— y colmaron de regalos a sus ecónomos. Cada vez eran más numerosos los campesinos reales que pedían asilo en los santuarios. De esta forma, los sacerdotes se convirtieron en sus propios dueños (en el sentido que esta palabra tendrá en el Bajo Imperio) y aumentaron su influencia en la misma medida. Su riqueza era tal, que, en adelante, prestarán incluso al monarca. Así recuperaron el inmenso poder temporal que habían tenido bajo las dinastías VI y XIX, pero no conservaron ya la autoridad espiritual y la dignidad que justificaban, al menos parcialmente, su poder dentro del Estado.

Descendiendo a los detalles, podríamos matizar el cuadro, pues el clero era innumerable. A los purificados, que eran los únicos que tenían derecho a entrar en el sanctasanctórum (gran sacerdote, profetas, camarero de los dioses), así como a los escribanos de los libros divinos, se oponía el bajo clero, cuya misión era la de preparar las ceremonias o velar por la administración de los lugares sagrados. Gracias a un expediente papirológico de Tebas, conocemos bien el pequeño mundo de los coaquitas, sacerdotes funerarios encargados del culto a los muertos: fatuos, ávidos y prestos al tumulto cuando se trataba de sus intereses. Mas por doquier encontramos el mismo universo tradicionalista, conservador, oportunista, que, a través de los siglos, había adquirido la costumbre de las dominaciones extranjeras, y que sólo era estimulado por sus intereses.

El mundo del trabajo

Rey, burgueses, funcionarios y sacerdotes vivían del duro trabajo de los humildes. La división de la sociedad en dos clases antitéticas, ricos y pobres, y la explotación de unos por los otros, fenómeno social que hizo su aparición en la Grecia del siglo IV, intensificóse aún más en el mundo de la conquista.

Los eruditos no están de acuerdo acerca del número de esclavos, que, a nuestro parecer, debía de ser considerable, tanto a consecuencia de las guerras como del tráfico a gran escala de que eran objeto. A los esclavos domésticos, muy numerosos a causa del desarrollo de una burguesía ávida de comodidades, se añaden los esclavos empleados como mano de obra industrial en las manfacturas de Pérgamo, Antioquía y, sobre todo, Alejandría, donde, por primera vez, aparece una notable concentración servil.

La masa de trabajadores, artesanos y campesinos era libre, aunque dedicaba algunos días al año al servicio real. La agricultura seguía siendo la actividad básica, y, en la *khora* (país llano), la vida no cambió mucho, pese a la introducción de algunas mejoras técnicas. Sobre todo en Egipto, el fellah prosiguió su existencia tradicional, en miserables villorrios concentrados en colinas artificiales, fuera del alcance de la inundación y donde dejaban sentir sus efectos las requisas de alojamientos para los agentes reales o soldados. El soberano debía recordarles a menudo que no podían requisar más de la mitad de una casa, en respuesta a quejas que, según el testimonio de los papiros, eran innumerables. Sea quien fuera el que contratara sus servicios, la vida era dura para él —con los arrendamientos, impuestos, cargas y requisas de toda clase, legales o, más a menudo, ilegales, que multiplicaban los funcionarios—, más dura que antes de la conquista, pues se exigía de él una mayor producción.

No obstante, los textos permiten esbozar una evolución. En el siglo III, la condición del campesino egipcio no era excesivamente mala. Alquilaba sus brazos al rey (puesto que la mayoría de la tierra era real), a los templos y a los particulares: el contrato que lo ligaba con su amo era libremente discutido y aceptado. Pero, desde principios del siglo II, la situación se agravó: las guerras civiles arruinaron el campo; el rey, empobrecido por la pérdida del imperio, quería obligar a producir más a una tierra que iba reduciéndose, pues las regiones ganadas al desierto con trabajos de irrigación fueron abandonadas poco a poco por falta de conservación de las instalaciones hidráulicas; los funcionarios, menos vigilados, se comportaban a menudo como déspotas. Cada vez resultaba más difícil encontrar campesinos para el cultivo, y los papiros demuestran que habían de recurrir a toda clase de argumentos para que firmasen contratos de trabajo: desde la petición, al sacrificio y hasta la tortura.

Los remedios buscados por la administración para aquella grave crisis no fueron más que paliativos, que a veces incluso agravaron el mal. Es cierto que se efectuaron minuciosos reajustes de arrendamientos, que dieron fe de una verdadera preocupación por la justicia, pero se llegaron a adoptar medidas coactivas. Se impusieron cargas por arrendamiento suplementario a los campesinos menos pobres: la temible *epibolé*, que apareció en 164 y desarrolló sus perniciosos efectos hasta en pleno período romano. A finales del siglo II se estableció la responsabilidad colectiva de la aldea: la comunidad de los arrendatarios reales de una aldea era responsable del conjunto de los censos. Se exigió del campesino el juramento de «permanecer a la vista de los funcionarios reales», pues estaba bien claro que no bastaba la simple firma de un contrato.

Asfixiado por un sistema opresivo, por arrendamientos inicuos y perjudiciales, el campesino se veía obligado a huir: ello originó la *anacóresis*, uno de los fenómenos más graves de la baja época helenística, que se convertiría en una de las plagas del Egipto romano y teñiría de valores religiosos a los primeros anacoretas cristianos. Por mucho que se diga, el desierto era un posible refugio sólo para una ínfima minoría, pues la vida resultaba insoportable en él para quienes no tuviesen la costumbre del noma-

dismo. Pero Alejandría, con su hormigueo humano, difícilmente regulable, ejercía una atracción tanto más poderosa cuanto que allí se encontraba trabajo y los templos estaban dispuestos a ofrecer su derecho de asilo al campesino desertor. Otros se agrupaban en bandas de salteadores, que sembraban el terror en el país llano. En los papiros leemos la angustia y los amargos lamentos de aquellos que se quedaban y a quienes la solidaridad de la aldea obligaba a pagar por los que huían: las indignadas denuncias se multiplicaban ante los agentes reales.

FIG. 77. Cartel del despacho de un *enypniokrites* (intérprete de sueños) del Serapeion de Menfis, sorprendente testimonio del sincretismo greco-egipcio. La estela presenta la forma de un *naïskos* griego con frontón y acróteras, pero los pilares laterales y las diosas que sostienen son egipcias

La pintura representa al buey Apis ante un altar. La inscripción dice: « Interpreto los sueños por orden del dios. ¡Buena suerte! El intérprete es cretense ». Museo del Cairo

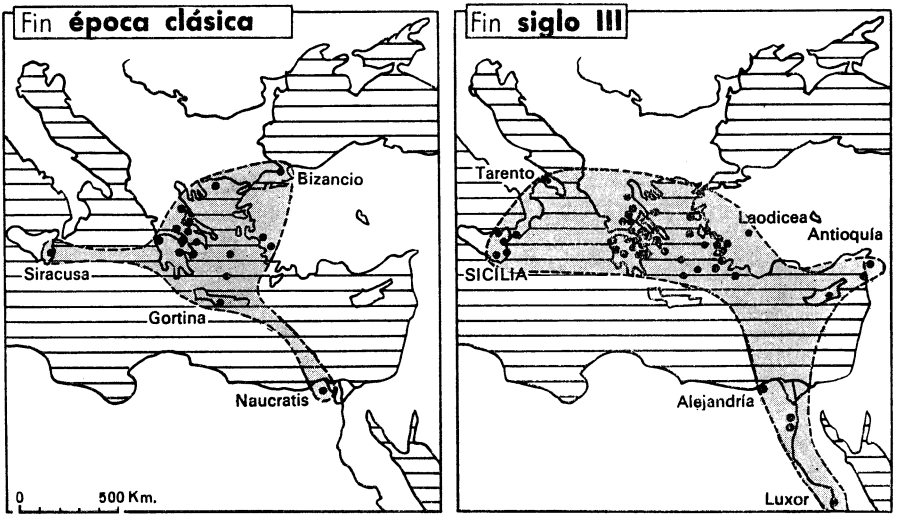
Los papiros muestran a lo vivo el profundo descontento que reinaba en los campos. Los campesinos mostrábanse violentos e incapaces de soportar la coacción: sus reivindicaciones eran presentadas con un acento revolucionario, que se oponía al tono de blanda adulación que adoptaban en las mismas circunstancias los «pequeños griegos». Este abatimiento y esta turbulencia explican que las sublevaciones encontraran tanto eco en la *khora* egipcia.

De esta manera se fue cavando paulatinamente la fosa entre el mundo urbano explotador y el mundo rural explotado, en la cual

M. Rostovtzeff ve, con razón, la tara más profunda de las sociedades antiguas desde el siglo IV y que, a la larga, será una de las causas más claras de su hundimiento.

La inevitable fusión

Dentro de esta sociedad colonial —que desconocía legalmente las discriminaciones raciales entre vencedores y vencidos, fundamentales en el Imperio romano—, realizóse poco a poco aquella fusión de razas que había sido el sueño de Alejandro.

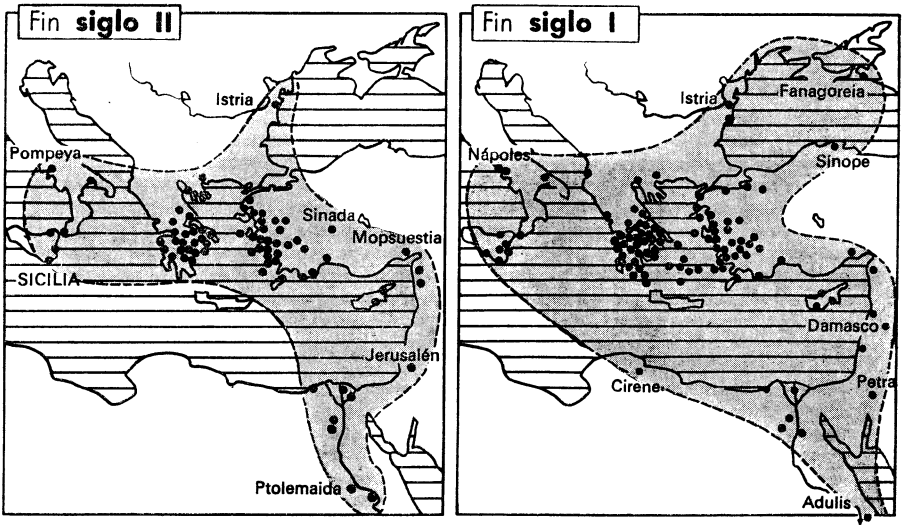


MAPA 20. La multiplicación de gimnasios

«Los macedonios se convirtieron en egipcios», afirman Polibio y Tito Livio. Pese a la evidente exageración de esta fórmula, el embrujo de Oriente dejóse sentir sobre todos los griegos, tanto en Egipto como en Asia, principalmente en el dominio religioso (fig. 77). En Egipto, los griegos eran momificados y enterrados con los libros de los muertos; el sistema de pesos y medidas y el calendario faraónicos se impusieron a la administración lágida. Pero aunque este influjo no fuese muy ostensible en las ciudades, donde los helenos conservaban su cuadro tradicional y eran relativamente numerosos, colonos y clerucas, que vivían mucho más aislados y sólo podían agruparse en las *poli-*

téumata —asociaciones reconocidas pero no institucionalizadas y que, en realidad, eran sólo una caricatura de ciudad— adoptaron paulatinamente las costumbres indígenas, por cuanto aquí respondían a un clima muy distinto del de Grecia o Anatolia, y los matrimonios mixtos fueron numerosos desde 250. Un papiro tebano de 113 nos informa acerca del préstamo concedido a un coaquita por un griego llamado Psen-Mont hijo de Pa-Thot: lo único griego era el estatuto jurídico. El mismo fenómeno se registra en Siria y Babilonia, sobre todo en Dura-Europos, donde la onomástica revela la fusión entre elementos griegos e indígenas.

El fenómeno inverso es aún más claro, pues a los indígenas les interesaba imitar a los vencedores, de cuya superioridad y dinamismo



en época helenística *(según J. Delorme)*

quizá fueran conscientes. Sin duda los medios rurales no fueron alcanzados plenamente por este movimiento, y las lenguas locales —arameo, persa y egipcio— resistieron victoriosamente al griego. Por otra parte, los medios sacerdotales se mantenían bastante impenetrables: la escritura cuneiforme y el sumerio, como lengua litúrgica, sobrevivieron mucho tiempo, y más aún los jeroglíficos.

Pero la helenización fue irresistible en las ciudades atálidas o seléucidas, en las metrópolis de los nomos egipcios. Desembocó en la constitución de una minoría indígena que hablaba griego, se vistió a la manera griega y adoptó los usos y costumbres griegos. Incluso

en Tebas, en un ambiente sacerdotal y tradicionalista, cada vez más se recurría a los agoránomos, notarios de expresión griega que difundían el derecho helénico y desacreditaban a los notarios egipcios que redactaban en demótico. En la vieja metrópoli religiosa abundan los *graffiti* redactados en griego, y algunos de sus autores, que se proclamaban sacerdotes, magos o embalsamadores, sólo podían ser egipcios. Los textos escolares, tan numerosos en papiros, demuestran que por doquiera se leía a Homero, a los trágicos, a Demóstenes o a Menandro. El gimnasio, en los lugares en que era accesible a los indígenas, es decir, sobre todo en Asia, constituía un ambiente ideal en el que podían formarse de acuerdo con el estilo de vida helénico (mapa 20): quienes lo frecuentaron se mostraban muy ufanos y constituían asociaciones de *apó tu gymnasiu* (los que proceden del gimnasio).

Socialmente, el desarrollo de esta clase media helenizada fue un éxito. Conviene añadir que, excepto Zenón, fundador del estoicismo, no pertenecía a ella ninguno de los destacados en las letras, artes, ciencia o filosofía. Sus miembros podían hablar o leer griego, o vivir a la manera griega en casas griegas, pero jamás formaban parte de la *élite* intelectual. Paradójicamente, habremos de esperar al Imperio para que destaquen un Filón, un Plotino o un Atanasio.

4. EL MUNDO DE LOS SOLDADOS

Uno de los factores esenciales de esta helenización fue la presencia de soldados en las ciudades o las metrópolis de nomos. Por lo demás, el ejército desempeñaba un papel tan destacado en el mundo helenístico —nacido de la conquista y desgarrado por incesantes conflictos—, que merece un estudio especial.

Reclutamiento de los mercenarios

En el momento en que era tan imperiosa la necesidad de hombres, se había agotado el reclutamiento cívico, ligado al sistema de la *polis*. De ahí la necesidad, por parte de los soberanos, de recurrir a mercenarios, siguiendo una evolución que se había iniciado en el siglo IV.

El reclutamiento se realizaba de muchas maneras: envío de sargentos reclutadores; ajuste con los *condottieri*, que eran seguidos por sus propias tropas, e incluso acuerdos diplomáticos que preveían el suministro de contingentes en caso de necesidad. Una vez alistado el mercenario, convenía conservarlo el mayor tiempo posible. Por ello se procuraba transformarlo en colono militar (o cleruca), ofreciéndole una tierra cuyo disfrute poseería a cambio de algunas obligaciones: obligaciones financieras, obligación de hallarse siempre dispuesto para una movilización inmediata.

¿Dónde se reclutaban aquellos mercenarios? Hasta fines del siglo III, el elemento griego desempeñó un papel predominante. Originarios de las regiones más pobres de la Hélade —algunas comarcas del Peloponeso, Grecia Central y Septentrional, islas del Archipiélago—, gran número de griegos se ponían al servicio de las nuevas monarquías. La proporción de griegos disminuyó considerablemente en el siglo II, de una parte, a causa del empeoramiento de la condición del mercenario, y, de otra, porque muchos no se adaptaban al clima especialmente en Egipto, donde se agotaron las familias de clerucas. El caso de los macedonios fue algo distinto: numerosos desde el principio, siguieron siéndolo con el tiempo. Se ha pensado que, por pertenecer a una raza joven, tal vez se adaptaran mejor y siguieran proliferando.

Los bárbaros también se alistaban voluntariamente. Entre ellos destacaban los gálatas, celtas que invadieron Grecia, saquearon Anatolia y prosiguieron sus correrías incluso hasta Egipto. Los restos de sus bandas fueron incorporados a sus ejércitos por los soberanos, sobre todo los Antigónidas y los Atálidas, que apreciaban su valentía y su total dedicación.

Los soberanos habían de recurrir cada vez con más frecuencia a los elementos indígenas para paliar la insuficiencia numérica de soldados griegos. Los semitas eran muy apreciados incluso en Egipto, donde tendían a reemplazar a los griegos en el ejército. Los Lágidas se decidieron incluso, a partir de la batalla de Rafia (217), a incorporar a egipcios.

Condición del mercenario

El mercenario, desterrado a menudo a perpetuidad, se convirtió en una especie de apátrida, desprovisto de todos los derechos políticos. La vida militar y la vida cívica, tan estrechamente ligadas en la Grecia clásica, se disociaron definitivamente. Es cierto que había guarniciones, unidades e incluso asociaciones de soldados que votaban decretos honoríficos y elegían magistrados, actividad que no suponía realidad auténtica alguna y sólo traducía, sin duda, la nostalgia que sentían muchos de ellos por las antiguas instituciones.

Su condición social resulta difícil de definir, y tanto más si se tiene en cuenta que evolucionó considerablemente. En el siglo III, el mercenario estaba bien retribuido, tanto en efectivo como en especies; y como quiera que gozaba de otras ventajas accesorias, el oficio de las armas era solicitado por ser lucrativo. El soldado era, pues, un personaje bien alimentado, bien vestido, bien pagado y feliz con su situación. En cambio, en el siglo II, con la crisis económica que hizo estragos en las monarquías helenísticas, la profesión perdió muchos de sus atractivos: mal pagado y llevando una vida precaria, el soldado difería poco del campesino, cuyas humildes ocupaciones compartía, ya que se veía obligado a cultivar su tierra.

Esta evolución explica las nuevas relaciones del soldado con la población de la ciudad o aldea en que se hallaba acantonado. En el siglo III abundan las quejas dirigidas contra los mercenarios: en tiempo de Evergetes, los propietarios llegaron a arrancar las techumbres de sus casas y obstruir las puertas con los altares, para no someterse a la requisa. En el siglo II estableciόse, al parecer, un *modus vivendi*, en la medida en que el ejército era mucho más indígena y, por otra parte, el soldado se hallaba lejos de ser el privilegiado de otros tiempos: mucho más próximo al campesino, no suscitaba aquellos feroces odios que atestiguan los papiros del siglo III.

Desarraigados, los mercenarios griegos o macedonios se mantuvieron básicamente ligados al helenismo, aunque experimentaban la po-

derosa influencia de los cultos locales. Parece ser que, en buena parte, hay que asignarles la fundación de gimnasios, que se multiplicaban en los reinos helenísticos. También aquí conviene hacer una distinción: en el mundo siroanatolio, los gimnasios se abrían a los indígenas, ávidos de impregnarse de la cultura griega. En cambio, en Egipto constituían círculos celosamente reservados a los elementos ocupantes; en el momento en que el ejército fue invadido por los semitas, constituyeron el centro de una especie de francmasonería helénica que trató de preservarse de la contaminación de los bárbaros.

Posesiones de los clerucas

Una de las instituciones más originales de la época helenística fue la de la cleruquía, destinada a instalar a los mercenarios mediante la asignación de un lote de tierra (cuya superficie variaba considerablemente: entre 1 y 250 Ha.). Aunque la voz sea griega y recuerde a los clerucas de la Atenas clásica, esta forma de recompensar los servicios militares era tradicional en Oriente, y, en especial, en el Egipto faraónico. Los soberanos griegos consideraron que era una gran ventaja el conservarla: deseaban constituir de esta forma un ejército hereditario y verse libres del delicado problema de reclutar nuevos mercenarios; al mismo tiempo, al instalar colonos griegos incluso en el país llano, confiaban en poder vigilar mejor a los autóctonos y fomentar su helenización. Pero el sistema quedó básicamente viciado cuando los indígenas fueron incorporados al ejército real y se les concedieron también tierras clerúquicas.

Al principio, a la muerte del cleruca su tierra revertía al rey, a no ser que el difunto dejara un hijo en edad de llevar las armas. Pero las relaciones entre monarca y cleruca evolucionaron. En el siglo III, las primeras operaciones de apropiación, roturación y desagüe eran realizadas por los servicios reales. Además, el cleruca, retenido en lugares remotos por las campañas exteriores, no conocía bien el trabajo de la tierra, sobre todo en las condiciones tan particulares de la agricultura egipcia. Pero, desde el siglo II, los clerucas dejaron de ser extranjeros: eran los hijos de los clerucas o de los indígenas. Se les entregaban tierras incultas, que debían poner en explotación. Ya no eran los deudores del rey, sino que más bien le hacían un favor al cultivar un terreno baldío, por el cual aún pagaban censos.

En tales condiciones, era natural que disminuyeran las exigencias del rey respecto a los clerucas. El lote de tierra tendió a hacerse hereditario y corresponder incluso a mujeres. Además, se hizo poco menos que enajenable: el cleruca no podía venderlo, pero sí transferirlo a cambio de dinero, junto con sus correspondientes cargas, lo cual venía a ser lo mismo. El carácter hereditario y cuasi enajenable del *kleros*, asimilado poco a poco a un bien privado ordinario, supuso una importante victoria, conseguida por el individuo sobre las prerrogativas reales.

Encontramos aquí un caso típico de la evolución de las relaciones entre el rey y sus súbditos en la baja época helenística. En su origen, la concesión clerúquica suponía un favor, que llevaba aparejadas obligaciones formales. Mas el progresivo empobrecimiento de Egipto movió a los soberanos a considerar como una necesidad vital asegurarse el cultivo del suelo, ya que la base de sus recursos derivaba de la tierra. Entonces renunciaron a algunos de sus derechos, para conseguir una mayor explota-

ción. Pero hallamos aquí un círculo vicioso: la transformación de las concesiones clerúquicas en propiedades privadas suponía una disminución del dominio real, y, por tanto, de la riqueza territorial del monarca, ya sensiblemente empobrecida por las donaciones y regalos a los sacerdotes.

* * *

Los reinos helenísticos dan una confusa impresión de éxito y fracaso. Por un lado, las grandes ciudades cosmopolitas de vastas arterias y famosos monumentos, una innegable prosperidad, una burguesía dinámica y en plena expansión, así como la helenización de una clase media en los medios indígenas. Por otro, la paralización de los ambientes rurales, duramente explotados y que no sacaron provecho alguno del nuevo orden de cosas. El rey y los grandes capitalistas que dominaban la situación, se interesaban sólo por sus ganancias y, consciente o inconscientemente, favorecían aquel divorcio entre el mundo urbano y el mundo rural, que aparentemente se hallaba en la línea del helenismo, pues si la civilización clásica se definía por la ciudad, ésta englobaba la ciudad y el campo. Seguramente se prefigura, incluso antes de la conquista, el Imperio romano, cuyas grandezas y debilidades se inscriben en el mismo cuadro antagónico.

Lo más grave fue el empeoramiento de la situación, sobre todo en Egipto, donde sacerdotes, soldados y funcionarios fueron conquistando paulatinamente privilegios en perjuicio del soberano y donde los campos, asolados por la anacóresis, eran menos cultivados cada vez. Se ha hablado, con justicia, de una «negativa a las masas», abandonadas a su suerte, ya que no se hizo nada por elevar su nivel de vida —lo cual, no obstante, dentro de la óptica capitalista, habría podido constituir un medio para impulsar la economía— ni se les supo ofrecer un ideal que justificara su trabajo.

Para no ser injustos, aún debemos añadir que los soberanos hicieron cuanto estuvo en su mano, habida cuenta del pequeño número de inmigrantes griegos y macedonios, incapaces de trastornar las masas indígenas, mucho más numerosas. Parafraseando una famosa expresión aplicada al Alto Imperio, podríamos decir, con todas las restricciones que supone esta fórmula, que el mundo helenístico era el mejor de los mundos posibles. Por lo demás, es el mismo sentimiento que expresaba ya un dioceta al escribir: «Nadie tiene el derecho de hacer lo que desea, sino que todo está regulado de la mejor forma». Además, el estudio de la civilización que se desarrolló dentro de este cuadro mostrará otros aciertos, a menudo extraordinarios.

capítulo III

Última mutación del helenismo espiritual

Sorprende vivamente la riqueza, algo desordenada, de las creaciones del período helenístico. Comprobamos una plétora de vida que difícilmente podía reducirse a la unidad. Y es que el individualismo, que tantos progresos hiciera desde el siglo v, triunfó definitivamente. Se expresaba en formas tan distintas como el éxito del lirismo, las aspiraciones del filósofo a una sabiduría personal, las necesidades místicas del alma, preocupada en asegurarse su propia salvación.

Y, paradójicamente, el hombre, al parecer, sólo podía mostrar su individualidad en medio de la colectividad. Los poetas se agrupaban en cenáculos; las tradiciones de taller desempeñaron un papel preponderante en el desarrollo del arte, la filosofía y la ciencia evolucionaron en escuelas muy organizadas. Incluso los místicos encontraron a su dios sólo en cofradías.

En correlación con esta necesidad se desarrollaron, con ayuda de soberanos ilustres, las bibliotecas y los institutos, donde se almacenó y acrecentó el saber humano. Los dos primeros Ptolomeos, influidos por Demetrio de Falera, discípulo de Teofrasto, y por el poeta Filetas, dotaron a su capital con el Museo y Biblioteca. El Museo (literalmente, santuario de las Musas), fundado por Soter, se convirtió, a partir de Filadelfo, en un centro académico de altas investigaciones. La munifi-

cencia del príncipe permitió pagar a los sabios, que encontraban allí los instrumentos, colecciones, y jardines zoológico y botánico necesarios para sus trabajos. La Biblioteca, anexa al Museo, crecía sin cesar: 200 000 volúmenes a la muerte de Soter, 400 000 a la de Filadelfo —que compró importantes fondos, sobre todo el de Aristóteles— y 700 000 en tiempo de César. Filadelfo instaló, además, una segunda biblioteca en el Serapeion, con una riqueza de 50 000 obras. Los Atálidas rivalizan con los Lágidas al fundar en Pérgamo una biblioteca con 400 000 volúmenes, especializada en la erudición más que en la literatura.

1. SENSIBILIDAD E INTELECTUALISMO EN LAS LETRAS

La literatura revela una extraordinaria vitalidad. Es cierto que los géneros tradicionales de los siglos clásicos desaparecieron casi por completo: destinadas a instruir y convencer al *demos*, la tragedia y la elocuencia no encontrarán, en adelante, su cuadro social adecuado. Pero renació la poesía lírica, y apareció la erudición filológica, mientras sobrevivían la comedia y la historia.

El literato y su público

Las nuevas condiciones del mundo helenístico explican, a la vez, el esplendor de la literatura y su radical transformación. Entre los más importantes figuran la aparición de un instrumento de expresión y centros literarios, que permitían captar a lo vivo aquella mezcla de unidad y diversidad que caracterizó entonces al helenismo.

Durante el clasicismo, el dialecto ático alcanzó una innegable primacía, gracias al esplendor intelectual de Atenas. Constituyó la base esencial de la *koiné*, o lengua común, cuya difusión se inició ya en la época de Alejandro, al principio con fines pragmáticos para la cancillería, relaciones comerciales y uso corriente. Pero la *koiné* enriqueció al ático con diversos préstamos, sobre todo del jónico, y lo simplificó desde el doble punto de vista morfológico y sintáctico, privándolo de sus matices y de su finura, aunque permitiéndole, a la vez, convertirse en una lengua cultural de vasta difusión. Sin embargo, la literatura siguió siendo un juego como en la época anterior, y si bien en la prosa recurrió ampliamente a la *koiné*, en poesía gustó de variar la expresión mediante el uso de dialectos tradicionalmente ligados a un género: la lengua homérica, a su vez un compuesto espurio, para la epopeya; el eolio, para el lirismo amoroso, y el dórico, para los cantos bucólicos.

Atenas, que, en lo esencial, logró imponer su dialecto, dejó de ser el centro literario de la Hélade, excepto para la comedia. Alejandría tendió a reemplazarla, aunque sin desempeñar este papel capital en la filosofía y las ciencias. Había otros centros que no debemos olvidar, como Sicilia, Tarento, Cos o Pérgamo.

No menos evidente fue la novedad en lo tocante a las relaciones de los creadores con los poderosos y con el público. Apareció un tipo humano enteramente nuevo: el hombre de letras. Pero como la noción de derechos de autor era extraña a la Antigüedad, el literato sólo podía vivir de los subsidios de los príncipes, a menos que dispusiera de recursos propios. El mecenazgo se convirtió, pues, en la base normal de toda vida literaria. Lo practicaron especialmente los primeros Lágidas, que gustaban de la literatura tanto como de las artes o las ciencias. El peligro, al que no escaparon ni siquiera los mejores, fue el desarrollo de una poesía cortesana, con sus inevitables adulaciones. Teócrito, tras haber intentado, en vano, atraer la atención de Hierón de Siracusa y haber vivido en Cos —donde quizás tuvo vínculos familiares—, instalóse en Alejandría, donde se granjeó el favor de los reyes Adelfos. Entonces tuvo la oportunidad de escribir uno de sus idilios más mediocres, el *Elogio de Ptolomeo*, que da la impresión de un ejercicio de escuela con el pedante rigor de su plan, copiado de los panegíricos de los sofistas y de los retores y en el que alaba sucesivamente a los padres, el nacimiento y los méritos de Filadelfo. Pero el ejemplo de las *Siracusanas*, uno de sus poemas más perfectos, en el que logró expresar el esplendor de las fiestas del palacio y entrar elegantemente en el juego de la apoteosis de los monarcas, demuestra que la poesía cortesana no esterilizaba necesariamente el espíritu.

Tampoco el público era el de la época anterior. Es cierto que seguía siendo exclusivamente helénico, y no parece que las letras indígenas ejercieran la menor influencia, pese a un cierto interés por las tradiciones locales, de que son testimonio dos obras, perdidas en su parte esencial: las de Beroso y de Manetón, que escribieron en griego sobre el pasado de Babilonia y de Egipto. Pero la literatura no llegó al *demos*, ya que iba dirigida sólo a la burguesía.

Advirtamos aún que esta clase tendía naturalmente a ampliarse, que cada vez estaba mejor formada gracias a la indudable difusión de la cultura, como resultado de una enseñanza mejor impulsada y más racional, y que las mujeres, a imitación de reinas a menudo muy instruidas, no se mantenían ya al margen de las cosas del espíritu. Sin ser popular como antes en el teatro, en el tribunal o en la *Ekklesía*, el público era bastante numeroso, y extraña que, por ejemplo, pudieran gustarle las sutilezas de una poesía refinada, aparentemente reservada a los *happy few*. Es indudable que la familiaridad con las Musas se consideraba como una virtud y casi como un camino de acceso a la heroización, y que el éxito de una fiesta como la que Filópator organizó para celebrar la apoteosis de Homero, habría resultado incomprensible en épocas anteriores.

Naturalmente, el hombre de letras había de tener en cuenta los gustos y preocupaciones de aquel público que, por lo general, él mismo compartía. De esta forma se desarrollaron ciertas tendencias que pueden parecer comunes a todos los géneros literarios. La más clara es la búsqueda febril de la novedad. Si desaparecieran los géneros

clásicos, a excepción de la comedia y la historia, no era sólo porque no se avinieran bien con la nueva sociedad, sino, sobre todo, porque no les gustaba seguir los pasos de sus predecesores inmediatos. Preferían volverse hacia el pasado más remoto de la Hélade, la época heroica o, por lo menos, el arcaísmo, para encontrar en él formas literarias desaparecidas hacía ya siglos, epopeya, poesía didáctica, lirismo personal, cómodo cuadro para insertar en él pensamientos o sentimientos radicalmente nuevos. La preocupación arcaizante, que encontramos también en el arte, no debe engañarnos: Apolonio de Rodas no podía y, sobre todo, no quería ser un Homero, ni Teócrito un Alceo.

Pero encontramos otra tendencia no menos clara: el gusto por una literatura altamente intelectual. Más que nunca, el griego intentó comprender, y como quiera que los acontecimientos se amontonaban en tropel durante esta época caótica, la historia registró un vivo desarrollo. Más que la ciencia, lo que interesaba era la erudición, que se aprovechó de aquella incansable curiosidad. Los comentaristas intentaron penetrar los secretos de los grandes textos clásicos, mientras que, con sus veladas alusiones y sus voluntarias oscuridades, los poetas forjaron enigmas para los futuros exégetas.

La comedia nueva

En contraste con la tragedia, que había muerto, la comedia siguió brillando en Atenas, durante cierto tiempo, con magnífico esplendor, y desde allí se difundió por Macedonia —Filipo ofrecerá representaciones después de la toma de Olinto, y Alejandro, después de la de Tebas— y por el Oriente helenístico. Desaparecieron el coro y la parábasis: unos intermedios tendieron a dividir en actos el tema hasta entonces continuo, y un prólogo, imitado de la tragedia, permitía al poeta trabar la acción y presentar sus opiniones personales, algo así como se hacía ya en la parábasis.

Más aún que la comedia media, la forma de comedia que apareció entonces (llamada *comedia nueva*) aficionóse a la representación matizada de la vida contemporánea. El amor se convirtió en el tema esencial, un amor contrariado hasta la anagnórisis final, que permitía un feliz desenlace. La intriga se complicó, aunque manteniéndose fiel a un esquema casi constante. Los caracteres eran sutilmente estudiados. Al describir las máscaras cómicas, Pólux enumera 44, de las cuales, 9 eran de viejos y de hombres maduros; 17, de mujeres; 11 de jóvenes; 7, de esclavos. No se contentaban, pues, con tipos humanos genéricos.

Esta comedia, que rozaba a menudo lo patético, era, no obstante, alegre. Conservaba, a título de *gags*, los procedimientos de la comedia media: parodias, habladurías de cocineros, bravatas de soldados fanfarrones, relatos de parásitos, intrigas de esclavos que engañaban a vejestorios, esclavos que eran los antepasados de los Scapin.

Conocemos estas piezas gracias a las «contaminaciones» de la comedia latina y a fragmentos. En este campo destacaron, sobre todo, dos autores. Filemón (quizá siracusano de nacimiento) se caracterizó por multiplicar los incidentes cómicos. El ateniense Menandro, «astro de la comedia nueva», dividió su tiempo entre las delicias de su villa del Pireo, la compañía de la cortesana Glicera y la composición de casi 110 comedias. Tenemos una idea más precisa de su genio —que, sin exageración, se ha considerado tan sólo inferior al de Molière— después del descubrimiento, en un papiro, de su *Dyscolos (Misántropo)*.

Menandro filosofaba con frecuencia, o, más bien, moralizaba, aunque sin excesiva originalidad: se ha podido decir de su *Misántropo* que era una «pieza de patronato». Su verdadero mérito consistió en dibujar personajes tan auténticos, que Aristófanes

de Bizancio se preguntaba si Menandro había imitado la vida humana, o a la inversa. En su *Heautontimorumenos,* casi traducido por Terencio, enfrenta dos tipos de viejos: Cremes, solemne fatuo, y Menedemo, el «hombre que se atormenta a sí mismo», alma enteramente prendada de absoluto, y evoca los conflictos de generaciones al mostrar sus relaciones con sus hijos. El *Arbitraje* pone en escena a unos cónyuges que se adoran, aunque están separados por un grave malentendido: el joven, carácter apasionado, verdadero héroe de Escopas, se lanza, con todo su ardor, al libertinaje, antes de reunirse con su mujer, que, pese a las apariencias, se había mantenido digna de su amor.

El amor y los sentimientos familiares forman, pues, el tema por excelencia de la comedia de Menandro, como era natural en una época en que el hombre, desarraigado de su condición de ciudadano, se aferraba a las pasiones y a los afectos. Pero pertenecía demasiado a su tiempo para no ofrecer también apreciaciones, apasionantes para el historiador, sobre otros problemas: las relaciones entre ricos y pobres, la esclavitud, la superstición y la religión. Dentro de la gran tradición cómica, abominaba los cultos extranjeros. El *Fantasma* proporciona asombrosas claridades sobre las prácticas de las hechiceras. La *Mujer poseída de la divinidad* nos muestra a una joven consagrada a Cibeles, que se lamenta de haber perdido sus dones de profetisa desde que se enamoró: la diosa quiere un amor exclusivo.

En resumen, un teatro que acaparaba la atención por la finura en el toque de sus análisis psicológicos, al mismo tiempo que emocionaba por sus cualidades profundamente humanas. Eran los últimos resplandores del genio ático, todavía lo bastante ardiente como para que Menandro nos pueda evocar tanto a Eurípides como a Platón.

Un lirismo de la evasión

La poesía de este período merece esencialmente su nombre tradicional de *poesía alejandrina,* puesto que en la corte de los Lágidas vivieron, al menos parcialmente, los más grandes poetas.

Ya hemos citado algunos de sus caracteres y, sobre todos, la adulación. La alabanza al soberano, desenfrenada, a menudo, ocupó el lugar que antes llenaba el amor a la patria. El elogio era ya directo, ennoblecido con piadosas mentiras, ya indirecto, gracias a hábiles alusiones mitológicas. En aquellos poemas cortesanos, el estilo se hallaba a la altura de la inspiración: medido, frío, lleno de rebuscadas perífrasis o de inútiles apóstrofes.

Sea cual fuere el tema tratado, la poesía era erudita. No obstante, hemos de subrayar que no fue la verdadera ciencia, que conoció entonces extraordinarios progresos, la que acogió en sus versos, sino la erudición, principalmente en el dominio de la arqueología, historia, geografía y mitología. Algunos pasajes de Calímaco y, sobre todo, de Licofrón, son totalmente incomprensibles para nosotros sin una edición comentada que utilice los trabajos de los glosarios antiguos o bizantinos, totalmente desamparados a su vez, con frecuencia, ante alguna alusión muy oscura.

Pero lo que dio su grandeza a los alejandrinos fue algo muy distinto de la adulación o la erudición. Apareció una nueva sensibilidad, delicada o profunda, pero siempre matizada y variada. A menudo se manifestaban los sentimientos familiares, e incluso el afecto por los animales domésticos, palpable en los epitafios de muchos compañeros íntimos. Por encima de todo, el amor reinaba de manera absoluta en

aquel nuevo lirismo. Se introdujo en todas partes: los rudos guerreros homéricos se convirtieron en afortunados galanes; y el propio Cíclope, el horrible Cíclope de Homero, se transformó en una de las más encantadoras elegías de Teócrito, en un tímido enamorado, que emocionaba por su infortunio y por los desprecios con que le abrumaba su amada. Es extraño que, como en las *Argonáuticas* de Apolonio, se pintara detalladamente una pasión. Se trataba, por lo general, de piezas breves, que traducían patéticamente una situación amorosa. Por lo general se subraya con insistencia lo que hay de afectación y falso espíritu en estas poesías, donde, sin duda, son algo excesivo los Amores, las metáforas de los fuegos, de los flechazos y de las cadenas. Mas no hemos de olvidar que estas imágenes, por desgracia tan vulgarizadas después, vivían entonces su primera juventud. Por lo demás, en las más bellas elegías de Teócrito o de sus mejores imitadores encontramos expresiones más fuertes: ya sea que la sensualidad estalle en todo su frenesí, ya se asocie a los remordimientos, a la añoranza, a la desesperación de la perfidia. Los elegíacos alejandrinos no sólo inventaron la poesía galante, sino que cultivaron también el lirismo amoroso más sincero y emocionante.

El amor al campo fue intenso en esta época en que las ciudades se desarrollaban hasta el punto de convertirse en enormes aglomeraciones inhumanas. La poesía bucólica complacióse en evocar la naturaleza como marco de las emociones humanas. Sus paisajes preferidos eran agradables, graciosos, muy adecuados como gratos lugares de reposo para el hombre fatigado. Son los paisajes que nosotros aún llamamos *idílicos* en recuerdo de Alejandría: los elementos esenciales de los mismos eran las fuentes, riachuelos, rocas musgosas, alfombras de suave hierba. Estaban llenos de campesinos y, sobre todo, de pastores que no eran en modo alguno, los zagales de Arcadia: llevaban una vida libre y solitaria en los valles, llamaban por sus nombres a los animales, que cuidaban y amaban y que no llevaban aún correas. Pero se elevaban muy por encima de su condición gracias a una ardiente aspiración hacia la belleza, belleza de apetecibles cuerpos de adolescentes o de muchachas, belleza de versos y, sobre todo, de música. De ahí aquellos desafíos poéticos, aquellas competiciones musicales, aquellos cantos amebeos que tan a menudo constituyen el fondo de las églogas de Teócrito y que traducen concursos que, al parecer, gozaban a la sazón de gran boga en los medios pastoriles de Sicilia.

Pero había otras posibles evasiones, que no descuidaron los alejandrinos. Fueron sensibles a la poesía del viaje y mostraron una particular predilección por los incidentes pintorescos y por los países maravillosos: así, Apolonio adoptó a los gustos y a los conocimientos de la época los viejos sueños de la Odisea. Se dejaron seducir por las metamorfosis, de las que tantos ejemplos encontraban en la mitología. No obstante, y sin paradoja, sabemos sacar también el mejor partido del detalle concreto y realista. Describieron detenidamente, con gran lujo de epítetos precisos, naturalezas muertas e incluso obras de arte: tales son las *ekphraseis*, que ocupan un lugar destacado entre los epigramas de la *Antología*.

A esta renovación total de la inspiración correspondieron nuevos medios de expresión. Los alejandrinos no abandonaron el poema extenso, como lo confirman el *Alexandra*, las *Argonáuticas*, los *Fenómenos*. Más prefirieron la pieza corta, en que la búsqueda de la expresión podía llevarse hasta sus límites extremos: el idilio, llamado aún égloga, o el epigrama. Profesaron un verdadero culto por la forma, y, escogían la palabra rara, arcaica o técnica y acumulaban nombres propios de fuerte sonoridad. Al mismo tiempo —y ello supuso una verdadera revolución—, la poesía se liberó del acompañamiento musical. Los poetas prestaban atención únicamente a la métrica, en la cual se esmeraban de una manera especial, ya que en adelante habría de dar por sí sola musicalidad al verso.

Los maestros del arte por el arte

En la Alejandría del siglo III encontramos los nombres más ilustres, aunque varios de los poemas de Teócrito evoquen, brillantemente, el gentil cenáculo de poetas agrupados, en Cos, en torno a Filetas, el cual fue llamado a la corte de los Lágidas como preceptor de los hijos del rey.

Teócrito no tardó en elevar la poesía pastoril hasta su más elevada cumbre. Este siracusano no olvidó jamás, ni siquiera en Alejandría, el encanto de los paisajes sicilianos, ni los juegos eróticos o musicales de los pastores. Su exquisita sensibilidad, algo femenina, nos maravilla cuando exalta las alegrías efímeras y las penas duraderas del amor. Puso en boca del Cíclope el verso más desesperado de la Antigüedad: «¡Desdichados los que aman!» Evocó los filtros y los conjuros de la joven deshonrada y abandonada. Pero sus *Siracusanas* constituyen un mimo sabroso y brutal, al mismo tiempo que una delicada evocación de las liturgias áulicas. Su numen bucólico será ampliamente imitado por Moscos, Bion e innumerables poetas anónimos, cuya producción fue bastante mediocre, con algunas excepciones, como la deliciosa *Oaristys*, que nos ofrece la más sensual conversación amorosa de la poesía antigua. Indiscutible creador de un género que no tardó en anquilosarse, este artista refinado y sensible no merece el descrédito que malintencionados émulos lanzaron sobre su nombre.

Calímaco, bibliotecario en Alejandría durante los reinados de Filadelfo y Evergetes, fue el sapientísimo autor de los *Orígenes*, de las *Elegías* y de los *Himnos*. Animado de una aguda conciencia de la dignidad de la poesía, detestaba a los críticos, «azote de los poetas, que hunden el espíritu de los niños en la oscuridad, chinches que devoran los bellos versos». Es una lástima que se sintiera tan ostensiblemente inclinado hacia lo raro, hacia la alusión, y que se deleitara en un estilo abrupto.

Su intratable enemigo, Apolonio de Rodas, pretendió crear con sus *Argonáuticas* una nueva *Odisea:* el resultado habría sido un insoportable plagio, de no haber conseguido una admirable pintura de la pasión de Medea. Aratos, favorito de Antígono Gonatas, fue mucho más audaz: en sus *Fenómenos* puso en hermosos versos el sistema astronómico de Eudoxo de Cnido, demostrando con ello que la inspiración de la más alta filosofía no es incompatible con la filosofía. El oscuro Licofrón, bibliotecario de Filadelfo, en una extensa monodia, la *Alexandra*, expuso las lamentaciones proféticas de la infortunada Casandra. Dominó el arte de la forma atrevida, como cuando trató a Clitemnestra de «cortesana respetuosa», pero se extravió con frecuencia en las incomprensibles sutilezas de una poesía hermética. Herondas cultivó el mimo, género crudo y picaresco que no desdeñarán los más grandes de la época. Su Mercader de muchachas, cuando intenta recuperar ante el tribunal a una de sus pensionistas, que le han robado, utiliza el lenguaje sabroso y obsceno propio de su condición. Los innumerables epigramas de la *Antología*, colección artificial de época tardía que contiene también muchas piezas romanas o bizantinas, atestiguan, en un tono menor, los gustos delicados y preciosistas de la época.

Esta poesía no merece el descrédito en que se la tiene a menudo. Fue mucho más que los ejercicios de eruditos de poca monta a que se ha pretendido reducirla. Expresa, en un tono moderno que no podemos por menos de admirar, emociones y sentimientos nuevos. Está animada de una imperiosa necesidad de perfección formal, que hará de ella el modelo natural de todos cuantos, a través de los siglos, busquen el arte por el arte.

Erudición filológica

Pese a los desprecios del amargado Calímaco, los gramáticos de la época realizaron una obra útil al crear una rama nueva del saber, la crítica textual, cuya necesidad se dejaba sentir cada vez más, a medida que se constituían vastas bibliotecas.

Sus nombres merecen ser recordados, pues gracias a ellos poeemos textos correctos de los grandes autores griegos, Zenodoto de Éfeso fue el preceptor de Filadelfo antes de convertirse en bibliotecario en Alejandría. Elaboró una edición de los poemas homéricos y abrió el camino a los diotortos (correctores). Aristófanes de Bizancio, bibliotecario en tiempos de Epífano, editó a Homero, Hesiodo y los líricos con un notable espíritu crítico. El más importante de sus discípulos, y sucesor suyo en la Biblioteca, Aristarco, célebre sobre todo por su Homero, hízose tan famoso, que su nombre llegó a ser el punto de referencia común para designar a un juez difícil. Junto con su maestro empezó a establecer el canon —es decir, la lista— de los clásicos, que no tardaría en imponerse. Finalmente, su gran rival, Crates de Malos, bibliotecario en Pérgamo, realizó comentarios de Homero y Hesiodo y compuso una importante obra de filosofía estoica.

Un historiador racionalista: Polibio

La historia fue casi el único de los grandes géneros clásicos que sobrevivieron, aunque a costa de una radical transformación. Después de Éforo tendió a convertirse en universal, y sus curiosidades abarcaron, además de Grecia, Oriente — que se abrió con la epopeya de Alejandro— y de Occidente, sobre el cual atrajeron poco a poco la atención los progresos de la conquista romana. Pero el conjunto de los acontecimientos era ya tan considerable, y tan amplias las investigaciones necesarias, que el historiador convirtióse en erudito de archivo, con la única excepción de Polibio, que debió a su conocimiento directo de los hechos referidos por él, su indiscutible superioridad sobre sus predecesores y émulos. Por otra parte, la historia se mostraba cada vez más

como una investigación científica, e incluso a veces abandonó toda pretensión literaria.

El mejor historiador del siglo III fue Timeo de Tauromenion, autor, sobre todo, de una gran *Historia de Sicilia,* extraordinario erudito que se impuso un inmenso trabajo de preparación para recoger documentos originales. Se tiende a juzgarlo de acuerdo con las encarnizadas críticas que le dedicó Polibio, reprochándole sus conocimientos demasiado librescos y, sobre todo, su abusiva inclinación a la retórica. En realidad, sus ansias de saber lo llevaron a interesarse por dominios hasta entonces olvidados, como el Occidente bárbaro y, en particular, Roma, sobre la cual fue el primero en llamar la atención.

No obstante, su gloria quedó eclipsada por la de Polibio (hacia 210-125), introductor de una verdadera revolución en la historia y, sin duda, uno de los espíritus más fecundos y profundos de toda la época helenística. Este joven, perteneciente a una noble familia de Megalópolis, fue uno de los rehenes que la liga aquea hubo de entregar después de Pidna. De esta forma vivió cuarenta años en Roma, donde se relacionó con los elementos más nobles de la ciudad, en particular, con los hijos de Escipión Emiliano. Para él, lo mismo que para Tucídides, la historia era, por tanto, la compensación del destierro. Lo mismo que el gran ateniense, tuvo un conocimiento real de las cosas de la guerra y de la política. En su obra fundamental, las *Historias,* relata cómo Roma conquistó el mundo. Aunque su exposición va desde 221 hasta 146, presenta sumariamente, a manera de introducción, los sucesos desde 264. El conjunto, que sigue el orden cronológico, está dividido en 40 libros, de los cuales, tan sólo los 5 primeros, se conservan íntegramente.

Desde el principio de su obra, Polibio asigna a la historia un doble objetivo, didáctico y moral: deducir lecciones para el hombre de Estado y aprender a soportar los reveses de la fortuna. Rechaza, pues, todo aquello cuyo único fin sea agradar y, en particular, la retórica.

Para alcanzar su objetivo hubo de proceder a buscar las causas, en lo cual se mostró un discípulo fiel de Tucídides. Lo mismo que éste, opina que se ha de distinguir entre los pretextos y las verdaderas causas de las guerras. Entre estas últimas, atribuye una importancia primordial a la acción de poderosas personalidades, como Aníbal o Escipión; a las instituciones y a las costumbres —estima que la rivalidad entre Roma y Cartago era inevitable, en razón de una especie de determinismo—; a los factores económicos —muestra el papel que desempeñaron en la política romana el mercado de capitales, la bolsa, los *negotiatores*—; a los factores sociales —insiste en la importancia de la oligantropía en la decadencia de Grecia—. Por tanto, la historia no es para él el relato de hechos particulares, sino una obra de inteligencia orientada hacia la práctica.

Pese a esta constante preocupación por la explicación racional, invoca a menudo a la Tique (Fortuna). Mas, al parecer, en historia no admite la intervención del azar ni de la providencia. La Tique, representa, pues, una especie de remanente, y, en la media de lo posible, procura encontrar causas humanas a las sucesos humanos: así, la conquista romana fue para él, esencialmente, el resultado de un plan concertado y de las excepcionales cualidades de una raza.

Partiendo de tales principios, ofrece una obra de innegable rigor. Su documentación es de primera mano: participó en muchos de los acontecimientos y pudo conocer

otros, sobre todo en Roma, en el círculo de los Escipiones, de los cuales era amigo. Su fuente principal de información, y aquella por la que más se inclinó, fue su experiencia personal. Además, viajo mucho, por lo cual tenía un conocimiento directo de los lugares en que se desarrolla su relato. Pero también había leído mucho a sus predecesores y a sus contemporáneos. Finalmente, tuvo acceso a documentos de archivos, en particular, a la *tabula* del Gran pontífice y a los archivos de Perseo, trasladados a Roma después de Pidna.

La objetividad era para él una constante preocupación: «La verdad —escribe— es a la historia lo que los ojos a los animales: si se les arrancan, resultan inútiles». Llevó tan lejos este cuidado, que casi suprimió los discursos elaborados, tradicionales en la historiografía griega.

Sin embargo, jamás está ausente de su texto, con frecuencia cortado por prefacios, digresiones explicativas e incluso polémicas cuando perdía la serenidad. Constantemente juez y crítico, animado a veces de un extraño desabrimiento, se halla muy lejos de la despectiva impasibilidad del gran Tucídides. Un problema muy importante que se plantea es el de sus relaciones con los romanos. Se le ha llegado a reprochar su política de colaboración, y no cabe duda de que, impresionado por lo que vio en Roma, no oculta su admiración por aquel pueblo prudente, sufrido, serio, enérgico. Por lo demás, su entusiasmo se halla algo atenuado: fue testigo de la violencia con que los romanos zanjaban los conflictos; advirtió también la crisis que amenazaba a Roma y previó su decadencia.

La forma es lo más débil de su obra. No hay en ella imaginación ni sensibilidad. Describió mal y mostró una censurable predilección por las palabras abstractas. Escribió aún peor, y un crítico moderno ha llegado a decir, sin mucha exageración, que es comprensible en todas las lenguas excepto en la suya. Por ello, quedó aislado en medio de tantos espíritus preocupados, ante todo, de agradar. Trató sobre todo, de comprender, explicar y convencer y lo hizo con tanta profundidad y fervor, que sigue siendo uno de los historiadores más sólidos de toda la Antigüedad.

2. LA IMPASIBILIDAD DEL SABIO Y LAS APETENCIAS DEL ERUDITO

Los cenáculos filosóficos

La filosofía había brillado tan esplendorosamente con Platón y Aristóteles, que parecía condenada a un anquilosamiento. Sin embargo, durante toda la época helenística se mantuvo como una de las ramas más vivas del pensamiento griego. No sólo sobrevivieron e incluso experimentaron interesantes desarrollos las doctrinas tradicionales, sino que aparecieron otras nuevas, que influyeron poderosamente sobre los mejores.

El carácter común era la disciplina que se imponía al filósofo. Nada de individuos aislados, sino escuelas sólidamente organizadas, con sus tradiciones, sus locales, su preceptista —o escolarca— y, como es natural, sus heréticos. Paradójicamente, incluso los cínicos se sometieron a esta regla. En aquellos seminarios, el maestro seguía formando a sus discípulos no tanto a través de lecciones teóricas cuanto por el trato diario y la vida en común. El filósofo convirtióse en un tipo humano bien definido, un especialista cada vez más desapegado de lo vulgar.

Aunque cada ciudad importante tuviera sus filósofos, que, junto con los retores, dispensaban lo que podríamos denominar la enseñanza superior, el principal centro del pensamiento siguió siendo Atenas, cuyas escuelas eran las más afamadas y donde se elaboraban las nuevas doctrinas.

Las escuelas tradicionales

Subsistían aún casi todas las escuelas del siglo IV. Los cínicos eran los más pintorescos, con su materialismo integral, su repulsa de todo respeto humano, sus deliberadas relaciones con los elementos más dudosos de la sociedad, cargadores de muelle o prostitutas.

La escuela de Aristóteles experimentó un gran desarrollo con Teofrasto, discípulo directo del maestro, que dejó de lado la metafísica por una observación más precisa de los hechos, especialmente en botánica y en meteorología. De su mutilada obra subsisten los *Caracteres,* que parecen ser los fragmentos de una *Poética,* modelos propuestos a la imitación de los poetas.

La Academia recibió un nuevo impulso con Arcesilao de Pitana (escolarca desde 268 a 241), fundador de la Nueva Academia. Enseñó el probabilismo, doctrina que, rechazando el dogmatismo de los estoicos, sólo tendía al descubrimiento de lo más lógico, de lo más probable. En el siglo II, Carneades lo erigió en sistema. Es conocido, sobre todo, por la embajada que dirigió en Roma para el ajuste de los atenienses, junto con otros dos filósofos, el estoico Diógenes y el peripatético Critolaos, y por el éxito, teñido de escándalo, que tuvieron sus conferencias. Aunque no escribiera nada, fue, al parecer, uno de los pensadores más profundos de la época. Según él, no existe medio alguno para distinguir la verdad del error; es preciso recorrer un difícil camino entre la duda absoluta de los escépticos y las grandes hipótesis de los estoicos.

Los escépticos (literalmente, los preguntadores) se declararon discípulos de Pirrón (finales del siglo IV), un pensador de gran carácter que es conocido sólo por el testimonio de sus discípulos, en particular, Timón. Enseñaban que todo es indiferente, ni verdadero ni falso. Por tanto el hombre debe desechar opiniones e inclinaciones y abandonar toda creencia, al objeto de no tener motivos de turbación. He aquí el epitafio en que un discípulo de Pirrón proclama la herencia recibida de su maestro: «Yo soy el pirrónico Menecles, que siempre asigno el mismo valor a todo cuanto se dice, y que establecí entre los mortales la vía de la ataraxia». Esta doctrina recuerda, en cierta forma, la sabiduría hindú y, según la tradición, Pirrón había tratado a sabios procedentes de la India, a quienes los griegos llamaban gimnosofistas (sofistas desnudos).

El éxito de la escuela escéptica fue muy grande durante toda la época helenística, y comprendemos que las desgracias del tiempo empujaran a los espíritus hacia esta doctrina desesperada. Sobre todo se alzó contra el dogmatismo de los estoicos: tal fue la actitud de Aristón de Quíos, un disidente del estoicismo, cuyas críticas se incorporaron a menudo a las de los escépticos puros. La escuela se mantendrá muy activa incluso después de la conquista romana, puesto que sus dos maestros más eminentes vivieron en la época imperial: Enesidemo y Sexto Empírico.

El epicureísmo de Epicuro

Las preocupaciones morales eran ya importantes en las escuelas tradicionales, de un modo especial en las doctrinas que aparecieron a finales del siglo IV: el epicureísmo y el estoicismo. Exagerando un poco, podemos afirmar que la filosofía llegó a ser como un refugio contra el fracaso del hombre, que no encontraba ya sus razones de ser en su oficio de ciudadano. Ante todo procuraba dar una solución al problema de la felicidad, y en ambos casos, pese a las evidentes diferencias, la respuesta es la misma: la felicidad está en el dominio de sí misma de un alma que escapa al mundo, que se libra de lo contingente, que alcanza un estado de indiferencia (ataraxia para unos, apatía para otros) en que nada puede afectarla. El ascetismo innato que constituía la base de estas doctrinas no era nuevo en este final del siglo IV, aunque sí se apoyaba por primera vez en la ciencia, sobre todo en la física: de ahí el dogmatismo científico que, de hecho, las apartaba radicalmente de las filosofías humanistas de la gran tradición clásica.

Epicuro, nacido en Atenas, pasó su juventud en Samos y luego fue a establecerse a Atenas, donde, retirado en su famoso jardín, convivió con discípulos en cuya compañía buscó la paz moral. La benevolencia con que los trataba, la amistad de que les daba pruebas la dulzura de su carácter, tanto más meritorio cuanto que era víctima de una cruel enfermedad, que lo arrebatará en el 270, después de años de sufrimiento, hicieron de él, más que un santo, un sabio.

No conocemos bien su doctrina, pues sólo se conservan de él tres cartas-programa, dirigidas a amigos, y una colección de pensamientos. Adoptó el atomismo de Leucipo y Demócrito no porque, en su opinión, la física tuviese interés en sí, sino porque la calma espiritual sólo puede obtenerse con una explicación general del universo. El mecanismo del sistema, sólo atenuado por la teoría del *clinamen*, que le permite salvaguardar la libertad humana, le ayuda a dominar las supersticiones que aterrorizan al vulgo: temor a los dioses y temor a la muerte. Los dioses existen, aunque indiferentes por completo al hombre, habitan, sin duda, los espacios interatómicos. En cuanto a la muerte, es un vano fantasma, puesto que el alma, compuesta por átomos materiales muy sutiles, se disgrega en el momento de morir, por lo cual no puede ser castigada con las penas infernales que espantan a las almas no filosóficas.

Su moral es sutil y muy mal conocida, pues sus detractores dieron muy pronto a la palabra «epicúreo» un significado que habría indignado a Epicuro. Es cierto que todos los seres buscan el placer y evitan el dolor, pero la sabiduría no reside en la desenfrenada búsqueda de las satisfacciones vulgares que esclavizan aún más al alma; reside en la imperturbabilidad —tal es el sentido de la palabra ataraxia— que se consigue eliminando la agitación de los deseos.

Evidentemente, el sabio así definido no participaba en la vida política. Rehuía el compromiso social para encerrarse en su torre de marfil. Tal es, sin duda, la razón de que el epicureísmo, aun logrando la adhesión de grandes espíritus, tuviera poco éxito entre el pueblo. Era fácil jugar sobre el equívoco de esta búsqueda del placer que

definía la moral de Epicuro: las burlas de Fabricio contra Cineas, embajador del rey Pirro y filósofo epicúreo, demuestran que tal incomprensión no fue tardía. Sobre todo en Roma, donde la devoción a la República era una virtud tradicional, el epicureísmo realizó pocos progresos. No obstante, el más famoso de sus sectarios fue un romano: el poeta Lucrecio, cuyo *De rerum natura* nos ofrece la exposición más completa de la doctrina. Nadie expresó con mayor claridad la liberación que el alma encuentra en la doctrina atomística. Nadie cantó con tanto entusiasmo la delicia del saber, la confianza en la filosofía, la admiración ante la sabiduría de Epicuro, invocado como el profeta de la salvación. Magnífico eco de la predicación de este sabio a quien su altiva doctrina de intelectual jamás hizo olvidar las virtudes más fraternales y humanas.

Estoicismos antiguo y medio

El estoicismo —llamado así por el nombre del Pórtico (en griego *Stoá*) donde se reunían en Atenas los discípulos de Zenón— nació de la misma necesidad de paz y de certidumbre, de paz por la certidumbre, en uno de los períodos más turbios de la historia griega.

Su fundador fue un semita de Citión de Chipre, Zenón, comerciante que se entregó a la filosofía. Consiguió tal éxito en Atenas, que el *demos* lo honró con una corona de oro, y Antígono intentó en vano atraerlo a la corte de Macedonia. La escuela fundada por él, y que dirigió desde el 322 hasta el 264, fue regida luego por Cleanto (de 264 a 232) y Crisipo (de 232 a 204), los cuales sistematizaron su doctrina. Los tres formaron lo que se ha dado en llamar el estoicismo antiguo.

Reposa sobre una amplia visión del universo y ofrece todo un cuerpo doctrinal al alma sedienta de verdad: lógica, física y ética. El orden admirable del universo demuestra que lo dirige una inteligencia. Esta inteligencia, que es Dios, no es exterior al mundo, sino inmanente al mismo: es una razón esparcida en la materia. El principio más activo es el fuego, el fuego inteligente y artista que, al cabo de un largo año de diez mil años, consume enteramente al mundo y lo renueva, en una conflagración general *(ekpyrosis)*.

En un mundo totalmente sujeto a las leyes físicas, el hombre sólo puede seguir una regla: vivir conforme a su naturaleza, doblegarse al orden universal, querer lo que quiere la divinidad e identificarse así con ella. Pero esta aceptación no debe ser penosa, sino, por el contrario, alegre: una complacencia del mundo. Prácticamente, lo esencial es distinguir «lo que depende de nosotros» y «lo que no depende de nosotros». En el segundo grupo se incluye todo cuanto provoca pasiones, a lo cual hay que saber renunciar a través de una larga ascesis que desemboca en el perfecto dominio de sí mismo: la apatía (ausencia de pasión). Lo que depende de nosotros es precisamente la voluntad, que hace del sabio un segundo dios. Moral dura, pero arrebatadora, que independiza al hombre de las circunstancias y, en particular, de su clase y de su situación, y predica una especie de socialismo igualitario.

«Filosofía de metecos», se ha podido decir, y, de hecho, los más importantes componentes de la escuela eran orientales, sobre todo semitas (y, entre ellos, incluso caldeos). Es patente la influencia de las especulaciones asiáticas, particularmente en la concepción de un dios único y todopoderoso, que administra el universo con sabiduría y gobierna a los hombres con su providencia. Pero el estoicismo no habría podido triunfar en Grecia de no haber hundido también sus profundas raíces en el pensamiento helénico del siglo IV, sobre todo el de los cínicos y el de Platón, primero de los maestros del ascetismo moral.

En los siglos II y I, la escuela adoptó una nueva dirección, con dos hombres de gran talento, muy distintos, por otra parte, entre sí: Panetio de Rodas y Posidonio de Apamea, ambos maestros del estoicismo medio.

Panetio (escolarca desde 129 hasta 110) captóse en Roma numerosos discípulos en el transcurso de una larga estancia en la ciudad, donde fue amigo de Escipión Emiliano. Humanista, abandonó algo la teología orientalizante del primer estoicismo e introdujo de nuevo la libertad humana y la primacía de la acción.

Posidonio, que dirigió la escuela estoica de Rodas, donde fue maestro de Cicerón, entremezcla el estoicismo tradicional con una corriente muy distinta, que a la sazón vivía una segunda juventud: el pitagorismo. De ahí el interés que atribuye a las especulaciones más esotéricas, a la mántica, a la magia de los números, al dualismo del Bien y del Mal. Proclama su creencia en la otra vida, mientras que para Panetio, fiel a la pureza de la doctrina estoica, el alma, porción del fuego divino, después de la muerte retorna al gran Todo. Este espíritu universal, este polígrafo místico, hábil en tomar a la vez lo bueno de dos doctrinas contradictorias, ejerció una profunda influencia —aunque difícil de determinar— tanto sobre Cicerón como sobre Virgilio.

Esta evolución es el mejor indicio de la vitalidad de una doctrina cuya ética supone, sin duda, la más bella representación del espíritu humano en la antigüedad. No debe extrañarnos, pues, que conquistara tantas almas grandes, entre ellas, a Cleomenes de Esparta o Tiberio Graco. Su influencia en Roma fue profunda ya durante la República, pues incitó a la acción y al compromiso social. En la época imperial, el estoicismo proporcionó a los mejores su armadura moral: ayudó a morir a las víctimas de los tiranos, como Séneca, y en el siglo II, con el esclavo Epicteto o el emperador Marco Aurelio, se convirtió en una especie de filosofía de Estado, que inspiró las decisiones filantrópicas de los príncipes más sabios y proporcionó un ideal a las almas escogidas, disgustadas de la corrupción ambiente y que no querían abandonarse a las adulteradas facilidades de los distintos misticismos orientales.

El sabio

Una característica de este período de turbación fue, sin duda, el hecho de que las más importantes filosofías se lanzaran a la búsqueda de la felicidad. Pero esta felicidad sólo era posible en la liberación del alma, que, por la violencia de la ascesis, se desprendía de las perturbaciones del mundo. Por lo mismo, en la crisis de los siglos III y IV de nuestra era, el impulso místico del neoplatonismo prometerá al iniciado las dichas de la evasión.

Así se originó un nuevo ideal moral: el sabio sustituirá al héroe de los primeros tiempos, al ciudadano de las edades clásicas. Hay algo de resignación en esta concepción, una huida ante la realidad, que es preciso dominar al no poderla asumir; pero, ¡cuánta dignidad y grandeza en esta ascensión, que proporciona al alma todos los poderes! La salvación, que también buscaban entonces las religiones, se alcanza a través de la lucha. El helenismo inclinóse definitivamente hacia el indi-

vidualismo, puesto que la conciencia se hallaba sola ante su destino; pero no perdió las esperanzas de reformar la cosa pública, especialmente con los estoicos, grandes consejeros de los príncipes, y, sobre todo, no olvidó, en un magnífico impulso de filantropía en el sentido cabal de la palabra, que todos los hombres son hermanos.

La confluencia final de la ataraxia y de la apatía, obtenidas al término de puntos de partida radicalmente opuestos, no puede por menos de extrañar al historiador. Por otra parte, se ha señalado la semejanza de estos estados de calma serena con el *nirvana* de las especulaciones hindúes. Sin duda hay aquí algo más que semejanzas fortuitas, y es verosímil que la misma sabiduría despuntara en el Mediterráneo Oriental y en la llanura indogangética, entre los cuales empezaban a establecerse fecundos contactos.

Apogeo de la ciencia griega

En este momento, las ciencias se hallaban independizadas de la filosofía. Tendían a constituirse en disciplinas autónomas, ya que ningún espíritu, aparte Aristóteles, fue capaz de abarcar la casi totalidad del saber humano.

Entre las condiciones favorables que explican su extraordinario desarrollo hay que incluir el mecenazgo, que creó verdaderos institutos de investigación, como el Museo de Alejandría, con sus salas de disección, observatorios y jardines zoológico y botánico. Pero la extensión del mundo conocido a la sazón desempeñó también su papel, y no sólo, como es natural, en el conocimiento del *oikúmene*, sino también de la geografía matemática: la sola longitud de Egipto permitió medir el meridiano terrestre. Finalmente, se multiplicaron los contactos con la ciencia oriental, egipcia o caldea.

La investigación matemática

Las matemáticas siguieron conservando su primacía, y, además de sus indudables progresos, servían cada vez más para explicar el universo.

Euclides, llamado a Alejandría por Ptolomeo Soter, redactó allí, hacia el 300, los 13 libros de sus *Elementos*. Ordenó todas las investigaciones anteriores y empleó un método totalmente sistemático, procediendo de lo simple a lo complejo a través de largas series de demostraciones a partir de los primeros principios. La importancia histórica de su obra no debe ser subestimada, puesto que proporcionó la base sólida de todo el saber humano en la materia hasta la reciente invención de las nuevas matemáticas. Apolonio de Perga enseñó en Alejandría y en Pérgamo hacia el 200, y merece el calificativo de «gran geómetra» que se le ha dado. Sus trabajos versan, sobre todo, sobre el valor de π y sobre las secciones cónicas, de las cuales fue el primero en dar una definición racional.

Arquímedes de Siracusa (287-212) interesóse también por las matemáticas, sobre todo por el número π (cuyo valor fijó en 3,1416), por la esfera, por el cilindro y por las secciones cónicas, y fundó la mecánica racional y la hidrostática. Pero junto a esta deslumbrante obra teórica desplegó un extraordinario genio en el dominio de la mecánica práctica, inventó palancas, juguetes mecánicos y máquinas de asedio y dejó su nombre en el *tornillo de Arquímedes,* concebido en Egipto para las necesidades de irrigación. En ello atestiguó un nuevo gusto por los perfeccionamientos de la técnica, que también encontramos en una pléyade de excelentes ingenieros de Alejandría, entre ellos, Sóstratos de Cnido, arquitecto del famoso Faro.

La astronomía se benefició también por los progresos de la matemática. Por otra parte, la extensión del mundo conocido despertó un nuevo interés por la tierra, su forma, su lugar en el universo, su movimiento. Eratóstenes de Cirene, bibliotecario en Alejandría durante el reinado de Evergetes, creó la geografía matemática. Midió la longitud del meridiano terrestre por un método bastante simple: Siene y Alejandría están, aproximadamente, sobre el mismo meridiano; el día del solsticio de verano, los rayos del sol caen perpendicularmente sobre Siene, que está bajo el trópico; este mismo día, los rayos, en Alejandría, forman con la vertical un ángulo, que midió con el del gnomon: 7°; conociendo, por otra parte, la distancia que separa las dos ciudades, dedujo la longitud del meridiano: 252 000 estadios (39 690 km), resultado cuya precisión llena de asombro. Por otra parte, fijó un mapa de la superficie terrestre por longitudes y latitudes: tomando Rodas como centro de sus coordenadas, calculó las longitudes por las diferencias de horas, y las latitudes, por la inclinación del sol en el solsticio en relación con la vertical del lugar.

Aristarco de Samos (siglo III) determinó la magnitud del Sol y de la Luna y su distancia a la Tierra. Pero su verdadera gloria la alcanzó con su teoría de que el Sol permanece inmóvil y que la Tierra gravita a su alrededor. Aunque sólo atribuyó movimientos circulares a la Tierra, la Luna y los planetas, puede ser considerado como el primer precursor de Copérnico.

Pero su hipótesis causó escándalo, y el más importante de sus contemporáneos, Hiparco de Nicea, se ingenió para «salvar las apariencias» y mejorar el sistema geocéntrico con la teoría de las excéntricas y de los epiciclos, teoría ingeniosa en extremo, que consiste en hacer girar los astros no directamente alrededor de la Tierra, sino en torno a un punto que, a su vez, gravita alrededor de la Tierra, lo cual permitía explicar las aparentes irregularidades de los planetas, de sus estaciones, de sus retrocesos. Dotado de un admirable don de observación, elaboró, en su observatorio de Rodas, un mapa del cielo en el que catalogó más de 800 estrellas fijas y, comparando sus resultados con los de los caldeos, descubrió la precesión de los equinocios. Calculó, con notable precisión, el tiempo año solar: 365 días, 5 horas, 55 minutos (cifra exacta, 48 minutos). Al mismo tiempo, estableció los fundamentos de la trigonometría, al dividir el círculo en 360 grados, divididos, a su vez, en minutos y segundos.

Posidonio de Apamea, el gran estoico, era también un hombre versado en las ciencias. Se apasionó por la medida (longitud del meridiano, altura de la atmósfera, distancia de los astros) y emitió la hipótesis de que las mareas se explican por la atracción lunar.

Biología y medicina

No es menor el progreso de las ciencias de la vida, ligadas, sobre todo, a los adelantos de la medicina. Alejandría fue quizá la sede de la escuela más famosa. En ella se empezó a disecar, sin duda porque las prácticas de la momificación hacen, paradójicamente, menos absoluto el respeto debido a los despojos mortales. Pero Cos, patria de Hipócrates y famosa desde mucho tiempo antes por su Asclepieion, conserva-

ba también su antiguo renombre, lo mismo que Cnido, y, de manera general, en todos los santuarios de Asclepios (sobre todo en Epidauro y en Pérgamo), las curaciones por tratamientos medicinales ganaban terreno sobre los milagros.

Los nombres más célebres son los de dos contemporáneos, nacidos a finales del siglo IV. Herófilo de Calcedonia fue uno de los pioneros de la anatomía. Descubrió el sistema nervioso y explicó su funcionamiento general, destacando la importancia de la médula espinal y del cerebro. Estudió el ojo y el nervio óptico. Erasístrato fundó la verdadera fisiología. Se especializó en el estudio de la circulación, intuyó la importancia de los vasos capilares y, aunque enseñó que las arterias contienen aire y que sólo las venas llevan sangre, sus descubrimientos en este campo no serán superados hasta llegar a Harvey.

El médico siguió siendo uno de los tipos sociales más nobles del mundo griego. Apenas sensible a la influencia oriental, continuó practicando una medicina laica y científica, que enlazaba con las grandes filosofías helénicas. Fue mucho más que un técnico de la curación: autoridad moral de la que también se esperaba el consuelo psicológico. En la corte de los reyes, sobre todo de los Lágidas, fue escuchado con atención y gozó de enorme prestigio.

La ciencia helenística tenía limitaciones que no pueden disimularse. Aunque las matemáticas penetraran en nuevos dominios, no existía un verdadero sistema de notación, y habremos de esperar a Diofante, en el siglo III de nuestra era, para que se esboce una noción algebraica, por lo demás, rudimentaria aún. Por otra parte, la carencia de instrumentos de observación se dejó sentir cruelmente en las ciencias de la naturaleza. No obstante, quedamos maravillados ante los progresos conseguidos. «El que entiende a Arquímedes y a Apolonio —decía Leibnitz—, considera con menos admiración a los modernos». Este auge fue tanto más notable por cuando constituía, en suma, el fin de la ciencia antigua. Los romanos apenas seguirán por este camino el esfuerzo especulativo de los griegos, y la humanidad vivirá, hasta los grandes descubrimientos del Renacimiento, del capital intelectual acumulado en Alejandría, Rodas o Pérgamo.

3. UN ARTE HUMANO

Si la filosofía y la ciencia nos arrastraron a los «templos serenos» cuyo acceso quedaba reservado a algunos especialistas, el arte nos vuelve a lo cotidiano. De hecho, ninguna época pidió con más insistencia a los artistas que embellecieran el cuadro de la vida corriente. La producción era enorme; la construcción, febril, y los grandes tajos de excavaciones han puesto al descubierto millares de estatuas o estatuillas destinadas a decorar los edificios. Jamás hubo tantos arquitectos, escultores y pintores. Ello se debía, ante todo, a que el mundo helenístico era próspero y los reyes consideraban un deber rodearse de hombres capaces de ennoblecer sus capitales o sus mansiones. Asimismo, a que la burguesía

era numerosa y rica, amiga del arte y de las letras, y las tendencias evergéticas se desarrollaron entre ella tanto como en las cortes.

El arte se hizo laico, pues los grandes clientes eran entonces los reyes y los burgueses. Indudablemente subsistían la arquitectura y la escultura religiosa, ya que no había ciudad griega sin santuario, y la creación de nuevas ciudades fue uno de los fenómenos más característicos de la época. Pero, con pocas excepciones, se había perdido el impulso de la fe: apenas se innovaba a la hora de construir templos, y casi siempre se limitaban a poner en práctica fórmulas ya antiguas; la estatuaria complacióse en representar divinidades muy humanas, y las escenas de género reemplazaban a menudo al relieve religioso. Como contrapartida, los edificios civiles se multiplicaron en hermosas ciudades, organizadas de acuerdo con un urbanismo racional; palacios y residencias privadas rivalizan en lujo y comodidad.

La influencia oriental apenas se dejó sentir, mientras que las artes indígenas, que se agotaban en su inventiva, tendían a imitar los modelos griegos. Por doquier triunfaba el helenismo, y pese a claras diferencias de escuelas, la creación de una especie de *koine* artística.

Mansiones de los dioses y de los hombres

Pocas innovaciones en la arquitectura religiosa, dominio predilecto del arte clásico. Los trabajos del Olimpeion de Atenas, abandonados desde la caída de los Pisitrátidas, se reanudaron gracias a los subsidios ofrecidos por Antíoco IV, aunque con una importante modificación, puesto que se adoptó el orden corintio, que hizo su primera aparición en un gran templo; pero la obra se interrumpió una vez más, y habrá que esperar a Adriano para que sea rematado el colosal edificio. Se construyeron muchos templos nuevos, pero de acuerdo, una vez más, con las normas tradicionales. Sintióse una especial predilección por el jónico, sobre todo en Asia Menor, donde el logro más notorio es el templo de Artemis Leucofriena en Magnesia del Meandro. El dórico, cuyos mejores ejemplos hallamos en Pérgamo, evolucionó hacia una mayor ligereza, bajo la influencia del jónico: las columnas se hicieron más esbeltas y se multiplicaron los triglifos.

Un solo edificio rompió con lo común: el Didimeion de Mileto, reconstruido, finalmente, después de su incendio a principios del siglo v (lám. 27). Este gigantesco edificio (116 × 52 m) circuyóse de una *perístasis* de dos hileras en los largos costados y de tres en las fachadas; en total, 120 columnas, un verdadero bosque de mármol, como en las grandes creaciones del arcaísmo anatolio. La planta era muy curiosa: el *pronaos* iba seguido por una antecámara, que servía de sala de los oráculos y con la que se comunicaba sólo por un balcón, desde el cual quizá se promulgasen los oráculos. Daba acceso a un vasto patio central, en la parte de la antecámara, una monumental escalera, y en la parte del *pronaos*, dos túneles, cada uno de los cuales pasaba por un lado de la escalera. Este patio a cielo abierto ejercía la función de la *naos* en un templo de tipo canónico, pero sus dimensiones, o quizá motivos religiosos,

impidieron que fuese cubierto. En el fondo del patio, un pequeño templo jónico próstilo tetrástilo encerraba la estatua de Apolo, obra de Canacos, robada por Jerjes y devuelta de Ecbatana por Seleuco. Es difícil imaginar las razones que motivaron una construcción tan original: ¿necesidades de culto o exigencias de renovación?

Los progresos arquitectónicos eran mucho más claros en la casa, que se engrandeció y aún ganó en comodidad y en suntuosidad. Intensificóse la evolución, iniciada ya en el siglo IV, pues el hombre, convertido de ciudadano en simple particular, no tenía ya su puesto en el exterior, en las conferencias del ágora y de la asamblea, y se interesaba cada vez más por su interior. Naturalmente, quedaban aún muchas casas miserables: en Alejandría, los pobres se hacinaban en inmuebles de muchos pisos (cuatro al menos), que preludiaban las *insulae* de la Roma imperial. Pero el advenimiento de una burguesía acomodada favoreció la construcción, como demuestran las excavaciones de Priene y, sobre todo, de Delos.

En la isla de Apolo, a la sazón uno de los centros privilegiados del gran comercio mediterráneo, las excavaciones han descubierto tanto casas mediocres, apiñadas unas contra otras entre cuatro calles, como lujosas estancias que ocupaban por sí solas toda una manzana. Estas últimas, numerosas sobre todo en el barrio del teatro, tenían una sola puerta, que daba al vestíbulo; se ordenaban alrededor de un patio central, generalmente rodeado por un peristilo, al cual daban las piezas de recepción (especialmente el *oikos*) y de habitación; en el centro, una cisterna, recubierta de mosaico, recogía el agua, más necesaria que en otras partes en aquella isla sin fuentes. Los planos no tenían nada original, desarrollaban las reglas anteriores, pero la abundancia y el lujo de la decoración eran algo nuevo: en las piezas principales, el pavimento era de mosaicos de extraordinario refinamiento, con un tema dionisíaco a menudo *(Baco con la pantera),* cuyos vivos colores recuerdan el estilo sirio; los muros estaban revestidos de estucos pintados con llamativos colores, que encuadraban franjas en las que se inscribían escenas figuradas; estatuas y estatuillas alegraban patios y habitaciones, como en la «casa del hermes», suntuosa mansión de dos peristilos superpuestos, recientemente descubierta; mesas y asientos de mármol amueblaban armoniosamente los interiores. Se comprende que los comerciantes itálicos instalados en Delos se sintieran cómodos en estas bellas casas, a la vez íntimas, aireadas, espaciosas y que muy pronto serán imitadas, primero, en Campania, y luego, en Roma, donde el peristilo tendió a rodear el *atrium* primitivo.

Un acierto meditado: la ciudad

El progreso fue mucho más claro si consideramos el conjunto urbano. Es raro que se dejara a la ciudad desarrollarse por sí misma, al azar, como parece ser que ocurrió en Delos. El urbanismo convirtióse en norma, tanto si se trataba, como en Mileto o el Pireo, de poblar un cuadro trazado desde mucho antes, o de crear partiendo de la nada, como en las nuevas aglomeraciones. Las ciudades que prosperaban entonces, en todo el Oriente obedecían casi siempre las reglas hipodámicas: vías ortogonales y plano funcional. Alejandría y Antioquía ofrecían excelentes ejemplos de estas realizaciones, que respondían tanto a las leyes

de la estética como de la comodidad. Mas Pérgamo, con su elevadísima acrópolis, brindaba a los arquitectos de los Atálidas la oportunidad de una creación enteramente distinta. Vinieron a ser tres ciudades superpuestas, cada una con sus templos y su gimnasio, asentadas en terrazas unidas por una vía en cordón y gigantescas escalinatas: un extraordinario decorado de teatro, suspendido en el flanco de un abrupto espolón sobre la llanura.

De hecho, hipodámicos o no, los planos de las ciudades helenísticas demuestran grandes sutilezas y segundas intenciones, que no se descubren a primera vista. La adaptación al paisaje, cuya grandiosa belleza aprovechó Pérgamo, no era una ley menos obligatoria en una ciudad de llanura como Alejandría, donde todo se ordenaba alrededor de los puertos: en esta íntima unión del agua y los edificios, pintores y artistas en mosaico agotaron incansablemente su inspiración.

Y nada de monotonía, como podría temerse de ciudades demasiado meditadas. Si no tuvieron la caótica libertad de tiempos antiguos, descubrimos extraordinarios edificios, hechos para sorprender o deslumbrar. Alejandría estaba dominada por su Faro, una de las siete maravillas del mundo, superposición de un paralelepípedo, de un octógono y de un cilindro, y poseía también la tienda-pabellón de Filadelfo y el talamego (embarcación-casa) de Filopátor. Pérgamo ostentaba el gran altar de Zeus, mesa de ofrendas única por su magnitud y su belleza, digna del señor de los dioses.

Si los urbanistas que idearon estos organizados mundos de piedra no renunciaron jamás a encarnar en ellos, a la vez, el orden matemático y la fantasía teatral, tampoco olvidaron las necesidades más prácticas. Conocemos, especialmente por inscripciones, muchos reglamentos municipales que preveían la anchura de las calles o la distancia entre las casas. El agua era transportada por acueductos y ampliamente distribuida, aunque tales construcciones no desempeñaban aún el importante papel que tendrán en las ciudades romanas. Se organizaron servicios de recogida de basuras.

Los grandes edificios colectivos

Pese a la diversidad de los planos, en todas partes adquirieron un gran desarrollo los edificios reservados a la vida colectiva. Había salas de reunión para el consejo o asamblea, que, generalmente, imitaban la disposición del Tersilion de Megalópolis y cuyos mejores ejemplos son los terrenos en el *ekklesiasterion* de Priene y en el *buleuterion* de Mileto, ambos, de principios del siglo II.

Pero el debilitamiento de la vida política explica que las más hermosas creaciones estuvieran dedicadas sólo al placer y a la comodidad de los habitantes. Mostróse una viva inclinación por los pórticos, los cuales daban monumentalidad al conjunto urbano, ofrecían un refugio tanto contra los ardores del sol como de la lluvia, y servían de cobijo al vagabundo o al filósofo. Los romanos imitaron muy pronto este tipo arquitectónico, aunque no sin introducir algunas modificaciones: tal será el caso de la basílica, que conservará, a través de los años, el nombre de «pórticos reales», de Atenas o de las ciudades helenísticas.

El pórtico se construía a menudo aislado, para dar a un santuario un aspecto más grandioso (pórticos de Antígono y de Filipo V en Delos) o para subrayar un paisaje urbano preexistente (pórtico de Eumenes, al pie sur de la Acrópolis de Atenas, que conducía a los templos de Asclepios y de Dioniso). Más a menudo se construía bordeando un ágora, a la que, de esta forma, limitaba y regularizaba. El ágora, hasta entonces simple plaza de mercado bastante inorgánica, definióse desde ahora, según el modelo milesio, como una plaza rectangular rodeada de pórticos.

Delos tenía muchas ágoras cerca del puerto, donde se concentraba entonces la principal actividad de la isla mercantil. Corinto y Tasos las poseían también, espaciosas y armoniosas. La de Atenas era más notable aún, con sus tres nuevos pórticos en el centro, en el Sur y en el Este (este último, ofrecido por Atalo II).

En una civilización que se humanizaba, multiplicáronse los edificios destinados a los placeres colectivos. En todas partes, teatros de piedra se adosaban a las pendientes de las colinas. Una importante modificación de su plano permitió la aparición de una verdadera escena permanente: mientras que hasta entonces los actores se colocaban en un estrado de madera delante del *proskenion,* que hacía las veces de telón de fondo, desde ahora actuarán sobre este *proskenion.* La trasformación fue especialmente clara en el teatro de Priene, donde podemos fecharla hacia el año 150.

Gimnasios, palestras y estadios atestiguan, incluso en las más modestas ciudades, un gusto tradicional por los ejercicios físicos, base de toda la educación liberal. El gimnasio, donde normalmente se reunía toda la juventud, convirtióse en el centro universitario de la ciudad, donde profesores adscritos al establecimiento dispensaban la enseñanza literaria, científica, filosófica, musical, y donde hablaban conferenciantes de paso. Esta función se halla atestiguada en las inscripciones sólo desde el siglo III, pero hacía ya un siglo que, en Atenas, los gramáticos, retores o sofistas se daban cita en el gimnasio. Nuevas dependencias respondían a estas nuevas necesidades: salas de conferencias *(akroateria)* y bibliotecas, circuidas por jardines, para que los filósofos pudieran pasear por ellos. Los adultos no desdeñaban frecuentar, para entregarse a los placeres de la conversación, aquellos santuarios del cuerpo y del espíritu, puestos en adelante bajo la particular protección de un dios y de un héroe típicamente griegos, Hermes y Heracles, y que se integraron cada vez más a la ciudad, puesto que, antes exteriores a la aglomeración, se hallarán a menudo, desde ahora, cerca del ágora.

El desarrollo de los grandes negocios promovió otras creaciones, sobre las cuales estamos particularmente bien informados gracias a las excavaciones de Delos. Desde el siglo III se erigió allí una amplia sala hipóstila —cuyo plano revela, sin lugar a dudas, influencias orientales—, que podríamos comparar muy bien con la de una bolsa comercial. Por otra parte, los gremios de comerciantes extranjeros instalaron allí vastos almacenes, dotados también de suntuosas salas de ostentación y de pequeñas capillas, que han sido calificadas, con razón, de verdaderos *fondouks.* Los Posidoniastas de Beritos (Beirut) tenían allí, junto al lago sagrado, un establecimiento muy lujoso, en el que se descubrieron notables estatuas (grupo de *Afrodita y Pan*). Los *negotiatores* itálicos tenían asimismo su propia ágora, rodeada de almacenes y oficinas, prefiguración de la «plaza de las corporaciones» de la Ostia imperial.

Nada atestigua mejor la prosperidad del mundo griego y los pasatiempos de sus habitantes que aquellas ciudades armoniosas, donde todo era orden y belleza en el ágora, en el teatro y en la palestra, e incluso en los edificios más utilitarios. Aún debemos añadir que estaban adornadas con una profusión tal de obras de arte, que supera todo lo imaginable: cuando Filipo V ocupó Termos, centro de la confederación etolia, aunque ciudad muy modesta, Polibio contó 2000 estatuas. Lo mismo que en las épocas anteriores, el griego no podía imaginar una arquitectura carente de los prestigios de la escultura.

Patetismo y realismo en la cultura

Pocos períodos sintieron mayor debilidad por las estatuas y bajorrelieves. Como es natural, no todo era de primera calidad, y el aumen-

to de la clientela iba ligado a una cierta degradación del arte. Sin embargo, la escultura se mantenía muy viva (lám. 29): no se contentó con seguir su rumbo y copiar incansablemente las obras maestras del clasicismo, sino que creó de nuevo, en nuevos centros, que sustituyeron a los hogares tradicionales (de manera particular en Atenas, que tanto en éste como en otros aspectos, se hallaba en plena decadencia).

Parecieron imponerse dos tendencias, heredadas ambas del segundo clasicismo. De un lado, triunfó el patetismo, y la escultura pareció reemplazar a la tragedia en su función de inspirar al alma terror y piedad. Se deleitaban con las escenas sangrientas, tomadas tanto de los terribles castigos de la mitología como de la historia más contemporánea. Los cuerpos se representaron en violentos escarzos; los rostros, descompuestos por el sufrimiento, expresaban la desgracia de la condición humana. Estalló un romanticismo desenfrenado y feroz, especialmente en Pérgamo y en Rodas, dentro de la línea artística de Escopas, cuyas exageraciones intensificó aún más.

Por otra parte, también se exacerbó la vena realista. Se manifestó en el retrato, que triunfó con el desarrollo del individualismo y el advenimiento de los cultos reales. Evidencióse en un gusto que podríamos calificar más bien de naturalista que de realista, a juzgar por los detalles más triviales de la existencia: ejemplos, la espantosa *Vieja borracha,* obra maestra de Mirón de Tebas, decrépita bebedora de pobres pechos marchitos, que sostiene aún su vaso en la mano, o el miserable *Pescador* de rostro detestable y costillas salientes. Pero el escultor no desdeñó tampoco los aspectos más descuidados por el arte clásico, prendado de una belleza ideal: la infancia, la vejez, las deformidades físicas, la pobreza. Fue casi un barroco el que hizo su aparición, sobre todo en la pequeña estatuaria de viviendas o en los llamados *relieves pintorescos,* que, con excesiva ligereza, fueron calificados de alejandrinos y que, al parecer, fueron también estimados en Asia.

La tradición escultórica en Grecia

En la Grecia propiamente dicha, apenas se introdujeron innovaciones, limitándose a explotar tradiciones escultóricas, viejas hacía ya muchos siglos y enriquecidas con numerosas obras maestras. Aunque se comprueban, lo mismo que en la poesía alejandrina, ciertas tendencias arcaizantes, la separación respecto al siglo IV fue, por lo demás, mucho menos brusca que en la literatura.

Esencialmente fueron imitados los grandes maestros del segundo clasicismo, aunque sin llegar a comprender su mensaje ni su mesura. Con frecuencia se tomaron de nuevo los temas preferidos por Praxiteles: adolescentes de formas demasiado finas, mórbidamente apoyados en un resorte; Sátiros con la flauta, cuyas réplicas son innumerables; Eros familiares; jovencitas de placenteras carnaciones. Además, se exageraron los rasgos más característicos del maestro: dulzura del modelado en insensibles transiciones, *morbidezza* del rostro, especial atención por las cabelleras. No fue casual

aquel persistente éxito de Praxiteles: este arte encantador, cuyo valor espiritual se niega cada vez más, correspondía a un gusto por lo gracioso ampliamente difundido en todo el mundo helenístico, y con razón se ha señalado que el sátiro era pariente de algunas creaciones del idilio de Teócrito.

El maestro del realismo doloroso, Escopas, antes de encontrar en los escultores de Pérgamo sus herederos más directos, fue muy imitado en Grecia. Como testimonio de ello tenemos estos Alejandros «moribundos», de intensa expresión patética, que miran hacia arriba como en éxtasis y que recuerdan las cabezas de los frontones de Tegea. Con una mayor libertad y eclecticismo, el autor anónimo de la *Victoria de Samotracia* fue también un discípulo del Pario: en la diosa de torso arqueado y salientes caderas palpita una profunda vida, a la cual se asocia idealmente el ropaje agitado por la brisa marina, no sin cierto romanticismo. Sólo lamentamos las incertidumbres de los especialistas a propósito de la batalla que conmemoraba esta obra maestra: ¿Victoria de Demetrio Poliorcetes sobre Ptolomeo en Salamina de Chipre, o de Antígono Gonatas en Cos?

También Lisipo tuvo sus imitadores. El escultor anónimo del *Hércules Farnesio* conserva algo de su estilo: mas el héroe da la impresión de hallarse como aplastado por su monstruosa musculatura de «hércules de feria» y cansado de sus propias victorias. Pero su mejor discípulo fue Cares de Lindos, autor del famoso *Coloso de Rodas* —una de las siete maravillas del mundo—, estatua de Helios, divinidad poliada, levantado a la entrada del puerto de Rodas y que fue destruida por un terremoto.

Con el tiempo apareció un academismo. Desde 150, la escuela neoática buscó deliberadamente sus modelos en el pasado y evitó la observación directa de la vida. Aquel arte frío y cerebral, obsesionado por los éxitos, demasiado deslumbrantes del clasicismo, produjo las obras más impersonales de toda la época al copiar incansablemente la *Partenos* o las *Corés* del Erecteion. Prolongóse en Roma, donde su más famoso representante fue Pasiteles (siglo I), espíritu curioso que dedicó cinco libros a la historia de la escultura.

La pasión en las escuelas asiáticas

Pero la escultura helenística no se limitó a este arte tradicional, fijado pronto en el inmovilismo. En Asia o en Alejandría surgieron grandes creaciones, animadas de un auténtico espíritu de renovación.

Asia volvió a fermentar. Entre todos los talleres, numerosos e innovadores (fig. 78), el más esplendoroso fue el de Pérgamo. Las Atálidas organizaron en su palacio un museo, en el que acumularon incluso piezas arcaicas de Bupalos y de Onatas, y se rodearon de excelentes maestros. En torno a ellos se creó un género nuevo, la crítica de arte, y gracias a ellos se realizaron algunas de las obras más notables de la época.

Atalo I erigió en la cumbre de la ciudadela, cerca del santuario de Atenea, un gran exvoto para celebrar su victoria sobre los gálatas, bandas errantes de galos que asolaron el Asia. Aunque el conjunto es difícil de reconstruir, por lo menos se le pueden asignar fragmentos famosos: el *Gladiador moribundo,* del Capitolio, y el grupo de *Arria y Peto,* de la colección Ludovisi, que representan, en realidad, a un gálata moribundo y a un gálata que se degüella tras de haber dado muerte a su mujer. Excelente ocasión, para el artista anónimo, de cantar la gloria del soberano y exponer la angustia de los vencidos, cuyos rostros expresan el horror de la derrota y de la muerte, mientras sus cuerpos se desploman, llenos de horribles heridas.

En honor de Zeus y Atenea Nicéforos, Eumenes II elevó un gran altar por cuyo basamento corría un largo friso continuo (130 m. de longitud), a la manera oriental,

que representaba una *Gigantomaquia*. Por una parte, los Gigantes, representados a menudo con formas de un horrible realismo (monstruos de cabezas de león o grifos alados); por otra, los Olímpicos de gestos más moderados. ¡Cuánta fuerza y ardor en esta desordenada mezcla, agitada por un romanticismo que evoca el atormentado arte de Rude! ¡Cuánta desmesura en las torturadas caras de los monstruos! ¡Cuánto realismo, llevado hasta el detalle más ínfimo, en el pelaje de los monstruos, en las escamas de las serpientes, en los elementos que llenan hasta los más pequeños espacios libres de la franja, como si el artista hubiera sentido horror al vacío! Pensamos, con

FIG. 78. Combate de Amazonas contra un hoplita griego. Bajorrelieve muy plano, originario de Teos: decoración de un edificio funerario, hacia 300

nostalgia, en lo que fue, menos de tres siglos antes, la *Gigantomaquia* del Partenón. Un delirante Escopas llevó hasta sus últimas consecuencias el desorden, el torbellino exacerbado de las pasiones, para expresar mejor la terrible barbarie del conflicto que había sacudido el universo antes del triunfo de los dioses.

La fuerza emocional de estas obras radica en lo que expresan: el horror y la desesperación ante la muerte o ante la barbarie. Con una fruición que censuraría el psicoanálisis, se hace ostentación de gusto por lo macabro, por lo morboso, por lo deforme, por cuanto niega la razón y la medida del hombre. Su lección, sin duda, no es distinta de la del arte clásico, pero las convulsiones de una época angustiosa despojaron al artista de sus reservas y de sus escrúpulos: la victoria del espíritu fue dura, manchada de sangre, impura. La alta acrópolis de Pérgamo nos muestra a un mundo que se traicionó a sí mismo por haber conocido el terror y los fantasmas.

Rodas poseía también una brillante escuela de escultura, que conviene relacionar más bien con los talleres asiáticos. La producción fue allí muy variada: desde una triple *Hécate* de gusto arcaizante, hasta una *Ninfa* que reproduce, con mucha libertad, una de las esculturas más modernistas, la *Afrodita* de Dedalses. La pieza maestra es el grupo de *Laocoonte* (hacia 50), el cual revela un gusto por lo patético que recuerda mucho a Pérgamo, quizá con mayor ternura, por el motivo de los niños que están a punto de ser ahogados por horribles serpientes.

Esta misma «anatomía del sufrimiento» (CH. PICARD) encontramos en Tralles, en el enorme grupo del *Toro Farnesio* (hacia 100). Los artistas reprodujeron con cierta complacencia un mito muy raro, el del castigo de Dirce por los dos hijos de Antíope, y los poetas se aferraron a temas poco conocidos. En lo alto de un peñasco, los jóvenes preparan el suplicio de Dirce, cuyo palpitante cuerpo, atado a un toro salvaje, será luego arrojado a una fuente: una enorme masa piramidal y un paroxismo de emoción.

En el norte de Anatolia trabajaron dos grandes maestros: Dedalses de Bitinia esculpió una *Afrodita agachada,* en el baño, con el agua chorreándole por el carnoso cuerpo: escena de género en que la diosa es sólo el pretexto para el despliegue de un audaz virtuosismo; Boeto de Calcedonia ofrece un encantador *Niño de la oca,* en el que se manifiesta un nuevo gusto por la infancia.

La escuela siria fue quizá más clásica. Se complació en la representación del modelo femenino turgente, de formas opulentas. La obra más característica es el grupo de *Afrodita, Pan y Eros,* encontrado en Delos, en el establecimiento de los Posidoniastas de Beritos: la diosa se parece mucho a una mortal regordeta, de toscos atractivos, una belleza levantina, como se ha dicho.

EL AMABLE REALISMO DE ALEJANDRÍA

Pese a la riqueza y variedad de las escuelas asiáticas, la escultura del Egipto ptolemaico admite bien la comparación. Por otra parte, a veces resulta difícil distinguirlas: un *Gálata* del Fayum se halla muy próximo a los *Gálatas* de Pérgamo, y cualquier exuberante *Afrodita* de Alejandría evoca a sus hermanas sirias.

La influencia de Praxiteles fue más poderosa en Alejandría que en otras partes. Manifestóse, sobre todo, en las innumerables representaciones femeninas, que, a menudo, sólo tienen de diosa el nombre: *Afrodita en el tocador* o *en el baño,* soltando su cabellera o atándose la sandalia; *Afrodita púdica,* que disimula coquetamente los encantos de su torneado cuerpo. Una de las más emocionantes derivaciones de los modelos praxitélicos, la *Venus de Cirene,* procede de un centro vecino.

Interesáronse por la aguda observación de la realidad, y hay motivos para pensar que en este realismo confluyeron una corriente griega, aparecida ya en el clasicismo, y otra egipcia, pues el arte indígena se había recreado siempre en el análisis minucioso y, a menudo entretenido, de lo real. Preferían cada vez más la anécdota por la anécdota, y las escenas de género sustituyeron a las de inspiración religiosa. Con frecuencia retozan los amores, graciosos y mofletudos *putti* de pícaro rostro, así como los animales domésticos, lo mismo que en los epigramas de la *Antología.* El escultor complacíase en diferenciar los distintos tipos sociales y en representar la vida de los humildes, marineros, pescadores, campesinos, bufones, testimonio muy instructivo para el historiador de la vida cotidiana. Tampoco olvidaron los tipos exóticos que convivían en aquella cosmopolita Alejandría: nubios, libios, negritos. En el relieve pintoresco, una de las creaciones más originales del alejandrinismo, supieron evocar todo un paisaje en un modesto cuadro: paisaje rural, lo mismo que el de los idilios contemporáneos, urbano portuario o nilótico.

Un intenso amor a la vida, en sus más variadas formas, se trasluce en los asuntos de género o en los relieves pintorescos. Lo encontramos en los retratos, sobre todo los reales, que revelan, en sus mejores creaciones, un agudo sentido por el análisis psicológico. Poseemos notables bustos de los primeros Lágidas, y la última de las reinas, la gran *Cleopatra,* se reconoce por su imperioso perfil y su nariz aguileña, en una noble cabeza velada de Cherchel (lám. 25).

Sincretismos grecoegipcios

Mientras el arte griego de Alejandría se afanaba vivamente por captar la vida en cuanto tenía de inaprehensible, moría el arte egipcio tradicional. Seguíase esculpiendo de acuerdo con los cánones faraónicos, prueba de lo cual es el relieve de la *Coronación de Ptolomeo IV Filopátor,* en que el soberano Lágida aparece como un faraón, rodeado de las dos diosas del Alto y del Bajo Egipto. Pero se trata de una escultura decadente, en que la sinceridad es reemplazada por lo convencional.

Más interesante fue el arte mixto que vemos ya (finales del siglo IV) en el *monumento funerario de Pet-Osiris,* sacerdote egipcio heroizado a la manera griega, en el que los bajorrelieves muestran una curiosa promiscuidad de motivos indígenas y de tipos helénicos. Pero el altorrelieve nos ofrece obras más notables aún (lám. 29). Una gran cabeza de pizarra verde, de Copenhague, representa a un *Ptolomeo Evergetes,* de rostro satisfecho y rasgos apolíneos, aunque las superficies lisas y planas, acabadas en aristas, son imposibles de imaginar fuera de Egipto, lo mismo que el atractivo recurso de un pilar dorsal. Otra cabeza de pizarra verde (en el Museo Británico) es el retrato de un *Africano* de notorio tipo camítico, de saliente osamenta, ensortijados cabellos y una indefinible expresión de ironía, crueldad y misterio, admirable creación en la que confluyeron también dos técnicas y, podríamos añadir, dos sabidurías.

El mundo del color: pinturas y mosaicos

Esperábase del pintor y del escultor que supieran emocionar y seducir a la vez. Conocemos mejor la pintura gracias al descubrimiento de algunos raros originales (decoración de las casas de Delos o estelas de la necrópolis de Volo, y sobre todo, los frescos o mosaicos de las ciudades de Herculano o Pompeya, que copian profusamente las grandes creaciones de la pintura helenística (láms. 30 y 31).

También en este dominio hemos de buscar fuera de Grecia el impulso creador. Las escuelas de Asia y la Prepóntide fueron notables por su *pathos.* He aquí dos

ejemplos característicos: Timónacos de Bizancio pintó a *Medea,* víctima de una intensa agitación mental, contemplando a los hijos que se dispone a inmolar, y que juegan tranquilamente a la taba junto al altar en el que serán degollados, ante su pedagogo. Lo mismo ocurre, aunque de una manera más matizada, con la sensibilidad de observador mostrada por el artista de Pérgamo que representó a *Telefo* con la ninfa *Arcadia y Heracles:* mientras la mirada de la ninfa se pierde en lontananza, como si contemplara el porvenir de la dinastía de los Atálidas, iniciada con este niño —según una versión que intentaban acreditar—, Heracles observa a Telefo; junto a ellos, una gran cesta de frutos, un sátiro y la joven Partenos, cual símbolo del paisaje arcadio.

La escuela de Alejandría se caracteriza por la importancia concedida a las escenas amorosas en medio de paisajes bucólicos. El ciclo de Afrodita y Adonis gozó de especial predilección. Los amorcillos traviesos y crueles, que excogitan enredos para hacer sufrir a los mortales e incluso a los mismos dioses, se nos muestran en graciosas escenas, como el *Descubrimiento de un nido de amores* o la *Vendedora de amores.* Estas pinturas se hallan impregnadas casi siempre de un sutil encanto, aunque a veces caigan, como la poesía contemporánea, en el más desenfrenado libertinaje.

El indudable progreso de la pintura se debió no sólo al enriquecimiento de la técnica (aparición de tonos nuevos: azul, violeta, púrpura), sino también a la profundización de la sensibilidad. Las más abundantes eran, sin duda, las escenas idílicas. Muy a menudo se representaban las parejas famosas de la mitología, cómodo pretexto para enternecedoras pastorales: una ninfa da de beber a un sátiro sediento; Afrodita coquetea con Ares; Artemis toma cariñosamente el mentón de Hipólito, que la mira con grandes ojos asombrados: Dioniso contempla a Diana adormecida; Adonis expira en las rodillas de Afrodita.

El paisaje, que se empleaba ya como indispensable telón de fondo para estos idilios, representábase a menudo por sí solo. Se preferían los jardines, «paraísos» cargados de raras esencias y que parecían emanar un perfumado frescor, así como los paisajes portuarios, que parecían entonar una invitación al viaje. Los pintores se recrearon también en la representación de animales, leones, monstruos fantásticos, peces o aves, decoración natural para los comedores, a los que añadían cestas de frutas: primera aparición de la naturaleza muerta en el arte griego.

Junto a estas pinturas, que servían sobre todo, para halagar la vista, hemos de citar los vastos frescos ocupados por multitud de personajes, cuya inspiración humana y, a menudo, religiosa, hablaba vivamente al espíritu. Las *Bodas Aldobrandinas,* del Vaticano, muestran a la joven esposa, rodeada por su madre y sus sirvientas y exhortada por Afrodita y Peito (Persuasión). Nada más dulce que las emociones que transparentan en los rostros, de clarísimo colorido.

Más notables aún son los frescos de la villa Item en Pompeya (llamada también «Villa de los Misterios»). Este vasto conjunto, que, sin duda, decoraba una sala de iniciación, plantea muchos problemas de interpretación: Dioniso se apoya en Ariadna, un sátiro toca la *syrinx,* una ménade se halla en trance; una muchacha recibe un azote ritual, mientras que otra se refugia, llena de espanto, en el regazo de una compañera; un acólito lee un libro sagrado... Por lo menos el sentido general es claro: los misterios prometen a los fieles la salvación por el amor del

dios. La obra tiene más valor por el intenso fervor religioso que la anima, que por su belleza y perfección técnica.

El mosaico tomó prestado a menudo de la pintura sus cartones. Surgido, en el siglo IV, con sus primeros ensayos (pavimentos de guijarros naturales, llamados *pebble mosaics*), progresó enormemente hacia la expresividad gracias al uso de piedras coloradas, expresamente talladas. ¿Dónde se consiguieron estos progresos: en Sicilia o en Alejandría? Aunque se trata de una cuestión discutida, lo cierto es que este arte menor pasó de golpe al primer plano en la decoración de las casas.

La admirable *Batalla de Arbela,* del museo de Nápoles, copia, sin duda, un cuadro de Filoxeno de Eretria. El artista se entregó a complicadas búsquedas de perspectivas: su cielo listado de lanzas y sus escorzos de caballos recuerdan a Paolo Uccello. Un árbol reseco simboliza el paisaje. La composición, muy densa, se concentra, no obstante, en el gesto conmovedor y vano de Darío.

Los mosaicos de Delos tienen el raro mérito de ser obras auténticamente helenísticas y no copias romanas. En las ricas estancias vemos pavimentos que, según las piezas, ofrecen ornamentos geométricos, naturalezas muertas, animales (casi siempre marinos: delfines) o escenas mitológicas: el más célebre es el admirable *Dioniso blandiendo el tirso,* de rostro melancólico y mirada soñadora, que contrasta con la briosa pantera que cabalga.

Los artículos de Alejandría

Una civilización ha de juzgarse tanto por las pequeñas obras de las artes menores como por las grandes creaciones de las artes plásticas. En este aspecto, el período helenístico destaca con un esplendor particularísimo.

Sin embargo, la cerámica se hallaba en decadencia. Sobre un fondo ya claro (como en las hidrias funerarias de Alejandría), ya sombrío (imitación de los modelos metálicos), se destaca una decoración, que pocas veces representa la figura humana y, más a menudo, vegetal y floral. De hecho, la vasija pintada no ocupaba ya, en la vida cotidiana, el puesto de honor que tuvo durante el clasicismo. Ante todo, sufrió la competencia de la cerámica en relieve, rara hasta este momento, y que se desarrolló considerablemente: las tazas llamadas antes *megarenses* —hoy sabemos que se producían en todo el Mediterráneo Oriental— y cuyos temas se tomaban a menudo de Homero, reproducían, a bajo precio, las bellas creaciones de la toréutica.

Jamás fueron tan estimadas las vasijas metálicas. En Alejandría y Pérgamo, los toreutas trabajaban el oro, la plata y el bronce. La mayoría de las piezas del famoso tesoro de Berthouville-Bernay (en Normandía) son de época helenística, no romana: las más hermosas representan la tristeza y la muerte de Aquiles y el trágico destino de Héctor, cuyo cuerpo es arrastrado en torno a las murallas, y luego pisado: escenas patéticas y moralizantes que, con razón, se han relacionado con el arte de Pérgamo.

Con estas vasijas pueden relacionarse los lujosos lechos en bronce, guarnecido con montantes cincelados, que a menudo representan escenas dionisíacas (mulos coronados de pámpanos o el mismo Dioniso). Se llaman, indistintamente, *lechos de Delos,* por el nombre del principal centro productor, o *lechos de Boetos,* por el nombre de uno de los más famosos creadores, el maestro de Calcedonia (fig. 79).

Las series monetarias eran innumerables, ya que cada soberano deseaba tener su propia moneda, acuñada con su efigie, según una costumbre que ya habían practicado algunos sátrapas o dinastías durante el imperio persa y que se instaurará no sólo en los reinos helenísticos, grandes o pequeños, del Oriente, sino también en Sicilia, con Hierón II; en Esparta, con Cleomenes y Nabis, y en los reinos bactrianos. Tienen

valor, sobre todo, por ofrecernos una admirable galería iconográfica, en la que destacan algunas cabezas admirables, como la del gordo eunuco Filetero o de Tigranes de Armenia, con su perfil clásico y su tiara pesadamente cargada, o las de los príncipes del Ponto, sobre todo Mitrídates II y Mitrídates IV, de poderoso realismo. Las ciudades que se habían mantenido independientes siguieron acuñando moneda: las piezas de Atenas, siempre numerosas, fueron obra de grabadores negligentes y rutinarios, sin sentido alguno de la composición.

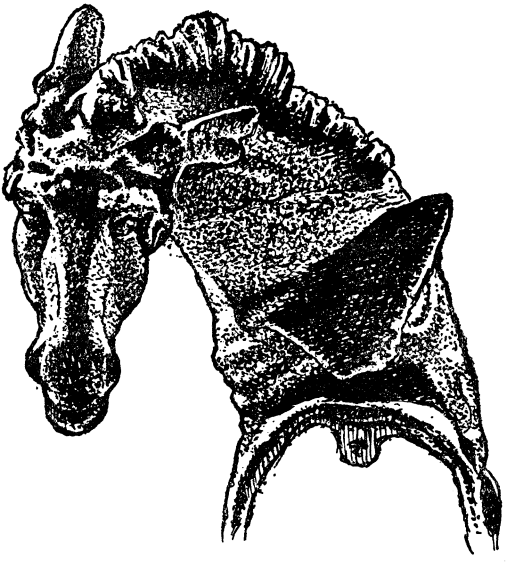


FIG. 79. Mulo dionisíaco que servía de adorno de *fulcrum*. Época helenística. Museo de Mariemont (Bélgica)

Las figurillas de terracota ofrecen la más delicada evocación de un mundo gracioso y lleno de armonía. Los coroplastas de Alejandría las realzaron con un colorido suave de tintes pastel. El centro más famoso se encontraba en el reino atálida: Mirina. Las figurillas que allí se producían, quizá menos refinadas que las «tanagras» del siglo IV, muestran una variedad casi infinita (fig. 80).

Había también juguetería artística, cristalería, medallones de bronce o yeso, camafeos, joyas de oro, de cristal o de pórfido, verdaderos «artículos de Alejandría» —en el mismo sentido en que se habla de artículos de París—, pues casi no hay duda de que la capital de los Lágidas era el centro de producción de estas pequeñas obras de arte, de exquisita gracia y en las cuales la vida se sublima en un realismo delicado, a veces caricaturesco, a menudo emocionado, en medio de arabescos que revelan una delirante guirlandomanía. Las excavaciones de Begram demuestran que eran solicitadas desde puntos muy remotos del mundo mediterráneo, donde se han encontrado con profusión, incluso en el corazón del Afganistán.

Pese a lo que se haya dicho, el arte griego no renació en la época helenística —puesto que no había muerto—; tampoco se limitó a sobrevivir —puesto que innovó y se renovó en las más variadas direcciones—.

Mostró su carácter más profundo en la expresión del hombre, con sus angustias, pero también con sus aspiraciones a una felicidad total. Hubo pocas emociones que no lograra traducir: desde los excesos de la pasión, hasta las delicadezas del idilio. Apenas hubo tema que no abordara: griegos y bárbaros, viejos y niños, belleza ideal y deformidad, y, aunque dirigido a la minoría de los ricos, encontraba a menudo su inspiración

FIG. 80. Espinario. Estatuilla de terracota encontrada en Priene, siglo segundo. Berlín Staatliche Museen

en el mundo de los humildes. No hubo caminos que no ensayara, desde el romanticismo de Pérgamo hasta el barroco de algunos relieves alejandrinos. Mantúvose íntegramente griego, porque, más que nunca, nada humano le fue ajeno.

4. FERMENTACIÓN RELIGIOSA

Al igual que en el siglo IV, no desapareció la religión tradicional. Las Panateneas siguieron escalando la Acrópolis; los atletas, midiendo sus fuerzas en la palestra olímpica; Delfos, dictando sus ambiguos oráculos; los peregrinos, invadiendo los atrios de Eleusis: todos estos santuarios seguirán siendo frecuentados mucho más allá del período

helenístico, hasta las postrimerías del mundo antiguo. Pero se había perdido el impulso de la fe y los sacrificios públicos apenas eran algo más que la excusa para un banquete en medio del regocijo general.

Escepticismo y fervor

Prácticamente moribunda a causa de la disgregación de las ciudades, la religión poliada se hundió con su derrumbamiento político. El hombre no podía satisfacer ya sus aspiraciones al más allá dentro del cuadro de las *poleis;* la mejor devoción no podía ser ya el riguroso cumplimiento del deber ciudadano. La religión colectiva se hizo individual, como era lógico en un momento en que por doquier triunfaba el individualismo.

Esta profunda crisis originó dos actitudes opuestas. Muchos cayeron en el escepticismo, que se desarrolló no sólo en algunas escuelas filosóficas, sino también, al parecer, entre el vulgo: ¿cómo era posible que el ateniense no dudara de Atena después de ver cómo Poliorcetes se proclamaba hermano de la diosa e instalaba su harén en el Partenón? Evémero (finales del siglo IV) enseñó que los dioses no eran más que grandes hombres divinizados por los servicios prestados a la humanidad, teoría que aceptaron muchos en la misma Grecia y, sobre todo, en la Roma republicana.

El nuevo culto a Tique (la Fortuna) era una forma disfrazada de escepticismo. Esta diosa no era, en resumen, más que la negación de la providencia divina y la personificación del desorden y de la casualidad, que parecían ser los únicos que gobernaban los asuntos humanos, en medio de las vicisitudes y acontecimientos caóticos. Un héroe de una comedia de Menandro reprocha su credulidad a su interlocutor: «¿Crees que los dioses se ocupan en castigar o salvar a los millones de hombres, uno por uno? ¡Qué ocupación!». Ya hemos señalado la importancia que tiene la noción de Fortuna en la historia de Polibio, que no logró conciliar bien con sus pretensiones de explicación racional. Resulta curioso comprobar la aparición de una verdadera divinidad, adorada como tal y capaz de una gran difusión (la *Fortuna Primigenia* del santuario itálico de Preneste experimentó poderosas influencias helenísticas). Incluso las metrópolis poseían su Tique, y se ha conservado la representación de la *Tique de Antioquía,* tal como salió del cincel de Eutíquides, discípulo de Lisipo: el cuerpo majestuoso y esbelto, el pie sobre el amansado Orontes, tocada con una corona de torres, la diosa refleja en su rostro una gravedad serena e incluso benévola, pero impenetrable.

Pero, en conjunto, el fervor era mucho más poderoso que el escepticismo. Manifestóse en algunas filosofías, como el estoicismo, y tenemos un admirable testimonio del mismo en el *Himno a Zeus,* de Cleanto, que convendría citar entero pero del que damos, por lo menos, la última invocación: «¡Zeus, dispensador de todos los bienes, dios de las sombrías nubes, del brillante rayo, salva a los hombres de su funesta ignorancia, disípala, oh, Padre de sus almas, permíteles encontrar la sabiduría a la cual obedeces tú y que hace que lo gobiernes todo con justicia!».

Más fuerte aún era entre la masa, aplastada por la crisis social, herida por las vicisitudes de una atormentada historia, apartada de sus

creencias tradicionales y que no podía consolarse escalando las cimas de la sabiduría. El ansia de salvación llegó a ser un tormento. Sólo consiguió apaciguarse en los cultos emocionales, incluso extáticos, que proporcionaban al fiel un contacto directo y personal con el dios que había escogido.

Unos dioses muy cercanos: los reyes

A primera vista, el culto a los soberanos, heredado de Alejandro, no satisfacía bien aquellas aspiraciones nuevas, y podía parecer una hábil maniobra de los reyes, cuyo interés en proclamarse dioses era evidente. Sin embargo, ante el fracaso de la ciudad, las esperanzas se dirigían, natural y espontáneamente hacia aquellos señores todopoderosos cuyo favor era infinitamente precioso. El peán de Hermocles en honor de Demetrio Poliorcetes expresa exactamente los sentimientos que, sin duda, se hallaban bastante generalizados: «Los otros dioses están lejos o no tienen oídos, o no existen, o no prestan atención alguna a nuestras necesidades; a ti, Demetrio, te vemos aquí mismo, no en madera o en piedra, sino realmente presente». Estas disposiciones fueron bien explotadas por los monarcas, satisfechos de poder encontrar en el culto real una garantía de poder y de estabilidad y, a menudo, también un medio de imponer una unidad espiritual al mosaico de poblaciones que constituía su reino.

Ya hemos insistido acerca de los complejos orígenes de este culto, en el que participaron elementos helénicos y orientales. Las ciudades griegas no eran las menos diligentes en la adoración: así, desde 305, Ptolomeo I recibió en Rodas honores divinos. Pero las tradiciones teocráticas de Oriente intensificaron la evolución y permitieron regularizar y universalizar cultos al principio aislados y anárquicos. Si tratáramos de descender a los detalles habríamos de introducir muchos matices, ya que el culto gubernamental era distinto del municipal.

Un buen ejemplo de la implantación del culto real nos lo ofrece Egipto. Sin duda alguna, la milenaria tradición egipcia hacía del faraón un dios, pero se trataba de imponer esta creencia a los griegos, que constituían el elemento más dinámico del reino. Ptolomeo II siguió dentro de esta línea. En Alejandría, Alejandro era honrado a la vez como dios y como héroe fundador de la ciudad. Filadelfo añadió a este culto el de su padre Soter (Salvador) e incluso el de sus parientes, a los cuales dio el nombre de Salvadores. Un paso más supuso la apoteosis de Arsínoe II, su hermana-esposa, que en vida se identificó con la Afrodita que recibía a Adonis en su palacio y se instalaba en su propio lecho, y que fue honrada por Calícrates con un templo cerca de Alejandría, consagrado a Afrodita Zefiritis. Después de su muerte, su marido la divinizó con el nombre de Filadelfo. En las pequeñas ciudades del país llano extendióse pronto su culto, de un modo especial en el nomo Arsinoíta (Fayum), que llevó su nombre. Su sede principal se hallaba en Cocodrilópolis, donde tenía como paredro un Adonis en cuyo honor se cultivaban, en un «paraíso», las flores estimadas por este joven dios de la vegetación. Al mismo tiempo, Ptolomeo se asoció en vida a la reina muerta y creó un culto a los dioses Adelfos (Hermanos). El astuto soberano triunfó así de todas las dificultades y obtuvo en vida los honores divinos, ejemplo que será seguido por todos sus sucesores.

Los sobrenombres de los soberanos son característicos del nuevo estado de espíritu: Soter (Salvador), Evergetes (Bienhechor), Epifano (que se manifiesta, como un dios en una epifanía) y Teos (Dios). Los espíritus se acostumbraban tan bien a aquellas extrañas confusiones entre lo divino y lo real, que en las postrimerías del período helenístico se asistió, con Antonio y Cleopatra, a un extraordinario intento tendente a constituir un vasto imperio teocrático: si Cleopatra se reunía con Antonio en Tarso, era Afrodita quien iba a visitar a Dioniso en su casa; el triunviro tomó oficialmente el sobrenombre de Nuevo Dioniso y entró en Alejandría coronado de hiedra, sosteniendo un tirso y calzado con coturnos, como el propio Baco; dícese que en vísperas del desastre oyóse el tiaso divino que abandonaba al *imperator*, como para dejarlo abandonado a sus solos medios humanos, él, en quien el dios había residido durante años.

Dioses trascendentes

Los cultos reales, aunque correspondieran a la mentalidad popular que hacía del hombre fuerte un dios y sirvieran a los intereses políticos de los soberanos, no bastaban para colmar las aspiraciones religiosas. Se necesitaban dioses trascendentes.

Algunos dioses del panteón tradicional, incluso aquellos cuyo éxito se había afianzado en el siglo IV, conservaban una numerosa clientela. Las miradas de todos los enfermos seguían dirigiéndose a Asclepios: con su innata benevolencia, como era representado en las estatuas o relieves de la época, compadecíase de los sufrimientos y aseguraba la curación. Las sucursales de Epidauro, sobre todo Cos y Pérgamo, se cubrieron de suntuosos edificios, que daban testimonio de su riqueza. Por otra parte, estos santuarios se convirtieron en verdaderas escuelas de medicina, a medida que los milagros iban cediendo el paso a las curaciones, gracias a los tratamientos impuestos por sus sacerdotes-médicos. Había, pues, cierta racionalización en este culto, que llevará poco a poco hacia la Epidauro romana, la cual será tanto una estación termal como un *hieron* de curación.

Al mismo tiempo siguió aumentando la influencia de Dioniso sobre los espíritus. La literatura y el arte atestiguan la profundidad del movimiento dionisíaco, que proseguía sus conquistas en Etruria e incluso en Roma. El éxtasis era la recompensa del fiel que se abandonaba plenamente a la locura inspirada por el dios, pero cada vez se imponía más una soteriología que predicaba la salvación por el amor. Desde luego, no todos los fieles comprendían la profundidad de la doctrina y, sin duda, muchos se abandonaban a las facilidades de un misticismo que encontraba en la embriaguez su principio básico; pero basta contemplar los frescos de la villa Item para comprender lo que proporcionaban a los escogidos los misterios de aquel dios que seducía al alma como sedujo a Ariadna, abandonada sobre su pecho en una inefable felicidad.

El triunfo de Oriente

Pero los dioses de Oriente tenían un atractivo, hecho, en parte, de exotismo y de misterio, al cual no fue sensible Grecia hasta después del 420, y que asegurará su triunfo durante la época helenística, tanto más fácilmente cuanto que los griegos ocupaban ahora los mismos hogares de su culto. La influencia del Asia Anterior siguió siendo conside-

rable, mientras que disminuía la de Tracia y se intensificaba la de Egipto. De momento dejaremos de lado el budismo y el brahmanismo, de los cuales tendremos ocasión de decir que ejercieron también su atractivo sobre los griegos de la *diáspora* más oriental.

La frigia Cibeles, helenizada hacía ya mucho tiempo, ganaba cada día más adeptos, sobre todo en el reino de Pérgamo, donde los romanos, un día de angustia, fueron a buscar la piedra negra, que introdujeron solemnemente en Roma, en un templo sobre el Palatino (204). Hasta la propia Alejandría fue conquistada, y un curioso documento del Museo del Cairo revela los extraños sincretismos que unían a la antigua diosa de Asia una divinidad cretense asistida por demonios guerreros, los Curetes, no sin curiosas referencias a la astrología, puesto que los planetas se hallaban también representados. El elemento más nuevo del culto fue la aparición cada vez más frecuente de Atis al lado de su divina amante, servida por eunucos, celosos imitadores de un dios que, en su locura, se había castrado. Cayeron las barreras de decencia y razón que el helenismo había opuesto durante siglos al culto metroaco, y Cibeles se mostrará en adelante, tal como era en realidad, en Frigia o en Creta: una gran madre orgiástica, señora de todos los frenesíes. Lo mismo podríamos decir de las divinidades sirias, en particular de la «diosa siria», honrada en misterios obscenos en los que se exaltaba su carácter resueltamente naturalista.

Mayor aún era el prestigio de Egipto. Los griegos mostráronse sensibles a la monumentalidad de los templos y de las tumbas, a la coherencia de una espiritualidad en que cultos, ritos y creencias, formaban un conjunto orgánico; al mensaje de inmortalidad de una religión abierta y optimista. Los cultos indígenas se mantenían aún perfectamente vivos, como atestigua uno de los más hermosos templos de la época ptolomaica, el de Edfu: sobre kilómetros de inscripciones, los sacerdotes reunieron de manera sistemática, el compendio de todos los conocimientos sagrados, geografía, astronomía, mitología y ritual, pues las fiestas conservaban su suntuosidad, tanto si se trataba del servicio diario o de las grandes solemnidades, como las de la coronación del Faraón o de la «buena reunión» (hierogamía de Horus y Hathor). En la misma Tebas, cuyo papel político había decaído, los grandes santuarios de la orilla derecha continuaron activos y bien equipados, aunque Amón perdió su crédito en beneficio de otro dios solar, Montu-Re, favorecido con donaciones por los soberanos.

Casi todos los dioses egipcios tenían sus fieles entre los griegos, que se entregaban a extrañas identificaciones: Hathor, la diosa-vaca, se convirtió en Afrodita, y Epet, la diosa-hipopótamo, en Deméter. Amón, Anubis y Horus desempeñaban un papel más importante. Pero los espíritus se emocionaban, sobre todo, ante Isis, asociada a menudo a su esposo Osiris. Desarrolló un moderado misticismo, que buscaba la comunión con la diosa no en la violencia de la orgía, sino en la conversación diaria de la liturgia y en procurar el perfeccionamiento moral. Poseemos muchas copias romanas de un *Himno a Isis* que, sin duda, se remonta al período helenístico y que, al parecer, fue escrito por un griego de Menfis, instruido en la religión egipcia. Se trata de una dulcísima letanía, traducción, mal helenizada, de algún texto religioso indígena, en que el fiel vertió su reconocimiento y su adoración por aquella a quien la humanidad debía tantos beneficios.

Incluso formas mucho más elementales de la piedad egipcia tuvieron gran éxito entre los griegos, como la zoolatría. Aparte el Apis de Menfis, estamos bien informados del santuario grecorromano de Hermúpolis, especialmente equipado para la cría de animales sagrados, con fuentes para los ibis, palmares para los babuinos y galerías para sepultar a los ibis y a los babuinos debidamente momificados: eran numerosos los peregrinos que subían a rendir homenaje a aquellos animales, concebidos como «la gran alma del dios sobre la tierra».

Aunque estos cultos penetraron en todo el Mediterráneo, el ejemplo más típico de ello lo encontramos en Delos. En la isla sagrada donde Leto diera a luz a Apolo y Artemis, no hubía lugar, al parecer, para dioses llegados de fuera. No obstante, vemos cómo se levantó en la época helenística, a mitad de la pendiente del Cinto,

una terraza reservada casi enteramente a dioses extranjeros: por un lado, sirios; por otro, egipcios. La parte Norte estaba reservada a los dioses de Hierápolis de Siria: Hadad y su paredro Atargatis, honrado como Afrodita la santa. Comprendía un teatro sagrado, aislado por un pórtico, destinado a preservar de toda mirada profana los licenciosos misterios que se celebraban en honor de la «diosa siria». La parte Sur encerraba múltiples construcciones, entre ellas, muchos templos dedicados a Isis, Osiris, Serapis y Anubis. Hecho notable: hasta la época de los romanos no se introdujeron algunas de sus costumbres religiosas, en particular, el del larar.

Nacimiento y amalgamas de dioses

Los griegos no se limitaban a veces a adoptar determinadas divinidades de poderoso potencial místico, y se formaban extraños sincretismos. En un caso privilegiado asistimos a la creación —en el sentido más cabal del término— de un tipo divino mixto. Ptolomeo I, deseoso de imponer a sus súbditos, tanto griegos como egipcios, un dios al que pudieran honrar en común, encargó a una comisión de teólogos, entre los cuales destacaba Manetón, el cuidado de elaborar la nueva deidad. Ésta fue Serapis, heredero, a la vez, de Osiris-Apis, dios funerario egipcio de Menfis, y de divinidades griegas, filántropos como Zeus o Asclepios, y místico como Dioniso, que ya Herodoto identificaba con Osiris. Briaxis, encargado de realizar la imagen del dios, le dio los rasgos de un hombre maduro, de gran barba, cabeza ceñida con el *modius*, y rostro impregnado de una infinita benevolencia.

El culto, nacido en Menfis, difundióse por Alejandría, donde Ptolomeo III reemplazó por un vasto santuario el pequeño Serapeion edificado por el fundador de la dinastía. Allí surgió el sincretismo deliberadamente buscado por Soter. La decoración escultórica era griega, a base de motivos dionisíacos. Las placas de fundación ensalzaban, en lengua griega, «al rey Ptolomeo, hijo de los dioses adelfos», y en lengua egipcia, «al rey del Sur y del Norte, elegido por Amón, hijo de Ra, Ptolomeo eternamente vivo, amado de Ptah». Poco a poco extendióse el culto a Serapis por toda la cuenca mediterránea. En particular Delos contaba con tres Serapeia, dos de ellos, muy modestos, lo cual demuestra el éxito que llegó a alcanzar entre las clases más humildes. ¡Extraño destino el de un dios que nació de la voluntad del primero de los Lágidas y de la sutileza de sus teólogos, y al que consiguieron imponer, primero, a la adoración de los egipcios, y luego a la del mundo entero!

Otras síntesis fueron más espontáneas. Así, Zeus Hipsistos (Muy Alto), que a veces era honrado con el solo nombre de Hipsistos, unió rasgos manifiestamente hebraicos a los caracteres griegos o asiáticos del dios de las alturas: bastó el doble sentido de su epíteto para que se autorizara esta fusión. A comienzos de la era cristiana, este Zeus tendió a sustituir a todas las divinidades masculinas del panteón helénico y a convertirse en un dios único, bajo la conjugada influencia del monoteísmo judío y de aquel hacia el cual se orientaba la conciencia griega (fig. 81).

Más curioso aún es el caso de la pareja semítica de Afrodita y Adonis, entronizada hacía mucho tiempo en el panteón griego y que se introdujo en Egipto por asimilación con Isis y Osiris. Desde principios del siglo III aparecieron en Alejandría

dedicatorias a Afrodita-Isis, y en todas partes donde se instaló Afrodita, aprovechando la inmensa popularidad de Isis, lo hizo también su amante Adonis, identificado con Osiris, el dios benévolo de las estancias subterráneas y de la vida sobrenatural. Las *Siracusanas* de Teócrito muestran al pueblo de Alejandría apretujándose en palacio para contemplar allí, en su radiante belleza, que la certidumbre de la muerte próxima hacía más patética aún, a su joven dios, «Adonis, el tres veces amado», por quien, especialmente las mujeres, sentían una admiración apasionada y pasional. Un documento mucho más modesto, el libro de cuentas de un seguidor de Adonis, permite

FIG. 81. Exvoto a Zeus Altísimo, procedente de Atenas. La inscripción del seno votivo dice: « Eutiquia al Altísimo cumpliendo un voto ». Siglo I a. de J. C. Berlín, Staatliche Museen

reconstruir indirectamente las Adonías celebradas en el campo por un pequeño griego: después del baño de purificación y la tonsura ritual, tomada de la liturgia asiática, llegaba el día de regocijo de la hierogamia, festejada con espléndidos ágapes; después, la jornada de luto y abstinencia, conmemoración de los funerales del dios, y, finalmente, la de los misterios, en que se interpretaba la pantomima sagrada de la resurrección.

En todas partes encontramos parecidos sincretismos. El citado *Himno a Isis* identifica ya a la diosa con Deméter. Una dedicatoria de Delos se dirige a una Isis Soteira (Salvadora), Astarté Afrodita; por consiguiente, una diosa de la salvación a la vez griega, semítica y egipcia. Una confusa aspiración hacia el monoteísmo tendía a reunir en la persona de Isis a todas las deidades femeninas del Mediterráneo Oriental. No está lejos el momento en que Apuleyo, en la admirable invocación del libro 11 de las *Metamorfosis*, nos la muestre como una potencia universal, honrada con los más diversos nombres.

Hermetismo y magia

Aparecieron nuevas formas de pensamiento religioso, pero ninguno tan importante como el hermetismo que deriva su nombre de Hermes, equivalente helénico del Thot egipcio, dios bienhechor, inventor de la escritura jeroglífica y dispensador de todas las ciencias sagradas, que medía el tiempo y escribía el destino, sabía pronunciar las invocaciones en el tono deseado y que, para los teólogos de Hermúpolis, era incluso el creador del mundo, gracias a su voz demiúrgica. En los tratados herméticos —que, por otra parte, son de época romana pero que derivan de textos helenísticos—, los especialistas no siempre están de acuerdo acerca de lo que es egipcio, griego e incluso iranio. Sea como fuere, la parte correspondiente a las antiguas especulaciones indígenas es considerable: «Los griegos —declara Asclepios es uno de estos libros (*Corpus hermeticum*, 16, 2)— sólo tienen discursos vacíos, buenos para sacar demostraciones, y ésta es, en efecto, toda la filosofía de los griegos, un ruido de palabras. En cuanto a nosotros, egipcios, no empleamos simples palabras, sino sonidos llenos de eficacia».

En efecto, el pensamiento hermético procedía por revelaciones, no a través de procesos discursivos. Era un esfuerzo total por poner en juego las fuerzas divinas destinadas a conservar en el universo su fuerza y su estabilidad. La inteligencia no se separaba de la acción, pues sólo los ritos podían dar su regularidad a los fenómenos. De esta forma, el retorno regular de la Luna estaba asegurado por el sacrificio del antílope, enemigo de la Luna. Al rey le correspondía la función de llevar a cabo los ritos estabilizadores del *kosmos:* era «el señor de la palabra que procura la paz».

La aportación egipcia al hermetismo fue, pues, considerable, aunque no es menos cierto que el pensamiento egipcio reelaboróse en términos griegos. Así, en la teoría trinitaria del dios solar Atum, creador de dos dioses que eran uno con él, que era el Todo, encontramos la transcripción, en lenguaje filosófico, de antiguas creencias indígenas.

El considerable desarrollo de la magia, que se implantó en el mundo griego como una disciplina autónoma, a semejanza de lo que era desde hacía milenios en Oriente, atestigua idénticas influencias orientales. Las *Hechiceras* de Teócrito nos ponen al corriente de extrañas prácticas que tenían por objeto recuperar al veleidoso amado. Los amuletos se multiplicaron en las tumbas. Los papiros mágicos demuestran que la magia tenía por finalidad la posesión del hechizado por un dios o un demonio, que iba a establecer su morada en él: más allá de los ritos, fórmulas, invocaciones y embrujamientos, convertíase en una forma de misticismo.

Un buen testimonio de las potencias que animaban al mago poseído por el demonio nos lo ofrece el siguiente texto, que, por otra parte, está lejos de ser único: «¡Que tu nombre y tu fluido me traigan buenas cosas! Entra en mis pensamientos y en mi inteligencia por el resto de mi vida, y haz realidad todos los deseos de mi alma. Puesto que tú eres yo y yo soy tú. Siempre he de conseguir cuanto pida. Pues yo llevo tu nombre a manera de filactero en mi corazón, y ninguna carne que actúe contra mí podrá dominarme, ningún espíritu me resistirá, a causa de tu nombre, que

poseo en mi corazón y que invoco. Encadena los ojos de cuantos me resisten, de todos y de todas, y, por lo que a mí respecta, concédeme triunfar en todo lo que emprenda».

Nuevas hermandades

Los adeptos de los nuevos dioses se agrupaban en comunidades de culto. Mientras que para las divinidades poliadas el cuadro cultural era, por definición, la ciudad, aquí, por el contrario, nos encontramos con asociaciones privadas, verdaderas cofradías en que los fieles se hallaban uno al lado de otro, puesto que escogían libremente adorar a un mismo dios.

Todos tenían cabida, griegos y bárbaros, ciudadanos y extranjeros. Aunque los esclavos se agrupaban a veces entre sí —como los Competaliastas de Delos—, casi todas las cofradías acogían tanto a los hombres libres como a los esclavos. Mujeres y hombres tenían los mismos derechos y deberes, e incluso los niños eran admitidos como acólitos. Podemos imaginar el poderoso fermento de unificación social que representaban: al mundo clásico —en que la oposición entre ciudadano y esclavo era absoluta, y en que la mujer era un tanto despreciada— sucedió un mundo nuevo en el que no había antagonismos y en el que todos los hombres sentíanse hermanos, puesto que amaban a un mismo dios y esperaban de él la misma salvación.

Había distintas clases de cofradías. Los orgeones, de varios siglos de antigüedad y que adoraban a héroes protectores, no tardaron en desaparecer. Fueron sustituidos por los tiasos, agrupaciones que practicaban el culto a un dios salvador y cuya creación, a finales del siglo v, ya hemos señalado. Los *eranoi* eran sociedades cuyos miembros pagaban una cuota y que aparecieron en el siglo III; su organización era más compleja y menos religiosa que la de los tiasos. Conocemos bastante bien, gracias a numerosas inscripciones, la vida de muchas de estas asociaciones, que desempeñaron un papel cada vez más importante en la existencia cotidiana. Así, los tiasos de tecnitas (artistas) dionisíacos eran compañías de actores, encargados a menudo por los soberanos de organizar fiestas y procesiones. El más famoso fue el de «los artistas bajo la invocación de Dioniso en Jonia y en el Helesponto», que ejercieron su actividad en toda Anatolia y que fueron patrocinados por los Atálidas.

Mas poco importaban las distinciones. El espíritu era el mismo por doquier: los participantes eran hermanos, que se reunían para rezar, celebrar las liturgias u organizar banquetes, y a quienes la muerte no separaba, puesto que a menudo la asociación tenía su propio cementerio. Estaban unidos porque habían escogido libremente a un mismo dios. La unión de los corazones estaba reforzada por la participación en las mismas ceremonias, en la misma iniciación —que, a menudo, era un bautismo de agua o de sangre—, en los mismos ayunos, en los mismos ritos, que, como la *katábasis* (descenso en la tierra), simbolizaban la esperanza en otra vida después de la muerte, y, sobre todo, participaban en el mismo mensaje de salvación. Como dice maravillosamente el R. P. Festugière, basta cambiar el nombre del dios en la famosa frase de la *Epístola a los Gálatas* (3, 28), para tener la definición de todas aquellas comunidades: «En adelante no habrá judío ni griego. No habrá esclavo ni hombre libre. No habrá hombre ni mujer. Seréis todos uno en Jesucristo».

De esta forma, la inquietud fundamental de la época —que la razón filosófica disipaba para los mejores— encontró el remedio para los

humildes en las esperanzas que les abrían doctrinas de salvación. Esta religión, fervorosa y viva, será la que adopte Roma: una religión en que la participación de Oriente no debe ser minimizada al compararla con el elemento helénico.

En aquel mundo nacería también otra religión oriental, asimismo religión de misterios y de salvación, que se impondría lentamente: el cristianismo. Aunque sean evidentes sus raíces judaicas, encontró su preparación psicológica en la religión helenística: la Trinidad, la posibilidad de un lazo de unión entre las naturalezas divina y humana, la madre del Salvador, el culto a los santos son dogmas cuyo equivalente exacto se encuentra en los reinos helenizados de Oriente, que, pese a ello, son totalmente extraños al judaísmo. Por lo demás, tal vez sea lo esencial el hecho de que, igual que los misticismos de Egipto o de Asia, enseña el amor y no el temor al Señor.

* * *

En equella confrontación de Grecia y el Oriente que supuso la conquista de Alejandro, resulta difícil medir lo que el Oriente aportó a la civilización helenística: por así decirlo, nada en la literatura, algo más en el arte, filosofía y ciencia, y casi todo en la religión.

De una manera general, todo cuanto se vertió en el molde de la lengua fue poco permeable a la influencia oriental, si bien las aspiraciones espirituales encontraron a menudo ocasión para satisfacerse en la adhesión a las creencias y a los ritos seductores y misteriosos del Oriente. Cuando esté enfermo, el griego de Egipto se dirigirá, ante todo, a un médico griego, el cual utilizará un método de diagnóstico, un tratamiento, una farmacopea casi exclusivamente helénicas. Pero si desespera de recuperar de esta forma la salud, no vacilará en ir a Tebas, a la montaña de las tumbas, para implorar la curación a Amenhotep, hijo de Hapu, «dios muy bueno», como dicen los *graffiti*, casi todos redactados en griego.

capítulo IV

Más allá de las fronteras políticas

La ampliación del *oikumene* fue quizás el fenómeno más notable de la época. Tan clara en Occidente como en Oriente, no fue, por tanto, ligada exclusivamente a la conquista de Alejandro. Afectó tanto a tierras de civilización ya antigua, como Cartago o la India, como a países aún bábaros, cual Escitia, Galia o Iberia. Por doquier, el mundo se abrió ampliamente al helenismo: con las relaciones comerciales, el arte, el pensamiento, la religión y las formas de vida griegas se difundieron lejos, lo cual determinó el fenómeno de que las civilizaciones más diversas subieran de la misma forma que la masa de harina al incorporarle la levadura.

A grandes rasgos podemos distinguir dos formas en aquella transformación general. A veces fue el esquema, bien conocido desde el arcaísmo, de la helenización gracias a las colonias establecidas en tierra bárbara: por ejemplo, sin Marsella, el occidente galo o ibero no habría sido lo que fue. En ocasiones fueron relaciones comerciales de largo alcance (muchos miles de kilómetros, en el caso de las relaciones entre el Mediterráneo y la India o la China) las que pusieron en contacto mundos que se ignoraban entre sí.

1. LA EUROPA BÁRBARA

Desde el Ural hasta el estrecho de Gibraltar, aparte la orilla mediterránea, Europa —donde los indoeuropeos casi habían eliminado a las poblaciones anteriores— siguió llevando una vida patriarcal, pese a los indudables progresos materiales y, de manera particular, la difusión general de la metalurgia del hierro. Casi en todas partes fue el antiguo sistema colonial el que permitió a los griegos introducir sus productos y abastecerse de artículos alimenticios o materias primas. Como consecuencia, el helenismo se impuso poco a poco, al menos en las regiones más próximas al Mediterráneo y al mar Negro.

Colonias de la Póntide Septentrional

El helenismo se mantuvo sólidamente en el Ponto, pese a las migraciones de nuevas tribus iranias, los sármatas, que, procedentes de la región comprendida entre el Don y Ural, reemplazaron a los escitas, en los siglos III y II, en todo el litoral Norte. Entonces quedaron confinados a Crimea, en torno a su reciente capital, Neápolis, y en los cursos inferiores del Dnieper y el Bug.

Por lo menos una ciudad sufrió gravemente la sacudida de aquellos vastos movimientos: Olbia, que, asediada en muchas ocasiones, viose obligada a pagar duros tributos, y en el siglo III cayó bajo los golpes de los escitas, antes de ser destruida por los getas hacia el 50. Al principio, la situación era menos confusa en Crimea. Una nueva Tanais se instaló en el siglo II, junto a la abrupta orilla derecha de la desembocadura del Don. Todas las ciudades se enriquecieron con magníficas moradas, mucho más amplias que las de tiempos pasados: en Quersonesos, una casa helenística poseía un baño decorado con un mosaico, debido, sin duda, a un artista local, que representa a dos jóvenes beldades desnudas, a ambos lados de un pilón de fuente en el que se mira un pájaro (fig. 82). No obstante la amenaza de los bárbaros se intensificó poco a poco. Mitrídates Eupátor, que unió bajo su autoridad a los reinos del Ponto y del Bósforo (pág. 418), reprimió una grave sublevación de esclavos escitas y corrió en ayuda de Quersonesos, atacada por los escitas y que pronto deberá renunciar a su independencia e integrarse en el reino. Su suicidio, en 63, marca el punto de partida de una irremediable decadencia.

La prosperidad general se basaba en la exportación de trigo —si bien en competencia cada vez mayor con el trigo egipcio— y del pescado salado. De esta época conocemos grandes instalaciones agrícolas, por ejemplo, una propiedad del siglo III en Quersonesos, rodeada de poderosas murallas cuadrangulares. Las pesquerías se organizaban en un plano industrial. Las fábricas de cerámica y las tejerías —también verdaderas fábricas— seguían produciendo febrilmente. Una interesante novedad fue la extensión de la viticultura —aparentemente paradójica en aquellas comarcas nórdicas— en los alrededores de Panticapea: en Mirmeción se descubrió una gran propiedad en que los lagares y las cubas de mosto se multiplicaban en torno a la casa del señor, suntuo-

samente decorada; en Tiritaca había cisternas que podían contener 5000 litros de vino.

El comercio, siempre intenso, cambió pronto de dirección: con la decadencia de Atenas, el interés se dirigió hacia el Asia Menor y Rodas. Su principio seguía siendo el del comercio colonial de los siglos anteriores: intercambio de artículos básicamente alimenticios por objetos

FIG. 82. Mujeres bañándose. Mosaico helenístico hallado en Quersonesos (Crimea), siglo II

de lujo y vino. No obstante, la ampliación, cada vez mayor, del *oikumene,* hizo de la Póntide Septentrional el punto en el que desembocaban rutas muy lejanas. Veremos cómo una larga calzada procedente de China, y que se extendía a través de Mogolia, moría en Olbia. Por otra parte, se intensificaron las fáciles relaciones con el gran Norte a través de la llanura rusa. Hallazgos de huesos y astas de reno son característicos de aquella ampliación del tráfico. Se habla de un oso polar en Alejandría. En el taller de un toreuta de Menfis se encontró un relieve en yeso que representa a una mujer, vestida con una larga pelliza y ordeñando un reno hembra, junto a un reno de pie y dos perros agachados: pintoresca evoción —muy del gusto alejandrino— de la vida en el extremo septentrional.

El helenismo de la Póntide es poco vigoroso comparado con el que encontramos en el Mediterráneo, y entre los hijos del país sólo pode-

mos citar al cínico Bion de Boristenes o al estoico Esferos, consejero de Cleomenes. Incluso dejábase influir por los indígenas que, cada vez en mayor número, se instalaban en las ciudades griegas: en la pequeña ciudad de Citea, una inscripción del siglo III se refiere a un templo dedicado a una divinidad anónima, el «dios tonante».

Helenización de los escitas

Entre las profundas transformaciones experimentadas por el mundo escita, y debidas a un largo contacto con el helenismo, no encon-

Fig. 83. Monedas del rey escita Farceo acuñadas en Olbia. Siglo I (?)

tramos ninguna tan importante como la urbanización. Los escitas tendían cada vez más a renunciar a la vida nómada y a fijarse en aglomeraciones. En el siglo II construyeron una nueva capital, Neápolis (cerca de Sinferopol), según el modelo griego. En el interior de las murallas, que seguían la tradición escita, se encontró un pórtico dórico, de tipo helenístico, con aparejo isódomo, casas decoradas con frescos, esculturas e inscripciones griegas. No lejos del recinto se levantaba el mausoleo de una gran familia aristocrática (siglo II), de construcción bastante tosca, aunque las tumbas en superficie eran desconocidas hasta entonces en Escitia. Al mismo tiempo se afianzó el poder real, como lo demuestra la aparición de la moneda, acuñada desde mitad del siglo IV por el poderoso monarca Ateo (fig. 83).

De hecho, el helenismo se infiltró profundamente en el país. Los hallazgos griegos son muy numerosos: monedas (sobre todo de Panticapea) y vasijas, principalmente

ánforas para vino, que llevan los sellos de Sinope, Tasos y Rodas. Una evolución irreversible alejó el arte de la estilización vegetal y animal, para acercarlo a la representación humana. Los pomos de las tumbas no están coronados ya por pájaros o grifos, sino por la imagen de la Gran Diosa, como en el túmulo de Alexandropol (principios del siglo III). En numerosas láminas de oro encontradas en las sepulturas vemos a la diosa sentada, con un espejo en la mano, ante un hombre con un ritón, o bien el grifo de los escitas. En las armas de lujo, sobre todo las aljabas, los animales ceden su puesto a verdaderas escenas tomadas de la vida de Aquiles, no sin curiosas particularidades locales (la educación del héroe que aprende a tirar con el arco, tal vez sea una concesión a las costumbres indígenas). No podemos por menos de pensar que esta transformación artística se desarrollaría paralelamente a una evolución religiosa hacia el antropomorfirmo.

Por otra parte, el arte grecoescita se limitó cada vez más a la representación de escenas típicamente locales: batallas, cría del caballo, héroes que tiran con el arco, que luchan o beben en un ritón, persecución de una liebre por un jinete. Mas no vayamos a ver en estas representaciones sólo relieves pintorescos, que procuran expresar, con color local, la vida de la estepa, aunque los artistas griegos que idearon los primeros cartones trabajaran indudablemente con aquel espíritu característico de la época helenística. Poderosos motivos inclinan a pensar que, para los escitas, ilustraban viejas leyendas que celebraban las antiguas hazañas de la raza.

Región balcanodanubiana

La región balcanodanubiana estaba habitada, al Este, por los tracios; al Oeste, por los ilirios, y al Norte, por los getas y los dacios. Su proximidad a Grecia había facilitado, desde mucho tiempo antes, la expansión comercial y cultural del helenismo, que aún se desarrolló en la época helenística, pese al trastorno ocasionado por la invasión de los celtas. Aún hemos de distinguir cuidadosamente entre las partes occidental y oriental.

Iliria se mantuvo poco permeable. Es cierto que las colonias griegas de la costa, Epidamno y Apolonia, siguieron progresando, pero estaban separadas del *hinterland* por barreras montañosas. Las influencias itálicas y célticas se afianzaron poderosamente: es verdad que, por así decirlo, difundieron un helenismo ya asimilado. Los objetos griegos son raros, excepto, tal vez, los vasos apulios.

Distinta por completo era la situación en la parte oriental. Las colonias griegas de ambas costas tracias ejercieron una poderosa irradiación. El Hebro y los valles del Vardar y del Morava permitían una fácil difusión de los objetos de arte y de los modos de vida. Además, los tracios estaban mucho más civilizados que los ilirios e incluso que los getodacios, lo que les ofrecía mejores condiciones para saborear el helenismo; además, la influencia de los escitas, que seguía siendo grande, favoreció aquella difusión.

En el país tracio se encuentran, pues, los más notables documentos griegos. Quizá ninguno como la tumba en cúpula de Kazanlik (Bulgaria), de fines del siglo IV o comienzos del III (fig. 84). El vestíbulo y la cámara mortuoria están decorados con frescos de excepcional lozanía. El principal representa un banquete funerario: el

difunto, sin duda un jefe odriso, está sentado, coronado de oro, ante una mesa; sostiene la mano de su esposa, mientras sus servidores llevan frutas o joyas e intentan sujetar a caballos piafantes. Tal vez la obra, de vigoroso realismo, fuese realizada por artistas griegos y, más probablemente, anatolios, aunque muchos detalles, especialmente la construcción de la cúpula, demuestran que supieron adaptarse a las tradiciones locales. De la misma época (fines del siglo IV) data el tesoro de Panagurichté

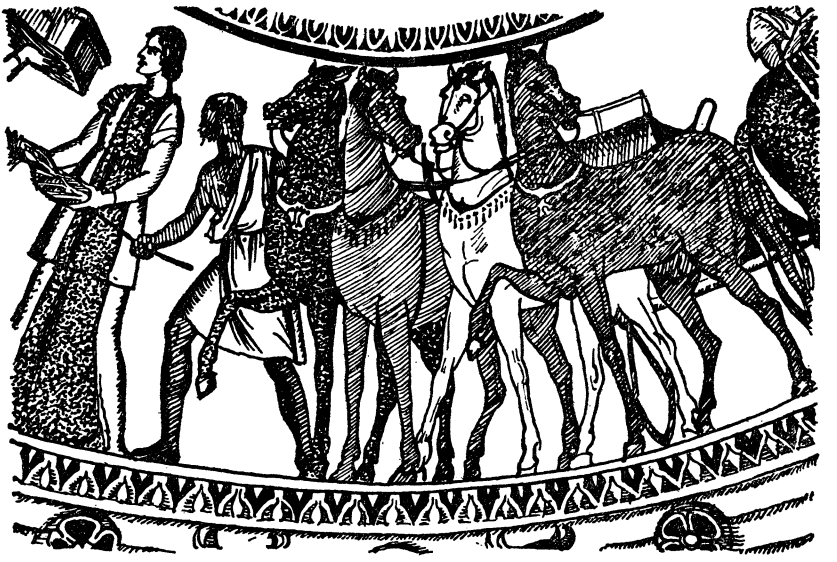


FIG. 84. Fragmento del gran friso de la cámara mortuoria de la tumba de Kazanlik (Bulgaria), siglos IV-III, friso que representa el banquete fúnebre de heroización. Sirvienta llevando joyas y esclavo reteniendo los caballos de una cuadriga

(cerca de la antigua Filipópolis), compuesto por nueve vasijas con un peso total de más de 6 kg., de oro fino: magnífico servicio, que sólo pudo ser realizado —por griegos— para las suntuosas orgías de un príncipe (fig. 85 y lám. 28).

Más notable aún que estos objetos de importación fue el arte grecotracio desarrollado por entonces. Junto a la orilla izquierda del Tonzos (hoy Tundja), Seutes III construyó, a finales del siglo IV, una nueva capital, Seutópolis, cuyas murallas abarcaban 5 Ha. El palacio real, rodeado por un cerco especial, era un vasto edificio de 40 m. de fachada, con una gran sala, decorada con incrustaciones policromadas. Las casas se ordenaban alrededor de un patio, y a menudo tenían terrazas, sostenidas por columnas de madera. El plano de conjunto era hipodámico, con un servicio de distribución de aguas en cada vivienda. Se encontraron allí gran número de vasijas, locales o griegas; entre estas últimas abundaban las ánforas de vino de Tasos. La ciudad fue asolada desde finales del siglo III. Más tardías son las grandes fortalezas dacias, cuyos descubrimientos se multiplican en Transilvania.

Las artes menores de los tracios y de los getodacios revelan idéntica influencia helenística: vasijas metálicas, plata labrada, joyas, armas de lujo, suntuosa cerámica. En todas partes se acuñaba moneda, primero imitando las estateras de Filipo y de Alejandro, y los tetradracmas de Tasos.

Finalmente, los tracios tomaron de los griegos una representación antropomorfa de su divinidad principal, el héroe representado con los caracteres de un caballero. Aunque la mayoría de los innumerables ejemplos datan sólo de la época romana, es indudable que el prototipo se remonta al período helenístico. También se helenizó la religión, y se registraron curiosas síntesis entre el héroe y Apolo o Asclepios, entre Bendis, la cazadora y Artemis o Hécate.

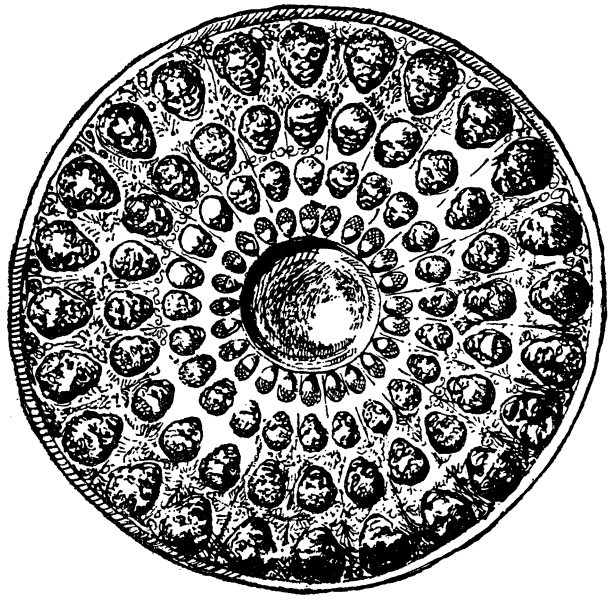


FIG. 85. Fiala de oro, finales del siglo IV. Esta fiala (diámetro 0,25 m, peso 0,85 kg) está provista de adornos repujados en círculos concéntricos alrededor de un *umbo* central: rosetones, bellotas, tres hileras de cabezas negroides. Entre los motivos, flores de loto y palmetas. Debía utilizarse como bandeja para servir bebidas. Tesoro de Panagurichté (Bulgaria). Cf. un detalle, lámina 28. Plovdiv, Museo arqueológico

El mundo céltico

Desde el siglo V, casi todo el Occidente se hallaba en manos celtas, aunque el turbulento dinamismo de este pueblo no tardó en arrastrarlo hacia otras conquistas. A principios del siglo IV ocuparon el valle del Po, en Italia, donde crearon una nueva Galia. La Galia meridional recibió nuevos inmigrantes en el siglo IV, y las islas Británicas y España, en el siglo III. Otros se instalaron en el valle del Danubio e incluso en Iliria y Tracia. Las bandas de los gálatas saquearon Grecia en el siglo III, antes de desviarse hacia el Asia Menor, donde muchos se establecieron definitivamente en Galacia. Desde 250, los belgas conquista-

ron todo el norte de Francia y una parte de Gran Bretaña. Al concluir esta expansión, la Céltica comprendía Alemania hasta el Elba, toda la Europa Central a ambas márgenes del Danubio, las Islas Británicas, Francia, Italia Septentrional, España y Portugal. Incluso Escandinavia viose afectada por las influencias célticas, debidas, en particular, a las importaciones de obras de arte. Ningún pueblo de la Europa independiente llegó a ser tan poderoso.

Desde la primera Edad del Hierro (época de Hallstatt), la civilización celta se había impregnado profundamente de helenismo, gracias a las relaciones establecidas desde Grecia por la vía danubiana, desde Italia por los puertos alpinos, y desde Marsella por el valle del Ródano. El movimiento prosiguió en la segunda Edad del Hierro (época de La Tène), sobre todo en los dos primeros períodos (La Tène I: 450-250, y La Tène II: 250-100), en que el mundo celta alcanzó su apogeo. Durante La Tène III (siglo I) registróse cierta decadencia. Las vías de penetración siguieron siendo los mismas, aunque la expansión gala hacia el Sur y hacia el Este hizo los contactos mucho más fáciles y fecundos. Por lo demás, la Céltica Occidental orientóse cada vez más hacia el Mediterráneo, y el surco del Ródano, gran ruta del estaño, adquirió una importancia cada vez mayor.

De este comercio dan testimonio, ante todo, los objetos griegos, numerosos en el mundo celta. Los marselleses importaron también en abundancia el coral rojo, originario de las islas de Hyères, del que hacía gran uso el arte galo. Las monedas griegas, sobre todo las piezas de Marsella, se encuentran en toda la Galia, excepto al oeste de una línea que va desde Normandía Occidental hasta la desembocadura del Garona, lo cual no significa que el comercio marsellés penetrara *directamente* por toda la Galia, ya que las acuñaciones marsellesas servían a menudo para el tráfico de los galos entre sí. Tal vez se remonten a esta época algunas curiosas tradiciones, que prueban la dilatada difusión del helenismo. Así, Tácito atribuye a Ulises la fundación de Asciburgium (Eskenburg, en la confluencia del Ruhr y del Rin, importante centro sobre la ruta del ámbar y del estaño).

Ningún dominio viose influido tan sensiblemente como el del arte. Es cierto que los celtas siguieron representando raramente la figura humana y que algunas obras en bulto redondo que han llegado hasta nosotros apenas muestran carácter helénico. Pero el arte decorativo produjo excelentes piezas, armas de lujo, joyas de oro, coral, esmalte y bronce, así como vasijas de bronce y vajillas de tierra. Se utilizaron motivos griegos, sobre todo hojas, palmetas y follaje, que se transformaron poco a poco y se enriquecieron con dibujos curvilíneos muy extravagantes. Las espiras sustituyeron a las hojas de las palmetas. Los follajes se convirtieron en espirales dobles. Cambió el decorado vegetal por el juego de una fantasía alegre, amante de la curva, de la asimetría, del geometrismo abstracto.

Con los intercambios se desarrolló la economía monetaria, tomada también de Grecia en la región balcanodanubiana. Extendióse ampliamente por toda la Céltica, desde Hungría hasta Gran Bretaña. Desde el siglo III, los celtas imitaron las monedas de Filipo y, especialmente, de Alejandro, y luego les sirvieron, a su vez, de modelo las piezas marsellesas y españolas. Cada tribu quería emitir sus propias monedas, la mayoría de plata, aunque también se acuñaron algunas de oro. En el siglo II aparecieron breves inscripciones en caracteres griegos o latinos:

nombres de pueblos o de reyes. Pero con el tiempo y la difusión en el espacio se simplificaron los tipos griegos de acuerdo con el gusto céltico, que rehuía el naturalismo. Disociáronse los elementos: por ejemplo, el cuerpo y las piernas de un caballo se representaron por separado. También se produjo una adaptación a las creencias indígenas, visible en los numerosos símbolos mitológicos. Llegóse a extrañas deformaciones, sobre todo en Armórica, donde motivos fantasmagóricos correspondían, sin duda, a los mitos celtas que encontramos en las epopeyas irlandesas de la Edad Media. Ninguno de los innumerables pueblos bárbaros que copiaron las piezas helénicas lo hizo con tanta libertad, fantasía y desdén por la belleza clásica.

Pero conviene señalar claramente los límites del helenismo en el mundo celta. Seducidos por las obras maestras griegas, los galos las imitaron, aunque su adaptación fue muy libre y siempre determinada por su propio temperamento, heredado del geometrismo abstracto de la Europa primitiva. Por otra parte, su espíritu, muy flexible, fue, al mismo tiempo, permeable a otras influencias, a veces muy remotas: motivos estilizados de los escitas, animales heráldicos del Irán. No menos considerables fueron las aportaciones etruscas: a su contacto se debió el que los galos de la Cisalpina, y luego los de Galia, construyeran *oppida*. Es cierto que, por lo menos en el dominio artístico, Etruria transmitió un mensaje griego ya asimilado.

Sólo en las zonas más próximas al Mediterráneo, a causa de la cercana influencia de Marsella y sus colonias, en las regiones donde el celtismo, bastardeado por el contacto con poblaciones anteriores como los ligures o los iberos, era menos puro, los celtas se penetraron de un profundo helenismo.

Marsella helenística

Marsella siguió siendo poderosa. Durante la segunda guerra púnica fue la más fiel aliada de Roma, con la cual las relaciones eran excelentes desde hacía mucho tiempo. En el siglo II, Roma la recompensó enviándole sus tropas para defenderla contra los celtoligures y dotándola de un vasto territorio, conquistado a sus enemigos a lo largo del litoral, pues hasta entonces sólo había dispuesto de unos terrenos muy reducidos. Su desafortunada elección en el conflicto entre César y Pompeyo será la causa de que pierda su libertad en el año 49 y sea absorbida por el Imperio.

Su constitución era aristocrática, con un consejo de 600 timucos y dos delegaciones, más restringidas, de 15 y 3 miembros. Un rasgo notable fue la ausencia de asamblea del pueblo. Pero no había problema social, porque los ricos no eran grandes terratenientes. Las costumbres seguían conservando su antiguo rigor en una ciudad siempre en estado de alerta a causa de la amenaza bárbara y cuya organización militar era rígida. Estaban prohibidos los espectáculos de mimo, lo mismo que los cultos orien-

tales y las dotes superiores a las 100 piezas de oro. Se conservaban las costumbres de antaño, con una desmedida afición a un helenismo a menudo en peligro: el largo vestido rozagante, a la manera jonia, seguía de moda, y de ahí las injustas acusaciones contra las costumbres de los marselleses. Lo cierto es que imperaba allí una rigidez austera, muy chocante en aquel gran puerto.

Los cultos esenciales eran los de Apolo, Artemis de Éfeso y Atenea, pero también se encontró una estatuilla de Hécate y, en una cueva vecina, gran abundancia de pequeñas vasijas, ofrecidas, sin duda, a una ninfa de las montañas. Eran aficionados a los cuentos, de los cuales, quizás sea una supervivencia el *Toxaris* de Luciano. Las representaciones dramáticas eran las más importantes, puesto que se construyó un teatro. Las técnicas progresaron, sobre todo la construcción de navíos y de máquinas de guerra: los lugartenientes de César sufrirán las consecuencias de las catapultas marsellesas. La escuela de medicina será famosa hasta plena época romana. Las artes eran el punto débil: Estrabón no sentía admiración por ningún edificio, excepto por las murallas; Vitruvio declaró que las casas estaban cubiertas de argamasa; los exvotos eran toscos, y las vasijas que se cocían, de vajilla vulgar.

La vida económica seguía siendo brillante. Circulaba una moneda abundante, estable, de aleación excelente desde la devaluación del siglo IV. Las piezas de plata o de bronce con las figuras de Apolo, Artemis y Atenea, revelaban la habilidad de los grabadores sicilianos. Se intensificaron las relaciones con Roma, aunque Marsella no se divorció del mundo griego tradicional. En las listas de proxenos o de teorodocos de Delfos figuran varios marselleses. El pueblo de Delos votó un decreto honorífico para un ciudadano, León. Lampsaco, ciudad hermana, puesto que era también fundación focense, le envió una embajada en solicitud de su apoyo diplomático, cuando trató de obtener ayuda de Roma contra Antíoco III. Pero la verdadera originalidad de Marsella fue la red de colonias que logró establecer en la costa, y que le permitió canalizar todo el comercio de la Galia Meridional y de la Iberia mediterránea.

Los celtoligures de Provenza

Desde tiempos inmemoriales, la costa extendida desde la desembocadura del Ródano hasta el Arno estuvo ocupada por pueblos primitivos, no indoeuropeos, los feroces ligures. En Provenza se mezclaron con la nueva oleada de invasores celtas (siglo IV), lo cual dio origen a una civilización mixta. Formóse una poderosa confederación celtoligur, la de los salios, con Arles y Entremont (en las proximidades de Aix-en-Provence) como centros principales. Aunque a menudo las relaciones con Marsella fuesen tensas, no tardaron en establecerse lazos comerciales, en tanto que los celtas se mostraron más sensibles al helenismo que los ligures. Por otra parte, Marsella se hallaba poderosamente fortificada y poseía en Saint-Blaise una admirable avanzadilla, que sólo destruirán los lugartenientes de César. Sus comerciantes estaban bien protegidos. Por lo general eran acogidos cortesmente, en cumplimiento de acuerdos firmados con los indígenas del interior. Una mano de bronce (de co-

mienzos del siglo I) encontrada en Alta Provenza representa una tésera de hospitalidad con los velauni, tribu de los Alpes Marítimos.

Los *emporia* de la costa provenzal seguían actuando como sucursales del comercio marsellés, en un país bastante rudo donde lo mejor era vivir al amparo de sólidas murallas. Además, en el siglo III los marselleses se instalaron en Glanon (Saint-Rémy-de-Provence), en la desembocadura de desfiladeros que atravesaban la pequeña cadena de Alpilles, en un yacimiento indígena agrupado en torno a un santuario de las aguas. Se desarrolló una bella ciudad helenística, centro de negocios y población de recreo. Alcanzó su apogeo en el siglo II: las casas tenían una planta semejante a la de las mansiones delias, y la construcción, en aparejo helénico, era muy cuidada. De esta época datan un templo, un monumental ninfeo levantado alrededor de la fuente sagrada —cerca de la cual se encontró una dedicación a Apolo curador— y un relieve de mármol que representa a una Estación bailando, de trabajo sobrio y firme (Museo de Munich). Pero el siglo I asistió ya a la romanización de Glanon, tras la ocupación del país por Mario: una sillería irregular reemplazó a los paramentos isódomos, y el plano de las casas experimentó la influencia itálica.

Al parecer, esta implantación de una colonia en el interior fue única. Pero el comercio basta para explicar la rápida helenización de los celtoligures. Se introduce el cultivo del olivo y de la vid, aunque en un área bastante restringida. Los *oppida* fueron fortificados según las técnicas griegas, con muros de buen aparejo, que contrastaban con las murallas de la Galia cabelluda. El culto a Dioniso difundióse con el gusto por el vino. Los celtas empezaron a escribir su lengua en alfabeto griego: subsisten en Provenza unas cuarenta inscripciones celtogriegas bastante enigmáticas, entre ellas, las famosas dedicaciones a las Madres (diosas galas de la Fefundidad) de Glanon.

Sobre todo formóse un arte celtogriego, conocido esencialmente por los hallazgos de Entremont y Roquepertuse. Los temas son célticos, pero la técnica está claramente tomada de los griegos. Es cierto que esta escultura se mantuvo bastante bárbara, y extraña el que, nacida en los siglos III y II, recuerde a menudo el arcaísmo griego, como si los escultores principantes se hubieran encontrado ante los mismos problemas y, para resolverlos, hubiesen recurrido a idénticos convencionalismos. Pero si comparamos estas piezas celtogriegas con cualquier escultura puramente celta, como la cabeza hallada en Msecke-Zebrovice (Bohemia), con su extraña estilización, o el dios del jabalí de Euffigneix (Alto Marne), descubriremos los evidentes progresos realizados bajo la influencia mediterránea.

La influencia helénica es visible, de manera particular, en el *oppidum* principal de los salios, Entremont, destruido por los romanos en 122. En una llanura triangular, circuida por una muralla, se desarrolló una vasta ciudad, dividida en alta y baja; la primera incluía las casas de los jefes y los santuarios, y la segunda, las viviendas y los talleres en que se trabajaba el metal, el cuero, la tierra. El plano es helenístico, con su característica disposición en cuadro y sus largas calles, pero las casas de piedra seca o de adobes, cubiertas con ramaje, ofrecen un aspecto ruin al lado de las de Glanon. Los objetos helenísticos son numerosos (tazas «megarenses»), todos ellos importados de Marsella. Las monedas, que se encontraron allí en gran número, son esencialmente marsellesas (un tesoro comprende cerca de 1500), aunque también haya piezas alóbroges y denarios republicanos.

Un camino enlosado conducía al «santuario de los espíritus», situado en la parte alta. En él se hicieron asombrosos descubrimientos: pilares vaciados por alvéolos en forma de cráneo, que alternan con relieves de cabezas cortadas; estatuas de jefes en atuendo guerrero, en posición sedente, agachados o a caballo, con la mano izquierda sobre una máscara, que representa una cabeza cortada, y sosteniendo con la derecha un rayo de hierro. Aquí, los grandes jefes muertos se honraban, heroizados bajo la forma de Taranis, dios del rayo que los romanos identificarán con su Júpiter. En cuanto a las cabezas cortadas, no eran forzosamente las de enemigos decapitados, pues

FIG. 86. Pilar decorado con dos cabezas cortadas, arte celtoligur de época helenística Observar los ojos cerrados o semicerrados, simbolizando la muerte. Descubierto en Entremont, cerca de Aix-en-Provence

sabemos que los galos embalsamaban las cabezas de sus reyes difuntos y las guardaban celosamente: Posidonio, que visitó Galia a principios del siglo I, nos dejó un macabro relato sobre ello. Culto a los héroes, convertidos en demonios protectores, cuyo *mana* convenía conservar en el *oppidum;* y culto a la cabeza cortada, eran las creencias más profundas del mundo celta, perpetuadas en Entremont, aunque tomando de los griegos los medios de expresión plástica. La inspiración se mantuvo sensiblemente indígena —con una punzante emoción ante la muerte, terrible y fraternal a la vez, puesto que proporciona acceso a la apoteosis—, pero la técnica era griega (fig. 86).

Los antiguos captaron este vasto movimiento de helenización que, en el espacio de tres siglos, conquistó la Galia Meridional. César declara que había una civilización *(cultus)* y un humanismo *(humanitas)* en la Narbonesa, que no se encontraba en la Galia cabelluda. Según Estrabón (4, 1, 5), «los marselleses habían convertido a su ciudad en una gran escuela para los bárbaros y transformado a los galos en filhelenos hasta tal punto que escribían sólo en griego sus contratos de negocios». Justino, abreviador de Pompeyo Trogo, fue más claro aún, si bien un

cierto énfasis retórico daña al famoso pasaje en que exclama: «Bajo la influencia de los focenses, los galos mitigaron y abandonaron su barbarie y aprendieron a llevar una vida más tranquila, a cultivar la tierra y a rodear de murallas las ciudades, a vivir bajo el imperio de las leyes más que bajo el de las armas. Fue tan brillante el progreso que parecía no que Grecia hubiera emigrado a la Galia, sino que Galia se hubiera trasladado a Grecia» (43, 4).

Iberos y celtas del Languedoc-Rosellón

Estos testimonios valen también para la región comprendida entre el Ródano y los Pirineos, no menos sometida a la influencia de Marsella, pero distinta desde el punto de vista étnico: unos celtas, los volcos, se habían superpuesto a los iberos, población no indoeuropea bastante afín a los ligures, para dar origen a una civilización sincrética en que una aristocracia céltica se impuso a los indígenas, que se mantenían muy aferrados a sus tradiciones. En la baja llanura del Languedoc-Rosellón, tachonada de estanques, vivía una población densa, en *oppida* instalados en los límites de la montaña, a menudo en la desembocadura de valles que permitían transportar el mineral al mar —cobre de Corbières y de la Montaña Negra, por el Hérault y el Orb; estaño de las lejanas Casitéridas, que llegaba por el Aude, punto final de una larga ruta—, o en la región próxima a los Pirineos, en la desembocadura de una ruta terrestre por la que se expedían los productos de las ricas minas cantábricas.

Los marselleses habían comerciado desde siempre en la región comprendida entre Hérault y los Pirineos, que les interesaba por sus recursos en trigo y, sobre todo, en minerales. En la desembocadura del Hérault instalaron su única colonia en tierra gala al oeste del Ródano: Agate (Agde). Las excavaciones descubrieron en el cerro donde aún se encuentra la ciudad alta, una pequeña aglomeración helénica, con numerosas tejoletas marsellesas y campanias, y dos inscripciones griegas (una dedicación y una carta privada). Pero, desde el siglo IV, la zona comprendida entre el Ródano y el Hérault fue conquistada a su vez, a medida que los celtas se instalaron en ella. De esta forma, entre el Ródano y los Pirineos, abrióse un magnífico campo de expansión al comercio griego, que dejó innumerables vestigios en los *oppida,* vasijas y monedas.

Estas relaciones explican los préstamos de civilización hechos por los indígenas. La arquitectura se perfeccionó: las fortificaciones eran cuidadas; las casas, rudimentarias y de una sola pieza, eran sostenidas por una columna cuyo capitel trataba de imitar, desmañadamente, el jónico o el dórico. Por lo menos en la región de Nimes se desarrolló una escultura celtogriega, muy afín a la de Provenza, y cuyo tipo más notable es el guerrero de Grézan.

Apareció una moneda local, con el nombre de la ciudad en caracteres ibéricos (Narbona) e incluso griegos (Béziers), o bien el nombre de la tribu celta (Longostaletas) o de su rey, que se engalanaba en griego, con el título de *basileus*. Por otra parte, iberos y griegos se habituaron a escribir su lengua en caracteres griegos, lo que resulta particularmente extraño referido a los iberos, que tenían su propio alfabeto: poseemos una inscripción iberogriega sobre una lámina de plomo de Elna (Pirineos Orientales) y unas veinte celtogriegas. Estas últimas, halladas esencialmente en la región de Nimes, figuran en monumentos de claro tipo galo: capitel o fuste de columna votiva (capitel de Montagnac, en el Hérault) y altas estelas funerarias, coronadas por una pirámide (monumento de Escingoreix, en Nimes).

Incluso la religión pareció transformarse. Estrabón afirma que «también los ritos de los sacrificios se helenizaron» (4, 1). En adelante, el osario será, normalmente, una crátera. En la pila mortuoria se rompían unas copas, que se encerraban en la tumba. Se trata del ritual griego de los funerales, que consagraba la muerte al Dioniso infernal, para asegurar su salvación eterna. Así, pues, el comercio del vino y de vasos para beber fue también vehículo de creencias dionisíacas. En el *oppidum* de La Roque, cerca de Fabregues (Hérault), se descubrieron, en las casas, altares-hogar para el culto doméstico, junto a curiosas vasijas horadadas en el fondo antes de la cocción, costumbres que, sin duda, no eran sino importadas. Por otra parte, algunas divinidades recibieron nombres helénicos: el culto a Heracles era antiguo a lo largo del camino que llevaba su nombre, y en él se nos señala a la ninfa Pirene, que el héroe habría seducido a su paso, y una Afrodita Pirenea.

Ningún testimonio ofrece mejores pruebas de estas aportaciones que el de Ensérune, *oppidum* situado entre Narbona y Béziers, en el que se realizaron excelentes excavaciones. Hacia 250, una ciudad iberocelta reemplazó a la ciudad ibera. Se extendió mucho, siguiendo un plano escaqueado hasta su destrucción por los cimbrios (hacia el año 100). Reconstruida, subsistió hasta tiempos de Tiberio, época en que los habitantes abandonaron definitivamente las montañas por la llanura. El comercio marsellés transportó allí los productos mediterráneos, sobre todo el vino (se han descubierto ánforas timbradas de Rodas). Abundaban las monedas, más de una cuarta parte de las cuales procedían de Marsella —las otras eran acuñaciones de ciudades indígenas de la región o de los volcos, piezas de las colonias españolas o denarios republicanos—. Grandes *pithoi* llevan como emblema espigas de trigo, racimos de uva o columnas jónicas.

Así, desde los Alpes a los Pirineos, la Galia Meridional era realmente una «Galia griega», por usar la expresión de Justino; mas no porque Marsella ejerciera una supremacía política, sino porque su comercio difundió ampliamente unos gustos y un estilo de vida nuevos. Era radical la diferencia con la pura Céltica del interior, donde la civilización se mantenía más ruda y más estrictamente gala, pese a las innegables aportaciones griegas. Desde 125, Roma, que necesitaba asegurar las comunicaciones con sus provincias españolas, ocupó el país y, en torno a Narbo Martius como capital, no tardó en crear una pro-

vincia, la Transalpina, que después de Augusto llevará el nombre de Narbonense. La conquista modificó en seguida las relaciones de fuerza, aunque Marsella, hasta 49, se mantuvo independiente e incluso se le asignó un vasto territorio. Pero los *oppida* de Provenza, que opusieron resistencia, fueron salvajemente destruidos, y los del Languedoc, que prefirieron someterse para subsistir, orientaron también deliberadamente su comercio hacia Italia, como atestigua la abundancia de monedas romanas encontradas. Marsella se había extinguido ya, antes de su ruina política, y la gran ruta construida por los romanos, la vía Domiciana, pasaba intencionadamente lejos de Agde, otrora centro principal de su comercio. Roma tomó el relevo en la ciudad focense, que en la época romana fue sólo una ciudad muerta, universitaria, celosa aún de su helenismo, preservado durante tantos siglos. Pero no desapareció la impronta dejada en el Midi francés: si la Narbonesa registró una incomparable civilización, debióse a que desde el alto arcaísmo fue surcada por los comerciantes griegos y penetrada de su civilización.

Los iberos de España

La población ibérica se mantenía en la costa mediterránea de España y en el país de Tartesos, mientras los celtas ocupaban toda la Meseta, mezclándose íntimamente con los autóctonos, en el alto valle del Ebro, con el nombre de celtíberos. También entre ellos era antigua la helenización, lo mismo que entre sus hermanos celtizados del Languedoc-Rosellón.

La principal colonia de Marsella, Emporion, conoció brillante desarrollo. La ciudad estaba situada en la tierra del Ampurdán, rica en trigo, entre las desembocaduras del Fluviá y el Ter, que permitían fáciles relaciones con el interior. La ciudad nueva (Neápolis), levantada en el continente quizás desde fines del siglo VI, frente al islote de Paleópolis, extendióse tanto que se hizo necesario el engrandecimiento de su recinto. Casi todos los monumentos datan de la época helenística: un ágora, bordeada por un pórtico, al lado de una gran cisterna; un templo de Asclepios, en el que se encontró la admirable estatua cultual, de estilo fidiesco; casas, muchas de ellas de tres o cuatro piezas, decoradas a veces con mosaicos, uno de los cuales lleva una dedicatoria al Buen Demonio. Al lado mismo, la aglomeración indígena de Indica.

Las relaciones comerciales con los indígenas se basan en el trueque de productos mineros y trigo por vino, aceite, vasijas y objetos de arte. También esto supuso una rápida helenización, visible, sobre todo, en el arte ibérico. Las construcciones, bien aparejadas, utilizaban a veces columnas griegas. Verdaderos templos *in antis* se levantaron en el Cerro de los Santos y en el Llano de la Consolación. La escultura vivió su apogeo desde el siglo IV y, sobre todo, en el III, y siguió produciendo interesantes obras hasta comienzos del Imperio. Los santuarios proporcionaron una estatuaria tan abundante como original, que constituye un rico bestiario al lado de la figura humana. Sólo en el Cerro de los

Santos se encontró un impresionante conjunto de 200 estatuas de mujeres vestidas o de orantes.

La pieza maestra, la *Dama de Elche,* goza de una merecida fama. No sabemos qué admirar más: si el rostro afligido, o la dura majestad, o la sobrecarga decorativa: peinado complejo, coronado con una mitra, venda plana de la que pende, a ambos lados de la cabeza, una gran rueda de *umbo* central, rico collar de tres vueltas. Esta mujer enigmática, reina o sacerdotisa, es un tipo local muy notorio, y su atavío recuerda algunas obras cartaginesas; pero la técnica es sin duda griega, especialmente en el modelado del rostro y en el ropaje de la camisa, chapado sobre el cuerpo, y de la capa de gruesos pliegues. Es difícil creer que un artista capaz de realizar un retrato de tan bella expresividad, pudiera tomar lecciones en un lugar que no fuese un taller helénico. La fecha de esta obra es, evidentemente, más tardía de lo que se creía antes, cuando se buscaban paralelos con el arte ático del siglo V: debe remontar sólo a comienzos de la época helenística (en opinión de algunos, a mitad del siglo IV), lo mismo que las grandes estatuas del Cerro de los Santos.

El arte menor se nos muestra no menos helenizado. Los bronces de los santuarios de Despeñaperros y de Castellar de Santiesteban, muy adornados también a la manera oriental, muestran gran influencia griega. Las figuritas de terracota, en especial las de Ibiza (Mallorca), atestiguan, a la vez, aportaciones griegas y púnicas. Pero la gran pintura y la cerámica son de inspiración totalmente helénica. En los vasos, una rica decoración de animales y figuras humanas reemplaza, desde el siglo IV, los motivos geométricos. La cerámica de San Miguel de Liria representa escenas de caza, de pesca o de ceremonias rituales, con una expresividad algo bárbara.

Es preciso reconocer los límites de esta helenización, que decrece rápidamente, a medida que se penetra en la Meseta, y que no cerró el paso a otras influencias, especialmente la cartaginesa. Pero la transformación que entrañó no fue menos profunda, como en la Galia Meridional. En estas dos zonas es característico que una de las creaciones más brillantes de la civilización griega, la estatuaria, fascinara a los indígenas hasta el punto de adaptarla para expresar sus propias concepciones. También aquí, cuando los romanos conquistaron España a los cartagineses —la intervención romana se inició en 219, con el primer desembarco de tropas en Emporion, mucho antes, pues, que en la Transalpina—, encontraron, gracias a los griegos, un país que no era en modo alguno bárbaro.

2. EL MEDITERRÁNEO MEDIO

A comienzos del período helenístico, el Mediterráneo Medio estaba repartido entre dos repúblicas aristocráticas, primero aliadas y muy pronto rivales, Cartago y Roma, en las cuales la influencia del helenismo era más intensa aún que en las naciones bárbaras de Europa.

Transformaciones de Cartago

La vieja colonia fenicia no se confinó en su aislamiento de los siglos anteriores. Pero su apertura agravó aún más las perturbaciones

sociales. El pueblo, exasperado ante el poder de la aristocracia, reivindicó sus derechos después de las derrotas de la primera guerra púnica y la revuelta de los mercenarios. Una gran familia, los Bárquidas, apoyándose en el pueblo, lanzóse, en España, a empresas personales que recuerdan las de Alejandro y de los diadocos. Sucesivamente, Amílcar (que desembarcó allí en 237), su yerno Asdrúbal y su hijo Aníbal, extendieron su poderío. El Estado que crearon, basado en un ejército de mercenarios, tenía mucho de los caracteres de una monarquía helenística. Practicaron una política de asimilación, se casaron con princesas iberas, fundaron Cartago Nova (Cartagena) como capital, acuñaron monedas, en las que se representaban como reyes, con la cabeza tocada con una diadema.

Cartago reanudó su comercio con el mundo griego, después de una interrupción de casi dos siglos. Las relaciones eran estrechas, de manera particular con el Egipto lágida, Rodas y Campania. La moneda apareció ya en el siglo IV —y, en la Sicilia púnica, a finales del V para el pago de los mercenarios—: su patrón fenicio era el mismo que el de los Ptolomeos. Los comerciantes cartagineses eran numerosos en Atenas y Delos. Tebas tenía un proxeno en Cartago. Plauto, inspirándose en una comedia griega, hace desembarcar un comerciante púnico en Calidón, donde tenía un huésped. El negocio se basaba en el intercambio de productos manufacturados griegos por artículos alimenticios del Mogreb y minerales importados del África negra (oro de los placeres de Gambia) o de las Islas Británicas (estaño). Los objetos helénicos eran numerosos en la propia Cartago o en las necrópolis del cabo Bon: cerámica, bronces, marfiles. Una hermosa vasija plástica, originaria de Alejandría, lleva una cabeza de hombre en la tapadera y una rana debajo: símbolo egipcio de la resurrección.

En consecuencia, el arte se transformó, aunque no el gran arte: los templos eran de tipo fenicio, y sólo tardíamente su decoración esculpida se inspiró en modelos griegos. Pero la escultura religiosa y funeraria se helenizó. Las estelas del *tophet* adoptaron la forma de un templete con frontón, acróteras, entablamento, columnas jónicas. Aparecieron símbolos religiosos o elementos de decoración originarios de Grecia (Hermes, Sátiro, crátera, enramadas). Los sarcófagos descubiertos en la «necrópolis de Rabs», en Santa Mónica, tienen una tapa decorada con estatuas de divinidades: el mejor de ellos lleva una Tanit, identificada con Isis y vestida con un ropaje que imita la piel de un pájaro. Los coroplastas copiaron las terracotas sicilianas, y los broncistas, los oinocoes italiotas. Estas influencias pueden explicarse, en parte, por la instalación en Cartago de artistas griegos, el más famoso de los cuales fue el escultor Boetos.

También los espíritus fueron sensibles al prestigio de los cultos griegos. En el momento de la alianza acordada entre Aníbal y Filipo V, inmediatamente después de Cannas, los dioses invocados en el juramento de los cartagineses llevan nombres helénicos, como si el púnico hubiera querido demostrar que los dos panteones eran afines. Deméter y Coré fueron solemnemente introducidas en 396, para expiar un sacrilegio cometido por Amílcar durante el asedio de Siracusa. Se les consagró un templo en la colina de Bordj Djedid y se les dedicó un culto a la manera griega por mujeres griegas instaladas en Cartago. Las excavaciones pusieron al descubierto numerosas vasijas para libaciones múltiples *(kernoi)*, y en las tumbas, estatuillas de las dos diosas, una sosteniendo a la otra, de factura griega. Desde el siglo IV, Dioniso se identificó con un

dios niño cananeo, Shadrapa. Sobre estelas funerarias del *tophet* aparecen signos dionisíacos: crátera, hiedra, vid, Sátiro itifálico. En el interior de las sepulturas se encontraron racimos de uva y *phalloi*.

Apareció una nueva escatología, que respondía a las mismas angustias que las del mundo helenístico. La práctica de la incineración, tomada de los griegos, atestigua la creencia en un alma sutil liberada por el fuego. Los motivos que simbolizaban aquella alma, esfinge y sirenas, abundaban en las tumbas, como en la de un príncipe númida en Dugga (siglo II). Se dirigían a Deméter y Dioniso para implorarles la salvación eterna, pues no bastaban las viejas creencias en la sombría caverna del *skheol*.

Es cierto que todas estas aportaciones fueron superficiales. El arte púnico siguió fabricando perezosamente su pacotilla tradicional. Los dioses esenciales eran aún Baal Amón y Tanit, y a duras penas logró humanizarse el terrible culto que se les rendía en el *tophet*, con la sustitución de los niños por animales en los sacrificios. Aun abriéndose ampliamente al Mediterráneo, es decir, al mundo griego, Cartago se mantuvo fiel a su pasado semítico.

En el imperio de Cartago

Al parecer, la influencia griega se difundió parcialmente en el vasto imperio que Cartago se fue creando poco a poco.

Ya hemos señalado el caso de España, donde coexistían colonias púnicas y griegas. Córcega y Cerdeña, donde el elemento indígena (ligur en la primera, ibero en la segunda) se mantenía predominante, tuvieron que aceptar la hegemonía de Cartago y soportarla hasta su anexión por Roma en 238. Pero la influencia helénica era también palpable. En Córcega, las recientes excavaciones han demostrado que Alalia seguía siendo griega en parte. En Cerdeña, donde se encontraron algunas inscripciones griegas, Olbia mantenía relaciones comerciales con Marsella.

El Mogreb, al principio dominado parcialmente por los púnicos, siguió penetrado de tradiciones cartaginesas incluso después de la caída de la metrópoli; pero, a su vez, progresó allí el helenismo. Se desarrollaron ciudades y posteriormente se formó en Cirta (Constantina) un triunvirato, que sería de origen campanio. En el siglo IV aparecieron, en el Marruecos Septentrional y en el Tell argelio-tunecino, reinos bereberes (sería mejor decir, referido a esta época, moros y númidas). Sus reyes adoptaron luego un protocolo áulico oriental, instauraron un culto real y acuñaron moneda. Copiaron el Estado bárquida de España, como demuestra el estudio de los tipos monetarios. Fue, pues, en segundo lugar la influencia griega la que hizo de ellos reyezuelos helenísticos.

Las recientes excavaciones en Marruecos han puesto al descubierto muchos poblados que, conservando las formas de vida púnicas y, en particular, viviendas rudimentarias, se abrieron a la influencia griega. Tamuda, a 15 km del mar, en la región de Tetuán, conoció un urbanismo hipodámico, con un ágora y plano escaqueado. Lixos, antigua factoría fenicia en la desembocadura del Lucos (frente a la actual Larache), poseía dos templos helenísticos, dedicados sin duda a Heracles-Melkart, construidos en excelente mampostería, al igual que la muralla que la rodeaba, hacia el año 100. Sala, en el estuario del Bu Regreg, tenía una construcción en aparejo helénico. En el interior, Volubilis, fortificada también con una sólida muralla, poseía tres templos prerromanos, uno de ellos, de tipo púnico, y los otros dos, de tipo griego. Monedas de Tingi (Tánger) llevan una cabeza de Ceres. En Lixos se encontró un Hadad representado como Océano. Los admirables bronces griegos de Volubilis o de Lixos fueron

introducidos por el comercio ya en la época helenística o reunidos sólo por Juba II, lo cual se discute. En todo caso, lo cierto es que se comprueba en todas partes la penetración del helenismo, pese a la resistencia de la civilización púnico-mauritánica, y que sólo puede atribuirse a la deliberada voluntad de los reyes moros, helenizados mucho antes de Juba II.

Una Roma griega

En Roma, la helenización era ya algo antiguo. Las dos fechas esenciales son: el 343, en que se firmó un acuerdo con Capua que dirigía los intereses y las curiosidades hacia una zona profundamente helenizada; y el 272, en que fue ocupada Tarento, lo cual puso fin a la conquista de la Magna Grecia. Desde entonces aceleraron el movimiento los contactos políticos y militares con el mundo helenístico, la progresiva conquista de la cuenca oriental del Mediterráneo y la afluencia de esclavos orientales. En vano tratarán de detenerlo espíritus descontentos: Catón el Viejo dictó leyes suntuarias, pero aprendió el griego en su vejez; en 186, el Senado reprimió duramente las bacanales, sin conseguir expulsar a Baco ni vencer el misticismo. Si fue irresistible, debióse a que las condiciones sociales habían evolucionado profundamente. La ciudad se repartió entre la aristocracia y la plebe, igualmente ávidas de goces. El poder autocrático de los reyes de Oriente fascinó a los espíritus más nobles, y no está lejos el momento en que *imperatores* sin escrúpulos impondrán su ley al Estado. El pueblo era sensible a la predicación radical de algunos pensadores políticos griegos.

Apareció el gran comercio, siguiendo el ejemplo griego. A partir de 326. Roma acuñó en Campania sus primeras monedas de plata, los «didracmas romano-campanios». Inicióse bastante pronto en la economía monetaria, para abandonar, desde 289, el patrón griego en beneficio del sistema libral o para trasladar, desde 269, sus talleres al interior de la ciudad. En 179 construyó en Ostia un gran puerto de tipo helenístico. Desde entonces, los *negotiatores* y los banqueros de Italia no se diferenciarán de sus competidores orientales, como no sea por su mayor avidez.

La transformación más clara se produjo en las costumbres de la vida cotidiana. La casa tradicional, con *atrium*, fue rodeada, en la parte posterior, de un peristilo. Los suelos se cubrieron de mosaicos, y las paredes, de pinturas, de las cuales conservaron buenos modelos Pompeya y Herculano. El viejo mobiliario de madera fue sustituido por mesas de mármol y lechos de bronce. Los ricos se aficionaron a los vestidos suntuosos, a los banquetes en que se sucedían los platos más refinados. El cuadro urbano se embelleció, no sólo porque se construyeron nuevos edificios, sino porque los saqueos acumularon allí las obras maestras del Oriente. Sila trajo un capitel del Erecteion, y el navío, cargado de obras de arte, hallado a la altura de Madhia (Túnez), quizá transportara su botín. Verres está lejos de ser un caso aislado.

Las consecuencias sobre el espíritu público resultaron funestísimas. La vieja sociedad patriarcal se hundió. Discutióse la autoridad del padre de familia. Se multiplicaron los matrimonios por interés y los divorcios. La austeridad de antaño dejó paso a una desenfrenada búsqueda del placer.

El círculo de los Escipiones

Pero el helenismo era semejante a la «caja de Pandora». Un nuevo refinamiento apareció en algunos círculos aristocráticos, sobre todo en torno a los Escipiones. Ya Escipión el Africano, que escandalizó al afeitarse todos los días y pasearse vestido a la griega, era amigo de Ennio. Escipión Emiliano, que había tenido maestros griegos y disponía de la biblioteca del rey Perseo —que trajera consigo Paulo Emilio— rodeóse de íntimos de gran categoría, ya griegos, ya ganados a la causa del helenismo: Polibio, Lelio (apodado «el Sabio»), Terencio, Panetio de Rodas...

En aquel círculo se pensaba atrevidamente. El gobierno del pueblo era considerado como el peor de todos, y se justificaba la toma del poder por aristócratas esclarecidos. Progresaba el escepticismo, aunque la religión se consideraba como un magnífico instrumento en manos de un político hábil. El estoicismo ejercía una gran atracción. Se despreciaban las formas vulgares del helenismo, que corrompían las costumbres. La censura de Emiliano recuerda la de Catón: Escipión declara al pueblo que «quiere serle útil como un collar guarnecido de clavos lo es a un perro», y expresó su rotunda desaprobación al visitar una escuela de danza. Se imploraba y practicaba la simplicidad y la pureza: Tubero ofreció una comida tan frugal en los funerales de Escipión que el pueblo murmuró. En resumen, los representantes más prudentes de la aristocracia se iniciaron embelesadamente en las más depuradas formas del helenismo, y desdeñaron sus aspectos más viles.

Despertar de la literatura y del arte

Conviene, sobre todo, referirse a las formas depuradas, gracias a las cuales Roma conoció un prodigioso despertar.

La literatura, rudimentaria hasta entonces, nació, en realidad, durante la segunda mitad del siglo III. Aparecieron, ante todo, el teatro y la epopeya. Tragedia y comedia reemplazaron a formas dramáticas primitivas, indígenas o procedentes de los etruscos o los oscos, y tomaron sus temas de Grecia. Este fenómeno resulta claro en la comedia de costumbres griegas, la *palliata* (del nombre del *pallium*, manto griego). Como es lógico la epopeya encontró su inspiración en las grandiosas luchas de Roma contra Cartago, pero todos los procedimientos de que se sirvió fueron griegos. El viejo verso latino, el saturnio, no tardó en desaparecer en provecho de los metros griegos. Al mismo tiempo se desarrolló la historia, aunque los primeros analistas, Q. Fabio Píctor y L. Cincinio Alimentus, creían poder escribir sólo en griego.

Fue grande el papel desempeñado en esta creación —que más bien fue una imitación— por los pueblos de la Italia helenizada, y, en particular, de la Italia Meridional. Livio Andrónico, esclavo tarentino más tarde manumitido, tradujo la *Odisea* y escribió tragedias sobre el ciclo troyano —muy apreciado en Roma, donde el mito de la llegada de Eneas al Lacio se había extendido desde hacía tiempo— y comedias. Fundó un colegio de los poetas, a imitación de las asociaciones de Grecia. Nevio, ciudadano de origen campanio, cantó la primera guerra púnica en su *Poenicum bellum* y escribió tragedias y comedias. Plauto, un umbrio, compuso comedias, todas ellas tomadas de la comedia media o nueva, con cierto aire jocoso, moderado por la más delicada poesía. Enio, un mesapio, al que se le concedió el derecho de ciudadanía, exaltó la grandeza de Roma en sus *Anales* e imitó a Eurípides en tragedias psicológicas.

La influencia helénica no disminuyó durante la generación siguiente. Accio, el mayor de los trágicos, imitó también a Eurípides. Los cómicos mezclaron las intrigas de varias comedias griegas, siguiendo el procedimiento de la «contaminación». El mejor de ellos, Terencio, profundamente penetrado de lo que tenía más de humano el helenismo, era un antiguo esclavo africano. ¿Existe mejor ejemplo de la unidad del mundo mediterráneo que el de aquel bereber que tradujo al latín piezas griegas?

En el siglo I, Lucrecio dio una admirable expresión lírica a la filosofía de Epicuro. Cicerón dominó con incomparable autoridad el período de Isócrates. Salustio tomó a Tucídides como paradigma. Catulo fue un alejandrino mitológico y galante, tanto en sus confidencias íntimas como en su *Epitalamio de Tetis y Peleo*. Los poetas del período de Augusto helenizaron llenos de celo. Horacio copió los metros de Alceo y Safo y pudo exclamar (*Arte poética*, 324): «A los griegos les concedió la Musa el genio, la armonía del lenguaje; a los griegos, sólo ávidos de gloria». Virgilio escribió, sucesivamente, bucólicas, un poema didáctico y una epopeya, como los maestros de Alejandría. La influencia helenística es más visible aún en los *carmina*, inflamados y convencionales, de los elegíacos.

Toda la literatura romana de la época republicana o helenística se distingue de la literatura helenística contemporánea sólo por la lengua en que fue escrita. Lo que no significa que no tuviera sus características propias, como las de Alejandría, de Cos o de Atenas. El ejemplo más típico, en este sentido, lo encontramos en Virgilio. Sus *Bucólicas* y sus *Geórgicas* toman asuntos incansablemente tratados por los alejandrinos, pero con el espíritu nuevo del retorno a la tierra preconizado por Augusto. La *Eneida* quiere ser, a la vez, una *Ilíada* y una *Odisea*, pero está saturada de patriotismo romano y devoción al emperador y a su raza.

En el arte, la helenización era ya antigua, puesto que, ya a principios del siglo V, el templo de la tríada aventina había sido decorado por artistas griegos: Damófilo y Gorgasos. Pero Roma era una ciudad modesta; cuyos techos, según nos dicen, eran aún de alfajía en tiempos de Pirro. Fue embelleciéndose, y poco a poco adquirió un aspecto monumental. El mármol se usaba cada vez más. Se construyeron basílicas en el Foro: Porcia (184) y la Emilia (179), pero habrá que esperar hasta al 52 para que Roma tenga su teatro de piedra, edificado por Pompeyo. Arquitectos griegos acudieron a Roma, como Hermodoro de Salamina (de Chipre), traído por Q. Cecilio Metelo el Macedónico, y que edificó para él, en el Campo de Marte, los templos de Júpiter Stator y de Juno, de vasto pórtico (146), antes de elevar para Junio Bruto, cónsul de 138, un templo de Marte: fueron los primeros templos de mármol erigidos en Roma. En efecto, poco a poco se sustituyó el templo etrusco-itálico de ladrillos, construido sobre un alto *podium*, por un templo períptero griego en mármol. Los órdenes griegos reemplazaron al orden toscano. Los santuarios del Largo Argentina muestran claramente la evolución: el templo C de finales del siglo IV es etrusco-itálico, así como el templo A del III; pero a este último se le añadió, en el siglo I, una *perístasis* corintia; el templo redondo B (comienzos del siglo II) es de gusto helénico. Los templos cercanos al *Forum olitorium* (siglos II y I) son, el primero, dórico períptero; el segundo, jónico períptero, y el tercero tiene columnas sólo en tres lados. Fuera de Roma hemos de señalar, por lo menos, el imponente santuario de Fortuna Primigenia en la acrópolis de Preneste, que, quizá desde el siglo II o por lo menos en tiempos de Sila, desa-

rrolló su armonioso conjunto de terrazas y pórticos superpuestos, que culminaron en un hemiciclo y un *tholos*.

La helenización es visible también en la escultura. El culto a las *imagines* familiares y la glorificación de los héroes desarrolló pronto el arte del retrato, que intensificó aún más el realismo helenístico. Paralelamente apareció el bajorrelieve histórico. Paulo Emilio, después de Pidna, consagró en Delfos un pilar, adornado con escenas de batalla, para celebrar su victoria; y un artista griego fue el que glorificó, para el *imperator* vencedor, la derrota de los griegos. En la propia Roma, el primer ejemplo parece ser el «altar» llamado de Domitio Enobarbo (comienzos del siglo I). Las grandes obras clásicas fueron cada vez más copiadas por los escultores neoáticos, el más famoso de los cuales fue Pasiteles, que recibió el derecho de ciudadanía en 89.

La pintura apareció en 300, con Fabio Píctor, que, pese su alta nobleza, pintó en el templo de Salus, en el Quirinal, episodios de la segunda guerra samnita. El primer documento conservado nos lo ofrece (¿hacia 140?) un fresco de Esquilino, que representa escenas guerreras.

Especulaciones y misticismo

El más concreto de los pueblos aficionóse a la filosofía. En 155, Atenas envió como embajadores a los escolares de sus más famosas escuelas (Liceo, Academia, Pórtico). Carneades escandalizó con sus contradictorias conferencias sobre el mismo tema. El círculo de los Escipiones fue un intenso hogar de pensamiento, y no fue una casualidad el hecho de que Cicerón lo escogiera como escenario de sus diálogos filosóficos. Los filósofos no tardaron en afluir a Roma y, aunque ridiculizados a menudo, no por ello dejaron de ejercer una influencia perdurable.

El evemerismo gustó por su carácter pragmático. La dura escuela del estoicismo sedujo a los grandes espíritus. Panetio de Rodas fue el favorito de los Escipiones. Tiberio Graco fue un discípulo ferviente del estoico Blosius de Cumas. Posidonio de Apamea fue amigo de Pompeyo y desempeñó cierto papel político. El neopitagorismo, que ya había ejercido su atracción sobre Apio Claudio y sobre Ennio, triunfó en el siglo I, unido a menudo al estoicismo, como sucedió en Posidonio o en Diodoto, a quien Cicerón albergó en su casa. Las capillas pitagóricas se multiplicaron bajo la influencia de P. Nigidio Fígulo, mistagogo y pensador, amigo también de Cicerón. El gran orador, con su acostumbrada versatilidad, abrazó sucesivamente todos los sistemas: el epicureísmo de Lucrecio, del que fue primer editor; el estoicismo en las *Tusculanas*, el pitagorismo en el admirable *Sueño de Escipión*, la doctrina de la Nueva Academia en su últimos diálogos.

Apareció un nuevo derecho, menos formalista y más humano, bajo la influencia griega. El arbitraje llegó a ser un procedimiento corriente. Los magistrados empezaron a prestar atención a un principio hasta entonces desconocido: la *bona fides*.

Aunque la vieja religión romana subsistía con su animismo innato y sus extravagantes ritos, prosiguió la helenización iniciada en el arcaísmo. Hacía ya mucho tiempo que los dioses del panteón romano se habían identificado con los dioses griegos. Apolo —tan griego que fue el único que conservó su nombre— favoreció, con el desarrollo del rito griego, el despertar de una religión abierta y fraternal, francamente opuesta al frío ritualismo de la tradición. Estimuló sucesivamente el renacimiento del pitagorismo y del sibilinismo de Sila. Ceres adoptó

el rostro místico y doloroso de Deméter, madre de Perséfone, y fue honrada a la manera griega en el *sacrum* Cereris, en el cual las matronas romanas observaban el ayuno y la abstinencia sexual durante nueve días. Venus, antigua deidad de la fecundidad femenina, convirtióse en la protectora de los grandes ambiciosos: Sila, Pompeyo, César.

Pero los dioses griegos tradicionales no les bastaban a los romanos, de la misma forma que tatmpoco bastaron a los griegos. El misticismo oriental se desplegó, a su vez, en Roma, sobre todo durante la tremenda crisis de la segunda guerra púnica. Después de Cannas fue consultado el oráculo de Delfos, y en 212 se ofrecieron a Apolo nuevos juegos a la manera griega. Mas como quiera que estos medios se mostraron ineficaces, en 204 se hizo venir de Pérgamo a la Gran Madre de Pesinonte, que fue solemnemente entronizada en el Palatino. Los misterios de Baco sedujeron a cuantos no distinguían bien el misticismo de los cultos más naturalistas. En 186, el Senado viose obligado a imponer castigos contra las escandalosas orgías de las Bacanales. La represión fue terrible: 7000 arrestos, la mayoría seguidos de ejecuciones capitales.

Desde luego, bajo todas aquellas formas de helenización subsistía el viejo fondo romano, con su carácter concreto y pragmático y su desconfianza frente a las especulaciones y búsquedas dirigidas a una vida más bella: se ha observado, agudamente, que, en latín, los nombres de las legumbres eran latinos, y los de las flores, griegos. Pero la oleada de helenismo era irresistible, porque tanto en Italia como en la cuenca oriental del Mediterráneo se dejaban sentir las mismas necesidades y aspiraciones. Desde el siglo III, Roma fue una ciudad helenística. Sus mejores ciudadanos no olvidaron su deuda, como Cicerón, que escribió a su hermano: «Recuerda que gobiernas a griegos, que civilizaron a todos los pueblos enseñándoles la dulzura y la humanidad».

En la Italia sometida

En Italia, sometida políticamente a Roma, las influencias griegas se mantuvieron fuertes, de un modo especial en dos zonas en las que habían penetrado desde el arcaísmo.

En Etruria, las artes, que registraron un último florecimiento, mostraban por doquier la influencia helenística, tanto la estatuaria —que produjo piezas de categoría, como la *Minerva* de Arezzo o el *Arringatore* de Florencia— como las artes funerarias, cuya producción fue variada: urnas decoradas con bajorrelieves y, a menudo, en la tapadera, con retratos que exageran el realismo hasta la caricatura, hipogeos adornados con grandes frescos —tumba François o tumba del Tifón, que tal vez daten del siglo I—. Las estatuas de terracota —*Apolo sentado* de Falerias; frontón de *Dioniso y Ariadna* y friso gálata de Civita Alba— atestiguan un perfecto conocimiento de la técnica griega y revelan, a menudo, un notorio gusto por el barroco patetismo de Pérgamo.

En Campania apareció una cerámica que sustituyó a la alfarería italiota (desaparecida a principios del siglo III) e inundó el mercado occidental durante más de dos

siglos. Fabricada principalmente en Cales y en Teanum Sidicinum, imitaba la decoración floral helenística, blanco sobre fondo negro, o las tazas con relieves, sucedáneo muy comercial de las vasijas metálicas. El gran arte no fue menos helenizado, sobre todo los frescos de los hipogeos oscos de Paestum o los ídolos del santuario de Fondo Paturelli, en Capua, de poderoso sabor arcaizante. El gusto por el espectáculo era muy vivo, puesto que Pompeya contaba ya con teatro desde principios del siglo II.

3. ÁFRICA Y ARABIA

Ni siquiera los desiertos de África y Arabia fueron un obstáculo infranqueable para la penetración del helenismo, aunque hemos de extrañarnos de que fuese mucho más superficial.

Sabios, comerciantes y soldados griegos en Nubia

Eran antiguas las relaciones entre Egipto y el interior de África a través del valle medio del Nilo. Homero conoció a los pigmeos, cuyos combates con las grullas evoca, y Herodoto describe el viaje entre la primera y la cuarta cataratas, hasta una Meroe que no puede ser más que Napata. Pero tales relaciones se interrumpieron luego a causa de la gran debilidad de Egipto. Reanudáronse esplendorosamente cuando los Ptolomeos instauraron de nuevo un poder fuerte.

Dos factores contribuyeron a esta reanudación; ante todo, la curiosidad intelectual. El problema de la crecida del Nilo seguía apasionando. En el siglo IV se enfrentaron dos teorías: para Éforo, que tomaba el efecto por la causa, la crecida se debía al almacenamiento del agua en grietas, de donde volvía a salir en verano como una especie de sudor; según otros (quizás Eudoxo de Cnido), el Nilo tenía sus fuentes en la zona templada Sur, donde las lluvias de verano, semejantes a nuestras lluvias de invierno, incrementaban el caudal. Los sabios de la época helenística —siguiendo quizás a Aristóteles, el cual habría pedido a Alejandro que realizara las averiguaciones necesarias— admitieron que las lluvias de verano en Etiopía eran la causa de la inundación, lo cual constituía una explicación parcial pero verídica.

Los cartógrafos promovieron también una exploración a fondo. Eratóstenes, utilizando anteriores trabajos de Filón, averiguó la latitud de Meroe e hizo del paralelo de esta ciudad la costa meridional de su mapa del mundo. Sabía que el Nilo describe una gran curva, en forma de N invertida, entre la segunda y la sexta cataratas, y no desconoció el Atbara ni el Nilo azul.

Estos progresos fueron posibles sólo gracias a la reanudación de las relaciones económicas, apoyadas, sin duda, en operaciones militares. El

Nilo no ofrecía una vía de penetración accesible, cortado como estaba por las cataratas y en medio de un desierto completamente inhospitalario. El tráfico se realizaba por las rutas caravaneras: al Oeste, por una ruta separada del Nilo, llamada *ruta de los cuarenta días;* al Este, sobre todo, por una ruta que cortaba una y otra vez el Nilo en Kerma, Napata y Meroe y que suponía en Egipto un poder bastante fuerte como para proteger el desértico pasaje entre la segunda y la cuarta cataratas. Filadelfo envió allí una expedición, que constituyó también un pretexto para llevar a cabo profundas investigaciones científicas. Mas Plinio el Viejo afirma que habían desaparecido todas las ciudades río abajo a partir de Meroe, lo cual confirma el hecho de que en la baja época helenística, aparte algunas embajadas o misiones de exploración, el *no man's land* era atravesado sólo por los nómadas que iban a vender o, más bien, a cambiar sus productos en las últimas avanzadillas egipcias.

Sólo se mantenía firmemente en manos de los Lágidas el Dodecasqueno, es decir, la región, de una longitud de 12 esquenos, al sur de Asuán, con unos pequeños puestos: Filé, metrópoli religiosa donde aún se acumulaban las ofrendas de los Ptolomeos; Ajuala, donde, en torno al templo de un dios indígena, Mandulis, se establecieron intercambios con los nómadas blemmios; Pselquis, completamente al Sur, puesto fronterizo situado en una porción de tierra arable que vigilaba la entrada del uadi Alaki, de donde se extraía el oro de los cuarzos auríferos y que además era un mercado importante, puesto que allí se encontraron *óstraka* demóticos y griegos y *graffiti* meroíticos.

Ante la imposibilidad de una buena utilización de las vías del Nilo o del desierto, los Ptolomeos intentaron reconocer el mar Rojo, frecuentado ya por los grandes faraones. Filadelfo fundó en él una serie de puestos: Mios Hormos, Filotera, Berenice y Ptolemaida de la caza. Las mercancías seguían una ruta jalonada de pozos, entre Meroe y Ptolemaida, que se hallaba junto al mar a la misma latitud aproximadamente; se embarcaban hasta Berenice o Mios Hormos, de donde ganaban de nuevo el valle del Nilo en Coptos, a través de rutas de seis jornadas en el primer caso, y de doce en el segundo, jalonadas de pozos o cisternas. Filadelfo hizo también concluir o reparar el canal de Necao, especie de preludio del canal de Suez que unía el fondo del golfo de Suez no con el Mediterráneo, sino con el Nilo. Pese a tantos esfuerzos, el tráfico no fue muy intenso en esta ruta, a causa de las dificultades de navegación en el mar Rojo, donde el viento soplaba constantemente del Norte, lo cual hacía difícil la vuelta, y donde la costa occidental era un verdadero desierto mineral, poblado de nómadas salvajes, trogloditas o ictiófagos. Sin embargo, los navegantes de la baja época helenística, enardecidos, rebasaron Bab-el-Mandel y alcanzaron incluso la costa de Somalia (antiguo país del Pount).

Por una especie de desafío a la geografía, los verdaderos intercambios entre África y el mundo mediterráneo se hicieron por la ruta de Arabia. A través del desierto, las mercancías llegaban hasta el mar, que cruzaban en embarcaciones de cuero para seguir luego, por una ruta caravanera, a lo largo de la costa occidental de Arabia y, a menudo por Petra, llegar a Gaza.

Si los Ptolomeos pusieron tanto cuidado en asegurarse las posibles rutas para canalizar las riquezas de África, debióse a que éstas eran cada vez más solicitadas. Los elefantes eran un potencial militar tanto más importante cuanto que sus rivales Seléucidas se los procuraban fácilmente en la India: dentro de la táctica helenística desempeñaban, en cierta manera, la función de los carros de combate en los ejércitos

modernos. Siguieron llegando por vía marítima, en navíos especialmente equipados para ello. Pero también, y sobre todo, no podemos olvidar el oro del Alto Nilo y de las orillas etiópicas, los topacios, las esmeraldas, el ébano, el marfil, las plumas y huevos de avestruz, los grandes leones (ya vivos, ya sus pieles), esclavos negros e incluso el mineral de hierro.

El helenismo en Etiopía y en el África negra

No es extraño que la civilización helénica penetrara bastante en África como en otro tiempo —y por las mismas razones— la civilización faraónica. Fue sensible, sobre todo, en Meroe, donde se constituyó un poderoso reino de Etiopía (en el sentido antiguo del término). El clima no era excesivamente riguroso: en verano, las lluvias acompañaban la ascensión del sol a su cenit y permitían el crecimiento de una vegetación espinosa, y, por tanto, la existencia de una floreciente ganadería. Gracias a los árboles se podía trabajar el mineral del hierro, abundante en toda la región: en las excavaciones se encontraron en tal abundancia escoriales de época helenística que no parece exagerado el sobrenombre de «Birmingham africana» dado a Meroe. Una verdadera encrucijada de vías fluviales y de rutas terrestres explican su papel comercial: valles del Nilo blanco, del Nilo azul, del Atbara; red de pistas que llevaban al África Central, por el Kordofán y el Darfur, hacia las altas llanuras de Etiopía, hacia Egipto por Napata y Kerma, hacia el mar Rojo.

Aunque la civilización meroítica conservara una innegable originalidad, visible, sobre todo, en el abandono de la escritura egipcia y en la aparición, hacia el 200, de una nueva escritura, la influencia del helenismo fue grande, tanto del sirio como del egipcio —lo cual se explica fácilmente por la intensidad de las relaciones con Arabia y Petra—. El baño del palacio real de Meroe era de puro estilo helenístico, y las tumbas de los reyes o de los grandes guardaban abundantes objetos griegos (lámparas y trípodes de bronce, gemas, entallos).

La influencia griega fue más amplia, aunque resulta difícil de medir por la falta de excavaciones metódicas. En plena Abisinia, no lejos de Maqalle, se descubrieron recientemente cuatro copas pequeñas de metal procedentes, sin duda, del Egipto helenístico. Podemos preguntarnos si llegaron a esta alta meseta por una pista que llevaba de Meroe a Axum, donde se ha descubierto un cipo de Horus junto a los cocodrilos, o si, más bien, desembarcaron en Tio (sobre el mar Rojo), donde se encontraron ánforas alejandrinas, para atravesar luego el desierto Dankali.

Aparte de estos medios, en los cuales fue intensa, la influencia griega alcanzó también el África negra. En Katanga se encontró una estatuilla de Osiris momiforme de cobre, de época antigua, aunque no se excluye la posibilidad de que fuera llevada mucho más tarde por traficantes árabes. En todo caso, lo indudable es que, pese a las aventuradas teorías sobre su origen local, la metalurgia del hierro difundióse por toda el África negra partiendo de Meroe, como atestiguan varios relatos indígenas que atribuyen este don maravilloso a hombres blancos. Como

quiera que Meroe debe al Egipto lágida el trabajo de este metal, de una manera indirecta, el continente africano debe al helenismo esta técnica, que cambiará la vida cotidiana.

La encrucijada árabe

Arabia formaba una enorme cuña entre los reinos de los Seléucidas y de los Lágidas. El inhumano carácter de su clima la había dejado al margen de las empresas de Alejandro, y, anteriormente, de las de los persas. Sin embargo, desempeñó un importante papel en la vida económica del mundo helenístico, y ello, en un doble aspecto.

Por un lado, en su parte meridional (Arabia feliz), era relativamente fértil, y las plantas aromáticas (sobre todo el incienso, la mirra y la canela) llegaban en abundancia. Se desarrollaron allí cuatro pequeños reinos semíticos: mineos, sabeos, catabanios y catramotitos. Vivían holgadamente del comercio de las plantas aromáticas, de las que el mundo griego hacía un amplio uso, tanto para la liturgia como para la perfumería y la cocina.

De otro lado, Arabia formaba una especie de charnela entre África, Asia y el mundo mediterráneo. Bañada por el mar Rojo y el Golfo Pérsico, recibía por mar los productos del continente africano y de la India. Los nómadas que la poblaban —sobre todo los gerreos, en los bordes del golfo Pérsico— eran, ante todo, caravaneros. Canalizaron hacia Petra las riquezas de Oriente y Occidente, y las de la propia Arabia, sobre todo plantas aromáticas, así como oro y animales salvajes (leones, tigres, leopardos, avestruces). El admirable emplazamiento de aquella ciudad, inexpugnable feudo en medio de un circo de montañas, fue descrito ya por Diodoro (2, 48): «Peñasco inmenso, fortaleza natural: no se puede subir más que por un estrecho sendero, por donde pasan algunos hombres despojándose de sus armas; también hay un gran lago, que produce mucho asfalto y del que obtienen grandes ingresos». Los nabateos, cuya capital era Petra, transportaban los tesoros allí acumulados hacia Gaza, centro de redistribución tanto para los puertos sirios como para Alejandría, a la que se podía llegar por mar o por una difícil ruta terrestre hacia Pelusa, organizada, sin duda en tiempo de la dominación persa, a través de una comarca de lagunas y dunas, sin agua potable. Desde el siglo II, cerámica y monedas griegas (cuyas piezas eran mucho más seléucidas que lágidas) demuestran la intensidad de las relaciones comerciales con el mundo mediterráneo.

La importancia económica de Arabia explica también el interés que le concedieron tanto los reyes más enérgicos —ya en 312, Seleuco atacó Petra; Filadelfo dirigió a la Arabia feliz una campaña tan decepcionante como la de Augusto— como los sabios. Teofrasto, en su *Historia de las plantas*, incluye noticias recogidas por Anaxícrates durante un periplo emprendido por orden de Alejandro. Eratóstenes describe las cuatro tribus de Arabia del Sur. Agatarquides de Cnido evoca, con excesivo colorido local, un fabuloso país impregnado por el suave olor de los perfumes.

Sin embargo, la influencia helénica —por otra parte, mucho más siria que egipcia— penetró lentamente en las tribus bárbaras, que se mantenían celosamente aferradas a sus tradiciones. En Petra apareció en realidad sólo con Aretas III, llamado el Filheleno (87-62), y que inauguró una política de expansión en Siria e hizo acuñar una moneda que copiaba los tipos seléucidas (Aretas II había acuñado ya moneda, pero sin inscripción alguna). Las construcciones se hicieron más cuidadas; se empezó a cocer vasijas con decoración floral, que imitaba la cerámica helenística de Palestina y Siria. Pero sin duda habremos de aguardar a la época romana para que se construyan, dentro del estilo grecorromano, aquellas admirables tumbas, de fachadas clásicas, que constituyen la gloria de Petra.

Hasta muy poco antes del siglo I de nuestra era, el helenismo no penetró en los reinos de Arabia del Sur donde se mostró poderoso, sobre todo en la escultura, por ejemplo, en la admirable estatua de Timna llamada Lady Bar'at, de indudables influencias partas.

La debilidad del mundo helenístico, nacida de las rivalidades entre monarquías, explica, por sí sola, que se mantuviera tributario, en lo referente a sus productos de lujo más solicitados, de los bárbaros de Arabia, que explotaban a fondo los gustos refinados de los griegos. «Desde siempre —escribe Estrabón (16, 4)—, estas regiones se consideraban muy ricas, pues intercambiaban el oro y la plata por perfumes y piedras preciosas, y no gastaban en el exterior nada de lo que recibían».

4. LOS REINOS BACTRIANOS, INDIA Y CHINA

La expedición de Alejandro a la India abrió a la expansión helénica ilimitadas perspectivas hacia el Este. Es cierto que el conquistador no pudo llegar hasta la cuenca del Ganges por habérsele amotinado sus veteranos, y que sus herederos, los Seléucidas, hubieron de ver cómo les amputaban las satrapías orientales a un reino desmesuradamente alargado. Pero los contactos, una vez establecidos, no se interrumpieron, como lo atestigua, desde principios del siglo III, la historia del más grande de los emperadores indios de la época helenística, Asoka. Príncipes griegos seguían reinando en inmensas zonas repartidas actualmente entre las repúblicas meridionales de la U.R.S.S., Afganistán, Pakistán e incluso una parte de la Unión India. Más aún: se intensificaron las relaciones comerciales y culturales entre la India y el mundo mediterráneo.

Asoka y los griegos

Uno de los ejemplos más extraordinarios de las nuevas relaciones nos lo ofrece Asoka (261-224?), el más poderoso soberano Mauria. Esta dinastía, fundada en 313 por Chandragupta (el Sandracottos de los griegos), que había expulsado a los prefectos de Alejandro, extendía su poder desde Aracosia hasta Bengala, desde Afganistán hasta Misore. Asoka es bien conocido gracias a las inscripciones que esparció por todo su imperio. Este magnífico conjunto epigráfico está compuesto por ordenanzas de inspiración búdica, que participan, a la vez, de la confesión y del sermón; el soberano, reciente converso, tomó como regla el *Dharma* (el Buen Orden, la Ley), que recomienda las virtudes esenciales. La verdadera propaganda consiste en el don del *Dharma,* regalo caritativo inspirado en el amor a la humanidad y que exige un esfuerzo difícil y perseverante.

Estas inscripciones expresan un ideal de realeza que puede parangonarse con el del soberano helenístico. Los títulos se parecen: la fórmula repetida a menudo: «Asoka, el rey amigo de los dioses, de rostro amistoso», recuerda fórmulas lágidas o seléucidas. Asoka amaba a los hombres, al igual que los monarcas griegos se proclamaban filántropos (amigos de la humanidad). La esencia del buen gobierno era, en ambos casos, la justicia, que inspiraba al señor la preocupación de que le sean presentados todos los casos de litigio. Sin que exista influencia en un sentido ni en otro, una misma concepción se elaboró en dos mundos, que por ello dejaron de estar separados.

Quedaba una diferencia esencial: el rey griego se guiaba sólo por la razón, mientras que Asoka lo hacía por la fe, que no cesaba de divulgar, propagando la Ley. Evidentemente, este espíritu de proselitismo era extraño al soberano helenístico. Por otra parte, Asoka estaba inspirado por un ideal supraterreno «¿Hay algo más importante que ganar el cielo?», exclama. Además, vemos cómo sintió remordimientos después de una campaña que causó una terrible matanza, sentimiento que no podemos imaginar en el Mediterráneo de la misma época.

Estas inscripciones nos hablan de relaciones diplomáticas con soberanos griegos: Antíoco II, Ptolomeo II, Magas de Cirene y Alejandro (¿de Epiro?). Plinio el Viejo se refiere a la embajada que envió Filadelfo a un príncipe indio, tal vez el padre de Asoka. Estos textos nos muestran un relativo conocimiento del mundo occidental, llamado *iona* (jónico), palabra que designa por igual a iranios y helenos: sabía que allí no se encontraban brahmanes. Señala los progresos de la fe entre los griegos, seguramente los colonos de los confines orientales.

Esta indicación, bastante enigmática, puede aclararse ahora, gracias al descubrimiento de un admirable texto bilingüe (en griego y en arameo) en el Afganistán del Sur, cerca de Kandahar, en el emplazamiento de la Alejandría de Aracosia. Atestigua el ardoroso proselitismo del rey, preocupado por propagar la fe hasta las márgenes de su imperio, entre los griegos e iranios —entre los cuales había arraigado el arameo como lengua de cultura—. «El rey —se dice claramente en ella— se abstiene de los seres vivos, lo mismo que los otros hombres, y todos los cazadores y pescadores del rey dejaron de pescar. Y todos cuantos eran intemperantes, dejaron de serlo en la medida de sus posibilidades. Y se hicieron obedientes a su padre, a su madre y a los ancianos, contra-

riamente a lo que se hacía antes». Por otra parte, ambas versiones son ligeramente distintas, pues existía un evidente interés por adaptar la revelación a cada pueblo, a fin de hacer más accesible el *Dharma*. De esta forma, los griegos pudieron reconocer una prescripción pitagórica en la fórmula que recomienda la abstención de toda carne animal, principio fundamental del budismo. Con este texto se abre un nuevo y apasionante capítulo en la historia de la influencia de los cultos orientales sobre los griegos de la *Diáspora*.

Reinos grecobactrianos y grecoindios

Contemporáneos del reinado de Asoka, acontecimientos de gran trascendencia agitaron las satrapías más orientales del Imperio seléucida: Bactriana y Sogdiana. Bactriana es la llanura que se extiende entre el Hindu-Kush y el Oxus (hoy, Amu-Daria), con Bactra como capital. Entre el Oxus y el Iaxartes (actual Sir-Daria), en cuyas orillas fundó Alejandro una última Alejandría, se halla Sogdiana, con el bello oasis de Maracanda (Samarcanda). Estas dos provincias esteparias mostraron una estupenda fertilidad al ser irrigadas. Bactra era, además, uno de los grandes nudos de comunicación de Asia: las rutas procedentes de la India y de China confluían allí y se prolongaban a través del Asia Anterior hasta la costa mediterránea.

Estas regiones estaban demasiado alejadas de Antioquía para que pudieran permanecer durante mucho tiempo bajo la dependencia seleúcida. Poco antes de 250, el sátrapa que las gobernaba se proclamó independiente e incluso se alió con los partos contra su antiguo soberano, y tomó el título de rey con el nombre de Diodoto I. Inauguró una serie de 39 reyes, conocidos esencialmente por sus monedas, así como por algunos textos occidentales, indios o chinos, y que durante doscientos años gobernarían reinos grecobactrianos y luego grecoindios. Su historia es muy oscura. Los monarcas, cuya efigie aparece siempre en sus monedas (fig. 87), pertenecían a muchas familias, que pudieron constituir una especie de aristocracia militar helénica. Los límites de sus Estados son dudosos. A menudo reinaban a la vez varios príncipes, ya porque hubiera fraccionamiento entre rivales, ya porque unos virreyes asistieran al rey en la administración de conquistas demasiado extensas.

Durante un primer período, el reino bactriano se extendió alrededor del reino inicial. Durante el reinado de Eutidemos I, que detentó el poder tras asesinar a Diodoto II, y bajo su hijo Demetrio I, comprendía, además de Bactriana y Sogdiana, Aracosia (en torno a Kandahar) y Drangiana, al Sur; Aria y Margiana, al Oeste y, parte de Fergana al Este. Eutidemos viose obligado a luchar contra un intento de reconquista, dirigido por Antíoco II, que, finalmente, reconcilióse con él.

El territorio se engrandeció por obra de príncipes resueltos, que se atrevieron a aventurarse más allá de la elevada barrera del Hindu-Kush, una de las más infranqueables del mundo, en dirección a la India, donde, tras el hundimiento de la potencia

mauria que siguió a la muerte de Asoka, reinaba una gran confusión. Su objetivo era, ante todo, conquistar el valle del Cabul, afluente de la orilla derecha del Indo, ruta natural de todas las invasiones. En él se hallaban el Kapiça (alto valle de la ribera, en torno a Kapiçi) y el Gandara (valle bajo, en torno a Peschawar, valle afluente del Kunar y, sin duda, parte del Pendjab, con el importante centro de Taxila).

Antímaco Teos y su hijo Demetrio II dirigieron allí sus expediciones, coronadas por el éxito, y la numismática atestigua la extensión hacia la India de un reino hasta entonces puramente iranio: Antímaco acuñó monedas cuadradas según el modelo

FIG. 87. Monedas de dinastas griegos de Bactriana, que atestiguan un poderoso realismo. Cada príncipe aparece en ellas con su propia fisonomía: 1. Antímaco I (190-180), tocado con la *kausia* macedónica, tiene « una cabeza inteligente que evoca la de un *condottiere* italiano »; 2. Heliocles I (155-140) parece casi caricaturizado; 3. Eucrátides I (171-155), con un casco, el rostro carnoso, el mentón pronunciado, aspecto rudo, parece un aventurero decidido; 4. Eutidemos I (235-200), con una diadema como Heliocles, tiene los rasgos adiposos, la mirada suspicaz

indio; con Demetrio, cuyo casco estaba adornado con despojos de elefante, aparecen las leyendas bilingües, en que el título griego es traducido a un dialecto prácrito. Hacia 180, Eucrátides se hizo con el poder mediante un golpe de fuerza que costó la vida a Demetrio II, ocupó el valle del Cabul y proclamóse Megas (Grande); pero fue asesinado por su hijo al regresar de la campaña.

Los años que siguieron a la muerte de Eucrátides fueron de gran turbación. Sin duda en este momento se estableció la escisión definitiva entre dos reinos, a uno y otro lados del Hindu-Kush: Estado grecobactriano y Estado grecoindio. Un griego, originario de Alejandría del Cáucaso —quizás un simple aldeano por sus orígenes—, Menandro (en indio, Milanda), inició un reinado glorioso (155-130). Señor del Kapiça y del Gandara, extendió su poderío, en el Pendjab hasta el curso del Ravi. Aliado con príncipes indios, dirigió una expedición victoriosa hasta Pataliputra (Patna). Soberano de un importante reino que se extendía, por lo menos, desde Cabul hasta

el Ravi y desde Udiana hasta Aracosia, bien mereció los títulos con que aparece en las monedas: *basileus basileon* (rey de reyes) en griego y *maharajá* (gran rey) en prácrito. Murió en campaña, quizás al intentar anexionarse Bactriana.

Concedióse un extraordinario interés al budismo. Cerca de Peschawar se descubrió un relicario con su nombre, y sus monedas llevan la insignia búdica, la Rueda de la Ley *(Dharmatchakra)*. Un texto en pali, el *Milandapañha (Cuestiones de Milanda)*, nos lo pinta empeñado en sutiles diálogos filosóficos con un budista. «Extraña figura la de este griego prudente y culto, tan adaptado al medio colonial, que dejaría en la iglesia de Buda la reputación de un neófito lleno de deferencia, casi de un santo» (R. GROUSSET). No podemos opinar si hubo realmente conversión. Algunos piensan que el cambio de epíteto que se encuentra a finales de su reinado en las monedas, marcaría el momento en que se hizo budista: en efecto, Soter (Salvador) dejó paso a Dikaios (Justo), traducido por *Dhramika* en la leyenda india, es decir, quizás aquel cuyo ideal es el *Dharma*.

Con Menandro llegó a su apogeo el helenismo oriental, debilitado luego por las querellas entre dinastías o entre reyes. Los Estados griegos quedaron sumergidos sobre todo por los amplios movimientos de población en las estepas del Asia central. Más allá del Iaxartes, y hasta las fronteras chinas, vivían en estado nómada unos bárbaros, en inquietante torbellino: eran los partoescitas y los escitas, de raza irania y también los Yue-tche (sin duda, los tochari de los textos latinos), que debían de ser mogoles. Hacia mitad del siglo II, estos Yue-tche fueron violentamente empujados por los Hiong-nu (muy probablemente, los antepasados de los hunos) desde los confines de China, donde estaban instalados. Ellos, a su vez, cayeron sobre los escitas o partoescitas, a los que siguieron en su ímpetu, hacia el Afganistán o la India.

En 130, los bárbaros se apoderaron de Sogdiana: fue el fin de la Hélade de Uzbekistán. Hacia el 100 conquistaron Bactriana, y los griegos sólo pudieron mantenerse al norte del Hindu-Kush, en las pequeñas regiones del Badakshan. Los reinos grecoindios subsistieron más tiempo, pero la unidad dejó paso al fraccionamiento (sin duda hay que distinguir cinco Estados), y la inestabilidad política era grande. El poder pasó de mano en mano, y a duras penas entrevemos la figura de un soberano enérgico en Antiálcidas. Los Estados griegos desaparecieron hacia el 75 en el Pendjab; hacia el 70 en Gandara, y hacia el 50 en el alto valle del Cabul, último reducto del helenismo en Asia.

UNA CIVILIZACIÓN EURASIANA

Lo sorprendente es que aquellos reinos grecobactrianos, luego grecoindios, pudieran mantenerse durante dos siglos. Aquella apasionante historia fue posible gracias a aquellos *condottieri* dinámicos y hábiles, cuyos perfiles enérgicos o astutos, se muestran en las monedas y algunos de los cuales lograron llevar sus ejércitos mucho más lejos que Alejandro hasta pleno valle del Ganges. Provistos del título de rey, como los monarcas seléucidas o lágidas, con los mismos epítetos que ellos y, a veces, antes que ellos (Antímaco Teos, Platón Epifano), al parecer, administraban sus Estados a la manera griega, con ayuda de estrategas, que gobernaban las satrapías y tenían bajo sus órdenes a meridarcas (comandantes de fracciones). Prosiguieron la política de urbanización, y conocemos al menos una Demetrias de Aracosia, fundada por un Demetrio, y una Dionisópolis en el Gandara.

No es posible formarse una idea acerca del número de griegos instalados en aquellas remotas tierras. Tal vez algunos fueran los parientes lejanos de helenos instalados allí desde hacía tiempo, pero la mayoría descenderían de los colonos establecidos por

Alejandro o por los primeros Seléucidas. En nuestra opinión, se trataría sólo de algunos grupos. El número de indígenas era considerable, al parecer, en la administración y en el comercio. Algunos recibirían el derecho de ciudadanía en *poleis* griegas: inscripciones dedicatorias en unas grutas cerca de Bombay conservan los nombres de indios que se proclaman *Yavanas*, es decir, griegos.

La desproporción numérica y el embrujo de civilizaciones antiguas y brillantes explican que los griegos experimentasen allí la influencia indígena de una manera mucho más intensa que en otras partes. Los mestizajes debieron de ser numerosos: un príncipe bactriano, como Antímaco Teos, tenía el rostro típico de eurasiano. En los reinos grecoindios llegó a ser muy ostensible el influjo de los cultos locales. Era visible la simpatía de los reyes griegos por el budismo, que entonces se hallaba muy extendido: aparte el atractivo de una doctrina tan humana, de compasión universal, era natural que los extranjeros se inclinasen más hacia la nueva religión, accesible a todos, que hacia el brahmanismo tradicional, cuyo sistema de «colores» (castas) era esencialmente poco permeable para los no arios. El ejemplo de reyes como Menandro fue ampliamente imitado. Cerca de una decena de inscripciones en prácrito, redactadas en alfabetos locales (por otra parte, es característico que no se hayan encontrado textos griegos en toda esta zona), son dedicaciones búdicas hechas por griegos —uno de ellos fue un meridarca, Teodoro, que ofreció un cofrecito para reliquias—, evidentes copias de fórmulas rituales indias.

Pero el brahmanismo tradicional ejercía también su atractivo. Algunos textos indios parecen incluso admitir la pertenencia del elemento helénico al segundo de los «colores», el de los *kshatriyas* (guerreros). Se descubrió en Vidica un pilar, ofrecido hacia el año 100 a Vasudeva, encarnación de Visnú, por un embajador de Antiálcidas, con esta curiosa inscripción: «El pilar-Garuda [dios-pájaro, hipóstasis de Visnú] de Vasudeva, el dios de los dioses, fue erigido por Heliodoro, un Bagavata [partidario del Señor], hijo de Dion, habitante de Taxila, que llegó como legado griego del gran rey Antiálcidas al rey Kosiputra...». No menos extraño resulta encontrar en las monedas de Antiálcidas un tipo constantemente repetido, con múltiples variantes: Zeus con el elefante. El dios griego más importante era representado con un símbolo tomado de la mitología india, puesto que el elefante era el *vahana* (vehículo) de Indra, a su vez, rey de los dioses.

La riqueza de aquellos reinos era considerable, gracias a la fertilidad del suelo y a la intensidad de las relaciones comerciales. Los atravesaba un gran eje de comunicaciones que, procedente de Bactra, a través de los pasos del Hindu-Kush, llegaba a Begram, Taxila y luego, en la India independiente, a Matura, desde la cual una ruta se prolongaba hasta Pataliputra, junto al Ganges, y otra, hasta Barizaga, junto al Océano Índico. A lo largo se alineaban ciudades, inmensas caravaneras, como Bactra, encrucijada de la vía que procedía de la India por Peschawar e iba al Mediterráneo, y de las rutas de China por los oasis del Turquestán o por Mogolia, de las cuales nos dejó una maravillosa descripción el embajador chino Chang K'ien. Las recientes excavaciones pusieron también al descubierto algunas ciudades del otro lado del Hindu-Kush, de distribución cuadrada, según el damero hipodámico: Begram (antigua Kapiçi, capital de Kapiça), cerca de Cabul, fortificada con una muralla, de doble acera, de ladrillos, sobre zócalo de piedras, y Taxila, donde la muralla, de 1,2 km. de circuito, englobaba una acrópolis y una ciudad baja.

Por doquier circulaban las monedas de los soberanos griegos, mucho más allá de los límites de su poderío político. Aunque sólo tres de ellos, Eutidemos I, Eucrátides y Menandro, acuñaron oro —y, a veces,

en piezas de un peso extraordinario—, las series de plata y de cobre eran numerosas. Por lo demás, la verdadera riqueza de aquellos reinos se debía a su incomparable situación junto a las grandes rutas comerciales que unían la India, e incluso Mogolia y China, con el mundo mediterráneo.

Comercio griego con la India

Parte de la llanura indogangética pudo abrirse momentáneamente a las empresas de aquellos audaces dinastas. Pero durante el período helenístico desarrollóse otra epopeya, la de los comerciantes que transportaban hacia el Mediterráneo los productos de lujo de la India o del Afganistán: marfil, pedrería, perlas, perfumes, especias, muselinas, maderas preciosas, así como animales (sobre todo elefantes, y loros, perros, ganado indio registrado en Alejandría) y, quizás, incluso cortesanas.

Podemos distinguir tres rutas, que serán las grandes arterias del tráfico con la India en la época romana, pero que, con toda seguridad, existían desde la época helenística. La más fácil era la vía marítima que desembocaba en Arabia. Suponía el aprovechamiento de los monzones, que permitían realizar en fechas regulares los viajes de ida y vuelta. Ahora bien, el monzón, al parecer, sólo fue conocido bastante tarde por los griegos, gracias a un tal Hipalos: hacia el 80 a. de J. C. para algunos, y hacia el 40 de nuestra era para otros. Pero hacía ya mucho tiempo que marinos árabes por un lado, e indios y cingaleses por otro, habían advertido el fenómeno, lo cual les permitió concentrar en sus manos casi todo el tráfico. Las mercancías desembarcaban, generalmente, en el Golfo Pérsico, ya en Gerra, ya en la desembocadura del Tigris, en Alejandría-Carax (llamada más tarde Antioquía). En el primer caso eran transportadas por las caravanas de los gerreos hacia Petra, de donde se expedían a Gaza y a los puertos de Siria o Alejandría. En el segundo caso subían hasta Seleucia del Tigris, donde se encontraba la segunda ruta.

Una variante de gran porvenir se introdujo en una época helenística muy remota. Según Estrabón, 120 embarcaciones partían cada año de Mios Hormos, en el mar Rojo, hacia la India. Según él, se trataba de mercaderes de Alejandría que hacía poco habían tomado esta iniciativa, mientras que sólo algunos Ptolomeos atreviéronse a emprender la travesía. Esta ruta, totalmente marítima desde las costas de Egipto y que, por tanto, permitía liberarse de las exigencias de los gerreos y de los nabateos, suponía, aparentemente —puesto que se trataba de una flota importante y regular—, el conocimiento del monzón —y de ahí la fecha que nos atreveríamos a proponer para esta «invención», referida a los griegos: segunda mitad del siglo I—. Pero Estrabón afirma que había sido franqueada con anterioridad, al menos en casos aislados (véase mapa de la guarda posterior de esta obra).

Una segunda ruta, enteramente terrestre, partía del valle del Indo o de los puertos situados al sur de su delta, cruzaba los pasos de Peschawar, atravesaba los Estados de los monarcas grecobactrianos, Partia (cuando se hizo independiente) y el reino seleúcida por Alejandría (Merv), puertas del Caspio, Ragai (cerca de Teherán), Ecbatana, Seleucia del Tigris (donde coincidía con el tráfico procedente de Alejandría-Carax) y Dura-Europos, de donde se bifurcaba por Damasco o Palmira hacia los puertos fenicios, o bien hacia Antioquía, y, por el Tauro, hacia Éfeso. Una variante más septentrional permitía ganar directamente la costa de Anatolia por Nisibe, Edesa y Sardes.

Indicaciones complementarias de Estrabón y Plinio el Viejo permiten, sin género de dudas, reconstruir una tercera ruta, que seguía un recorrido común con la anterior hasta Bactriana. Se dirigía al Oxus, de navegación muy fácil —según nos dicen—, al Caspio (aunque Estrabón lo declara no navegable), remontaba el Ciros y descendía el Fasis hasta llegar al Ponto, desde el cual se ganaba fácilmente el Mediterráneo. Quedan puntos oscuros, especialmente el paso hasta el Caspio —algunos han llegado a suponer, erróneamente, que el Oxus desembocaba a la sazón en el mar Caspio, no en el mar de Aral, como ahora—, facilitado quizá por el Ocos, ya que su nombre es confundido a menudo por los antiguos con el Oxus.

En cada una de estas tres vías era considerable el papel desempeñado por los intermediarios, pues no es verosímil que los mercaderes griegos escoltaran las mercancías de un extremo a otro de su largo trayecto. La ruta marítima se hallaba esencialmente en manos de marinos árabes o indios, que enlazaban con los caravaneros de Arabia. La ruta terrestre suponía también una serie de relevos: el nombre de la pimienta *(piperi)*, que es indio, fue dado como persa en un tratado hipocrático de finales del siglo IV, porque el producto llegaba a los griegos a través de Persia. La sucesiva reducción de los Estados seléucidas hizo que las dos últimas rutas fuesen cada vez más difíciles: muy pronto se vieron obligados a atravesar la Partia independiente, e incluso, a partir del 100, los principados escitas levantados sobre las ruinas del reino grecobactriano.

En este comercio, la balanza era netamente desfavorable al mundo griego, que compraba mucho más de lo que vendía, lo cual explica en parte su progresivo empobrecimiento en metales preciosos. Sin embargo, objetos de gran lujo pasaban hacia Oriente por estas mismas rutas, como atestiguan las instructivas excavaciones de Begram.

En los primeros siglos de nuestra era, Begram se convirtió en la capital de verano de los emperadores indoescitas, entre ellos, el gran Kanishka. En las ruinas de palacio real, destruido después de la toma de la ciudad por Sapor I (241 d. J. C.), descubrióse un extraordinario tesoro, lentamente acumulado y compuesto por piezas helenísticas, objetos iranios, marfiles indios y lacas chinas (¡extraño encuentro de los más bellos productos de cuatro civilizaciones!). Los documentos griegos, de materia muy variada (bronce, vidrio coloreado, cristal, pórfido e incluso yeso), provienen, en su mayoría, de Egipto (lám. VIII), aunque algunos puedan atribuirse a la Siria seléucida. Los temas son variadísimos: Faro de Alejandría, paisaje portuario, Sófocles y las Musas... Las representaciones religiosas, numerosísimas: Tique, Serapis-Heracles, que llevaba a la vez, *modius* y clava; Eros mofletudo, con una mariposa que representa el alma. Dionisio asistiendo a la cocción ritual del cerdo; Baco niño. No podemos por menos de reflexionar ante la extraña atracción que ejercía el arte helénico sobre los reyes indios, ni ante el extraordinario camino que recorrieron hasta Begram aquellas piezas de gran valor. ¡Y Begram era sólo una etapa en la ruta que, a lo largo de los siglos, llevará la influencia griega hasta China!

Artes grecobúdico y grecobactriano

Los hallazgos de Begram, a los cuales deberíamos añadir los de documentos jónicos o de enigmáticos poliedros alejandrinos en Taxila, demuestran que, desde la época helenística —mucho antes de que el comercio romano hiciera afluir objetos grecorromanos—, piezas de alta calidad, procedentes del Mediterráneo, llegaban al mundo indio. Así se explica la profunda influencia del arte griego sobre el arte búdico contemporáneo. Deberíamos referirnos más bien a influencia occidental, pues la aportación helénica fue acompañada a menudo de recuerdos iranios e incluso mesopotámicos.

La innovación fundamental que caracteriza el arte mauria fue la sustitución de la madera por piedra, generalmente arenisca, detalle en el que se ha pretendido ver una imitación del arte grecoiranio. Los monumentos de Asoka parecen revelar, ante todo, influencias persas: la gran sala hipóstila del palacio de Pataliputra recuerda la sala del trono de Darío en Persépolis, y las admirables columnas de capitel campaniforme —coronadas por animales de extraordinario pulimento— con que pobló su imperio presentan evidentes nexos con obras aqueménidas. Pero la técnica atestigua ya bastantes influencias griegas, que moderan la rigidez del modelado aqueménida, hasta tal punto que se ha podido considerar la posibilidad de la llegada de artistas seléucidas a la corte de Pataliputra.

Bajo la dinastía de los Çunga (176-64) intensificóse la influencia griega, en el mismo momento en que se formaba la iconografía de las vidas anteriores del Buda. La obra maestra es la gran *stupa* —bóveda hemisférica circuida por una balaustrada provista, en los cuatro puntos cardinales, con pórticos o *torana* de Santchi. Aunque la inspiración del conjunto es búdica y revela con mayor profundidad una pasión específicamente india por la vida vegetal y animal, una especie de vivo paganismo, animado por la creencia en la unidad de todas las formas de vida y algunos atrevidos escorzos se explican sólo por un nuevo conocimiento de las técnicas helénicas. Más claros aún son los motivos griegos en una obra más o menos contemporánea: el recinto de Bodh Gaya, donde la encabritada cuadriga de Suria, el dios solar o, mejor aún, el Centauro de un medallón, son temas importados.

El arte cunga, que reinaba esencialmente en la India central, prohibía formalmente en los relieves, y mucho más en los altorrelieves, la representación de Buda, que era evocado sólo por medio de símbolos transparentes. Por otra parte, el helenismo permaneció tamizado y modesto. Corresponderá a la época siguiente, la era kuchana, desarrollar en Gandara una escultura en la que está representado incluso el gran Compasivo, y en que se da libre curso a las influencias griegas. Buda aparece con los rasgos juveniles de Apolo, la nariz en la prolongación de la frente, la boca bien dibujada. Sólo los pesados párpados y el empaste del rostro revelan el tipo oriental. Lleva sus signos distintivos: moño, punto de sabiduría entre los ojos, lóbulos de las orejas alargados. Su manto monástico es un verdadero *himation* de pliegues sabiamente concéntricos. Incluso Zeus sirvió de modelo al genio del rayo, y las Ménades, a los nagi, mientras que otras piezas muestran una Atenea o el caballo de Troya con Casandra.

Los más bellos ejemplares de este arte del Gandara (lám. 32) —que pronto hizo escuela tanto en Matura como en Amaravati—, los relieves y estatuas de esquisto azul del Gandara y las figurillas de estuco de Hadda (Afganistán) o de Taxila, datan del período romano (siglos II-V). Hay que relacionarlas con la noble protección asignada al budismo por el más grande de los soberanos kuchana, Kanishka; con la incomparable prosperidad de su imperio; con el desarrollo del budismo del Gran Vehículo. Pero, en nuestra opinión, es indudable, aunque se trate de un punto discutido, que su aparición fue mucho más antigua y que tal vez se remonte hacia el

año 100: en el reino grecoindio las influencias helénicas, procedentes de Alejandría y de Palmira, pudieron manifestarse con la suficiente fuerza para romper los tabúes del aniconismo. La creación de la escultura gandariana fue, pues, contemporánea de las murallas de Santchi o de Bodh Gaya.

De esta forma, las divinidades y los héroes de la religión ofrecieron al budismo su iconografía, como harán más tarde con el cristianismo. Mas, paradójicamente, la tradición helénica se mantendrá más fuerte en Asia que en Occidente. En el transcurso de un milenio aproximadamente, Buda-Apolo conquistó poco a poco la India, Asia central, Indochina, China, Corea y Japón, aunque no sin evolucionar y deformarse insensiblemente. Encontramos pocas repercusiones tan inesperadas del helenismo. El más hermoso de los dioses griegos caminó lentamente con los progresos de la evangelización búdica: como un guijarro lanzado al agua, en torno al cual se desarrollan ondas cada vez más lejanas.

Excavaciones muy recientes permiten captar un fenómeno afín al de la creación de un arte grecoindio: el nacimiento de un arte grecobactriano. En Khaltchayan, en las ruinas de una ciudad levantada a orillas de un afluente del Amu-Daria, encontróse un lote de esculturas, de indudable inspiración helenística, aunque profundamente transformados por el gusto y las costumbres iranias. Una Atenea lleva casco bactriano y vestido ajustado con mangas. Su rostro, sin aquella serenidad viril propia de la hija de Zeus, expresa una dulzura femenina tan característica, que podemos suponer que el artista quiso darle los rasgos de una reina escita. Niké aparece en muchas representaciones, pero dentro de un ambiente religioso o político claramente local: en un bajorrelieve, se cierne por encima de un busto de Mitra; en un medallón de terracota, corona a un rey sentado en el trono zoomorfo, tocado con un sombrero puntiagudo, con su visir al lado. Es notable que estas magníficas creaciones daten del período que siguió a la ruina del reino grecobactriano, ruina que no impidió la difusión del helenismo, por lo menos en el arte más oficial, pues las estatuillas de terracota del mismo yacimiento, de una tipología extremadamente variada, siguen siendo indígenas.

Los contactos intelectuales

Las relaciones de la India con Occidente no se limitaron al intercambio de productos de lujo ni a las lecciones del arte griego. Se instauró un mejor conocimiento de los dos mundos. Es cierto que estos contactos no eran nuevos. Algunos elementos orientales del pitagorismo pueden ser indios; entre ellos, tal vez, el «gran año» de 10 800 años que, según Heráclito, permite a los astros recuperar sus posiciones. Aristoxeno de Tarento, discípulo de Aristóteles, relata la visita a Sócrates de un sabio indio, el cual le enseñó que no se pueden conocer las cosas humanas sin conocer antes las cosas divinas: auténtica o falsa, la anécdota no parece absurda en modo alguno. La historia de las ciencias (sobre todo astronomía y medicina) ofrecería también ejemplos de esta misma corriente de influencia Este-Oeste. Los tratados hipocráticos registran medicaciones indias. El *De los vientos* explica la enfermedad

por la circulación del viento en el cuerpo, de acuerdo con las especulaciones brahmánicas. El Platón del *Timeo* explica el equilibrio corporal por tres substancias esenciales: aire, flegma y bilis, doctrina clásica en la fisiología india.

Pero las embajadas y el comercio acrecentaban en los reinos mediterráneos las informaciones sobre el lejano Oriente. Se admiraba la vida ejemplar y los rasgos de sabiduría de los gimnosofistas. La famosa conversación de Cineas con su maestro Pirro recuerda, curiosamente, un diálogo sostenido entre el rey Koravyo y el Buda Ratapalo.

En muchos casos no se puede hablar abiertamente de influencia. Por ejemplo, al referirnos a la posibilidad de que se desarrollara una verdadera sofística en la India y en China, contemporánea de la de Grecia; de la misma forma, si, un siglo después de Zenón, el chino Hui Tzu sostuvo que un bastón que se acortara cada día la mitad no tendría fin, no pudo, evidentemente, conocer a su predecesor helénico. Pero se estableció una ósmosis difícil de definir entre dos zonas de elevada civilización, unidas en adelante por tantos lazos. Ya hemos señalado que las concepciones de la realeza son afines, que la apatía o la ataraxia no están alejadas del *nirvana*. Ya Megástenes, legado de Seleuco Nicanor en Pataliputra y que dejara de su viaje un relato que, al parecer, sería una de las principales fuentes helenísticas sobre la India, había advertido coincidencias de costumbres o de ideas.

Sin duda queda mucho por hacer. Estrabón lamenta aún la falta de información sobre la India. Sólo la época romana dará su auténtico desarrollo a los intercambios intelectuales, gracias a la intensificación del comercio. Entonces la India se iniciará en la astronomía, en la astrología, en la medicina de los griegos, e imitará quizá su teatro. A la inversa, se puede sospechar una influencia india sobre lo romano helénico o sobre el pensamiento de los gnósticos y de Plotino. El monzón aproximó a dos pueblos que, desde hacía siglos, distaban mucho de ignorarse.

Los griegos y China

Cuesta trabajo admitir que existieran también relaciones más remotas aún: con el mundo mogol o chino. Y, no obstante, son innegables, aunque esporádicas y entrevistas sólo al azar de algún hallazgo arqueológico.

También aquí Bactriana desempeñó un papel capital. Interminables rutas en las que el viajero debería franquear difíciles pasos y soportar las penalidades de la sed, la unían, desde fecha remota, con el mundo chino. Hemos de considerar sobre todo dos de ellas. La primera llegaba a Kachgar por los valles del Pamir y bordeaba, por el Norte (Aksu, Turfán, Kan-Tcheu) o por el Sur (Kotán, Tuen-Huang, Kan-Tcheu), la cuenca desértica del Tarim. El camino restante hasta China no era muy difícil. La segunda llevaba hacia el Norte, a Samarcanda, desde donde se podía enlazar con la sección septentrional de la primera en Aksu, o bien proseguir hacia el Nordeste para alcanzar el río Amarillo por Mogolia. Los textos chinos conocen bien Ta-yuan (Fergana), anexionada, al menos en parte, por los dinastas bactrianos, y Ta-hia (Bactriana). Nos

ofrecen datos precisos sobre la conquista del reino bactriano por los Yuetche. El emperador Wu envió al Afganistán una misión de información dirigida por Tchang K'ien (hacia el 138-125), cuyo relato fue utilizado, y parcialmente reproducido, hacia el año 100, por Suma Ch'ien: menciona, de una manera particular, numerosas ciudades fortificadas que sólo podían ser obra de los griegos.

FIG. 88. Copa de oro procedente de Siberia. Esta copa helenística, adornada con una rica decoración vegetal, debió de ser realizada en el mundo griego oriental antes de introducirse en Siberia con el comercio bactriano. Leningrado, Museo del Ermitage

Este texto explica las dificultades de los comerciantes de Fergana, deseosos de entrar en relaciones *directas* con China, relaciones que, al parecer, no se establecieron hasta 106, cuando la primera caravana china se puso en marcha hacia Partia, a través de Bactra. Pero ya antes se habían producido intercambios, a través de una cadena de sucesivos intermediarios, que escoltaban especialmente sederías, pieles, mineral de hierro de alta ley y metales preciosos. Así lo demuestran las piezas de cuproníquel acuñadas, hacia el 170, por reyes bactrianos: Eutidemos III, Agatocles y Pantaleón, y que, considerando el elevado punto de fusión del níquel, sólo podían proceder, en esta época, de una aleación natural: si fuese cierto que tal aleación se encontrara sólo en el Yunnan —cosa que se ha puesto recientemente en entredicho—, tendríamos el testimonio de un tráfico chinobactriano desde principios del siglo II. Por otra parte, el nombre de la seda era sobradamente conocido en el Mediterráneo antes de la era cristiana.

También se encontraron objetos occidentales jalonando una u otra de las rutas. Monedas del Bósforo (siglo IV) en el valle del Ili (tributario del lago Balkhach). Vestiduras bactrianas y sirias, de fines del siglo II, descubiertas por la misión Koslov en plena Mogolia, en Urga. Una vasija de vidrio alejandrina con una cabeza de Atenea (siglo II) en Ho-Nan, es decir, en el valle medio del río Amarillo. Se ha hablado de una influencia artística del helenismo en la Siberia Meridional durante los siglos II-I, ya que la ruta del Norte canalizaba hacia Bactra el oro siberiano (fig. 88), e incluso sobre el arte del reino Han (esta última, sin duda, más tardía). En textos del Kotán (Turquestán chino) pertenecientes al siglo III de nuestra era, se descubrieron palabras griegas que significan *estátera, dracma, campamento militar,* y algunos han supuesto

que se remontan a los tiempos de los reinos grecobactrianos. El nombre chino de la vid *(Pou T'ao)* podría ser una transcripción del griego *botrys* (el racimo), pues la vid tal vez se introdujo en China gracias a los contactos sinobactrianos.

Por lo demás, Bactriana no era el único centro de relaciones entre los mundos griego y chino. Rutas terrestres y marítimas enlazaban China con la India. Los reinos indogriegos extraían seguramente su oro del Yunnan. En la Taxila helenística encontramos jades chinos, una concha japonesa y una estatuilla, aparentemente griega, que representa un gorila, único testimonio de un posible contacto con la península de Indochina. Incluso después de la ocupación de Bactriana por los nómadas y, por tanto, de la interrupción del comercio terrestre, prosiguieron las relaciones marítimas entre la India y el Mediterráneo, gracias a las cuales pudieron ser transportados objetos chinos, sobre todo la seda. Finalmente, parece fuera de toda duda que la ruta meridional procedente de China y que atravesaba Mogolia, bordeando, muy hacia el Norte, el enorme macizo central de Asia, no desembocaba necesariamente en Samarcanda y Bactra, sino que una derivación conducía directamente a Olbia, junto al mar Negro.

Pero no cabe duda de que todo esto es poca cosa, y que estamos aún lejos de la embajada de Marco Aurelio al emperador de China en el año 166.

* * *

Desde el Bu Regreg al Ganges, desde el Elba al Nilo azul, el único factor susceptible de unificar algo un mundo de tan cambiante diversidad fue la difusión del helenismo. Pero las formas de pensamiento y de vida de los griegos no asimilables en la misma medida en todas partes, lo cual dependía del alejamiento, del carácter étnico y, sobre todo, del grado de civilización. Si Roma sale transformada por completo de su contacto con los reinos helenísticos; si los celtas, iberos o nubios se elevaron, gracias a ellos, a una existencia más humana, los indios apenas le deben más que un nuevo sentido de la belleza.

Además, el helenismo se impuso en todas partes no por la fuerza, sino por su indefinible seducción. Conquistó no sólo a los pueblos sometidos, sino también a los romanos, que triunfaron políticamente sobre los griegos; a los partos o a los escitas, que se emanciparon de su tutela. La famosa expresión de Horario, «la Grecia vencida que venció a su feroz vencedor», podría aplicarse a otras muchas naciones, además de a la Roma republicana.

Por otra parte, rendirse a las seducciones del helenismo no fue jamás, para ningún pueblo, renunciar a sí mismo, sino, por el contrario, hallar los medios de realizarse plenamente, de expresarse mejor, de ser promovidos a una vida más humana. De ahí la importancia del arte, que difundió formas supremamente armoniosas, un lenguaje en que materia

y espíritu parecían comulgar, una sintaxis que implicaba la más sabia articulación de las apariencias y de la realidad esencial. Para los mejores, el helenismo fue una *liberación*, el acceso a los templos serenos, la redención de las supersticiones y de los ritualismos. Para todos, una *revelación*, una aguda toma de conciencia de sus propias posibilidades, un medio de profundizar sus más íntimas creencias. El austero rostro de los héroes de Entremont o la desengañada sonrisa de los Buda del Gandara pueden ser igualmente hijos de Grecia.

Conclusión general

Con la progresiva anexión de los reinos helenísticos por Roma inicióse una nueva aventura. Pero no fue distinta por completo. Por un lado, toda la parte oriental del Imperio siguió siendo griega en su lengua y en su cultura. La propia Grecia registró, en el siglo II de J. C., un renacimiento, gracias a hombres de caracteres tan diversos como Plutarco, Luciano y Pausanias. Por otro lado, en Occidente, las provincias más dinámicas fueron, durante mucho tiempo, las más intensamente penetradas por el helenismo: Bética, Tarraconense, Narbonense, África. La misma Roma se hallaba enteramente helenizada: por doquier difundía una educación retórica heredada de los griegos; un arte que se mantuvo dentro de la línea del arte helenístico hasta la ruptura del siglo III; una literatura basada en los modelos griegos; una religión que era el resultado de un sincretismo grecooriental y el pensamiento estoico, que se convirtió, durante el reinado de los Antoninos, en una especie de filosofía estatal. Tanto la monarquía autocrática como los sistemas de la administración provincial fueron un legado de los reinos helenísticos.

Al producirse la crisis que, en el siglo III, sacudió el mundo romano hasta sus cimientos, en una resurrección del platonismo encontraron Plotino y sus discípulos nuevos fermentos de vida espiritual. Poco a poco ganó terreno una religión oriental que desde el siglo II no desdeñó asimilar lo mejor del pensamiento antiguo. El apologista Justino atrevióse a escribir: «Sócrates fue una encarnación del *Logos;* el Cristo, otra más completa, puesto que es la verdad absoluta».

Tras el definitivo fraccionamiento del Imperio en dos mitades, Occidente se hallará cada vez menos penetrado de helenismo, aunque la literatura griega se cultive durante algún tiempo. Pero en Oriente, donde

la presión de los bárbaros fue menos violenta, el *basileus* bizantino podrá presentarse, hasta 1453, como heredero directo de los emperadores romanos y de los monarcas helenísticos. El platonismo iluminará con sus rayos a Constantinopla, en el siglo XI, con Psellos, y a Mistra, en el XV, con Gemisto Pleton. Incluso en Occidente, el helenismo será un poderoso fermento de renovación tanto en el renacimiento carolingio como en el *Rinascimento,* cuyos eruditos y poetas «hojean día y noche los ejemplares griegos».

Sin retroceder más en el tiempo, vemos que, no contento con sobrevivir en la civilización de Roma —cuyo papel histórico, independientemente de su brillante logro político en la unificación del mundo mediterráneo, será el de servir de plataforma a la cultura griega—, el helenismo bizantino, e incluso el antiguo, irradió sensiblemente en medio de las tinieblas medievales y promovió la renovación que abriría la era moderna.

La amplitud y permanencia de tal influjo no pueden dejar indiferentes al historiador. No consideramos ya, como hacía Renan, el «milagro griego» como una creación absoluta, como un *Fiat lux,* pues sabemos bien lo que los griegos, en su flexibilidad, tomaron de los orientales y de los prehelenos. También Grecia sirvió de relevo entre las primeras consecuciones de la humanidad histórica y Roma, que las transmitió a la Edad Media e incluso a nosotros mismos. Por otra parte, no podemos ocultar los defectos de una civilización a la cual no podríamos, en ningún caso, dirigir nuestras miradas como a una edad de oro: pensemos sólo en la esclavitud, en las horribles exposiciones de niños, en la pederastia, en la que Platón veía, como en la gimnasia o en la filosofía, una característica de los griegos, en oposición a los bárbaros, o en la constante desunión que hizo de la historia griega, desde Micenas a la época helenística, una cadena casi ininterrumpida de sangrientos conflictos. «Atenas fue solamente la imagen rudimentaria del paraíso» (J. L. BORGES).

Sin embargo, quedó aquel dinamismo esencial, elemento permanente en el transcurso de dos milenios y que sobrevivió incluso al hundimiento político del mundo griego. Su primera causa, la más evidente, hay que buscarla en la energía, en la constancia, en la obstinación de un pequeño pueblo, no menos notables que los que, con justicia, admiramos en el continuado desarrollo de la historia romana. Este ahínco es visible tanto en los esfuerzos por crear formas políticas o buscar salidas económicas, como en la ardorosa y alborozada inquietud del espíritu en la conquista de la verdad. El Sócrates del *Fedro* no quiere que sus compañeros hagan la siesta: prefiere dialogar, para que las cigarras mensajeras vayan a decir a las Musas que ellos practican filosofía y música, dos disciplinas hermanas, como sus divinas patronas. A lo largo de los siglos se mantiene un perseverante intento, que simboliza, en la época antigua, la vieja imagen homérica de la cadena de oro, convertida en

la alegoría de ese poderoso lazo que une todas las generaciones en la búsqueda de la verdad. De ahí aquella juventud que arrastraba y seducía en el helenismo. «Vosotros, griegos, sois siempre niños: un griego jamás es viejo. Todos sois jóvenes por el espíritu», decía ya a Solón, no sin cierta condescendencia, el sacerdote egipcio del *Timeo* de Platón (22 b).

En el centro de esta búsqueda adivinamos, como una constante, la investigación de los medios que permitan ser plenamente hombre. Hombre entre otros hombres, y de ahí la preocupación esencial del político y la ardiente aspiración hacia formas de sociedad —muy variables, por otra parte según las épocas: reinos aqueos o helenísticos, ciudades arcaicas o clásicas— que no ahogaron al individuo. Hombre en medio de un *kosmos* que lo superaba infinitamente, pero del que podía hacerse el dueño mediante el establecimiento de relaciones armoniosas con las potencias sobrenaturales, y, sobre todo, elaborando una cosmología y una ciencia que penetraran sus arcanos. Hombre, en fin, enfrentado a sí mismo y que debía procurarse los medios para dominar sus instintos y señorear su destino.

De ahí las dos características que, en un análisis sumario, definen mejor al helenismo: orden y mesura. El orden es el triunfo del espíritu, como enseñaba Anaxágoras: es la razonable subordinación de los elementos inferiores a los superiores, obtenida a través de una dura victoria, en la que, ante todo, hay que vencerse o, mejor, superarse a sí mismo. No menos difícil de conseguir es la mesura, que nace de la razonada apreciación de las posibilidades y de los límites del hombre y que lo arranca tanto de los excesos de los imperialismos orientales, como que de la violencia de las pasiones.

No puede extrañarnos, pues, que los griegos se negaran obstinadamente a mutilar al hombre, a perjudicar a ninguno de los elementos que le confieren su unidad. El cuerpo desempeña su papel, y muy grande, en la educación. La sensibilidad es dominada sólo para alcanzar su pleno valor. De hecho, apenas hay sentimientos humanos que no experimentaran: desde la agitada solicitud de Héctor al despedirse de Andrómaca, hasta los amorosos estremecimientos de los poetas bucólicos, desde la arrogancia del ciudadano que se sacrifica por su patria, hasta la más mística devoción.

Una parte primordial se asigna al espíritu, y el mejor título de gloria del helenismo tal vez sea el haber fundado la ciencia racional y la filosofía. Pero los creadores del racionalismo dejaron su sitio a las potencias más oscuras del alma. En la Acrópolis confinaron el templo de la Razón, personificada con los rasgos de Atenea, y el santuario de una antigua diosa-oso, Artemis Brauronia. La época helenística asistió al triunfo del misticismo y al apogeo de la ciencia antigua.

No puede haber armonía sin un deliberado equilibrio entre las potencias que constituyen al hombre. Y esta armonía era esencial, porque los griegos estimaron la belleza por encima de todos los valores. «Sólo

la belleza ha alcanzado —dice Platón (*Fedro,* 250 d),— el don de poder ser lo más evidente y aquello cuyo encanto es más amable». Era la cualidad esencial que apreciaban los dioses en las ofrendas que se les hacían. Y no se separaba de la virtud, puesto que el ideal humano es el *kalós kagathós,* el hombre a la vez bello y bueno. Para Platón, toda la dialéctica del amor era impulsada hacia la Belleza, que es Dios, y los estoicos hicieron un artista del fuego supremo que anima al mundo. Tampoco se separaba de la inteligencia, puesto que nacía de las sutiles proporciones matemáticas, de cánones en que el espíritu imponía su ley a la materia. Era, a la vez, conquistadora y conquistada al término de una violenta avulsión. Era la propiedad de los dioses inmortales, pero también de los hombres mortales, que encontraban en ella el medio más seguro para igualarse a la divinidad.

Último símbolo del helenismo, Hipatia la geómetra, hija del último de los filósofos del Museo de Alejandría, notable platónica, que recorría la ciudad seguida de sus discípulos, a los que arrastraba tanto por su belleza como por revelarles la proyección de la esfera, y que murió un día de 415, lapidada por cristianos que, ingratamente, perseguían en ella a aquel helenismo al que debían una de las partes mejores de su fe.

Bibliografía

I. Obras generales

Estudios históricos

AYMARD (A.) y AUBOYER (J.), *Oriente y Grecia Antigua*, 2.ª ed., Barcelona, 1963.
AYMARD (A.) y CHAPOUTHIER (F.), en *Les premières civilisations*, nueva edición, París, 1950.
BELOCH (K. J.), *Griechische Geschichte*, I-IV (en 8 vol.), 2.ª ed., Berlín-Leipzig, 1924-1927.
BENGTSON (H.), *Griechische Geschichte*, 2.ª ed., Munich, 1960.
BETHE (E.), *Un milenio de vida griega antigua*, Barcelona, 1937.
BONNARD (A.), *La civilisation grecque*, I-III, Lausana, 1959.
BUSOLT (G.) y SWOBODA (H.), *Griechische Staatskunde*, 3.ª ed., I, 1920, y II, 1926.
CHAMOUX (F.), *La civilisation grecque à l'époque archaïque et classique*, París, 1963.
COHEN (R.), *La Grèce et l'hellénisation du monde antique*, nueva ed., París, 1948.
CROISET (M.), *La civilisation de la Grèce antique*, París, 1932.
EHRENBERG (V.), *The Greek State*, Oxford, 1960.
FINLEY (M. I.), *Los griegos de la Antigüedad*, Barcelona, 1966.
FRANCOTTE (H.), *La polis grecque*, Paderborn, 1907.
GLOTZ (G.), *La cité grecque*, nueva ed. revisada por P. CLOCHÉ, París, 1953.
GLOTZ (G.) y COHEN (R.), *Histoire grecque*, París, reeditada en 1945-1948, I: *Des origines aux guerres médiques*; — II: *La Grèce au V^e siècle*; — III: *La Grèce au IV^e siècle: la lutte pour l'hégémonie*; — IV: (1.ª parte) *Alexandre et l'hellénisation du monde antique* (este último volumen con P. ROUSSEL).
GRANT (M.), *El Nacimiento de la civilización occidental*, Barcelona, 1966.
HAMMOND (N. G. L.), *A history of Greece to 322 B. C.*, Oxford, 1959.
HATZFELD (J.), *Histoire de la Grèce ancienne*, 3.ª ed. revisada por A. AYMARD, París, 1962.
LARSEN (J. A. O.), *Representative government in Greek and Roman history*, University of California, 1955.
MARTIN (V.), *La vie internationale dans la Grèce des cités*, París, 1940.
NACK-WAGNER, *Grecia (El país y los pueblos de los Antiguos helenos)*, Barcelona, 1966.
PETIT (P.), *Précis d'histoire ancienne*, París, 1962.
ROUSSEL (P.) y CLOCHÉ (P.), *La Grèce et l'Orient, des guerres médiques à la conquête romaine*, 2.ª ed., París, 1938.
SWOBODA (H.), *Historia de Grecia*, 2.ª ed., Barcelona, 1957.

Diccionarios

DAREMBERG (C.), SAGLIO (E.) y POTTIER (E.), *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, I-V (en 9 vols.), París, 1877-1919.
PAULY, WISSOWA y KROLL..., *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft*, desde 1893 (inacabada).

Atlas y guías

BENGTSON (H.) y MILOJČIC (V.), *Grosser historischer Weltatlas*, I: *Vorgeschichte und Altertum*, 2.ª ed., Munich, 1954.
KIRSTEN (E.) y KRAIKER (W.), *Griechenlandkunde*, 4.ª ed., Heidelberg, 1962.
LÉVÊQUE (P.), *Nous partons pour... la Grèce*, 2.ª ed., París, 1962.
VAN DER HEYDEN (A.) y LAVEDAN (P.), *Atlas de l'Antiquité classique*, París-Bruselas, 1961.

Cronología

DELORME (J.), *Chronologie des civilisations*, 2.ª ed., París, 1956.
DELORME (J.), *Les grandes dates de l'Antiquité*, París, 1962.

Economía y sociedad

CAVAIGNAC (E.), *L'économie grecque*, París, 1951.
CLOCHÉ (P.), *Les classes, les métiers, le trafic*, París, 1931.
COUISSIN (P.), *Les institutions militaires et navales de la Grèce*, París, 1932.
FLACELIÈRE (R.), *L'amour en Grèce*, París, 1960.
GLOTZ (G.), *La solidarité de la famille dans le droit criminel en Grèce*, París, 1904.
GLOTZ (G.), *Le travail dans la Grèce antique*, París, 1920.
JAEGER (W.), *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, México, 1962.
JARDÉ (A.), *Les céréales dans l'Antiquité grecque*, París, 1925.
MAISCH-POHLHAMMER, *Instituciones griegas*, Barcelona, 1951.
MARROU (H. I.), *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*, 3.ª ed., París, 1955.
WESTERMANN (W. L.), *The slave systems of Greek and Roman antiquity*, Filadelfia, 1955.

Religión

AMANDRY (P.), *La mantique apollinienne à Delphes*, París, 1950.
DEFRADAS (J.), *Les thèmes de la propagande delphique*, París, 1954.
DEFRADAS (J.), *Religions du monde, La Grèce*, París, 1963.
DELCOURT (M.), *Les grands sanctuaires de la Grèce*, París, 1947.
DELCOURT (M.), *L'oracle de Delphes*, París, 1955.
FESTUGIÈRE (A. J.) y NILSSON (M. P.), en GORCE (M.) y MORTIER (R.), *Histoire générale des religions*, II, París, 1944.
FLACELIÈRE (R.), *Devins et oracles grecs*, París, 1961.
GERNET (L.) y BOULANGER (A.), *Le génie grec dans la religion* París 1932.
GRIMAL (P.) *La mythologie grecque*, París, 1953.
GRIMAL (P.), *Diccionario de la Mitología griega y romana*, Barcelona, 1966.
JEANMAIRE (H.), *Dionysos, Histoire du culte de Bacchus*, París, 1951.
MÉAUTIS (G.), *Les dieux de la Grèce et les mystères d'Éleusis*, París, 1959.
MÉAUTIS (G.), *La mitología griega*, Buenos Aires.
NILSSON (M. P.), *Historia de la religiosidad griega*, Madrid, 1953.
NILSSON (M. P.), *Historia de la religión griega*, Buenos Aires, 1962.
PETTAZZONI (R.), *La religion dans la Grèce antique, des origines à Alexandre le Grand*, trad. fr., París, 1953.
DES PLACES (E.), en BRILLANT (M.) y AIGRIN (R.), *Histoire des religions*, III, París, 1955.

ROHDE (E.), *Psyché. El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos*, Madrid, 1942.
STEUDING (H.), *Mitología giega y romana*, 6.ª ed., Barcelona, 1948.

Vida intelectual

BRÉHIER (E.), *Historia de la Filosofía*, 5.ª ed., Buenos Aires.
GOMPERZ (TH.), *Pensadores griegos*, Buenos Aires, 1951-1952.
IMBERT (J.), *Le droit antique*, París, 1961.
RIVAUD (A.), *Les grands courants de la pensée grecque*, París, 1929.
RIVAUD (A.), *Historia de la Filosofía*, Buenos Aires, 1962.
ROBIN (L.), *La pensée grecque et les origines de l'esprit scientifique*, 3.ª ed., París, 1948.
ROBIN (L.), *La morale antique*, París, 1957.
SCHAERER (R.), *L'homme antique et la structure du monde intérieur*, París, 1958.
SINCLAIR (T. A.), *Histoire de la pensée politique grecque*, trad. fr., París, 1953.
TATON (R.) y sus colaboradores y *La ciencia antigua y medieval*, Barcelona, 1967.
WERNER (CH.), *La filosofía griega*, Barcelona, 1966.

Literatura

CROISET (A.) y (M.), *Histoire de la littérature grecque*, I-V, 2.ª-4.ª ed., París, 1928-1951.
DEFRADAS (J.), *La littérature grecque*, París, 1960.
FLACELIÈRE (R.), *Histoire littéraire de la Grèce*, París, 1962.
LESKY (A.), *Geschichte des griechischen Literatur*, Berna, 1958.
MEILLET (A.), *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*, 5.ª ed., París, 1938.
NESTLE (W.), *Historia de la literatura griega*, 2.ª ed., Barcelona, 1959.
ROBERT (F.), *La littérature grecque*, 5.ª ed., París, 1963.

Artes

BABELON (J.), *La numismatique antique*, París, 1949.
CHARBONNEAUX (J.), *Les vases grecs*, París, 1958.
CHARBONNEAUX (J.), *L'art grec*, París, 1959.
COCHE DE LA FERTÉ (E.), *Les bijoux antiques*, París, 1956.
DEVAMBEZ (P.), *Sculptures grecques*, París, 1960.
DEVAMBEZ (P.), *Histoire de l'art*, I: *Le monde non-chrétien*, París, 1961.
DINSMOOR (W. B.), *The architecture of ancient Greece*, Londres, 1950.
DUGAS (CH.), *La céramique grecque*, París, 1924.
LAWRENCE (A. W.), *Greek architecture*, Londres, 1957.
MARTIN (R.), *L'urbanisme dans la Grèce antique*, París, 1956.
MÉAUTIS (G.), *Les chefs-d'œuvre de la peinture grecque*, París, 1930.
MÉLIDA (J. R.), *Arqueología clásica*, Barcelona, 1952.
METZGER (H.), *La cerámica griega*, Buenos Aires, 1962.
PICARD (CH), *La sculpture antique*, I-II, París, 1923-1926.
PICARD (CH.), *Manuel d'architecture grecque. La sculpture*, I-IV (en 7 vols.), París, 1935-1963.
POULSEN (F.), *Artes decorativas en la Antigüedad*, 3.ª ed., Barcelona, 1958.
RICHTER (G. M. A.), *The sculpture and sculptors of the Greeks*, 3.ª ed., Yale, 1950.
DE RIDDER (A.) y DEONNA (W.), *L'art en Grèce*, París, 1924.
ROBERTSON (D. S.), *A handbook of Greek and Roman architecture*, 2.ª ed., Cambridge, 1945.
ROBERTSON (M.), *La peinture grecque*, Ginebra, 1959.
RODENWALT (G.), *Arte clásico* (Grecia y Roma), 3.ª ed., Barcelona, 1947.
SÉCHAN (L.), *La danse grecque*, París, 1930.
SELTMAN (CH.), *Greek coins*, 2.ª ed., Londres, 1955.
VILLARD (F.), *Les vases grecs*, París, 1956.
WYCHERLEY (R. E.), *How the Greeks built cities*, 2.ª ed., Londres, 1962.
ZERVOS (CH.), *L'art en Grèce*, París, 1934.

Monografías regionales

CLOCHÉ (P.), *Thèbes de Béotie, des origines à la conquête romaine*, Lovaina, 1938.
CLOCHÉ (P.), *Histoire de la Macédoine jusqu'à l'avènement d'Alexandre le Grand*, París, 1960.
EFFENTERRE (H. VAN), *La Crète et le monde grec, de Platon à Polybe*, París, 1948.
GUILLON (P.), *La Béotie antique*, París, 1948.
LA COSTE-MESSELIÈRE (P. DE) y MIRÉ (G. DE), *Delphes*, 2.ª ed., París, 1957.
LAIDLAW (W. A.), *A history of Delos*, Oxford, 1933.
LERAT (L.), *Les Locriens de l'Ouest*, I-II, París, 1952.
POUILLOUX (J.), *Recherches sur l'histoire et les cultes de Thasos*, I, 1954; II (con CH. DUNANT), 1958, París.
ROBERT (L.), *Villes d' Asie Mineure*, 2.ª ed., París, 1962.
ROUSSEL (P.), *Délos*, París, 1925.

II. Bibliografía por períodos

La edad de las invasiones

BLEGEN (W.) y RAWSON (M.), *A guide to the palace of Nestor*, Cincinnati, 1962.
BOSCH-GIMPERA (P.), *El problema indoeuropeo*, México, 1960.
EVANS (A.), *The palace of Minos*, I-IV (en 6 vols.), Londres, 1921-1935.
GLOTZ (G.), *La civilisation égéenne*, nueva ed. puesta al día por CH. PICARD y P. DENARGNE, París, 1959 (trad. esp., Barcelona, 1926).
KARO (G.), *Führer durch Tiryns*, Atenas, 1934.
LORIMER (H. L.), *Homer and the monuments*, Londres, 1950.
MATZ (F.), *Le monde égéen (Troie, Crète, Mycènes)*, trad. fr., París, 1956.
MATZ (F.), *La Crète et la Grèce primitive*, trad. fr., París, 1962.
MYLONAS (G. E.), *Ancient Mycenae*, Londres, 1957.
PAGE (D.), *History and the Homeric Iliad*, Berkeley, 1960.
PALMER (L. R.), *Mycenaeans and Minoans*, Londres, 1961.
PICARD (CH.), *Les religions préhelléniques (Crète et Mycènes)*, París, 1948.
SCHACHERMEYR (F.), *Die ältesten Kulturen Griechenlands*, Stuttgart, 1955.
SEVERYNS (A.), *Grèce et Proche-Orient avant Homère*, Bruselas, 1960.
VENTRIS (M.) y CHADWICK (J.), *Documents in Mycenaean Greek*, Cambridge, 1956.
WACE (A. J. B.), *Mycenae*, Princeton, 1949.
WACE (A. J. B.) y STUBBINGS (F. J.), *A companion to Homer*, Londres, 1963.
WEBSTER (T. B. L.), *La Grèce, de Mycènes à Homère*, trad. fr., París, 1962.

Épocas geométrica y arcaica

ANDREWES (A.), *The Greek tyrants*, Londres, 1956.
BAYET (J.), *La Sicile grecque*, París, 1930.
BÉRARD (J.), *La colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile dans l'Antiquité*, 2.ª ed., París, 1957.
BÉRARD (J.), *L'expansion et la colonisation grecques jusqu'aux guerres médiques*, París, 1960.
CARRIÈRE (J.), *Théognis de Mégare*, París, 1948.
CHAMOUX (F.), *Cyrène sous la monarchie des Battiades*, París, 1953.
CHARBONNEAUX (J.), *La sculpture grecque archaïque*, París, 1938.
CHRIMES (K. M. T.), *Ancient Sparta*, Manchester, 1949.
CLERC (M.), *Massalia. Histoire de Marseille dans l'Antiquité*, I-II, Marsella, 1927.
DEMARGNE (P.), *La Crète dédalique*, París, 1947.
DUNBABIN (T. J.), *The western Greeks*, Oxford, 1948.

FERNÁNDEZ GALIANO (M.), *Herodoto*, Barcelona, 1951.
FINSLER (G.), *La poesía homérica*, 3.ª ed., Barcelona, 1947.
GALLET DE SANTERRE (H.), *Délos primitive et archaïque*, París, 1958.
JARDÉ (A.), *La formation du peuple grec*, París, 1923.
JEANMAIRE (H.), *Couroi et Courètes*, Lille, 1939.
LÉVÊQUE (P.) y VIDAL-NAQUET (P.), *Clisthène l' Athènien*, París, 1964.
MALLET (D.), *Les premiers établissements des Grecs en Égypte*, El Cairo, 1893.
MICHELL (H.), *Sparte et les Spartiates*, trad, fr., París, 1953.
PABÓN (J. M.), *Homero*, Barcelona, 1956.
ROBERT (F.), *Homère*, París, 1950.
ROUSSEL (P.), *Sparte*, 2.ª ed., París, 1960.
SARTORI (F.), *Le eterie nella vita politica ateniese del VI e V secolo*, Roma, 1957.
SCHUHL (P. M.), *Essai sur la formation de la pensée grecque*, 2.ª ed., París, 1949.
URE (P. N.), *The origin of tyranny*, Cambridge, 1922.
VALLET (G.), *Rhégion et Zancle*, París, 1958.
VERNANT (J.-P.), *Les origines de la pensée grecque*, París, 1962.
WUILLEUMIER (P.), *Tarente, des origines à la conquête romaine*, I-II, París, 1939.

El clasicismo

BASTIDE (G.), *Le moment historique de Socrate*, París, 1939.
BATTISTINI (V.), *Trois contemporains: Héraclite, Parménide, Empédocle*, París, 1955.
BOUSQUET (J.), *Le trésor de Cyrène à Delphes*, París, 1952.
BRENTANO (F.), *Aristóteles*, 2.ª ed., Barcelona, 1951.
BRUN (J.), *Socrate*, París, 1960.
BRUN (J.), *Aristóteles y el Liceo*, Buenos Aires.
CARCOPINO (J.), *Histoire de l'ostracisme athénien*, 2.ª ed., París, 1934.
CHARBONNEAUX (J.), *La sculpture grecque classique*, I-II, París, 1943-1945.
CHATELET (F.), *La naissance de l'histoire. La formation de la pensée historienne en Grèce*, París, 1962.
CLOCHÉ (P.), *La démocratie athénienne*, París, 1951.
CLOCHÉ (P.), *La civilisation athénienne*, 5.ª ed., París, 1955.
CLOCHÉ (P.), *Démosthènes et la fin de la démocratie athénienne*, 2.ª ed., París, 1957.
CLOCHÉ (P.), *Le monde grec aux temps classiques*, París, 1958.
CLOCHÉ (P.), *El siglo de Pericles*, Barcelona, 1960.
CLOCHÉ (P.), *Alexandre le Grand*, 2.ª ed., París, 1961.
CLOCHÉ (P.), *Isocrate et son temps*, París, 1963.
DELCOURT (M.), *Périclès*, París, 1939.
DELEBECQUE (E.), *Euripide et la guerre du Péloponnèse*, París, 1951.
DELEBECQUE (E.), *Essai sur la vie de Xénophon*, París, 1957.
DEVAMBEZ (P.), *L'art au siècle de Périclès*, Lausana, 1956.
DUGAS (CH.), *Aison et la peinture céramique à Athènes à l'époque de Périclès*, París, 1930.
EHRENBERG (V.), *The people of Aristophanes*, Oxford, 1951.
FERNÁNDEZ GALIANO (M.), *Demóstenes*, Barcelona, 1947.
FLACELIÈRE (R.), *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles*, Buenos Aires, 1967.
GOOSSENS (R.), *Euripide et Athènes*, Bruselas, 1962.
HATZFELD (J.), *Alcibiade*, París, 1951.
HEGE (W.) y RODENWALD (G.), *L'Acropole*, trad. fr., París, 1930.
HOMO (L.), *Pericles*, México.
LÉVÊQUE (P.), *Agathon*, París, 1955.
MÉAUTIS (G.), *Le crépuscule d'Athènes et Ménandre*, París, 1954.
MÉAUTIS (G.), *Pindare le Dorien*, París, 1962.
METZGER (H.), *Les représentations dans la céramique attique au IV^e siècle*, París, 1962.
MOSSÉ (CL.), *La fin de la démocratie athénienne*, París, 1962.
PICARD (CH.), *La vie privée dans la Grèce classique*, París, 1930.
RADET (G.), *Alexandre le Grand*, reedición, París, 1950.

ROBIN (L.), *Platon*, París, 1938.
ROBIN (L.), *Aristote*, París, 1944.
ROMILLY (J. DE), *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París, 1947.
SCHUHL (P. M.), *La obra de Platón*, Buenos Aires.
WILCKEN (U.), *Alexandre le Grand*, trad. fr., París, 1952.

El período helenístico

AYMARD (A.), *Les assemblées de la confédération achaïenne*, Burdeos, 1938.
BIKERMAN (E.), *Institutions des Séleucides*, París, 1938.
BRÉHIER (E.), *Chrysippe et l'ancien stoïcisme*, París, 1951.
BRUN (J.), *El estoicismo*, Buenos Aires.
BRUN (J.), *Épicure et les Épicuriens*, París, 1960.
CLOCHÉ (P.), *La dislocation d'un empire. Les premiers successeurs d'Alexandre le Grand*, París, 1959.
DELORME (J.), *Gymnasion. Étude sur les monuments consacrés à l'éducation en Grèce (des origines à l'Empire romain)*, París, 1960.
FESTUGIÈRE (A. J.), *Epicuro y sus dioses*, Buenos Aires.
FILLIOZAT (J.), *Inde, nation et traditions*, París, 1961.
GROUSSET (R.), *L'Inde*, París, 1949.
HOLLEAUX (M.), *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques*, París, 1921.
JANNORAY (J.), *Ensérune*, I-II, París, 1955.
JOUGUET (P.), *L'impérialisme macédonien et l'hellénisation de l'Orient*, ed. revisada, París, 1961.
LAUNEY (M.), *Recherches sur les armées hellénistiques*, I-II, París, 1949-1950.
LÉVÊQUE (P.), *Pyrrhos*, París, 1957.
PETIT (P.), *La civilisation hellénistique*, París, 1962.
PRÉAUX (CL.), *L'économie royale des Lagides*, Bruselas, 1939.
PRÉAUX (CL.), *Les Grecs en Égypte d'après les archives de Zénon*, Bruselas, 1947.
ROSTOVTZEFF (M.), *A social and economic history of the Hellenistic world*, I-III, Oxford,1941.
TARN (W. W.), *La civilisation hellénistique*, trad. fr., París, 1936.

Glosario terminológico

El lector podrá acudir a los indices para buscar la definición, dada en el texto, de los términos que no encuentre en este vocabulario.

Aditon. Sanctasanctórum de un templo.

Agonístico. Relacionado con los concursos.

Agoranomos. Magistrados encargados de la inspección de los mercados.

Aition. Literalmente, causa. Explicación de un mito, un rito, un nombre...

Alabastro y aríbalo. Vasijas para perfume, de cuello estrecho y anchos bordes, que servía para extender el ungüento sobre la piel. El alabastro es cilíndrico; el aríbalo, globular o piriforme (fig. 89).

Anactoron. Sanctasanctórum del *telesterion* de Eleusis.

Ánfora. Vasija grande panzuda, de dos asas, que sirve para conservar líquidos o sólidos (fig. 89).

Ánodos. Literalmente, subida. Aparición de una divinidad, por ejemplo, *ánodos* de Coré regresando de los infiernos a la Tierra.

Apadana. Sala hipóstila que encierra el trono del Gran Rey en el palacio persa.

Apodectos. Recaudadores generales.

Arameo. Dialecto semítico que se extiende por todo el Oriente en la época helenística.

Aríbalo. Véase **Alabastro** (fig. 89).

Armoste. Jefe de una guarnición lacedemónica.

Arqueología. Literalmente, conocimiento del pasado. El comienzo del libro I de Tucídides, consagrado a la historia antigua de Grecia, recibe tradicionalmente el nombre de *Arqueología*.

Astinomos. Magistrados encargados de vigilar el decoro y la limpieza de las calles.

Autocrátor. Provisto de plenos poderes (se dice sobre todo al hablar de un estratega).

Bomos. Véase **Botros.**

Botros. Altar redondo cavado en el suelo en honor de las divinidades ctónicas (en oposición al bomos, mesa de ofrendas cuadrangular para los dioses uranios).

Buleute. Miembro de la bulé.

Causia. Sombrero de fieltro de anchas alas, de origen macedónico, que llevaban algunos reyes helenísticos.

Cista. Cesta.

Clámide. Capa amplia que llevaban los soldados y que fue adoptada, siguiendo el ejemplo de Alejandro, por los monarcas helenísticos.

Cleros. Lote de tierra asignado por sorteo.

Columnas de Heracles. Estrecho de Gibraltar.

Cora. País abierto (en oposición a las ciudades).

Coregia. Liturgia que consistía en subvenir a los gastos ocasionados por la instrucción y el equipo de un coro.

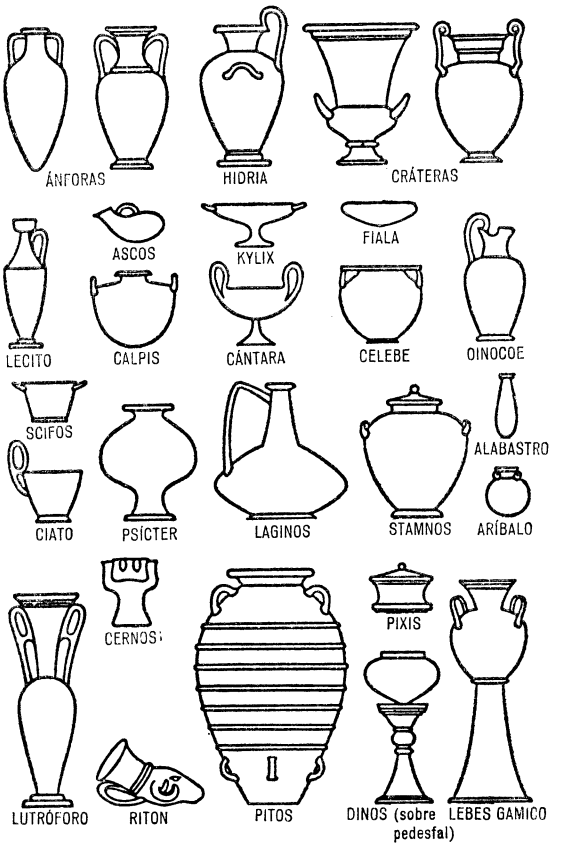


FIG. 89. Las diferentes formas de vasijas griegas

Clinamen. En la teoría epicúrea, desviación de los átomos con relación a la vertical, que servía sobre todo para explicar la libertad de elección.

Cnémidas. Grebas.

Coiné (lengua común). Por extención, civilización común.

Coro cíclico. Coro que evolucionaba en círculo, como en el ditirambo (en la tragedia el coro evolucionaba describiendo un rectángulo).

Crátera. Vasija grande y ancha en la cual se mezclaba el agua y el vino (figura 89).

Criselefantina. Estatua con incrustaciones de oro y marfil.

Ctónico. De las profundidades de la Tierra (de Cton, la Tierra). Los dioses ctónicos: los dioses de abajo, de los Infiernos (en oposición a las divinidades uranias).

Demos. Pueblo.

Depas. Copa. Respecto a las depas de Néstor (pág. 65).

Dicasterion. Tribunal.

Didracma. Pieza de dos dracmas.

Dinos. Caldero colocado sobre un pedestal moldeado (fig. 89).

Díptero. De dos hileras de columnas.

Doríforo. Portador de lanza.

Emblema. Motivo central de una vasija de toréutica, de un mosaico...

Emporion. Mercado, factoría.

Epiclasis. Epíteto de una divinidad.

Epónimo. Que da su nombre. Un héroe epónimo da su nombre a un pueblo, a una comarca o a una ciudad (por ejemplo, Doros, Tesalo, Corinto, epónimos de los dorios, de Tesalia, de Corinto). Un magistrado epónimo (en Atenas el arconte epónimo) sirve para fechar el año de su magistratura.

Escolarca. Jefe de una escuela filosófica.

Esquema. Medida itineraria de los egipcios cuyo valor varía de unos autores a otros hasta duplicarse (entre 6 y 12 km).

Evergetes. Bienhechor.

Falóforo. Portador de un falo (órgano sexual masculino) en las procesiones en honor de Dioniso.

Fíbula. Broche que servía para sujetar el vestido, aguja doble.

Filactero. Talismán.

Filé. Tribu.

Filonomismo. Véase **Ontonomismo.**

Fratría. Literalmente, fraternidad. Subdivisión de la tribu.

Frurarca. Jefe de una guarnición ateniense.

Genos. Clan, gran familia patriarcal, subdivisión de la fratría.

Geronta. Miembro de la gerusia.

Gnómico. Que aporta máximas, sentencias.

Gnomon. Instrumento tomado por los griegos de los caldeos compuesto por una varilla colocada verticalmente en el suelo y de la cual se observaba la sombra. Servía para medir los ángulos.

Helenion. Santuario común de los griegos en Naucratis.

Hermes. Busto de Hermes (posteriormente, de cualquier otro dios), colocado sobre un pedestal de piedra. Había hermes situados en las encrucijadas. Por lo que se refiere a las relaciones con el culto de Hermes, véase la página 69.

Heroon. Monumento funerario a un héroe.

Hierogamia. Literalmente, unión sagrada. Matrimonio de dioses, considerado fuente de fertilidad y fecundidad.

Hieron. Santuario.

Himation. Capa.

Hipóstilo. Sostenido por columnas.

Iliu persis. Toma de Troya.

In antis (edificio). Que tiene dos columnas en la fachada entre los antes (es decir, entre las prolongaciones de los muros).

Isódomo (muro). De hileras regulares.

Kosmos. Universo, literalmente: buen orden. Para los diversos sentidos de la palabra, véase la página 224.

Latomía. Cantera. Las latomías de Siracusa servían de cárcel (los cautivos atenienses fueron encerrados allí después del desastre de Sicilia).

Lesque. Local de reunión y de conversación. Por ejemplo, la lesque de los cnidios en Delfos.

Lineal. Escritura cuyos signos están esquematizados (en la escritura jeroglífica, por el contrario, representa auténticos dibujos).

Mántica. Adivinación.

Medimno. Medida de capacidad para sólidos. En Atenas, después de la reforma de Solón, el medimno valía 51,84 litros.

Metreto. Medida de capacidad para líquidos. En Atenas, después de la reforma de Solón, el metreto valía 38,88 litros.

Metronomos. Magistrados encargados del control de las pesas y medidas.

Miste. Que participa en un culto de misterios.

Mistos. Salario.

Monóptero. Edificio con una sola hilera de columnas.

Moscóforo. Portador de un becerro. Tipo bastante corriente dentro de los kuroi arcaicos.

Ninfeo. Estanque consagrado a las ninfas, generalmente decorado con fuentes y estatuas.

Ontonomismo. Moral que admite que el individuo sólo es responsable de sus actos (en oposición al filomismo, según el cual las faltas se transmiten de generación en generación).

Orfeoteleste. Sacerdote que administra una iniciación órfica.

Paraíso. Palabra de origen persa, que designa un parque de vegetación frondosa.

Partenea. Poema lírico ejecutado por un coro de muchachas.

Peplos. Vestido femenino compuesto por una gran pieza de tela (fig. 90).

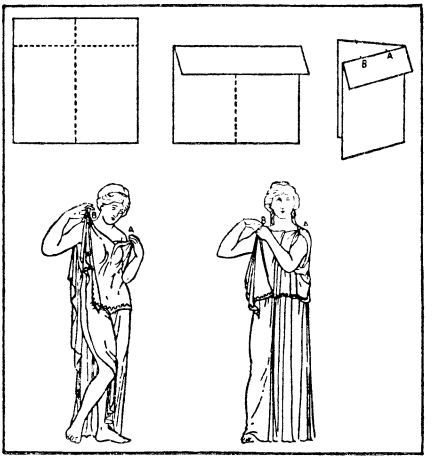


FIG. 90. Esquema y colocación del *peplos (según Ch. Picard)*

Nomo. 1. Himno litúrgico ejecutado por un solista en honor de un dios. 2. En la época helenística, provincia de un reino lágida.

Obsidiana. Piedra muy dura, especie de cristal natural de color oscuro.

Oikumene. Tierra habitada.

Oinocoe. Vasija pequeña utilizada para escanciar el vino en una crátera o en un stamnos (fig. 89).

Onfalós. Literalmente, ombligo. Delfos era considerado el onfalós de la Tierra.

Perea. Posesión que tiene una ciudad insular en el continente. Por ejemplo, la Perea de Tasos, la Perea rodia.

Periecos. Habitantes provistos de un estatuto inferior al de los ciudadanos.

Perístasis. Columnata que rodea un templo.

Pinax. Tabla, lienzo.

Piromancia. Adivinación por medio del fuego.

Pitos. Gran jarra ovoide que servía para conservar las provisiones (fig. 89).

Píxide. Cajita redonda que servía para contener ungüentos, afeites y medicamentos (lám. I).

Poletas. Magistrados encargados de efectuar las ventas y adjudicaciones por cuenta del Estado.

Polis (plural: **poleis**). Ciudad.

Poros. Toba.

Potnia theron. Señora de los animales (título de la Gran Madre, dispensadora de fecundidad).

Prácrito. Dialecto indio, derivado del sánscrito.

Practores. Magistrados encargados de cobrar las multas.

Proscinesis. Arrodillamiento ante el rey.

Proxeno. Ciudadano encargado de recibir a los embajadores o viajeros procedentes de otra ciudad.

Quiliarca. Jefe de mil hombres.

Rhetra. Ley.

Riton. Vasija para libaciones en forma de cuerno, de origen cretense (fig. 89).

Sicofantes. Maestros cantores profesionales que vivían en Atenas denunciando a los ciudadanos ricos. Etimología oscura: quizá, los que denuncian los higos (?).

Siete Sabios. Grupo de 7 sabios de la época arcaica cuyos nombres no concuerdan en las diferentes listas (no obstante, todas ellas contienen los nombres de Tales, Bías, Pítaco y Solón).

Sitofílacos. Magistrados encargados de controlar el comercio del trigo.

Soteriología. Doctrina de salvación.

Sphyrelaton. Estatua metálica trabajada con el martillo (por oposición a las estatuas de fundición).

Stamnos. Vasija de pequeñas asas horizontales y boca estrecha utilizada para conservar el vino (fig. 89).

Telesterion. Sala de iniciación (talete) para la celebración de los misterios.

Temenos (plural: **temene**). Para el sentido de esta palabra en la época arcaica, véase la página 44. Posteriormente: recinto sagrado.

Teodoroco. El que costeaba los gastos para la recepción de un teoro (embajador sagrado).

Teomaquia. Combate entre dioses.

Teramenio. Partidario de una democracia moderada (como Teramenes, en el último decenio del siglo v).

Tesera. Tablilla, ficha. La tesera de hospitalidad servía de signo de reconocimiento entre dos individuos o comunidades que habían contraído lazos de hospitalidad.

Tesmotetes. Literalmente, legisladores (para este primer sentido, véase la página 126). Posteriormente, en Atenas, magistrados miembros del colegio de los arcontes (pág. 183).

Tiasota. Miembro de un tiaso (asociación religiosa).

Toréutica. Arte de cincelar los metales.

Trierarquía. Liturgia que consistía en el mantenimiento de una trirreme.

Uranio. Celeste (de Uranos, el cielo). Los dioses uranios: los dioses de lo alto (en oposición a las divinidades ctónicas).

Cuadros cronológicos

por M. CLAVEL

	Movimientos de pueblos	Evolución interior de Grecia
4500	4500. Llegada de las poblaciones neolíticas.	
4500-2600		
3000-2600		3000-2600. Fortaleza de Dimini con poder monárquico.
2700	2700. Migraciones anatolias hacia Creta.	
2600	2600. Migraciones anatolias hacia Grecia.	
2600-1950		2600-1950. Palacios fortificados de Egina y de Lerna.
2000		
1950	1950. Primera invasión griega en Grecia (jonios).	
1900	1900. Fundación de Troya VI.	
1700		
Siglo XVII		Siglo XVII. Primera muralla de Micenas. Apogeo de Dorion.
1610-1500		
1580	1580. Segunda invasión griega en Grecia (aqueos y quizás eolios).	
1510		
Siglo XV		
1400		
Siglos XV-XIII		Siglos XV-XIII. Sinesismo de Atenas.
Siglo XIV		
Siglos XIV-XIII		Siglos XIV-XIII. Apogeo de Micenas.
1350		1350. Segunda muralla de Micenas.
1230-1225		
Final siglo XIII		
		Final siglo XIII. Refuerzo de las fortificaciones en el Peloponeso y en Atenas.
1200	1200. Tercera invasión griega (dorios).	1200. Destrucción de Pilos.
Siglo XII		Siglo XII. Destrucción de Micenas. Ruina de los reinos aqueos.
1100-900		
1100-800	1100-800. Migraciones de los griegos hacia Anatolia.	

Fuera de Grecia	Civilización	
		4500
	4500-2600. Civilización agrícola; religión ctónica.	4500-2600
		3000-2600
		2700
	2600. Comienzos de la edad del Bronce.	2600
	2600-1950. Civilización agrícola y marítima. Aparición de la vid y del olivo. Religión ctónica. Cerámica del *Urfiniss*.	2600-1950
2000. Primeros palacios cretenses.		2000
	1950. Aparición de la cerámica minia. Introducción de las divinidades indo-europeas.	1950
		1900
1700. Primeras incursiones griegas en Creta; destrucción de los primeros palacios; comienzo de los segundos palacios.		1700
		Siglo XVII
	1610-1500. Círculo de las tumbas de Micenas.	1610-1500
	1580. Aparición de modas nórdicas (ámbar, cascos con dientes de jabalí).	1580
	1510. Primeros *tholoi*.	1510
Siglo xv. Apogeo de Cnosos.	Siglo xv. Aparición de las primeras epopeyas.	Siglo XV
1400. Destrucción de Cnosos y fundación de un reino aqueo en Creta.		1400
		Siglos XV-XIII
Siglo xiv. Expansión comercial y militar de los aqueos en Chipre, en Rodas y en Occidente. Fundación de Mileto y de Colofón. Desarrollo de la marina. Comercio con Egipto.		Siglo XIV
	Siglos xiv-xiii. Apogeo del arte micénico: decoración cretense de los palacios; aparición de la escultura monumental; amplia difusión de la cerámica. Sincretismo religioso creto-micénico. Invención del lineal B.	Siglos XIV-XIII
		1350
1230-1225. Toma de Troya.	A partir de 1230. Nuevo florecimiento de la épica.	1230-1225
	Final siglo xiii. Tablillas de Pilos y Cnosos.	Final siglo XIII
		1200
	Siglo xii. Destrucción de la civilización de los palacios y desaparición de la escritura.	Siglo XII
	1100-900. Comienzos de la edad del Hierro. Cerámica proto-geométrica.	1100-900
		1100-800

	Las relaciones entre las ciudades	La evolución interior de las ciudades	El mundo colonial
1000			
900 (?)			
Siglo IX		Siglo IX. Fundación de Esparta.	
Final siglo IX			
IX-comienzos VIII			
800		800. Aparición de las *poleis*.	
776			
1.ª mitad VIII		Primera mitad siglo VIII. Gran *Rhetra* de Esparta.	
Siglo VIII (?)		Siglo VIII (?). Paso de la monarquía a la aristocracia.	
Mitad s. VIII			
757			757. Fundación de Naxos en Sicilia.
754		754. Institución de los éforos en Esparta.	
Siglo VIII		—	
747-647		747-647. Los Baquiadas en el poder en Corinto.	
736-720	736-720. Primera guerra de Mesenia.		
725			725. Fundación de Cumas.
708			708. Fundación de Tarento.
Final siglo VIII			
700			
Comienzos siglo VII	Comienzos siglo VII. Nacimiento de la anfictionía jónica.		
687			687. Fundación de Calcedonia.
683/682		683/682. Comienzo de la lista de los arcontes epónimos en Atenas.	
682			682. Fundación de Tasos.
680			
670			
669	669. Victoria de Fidón sobre Esparta en Hisias.		
664	664. Primera batalla naval.		
660			660. Zaleucos legislador de Locres. Fundación de Bizancio.
Siglo VII			Siglo VII. Fundación de Naucratis.

Economías y sociedades	Las creaciones espirituales	
	1000. Instalación de Apolo en Delos y en Delfos.	1000
	900 (?). Comienzos de la escritura.	900 (?)
	900-750. Cerámica geométrica.	900-750
	Siglo IX. Homero: La *Iliada*.	Siglo IX
Final siglo IX. Aparición de las embarcaciones de guerra.		Final siglo IX
Siglo IX-comienzo siglo VIII. Disgregación de las *gene*.		IX-comienzos VIII
		800
	776. Nacimiento de las olimpíadas.	776
		1.ª mitad VIII
		Siglo VIII (?)
	Mitad siglo VIII: Homero: la *Odisea*; Hesíodo.	Mitad s. VIII
		757
		754
	Siglo VIII. Primer *Heraion* de Argos.	Siglo VIII
		747-647
		736-720
		725
		708
	Final siglo VIII. Eumelos de Corinto.	Final siglo VIII
700. Aparición de los hoplitas.		700
	Comienzos siglo VII. Terpandro.	Comienzos siglo VII
		687
		683/682
		682
680. Primeras monedas lidias.		680
670. Primeras monedas jónicas.		670
		669
		664
		660
Siglo VII. Aparición de las grandes embarcaciones comerciales. Crisis agraria y concentración de la propiedad. Nacimiento de una economía mercantil: aparición de fortunas mobiliarias.	Siglo VII. Cerámica orientalizante.	Siglo VII

	Las relaciones entre las ciudades	La evolución interior de las ciudades	El mundo colonial
2.° cuarto del siglo VII			
657-584		657-584. Los Cipsélidas tiranos de Corinto.	
650			650. Fundación de Selinonte.
650-620	650-620. Segunda guerra de Mesenia.		
646			646. Fundación de Olbia.
640			640. Colaios en Tartesos.
640-550			
632/631		632/631. Conspiración de Cilón.	
631			631. Fundación de Cirene.
630			630. Carondas legislador de Catania.
621		621. Leyes de Dracón.	
612	612. Toma de Salamina por Atenas.		
Final siglo VII			
Final VII-comienzos siglo VI			
601-570		601-570. Clístenes tirano de Sicione.	
600			600. Fundación de Marsella.
Comienzos siglo VI			Comienzos siglo VI. Fundación de Panticapea.
Siglo VI	Siglo VI. Constitución de la liga del Peloponeso.		
594/593		594/593. Reformas de Solón.	
590	590. Fin de la primera guerra sagrada.	590. Autonomía de Delfos.	
580	580. Los eleos se apoderan de Olimpia.		580. Fundación de Agrigento.
580-485			
577			
570			
566			
561-528		561-528. Pisístrato tirano de Atenas.	

y el arcaísmo *(continuación)*

Economías y sociedades	Las creaciones espirituales	
	Segundo cuarto del siglo VII. Arquíloco y Alcmán.	**2.° cuarto del siglo VII**
		657-584
		650
		650-620
		646
	640-550. Estesícoro de Himera.	**640**
		640-550
		632/631
		631
		630
		621
		612
Final siglo VII. Primeras monedas de Egina. Nacimiento del gran comercio jónico. Multiplicación de los hectemoros en Atenas.	Final siglo VII. *Himno homérico a Deméter*. Mimnermo.	**Final siglo VII**
	Final siglo VII-comienzos del VI. Alceo y Safo. Tales.	**Final VII-comienzos siglo VI**
		601-570
	600. Nuevo *Heraion* de Olimpia.	**600**
	Comienzos siglo VI. Decoración del templo de Atenea Calcioicos en Esparta.	**Comienzos siglo VI**
Siglo VI. Desarrollo de los viñedos y olivares en el Ática.	Siglo VI. Cerámica de figuras negras.	**Siglo VI**
594/593. Atenas adopta el patrón euboico.		**594/593**
		590
		580
	580-485. Jenófanes de Colofón.	**580-485**
	577. *Artemision* de Corcira.	**577**
	570. Hera de Queramies en Samos.	**570**
	566. Institución de las Grandes Panateneas.	**566**
		561-528

	Las relaciones entre las ciudades	La evolución interior de las ciudades	El mundo colonial
2.° cuarto siglo VI			
Mitad siglo VI		Mitad siglo VI. Repliegue de Esparta sobre sí misma.	
548			
545			
545-524		545-524. Ligdamis tirano de Naxos.	
540			540. Batalla de Alalia.
532-522		532-522. Polícrates tirano de Samos.	
530			
2.ª mitad s. VI			
528-510		528-510. Tiranía de los Pisistrátidas en Atenas.	
525			
514		514. Asesinato de Hiparco y destierro de los Alcmeónidas.	
511			511. Destrucción de Síbaris por Crotona.
508/507		508/507. Reformas de Clístenes.	
506	506. Victoria de Atenas sobre los aliados.		
501/500		501/500. Institución de los estrategas en Atenas.	
Final siglo VI			
Final VI-comienzos siglo V			

Economías y sociedades	Las creaciones espirituales	
	Segundo cuarto siglo VI. Primer *Hecatompedon*. Teognis de Megara.	**2.° cuarto siglo VI**
Mitad siglo VI. Aparición de la tirreme.	Mitad siglo VI. Anaximandro. *Artemision* de Éfeso; *Apolinia* de Siracusa y de Corinto. Victoria de Arquermos en Delos. Execias.	**Mitad siglo VI**
	548. Incendio del templo de Delfos.	**548**
545. Tesoro de Cnido en Delfos.		**545**
		545-524
	540. Templo G en Selinonte.	**540**
		532-522
	530. Tragedia de Tespis. « Basílica » de Posidonia; segundo *Hecatómpedon* de Atenas. Partida de Pitágoras hacia Italia. Comienzos de la cerámica de figuras rojas.	**530**
	Segunda mitad siglo VI. Anacreonte.	**2.ª mitad s. VI**
		528-510
	525. Tesoro de Sifnos en Delfos.	**525**
	514. Templo de los Alcmeónidas en Delfos.	**514**
		511
508/507. Nacimiento de la democracia en Atenas.		**508/507**
506. Fundación de la primera cleruquía ateniense.		**506**
		501/500
	Final siglo VI. Anaxímenes.	**Final siglo VI**
	Final VI-comienzos siglo V. Hecateo de Mileto.	**Final VI-comienzos siglo V**

	Atenas	El Imperio ateniense	Las otras ciudades de Grecia
Comienzos s. V			
499-493			
498			
490			
488/487	488/487. Primer caso de ostracismo.		
486			
485-478			
483/482	483/482. Descubrimiento de un nuevo filón en el Laurion. Ostracismo de Arístides.		
482			
481			
480			
480-460			
479			479. Disolución de la confederación beocia.
478			
477		477. Creación de la liga de Delos.	
474			
472			472. Fundación de Elis.
472/471	472/471. Ostracismo de Temístocles.		
470		470. Sublevación de Naxos.	
468		468. Ampliación del Imperio después de la victoria del Eurimedonte.	
465		465. Sublevación de Tasos.	
464			464. Terremoto de Esparta. Sublevación de los ilotas.
462	462. Reformas democráticas de Efialto.		
461	461. Ostracismo de Cimón.		

El mundo colonial	Las relaciones internacionales	La civilización	Comienzos s. V
		Comienzo siglo v. Heráclito. Parménides. Comienzos de Píndaro.	Comienzos s. V
	499-493. Sublevación de Jonia.		499-493
	498. Destrucción de Sardes.		498
	490. Primera ofensiva persa. Maratón.		490
			488/487
	486. Entronización de Jerjes.	486. Introducción de la comedia en las Dionisíacas ciudadanas.	486
485-478. Gelón tirano de Gela.			485-478
			483/482
482. Gelón en Siracusa.			482
	481. Fundación de la liga helénica.		481
480. Himera. Creación del reino del Bósforo cimerio.	480. Segunda ofensiva persa. Termópilas. Salamina.		480
		480-460. Templo E de Selinonte.	480-460
	479. Platea. Micale.		479
478. Advenimiento de Hierón I.			478
			477
		474. El Auriga de Delfos.	474
472. Victoria de Cumas.		472. Esquilo: los *Persas*.	472
			472/471
		470. Comienzos de los trabajos del *Olimpieion* de Agrigento. Nacimiento de Sócrates. Comienzos de Polignoto y de Mirón.	470
	468. Eurimedonte.	468. Comienzos de los trabajos del *Olimpieion* de Olimpia.	468
465. Final de la tiranía en Sicilia.			465
			464
			462
			461

	Atenas	El Imperio ateniense	Las otras ciudades de Grecia
460			
459-454			
458			
458-456			
457/456	457/456. Acceso de los zeugitas al arcontado.	458-456. Asedio de Egina	
456			
454		454. Traslado del tesoro de Delos a la Acrópolis.	
451/450	451/450. Ley restrictiva sobre el derecho de ciudadanía.		
450			
449/448		449/448. Decreto de Clearco.	
448/447		448/447. Decreto de Clinias.	
447			447. Reconstitución de la confederación beocia.
447-438			
446		446. Sublevación de Eubea.	
443	443. Ostracismo de Tucídides. Apogeo de Pericles.		
442			
441		441. Sublevación de Samos.	
440			
437-432			
436		436. Fundación de Anfípolis.	
433			
432			
431-404			

siglo V *(continuación)*

El mundo colonial	Las relaciones internacionales	La civilización	
		460. Comienzos de Policleto. Zenón de Elea. Fin de la cerámica de estilo severo y comienzo de la cerámica de estilo libre.	**460**
	459-454. Expedición ateniense a Egipto.		**459-454**
		458. Esquilo: la *Orestíada*.	**458**
			458-456
			457/456
		456. Anaxágoras en Atenas.	**456**
			454
			451/450
		450. Comienzos de la sofística (Protágoras). «Templo de Neptuno» en Posidonia.	**450**
	449/448. Paz de Calias.		**449/448**
			448/447
			447
		447-438. El Partenón. Apogeo de Fidias.	**447-438**
	446. Paz de los treinta años entre Atenas y Esparta.	446. Herodoto en Atenas.	**446**
443. Fundación de Turioi.			**443**
		442. Sófocles: *Antígona*.	**442**
			441
440. Caída de los Batiadas de Cirene.		440. Apogeo de Empédocles.	**440**
		437-432. Los Propíleos.	**437-432**
			436
		433. Reforma del calendario en Atenas.	**433**
	432. Decreto ateniense contra Megara.		**432**
	431-404. Guerra del Peloponeso.		**431-404**

	Atenas	El Imperio ateniense	Las otras ciudades de Grecia
430	430. Peste de Atenas. Condena de Pericles.		
429	429. Muerte de Pericles.		
428		428. Sublevación de Mitilene.	
427			
426			
425	425. Sublevación de los esclavos del Laurión.		
424			
423			
422			
421			
420			
		416. Toma de Melos.	
416			
415	415. Mutilación de los hermes y profanación de los Misterios		
415-413			414. Alcibíades en Esparta.
414			
411	411. La oligarquía en Atenas.		
409-406			
408			408. Sinesismo de Rodas.
407			
406			
405			
404		404. Hundimiento del Imperio.	
400			

El mundo colonial	Las relaciones internacionales	La civilización	
		430. Nacimiento de Hipócrates.	**430**
			429
			428
		427. Primera comedia de Aristófanes. Georgias en Atenas.	**427**
		426. Purificación de Delos.	**426**
	425. Rendición de los espartanos en Esfacteria.		**425**
		424. Destierro de Tucídides.	**424**
		423. Aristófanes: las *Nubes*.	**423**
422. Fundación de Quersonesos.			**422**
	421. Paz de Nicias.	421. Templo de Atenea Niké.	**421**
		420. Asclepios en Atenas. Templo de Figalia. Comienzos de la cerámica de estilo florido.	**420**
			416
			415
		415. Primer testimonio de las fiestas de Adonis en Atenas.	
	415-413. Expedición de Sicilia.		**415-413**
			414
		411. Aristófanes: *Lisístrata*.	**411**
409-406. Ofensiva cartaginesa en Sicilia.			**409-406**
		408. Eurípides: *Orestes*.	**408**
		407. Consagración del *Erecteion*.	**407**
	406. Las islas Arginusas.		**406**
	405. Egospótamos.	405. Aristófanes: las *Ranas*.	**405**
	404. Caída de Atenas.		**404**
		400. Monumento de las Nereidas y *heroon* de Trisa.	**400**

	Las ciudades griegas	Las relaciones internacionales	Las empresas de los macedonios
405-367			
404		404. Entronización de Artajerjes II.	
404-403	404-403. Tiranía de los Treinta.		
403	403. Restablecimiento de la democracia en Atenas.		
401		401. Expedición de los Diez Mil.	
400	400. Institución del *misthos ekklesiastikós* en Atenas.		
400/399			400/399. Asesinato de Arquelao.
Comienzos s. IV	Comienzos siglo IV. Ley de Epitadeus en Esparta.		
399			
397	397. Conspiración de Cinadón en Esparta.		
395-394		395-394. Guerra de Corinto.	
394		394. Victoria de Conón en Cnido.	
392-388			
392			
390			
388			
387			
386	386. Disolución de la confederación beocia.	386. Paz del Rey.	
Desde 385			
380			
377		377. Decreto de Aristóteles.	
377-353		377-353. Mausoleo sátrapa de Caria.	
376	376. Reorganización de la confederación beocia.		
375			
A partir de 375	A partir de 375. Asfixia económica de Grecia.		
374		374. Renovación de la paz del Rey.	
373			
371		371. Renovación de la paz del Rey. Leuctras.	
370			370. Muerte de Amintas III.
Desde 370			
369	369. Fundación de Mesena.		
368	368. Fundación de Megalópolis.		
367		367. Rescripto de Susa.	
366			

El mundo colonial	La civilización	
405-367. Reinado de Dionisio el Viejo.		405-367 404
		404-403
		403
		401
		400
		400/399
	Comienzos siglo IV. Lisias logógrafo.	Comienzos s. IV
	399. Muerte de Sócrates.	399 397
		395-394
		394
	392-388. Últimas comedias de Aristófanes.	392-388
	392. *Discurso olímpico* de Gorgias.	392
	390. Jenofonte: *Anábasis.*	390
	388. *Discurso olímpico* de Lisias.	388
	387. Fundación de la Academia.	387 386
	Desde 385. Carrera de Escopas.	Desde 385
	380. Isócrates: *Panegírico.*	380 377
		377-353
		376
	375. Templo de Asclepios en Epidauro.	375 A partir de 375
		374
	373. Cataclismo de Delfos.	373 371
	370. Renovación de la cerámica ateniense: vasijas de Kertsch.	370
	Desde 370. Carreras de Praxíteles y de Lisipo.	Desde 370
		369
		368
		367
366. Dionisio el Joven destierra a Platón.		366

	Las ciudades griegas	Las relaciones internacionales	Las empresas de los macedonios
364		364. Batalla de Cinoscéfalos. Muerte de Pelópidas.	
362		362. Batalla de Mantinea. Muerte de Epaminondas.	
360			
359			359. Filipo, regente.
358		358. Entronización de Artajerjes III.	
358-330			
357			357. Filipo toma Anfípolis.
356		356. Derrota ateniense en Embata.	356. Filipo II, rey.
355		355. Fin de la segunda confederación ateniense.	
354			354. Filipo toma Metone.
351			
350			
348			348. Filipo toma Olinto.
347			
346			346. Paz de Filócrates.
344-337			
341			
340			340. Atenas declara la guerra a Filipo.
338	338. Comienzo del gobierno de Licurgo en Atenas.		338. Batalla de Queronea.
337		337. Fundación de la liga de Corinto.	
336		336. Entronización de Darío III.	336. Asesinato de Filipo. Advenimiento de Alejandro.
334			334. Batalla del Granico.
333			333. Isos.
332			332. Asedio de Tiro.
331			331. Arbela. Fundación de Alejandría.
330			
329-327			329-327. Conquista de las satrapías orientales.
326-325			326-325. Alejandro en la India.
324			324. Alejandro coronado de oro por las ciudades griegas. Bodas de Susa.
323			323. Muerte de Alejandro.
322	322. Muerte de Demóstenes.		
322/321			
Siglo IV			
Final siglo IV			

siglo IV *(continuación)*

El mundo colonial	La civilización	
		364
		362
	360. *Tholos* de Epidauro.	**360**
		359
		358
	358-330. Teatro de Epidauro.	**358-330**
		357
	356. Incendio del templo de Éfeso.	**356**
		355
	354. Isócrates: *Areopagítico.*	**354**
	351. Demóstenes: *Primera filípica.*	**351**
	350. Carrera de Apeles.	**350**
		348
	347. Muerte de Platón.	**347**
	346. Isócrates: *Filipo.*	**346**
344-337. Timoleón en Siracusa.		**344-377**
341. Victoria de Timoleón sobre los cartagineses en el Crimisos.		**341**
	340. Templo de Alea en Tegea.	**340**
	338. Instalación de la Pnix. Muerte de Isócrates.	**338**
		337
		336
		334
		333
		332
331. Asesinato de Alejandro el Moloso.		**331**
330. Estela de los suministros de trigo en Cirene.	330. Demóstenes: *De la corona.*	**330**
		329-327
		326-325
		324
		323
		322
	322/321. Muerte de Aristóteles.	**322/321**
Siglo IV. Marsella: devaluación; fundación de colonias, expediciones de Eutimenes y de Piteas.		**Siglo IV**
	Final siglo IV. Fin de la cerámica de figuras rojas.	**Final siglo IV**

	Grecia y Macedonia	El Occidente	Los reinos de Oriente
341-270			
2.ª mitad s. IV			
Final siglo IV			
326-325			
323	323. Muerte de Alejandro.		323. Ptolomeo, sátrapa de Egipto.
322-264			
321			
319-289		319-289. Agatocles.	
316	316. Casandro dueño de Grecia.		
313			313. Seleuco, sátrapa de Babilonia.
312-176			
306-305			306-305. Los diádocos toman el título de rey.
305			305. Primeras monedas reales lágidas. Honores divinos otorgados a Ptolomeo en Rodas.
305-304			
303		303. Tratado Tarento-Roma.	
301			
300			300. Fundación de Antioquía.
Comienzos s. III			Comienzos siglo III. Seleuco I funda 60 ciudades.
Siglo III		Siglo III. Aparición de la acuñación de monedas célticas.	Siglo III. Difusión del hierro en Egipto.
297	297. Muerte de Casandro. Intervención de Pirro.		
294	294. Demetrio Poliorcetes se apodera de Macedonia.		
289		289. Toma de Mesina por los mamertinos.	
287-211			

Las relaciones internacionales	Los confines helenizados	La civilización	
		341-270. Epicuro.	341-270
		2.ª mitad siglo IV. Aparición de los mosaicos con figuras.	2.ª mitad IV
	Fin siglo IV. Fundación de Teutópolis. Tumba de Kazanlik. Tesoro de Panagurichte.	Fin siglo IV. Pirrón. Evémero. Herófilo y Erasístrato.	Final siglo IV
	326-325. Alejandro en la India.		326-325
			323
		322-264. Zenón escolarca	322-264
321. Reparto de Triparadisos.		321. Primera comedia de Menandro.	321
			319-289
			316
			313
	312-176. Dinastía de los Mauria en la India.		312-176
			306-305
			305
305-304. Asedio de Rodas.			305-304
			303
301. Batalla de Ipsos. Muerte de Antígono el Tuerto.			301
	300. Embajada de Megastenes a Pataliputra.	300. Euclides: *Elementos*. Tumba de Pet-Osiris.	300
		Comienzos siglo III. Creación de Serapis. Asimilación Afrodita-Isis. Fundación del Museo y de la Biblioteca de Alejandría.	Comienzos s. III
	Siglo III. Desarrollo de la viticultura en Crimea.		Siglo III
			297
			294
			289
		287-211. Arquímedes.	287-211

	Grecia y Macedonia	El Occidente	Los reinos de Oriente
283-246			283-246. Ptolomeo II Filadelfo. Archivos de Zenón. Institución de los monopolios lágidas.
282			
281/280	281/280. Reconstitución del *koinon* aqueo.		282. Traición de Filetero.
282			281. Curopedion. Muerte de Lisímaco.
280			280. Asesinato de Seleuco I Nicanor.
280-261			280-261. Antíoco I Soter.
280-275		280-275. Pirro en Occidente.	
279/278	279/278. Ataque de los gálatas contra Delfos.		279/278. Los gálatas invaden Anatolia.
276-239	276-239. Antígono Gonatas.		
276-272			
275-194			
272	272. Muerte de Pirro.	272. Capitulación de Tarento.	
270			270. Antíoco aplasta a los gálatas.
270-215		270-215. Hierón II.	
268-241			
267-261	267-261. Guerra de Cremónides.		
264-241		264-241. Primera guerra púnica.	
264-232			
263-241			263-241. Eumenes I.
261-224			
260-255			
250			
249			
246-221			246-221. Ptolomeo III Evergetes.
246-241			
245	245. Aratos estratega.		
240			240. Atalo I tomó el título de rey.
239-229	239-229. Demetrio II.		

Las relaciones internacionales	Los confines helenizados	La civilización	
		283-246. Divinización de los soberanos lágidas. Comienzo de los Setenta.	**283-246**
			282
			281/280
			281
		280. Beroso. Aratos. Faro de Alejandría.	**280**
			280-261
			280-275
			279/278
			276-239
276-272. Primera guerra de Siria.			**276-272**
		275-194. Eratóstenes.	**275-194**
			272
		270. Teócrito. Calímaco. Herondas.	**270**
			270-215
		268-241. Arcesilao de Pitana escolarca.	**268-241**
			264-261
			264-241
		264-232. Cleanto escolarca.	**264-232**
			263-241
	261-224. Asoka. Inscripción greco-búdica.		**261-224**
260-255. Segunda guerra de Siria.			**260-255**
	250. Independencia de Bactriana y de Sogdiana.	250. Aristarco de Samos e Hiparco. Timeo.	**250**
	249. Fundación del reino parto.	249. Apolonio de Rodas. Manetón.	**249**
			246-221
246-241. Tercera guerra de Siria.			**246-241**
			245
			240
			239-229

	Grecia y Macedonia	El Occidente	Los reinos de Oriente
232-204			
229-221	229-221. Antígono Doson.		
228	228. Atenas expulsa la guarnición macedónica del Pireo.		
227	227. Reformas de Cleomenes en Esparta.		
223-187			223-187. Antíoco III el Grande.
222	222. Batalla de Selasia.		
221-204			221-204. Ptolomeo IV Filopátor.
221-179	221-179. Filipo V.		
219		219. Intervención romana en España (comienzo de la segunda guerra púnica).	
217			217. Movilización de los soldados indígenas de Egipto.
212-205			
211		211. Saqueo de Siracusa.	
210			
210-125			
207-192	207-192. Nabis en Esparta.		
205			
204		204. Introducción de Cibeles en Roma.	
203-181			203-181. Ptolomeo V Epifano.
202		202. Zama.	
Siglos III-II		Siglos III-II. Apogeo de las *oppida* de Provenza-Languedoc.	
200-196			
Comienzos s. II			
Siglo II			Siglo II. Revueltas en Egipto.
197-159			197-159. Eumenes II.
197			
196	196. Flaminio proclama la libertad de los griegos.		
189			
188			

Las relaciones internacionales	Los confines helenizados	La civilización	
		232-204. Crisipo escolarca.	**232-204**
			229-221
			228
			227
			223-187
			222
			221-204
			221-179
			219
217. Rafia.			**217**
212-205. Primera guerra de Macedonia.			**212-205**
		210. Sala hipóstila de Delos.	**211**
			210
		210-125. Polibio.	**210-125**
			207-192
205. Paz de Fenice.			**205**
			204
			203-181
			202
			Siglos III-II
200-196. Segunda guerra de Macedonia.			**200-196**
		Comienzos siglo II. Crates de Malos. *Buleuterion* de Mileto.	**Comienzos s. II**
	Siglo II. Fundación de Neápolis de Escitia.		**Siglo II**
		197-159. Gran altar de Pérgamo.	**197-159**
197. Cinoscéfalos.			**197**
			196
189. Derrota de Antíoco III en Magnesia.			**189**
188. Tratado de Apamea.			**188**

	Grecia y Macedonia	El Occidente	Los reinos de Oriente
186		186. Escándalo de las Bacanales en Roma.	
184		184. Censura de Catón el Viejo. Basílica Porcia en Roma.	
179-168	179-168. Perseo.		
176-164			
175-168			175-168. Antíoco IV Epifano.
172-168			
170			
170-168			
168			
166	166. Atenas recibe Delos. Decadencia de Rodas.		
165			165. Purificación del templo por Judas Macabeo.
161		161. Filósofos expulsados de Roma.	
155		155. Embajada de Carneades en Roma.	
155-130			
150			
148	148. Reducción de Macedonia a provincia.		
146	146. Saqueo de Corinto.	146. Toma de Cartago. Primer templo de mármol en Roma.	
145-116			145-116. Ptolomeo VII Evergetes II. Egipcianización de la monarquía.
138-125			
133			133. Muerte de Atalo III.
130			

Las relaciones internacionales	Los confines helenizados	La civilización	
			186
			184
			179-168
	176-174. Dinastía de los Çunga en la India. Murallas de Santchi y de Bodh-Gaya.		**176-164**
			175-168
172-168. Tercera guerra de Macedonia.			**172-168**
	170. Piezas de cupro-níquel en Bactriana.	170. Reanudación de las obras del *Olimpieion* de Atenas.	**170**
170-168. Sexta guerra de Siria.			**170-168**
168. Pidna. Popilio Lenas en Alejandría.			**168**
			166
			165
		Hacia 160. Biblioteca de Pérgamo.	**Hacia 160**
			155
	155-130. Menandro.		**155-130**
		150. Transformación del Teatro de Priene. Comienzos del neoaticismo.	**150**
			148
			146
			145-116
	138-125. Misión de Chang K'ien.		**138-125**
			133
	130. Extensión del reino parto hasta el Éufrates. Conquista de Sogdiana por los Yue-tche.		**130**

	Grecia y Macedonia	El Occidente	Los reinos de Oriente
129			129. Reducción de Asia a provincia.
129-110			
125		125. Comienzos de la conquista de la Transalpina.	
118		118. Fundación de Narbona.	118. Inmunidad para los templos egipcios.
112-63			112-63. Mitrídates IV Eupátor.
107			
104			104. Aristóbulos toma el título de rey.
101			101. Reducción de Cilicia a provincia.
100			
Comienzos s. I			
88	88. Saqueo de Delos.		
87-85			
86	86. Saqueo de Atenas por Sila.		
80-51			80-51. Ptolomeo XI Auletes.
75-70			
74			74. Reducción de Cirenaica y Bitinia a provincias.
66-62			
64			64. Anexión de Siria por Pompeyo.
63			63. Suicidio de Mitrídates IV. Toma del templo de Jerusalén por Pompeyo.
50			
49		49. Anexión de Marsella.	
48			48. César en Alejandría.
31			
30			30. Suicidio de Cleopatra. Anexión de Egipto por Roma.
27	27. Creación de la provincia de Acaya.		
2.ª mitad siglo I			

Las relaciones internacionales	Los confines helenizados	La civilización	
			129
		129-110. Panecio escolarca.	**129-110**
			125
			118
			112-63
	107. Anexión del Bósforo cimerio por Mitrídates.		**107**
			104
			101
	100. Pérdida de la Bactriana. Pilar de Heliodoro.	100. Toro Farnesio.	**100**
		Comienzos siglo I. Posidonio.	**Comienzos siglo I**
			88
87-85. Sila en Grecia.			**87-85**
			86
			80-51
	75-70. Pérdida del Pendjab y de Gandara.		**75-70**
			74
66-62. Pompeyo en Oriente.			**66-62**
			64
	63. Decadencia del Bósforo.		**63**
		50. Grupo de Laocoonte.	**50**
			49
		48. Incendio de la Biblioteca de Alejandría.	**48**
31. Actium.			**31**
			30
			27
	2.ª mitad siglo I. «Descubrimiento» del monzón.		**2.ª mitad siglo I**

Índice y fuentes de las ilustraciones

Láminas en color

I. Píxide de terracota con decoración de pájaros, hallada en una tumba en Paquiamos (Hierapetra, Creta). Minoico reciente III. Museo de Heracleion Creta. *(Ektachrome Hassia).*

II. Fragmento de fresco procedente del palacio de Tirinto (Argólida). Hombres con cabeza de asno. Atenas, Museo nacional. *(Kodachrome René Percheron).*

III. Coré de la Acrópolis, de estilo ático, hacia 550. Atenas, Museo de la Acrópolis. *(Ektachrome Hassia).*

IV. Vasija plástica en forma de cabeza femenina, obra ática de Carinos, hacia 500; altura 0,27 m. Berlín, Staatliche Museen. *(Ektachrome Jutta Tietz-Glagow).*

V. Escena funeraria sobre un lecito blanco ático, encontrado en Eretria, altura, 48 cm., último cuarto del siglo v. Atenas, Museo nacional. *(Kodachrome Robert Descharnes).*

VI. Apolo Délfico purifica a Orestes con la sangre de un lechón, después de la muerte de Clitemnestra. Fragmento de una vasija italiota de figuras rojas, siglo IV. Paestum. *(Kodachrome René Percheron).*

VII. Dos estatuillas de tanagra, policromadas, siglo IV: mujeres vestidas. Bayona, Museo Bonnat. *(Ektachrome Armand Colin, operador Marc Aubert, Bayona).*

VIII. Cubilete cónico de vidrio pintado, descubierto en Begram (Afganistán) y originario de Alejandría, siglo II a. J. C. El rapto de Europa por el toro en presencia de un pequeño Eros. París, Museo Guimet. *(Ektachrome Armand Colin, operador Jean-Abel Lavaud).*

Láminas en negro

1. Vasija ritual de terracota, en forma de sartén. Siros. Cicládico antiguo. Decorada con triángulos y espirales en torno a una embarcación. Por encima de la proa, un delfín. Una de las primeras representaciones de navío del mar Egeo. Atenas, Museo nacional. *(Fot. Louis-Frédéric, Agencia Rapho).*

2. *A. Kuros* minoico crióforo, de bronce. Vestido con un taparrabo, lleva sobre la cabeza un cuerno, signo de poder. Col. S. Yamanakis, Heracleion, Creta. *(Fot. Robert Descharnes). B.* Orante, figurilla de tarracota procedente de Piskokephalo, cerca de Sitia (Creta). Minoico medio (hacia 1800 a. de J. C.). Museo de Heracleion, Creta. *(Fot. Hassia).*

3. El Príncipe de la flor de lis, fresco del palacio de Cnosos (Creta). Minoico reciente. Museo de Heracleion, Creta. *(Fot. Giraudon).*
4. Vasijas minoicas con decoración vegetal. Museo de Heracleion (Creta): *A.* Cnosos. Vasija de estilo Camarés. Minoico medio II-III (altura 0,55 m.). *B.* Gurnia, Minoico reciente I, altura 0,43 m. *(Clichés Jean-Abel Lavaud). C.* Sarcófago de terracota (Paleokastro) decorado con símbolos sagrados: doble hacha, cuernos, grifo, flor de papiro. Minoico reciente III. Museo de Heracleion, Creta. *(Fot. Roger-Viollet).*
5. Micenas: *A.* Los leones de la puerta y el círculo de las tumbas. *(Fot. Robert Descharnes). B.* Fragmento de una estela funeraria de la 5.ª tumba del círculo superior. Hombre en un carro cazando el toro salvaje, rodeado de espirales (altura de la estela: 1,60 m.). Atenas, Museo nacional. *(Fot. Roger-Viollet).*
6. *A.* Cabeza femenina en piedra calcárea realzada con policromía, hacia 1200 (Acrópolis de Micenas). Advertir el maquillaje y los lunares. Atenas, Museo nacional. *(Fot. René Percheron). B.* Marfil micénico, siglo XIII, encontrado en Delos en el depósito de fundación del Artemision: guerrero con una lanza, escudo en forma de 8 y un casco decorado con dientes de jabalí. Museo de Delos. *(Fot. René Percheron).*
7. Fragmentos de vasijas geométricas procedentes de la necrópolis del Dípilon (Atenas), siglo VIII. París, Museo del Louvre: *A.* Desfile de guerreros y batalla naval (los muertos se hallan curiosamente representados encima del navío). *B.* Embarcación. *(Clichés Giraudon).*
8. El arte geométrico: *A.* La caída de Ícaro, lámina de bronce recortado y cincelado, procedente de Creta, hacia 700. Museo de Heracleion, Creta. *(Fot. Hassia). B.* Vasija geométrica ática, siglo VIII. *Franja superior:* hombre entre dos caballos; *franja inferior:* ave, caballo, hombre. Decoración de svásticas. Berlín, Staatliche Museen. *(Fot. Jutta Tietz-Glagow).*
9. El arte arcaico en la representación de animales. *A.* Leones naxios de la terraza del Letoon de Delos, hacia el año 600. *(Fot. Georges Viollon, Agencia Rapho). B. Dinos* corintio de franjas superpuestas con motivos animales. Primera mitad del siglo VI. *Arriba,* la caza del jabalí de Calidón. Roma, Museo del Vaticano. *(Fot. Alinari-Giraudon).*
10. Asa del vaso François, encontrado en Chiusi (Italia), obra del alfarero Ergotimos y del pintor Clitias, segundo cuarto del siglo VI. *Arriba,* la señora de los animales; *abajo,* Ayax transportando el cadáver de Aquiles. Florencia, Museo arqueológico. *(Fot. Alinari-Giraudon).*
11. Vestiduras arcaicas: *A.* Niké (Victoria) en pleno vuelo, acrótera de un ángulo del templo de los Alcmeónidas en Delfos, finales del siglo VI. Museo de Delfos. *(Fot. Giraudon). B.* Coré acéfala de la Acrópolis, mitad del siglo VI. Atenas, Museo nacional. *(Fot. René Percheron). C.* Personaje vestido. Mármol, siglo VI, Atenas, Museo de la Acrópolis. *(Fot. Hassia).*
12. *Kuros* encontrado en Megara Hiblea (Sicilia), mitad del siglo VI. En el muslo derecho lleva la siguiente inscripción: «Médico de Sombrotidas, hijo de Mandrocles». Siracusa, arqueológico. *(Fot. René Percheron).*
13. Vasijas con figuras negras, primer cuarto del siglo VI. Berlín, Staatliche Museen: *A.* Vasija corintia para beber. Baile de bebedores. *B.* Ánfora ática encontrada en Cerveteri (Etruria). Nacimiento de Atenea. Las inscripciones presentan *(de izquierda a derecha)* los nombres de Dionisio, Hefesto, Hermes, Ilitia, Zeus y Atenea. *(Clichés Jutta Tietz-Glagow).*
14. Esculturas de la segunda mitad del siglo VI. Berlín, Staatliche Museen. *A.* Fragmento de una estela funeraria ática. Cabeza masculina (altura 0,39 m.).

B. Fragmento de columna esculpida del templo de Apolo en Dídimo. Busto femenino (altura 0,55 m.). *(Clichés Jutta Tietz-Glagow).*

15. Coré de la granada, de origen cicládico, finales del siglo VI (altura 0,54 m.). Atenas, Museo de la Acrópolis. *(Fot. Robert Descharnes).*
16. El rapto de Europa (¿o Deméter con el toro?), metopa de Selinonte (Sicilia), procedente del templo F de la acrópolis (llamado «de las pequeñas metopas»), hacia 580. Museo de Palermo. Extracto de Leonard von MATT, *La Sicile antique,* texto de Luigi PARETTI, NZN-Buchverlag Zurich y Librería Hachette, 1960, lám. 143. *(Fot. Leonard von Matt).*
17. Muchacha despojándose de su *peplos,* estatuilla de bronce encontrada en Magna Grecia (costa occidental), primera mitad del siglo v. Museo de Reggio-Calabria. Extracto de Leonard von MATT, *La Grande-Grèce,* introducción de Umberto Zanotti-Bianco, Copyrigth 1962 NZN-Buchverlag Zurich y Librería Hachette, París, lám. 91. *(Fot. Leonard von Matt).*
18. Perséfone y Hades sentados en un trono, con las manos repletas de ofrendas. Ante ellos, un altar de incienso *(thymiaterion).* Placa de terracota del santuario de Perséfone en Locres (Magna Grecia), principios siglo v. Extracto de Leonard von MATT, *La Grande-Grèce, op. cit.,* lám. 147. *(Fot. Leonard von Matt).*
19. Rapto de Tetis por Peleo (o de Antíope por Teseo), grupo central del frontón occidental del templo de Apolo Dafnéforos en Eretria (Eubea), primer cuarto del siglo v. Museo de Calcis. *(Fot. Robert Descharnes).*
20. Toro con cabeza humana, representación del dios río Gelas; tetradracma de Gela (Sicilia), siglo v. Extracto de Leonard von MATT, *La Sicile antique, op. cit.,* lám. 79. *(Fot. Leonard von Matt).*
21. *A.* Cabeza de Zeus, bronce de Dodona (Epiro), hacia 470 (altura 0,023 m.). Berlín, Staatliche Museen. *(Fot. Jutta Tietz-Glagow). B.* Fragmento de la ley de Gortina (Creta), texto fundamental de derecho griego grabado sobre las piedras del hemiciclo del Odeón, siglo v. Gortina. *(Fot. Roger-Viollet).*
22. Mujer lapita, fragmento del frontón occidental del templo de Zeus en Olimpia, segundo cuarto del siglo v. Museo de Olimpia. *(Fot. Robert Descharnes).*
23. *A.* Acrópolis de Atenas y el Licabeto vistos desde el monumento de Filopapos. *(Fot. Roger-Viollet). B.* Delfos: el *tholos* de Marmaria (¿templo de Artemis?), primer cuarto siglo IV. *(Fot. Georges Viollon).*
24. La arquitectura del siglo IV: *A.* La fortaleza de Eleuteres. *(Fot. René Percheron). B.* El teatro de Epidauro. *(Fot. Robert Descharnes).*
25. Retratos de príncipes: *A.* Alejandro encontrado en Pérgamo. Estambul, Museo arqueológico. *(Fot. René Percheron). B.* Pirro. Nápoles, Museo nacional *(Fot. Alinari-Viollet). C.* Antíoco III, llamado el Grande. París, Museo del Louvre. *(Fot. Giraudon). D.* Cleopatra. Museo de Cherchel (Argel). *(Con la autorización de Jean Charbonneaux).*
26. Fragmento de la caza de Alejandro, mosaico polícromo del palacio de los reyes de Macedonia en Pela (N. O. de Salónica), hacia 300. *(Fot. Hassia).*
27. Los grandes conjuntos de Anatolia: *A.* Pérgamo, la terraza del teatro. *(Fot. Roger-Viollet). B.* Dídimo, columnata del peristilo del templo de Apolo *(Fot. Raymond Matton).*
28. Detalle de la fiala de oro del tesoro de Panagurichté (Bulgaria), finales del siglo IV. Círculo de pequeños rosetones, luego tres círculos de cabezas de carácter negroide, separadas por flores de loto y palmetas. Ver croquis en pág. 501. Plovdiv (Bulgaria), Museo arqueológico. Exposición «Tesoros de los museos búlgaros», Galería Charpentier, París, 1963.

29. *A.* Cabeza de medusa encontrada en Acre (Sicilia), bronce de finales de la época helenística. Extracto de Leonard von MATT, *La Sicile antique, op. cit.*, lám. 41. *(Fot. Leonard von Matt). B.* Cabeza de un sacerdote egipcio, mármol de hacia el año 250. Berlín, Staatliche Museen. *(Fot. Jutta Glagow).*

30. *A.* Guerrero, fresco de Posidonia (Italia), pintura itálica profundamente inspirada en el arte griego, siglo IV. Nápoles, Museo nacional. *(Fot. Roger-Viollet). B.* Lucha de Piritoo y un centauro en presencia de una mujer lapita, fresco de Pompeya. Nápoles, Museo nacional. *(Fot. Alinari-Viollet).*

31. Detalle del mosaico del Nilo en Preneste (Palestrina), Italia. Este mosaico romano, cuya fecha es muy discutida (entre Sila y la época de los Severo), reproduce un original alejandrino. *(Fot. Anderson-Viollet).*

32. Una sorprendente derivación del Apolo griego: Buda del Gandara (Afganistán), principios de nuestra era. Museo de Delhi. Extracto de *L'Inde, ses temples, ses sculptures,* por LOUIS-FRÉDÉRIC, introducción de Jean NAUDOU, París, Artes y Oficios gráficos, 1959. *(Fot. Louis-Frédéric-agencia Rapho).*

Figuras en el texto

		Págs.
1.	Plano de Lerna (*según* CASKEY, *Hesperia,* 1956, pág. 128)	8
2.	Jeroglíficos cretenses A y B (*según* J. FÉVRIER, *Histoire de l'écriture,* pág. 141)	21
3.	Peso patrón de pórfido con un pulpo esculpido (altura 0,41 m.). Palacio de Cnosos; Minoico reciente I	22
4.	Cobertera de píxide en esteatita con un perro esculpido. Moclos, Minoico antiguo II (*según* Ch. ZERVOS, *L'art de la Crète,* Cahiers d'Art, París, 1956, pág. 146)	25
5.	Placas de porcelana que representan fachadas de casas. Cnosos, Minoico medio II (*según* Ch. ZERVOS, *op. cit.*)	26
6.	Vasija de terracota destinada al alimento de las serpientes sagradas. Palacio de Cnosos, Minoico reciente I	28
7.	Sarcófago de Hagia Triada. Museo de Heracleion	30
8.	Casco con decoración de dientes de jabalí descubierto en Micenas en el interior de una tumba con cámara	34
9.	La ciudadela de Micenas (*según* A. J. B. WACE)	38
10.	Micenas. Intento de reconstrucción del círculo superior de las tumbas, por Piet DE JONG	41
11.	Palacio de Pilos de Mesenia	42
12.	El alfabeto silábico aqueo, llamado lineal B (*según* M. VENTRIS y J. CHADWICK)	51
13.	Tablilla en lineal B encontrada en Cnosos (*según* M. VENTRIS y J. CHADWICK)	61
14.	Ánfora hallada en Micenas en la «tumba de Egisto» (estilo del palacio del Heládico reciente II). (Reconstrucción según A. J. B. WACE)	65
15.	Las «dos diosas» y el niño divino, grupo en marfil procedente del santuario palatino de Micenas, Atenas, Museo nacional	71
16.	Armas, alfileres y fíbulas de los dorios (*según* V. MILOJČIC, *Archäologischer Anzeiger,* 1948-1949, págs. 19-20	85
17.	Píxide geométrica de Atenas, siglo VIII. Berlín, Staatliche Museen	95
18.	Caballo geométrico de bronce, hacia el 750. Berlín, Staatliche Museen	96

Págs.

19. La Gran Madre, Señora de los animales, en un vaso beocio. Atenas, Museo nacional 101
20. La Señora de los animales. Estatuilla de terracota, de procedencia beocia, del siglo VIII. Animales afrontados, palmas y discos solares decoran el vestido. Museo del Louvre 102
21. El alfabeto fenicio y los alfabetos griegos (*según* Ch. HIGOUNET) 104
22. Dos decoraciones de vasijas geométricas áticas del Dípilon: *arriba,* embarcación; *abajo,* jinete y carros. *Según* PFUHL, *Griechische Vasenmalerei,* volumen III, fig. 15 117
23. Friso del templo de Prinias (Creta): procesión de jinetes doríforos. Hacia el 625. *Según* Ch. PICARD, *Manuel d'archéologie grecque,* vol. I, París, A. y J. Picard, 1935, fig. 104 112
24. La acuñación de una moneda griega (*según* Ch. SELTMAN) 114
25. Lanzaderas y lingotes de hierro descubiertos en el Heraion de Argos (*según* Ch. SELTMAN) 115
26. Monedas griegas arcaicas. *A.* Moneda de Egina: tortuga. R/Punzón estrellado. *B.* Moneda de Corinto (en tiempos de Periandro): Pegaso. R/Svástica. *C.* Moneda de Atenas (en tiempos de Pisístrato): Atenea. R/Lechuza, ramo de olivo. Leyenda Ate[nea]. (*Según* Ch. SELTMAN, *Greek coins*) .. 116
27. Hoplitas marchando al combate al son de una flauta. Vaso Chigi. Protocorintio, 650-640. Roma, Villa Giulia 122
28. Delos hacia el año 500 (*según* H. GALLET DE SANTERRE) 138
29. Reconstrucción de un almacén de Al-Mina (*según* C. L. WOOLEY) 141
30. El santuario de Hera en Samos hacia la mitad del siglo VI (*según* E. BUSCHOR, A. M., 1930, lám. 13) 145
31. Vasija plástica para beber, en forma de león. Obra jónica del siglo VII, Berlín, Staatliche Museen 147
32. Espaldar hallado en Olimpia, siglo VI. *Arriba:* animales. *Abajo:* homenaje de Hermes a Apolo (*según* Ch. PICARD, *op. cit.,* fig. 157) 156
33. El santuario de Artemis Ortia en Esparta (*según* R. M. DAWKINS) 174
34. Máscara arcaica de danza, del santuario de Artemis Ortia. Museo de Esparta (*según* Ch. PICARD, *op. cit.,* fig. 133) 175
35. Reconstrucción del «trono» de Apolo en Amiclea (*según* E. BUSCHOR y W. VON MASSOW, *in* Ch. PICARD, *op. cit.,* fig. 4) 176
36. Asa de un caldero de bronce hallado en Metaponto, mitad del siglo VI. Berlín, Staatliche Museen 195
37. Danzante. Metopa del templo de Hera en la desembocadura del Sele, hacia 500 198
38. Aríbalo de Glanon. Vasija de origen corintio, siglo VI. Museo de Saint-Rémy-de-Provence 200
39. Plano de Naucratis (*según* H. PRINZ) 204
40. Copa con figuras negras, encontrada en Olbia (U. R. S. S.), siglo VI. (*según* A. MONGAÏT, *L'archéologie en U. R. S. S.,* Moscú, 1959, trad. M. RAISKI, pág. 190) 211
41. Las «virtudes» de los números entre los pitagóricos: *tetractys* y década .. 224
42. Estela de Crisafa: adoración de una pareja divina infernal (¿Dionisos y Coré?). Museo de Esparta (*según* Ch. PICARD, *op. cit.,* fig. 132) 232

Págs.

43. Figurillas beocias de terracota, fines del siglo VI: *a la izquierda,* pastelero delante de su horno (Museo del Louvre); *a la derecha,* serrador trabajando (Copenhague, Museo nacional) 233
44. Placa de oro repujado: Centauro al regresar de la caza. Rodas, fines del siglo VII. Berlín, Staatliche Museen 234
45. Oinocoe rodio. Vasija de influencia oriental decorada con franjas superpuestas (animales, ornamentación vegetal). Museo del Louvre..... 236
46. Carrera de carros. Fragmento de una crátera ática procedente de Farsalia (Tesalia), primer cuarto del siglo VI. Atenas, Museo nacional. *Según* M. ROBERTSON, *La peinture grecque,* Skira, 1959 237
47. El santuario de Apolo en Delfos (*según* P. DE LA COSTE-MESSELIÈRE).... 243
48. Tejuelas de ostracismo: en estos fragmentos de cerámica, utilizados en las votaciones del ostracismo, se distinguen los nombres de Cimón, Temístocles, Arístides y Pericles. Excavaciones americanas del ágora de Atenas 259
49. La fragua: horno y fuelle. Copa ática de figuras rojas. Berlín, Staatliche Museen 266
50. Penélope conversa con el pretendiente Antinoo ante su telar. Scifos de Chiusi (Etruria). Museo de Chiusi 267
51. Démeter, sentada ante un telar, sostiene sus atributos ordinarios (antorcha, adormidera, espigas de trigo). Plato corintio, siglo V. Atenas, Museo nacional 269
52. Perseo. Crátera de fondo blanco, de la necrópolis de Agrigento, siglo V (*según* Leonard VON MATT, *La Sicile antique, op. cit.,* lám. 123)..... 271
53. La recogida de los membrillos y las granadas para la pareja nupcial. *Pinax* de terracota de Locres, comienzos del siglo V (*según* Leonard VON MATT, *La Grande-Grèce, op. cit.,* lám. 137) 273
54. Gorgona. Calcedonia de los primeros decenios del siglo V, hallada en una tumba de finales del siglo V, cerca de Kertsch (Crimea) 275
55. Ciervo de oro cincelado, *ombos* de un escudo de lujo. Obra griega del siglo V encontrada en una tumba de un jefe escita, en Kul Oba (Crimea). Leningrado, Museo del Ermitage 276
56. Escena de gineceo: tres jóvenes en el baño. *Stamnos* ático de figuras rojas, época de Pericles 280
57. Artemis y Acteón. Crátera ática de figuras rojas, de estilo severo, atribuida al «maestro de Pan» (*según* PFHUL, *op. cit.,* vol. III, pág. 170)..... 286
58. Joven cabalgando un gallo. Copa ática de figuras rojas, firmada por Epicteto. (Castle Ashby)..... 289
59. Escena de caza (¿Teseo y la jabalina de Cromion?), fragmento de una hidria ática de figuras rojas, según el estilo de Epicteto (hacia el 500). Roma, Museo del Vaticano 290
60. Diomedes y Ulises se apoderan del troyano Dolon en presencia de Atenea y Hermes. Fragmento de una copa ática, de estilo severo, firmada por Eufronio. París, Biblioteca nacional 291
61. Sátiros que descubren una Ménade dormida. Vasija ática de figuras rojas, de la época de Pericles 304
62. Una lección en una escuela. Copa ática de figuras rojas de Duris, hacia el 480. Berlín, Staatliche Museen 306
63. Ménade danzando, en una vasija del ceramista Hieron y el pintor Macrón, hacia 480. Berlín, Staatliche Museen 317

Págs.

64. Rapto de Basilea por Equelos en un carro guiado por Hermes. Relieve del santuario familiar de los Equélidas en Falera, cerca del hipódromo panatenaico, siglo v. Altura, 0,60 m. Atenas, Museo nacional 319
65. Plato para pescado de la Italia meridional. Los platos para pescado, decorados con una fauna marina y con un hueco en el centro para la salsa, son una de las especialidades de los talleres de Italia del Sur en el siglo IV. París, Museo del Louvre 351
66. Ulises y las sirenas. Crátera de Posidonia, hacia el 330. Berlín, Staatliche Museen 353
67. Actor cómico y su mujer. Ánfora apulia de figuras rojas, siglo IV. Londres, British Museum 355
68. Ofrendas ante un *heroon:* cinco mujeres están agrupadas en torno a la tumba; dentro del *heroon,* la muerta sentada contemplándose en un espejo, con una sirvienta de pie abriendo un cofrecito. Hidria apulia de Ruvo (Italia). Londres, British Museum 388
69. El vendedor de atún. Crátera de Lípari, principios del período helenístico. 389
70. El santuario de Atenea Pronaia en Delfos (*según* P. DE LA COSTE-MESSELIÈRE, *Delphes,* pág. 332) 391
71. Máquina para votar *(kleroterion)* descubierta en el Ágora de Atenas, siglo III (*según* S. Dow) 401
72. El Ágora de Atenas (*según* el plano de las excavaciones americanas) 402
73. Una escítala lacedemonia. *Según* una reconstrucción del Museo postal, París 405
74. Peso de plomo encontrado en Sidón (peso neto: 1.143 gramos). La inscripción dice: «Peso de Seleuco. Año 123 [de la era seléucida, es decir, 189 a. de J. C., durante el reinado de Seleuco V]. Dos minas. Bajo Delfion nombre del agoránomo]» 416
75. La construcción del Faro de Alejandría. Fuente de plata de Perm. Leningrado, Museo del Ermitage 431
76. Asas de ánforas para vino originarias de Tasos 435
77. Cartel del despacho de un *enypniokrites* (intérprete de sueños) del Serapeion de Menfis, sorprendente testimonio del sincretismo grecoegipcio. Museo del Cairo 447
78. Combate de Amazonas contra un hoplita griego. Bajorrelieve muy plano, originario de Teos: decoración de un edificio funerario, hacia 300. *Según Bas-relief de Téos,* por Pierre DEVAMBEZ, Introducción de Louis ROBERT *(Con la autorización de Louis Robert)* 478
79. Mulo dionisíaco que servía de adorno de *fulcrum.* Época helenística. Museo de Mariemont (Bélgica) 483
80. Espinario. Estatuilla de terracota encontrada en Priene, siglo II. Berlín, Staatliche Museen 484
81. Exvoto a Zeus Altísimo, procedente de Atenas. Siglo I a. de J. C. Berlín, Staatlicshe Museen 490
82. Mujeres bañándose. Mosaico helenístico hallado en Quersonesos (Crimea), siglo II. *Según* A. MONGAÏT, *op. cit.,* pág. 194 497
83. Monedas del rey escita Farceo acuñadas en Olbia. Siglo I (?) 498
84. Fragmento del gran friso de la cámara mortuoria de la tumba de Kazanlik (Bulgaria), siglos IV-III, friso que representa el banquete fúnebre de heroización. Exposición «Tesoros de los Museos búlgaros», Galería Charpentier, París, 1963 500

Págs.

85. Fiala de oro, finales del siglo IV (diámetro 0,25 m., peso 0,85 kg.). Tesoro de Panagurichté (Bulgaria). Plovdiv (Bulgaria), Museo arqueológico. Exposición «Tesoros de los Museos búlgaros», Galería Charpentier, París, 1963 501
86. Pilar recortado con dos cabezas cortadas, arte celtoligur de época helenística. Descubierto en Entremont, cerca de Aix-en-Provence 506
87. Monedas de dinastas griegos de Bactriana (*según* J. VINCENT, *Information historique*, 1962, pág. 188) 525
88. Copa de oro helenística procedente de Siberia. Leningrado, Museo del Ermitage 533
89. Diferentes formas de vasijas griegas (*según La Grèce*, Les Guides bleus, Librería Hachette, París, 1962, pág. 357) 548
90. Esquema y colocación del *peplos* (*según* Ch. PICARD, *op. cit.*, fig. 87) 550

Índice de mapas

Mapas de las guardas

El Mediterráneo griego (siglos VIII-VI a. J. C.)
El mundo griego y Asia (siglos III-I a. J. C.)

Mapas en el texto

1. Los griegos en marcha 10
2. El mundo griego durante el segundo milenio 19
3. Expansión aquea en el Mediterráneo 45
4. Las invasiones dóricas 76
5. Dialectos griegos en el primer milenio 82
6. Expansión griega en el Archipiélago y en Anatolia 93
7. Los sistemas nonetarios del mundo griego a fines del aracaismo (*según* Ch. Seltman) 118
8. Mileto y el golfo Látmico 143
9. Una hansa fracasada: la anfictionía de Calauria 159
10. Plano general de Corinto (*según* G. Roux) 162
11. La vida intelectual en la época arcaica: circulación de ideas y de hombres 217
12. Las guerras médicas 250
13. El Imperio ateniense en el siglo V 255
14. La guerra del Peloponeso 277
15. El poder de atracción de Atenas en el siglo V 284
16. La epopeya de Alejandro Magno 344-345
17. Urbanización de Oriente y creaciones dinásticas 426
18. Pérgamo helenística 429
19. Alejandría helenística 430
20. La multiplicación de gimnasios en época helenística (*según* S. Delorme) 448-449

Índice alfabético

A

Ábaton, 227.
Abdera, 146, 206.
Abidos, 206, 207.
Abisinia, 520.
Abu-Simbel, 203.
Academia, 356, 367, 368, 370, 372, 373, 377, 465, 516.
Academismo, 477.
Academos, 368, 378.
Acarnania, VIII, 79, 334, 407, 410.
Acarnanios, 82, 151, 311, 312.
Acaya, 14, 37, 46, 79, 83, 84, 109, 135, 155, 156, 171, 334, 339, 406, 407, 409.
Acaya Ftiótida, 83, 109.
Accio, 515.
Acre, 194, 196.
Acrópolis, XI, 17, 38, 40, 42-44, 177, 182, 184, 185, 188, 205, 230, 232, 234, 235, 254, 255, 263, 283, 285, 293, 302, 303, 316, 318, 320, 378, 380, 381, 474, 484, 539.
Acroreia, 156.
Acteón, 285, 290.
Actium, 415.
Acusilaos, 154.
Adelfos, 457, 486.
Adivinos, 110.
Adonías, Las, 490.
Adonis, 296, 318, 391, 394, 481, 486, 489, 490.
Adrasto, 131, 220.
Adria, 194, 354.
Adriano, 229, 472.
— Panteón de, 41.
Adriático, Mar, 162, 194, 200, 266, 267.
Ádyton, 320.
Aedas, 110.
Aerope, 39.
Afaia, 289.
Afganistán, 416, 483, 522, 523, 526, 528, 533.
— del Sur, 523.
Afidna, 179.
África, 157, 199, 201, 267, 352, 421, 433, 434, 438, 511, 518-521, 537.
— libia, 199.
— negra, 435, 520.
Afrodisión del Acrocorinto, 163.
Afrodita, 68, 101, 140, 163, 199, 274, 292, 296, 318, 320, 377, 378, 389, 391, 433, 475, 481, 486-490.
— Pirenea, 508.
Agamenón, 37, 39, 43, 47, 59, 70, 73, 97, 100, 287, 364, 386.
Agariste, 132, 161.
Agatarquides de Cnido, 521.
Agate (Agde), 352, 507.
Agatocles, 356, 411, 412, 533.
Agatón, 270, 311, 314.
Agde, 509.
Agesilao, 324, 328, 362.
Agesilao III, 324.
Agila, 152.
Agirreos, 339.
Agis, 404.
Ágora, 291, 317, 334, 380, 401, 402.
Agorácrito, 317.
Agoránomos, 262, 450.
Agricultores, 421.
Agricultura, V, VI, 5, 15, 17, 22, 55, 56, 99, 110, 120, 156, 194, 210, 279, 294, 302, 311, 337, 403, 437, 438, 441, 446, 452.
Agrigento, 165, 194, 196, 272, 290, 390.

Agrigento, Necrópolis de, 271.
Agronomía, 337.
Agua, VIII, 23.
Aithusa, 40.
Aition, 77.
Aix-en-Provence, 504.
Ajuala, 519.
Akhkhijawa, 49.
Aksu, 532.
Alá, 283.
Alaki, 519.
Alalakh, 53, 58.
Alalia (Aleria), 200, 201, 251, 512.
Alasiya, 47.
Alberto Magno, 377.
Alcameno, 320.
Alceo, 113, 126, 142, 204, 216, 218, 219, 458, 515.
Alcetas I, 409.
Alcibíades, 279, 281, 309, 315, 338.
Alcmán de Sardes, 175, 216.
Alcmeónidas, 130, 132, 152, 178, 182, 186, 235, 242, 249, 260, 262, 298, 381, 390.
Aldeas *(komai),* 424.
Alea Atenea, 158, 380.
— Templo de, 383.
Alejandría, 146, 205, 347, 349, 371, 405, 415, 416, 421, 426, 428, 430, 432-434, 446, 447, 457, 460, 461, 469-471, 473, 474, 477, 479-483, 485, 487-490, 497, 511, 515, 521, 524, 528, 531.
— de Aracosia, 523.
Alejandría-Carax, 528, 529.
Alejandría del Cáucaso, 525, 529.
— Museo de, 469.
Alejandrinismo, 479.
Alejandrinos, 460, 461.
Alejandro Magno, IX, 214, 242, 270, 274, 323, 331, 335, 342-344, 346-350, 354, 357, 373, 376, 385, 387, 393, 400, 403, 408, 410, 412, 414, 415, 417, 418, 420, 422, 424, 425, 427, 432, 435, 436, 444, 448, 456, 458, 462, 486, 493, 495, 500, 502, 510, 518, 521-523, 526, 527.
Alejandro I, 270, 409.
Alejandro II, 330.
Alejandro de Feres, 328.
Alejandro el Moloso, 356, 411.
Alemania, 502.
Aleos, Rey, 158.
Alepo, 140.
Aleuadas de Larisa, 149, 150.
Aleuas el Rojo, 150.
Alexandros, 403.
Alexis, 361.
Alfabeto fenicio, 104.
— latino, 103.
Alfabeto osco, 213.
— silábico aqueo, 51.
— umbrio, 213.
Alfabetos arcaicos, 103.
— griegos, 104.
— occidentales, 104.
— orientales, 103.
Alfarería minia, 16.
Alfareros, 18, 60.
Alfeo, VIII, 14.
Alfitópolis, 263.
Aliato de Lidia, 114, 128, 132, 148.
Al-Mina, 58, 140, 141, 163, 266, 340.
Alopeconeso, 207.
Alpes, 213, 352, 508.
— Marítimos, 505.
Alpilles, 505.
Alsacia, 213.
Altai, 210.
Altis, 157, 229, 290.
— de Olimpia, 229.
Amaltea, 68.
Amarillo, Río, 532, 533.
Amasis, 203, 204, 237.
Amazonas, 206, 264, 268, 320, 478.
Amazonomaquia, 252, 382.
— Combates de la, 231.
Ambracia, 162, 334, 336, 410.
— Golfo de, VII, VIII.
Ambrosía, 395.
Amenhotep, 493.
Amenofis, III, 58.
Amenofis IV, 58.
América, 197.
— del Sur, 199.
Amiclaion, 175.
Amicleas, 36, 42, 79, 87, 164, 166, 168.
Amílcar, 511.
Amintas, 330.
Amintas III, 329, 330.
Amisos, 208-210.
Amnisos, 6, 29.
Amón, 202, 343, 349, 393, 422, 488, 489.
Ampurdán, 509.
Ampurias, 200.
Amu-Daria, 524, 531.
Anábasis, 362, 363.
Anacarsis, 210, 211.
Anacóresis, 446.
Anacoretas cristianos, 446.
Anacreonte de Teos, 146, 150, 186, 219.
Anapos, 194.
Anatolia, VIII, IX, X, 6, 7, 14, 16, 30, 40, 47, 49, 57, 58, 78, 82, 84, 94, 100, 109, 116, 120, 121, 128, 135, 137, 140, 142, 144, 148, 157, 185, 189, 192, 193, 199, 209, 236, 268, 339, 346, 347, 379,

392, 416-419, 421, 434, 436, 449, 451, 479, 529.
Anatolia Meridional, 417.
— Septentrional, 417.
Anatolios, 6-8, 15.
— Lengua de los, 9.
Anaxágoras de Clazomenes, 262, 263, 299, 315, 539.
Anaxícrates, 521.
Anaxilas de Region, 271.
Anaximandro, 147, 222, 235.
Anaxímenes, 147, 222.
Ancona, 354.
Andania (Mesenia), 394.
Androcéfalos, 274.
Andrómaca, 539.
Andrómeda, 387.
Andrón, 383.
Andrónico, Livio, 515.
Andros, 94, 155, 205.
Anfiaraion de Oropos, 153.
Anfiaraos, 100, 153, 242.
Anfictiones, 132.
Anfictionía, 150.
Anfiloquea, 410.
Anfípolis, 256, 278, 314, 328, 330.
Anfisa, 335.
Aníbal, 328, 408, 413, 418, 463, 510, 511.
Aniceris, 351, 368.
Aniconismo, 531.
Anona, 57.
Antela, 152.
— Santuario de, 136.
Antenor, 235.
Antestereias, 293.
Antiálcidas, 526, 527.
Antífano, 360.
Antifón el Sofista, 307.
Antígona, 297.
Antigonia, 408.
Antigónidas, 407, 436, 451.
Antígono, XI, 467, 474.
— Doson, 408.
— Gonatas, 400, 408, 461, 477.
— el Tuerto, 400.
Antímaco I, 525.
Antímaco Teos, 525-527.
Antínoo, 267.
Antíoco I, 400, 416, 417, 419, 420, 426-428.
Antíoco II Teos, 418, 523, 524.
Antíoco III el Grande, 414, 417-420, 428, 504.
Antíoco IV Epifano, 415, 418, 420, 426, 428, 472.
Antíoco IX, 428.
Antíoco Hiérax, 418.
Antíope, 290, 479.
Antioquía, 427, 428, 445, 473, 524, 528, 529.
Antioquía-Edesa, 427.
Antioquía del Orontes, 417.
Antioquía-Nisibe, 427.
Antípatro, 399, 400.
Antípolis (Antibes), 352.
Antístenes, 367, 368, 370.
Antología, 461, 479.
Antonio, 415, 487.
Antonino, 445.
Antoninos, Los, 537.
Anubis, 488, 489.
Apadana, 228.
Apamea, 140, 418, 428.
Apatía, 466, 467.
Apaturias, 94, 144, 178.
Apeles, 349, 386.
Apellon, 101.
Aphros, 101.
Apiano, 410.
Apio Claudio, 356.
Apion, 416.
Apis, Buey, 447.
— de Menfis, 488.
Apocletos, 407.
Apodectos, 262.
Apolo, 68, 69, 77, 87, 94, 100-102, 138, 139, 141, 144, 151, 153, 156, 161, 166, 175, 193, 201, 202, 204, 227, 229, 240-242, 248, 286, 287, 290, 295, 316, 331, 351, 373, 379, 381, 390, 405, 428, 473, 488, 501, 504, 505, 516, 530.
— Alexicacos, 291.
— de Amicleas, 148.
— Carnio, 394.
— Clarios, 144.
— de Delfos, 186.
— Epicuros, 320.
— Isla de, 473.
— Patroos, 178, 380.
— Pitio, 132, 159.
— Templo de, 139, 242, 243, 295.
— de Tenea, 233.
— Tyskiewicz, 154.
Apolodoros, 320.
Apología, 369.
Apolonia, 162, 208, 209, 299.
— Puerto de, 202.
Apolonio de Perga, 469.
— de Rodas, 437, 440, 442, 443, 458, 460, 461, 471.
Apolonion de Siracusa, 229.
Apries, Faraón, 202.
Apulia, 388.
Aqueloo, Río, VIII.

Aqueménidas, 248, 324, 347, 348, 393, 417, 437.
Aqueos, 14, 35, 45-51, 57, 58, 65, 66, 68, 77, 82, 84, 87, 98, 110, 157, 158, 167, 193, 196, 216, 408.
— ftiótidas, 35, 150, 152.
Aquiles, 9, 37, 48, 50, 73, 97, 164, 206, 237, 275, 301, 305, 342, 343, 378, 409, 410, 482, 499.
Árabes, 436, 529.
Arabia, 203, 433, 434, 442, 518, 519-522, 528, 529.
Aracosia, 347, 523, 524.
Aracosta, 526.
Aractos, VII.
Arado, 7.
Aral, Mar de, 529.
Aratos, 407, 408, 461.
— de Sicione, 407.
— de Soloi, 408.
Arbela, 347, 348.
Arcadia, VIII, 4, 6, 37, 69, 77, 79, 83, 84, 92, 104, 155, 156, 158, 171, 239, 268, 327, 328, 339, 380, 460, 481.
— del Norte, 328.
Arcadio, Dialecto, 83.
Arcadios, 158, 171, 381.
Arcaicos, 174, 197.
Arcaísmo, IX, 110, 134, 154, 157, 168, 177, 198, 211, 221, 225, 227, 238, 244, 271, 288, 404, 509, 516, 517.
Arcesilao, 176, 202.
Arcesilao II, 202.
Arcesilao III, 202.
Arcesilao IV, 274.
Arcesilao de Cirene, 288.
— de Pitana, 465.
Archipiélago, Ciudades del, 253.
Archivos, 463.
— palatinos, 50.
— públicos, 317.
Arcontes, 183.
Areópago, 180, 182, 183, 261, 287, 365, 401.
Arengas, 363, 365.
Ares, 68, 99, 251, 380, 481.
Aretas II, 522.
Aretas III, 522.
Aretusa, 197, 273.
Argadeis, 178.
Argantonio, 200.
Arginusas, Islas, 279.
Argivos, 171, 242.
Argólida, 6, 9, 33, 36, 39, 42, 44, 50, 62, 63, 66, 77, 79, 80, 83, 92, 155, 158, 159, 161, 164, 165, 166, 220.
Argonautas, 150, 206, 233.
Argos, 79, 96, 103, 111, 115, 126, 129, 155, 159-161, 171, 268, 269, 327, 328, 341, 381, 387, 410.
— Llanura de, VIII.
— Tumbas de, 115.
Ariadna, 24, 29, 66, 138, 320, 391, 481, 487.
Ariapeites, 210.
Aríbalo de Glanon, 200.
Arión, 132, 142, 163, 216.
Aristágoras, 248.
Aristarco de Samos, 462, 470.
Aristeo, 373.
Arístides el Justo, 251, 253, 259.
— el Viejo, 387.
Aristipo de Cirene, 356, 367, 368, 370.
Aristóbulo, 420.
Aristocracia, 111, 112, 151, 170, 202, 210, 376.
Aristócratas, 338, 353.
— comerciantes, 161.
Aristófanes de Bizancio, 295, 296, 306, 308-313, 317, 337, 360, 361, 392, 458, 462.
Aristógiton, 186.
Aristómaco, 76, 77.
Aristomenes, 171.
Aristón de Quíos, 465.
Aristóteles, 106, 112, 122, 126, 129, 134, 142, 173, 178, 180, 181, 183, 184, 201, 220, 221, 223, 262, 263, 287, 299, 300, 313, 314, 326, 342, 343, 349, 350, 359, 365, 367, 373-376, 393, 395, 456, 464, 465, 469, 518, 531.
Aristoxeno de Tarento, 531.
Aritmética, 224, 300.
Arkhé, 257.
Arlequín, 98.
Arles, 201, 504.
Armadores marselleses, 352.
Armenia, 417-419.
Armenios, 11.
Armería, Industria de la, 57, 119.
Armórica, 503.
Arné, 79, 80.
Arquelao, 270, 329, 387.
Arqueología, 49, 314, 459.
Arquermos de Quíos, 234.
Arqueros, 5.
Arquías, 112, 191.
Arquíloco de Paros, 109, 124, 138, 140, 197, 216, 218.
Arquidamos, Rey, 177, 269, 356, 364, 411.
Arquímedes de Siracusa, 413, 440, 470, 471.
Arquitas, 300, 354-356, 368, 372, 373.
Arquitectos, 303, 379, 429, 515.

Arquitectura, 197, 320.
— religiosa, 378.
Arsácidas, Dinastía de los, 417.
Arsinoíta (Fayum), 486.
Artajerjes I, 254, 260.
Artajerjes III Ocos, 329.
Artajerjes III Ocos,, 329.
Arte colonial ibérico, 199.
— cretense, 57.
— helenístico, 386.
— jónico, 379.
— poética, 313.
— de la poliorcética, 354.
Artemis, 68, 96, 100, 102, 144, 173, 175, 202, 229, 286, 290, 317, 380, 381, 428, 481, 488, 500, 504.
— Brauronia, 539.
— de Éfeso, 201, 504.
— Leucofriena, Templo de, 472.
— de Nicandro, 139.
— Santuario de, 174, 205.
— Taurópola, 211.
— Templo de, 232.
Artemisia de Esparta, 96.
Artemision, 139, 229, 251, 291.
— de Corcira, 233.
— de Éfeso, 144, 146, 148, 229, 383, 444.
Artes, X, 64, 265, 442, 455, 457, 460-462, 472, 493, 514.
— menores, 29, 64.
Artesanado, 210, 340, 403.
Artesanía, 167, 195, 197.
— helénica, 193.
Artesanos, 57, 60, 111, 126, 153, 179, 293, 421, 446.
Artimes, 316.
Artistas, 330, 348, 474.
Asamblea de las mujeres, 360.
Ascetismo, 372, 468.
Asciburgium, 502.
Asclepeion, 380, 391, 404, 470.
Asclepios, 159, 309, 316, 378, 380, 383, 386, 391, 392, 471, 474, 487, 489, 491, 501.
— Templo de, 509.
Ascra (Beocia), 98.
Asdrúbal, 510.
Asentamiento neolítico, 8.
Asentamientos micénicos, 57.
Asfodelos, 202.
Asia, 11, 13, 37, 79, 87, 92, 100, 117, 124, 126, 133, 136, 148, 149, 176, 190, 203, 204, 206, 218, 234, 236, 247, 248, 251, 254, 257, 279, 298, 303, 317, 324, 325, 329, 331, 343, 346, 348-350, 363-365, 378, 386, 395, 400, 404, 406, 414, 418, 419, 435, 444, 448, 450, 476, 477, 480, 488, 493, 521, 524, 526, 531.
Asia Alta, 430.
— Anterior, 121, 428, 487, 524.
— Central, 526, 531.
— griega, 203, 216.
— Menor, 4, 6, 7, 13, 14, 23, 30, 47, 58, 78, 84, 92, 94, 103, 128, 137, 209, 239, 256, 268, 325, 346, 380, 400, 418, 419, 426, 427, 434, 437, 442, 472, 497, 501.
— — Central, 417.
— — Septentrional, 417.
Asina, 36, 70, 158.
— Puerto de, 42.
Asiria, 46, 140.
Asirios, 120.
Asmoneos, 420.
Asnardos, 131.
Asoka, 523-525, 530.
Asopos, VIII, 161.
Asos, 6, 94.
Aspasia, 262, 263.
Aspendros, 140.
Aspis, 159.
Astacos, 207.
Astarté, 101, 140, 392.
— Afrodita, 490.
Asteropos, 169.
Astilleros, 120, 123, 163.
— de Sínope, 209.
Astipalea, 94.
Astronomía, 224, 300, 470.
Asurbanipal, 140.
Asuwa, Príncipe, 49, 58.
Atálidas, 401, 426-428, 430, 451, 474, 477, 481, 492.
Atalo I, 419, 430, 477.
Atalo II, 475.
Atalo III, 420.
Atamania, 410.
Atanasio, 450.
Atargatis, 489.
Atbara, 518, 520.
Ateísmo, 313.
Atenaion, 272.
Atenas, VI, X, 22, 36, 43, 53, 69, 71, 81, 86, 92, 94, 95, 98, 106, 108, 111, 116, 117, 124, 126, 128, 130, 131-134, 136, 139, 146, 154, 155, 157-159, 161, 164, 165, 171, 178-181, 183-186, 188, 194, 202, 206, 211, 218, 220, 221, 226, 229, 234-237, 240, 244, 247-249, 251-258, 260, 261, 263-266, 268-272, 275, 276, 278-281, 283, 285-287, 289, 291-295, 297-300, 302-307, 309, 311-314, 316, 318, 319, 321, 323-335, 337-341, 343,

350, 351, 360-362, 364, 365, 367, 368, 373, 378-380, 382, 387, 389, 390-393, 400-403, 408, 409, 425, 429, 430, 436, 442, 456, 458, 465-467, 474-476, 483, 511, 515, 516, 538.
Atenas Partenón, 188, 252, 268, 292, 293, 302-304, 318, 320, 478, 485.
— clásica, 424, 452.
Atenea, 43, 69, 73, 151, 154, 164, 181, 185, 224, 240, 242, 252, 256, 283, 285, 286, 289, 291-293, 303, 318, 319, 346, 352, 379, 477, 485, 504, 530, 531, 539.
— de la Acrópolis, 235.
— Calcioicos, 175.
— Ergane, 265.
— Fratria, 178, 380.
— griega, 158.
— Ilias, 199.
— Itonia, 153.
— Lemnia, 304.
— Nicéforos, 477.
— Niké, 320.
— — Templo de, 318.
— Oxiderces, 159.
— Polias, 380, 428.
— Potnia, 68.
— Promacos, 304.
— Pronaia, 152, 381, 391.
— Santuario de, 205, 242, 391.
Atenienses, 92, 152, 164, 177, 242, 251, 253, 255, 257, 258, 276, 278, 279, 295, 303, 311, 316, 317, 326, 327, 330, 333, 341, 347, 362, 395.
Ática, VI, VII, 35, 43, 75, 79, 81, 82, 84, 91, 92, 94, 103, 135, 153, 154, 164, 177-179, 182, 185, 186, 221, 239, 264, 278, 293, 319, 325, 337, 338, 363.
— jónica, 87.
— Península del, VIII.
Aticismo, 362.
Atintania, 410.
Atis, 394, 488.
Atlántida, 204.
Atomismo, 466.
Atreo, 39, 64, 228.
— Tesoro de, 41.
Átridas, 39, 287.
Atropates, 417.
Atum, 491.
Aude, 200, 507.
Augusto, 409, 509, 515, 521.
Ausculum, 412.
Autokrátor, 336.
Autoritarismo, 173.
Axios (Vardar), Valle del, VII, 3, 78, 408.
Axum, 520.
Ayax, 164.

B

Baal Amón, 512.
Bab-el-Mandeb, 519.
Babilonia, 46, 53, 120, 222, 298, 347-350, 393, 400, 417, 421, 427, 449, 457.
Babilonios, 222.
Bacanales, 517.
Bacantes, 240, 313, 316, 317.
Baco, 113, 239, 391, 487, 513, 517, 529.
Bacquiadas, 112, 133, 161, 163.
Bactra, 347, 524, 527, 534, 547.
Bactriana, 347, 417, 524-526, 529, 532, 534.
Badakshan, 526.
Bagatvata, 527.
Bajorrelieves, 25, 475.
Balcanes, V, VI, 13, 84, 343.
Balcánica, Península, VIII.
Balkhach, Lago, 533.
Báltico, 34, 190, 210.
Baltoeslavos, 11.
Bancas, 436, 439.
Banqueros, 406, 436.
Baquílides, 140, 271.
Bárbaros, 136, 144, 149, 151, 164, 190, 197, 211, 213, 242, 247, 249, 251, 253, 255, 274, 275, 280, 295, 332, 357, 364, 412, 417, 436, 451, 484, 492, 496, 522, 537.
— helenizados, 412.
— itálicos, 412.
Barizaga, 527.
Bárquidas, 511.
Basilea, 319.
Basileus, 44, 59, 60, 393, 508.
Basilicográmmata, 424.
Basílidas, 146.
Batíadas, 202, 274.
Baticlés, 175.
Bato II, 193, 202.
Begram, 430, 483, 527, 529.
Bendis, 317, 392, 500.
Benevento, Batalla de, 412.
Bengala, 523.
Beocia, VI, VIII, 5, 14, 16, 35, 45, 53, 63, 72, 79, 80, 92, 94, 95, 104, 111, 116, 135, 142, 153, 154, 158, 233, 254, 328, 335, 337, 338, 378, 389, 394.
Beocios, 79, 82, 136, 150, 152, 155, 188, 209.
Berbati (Argólida), 6, 42, 71.
Berenice, 415, 416, 519.
Berezan, Islote de, 208.
Bernini, 395.
Beroso, 457.
Berre, 352.

Berthouville-Bernay, 482.
Besarabia, 4.
Bética, 537.
Biblia de los Setenta, 421.
Biblioteca, 414, 430, 455, 456, 462.
Biblos, 58.
Bichas, 274.
Biología, 470.
Biólogos, 221.
Bion de Boristenes, 461, 498.
Bisante, 207.
Bismarck, 336.
Bitinia, 417, 418.
Bitón, 160, 232.
Bizancio, 157, 163, 206-208, 329, 332, 335, 339, 405, 423.
Bizantinos, 444.
Blanca, Isla, 206.
Blemmios, 519.
Blosius de Cumas, 516.
Bodh Gaya, 530, 531.
Boeto de Calcedonia, 479.
Boetos, Escultor, 511.
Boghaz Koei, 46.
Boios, Monte, VII.
Bombay, 527.
Bon, Cabo, 511.
Bordj Djedid, 511.
Borgoña, 213.
Boristenes, 209.
Borsipa, 444.
Bósforo, 163, 205, 206, 208, 274, 418, 496.
— cimerio, 208, 275, 333.
Bothros griego, 71.
Boyos, Monte, 79.
Brahamanismo, 527.
Bránquidas, 144, 234.
Brasidas, 278.
Briaxis, 378, 381, 386.
Brigos, 292.
Brimos el Fuerte, 294.
Brindisi, 355.
Briseida, 48, 97.
Británicas, Islas, 352, 501, 502, 511.
Britomartis, 29.
Bronce, 26, 147, 161, 164, 214, 225, 504.
Brutios, 352, 411.
Bruto, Junio, 515.
Buda, 526, 530.
— de Amaravati, 304.
Buda-Apolo, 531.
Buda del Gardara, 535.
— Ratapalo, 532.
Budismo, 524, 526, 530, 531.
Buey-moneda, 114.
Bug, 208, 209, 211, 496.
Bulé, 262, 268, 270, 407, 428, 432.
Buleuterión, 296, 382.
Bupalos, 477.
Burguesía, 402, 425, 446, 453, 471.
— mercantil, 406.
Buzigos, 259, 262.

C

Caballería, 363.
Caballeros, 150, 261, 311.
«Caballinidad», 370.
Caballo, 12, 15, 22, 47, 112, 157, 369, 370.
Cabirion de Tebas, 394.
Cabiros, 317, 394.
Cabul, 527.
— Valle del, 525.
Cacergeta, 415.
Cádiz, 214.
— Región de, 200.
Cadmos, 44, 103, 146.
Caere (Etruria), 236.
Caico, 137.
— Llanura del, 378.
Cairo, El, 428, 488.
Calatis, 208, 209.
Calauria, 136, 158, 181.
Calcedonia, 206-208, 275, 482.
Calcídica, Península, 154, 162, 194, 205, 266, 326, 328, 332, 408.
Calcidios, 188, 196, 205.
Calcis, 116, 121, 154, 155, 165, 188, 192, 193, 256, 268, 336, 373.
Caldeos, 468, 470.
Calias de Calcis, 254, 256, 325, 334, 375, 403.
Calicles, 307.
Calícrates, 303, 486.
Calidón, 233, 511.
Calímaco, 320, 416, 459, 461, 462.
Calimina, 94.
Calístemes, 393.
Calístratos, 330.
Calón, 164.
Camarina, 194, 196.
Cambises, 149, 203, 247.
Camiros, 46, 94.
Camp de Château (Jura), 213.
Campania, 194, 196, 388, 411, 473, 511, 513, 517.
Campanios, 354, 411.
Campo de Marte, 515.
Campos Flegreanos, 194.
Canacos, 473.
Cannas, 511, 517.

Canope, 432.
Cantón, 204.
Cantos bucólicos, 456.
Caonios, 409.
Capadocia, 417, 419.
— Meridional, 147.
Capua, 513, 518.
Cares de Lindos, 329, 477.
Caria, 92, 253, 329, 378, 379, 443.
— Meridional, 405, 419.
Cariátides, 229, 230, 320.
Caridemos, 329.
Carios, 92.
Carmania, 348.
Carneades, 465, 516.
Carondas, 126, 127.
Cárpatos, 94.
Cartagineses, 201, 272, 353, 354, 411, 510, 511.
Cartago, 190, 201, 202, 251, 267, 356, 410, 412, 434, 436, 463, 495, 510-512, 514.
— Nova (Cartagena), 511.
Cartógrafos, 518.
Casandra, 461, 530.
Casandro, 387, 400.
Casitérides, 199, 407.
Casmene, 194, 196.
Caspio, Mar, 529.
Castellar de Santiesteban, 510.
Cástor, 233.
Catabanios, 521.
Catálogo de las embarcaciones, 36, 42, 63, 179.
Catamandus, 352.
Catania, 126, 193, 196, 354.
Catón, 514.
Catulo, 515.
Cáucaso, 209.
Caulonia, 194, 196, 354.
Caza, 5, 22.
Cecrops, Tumba de, 319, 320.
Céfalo, 390.
Cefalonia, 83.
Cefiso, 294, 318.
Cefisodoto el Viejo, 327, 383, 384.
Cefisos, Río, 178.
Celenderis, 140.
Cele-Siria (Siria Meridional), 414, 415, 417, 418, 420.
Celtas, 11, 436, 505, 507, 534.
Celtíberos, 509.
Céltica, 502.
Céltica occidental, 502.
Celtismo, 503.
— occidental, 502.
Cencreai, 161.
Centaura, 320.
Centauromaquia, 290, 382.
— Combates de la, 231.
Centauros, Los, 12, 264, 530.
Ceos, 94, 140, 155.
Cerámica, VII, 12, 13, 16, 23, 27, 119, 141, 147, 154, 161, 163, 176, 200, 210, 213, 214, 225, 235, 237, 270, 273, 305, 318, 321, 355, 387, 404, 406, 482, 496, 510, 511.
— ateniense, 339.
— ática, 237.
— chipriota, 141.
— cretense, 64, 166.
— Industria de la, 57.
— megariana, 434.
— micénica, 46.
— minia, 13, 47.
— rodia, 141.
Ceratos, Valle del, 23.
Cerdeña, 512.
Cereales, VI, 12, 15, 55, 56, 111, 119, 197, 239.
Ceres, 512, 516.
Cerices, 178.
Cerro de los Santos, 509, 510.
Cersebleptes, 334.
César, 201, 350, 415, 433, 503, 504, 506, 507.
Cetios, 428.
Cibeles, 102, 248, 317, 392, 459, 488.
— de Ankara, 148.
— de Gordion, 148.
Cicerón, 299, 310, 361, 468, 515-517.
Cícladas, VI, 7, 9, 16, 21, 23, 92, 95, 121, 137, 138, 140, 141, 144, 166, 185, 326.
— del Norte, 94.
— del Sur, 94.
Cíclopes, 44, 460, 461.
Ciencia, X, 221, 457, 493.
Cilene, 69.
Cilicia, 47, 140, 210, 404, 418.
Cilirios, 194, 353.
Cilón, 132, 182.
Cimé, 94, 142, 155.
Cimerion, 209.
Cimerios, 207, 275.
Cimón, 252, 253, 257, 259-261, 292, 403.
— el Torpe, 186.
Cimónidas, 130, 178, 184, 186, 314.
Cinadón, 325.
Cincinio Alimentus, L, 514.
Cineas, 467, 532.
Cínicos, 367, 468.
Ciniradas, 140.
Cinosargos, 367.

Cinoscéfalos, 328, 408, 409.
Cinuria, 35, 158.
Cipriominoico, 53.
Cipsélidas, 130, 132, 161.
Cipselos, 128, 130-132, 161.
Cira, 202.
Cirenaica, 176, 193, 201, 202, 415, 416, 421.
Cirenaicos, 367.
Cirene, 111, 116, 137, 141, 146, 152, 155, 157, 165, 176, 202, 274, 351, 368, 379, 381, 411, 414-416.
Cirineos, 242.
Cirnos, 113.
Ciro el Joven, 149, 247, 324, 362.
Ciropedia, 362, 363.
Ciros, 529.
Cirra (o Crisa), 151, 152, 161.
Cirta, 512.
Cisalpina, 503.
Citea, 498.
Citera, VI, 94, 101.
Citerón, 316.
Citión de Chipre, 392, 467.
Citnos, 94.
Ciudades, 111, 125, 134, 144, 152, 238, 400, 473.
Civilización, 177, 269.
— anatolia, 6, 18.
— aquea, 53, 54.
— arcaica, 425.
— clásica, 425.
— cretense, 19.
— egea, 19.
— griega, 427.
— jónica, 144.
— *(paideia),* 364.
— material común, 11.
— micénica, 3.
— minoica, 19.
Civita Alba, 517.
Cízico, 206, 207, 210, 339.
Clasicismo, 25, 192, 215, 292, 383, 386, 402, 456, 476, 479, 482.
— fidiano, 318.
Claudio, Apio, 516.
Clazomenes, 93, 146, 155, 204, 206, 236.
Cleanto, 467, 485.
Clearco, 255, 393.
Cleitos, 343, 393.
Cleobis, 160, 232.
Cleodeo, 76.
Cleomenes, Rey, 169, 171, 186, 404, 408, 468, 482, 498.
Cleón, 278.
Cleónimos, 411.
Cleopatra, 336, 415, 480, 487.
Clerucas, 256, 415, 427, 448, 451, 452.
Cleruquías, 185, 335.
Clinamen, Teoría del, 466.
Clinias, 255.
Clístenes, 130-132, 134, 152, 161, 184, 186-188, 220, 235, 242, 259, 261, 270.
Clitemnestra, 39, 461.
— Tumba de, 40, 41.
Clitias, 237.
Cnido, 94, 141, 142, 204, 229, 308, 325, 378, 471.
Cnosos, 6, 20, 21, 22-24, 26, 29, 31, 37, 46, 50, 52, 53, 56, 61, 62, 68, 92, 151.
— Palacio de, 28.
Cobre, VII, 12, 154, 199, 209, 210, 528.
Cocodrilópolis, 486.
Cofradías, 225, 238, 395, 455.
Colaios, 155, 200.
Colbert, 442.
Colofón, 47, 58, 84, 92, 93, 144, 146, 192, 194, 196, 203, 207, 223.
Colonias, IX, 193, 203, 496, 499, 503.
Colonización, 120, 138, 164, 191, 196, 197, 212, 219.
Colonos, 109, 191, 192, 194, 200, 202, 204, 212, 213, 356, 413, 448, 452, 526.
Colotes de Teos, 386.
Cólquida, 189, 209.
Comana, 437.
Comedia, 287, 296, 355, 360, 361, 456, 458, 514, 515.
— nueva, 458.
Comerciantes, 40, 153, 201, 404, 421, 438, 518.
— aqueos, 58.
Comercio, 34, 55, 57, 111, 118, 121, 125, 126, 138, 153, 154, 161, 164, 167, 173, 174, 182, 184, 197, 209, 274, 338, 339, 403, 413, 415, 436, 439, 441, 442, 473, 497, 502, 505, 509, 511.
— aqueo, 49.
— ateniense, 163.
— bactriano, 533.
Competaliastas de Delos, 492.
Comte, 370.
Confederación eubea, 334.
— de los insulares, 406.
Confederaciones, 352, 406, 407.
Congreso panhelénico, 334, 390.
Conón, 325.
Consejo de Ancianos *(Gerusia),* 421.
Constantinopla, 537.
Constitución de Atenas, 376.
Copais, Lago, 44, 154.
Copenhague, 480.
Copérnico, 470.
Coptos, 519.

Coracu, 36, 42.
Córax, 273, 307.
Córcega, 149, 512.
Corcira (Corfú), VI, VIII, 83, 112, 117, 161, 193, 194, 200, 201, 229, 232, 278, 295, 329, 334, 354, 411.
Coré, 69, 70, 199, 271, 274, 294, 304, 394, 511.
Corea, 531.
Coribantos, 166.
Corintíacas, 163.
Corintios, 112, 193, 242.
Corinto, X, 6, 35-37, 42, 77, 79, 92, 95, 103, 104, 116, 117, 121, 123, 128, 130, 131, 133, 149, 151, 153-155, 159-161, 163-165, 191, 194, 196, 197, 226, 229, 233, 236, 237, 241, 242, 249, 254, 268, 270, 278, 324, 325, 334-336, 346, 356, 389, 403, 406-409, 425, 434, 475.
— Golfo de, VIII, 77, 79, 80, 83.
— Istmo de, 120.
— Liga de, 335.
Cornualles, 199.
Coronea, 153, 254.
Coroplastia, 198.
Cos, Isla de, 94, 141, 308, 386, 404, 456, 457, 461, 470, 477, 487, 515.
Costumbres cretenses, 86.
— dóricas, 86.
— funerarias, 13, 17, 72.
Crates de Malos, 462.
— de Tebas, 367.
Cratero, 344, 347.
Cratinos, 263, 296.
Crearonce, 326.
Creciente Fértil, 4.
Cremes, 459.
Creonte, 297.
Cresilas, 262, 320.
Creso, 114, 148, 149, 152, 153, 229, 241, 247.
Creta, VI, VIII, 4, 6-8, 15, 16, 18-21, 23, 24, 26, 29-31, 34, 37, 45, 46, 50, 52, 58, 59, 61, 62, 64, 65, 67-70, 72, 85, 86, 94, 96, 108, 117, 121, 132, 137, 141, 149, 155, 165-167, 202, 404, 488.
Creta dedálica, 151.
— minoica, 22, 34.
Cretenses, 16, 21, 22, 24, 26-30, 36, 45-47, 51, 58, 66, 68, 69, 71, 155, 194, 196, 201, 409.
Crimea, 206, 209-211, 274, 275, 418, 496.
Crisipo, 467.
Crisis económica, 403.
— social, 403.
Crisolacos, 26.
Cristianismo, 375, 531.
Cristo, 285, 537.
Cristolaos, 465.
Critias, 309.
Critios, 291.
Crotona, 144, 193, 195, 196, 198, 199, 223, 300, 354, 356, 411.
Cruzada panhelénica, 356.
Ctesias de Cnido, 366.
Cuadrigas, 295.
Culto micénico, 406.
Cultos ctónicos, 17.
— Orientales, 406.
Cultura, 475, 537.
— helénica, 342.
Cumas, 155, 194, 196, 213, 251, 271.
Cumeos, 196, 197.
Cupátridas, 206.
Curetes, Los, 68, 96, 166, 488.
Curopedion, 400.

CH

Champaña, 213.
Chandragupta (Sandracottos griego), 523.
Chang K'ien, 527.
Châtillon-sur-Seine, 213.
Cherchel, 480.
Chertomlyk, 275.
Chicanópolis, 311.
Chigi, 122.
China, 308, 495, 497, 522, 526, 527, 529, 531, 532, 534.
Chipre, 23, 47, 50, 53, 58, 86, 92, 100, 101, 137, 140, 144, 165, 280, 340, 414, 415, 418, 515.
Chipriota, Dialecto, 83.
Chipriotas, 339.
Chiusi, 267.
Choisy, 228.
Chroust, 309.

D

Dacios, 499.
Dafne, 203.
Damiorgoi, 407.
Damófilo, 515.
Damón de Oa, 262.
Damos. V. Pueblo.
Danaidas, 159.
Danao, 159.
Dankali, Desierto, 520.

Danubio, VII, 78, 502.
— Delta del, 209.
— Valle del, 78, 501.
Daocos, 242.
Dardanelos, 206.
Dardanios, 78.
Darfur, 520.
Dáricos, 436.
— persas, 330.
Darío I, 149, 247-249, 346-348, 482, 530.
Darío III Codomán, 336, 348.
Decelia, 264.
Dedálidas, 96, 166.
Dédalo, 24, 26, 96, 166.
Dedalses de Bitinia, 478, 479.
Deinocrates, 432.
Deinoménida, Polizalos, 291.
Deinoménidas, 242, 271, 272, 295.
— Trípode de los, 242.
Delfos, 87, 102, 131, 132, 136, 138, 140, 142, 148, 151-153, 157, 160, 161, 166, 188, 193, 204, 226, 227, 229, 231-235, 240-243, 249, 289, 292, 295, 310, 328, 332, 343, 351, 379-382, 390, 391, 406, 409, 484, 504, 516, 517.
— Oráculo de, 75.
Delion, 308.
Delos, 69, 94, 101, 102, 138-140, 226, 230, 234, 235, 340, 249, 252-254, 295, 320, 401, 403, 405, 434, 436, 437, 473-475, 480, 482, 488, 490, 504, 511.
— Santuario de, 185.
Delta, 203, 204, 431, 439.
Demado, 335.
Demagogos, 311.
Demarateia, 273.
Deméter, 68-70, 100, 152, 199, 210, 239, 240, 269, 271, 273, 274, 293, 294, 304, 378, 394, 429, 488, 490, 511, 512, 517.
— Camine, 102.
Demetrias de Aracosia, 408, 526.
Demetrio I, 524, 525.
Demetrio II, 408, 525.
Demetrio de Falera, Filósofo-tirano, 414, 455.
— Poliorcetes, 400, 408, 477, 486.
Democracia, 264, 360.
Demócrito de Abdera, 299, 300, 368, 466.
Demofonte, 73.
Demos, 129, 187, 258, 263, 286, 293, 296, 306, 311, 332, 339, 365, 456, 457, 467, 472.
Demóstenes, 330, 332-335, 339, 343, 361, 364, 365, 383, 392, 394, 450.
Dendra-Midea, 42.
Denia, Cabo de, 200.
Depas, 65.
Derecho, 127, 165.
— civil, 127.
— criminal, 127.
Descartes, 373.
Despeñaperros, 510.
Deucalión, 77.
Diadocos, 400, 511.
Diadumeno, 304.
Dialéctica, 301.
Dialécticos, Los, 363.
Dialecto panfilio, 83.
Dialectos asiánicos, 416.
— dóricos, 83.
Diana, 481.
Diáspora, 420, 421, 488, 524.
Dicearquía, 194, 196.
Diceópolis, 311, 312.
Dictina, 29.
Didimeion, 144, 148, 204, 234, 248, 472.
Diez Mil, 328, 338, 362, 382.
Dikaios (Justo), 526.
Dimanos, 131.
Dimas, 77.
Dimini, 5.
Dinamarca, 49.
Dináridas, V.
Dinero, 114, 438, 443.
Dinoménides de Siracusa, 128.
Diodoro, 521.
Diodoto I, 516, 524.
Diodoto II, 524.
Diofante, 471.
Diógenes, 367, 465.
Diomedes, 37, 43, 291.
Dion, 527.
Dionisíacas, 287, 402.
Dionisíacas campesinas, 293.
Dionisíacos, Cultos, 316.
Dionisio el Joven, 356, 368.
— el Viejo, 272, 353-356, 364, 409, 411, 505.
Dioniso, 68, 131, 138, 185, 210, 220, 237, 240, 242, 290, 291, 293, 294, 302, 312, 315-318, 346, 347, 354, 377, 385, 389, 391, 393, 394, 429, 474, 481, 487, 489, 492, 508, 511, 512, 529.
Dioniso Cabiro, 394.
— Tauros, 378.
Dios. V. Religión.
— del gallo, 29.
Dios-lobo, 158.
Dios panhelénico, 316.
Diosa de las Serpientes de Cnosos, 26.
Dioscurias, 209.
Dióscuros, 48, 208, 321.

Dioses agrícolas, 67.
— ctónicos, 67.
Diomita, 372.
Dípilon, 107.
Dipoinos, 132, 161.
Dirce, 479.
Discóbolo, 303.
Discurso de la corona, 333.
Discursos olímpicos, 364.
Ditirambo, 220.
Divinidad Ctónica, 48.
Diwia, 68.
Dnieper, 496.
Dniester, 206, 208, 209.
Documentos aqueos, 52.
Dodecaneso, 92, 202.
Dodecápolis jónica, 93.
Dodona, 79, 87, 410.
Dolon, 291.
Dólopes, 152.
Domiciana, 509.
Domitio Enobarbo, 516.
Don, 206, 209, 275, 496.
Dórida, 79, 82, 84, 94, 141, 142, 151, 152.
Doríforo, 304.
Dorion IV, 18.
Dorion-Malti, 17.
Dorios, 14, 53, 73, 75, 77, 79, 80, 82-87, 94, 100, 101, 110, 137, 151, 152, 157, 165, 168.
Dos Sicilias, 353, 410, 411.
Dracma, 116, 352, 405.
Dracón, 126, 127, 182.
Drama, 220.
— burgués, 313.
Dramaturgos, X.
Drangiana, 524.
Dresde, 383.
Driopes, 137.
Dromoi, 41, 72.
Dugga, 512.
Dura-Europos, 427, 428, 449, 529.
Duris, 292.
Dyauh, 12, 68.

E

Eácidas, 342, 405.
Eaco, 164.
Ebro, Valle del, 509.
Ecbatana, 347, 348, 473.
Ecistos, 196.
Economía, 55, 337, 338, 424, 438, 442.
— mercantil, 113.
Edesa, 529.
Edfu, 488.
— Templo de, 422.
Edipo, 297.
Éfeso, 92, 93, 96, 111, 114-116, 144, 148, 149, 320, 339, 346, 380, 386, 436.
Efetas, 182.
Efialto, 254, 261.
Éforo, 111, 169, 170, 363, 462, 518.
— de Cumas, 366.
Egeida, 206.
Egeo, Mar, V, VI, VIII, 14, 16, 21, 22, 59, 92, 94, 103, 108, 151, 206, 247, 252-254, 256, 258, 289, 329, 405.
— Islas del Mar, 6, 37, 116, 137, 421.
Egialos, 14.
Egicoreis, 177.
Egimio, 77.
Egina, 9, 16-18, 79, 108, 115-117, 121, 134, 155, 164, 165, 183, 203, 231, 254, 268, 290.
Eginetas, 204.
Egipcios, 58, 222, 339.
Egipto, X, 3, 19, 23, 30, 46, 53, 57, 58, 72, 73, 78, 112, 117, 121, 124, 132, 140, 142, 144, 146, 158, 159, 163, 165, 193, 201-204, 221, 228, 266, 270, 278, 298, 338, 340, 347, 350, 368, 393, 399, 400, 404, 405, 407, 411, 413-418, 420-426, 431-441, 444, 446-448, 450-453, 457, 469, 486, 488, 491, 493, 511, 518, 520, 521, 528.
— Alto, 424, 480.
— Bajo, 480.
— lágida, 414.
Egisto, 39.
— Tumba de, 41.
Egos Pótamos, 279, 325.
Egue, 149.
Eisphorá, 265, 329, 334, 341.
Ekklesia, 183, 187, 254-256, 262, 280, 326, 333, 339, 341, 360, 432, 457.
Elatea, 335.
Elba, 534, 502.
Elea (Italia), 196, 223, 301.
Electra, 39, 313.
Elegías, 113, 130, 171.
Eleos, 156, 157, 171, 290, 296, 362.
Eleusis, 69, 179, 185, 204, 239, 240, 244, 263, 264, 279, 286, 287, 294, 296, 302, 315, 316, 318, 380, 390, 391, 394, 402, 432, 484.
— Diosas de, 293.
— Liturgias de, 394.
Eleuteros, 240.
Élida, 37, 77, 79, 83, 155, 268.
Elis, 156, 290.
Elna (Pirineos Occidentales), 508.
Elpínice, 292.

Emilia, 515.
Emiliano, 514.
Emilio, Paulo, 516.
Empédocles de Agrigento, 300, 301.
Emporia, 505.
Emporion (Ampurias), 274, 352, 509, 510.
Eneas, 515.
Enesidemo, 465.
Eníalo, 68.
Enianos, 150, 152.
Enipeo, Valle del, 79.
Enkomi, 47.
Enna, 199, 354.
Enneacrunos, 131.
Ennio, 514, 516.
Enoa, 295.
Enofita, 254.
Enomao, rey de Pisa, 157, 290.
Ensérune, 508.
Entremont, 504-506, 535.
Eólida, 84, 94, 142, 143, 216, 219.
Eolios, 35, 77, 82, 110, 206.
Eolo, 77.
Eolos, 110.
Epaminondas, 327, 328, 330.
Epet, 488.
Epibolé, 446.
Epicarmo, 272, 273, 287.
Epicteto, 292, 468.
Epicureísmo, 466.
Epicuro, 466, 467, 515.
Epidamno, 157, 162, 499.
Epidauro, 35, 79, 132, 158, 159, 297, 316, 378-380, 382, 383, 386, 391, 392, 471, 487.
Epideíctica, 363.
Epifanio, 462, 487.
Epígonos, Los, 242, 295.
Epiro, V, VII, 79, 111, 149, 330, 407-410.
Epirotas, 82, 409.
Epitadeus, 325.
Epítetos homéricos, 62.
Época aquea, 36.
— arcaica, 46, 136, 219, 239.
— clásica, IX.
— geométrica, 91, 105, 139, 145.
— helenística, 125, 141, 145, 207, 210, 299, 331, 349, 352, 377, 382-384, 386, 395, 399, 403, 405, 416, 421, 424, 446, 452, 465, 483, 499, 506, 510, 513, 518, 519.
— micénica, 18, 139.
— romana, 386, 402, 428, 509.
— ptolemaica, 433.
Epopeya, 50, 62, 63, 101, 216, 514.
— africana, 346.
— aquea, 48, 97.
— asiática, 346.
— jónica, 97.
Epopeyas homéricas, 9, 14, 36, 50, 52, 65, 98, 100, 186.
— irlandesas, 503.
Equecrátides, 150.
Equélidas, 319.
Equelos, 319.
Equemos, 76.
Equinoccios, 470.
Equitación, 362.
Eranoi, Los, 492.
Erasístrato, 471.
Eratóstenes de Cirene, 49, 414, 470, 518.
Erecteidas, 180.
Erecteion, 43, 185, 318, 320, 379, 380, 477, 513.
Erecteo, 43, 69, 100, 179, 293, 319, 390.
Eretria, 116, 154, 155, 192, 193, 248, 249, 256.
Eretrios, 205.
Ergane, 293.
Ergotimos, 237.
Erimanto, 6.
Erinias, 285.
Erinis, 68.
Erisictón, 185.
Eritia, 199.
Eritra, 93, 145, 155, 207, 254, 256.
Érix, 199.
Eros, 146, 219, 377, 391.
Eróstrato, 229.
Esagil de Babilonia, 444.
Escandinavia, 502.
Escandinavos, 13.
Escatología, 371, 512.
Escepticismo, 313, 316.
Escilis, 132, 161.
Escilonte (Élida), 362.
Escingoreix, 508.
Escipión el Africano, 411, 463, 514.
— Emiliano, 468, 514.
Escipiones, Los, 418, 514, 516.
Esciros, 275.
Escitas, 207, 210, 275, 496, 498, 499, 526, 529, 534.
Escitia, 207, 210, 275, 276, 298, 340, 495.
Esclavitud, 165, 209, 364.
Esclavos, 60, 86, 124, 144, 150, 153, 210, 339, 347, 353, 395, 403, 406, 419, 434, 446, 458, 496.
Escopadas de Crannón, 150.
Escopas, 150, 292, 377, 378, 381, 383, 386, 459, 476-478.

Escribas aqueos, 51.
— minoicos, 52.
Escritura, 21, 51, 53, 98, 105, 107, 193.
— alfabética, 53.
— griega, 148.
— lineal B, 36, 59.
— micénica, 52, 53.
— silábica, 53.
Escuela cínica, 367.
— cirenaica, 368.
Escuelas asiáticas, 477.
Escultores, 381, 477, 505.
— cretenses, 166.
Escultura, 26, 63, 64, 272, 285, 291, 305, 320, 381, 383-386, 402, 416, 472, 476-479, 509, 522.
— decorativa, 64.
— ibérica, 274.
Esfactería, 278.
Esfinge, 115, 138, 139, 325.
Eskenburg, 502.
Esmilis, 164.
Esmirna, 92, 93, 142, 144.
Esna, Templo de, 445.
Esopo, 146, 204.
España, 59, 116, 199-201, 213, 274, 405, 421, 501, 502, 509, 510.
Esparta, X, 86, 87, 96, 106, 108, 111, 117, 133-136, 156-160, 162, 165-171, 174, 175, 186, 191, 216, 232, 249, 252, 254, 257, 268-270, 278, 279, 292, 315, 324-329, 331, 333, 335, 337, 338, 341, 354, 356, 362, 364, 381, 390, 404, 407-409, 411, 482.
Espartanos, 156, 158, 172, 176, 188, 194, 196, 242, 251, 268, 278.
Esperquios, 79, 150.
Espeusipo, 356.
Esporadas, 137, 138.
— del Norte, VI.
— del Sur, VI, 94.
Esquilino, 516.
Esquilo, VII, 39, 242, 243, 249, 251, 252, 272, 284-288, 292, 296, 297, 313, 332, 334.
Esquines, 366, 392, 394.
Estados dóricos, 121.
Estagiro, 205.
Estenelo, 39.
Estesícoro de Himera, 198, 218.
Estilo de Camarés, 27.
Estinfalo, Lago, 291.
Estoicismo, 375, 450, 465, 467, 468, 485, 516.
Estoicos, 421, 422, 465, 469, 540.
Estrabón, 59, 86, 352, 406, 432, 504, 508, 522, 528, 529, 532.
Estratopeda, 203.
Estrechos, Ruta de los, 256.
Estrepsíada, 311.
Estrimón, 205.
Eteocles, 287.
Ethne (pueblos), 406.
Etiopía, 518, 520.
Etna, 194, 301.
Etolia, VIII, 37, 79.
Etolios, 82, 151, 408, 409.
Etonija, 56.
Etruria, 197, 213, 267, 340, 354, 388, 487, 503, 517.
Etruscos, 101, 128, 201, 213, 271, 295, 514.
Eubea, VIII, 35, 36, 79, 82, 92, 94, 104, 112, 116, 117, 121, 124, 154, 256, 266, 326, 329, 334.
Eubeos, 152, 193, 196, 332.
Eúbulo, 331, 332, 360.
Euclides, 324, 372, 373, 376, 469.
Eucrátides, 525, 527.
Eudoxo de Cnido, 370, 372-374, 461, 518.
Euffigneix (Alto Marne), 505.
Euforión, 128.
Éufrates, IX, 58, 417, 427.
Eufronio, 292.
Euhespérides, 202, 416.
Eumelos, 163.
Eumenes I, 419.
Eumenes II, 419, 477.
Euménides, 286.
Eumeno, 348.
Eumólpidas, 178.
Eunomia, 162.
Eunostos, 432.
Eupalinos, 145, 164.
Eupátor, 418.
Eupátridas, 178, 180, 187, 258.
Eupompo de Sicione, 386.
Eurípalo de Siracusa, 352, 354.
Eurídice, 330.
Eurimedón, 253.
Eurimedonte, 295.
Eurípides, 270, 284, 297, 311-313, 315, 316, 342, 343, 391, 443, 459, 515.
Euripo, 154, 377.
Euristeo, 39, 75.
Europa, 5, 11, 29, 103, 202, 233, 275, 346, 496, 502, 503, 510.
— Central, 162, 502.
— neolítica, 11.
Eurotas (Laconia), VIII, X, 56, 173-175.
— Valle del, 166, 167.
Euticártides, 139.
Eutidemos I, 524, 525, 527.
Eutidemos III, 533.
Eutimenes, 352, 357.

Evágoras de Chipre, 325.
Evandro, 53, 193.
Evemerismo, 516.
Evergetes, 415, 444, 451, 461-470, 487.
Evohé, 394.
Excavaciones, 3, 58, 197.
Execias, 237.
Expansión aquea, 55.
— comercial, IX, 57.
— militar, IX, 45.

F

Fabregues (Hérault), 508.
Fabricio, 467.
Fábulas, 146.
Falange macedónica, 408.
Falaris de Agrigento, 128.
Falero, 260, 294.
Falesis, 204.
Falisco, Alfabeto, 213.
Familia, 39, 111, 112, 161, 258.
Fanagoria, 208, 209.
Faraón, 203, 338.
Faro de Alejandría, 431, 470, 474, 529.
Faros, Isla de, 431, 432.
Farsalia (Tesalia), 150, 237.
Faselis, 140, 268.
Fasis, 208, 209, 529.
Fauno, 387.
Fayum, 414, 437, 439, 440, 442, 479.
Febo, 139.
Federalismo epirota, 409.
Federico el Grande, 442.
Fedón, 309, 360.
Fedra, 313.
Fedro, 369.
Fénice, 408.
Fenicia, 53, 141, 201, 340.
Fenicios, 101, 111, 121, 190, 222, 251, 339, 357.
Ferecides, 140.
Feres, 150.
Fergana, 524, 533.
Festos, 20, 24.
Fetichismo primitivo, 27.
Feudalismo, 17.
Fíbula de media luna, 86.
Fidias, 252, 262, 263, 283, 291, 293, 296, 302-305, 318, 320, 378.
Fidón de Argos, 115, 126, 129, 160, 171.
Foca, 115.
Figalia, 320, 379.
Filacopi (Melos), 22.
Filadelfia, 442, 443.
Filadelfo, 413, 421, 436, 437, 442, 455-457, 461, 462, 474, 486, 519, 521.
Filé, 519.
Filebo, 379.
Filemón, 458.
Filetas, Poeta, 455, 461.
Filetero, 419, 483.
Filipeion de Olimpia, 379, 380.
Filípicas, 332.
Filipo II de Macedonia, 46, 323, 324, 329-336, 341-343, 346, 354, 365, 367, 373, 376, 380, 382, 387, 393, 409, 410, 422, 458, 500, 502.
Filipo V de Macedonia, 342, 404, 408, 474, 475, 511.
Filipópolis, 335, 500.
Filipos, 330.
Filisteos, 78.
Filistes, Reina, 413.
Filistos, 355.
Filocoro, 179.
Filócrates, 331, 332, 334.
Filoctetes, 320.
Filolao, 300, 372.
Filomelos, 331.
Filón, erudito y viajero alejandrino, 518.
— de Alejandría, 371, 421, 450.
— de Eleusis, 379, 380, 382.
Filópator, 457, 474.
Filopoimen, 407.
Filosofía, X, 221, 223, 265, 363, 377, 442, 455, 461, 466, 468, 493, 516.
Filósofos, 348, 359, 371, 408, 422, 465, 516, 540.
Filotera, 519.
Filoxeno de Citera, 355.
— de Eretria, 387, 482.
Física, 300.
Flaminino, 408.
Flauta, 146, 216.
Flíacas, 355.
Florencia, 517.
Flota bárbara, 249.
— griega, 252.
Fluviá, 509.
Focea, 93, 114, 116, 146, 155, 196, 204, 207.
Focenses, 507.
Foceos, 149, 200.
Fócida, VIII, 79, 104, 332, 407.
Focidios, 82, 137, 150-152, 332, 335.
Focílides de Mileto, 146.
Formion, 339.
Fortuna, 485.
— Primigenia, 515.

Fragua, 266.
Francia, 213, 502.
Franco Condado, 213.
François, Tumba, 517.
— Vaso, 237.
Fratrías, 178-179, 432.
Frayr, 13.
Frescos, 406, 480.
Frigia, 148, 239, 317, 488.
Frigios, 78.
Friné, 378, 385, 392.
Frínico, 287.
Frinis de Mitilene, 311.
Ftiótida, 150.
Funcionarios, Los, 421, 443.

G

Gades, 190.
Galacia, 417, 419, 501.
Gálatas, 417.
Galeontes, 177.
Gales, 518.
Galia, X, 199, 200, 213, 267, 352, 405, 495, 501-503, 506, 507.
— cabelluda, 505, 506.
— del Este, 201.
— Meridional, 201, 504, 508, 510.
Galos, 477.
Gambia, 511.
Ganadería, 5, 15, 22, 56, 439.
Ganaderos, 112.
Ganado, 114.
— menor, 22, 164.
Gandara, 525, 526, 530.
Gandharvah, 12.
Ganges, 522, 527, 534.
— Valle del, 526.
Garona, 200, 502.
Gata, 200.
Gaugamela, 347.
Gaza, 347, 519, 521, 528.
Gea (Tierra), 151.
Gedrosia, 348.
Gela, 157, 165, 192, 194, 196, 212, 271, 272.
Gelón de Siracusa, 128, 251, 271, 273.
Gemisto Pleton, 537.
Genos, 107, 178.
Gentilicios, 60.
Geografía, 222.
Geógrafos, 146.
Geometría, 224, 300, 373, 376.
Geométrico, 92, 94, 95, 147.
Georgia, 311.
Gerión, 199.
Germanos, 11, 59, 70.
Gerra, 528.
Gerusía, 169.
Getas, 499.
Gibraltar, 200, 496.
Gigantes, Los, 264, 293, 478.
Gigantomaquia, 231, 235, 478.
— Combates de la, 231.
Giges, 114, 148.
Gimnetas, 159.
Gimnopedias, 173.
Gitiadas, 175.
Gla, Isla de, 44.
Glanon (Saint-Rémy-de-Provence), 505.
Glauco, 144.
Glaucotea, 392.
Glicera, 458.
Glíptica, 66.
Gonatas, 409, 410.
Gordias, 346.
Gordión, 343, 346.
Gorgasos, 515.
Gorgias, 273, 307, 315, 363, 364.
Górgidas, 327.
Gorgipia, 209.
Gorgona, 232, 275.
Gortina, 165, 166.
Gortis de Arcadia, 380, 391.
Gouraud, 384.
Graco, Tiberio, 516.
Graffiti, 450, 519.
Gran Bretaña, 502.
— Diosa, 28.
— Madre, 29, 166, 174, 210, 317.
— Rey, 324-327, 331, 333, 334, 338, 346, 347, 393.
Grandes Dionisíacas, 185, 256, 293.
— Dioses, 392.
— Misterios, 294.
— Muros, 325.
— Panateas, 185, 293.
— Reyes, 423, 435.
Granico, Valle del, 346.
Grecobactrianos, 524.
Grecoindios, 524.
Grecomacedonios, 441.
Grézan, 507.
Grifos, 274.
Grupo *centum,* 11.
— *satem,* 11.
Guerra de los aliados, 408.
— lelantina, 155, 193.
— de Troya, 47, 49, 63, 79, 80.
Guerras médicas, 244, 247, 284.
— persas, 247.
Gurnia, 23.

H

Hadad, 489.
Hadda (Afganistán), 530.
Hades, 295.
Hades-Plutón, 294.
Hageladas, 160.
Hagia Triada, 21, 24, 70.
Haliacmón, VII, 79.
Halicarnaso, 6, 94, 141, 142, 204, 254, 381.
Halis, 4.
Hallstatt, 274, 502.
Hamah, 58.
Hapu, 493.
Harmodio, 186.
Harvey, 471.
Hathor, 488.
Hebe, 99.
Hebro, 206, 499.
Hécate, 395, 501, 504.
Hecateo, 144, 146, 149, 222, 235, 298.
Hecatómpedon, 145, 185, 186, 188, 229, 235.
Héctor, 48, 482, 539.
Hefesto, 68, 181, 265, 302, 348.
Hegemón, 408.
Hegesias, 368.
Hélade de Uzbekistán, 526.
Heládico antiguo, 5-9, 16-18, 164.
— medio, 10, 15-18, 33, 34, 72.
— reciente, 15, 17, 31, 33-35, 42, 72, 140, 294.
Helanódices, 109, 156.
Helena, 39, 48, 49, 66, 73, 175, 198.
Helenion de Naucratis, 140-142, 146, 204.
Helenismo, IX, X, 31, 45, 47, 84, 87, 94, 111, 140, 141, 147, 151, 189, 193, 194, 197, 201, 204, 211, 213, 214, 244, 251, 267, 274, 275, 284, 292, 350, 352, 354-356, 364, 365, 399, 409-411, 418, 419, 424, 451, 455, 456, 468, 496-499, 503, 504, 509, 512, 514, 517, 520-522, 526, 531, 534, 535, 537, 540.
— bizantino, 538.
— dórico, 269.
Helenización, IX, 201, 420, 421, 449, 450, 452, 505, 509, 510, 513, 516, 517.
Helenótamos, 253, 256.
Helesponto, 48, 144, 146, 185, 206, 249, 329, 492.
Heliastas, 280, 341.
Hélice, 156.
Helicón, 98, 99, 153.
Helieo, 127, 183, 339.
Heliocentrismo, 373.
Heliocles I, 525.
Heliodoro, 420, 527.
Helios, 346.
Helison, Río, 328.
Hemeroscopion, 200.
Heptastada, 432.
Hequetai, 59.
Hera, 68, 69, 73, 102, 145, 157, 204, 274.
— Acraya, 95.
— Argeia, 302.
— — Santuario, 197.
— Basileia, 429.
— de Queramies, 234.
— Templo de, 144, 198.
Heraclea del Ponto, 208, 209, 274, 393, 412.
Heracles, XI, 8, 75-77, 157, 199, 201, 231, 235, 237, 242, 289-292, 342, 356, 364, 378, 388, 391, 475, 481, 508.
— Calínicos, 205.
Heracles-Melkart, 512.
Heraclia Minoa, 196.
Heráclidas, 75-80, 86, 154, 161, 366.
Heráclito, XI, 299, 373, 531.
Heraia, 163.
Heraion de Argos, 115.
— de Samos, 96, 131, 146, 229.
— Teikhos, 207.
Heraldos, 110.
Hérault, 507, 508.
Herculano, 480, 513.
Hércules, 144, 200, 352, 355.
Hermandades, 492.
Hermes, 68, 69, 73, 156, 291, 315, 319, 394, 395, 475, 511.
Hermes Dionisóforo, 377.
Hermes Propilaios, 320.
Hermetismo, 491.
Hermias, 373.
Hermíone, 39, 158.
Hermocles, 486.
Hermodoro de Salamina, 515.
Hermonasa, 208, 209.
Hermos, 137, 236.
Hermúpolis, 488, 491.
Herodes, 420.
Herodoto, 35, 50, 79, 94, 103, 120, 129. 137, 138, 142-144, 148, 159, 201, 204, 210, 220, 222, 252, 262, 270, 276, 283, 298, 299, 314, 342, 445, 489, 518.
Herófilo de Calcedonia, 471.
Herondas, 404, 431, 433, 461.
Heroon, 388.
Heros, 72.
Herreros, 18, 60.
Hesiodo, 68, 98, 99, 107, 110, 111, 113, 125, 126, 142, 153, 154, 215, 219, 241, 285, 462.

Hespérides, 199, 321.
Hestieótida, 150.
Heuneburg (Wurtemberg), 213.
Hexápolis, 141.
Hidaspes, 347.
Hierá, 294.
Hierápolis de Siria, 489.
Hyères, Islas de, 502.
Hieródulas, 163.
Hierón I de Siracusa, 128, 164, 271, 288, 295, 317, 319, 335, 391, 457.
Hieron II de Siracusa, 411, 413, 482.
Hierónimos de Cardia, 408.
Hierro, 154, 209, 210.
Hifaso, 347.
Higia, 392.
Híleos, Los, 77, 131.
Hilo, 75-77.
Himera, 117, 194, 196, 267, 271, 272.
Himero, Río, 251.
Himeros, 377.
Himeto, 6, 105.
Himilcón, 272.
Himno homérico, 69, 239.
Hindu-Kush, 347, 524-527.
Hiong-nu, 526.
Hipalos, 528.
Hiparco, 186, 362, 470.
Hipatia, 540.
Hipérides, 361, 363, 392.
Hipias, 186, 206, 207, 307.
Hipócrates de Cos, 308, 373, 470.
Hipodamia, 39, 231.
Hipodamos de Mileto, 262, 268, 302, 427.
Hipólito, 316, 481.
Hippobotes, 112.
Hipsistos, 489.
Hircania, 347.
Hirnatios, 159.
Hisiai, 160, 171.
Hismenion de Tebas, 153.
Hissarlik, 47.
Histieo, 248.
Historia, 222, 350, 443, 456, 458, 462, 475.
Historiadores, 146, 346.
Historia de Herodoto, 297.
Hititas, 11, 14, 57, 59, 85, 101, 148.
— cuneiformes, 14.
— Documentos, 49.
Homéricos, Textos, 48.
Homero, 14, 24, 37, 43, 44, 47-50, 53, 54, 56, 59, 61, 62, 67, 68, 97, 98, 101, 107, 113, 142, 146, 165, 166, 206, 215, 244, 316, 450, 458, 460, 462, 482, 518.
Homoioi, 170.
Ho-Nan, 533.
Honderos, 5.
Hoplitas, 150, 160, 183, 187, 249, 261.
— periecos, 172.
Horacio, 313, 355, 515, 534.
Horus, 422, 488, 520.
Hugo, Víctor, 287.
Hui Tzu, 532.
Hungría, 502.
Hybris, 350.

I

Iacos, 294, 391.
Ialisos, 6, 22, 46, 94, 203.
Iasion, 294.
Laxartes, 524, 526.
Iberia, 58, 201, 213, 267, 495, 504.
Iberos, 199, 214, 436, 503, 507, 534.
Ibiza, 510.
Iconografía, 531.
Ictinos, 302, 303, 320.
Ictiófagos, 519.
Ida, Monte, 29, 68, 69, 96, 166.
Ideas panhelénicas, 336.
Ídolos, 71.
Ifigenia, 39, 100, 206.
Ilíada, 24, 36, 43, 44, 47, 52, 62, 63, 65, 70, 97, 98, 100, 106, 109, 110, 346, 350.
Ilión, 49, 63.
Iliria, 78, 404, 408, 410, 499, 501.
Ilirios, 409, 499.
Ilisos, 318, 373.
Ilitia, 29, 68, 99.
Ilitia, Gruta de, 29.
Ilotas, 150, 165, 167, 172, 194, 404.
Imbros, 188.
Imperatores, 393, 415, 418, 513.
Imperialismo, 171, 253, 257, 258, 267, 278 331, 364.
— ateniense, 314.
— comercial, IX.
— político, IX.
India, X, 70, 308, 347-349, 366, 414, 418, 433, 435, 465, 495, 519, 521, 522, 524, 526-528, 531, 532, 534.
— Central, 530.
Indias, 434.
Índico, Océano, 527.
Indios, 524, 529, 534.
Individualismo, 485.
Indo, IX, 68, 347, 393.
— Valle del, 529.
Indochina, 531, 534.

Indoeuropea, Lengua, 11.
Indoeuropeos, 10, 11, 14, 15, 17, 60, 190.
Indoiranios, 11, 13.
Indra, 13, 527.
Industria, 120, 125, 126, 442.
— artística, 413.
Intelectualismo, 456.
Invasiones, 82.
— dóricas, 33, 35, 49, 72, 75, 78, 80, 81, 86, 98, 137, 216.
— griegas, 17.
— jónicas, 18.
Invasores, 4, 9, 26.
— dóricos, 91, 105.
— jónicos, 18.
— tesalios, 150.
Io, 73, 387.
Ion, 14, 77, 110.
Ipsos, 400.
Irán, 417, 503.
Iranios, 349, 523.
Irasa, 202.
Ironía, 308, 470.
Isa, Isla de, 354.
Iscómacos, 337.
Iseo, 361.
Isis, 489, 490.
Isócrates, 212, 244, 294, 307, 325, 347, 356, 359, 361-366, 376, 393, 515.
Isquegaon, 381.
Isquia, 193.
Istros, 208, 210.
Italia, 53, 56, 109, 146, 151, 193, 194, 196, 198, 201, 205, 213, 274, 280, 302, 339, 351, 352, 354-356, 387, 410-412, 421, 432, 434, 436, 501, 509, 513, 517.
— Meridional, 192, 196, 412, 515.
— Septentrional, 502.
Itálicos, 11, 352.
Itome, Monte, 18, 171.

J

Jacinto, Dios de la vegetación, 42, 87, 175.
Jantipo, 259.
Japón, 531.
Jasón de Feres, 327, 328, 364, 420.
Jelum, 347.
Jenófanes de Colofón, 113, 146, 223, 301, 387.
Jenofantos, 387.
Jenofonte, 309, 315, 324, 337, 359, 361, 362, 365, 366, 393.
Jericó, 58.
Jerjes, 249, 251, 254, 287, 336, 346, 347, 473.
Jeroglíficos, 449.
Jerusalén, 420.
Jesús, 283.
Jonia, 35, 49, 84, 87, 92, 94, 113, 121, 140, 142-149, 154, 160, 163, 175, 193, 197, 198, 201, 210, 216, 219, 221, 226, 229, 235, 237, 248, 253, 266, 279, 299, 380, 389, 492.
Jónicas, Bandas, 15.
— Islas, VI, VIII, 37, 83, 92, 162.
Jónico, Mar, 162, 326.
Jonios, 14, 17, 35, 77, 82, 94, 110, 143, 152, 185, 231, 248, 251.
Jordán, 58.
Juba II, 513.
Judaísmo, 416.
Judas Macabeo, 420.
Judea, 420, 421.
Judíos, 420, 421, 442.
Jueces, 170.
Juegos ístmicos, 163.
— olímpicos, 160.
— panhelénicos, 163, 271.
Juno, 515.
«Juno Laciniana», 302.
Júpiter, 12, 13, 68.
— Stator, 515.
Justicia, 241, 453.
Justino, 506, 508, 537.
Juturna, Diosa, 128.
Juvenal, 318.

K

Ka de Ra, 422.
Kachgar, 532.
Kadesh, 58.
Kados (urna), 389.
Kandahar, 523, 524.
Kanishka, 529.
Kan-Tche, 532.
Kapica, 525, 527.
Kapici, 525, 527.
Kappel-am-Rhein (Baden), 213.
Karnak, 349.
Katanga, 520.
Katharsis, 314.
Kazanlik (Bulgaria), 499.
— Tumba de, 500.
Keftiu (cretenses), 23.
Kekemena kotona, 56.
Kerma, 519, 520.
Kernoi, 511.

Kertsch, Estrecho de, 209, 210, 274, 340, 351, 388.
— Vasijas de, 387.
Khaltchayan, 531.
Khora, 419, 433, 446, 447.
— bárbara, 274.
Kitimena kotona, 56.
Kleroi, 127, 167, 168, 171, 325, 428, 452.
Koiná, 406, 407.
Koiné, 53, 456, 472.
Koinón, 136, 406-409.
Komos, 221.
Koravyo, Rey, 532.
Kordofán, 520.
Korés, 230, 234, 235.
Koretere, 59, 60.
Kosipotru, 527.
Kosmos, 299-301, 375, 491.
Kotán, 532, 533.
Kubán, 209, 275.
Kul Oba (Crimea), 275.
Kunar, 525.
Kurganas, 275.
Kuroi, 139, 202, 205, 230, 231, 233.
Kursk, 211.
Kyanos, 27.

L

La Roque, 508.
La Tène, 274.
Labdácidas, 287.
Laberinto minoico, 24, 40.
Labradores, 5, 12.
Labraundos, 6.
Lacedemonia, 37, 56, 166, 324, 325, 327, 335.
Lacedemonios, 264, 327.
Lacidón, 201.
Lacinio, 412.
Lacinion, Cabo, 198.
Lacio, 515.
Laconia, 36, 42, 77, 79, 83, 84, 104, 135, 150, 155, 156, 166, 171, 175, 335, 381.
Lade, 248.
Lágidas, 402, 413, 415, 419, 420, 422-424, 426, 427, 436-438, 443, 451, 456, 457, 459, 461, 470, 471, 483, 519, 521.
Lais, 367.
Lampsaco, 206, 207, 504.
Langlotz, 233.
Languedoc, 199, 509.
Languedoc-Rosellón, 507, 509.
Laodicea, 428.
Laos, 195.
Largo Argentina, 515.
Largos Muros, 263, 278.
Larisa, 159, 236.
Larsen, 257.
Lassois, Monte, 213.
Latifundia, 338.
Latín, 11.
Latino, Alfabeto, 213.
Látmico, Golfo, 144.
Latomías, 355.
Laurión, 183, 260, 264, 267, 317, 331.
Lawagetas, 44, 56, 59, 60.
Layo, 287.
Lebadea, 153.
Lébedos, 93.
Lecaion, 161.
Legislación, 127.
— marítima, 405.
Leibnitz, 471.
Lelegos, 92.
Lelio, 514.
Lemnia, 293.
Lemnos, 188.
Leneas, 293.
Lengua aramea, 416.
— griega, 416.
— homérica, 456.
— persa, 416.
Lenguas, 348.
Leocares, 381, 386, 393.
Leónidas, 292.
Leontini, 194, 196, 272, 273, 307, 354.
Leontinoi, 193.
Lerna, 8, 9, 15, 18.
Lesbos, 84, 94, 142, 207.
Leskhe, 292.
Leto, 100-102, 488.
— Santuario de, 139, 230.
Letoidas, 100, 139.
Letoon, 103, 139.
Léucada, 83, 162, 334.
— Canal de, 120.
Leucípidas, 321.
Leucipo de Mileto, 299, 300, 466.
Leucón, 202.
Leuctras, 172, 326, 327, 381.
Lex Rhodia, 405.
Leyendas griegas, 73.
— prehelénicas, 73.
Leyes, 370, 392.
Libios, 202, 411, 479.
Liceo, Monte, VIII, 158, 367, 373, 516.
Licia, 148, 228, 253, 268, 405, 414, 419.
Licios, 101, 140.
Licofrón, 461.
Licortas, 407.
Licosura, Santuario de, 239.
Lictos, 155.

Licurgo, 169, 184, 326, 335, 363, 382.
Lidia, 114, 116, 118, 128, 132, 144, 148, 149, 228, 241, 280.
Lidios, 92, 148.
Liga aquea, 404, 407.
— etolia, 407.
— panhelénica, 335.
Liga del Peloponeso, 171.
Ligdamis, 128, 132, 139.
Ligures, 352.
Liguria, 199.
Lilibea, 412.
Limanes, 210.
Limnaia, VIII.
Limnaion, 175.
Lindos, 46, 94, 204.
— Templo de, 141.
Lino, 203.
Lípari, Islas, 53, 58, 193, 194, 196, 295. 354.
Líricos, Los, 219, 462.
Lirismo, 146, 215, 216, 218, 219, 286, 288, 455, 458-460.
— arcaico, 219.
— vivo, 219.
Lisandro, 279, 324.
Lisias, 361, 379, 390, 395, 400.
Lisícrates, 379.
Lisímaco, 400, 410, 419.
Lisipo, 304, 349, 377, 378, 385, 386, 485.
Literatura, X, 105, 296, 360, 456-458, 476, 514.
— aquea, 62.
Livio, Tito, 448.
Lixos, 512.
Llano de la Consolación, 509.
Locres, 126, 151, 194, 199, 272, 354, 413.
— epicefiriana, 196.
Lócrida Occidental, 407.
Lócridas, VIII, 79.
Locrios, 82, 152, 196, 331.
— opontes, 151.
— ozoles, 151.
Logógrafos, 222, 299, 361-363, 365, 366.
— jónicos, 298.
Logos, 299, 300, 536, 537.
Longostaletas, 508.
Lucania, 194, 388.
Lucanios, 352.
Luciano, 387, 504, 537.
Lucos, 512.
Lucrecio, 467, 515, 516.
Lúculo, 418.
Ludovisi, 292, 477.
Lykeios, 100.

M

Macabeos, 421.
Macedonia, V, VII, 7, 16, 105, 111, 149, 270, 316, 328, 329-332, 334, 336, 346, 348, 354, 363, 365, 387, 390, 399-401, 404, 406-410, 419, 458, 467.
Macedonios, 341, 348, 359, 365, 408, 448, 453.
Macrón, 317.
Madera, 5, 120, 382, 406.
Madhja (Túnez), 513.
Magas de Cirene, 415, 523.
Magnesia del Meandro, 248, 260, 472.
— del Sípilo, 418, 419.
Magnetes, 152.
Magnetos, 150.
Maguseos, 392.
Mainake, 200.
Málaga, 200.
Maldición, Puerto de la, VII.
Malia, 20, 24, 26.
Malíaco, Golfo, 79.
Malios, 150.
Malios-eteos, 152.
Malti, 18.
Mandulis, 519.
Manetón, 457, 489.
Mania, Dios de la, 220.
Mantinea, 268, 269, 327, 328.
Maqalle, 520.
Maquiavelo, 376.
Maratón, 179, 188, 242, 249, 252, 259, 260, 284, 285, 289, 295, 311, 312, 329.
Marcanda (Samarcanda), 524.
Marcelo, 413.
Marco Aurelio, 405, 468, 534.
Mardonio, 249, 251.
Marduk, 347, 349.
Mareotis, Lago, 431, 432.
Marfil, 26, 58, 147, 175, 213, 214, 225, 433, 434.
— Trabajo del, 57.
Marfiles micénicos, 58.
Margiana, 524.
Mariandinios, 209.
Marina de guerra, 405.
Marinos, 251, 261.
Mármara, Mar de, 206.
Marmaria, 152, 242, 381.
Mármol, 58, 137, 138, 198, 406.
Maronea, 144, 206.
Marruecos, 512.
— Septentrional, 512.
Marsella, 144, 152, 191, 200, 201, 351, 352, 390, 411, 495, 502-505, 508, 509, 512.

Marselleses, 352, 391, 504, 505, 507.
Marsiliana, 213.
Marte, 13.
— Templo de, 515.
Matemática, 300, 371, 372, 374.
Matura, 527, 530.
Mauria, 523.
Mausoleo de Halicarnaso, 379, 381.
Mausolo, 329, 331.
Mayólica, 26.
Mayotas, 275.
Mayótida, 193.
Mazzarino, 128.
Meandro, 137, 144.
Medea, 461, 481.
Media, 417.
— Atropatena, 417.
Medicina, 265, 470.
Médicos, 60, 110.
Medóntidas, 180.
Medusa, 233.
Megabizo, 144, 444.
Megacles, 132, 182, 184.
Megalópolis, VIII, 328, 382, 463.
Megara, 79, 103, 116, 121, 130, 131, 133, 155, 157, 160, 163, 183, 192, 196, 206-209, 216, 221, 254, 268, 334.
— Hiblea, 193, 194, 196.
— Llanura de, 164.
Megarenses, 209.
Megárida, 80.
Mégaron, 5, 39, 43, 44, 63, 71, 81, 227, 294.
Megástenes, 532.
Megistos, 428.
Melancros, 126.
Melanipo, 131.
Melas de Éfeso, 132, 148.
Meleagro, 378.
Melisos de Samos, 301.
Melos, 16, 21, 94, 103, 155.
Memnón de Rodas, 346.
Memoria, Lago de, 394.
Ménades, 316, 317, 483, 530.
Menadismo, 317.
Menandro, 313, 450, 458, 459, 485, 525-527.
Mende, 205.
Menecles, 465.
Menecmo, 373.
Menedemo, 459.
Menelaion, 175.
Menelao, 39, 48, 56, 175.
Menfis, 203, 347, 489, 497.
Mercaderes, X, 203, 355, 392.
Mercados, 18, 339.
Mercantilismo capitalista, 434.
Mercenariado, 403.
Mercenarios, 203, 346, 365, 414, 450.
Mercurio, 373.
Mermnadas, 128, 148, 248.
Meroe, 518-521.
Mesambria, 208, 209.
Mesarra, 19, 24.
Mesenia, V, 18, 36, 77, 79, 83, 93, 135, 155, 156, 166, 168, 171, 191, 254, 261, 269, 328, 381.
Mesenios, 157.
Mesina, 154, 192, 193, 411.
— Estrecho de, 195, 354, 411.
Mesopotamia, 3, 58, 144, 228, 393, 427.
Metalurgia del hierro, 496.
— Industria de la, 57.
Metaponto, 157, 158, 194, 196.
Metecos, 266, 361, 395.
Metelo el Macedónico, Q. Cecilio, 515.
Metempsícosis, 224.
Métone, 205, 331.
Metragirto, 317, 392.
Metronomos, 262.
Metsovo, VII.
Micale, 143, 251.
Micenas, X, 17, 18, 34, 36-39, 41-43, 46, 48, 50, 52, 58, 59, 61, 63-67, 70-72, 80, 81, 158, 538.
— Tumbas de, 40.
Micénica, Época, 63, 92.
Micénico, Arte, 40.
— tardío, 91.
Micénicos, 39, 64.
— Ídolos, 42.
Midea, 36, 65, 72.
Midi francés, 509.
Midias, 320, 321, 387.
Migración egea, 78.
Migraciones, IX, 13, 91, 101.
Miguel de Liria, San, 510.
Mijo, 5.
Mil, Asamblea de los, 127.
Milai, 193, 196.
Milcíades el Antiguo, 185, 206, 207, 253, 259-261.
Milesio, Lago, 208.
Milesión Theikhos, 203.
Milesios, 204.
Mileto, 22, 47, 58, 84, 92, 93, 111, 114, 116, 121, 128, 133, 144-149, 155, 207-209, 211, 221, 248, 254, 262, 266, 268, 275, 302, 339, 346, 425, 436, 473, 474.
— Anaximandro, 149.
— Escuela de, 222.
Miltner, 79.
Mimnermo de Colofón, 93, 146, 216, 219.
Mineos, 521.

Mineptah, 78.
Minios, 14, 35, 44, 137.
Minoica, Época, 63.
Minoico antiguo II, 19, 25, 27.
— medio, 19, 27.
— reciente I, 19, 22, 27, 28, 31.
— reciente III, 22, 70.
Minos, 21, 22, 24, 29.
Minotauro, 179.
Mios Hormos, 519, 528.
Miricia, 207.
Mirina, 483.
Mirmecion, 209, 496.
Mirón de Tebas, 303, 476.
Mirsilos, 218.
Mislos, 92.
Misore, 523.
Misterios, 316.
— Pequeños, 294.
Misthoi, 280, 339, 341, 401.
Misthos Ekklesiastikós, 339.
Misticismo, 318, 359, 360, 378, 384, 386, 394, 395, 491, 513, 516, 517, 539.
— platónico, 377.
Mistra, 537.
Mitilene, 94, 113, 142, 155, 204, 278.
Mitología griega, X, 29. 39, 66, 223, 360, 460, 476, 481.
Mitos prehelénicos, 17.
Mitra, 13, 531.
Mitrídates II, 350, 406, 483.
Mitrídates IV Eupátor, 418, 483, 496.
Mius, 93.
Mnesicles, 303, 318.
Mogoles, 526.
Mogolia, 497, 527, 532-534.
Mogreb, 201, 511, 512.
Moiras, 287, 313.
Molière, 458.
Molón, 417.
Molosos, 137, 409, 412.
Monarcas, 419.
Monarquía, 21, 110, 346, 376, 411, 415, 422, 443.
Moneda, Primera acuñación de, 115.
Monedas, 111, 114, 115, 118, 119, 160, 164, 174, 181, 340, 351, 354, 411, 413-415, 423, 436, 438, 439, 498, 502, 511, 512, 526, 527.
— del Bósforo, 533.
— *incusas,* 114.
— de oro, 412.
— de plata, 412.
— de Siracusa, 340.
Monometalismo, 436.
— plata, 116.
Monoteísmo, 28, 489.
Montagnac, 508.
Montesquieu, 376.
Montu-Re, 488.
Moral, 367, 466, 467.
Morava, Valle del, 78, 499.
Mosaicos, 406, 480, 482.
Moscóforo, 235.
Msecke-Zebrovice (Bohemia), 505.
Mujeres, 61, 146, 295, 371, 372, 430, 441, 452, 492.
Mummio, 409.
Munich, 305.
Muro pelásgico, 43.
Muros ciclópeos, 39, 42.
Mursil II, 46.
Musas, 102, 141, 153, 242, 455, 457, 515, 529, 538.
— del Helicón, 99.
— Santuario de las, 98.
Museo, 414, 455, 456.
Música, 224, 460.

N

Nabis, 404, 482.
Nabu, Templo de, 444.
Nabucodonosor, 420.
Nanno, 146.
Naos, 227, 303, 379.
Napata, 518-520.
Nápoles, 193, 354, 482.
Narbo Martius, 508.
Narbona, 508.
Narbonense, 506, 509, 537.
Nasatya, 13.
Naturalismo, 24, 503.
Naucides, 377.
Naucratis, 146, 163, 164, 203-205, 236, 266, 340, 433.
Naupacta, 77, 79, 408.
Nauplia, 79, 158, 159.
— Golfo de, 8.
Naurouze, 200.
Navarcas, Los, 242, 381.
Navegación, 17.
Navío, 123, 151, 251, 346.
Naxos, 94, 117, 124, 128, 133, 138, 139, 155, 193, 196, 242, 249, 253, 254.
Neápolis, 272, 428, 432, 496, 498, 509.
Nearco, 344, 348.
Necao II, 204, 414, 433.
— Canal de, 519.
Necrópolis, 9, 17, 42, 94, 210.
— exteriores, 13.
— micénica, 43.
— real, 26.

Negotiatores, 463, 475.
Negra, Montaña, 507.
Negritos, 479.
Negro, Mar, 11, 13, 48, 144, 164, 189, 193, 206, 207, 209, 212, 387, 418, 496, 534.
Neleidas, 35, 93.
Neleo, 43, 93.
Nemea, 241, 380.
Némesis, 302.
Nemirov, 211.
Neolítico, IX, 3-5, 7, 9, 18, 20.
Neoplatonismo, 371.
Neoptolemo, 73, 409.
Neos Dioniso el Auleta, 415.
Neptuno, Templo de, 272, 302.
Nereidas, 268.
Nerón, 242.
Nesiotas, 414.
Néstor, 36, 50, 65, 93.
Nestos, 205, 206.
Nevio, 515.
Nicaia (Niza), 352.
Nicandra de Delos, 231.
Nicátor, 418.
Nicias, 278, 279, 387.
Nicomedes IV, 418.
Nicóstenes, 238.
Nietszche, 301, 310.
Nigidio Figulo, P., 516.
Nilo, IX, 298, 431-433, 518, 519, 534.
— Alto, 520.
— azul, 518, 520.
— blanco, 520.
— Valle del, 65, 203, 415, 438, 445, 518, 519.
Nimes, 507, 508.
Ninfas de Nisa, 391.
Ninfeon, 209, 210.
Nínive, 140.
Nino, 392.
Niños, 371, 389.
Nióbidas, 305.
Nisaia, 164.
Nisibe, 529.
Nisiros, 94.
Nobleza, 153.
Nómadas, 519, 521.
Nomadismo, 446.
Nomos, 307, 424, 449.
Normandía, 482, 502.
Norte, Mar del, 190.
Nubia, 58, 203, 518.
Nubios, 479, 534.
Nus, 262, 293, 300.

O

Obeloi, 115.
Objetos micénicos, 62.
— minoicos, 34.
Obsidiana, 5.
Occidente, Colonias de, 104.
Ocos, 329, 334, 336, 417, 529.
Octavio, 415.
Odeón, 145, 302.
Odesos, 208, 209.
Odin, 13.
Odisea, 36, 52, 56, 62, 63, 69, 97, 98, 106, 108, 110, 111, 144, 193, 460.
Odrisos, 329, 334.
Ofelas, 415.
Oikos, 383.
Oikumene, 352, 495, 497.
Olbia, 208-211, 274, 352, 496, 497, 512 534.
Oligarcas, 259-261.
Oligarquía, 112.
Olimpeion, 131, 188, 229, 272, 290, 472.
Olimpia, 87, 102, 109, 112, 113, 131, 156, 157, 164, 226, 235, 239-241, 290, 295, 307, 320, 379, 380, 384, 393.
Olimpíadas, 157, 336, 342.
Olímpicos, Los, 263, 285, 286, 347, 478.
Olimpo, V-VII, 68, 69, 143, 157, 296.
Olintias, 332.
Olinto, 332, 383, 458.
Olivo, VII, 7, 15, 22, 57, 120, 125, 161, 319.
Onatas, 56, 57, 477.
Once, Los, 262.
Onomácrito, 186, 244.
Onomarcos, 331, 332.
Onquestos, 153.
Ontología, 223, 371, 375.
Opistodomo, 227.
Oppida, 213, 352, 503, 505, 507-509.
Orcómenes, 14, 44, 132, 136, 153, 158, 159, 328.
Oreis, 77.
Orestes, 39.
Orestíada, 39, 285, 287.
Orfebrería, Industria de la, 57, 64, 355.
Orfeo, 244, 388.
Orfeotelestas, 395.
órfico-pitagorismo, 355, 394.
Orfismo, 244.
Orientalismo, 226, 236.
Oriente helenístico, 458.
— Medio, 7.
— Próximo, 4, 19.
Oro, 12, 39, 61, 64, 66, 114, 115, 146,

148, 205, 210, 234, 275, 354, 415, 434, 483, 500-502, 527.
Orontes, 58, 140, 318, 428, 485.
— Valle del, 58.
Ortágoras, 128.
Ortagórida Mirón I, 131.
Ortagóridas, 133, 161.
Ortia, 96, 175.
— Santuario de, 173.
Ortigia, Isla de, 195, 197, 272, 354, 356.
Oscos, 357, 514.
Osiris, 488-490, 520.
Ostia, 475, 513.
Ostracismo, 187, 529.
óstraka, 519.
Otranto, Canal de, 354.
Oxilos, 77.
Oxus, 524, 529.

P

Pactolo, 114.
Paflagonia, 417, 419.
Paflagonio, 311.
Pafos, 140.
Paganismo, 530.
Pagasai, 150.
Pagasético, Golfo, VII, 154, 408.
Paica, 525.
Pakistán, 522.
Palacio micénico, 40, 319.
Palacios, 8, 9, 17, 18, 20, 23, 30, 40, 49, 50, 53, 54, 56, 62-64, 69, 72, 81, 233, 302, 423, 430, 435, 457.
— minoicos, 23.
Palaiocastro (Creta), 69.
Palas, X, 283.
Palatino, 488, 517.
Palene, Istmo de, 205.
Paleolíticos, Asentamientos, 3.
Paleópolis de Emporion, 200, 509.
Palestina, 85, 420, 442, 522.
Palmira, 529, 531.
Palliata, 514.
Pamir, 532.
Pamisos, Valle del, VIII, 18, 171.
Pan, 317, 475.
Panagurichté, 500.
Panarea, 58.
Panateneas, 132, 179, 239, 240, 264, 303, 304, 402, 484.
Panbeotia, 153.
Pandosia, 356.
Panegírico, 244, 364, 365.
Panetio de Rodas, 468, 514, 516.
Panetios de Leontini, 128.
Panfilia, 37, 47, 140, 414.
Pánfilo de Anfípolis, 386.
Pánfilos, 77, 131.
Pangeo, 205, 330.
Panhelenismo, 158, 324, 363, 365.
Panhelenos, 109.
Panionion, 143.
Pantaleón, 533.
Panticapea, 208, 209, 211, 274, 340, 350, 496, 498.
Pantocrátor de Dafni, 304.
Paravea, 410.
Pario, 380, 477.
Parion, 207.
Parios, 205.
Paris, 48, 231.
— Juicio de, 275.
París, 433, 483.
Parménides, 301.
Parmenion, 331, 346.
Parnaso, VI, VIII, 6.
Paros, 124, 137, 138, 140, 155, 207, 234.
Parrasios, 320, 386.
Partenope, 193, 196, 272.
Partenos, 296, 304, 481.
Partia, 347, 417, 434, 529, 533.
Partoescitas, 526.
Partos, 417, 436, 524, 534.
Pasion, esclavo griego, 339.
Pasiteles, 477, 516.
Pataliputra, 525, 527, 530, 532.
Patetismo, 386, 475, 476.
Pa-Thot, 449.
Patroclo, 48, 50, 97, 237.
Paulo Emilio, 409.
— — Pilar de, 242.
Pausanias, 44, 101, 131, 239, 251, 253, 269, 336, 342, 537.
Pausias de Sicione, 380, 386.
Payeón, 68.
Paz, 19, 49, 278, 311, 327, 329, 331, 352, 392, 405, 408, 412.
— del Rey, 325.
Pecilo de Atenas, 292.
Pederastia, 371.
Peito, 481.
Pelásgica, Lengua, 15.
Pelasgiótida, 150.
Pelasgos, 15, 137.
Peleia, 68.
Peleo, 164, 275, 378.
Pelión, V.
Pella, 312, 343, 380.
Pélope, 39, 157, 241, 290.
Pelopia, 39.
Pelópidas, Los, 39, 327.
Peloponesios, 276, 278.

Peloponeso, VI, VIII, 9, 14, 16, 30, 35, 36, 42, 43, 45-47, 53, 72, 75-84, 86, 92, 103, 109, 116, 121, 129, 136, 152, 155, 158-162, 166, 171, 177, 181, 192, 193, 202, 220, 226, 228, 229, 257, 258, 269, 276, 280, 284, 289, 292, 305, 311, 314, 325-328, 337, 359, 363, 404, 407, 408, 451.
— Estados del, 37, 136.
— Septentrional, 109.
Peltastas, 150.
Pelusa, 521.
Pendjab, 417, 525, 526.
Penélope, 267.
Peneo, Llanura del, VII, 156.
Penestos, 194, 270.
Pensadores, 373.
Pensamiento *(diánoia)*, 364.
Pentecontaetia, 247.
Pentesilea, 305.
Peonio de Mende, 320.
Peplos, 232.
Peracora, 95, 163.
Pérdicas II, 270.
Pérdicas III, 330, 399.
Perea tasia, 205.
Peregrinos, 484.
Perga, 140.
Pérgamo, 384, 408, 413, 417-420, 426, 428-430, 446, 456, 462, 469, 471, 474, 476-479, 481-483, 487, 488, 517.
Periandro, 120, 128-132, 162, 163, 216.
Pericles, XI, 185, 254, 255, 257, 259, 261-266, 278-281, 283, 284, 292, 293, 297, 298, 300, 302-304, 307, 311, 313, 314, 320, 337, 339, 340, 403.
Perinto, 207, 335.
Perioikis, 171.
Perrebos, 150, 152.
Persas, 149, 202, 249, 251, 252, 272, 287, 334, 336.
Perséfone, 29, 69, 199, 273, 274, 517.
Perseidas, 39.
Perseo, 39, 271, 387, 408, 463, 514.
Persépolis, 303, 347, 530.
Perseya, 81.
Persia, 148, 254, 270, 298, 324, 326, 336, 347, 362, 364, 366, 529.
Pérsico, Golfo, 414, 521, 528.
Pesca, 22, 138.
Pescado, 22, 144, 210, 442.
— salado, 188.
Peschawar, 525-529.
Pesero, 52.
Pesinonte, 437, 517.
Paestum, 518.
Petilia, 355, 394.
Petra, 519-522, 528.
Phalloi, 293, 512.
Phoros, 256, 339.
Physis, 307.
Pictor, Q. Fabio, 514, 516.
Pidna, 330, 409, 463, 516.
Pieles, 210.
Pigmeos, 518.
Pilar-Garuda, 527.
Pilos de Mesenia, 35, 37, 40, 43, 50, 52, 53, 60, 68, 70, 81, 84, 93.
— — Palacio de, 42.
— Tablillas de, 56.
— de Trifilia, 84.
Píndaro, 79, 124, 152, 154, 162, 163, 193, 198, 202, 219, 242, 244, 270, 271, 274, 285-288, 291, 294, 296, 317, 342, 343, 392.
Pindo, VI, VII, 79, 83.
Pintores, 474, 481.
— minoicos, 25.
Pintoresquismo oriental, 318.
Pintura, 26, 63, 480, 510, 516.
— de boj, 386.
— egipcia, 25.
— griega, 386.
Piratas, 418.
— carios, 203.
— ilirios, 410.
— jónicos, 203.
Piratería, 195, 405.
Pireo, 254, 260, 263, 266, 279, 302, 339, 341, 352, 379, 382, 392, 401, 405, 458, 473.
Pirineos, 507, 508.
Pirra, 77.
Pirro, 342, 350, 352, 408-412, 467, 515.
Pirrón, 465.
Pisa, 156, 171, 296.
Pisátida, 156.
Pisistrátidas, 98, 128, 130, 132, 186, 216, 235, 472.
— Hecatompedon de los, 232.
Pisístrato, 128, 130-132, 139, 184, 185, 240, 263, 293, 303, 353.
Pistis, 413.
Pítaco de Mitilene, 126, 127, 142, 218.
Pitágoras, 204, 223, 224, 272, 291, 300.
Pitagóricos, Los, 224, 422.
Pitagorismo, 198, 223, 225, 244, 274, 300, 356, 367, 394, 468, 516, 531.
Píteas, 352, 357.
Pitecusas, 193, 196.
Pithoi, 24, 40, 274.
Pitia, 193, 240, 251.
Pitias, 332.
Pitios, 208, 209, 380, 381.

Pixis, 195.
Plata, 12, 65, 66, 114, 116, 137, 214, 415, 434, 442, 504, 528.
Platea, 168, 201, 249, 251, 252, 326.
— Trípode de, 242.
Platón, VII, X, XI, 118, 168, 204, 222, 244, 252, 295, 307, 309, 338, 354-357, 359, 360, 367, 368, 370-372, 374-377, 385, 392, 394, 395, 445, 451, 459, 464, 468, 532, 538, 539.
— Epifano, príncipe grecoindio, 526.
— Obras de, 392.
Platonismo, 367, 369, 371.
Plauto, 511, 515.
Plebeyos, 110.
Plegamientos peloponesios, VI.
Plinio el Joven, 381, 424.
— el Viejo, 430, 519, 523, 529.
Plomo, 175, 199, 210.
Plotino, 450, 532, 537.
Plutarco, XI, 173, 260, 263, 298, 324, 333, 350, 356, 405, 537.
Plutis, 134.
Plutos, 293, 294, 360, 383.
Pnix, 382.
Po, Valle del, 194, 266, 501.
Poemas, 99, 215, 371, 459, 461.
— homéricos, 56.
Poesía, 62, 154, 442, 459-462.
— alejandrina, 459.
— didáctica, 216.
— lírica, 140.
Poetas, 150, 215, 216, 271, 306, 330, 369, 408, 414, 455, 458, 515.
Poética, 314.
Poleis, 108.
Polemos, 299.
Poletas, 262.
Polibio, 315, 403, 407, 448, 462, 463, 475, 514.
Policleto, 160, 303, 304, 320, 380, 382, 385.
Polícrates de Samos, 123, 128, 131, 132, 145, 149, 164, 194, 216.
Polignoto, 292, 305.
Polimnesto de Colofón, 175.
Poliorcetes, 404, 485.
Polis, 213, 333, 336, 341, 406, 433, 450.
Politeísmo griego, 29, 416.
Politéumata, 448.
Política, X, 106, 122, 298, 376, 463.
Pólux, 233, 458.
Pompeya, 387, 480, 481, 513, 518.
Pompeyo Trogo, 418, 503, 506, 515.
Pompilio Lenas, C., 418.
Ponos, XI.
Póntide, 205, 206, 213, 266, 275, 276, 350, 405, 411, 496, 497.
Ponto Euxino, VI, 49, 120, 121, 125, 144, 190, 207-209, 211, 266, 267, 274, 280, 335, 405, 416-418, 434, 483, 496, 529.
Porcia, 515.
Porta Trigemina, 355.
Portugal, 502.
Poseidonia, 194-198, 229, 233, 272, 302, 353, 411.
Poseidón, 68, 71, 100, 140, 141, 153, 158, 163, 291, 293, 302, 318, 346.
— Heliconios, 143.
Posidaeja, 68.
Posidoniastas de Beritos, 475, 479.
Posidonio de Apamea, 405, 468, 470, 506, 516.
Pothos, 377.
Potidea, 162, 256, 278, 308, 310.
Potideos, 242.
Prasiai, 158, 159.
Pratinas de Flionte, 220.
Praxilia, 161.
Praxiteles, 377, 378, 383, 384, 387, 395, 476, 477, 479.
Preclasicismo, 284.
Prehelénicos o egeos, 7, 538.
Preneste, 485.
— Acrópolis de, 515.
Pre-Partenón, 188.
Prepóntide, 480.
Prestamistas, 421.
Préstamos, 366, 436, 456.
Príamo, 47-49, 342, 383.
Priene, 93, 379, 380, 474, 475.
Prinias (Creta), 112, 165.
Pritaneo, 292, 309, 429.
Prítanos, 111.
Procesión, Fresco de la, 63.
Prócida, 193.
Procles de Epidauro, 128, 132.
Proconeso, 207.
Procris, 390.
Pródicos de Ceos, 307, 363.
Prometeo, 77, 285, 287.
Pronaos, 227, 303.
Propileos, 303, 318, 379.
Propóntide, 121, 193, 206, 207, 268.
Prosa, La, 146, 360.
Protágoras, 262, 307, 315.
Protidea, 205.
Protogeométrico, El, 91, 92, 94.
Protohistoria, 3, 15.
Provenza, 199, 351, 504, 505, 507, 509.
— Alta, 505.
Psamético I, 132, 162, 203, 204.
Psamético II, 203.

Psellos, 537.
Psen-Mont, 449.
Psicopompo, 69.
Psique, 377.
Ptah, 489.
Ptoion, 153, 154.
Ptolemaida, 416, 433, 519.
Ptolomeo I, 414, 422, 486, 489.
Ptolomeo II Filadelfo, 400, 414, 415, 422, 486, 523.
Ptolomeo III Evergetes, 414, 424, 480, 489.
Ptolomeo IV Filopátor, 414.
Ptolomeo V Epifano, 414.
Ptolomeo VI Filométor, 415.
Ptolomeo VII, 415.
Ptolomeo VIII, 415.
Ptolomeo X, 415.
Ptolomeo XI, 415.
Ptolomeo Ceraunos, 400, 422.
— Physcon, 416.
— Soter, 469.
Ptolomeos, 406, 438, 440, 444, 445, 455, 511, 518.
Pueblo, 56, 60, 61, 327.
Puerta de los Leones, 39, 67.
Pugilista, 377.
Púnicos, 411.

Q

Qatna, 58.
Querilo, 270.
Queronea, 46, 335, 365.
— Valles de, 335.
Quersícrates, 112.
Quersoneso, 185, 207, 208, 211, 274, 335, 340, 418, 496.
— táurico, 208.
— tracio, 207.
Quilón, 171.
Quinientos, Los, 262.
Quíos, 84, 92, 93, 114, 115, 134, 144-146. 155, 204, 206, 207, 234, 329.
Quirinal, 516.
Quirino, 13.
Quirómaca, 134.

R

Ra, 489.
Rabirio, 415.
Racine, 311, 316.
Racionalismo, 187, 215, 296.
Racotis, 431, 432.
Radamanto, 29.
Radet, 343.
Rafia, 414.
— Batalla de, 451.
Ragai, 529.
Ramnonte, 302.
Rampin, 235.
Ramsés III, 78.
Ravi, 525, 526.
Rea, 68.
Realismo, 475, 477, 479, 483.
— helenístico, 516.
Reco, 145, 147.
— Templo de, 145.
Region, 117, 193, 196, 251, 354, 411.
Rekhmiré, Tumba de, 61.
Religión griega, 17, 27, 29, 34, 67, 73, 87, 105, 158, 166, 238-240, 315, 367, 371, 377, 390, 395, 421, 459, 485, 493, 537.
— micénica, 67.
— urania, 17.
Reliquias micénicas, 63.
Remeros, 329.
Renacimiento jónico, 379.
Renan, 370, 538.
Renania, 213.
Renea, 139.
República de los lacedemonios, 362.
— de los atenienses, 359.
Retores, 457.
Revolución francesa, 257.
Rey *(Basileus),* 110.
Reyes de Argos, Los, 242.
Rin, 502.
— Región del, 201.
Riqueza, 327.
Ritos funerarios, 9.
Ritualismo, 535.
Ródano, 200, 201, 502, 504, 507.
— Valle del, 502.
Rodas, 37, 46, 47, 49, 50, 58, 84, 94, 121, 141, 163, 165, 204, 234, 302, 329, 339, 404-406, 413, 418, 419, 434, 436, 468, 470, 471, 476, 477, 486, 497, 499, 508, 511.
Rodios, 194, 196, 401.
Rodopis, 113.
Rojo, Mar, 519-521, 528.
Roma, 70, 143, 221, 318, 353, 363, 404-415, 418-420, 423, 429, 430, 432-434, 437, 463-465, 467, 468, 473, 485, 487, 493, 503, 504, 508-510, 512-517, 534, 537, 538.
Romanos, 13, 14, 109, 228, 412, 417, 419, 420, 436, 444, 464, 471, 488, 534.
Roquepertuse, 505.
Rosellón, 199, 352.

Roseta, 415.
Roxana, esposa de Alejandro Magno, 349.
Rude, 478.
Ruhr, 502.
Rusia, 11.
— Meridional, 4, 276.

S

Sabazios, 317, 318, 392, 394.
Sabeos, 521,
Sacerdotes, 395, 406, 415, 445.
Sacrum Cereris, 517.
Safo, Poetisa, 112, 142, 203, 216, 219, 515.
Saint-Blaise, 200, 352, 504.
Sais, 203.
Sal, 144, 203.
Salamina, 36, 140, 179, 188, 251, 252, 260, 284, 285, 477.
Salios, 352, 504, 505.
Salus, Templo de, 516.
Salustio, 315, 515.
Salvo Fanagoria, 209.
Samarcanda, 532, 534.
Samios, 204, 206.
Samos, 22, 84, 92, 93, 114-116, 120, 144-147, 149, 155, 164, 165, 204, 206, 207, 223, 229, 233, 234, 236, 253, 279, 466.
Samotracia, VIII, 206, 317, 392, 394.
Sanary. V. Tauroenton.
Sánscrito, 11.
Santa Mónica, 511.
Santchi, 530, 531.
Santuario, 139, 143, 151, 153, 156-158, 163, 174, 175, 271, 293, 379, 381, 390, 391, 403, 406, 407, 429, 445, 477, 515.
Santuarios délficos, 242.
— jónicos, 225.
— panhelénicos, 226, 295.
Saona, 200.
Sapor I, 529.
Sardes, 148, 248, 325, 346, 380, 436, 529.
Sarónico, Golfo, 121, 164.
Sátira política, 360.
Satíricos, 432.
Sátiros, 240, 381, 385.
Sátrapas, 329, 346, 424.
Satrapías, 202, 325, 427, 526.
Saturnales, 221.
Scapin, Los, 458.
Scifos, 267.
Scione, 205.
Seda, 404.
Segesta, 272, 278, 320.
Seismos, V.
Sekoi, 319.
Selasia, 408.
Sele, 197, 198.
— Santuario de, 233.
Seleucia de Pieria, 428.
— del Tigris, 427, 528, 529.
Seléucidas, Los, 402, 413, 414, 417-420, 423, 424, 426, 427, 436, 437, 443, 444, 519, 521-523, 527, 530.
Seleuco I, 400, 416-419, 426-428, 473, 521.
Seleuco IV, 420.
Seleuco Nicanor, 532.
Selimbria, 207.
Selinonte, 117, 157, 194, 196, 197, 233, 251, 272, 290.
Selinus, 428.
— Valle del, 429.
Seltman, 116.
Semiegeos, 69.
Semigriegos, 69.
Semitas, 190, 201, 221, 451, 452.
Sena, 200.
Senegal, 352.
Serapeia, 489.
Serapeion, 432.
Serapis, 414, 489.
Serapis-Heracles, 529.
Serifos, 94.
Sertorio, 418.
Servicio militar, 361, 401.
Servidumbre, 165.
Servilismo, 415.
Sestos, 207.
Seudo-Jenofonte, 359.
Seutes III, 500.
Sexto Empírico, 465.
Shadrapa, 512.
Shanghai, 204.
Síbaris, 117, 144, 157, 158, 193, 194, 196, 199.
Sibaritas, 197.
Siberia, 533.
— Meridional, 533.
Sibila, 242.
Sibilinismo, 516.
Sicilia, 120, 132, 133, 138, 157, 163, 165, 189, 192-194, 196, 199, 205, 212, 218, 221, 233, 251, 266, 271-274, 278, 280, 287, 318, 320, 352, 354, 356, 368, 410-413, 456, 460, 482.
— Meridional, 196.
— Oriental, 196.
Sicilianos, 412.
Sicione, 121, 128, 131-133, 157, 160, 161, 163, 186, 220, 233, 269, 296, 378, 385, 386, 407, 408.
Sicionios, 242.

Side, 140.
Sidón, 120, 416.
Siene, 470.
Siervos, 165.
Siete, Los, 242.
Sifnos, 94, 115, 137, 140, 229, 231, 232, 234, 242.
Sigea, 142, 185, 207.
Signos lineal B, 193.
— micénicos, 50.
Sila, 401, 418, 513, 515-517.
Silanion, 386.
Sileno, 309.
Silpios, Monte, 428.
Simeto, Llanura del, 193, 194.
Simmajía peloponésica, 325.
Simón, 420.
Simónides de Amorgos, 132, 140, 150, 186, 216.
Sinagogas, 421.
Sincretismo helenocristiano, 421.
— religioso, 67, 158, 214, 378.
Sindos, 210, 274, 275.
Sinferopol, 498.
Sinoisia, 179.
Sínope, Península de, 208-210, 499.
Sión, 420.
Sir Daria, 524.
Siracusa, 58, 112, 157, 160, 161, 191, 193-197, 223, 271-273, 278, 279, 296, 352-354, 356, 368, 371, 390, 411, 413, 425, 511.
Siracusanos, 242.
Siria, 4, 23, 58, 92, 144, 163, 165, 347, 348, 415-418, 421, 428, 434, 437, 442, 449, 522, 528, 529.
Sirios, 140, 409, 432, 442.
Siris, 194, 196, 197, 199.
Siro-Fenicia, 58.
Sísifo, 388.
Sistema monetario, 258.
Sitonai, 428.
Sitonia (Torone), 205.
Siwah, 202, 343, 347, 393.
Skheol, 512.
Socialismo, 467.
Sociedad, 17.
— aquea, 59.
— feudal, 59.
— trifuncional, 59.
Sociedades humanas, 3.
Sócrates, 283, 306, 308-311, 320, 321, 337, 360, 362, 363, 367-372, 375, 379, 531, 537, 538.
Socratismo, 367.
Sofistas, 305, 314, 315, 367, 374, 457, 465.
Sófocles, XI, 262, 284, 292, 294-298, 313, 316, 529.
Sogdiana, 347, 349, 524, 526.
Soldados, 421, 438, 451.
Solón, 116, 126, 127, 134, 178-184, 188, 204, 218, 219, 259, 337, 338, 538.
Somalia, 519.
Sosandra, 292.
Sóstratos de Cnido, 432, 470.
Soteira, 490.
Soter, 422, 424, 436, 455, 456, 486, 487, 489, 526.
Spina, 266.
Stamnos, 305.
Submicénico, 91.
Sudán, 202.
Suez, Golfo de, 519.
Suma Ch'ien, 533.
Sund, 49.
Sunión, VII, 263, 292, 293, 302.
Suria, 530.
Susa, 251, 303, 328, 347, 348, 366.
Susiana, 228, 418.
Synedrion, 256, 326, 329, 335, 336, 407.
Syntaxis, 326, 329, 339.
Syrinx, 481.
Taba, 389.
Tablillas de arcilla, 50.
— hititas, 46.
— micénicas, 50.
— tardías, 53.
Tabula, 463.
Tácito, 315, 502.
Ta-hia (Bactriana), 532.
Taigeto, 172.
Tales, XI, 144, 147, 222.
Taletas de Gortina, 166, 175.
Tamiai, 180.
Tamuda, 512.
Tanagra, 154, 208, 254, 356, 389.
Tanagrios, 136.
Tanais, 208, 274, 496.
Tanit, 511, 512.
Tántalo, 388.
Taranis, 506.
Tarentinos, 242, 411.
Tarento, 58, 111, 117, 191, 193-196, 354-356, 389, 390, 392, 410-413, 456-513.
Tarento, Golfo de, 195.
Tarim, 532.
Tarraconense, 537.
Tarshish, 200.
Tarso, 487.
Tartesos, 200, 213, 509.
Tasos, VIII, 124, 155, 205, 218, 254, 292, 435, 475, 500.
Tauroenton, 352.

Tauros, 210, 274, 275, 418, 529.
Taxeis, 187.
Taxila, 347, 525, 527, 530, 534.
Ta-yuan (Fergana), 532.
Tazas megarenses, 482.
Tchang K'ien, 533.
Teágenes de Megara, 128, 130-132, 163.
Teanum Sidicinum, 518.
Teatro, 242.
Tebaida, 63, 415, 424.
Tebanos, 63, 136, 242, 327, 328.
Tebas, 44, 63, 136, 153, 154, 159, 242, 270, 316, 324-332, 335, 336, 343, 364, 381, 383, 445, 450, 458, 488, 493, 511.
Teeteto, 300, 369, 372.
Tegea, 76, 158, 327, 378, 379, 383, 384, 477.
Teherán, 529.
Teisias, 307.
Tejedores, 60.
Tejerías, 496.
Tejidos de lana, 195.
Telefo, 378, 481.
Telémaco, 56, 73, 97.
Telestai, 59, 60.
Telesterion, de Cimón, 293, 380.
Telestes de Selimonte, 355.
Teline, 201.
Telos, 60.
Tell argelio-tunecino, 512.
Tell-el-Amarna, 58.
Temene, 44, 56, 76, 77.
Temístocles, 251, 253, 259, 260, 268, 302, 325, 383.
Tempe, Valle del, VII.
Templo, 29, 146, 229, 379, 383, 406, 419, 421, 446, 472, 474, 488, 515.
— dórico, 160.
Ténedos, 94.
Tenos, 94, 155.
Teócrito, 404, 413, 457, 458, 460, 461, 477, 491.
Teodoro el Ateo, 368.
— de Cirene, 372, 379.
— de Samos, 145, 147, 380, 381, 527.
Teodosia, 208, 209, 274.
Teofrasto, 395, 455, 465, 521.
Teognis de Megara, 113, 126, 130, 131, 164, 218.
Teogonía, 99, 100, 140.
Teopompo, 363, 366.
Teos, 93, 146, 155, 203, 204, 208, 209, 478.
Tera, VIII, 21, 94, 95, 103, 111, 121, 137, 155, 202.
Terapne, 166.
Terencio, 459, 514, 515.
Terina, 195.
Termaico, Golfo, 205.
Termodón, Río, 206.
Termópilas, VII, 136, 151, 152, 249, 251, 332, 335.
Termos, 151, 407, 475.
Terón de Agrigento, 271, 288, 290.
Terpandro de Lesbos, 142, 175, 216.
Tersilión de Megalópolis, 328, 382, 474.
Tesalia, V-VII, 5, 35, 79, 92, 109, 136, 150, 153, 154, 159, 167, 177, 327, 328, 332, 337, 338, 407, 408.
— Llanuras de, 150.
Tesalios, 79, 82, 86, 150-153, 155, 331, 385.
Tesaliótida, 150.
Teseo, 22, 24, 48, 59, 73, 163, 179, 185, 289, 364.
Tesmotetes, 126.
Tesoreros de Atenea, 262.
Tesoro de Minias, 44.
Tesoros sagrados, 354.
Tespias, 153.
Tespios, 249.
Tespis, 220.
Tesprotos, 409.
Tetis, 275.
Tetradracma, 500.
Tetuán, 512.
Téucridas, 140.
Teucros, 78.
Textil, Industria, 57.
Textos egipcios, 14.
— hititas, 14.
— literarios, 52.
— religiosos, 52.
Teya, 206.
Teyos, 94.
Tholoi, 41, 72, 316, 379-381, 386, 391, 516.
Thot, 491.
Thymele, 380.
Tíber, 318.
Tiberio Graco, 468, 508.
Tibrón, 415.
Tierra, 102, 154, 242, 355, 373, 394.
— Madre, 69, 87.
Tierras negras, 211.
Tiestes, 39.
Tifón, Tumba del, 517.
Tigani, 233.
Tigranes de Armenia, 483.
Tigris, IX, 528.
Tilisos, 6.
Timantes de Citnos, 386.
Timeo de Tauromenion, 463.
Timna, 522.

Timocreonte de Rodas, 142.
Timoleón, 356.
Timón, 465.
Timónacos de Bizancio, 481.
Timoteo de Mileto, 270, 311, 326, 364, 381, 383, 386.
Tinfea, 410.
Tingi (Tánger), 512.
Tio, 520.
Tique, 464, 485, 529.
Tiranía, 127, 145, 161, 186, 248, 256, 263, 324, 368.
Tiranóctonos, 347.
Tiranos, 368.
Tiras, 208, 209.
Tireátida, 158.
Tirídates, 417.
Tirinto, 6, 16-18, 35, 40, 43, 63, 64, 69, 71, 80, 158.
Tiritaca, 209, 497.
Tiro, 120, 347.
Tirreno, Mar, 195.
Tirteo de Atenas, 171, 172, 175, 216, 311.
Tisias, 273.
Titán, 343.
Tocarios, 11.
Tochari, Los, 526.
Tomás de Aquino, Santo, 377.
Tomoi, 208, 209.
Tonzos, 500.
Toparquías, 424.
Topher, 512.
Toponimia, 14.
Tor, 13.
Toréutica, 64, 355.
Tornillo de Arquímedes, 470.
Tracia, 120, 142, 149, 184, 205, 239, 240, 253, 256, 278, 317, 326, 330, 335, 340, 400, 488, 501.
— Mar de, VIII.
Tracios, 205-207, 499.
Tragedia, 286, 287, 297, 314, 360, 456, 458, 476, 514, 515.
Trajano, 424.
Tralles, 479.
Transilvania, 4, 500.
Trapezonte, 208, 209.
Trasíbulo, 128, 130, 132, 272.
Treinta, Los, 307, 368.
Trezena, 164.
Tribu, 238, 432.
Tribus dóricas, 131.
Tricca, 159.
Trierarquías, 329.
Trifilia, 156.
Trigeo, 392.
Trigo, 5, 15, 22, 52, 70, 125, 144, 161, 210, 265, 280, 351, 403, 405, 406, 495.
— Mercado de, 263.
Triopion, Cabo, 141.
Triparadisos, 399.
Triptólemo, 70, 293.
Trisa, 268.
Tritias, 187.
Tritón, 235.
Tróade, 16, 58, 94, 142.
Trofonio, 153.
Troya, 4, 13, 14, 16, 35-37, 47-50, 58, 78, 80, 98, 231, 346, 364.
— Caballo de, 242, 530.
— Guerras de, 289.
— Saqueo de, 292.
— Toma de, 383.
Troyanos, 47, 58, 100.
Tubero, 514.
Tucídides, 21, 79, 80, 123, 128, 133, 151, 177, 194, 255, 257, 258, 263, 266, 269, 270, 278, 298, 307, 314, 315, 355, 362, 366, 367, 463, 464.
Tuen-Huang, 532.
Tule (Islandia), 352.
Tumbas, 34, 36, 40, 72, 95, 139, 148, 210, 213, 275, 276, 340, 355, 381.
Tumuli, 275.
Tundja, 500.
Turioi, 272, 273, 298, 302, 307, 355, 361, 394.
Turfán, 532.
Turno, Rey, 128.
Turquestán, 527, 533.
Tuthalijas IV, 46, 49.
Tutmosis III, 61.
Tyr, 13.

U

Uccello, Paolo, 482.
Udiana, 526.
Ugarit, 53, 58, 137.
Ulises, X, 9, 56, 73, 97, 189, 291, 353, 502.
Ural, 496.
Uranos, 12.
Urfiniss (Vasijas), 8, 16.
Urga, 533.
U.R.S.S., 522.
Útica, 190.

V

Vafio, 65, 66.
— Tumbas de, 42.

Valacos, 80.
Vardar, Valle del, 499.
Varuna, 12, 13.
Vasijas, 7, 405.
— geométricas áticas, 107.
— griegas, 213.
— de Kertsch, 340.
Vasos, 40.
— corintos, 141.
— micénicos, 57, 58.
— minios, 13.
— minoicos, 23.
— protocorintios, 141.
Vasudeva, 527.
Vaticano, 378, 481.
Velcanos, dios gallo, 29, 166.
Venecia, 405.
Venus, 373, 517.
Verres, 513.
Victoria, 235, 320.
Vid, VII, 7, 15, 22, 57, 120, 125, 161, 240.
Vida cívica, 451.
— económica, 53, 339, 425.
— militar, 451.
— política, 17, 341.
— rural, 55.
— social, 17, 53, 425.
Vidica, 527.
Vientos etesios, VI.
Vikingos, 190.
Vilsingen (Wurtemberg), 213.
Vino, 70, 119, 142, 181, 219, 235, 240, 265, 404-406, 497, 505, 508.
Virgilio, 468, 515.
Visnú, 527.
Vitruvio, 504.
Vix (Côte-d'Or), 213.
Vocabulario griego, 30.
Volcos, 507.
Volo, Golfo de, VII.
— Necrópolis de, 480.
Vrocastro, 92.

W

Wanax, 44, 46, 59, 62, 110.
Wu, 533.

X

Xantos, 148, 268.
Xutos, 77, 110.

Y

Yacimientos aqueos, 50, 78.
— beocios, 44.
— de cobre, 19.
— de hierro, VII.
— micénicos, 43, 71.
Yambo, 216, 218.
Yavanas, 527.
Yeso, Losas de, 40.
Yue-Tche, 526.
Yunnan, 533, 534.

Z

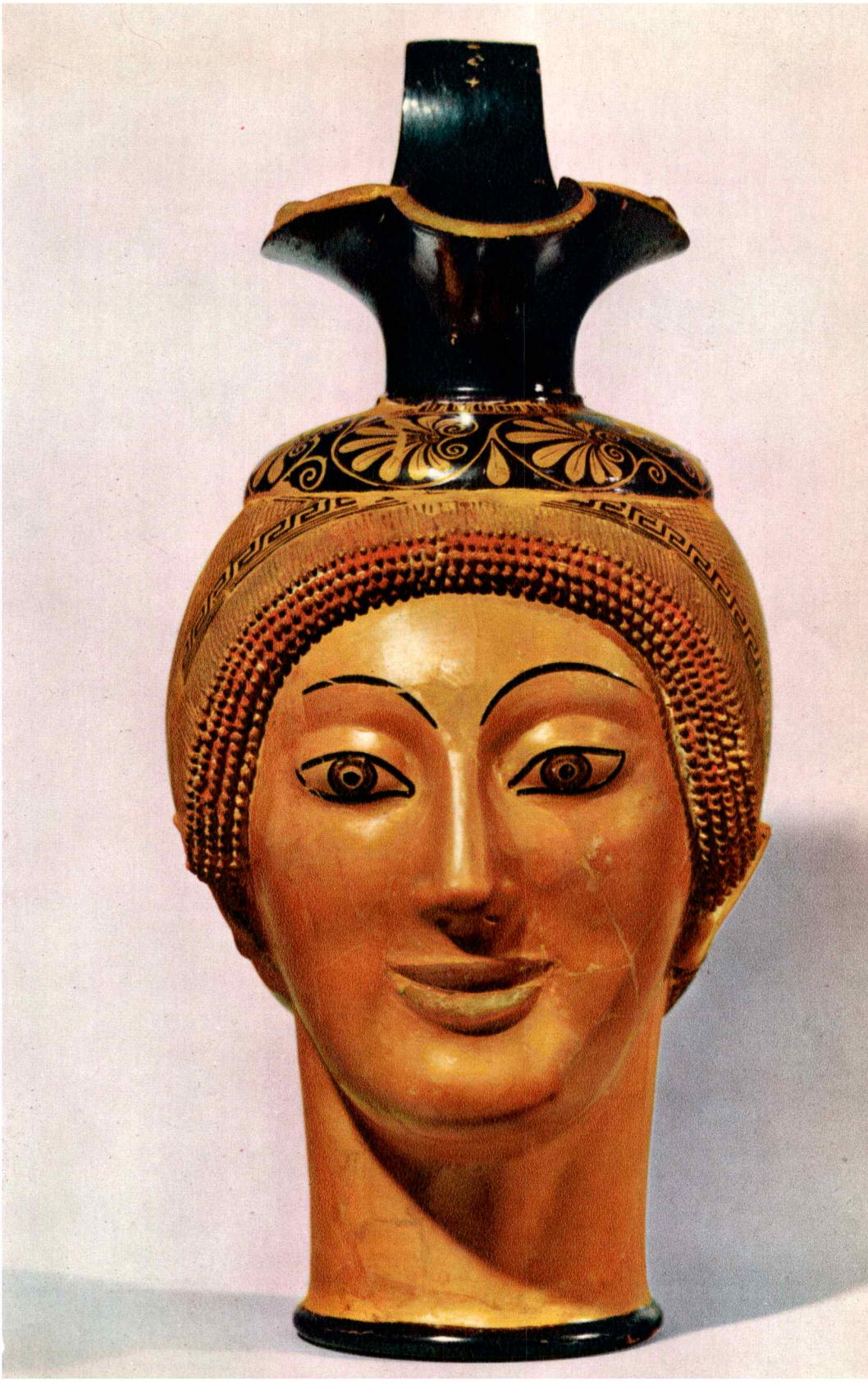
Zacinto, 6, 83.
Zaleucos, 126, 127.
Zancle, 117, 194, 196, 197.
— Estrecho de, 193.
Zenodoto de Éfeso, 462.
Zenón de Elea, 300, 301, 437, 443, 450, 467, 532.
Zenotemis, 352.
Zeus, VIII, 12, 43, 68-71, 73, 87, 100, 102, 151, 157, 166, 199, 202, 204, 218, 239, 241, 285, 287, 290, 294, 296, 307, 342, 378, 380, 385, 392, 393, 420, 428, 429, 474, 477, 485, 489, 527, 530, 531.
— Fratrios, 178, 380.
— Geleón, 178.
— Gruta de, 29.
— Hamarios, 156, 407.
— Lacedemonio, 169.
— Licaios, 158.
— Olímpico, 296, 304.
— de Siracusa, 354.
— Uranio, 169.
— Velcanos, 29.
Zeuxis, 320.
Zoroastrismo, 416.

Ilustraciones fuera de página

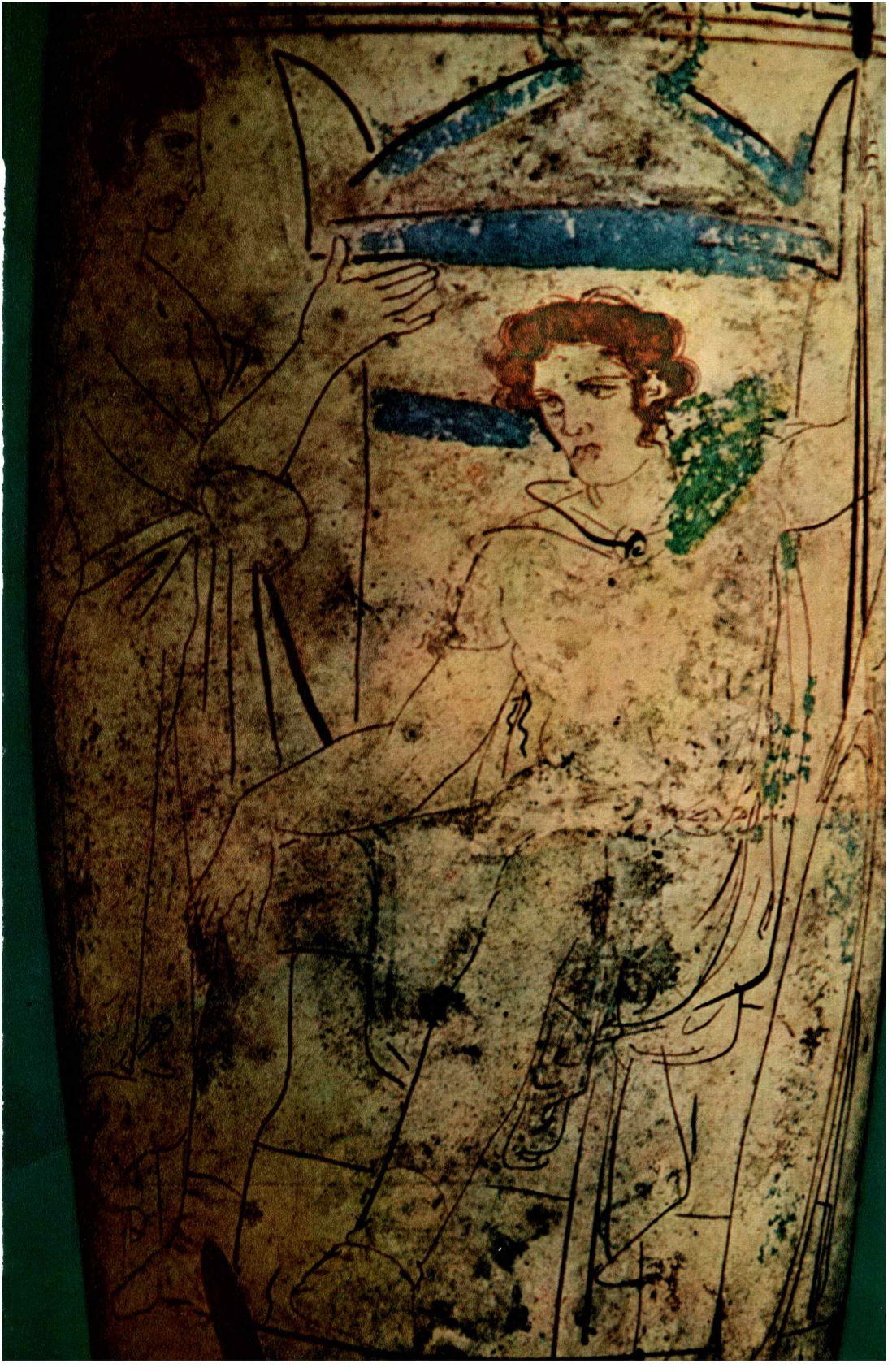
I. Píxide de terracota con decoración de pájaros, hallada en una tumba en Paquiamos (Hierapetra, Creta). Minoico reciente III. Museo de Heracleion (Creta).

II. Fragmento de fresco procedente del palacio de Tirinto (Argólida). Hombres con cabeza de asno. Atenas, Museo Nacional.

III. Coré de la Acrópolis, de estilo ático, hacia 550. Atenas, Museo de la Acrópolis.



IV. Vasija plástica en forma de cabeza femenina, obra ática de Carinos, hacia 500. Berlín, Staatliche Museen.



V. Escena funeraria, sobre un lecito blanco ático, último cuarto del siglo V.

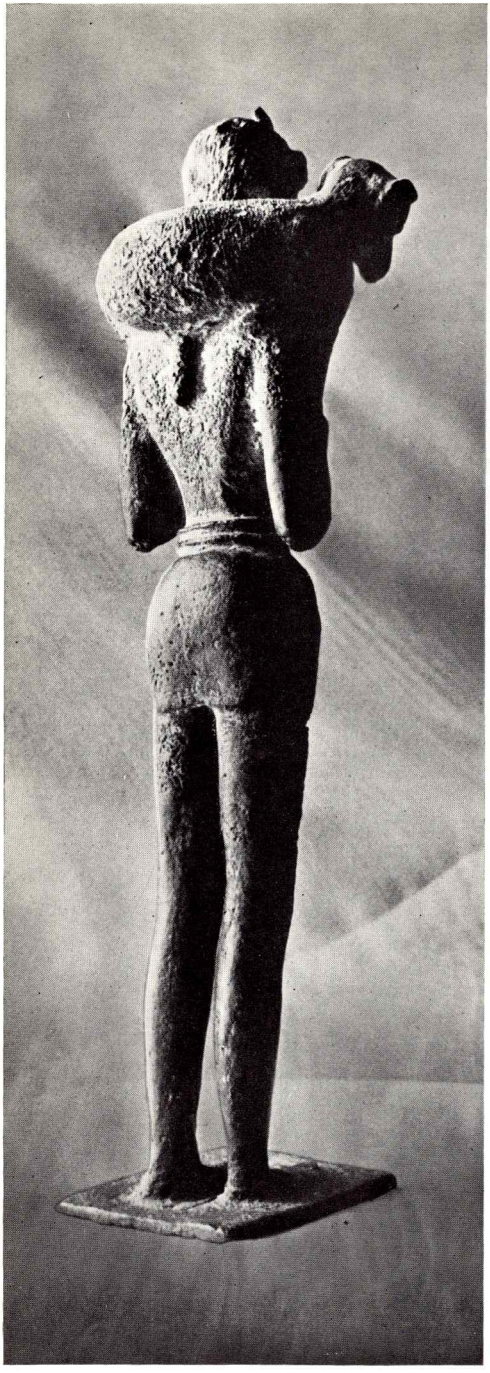
VI. Apolo Délfico purifica a Orestes con la sangre de un lechón, después de la muerte de Clitemnestra, fragmento de una vasija italiota de figuras rojas, siglo IV.

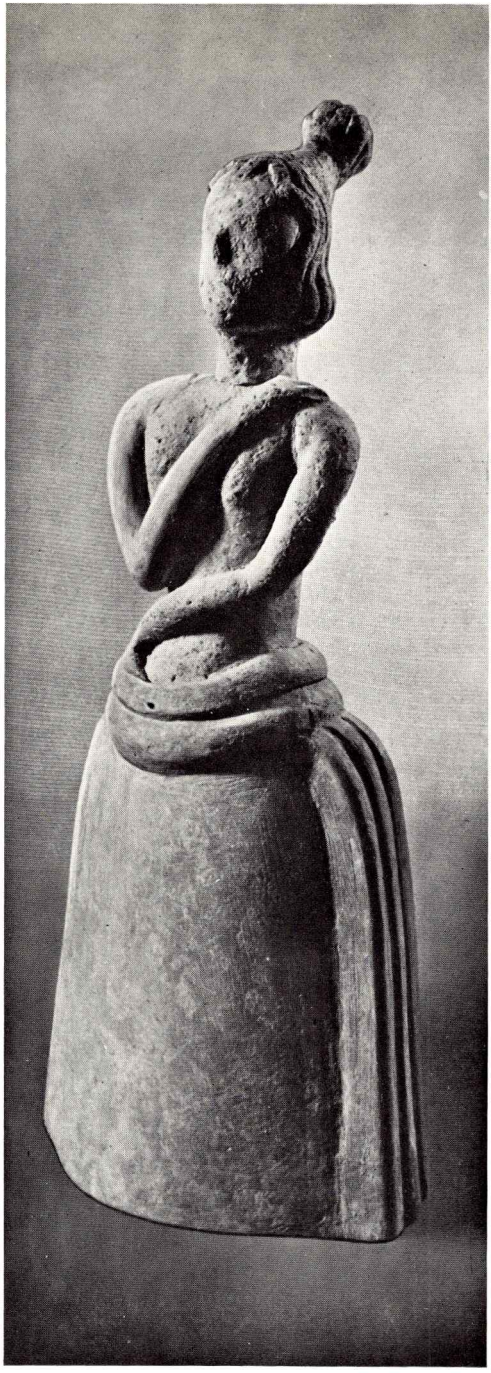
VII. Dos estatuillas de Tanagra, policromadas, siglo IV. Mujeres vestidas. Bayona, Museo Bonnat.

VIII. Cubilete cónico de vidrio pintado, descubierto en Begram (Afganistán) y originario de Alejandría, siglo II a. J. C. El rapto de Europa por el toro en presencia de un pequeño Eros. París, Museo Guimet.

Vasija ritual de terracota, en forma de sartén. Siros. Cicládico antiguo. Decorada con triángulos y espirales en torno a una embarcación. Por encima de la proa, un delfín. Una de las primeras representaciones de navío del mar Egeo.
Atenas, Museo nacional.

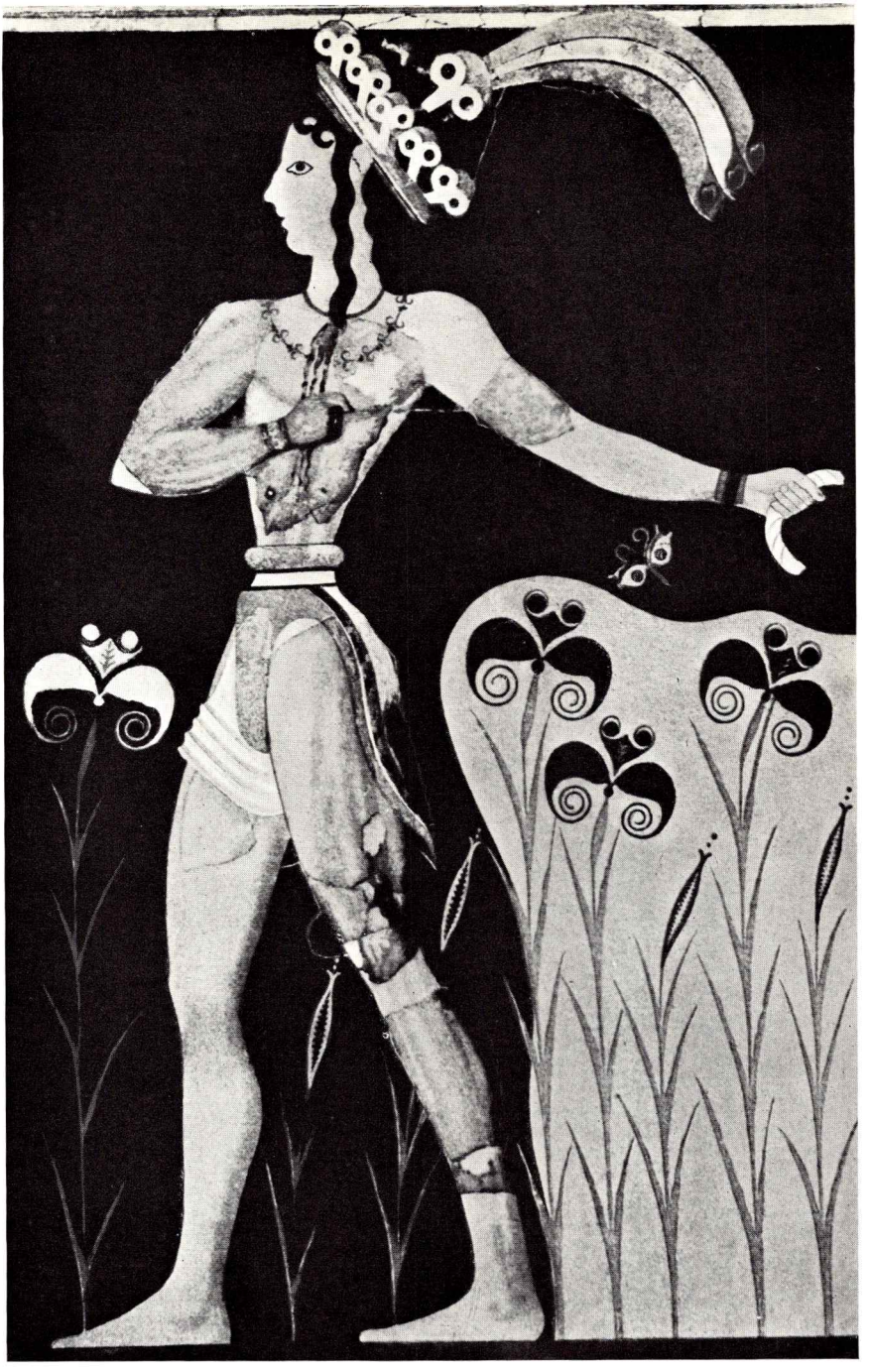
A





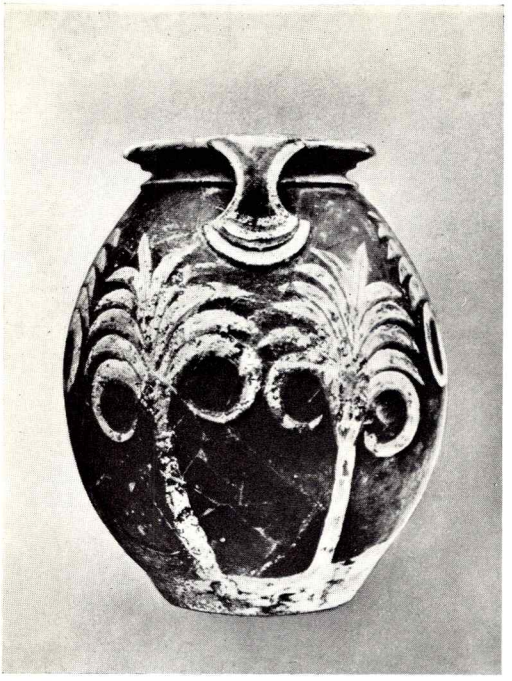
B

A. Kuros minoico crióforo, de bronce. Vestido con un taparrabo, lleva sobre la cabeza un cuerno, signo de poder. *Col. S. Yamanakis, Heracleion (Creta). B.* Orante, figurilla de terracota procedente de Piskokephalo, cerca de Sitia (Creta). Minoico medio (hacia 1800 a. de J. C.). *Museo de Heracleion (Creta).*

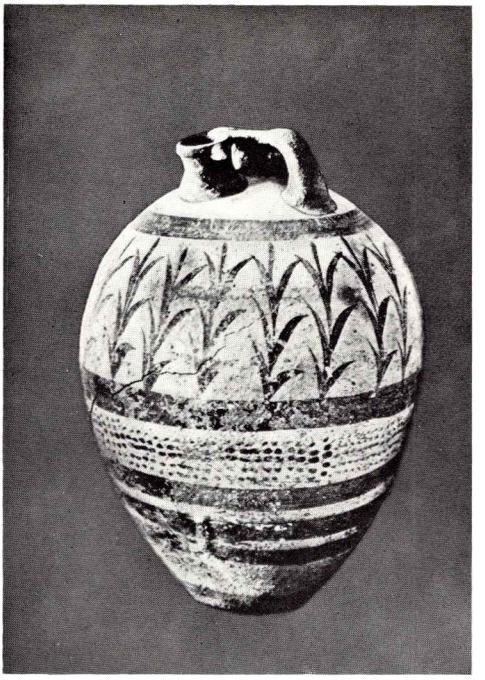


El Príncipe de la flor de lis, fresco del palacio de Cnosos (Creta). Minoico reciente. *Museo de Heracleion (Creta).*

A



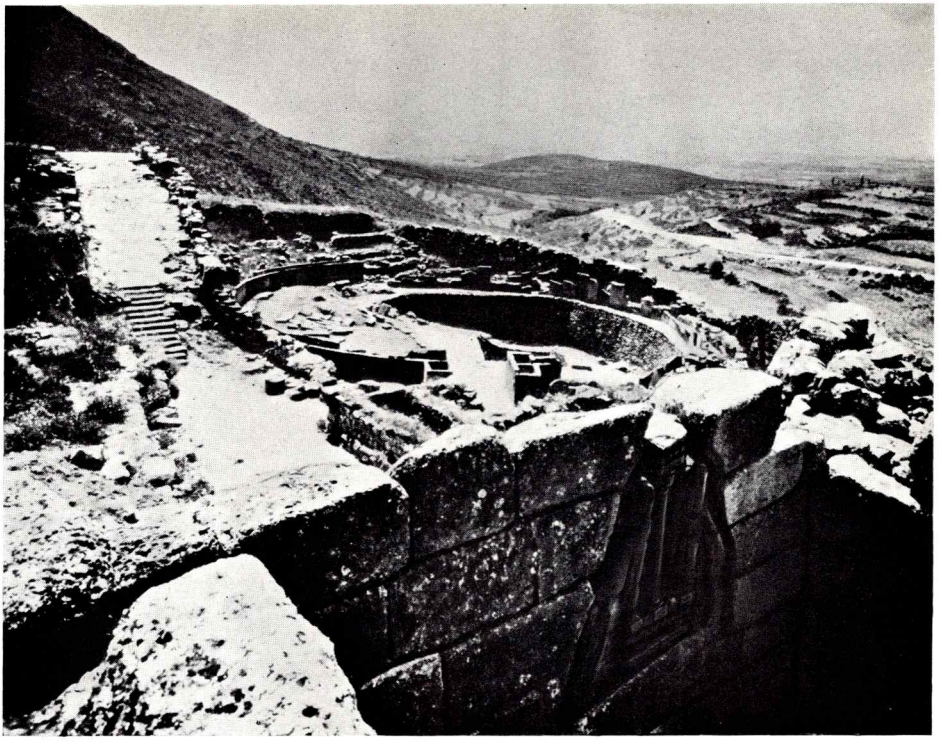
B



C

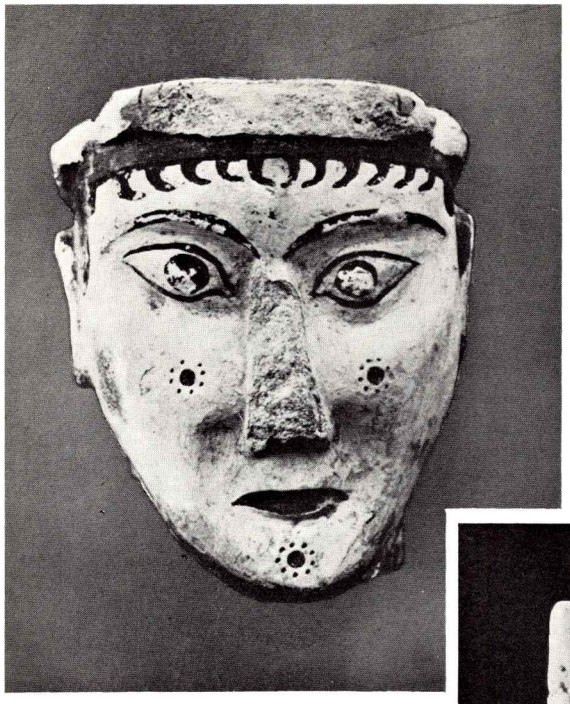
Vasijas minoicas con decoración vegetal. *Museo de Heracleion* (*Creta*): *A*. Cnosos, vasija del estilo de Camarés, Minoico medio II-III. *B*. Gurnia, Minoico reciente I. *C*. Sarcófago de terracota (Paleokastro) decorado con símbolos sagrados: doble hacha, cuernos, grifo, flor de papiro. Minoico reciente III.

A

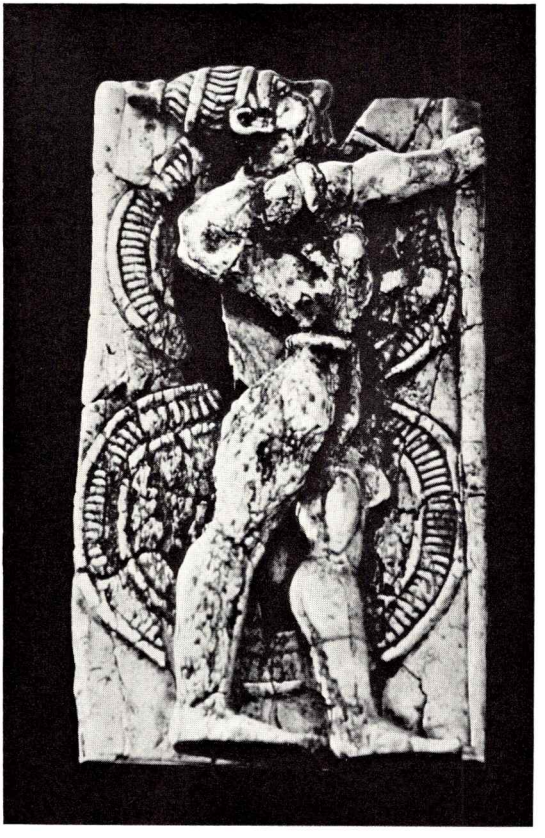


B

Micenas: *A*. Los leones de la puerta y el círculo de las tumbas. *B*. Fragmento de una estela funeraria de la 5.ª tumba del círculo superior. Hombre en un carro cazando el toro salvaje, rodeado de espirales (altura total de la estela: 1,60 m).
Atenas, Museo nacional.



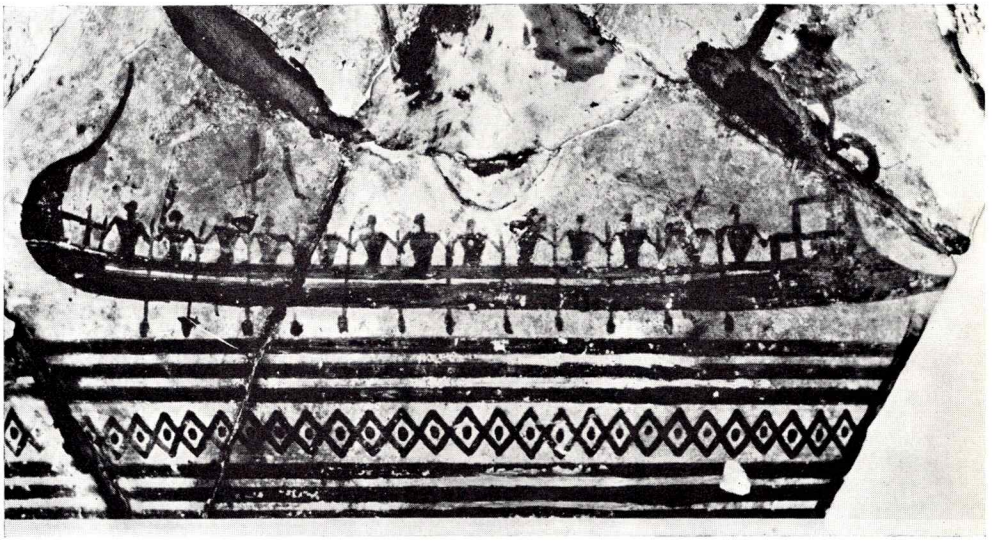
A. Cabeza femenina en piedra calcárea realzada con policromía, hacia 1200 (Acrópolis de Micenas). Advertir el maquillaje y los lunares. *Atenas, Museo nacional.*



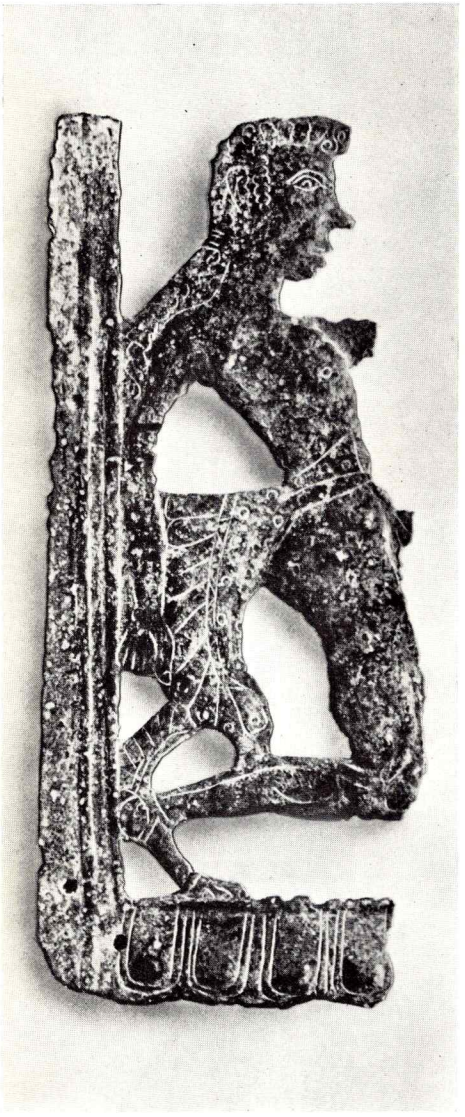
B. Marfil micénico, s. XIII (Delos): guerrero con una lanza, escudo en forma de 8 y un casco decorado con dientes de jabalí. *Museo de Delos.*

A

B



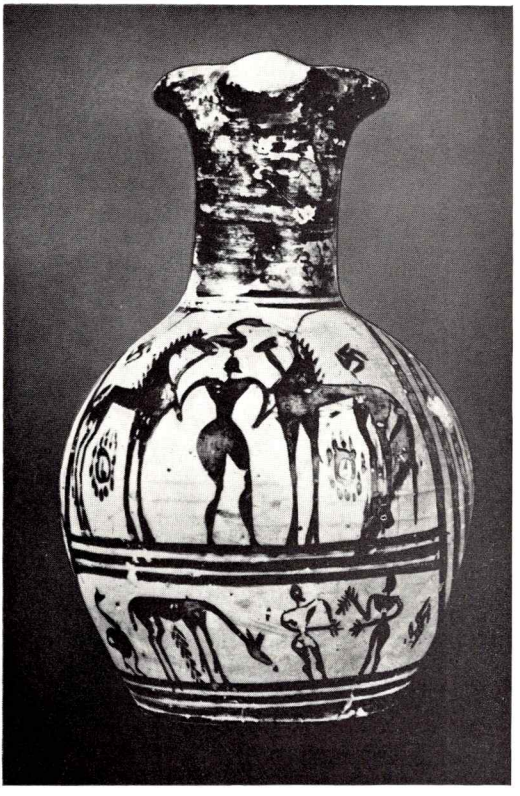
Fragmentos de vasijas geométricas procedentes de la necrópolis del Dípilon (Atenas), siglo VIII. *París, Museo del Louvre*: *A*. Desfile de guerreros y batalla naval (los muertos se hallan curiosamente representados encima del navío). *B*. Embarcación.



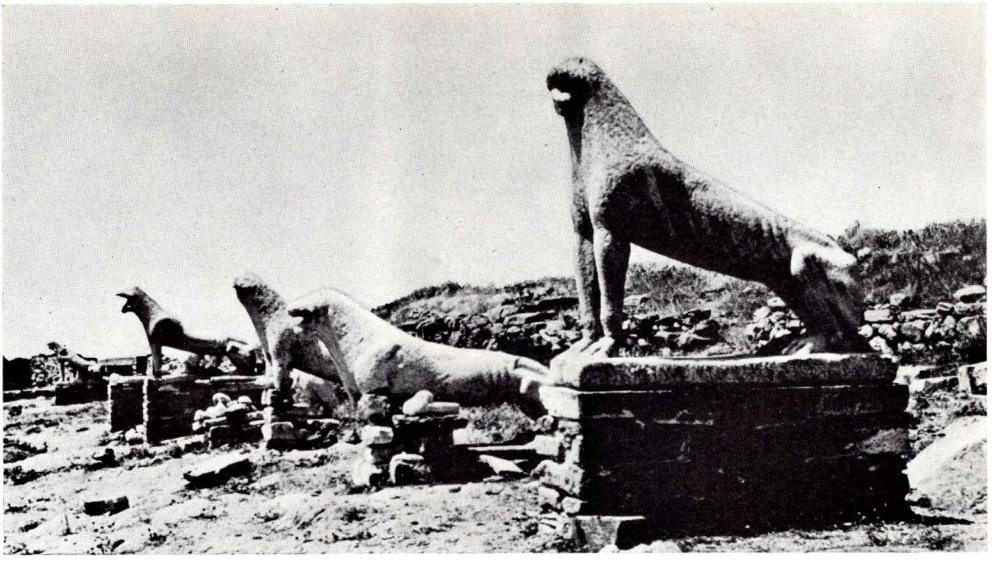
EL ARTE GEOMÉTRICO

A. La caída de Ícaro, lámina de bronce recortado y cincelado, procedente de Creta, hacia el 700. *Museo de Heracleion (Creta)*.

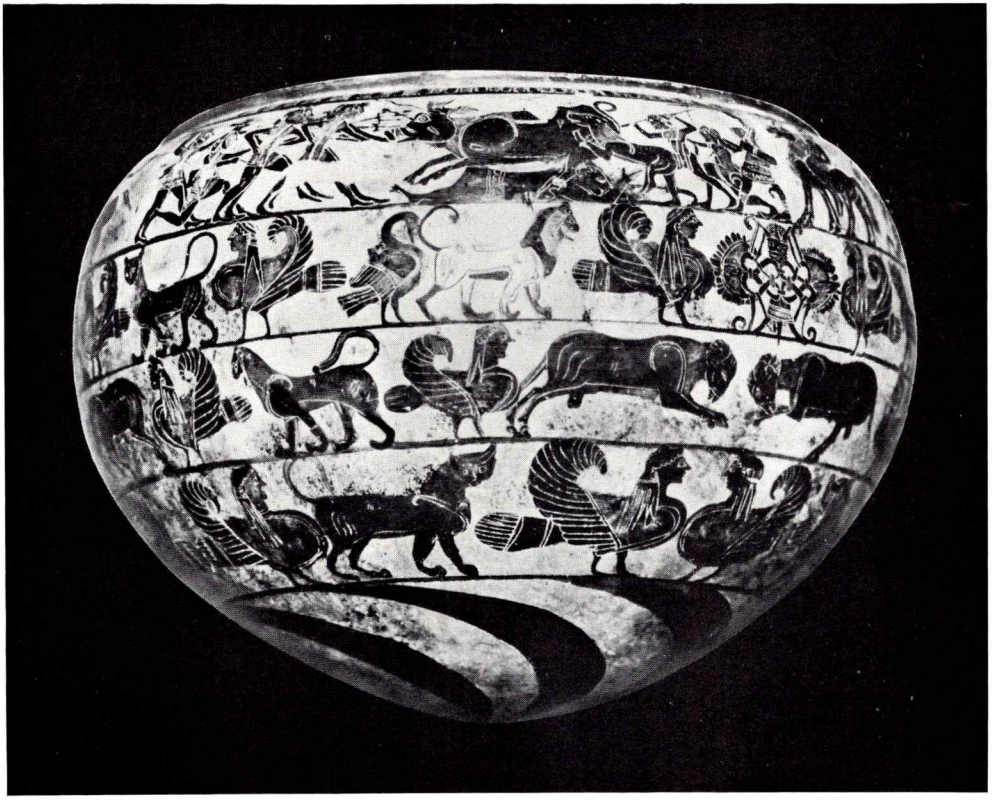
B. Vasija geométrica ática, s. VIII. *Franja superior*: hombre entre dos caballos, *franja inferior*: ave, caballo, hombre. Decoración de svásticas. *Berlín, Staatliche Mussen*.



A



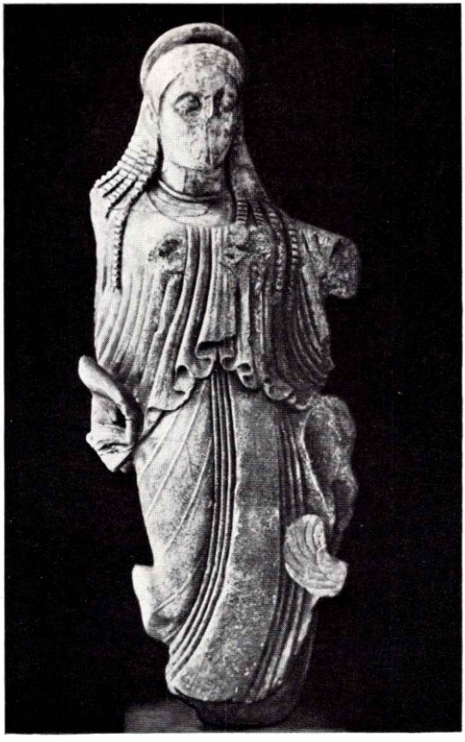
B



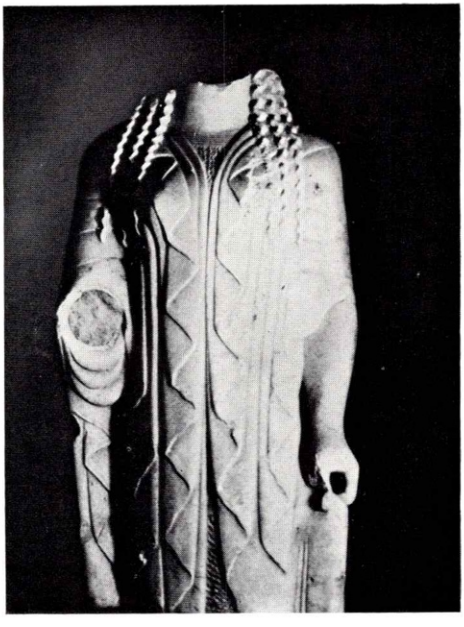
El arte arcaico en la representación de animales. *A*. Leones naxios de la terraza del Letoon de Delos, hacia el año 600; *B*. *Dinos* corintio de franjas superpuestas con motivos animales. Primera mitad del siglo VI. *Arriba*, la caza del jabalí de Calidón. *Roma, Museo del Vaticano.*

Asa del vaso François encontrado en Chiusi (Italia), obra del alfarero Ergotimos y del pintor Clitias, segundo cuarto del siglo VI. *Arriba*: La Señora de los animales; *abajo*: Ayax transportando el cadáver de Aquiles. *Florencia, Museo arqueológico.*

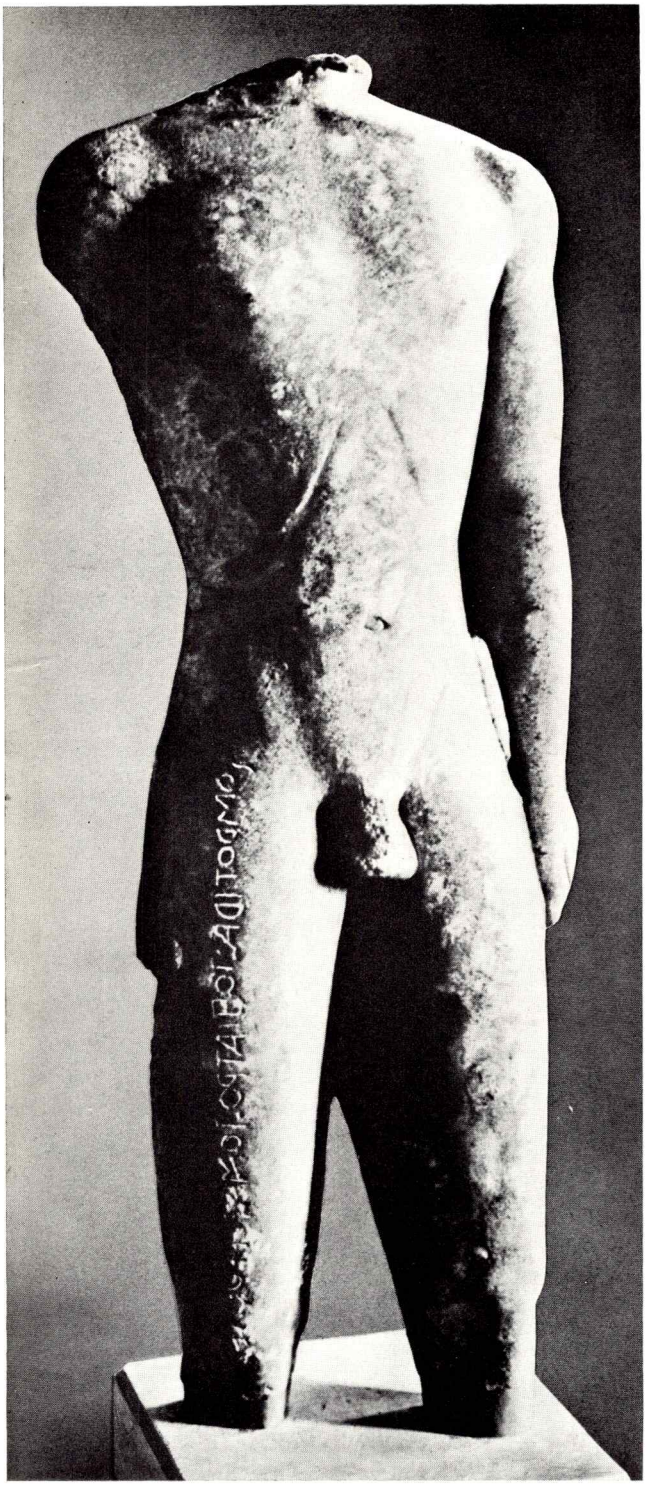
A



B



Vestiduras arcaicas: *A.* Niké (Victoria) en pleno vuelo, acrótera de un ángulo del templo de los Alcmeónidas en Delfos, finales del siglo VI. *Museo de Delfos*; *B.* Coré acéf..la de la Acrópolis, mitad del siglo VI. *Atenas, Museo nacional*; *C.* Personaje vestido. Mármol, siglo VI. *Atenas, Museo de la Acrópolis.*

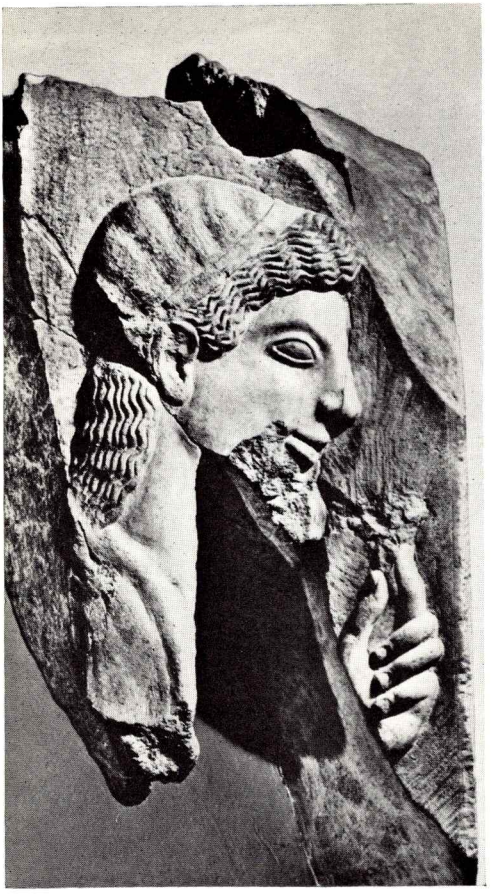


Kuros encontrado en Megara Hiblea (Sicilia), mitad del s. VI. En el muslo derecho lleva la siguiente inscripción: «Médico de Sombrotidas, hijo de Mandrocles».

A

B

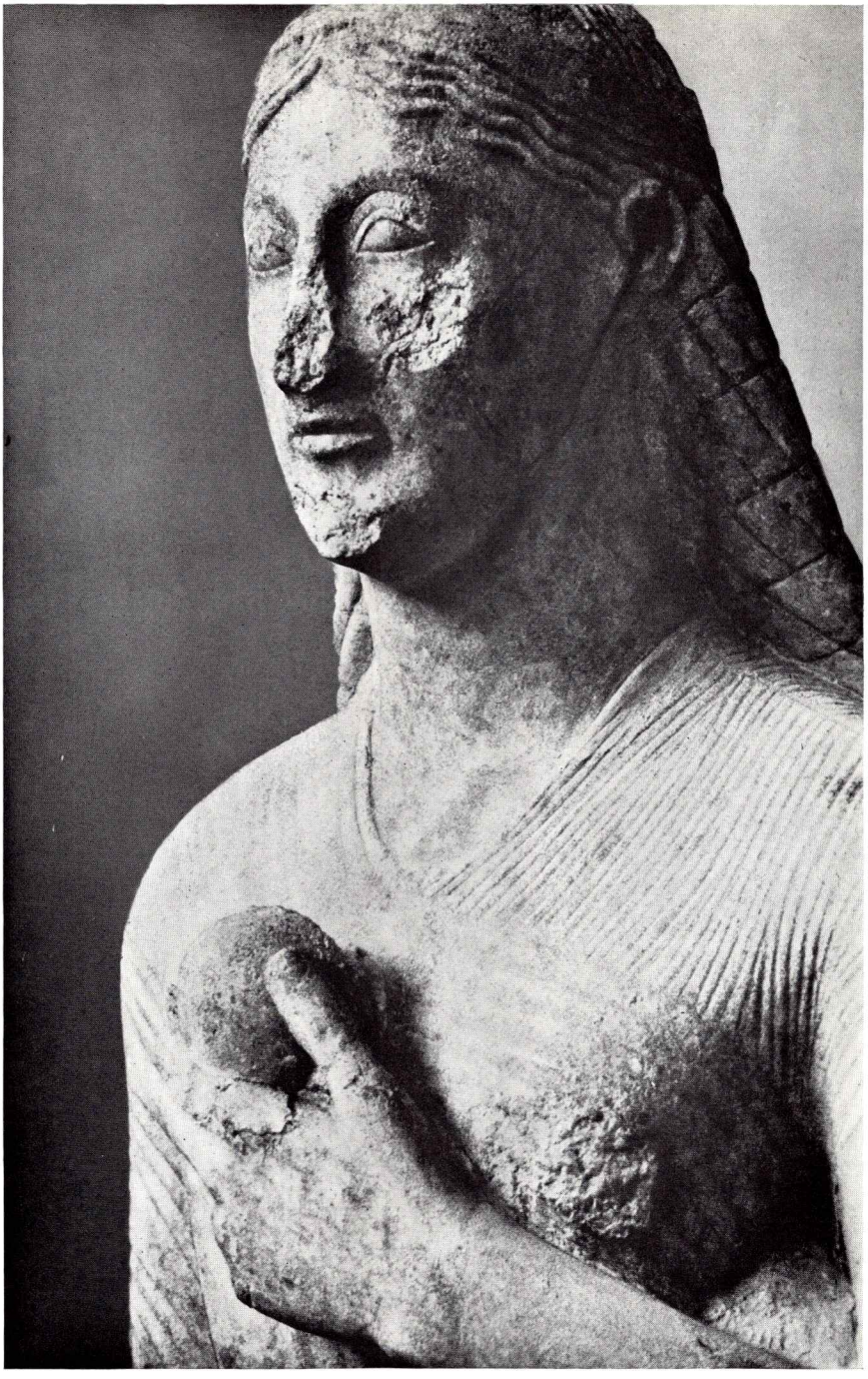
Vasijas con figuras negras, primer cuarto del siglo VI. *Berlín, Staatliche Museen*: *A*. Vasija corintia para beber. Baile de bebedores; *B*. Ánfora ática encontrada en Cerveteri (Etruria). Nacimiento de Atenea. Las inscripciones presentan (*de izquierda a derecha*) los nombres de Dioniso, Hefesto, Hermes, Ilitia, Zeus y Atenea.



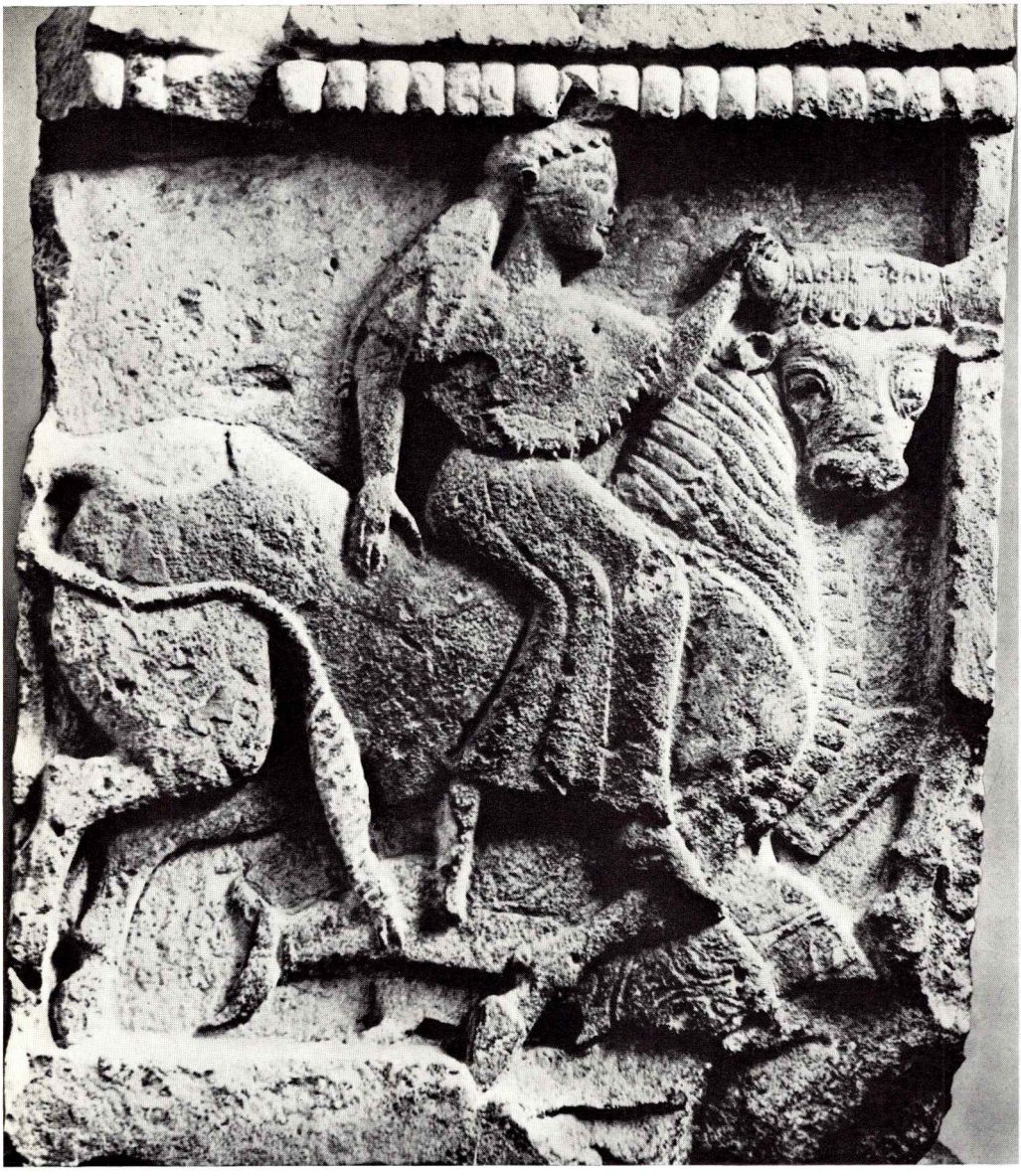
ESCULTURAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO VI.

A. Fragmento de una estela funeraria ática. Cabeza masculina (altura 0,39 m).
Berlín, Staatliche Museen.

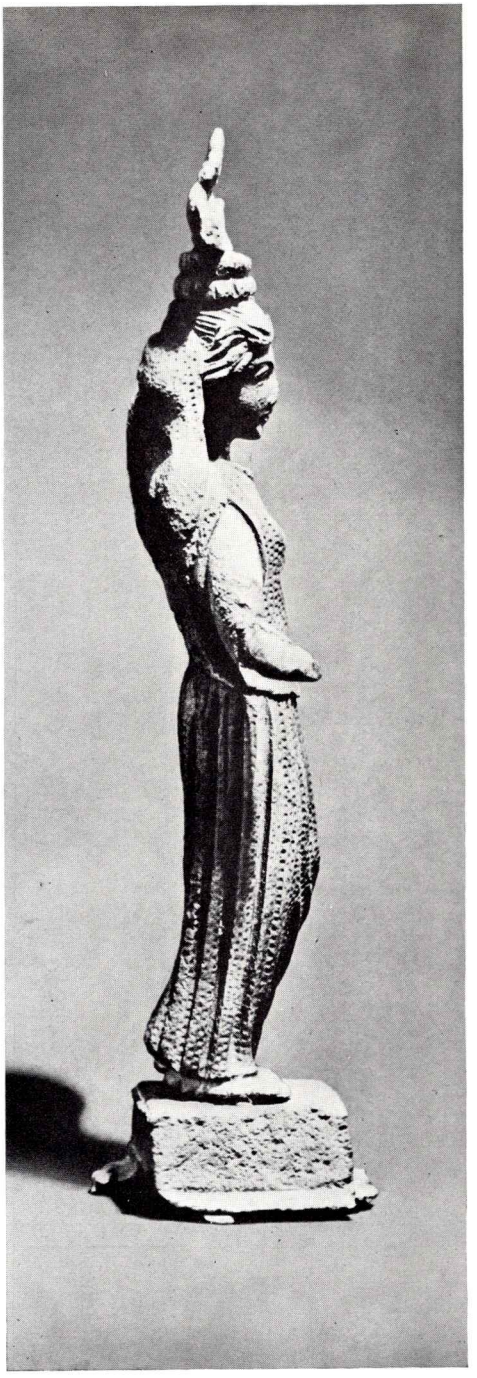
B. Fragmento de columna esculpida del templo de Apolo en Dídimo. Busto femenino (altura 0,55 m).
Berlín, Staatliche Museen.

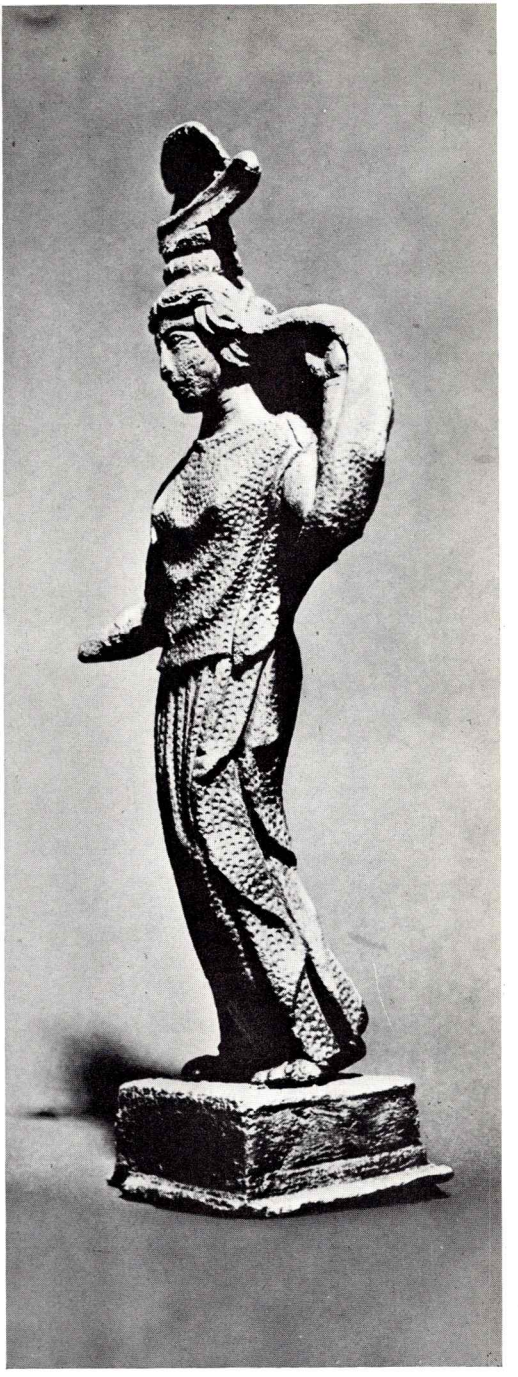


Coré de la granada, de origen cicládico, finales del siglo VI (altura 0,54 m). *Atenas, Museo de la Acrópolis.*



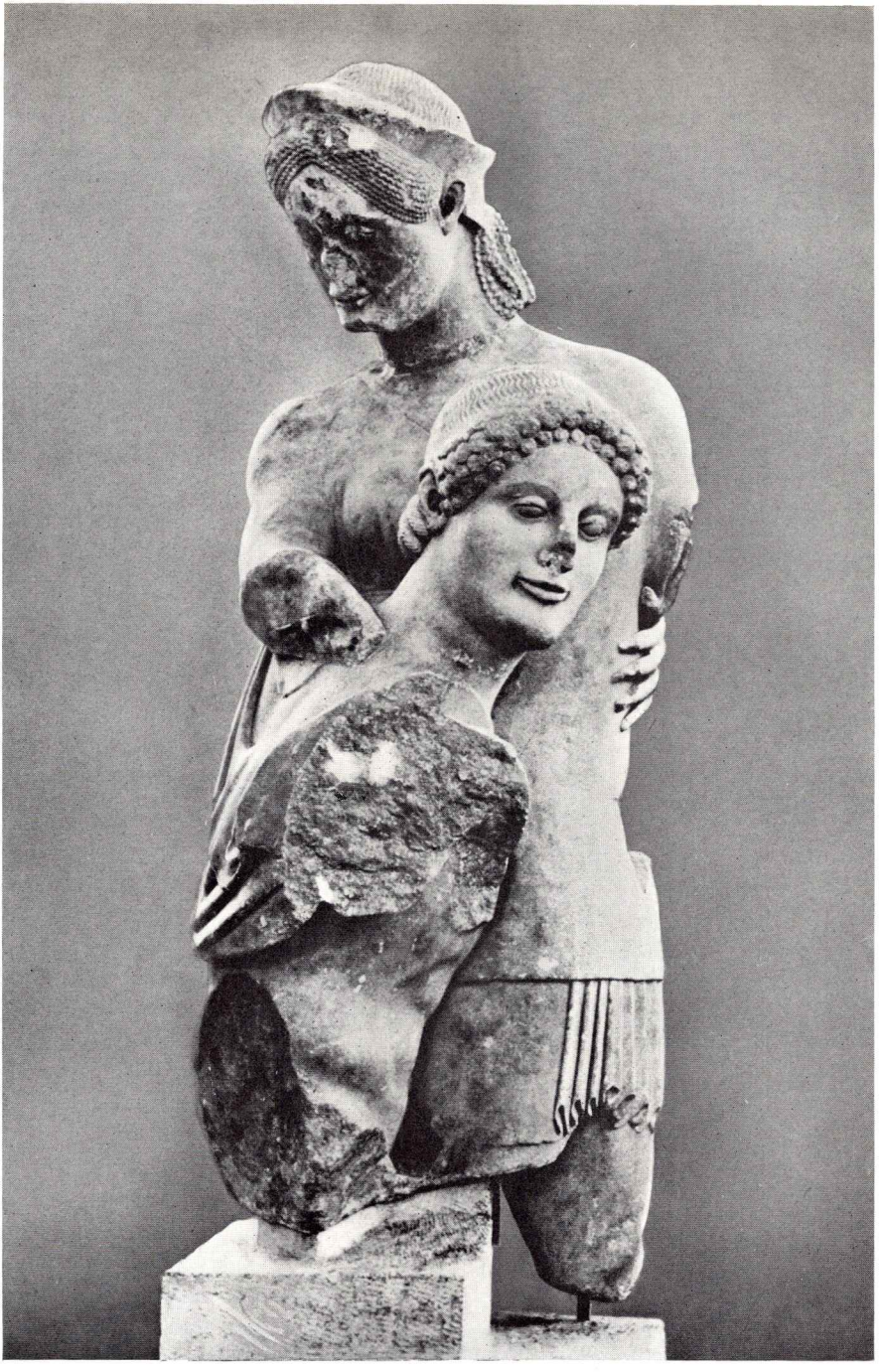
El rapto de Europa (¿o Deméter con el toro?), metopa de Selinonte (Sicilia), procedente del templo F de la acrópolis (llamado «de las pequeñas metopas»), hacia 580. *Museo de Palermo*





Muchacha despojándose de su *peplos*, estatuilla de bronce encontrada en Magna Grecia (costa occidental), primera mitad del siglo v. *Museo de Reggio-Calabria.*

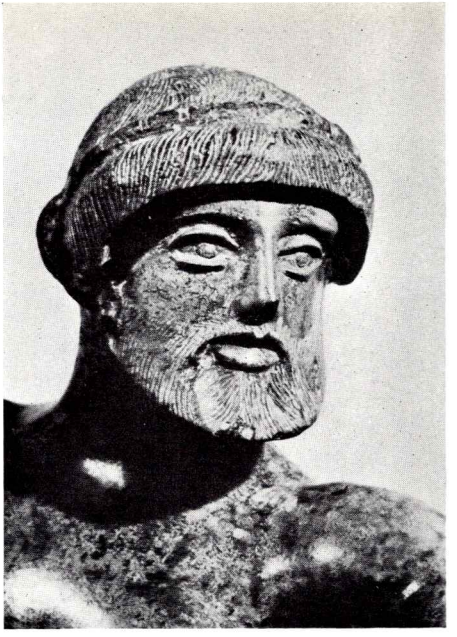
Perséfone y Hades sentados en un trono, con las manos repletas de ofrendas. Ante ellos, un altar de incienso (*thymiaterion*). Placa de terracota del santuario de Perséfone en Locres (Magda Grecia), principios del siglo v.



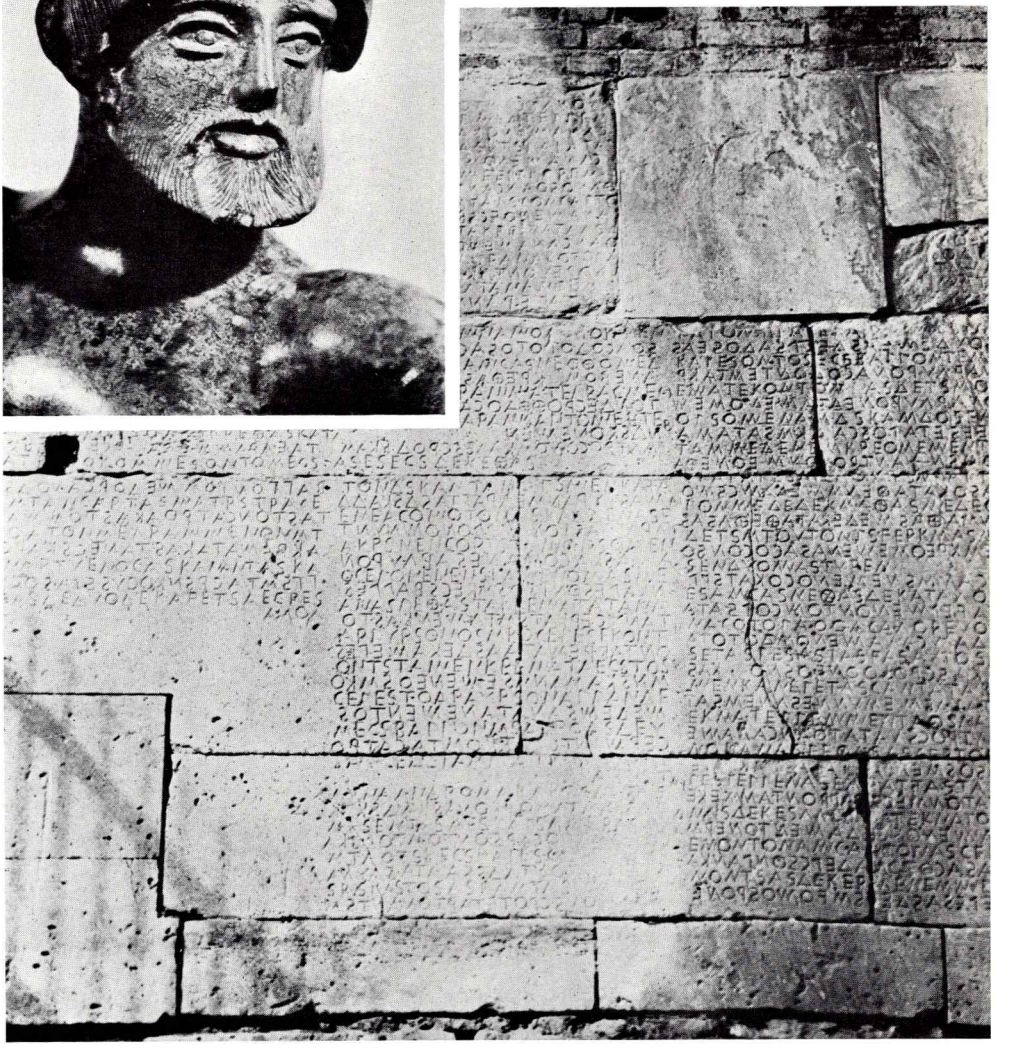
Rapto de Tetis por Peleo (o de Antíope por Teseo), grupo central del frontón occidental del templo de Apolo Dafnéforos en Eretria (Eubea), primer cuarto del siglo v. *Museo de Calcis.*

Toro con cabeza humana, representación del dios río Gelas; tetradracma de Gela (Sicilia), siglo v.

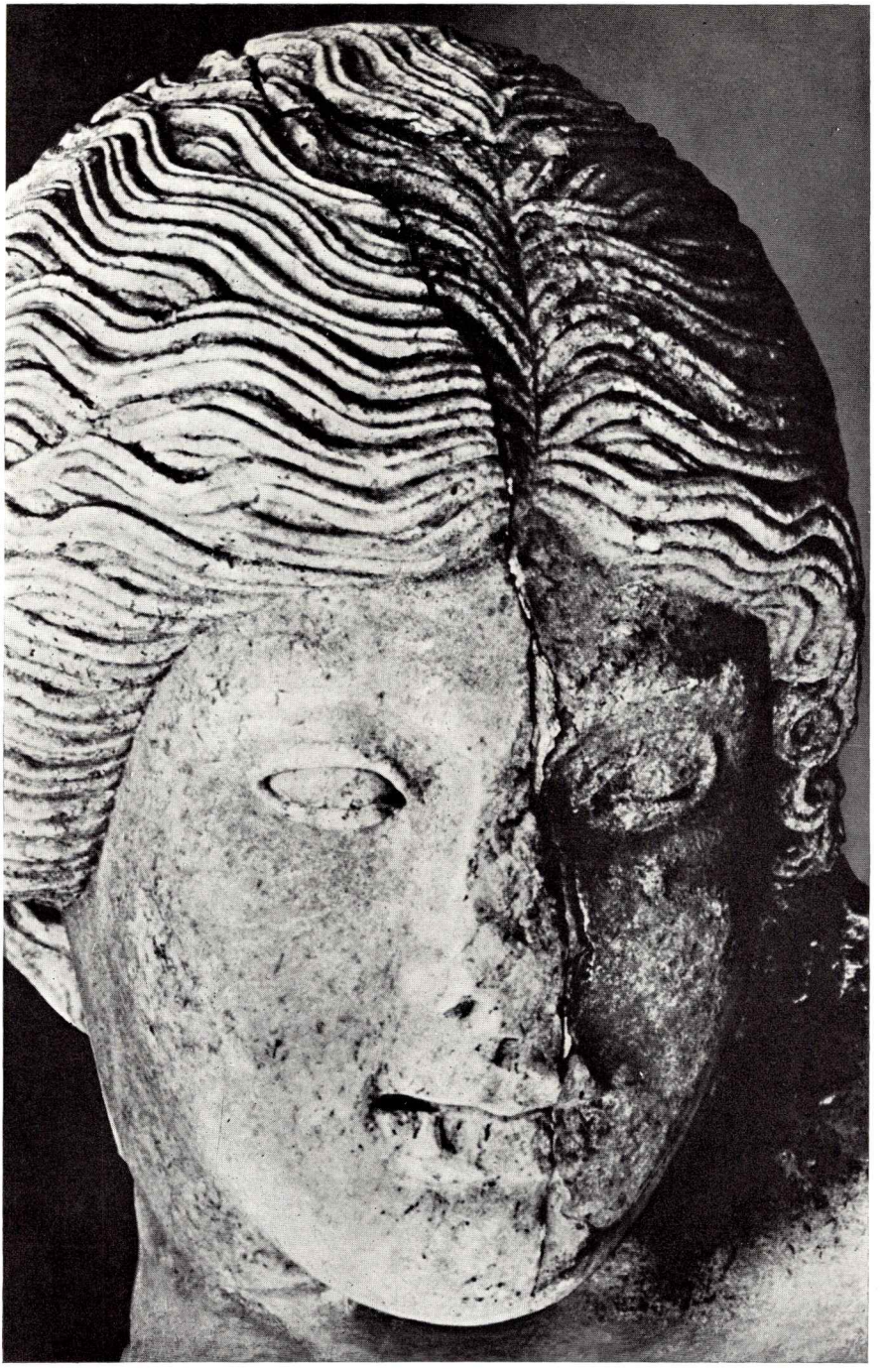
A



B



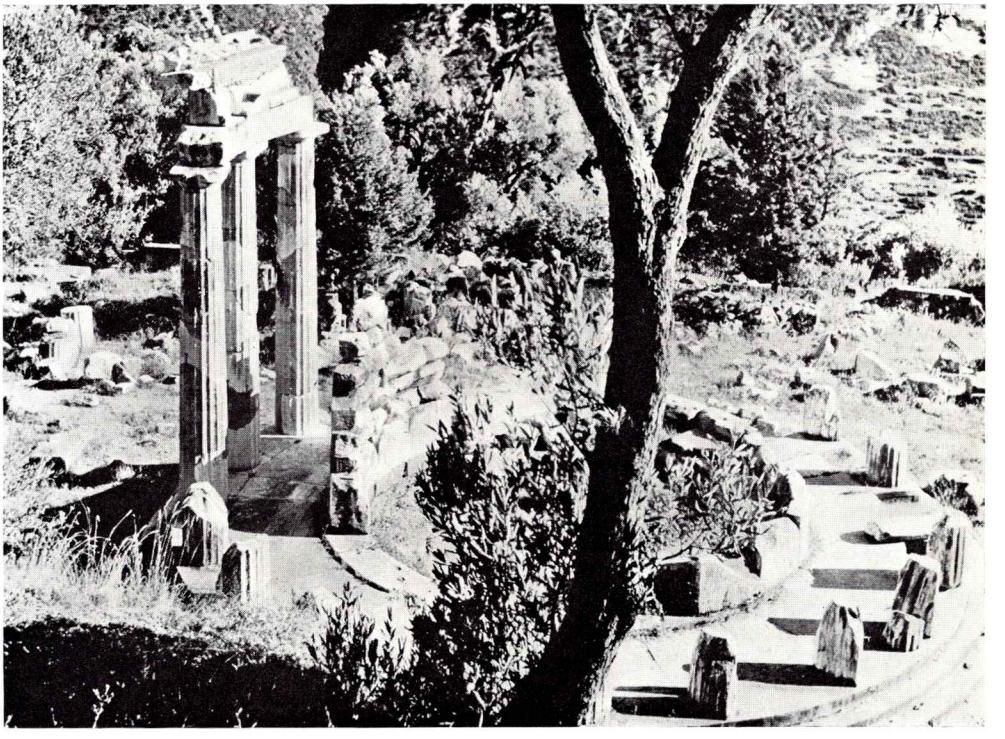
A. Cabeza de Zeus, bronce de Dodona (Epiro), hacia 470 (altura 0,023 m). *Berlín, Staatliche Museen*. *B*. Fragmento de la ley de Gortina (Creta), texto fundamental de derecho griego grabado sobre las piedras del hemiciclo del Odeón, siglo v.



Mujer lapita, fragmento del frontón occidental del templo de Zeus en Olimpia, segundo cuarto del siglo v. *Museo de Olimpia.*

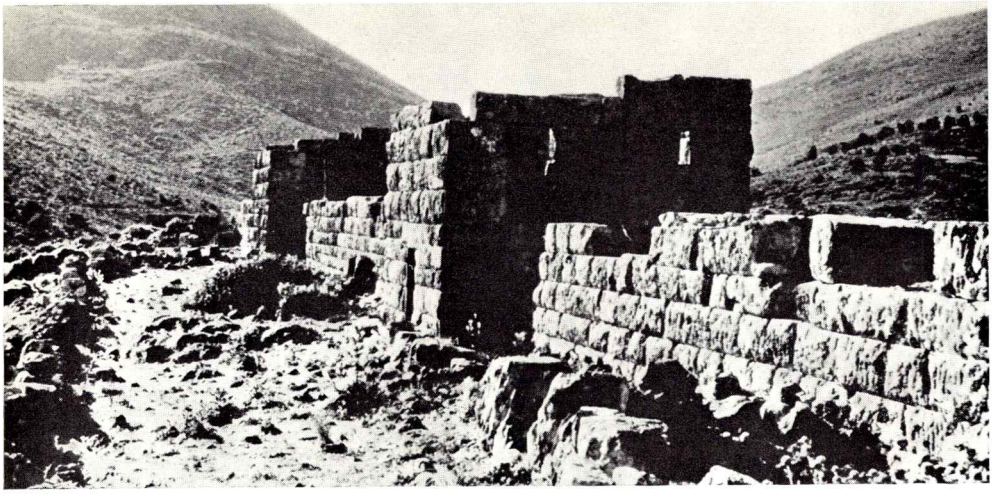
A

B



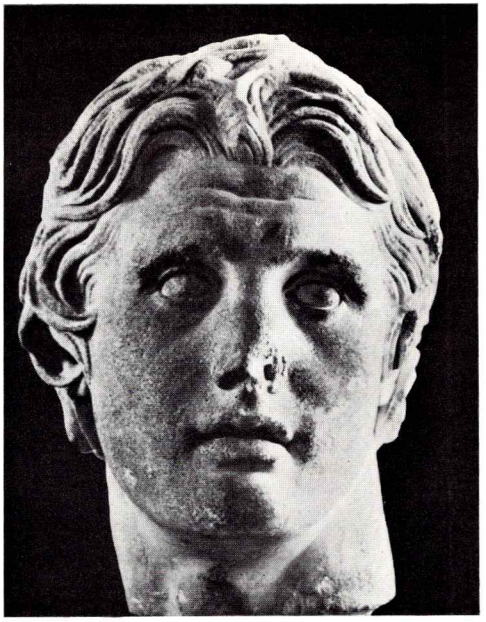
A. Acrópolis de Atenas y el Licabeto, vistos desde el monumento de Filopapos.
B. Delfos: el *tholos* de Marmaria (¿templo de Artemis?), primer cuarto del siglo IV.

A

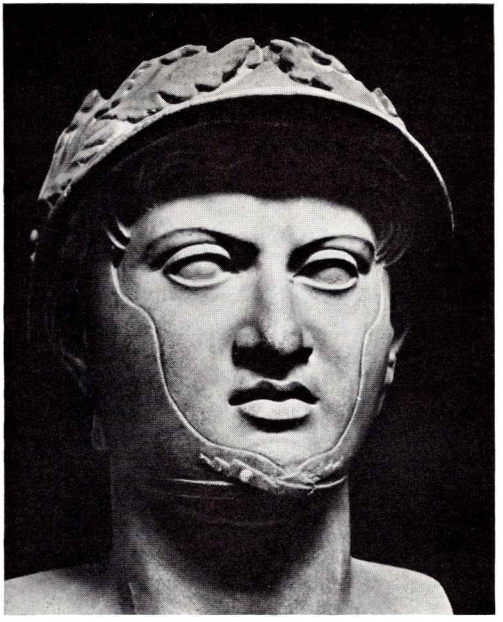


B

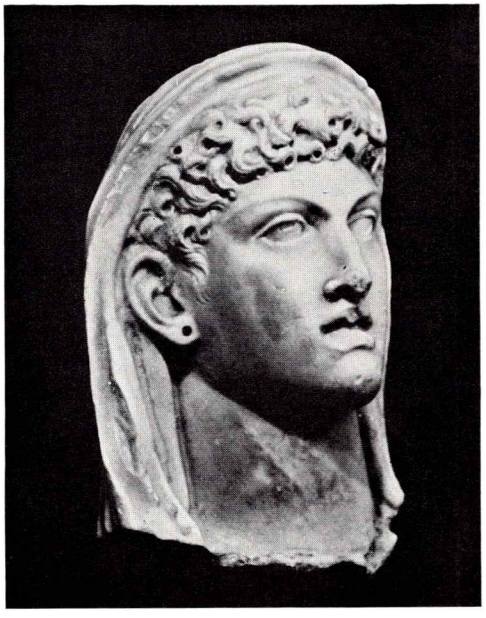
La arquitectura del siglo IV: *A*. La fortaleza de Eleuteres; *B*. El teatro de Epidauro.



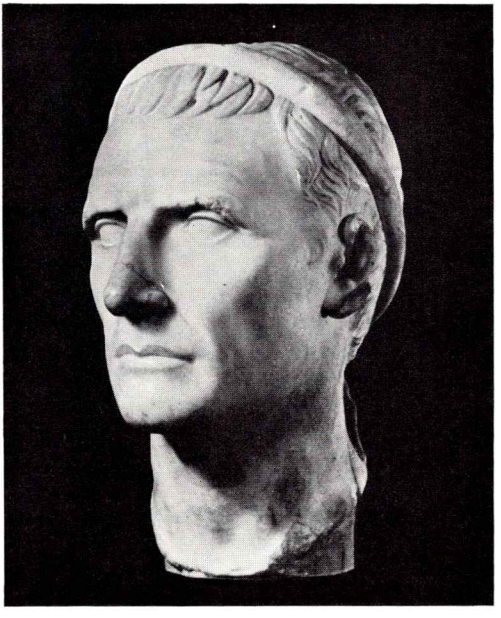
A



B



C

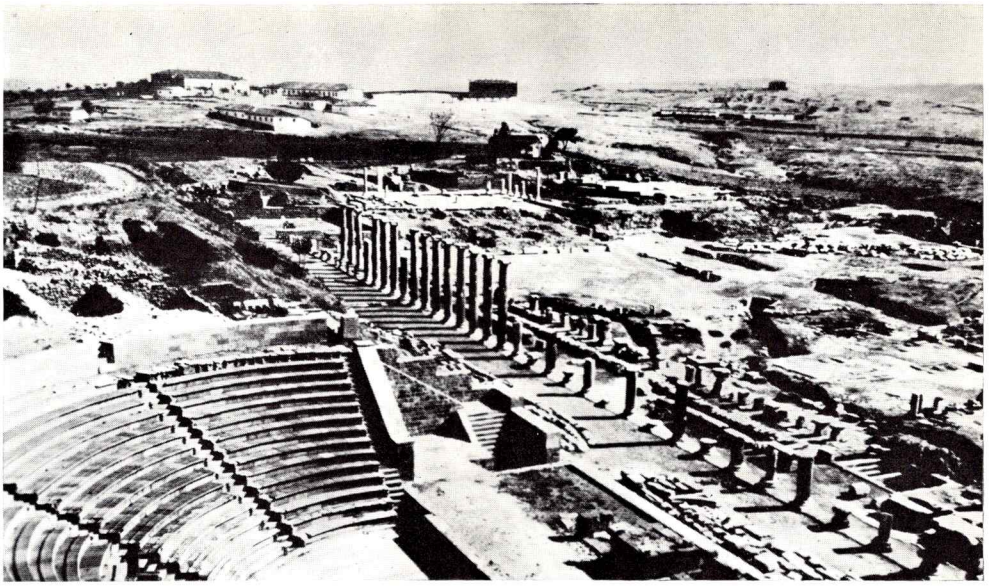


D

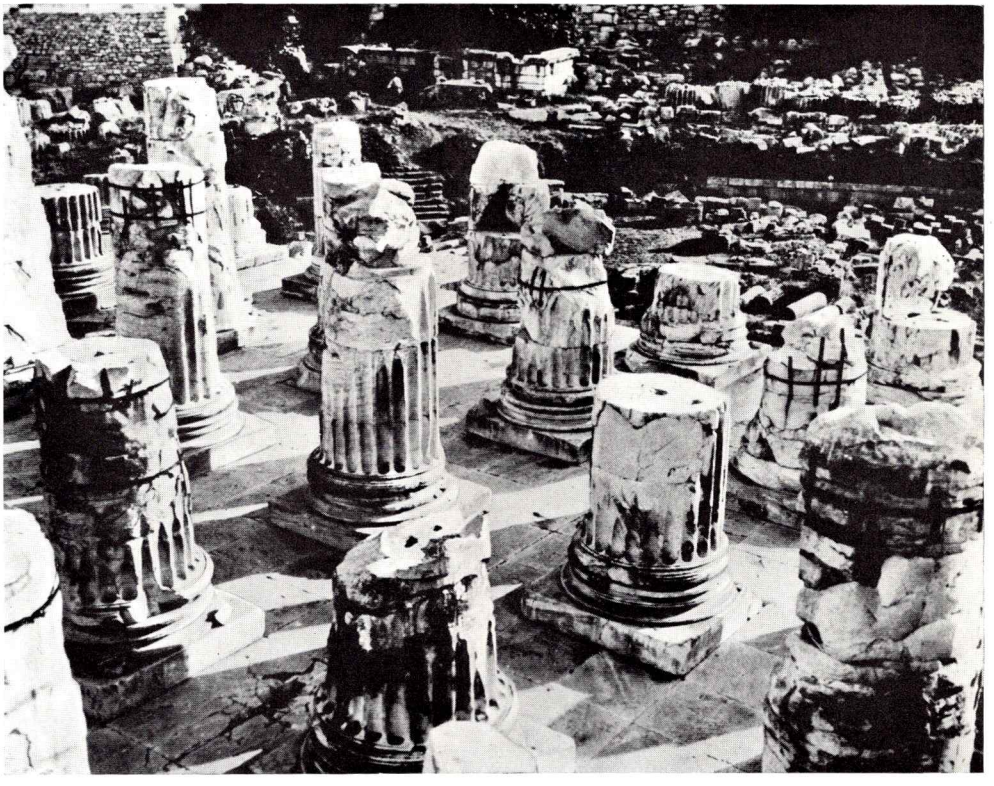
Retratos de príncipes: *A.* Alejandro encontrado en Pérgamo. *Estambul, Museo arqueológico*; *B.* Pirro. *Nápoles, Museo nacional*; *C.* Cleopatra. *Museo de Cherchel (Argel)*; *D.* Antíoco III, llamado el Grande. *París, Museo del Louvre.*

Fragmento de la caza de Alejandro, mosaico polícromo del palacio de los reyes de Macedonia en Pela (al N.O. de Salónica), hacia 300.

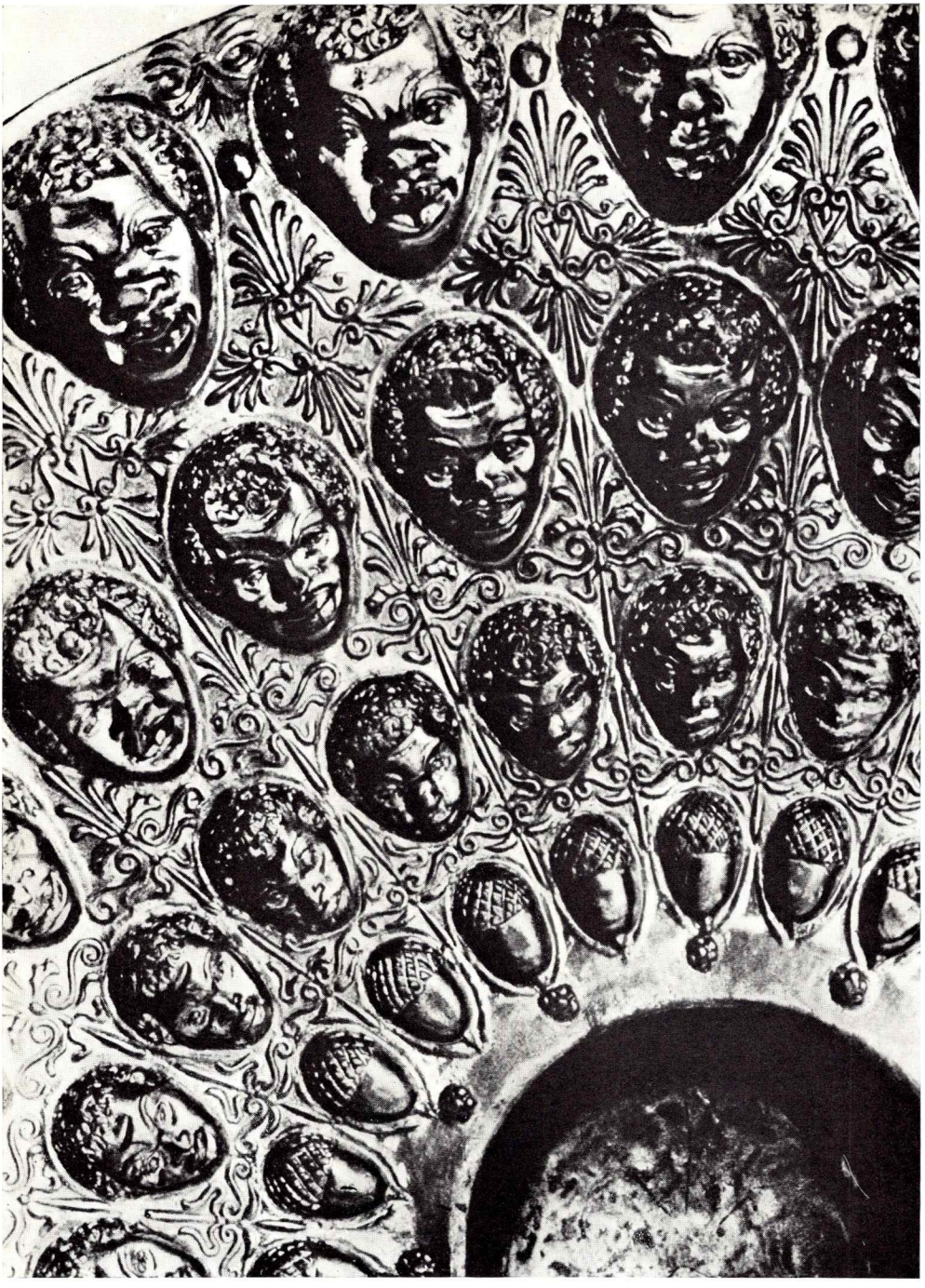
A



B



Los grandes conjuntos de Anatolia: *A*. Pérgamo: la terraza del teatro; *B*. Dídimo: columnata del peristilo del templo de Apolo.



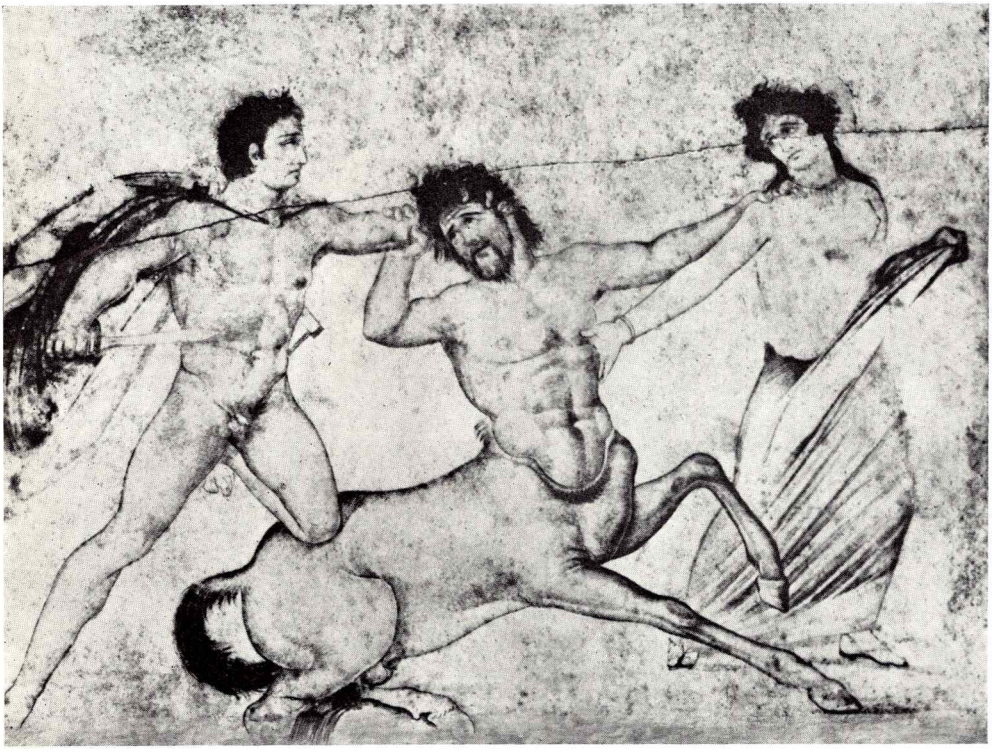
Detalle de la fiala de oro del tesoro de Panagurichté (Bulgaria), finales del siglo IV. (Ver croquis de la fiala completa, pág. 501.) Círculo de pequeños rosetones, luego tres círculos de cabezas de carácter negroide, separadas por flores de loto y palmetas. *Plovdiv (Bulgaria), Museo arqueológico.*

A. Cabeza de Medusa encontrada en Acre (Sicilia), bronce de finales de la época helenística.

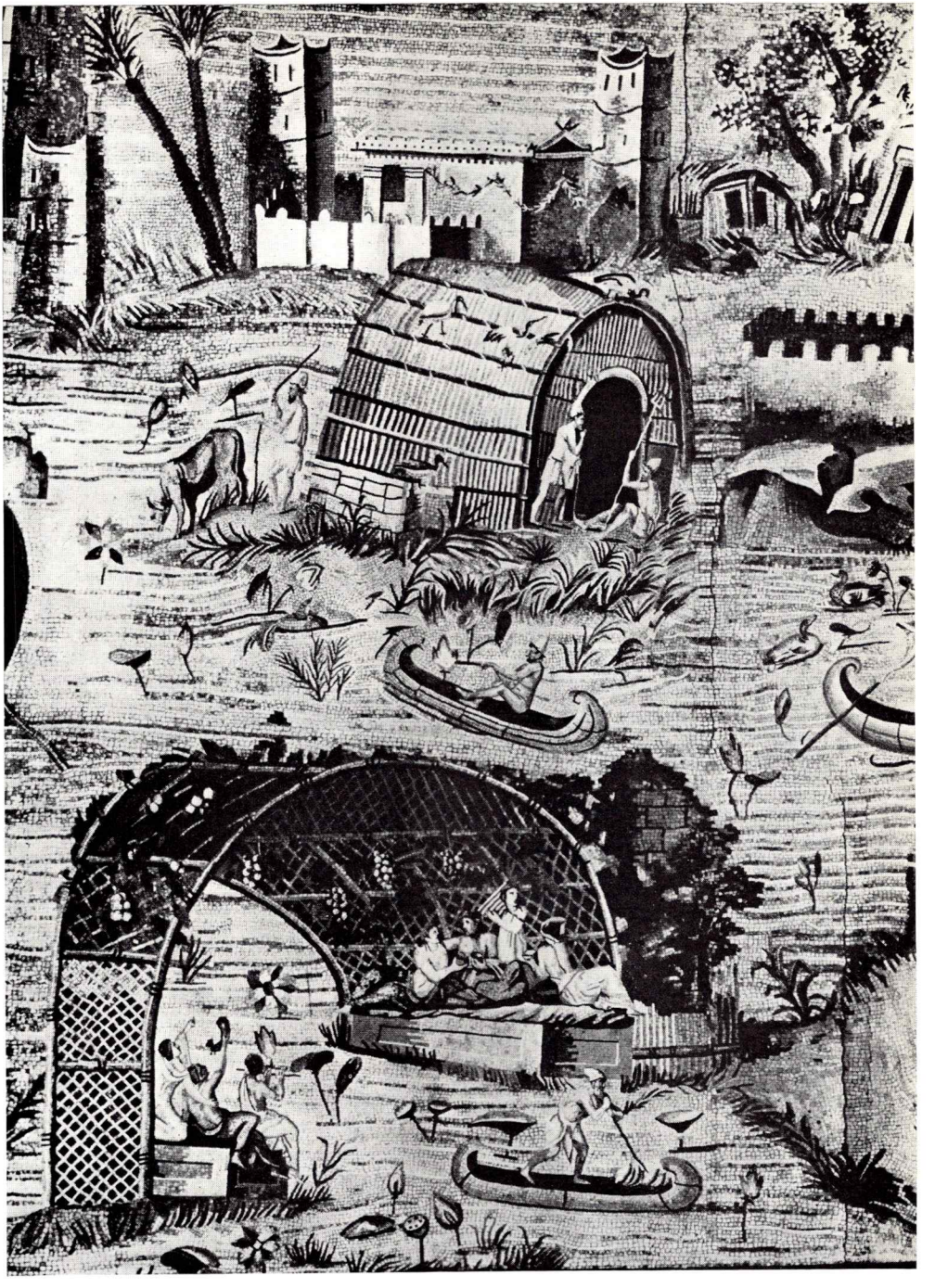
B. Cabeza de un sacerdote egipcio, mármol de hacia el año 250. *Berlín, Staatliche Museen*

A

B



A. Guerrero, fresco de Posidonia (Italia), pintura itálica profundamente inspirada en el arte griego, siglo IV. *Nápoles, Museo nacional. B*. Lucha de Piritoo y un Centauro en presencia de una mujer lapita, fresco de Pompeya. *Nápoles, Museo nacional.*



Detalle del mosaico del Nilo en Preneste (Palestrina), Italia. Este mosaico, cuya fecha es muy discutida (entre Sila y la época de los Severo), reproduce un original alejandrino.

Una sorprendente derivación del Apolo griego: Buda del Gandara, primeros siglos de nuestra Era.

Colección DESTINOS DEL MUNDO

Dirigida por Lucien FEBVRE, miembro del «Institut» de Francia, y Fernand BRAUDEL, profesor del «Collège de France», presidente de la VI Sección de la «École Pratique des Hautes Études» de París

EL HOMBRE ANTES DE LA ESCRITURA

Publicado bajo la dirección de André VARAGNAC, conservador del Museo de Antigüedades Nacionales en Saint-Germain-en-Laye, director de estudios de la «École Pratique des Hautes Études» de París, profesor en la «École du Louvre». *(En preparación).*

ROMA Y SU DESTINO

Por Jean COUSIN, de la Facultad de Letras y Ciencias humanas de Besançon, y Raymond BLOCH, director de estudios de la «École Pratique des Hautes Études» de París, profesor en la «École du Louvre».

EL NACIMIENTO DE EUROPA (Siglos V-XIV)

Por Robert S. LOPEZ, de la Universidad de Yale.

CIVILIZACIÓN MATERIAL Y CAPITALISMO (Siglos XV-XVIII)

Por Fernand BRAUDEL, profesor del «Collège de France». *(II volúmenes, en preparación).*

AMÉRICA Y LAS AMÉRICAS (Desde la prehistoria hasta nuestros días)

Por Pierre CHAUNU, de la Facultad de Letras y Ciencias humanas de Caen y del «Institut des Hautes Études d'Amérique latine» de París. *(En preparación).*

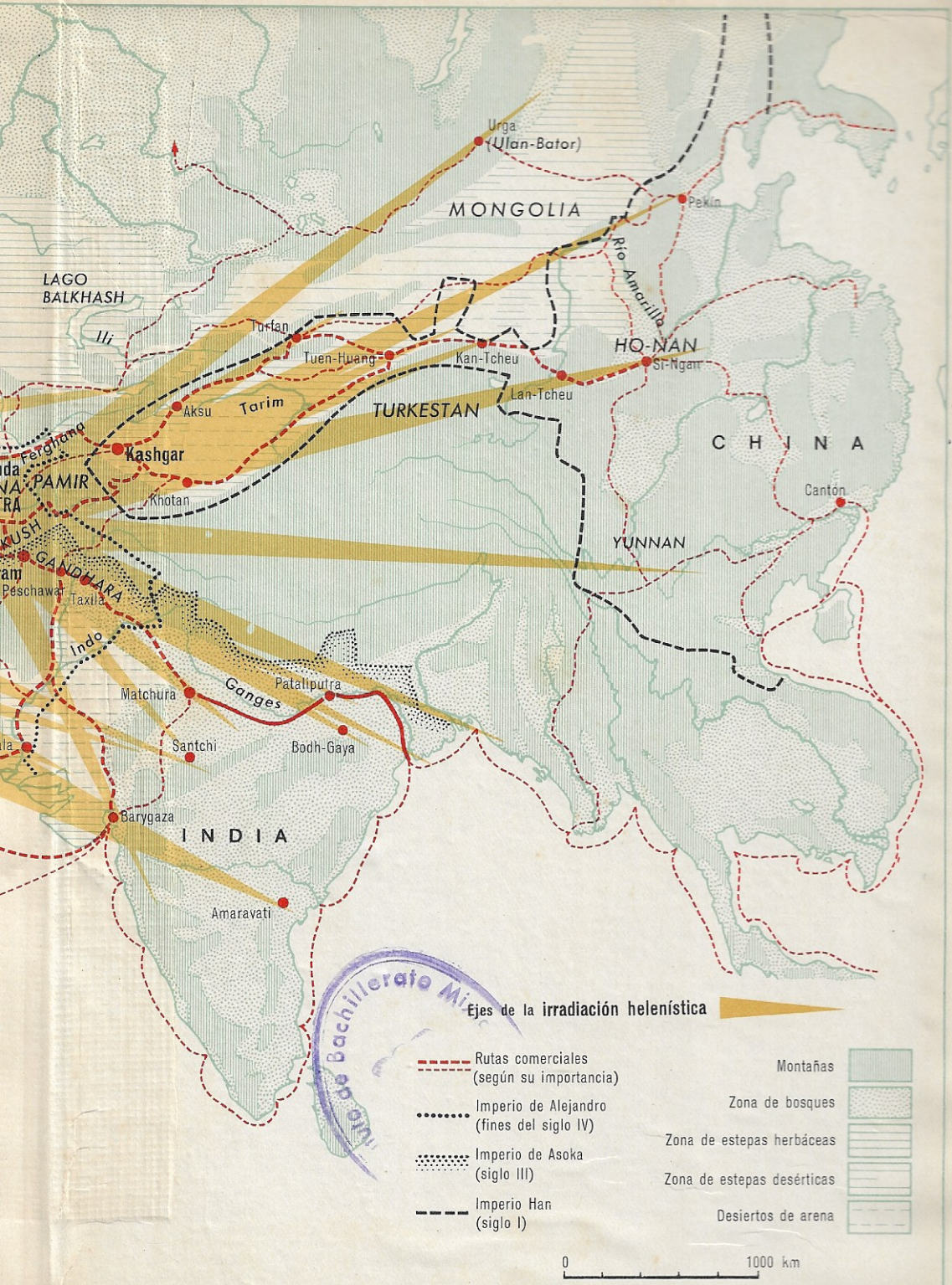
LOS ESLAVOS: PUEBLOS Y NACIONES (Siglos VIII-XX)

Por Roger PORTAL, profesor en la Sorbona, director de estudios de la «École Pratique des Hautes Études» de París. *(En preparación).*

EL APOGEO DE LA BURGUESÍA

Por Charles MORAZÉ, director de estudios de la «École Pratique des Hautes Études» de París y profesor del «Institut d'Études Politiques» de la Sorbona.

EL MUNDO GRIEGO Y ASIA
Siglos III-I a. J. C.
Olbia
Sínope
Efeso
Sardes
Trebizonda
DELOS
RODAS
ANTIOQUÍA
Egesa
Nísibis
PALMIRA
ALEJANDRÍA
GAZA
Damasco
Dura-Europos
Rhagae
Ecbatana
Seleucia del Tigris
Petra
Petusa
Myos-Hormos
Coptos
Alejandría Charax
Dodecaschene
Pselchis
Berenice
Gerrha
Kerma
Napata
MEROE
Ptolemais
ARABIA
Nilo azul
Atbara
ETIOPÍA
Axum
Magalie
Marib
SOMALIA
MAR CASPIO
MAR DE ARAL
Iaxartes
Oxus
LAGO BALKHASH
Ili
Fergana
Samarcanda
SOGDIANA
PAMIR
BACTRA
Merv
BACTRIANA
HINDU-KUSH
Begram
GANDHARA
Peschawer
Taxila
Indo
Pattala


Urga
(Ulan-Bator)
MONGOLIA
Pekín
Río Amarillo
LAGO
BALKHASH
Ili
Turfan
Tuen-Huang
Kan-Tcheu
HO-NAN
Si-Ngan
Lan-Tcheu
Aksu
Tarim
TURKESTAN
CHINA
Ferghana
Kashgar
PAMIR
Khotan
Cantón
YUNNAN
GANDHARA
Peschawar
Taxila
Indo
Matchura
Ganges
Pataliputra
Santchi
Bodh-Gaya
Barygaza
INDIA
Amaravati
Ejes de la irradiación helenística
Rutas comerciales
(según su importancia)
Imperio de Alejandro
(fines del siglo IV)
Imperio de Asoka
(siglo III)
Imperio Han
(siglo I)
Montañas
Zona de bosques
Zona de estepas herbáceas
Zona de estepas desérticas
Desiertos de arena
0
1000 km

RAYMOND BLOCH
JEAN COUSIN

Roma y su destino

Los autores han elaborado una historia de Roma en la que prescinden un tanto de excelsos personajes y comparsería conocida, de hitos memorables y acciones inmortales. Analizan con preferencia los factores sociales y económicos, la vida rural y urbana, el sistema de gobierno, la administración de justicia, la religión y otras variadas cuestiones.

ROBERT S. LOPEZ

El nacimiento de Europa

Europa, auténtico mosaico de culturas, nació en la Edad Media, en el período comprendido entre los siglos V y XIV.

El presente volumen, denso de contenido, pero diáfano en su exposición, relata los momentos de más honda trascendencia de tan dilatada e importante era histórica.

CHARLES MORAZÉ

El apogeo de la burguesía

Lo que revela el sentido profundo del siglo XIX es la preponderancia que en él alcanzó Europa, cuya extensión, riqueza, descubrimientos y progresos realizaron y explotaron los burgueses. Desde 1780 a 1880 se pasa del caballo al motor, de la luz de vela a la eléctrica, de los últimos cortesanos a los primeros movimientos obreros.